Jesús Martín
III
Las Crónicas de
Mostur
Las sombras de Mynthos

Jesús Martín
III
Las Crónicas de
Mostur
Las sombras de Mynthos

La ciudad de Móstur se ha convertido en un lugar peligroso para aquellos que no abrazan la fe de Athmer. Los enemigos de los helvatios se multiplican dentro y fuera de sus muros. Leryon pretende buscar aliados en el reino nybnio, para asegurar la victoria final en unas tierras sumidas en el caos. Ajenos a los ecos de guerra, Zen Varion y sus acompañantes prosiguen la peligrosa búsqueda que les conducirá a Mynthos, la arcana tierra de los dioses.

Jesús Martín García

Las sombras de Mynthos

Las Crónicas de Móstur - 03

ePub r1.0
Café mañanero 24-04-2023

Título original: *Las sombras de Mynthos*
Jesús Martín García, 2019
Ilustrado por José Gabriel Espinosa

Editor digital: Café mañanero
Primera edición EPL, 04/2023
Edición conmemorativa X.º aniversario
ePub base r2.1

Proyecto Scriptorium

10.º Aniversario

"Todo libro es
una gran aventura"

"Más libros, más libres"

LAS SOMBRAS DE MYNTHOS

Jesús Martín García

Tierra de los Salvajes
Reino Perdido
Cordillera de Móstur
Ruta de comercio marítimo
Puerto Perdido
Océano de los Eternos
Las Islas
York

INTRODUCCIÓN

—Padre, tenemos que irnos ya —Morgosh se desesperaba ante la pasividad con la que su progenitor se resistía a abandonar el hogar de ambos.

—Vete tú —respondió Gorich, inmutable, inclinado sobre el escritorio y con la mirada perdida en uno de sus libros. El nybnio era el único habitante de la casa que no parecía preocupado por los sucesos acaecidos en la Plaza del Poder y sus consecuencias. «Vendrán a por nosotros. Acabarán con todos los habitantes del barrio, —le había advertido su hijo—. Coge tus cosas y márchate. Yo ya no tengo a dónde ir», había respondido él.

La revuelta provocada en el centro de la ciudad había sido planeada por un grupo de rebeldes que tiempo atrás ya se había planteado atentar contra la vida de varios miembros del Consejo. Las palabras de lord Galberth habían logrado apaciguar momentáneamente los deseos de aquellos que incitaban a una sublevación. Con la condena del noble fueron muchos los que creyeron conveniente que había llegado la hora de su venganza.

En cuanto el olor de la sangre llegó al barrio nybnio, muchos de sus habitantes tomaron lo necesario para el viaje y abandonaron de manera precipitada la ciudad. Sabían que los miembros de la guardia no tardarían en aparecer para perpetrar una matanza indiscriminada, acabando con todos aquellos que aún permanecieran en sus hogares.

—¡Maldita sea, padre! —gritó Morgosh—. No tenemos tiempo. Si nos quedamos aquí, nos matarán.

—Hijo, mírame —el rostro de Gorich parecía consumido, desbordado por la vejez—. No soy más que un anciano que ya apenas puede valerse por sí mismo. Todo cuanto tengo… se encuentra aquí. ¿Adónde voy a ir?

—¡A un lugar donde puedas continuar con vida! —Morgosh cerró la bolsa en la que había dispuesto lo imprescindible para el viaje que deberían iniciar lo antes posible. Miró a Gorich, que permanecía envuelto en esa eterna calma que acostumbraba a mostrar incluso en los momentos más difíciles.

—No quiero ir a ningún lugar… Juré que aquí esperaría el sueño de Thariba, y así voy a hacer. Por favor, hijo. Vete tú. Márchate lejos de aquí, y nunca regreses a estas tierras.

Morgosh se quedó petrificado ante la mirada de su padre, que parecía dispuesto a recibir a la muerte como si de un invitado más se tratara.

—Pero, padre… —el comerciante nybnio apenas sintió la lágrima que resbalaba por su mejilla.

—Vete, hijo. Huye a nuestro pueblo y busca allí un lugar en el que pasar tus días. Los míos ya tocan a su fin. No te preocupes por mí, ya he vivido y disfrutado lo suficiente… Demasiado, tal vez. Gracias a Thariba, he gozado del bienestar y salud necesarios como para verte convertido en un gran hombre. Todo lo demás ya no importa. Ven aquí, hijo mío. Dame un último abrazo antes de marcharte.

—Pero, padre…

—Por favor, Morgosh. Hazme caso. No sería más que una pesada carga que retrasaría la marcha. Terminarían capturándonos a los dos. No te preocupes por mí. Con un poco de suerte, antes del próximo amanecer ya habré despertado junto a nuestros ancestros. Es el consuelo con el que aguardaré la llegada de los guardias.

Morgosh caminó hacia su padre y lo abrazó con fuerza. Gorich le impuso las manos en el rostro y le miró fijamente una última vez.

—Estoy orgulloso de ti, hijo. Ahora vete, y nunca me olvides.

Morgosh sintió un punzante dolor en su interior. Cómo podría vivir el resto de su vida pensando que había abandonado a su padre, dejándolo en manos de los guardias mostures.

—Aunque terminen capturándonos, no voy a dejarte aquí. No me lo perdonaría nunca, así que no me marcharé sin ti. Iré a buscar los caballos y nos iremos… Los dos.

Se dio la vuelta sin esperar la respuesta por parte de su padre, que no tuvo más remedio que acceder a aquella decisión, consciente de que su hijo no viviría con la conciencia tranquila si huía de allí sin él.

Morgosh abandonó la casa en dirección a las caballerizas. Apenas hubo puesto un pie fuera del palacio cuando escuchó un grito desgarrador que quebró la calma de la noche. Fue el primero de otros muchos que, provenientes de diferentes puntos del barrio nybnio, comenzaron a multiplicarse como las luces que se internaban en la oscuridad.

Las antorchas repartidas por las numerosas callejuelas fueron adentrándose en el corazón del barrio. Allí donde una casa era iluminada por sus llamas, el dolor acudía invocado por la hoja de una espada mostur.

Morgosh contempló los lejanos resplandores que, como un amanecer, iluminaban un horizonte que pronto le alcanzaría a él también. El miedo se apoderó de él, obligándole a echar a correr hacia el lugar en el que descansaban los caballos. Durante el corto trayecto que le separaban de las caballerizas pudo distinguir varias voces de mujeres e incluso niños, gritos de horror que ya no parecían tan lejanos. Incluso pudo distinguir las órdenes de algunos de los guardias. «Quieren acabar con todos», se dijo mientras tomaba las riendas de uno de sus más veloces caballos.

Cuando retornó a las inmediaciones del palacio, contempló horrorizado el avance de un grupo de soldados que ya se había internado en el patio exterior. Por un momento, sintió la necesidad de dar media vuelta y espolear a su caballo, de buscar una salida que su padre ya no podría encontrar. A punto de obedecer aquel instinto, se percató de una sombra que, surgida de la nada, caía sobre los guardias de Móstur. La corpulencia de aquel individuo lo delataba. Desius se avalanzó sobre los cinco soldados que caminaban con paso firme a la vivienda del comerciante nybnio. Sorprendió al primero de los mostures y, agarrándole con ambas manos, le rompió el cuello con un movimiento vertiginoso. A continuación, cogió un hacha que tenía sujeto a la espalda y arremetió contra el hombre que tenía más cercano. En esta ocasión no tuvo tanta suerte. Mientras el guardia esquivaba el golpe, sus acompañantes rodearon al grandullón y uno de ellos le atacó por detrás, hundiéndole la espada entre los hombros.

Morgosh espoleó a su caballo en dirección al grupo de soldados que, ocupados en acuchillar a Desius, no se percataron de su llegada. El nybnio desenvainó su espada y arremetió contra uno de ellos, al que asestó un tajo en la frente. El soldado cayó muerto, con la cabeza abierta por la fuerza con la que Morgosh descargó sobre él su ira. Los otros se giraron para contemplar al recién llegado. A sus pies, Desius se ahogaba con su propia sangre mientras la vida huía de él a través de las múltiples heridas repartidas por su cuerpo.

Los soldados aguardaron una segunda acometida. El nybnio, lleno de odio, se precipitó en su ataque a uno de ellos que, moviéndose con agilidad hacia el lado en el que no le alcanzaría la espada de Morgosh, asestó un tajo a su montura, provocando que el caballo y su jinete terminaran en el suelo. Cuando Morgosh se puso en pie ya era demasiado tarde. La espada se hundió en su abdomen y el dolor de su mordedura se repartió por todo su cuerpo. Sus sentidos lo abandonaron en cuestión de segundos, sin tiempo para pensar en que, muy pronto, su padre correría la misma suerte.

Las calles del barrio nybnio se tiñeron de sangre inocente, la de

todos aquellos cuyo crimen había sido compartir estirpe y hogar con los sublevados. Los llantos fueron cesando, apagados por la sedienta hoja de las espadas de aquellos que un día habían jurado defender a cada uno de los mostures. Los comerciantes de origen nybnio nunca habían llegado a ser considerados como el resto de los habitantes. Y ahora, la traición de unos pocos había tenido mortales consecuencias para todos aquellos que no habían huido a tiempo.

Los guardias encontraron a Gorich en el interior de sus aposentos, con la mirada fija en una estatua de Thariba.

—No te preocupes, viejo. Muy pronto te unirás a él.

—¿Por qué lo hacéis? —el anciano habló con voz calmada, lejos de mostrarse abatido o desesperado—. Nosotros no os hemos hecho nada malo.

—Los tuyos han derramado demasiada sangre últimamente —contestó el segundo guardia que entró en la habitación—. Habéis enfadado a Therios y sus helvatios. Y créeme, cuando el Gran Maestro piensa que su dios Athmer ha sido ofendido, no hay perdón posible para quien comete el error de provocar su ira.

—Ned —el nybnio le miró a los ojos—. Tú me conoces… Sabes que mi familia es incapaz de hacer daño a cualquier mostur. Por favor, detén esta locura.

—Lo siento, Gorich. Me limito a cumplir las órdenes de los helvatios. Y esas órdenes son precisas. Debemos acabar con todo nybnio que encontremos a nuestro paso por vuestro barrio. No hay excepciones posibles… —el soldado miró a su compañero situado junto a Gorich—. Que sea rápido, no quiero que sufra.

Cuando Ned se dio la vuelta escuchó el mortal golpe de la espada. El cuerpo inerte del anciano quedó tendido a los pies de la estatua de Thariba. A continuación, otro de los guardias prendió fuego a las cortinas de la habitación. Las primeras llamas crecieron a medida que devoraban todo lo que encontraban a su paso. Muy pronto, el fuego se propagaría por el barrio nybnio, consumiendo las viviendas de los comerciantes y los numerosos cuerpos repartidos por las calles, símbolos de una crueldad nunca vista en Móstur en todos sus años de historia.

Por un momento, los ojos de Ned se quedaron fijos en las llamas que iluminaban el palacio nybnio. A su alrededor, las hogueras crecían en intensidad y número por todo el barrio, que amanecería convertido en un cementerio de huesos y rocas.

«Solo cumplimos las órdenes de los helvatios», se dijo Ned antes de darse la vuelta y dejar atrás aquel escenario de muerte y espanto.

CAPÍTULO 1: RYTH

Aquella noche soñó con lo sucedido al pie de las murallas. La llegada del dragón y sus constantes bramidos alimentados por el temor de cuantos lo rodeaban. Ella le había visto en las cercanías del templo; había contemplado su mortal ataque, desde la distancia. Había visto lo que era capaz de hacer uno de aquellos torrentes de fuego que salían de sus fauces. Pero en aquella ocasión, tanto ella como Sílax habían sido tan solo unos testigos más de la destrucción causada por las bestias. La noche en que el dragón atacó Ryth fue todo mucho más precipitado y peligroso. Las órdenes de los oficiales, los gritos de cuantos enloquecían por toda la aldea, el aleteo de la bestia y sus rugidos propagados por el aire… Las gentes de Ryth nunca olvidarían lo sucedido en la más sombría de sus noches.

Soñó con aquellos ojos, rubíes cuyo brillo parecía el reflejo de toda una eternidad en la que estas criaturas habían pasado desapercibidas en un mundo que no quería acogerlas. Pero allí estaban, en las tierras de los hombres. Aunque tal vez fueran ellos, los propios humanos, los primeros en quebrar aquella alianza tácita que durante incontables años había mantenido distantes a unos de los otros.

Soñó con el aliento del dragón, ese cálido roce de un aire hediondo como el permanente aroma de una cripta, el perenne recuerdo de la muerte, eterno habitante de cualquier reino.

Soñó con ese fuego que, desde el interior de la boca de la criatura, era como la lava de un volcán en erupción, un infierno que salía al encuentro de todo insensato que se encontrara demasiado próximo.

El candente vómito de la bestia había estado a punto de caer sobre ella, como la lluvia que había sido testigo de la terrible escena. Por fortuna para Shyra, sus reflejos y el rápido movimiento de Sílax la habían salvado la vida. El caballero había llegado hasta ella con tiempo suficiente como para empujarla a un lado y ponerla a salvo del fuego arrojado por la criatura.

Soñó con el caballero Escorpión, que desenvainaba su espada y arremetía contra una bestia cuyo cuerpo estaba adormecido por el efecto de la poción. Las flechas clavadas en las alas de la criatura

habían propagado aquella sustancia que, como un veneno, se había extendido por todo su cuerpo, obligándola a postrarse en tierra, a merced de sus captores. En el sueño de Shyra, el caballero portaba una espada cuya incandescente hoja iluminaba la oscuridad reinante a su alrededor. Sílax hundía el arma en la garganta de la bestia, arrancando de ella un manantial de sangre que empapaba las vestiduras de su verdugo mientras el animal se retorcía de dolor. Sus bruscos movimientos muy pronto se irían ralentizando mientras se abandonaba en los brazos de la muerte, para alivio de cuantos poblaban la plaza y contemplaban el desenlace del inesperado ataque.

La muchacha despertó sobresaltada, con el recuerdo de la bestia y su último alarido, que creyó escuchar, ya despierta, como un eco lejano. Miró a su alrededor, sintiendo los acelerados latidos de su corazón y la humedad del sudor que empapaba su frente.

—¿Estás bien, niña? —la mirada de Nora reflejaba una tristeza que empañaba su rostro.

La muchacha asintió, sonriendo a la anciana que, a los pies de su cama, llevaba algún tiempo esperando su despertar.

—¿Dónde estamos? —preguntó al verse incapaz de distinguir la estancia.

—En una de las alcobas del templo. Las sacerdotisas han accedido a dejar que te recuperes en su santuario. Es lo menos que pueden hacer después de haberlas salvado de esa terrible bestia. Ahí fuera son muchos los que quieren agradecer el valor que mostraste frente al dragón…

—¿Dónde está Sílax?

La sombría expresión del rostro de la anciana desveló sus pensamientos.

—Nora… —la chica insistió, con voz temblorosa. Trató de recordar lo sucedido cuando se encontraba sola, frente al dragón. Recordó el momento en el que la bestia se dispuso a atacarla con su fuego devorador, el mismo instante en el que alguien la agarró y la empujó hacia un lado. Sin tiempo para ver quién le había salvado la vida, su último recuerdo era el resplandor del fuego de la bestia. La espada candente de Sílax no había sido más que un invento de su imaginación, un final feliz para un sueño con un desenlace distinto al de la realidad.

—Las sacerdotisas están haciendo todo lo que pueden para salvarle la vida.

—Quiero verlo… —la chica sintió que su pulso se aceleraba de nuevo.

—Lo siento, Shyra, pero me temo que eso no va a ser posible…

—¡Quiero verlo ahora! —Shyra se levantó de forma repentina. La anciana tuvo tiempo de sujetarla y abrazarla con fuerza.

—El caballero tiene graves quemaduras repartidas por todo su cuerpo —Nora acarició los rebeldes cabellos de la muchacha—. Las llamas lo alcanzaron cuando saltó sobre ti para alejarte del dragón. Los guardias hicieron el resto. Con la bestia inmovilizada en el suelo, no resultó muy difícil acabar con su vida. «Si hubieran intervenido antes, posiblemente Sílax ahora estaría sano y salvo» —pensó con amargura.

—No debí precipitarme… Tenía que haber esperado un poco más…

—No te atormentes, Shyra. Resulta sencillo pensar en lo que debemos hacer cuando el peligro ya no está, pero en el momento en el que nos acecha debemos tomar decisiones que pueden resultar precipitadas. Hiciste lo que creíste oportuno. Quién sabe lo que hubiera podido suceder de no haber atacado a la bestia…

—Me precipité…

—Shyra… Salvaste la vida de los habitantes de esta aldea. Esa criatura habría arrasado todo Ryth si no hubieras tenido la idea de conseguir ese veneno. ¿Cómo se te ocurrió?

«Drakkan». El recuerdo del cazadragones ahondó aún más en la herida abierta por la amarga noticia de lo ocurrido con Sílax.

—Fue un último regalo del hombre que ha cuidado de mí durante años: Drakkan… el cazadragones. Él fue quien me dio la receta de la poción. Él sabía que, en algún momento, la necesitaría… Murió tras el ataque de un dragón. «Y Sílax morirá de igual modo» —escuchó en su interior.

—Confiemos en la medicina de las sacerdotisas. Han sido muchos los que, a punto de morir, han dejado su vida en manos de estas mujeres consagradas a Daera. Y no han sido pocos los que han logrado esquivar la muerte en este lugar… Debemos confiar, muchacha… Confiar y esperar. Acuéstate, aún es demasiado pronto y necesitas recuperar fuerzas. No tortures tu mente con lo que deberías o no deberías haber hecho. El pasado no se puede borrar, y por más que nos esforcemos siempre hay situaciones que no se pueden prever.

—Está bien —Shyra asintió, más tranquila—. Tú también deberías descansar. Pareces agotada.

—Ahora que veo que te encuentras bien, creo que es un buen momento para irme a dormir. Cuando haya repuesto fuerzas hablaré con una de las sacerdotisas para que nos sirva algo de comer.

—Está bien —Shyra se tumbó en la cama—. ¿Dónde están Fistosh y Eric?

—El dragón causó estragos entre los aldeanos y guardias. Mató a unos, hirió a otros… Los chicos están ayudando a los guardias en todo aquello que pueden. Tal vez parezcan un tanto fríos e insensibles a primera vista, pero… Créeme, son mucho más de lo que su anterior oficio de mercenarios deja a la vista.

—¿Anterior?

—Sí. Hubo un tiempo en que siempre los vi como tales: mercenarios para quienes el oro es su único dios, su única ley… Pero hace tiempo que nuestra relación no está basada en ese metal capaz de corromper al más honorable de los mortales. No, ya no son ni la sombra de lo que un día fueron. Por suerte, su vida anterior parece haber quedado atrás, muy atrás… —la anciana volvió en sí—. En fin, creo que el cansancio empieza a nublar mi mente y me asaltan los recuerdos de anteriores épocas. Es lo que tiene la edad: cuanto más viejo te haces, más son los momentos que dejas atrás y menos los que te quedan por vivir. Hay muchos que se aferran a los recuerdos en los que la muerte estaba lejos de llamar a sus puertas… Descansa, pequeña. Nos veremos más tarde.

Los silenciosos pasos de Nora se perdieron al otro lado de la pequeña alcoba. Shyra se esforzó por abandonarse al sueño. Pero al cerrar los ojos únicamente veía la imagen del caballero Escorpión, junto a Drakkan. Y el fuego de las llamas alrededor de ambos. Una vez más, el destino se había empeñado en arrebatarle aquello que más quería, como si una maldición la mantuviera hechizada, condenada a perder a todo aquel que se ganara su cariño. Por un instante, se preguntó si Nora también sufriría algún percance. La anciana se había mostrado generosa con ella desde el mismo día en que se conocieron.

Sus ojos permanecieron abiertos, mientras el recuerdo de Sílax se adueñaba de su mente. Maldijo al destino, a los dragones, incluso al dios que fuere, si es que en verdad existía un dios capaz de permitir la crueldad con la que era golpeada una y otra vez.

Sintió el deseo de no volver a amar, de no poner su confianza en nadie, de mantener su corazón lejos del alcance de cualquiera que pudiera acercarse a ella. Pero pronto se dio cuenta de que era imposible. Lo había intentado tiempo atrás, tras la muerte de su familia, pero la soledad resultaba aún más amarga que la pérdida de los seres queridos.

Los pasos de Fistosh resultaban mucho más ruidosos que los de Nora. Las botas del mercenario anunciaron su entrada a la habitación.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó a la chica, nada más descubrir que estaba despierta.

—Bien, supongo. Pero Sílax…

—Lo sé. Ayudé a cargar con él para llevarlo ante las sacerdotisas. No he vuelto a saber nada de él. Esas extrañas mujeres no dejan que nadie se aproxime a las estancias que se encuentran junto a su templo. Dice Nora que van a intentar salvarlo… Pero no estoy seguro de que puedan conseguirlo. El fuego del dragón… En fin, prefiero no hablar de ello. En realidad, venía a ver cómo te encuentras, y a entregarte esto.

Fistosh extrajo el pequeño obsequio que guardaba en uno de sus bolsillos.

—¿Qué es? —preguntó Shyra, antes de que el mercenario pudiera dárselo.

—Un anillo.

—Gracias…

—No me las des a mí. En realidad, ha sido un hombre el que me ha encargado que te lo diera.

—¿Quién?

—Es uno de esos aldeanos que contemplaron lo que hiciste en la plaza. Muchos de ellos te consideran toda una heroína. Hay quienes afirman que los mismos dioses te han enviado a velar por ellos —tendió la mano hacia ella, dejando a la luz el brillante objeto—. El hombre que me entregó esto me dijo que es una pequeña muestra de agradecimiento. Según él, mientras lo lleves puesto, te protegerá de cualquier peligro.

—Es bonito —Shyra trató de descifrar los signos grabados en aquella joya plateada, pero no pudo distinguirlos. Sus trazos no se correspondían con ninguna letra que pudiera identificar.

—El aldeano afirmaba haberlo encontrado en un bosque perdido, lejos de aquí, en las tierras de los dioses. Según él, le ha salvado la vida en más de una ocasión, y ahora quiere que el anillo te proteja a ti.

—Si le ha salvado la vida, ¿por qué se desprende de él?

—Eso mismo le he preguntado yo.

—¿Qué te ha respondido?

—Me ha dicho que, a su edad, la muerte ya es lo único que puede salvarle la vida.

Shyra pasó sus dedos por el anillo. Su tacto era gélido y rugoso.

—La verdad es que, viendo el aspecto de aquel hombre y su dificultad para caminar, comprendo a qué se refería con su respuesta. Estoy convencido de que es el hombre más anciano que he conocido. Tenía el aspecto de esos inmortales hechiceros de los que hablan las leyendas, personajes que cargan sobre sus hombros el peso de incontables años que parecen… —Fistosh pensó sus siguientes

palabras— el preludio de una desagradecida eternidad.

—¿A qué te refieres?

—No sé. Son palabras que se me quedaron grabadas al escuchar una de aquellas leyendas… Ya sabes cómo son los bardos en su afán de adornar sus relatos. Hace tiempo que no me cruzo con uno de ellos. De pequeño me gustaba escuchar esa clase de historias, sobre todo cuando hablaban de valientes héroes y grandes hazañas. Ahora, lo más parecido que oigo son los cantos de los comerciantes con los que nos cruzamos. Y tanto sus voces como el contenido de sus historias dejan mucho que desear.

Shyra jugueteó durante unos segundos con su regalo, antes de ver cómo le quedaba en el índice de su mano derecha. Se acordó del anillo que Drakkan solía llevar siempre, en aquel mismo dedo. Recordó que, cuando el cazadragones tenía que tomar una difícil decisión, cogía el anillo con los dedos de ambas manos y lo hacía girar. Durante unos segundos, su mirada se perdía en el interior de aquella esfera dibujada con los giros de la joya, como si en el mismo centro se encontrara la respuesta a las dudas de su portador. En cada enfrentamiento, el anillo de Drakkan parecía cobrar un brillo especial, guiando los movimientos de su mano y transformándolos en certeros gestos con los que abatía a sus rivales. «Mientras lo lleves puesto, te protegerá de cualquier peligro», le había dicho Fistosh. El anillo de Drakkan no había sido capaz de librarle de su destino. Se preguntó cuál sería el suyo. Había esquivado el mismo peligro que había caído sobre el cazadragones. Había sobrevivido al fuego del dragón. Pero tal vez Sílax no lograría salir con vida.

—Me alegro de que te encuentres bien, pequeña —sentenció Fistosh antes de dar media vuelta para irse—. Espero que esas sacerdotisas logren salvar la vida del caballero. Pero para ello tendremos que esperar… Y tal vez nosotros ya no estemos aquí para ver ese momento.

—¿Os marcháis? —Shyra frunció el ceño—. Pero debemos esperar a que Sílax…

—Lo siento, muchacha. No podemos detener nuestra marcha… Creí que Nora te lo había comentado. Debemos continuar nuestro viaje.

—Pero entonces, yo… ¿qué debería hacer? —por un momento, Shyra se sintió sola.

—Tendrás que decidir.

—No —la chica tornó su rostro serio, mirando fijamente a Fistosh—. No tengo nada que decidir. No pienso irme de aquí sin Sílax… No pienso abandonarlo.

—Ojalá pudiera ayudarte, pero tenemos importantes asuntos que tratar en Móstur, y no podemos demorar nuestro viaje por más tiempo. Comprendo que no quieras marcharte y abandonar a tu amigo. Nos vemos luego, muchacha.

El mercenario se dio la vuelta y salió de la estancia.

Shyra se quedó con los ojos fijos en el anillo que acababa de recibir, mientras su mente se concentraba en Sílax, su amigo, el hombre que le había salvado la vida.

«No pienso abandonarlo», se dijo una vez más.

En ese momento, tuvo una idea. No sabía si podría resultar, pero no tenía nada que perder. Se puso en pie y, vistiéndose las ropas que había llevado la noche anterior en la batalla contra el dragón, abandonó la soledad de aquella fría estancia.

CAPÍTULO 2: MÓSTUR

—El Gran Maestro Therios ha muerto —el helvatio a quien había hecho llamar el Presthe tenía la voz temblorosa. Sus palabras no resultaban muy convincentes—. Eso es lo que dicen algunos de los que se encontraban en la plaza.

—¿Has visto su cadáver? —Zen Grinward mantenía el rostro serio, imperturbable.

—No, Presthe.

—Entonces seguid buscando. El Gran Maestro no ha sido asesinado, estoy convencido. Pero es posible que esos rebeldes nybnios lo tengan prisionero en algún lugar de su barrio.

—Pero el barrio nybnio ha sido arrasado…

—El barrio nybnio posee muchos lugares en el que podrían haberse refugiado esos malnacidos. Durante todos estos años, los nybnios han ido ocultando demasiados secretos, no solo en sus casas. Buscad en cada edificio que aún se encuentre en pie, en sus cuevas y sótanos… Esas ratas de cloaca son demasiado listas como para haber muerto todas. Espero que, mañana, al amanecer, cuando me dirija hacia allí con los miembros de la guardia, no queden rastros de ninguno de esos comerciantes. No quiero a ninguno en nuestra ciudad, ¿está claro? Demasiado daño han causado ya con sus crímenes y conspiraciones.

—Sí, Presthe…

—¿Y la reina? ¿Tampoco ha aparecido?

—No…

—No podemos esperar mucho tiempo. El pueblo necesita que el orden sea restablecido cuanto antes. Móstur necesita un gobierno provisional que recuerde a los ciudadanos que las leyes continúan vivas… Aunque, tal vez por el momento sea mejor que únicamente haya un gobernante.

El helvatio que acompañaba a Zen Grinward en sus aposentos captó inmediatamente la idea del Presthe puesto que, en ausencia del Gran Maestro, él representaba la máxima autoridad en la jerarquía helvatia. Respecto al gobierno de la ciudad, al no estar la reina y habiéndose disuelto el Consejo mediante el derramamiento de sangre

en la plaza, la figura de Athmer cobraba una especial trascendencia como único poder divino al que el resto de ciudadanos debían someterse.

Zen Grinward no tardó en plasmar sus pensamientos en el pergamino. Sentado al escritorio de su siempre ordenada habitación, trazó las primeras líneas que habrían de convertirle en único gobernador de la ciudad. Muchos pensarían que se trataría de una medida temporal hasta que apareciera la reina, o el Gran Maestro, o se dictaran nuevas leyes de regencia que pusieran la corona en la cabeza de alguno de los nobles más allegados al poder real. Pero el Presthe no estaba dispuesto a que Athmer accediera al trono de forma provisional. Había llegado la hora de imponer la dictadura del dios de la Luz. Todo mostur se sometería a las creencias helvatias. «Si no lo hacen ahora, lo harán cuando ahorquemos a los primeros que se nieguen a acatar la nueva ley».

—Zen Grinward —uno de los oficiales del castillo le saludó inclinando la cabeza. El Presthe respondió poniéndose en pie y caminando lentamente hacia él—. Nadie ha visto a la reina, ni a los príncipes, en el interior del castillo o sus alrededores. Varios de mis hombres han estado comprobando los cuerpos de los asesinados en la plaza…

—¿Así que ni vivos ni muertos? —el Presthe dio varios pasos, pensativo—. No te vayas muy lejos. En cuanto redacte este documento te lo entregaré para que su contenido sea puesto en conocimiento de todo Móstur. Si no actuamos con premura, corremos el riesgo de una rebelión por parte de los nobles. Conozco a varios que no tendrían ningún reparo en sobornar a quien hiciera falta, con tal de alzarse con el poder sobre la ciudad. Debemos normalizar la situación, poner algo de luz en esta oscuridad. Respecto a los miembros del Consejo… ¿Quiénes han muerto?

—Los caballeros *Sir* Hóldebrug y *Sir* Léniesten fueron asesinados en la plaza. El cadáver de *Sir* Robert ha sido encontrado en una de las calles cercanas…

—Así que los caballeros han muerto. ¿Y los nobles?

—Lord Castler también fue asesinado… Pero lord Belson logró escapar.

—Y en cuanto a nuestros hermanos, Zen Darlish murió en el templo y el Gran Maestro permanece en paradero desconocido, al igual que la reina… Así que únicamente estamos lord Belson y yo —Zen Grimward se acariciaba la barbilla, pensativo—. De acuerdo, redactaré la carta y os la entregaré para que sea transmitida al pueblo. Después hablaré con lord Belson para explicarle los motivos de mi

decisión. Espero que comprenda la necesidad de adoptar medidas que a primera vista pueden parecer precipitadas. «Y si no lo entiende, un poco de oro le ayudará a entrar en razón».

—Sí, Presthe. Os esperaré en el patio.

Zen Grimward se sentó de nuevo. Tomó la pluma y continuó escribiendo. Una media sonrisa asomó a sus labios, fruto de uno de aquellos pensamientos que habían hecho de él una prolongación del brazo de Therios.

Para algunos, Zen Grimward era el hombre que de algún modo contenía la ira del Gran Maestro. Para otros, en cambio, el Presthe era más bien como una voz interior que el Gran Maestro escuchara antes de urdir sus peores propósitos. La pluma de Zen Grimward se movía rauda como una espada, la tinta corría veloz como la sangre de una herida abierta. El Presthe sabía que, antes de poner en conocimiento del pueblo la nueva situación de la ciudad, debería ganarse el favor de los guardias, puesto que los clérigos y caballeros helvatios acatarían cada uno de los puntos recogidos en lo que muy pronto sería convertido en una nueva ley, una ley única que debería cumplirse desde aquel mismo día, bajo pena de horribles castigos con los que azotaría a los insurgentes.

Sabía que no tenía mucho tiempo. Los nobles estarían tomando posiciones. Encerrados en sus palacios, estarían preparándose para una nueva lucha por la corona. Y en el exterior, las noticias habrían llegado demasiado lejos en muy poco tiempo. Móstur se había vuelto vulnerable y los enemigos de la ciudad podrían estar ahora más cerca que nunca. El Presthe trazó las líneas sobre el pergamino. Sus letras resultaban apenas legibles, debido a la aceleración con la que el helvatio escribía cada una de ellas, signos irregulares e inclinados hacia la derecha.

Con aquel edicto, Zen Grimward se nombraba a sí mismo como único depositario del poder sobre la ciudad. La disolución del Consejo no dejaba otra alternativa que no fuera la de hacer valer la única ley que debería perdurar eternamente: la ley de Athmer, recogida en los Textos Sagrados. El Presthe dejaba en manos de los clérigos helvatios la interpretación de lo que había denominado la Ley Sagrada, por lo que se crearía un tribunal formado exclusivamente por zenlores, los más cercanos a él y a Therios. Los caballeros helvatios pasarían a tener una posición privilegiada como guardianes de esta Ley.

Con este mandato, el Presthe sabía que, por un lado, se ganaría el favor de todos los miembros de su Orden, que tal vez crecería en número de adeptos tras las nuevas condiciones impuestas por esta dictadura de Athmer. Pero, por otro lado, a los helvatios les saldrían

nuevos enemigos, entre los cuales, los nobles podrían convertirse en los más peligrosos. «Esas serpientes —pensó recordando a algunos de ellos— son traidoras y temibles cuando despiertan sus ambiciones». Tenía que actuar con rapidez. De entre todos ellos, lord Belson parecía el más cauto y menos ambicioso. Sin embargo, resultaba igual de predecible que los demás, y no menos influyente.

Por un momento dejó de escribir. La posibilidad de que lord Belson pudiera ser un rival por el poder le hizo considerar la opción de buscar una manera de alejarlo, de eliminarlo del tablero como un movimiento necesario para ganar la partida por el control de Móstur. Al igual que el Gran Maestro, Zen Grimward tenía varios caballeros helvatios que le servían con auténtica devoción. La justicia de Athmer había hablado en varias ocasiones a través de sus espadas.

Estampó su firma en el documento, recreándose en la posibilidad de encargar a los suyos una nueva misión. Si lord Belson fuera asesinado, muchos pensarían en una venganza más por parte de los nybnios. Si se habían de cometer más crímenes, aquel sería el mejor momento para culminar su ascenso al poder.

Enrolló el pergamino y salió de sus aposentos. Primero tenía que dejar el control de la ciudad en manos de los helvatios. Mientras el pueblo aceptaba la nueva situación, observaría de cerca los movimientos de los nobles, en especial de lord Belson… Uno, dos días tal vez. Y después, probablemente habría llegado el momento de aprobar la absoluta desaparición del Consejo.

—Continuad buscando al Gran Maestro y a la reina —entregó el edicto al oficial, que esperaba paciente las órdenes del hombre llamado a gobernar la ciudad en nombre de Athmer.

—Mandaré más hombres al barrio nybnio.

—Envía a los que haga falta… Que se adentren entre las casas derruidas, en sus calles, sótanos y jardines… Buscad por todas partes.

—Sí, Presthe —el oficial salió corriendo, dejando a Zen Grimward a solas con sus inquietantes pensamientos.

El zenlor cruzó los jardines de la Morada hasta alcanzar el patio. Allí, en uno de los extremos, un grupo de caballeros helvatios aguardaba órdenes.

—¿Ha aparecido el Gran Maestro? —le preguntó uno de aquellos jinetes, preocupado por la situación de inseguridad que se vivía en la ciudad. El humo procedente del barrio nybnio aún no había desaparecido por completo. El fantasma de la rebelión vagaba por las calles como una niebla a punto de caer sobre todo Móstur. Los guardias de la ciudad obedecían las órdenes del Presthe, no muy convencidos de si realmente debían acatar los mandatos del helvatio.

—No, aún no sabemos nada de él, ni de la reina.

—Hay ciudadanos que afirman haberlos visto por las calles… Cuando los nybnios atacaron y el gentío huyó en todas las direcciones.

—¿Dices que los han visto? —Zen Grimward frunció el ceño—. ¿Huyendo juntos?

—No… Juntos no. Uno de los comerciantes afirma haber visto a la reina subiendo a un carromato para escapar de la ciudad.

—Supongo que Tarya no tiene muchos motivos para seguir aquí. Seguro que tampoco habéis visto a sus hijos, ¿verdad?

—Nadie los ha visto.

—La reina ha huido —«Una pieza menos de la partida», pensó mientras trataba de imaginar cuál habría sido el destino de Therios. Se negaba a creer en la huida o incluso la muerte del Gran Maestro. En cualquier momento aparecería. Él apoyaría su decisión de dejar el poder en manos helvatias, sin consejeros elegidos entre nobles o caballeros, sin un rey o reina que pudiera interferir en el gobierno de la ciudad.

—En cuanto al Gran Maestro, algunos dicen que le vieron dejar atrás la plaza… Pero los testimonios que hemos escuchado son tan diversos como dispares. También hay quien afirma que su cabeza ya estará colgando de una pica nybnia.

—Eso es lo que querrían algunos de nuestros más fervientes enemigos. Estad alerta. Mientras no pongamos orden en la ciudad, tal vez sean varios los que reclamen para sí el gobierno de Móstur.

—¿Qué hacemos? —se acercó otro de los caballeros helvatios.

—Avisad a los zenlores de mayor grado. Reunidlos en el interior de la Morada… en la sala del Consejo. Id vosotros también allí y esperad mi llegada. He tenido que tomar la primera decisión y será necesario que toda la Orden me apoye en los próximos momentos, hasta el regreso del Gran Maestro.

—¿Y si el Gran Maestro no regresa?

—Therios aparecerá —sentenció Zen Grimward, con un extraño brillo en la mirada—. Cuando él vuelva, la única justicia que se impartirá en esta ciudad será la de Athmer, dios de la Luz. Y pobre de aquel que no se someta a sus designios.

CAPÍTULO 3: LERYON

Desde una de las ventanas de la Torre Fantasma, *Sir* Arthur contemplaba el cielo de Leryon, cubierto por unas amenazantes nubes que vagaban lentas, esperando el momento de derramar su contenido por tercer día consecutivo. La mano derecha de Kariosh parecía buscar en el firmamento una respuesta a los interrogantes que se le planteaban. Detrás de él, algunos de los hombres que comandaban los ejércitos de la región aguardaban su reacción.

—Los nybnios nos permitirían atravesar sus aguas, pero tal vez nos demoremos demasiado. El rey quiere que nuestros ejércitos avancen lo más rápido posible —*Sir* Arthur se giró en dirección a los enviados a los que había hecho llamar.

—En ese caso, el Paso de los Colmillos tampoco parece una opción acertada. Bordear las Templarias nos llevaría demasiado tiempo. Sus estrechos senderos retrasarían la marcha…

—Lo sé —*Sir* Arthur se situó frente a los otros hombres—. No es el mejor sitio por el que hacer pasar a todo un ejército. En mi opinión, el camino más rápido sería a través de la Senda de las Ruinas… Más rápido y seguro. Una vez cruzadas las montañas, reuniríamos nuestras tropas en los alrededores de Skeldon. A partir de allí, ya sabéis lo que tenéis que hacer.

—Destruir cuanto encontremos a nuestro paso —habló Drisz, líder de los clanes del Sur—. Mis guerreros están sedientos de sangre y esos mostures ya han permanecido demasiado tiempo en unas tierras que no les pertenecen.

—Espero que vuestros guerreros compartan ese mismo… entusiasmo.

—Desde luego, *Sir* Arthur. No os quepa ninguna duda de que mis hombres responderán a la llamada de Leryon.

«Por el bien del hijo de su gobernante», pensó el caballero, que disimuló una sonrisa al recordar el rostro de lord Bastian nada más leer las órdenes que él mismo le había trasladado.

—En ese caso, no tendrán que esperar mucho. Dentro de cinco días nuestros ejércitos partirán al Este. Así que os aconsejo que en cuanto

salgáis de aquí retornéis a Kadar. Si lord Bastian ha cumplido su promesa, nos volveremos a reunir muy pronto. Espero que vuestro gobernante haya reunido las tropas y recursos que le fueron solicitados.

—Por supuesto, *Sir*. Lord Bastian siempre cumple sus promesas. Yo mismo me encargué de hacer llegar su mensaje a los pueblos más cercanos. Sin embargo, cinco días tal vez sean pocos. Por favor, dadme un poco más de tiempo para convocar a todos los clanes que se han unido a la causa.

—Bien… ¿Cuánto tiempo necesitáis?

—En doce días podríamos reunirlos a todos en la Llanura de los Muertos…

—Os concederé diez. No podemos demorar por mucho tiempo nuestra partida. Convenceré al rey de que os conceda esos diez días para verificar cuánto vale la palabra dada por lord Bastian.

—Os juro que…

—No, no hace falta que juréis en su nombre. Confío en que el noble aprecia la vida de su hijo lo suficiente como para cumplir la misión que Leryon precisa de él. Por cierto, enviadle un saludo de mi parte, y decidle que, tal y como le prometí, me estoy encargando personalmente de la instrucción de su hijo, no solo en cuanto al manejo de la espada, sino también en lo referente al necesario cultivo de la mente al que a veces no se presta la suficiente atención en la educación de los más jóvenes. Estoy seguro de que, cuando William retorne a su hogar, su padre se sentirá orgulloso de los conocimientos y destrezas adquiridos por su hijo. Es más, incluso es posible que cuando hayamos invadido Móstur y devolvamos la paz a sus tierras, ese muchacho pueda ocupar un cargo importante. Comentádselo a vuestro gobernador.

—Sí, *Sir*.

—Y ahora, no perdáis más tiempo. Marchaos y cumplid con vuestra obligación.

«Uno que ya está», *Sir* Arthur sonrió para sus adentros mientras paseaba su mirada por los otros hombres que lo acompañaban.

—Maestro Guilbert —el caballero se dirigió al sacerdote que representaba los intereses de Reish y sus alrededores—. En primer lugar, quiero manifestaros mi pesar por la muerte de lord Benneth. Las noticias que nos llegaron desde Móstur nos han llenado de dolor. Tuve la suerte de conocerlo, y he de deciros que era uno de esos hombres que imponen con su sola presencia.

—Gracias por haceros partícipe de nuestro sufrimiento. La muerte de los hermanos Hortten ha supuesto para todos nosotros una pérdida

irreparable. Desde Nybnia, nuestro monarca no parece dispuesto a mostrarse abiertamente contrario a Móstur. Pero, como vos bien sabéis, Reish goza de ciertos privilegios en cuanto a su gobierno se refiere. Nuestro dios Lorwurn sigue teniendo presencia en las tierras nybnias y la mera posibilidad de que esos mostures traten de erradicar su culto es, para mí, motivo suficiente para salir a su encuentro. Si a eso le unimos la muerte de los Hortten, creo que tenemos motivaciones suficientes para apoyaros y seguiros en vuestro avance por las tierras de Athmer y sus fanáticos siervos.

—Sabía que podía contar con vuestro apoyo, Maestro. Supongo que tenéis conocimiento de los hechos más recientes que han tenido lugar en Móstur. Me refiero a la expulsión de los comerciantes del barrio nybnio. Esta persecución propició la rebelión que tuvo lugar en la plaza, el mismo día de la ejecución de lord Galberth.

—¿Rebelión?

—Sí. Una de las consecuencias es que Móstur ha hecho desaparecer el barrio nybnio, quemando sus edificios y matando a los habitantes que no han logrado escapar a tiempo. Pero ha habido otra consecuencia de la rebelión, que podríamos considerar ciertamente interesante.

—¿Qué consecuencia?

—Los miembros del Consejo murieron asesinados en la revuelta que tuvo lugar en la Plaza del Poder.

—¿Todos?

—La mayoría. Según me han informado, solo uno de los nobles, la reina y los helvatios lograron escapar con vida.

—¿Los helvatios? —el rostro del Maestro Guilbert se tornó en una mueca de rabia contenida—. Lástima que esos malditos fanáticos no fueran asesinados.

—Sí, una lástima. Sin embargo, la situación actual de Móstur parece caracterizarse por el desconcierto de todo el pueblo. Desprovista de su gobierno, la capital es ahora más vulnerable que nunca, circunstancia que nuestro rey Kariosh pretende aprovechar para comenzar nuestro ataque lo más pronto posible, antes de que surja un nuevo rey que ponga orden en la ciudad.

—Pero habéis dicho que la reina logró escapar con vida.

—Digamos que, ciertamente, escapó… Aunque nadie sabe adónde. Ella y sus hijos abandonaron la ciudad, y no se ha vuelto a saber nada de ellos. En mi opinión, no va a regresar. Los mostures mataron a su esposo, y no creo que haya nada allí que pueda hacerla volver. Tarya no pertenece al mundo de Athmer.

—Así que, ¿los mostures están sin rey?

—Sí, pero no olvidéis que los helvatios sobrevivieron. Therios y Grimward siguen vivos, o al menos eso se dice, puesto que el Gran Maestro de la Orden Helvatia también está desaparecido. Si los helvatios mantienen el poder, es posible que Móstur se vuelva aún más fervoroso de su dios…

—Más fanático, querréis decir —los ojos del Maestro Guilbert reflejaban el odio que el sacerdote de Lorwurn mostraba hacia Athmer y los suyos.

—Exacto —*Sir* Arthur se mostró satisfecho por la reacción del Maestro a sus palabras. Sabía que la sola mención de la muerte de los Hortten bastaría para ganarse el apoyo de Reish y su máximo mandatario.

—Decidme, ¿preferís que nos encontremos en Skeldon o les ordeno a mis ejércitos venir hasta aquí?

—Nuestra intención es partir lo antes posible, en diez días, como le he dicho antes al enviado de lord Bastian. En vuestro caso, creo que lo más conveniente es que nos encontremos directamente en los alrededores de Skeldon. No quiero retrasar el avance de vuestras tropas obligándoos a venir primero aquí.

—Está bien, *Sir* Arthur. Os juro que, si es necesario, yo mismo encabezaré a los ejércitos de Reish para asegurarme de regar las tierras de Móstur con sangre helvatia.

—Confío en vuestras palabras, Maestro… Y también comparto ese mismo deseo. Entre todos, liberaremos todas estas tierras del dominio de Athmer.

—El culto a ese maldito dios debe ser borrado, eliminado para siempre.

—Así es. Uníos a nosotros, y os juro que así se hará.

«Este ha sido más fácil de convencer», pensó *Sir* Arthur cuando vio al Maestro abandonar la estancia con paso acelerado. Entonces su atención se centró en el último invitado que aguardaba sus palabras, un hombre corpulento y de mirada penetrante.

—Os he dejado a vos para el final, porque estoy ciertamente intrigado por vuestra solicitud. ¿Desde cuándo los clanes del Norte han pretendido unirse a Leryon? ¿De dónde venís?

—En realidad —aquel desconocido mostró una intrigante sonrisa—, he tenido que mentir a vuestros guardias y oficiales acerca de mi procedencia.

—No sois del Norte, ¿verdad? —*Sir* Arthur acercó su mano derecha a la empuñadura de su espada.

—Era el único modo de asegurar mi audiencia con vos, *Sir* Arthur. Me temo que sois un hombre demasiado ocupado como para atender a

desconocidos, si no hay de por medio una oferta de guerreros o armas puestas a vuestra disposición.

—Entonces, eso es precisamente lo que no podéis ofrecerme, ¿verdad?

—Así es —volvió a sonreír el guerrero.

—¿Os llamáis Visus, o también habéis mentido respecto a vuestro nombre?

—En eso no he mentido, ya que aquí nadie me conoce.

—Entonces decidme, en primer lugar, ¿de dónde sois?

—Digamos que vengo de muy lejos, al oeste de aquí. Preferiría no mencionar el lugar exacto, no sea que, si otros se enteran, pretendan atentar contra mí.

—Del oeste… Interesante. De acuerdo, no es necesario que mencionéis vuestro origen. No me importa. Lo que realmente me intriga es vuestro propósito. Si no tenéis hombres que ofrecerme para nuestra guerra, y además afirmáis ser de la región de Móstur…

—Yo no he hecho esa afirmación, *Sir*.

—Bien. En cualquier caso, me habéis mentido para que os pudiera recibir como a estos otros hombres. Y además, habéis escuchado los planes que tengo respecto a Móstur. Más vale que vuestra visita merezca la pena. De lo contrario, me temo que no podré dejar que os marchéis de aquí con vida.

Sir Arthur dio dos golpes fuertes en la mesa que presidía la estancia. En pocos segundos, la puerta se abrió y aparecieron dos guardias.

—¿Ocurre algo, *Sir*? —preguntó uno de ellos.

—Por el momento no, pero quedaos al otro lado de la puerta. Este hombre que ha venido a verme no es quien dice ser, y las mentiras no me gustan, a no ser que sean por algún motivo importante.

—Os aseguro que se trata de un motivo más que importante —afirmó Visus.

—Eso espero —*Sir* Arthur hizo un gesto y los guardias les dejaron de nuevo a solas—. Porque no me gustaría ensuciar mis aposentos con vuestra sangre.

—Está bien. Estoy convencido de que mi visita os resultará de lo más provechosa…

—Entonces, comencemos por lo primero. ¿Quién sois realmente? Soldado de un ejército, capitán, un ciudadano como otro cualquiera…

—Soy un mercenario que se gana la vida en las tierras del Oeste. No sirvo a monarca o dios alguno. Únicamente cumplo con el cometido de mi misión.

—Un mercenario… Bien, ¿y cuál es vuestro cometido?

—En esta ocasión, podría decirse que mi labor es la de un mensajero. Y hay mensajes que no se pueden confiar a los halcones, por muy raudos que puedan resultar.

—Halcones… —*Sir* Arthur recordó que esas aves eran las empleadas fundamentalmente en Móstur, por los miembros de la Orden Helvatia. Aquello le hizo sentirse aún más intrigado—. Bien, así que… ¿tenéis un mensaje para mí?

—Sí —el mercenario se echó la mano al interior del bolsillo de la oscura chaqueta que cubría su cuerpo musculado.

Sir Arthur contempló el pergamino enrollado, cuyo lacre no dejaba ver ningún sello reconocible.

—He tardado mucho en llegar hasta aquí. Pero, por lo que os he escuchado antes, veo que estáis en todo momento bien informado de los sucesos que tienen lugar en Móstur.

—Lo cierto es que los cuervos no son tan eficaces como los halcones de los helvatios, pero cumplen perfectamente con su cometido. Y decidme, ¿quién os envía?

—Lo siento, *Sir*, pero me temo que, por el momento, eso debería continuar siendo un secreto. Espero que vos, acostumbrado a la obtención y manejo de ciertas informaciones, comprendáis que en ocasiones el anonimato resulta de vital importancia para el éxito de un plan.

—Vaya —a *Sir* Arthur le agradaron aquellas palabras—. Reconozco que, sea quien sea el que os ha enviado a mí, sabe lo que hace, y ha elegido bien a su mensajero. ¿De verdad sois un mercenario? La mayor parte de los que he conocido resultan más elocuentes con la espada que con la voz. No sé por qué, pero creo que sois algo más, ¿me equivoco?

—Que sea un mercenario no significa que solo sepa emplear bien la espada. A decir verdad, estáis en lo cierto. Pero, por favor, no nos centremos en mí. Como os he dicho, he realizado un largo camino para poder traeros esto. Estoy convencido de que os resultará de lo más interesante.

Visus entregó el mensaje al caballero, que no apartó la mirada de los ojos del mercenario mientras el pergamino cambiaba de manos.

—Antes de leerlo —*Sir* Arthur frunció el ceño—, si ni siquiera conozco a quien me envía esto, ¿cómo podré confiar en sus palabras?

—Por eso no os preocupéis. Consideradlo como… una profecía, si así lo creéis conveniente.

—¿Una profecía?

—Exacto. Al principio, nadie cree en ella, hasta que comienza a cumplirse, línea tras línea. Lo que estáis a punto de leer representa el

presente y futuro de las tierras de Móstur. En realidad, no sé cuál será ese futuro, y si realmente aparece escrito en el pergamino. Pero, a juzgar por las palabras de quien me envía, estoy convencido de que no dudaréis del valioso contenido del mensaje.

—En ese caso —*Sir* Arthur disimuló la impaciencia que lo invadía— sentémonos a la mesa. ¿Os apetece un poco de vino?

—¿No tenéis curiosidad por leer el pergamino? —Visus se extrañó de la calma mostrada por el caballero.

—Dispongo de todo el tiempo que sea necesario para leerlo, así que, si vos no tenéis prisa por regresar… adonde quiera que tengáis que ir, preferiría sentarme y leerlo mientras disfruto una buena copa. ¿Me acompañáis?

—De acuerdo. Tomaré ese vino. Yo tampoco tengo ninguna prisa, ahora que ya he cumplido mi cometido. De hecho, nuestro común amigo…

—No creo recordar tener amigos de los que no sé su nombre.

—Digamos entonces que, pese a no darse a conocer, comparte con vos cierto interés en las tierras de Móstur.

—En ese caso, por el momento lo aceptaré como amigo, o al menos no lo consideraré un enemigo.

—Bien. Como os decía, nuestro… común aliado, si así lo preferís, me ha dicho que espere a que reflexionéis acerca del contenido de su mensaje, por si queréis que le sea dada alguna respuesta.

—Está bien —*Sir* Arthur tomó dos copas de vino y las llevó a la mesa presidida por un mapa de las regiones cercanas a Leryon—. Sentaos, por favor, y tomad vuestra copa. Aunque os pueda resultar extraño, me gusta disfrutar un buen vino antes de tomar una decisión importante. Y la primera decisión importante que tendré que tomar, una vez haya leído este pergamino, es si realmente su información merece que vuestra vida sea respetada. No os lo toméis a mal, pero creo que la seguridad de mi pueblo es lo más importante, y vos habéis escuchado algunas de mis más inmediatas intenciones. No sé quién sois realmente, ni de dónde venís… En fin, ¿qué os parece si brindamos por nuestro común… aliado?

Sir Arthur acercó su copa a la de Visus. Se extrañó al descubrir la calma que invadía al mercenario. «Su vida depende de las líneas de un pergamino y parece más tranquilo que cualquiera de los otros hombres que han acudido a mi presencia».

—Por nuestro común aliado —repitió el otro hombre, mientras las copas chocaban.

Visus bebió todo el contenido de la copa, y pareció satisfecho por el sabor del vino. Por el contrario, *Sir* Arthur apenas se mojó los

labios.

—Veamos el misterioso contenido de esta… profecía que me habéis hecho llegar.

Sir Arthur sintió un escalofrío recorriendo su cuerpo nada más desenrollar el pergamino y comenzar a leer su contenido. Estaba escrito con letras ligeramente inclinadas, trazadas de manera cuidadosa, como si el escriba se hubiera tomado toda la calma del mundo para dar forma a cada palabra.

Como había dicho Visus, el texto era lo más parecido a una profecía sobre los sucesos que estaban aconteciendo en Móstur, un esbozo de su presente y futuro. El rostro de *Sir* Arthur dibujó una expresión cada vez más asombrada a medida que sus ávidos ojos devoraban el contenido del mensaje cuyo valor bien merecía su entrega directamente en mano.

—Una conspiración… —*Sir* Arthur detuvo su lectura por un momento para dejar escapar aquella breve reflexión. Después siguió leyendo, descubriendo la explicación a los acontecimientos que habían tenido lugar en Móstur: la masacre en el templo de los helvatios, la ejecución de los Hortten, los asesinatos de los miembros del Consejo… Todos aquellos actos obedecían a un mismo plan.

—Un siervo de Lorwurn —leyó en voz alta la última línea, situada por debajo de los trazados de una irreconocible firma.

Visus sonrió al contemplar el palidecido rostro del caballero. Sin duda, el contenido del mensaje bien merecía algo más que el respeto hacia su portador.

El caballero volvió a releer las letras que, como hechizantes signos, mantenían su mirada fija en el pergamino; el mensaje cobró vida una vez más. Tras esta segunda lectura, *Sir* Arthur tuvo la certeza de que, fuera quien fuera aquel aliado común, no parecía pertenecer al pueblo nybnio, y ni mucho menos a la región de Leryon.

CAPÍTULO 4: MÓSTUR

No había tiempo para preparar uno de aquellos discursos con los que convencer a los demás helvatios sobre la necesidad de concentrar el poder en el cetro de Athmer. De todos modos, estaba tranquilo. A Zen Grimward no le preocupaba tener que improvisar un llamamiento a acatar su edicto. Estaba convencido de que cualquiera de sus más allegados aprobaría la decisión y le mostraría su incondicional apoyo.

De todos los que habrían de sentarse a dialogar, el Presthe fue el primero en llegar a la Sala del Consejo, que se encontraba vacía. Se sentó en su sillón habitual y echó una mirada prolongada sobre cada uno de los asientos repartidos a su alrededor, recordando a quienes, hasta aquel momento, habían sido sus ocupantes en cada reunión.

Muertos o desaparecidos… Lord Belson era la única excepción. Por un instante, Zen Grimward deseó que el noble hubiera sido asesinado. De entre los nobles del Consejo, él siempre se había mostrado como el menos dado a apoyar las decisiones de los helvatios. Por fortuna, a pesar de ello siempre habían encontrado el modo de hacerle «entrar en razón», al menos de forma aparente. Pues si había un noble capaz de manejar la información que llegaba a sus oídos, ese era lord Belson. A diferencia de los helvatios que formaban parte del Consejo, era un hombre temido y respetado en similares proporciones, con pocos enemigos en comparación con el resto de nobles más influyentes de la ciudad.

Zen Grimward no tardó en ponerse en pie. Estaba inquieto, deseoso de zanjar su obsesión por devolver el poder absoluto a los clérigos helvatios. El nuevo Consejo de la ciudad estaría formado por aquellos zenlores que le apoyaran en su decisión. «El poder es tan tentador», sonrió mientras intentaba pensar en alguno de los clérigos que pudiera oponerse a tan generosa oferta. «Todos aceptarán», sentenció para sus adentros.

Los primeros pasos que escuchó fueron los del inconfundible y sombrío caminar de Zen Walter, uno de los más longevos zenlores que habitaba en la Morada. Algunos decían que ni él mismo recordaba su propia edad. Tenía el rostro marchito, cubierto por pliegues de arrugas

que ensombrecían su mirada y una sonrisa que en muy pocas ocasiones dejaba al descubierto. De piel canela y ojos azulados, se caracterizaba fundamentalmente por el olor que siempre lo acompañaba, un aroma a las hierbas del norte que fumaba de forma asidua, con una pasión casi desmedida.

Zen Walter llegó acompañado de otro clérigo que no parecía muy conforme con algunas de las explicaciones del más anciano en lo referente al Primer Códice Helvatio, la norma primigenia por la que se habrían regido los primeros miembros de la Orden, cuando la vida de los clérigos resultaba más austera y sacrificada. Zen Argosh era más joven que su interlocutor, y también más tozudo; una de esas personas acostumbradas a llevar la conversación al terreno de la discusión, donde se sentía más cómodo. Tenía fama de embaucador y en ocasiones precipitado en sus decisiones y palabras. Su boca dejaba escapar sus pensamientos con demasiada rapidez, exenta de temor ante cualquier represalia que pudieran provocar sus afiladas palabras. Si Therios inspiraba miedo y desconfianza, eran muchos los que suplicaban a Athmer que permitiera al Gran Maestro continuar con vida por largos años para evitar que Zen Argosh pudiera llegar a la cúspide del poder helvatio. El clérigo tenía la tez pálida, casi nívea como las delicadas barbas que, siempre bien recortadas, cubrían parte de su rostro.

Ambos clérigos se detuvieron al entrar en la sala y comprobar que no estaban solos. Zanjaron repentinamente su conversación para centrar su curiosidad en el motivo de tan inesperada llamada.

—Hermanos —Zen Grimward inclinó levemente la cabeza, esbozando una forzada sonrisa—, me alegro de volver a veros. Zen Walter, tenéis buen aspecto. Hacía mucho tiempo que no nos encontrábamos.

—Y en mal momento volvemos a vernos, Presthe Grimward. Afortunadamente, mi delicado estado de salud me ha impedido acudir a varias citas con la muerte en estos últimos tiempos. Me preguntaba si sería en esta ocasión cuando la desgracia vendría a visitarme. Espero que no sea así.

—La verdad es que estamos muy preocupados por la actual situación por la que atraviesa Móstur —añadió Zen Argosh—. Hay quienes afirman que estamos al borde de una guerra, bien contra los nybnios o quién sabe si entre los propios mostures.

—Por eso estamos aquí —Zen Grimward les invitó a tomar asiento—, para evitar cualquier guerra contra un enemigo externo o interno.

—Pues vos diréis —Zen Walter fue el primero en sentarse, no sin

algo de dificultad para dejarse caer en el sillón que en las reuniones del Consejo solía estar ocupado por Zen Darlish.

—No os impacientéis —Zen Grimward esbozó otra sonrisa fingida—. Aún tienen que venir los demás.

No había terminado de hablar cuando en la sala hizo su aparición Yar Gregor. Como era habitual en él, al ser uno de los brazos ejecutores de la Orden, a su espalda asomaba la empuñadura de su inseparable arma. Los clérigos se mostraron sorprendidos al encontrarlo allí. Pensaban que el Presthe únicamente habría convocado a los más ancianos depositarios de la sabiduría de Athmer.

—¿Llego tarde? —preguntó el caballero al ver las expresiones dibujadas en los rostros de los clérigos.

—Al contrario —Zen Grimward se acercó a él para darle la mano—. Llegáis más que puntual a nuestra improvisada reunión. Me hubiera gustado que fuerais avisados con más tiempo, pero ya sabéis que, según están las cosas, debemos actuar sobre la marcha. La imparable sucesión de acontecimientos requiere respuestas raudas que puedan restablecer el orden.

—Restablecer el orden —repitió el Yar—. Supongo que ese es mi cometido en esta reunión, ¿no es así? En fin, espero que tengáis un buen plan para salir de esta, Presthe. Me temo que Móstur es un hervidero de hombres y mujeres cuyo miedo solo es comparable a sus sentimientos de odio. Los nybnios que no han sido asesinados ya estarán lejos de aquí. Mientras numerosos ciudadanos lloran a sus muertos, algunos nobles se miran al espejo preguntándose qué tal les sentaría la corona.

—Lo sé, lo sé —reconoció el Presthe—. Por eso debemos actuar con premura y determinación. Ninguno de esos nobles va a probarse la corona… Y deben saberlo cuanto antes.

Entraron otros tres zenlores, hombres de avanzada edad que gozaban de buena reputación entre los más eruditos miembros de la Orden. Clydas, Hosdric y Gálinnar eran clérigos de esos que muchos consideraban como los eternos habitantes de las bibliotecas helvatias, devoradores de manuscritos entregados en cuerpo y alma a la interpretación de los designios de Athmer, así como al estudio de los escritos más importantes elaborados por los más sabios siervos del dios de la Luz.

La llegada de otros dos caballeros de la Orden, Yar Brynor y Yar Véremith, completó la audiencia con la que contaba Zen Grimward para hacer realidad sus pensamientos.

—Queridos zenlores, caballeros… amigos —Zen Grimward paseó entre los invitados una vez que todos ellos se sentaron en torno a la

mesa del Consejo—. Os he hecho venir lo antes posible hasta aquí para que actuemos con rapidez. Ante la gravedad de los últimos acontecimientos, se ciernen sobre nosotros varias amenazas que debemos neutralizar. La situación requiere de la absoluta unidad de los miembros de nuestra Orden, una unidad que únicamente podremos alcanzar si ponemos todas nuestras esperanzas en Athmer. Él nos guiará, nos enseñará el camino que hemos de tomar para que nuestra ciudad no se vea invadida por la guerra o la desesperación. En estos momentos, el poder de los hombres no va a ayudarnos: la reina y sus hijos han desaparecido, y con el asesinato de la mayoría de los miembros del Consejo se abre un periodo de quiebra en el gobierno de la capital. Solo el poder de Athmer puede controlar toda esta sinrazón que está a punto de desbordar nuestra ciudad.

—¿Dónde está Therios? —inquirió Zen Walter.

—Los guardias me han informado de que se encuentra desaparecido; algunos dicen que ha muerto, pero nadie ha podido demostrarlo.

—Sin Therios resultará complicado establecer esa unidad entre nuestros miembros, ¿no creéis?

Las palabras de Zen Argosh parecían un interrogante acerca de los propósitos del Presthe. El anciano de mirada gris presentía las intenciones del otro clérigo.

—Yo soy el acólito de Therios. En su ausencia, el poder recae sobre mí…

—¿Poder? —Zen Walter sonrió tras haber desnudado los pensamientos del Presthe—. Como hombre más cercano a nuestro Gran Maestro, recae sobre vos la responsabilidad de guiar nuestros pasos. No confundáis el deber con el poder, Grimward.

Aquellas palabras sembraron las dudas entre los demás asistentes. El Presthe vio en ellos una desconfianza que intentaría hacer desaparecer.

—Como bien decís, Zen Walter, se trata de una gran responsabilidad que debo asumir. No es mi intención convertirme en el líder supremo de la Orden, capaz de tomar cualquier decisión sin el consentimiento de mis allegados. Por eso mismo os he congregado a vosotros. Yo no quiero ningún poder.

—Entonces —Zen Argosh paseó su mirada entre los asistentes— ¿qué es lo que verdaderamente queréis? Si nos habéis recordado que vos sois quien tiene las riendas, en ausencia del Gran Maestro, será porque habéis decidido hacer algo respecto a los últimos acontecimientos, ¿no es así?

—Por supuesto, Zen Argosh. Pero, por favor, permitid que me

explique antes de juzgar mis decisiones.

De nuevo se hizo el silencio. El Presthe caminó lentamente hacia su sitio y se sentó.

—Mi intención no es otra que devolver el poder a su fuente originaria… Athmer.

—¿Y cómo vais a hacerlo? —habló Clydas—. ¿Qué pensáis decir al pueblo?

—¿Qué haréis con la figura del rey? —preguntó Zen Walter.

—Cuando digo que mi intención es devolver el poder a Athmer me refiero a restablecer las leyes divinas, que ellas se conviertan en el código que rija a todos los mostures, independientemente de sus creencias. La fe de Athmer es la única verdad que debemos permitir en Móstur. En cuanto a la figura del monarca, no tiene ningún sentido. ¿Cómo se puede comparar el poder de un hombre al de Athmer?

—Puede resultar peligroso —intervino Yar Gregor—. Muchos nobles ven a Athmer como una forma de sometimiento, una ley encubierta bajo los pliegues de un inexistente dios que ni siquiera tiene rostro…

—Cuidad vuestras palabras, caballero —el Presthe habló en un tono severo.

—No son mis palabras, Zen Grimward. Son los pensamientos de algunos nobles, palabras que han dejado escapar en mi presencia.

—En ese caso procurad que, la próxima vez que blasfemen de ese modo, recaiga sobre ellos el oportuno castigo.

—Zen Grimward —habló Gálinnar—. No dudo de que, lo ideal sería que todos los hombres, mujeres y niños de nuestra ciudad se hubieran sometido libremente a la voluntad de Athmer. Pero, desgraciadamente, no es así.

—¿Acaso un niño sabe lo que realmente le conviene? —el Presthe fijó su mirada en aquel clérigo de barbas oscuras y alargadas—. ¿Deberíamos dejar que los niños hicieran cuanto se les antojase? Los habitantes de esta ciudad… muchos de ellos, son como esos niños. No saben lo que realmente les conviene y se dejan llevar por el dictado de sus pasiones e instintos más bajos. Nosotros somos los portadores de la sabiduría de Athmer. Es nuestro deber que esa sabiduría llegue no solo a la mente de los demás hombres, sino a su corazón.

—¿Y aquellos que se nieguen? —preguntó Yar Gregor, con la empuñadura de su espada tan cerca de la nuca que parecía estar susurrándole al oído.

—No habrá posibilidad de elección…

—La sublevación será la respuesta más probable por parte de muchos. Será el inicio de una guerra…

—No, Zen Walter. No habrá guerra. Aunque no dudo de que habrá derramamiento de sangre hasta que el pueblo entre en razón. Son muchos los que sirven a nuestro dios. Los que se nieguen a hacerlo, tendrán que abandonar la ciudad, o morir. Sin embargo, lograremos que muchos más se unan a la Orden. Pero deberemos lograr que sientan la fuerza de Athmer en su interior.

—Respecto al poder sobre la ciudad… —insistió Zen Walter.

—¿Acaso pensáis que yo deseo el poder sobre la ciudad, o sobre la Orden? No, Zen Walter, no deseo ningún poder. Athmer será el único depositario de ese poder; los Textos Sagrados, la única ley; y los aquí presentes seremos los únicos miembros de un Consejo que deberá encargarse de impartir justicia y hacer cumplir la voluntad de nuestro dios.

—Eso ya me va pareciendo más razonable —Zen Hosdric se mostró satisfecho con aquella decisión.

—Un Consejo formado exclusivamente por helvatios —Zen Argosh frunció el ceño—. Me temo que los nobles no van a mostrarse muy entusiasmados con esta decisión. Recordad que muchos de ellos no son precisamente cercanos a nuestra Orden. No recuerdo haberlos visto en las ceremonias del templo. No se someterán fácilmente a la voluntad de Athmer.

—Lo harán si nuestras decisiones resultan, de algún modo, beneficiosas para sus intereses.

—Me temo, Zen Grimward, que los intereses de los nobles son difícilmente predecibles y, en muchos casos, imposibles de averiguar.

—Lo sé —el Presthe cruzó las manos y miró a Zen Argosh—. Tendremos que adelantarnos a ellos. Había pensado que nuestros caballeros podrían encargarse de la protección de sus tierras y sus familias. Por un lado, les ahorraríamos parte del coste de su seguridad a la vez que conseguimos tenerles más…

—¿Más controlados? —Zen Walter esbozó una media sonrisa—. ¿Disponemos de tantos caballeros como para poder crear esa guardia exclusiva para los nobles?

—Necesitaríamos más hombres —respondió Yar Gregor, conocedor de las deficiencias de sus caballeros.

—En cuanto el culto a Athmer se extienda por la ciudad y se convierta en algo cotidiano, serán muchos los que quieran consagrarse o consagrar a sus hijos al dios de la Luz, bien como clérigos o como caballeros de la Orden. Tendremos que invertir nuestros esfuerzos en hacer ver a la gente que, fuera de Athmer, solo hay un vacío que conduce a la desolación y el abandono.

—No será fácil —replicó el Yar—. Si intentamos imponer el culto a

Athmer, corremos el riesgo de incendiar la ciudad con sublevaciones, crímenes contra los miembros de la Orden…

—No he dicho que el proceso tenga que ser rápido —replicó el Presthe— aunque puede ser que en un primer momento tengamos que derramar algo de sangre. Pero tal vez, si escogemos bien a las víctimas, es posible que el pueblo nos vea con otros ojos.

—¿Qué víctimas? —Yar Gregor se inclinó hacia adelante.

—Ladrones, asesinos… Muchos de ellos han sido, hasta el momento, protegidos por los anteriores miembros del Consejo, porque no representaban una amenaza seria para la estabilidad de nuestra ciudad. Hemos permitido que algunos de ellos roben y cometan sus fechorías entre nuestros ciudadanos, y les hemos dejado seguir actuando porque a cambio nos ofrecían información valiosa acerca de las cofradías que merodean por los alrededores. Si eliminamos a algunos de ellos, el pueblo acogerá con mayor agrado el nombramiento del nuevo Consejo.

—Puedo identificar a una docena de esos malhechores —Yar Gregor se frotó las manos—. Dispongo de varios caballeros repartidos por la ciudad que podrían traerlos hasta aquí en cuanto lo ordenaseis.

—Bien —Zen Grimward comprobó con satisfacción cómo el resto de presentes asentía sin oposición—. Hermanos, es el momento de que Athmer recupere el trono de la ciudad, y es responsabilidad de todos nosotros lograrlo de tal modo que el pueblo, no solo lo vea con buenos ojos, sino que tenga la absoluta certeza de que nuestro dios es el único y verdadero, el protector de la ciudad, el salvador de cada uno de ellos. Si lo conseguimos, seremos recompensados con un aumento del número de devotos. Fortaleceremos la capital y nuestra Orden en semejantes proporciones. Más clérigos, más caballeros… A eso me refiero cuando digo que Athmer debe ser el único depositario del verdadero poder.

—En ese caso —Zen Argosh tomó la palabra— debemos actuar lo antes posible, redactar el edicto con el nombramiento del nuevo Consejo y proceder de forma simultánea a la detención y ajusticiamiento público de esos malhechores.

—Exacto —el Presthe dirigió la mirada a Yar Gregor—. Esta misma noche, vuestros caballeros procederán a la detención de los malhechores que más daño hayan causado entre los habitantes de la ciudad. Elegid a aquellos que sean más odiados, los que gocen de peor reputación y mayor fama de asesinos. Mañana exhibiremos sus cabezas al pie del castillo, que desde ahora pasará a formar parte de nuestras posesiones. Por tanto, Yar Gregor, espero que no tengáis inconveniente en aseguraros de convertir el castillo en el hogar de los

caballeros. Eso acrecentará vuestra reputación.

—¿Estáis seguro de tomar esa decisión? —inquirió Zen Walter—. El pueblo tal vez lo vea como una forma precipitada de acabar con cualquier intento de nombrar un nuevo rey…

—¿Acaso el pueblo necesita un rey? Recordad que el último fue ejecutado con la aprobación del pueblo, y que la reina no ha gozado de mucha simpatía entre los ciudadanos. Decidme, ¿qué hace un rey por su pueblo, más que ahogarlo con impuestos y agotar los recursos de nobles y campesinos? No, el pueblo no necesita más reyes. Nuestro dios es nuestro rey, y fuera de él no habrá ningún otro poder. Yar Gregor, durante estos días tendréis que nombrar nuevos caballeros. Aseguraos de que sean hombres de vuestra confianza. Elegid a varios que os ayuden a hacer del castillo un cuartel de la Orden. Estoy seguro de que nuestros caballeros lo verán con buenos ojos.

—¿Y qué hacemos con los miembros de la guardia?

—Me reuniré con ellos para tratar este asunto. Mi intención es que, no siendo miembros consagrados a Athmer, formen parte activa de la protección de la ciudad en nombre del dios de la Luz. De hecho, varios de ellos acuden a diario al templo antes de empezar su jornada. Haremos que, poco a poco, abracen nuestra fe. No os preocupéis, Yar Gregor, vuestra convivencia con ellos no supondrá ningún problema. Vuestros caballeros prestarán un mayor servicio a los nobles, ellos continuarán ejerciendo su sagrado deber de proteger la ciudad.

—¿Qué hacemos si Therios regresa? —Zen Walter no quería dejar escapar ningún detalle.

—Si Therios aparece, no cabe duda de que aprobará la medida que estamos a punto de tomar. Lo conozco lo suficiente como para saber que siempre ha deseado que el culto a Athmer sea impuesto, como antaño. Y si además logramos hacerlo de la forma menos drástica posible, el pueblo se convencerá de la bondad de nuestro dios…

—Me refiero a que, si el Gran Maestro vuelve, ¿le incorporaréis a este Consejo?

—Por supuesto. Therios es el supremo guía de la Orden, no podemos dejarlo fuera de las decisiones que habremos de tomar. Espero que eso no os suponga ningún inconveniente. Sé que, en ocasiones, el Gran Maestro puede parecer demasiado duro en sus decisiones, o tal vez injusto. Pero creedme, nadie como él ha sido capaz de hacer frente a los mayores peligros para la estabilidad de nuestra ciudad. Su presencia en el Consejo es de vital importancia.

—Si es que aún está vivo —sentenció Zen Argosh—. Hay rumores que…

—Rumores… —el Presthe miró fijamente al zenlor—. También he

escuchado rumores acerca de algunos de los aquí presentes. En concreto, sobre vos he escuchado decir que hacéis ofrendas al dios de los leryones. Creedme, Argosh, si hiciera caso de los rumores, más de uno no estaríais ahora mismo aquí. No me interesan los rumores infundados, sino las pruebas, los hechos. Y mientras no aparezca el cuerpo sin vida de Therios, he de suponer que en cualquier momento puede regresar. Es cierto que su presencia en el Consejo puede suponer, al principio, un aumento de la desconfianza del pueblo para con el nuevo gobierno. Por eso debemos actuar lo antes posible, porque estoy convencido de que el Gran Maestro no tardará en volver.

—En ese caso —Yar Gregor se puso en pie—, y si nadie tiene algo que objetar, yo me retiro. Reuniré a mis hombres y esta misma noche iremos de caza. ¿Cuántas cabezas necesitáis?

—Diez o doce bandidos… Vivos y enteros, Yar. Mañana, al amanecer, el pueblo verá una muestra de bondad por parte del nuevo Consejo, al librarlos de esos malhechores.

—Preparad una celda en las mazmorras. Esta misma noche los tendréis allí encerrados.

El caballero inclinó la cabeza y abandonó la estancia, con el sonoro paso de un caminar que resultaba altivo, majestuoso.

—Bien —el Presthe también se separó de su asiento—. Si ninguno tiene alguna objeción o duda respecto a lo que hemos hablado, ha llegado la hora de dar por zanjado nuestro encuentro. Redactaré el edicto con el nombramiento del nuevo Consejo y me encargaré de que llegue a todos los ciudadanos. Zen Argosh, hablad con lord Belson respecto a este asunto. Aseguraos de que, al menos por el momento, acata nuestra voluntad.

—¿Qué os hace pensar que mis palabras podrán embaucarlo? Ya sabéis que es hombre ambicioso y soberbio…

—Lo sé. Pero si hay alguien capaz de sujetar esos defectos, ese sois vos. Siempre ha mostrado más respeto y confianza hacia vos que con cualquiera de nosotros. De todos modos, si vuestras palabras no le convencen concertaremos un encuentro con él. Ya pensaré en algo que podamos ofrecerle a cambio de su completa colaboración.

—Está bien. Lo intentaré.

—Bien, hermanos. Confío en que cada uno de vosotros hará todo cuanto esté en su mano para que, a partir de este mismo instante, Athmer ocupe el lugar en el que debe estar, como único soberano de Móstur. Que su sabiduría guíe nuestras decisiones para gobernar esta ciudad bajo sus mandatos, la nueva ley.

CAPÍTULO 5: BÉLINGDOR

Bélingdor había dejado de ser una promesa que tiempo atrás se antojaba como un sueño lejano. Desde el monasterio podían contemplarse, a lo lejos, algunas de las viviendas escondidas entre los árboles. El bosque parecía un mar verde que lo hubiera inundado todo a su paso, dejando ver algunos tejados y apenas un par de torres que se asomaban tímidamente entre la maleza.

Darreth se sentía abatido, incapaz de comprender lo sucedido en el interior de aquellos muros que nunca olvidaría. No lograba entender cómo el Gran Maestro Therios no había tenido ningún reparo en sacrificarlo, en presentarlo ante su dios como uno de aquellos carneros que se degollaban en los rituales de ofrenda a Athmer en Móstur; o a Lorwurn en las tierras de los leryones.

«No te atormentes, hijo» —le había dicho Zen Varion en más de una ocasión desde que hubieran dejado atrás el cuerpo sin vida de Yar Robert. El denlor había visto en la mirada de aquel caballero el miedo a obedecer las órdenes de Therios, un miedo incluso mayor que el manifestado ante la llegada de su muerte, a manos de Morley. Estaba claro que Yar Robert era un hombre que había puesto toda su confianza en Athmer, y el temor a desobedecerle era lo único que guiaba sus actos. Sintió lástima por el helvatio. Sabía que únicamente se limitaba a cumplir una orden que ni él mismo parecía comprender. El fanatismo resultaba un arma peligrosa cuando las creencias eran capaces de imponerse sobre lo que, en principio, podría considerarse más racional. Darreth se preguntó si algún día su fe en Athmer se transformaría en aquella locura. Rezó para que su dios le diera fuerzas y, sobre todo, coherencia en cada uno de sus actos.

Zen Varion permanecía atento a cada movimiento de su discípulo, a cada gesto que pudiera ofrecer un indicio de sufrimiento. «La prueba está siendo demasiado dura», se dijo recordando sus años de iniciado en la Orden. Él no había tenido que sufrir tantas desdichas como el joven al que acompañaba en aquel viaje hacia lo desconocido.

—Tal vez deberíamos replantearnos lo que estamos haciendo —Zen Varion hablaba con su discípulo a solas, a unos metros de los

mercenarios. Los dos helvatios se habían separado del resto del grupo para poder elevar sus plegarias a Athmer sin ser interrumpidos.

En aquella ocasión fue Zen Varion quien no parecía encontrar la concentración necesaria para meditar en su interior.

—¿Replantearnos el qué? —Darreth se había extrañado por las dudas manifestadas por su maestro, un hombre que hasta aquel instante siempre se había mostrado firme en sus creencias y decisiones.

—Esta misión. Cada vez la encuentro menos sentido, y después de lo ocurrido en el monasterio, me persigue una peligrosa pregunta respecto a lo sucedido aquel día, en la matanza de nuestros hermanos.

—¿Qué pregunta, maestro?

Zen Varion miró fijamente al muchacho. En su mirada podía leerse un cierto temor a hacerle partícipe de sus dudas.

—No estoy muy seguro, Darr. Pero desde el momento en que partimos de Móstur, no he dejado de pensar en lo sucedido en el templo, en por qué fuiste tú el único superviviente de la masacre. Al principio pensaba que Athmer había obrado un verdadero milagro en ti. Pero lo sucedido en el monasterio…

—Sé a qué os referís… Tal vez no fue Athmer quien obró tal milagro, ¿es eso?

—Mi corazón se niega a relacionar a Therios con la muerte de nuestros hermanos, pero el hecho de ser tú el único… Y de haber sido enviado hasta este lugar…

—Therios nunca habría permitido la muerte de los nuestros… ¿Verdad?

—Ya no sé qué creer, Darr. Siempre me ha parecido que el Gran Maestro no se muestra tal y como es en realidad. Y aunque estoy convencido de que él nunca haría algo semejante, los hechos no parecen confirmarlo así. Él quiso enviarte al monasterio para sacrificarte… Y convenció a Yar Robert para acabar contigo, pensando que eras el enviado de Athmer. Yar Robert siguió sus instrucciones, cegado por la creencia de que hacía lo correcto.

—Pero ¿por qué pensaría el Gran Maestro que yo soy el enviado? No soy más que un novicio, un iniciado que da sus primeros pasos en la Orden. No es lógico…

—Therios siempre ha afirmado que Athmer se fija en aquellos que, a ojos del mundo, parecen menos interesantes de lo que en realidad son. El Gran Maestro siempre ha defendido que los más humildes son los verdaderos elegidos de Athmer. Y luego está esa profecía de Los Textos Sagrados…

—¿Qué profecía?

—Mientras tú estabas con Yar Robert, los clérigos del monasterio me mantuvieron retenido en su sala capitular. Allí, su superior me habló de la profecía que anunciaba la llegada del enviado, tras la derrota del dios Dragón. Según dijo Ghossen, la caída del dios y tu destino como único superviviente de la masacre eran pruebas definitivas de que el momento había llegado. Pero no estoy seguro de que Therios tenga ese mismo pensamiento. Por mi mente surcan explicaciones más oscuras respecto a la matanza del templo. Varios de los allí presentes representaban una amenaza para el poder absoluto del Gran Maestro…

—¿Creéis que Therios está detrás de la muerte de nuestros hermanos?

—En estos momentos, mi mente es un mar de dudas, muchacho. Nunca antes me había sentido tan confuso respecto a los actos de mis superiores. Y temo que todo esto pueda poner en peligro nuestras creencias.

—No creo que todo esto sea motivo para dudar de Athmer, maestro.

—Lo sé. Los hombres cometemos muchos errores, y muy terribles cuando malinterpretamos los Textos Sagrados o las creencias que nos han sido transmitidas. Al final del viaje, estoy seguro de que nos veremos fortalecidos. Regresaremos a Móstur tras haber superado una verdadera prueba de fe.

—Pero, Therios…

—Ese hijo de puta ha estado jugando con nosotros desde el primer momento —la voz de Morley interrumpió el diálogo entre los helvatios—. Lamento intervenir en vuestra conversación, Zen Varion, pero no puedo quitarme de la cabeza esa terrible idea de vuestro Gran Maestro. De no ser por la promesa de dinero que nos hizo, regresaría ahora mismo a Móstur para arrancarle la cabeza y alimentar con sus sesos a esas putas aves portadoras de sus órdenes… Lo siento, pero me temo que vuestro líder no tiene muy claras las ancestrales creencias de los helvatios más moderados. Se acerca una etapa de tiranía, creedme. Y ese cerdo de Therios está sembrando la dictadura de un dios castigador, lejos del Athmer bondadoso que la mayoría de los vuestros pregonan en sus discursos… La verdad es que me dan ganas de regresar, Zen.

—Pero estamos cerca de nuestro destino, Morley. Si encontramos a esos nybnios, tal vez encontremos algunas respuestas…

—¿Respuestas? ¿A qué tipo de preguntas? Si la pregunta es si Therios ha perdido la cabeza, no es necesario que los nybnios respondan… Aun así, vuestro Gran Maestro siempre se ha

caracterizado por pagar a tiempo y de forma generosa, aspectos que resultan de vital importancia para la continuidad de nuestra misión, al menos por mi parte. Así se lo he dicho a Genthis. Si él y sus hombres abandonan esta búsqueda, lo comprenderé.

—¿Qué ha respondido el capitán? —Zen Varion frunció el ceño.

—Si el brillo del oro es una de mis perdiciones, la de Genthis es la curiosidad. El capitán quiere despejar las dudas respecto al juego en el que nos ha metido Therios. Incluso está deseoso de llegar al templo de Thariba e interrogar a todos sus habitantes.

—¿Y si no tienen una respuesta para sus preguntas?

—Me temo que, si esos nybnios no tienen respuestas, deberemos encontrarlas nosotros… en sus cabezas. Un saco de cabezas nybnias es cuanto necesito para que Therios me pague… El resto de intrigas y de intenciones por su parte, con todos mis respetos, se las puede meter por el culo. Mi intercambio es sencillo: cabezas nybnias por bolsas de oro. El resto, no me importa lo más mínimo. Sé que os puede resultar de lo más rastrero, pero… Esas son las reglas: mis hombres y yo continuaremos con la condición de llevar a Therios un puñado de nybnios: vivos o muertos. Y en ese sentido, unas cuantas cabezas sueltas no precisan de ser alimentadas ni vigiladas para evitar que escapen.

—No os precipitéis, Morley. Permitid que, en primer lugar, interroguemos a esos nybnios para ver si nos dan una respuesta…

—No creo que ningún nybnio pueda explicaros lo sucedido en el monasterio, Zen Varion. Aun así… De acuerdo, les dejaremos hablar antes de empezar a derramar sangre. Genthis opina lo mismo que vosotros. Tal vez vuestra paciencia sea lo que salve la vida de esos desgraciados. Darreth, ¿recuerdas bien sus caras?

—Sí. Recuerdo muy bien a varios de ellos, dos o tres…

—Serán suficientes. De acuerdo entonces, la búsqueda sigue en pie y, por el momento, se realizará respetando vuestras condiciones… Siempre que esos bastardos confiesen la verdad. Si no, mi espada tomará la palabra.

—¿Estamos muy lejos de nuestro destino? —preguntó Darreth.

—Después de todos los infiernos por los que hemos pasado, nos encontramos en la fase final de nuestro viaje. Esta noche la pasaremos en la posada de Bélingdor… No os preocupéis, Zen Varion, me ocuparé de que podáis descansar en otro lugar. En todos los pueblos siempre hay una casa vacía. Y creedme, no hay cerradura capaz de resistir a la maña de Vidok para abrir puertas. A veces me pregunto si no deberíamos entrar en el palacio de uno de esos nobles y con un simple robo solucionar todos nuestros problemas de dinero.

—No seáis deshonesto, Morley —sonrió Zen Varion.

—Honestidad… Ya no recuerdo lo que significa esa palabra. Nunca me he considerado una persona honesta, Zen. Pero ese mismo concepto de la honestidad que he visto en muchos de los vuestros tampoco me resulta precisamente envidiable. En ese sentido, el concepto de justicia mis hombres y yo lo aplicamos mucho mejor que otros que se hacen llamar justos… Qué demonios, desde que hemos comenzado este viaje a veces hablo como uno de esos filósofos que creen saberlo todo sobre la vida. Mi vida es mucho más sencilla que todos esos conceptos abstractos: se reduce a comer, beber, matar y foll… Lo siento, Zen, pero llevo demasiado tiempo conviviendo con mis hermanos de armas y a veces me resulta difícil hablar de forma cortés… El mundo que me rodea es demasiado salvaje.

—Os comprendo, Morley…

—Y hablando de comer, creo que deberíamos llenar el estómago antes de partir. Por suerte, en ese monasterio había algo más que viejos locos con ganas de derramar la sangre de vuestro discípulo. Cerdo curado, carne fresca, fruta… El menú de hoy será variado y cuantioso, así que será mejor que no tardemos mucho en llegar junto a los demás. Vidok no suele controlarse demasiado cuando de mujeres y comida se trata.

Cuando regresaron junto al resto del grupo, observaron una escena que hasta el momento no había resultado muy habitual. Los mercenarios y los guardias de Móstur comían juntos, hablando unos con otros como si se conocieran de toda la vida.

—El peligro que representaban los vuestros parece haber unido a nuestro grupo —susurró Morley, al ver a Vidok conversar con Genthis.

—Un enemigo común suele venir bien para acercar posiciones.

—Ese caballero de Therios ha sembrado demasiadas dudas entre nosotros. Estoy convencido de que el resto del viaje va a resultar más sencillo.

—Yo no estaría tan seguro —Zen Varion miró a lo lejos. Tras las tierras de Bélingdor se alzaban majestuosas las primeras montañas que los llevarían hasta el hogar de los dioses. El frío y la nieve de las cumbres no resultaban, precisamente, los peligros que más atraían la atención del zenlor.

—No os preocupéis, Zen Varion. Mis hombres y yo nos ocuparemos de todo ser que pueda habitar más allá de Bélingdor. Encontraremos a esos nybnios… Y hablarán —Morley miró de reojo el hacha que en aquel momento llevaba a la espalda—. Ya lo creo que hablarán —sonrió mordaz.

CAPÍTULO 6: RYTH

Una vez más, no se había detenido a pensar en las consecuencias de sus actos. Por desgracia, la repentina toma de decisiones se estaba convirtiendo en una rutina tan amarga como peligrosa. Al fin y al cabo, había sobrevivido al ataque de un dragón, ¿acaso en el sinuoso palacio de las sacerdotisas podría enfrentarse a un peligro mayor? «Sílax». Tenía que encontrarlo, antes de que fuera demasiado tarde. Pero, aunque llegara a su lado, no podría hacer nada por salvarle la vida. Ella no tenía conocimientos de medicina, ni de esa magia o poder de los dioses que se atribuía a los clérigos y sacerdotisas, siervos de cualquiera de las múltiples deidades que poblaban las tierras conocidas. Ella únicamente era una cría; valiente y decidida, pero una niña, al fin y al cabo. Aquel pensamiento no la hizo retroceder.

Se vio perdida en los pasillos que rodeaban las principales estancias del palacio. Las galerías descendían con cada uno de sus giros. Paredes blancas y un suelo cubierto de un mármol oscuro y brillante trazaban un camino que parecía conducir a ninguna parte, como si de una trampa se tratara.

Shyra llegó al mismo lugar por tercera vez. Era el centro en el que confluían varios de aquellos laberínticos pasadizos. Flanqueado por cuatro estatuas que descansaban, una en cada esquina, constituía un rincón iluminado con mortecinas luces que proyectaban las sombras de las imágenes hasta hacerlas parecer mujeres reales; sombras vigilantes, cómplices de la penumbra. Con hábitos de piedra, reflejando los propios de las sacerdotisas, eran estatuas esculpidas en granito, de casi dos metros de alto. Se erguían acechantes, con miradas vacías que abarcaban la entrada a cada uno de los pasillos. Sus rostros sin vida reflejaban el recogimiento y seriedad propios de las mujeres consagradas al culto a Daera. Por un instante, Shyra se arrepintió de haber abandonado la habitación. Se encontraba perdida en el corazón del hogar de aquellas siervas de la diosa, un lugar seguramente prohibido para todos aquellos ajenos a las sacerdotisas. El repentino miedo le abandonó muy pronto. «Les hemos salvado la vida», se dijo en varias ocasiones, con la mirada repartida entre los

inmóviles vigilantes de la estancia.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?

La muchacha dio un salto al escuchar aquella voz. Al girarse, contempló la imagen de una anciana cuyo rostro era más aterrador que el de cualquiera de las estatuas; no por sus numerosas arrugas, sino por el aspecto de la herida que recorría parte de su cabeza. Era como si le hubieran arrancado la piel, y su cara hubiera quedado cubierta por una costra que se extendía desde la frente hasta la barbilla. Casi la mitad de su rostro mantenía el reflejo de una enfermedad que parecía estar extendiéndose al resto de su cuerpo. Shyra contuvo un grito y se quedó muda e inmóvil.

—¿Qué haces aquí? —repitió la anciana, acercándose.

—Soy… Me llamo Shyra, y estaba en una habitación donde me han curado las heridas… Solo quería salir y… Me he perdido.

—¿Qué heridas? —la sacerdotisa se situó demasiado cerca. A la luz de las velas, tenía un aspecto aún más horrible, dando forma a una imagen desfigurada como la de un ser a punto de rendirse al paso del tiempo y la llegada de su inexorable final.

—Solo han sido golpes y… Creo que perdí el conocimiento… Todo fue tan rápido: los arqueros, el dragón…

—¿Dragón? —la anciana frunció el ceño—. Ya veo… Tú eres la chiquilla que se enfrentó a la bestia, ¿verdad?

—Sí —Shyra se calmó.

—Muchos dicen que fuiste muy valiente al enfrentarte a la criatura… Dicen que entregaste un veneno a la guardia para que pudieran atacar a ese dragón… Que gracias a ti está muerto… Pero hay algo que al parecer todos han olvidado.

Se hizo un silencio en el que la muchacha sintió el peso de una mirada gélida y severa. Los ojos de la anciana destellaban con tonos verdosos pálidos a la luz de la penumbra que la rodeaba. Su expresión resultaba inerte, desprovista de cualquier atisbo de sentimiento.

—¿El qué? —se atrevió a preguntar Shyra, luchando por controlar sus nervios.

—Dicen que tú ya conocías la existencia de los dragones, ¿no es cierto?

—Sí, lo es —reconoció la muchacha.

—Tú y tus acompañantes llegasteis aquí poco tiempo antes que la bestia… —la anciana extendió el brazo y la señaló—. Vosotros habéis atraído a esa criatura hasta aquí.

La anciana dio un paso hacia Shyra, que retrocedió.

—Habéis convocado el fuego, y aunque ese dragón haya muerto, vendrán más. Arrasarán nuestra ciudad, por vuestra culpa. Habéis

atraído al dios dragón… Estamos condenados.

—No, no es cierto… —Shyra no quería creer que aquello fuera verdad.

—Sí, sí lo es —la anciana elevó el tono de voz—. Y muy pronto podrás comprobarlo. Mis hermanas dicen que las demás criaturas no tardarán en llegar… ¡Moriremos por vuestra culpa! Eres uno de ellos… Eres una hija del dragón…

—No…

—¡Maldita seas, muchacha! ¡Tú y tu amigo! Él será el primero en morir.

Las últimas palabras de la anciana precedieron a una terrible mueca que asomó a su rostro como la oscura expresión de la muerte.

—¿Dónde está? —Shyra estaba a punto de echar mano a la daga que siempre llevaba consigo. Por un momento, sintió el deseo de lanzarse contra la anciana y borrar su estúpida sonrisa.

—Muy pronto estará donde debe… En la tierra de los muertos.

—¡No! —la muchacha reprimió un nuevo impulso.

—Sí, muy pronto —el tono de voz de la anciana se fue apagando—. Espero que él sea el primero en morir, aunque ellas se empeñen en salvarle la vida… Pero no lo conseguirán, niña. Tu amigo saldrá de aquí muerto.

Antes de esperar una nueva respuesta de Shyra, la anciana se dio media vuelta y, hablando para sí misma entre susurros y gruñidos que la muchacha no logró descifrar, se fue por uno de los pasillos.

Shyra agradeció volver a estar sola. Dio un paso y a punto estuvo de vomitar. Tras escuchar las amenazas de la sacerdotisa, se sintió invadida por el temor y una desconfianza que antes no había sentido hacia aquellas siervas de Daera. Se preguntó si de verdad creían que Sílax y ella eran los responsables del ataque del dragón. Si así fuera, tal vez ni siquiera tratarían de salvar la vida del caballero.

Espoleada por este pensamiento, decidió adentrarse en uno de los pasillos y buscar el lugar en el que encontraría a su amigo. Dondequiera que hubiera sido llevado, estaba en peligro, en manos de fanáticas como la anciana.

En esta ocasión, recorrió los pasillos con mayor premura. Sus precipitadas pisadas carecían del sigilo propio de los habitantes del recinto, resonaban por cada rincón, rompiendo una calma que parecía eterna entre aquellos muros. Al atravesar uno de ellos, escuchó los cánticos de las sacerdotisas que, puntuales a la hora de adorar a Daera, recorrían las estancias aledañas al templo con un eco que fundía todas aquellas voces en una sola.

Por un momento, aquellos cánticos ya no le resultaban tan dulces

como el día anterior. Sintió como si las voces invocaran un poder oculto, misterioso y maligno. Se le hizo un nudo en el estómago y a punto estuvo de caer al suelo. Corrió sin mirar atrás, sin prestar atención al sonido de las voces que resonaban como un eco a punto de extinguirse.

Las plegarias llegaban a Shyra de forma tenue, apagada. «Estoy cerca», pensó mientras se adentraba al otro lado de una puerta abierta, situada al fondo del corredor.

Al entrar, su mirada quedó petrificada.

La estancia era sobria, como la mayor parte de las alcobas que había visto a su paso. Estaba iluminada por los rayos de sol que, aún frágiles, anunciaban la llegada de un nuevo día. En el centro de la sala había una cama pequeña, a cuyos pies las numerosas vendas repartidas por el suelo estaban impregnadas del color rojizo de la sangre.

Sobre la cama, el cuerpo de Sílax parecía un cadáver a punto de ser enterrado según el rito de los antiguos mostures, que purificaban el cuerpo de sus difuntos con inciensos y perfumes antes de cubrirlo con vendajes limpios convertidos en las prendas funerarias que lo acompañarían en su último viaje.

El caballero no daba señales de vida, más allá de una respiración que apenas podía adivinarse. Tenía el rostro descubierto, mancillado por las heridas del fuego, que por fortuna no le había alcanzado de lleno, al menos en la cara. El resto de su cuerpo estaba oculto bajo las vendas.

Nada más verlo, Shyra comprendió que haría falta algo más que las plegarias a la diosa para arrebatar a la muerte uno de sus trofeos alcanzados en aquella noche de fuego y sangre.

La muchacha contempló las manos del caballero. Sus dedos también quedaban al descubierto, aunque su aspecto y color parecían un presagio más de la inminente llegada de la muerte.

«Sílax, no» la muchacha lloró sobre su cuerpo, derramando lágrimas que le caían a borbotones como la sangre manada de una profunda herida. «Tú no te vayas… No me dejes sola, por favor».

Extrajo el anillo. Lo miró, no como una joya, sino como una última esperanza a su silenciosa súplica. Lentamente, lo fue acercando a uno de los dedos del caballero. «Si es verdad que tienes ese poder, protégelo —su mirada se perdió en los ojos cerrados de su amigo—. Protégelo de la muerte».

Tenía la mirada vidriosa, herida por un llanto silencioso y desconsolado. Se encontró débil, cansada. Postrada a los pies de la cama, sintió que las fuerzas le abandonaban, que el cansancio acudía a

ella como si llevara incontables horas sin poder dormir. Se esforzó por mantener los ojos abiertos, pero le resultó imposible. Como si hubiera quedado hechizada, sometida a un poder divino, dejó que sus terribles pensamientos cesaran por un instante, aturdidos por una fuerza que no pudo controlar.

Los ojos de Shyra se cerraron y su cabeza encontró descanso sobre el pecho del caballero. La muchacha no pudo percibir una luz que, surgida a su izquierda, fue creciendo en intensidad hasta dejar que los destellos de unos frágiles rayos iluminaran la estancia en la que, una vez más, la chica y el caballero se encontraban juntos, aunque sus mentes se encontraran naufragando por el mundo de los sueños.

CAPÍTULO 7: LERYON

—Veo que tu padre te enseñó bastante bien —Taenara observó el lugar en el que la flecha disparada por Salwen permanecía clavada, en mitad del emblema bordado en una vieja tela.

Había varias banderas y estandartes repartidos por el campo de tiro, cubriendo el muro de madera levantado para mostrar los blancos que a menudo la princesa empleaba en sus prácticas con el arco.

—¿A quién pertenece? —Salwen señaló el emblema que acababa de alcanzar.

—A una casa que se rebeló contra el poder de mi padre. Él ordenó matar a todos sus miembros, ya fueran varones, mujeres o niños. Todos estos emblemas pertenecen a familias cuyo linaje tal vez se haya perdido para siempre. Mi padre nunca perdonó una traición, y aunque esta fuera llevada a cabo por un solo hombre, él lo hacía extensivo a toda su familia. En sus primeros años de reinado, no sabría decirte si mi padre derramó más sangre fuera o dentro de nuestras fronteras.

—Y ahora, con vuestro hermano… —Salwen arrancó la flecha mientras fijaba la mirada en un emblema manchado por el color de la sangre—. ¿Qué pensáis que va a suceder?

—Mi hermano no es ni la mitad de cruel de lo que fue mi padre, pero no creo que sea menos ambicioso que él. Nada más acceder al trono, su mayor preocupación ha sido reclutar un ejército para marchar contra Móstur.

—Entonces, ¿qué os hace pensar que es menos cruel que Targosh?

—No lo sé —Taenara caminaba lentamente hacia el extremo contrario al muro—. Supongo que, al criarme a su lado, he podido ver en él algo más de piedad que en mi padre.

—Vuestro padre… ¿por qué os mostraba ese rechazo?

—Supongo que no resulta fácil ser el segundo hijo, sobre todo si eres mujer y el primogénito es un varón. Durante mucho tiempo me pregunté si mi padre realmente me amaba, o por el contrario estaba arrepentido de no haberme mantenido lejos de él desde el día en que nací. Llegué a pensar que me odiaba, hasta que comprendí que todo

resultaba más sencillo: para él, el trono debía ser ocupado por alguien fuerte. «Pero no fue el más fuerte quien mató al rey». Simplemente, mi padre quería preparar a Kariosh para cuando llegara el momento.

—Nosotros éramos cinco hermanos… Bueno, creo que en realidad debimos de ser unos cuantos más, pero a menudo los esclavos son separados de sus padres y vendidos, a pesar de ser tan solo unos inocentes niños. Mi padre me habló de algunos de mis hermanos que habían sido llevados a otras ciudades para ser ofrecidos a los grandes señores. Cada vez que mencionaba a uno de aquellos hijos suyos terminaba llorando; lloraba de rabia más que de dolor.

—Yo no recuerdo haber visto llorar a mi padre. Para él, el llanto era una señal de flaqueza. Siempre quiso mostrarse como un hombre fuerte, a pesar de su enfermedad. Supongo que, al ver que ya no era posible ocultar su debilidad, decidió que era el momento de dejar la corona en manos de mi hermano.

—¿Os… arrepentís de haberlo…?

—¿Envenenado? —Taenara miró al suelo—. Sí. Empleé con él la crueldad que equivocadamente vi en él cuando se dirigía a mí. Cuando mi hermano se convirtió en rey lo comprendí… Mi padre veía necesario volcar en él toda su confianza, pues ahora que Kariosh está en el trono, a pesar de toda la gente que acude a él para solicitar o dar consejo, creo que se siente más solo que nunca.

—Un rey no puede compartir su poder.

—Y sin una reina que lo ayude a gobernar, creo que nunca podrá confiar ciegamente en nadie.

—Podría confiar en vos.

—¿En mí? No. Kariosh es demasiado soberbio como para sentirse necesitado de mi consejo. *Sir* Arthur parece el portador de su más absoluta confianza. Reconozco que el caballero ha hecho méritos más que suficientes para convertirse en la mano derecha de mi hermano. Sin embargo, resulta un hombre demasiado…

—¿Enigmático?

—Sí, entre otras cosas. No sé, tiene el respeto del pueblo, pero en muy pocas ocasiones da a conocer sus verdaderas intenciones. Y tiene mucha influencia, tanto dentro como fuera de nuestras fronteras. Kariosh le está otorgando un poder que, en mi opinión, resulta excesivo. En estos momentos, *Sir* Arthur controla los ejércitos y la guardia real. Mi hermano está demasiado obsesionado con atacar Móstur.

—Pero *Sir* Arthur se ha mostrado siempre a favor de cumplir el deseo de vuestro hermano.

—No estoy muy convencida de que *Sir* Arthur quiera esta guerra.

Pero me temo que ya es inevitable. Kariosh sigue reuniendo tropas y la partida de los ejércitos es inminente.

—Y vos, ¿estáis de acuerdo con las intenciones de vuestro hermano?

Taenara no contestó. Solo negó con la cabeza, pensativa.

—Las guerras son tan injustas como inútiles —dijo Salwen—. Muchos las ven como la única forma de alcanzar el poder. Si algo he aprendido durante toda mi vida es que hay hombres que no son capaces de vivir sin ejercer su influencia sobre otros. Y hay muchos que no están preparados para hacer uso de su poder.

—Si sigue adelante con su ambición, Kariosh no llegará nunca a poder ejercer su poder. Si temo a esta guerra, es en primer lugar porque temo por él. Sé que nuestra relación no es de confianza, precisamente. La verdad es que me gustaría poder hablar con él del mismo modo que hablo contigo. Me gustaría recibir un abrazo suyo, una muestra de cariño, me gustaría ser importante para él, y que él fuera importante para mí.

—Tal vez algún día se dé cuenta…

—Si parte hacia Móstur, no llegará ese día. Kariosh carece de la experiencia necesaria en el combate. Llevado por su ambición, morirá en primera línea de batalla —Taenara se detuvo y tensó el arco, fijó su mirada en el blanco y, conteniendo la respiración, dejó escapar una flecha.

—Buen disparo, alteza —Salwen contempló el proyectil que, a pesar de la distancia, se veía en el interior de otro de aquellos recuerdos de las antiguas conspiraciones.

—Te toca a ti. Estoy segura de que lo harás mejor que yo.

Salwen se situó junto a la princesa y tomó uno de los proyectiles que mantenía a su espalda.

—Pero tienes que relajarte y tensar el arco con más calma —Taenara pasó su mano por el brazo de la joven—. Así, con suavidad.

La criada sintió el roce de Taenara y, lejos de calmarse, notó que su corazón se aceleraba. Llevaba mucho tiempo sin sentir su mirada y su aliento tan cercanos, desde la vez en que, sin motivo aparente, sus juegos les habían llevado a compartir el lecho de la princesa. Salwen recordó aquel momento y sintió una excitación recorriendo su cuerpo. Quería tirar el arco y las flechas al suelo, girarse y besar a Taenara, acariciar todo su cuerpo, dejarse envolver por el perenne aroma de la princesa y perderse en sus ojos con cada uno de aquellos besos húmedos. No sabía por qué en aquella primera vez se había dejado llevar por semejante impulso. Nunca antes había estado con una mujer. De niña siempre se había dejado agasajar por las miradas de

los amigos de sus hermanos. Su primer beso había sido con uno de aquellos chiquillos que acudían a su casa y la dedicaban sus más risueñas sonrisas. Pero aquello había quedado convertido en un sueño. Los niños habían crecido, se habían marchado para siempre, ya transformados en hombres; y los hombres que había conocido Salwen no eran más que amos, la mayoría de los cuales no merecían ni una sola de sus sonrisas. En cambio, Taenara había sido su libertadora. Estando con ella, era libre para hablar, para dar su opinión y aconsejar a la princesa. Pero aquel sentimiento hacia ella estaba yendo demasiado lejos.

Incapaz de reprimirse por más tiempo, Salwen se giró y besó a la princesa, que en un primer momento no la rechazó. «Este juego tiene que terminar», pensó Taenara. Pero Salwen parecía dispuesta a continuarlo, consciente de que allí no serían vistas por nadie. Su deseo aumentó tras el primer beso. Dejó caer el arco y sus manos se posaron en la cintura de la princesa, que no separó de ella sus labios. Salwen se perdió en su mirada, sus ojos se cerraron, abandonados al placer que mantenía hechizados todos sus sentidos.

Pero Taenara se separó de ella, como si acabara de despertar de un sueño.

—Lo siento, Salwen… No puedo…

—Pero… Aquel día, en vuestra habitación…

—Lo sé… Pero aquel día estaba confusa por todo lo que estaba sucediendo y en cambio… No quiero tenerte como una amante, Salwen. Quiero que seas mi consejera, pero no puedo ir más allá… Lo siento.

—Por favor…

—No puedo —«Y me resulta tan complicado de explicártelo…», pensó mientras buscaba alguna excusa para reprimir aquel deseo. «No puedo explicártelo», recordó el día en que había escuchado aquella extraña voz, en la fuente de Daera. Desde aquel momento, nada volvería a ser igual; ella ya no sería la misma. Desde ese instante había encontrado la explicación a sucesos como la muerte de Trensis, su amado. En cambio, el apasionado amor de Salwen… No lograba encontrar una explicación al comportamiento de la criada, a sus sentimientos hacia ella.

—Por favor, solo por esta vez. Después ya solo volveré a ser la consejera que queréis que sea, ya para siempre. Pero permitidme una última vez.

Taenara tornó su rostro serio en una dulce sonrisa. Acarició los cabellos de Salwen y la besó, primero de forma suave, después con mayor fuerza, atrayéndola hacia sí. Las manos de la princesa

recorrieron la cintura de Salwen, sus caderas… Cuando la criada sintió la caricia entre las piernas no pudo contenerse más. Comenzó a desnudar a Taenara mientras esta se dejaba caer suavemente para tumbarse junto al muro de madera, en una superficie cubierta de arena.

Salwen se deslizó sobre la princesa, recorrió su cuello con la lengua y continuó besándola a medida que su boca alcanzaba uno de los pechos de Taenara, que mantenía los ojos fijos en la criada mientras acariciaba aquellos delicados cabellos.

Un nuevo beso en la boca y ambas se abrazaron con fuerza, girándose casi bruscamente hacia un lado. Llevadas por aquel momento de pasión, no se percataron de la flecha caída en el suelo que, como una serpiente, parecía aguardar el momento de morder a quien se le acercara demasiado.

Taenara dio un grito de dolor al sentir la herida que acababa de abrirse en su espalda.

—¿Estáis bien? —Salwen se percató de lo sucedido. La punta de la flecha apenas había acariciado la piel de la princesa, pero lo suficiente como para provocarla un corte del que comenzó a manar un hilo de sangre.

—No… No es nada.

—Pero estáis sangrando —Salwen pasó la mano por la herida, que no parecía profunda—. Dejadme que…

La criada enmudeció al contemplar lo que sucedió cuando limpió aquella primera lágrima rojiza. La sangre desapareció y, de forma repentina, la herida se desvaneció. Ante los ojos de Salwen, la piel se cerró en torno al corte.

—¿Qué ocurre? —la joven se puso en pie, aterrorizada—. ¿Qué os ha sucedido?

Taenara fue consciente de lo que su consejera acababa de descubrir.

—Por favor… Cálmate…

—¿Qué me calme? —Salwen no podía dominar sus nervios—. Acabo de ver cómo la herida se ha cerrado y… ¿Quién sois? ¿Una hechicera? ¿Una sacerdotisa?

—Por favor, Salwen… Confía en mí, como yo he estado confiando en ti durante todo este tiempo. Te lo explicaré todo, ¿de acuerdo? Pero necesito que creas en mis palabras.

—Después de lo que acabo de presenciar, no me resultará muy difícil creer lo que me digáis.

—Bien —la sonrisa de Taenara apaciguó el ánimo de la joven. Te explicaré cuanto desees, pero necesito que me prometas tu silencio.

—Sí… Os juro que cuanto me digáis quedará entre nosotras.

—Bien, porque voy a hacerte partícipe de sucesos que están por llegar. Y créeme, se trata de una verdad tan cercana como terrible.

CAPÍTULO 8: RYTH

Despertó de nuevo en aquella maldita alcoba que la veía abrir los ojos por segunda vez. Su mirada se encontró con unos rostros cuya visión le resultó reparadora.

—¿Qué ha pasado? Yo… Ha sido un sueño —susurró al percatarse de que allí no encontraría a Sílax. «He soñado que lo encontraba, y que estaba vivo», pensó mientras la visión de la alcoba la alejaba de aquel instante en el que había sentido la presencia de un Sílax que se resistía a morir.

—No —Nora acarició sus cabellos, con una sonrisa maternal—. No ha sido un sueño, pequeña. Te quedaste dormida junto al caballero y las sacerdotisas te trajeron de nuevo aquí. Aunque, si no me han informado mal, viniste por tu propio pie acompañada por dos de ellas. ¿No lo recuerdas?

—No —Shyra se incorporó. No lograba recordar lo sucedido segundos después de contemplar el lamentable estado del caballero—. ¿Cómo está él?

Fistosh miró a la anciana antes de contestar a la cría.

—Aún es pronto para saberlo. Las sacerdotisas dicen que aún no logran despertarlo… Pero que pronto lo hará.

—Entonces, ¿está a salvo? —insistió la muchacha.

—No lo sabemos con certeza —contestó Nora—. Pero creo que estamos más cerca de poder verlo entre nosotros. Confía en las sacerdotisas… Ellas velarán por el caballero y lograrán que se recupere, estoy convencida.

—¿Os vais? —preguntó Shyra, al ver los ropajes que vestían los mercenarios, pertrechados con las pieles que los distinguían como protectores de la «loba».

—Debemos partir —replicó Eric.

—Lo siento, niña —añadió Fistosh—. Pero tenemos obligaciones que cumplir. Aquí ya no tenemos nada que hacer.

—La vida del caballero ya no depende de nosotros. Ahora está en manos de la medicina de estas tierras, de la sabiduría de las pobladoras de este lugar. Créeme, Shyra: tu amigo no podría estar en

mejores manos. Saldrá adelante —Nora besó a la cría en la frente.

—De acuerdo… Gracias por todo, Nora.

—No me las des, pequeña. Estoy convencida de que muy pronto volveremos a encontrarnos. Para entonces, espero poder ver a tu amigo Sílax ya completamente recuperado de sus heridas. Estoy segura.

—Que los dioses te oigan —dejó escapar la muchacha, que apenas tuvo tiempo de ver cómo el corpulento Fistosh la estrechaba entre sus brazos.

—Nunca olvidaré a la niña que venció a un dragón. Para mí siempre serás Shyra, la cazadragones… Suerte, pequeña.

—Gracias, Fistosh. Lo mismo te digo. Cuida bien de ellos.

—Pero si apenas sabe cuidar de sí mismo —Eric sonrió mientras abrazaba a la muchacha—. No te preocupes, Shyra, yo cuidaré de ellos. Supongo que volveremos a vernos… Tal vez en Móstur. Si vas por allí, busca en la taberna *El bardo borracho*. Es posible que allí te puedan decir dónde encontrarme.

—Sí, es posible que le veas en el mismo estado que el bardo —Fistosh se reía estruendosamente—. En fin… Te echaremos de menos, Shyra. En cuanto el caballero se recupere, venid a Móstur. Allí nos reencontraremos.

—Si queréis, por supuesto —Nora dirigió a la pequeña una de aquellas tiernas miradas que sabía ocultar muy bien—. Tendréis que elegir vuestro propio camino, aunque, si decidís acompañarnos en otro de nuestros viajes, siempre seréis bien recibidos.

—Lo sé… Pero es que no sé cuál es el camino que he de tomar —Shyra sintió un escalofrío recorriendo su interior, una incertidumbre que la había acompañado en muchas ocasiones—. No sé qué es lo que debo hacer.

—Haz caso a tu corazón, pequeña. Estoy segura de que pronto volveremos a vernos, y recordaremos estos días como la más grandiosa aventura que hemos vivido, ya lo verás.

—Sí… Eso espero.

—Adiós, niña —la «loba» la abrazó una última vez—. Cuídate… y cuida del caballero.

Nora se dio la vuelta y, seguida por los mercenarios, abandonó la sala, dejando a Shyra en una soledad que pronto se convertiría en protagonista de sus pensamientos.

Otra vez sin lugar a donde ir, sin un camino que seguir. El destino jugaba con ella como un niño juega con sus juguetes. Y los niños a menudo se cansan de sus juegos y los abandonan a su suerte, o los rompen sin sentir ningún dolor por su pérdida.

«Móstur». Había soñado que llegaban allí, todos juntos. Y que eran recibidos por la guardia personal del propio monarca. Habitualmente, en sus sueños Shyra no vivía un destino cruel empeñado en arrastrarla por dolorosos caminos. La felicidad que no lograba encontrar por el día aparecía ante sus ojos de noche, nítida aunque traicionera, como un espejismo en medio de un desierto gobernado por la ira del sol.

Por un instante, se preguntó qué sería de ella si Sílax no lograba sobrevivir a sus heridas. Fue un pensamiento frugal y traicionero. Sin el caballero, sin Nora… Estaría más perdida que nunca, en un mundo repleto de peligros: hombres del fuego, bandidos, dragones… Cada enemigo que encontraba a su paso resultaba más temible que el anterior. Los dragones también protagonizaban algunos de sus sueños, transformándolos en pesadillas que terminaban con una nube de humo y fuego.

Se tumbó de nuevo en la cama. El cansancio acudió a ella como si no hubiera dormido en días. Era el peso del dolor el que la hacía sentirse agotada, incluso desde los primeros instantes de la mañana. El dolor por la muerte de Drakkan, el mismo que ahora recorría su interior cuando pensaba en Sílax. Y Nora… Su última compañera también se había marchado.

Al poco tiempo de cerrar los ojos, Shyra quedó sumida en un profundo sueño. En esta ocasión no hubo dragones, ni soldados… Solo un vacío como el que había sentido al ver a Nora y los mercenarios alejarse de ella, tal vez para siempre.

Las horas pasaron como un suspiro. La muchacha regresó del mundo de los sueños de forma repentina, con el eco de unos pasos que se detuvieron en el umbral de la estancia.

—Está dormida —escuchó una voz de mujer. Seguramente sería una de las sacerdotisas encargadas de cuidar de ella.

—Pues habrá que despertarla —el tono de aquellas palabras resultaba mucho menos amigable. El hombre que dialogaba con una de las siervas de Daera tenía una voz grave y decidida.

—Pero es posible que aún no haya recuperado sus fuerzas…

—No tenemos tiempo. He de cumplir la orden de mi superior… Y debo hacerlo ahora mismo, no puedo esperar.

—Pero ella no quiere irse de aquí sin el caballero…

—No puedo esperar a ver qué ocurre con ese hombre —la voz sonó áspera, carente de sentimientos—. Ha de venir conmigo… Ahora.

—Pero…

—Por favor, despierta a la muchacha.

Cuando la sacerdotisa llegó junto a su cama, Shyra se puso en pie de un salto.

—¿Qué quiere ese hombre? No pienso ir con él a ninguna parte…

—Escucha, niña. *Sir* Geralt ha enviado a uno de sus soldados para venir a buscarte… Lo siento, pero no podemos negarnos a una orden de la guardia de la ciudad. He intentado detenerlo, pero…

—Tú eres Shyra, ¿verdad? —el soldado enviado por *Sir* Geralt había entrado en la alcoba. Su rostro reflejaba la impaciencia que lo invadía.

—Sí.

—Es un honor conocer a la guerrera que nos ha salvado la vida. De no ser por ti, ese maldito dragón habría arrasado la ciudad…

—¿Qué quieres de mí? —interrumpió Shyra.

—El capitán de la guardia, *Sir* Geralt, me ha enviado a buscarte. Dice que es urgente que te presentes ante él.

—¿Para qué?

—No me lo ha dicho. Únicamente me ha ordenado que… que le lleve a la cazadragones.

«Cazadragones», aquel nombre con el que Drakkan había sido conocido durante tanto tiempo le hizo recordar, una vez más, a quien siempre tendría como ejemplo a seguir. De él había heredado su valor, y al parecer también el apodo que le había convertido en toda una leyenda. «Cazadragones». Era un apodo demasiado exagerado para una chiquilla.

—¿Y bien? —el guardia esperaba una respuesta—. ¿Vendrás por las buenas o tendré que llevarte como a un prisionero? Reconozco que no me gustaría tener que emplear la fuerza para hacer cumplir las órdenes de *Sir* Geralt… Pero no tengo más remedio. Aunque hayas acabado con un dragón, todavía le temo más a él —intentó convencer a la cría esbozando una sonrisa.

Shyra miró a la sacerdotisa, una mujer joven de cabellos largos y oscuros, del mismo color que sus ojos.

—Será mejor que le acompañes. Aquí no puedes hacer nada por tu amigo. Nosotras cuidaremos de él… Pronto podrás verle de nuevo. No vamos a permitir que la muerte se lo lleve.

—¿Haréis todo lo posible por él?

—Te lo prometo, Shyra. Pero es posible que su recuperación sea lenta… demasiado lenta. No puedes quedarte aquí esperando durante tanto tiempo.

—Si accedes a acompañarme —intervino el guardia— yo mismo me aseguraré de que regreses aquí, con tu amigo.

—Está bien —la muchacha no vio una opción mejor. Al fin y al cabo, ¿qué podría hacer ella por Sílax?—. Iré contigo.

—En ese caso, recoge tus cosas. Me temo que no permaneceremos

mucho tiempo por aquí.

Shyra asintió con la cabeza. No tenía demasiado que recoger. El cuchillo que siempre mantenía a su alcance y el anillo recién adquirido como recompensa por su victoria eran lo que más le preocupaba. El resto de equipaje lo constituían los recuerdos que la acompañaban a todas partes, los mismos que la obligaban a madurar con cada paso que daba, a tomar decisiones arriesgadas, a desafiar a la muerte.

La muchacha dejó de ser la niña para convertirse de nuevo en la guerrera salvadora de Ryth. Pertrechada con el uniforme de uno de los escuderos de *Sir* Geralt, sus viejas ropas quedarían perdidas en la alcoba del palacio, donde dejaría también otra parte de su pasado más inmediato, aunque no por mucho tiempo.

«Volveré a por ti», pensó en Sílax, que se encontraría en algún lugar, en el interior de aquellos muros que la veían partir en compañía del enviado de *Sir* Geralt.

—Te traeré de vuelta —el soldado adivinó los pensamientos de la muchacha, cuya mirada parecía incapaz de dejar atrás la fachada del palacio, que tras ellos quedaría mudo y solitario en sus alrededores—. Te traeré junto a él, te lo prometo.

CAPÍTULO 9: LERYON

Kariosh estaba sentado a la mesa, en el amplio comedor que en tantas ocasiones se llenara de invitados tan aduladores como indeseados en muchos casos. Pero los nobles tenían influencia y, sobre todo, hombres y caballos para la guerra. Y en aquellos momentos eran las piezas más importantes para abastecer al ejército de Leryon.

El rey se encontraba solo, pensativo. Su mirada se perdía en las uvas que, una a una, desaparecían en el interior de su boca, en un gesto monótono que repetía mientras se dejaba llevar por la imaginación. Tenía que poner en orden su mente, prepararse para un día que habría de resultar glorioso, una fecha que perduraría para siempre en la historia de Leryon.

Hombres enfundados en sus corazas, el sonido provocado por el roce de unas hambrientas espadas, los ruidosos pasos de millares de guerreros recorriendo la plaza, los gritos de guerra y quién sabe si el sonido de unos tambores que dieran comienzo a la tan ansiada partida hacia Móstur. Kariosh devoraba aquellos deseos con la misma avidez con la que hacía desaparecer los frutos del racimo que menguaba en el interior de una bandeja plateada. Sobre la misma mesa, una copa que no se terminaba de vaciar le ayudaba a acompañar las uvas con otro fruto de la vid. Cada sorbo de vino le resultaba más placentero que el anterior a medida que se acercaba la hora; el momento de espolear a la multitud que, ya congregada en los alrededores del castillo, apenas supondría una cuarta parte de las tropas que se irían uniendo durante el camino.

«Crearemos un ejército que haga temblar la tierra a su paso», le había prometido *Sir* Arthur, antes de partir a una de aquellas ciudades donde tenía la suficiente influencia como para ganar numerosos adeptos a la causa del rey: el legítimo poder sobre las tierras de Móstur. El Consejero Mayor, o «Puño» del rey, como lo denominaban algunos, se había entregado en cuerpo y alma a la tarea encomendada por Kariosh, viajando allí donde el monarca pudiera demandar más soldados con los que alimentar su inacabado ejército.

—Todo está dispuesto según lo acordado, majestad —*Sir* Arthur

entró de forma apresurada en la estancia e inclinó la cabeza, saludando así a Kariosh.

—Bien. Se acerca el momento de abandonar la ciudad. ¿Habéis dispuesto a la Guardia Real para formar una escolta?

—Sí, majestad. Trece hombres, tal y como solicitasteis. Os esperan en la plaza, al igual que el resto de los soldados que han de partir. Todos ellos están ansiosos por alcanzar Móstur y devolver sus dominios a Leryon.

Kariosh tamborileaba con los dedos sobre la mesa. Parecía más bien excitado, deseoso de presentarse ante el pueblo. Engalanado con sus mejores vestimentas de guerra, dejaba a la vista las relucientes mallas de una cota que había dispuesto de forma especial para aquella ocasión. Por encima, un jubón negro ribeteado con hilos dorados y unas botas tachonadas tan oscuras como sus pantalones. El aspecto del monarca era como si la guerra estuviera llamando a sus puertas. Al menos, esa era la sensación que quería crear entre sus súbditos y guerreros. Completaba su bélico porte una espada forjada para la ocasión, con empuñadura plateada en la que había hecho grabar el emblema de la ciudad, forjada con el mejor acero de nybnia y más ligera de lo que cabía juzgar por su aspecto.

—¿Y vos, *Sir* Arthur? ¿También estáis ansioso por ir a la batalla?

—Sí, mi señor. Para mí es todo un honor comandar las tropas que han de guiarnos a la victoria.

—Así será. Y en cuanto Móstur esté en nuestro poder, os otorgaré el gobierno provisional de la capital y, como recompensa, su castillo será para vos, si así os parece adecuado.

—Preferiría ver esa fortaleza convertida en ruinas, y poder construir mi propio castillo, si os parece bien.

—De acuerdo. Que así sea entonces. Os haré entrega de hombres a vuestro servicio, toda una guardia. Tampoco faltarán siervos allí por donde piséis, oro y plata con los que llenar todo un salón como este.

—¿Y mujeres? —sonrió *Sir* Arthur.

—Os juro que no faltará una mujer en vuestra cama, o dos si así lo deseáis…

—Mujeres de cama… Nunca me ha gustado comprar la compañía de una mujer. Las putas resultan tan efímeras como la felicidad de la embriaguez.

—Entonces, ¿nunca os habéis emborrachado? —Kariosh se puso en pie y, esbozando una sonrisa, caminó hacia el caballero.

—Toda mi vida he estado buscando atractivas mujeres que pudieran saciar mis instintos más irrefrenables —el caballero se mostró orgulloso por aquellas conquistas de sus tiempos jóvenes—.

Con el paso de los años he ido descubriendo que hay placeres más perdurables, menos intensos, sí…

—Os estáis haciendo viejo, *Sir*.

—Es posible, pero creo que vos, en ese sentido, pensáis de forma no muy distinta a la mía.

—¿Qué os hace ver eso?

—Acabáis de subir al poder. Tenéis un sinfín de hombres y mujeres a vuestro servicio. Podríais hacer venir a una hermosa noble de cualquiera de nuestras casas y disfrutar del fruto de sus labios. Sin embargo, vuestro primer pensamiento como rey ha sido devolver a nuestro reino el esplendor perdido. Y ese es uno de los placeres perdurables a los que me refería.

—En realidad, ese pensamiento ya lo tenía antes de ser coronado rey. Mi padre tal vez ha sido demasiado… conformista. Yo tengo una mayor visión de nuestro futuro.

—Sin embargo, se trata de un futuro empañado por la sangre, aún incierto.

—¿Dudáis de nuestra victoria? —por un instante Kariosh borró la sonrisa de su rostro, sorprendido por las palabras del caballero.

—No, de la victoria no dudo. Pero de quiénes queden con vida para presenciarla… Eso ya es otra visión que resulta mucho más complicada de discernir.

—Es posible, pero la gloria que nos espera bien merece jugar esa partida con la muerte, ¿no os parece?

—Me temo que la muerte ya conoce demasiado bien mis cartas, majestad. Solo espero que, en esta ocasión, se vuelva a dejar engañar. Será la última partida.

—¿Y después? ¿Guardaréis la espada… para siempre?

—Espero que así sea. La espada no puede proporcionarme uno de esos placeres perdurables a los que me refería. De lo contrario, sería un mercenario, un asesino…

—Así que esta será vuestra última batalla, pase lo que pase. ¿Qué haréis después?

—Siempre podréis contar conmigo como vuestro más fiel consejero, majestad. Pero me gustaría compaginar ese cargo con el de marido y padre, si así me lo permiten los dioses.

—Marido, padre… Me resulta difícil imaginar a un hombre como vos con un niño en brazos. En cuanto a la mujer, ¿ya tenéis a quien ofrecer vuestro corazón?

—Bueno, espero que la muerte no se ponga celosa y me permita entregar mi corazón a otra.

—Estoy convencido de que ambos sobreviviremos a la guerra, así

se lo suplico a Lorwurn cada mañana.

—¿Le suplicáis por mí también?

—Sí, aunque os pueda resultar extraño. Necesitaremos reconstruir el nuevo reino, y los cimientos han de ser sólidos como vuestra lealtad, *Sir* Arthur. Pero no me habéis dicho quién es la afortunada que, tras nuestra conquista, se llevará para siempre una parte de vos. ¿La conozco?

—En realidad, sí. Pero no estoy muy seguro de que ella quiera darme su amor…

—No os subestiméis, *Sir* Arthur. Sois el principal consejero del reino. Y a juzgar por lo que dicen muchas de las damas cercanas a mis queridos amigos nobles, resultáis realmente atractivo.

—¿Eso dicen?

—Sí. Así que, ¿quién iba a rechazar a mi mano derecha?

—No sé… ¿Vuestra mano izquierda, tal vez?

—¿Taenara? —Kariosh dejó escapar una carcajada—. ¿Es ella la mujer que ansiáis?

—Sí, majestad. Cambiaría todo el oro y la plata que acabáis de ofrecerme, así como cualquier tierra o castillo que me pudiera ser entregado, a cambio de su corazón… Si es que ella así lo quiere y vos lo aprobáis…

—Por supuesto que tenéis mi aprobación, *Sir* Arthur. No imagino para ella un hombre mejor, ni concibo un futuro más prometedor para vos, y para todo el reino. ¿Qué mejor manera de garantizar la estabilidad de mi reinado, que casando a mi hermana con mi Consejero Mayor?

—Espero que ella se alegre igual que vos…

—Os juro que haré todo lo que esté en mi mano para que uno de nuestros sacerdotes os congregue en sagrada unión a los ojos de Lorwurn. Pero antes —Kariosh se enfundó los guanteletes que descansaban en la mesa—, tenemos que recuperar lo que nos pertenece.

—Sí, mi señor.

—¿Sabéis si ya ha sido despejada la Ruta de las Ruinas?

—En cuanto corrió la voz de que nuestros ejércitos tomarían esa senda, creo que los bandidos han debido salir en estampida hacia las tierras del Norte.

—No me extraña. Bien. En Skeldon dividiremos nuestras tropas. Los Kadaríes bordearán la cordillera de las Templarias hasta el río Syeth. Desde allí iniciarán su avance por la región, arrasando con todo lo que consideren oportuno.

—No creo que encuentren mucho a su paso… Unas cuantas aldeas,

tal vez…

—Que hagan lo que les plazca hasta llegar al sur de Móstur. Nosotros alcanzaremos la capital desde el norte y seremos los primeros en atacar. Ellos podrán ir preparándose para la batalla acabando con los desdichados mostures que intenten huir… Pero bueno, aún nos separan numerosas jornadas de viaje. Así que, centrémonos en lo que nos corresponde ahora. Decidme, *Sir* Arthur, ¿cómo me veis? —Kariosh se ciñó la corona.

—A juzgar por vuestro aspecto, pareciera que el enemigo se encontrara a las puertas del castillo…

—Esa es la sensación que quiero causar. Quiero que nuestros guerreros comiencen a sentir hambre de guerra, que apenas puedan retener sus espadas sedientas de sangre mostur. Ya está todo dispuesto, ¿verdad?

—Sí, majestad. El pueblo aguarda vuestra llegada.

—En ese caso, ya les hemos hecho esperar demasiado —Kariosh fue el primero en salir de la estancia—. Tras unas últimas palabras esperanzadoras, partiremos hacia la batalla. Quiero que el pueblo nos aguarde convencido de que muy pronto las campanas anunciarán nuestro victorioso retorno.

—Majestad… —se presentó uno de los guardias—. Nuestros más importantes capitanes os aguardan en el patio para escoltaros hasta la plaza.

—¿Escoltarme?

—Les dije que nos esperaran para flanquear nuestro paso —respondió *Sir* Arthur—. Pensé que era una buena forma de llegar a la plaza y presentaros ante el pueblo, rodeado de los hombres más fuertes y poderosos de nuestra guardia y ejércitos.

—Estáis en todo, *Sir* Arthur.

—Hay que cuidar hasta los detalles más nimios, mi señor. La simbología y ciertos rituales cobran especial importancia en los momentos de guerra. Creí conveniente que en estos momentos de incertidumbre sería adecuado que el pueblo os viera en toda vuestra majestad. Al ver junto a vos a los principales dirigentes de nuestras tropas, el pueblo tendrá la certeza de que la fuerza y el poder de su rey son mayores de lo que podrían imaginar.

—Cuando la multitud os vea junto a nuestros principales guerreros —añadió el guardia— sabrán que la victoria es inminente. Inspiraréis el coraje en nuestros soldados ya incluso antes de haber pronunciado una sola palabra.

—Sí —los ojos de Kariosh se iluminaron—. Coraje, es lo que no debe faltar en nuestro ejército. Y por lo que me habéis contado, *Sir*

Arthur, son muchos los líderes que encabezan las tropas de nuestra región.

—Así es, majestad. Pero aún hay más —el caballero recordó la visita de Visus y la inquietante profecía de su pergamino. No había tenido ocasión de hablar con el monarca acerca de ello—. Me llegó un enviado, con un mensaje que bien podría ser una profecía, majestad.

—*Sir* Arthur —el monarca detuvo sus pasos—. Sabéis que no soy muy amigo de profecías a pesar de que estas están presentes en nuestros escritos más sagrados.

—Entonces, si no creéis en la profecía, creed en los hechos.

—¿Qué hechos?

—Una conspiración, en el seno de la capital. Helvatios y nybnios asesinados, y un pueblo que no tardará en sublevarse ante la dictadura que está a punto de someterles.

—¿Una dictadura? —Kariosh frunció el ceño.

—Los helvatios se han hecho con el poder. Y al parecer, han impuesto la fe de Athmer. Todos deben someterse al dios de la Luz.

—En ese caso, es posible que encontremos aliados en nuestro camino a Móstur.

—Los Hortten, asesinados. Y los demás nybnios, expulsados, tal vez puedan resultarnos de gran ayuda…

—No. No me fío de esos comerciantes. Los Hortten nos han ayudado más de lo que pensábamos. Su muerte ha servido para ganarnos el favor de Nybnia. Pero llegados a este punto, no tengo intención de pactar con ese pueblo de comerciantes de cara a la guerra. Móstur es mío… Solo mío. Y no quiero tener que saldar deudas con los nybnios por su apoyo.

—Me parece muy acertado por vuestra parte —*Sir* Arthur siguió al monarca, que reanudó el paso—. Creo que no necesitamos a los nybnios para ganar esta guerra.

Recorrieron uno de los pasillos centrales del castillo, una galería abovedada y con suelo de mármol que propagaba el eco de los majestuosos pasos de Kariosh y sus acompañantes.

Pasaron junto a una de las puertas que se abrían a su paso. Al otro lado, unos ojos vigilantes les fueron observando, pacientemente, hasta que los tres hombres se perdieron por el otro extremo del pasillo.

La princesa Taenara escuchó la conversación que Kariosh mantenía con *Sir* Arthur y el guardia que había sido enviado para acompañarle hasta el patio. Palabras de guerra y muerte siempre habían estado en los labios de su hermano durante los últimos días. Kariosh se había mostrado más ambicioso que nunca, y Móstur constituía la llave de un poder ilimitado que el monarca podría ejercer en ambas regiones.

CAPÍTULO 10: RYTH

El cuartel de Ryth era un edificio tan sobrio como maltratado por el paso del tiempo y el abandono al que había sido sometido por parte de sus escasos oficiales y guardias. Tenía el aspecto de una construcción a punto de venirse abajo. Escondido en un rincón del pueblo, más bien parecía una mazmorra condenada a albergar a bandidos y asesinos.

Sir Geralt apuraba, por tercera vez, una generosa copa de vino que él mismo se había servido. Más que la sed, era la ansiedad por partir la que le mantenía cerca de la jarra que había pedido hacía tan solo un instante. Al acercarse la copa a la boca sintió su mano temblorosa. Estaba nervioso, tenso. Incapaz de sobreponerse a la visión de la bestia y el ataque de sus garras y su fuego, no había podido conciliar el sueño en toda la noche. Había perdido a varios hombres, amigos que le habían seguido en cada una de sus misiones al frente de la guardia; más que amigos, hermanos. Algunos habían muerto sepultados por uno de los numerosos derrumbamientos provocados por la bestia; otros, quemados en mitad de las llamas que habían iluminado aquella noche, la más terrible que el oficial había vivido a lo largo de sus pocos años como máximo defensor de las leyes de Ryth.

Sir Geralt era joven, tal vez demasiado como para ostentar la responsabilidad de defender un pueblo que, por su situación geográfica y su pasado, no resultaba tan plácido como otros muchos que, por su cercanía a la capital, gozaban de la tranquilidad de sentirse protegidos por el fuerte brazo de Móstur. En la frontera con Olmist la vida no resultaba tan sencilla. Y Ryth estaba demasiado cerca de unas tierras tan sembradas de inestabilidad en el poder como de sangre inocente, derramada a lo largo de su historia.

A pesar de su edad, el oficial parecía haberse echado encima el peso de incontables años. Tenía el aspecto propio de quien no ha comido ni dormido en días, incluso semanas. Su cara, demacrada por el dolor, reflejaba una expresión sombría que no lo había abandonado en horas. Sus ojos permanecían hundidos, casi ocultos, incoloros,

dando forma a una mirada perdida, ausente. Sus cabellos, largos y castaños, se derramaban por el cuello, desparramados e indomables. Calzaba unas botas que habían perdido su color y dejaban a la vista restos de barro y sangre.

Sir Geralt no podía dejar de pensar en lo sucedido. Sentado en una vieja silla y apoyado sobre la mesa, cada trago de la copa le resultaba más amargo que el anterior.

Shyra apareció ante él. La muchacha se fijó en las diminutas lágrimas que asomaban en unos ojos que más que llorar, parecían sangrar por culpa de los recuerdos.

—*Sir* Geralt…

Al ver a la *cazadragones*, el capitán trató de disimular el dolor que se empeñaba en herirle una y otra vez. Dejó la copa a un lado y se puso en pie para recibir a la recién llegada.

—Shyra… Me alegro de que hayas accedido a venir. En primer lugar, me gustaría agradecerte lo que has hecho por nosotros. Tu coraje ante el dragón es todo un ejemplo para los que han presenciado tu proeza. ¿Un poco de vino? —tomó la jarra—. En estos momentos, es la mejor cura para nuestro dolor.

La chica asintió. A pesar del aliento que desprendía su interlocutor, quiso tomar una copa. Tal vez el vino lograra disminuir el nerviosismo que a duras penas lograba contener.

—No hay nada como un buen caldo para ahogar el sufrimiento —*Sir* Geralt acercó la copa a la muchacha y a continuación procedió a llenar de nuevo la suya—. Nunca habíamos presenciado algo así en Ryth. Dragones… Siempre me parecieron los eternos habitantes de cuentos y leyendas.

—Eso mismo pensaba yo, hasta que los vi por primera vez.

—Cuéntame… —*Sir* Geralt se mostró interesado—. ¿Dónde viste esas criaturas?

Shyra se quedó, por un instante, petrificada ante la inquisitiva mirada del guardián de Ryth, un peso que la obligó a desviar su vista al suelo.

—En el templo del dios Dragón, en las montañas más cercanas al Desierto Rojo. Fue allí donde vi los devastadores efectos de sus ataques. Acabaron con todo un ejército dispuesto para la batalla. Su apetito es insaciable, y su poder de destrucción… En fin, creo que ya lo has podido comprobar por ti mismo.

—En las cercanías del desierto… Pero si habitaban aquellas tierras, ¿qué es lo que los ha atraído hasta aquí?

Shyra se encogió de hombros. «Drakkan —pensó—. Él fue quien los despertó y los hizo caer sobre los ejércitos del dios Dragón». Se

contuvo y no mencionó nada sobre el cazadragones. Sabía que no debía hacerlo. Pero *Sir* Geralt no parecía dispuesto a conformarse con la respuesta escuchada.

—No puedo dejar de pensar en esas criaturas —el capitán, poniéndose en pie, caminó en círculos alrededor de Shyra—. Y curiosamente, su llegada ha coincidido con la vuestra… ¿Por qué?

—No… Yo no lo sé…

—¿De verdad no lo sabes? —*Sir* Geralt elevó el tono de sus palabras—. Mira, niña… He perdido a varios de mis mejores amigos por culpa de esas bestias… Dime la verdad, ¿por qué ellos y tú habéis aparecido al mismo tiempo?

—No lo sé —Shyra mintió de nuevo. Sintió el pulso acelerado y las manos sudorosas.

—¿Hay más? ¿Cuántos?

—Tres, cuatro tal vez…

—Si una de esas bestias ha podido destruir media ciudad, imagínate lo que serían capaces de hacer tres o cuatro. ¿Y si vinieran los demás? ¿Y si atacaran Móstur? ¿Te imaginas lo que podría suceder si uno de esos monstruos arrasa media ciudad?

—Lo sé…

—No, no lo sabes… Morirían hombres, mujeres y niños. Perderíamos soldados, y el reino se vería más débil, indefenso ante los leryones, que aguardan la hora de volver a invadir nuestras tierras. ¿Qué debemos hacer?

—No lo sé…

—Pero tú eres la única que puede derrotarlos.

—Seguro que en Móstur saben cómo hacerles frente. Tal vez deberías…

—Ya lo he hecho. Mandé un mensaje a Móstur en cuanto acabamos con la criatura. Uno de mis cuervos se encargó de transmitir mis preocupaciones al Consejo de Móstur. Necesitaremos refuerzos si esas malditas criaturas vuelven a dejarse ver en nuestra aldea.

—Entonces, tendremos que esperar…

—No será necesario. Hoy mismo he recibido respuesta por parte de uno de los miembros del Consejo. Parece que sus halcones son aún más veloces que mis entrenadas aves.

—¿Entonces…?

—Entonces te he hecho venir para hacerte partícipe de la decisión del Consejo.

—¿Y cuál ha sido esa decisión?

—Coge tus cosas y prepárate… Partimos hacia Móstur.

—¿Móstur? —Shyra no podía creerlo. Pues, al fin y al cabo, ¿por

qué tenía que ir ella, una niña, habiendo guardias y soldados fuertes y valerosos que pudieran intentar hacer frente al mal que se cernía sobre todos ellos?—. Pero, yo solo soy…

—Eres la «cazadragones», la única que sabe preparar un veneno para poder atacarlos, para acabar con ellos. Lo siento, pequeña, pero iremos a Móstur. Y tú vendrás con nosotros, por las buenas o por las malas, así que decídete pronto, porque no hay tiempo que perder.

Shyra no pudo contestar al momento. Pensó en Sílax. Pasarían muchos días hasta que el caballero pudiera recuperarse lo suficiente como para abandonar la aldea.

—No te he hecho una pregunta. Es una orden que ha aprobado el propio Consejo. No está en tu mano decidir si vienes o no, pero sí el «cómo». Así que decídete de una vez, porque debemos partir.

—Está bien —contestó Shyra, resignada a su suerte, una vez más. Probablemente, la muerte la estaría de nuevo esperando en alguna esquina, así como a todo aquel que se preocupara demasiado por ella, tal y como había sucedido con Drakkan.

—Otra cosa… —*Sir* Geralt adoptó una pose demasiado tensa. Su mirada era penetrante, agresiva.

—¿Sí?

—Tendrás que conseguir más poción de esa que los mantiene debilitados.

—La compré aquí, en la aldea.

El capitán extrajo unas monedas de su bolsillo y se las entregó a la pequeña.

—Está bien. En ese caso, ve a por más. Me temo que nos va a hacer mucha falta si esas bestias se acercan o nos cruzamos con ellas en dirección a Móstur.

—Pero si pasan por aquí…

—No sé por qué, pero esas criaturas buscaban algo, o tal vez a alguien. ¿No serás tú a quién persiguen?

—¿Yo? —Shyra saltó de la silla—. ¿Acaso piensas que he sido yo quién ha despertado a los dragones y los ha traído hasta aquí para sembrar la destrucción en una aldea que apenas conozco?

—Si te soy sincero, ya no sé qué pensar. Tenemos que actuar, Shyra, así que lo siento: si en Móstur reclaman tu presencia, estaremos allí. Mis soldados te acompañarán a la tienda donde has comprado esa poción.

—No necesito a ninguno de tus soldados para ir a esa tienda…

—¿Sabes una cosa? —*Sir* Geralt vio el rostro casi desafiante de la chica—. Tienes toda la razón. No voy a enviar a ninguno de mis soldados para que te acompañe… Iré yo.

—Te he dicho que iré a Móstur. No necesito que pases el resto del día vigilándome para evitar que escape. No tengo lugar a donde ir, y lo único que me retiene aquí es la espera de mi amigo Sílax.

—Lo sé…

—Prométeme que, una vez cumplida mi misión en Móstur me traerás de vuelta aquí.

—Está bien. Te lo prometo. Diré a las sacerdotisas que, hasta tu retorno, se encarguen de todo cuanto necesite el caballero. ¿Es eso lo que quieres? Bien, no habrá ningún problema. Cumpliremos nuestra misión en Móstur y, si el Consejo lo estima oportuno, regresarás…

—¿Si el Consejo lo estima oportuno?

—Lo siento, Shyra. En Móstur gobierna el Consejo, y en su seno se decide lo mejor para la ciudad. Estamos hablando de una situación insólita. No sé qué planes tendrá el Consejo para hacer frente al peligro que representan esas bestias. Ojalá pudiera garantizarte un pronto regreso. Pero créeme, te estaría mintiendo si te dijera otra cosa.

—¿Y si el Consejo decidiera ir a la búsqueda de esos dragones?

Sir Geralt no supo qué contestar.

—Iré a Móstur, y hablaré con el Consejo… Pero después, volveré aquí. No pienso regresar a esas malditas montañas.

—Por mi parte, tras la audiencia con el Consejo, serás libre de hacer cuanto desees. No impediré tu partida, si es lo que te preocupa. Pero, por el momento, es mi deber llevarte ante ellos.

—De acuerdo —aceptó finalmente Shyra.

—En ese caso —el oficial apuró de un sorbo el resto de la copa— preparemos el viaje. Te acompañaré a la tienda para comprar unos cuantos frascos más de pócima. Sígueme.

Sir Geralt tomó un par de bolsas y, tras dejar pasar a Shyra, abandonó la estancia.

—Repartiremos los frascos entre los hombres que nos acompañen —dijo el capitán una vez que se encontraron fuera del cuartel—. De todos modos, formaremos un grupo pequeño, que pase desapercibido durante el trayecto a Móstur. En todo momento estarás protegida por mis soldados…

—Deja ya de tratarme como una cría…

—Pero es que… eres una cría…

—He viajado por las Tierras del Fuego, luchando contra sus hijos. He visto a esos dragones y he combatido contra uno de ellos. ¿Acaso es eso lo que hacen las niñas de vuestra aldea?

Las palabras de Shyra sonaron en un tono áspero. La chica estaba harta del trato que recibía constantemente, ese afán por protegerla

como si fuera incapaz de defenderse por sí misma. Ya no era una cría, era una «cazadragones», la heredera de Drakkan, su maestro.

—Está bien…

—¿De verdad quieres protegerme? En ese caso, di a uno de tus hombres que me ayude a perfeccionar el manejo de la espada. Soy buena con el arco, pero necesito práctica en el combate cuerpo a cuerpo.

—En ese caso —el capitán aceptó de buen grado la sugerencia— me encargaré de que seas instruida durante el viaje. Si vamos a presentarte ante el Consejo de Móstur como una guerrera, debo asegurarme de que tus habilidades sean las apropiadas.

—¿Ves? —sonrió Shyra—. Eso está mucho mejor. Soy una guerrera, no una cría. Así que…

—Mi señora… —uno de los aldeanos con los que se cruzaron se postró ante ella—. Gracias por habernos salvado de las garras de ese dragón. Que los dioses recompensen vuestra hazaña y os concedan su favor.

—Yo solo… —Shyra se quedó muda, incapaz de articular palabra alguna.

—Mi nombre es Aleth. Soy herrero desde que mi padre me instruyó en el oficio. Gracias a vos, mis hijos también podrán continuar esta tradición familiar. Pues les habéis salvado la vida… Nos la habéis salvado a todos. Permitidme que os recompense por vuestro valor. ¿Estaréis aquí mucho tiempo?

—En realidad, mañana mismo debemos partir —*Sir* Geralt se adelantó en la respuesta.

—En ese caso, pasaos por mi herrería esta noche… Tengo un obsequio para vos.

—Sois muy amable —Shyra esbozó una agradecida sonrisa—. Al anochecer, estaré allí.

—Gracias, mi señora —el herrero besó su mano y se marchó.

—Definitivamente —*Sir* Geralt observó cómo se alejaba aquel hombre de aspecto desgarbado y frágil— ya no eres una niña. Para los habitantes de esta aldea, eres la guerrera que les ha traído la salvación de las garras de esa bestia… Eres Shyra, la «cazadragones». Así se te conocerá en Ryth a partir de ahora. Y como tal guerrera, nos ocuparemos de que así seas tratada en Móstur, frente a su guardia y su Consejo.

—Gracias, *Sir* Geralt. Empiezo a desear que llegue el momento de partir hacia Móstur.

—Ahora ya no te parece tan mala idea, ¿verdad?

—Como te dije antes, no tengo lugar a donde ir. No tengo familia

ni un hogar en el que me estén esperando. Ni siquiera tengo amigos… Todos los que se han ido cruzando en mi camino, han terminado muertos o heridos…

—Es ella —se acercó otro hombre—. Mi señora… La aldea está en deuda con vos. Nos habéis salvado de esa maldita criatura. Mi nombre es Dygon. Soy el propietario de la posada «La gran campana». Sería un honor para mi familia invitaros a cenar en nuestro establecimiento. Consideradlo una pequeña muestra de un agradecimiento que nunca será suficiente. *Sir* Geralt, venid vos también, y traed a algunos de vuestros soldados. ¿Podréis venir esta noche?

Sir Geralt miró a Shyra. La muchacha asintió.

—De acuerdo —respondió el oficial.

—Gracias, de todo corazón. Os debemos la vida… Entonces, hasta esta noche. La posada permanecerá reservada para vos y aquellos miembros de la guardia que os acompañen.

—Veo que vamos a estar bastante ocupados en las próximas horas —dijo *Sir* Geralt cuando el posadero les dejó de nuevo a solas en su camino por una de las callejuelas.

—Sí… Una buena velada para antes de nuestro viaje. Tal vez deberías invitar a los soldados que nos vayan a acompañar a Móstur.

—Buena idea. Elegiré un grupo y les diré que se presenten en la posada, vestidos de uniforme… Y hablando de uniforme —*Sir* Geralt se detuvo y miró a Shyra de arriba abajo—. Si vas a presentarte ante el Consejo de Móstur, no puedes hacerlo con esas ropas. Me encargaré de que te sea entregado uno de nuestros uniformes. Si eres una guerrera, debes vestir como tal.

—Buena idea —sonrió la chica.

«A pesar de todo, sigue siendo una cría», pensó *Sir* Geralt mientras contemplaba la sonrisa iluminada de Shyra, que parecía emocionada por las muestras de agradecimiento de los aldeanos.

—Uniforme, y tal vez un casco que te haga parecer más como una guerrera. No te ofendas pero, además de… joven, sigues siendo una chica. Y no conozco por los alrededores a ninguna mujer que forme parte de la guardia de la ciudad, aunque creo que en Móstur ha habido algunas. El casco te dará un aspecto más…

—¿Más varonil?

—Sí… Más o menos…

—Tal vez debería cortarme el pelo para parecer menos… menos chica, ¿no?

—Vaya —*Sir* Geralt sintió como si la muchacha le hubiera leído el pensamiento—. Te he dicho lo del casco porque pensaba que no querrías desprenderte de tu trenza.

—En realidad, el pelo corto resulta más cómodo y en cuanto a mi trenza… Bueno, creo que tengo tiempo para volver a recuperarla.

—De acuerdo… Me encargaré de que tu aspecto sea más parecido al de un muchacho. Nos ahorrará los comentarios de los más críticos respecto a las costumbres de la guardia. Aunque, por lo visto, no creo que haya inconvenientes en que vistas nuestro uniforme y seas incorporada, al menos por el momento, a nuestra compañía de guardianes de Ryth. Al parecer, tu valor es conocido y admirado en toda la aldea —*Sir* Geralt había observado cómo, a su paso, eran muchos los que reconocían a Shyra—. Los acontecimientos, en un lugar como este, son propagados con rapidez.

—Supongo que eso no siempre habrá resultado agradable…

—De hecho, en ocasiones resulta peligroso. Sobre todo, cuando los hechos dan lugar a rumores más o menos infundados, y terminan desvirtuando la realidad. Pero bueno, en este caso, todo ha sido para bien. Por el momento, esta noche podrás contar con un obsequio de nuestro mejor herrero y una cena en la posada cuyos guisos tienen un merecido reconocimiento. No está mal, ¿verdad?

—¿Cuál crees que será el obsequio del herrero?

—Una coraza, tal vez una espada… Y Aleth es todo un experto en la forja de armas. De su herrería han salido valiosas espadas en dirección a Móstur y otras ciudades importantes del reino.

—Si es una espada… me vendrá bien para poder poner en práctica los consejos que me deis.

—Por supuesto. Ya he visto que con el arco eres buena, pero el manejo de las armas en el cuerpo a cuerpo es fundamental, sobre todo si te enfrentas a enemigos más fuertes que tú. Tendrás que moverte con agilidad y precisión… Pero ya hablaremos de ello llegado el momento. Ahora, nuestra primera misión es otra —señaló la puerta de su destino—. Ya hemos llegado.

Shyra contempló al hombre que se encontraba en el interior de la tienda, el mismo que le había entregado los frascos en la anterior ocasión. Se acordó del día en que llegó a Ryth, en compañía de Sílax, Nora y los mercenarios que eran como su familia. Por un instante, se preguntó si la «loba» y sus acompañantes estarían ya muy lejos de allí. Tal vez volvería a verlos, en Móstur. Aquel pensamiento la llenó de esperanza e ilusión. Estaba convencida de que sus caminos volverían a cruzarse.

El propietario de la tienda se mostró también agradecido. Su rostro nada tenía que ver con la desconfianza reflejada en la anterior ocasión. Incluso fue más generoso de lo que cabría esperar y obsequió a Shyra con un frasco de perfume, otra muestra más de

agradecimiento por su derroche de valor. La chica se sintió extraña. Estaba demasiado acostumbrada a llevar una vida anónima, entre aquellos que, al igual que ella, formaban parte de un grupo que no se caracterizaba precisamente por su fama o su fortuna. Pero allí, en Ryth, tuvo la sensación de quien pertenece a un lugar y conoce a cuantos habitan a su alrededor. La aldea era sencilla, acogedora. Tal vez resultara un buen lugar en el que poder encontrar una ansiada calma que se le parecía resistir.

—Desde luego —las palabras de *Sir* Geralt interrumpieron sus pensamientos— tu paso por esta aldea será recordado, por parte de sus habitantes, y seguro que también por ti. Yo llevo años sirviendo a la guardia, y nunca me habían mostrado este agradecimiento… No te preocupes, no es que esté celoso —dejó escapar una sonrisa—. A decir verdad, hasta la llegada del dragón no hemos conocido un peligro capaz de arrebatar a los aldeanos sus pacíficas vidas de una forma tan repentina. Asesinos, ladrones, borrachos… representan peligros menores, más fáciles de afrontar.

—¿Has pensado en el número de guardias que nos acompañarán a Móstur?

—Necesitamos ir lo más rápido posible. Iremos por caminos que podríamos considerar como seguros así que… ¿Qué te parece que seamos diez? Cenamos en la posada de Dygon y allí podremos hablar tranquilamente acerca de todos los detalles del viaje. Podremos preparar nuestra intervención ante el Consejo de Móstur, y que después sean ellos los que decidan cómo afrontar el peligro de los dragones. Eso sí, me aseguraré de que tu misión en todo esto termina allí. Ya te has expuesto demasiado al peligro, has cumplido con creces. Sin embargo, te voy a pedir una cosa más.

—¿El qué?

—Tu sinceridad.

—¿Mi sinceridad?

—Sí. Sé que antes, al preguntarte por tu relación con los dragones, no me has contado toda la verdad.

—Verás…

—No, ahora no, Shyra. Pero te agradecería que esta noche, después de la cena, nos cuentes a mis hombres y a mí todo cuanto sepas respecto a esas bestias y las circunstancias de su aparición. Algunos amigos nuestros han muerto en el ataque del dragón y creo que merecemos saber el verdadero motivo… ¿de acuerdo?

Por un instante, la sonrisa de *Sir* Geralt había dado paso a una expresión seria, más parecida a la que Shyra había descubierto nada más entrar en el cuartel y ver a aquel hombre, de semblante confuso,

ahogar su dolor en el fondo de una copa de vino.

—Está bien —se sinceró la chica—. Esta noche hablaremos sobre todo lo relacionado con los dragones, los hijos del fuego y cuanto pueda aportaros respecto a ellos. Como bien dices, tú y tus soldados merecéis saber los motivos que han propiciado vuestra pérdida.

—No te preocupes. Nada de lo que nos digas mermará la admiración que sentimos por ti, pero al menos podrá aliviarnos parte del dolor que ahora se resiste a abandonarnos.

—Diez… Me parece un buen número.

—Sí. Y respecto al Consejo, tendremos que medir nuestras palabras. Está formado por caballeros, clérigos y nobles, de intereses que en muchas ocasiones se oponen peligrosamente.

—Entonces, ¿qué sugieres que hablemos con ellos?

—Eso déjamelo a mí. Iremos viendo cómo avanza la conversación y así actuaremos. En cualquier caso, me gustaría evitar que tú o cualquiera de mis hombres tenga que permanecer allí o acompañar a los mostures a una búsqueda de esas bestias.

—¿Crees que nos permitirán regresar aquí en cuanto hablemos con ellos? —Shyra frunció el ceño—. Yo creo que primero nos interrogarán y después, si hay que ir a las tierras de los hijos del fuego, tendremos que acompañarlos. ¿Y si me obligan a guiarlos?

Sir Geralt sabía que la muchacha tenía razón. «¿Para qué engañarnos? —pensó mientras recapacitaba sobre lo dicho anteriormente—. Si deciden matar a esas bestias, tendremos que ir con ellos».

—Buscaré el modo de evitarlo, Shyra. Te lo juro.

La muchacha descubrió en la mirada del oficial la sinceridad de sus palabras. Deseó que, llegado el momento, no dudara en defender aquella afirmación. Dragones… quería evitarlos a toda costa. Los había visto acechando desde el firmamento, seleccionando a sus víctimas a una distancia a la que parecía imposible poder divisarlas. Cuando el dragón se decidía a atacar, no había forma de evitar su embestida. Un vómito de fuego, sus dientes o garras… Su precisión era terrible.

—¿Quieres que nos pasemos un momento por el cuartel para buscarte un uniforme? Quiero que te integres en mi grupo lo antes posible.

—De acuerdo. Sí… Me gustaría vestir como uno de tus soldados. Me gusta vuestro uniforme.

—A decir verdad, casi todos los que tenemos están bastante desgastados, algo descoloridos…

—Me da igual, no vamos a un baile —replicó Shyra en tono

cómico.

—Tienes razón. En cierto modo, esas viejas vestiduras tienen su encanto. Y te diré algo más: a menudo la gente tiene menos respeto a aquellos que visten los atuendos más nuevos. En el caso de los hombres de la guardia, es un evidente signo de falta de experiencia. Y a algunos les pierden el respeto…

—Ya… por ser novatos, ¿no?

—En efecto.

—Bueno, en mi caso… Es evidente que, aunque vista el uniforme más desgastado, no tengo pinta de tener mucha experiencia, ¿verdad?

—Luchando contra dragones, no creo que por aquí encuentres a alguien con más experiencia que tú.

—Eso es cierto… Por desgracia, es posible que tampoco lo encontremos en Móstur.

—Venga, no pienses más en eso. Nos espera una grata noche en la posada de Dygon, después de que hayas recibido el regalo del herrero.

—¿No vas a venir conmigo?

—No. Prefiero que Aleth pueda sincerarse contigo. Es un hombre muy… sentimental. Pero si estoy yo delante, es posible que se muestre algo más frío. Créeme, en Ryth está considerado como uno de los mejores maestros en la forja. Sus espadas han llegado muy lejos… Casi tanto como algunas de las leyendas que se cuentan de él, pues siempre ha tenido un manejo exquisito de cualquier arma que pueda empuñarse con una mano. Será una buena oportunidad para que conozcas a uno de nuestros más ilustres habitantes.

—De acuerdo. Y después de mi paso por la herrería…

—Nosotros te esperaremos en el cuartel. Elegiré a los que nos van a acompañar a Móstur e iremos disponiendo de lo necesario para así partir mañana, al amanecer.

—Móstur… Si te soy sincera, por un lado, tengo ganas de hacer ese viaje y conocer la capital. Pero, por otra parte, tengo miedo de que ese viaje no sea más que el comienzo de otra peligrosa aventura en las tierras del Norte. Hasta ahora he tenido demasiada suerte… y personas que me han ayudado en los momentos más peligrosos.

—La suerte no puedo garantizártela, Shyra. Pero no dudes que, durante este viaje, en todo momento mis hombres y yo estaremos ahí para afrontar cualquier peligro, aunque tenga alas y escupa fuego —la imagen del cuartel apareció ante ellos—. Y ahora, te presentaré a los que, seguramente, se conviertan en tus nuevos hermanos.

CAPÍTULO 11: BÉLINGDOR

La noche era cerrada, como el más oscuro de los infiernos que los profetas de Athmer mencionaban en sus escritos. Las estrellas y la luna habían desaparecido en un firmamento oculto por invisibles nubarrones que destellaban el vacío de una negrura insondable, infinita.

La compañía avanzaba guiada por la antorcha de Vidok que, convertido en guía, encabezaba el grupo, atento a cada sonido que pudiera resultar distinto al propio de las monturas que los acercaban a Bélingdor. Las viviendas que durante el día apenas se dejaban ver entre la maleza permanecían ahora aún más escondidas, ajenas a cualquier atisbo de luz que pudiera asomar entre los árboles. Así fue el trayecto hasta las cercanías de la aldea. El desconfiado avance de la compañía murió cuando Vidok alcanzó el camino que los llevaría a los límites de Bélingdor.

Darreth se encontraba entre los primeros miembros del grupo. A punto de alcanzar los restos de la muralla exterior, le sorprendió el sobrecogedor silencio que inundaba el paraje, como si una prohibición impidiera a hombres y animales romper la calma de la noche. El novicio sintió un repentino temor acechando en su corazón. Por un instante, recordó la noche en la que llegaron al monasterio, el transcurso de la misma en ese silencio propio de los lugares apartados del mundo.

Llegaron a un punto en el que la nimia barrera de piedra había sido abierta, dejando ver el interior de un lugar tan aparentemente vacío como silencioso. Viviendas antiguas, de piedra y maderas desvencijadas con ventanas que, como ojos tristes, parecían contemplar impasibles el paso del tiempo. Algunas de ellas dejaban ver en su interior la luz que iluminaba la casa. Pero la mayor parte más bien parecían edificios abandonados, olvidados.

Vidok detuvo la marcha. La llama de su antorcha comenzó a temblar, como si el mismo fuego sintiera algún temor. El frío de la noche azotaba con gélidas corrientes de aire. El guía, que mantenía el rostro cubierto bajo la capucha de su manto, giró la cabeza en

dirección a Morley.

—Por fin hemos llegado —esbozó una amplia sonrisa, pensando en la noche que le esperaba sobre un lecho confortable tras una buena cena—. ¿Cómo se llamaba aquella posada?

Los otros mercenarios rompieron a reír, recordando una de las anécdotas de su líder.

—Viejo borrachuzo… —Morley avanzó posiciones hasta situarse junto a Vidok—. Esta noche no, amigo. Mañana partiremos hacia las Templarias… Ese tipo de noches tendrá que esperar a que Therios nos pague por nuestro trabajo.

—De acuerdo, pero un poco de vino… —insistió Vidok.

—Por supuesto. El vino es sagrado. Pero antes debemos buscar un lugar para que nuestros amigos helvatios puedan pasar la noche. Recuerda que ellos tienen prohibida la entrada en tabernas y otros tugurios como el que sin duda nos espera en algún rincón de esta aldea.

—Hay muchas casas vacías —Vidok contempló las viviendas que, frente a ellos, se alzaban mudas, solitarias—. Elegid una, y dejad que yo me encargue de lo demás. Hubo un tiempo en el que no había cerradura que se me resistiera.

—Lo mismo decías de las mujeres —repuso el «Cuervo»— y ahora no hay una que se te acerque.

—Nos gustaría pasar la noche no muy lejos de vosotros —Zen Varion miró a su alrededor—. No me gusta nada esta aldea.

—Está bien —Morley se acarició la barbilla, pensativo—. En una callejuela de la aldea, tal vez una de las más estrechas, hay una posada cuyo vino tiene bien ganada su fama. En el otro extremo de esa callejuela se abre un camino, más bien corto, que conduce a un antiguo templo. Es una pequeña construcción que, si no me equivoco, lleva años abandonada. Si queréis un lugar en el que podáis rezar, el templo está al lado del palacio en el que vivían sus sacerdotes.

Zen Varion miró a su discípulo, que asintió lentamente.

—Bueno, seguramente no se trate del lugar más idílico, pero creo que me conformaría con un techo que me aísle de este frío.

—Solo hay un inconveniente —contestó Morley—. Está en mitad de un cementerio.

—¿Y cuál es el inconveniente?

—Bueno, es posible que un cementerio no sea el lugar más apropiado para pasar la noche…

—Morley, creo que después de lo que hemos vivido puedo aseguraros que desconfío más de los vivos que de los muertos. Y no creo que Darr opine de forma diferente, aunque me gustaría saber si él

estaría dispuesto…

—Claro —contestó el chico, aparentemente decidido—. Después de lo que hemos pasado, la compañía de los muertos no nos hará ningún daño.

—Está bien —Morley acogió con agrado la decisión de los helvatios sobre su propuesta—. En cualquier caso, debéis cenar algo. Así que será mejor que nos acompañéis hasta las inmediaciones de la posada. Le diré a uno de mis hombres que os haga llegar abundante comida y vino. En estos momentos, es lo que más me apetece: carne recién hecha, regada con un buen caldo. ¿Vos qué opináis, Genthis?

—Comparto vuestra decisión acerca de la cena. En cuanto a lo de pasar la noche, creo que me uniré a los helvatios…

—No os preocupéis por nosotros, Genthis…

—Dos de mis hombres y yo pasaremos la noche junto a vosotros, Zen Varion, Nos turnaremos para hacer guardia…

—En serio, capitán —insistió el Zenlor— descansad y reponed fuerzas. Estaremos a salvo.

—La última vez que decidimos descansar y reponer fuerzas alejados de vosotros por poco asesinan a vuestro discípulo. No permitiré que vuelva a suceder algo parecido, Zen.

—En ese caso —Vidok hizo girar a su montura en dirección al interior de la aldea— seguidme.

Dejaron atrás el maltrecho recorrido de una muralla cuya misión parecía delimitar la aldea, más que protegerla. Sus piedras se repartían a uno y otro lado, y en algunas partes de su perímetro su altura apenas superaba a la de un hombre.

El aire cobraba fuerza, silbando entre las solitarias callejuelas de la aldea, una melodía que rompía el silencio de la noche de forma tenue y desacompasada.

Fueron pocos los que se cruzaron en su camino, habitantes que al verlos aceleraban el ritmo de sus pasos, casi siempre en dirección opuesta. Uno de ellos, a juzgar por su estatura, era un niño pequeño. Oculto bajo los pliegues de una capa larga, se escondió en un callejón, desde el cual les siguió con la mirada.

—No te fíes de nadie, Darr. —He conocido niños, aparentemente llenos de inocencia, capaces de vaciar los bolsillos del hombre más corpulento y peligroso que puedas imaginar. Las cofradías de ladrones saben cómo adiestrar a sus cachorros.

—Mis bolsillos están vacíos, maestro —el chico esbozó una leve sonrisa.

—Sí —contestó Zen Varion—. Por fortuna, los clérigos helvatios tenemos poco que ofrecer a cualquiera de esos ladronzuelos.

—Pues yo espero que ninguno se atreva a hurgar en mis bolsillos. No me gustaría tener que matar a alguien… No aquí… —Morley permanecía serio, vigilante—. Por allí, Vidok —señaló una calle que se estrechaba a lo largo de su trazado.

Iluminada por las luces interiores de uno de sus edificios, la callejuela apenas dejaba ver los primeros metros de su recorrido recto hacia la oscuridad. A ambos lados se adivinaban varios árboles que, de forma discontinua, flanqueaban el comienzo de aquella senda de tierra y gravilla.

El cartel de la posada colgaba de una cadena oxidada. Su imagen permanecía visible, iluminada por una vela escondida en el interior de un farol.

El Dragón Rojo era una taberna cuyo vino tenía bien ganada su fama. El caldo que allí se servía era, probablemente, el vino más valorado de toda la región, exceptuando a los siempre tan deseados vinos procedentes de las tierras nybnias.

—¿Queréis que os acompañe hasta el interior del templo? —Morley se dirigió a los helvatios.

—No te preocupes, ya me encargo yo —Vidok se adelantó—. Mientras tanto, id pidiendo la cena. Y no os quedéis cortos… Tengo hambre. Zen Varion, si deseáis visitar el templo y rezar un poco antes de cenar, os esperaré en la mismísima puerta y regresaré con vosotros.

—Gracias Vidok. La verdad es que me gustaría dedicar un instante a dar gracias a Athmer por habernos traído aquí sanos y salvos.

«En realidad soy yo quien os ha guiado hasta aquí sanos y salvos». Vidok se contuvo para no dejar escapar aquel pensamiento que nada tendría de gracioso para los helvatios. Simplemente, señaló en dirección al templo y giró su montura hacia la boca de la callejuela. Los helvatios lo siguieron, mientras Morley descabalgaba, decidido a entrar en la posada.

Darr siguió a su maestro y ambos se situaron a uno y otro lado de Vidok. La antorcha del mercenario era devorada por una llama que crepitaba sin cesar, mecida por el gélido aire de la noche. Su luz aún permitía distinguir los enclenques árboles repartidos a su alrededor, cada vez más escasos a medida que el camino se estrechaba. Asentados sobre la tierra seca, sus escuálidas ramas y troncos parecían a punto de dejarse vencer por el viento. La senda se tornaba estrecha y sinuosa, girando a izquierda y derecha, en dirección a un paraje en el que no se veía vivienda o rastro de vida alguno.

El camino desapareció unos metros antes de que la luz dejara al descubierto la entrada al cementerio, un terreno baldío rodeado por un muro de piedra cuya altura no superaba a la de un hombre.

—Ahí está —Vidok señaló el hueco abierto en la roca, desprovisto de cualquier obstáculo que pudiera impedirles el paso—. Os acompañaré hasta el templo.

Al otro lado se veían las primeras tumbas, rocas talladas con formas rectangulares dispuestas de manera desordenada. No parecían demasiadas, a juzgar por las sombras que se escondían tras el muro.

Amarraron los caballos junto a la entrada y se internaron en el cementerio, en cuyo centro la penumbra dejaba al descubierto una pequeña edificación de planta circular y una torre adosada en su parte posterior. El templo no resultaba más grande que la posada en la que Morley y el resto del grupo ya estarían pidiendo la cena.

Caminaron entre las sepulturas hasta alcanzar la fachada del edificio. Su decoración era sobria, destacando dos gárgolas que, desde lo alto, observaban a los recién llegados. Tenían cuerpo de águila, pero un rostro humano que únicamente se adivinaba por las sombras recortadas en medio de la noche.

—Creo que, si lo que buscabais era tranquilidad, este es el lugar más apropiado —Vidok se acercó a la desvencijada puerta de acceso al templo. Su madera estaba carcomida y descascarillada, como un tronco seco y sin vida.

—Gracias por acompañarnos, Vidok —Zen Varion tomó la antorcha de la mano que le tendía el mercenario—. Solo será un momento.

—No os preocupéis, Zen. Tomaos el tiempo que necesitéis —miró a su alrededor—. Estaré aquí fuera, disfrutando de la compañía de estos silenciosos habitantes.

Zen Varion abrió la puerta, que en un primer momento se resistía a moverse, atrancada por los restos repartidos por el suelo: piedrecillas desprendidas de la fachada, así como excrementos de las aves que habían anidado en su extremo superior. La madera chirrió provocando un sonido cuyo eco se propagó por el interior de la estancia. Vidok giró la cabeza al escuchar el sonido de los cuervos que, asustados por el ruido, abandonaron la cima del templo para perderse entre los árboles que rodeaban el cementerio. «Estúpidos pajarracos», pensó mientras se reponía de aquel pequeño susto. Los helvatios se habían perdido en el interior del templo y la calma volvía a presidir un lugar poco acostumbrado a otra cosa que no fuera el silencio de los muertos.

El mercenario contempló la infinita oscuridad del firmamento. A su alrededor, las tumbas ya no resultaban sombras, sino que formaban parte de esa negrura reinante en todo el recinto. La brisa era como una caricia suave que provocaba una dulce sensación en la piel con su roce. Vidok cerró los ojos y, durante unos segundos, se dejó invadir

por la calma que lo rodeaba.

—Habéis venido, al fin.

El mercenario se sobresaltó al escuchar aquellas palabras, pronunciadas en voz baja, con un tono sinuoso, como la voz de un sueño. Miró a uno y otro lado, pero solo había oscuridad.

—¿Quién eres? —preguntó, nervioso, mientras acercaba su mano a la empuñadura de la espada.

—No te preocupes, amigo. No voy a hacerte daño… Ni a ti ni a ninguno de tus acompañantes. Aunque me temo que este no es el lugar más adecuado para pasar la noche.

—¿Quién eres, maldita sea? —insistió Vidok, ya con el arma desenvainada.

—Os dije que nos veríamos aquí, en Bélingdor.

La oscuridad fue quebrada por la luz de una antorcha que, como si hubiera surgido de la nada, dejó a la vista a su portador, un hombre envuelto en una capa negra, del mismo color que el resto de sus vestiduras.

—Soy Derit —se acercó lentamente al mercenario que, desconfiado, no bajaba el arma.

—¿Qué haces aquí?

—Esa misma pregunta es la que me venía ahora mismo a la cabeza. El cementerio de la aldea no resulta, precisamente, el lugar más idóneo para visitar tras un largo viaje. ¿Buscáis algo? ¿O a alguien? Tal vez pueda ayudaros, conozco a muchos de los que yacen entre estos muros… Pero me imagino que no habéis venido aquí para traer unas flores a cualquiera de estos pobres desdichados, ¿no es así?

Vidok meditó su respuesta. Su mano derecha, aferrada a la empuñadura, parecía estar pidiéndole que hiciera frente al desconocido.

—No, no hemos venido a visitar a nadie… Los helvatios buscaban un lugar tranquilo en el que poder ofrecer a su dios una plegaria de agradecimiento…

—Agradecimiento —sonrió Derit—. Creedme, hay pocas cosas que agradecer a los dioses. Aunque dudo mucho que ellos tengan algo que agradecernos a nosotros, ¿verdad? Cada vez son menos los que creen en ellos y más los que, afirmando que los sirven, los utilizan para sus intereses. ¿Qué clase de hombre sois vos?

—Más bien de los primeros —Vidok envainó su espada, dispuesto a continuar la conversación con el inesperado visitante—. ¿Y vos?

Derit dejó escapar una carcajada.

—Me resulta difícil daros una respuesta que podáis comprender. Digamos que, por el momento, yo no me meto con ellos y ellos no se

meten conmigo.

—¿Por el momento?

—Sí. Hasta ahora, podría decir que mi relación con ellos ha sido, más bien inexistente. Y supongo que, en cierto modo, es así. No conviene enfadar a los dioses, ¿no creéis?

Vidok recordó las últimas blasfemias que él y sus acompañantes habían pronunciado en aquel mismo día. Estaba tan acostumbrado a escucharlas y a decirlas, que nunca se había detenido a pensar si los dioses, de existir realmente, le reservarían algún castigo.

—Espero que los dioses no tengan en consideración cuanto decimos. Si, por el contrario, son vengativos, creo que me tienen reservadas varias muestras de su ira. Pero decidme, ¿qué hacéis aquí? Deduzco que nos habéis seguido desde que nos vimos, pero… ¿por qué?

—¿Seguiros? No, en realidad yo ya estaba aquí antes que vosotros.

—¿Aquí mismo, en el cementerio?

—Así es… Me gustan los lugares en los que puedo disfrutar de la silenciosa presencia de los muertos. Tal vez os suene demasiado extraño, pero es así. Estoy demasiado harto de estar entre los vivos.

—¿Acaso deseáis morir para poder encontraros con ellos? —Vidok señaló las tumbas repartidas a su alrededor.

—¿Morir? —Derit sonrió—. La muerte es nuestro destino, ¿por qué temer a lo inevitable? Vos sois un mercenario y, como tal, no creo que sintáis demasiado miedo a encontraros frente a frente con ella.

—Tampoco tengo mucha prisa por abandonar el mundo de los vivos.

—En ese caso, andad con cuidado. Las tierras de los dioses no son el lugar más adecuado para esquivar nuestro último destino. Yo que vosotros no iría a Mynthos. Es solo un consejo que os puedo dar… ¿Queréis que os dé otro?

Vidok frunció el ceño.

—Si me pagáis una moneda, os daré otro —insistió Derit.

—No —sonrió el mercenario—. No más consejos, por favor, a no ser que me podáis recomendar un lugar mejor que *El Dragón Rojo* para pasar la noche.

—Bien, en ese caso, únicamente me queda desearos suerte en vuestro viaje. Andad con los ojos bien abiertos porque nunca se sabe el día ni el lugar en el que la muerte ha concertado su cita con cada uno de nosotros. Que descanséis.

Antes de que el mercenario pudiera pensar una respuesta, Derit apagó la luz de la antorcha, dejando que la oscuridad volviera a gobernar el cementerio.

Zen Varion y su discípulo se habían adentrado en el templo, guiados por la luz de la antorcha. La llama les había mostrado el interior de una construcción austera y abandonada. Había restos de pequeñas hogueras: cenizas y ramas calcinadas que convertían aquel lugar en un refugio utilizado por muchos para pasar la noche.

Los helvatios no se entretuvieron en recorrer toda la estancia. Zen Varion extrajo el medallón que colgaba de su cuello y lo dejó a la vista, para que la imagen de Athmer presidiera sus rezos nocturnos.

Darreth imitó el gesto de su maestro que, dejando el medallón frente a él, en uno de los escalones del templo, se puso de rodillas y alzó los brazos. El discípulo sujetó la antorcha mientras su maestro cerraba los ojos y elevaba su plegaria de agradecimiento a Athmer.

—Te damos gracias Athmer, dios de la Luz y padre creador nuestro, por habernos guiado hasta este lugar, librándonos de los peligros que nos han acechado. Gracias por haber salvado la vida de tu joven discípulo. Intercede por nuestro hermano, Yar Robert. Él no fue más que una víctima de la ignorancia acerca de ti y de tu infinita bondad. Concédele el perdón y guíale hasta tu morada. Y a nosotros, fieles servidores tuyos, concédenos el don de discernir tus designios, de alabarte sin medida y alcanzar así nuestro destino, junto a ti. Athmer, dios de nuestros padres, dios nuestro…

—Muéstrate compasivo y escucha nuestras plegarias —la voz de Darreth sonó como un susurro.

—Ayúdanos a comprender que, lejos de ti, nuestra vida es un abismo oscuro y vacío.

—Muéstrate compasivo y escucha nuestras plegarias.

—Ten piedad de cuantos no han tenido la dicha de conocerte y concédeles el perdón por sus faltas.

—Muéstrate compasivo y escucha nuestras plegarias.

—No abandones a tus siervos. Pues sabemos que todo aquel que se acoge a ti no queda defraudado por las muestras de tu infinita bondad. No nos alejes del camino recto, el único que conduce hacia ti. Ahora que muere el día, te damos gracias por todo lo que nos has concedido, y te pedimos que nunca nos falte aquello que más necesitamos. Que nuestra única luz seas tú. Defiéndenos, protégenos, guíanos en nuestro camino hacia ti.

—Defiéndenos, protégenos, guíanos en nuestro camino hacia ti —repitió Darreth, que al igual que su maestro permaneció unos instantes en silencio y de rodillas, con los ojos cerrados. Fue el único momento en el que su atención se distrajo, perdiéndose en los recuerdos que, una y otra vez, acudían a su mente con la caída de la noche.

Zen Varion tomó el medallón y se puso en pie.

—Es una lástima que los lugares sagrados terminen abandonados y mancillados de este modo —contempló los restos repartidos por toda la estancia—. Habría sido mejor derribar el templo, ¿no crees?

—Sí, maestro —Darreth caminó hacia uno de los extremos, iluminando sus paredes con la llama de la antorcha.

—En fin, vámonos. Nuestro querido amigo Vidok estará esperándonos. Es buen momento para llenar el estómago antes de dormir.

—¿Vamos a pasar aquí la noche?

—No te convence demasiado, ¿verdad? A mí tampoco. Este lugar ha sido profanado. No sé qué dios habrá sido adorado aquí… Pero me temo que se fue hace mucho tiempo. Hablaremos con Morley y buscaremos otra alternativa para pasar la noche, ¿no te parece?

—Sí. Será lo mejor.

—Pero lo primero es lo primero. Llenar el estómago y…

—Maestro…

Zen Varion se giró hacia su discípulo, que estaba agachado junto a la pared, con la mirada perdida en el suelo.

—¿Qué ocurre, chico?

—Mirad —Darreth señaló algo que estaba frente a él.

El zenlor se acercó y, agachándose, pasó su mano sobre uno de los objetos que su discípulo contemplaba con un semblante invadido por la preocupación.

—No… no puede ser —Zen Varion pasó su mano por la medalla atrapada por una cadena fina y dorada. En su interior, la imagen del dios se veía acompañada por la balanza que simbolizaba el dominio comercial del pueblo nybnio. El zenlor también se fijó en los ropajes que descansaban junto al medallón: los hábitos de los sacerdotes de Thariba.

—Maldita sea —Zen Varion se puso en pie—. Esos malnacidos están aquí.

CAPÍTULO 12: RYTH

La oscuridad había llegado antes de lo previsto, guiada por las grises nubes que se habían apoderado del atardecer. Aun así, a pesar del lóbrego paisaje que dibujaba la noche a las afueras de Ryth, la agradable temperatura invitaba a la calma.

Siguiendo las instrucciones dadas por *Sir* Geralt, Shyra se dirigió a la herrería en busca de la prometida recompensa. Era una construcción más bien pequeña, situada al fondo de uno de los caminos que conducía fuera de la población. Tenía un patio exterior, cubierto en buena parte por los montones de leña que, cuidadosamente colocada, daba forma a pequeños muros de madera que rodeaban casi la mitad del edificio.

—Mi señora… —Aleth aguardaba a la entrada, sujetando una pipa cuyo contenido desprendía un suave aroma que pronto llegó hasta la muchacha—. Pasad, por favor.

El herrero invitó a Shyra a cruzar la entrada. La estancia era muy distinta a como la chica la había imaginado. Se encontró en un amplio y confortable salón, cuidadosamente decorado en cada una de sus paredes. En una de ellas, una fila de espadas acaparó la atención de la muchacha, que no podía dejar de contemplar las hermosas y brillantes armas allí expuestas. En el otro extremo, una gran estantería dejaba al descubierto numerosos libros que, a juzgar por su aspecto, debían de tener un gran valor para el herrero, que dejó escapar una amplia sonrisa.

—Esperabais que este lugar fuera… distinto, ¿verdad? —invitó a la chica a sentarse en una de las sillas agrupadas en torno a la mesa rectangular que ocupaba el centro del salón—. El taller se encuentra al otro lado del edificio. Pero no creo que os interese demasiado, y en realidad el desorden que habita allí no tiene nada que ver con lo que podéis contemplar en esta otra sala.

—Es agradable… —habló Shyra, con sinceridad. Sus ojos se detenían en cada una de las espadas que, como hermosos trofeos, daban al salón un aspecto especial.

—Cada una de estas espadas tiene su historia, y cada una de esas

historias tiene su lugar en los maravillosos libros que se encuentran en el otro extremo del salón.

—Así que, os dedicáis a algo más que forjar armas…

—Por supuesto. En realidad, creo que la lectura de algunos de esos libros forma parte fundamental de mi trabajo como herrero. Las espadas que han cambiado el rumbo de la historia tienen su propio nombre. Algunas de ellas son casi más conocidas que los portadores a los que han ido sobreviviendo con el paso de los años. Ninguna espada es igual a otra… Al menos para los herreros que ponemos todo nuestro empeño en cada una de nuestras criaturas.

—Son preciosas… —Shyra no podía dejar de contemplarlas. Las empuñaduras de algunas de ellas eran espectaculares, con formas y grabados que las convertían en piezas dignas de un coleccionista.

—En muchos casos, lo más espectacular no es aquello que puede contemplarse a simple vista. Una hermosa empuñadura no sirve de mucho si la hoja no está forjada con el mejor de los aceros… Y el acero de Leryon es, posiblemente, el mejor material con el que puede forjarse cualquier espada o daga.

—¿Todas vuestras espadas son de acero leryón?

—Las que están aquí expuestas… no. Pero las que llevo siempre conmigo en cualquier viaje, por supuesto que lo son. Letal y liviano, son características necesarias para una buena arma, fundamentales contra el más aterrador de los enemigos. Aunque de enemigos aterradores, poco puedo hablaros. Habéis vencido al dragón…

—No fui yo sola…

—Lo sé. Y tampoco fue con una espada —sonrió el herrero, tomando una de las armas expuestas en el salón—. Sin embargo, hay muchos peligros que requieren de movimientos más raudos de los necesarios para lanzar una flecha. Los caminos están llenos de peligros. Vivimos momentos realmente inciertos. Asesinatos en Móstur, rumores de guerra en Leryon. Aquí creíamos encontrarnos a salvo, y ya veis. La más temible de las criaturas se cierne sobre nosotros. Deberéis tener siempre a punto una buena arma, pues nunca se sabe cuándo llegará el siguiente peligro.

—Debo ir a Móstur —Shyra dejó escapar sus pensamientos.

—Entonces, si estáis dispuesta a abandonar Ryth, será mejor que tengáis a mano una de mis armas. Os regalaría cualquiera de las que tengo aquí, pero me temo que son demasiado pesadas para vos. La belleza de estas espadas supera con mucho a su utilidad en la batalla. He forjado una espada que os resultará ideal, con una empuñadura equilibrada respecto a la liviana y afilada hoja que la dan forma. Esperadme aquí.

El herrero abandonó la estancia, dejando a solas a Shyra. La chica dirigió nuevamente su mirada a las espadas. Sus empuñaduras eran diversas pero todas ellas hermosas. Elegir la mejor se antojaba una decisión complicada. Hubo una que le llamó especialmente la atención, un relieve de un león dorado a cuyos lados había signos que le resultaron imposibles de descifrar. Había otra con el rostro de una hermosa mujer que parecía llorar; y otra representada por la cabeza de una serpiente. Todas ellas, bellas formas que daban a la espada un aspecto más majestuoso.

—Espero que os guste —Aleth regresó en poco tiempo. Traía consigo una espada envuelta en una tela, que empezó a desenrollar con sumo cuidado, como si en el interior hubiera un cristal en lugar de un acero.

Cuando la espada quedó a la vista, Shyra no pudo reprimir una exclamación de sorpresa y admiración. La empuñadura del arma era más pequeña que la mayoría de las que había estado contemplando. No obstante, la imagen de la cabeza de dragón que le daba forma resultaba evocadora y dotaban al arma de un aura de poder al que contribuía el brillo de su hoja y las letras grabadas en la misma.

—¿Cuál es el significado de las letras grabadas en la hoja? —preguntó la muchacha, pasando el dedo por lo que más bien parecía un conjunto de signos ancestrales.

—Es una frase escrita en una lengua arcana de los pueblos que habitaron estas tierras. Su significado es «Tras la muerte hallarás tu juicio». Nuestros ancestros adoraban al dios de la muerte, al que consideraban como el juez justo que otorga a cada uno la recompensa o el castigo según sus méritos.

—¿Tú crees en ese dios de la muerte?

—Una cosa es cierta: de todos los dioses en los que se puede creer, la muerte es el único del que no tengo dudas acerca de su certeza. Los demás tal vez no sean más que invenciones del hombre, pero ella… De ella nadie puede escapar. Aunque no estoy muy convencido de que sea ese juez al que aludan los antiguos.

—Es una espada preciosa —Shyra no podía dejar de mirarla.

—Espero que sea lo suficientemente digna para una auténtica cazadora de dragones —sonrió Aleth, satisfecho al contemplar el alegre rostro de la chica—. Deseo que no tengáis que utilizarla en mucho tiempo, y que lleguéis a Móstur sin ningún incidente. *Sir* Geralt es un buen hombre. Ha sido un digno guardián de nuestro pueblo, pero supongo que la muerte de algunos de sus mejores soldados ha sido un duro golpe del que se repondrá mejor si abandona Ryth. Y para vos quizá sea también lo mejor.

—En realidad, yo no quiero ir a Móstur.

—Supongo que os resultará extraño, viajar en compañía de estos soldados. Pero no os preocupéis, si hay algo que define a *Sir* Geralt es la lealtad. Estoy seguro de que completaréis vuestro viaje sin ningún problema. Y también tengo la certeza de que volveremos a vernos.

—Espero que así sea. Me gustaría regresar a este lugar.

—Ryth nunca se ha caracterizado por ser un lugar peligroso. Durante muchos años hemos permanecido ajenos a las contiendas entre mostures, leryones, ossetios o nybnios. Se nos considera olmistios, más por nuestros orígenes que por la influencia que esa ciudad pueda tener actualmente sobre nosotros —Aleth respiró profundamente—. Sí, somos un pueblo que siempre ha ansiado, por encima de todo, la tranquilidad.

—Tranquilidad… —Shyra se contagió de la nostalgia que se ocultaba tras las palabras del herrero—. Eso es precisamente lo que necesito en estos momentos. Pero parece ser que el destino se empeña en llevarme de un peligro a otro.

—No desesperéis, mi señora. Con cada obstáculo superado la vida nos regala un pedacito de esa experiencia necesaria para afrontar cada nueva etapa de nuestra existencia. Vos sois muy joven aún, tenéis mucho que aprender. Cuando finalicéis vuestro cometido en Móstur, podréis regresar. Os pediría que, una vez llegado ese momento, por favor, no os olvidéis de visitar mi herrería.

—Os prometo que vendré aquí en cuanto regrese. Y ahora, si me disculpáis, debo irme. *Sir* Geralt y sus soldados me esperan para cenar. Pronto iniciaremos nuestro viaje.

—Os deseo suerte, y un pronto regreso.

—Gracias por vuestro obsequio, Aleth.

Shyra abandonó la herrería con una expresión triste dibujada en su rostro. No quería irse de allí, no solo por la compañía del herrero en un lugar que le había parecido de lo más acogedor. El regreso junto a *Sir* Geralt significaba mucho más que una cena; significaba el comienzo de un nuevo viaje a lo desconocido, hacia nuevos peligros. De manera casi instintiva se aferró con fuerza a su nueva arma.

Cuando la muchacha volvió en sí, recordó las instrucciones recibidas por *Sir* Geralt. Debía regresar al cuartel antes de dirigirse a la posada en la que tendría lugar su última cena en Ryth. No había abandonado aún la aldea y ya estaba deseando volver; regresar para encontrarse con Sílax, para visitar nuevamente al herrero, para buscar allí un nuevo hogar. Durante el trayecto que la separaba del cuartel, no dejó de pensar en Sílax, preguntándose cuánto tiempo tardaría su amigo en recuperarse, y si la esperaría allí.

—No deberíais ir sola en mitad de la noche.

Shyra se sobresaltó al escuchar aquellas palabras pronunciadas en un tono que no parecía el propio de una advertencia. La muchacha contempló al hombre que la hablaba, cuyo rostro no se dejaba ver, escondido tras una capucha. El extraño se acercó lentamente.

—Lleváis una preciosa arma. La empuñadura delata al hombre que os la ha entregado. Aleth siempre ha sido muy cuidadoso con los pequeños detalles, lo que le convierte en un excelente herrero.

—¿Qué queréis? —Shyra amenazó con desenvainar la espada.

—No os preocupéis, mi señora —la voz del desconocido adquirió un tono conciliador. No pretendía asustaros; solo advertiros.

—¿Advertirme? ¿De qué?

—No lleváis puesto el anillo que os regalé —el hombre dejó a la vista su rostro. En ese momento, Shyra recordó las palabras de Fistosh para describir al aldeano que le había entregado la joya. Rostro blanquecino, como los escasos cabellos que le caían hasta el cuello; ojos claros, hundidos tras incontables arrugas que daban al desconocido un aspecto casi aterrador en mitad de la noche.

—Tengo vuestro anillo —Shyra se echó la mano a un bolsillo.

—Debéis llevarlo siempre puesto. Solo así os protegerá de los peligros que os aguarden nada más abandonar Ryth. Hacedme caso si queréis que vuestro próximo viaje no sea también el último.

—Está bien —asintió la chica—. Me pondré el anillo, y no volveré a quitármelo hasta que haya llegado a Móstur. Confío más en mis acompañantes, pero tampoco tengo mucho que perder por seguir vuestro consejo así que…

Cuando Shyra alzó nuevamente la vista tras colocarse la joya en su dedo índice derecho, descubrió que estaba nuevamente sola. El desconocido había desaparecido en medio de la oscuridad.

—Está bien —susurró—. Por extraño que me resulte, seguiré vuestro consejo.

CAPÍTULO 13: BÉLINGDOR

—Posadero… Más vino —Morley y sus hombres permanecían sentados en varias mesas, apurando las jarras que les habían sido servidas, a la espera de la cena.

El Dragón Rojo era una posada de aspecto acogedor. Decorada con estandartes, todos ellos con la imagen de dragones, tenía una iluminación cálida que llegaba a cada uno de sus rincones. El olor de la carne guisada empapaba el ambiente con un aroma que a los mercenarios les pareció de lo más agradable para sus sentidos, todo un aperitivo de lo que aguardaba al otro lado de la puerta que separaba la posada de las cocinas.

A excepción de los recién llegados, la posada estaba menos concurrida que en otras ocasiones. Lejos habían quedado los tiempos de mayor esplendor de una aldea que antaño era lugar de paso de caravanas de comerciantes y nobles señores que recorrían las fronteras del reino con la certeza de no sufrir percance alguno en sus viajes. Sin embargo, ciertas historias, lejos de morir, crecen y se expanden como una perniciosa enfermedad. Las leyendas sobre Mynthos salpicaron sus alrededores, infectándolos con un miedo que, extendido por las fronteras entre Leryon y Móstur, fueron expulsando a muchos de aquellos comerciantes. Las nuevas rutas de comercio buscaron desvíos que evitaran la visión de las Templarias, como si los hombres temieran tan siquiera contemplar el hogar de los dioses. Muchos hablaban de muertos que habían vuelto a la vida, seres de piel putrefacta y lánguidos rostros que habitaban en las cercanías de las montañas sagradas, como inmortales centinelas que no tenían piedad de aquellos que se acercaban demasiado a las tierras prohibidas. El paso de las Templarias había quedado condenado, convertido en un lugar maldito en el que ni los más valientes se atrevían a poner sus pies.

—¡Más vino! —insistió Morley. Sus ojos se perdieron bajo el cuello de una de las mujeres que atendían las mesas de los mercenarios, y no precisamente en el colgante que, destellando con tonos rojizos, destacaba en su piel morena.

—Si Vidok estuviera aquí… —sonrió mientras se acercaba la copa

a la boca—. Es una lástima que sea lo único hermoso que podamos contemplar en este lugar —miró en dirección al otro extremo de la estancia, una mesa ocupada por varios hombres cuyas risas iban en aumento a medida que vaciaban las jarras que les habían sido servidas.

—¿Por qué los helvatios no pueden entrar en una posada? —preguntó Flint, sentado a la derecha de su líder.

—¿Has visto esa sirvienta? Pues ella es una de las razones —sonrió al ver la cara del otro mercenario—. No sé, Flint… Tal vez sea para que no puedan sorprender al hijo puta de Therios sobando a una de estas muchachas, yo qué sé. Esos helvatios tienen unas costumbres tan raras…

—Bueno, al menos estos parecen buenas personas… —replicó «el invisible».

—Terminarán muertos o fuera de la Orden —añadió Jon, con una sonrisa que dejó al descubierto el brillo de su diente de oro.

—Es posible —asintió Morley—. No creo que en todo Móstur haya un helvatio cuyo honor pueda compararse al de Zen Varion. Y su discípulo parece seguir sus pasos. Lástima que ese muchacho esté teniendo tan mala suerte.

—Yo no lo creo así —intervino Brad—. Lo que tú llamas mala suerte no es sino el efecto de los golpes de la vida. Ese chico ya ha aprendido que el mundo, fuera de esa… morada, es cruel y despiadado. No aprenderá una lección más valiosa.

—¿Tú crees, cuervo? ¿Cuál fue el primer golpe que te dio la vida?

—Quitarme a mi padre cuando apenas tenía diez años… Y después a uno de mis hermanos pequeños. Y esas desgracias me han ayudado a vivir de otra manera.

—A malvivir, querrás decir —respondió Flint—. Mira cómo nos ganamos la vida: matando individuos que ni siquiera conocemos… Somos jueces que imparten una justicia ciega…

—No hay justicia más ciega que la de Therios y sus más fieles seguidores —Morley lanzó una dura mirada al «invisible»—. No te equivoques, muchacho. Cada uno de nosotros vale más que el Gran Maestro o cualquiera de sus más fervientes fanáticos.

—Sí —asintió Brad—. Y al menos aún seguimos vivos. No como esos soldados y caballeros que pierden la vida por servir a reyes y nobles.

—Bueno —rectificó Flint—. Viéndolo así, la verdad es que no podemos quejarnos.

—Por supuesto que no —Morley recuperó su sonrisa pícara—. Y si nos sirvieran un poco de vino, estaríamos mucho mejor… ¡Posadero!

¡Estamos sedientos!

—¡Y hambrientos!

—¿Desde cuándo tú tienes hambre, Jon? —se burló Flint— hasta un pájaro come más que tú…

—Desde que tu hermana dejó de amamantarme —respondió Jon, provocando las carcajadas de los demás mercenarios.

—Tranquilos, muchachos —habló Morley—. No arméis tanto escándalo, o se pensará el tabernero que vamos demasiado borrachos… y no nos dará más vino… ¡Tabernero!

En ese instante, la muchacha que atendía las mesas apareció ante ellos con una jarra en cada mano.

—Esto es otra cosa —el líder de los mercenarios tornó su expresión en una amigable sonrisa. Contempló los sugerentes ojos de la chica, grandes y verdes como brillantes esmeraldas.

—¿Queréis algo más, mi señor? —la joven tenía una voz encantadora, a juego con la sonrisa dibujada por sus labios carnosos que dejaron ver unos dientes inmaculados.

—Mejor no preguntes esas cosas, muchacha —respondió Morley, con la mirada fija en los ojos de la chica.

—Yo sí quiero algo más —la voz de Teddy, el «inquisidor», sonó intrigante para sus acompañantes—. Acércate, por favor.

La muchacha dudó por un instante, pero al final accedió a la petición de aquel hombre de mirada casi hechizante.

—¿Sí? —se inclinó ligeramente hacia él.

—¿Quiénes son los que están en aquel extremo? No, no los mires aún… Con disimulo… Aquellos cinco que no paran de reír… ¿Llevan mucho aquí? ¿De dónde vienen?

La muchacha se giró lentamente para observar a los hombres que, ignorando que eran cuidadosamente vigilados, continuaban con sus bromas, entrechocando sus jarras y apurando su bebida.

—Han solicitado pasar aquí la noche, pero no sé de dónde vienen.

—Bueno… —el inquisidor extrajo dos monedas de su bolsillo—. ¿Podrías averiguarlo?

—Claro —la chica intentó atrapar las monedas, pero el movimiento del mercenario fue más rápido.

—Te doy una ahora. La otra, después de escuchar lo que te he pedido. Quiero saber de dónde vienen y adónde se dirigen, ¿de acuerdo? —guiñó el ojo a la muchacha, que respondió con una sonrisa.

—De acuerdo.

La joven se dio la vuelta y, moviendo sus caderas de forma sensual, se acercó a la mesa en la que los cinco hombres continuaban su

divertida conversación.

—¿Los conoces? —Morley no pudo evitar sorprenderse ante la intrigante mirada de Teddy.

—A uno de ellos sí. Es uno de los mercenarios más sanguinarios que he podido encontrar. Por fortuna, él no me conoce. Pero una vez fui testigo de uno de sus trabajos. Tengo interés por saber qué hace ese malnacido por aquí.

—¿Y dices que es sanguinario? —Morley frunció el ceño—. ¿Más que nosotros?

—Sí —el inquisidor clavó la mirada en su líder—. Al menos eso pienso. Yo nunca he visto a ninguno de vosotros degollar a una cría en presencia de sus padres. Nosotros al menos tenemos ciertos principios… La maldad de ese hijo de puta no conoce límites, créeme. Y no me fío para nada de sus intenciones… Porque, en lo que se refiere a Therios… El Gran Maestro tiene demasiadas influencias y contactos…

—¿Acaso crees que Therios podría haberle contratado para algo relacionado con nosotros? —preguntó Jon, que no despegaba la mirada de aquellos extraños.

—No lo sé, pero después de lo sucedido en el monasterio, me temo que podemos esperarnos cualquier ocurrencia de Therios. Créeme, Morley… Ese hombre es muy peligroso, y en estas tierras lejanas…

—Imagino que por aquí no tendrá muchas cosas que hacer, a no ser que su próximo trabajo tenga algo que ver con nosotros o con nuestros queridos helvatios.

Se hizo un silencio incómodo en la mesa de los mercenarios. Todos observaban lo que sucedía en la mesa del otro extremo. La muchacha conversaba con aquellos hombres, dedicándoles sus más encantadoras sonrisas. Ellos respondían de igual modo, mientras recreaban sus vistas con las caderas de aquella amable criada. Incluso hubo uno que, con cierto disimulo, intentó acariciarla. Ella esquivó la mano con un gesto raudo, siempre con la sonrisa asomando entre sus labios. Intercambiaron unas palabras mientras la muchacha recogía las jarras vacías para llevárselas al otro lado de la barra.

Apareció de nuevo con una jarra de vino en cada mano y se dirigió a la mesa de los mercenarios.

—Aquí tenéis, más vino —dejó una de las jarras junto a Teddy—. Proceden de Móstur —susurró al mercenario, que le tendía la mano ocultando la moneda que pasó al bolsillo de la criada en un abrir y cerrar de ojos.

—De Móstur —repitió el *inquisidor*, para sorpresa de los demás mercenarios.

En ese instante, la puerta de la posada se abrió de forma brusca, dejando pasar a Vidok, cuyo rostro parecía invadido por la preocupación.

—Morley… —se acercó a la mesa—. Están aquí.

—¿Quiénes? —preguntó Teddy, sin dejar de mirar a los otros hombres que, escuchando el ruido de la puerta, se habían girado para fijar sus sombrías miradas en el recién llegado.

—Los nybnios —susurró Vidok.

—¡Silencio! —Morley giró la cabeza para que los desconocidos no pudieran ver cómo guiñaba el ojo a su amigo—. Así que tus hermanos ya han regresado… Bien, brindemos por ellos… Muchachos, alzad vuestras copas… Por los hermanos de Vidok, que han regresado sanos y salvos. Siéntate junto a mí, querido amigo.

Brad se echó a un lado y dejó sitio a Vidok.

—¿Cómo sabes que están aquí? —preguntó Morley, en voz baja.

—Los helvatios han descubierto varios de sus hábitos, tirados en el templo en el que han estado rezando.

—¿Dónde están los helvatios? —inquirió Brad, con voz susurrante.

—Ahí fuera, esperando. Tenemos que irnos…

—No tan rápido, Vidok —le interrumpió Morley—. ¿Ves esa mesa de ahí atrás? Pues en ella está sentado uno de los mercenarios más peligrosos que puede haber, según Teddy. Vienen de Móstur.

—¿Y qué hacen aquí?

—Eso es lo que me preocupa, amigo.

—¿De Móstur, dices? —Vidok bebió de la copa que tenía más cercana—. ¿Acaso Therios ha contratado a más mercenarios para que encuentren a esos nybnios?

—Tal vez —Morley parecía confuso.

—Olvidáis un pequeño detalle —habló Teddy—. El único capaz de identificar a los responsables de la matanza está con nosotros…

—¿Entonces?

—Tal vez Therios quiera asegurarse de que sus planes respecto al chico se vean cumplidos…

—Y ha contratado a esos bastardos para capturarlo… —Morley abrió aún más los ojos y miró a Vidok— o matarlo.

—¿Qué hacemos, Morley?

—Caballeros, aquí tienen su cena —la llegada del posadero sorprendió a los mercenarios. Traía dos fuentes repletas de un guiso que alcanzaba hasta los bordes.

—Pero tenemos que llevarnos parte de la comida —habló Titto, que había permanecido ajeno a la conversación entre sus compañeros —. Los helvatios están ahí fuera.

El resto de mercenarios se giró hacia él.

—De acuerdo, señores. Llévense la comida fuera, si así lo desean… Pero, por favor, tráiganme luego las fuentes. No valen demasiado, pero fueron un regalo de mi mujer y, en fin…

Morley extrajo el dinero con el que pagaría al posadero mientras fijaba su mirada en Titto, cuyas palabras se habían escuchado en voz alta, llegando a oídos de los desconocidos. Así lo dedujo Teddy cuando, a una disimulada señal de la muchacha, miró de reojo a la mesa de aquellos otros mercenarios, que acababan de ponerse en pie.

—¡Criada! —llamó uno de ellos.

—¿Sí, mis señores? —la chica se apresuró a llegar hasta ellos.

—¿Hay suficiente con esto? —señaló las monedas que habían dejado sobre la mesa.

—Sí —respondió ella, tomando el dinero—. Incluso les sobra…

—Así está bien —respondió el que parecía el líder del grupo—. Quédate el resto.

—Gracias… Que tengan un buen viaje.

—Eso esperamos —respondió otro de ellos, mirando de reojo a los mercenarios, a punto de pagar por la comida que les era entregada.

—En cuanto a las habitaciones, disponemos de…

—Me temo que eso tendrá que esperar —Morley entregó el dinero al posadero y se dio la vuelta en dirección a la salida—. Más tarde hablamos sobre ello —comprobó que los desconocidos aún permanecían en su mesa, expectantes—. Vámonos, muchachos. Tenemos que cenar.

Los mercenarios tomaron la comida y, siguiendo a su líder, abandonaron la posada.

Nada más salir, Morley observó a los helvatios, que aguardaban junto a la puerta.

—Escuchadme, no hay tiempo para preguntas. Debéis esconderos lo antes posible… Allí, en los establos…

—Pero…

—Confiad en mí, Zen —Morley sujetó por el brazo a ambos helvatios, incitándoles a caminar hacia el lugar indicado.

Salieron los demás mercenarios, guiados por Vidok.

—No os alejéis de la entrada —ordenó Morley.

—¿Qué ocurre? —preguntó Darreth, ya cuando estaban entrando en el establo.

—En la posada había unos individuos un tanto sospechosos. Diría que están interesados en vosotros, o mejor dicho, en ti. No os mováis de aquí, nosotros nos ocupamos.

Morley regresó junto a los demás mercenarios, que se habían

situado cerca de la entrada. Escucharon cómo la puerta de la posada se abría y, uno a uno, escupía a los cinco desconocidos. Sus pisadas sonaron pausadas, desconfiadas. Los hombres de Morley permanecían agachados en torno a la comida, hablando y riendo, como si no se hubieran percatado de la presencia de los otros. Únicamente Morley, separado del grupo, observó fijamente las miradas que pesaban sobre los suyos. Las luces interiores de la posada reflejaban su luz y las sombras exteriores cobraban vida ante una oscuridad que acechaba en todas las direcciones.

Los cinco hombres caminaron, lentamente, pasando cerca de los mercenarios.

—Buenas noches, caballeros —habló el hombre que lideraba el grupo—. La temperatura invita a una cena tranquila fuera de la posada, ¿verdad? —esbozó una sonrisa que apenas pudieron percibir los mercenarios.

—Sí —contestó Morley, ya junto a los suyos—. La noche invita a la calma, y aquí fuera se está bien.

—Espero que la causa no haya sido la algarabía de mis chicos —el hombre se acercó al grupo de mercenarios. Por detrás de él, los otros caminaban lentamente—. Si ha sido así, os pido disculpas por nuestro alboroto.

—No, no os preocupéis —respondió Morley. Los mercenarios ya estaban de pie, alineados a su espalda.

—Este es un buen lugar para pasar la noche y reponer fuerzas. Aunque por aquí cerca hay una posada cuyo precio es bastante inferior. Si queréis ahorraros unas monedas…

—No, gracias —Morley acercó su mano derecha a la empuñadura de su espada, de forma instintiva y, al mismo tiempo, disimulada—. Posiblemente continuemos nuestro camino en cuanto hayamos terminado la cena. Pero gracias por vuestro ofrecimiento —en aquel momento, el mercenario se acordó de Genthis y sus guardias, que habían ido a dar de comer a los caballos y buscar un lugar en el que pudieran pasar la noche.

—Como deseéis, caballero. En ese caso, que tengáis una agradable estancia en la aldea.

—¿Os marcháis? —inquirió Morley.

—Sí… En realidad, solo queríamos comer y beber algo antes de proseguir nuestra marcha… En fin, caballeros…

—¡Morley!

Cuando el mercenario se giró, observó a Darreth, que se encontraba cerca de él.

«Muchacho, ¿qué haces?», pensó al presenciar la repentina

aparición del chico.

Los desconocidos se miraron entre ellos nada más distinguir la sombra que se acercaba.

—El helvatio —dijeron dos de ellos, casi al mismo tiempo.

—¡Darreth! —Zen Varion corrió hacia el joven—. Maldita sea, ¿qué has hecho?

En ese instante, cuando la mirada del denlor se cruzó con la del hombre que conversaba con Morley, los acompañantes de aquel individuo se echaron las manos a la cintura y desenvainaron sus espadas. Morley y sus mercenarios hicieron lo mismo.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Vidok, alterado—. ¿Quién cojones sois?

—¿Qué sucede Darreth? —preguntó Morley cuando el novicio se situó a su lado.

—¡Son ellos, Morley! —el chico parecía fuera de sí, desbordado por un repentino pánico.

—¿Ellos?

—Sí, ellos… Los nybnios.

CAPÍTULO 14: RYTH

El propietario de la posada había dispuesto todo lo necesario para que sus huéspedes pudieran disfrutar de una cena íntima y tranquila. «La gran campana» había cerrado sus puertas a cualquier cliente que no fuera uno de los acompañantes de *Sir* Geralt. Las luces exteriores permanecían apagadas y un cartel colgado sobre la puerta anunciaba a cualquier visitante que el establecimiento permanecía cerrado. En su interior, Dygon se movía con agilidad de un lado a otro, pendiente de servir a sus invitados unas jarras de vino y cerveza mientras el asado terminaba de prepararse. El olor del cordero impregnaba toda la estancia, que permanecía sumida en una luz más bien tenue para lo que era habitual en la posada, a petición del propio *Sir* Geralt, que quería dar a la velada un ambiente similar al de las ocasiones en las que él y sus soldados se reunían, a la luz de las antorchas, en las inmediaciones del cuartel para disfrutar de una cena frugal en mitad de la guardia nocturna. Las leyendas y las vivencias de aventuras pasadas cobraban especial fuerza cuando eran invocadas por el fuego de la noche, encargado de presidir un ambiente en ocasiones nostálgico y misterioso.

Los comensales ya se encontraban ocupando sus asientos, en torno a una mesa rectangular ubicada en el centro de la posada. La luz y el calor de la chimenea les llegaban de forma comedida, con un fuego que se mantenía distante y ajeno a la conversación de los invitados.

Sir Geralt estaba sentado en uno de los extremos. A su lado, Shyra observaba las jarras que habían sido cuidadosamente repartidas por la mesa. Eran recipientes de barro ornamentados en su exterior con relieves que daban forma a racimos de uva que los envolvían, a juego con los vasos que poblaban la mesa. El resto de los elementos dispuestos sobre la misma, como eran los candiles y ramas decorativas, contribuían a hacer de aquella estancia un lugar más elegante y acogedor de lo que solía ser normalmente. Dygon parecía dispuesto a convertir aquella cena en un encuentro inolvidable, sobre todo para Shyra, un obsequio a la salvadora de Ryth, como ya la habían denominado algunos de los testigos de la llegada y muerte del

dragón.

Sir Geralt miró a su alrededor. Sentados a la mesa se encontraban todos aquellos a los que había hecho llamar para acompañarle en la partida hacia Móstur. En total serían finalmente doce, un número adecuado para pasar desapercibidos durante el viaje. El capitán extrajo el mensaje que había recibido por parte del Consejo, escrito en letras minúsculas sobre un pequeño pergamino cuidadosamente enrollado.

—No sé qué miembro del Consejo se habrá encargado de redactar esta orden —por un momento, se hizo un silencio entre el resto de comensales—, pero no deja lugar a dudas. Shyra, el Consejo está muy interesado en cualquier información que puedas aportar acerca de la aparición de los dragones.

—No sé cómo aparecieron, ni de dónde han surgido —respondió la chica—. Yo los vi por primera vez en el Desierto Rojo.

—Imagino parte del interés que suscita entre los miembros del Consejo todo este asunto de los dragones, sobre todo a los miembros de la Orden Helvatia. No es solo la preocupación por el daño que estas bestias puedan causar.

Sir Geralt bebió un trago de cerveza, dejando un silencio que resultó demasiado prolongado para Shyra y los soldados, deseosos de conocer las otras razones por las que el Consejo habría solicitado la presencia de la chica.

—Los helvatios son unos estudiosos de las profecías. En ocasiones su obsesión por dicho estudio resulta desmesurada. Hay maestros de la Orden que, habiendo enloquecido por esta peligrosa obsesión, han terminado sus días delirando entre antiguos libros y oscuras paredes de alguna cueva perdida. Según pude averiguar en una ocasión, al hablar con uno de los miembros de la Orden, existen profecías en las que se menciona al dios Dragón.

—Pero esos dragones… no son dioses, solo bestias —interrumpió Shyra.

—Lo sé. Y la prueba más evidente de ello es que tú acabaste con uno de ellos. Está claro que no son dioses.

—En el Desierto Rojo hay muchos que adoran a ese dios —Shyra rememoró lo ocurrido en aquellas inhóspitas tierras—. Los hijos del fuego.

—Hemos oído hablar de esos fanáticos —dijo uno de los soldados —. Dicen que realizan sacrificios humanos, y sirven a la sacerdotisa de un templo dedicado a ese dios.

—Esa sacerdotisa ha muerto —sentenció Shyra, recordando la espeluznante escena que había contemplado desde la distancia, el

festín de los dragones en la llanura del templo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó *Sir* Geralt. A juzgar por el rostro de la chica, no debía de ser algo que le hubieran contado.

—Yo estuve allí. Contemplé cómo *Lady* Moira reunía a sus ejércitos junto al templo. Entonces llegaron los dragones y no hicieron distinción entre sus adoradores. Fue una carnicería. Y la sacerdotisa fue una de las primeras en morir, engullida por una de las bestias. Los dragones se abalanzaron sobre los hijos del fuego. Muy pocos lograron escapar de su ataque. Los que no morían envueltos en llamas terminaban siendo devorados por sus… dioses.

—Espero que os guste el asado, mi señora —Dygon surgió de las penumbras con dos fuentes repletas de carne. A pesar de su aspecto y el suave aroma que desprendía, los soldados tardaron en reaccionar. Su atención aún se mantenía en el inesperado relato de Shyra.

—Gracias, Dygon —fue la propia Shyra la primera en volver a la realidad de la cena que les estaba siendo servida—. Tiene una pinta extraordinaria.

—Es una carne muy tierna —ajeno a la conversación que tenía lugar hasta su llegada a la mesa, el posadero respondió con una sonrisa de satisfacción—. La cerveza y el vino son de lo mejor que podréis probar en toda la comarca. Enseguida os traigo la guarnición.

Dygon desapareció al otro lado de la puerta que daba acceso a las cocinas.

—¿Y qué hacías tú allí? —*Sir* Geralt retomó la conversación protagonizada por Shyra.

—Es una historia complicada… Toda mi vida lo es.

La chica no dijo nada más. Centró su atención en la fuente que había sido colocada frente a ella. *Sir* Geralt comprendió que era mejor desviar la conversación, liberar a Shyra del peso que suponía para ella recordar aquellos dramáticos acontecimientos.

Los comensales se repartieron la carne, que fue desapareciendo de las bandejas sobre las que había sido colocada con una presentación inmejorable. Dygon no tardó en aparecer, portando bandejas repletas de una deliciosa salsa de verduras con las que acompañar el manjar que constituía una cena poco usual entre *Sir* Geralt y sus soldados, más acostumbrados a las habituales y escasas raciones de pan, queso y fruta que constituían el principal alimento de aquellos que hacían la guardia nocturna.

El silencio impuesto entre los comensales fue una clara manifestación de que la cena estaba resultando de su agrado. Uno de los soldados de *Sir* Geralt comenzó una nueva conversación, con una comparación entre el asado y las raciones de comida de la guardia que

provocó un estallido de carcajadas. Para alivio de Shyra, las risas y bromas entre los principales hombres de confianza de *Sir* Geralt sustituyeron a los recuerdos de la sacerdotisa y sus dragones. De esta forma, la cena empezaba a tomar ese cariz de inolvidable encuentro para la que había sido dispuesta por un posadero que, siempre atento a los únicos clientes que le depararía la noche, terminó uniéndose a ellos en las risas y alegres conversaciones compartidas; recuerdos de las inolvidables experiencias vividas por los guardianes de Ryth.

—Llevábamos tiempo persiguiendo a un bandido cuya identidad no conocíamos aún —Rixon, uno de los hombres más veteranos de la guardia, empezó a hablar de un suceso conocido por muy pocos de los allí presentes—. Solo sabíamos una cosa: que debía de gustarle el vino.

—El «ladrón borracho» —había otro soldado que conocía aquella anécdota, y no pudo reprimir una carcajada al recordarla.

—Exacto —continuó hablando el primero—. Como os decía, este individuo se caracterizaba por robar en las tabernas. Al parecer, ni siquiera parecía interesado en el dinero que el dueño hubiera podido dejarse en su local. Únicamente se llevaba barriles de cerveza y de vino. En todos los lugares en los que llevaba a cabo sus robos podía verse una escena similar: una copa vacía sobre una de las mesas. El muy cabrón probaba el vino o la cerveza antes de llevárselos. De hecho, hubo algunos lugares en los que encontraron la copa vacía pero no faltaba nada. Aquello resultaba terrible para el propietario de la posada, al darse cuenta de que el ladrón había probado su vino y le había parecido tan malo que no había creído conveniente llevarse ni un solo barril. Creo que alguno se arruinó tras recibir la visita del «ladrón borracho». En cambio, aquellos que perdieron más con el robo pronto vieron su taberna repleta de nuevos visitantes sedientos de su buen vino.

Todos estallaron en carcajadas al escuchar aquella última parte. Rixon acompañaba su historia con elocuentes gestos y expresiones que provocaban mayores risas entre los demás.

—Logró robar el vino de más de veinte tabernas de la comarca sin que nadie se diera cuenta.

—¿Y le encontrasteis? —preguntó uno de los soldados.

—Pues claro —contestó Rixon—. En aquella época no había ladrón que se me escapara. Aunque, en realidad, resultó más sencillo de lo que cualquiera de vosotros podría imaginar.

Rixon dejó de hablar y se dejó llevar por las risas, rememorando el momento en el que habían dado con el ladrón.

—¿Cómo lo hicisteis? —preguntó Shyra, que no pudo resistir por

más tiempo la curiosidad que la invadía.

—No sabemos cuántas posadas habría asaltado en una misma noche, pero el caso es que cuando llegamos a una de ellas, nos lo encontramos sentado en una silla, durmiendo la borrachera. Sin duda el vino de aquel lugar le debió de gustar demasiado.

Las risas se multiplicaron.

—Tienes suerte de que ya no esté por ahí suelto —Rixon alzó su copa con la mirada puesta en Dygon—. Estoy convencido de que te dejaría sin un solo barril de vino.

—Cierto —respondieron varios soldados, brindando por la deliciosa bebida que les había sido servida durante la cena.

—¡Brindemos por nuestro generoso anfitrión! —*Sir* Geralt alzó su copa, invitando a los demás a imitar su gesto—. Por ti, Dygon. Que tu posada siga siendo punto de encuentro para muchos y podamos continuar disfrutando de tu vino por mucho más tiempo. ¡Por Dygon!

—¡Por Dygon! —respondieron varias voces, al unísono.

Las copas chocaron, y los soldados continuaron celebrando el encuentro que el posadero les había brindado.

Durante la mayor parte de la cena, Shyra permaneció en silencio. Por una parte, se sentía agradecida por poder compartir aquellos momentos de alegría con *Sir* Geralt y los suyos. La opinión que tenía del capitán distaba mucho de la impresión causada en su primer encuentro. En su interior, algo le decía que no debía sentir demasiado afecto por su nuevo amigo, pues una vez más el destino podría estar aguardando en cualquier recodo del camino para arrebatárselo. El brindis había provocado alegres sonrisas en todos cuantos se encontraban en la estancia, menos en ella. Nadie se percató, pero por un instante la mente de Shyra abandonó aquel lugar y momento para indagar en los oscuros presagios de un incierto futuro. Apenas fueron unos segundos, tiempo suficiente para que la alegría diera paso al temor.

—Antes de que se me olvide —la mirada de *Sir* Geralt se detuvo en la chica, que regresó a la realidad y esbozó una sonrisa forzada—. Si quieres ser una auténtica guardiana de nuestra aldea, deberás vestir nuestros colores, lucir nuestro uniforme. De entre todos los harapos que había en el cuartel hemos podido rescatar un uniforme relativamente nuevo que tal vez pueda servirte.

A un gesto del capitán, Rixon se dirigió al rincón de la estancia donde ya tenían todo dispuesto para partir nada más cenar. Entre las bolsas que allí se amontonaban se encontraba una que contenía lo que constituiría un generoso regalo por parte de la guardia de Ryth.

—Para nosotros es un orgullo contar entre nuestros soldados con la

«cazadora de dragones» —aunque las palabras de Rixon sonaran con tono divertido, su afable expresión denotaba la alegría por incorporar a Shyra—. Pruébatelo, a ver si con un poco de suerte hemos acertado con las medidas.

—La cocina está limpia —Dygon se puso en pie y acompañó a Shyra hasta la estancia contigua—. Si necesitáis un espejo, creo que puedo…

—No será necesario, pero gracias —en esta ocasión, la sonrisa de Shyra fue natural. Al ver el uniforme que le había sido entregado, por un momento se olvidó de los oscuros pensamientos que turbaban su mente y la llenaban de dudas.

Sir Geralt se alegró al ver la reacción de la chica ante el regalo que acababan de ofrecerla. Consciente de que había dejado a un lado los trámites seguidos con otros aspirantes a la guardia de Ryth, pensó que si alguien merecía ese honor era ella, la salvadora de la aldea. «Necesitamos valientes como ella», se dijo nada más observar a Shyra abandonar la estancia, con la mirada fija en las prendas que le habían sido entregadas.

—Espero que todos compartáis conmigo la intención de elegir a Shyra como miembro de la guardia, aunque sea…

—¿Aunque sea una chica? —preguntó Rixon—. Esa muchacha tiene más valor que la mitad de los aldeanos. Ya viste cómo se enfrentó al dragón. Si hubiera más como ella, la guardia de Ryth sería la más numerosa y prestigiosa de toda la región.

—¿Acaso crees que no tenemos ningún prestigio? —insinuó *Sir* Geralt con tono irónico.

—Por suerte, no nos ha hecho falta una gran demostración de nuestra valía —respondió otro de los soldados.

—No, hasta la aparición del dragón —respondió el capitán, borrando la sonrisa de su rostro—. Antes de que ese dragón cayera sobre nosotros, hemos sido capaces de pasar desapercibidos incluso para el resto de habitantes de Ryth; algo que, en cierto modo, resulta tranquilizador. Sin embargo, el día en que llegó la bestia se vio la verdadera naturaleza de quienes formamos la guardia. Muchos de nuestros compañeros perdieron la vida defendiendo nuestros muros y a cuantos se encontraban en las calles. Sin duda fue un día triste para nuestro pueblo, pero también un momento decisivo para nuestra historia. Aquel día, las gentes de Ryth se dieron cuenta de lo importante que es nuestra labor como guardianes de la aldea. Shyra es el principal ejemplo. Si estamos hoy aquí es gracias a ella, una muchacha que, no perteneciendo a Ryth, se ha ganado el respeto y admiración de todos y cada uno de los que contemplamos la llegada y

caída del dragón.

—Es un ejemplo para todos nosotros —habló Rixon—. Ninguno de los aquí presentes duda acerca de su nombramiento como guardián de Ryth. Has hecho bien en entregarla ese uniforme. Será un orgullo tenerla entre nosotros.

—Has hecho lo correcto —respondió otro soldado. Los demás no dijeron nada, pero asintieron con la cabeza. Todos estaban de acuerdo en la decisión tomada por su capitán.

—¿Qué crees que nos espera en Móstur? —Rixon se acercó al capitán.

—No estoy muy seguro —*Sir* Geralt tenía muchas dudas acerca de las inquietudes y prioridades del Consejo de Móstur respecto a la aparición de los dragones.

—Si la chica está en lo cierto, y aún quedan dragones en las cercanías del Desierto Rojo, es posible que los mostures decidan ir a capturar o matar esas criaturas antes de que puedan atacar la capital.

—Es posible —el capitán estaba de acuerdo con su oficial más cercano.

—No vamos a ir a cazar dragones, ¿verdad?

—No, Rixon. No creo que el Consejo nos ordene…

—Y aunque nos lo ordene… Ya viste lo que hizo una sola de esas criaturas. No podemos exponernos a ese peligro una vez más, y además en un lugar como el desierto y sus alrededores.

—No te preocupes —*Sir* Geralt se percató de que los demás soldados escuchaban atentamente—. No os preocupéis, no vamos a ir más al norte de Móstur. Cumpliremos allí con nuestra misión y después regresaremos.

Nada más pronunciar aquellas palabras, la atención de *Sir* Geralt se centró en Shyra, que acababa de volver. Vestida con el uniforme de la guardia, la muchacha causaba una impresión muy distinta a la habitual, haciéndola parecer más una guerrera que una simple chica.

—¿Qué tal te queda? —preguntó el capitán.

—Supongo que me hace parecer uno de vosotros…

—Eres uno de nosotros, Shyra —*Sir* Geralt puso ambas manos sobre los hombros de la chica—. Eres un miembro de la guardia.

La muchacha sonrió, feliz por su integración en la guardia. Había sentido el cariño y agradecimiento mostrado por las gentes de Ryth, que la habían acogido como a una auténtica heroína. Todas aquellas muestras de gratitud habían provocado en ella un ferviente deseo de convertirse en una aldeana más. Su inclusión en la guardia de *Sir* Geralt sería el modo definitivo de lograrlo, sirviendo a los intereses de Ryth.

—Pareces más mayor —dijo Rixon. El corpulento oficial se acercó a ella para comprobar que, definitivamente, el aspecto de Shyra era como el de un soldado más—. Incluso diría que las botas te hacen ganar algo de altura. Como dice *Sir* Geralt, ya eres un guardián más. Será todo un honor tenerte entre nosotros.

La chica respondió con una amplia sonrisa.

—Y ahora que ya vistes como los demás, creo que ya es hora de iniciar nuestro viaje. Dygon, gracias por…

Sir Geralt se percató de que el posadero no se encontraba entre ellos. Apareció en cuestión de segundos, llevando dos bandejas repletas de bizcochos y otros dulces que él mismo había preparado.

—Nos estás cebando, Dygon. Y tenemos que iniciar un viaje, ¿recuerdas?

—Por eso mismo, es importante que salgáis de aquí bien alimentados y dispuestos. Os he preparado varias provisiones para los primeros días.

—Gracias por todo. Respecto a las provisiones, anota todo cuanto nos has preparado y cuánto te debemos…

—Lo único que debéis es… volver por aquí cuando regreséis de Móstur.

—¿En serio? —Rixon se echó a reír—. Dygon, si sigues así te vas a buscar la ruina. Volveremos a encontrarnos aquí, pero la próxima ocasión pagaremos antes de que nos sirvas.

—Ya veremos —respondió el posadero—. Antes de marcharos, permitidme un consejo: he escuchado a muchos clientes hablar acerca del aumento de asaltos por parte de bandidos. Tened cuidado y elegid bien las sendas en vuestro camino a Móstur. Dicen que las cosas por allí no van bien. Algunos de los que han huido de la capital han terminado uniéndose a las cofradías de ladrones que merodean por los alrededores.

—Gracias, Dygon. Iremos con cuidado. Venga muchachos, id terminando. Debemos irnos lo antes posible. Aún quedan varias horas de oscuridad que nos vendrán bien para pasar desapercibidos.

—Mi hijo se ha encargado de alimentar a los caballos. Así que, cuando queráis…

—Apúntalo también junto a las provisiones que nos has preparado. Y no te pongas cabezota, cuando regresemos de Móstur te pagaremos todo.

—No te preocupes por eso, capitán…

—Tenemos que irnos —*Sir* Geralt se acercó al posadero y le abrazó con fuerza—. Espero poder traerte noticias de Móstur.

—Más pronto que tarde —añadió Rixon, tomando una de las bolsas

más pesadas.

—Cuidaos —respondió el posadero, viendo cómo los soldados abandonaban silenciosamente su establecimiento. La última en hacerlo fue Shyra, que no quiso marcharse sin dar las gracias a Dygon por aquella generosa velada.

En el exterior de la posada, la noche resultaba apacible.

—Tened cuidado —insistió el posadero, una vez que todos sus invitados ya estuvieron a lomos de sus monturas, prestos para el viaje.

Sir Geralt y el resto de la guardia abandonaron la posada, y muy pronto dejarían atrás la aldea, en dirección a Móstur, en un viaje repleto de incertidumbres no solo en su trayecto sino también en su destino.

CAPÍTULO 15: BÉLINGDOR

Al escuchar la afirmación de Darreth, uno de los nybnios intentó precipitarse sobre Vidok. Sin embargo, este fue más rápido y con un ágil movimiento esquivó una puñalada directa al corazón. Sujetó a su agresor y, con un gesto brusco de sus corpulentos brazos, le dislocó el hombro derecho, haciéndole gritar de dolor.

—¡Malditos hijos de puta! —gritó el mercenario—. Por fin os tenemos, bastardos.

Otro de aquellos hombres intentó darse la vuelta y escapar, pero Jon «colmillo de oro» salió corriendo tras él y logró alcanzarlo.

—¿Adónde vas, bastardo? —le sujetó con fuerza, a punto de estrangularlo.

—Si alguno más pretende huir —Morley paseó su mirada por el resto del grupo— únicamente encontrará una muerte rápida.

Se hizo un silencio en el que unos y otros parecían estudiar cuidadosamente sus próximos movimientos. La luz exterior de la posada parpadeaba, temblorosa, a punto de apagarse. Sus reflejos dibujaban sombras que, durante unos instantes, permanecieron quietas, imperturbables. Morley pensó en lo que debería hacer. En primer lugar, debía desarmar a los nybnios, quitarles cuanto pudiera suponer un peligro para sus hombres. Después empezaría a interrogarlos. Había algo que no le gustaba de aquellos individuos de aspecto tosco. Ninguno de ellos tenía la apariencia de hombres piadosos como los helvatios, entregados a la causa de un dios. Eran guerreros. Desconfiando de cualquier movimiento o sonido que pudiera irrumpir en aquella silenciosa escena, se decidió a no demorar sus órdenes.

—Hemos venido de Móstur para hacer justicia y llevaros ante el Consejo. De vosotros depende que seáis presentados ante vuestros jueces con vida o que sean vuestros cadáveres los que llevemos a la capital.

—Que les den por culo a los miembros de vuestro Consejo —interrumpió uno de los nybnios, antes de escupir al suelo.

—Y aunque nos resultaría más sencillo que fuera lo segundo

—Morley continuó hablando como si no hubiera escuchado nada—, prefiero no tener que mataros a ninguno. Así que será mejor que tiréis vuestras armas y os entreguéis…

—¡Tira tú la tuya, perro mercenario! —se escuchó cerca de la entrada a la posada. En ese instante, entre las sombras emergió la silueta de uno de los nybnios. No estaba solo. Por delante de él, y con un cuchillo rozando su cuello, Flint permanecía con la mirada perdida y la respiración entrecortada.

El líder de los mercenarios palideció al ver a su compañero. «Maldita sea, Flint… ¿Por qué siempre te separas de los demás?».

—¡Suéltalo! —gritó Morley, apretando con su mano la empuñadura de la espada, casi de manera inconsciente.

—No, amigo —sonrió con maldad el líder de los nybnios—. Soltad vosotros las armas si no queréis que degüelle a vuestro compañero. No me gustaría derramar su sangre pero, si no queda más remedio, lo haré.

—Está bien —Vidok fue el primero en dejar caer su espada—. Tiraremos las armas.

—No, no lo hagáis —Flint trataba de hablar mientras por un instante el hombre que lo sujetaba acercaba aún más la hoja del cuchillo a su garganta.

—Flint, cállate —le instó Morley, imitando el gesto de Vidok. Al ver que su líder obedecía la orden dada por el desconocido, todos los mercenarios dejaron caer sus armas al suelo y levantaron los brazos.

—Grass, Rygor —habló el hombre que sujetaba a Flint—… Traed los caballos… Rápido.

Los dos nybnios, viendo que los mercenarios permanecían quietos y desarmados, se apresuraron a cumplir la orden de su líder.

—¿Así que nos buscabais? —preguntó el captor de Flint, dirigiendo la mirada a Darreth. El líder de los nybnios era quien había estado a punto de asesinar al novicio en el templo. Aquella voz áspera y sinuosa resultaba inconfundible, imposible de olvidar—. En ese caso, me temo que vuestro viaje ha llegado a su fin.

—¿Qué es lo que quieres? —Morley mantenía las manos separadas del cuerpo. Dio un paso que incomodó lo suficiente al nybnio como para amenazar de nuevo la vida de Flint.

—Atrás, mercenario.

—Está bien —Morley obedeció y, caminando hacia atrás, retornó a su sitio.

—Me llamo Yofren, y lidero a este grupo que, por extraño que pueda resultaros, no es muy diferente al que formáis vosotros.

—Y una mierda —habló Vidok, en voz baja.

—Tenéis la opción de dar media vuelta y regresar a Móstur o, si no sois tan sensatos como deberíais, podéis seguirnos y tratar de capturarnos. Creo que esta segunda opción es la menos indicada cuando los hombres a quienes perseguís conocen mejor cada rincón de estas tierras.

—¿Y quién te ha dicho que no conocemos estas tierras? —preguntó Morley, tratando de ganar tiempo mientras pensaba en la forma de liberar a Flint.

—Créeme… Nadie mejor que mis hombres y yo conoce las Montañas Sagradas, exceptuando a los siervos de Thariba que habitan en las entrañas de la cordillera. Esos sacerdotes deben de llevar años sin dejar su templo para explorar el resto del mundo. Así que, será mejor que obedezcáis, si queréis seguir con vida. De lo contrario, uno tras otro terminaréis besando esta tierra cuando caigáis muertos, atravesados por alguno de mis hombres.

«Espera a que podamos tomar de nuevo nuestras armas», pensó Vidok, quien al igual que los otros mercenarios reprimía la ira que lo invadía.

—¿Por qué lo hicisteis? —intervino Zen Varion.

—Es una larga historia, helvatio —Yofren no parecía muy dispuesto a revelar las causas de la masacre—. Una historia que puede resultar demasiado complicada de entender… y muy peligrosa para los vuestros. Preferiría no hablar sobre ello…

—¡Habla, maldita sea! —bramó el zenlor, con los ojos inyectados en sangre.

—No vuelvas a hablarme así, helvatio. He matado a muchos de los tuyos… No me importaría matar a dos más.

—¿Quiénes sois? —preguntó Darreth. El chico tenía el brillo de las lágrimas a punto de desbordar su mirada.

—Deberías estar agradecido a tu dios por seguir con vida —Yofren dirigió una mirada suspicaz al novicio—. Aunque, más que a tu dios, deberías dar las gracias a otro hombre… Como os he dicho, es una larga historia que ahora tampoco me apetece contaros. Confiaba en que nadie nos descubriría. Sin embargo, es evidente que los mostures han actuado con rapidez, y no han tardado en enviar a vuestro asustado muchacho con un grupo de asesinos contratados para darnos alcance. Parece que habéis tenido la suerte de encontrarnos o, mejor dicho, la desgracia de dar con nosotros.

—No conseguirás escapar —replicó Morley.

—No estás en condiciones de amenazarnos, así que será mejor que os calléis, todos. Vuestras vidas están en mis manos —Yofren no parecía muy convencido de cómo actuar—. Tenemos un pequeño

problema. Si os dejo con vida, nos perseguiréis. Tal vez debería llevarme a vuestro amigo para asegurarme de que no os tomáis las molestias de encontrarnos una segunda vez.

—Ni se te ocurra, Yofren —Morley escupió sus palabras. A tan solo unos metros de él, la mayor parte de las armas de los mercenarios permanecían en el suelo, inutilizables.

—Entonces, no se me ocurre otro modo de llegar a un acuerdo sin derramar sangre… ¿Cómo te llamas?

—Morley.

—Bien, Morley. ¿Qué crees que deberíamos hacer con vosotros? —Se hizo el silencio y Yofren paseó su mirada entre los mercenarios —. Siete asesinos y un par de helvatios… No me dejáis muchas alternativas. Vuestro amigo vendrá conmigo. Y si escucho el más leve ruido de vuestros caballos tras nosotros, lo único que encontraréis será su cadáver.

Grass y Rygor regresaron con los caballos. Los nybnios se subieron a sus monturas y esperaron la orden de Yofren que, ayudado por uno de ellos, subió a Flint a su caballo y se sentó por detrás de él, con su cuchillo en todo momento acariciando el cuello del mercenario.

—Flint —Morley clavó la mirada en su compañero—. Todo va a salir bien…

—No, Morley, no va a salir bien.

—Tranquilo, muchacho —el líder de los mercenarios tuvo la impresión de que su amigo no permitiría que se lo llevaran.

—Lo siento… —Flint echó la cabeza hacia atrás para golpear a Yofren. Lo hubiera conseguido de no ser por los rápidos reflejos de aquel asesino, que reaccionó de la peor manera que Morley y los suyos podrían esperar. Sujetando con fuerza el cuchillo, lo hundió en el pecho del «invisible» con toda la fuerza que pudo reunir.

—Muere, bastardo —dijo mientras dejaba caer del caballo al mercenario—. ¡Rápido, vámonos!

—¡No! —Morley salió corriendo hacia Flint.

—¡Hijos de puta! —Vidok fue el primero en correr hacia las armas que estaban en el suelo y tomó una espada corta. Los demás mercenarios hicieron lo mismo, pero para entonces los nybnios, ya sobre sus monturas, habían iniciado la huida.

A pesar de ser el mercenario de mayor edad, Vidok mantenía los reflejos del más joven de ellos, así como un manejo exquisito de las armas ya fuera en el cuerpo a cuerpo o en el ataque a distancia. Esto último lo demostró al lanzar su espada contra el nybnio que huía en último lugar. Herido en la espalda, el jinete cayó al suelo.

Los demás hombres desaparecieron a los ojos de los mercenarios,

cuya mayor preocupación fue acercarse a Flint.

—Muchacho… —Morley le incorporó ligeramente, apoyando sobre su brazo la cabeza de su amigo.

—Sabes que esos bastardos me iban a matar de todos modos, ¿verdad? —aquellas palabras se escucharon como un susurro y antes de que Morley o uno de sus hombres pudieran responder, el «invisible» dejó de respirar.

—Maldito hijo de puta —Vidok arrastró al nybnio contra un árbol—. Ahora me vas a contar todo lo que tu amigo Yofren se ha callado.

—¡Morley! —la voz del capitán Genthis irrumpió desde el otro extremo.

—Genthis, hemos encontrado a esos nybnios… Han huido…

—Lo sé. Hemos escuchado voces y después han aparecido esos jinetes huyendo. Mis hombres van tras ellos.

—Bien… Jon, Brad, Titto… Coged vuestros caballos y perseguidlos. Teddy —Morley dirigió la vista al jinete herido—. Tú quédate.

El aludido sonrió con malicia mientras imaginaba cómo extraer del herido todas sus confesiones. Caminó con decisión hacia su montura, donde le esperaban las herramientas que solía utilizar en sus interrogatorios.

Morley se acercó al jinete, a quien Vidok había amarrado a un árbol. Se cruzó de brazos frente a él y lo miró fijamente. «Vas a morir, bastardo», pensó mientras aguardaba al «inquisidor».

El jinete herido era un hombre de cabellos grisáceos, largos y rizados. Mantenía la mirada en el suelo, reprimiendo el dolor causado por la herida en su espalda. Sabía que lo peor estaba por llegar, y que no saldría vivo de allí.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Morley.

—¿Y qué importa eso? —respondió con voz grave el aludido, tras un breve silencio.

—Tu amigo Yofren nos ha dicho que lo de los helvatios era una larga historia. Pues bien, ahora que él se ha marchado, no tenemos ninguna prisa. Así que será mejor que nos cuentes todo cuanto sepas.

—¿Acaso eso podrá evitar mi muerte? —el nybnio continuaba mirando al suelo.

—No, pero te evitará una larga agonía antes de morir. Créeme —señaló a Teddy, a punto de llegar hasta ellos— ese hombre sabe cómo arrancar el máximo sufrimiento posible de sus víctimas. Si respondes a las preguntas que yo te haga, no será más que otro oyente de nuestra conversación. De lo contrario, será él quien empiece a

hablar. ¿Me has comprendido?

—Que os jodan —susurró el prisionero.

—¿Cómo te llamas? —repitió Morley.

—Daxler.

Zen Varion y Darreth se acercaron a Morley. El novicio parecía hechizado por el comportamiento del mercenario. No lograba explicarse cómo un hombre que acababa de perder a uno de sus amigos podía actuar con semejante calma, conversando de aquel modo con uno de los asesinos. A su lado, Zen Varion dirigió una última mirada a Flint, cuyos ojos habían sido cerrados por el propio Morley tras su último aliento. El cuerpo del «invisible» permanecía solitario, junto a un charco de sangre a punto de desaparecer, absorbido por la tierra. A tan solo unos metros, la puerta de la posada llevaba mucho tiempo cerrada a pesar de la luz que se adivinaba en el interior.

Acompañado por los clérigos, que compartían su dolor por la pérdida de Flint, el líder de los mercenarios quiso que ellos también escucharan todo cuanto el prisionero tuviera que decir.

Mientras Teddy culminaba los preparativos del interrogatorio, colocando cuidadosamente sus herramientas, Morley trataba de adivinar los motivos de la masacre en el templo helvatio. Estaba convencido de que aquellos asesinos no guardaban con los nybnios un mayor parecido que las oscuras vestimentas mostradas durante la masacre del templo. Tal vez habían sido utilizados por los leryones, o incluso los propios nybnios, para buscar un motivo que diera inicio a las hostilidades entre los pueblos. «Son piezas de un tablero que muy pronto será cubierto por las tropas de unos y otros», pensó para sus adentros. Cuando volvió en sí, observó que Teddy esperaba la siguiente orden.

—Bien, Daxler. Espero que te muestres sincero conmigo. Aunque Teddy tenga intenciones diferentes a las mías, no quisiera perturbar la calma del bosque con tus gritos de dolor. Así que será mejor que contestes a cada una de mis preguntas. Si la respuesta no me convence lo suficiente o veo la mentira en tu mirada, dejaré que Teddy te haga recapacitar sobre tus palabras.

A un gesto de Morley, el otro mercenario se situó frente al cautivo y le quitó las botas, dejando sus pies al descubierto. A continuación, depositó junto a él algunas de sus más preciadas herramientas: unas tenazas y un cuchillo. El «inquisidor» comenzaba así el ritual que tantas veces había llevado a cabo con aquellos que tenían la desgracia de desafiar a Morley con sus mentiras y artimañas. La mirada de Teddy era fiel reflejo de un rostro frío que en ocasiones mostraba a un

individuo carente de emociones o sentimientos. El mercenario no separaba los ojos de su prisionero, que consciente de su fin, se negaba a mirar a la cara a cualquiera de sus captores, con los ojos escondidos tras unos cabellos empeñados en cubrir su rostro y un sentimiento más cercano al temor que a la ira.

—Mírame, Daxler.

El prisionero levantó lentamente la cabeza. Cuando sus ojos se cruzaron con la mirada de Morley, el mercenario percibió el temor que invadía a aquel desdichado. «Cuéntanos lo que queremos saber y morirás sin sufrir».

—¿De dónde sois? —preguntó Morley—. No había entre vosotros ningún sacerdote nybnio… Ni siquiera creo que alguno venga de allí, ¿verdad?

—Así es —la voz de Daxler sonó frágil, temblorosa.

—¿De dónde procedéis, entonces?

—Algunos somos de Osset, otros de Targath.

—¿Osettios? —Morley se sorprendió por aquella respuesta. Al principio había pensado que se trataba de leryones—. Y dime, ¿qué hace un grupo de Ossetios tan lejos de su tierra, matando en el nombre de Thariba?

El prisionero torció el rostro, con la boca cerrada en un gesto que no gustó a Morley. El mercenario giró la cabeza hacia Teddy, que esbozó una sonrisa.

—Las uñas de los pies son una zona muy delicada y sensible para el dolor —el «inquisidor» tomó una de las tenazas y la acercó a uno de los pies descalzos del prisionero. Daxler sintió un escalofrío recorriendo su cuerpo cuando aquella herramienta amenazó con cerrarse en torno a uno de sus dedos. Aun así, no abrió la boca.

—No hay muchos que puedan resistir semejante dolor por mucho tiempo, amigo. Sería mejor que contestarais a las preguntas de Morley.

Aquella última oportunidad no causó el efecto deseado por los helvatios, así que Teddy cumplió su amenaza y sujetó con uno de sus brazos la pierna del prisionero mientras que las tenazas se cerraban con fuerza. El mercenario hacía girar la herramienta para destrozar el dedo y proceder a continuación a arrancarle la uña. Lo que para Morley resultó un rápido castigo fue toda una eternidad de dolor para Daxler, que cerró los ojos para no contemplar la sangre que brotaba del pie.

Teddy limpió las tenazas nada más cumplir con el castigo encomendado. A continuación, se situó de nuevo junto a Morley, dejando que el prisionero se retorciera de dolor mientras sus lamentos

se mezclaban con los últimos sollozos de un ruidoso llanto.

—Si deseas responder a mi pregunta, puedo decirle a Teddy que se contenga para no seguir con su diversión. Aún quedan otros nueve dedos antes de que empecemos a desollarte los pies… Después continuaremos con las manos. Y si te sigues negando, Teddy te arrancará los ojos. Lo único que necesito mantener intacto en ti es tus orejas para que puedas escucharme, y tu boca para que puedas decirme lo que quiero oír. ¿Vas a responder, o tendremos que ir arrancando partes de tu cuerpo hasta que amanezca? Ahora que he enviado a mis hombres en busca de tus amigos ya no tengo ninguna prisa. ¿Sabes qué es lo único que tengo que hacer cuando termine de hablar contigo?

Daxler dejó de lamentarse, cerró la boca y, aparentemente más calmado, movió la cabeza de un lado a otro.

—Pues verás. Mira hacia allí —señaló el cadáver de Flint—. Lo único que me queda por hacer en este lugar es cavar una tumba para mi amigo. Y como puedes ver, él ya no tiene ninguna prisa por ser enterrado… Por lo que veo, tú tampoco la tienes, ¿o tal vez sí?

Cuando Morley miró de nuevo a Teddy, Daxler se decidió a contestar.

—Somos mercenarios, como vosotros.

—Bien, parece que empezamos a entendernos. Así que matasteis a los helvatios por dinero, ¿verdad?

—Así es…

—¿Y dónde os encargaron ese cometido? ¿En Leryon, quizá? Su pueblo está deseoso de tomar las armas contra Móstur y parece que solo necesitaban una excusa para hacer estallar la guerra. Dime, ¿fueron los leryones?

El prisionero negó con la cabeza mientras reprimía un nuevo grito de dolor.

—¿No? No me irás a decir que son los propios nybnios los que se atreverían a encender la llama de una guerra entre todas las comarcas.

Daxler volvió a mover la cabeza.

—Entonces dime, ¿quiénes fueron?

—Fue en Móstur, maldita sea —respondió antes de echar a llorar.

—¿Seguro? —Morley miró a los helvatios, que estaban igual de asombrados que él—. Estás mintiendo, maldito hijo de puta… Teddy…

—¡No, por favor! ¡Os juro que es cierto!

Morley detuvo por un instante el brazo del «inquisidor», a punto de tomar otra de las tenazas que componían su instrumental de trabajo.

—¿Quién fue?

El prisionero miró a los helvatios.

—Uno de ellos —sentenció.

—¡Eso es mentira! —gritó Darreth, invadido por una ira que a punto estuvo de empujarle a lanzarse contra el prisionero.

—Escúchame, bastardo —Morley se aproximó aún más a Daxler—. Espero que cuando Teddy te haya arrancado el segundo dedo te decidas a contarme la verdad.

No tuvo que hacer nada más. El otro mercenario se abalanzó sobre Daxler. En esta ocasión Morley tuvo que ayudarle a sujetarle para que el «inquisidor» pudiera completar su trabajo.

—Arráncale todas las uñas de este pie —sentenció el interrogador —, a ver si así se decide a contarnos la verdad.

—¡No, por favor…! ¡Os juro que no os estoy mintiendo…! ¡Por favor!

Haciendo caso omiso de las súplicas del prisionero, Teddy no se detuvo hasta cumplir por completo la orden del otro mercenario. Una a una, fue arrancando todas las uñas del pie derecho de Daxler, ayudándose de las tenazas y uno de sus cuchillos que, como finas agujas, se clavaban en la piel del prisionero, arrancando de él unos gritos que pronto se ahogaron.

—Os juro que no os miento… —repitió con voz entrecortada.

Morley se quedó por un instante inmóvil, confuso por la respuesta. No creía que los propios helvatios hubieran sido responsables de la muerte de numerosos miembros de su Orden. A su lado, los clérigos se mantenían atónitos, incapaces de articular palabra. Se hizo un silencio estremecedor, únicamente perturbado por los sollozos del prisionero, que mantenía su mirada fija en un pie envuelto en sangre. El dolor era terrible.

—Por favor, matadme ya —susurró Daxler—. Por favor…

—Aún no hemos terminado de hablar —Morley comenzaba a perder la paciencia—. ¿Quién fue?

—No lo sé…

—Escúchame, como me sigas mintiendo…

—No os miento… Yofren nunca suele hablar de aquellos que solicitan nuestros servicios. Y a nosotros tampoco nos interesa. Solo nos limitamos a cumplir las órdenes y recibir la recompensa…

—Pero algo os tiene que haber dicho.

—Solo sé que es un clérigo, uno de los que conoce bien la Orden.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Él sabía quiénes estarían en la ceremonia. Le dijo a Yofren que no matáramos a todos, que debía sobrevivir al menos uno. Quería que quedara un testigo de la matanza para poder culpar a los nybnios.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que quería provocar realmente, una guerra contra Nybnia?

—No lo sé. Yofren nos dijo que debíamos dejar al menos uno vivo, simular que íbamos a sacrificarlo y huir ante una supuesta llegada de los mostures. Ese era el plan del helvatio, pero no sé lo que pretendía. Mientras pagara, no íbamos a preguntar.

Morley miró fijamente al prisionero y creyó ver la verdad en aquellos ojos llorosos y abatidos.

—Por favor —Daxler esbozó una mueca de dolor—. Os he dicho cuanto sé… Matadme ya, no quiero seguir sufriendo.

—Una última pregunta —Morley miró de reojo a Teddy—, ¿cuánto os pagó por matar a los helvatios?

—Nos prometió una bolsa con cincuenta monedas de oro… a cada uno.

—Morley… —habló Teddy—. Eso es lo mismo que…

—Lo sé, maldita sea, pero no logro comprenderlo.

—¿Qué ocurre? —Zen Varion no entendía por qué Teddy estaba tan asombrado por la respuesta.

—Una bolsa con cincuenta monedas de oro… —a Morley le costaba pronunciar aquellas palabras— es lo que nos prometió Therios a cada uno por encontrar a los supuestos nybnios.

CAPÍTULO 16: CAMINO DE MÓSTUR

Todavía era de noche cuando *Sir* Geralt decidió detener la marcha para que los caballos y sus jinetes pudieran disfrutar de un breve descanso y beber un poco de agua antes de continuar. Llevaban un buen rato siguiendo de cerca el caudal del río Éresot, que en su trayecto hacia Móstur se estrechaba por momentos para después expandirse de manera exagerada hasta protagonizar casi la totalidad del paisaje visible desde una de sus orillas. Sus aguas transcurrían mansas y apacibles, muy lejos aún de encontrarse con las provenientes del río Syeth. La luna derramaba su brillo, reflejándose en las dormidas aguas, dibujando así un paraje inmerso en la calma y quietud de una noche silenciosa.

Shyra permanecía sentada sobre una roca, contemplando la luna que parecía flotar sobre el río. Su mente se llenaba de dudas a medida que transcurría el tiempo. La incertidumbre de la oscuridad martilleaba una y otra vez su interior, y los recuerdos brotaban como aguijones que quisieran herir su corazón. Drakkan, Sílax… Pero, sobre todo, la imagen del dragón y el recuerdo de sus bramidos. Sus dedos acariciaban una y otra vez la empuñadura de la hermosa espada que deseaba conservar, más como un regalo que como lo que era: un arma destinada a defenderla de los peligros que pudieran acecharla.

—Una noche agradable —escuchó a su izquierda. *Sir* Geralt se aproximó lentamente, extasiado por la visión de las aguas. La otra orilla del río era una masa oculta en la oscuridad.

—Preferiría que ya estuviera amaneciendo. No me gusta viajar de noche.

—A mí tampoco —el capitán se sentó junto a ella—. Y menos ahora. Los rumores de guerra recorren cada región, y los gobernantes se ocultan en el interior de los muros que rodean sus castillos. No voy a engañarte, Shyra. Móstur ha dejado de ser la próspera ciudad en la que el floreciente comercio nybnio se daba cita con los productos de los norteños. La Orden Helvatia se ha radicalizado y el culto a Athmer parece haber dejado de ser una opción para convertirse en el único camino.

—Entonces, ¿quién gobierna la ciudad?

—Las últimas noticias que tengo son preocupantes. Tras el asesinato de la mayor parte de miembros del Consejo y la huida de la reina, los helvatios parecen haber tomado el control sobre la ciudad. Los nybnios han sido expulsados, y tal vez no sean los únicos que deban abandonar sus hogares. Sin embargo, hay algo que no termino de comprender. Móstur siempre ha estado bajo la influencia de los nobles. Me extraña que las casas más importantes de la capital dejen todo el gobierno de la ciudad en manos de los helvatios.

—Podría haber una guerra… dentro de la ciudad —Shyra sintió un escalofrío recorriendo su cuerpo al dejar escapar aquella reflexión.

—Ciertamente. Situaciones como la actual son el caldo de cultivo de conspiraciones y nuevos asesinatos, sobre todo entre aquellos que se acercan demasiado al trono.

—Entonces, ¿sigues pensando que debemos ir allí?

—Sí. Es nuestra obligación. Al fin y al cabo, Móstur es la capital de la comarca. Acudiremos a la audiencia con el Consejo, aunque no sabría decirte quién o quiénes formarán parte del mismo cuando estemos allí.

—¿Qué crees que quieren realmente de nosotros?

—No lo sé. Y viniendo de los helvatios, puede ser lo que menos nos esperemos. Esos clérigos están tan ocupados en descifrar las profecías de su dios, que no imagino las suposiciones que estarán haciendo respecto a la aparición de los dragones. Pero te prometo que una cosa es segura… No vamos a ir a cazar esas bestias.

—¿Y si nos lo ordena el Consejo?

—Aunque el mismísimo Gran Maestro de los helvatios nos lo ordene… No voy a arriesgar la vida de ninguno de vosotros. Si tanto interés tienen en acabar con esas bestias, que envíen a los caballeros de su Orden.

Shyra quiso creer aquellas palabras. No estaba dispuesta a continuar desafiando a la muerte, y mucho menos de una forma tan estéril, en una misión en la que no veía esperanza de regresar con vida. «Que los helvatios salgan al encuentro de las bestias», pensó para sí.

—No te preocupes, Shyra. Nuestra misión finaliza en Móstur. Pero tendremos que extremar las precauciones nada más poner los pies en la capital.

—¡Capitán! —gritó uno de los soldados mientras corría hacia *Sir* Geralt.

—¿Qué ocurre? —el caballero se dirigió hacia el recién llegado. Tanto él como Shyra sintieron el impulso de desenvainar sus espadas.

—Tenemos visita —habló el soldado, en un tono que resultó tranquilizador—. Quieren hablar con la chica.

—¿Quiénes? —preguntó Shyra.

—Rápido, seguidme. Creo que no disponemos de mucho tiempo.

El soldado los guio hasta el lugar en el que se encontraban el resto de los guardias de *Sir* Geralt. No estaban solos. En medio de ellos, dos hombres permanecían en pie, envueltos en sus ropajes, unas pieles que Shyra conocía muy bien.

—¡Fistosh! ¡Eric! —la chica corrió hacia ellos nada más distinguir las siluetas de los acompañantes de Nora.

—¿Cómo estás muchacha? —Fistosh fue el primero en estrechar a Shyra entre sus brazos.

—¿Y Nora? ¿No está con vosotros?

Por un instante, Shyra se dejó llevar de una repentina preocupación. Tras su conversación con *Sir* Geralt referente a los peligros de Móstur, temía que hubiera podido ocurrirle algo a la anciana.

—No te preocupes. Cuando nos separamos de ella iba bien acompañada en su camino hacia Móstur.

—Pero ¿por qué no habéis ido con ella hasta allí?

Fistosh y Eric se miraron, como si ninguno de ellos quisiera responder a la pregunta de Shyra.

—¿Qué ocurre? —preguntó la chica, frunciendo el ceño. Era evidente que algo no iba bien. Los mercenarios fueron delatados por la incertidumbre que desprendían sus sombríos rostros.

—Nora nos ordenó regresar para encontrarte y ponerte a salvo.

—¿Qué quieres decir? —*Sir* Geralt miró fijamente a Fistosh—. Explicaos.

El mercenario nybnio trató de recapitular lo sucedido tras abandonar la aldea de Ryth, donde habían dejado a Shyra y Sílax para continuar su camino a la capital.

—Nos dirigíamos a Móstur para continuar con nuestra actividad habitual de ventas en los mercados de la capital y sus alrededores. Estábamos cerca de la capital cuando decidimos detener nuestro camino y reponer fuerzas. Elegimos una posada que se encuentra a un par de jornadas de Móstur.

—Al principio, todo iba bien —Eric continuó el relato de su compañero—. Estábamos disfrutando de una buena cena, cuando aparecieron los helvatios.

—¿Eran caballeros o clérigos? —inquirió *Sir* Geralt. El capitán desconfiaba más de los segundos que de los primeros.

—A juzgar por su aspecto, debían de ser un clérigo y cinco

caballeros. Se sentaron en una mesa cercana a la nuestra, y a pesar de que trataron de pasar desapercibidos pudimos escuchar algo de lo que hablaban. Nos interesamos por su conversación cuando mencionaron en varias ocasiones a «la chica».

—¿La chica? —Shyra sintió el peso sobre ella de todas las miradas.

—Te buscan, Shyra —sentenció Eric.

—Pero, si nos dirigimos a Móstur, tal y como nos ordenó el Consejo —replicó *Sir* Geralt—. ¿Por qué habrían de salir al encuentro de Shyra, si saben que vamos hacia allí? A no ser que…

—Creo que, por el motivo que sea, no tienen interés en vernos a los demás —afirmó Rixon—. Solo quieren a la chica.

—Eso me temo —*Sir* Geralt coincidía con su oficial.

—No creo que las intenciones de esos helvatios sean las mismas que las del Consejo —Eric sabía algo más—. Por lo que pude escuchar, alguien les ha ordenado capturar a la chica.

—¿Quién? —preguntó Shyra con aparente calma. La chica ya parecía estar acostumbrada a que su camino se llenara constantemente de peligros e incertidumbres.

—No lo sabemos —respondió Fistosh—. Sin duda, debe de ser uno de los clérigos, pues hablaron de ciertas profecías que uno de ellos había estudiado con detenimiento.

—¿Y decís que no son enviados del Consejo? —insistió *Sir* Geralt.

—Exacto. En su conversación dejaron claro que los miembros del Consejo no debían enterarse de la misión que les había sido encomendada por ese clérigo al que tenían que acudir una vez hubieran capturado a Shyra.

—Bien. Quería asegurarme de eso, porque si nos encontramos con ellos, tal vez tengamos que matarlos. Si el Consejo no conoce el propósito de la misión de esos helvatios, tampoco ha de saber su final.

—¿Matar a los helvatios? —inquirió Fistosh—. Si alguno de los miembros de la Orden llegara a enterarse, estaríamos muertos en cuestión de horas. Ahora mismo Móstur está llenándose de clérigos y caballeros venidos de todas las regiones de la comarca. Muy pronto, toda la capital estará infectada de fanáticos dispuestos a ofrecer sacrificios a su dios.

—Toda la ciudad se postrará ante Athmer —añadió Eric, recordando varios grupos de helvatios que habían encontrado por el camino—. Aún no parece estar claro quién tiene actualmente el poder sobre la ciudad, pero como sea uno de los maestros más fanáticos de la Orden… aquel que no sea uno de ellos tendrá un final rápido y doloroso. Aun así —miró por un momento a Shyra— no permitiremos que ninguno de esos malnacidos te ponga las manos encima.

—Si hemos de terminar con ellos, tendremos que asegurarnos también de que nadie encuentra sus cuerpos —*Sir* Geralt encontró la aprobación del resto de soldados a sus palabras—. Como te dije, eres uno de los nuestros. Y los miembros de la guardia se protegen unos a otros como hermanos.

—Eres nuestra hermana pequeña, muchacha —Rixon puso su mano derecha en el hombro de Shyra—. En mi casa yo era el pequeño, y la verdad es que mis hermanos eran bastante cabrones conmigo —aquellas palabras consiguieron arrancar una sonrisa a la chica—. En serio, vamos a hacer lo necesario para protegerte.

—Llegaremos todos juntos a Móstur —añadió el capitán—. Y si lo que nos propone el Consejo no nos convence, nos daremos la vuelta, y regresaremos a casa.

CAPÍTULO 17: BÉLINGDOR

—Último deseo cumplido —Morley se limpió la sangre que manchaba sus manos. Tenía el pulso acelerado, y parecía dominado por un estado de nerviosismo casi impropio en él. Durante unos segundos el bosque volvió a ser un lugar tranquilo, sin susurros ni gritos de dolor que pudieran romper la calma de aquel paraje dominado por una posada que, de no ser por las luces que la iluminaban, parecía un lugar abandonado.

—Morley, deberíamos irnos ya.

Teddy miró una última vez el cuerpo del prisionero, a quien el otro mercenario acababa de atravesar con su espada, cumpliendo la petición de aquel desdichado: morir y evitar un mayor sufrimiento.

Una vez limpiada la hoja del arma, Morley la devolvió a la vaina y se acercó de nuevo a Daxler, que ya no podría responder a unos interrogantes que sacudían la mente de cuantos estaban allí presentes.

«¿Te has llevado contigo la verdad o nos has sido sincero?», la mirada de Morley parecía preguntar al cadáver que, apoyado en el árbol que había presenciado sus últimos momentos, respondía con una expresión atormentada.

—No me marcharé de aquí sin enterrar el cuerpo de Flint, así que no te quedes ahí parado. Ayúdame. Lo quitaremos de aquí y lo depositaremos en un lugar seguro, donde nadie pueda perturbar su eterno descanso.

—¿Qué hacemos con este otro? —preguntó Teddy, señalando el cuerpo de Daxler.

—No privaremos a los cuervos de su cena. Cuando encontremos a sus compañeros me quedaré a presenciar cómo esos pájaros les sacan los ojos una vez que los hayamos empalado, uno a uno. En cuanto a ese tal Yofren, me aseguraré de que sigue con vida cuando las aves empiecen a picotear su rostro. El sufrimiento de este será un momento de placer comparado con lo que le espera a ese hijo de puta si cae en mis manos.

—Os ayudaremos a enterrar a Flint —habló Zen Varion. A su gesto, Darreth también se acercó al cuerpo del «invisible». Por un instante, el

novicio sintió un escalofrío recorriendo su cuerpo. No podía creer lo sucedido. Todo había transcurrido demasiado rápido… Tan rápido como la matanza del templo. Una vez más, la muerte se cruzaba con él y de nuevo pasaba de largo. Se preguntó si sobreviviría al siguiente encuentro con los asesinos o si, por el contrario, él y todos sus compañeros acabarían muertos.

—No os preocupéis, Zen. Teddy y yo nos encargaremos. Mientras tanto, pedid a vuestro dios por el alma de nuestro amigo. Si verdaderamente Athmer existe y es justo, Flint habrá encontrado el reposo perpetuo.

Los mercenarios llevaron el cuerpo de Flint al otro lado de la posada. Cavaron un agujero junto a unas rocas, cerca de un riachuelo cuyas aguas resultaban tan sigilosas como el resto del bosque. Morley se esforzaba por no mostrar su dolor. Para muchos de sus compañeros, Flint no había sido más que un hombre de pocas palabras, difícil de tratar y amante de la soledad. En cambio, Morley había sido capaz de ver en aquellas características del «invisible» verdaderas cualidades que, puestas a disposición de todo el grupo, les habían salvado la vida en más de una ocasión.

«Aquí podrás permanecer eternamente».

Dirigió una última mirada al cadáver de su amigo antes de cubrirlo de tierra.

—Adiós, Flint. Allá donde estés, no te olvides de continuar velando por nosotros, como eterno vigilante de nuestro grupo. Echaremos de menos el silencio de tus pasos. Pero ahora, duerme tranquilo. Encontraremos a esos malnacidos y esta vez no escapará ninguno. Te lo juro.

Cubrieron la sepultura y se dieron la vuelta para ir a por los caballos y abandonar definitivamente Bélingdor, un nombre que nunca olvidarían. Pasaron junto a la posada. A pesar de la luz que se adivinaba en su interior, apenas se escuchaba algún sonido que indicara alguna presencia al otro lado.

—¿Nos marchamos ya? —preguntó Teddy.

—Sí —Morley miró el cadáver de Daxler y escupió al suelo—. Ahora ya sí, vamos a por los demás.

—Pero no sabemos hacia dónde pueden haber ido…

—Cabalgaremos hacia las Montañas Sagradas. Esos bastardos se habrán refugiado por sus alrededores. Confiemos en que Genthis y nuestros muchachos hayan logrado seguirlos. Nos reuniremos con ellos allí.

—¿Estás seguro? —Teddy no parecía muy convencido, aunque realmente las opciones no eran demasiadas.

—No hay muchas alternativas. Aquel camino conduce hacia el Paso de los Colmillos. Si no me equivoco, es el único modo de acceder desde aquí a las Templarias. Sin embargo, tal vez no tenga demasiado sentido ir ya al templo de Thariba, ahora que sabemos quiénes son los verdaderos asesinos.

—¿De verdad lo sabemos? —intervino Zen Varion—. Me refiero a que, los autores reales sí, pero aún no sabemos quién está detrás de esto. Nuestro prisionero no nos ha contado la verdad, estoy seguro. Therios sería incapaz de ordenar la muerte de los miembros de nuestra Orden.

—Me temo que Therios guarda más secretos de los que pensábamos.

—¿En serio habéis creído a ese mentiroso? —en esta ocasión fue Darreth quien alzó la voz, en un tono que no gustó demasiado a Morley.

—Escúchame, muchacho. Si algún día te hacen lo que Teddy le ha estado haciendo a ese bastardo… Créeme, con el primer dedo que te arranquen habrás confesado toda la verdad, sobre todo, si tienes claro que una mentira no te va a salvar la vida y vas a morir de todos modos. Siempre he pensado que Therios era un hijo de puta —los helvatios callaron—. Sí, un astuto hijo de puta. Tal vez sea el momento de que abráis los ojos y os deis cuenta de que vuestra Orden, por muy loables que puedan ser sus ancestrales principios, también comete el error de dejarse gobernar por malnacidos capaces de cualquier cosa con tal de saciar sus ambiciones. Y lo que más me jode en estos momentos es no saber qué ambiciones tiene Therios. Ahora bien, como Daxler esté en lo cierto y todo sea obra de vuestro Gran Maestro, no habrá lugar al que pueda escapar de mi espada, porque acabaré con él de igual modo que estos bastardos han acabado con Flint.

—Si Daxler está en lo cierto, te aseguro que haré todo lo posible por contemplar ese momento.

—Eso espero, Zen. Y en cuanto a ti, muchacho, espero que no te hayas olvidado de lo que Yar Robert quería hacer contigo, siguiendo las instrucciones de tu querido Therios. No siempre uno puede confiar en aquellos que han dado sus mismos pasos. El hecho de que vistan tu mismo hábito no significa que estén dispuestos a ayudarte. Es una lección que ya deberías haber aprendido.

—Sí… Lo siento, Morley. Y siento lo de Flint…

—Él también cometió un error. No confió en que pudiéramos salvarlo. Cuando me miró por última vez supe que iba a cometer la estupidez de enfrentarse a ese hombre.

—Morley, deberíamos irnos.

—Sí, Zen. Ya tendremos tiempo de hablar cuando alcancemos el paso y nos encontremos con el resto del grupo. Con un poco de suerte habrán dado con los mercenarios. Y quiero encargarme personalmente de Yofren.

—¡Morley! —Teddy señaló una sombra que emergía entre los árboles, un jinete a lomos de su montura que se detuvo al llegar junto a ellos. Morley desenvainó la espada, tratando de calmar a su caballo, a punto de enloquecer por aquella repentina presencia.

—¿Quién eres? —preguntó, desafiante.

La sombra se acercó lo suficiente como para que pudiera ser reconocida.

—Os dije que nos encontraríamos en Bélingdor —Derit se quitó la capucha y dejó su rostro al descubierto. En su mano izquierda sostenía algo que destelló con el reflejo de la luna. Era una moneda, que giraba entre sus dedos con movimientos sinuosos.

—¿Qué quieres? —Morley escudriñó con la mirada a aquel extraño personaje que parecía empeñado en no separarse de ellos. El tahúr, como así era denominado en algunas de las tabernas más recónditas de la comarca, vestía su habitual capa negra, que ocultaba un ropaje igualmente oscuro: una camisa con cordones que se dejaba ver bajo un chaleco con hombreras en un tono grisáceo, todo ello ceñido con un cinturón cuya hebilla era una calavera que en la oscuridad permanecía oculta a los ojos de los allí presentes, más preocupados por conocer las intenciones del recién llegado.

—Me gustaría acompañaros…

Por un momento, nadie respondió. A Morley le resultaba difícil de creer que aquel extraño quisiera unirse a su grupo. Aunque después de todo lo acontecido durante el viaje ya había pocas cosas que pudieran sorprenderle. Miró fijamente a Derit, cuya expresión era todo un interrogante.

«¿Qué es lo que quieres?», se preguntó antes de contestarle.

—Lo siento, pero no tenemos tiempo que perder y no creo que nuestro destino sea…

—¿Quieres encontrar al asesino de tu amigo?

Morley palideció. La voz del tahúr resultaba sinuosa. El mercenario se preguntó si realmente aquel hombre podría ayudarlos, y cómo es que sabía lo sucedido con Flint si ni siquiera habría podido ver su cadáver. Miró al resto de compañeros y no logró encontrar la respuesta en aquellos rostros tan sorprendidos como lo estaba él mismo. Aquella aventura se estaba tornando cada vez más peligrosa y repleta de sorpresas. El destino parecía empeñado en ponerles a

prueba una y otra vez, en cada uno de los lugares por los que pasaban. El monasterio, Bélingdor… Tal vez en las Templarias les aguardara otro giro inesperado de los acontecimientos. Pero él solo se conformaba con encontrar a los asesinos de Flint, allí donde estuvieran. Lo demás ya poco le importaba.

—¿Cómo sabes tú que…?

—No tenemos tiempo —le interrumpió Derit—. ¿Quieres encontrar a esos mercenarios?

—Por supuesto que quiero encontrarlos. Pero dudo mucho que tú puedas ayudarnos a dar con ellos —Morley miró a sus compañeros. Se percató de que tanto Teddy como los helvatios, ya sobre sus monturas, parecían ansiosos por partir. Y poco o nada parecía importarles la compañía del tahúr pues, al fin y al cabo, los verdaderos enemigos ya estarían lejos de allí.

—¿Conoces estas tierras? —preguntó Zen Varion.

—Por supuesto —contestó el tahúr—. He recorrido estos parajes una y otra vez. Conozco hasta el más escondido de sus refugios, así como las tabernas de cada aldea, sus templos, sus cementerios… Creedme, si hay alguien que pueda guiaros por las peligrosas sendas al este de Bélingdor… ese soy yo.

—¿Y por qué ese repentino interés en ser nuestro guía? —inquirió Teddy.

—Digamos que soy el consejero de los caminantes que encuentro en mis viajes. Sé todo cuanto hay que saber para poder sobrevivir en estos tiempos y lugares sombríos. Por eso puedo ayudar a otros a esquivar la suerte de un destino que a menudo se antoja traicionero. Son muchos los que han salvado sus miserables vidas gracias a mis consejos. A cambio, solo os pido una moneda… a cada uno.

—¿Una moneda por guiarnos? —Morley esbozó media sonrisa—. Lo siento, amigo, pero me temo que no puedo pagarte por un servicio que no nos puedes prestar. Nos llevarías a cualquier rincón de estas malditas tierras menos al lugar al que realmente debemos ir…

—Yo sé adónde han ido esos mercenarios a los que deseáis encontrar.

—¿Cómo lo sabes? —Insistió Morley, que se mostraba cada vez más desconfiado. Al escuchar la petición de Derit creyó ver en él a otro de aquellos embusteros que se ganaban la vida con sus embaucadoras mentiras. Siempre había repelido a aquellos charlatanes que aseguraban conocer el destino de otros.

—¿Quieres encontrarlos, sí o no? —Derit estiró el brazo, con la mano abierta, esperando la recompensa por encabezar el grupo.

—Claro. Pero no pienso pagar una sola moneda por ello. Así que tú

verás lo que haces.

—Yo te pagaré dos —intervino Zen Varion, llevado por la impresión de que aquel extraño les resultaría de utilidad—, con una condición.

—Adelante —Derit se cruzó de brazos, con la expresión de alguien que está a punto de escuchar un acertijo.

—Si encontramos a esos mercenarios, tendremos que luchar contra ellos —Zen Varion señaló el arma cuya empuñadura asomaba por encima de los hombros del tahúr—. ¿Pondrás también tu espada a nuestro servicio?

—El pago que os he solicitado es por guiaros hacia ellos, no por luchar.

Zen Varion estaba convencido de que Derit podría serles de más ayuda que como un simple guía. Algo en su interior le decía que no era la casualidad la que le había llevado hasta ellos. Se echó la mano al interior de su hábito y sacó varias monedas.

—Aquí tienes, dos monedas. Una de ellas de parte de mi discípulo. ¿Nos guiarás?

—¿Y vosotros? —preguntó Derit a los mercenarios.

—Nosotros recibimos recompensas… No las damos —Morley continuaba empeñado en no dejarse engañar por el tahúr.

—De acuerdo —Derit no insistió—. Dos monedas… Os guiaré, a todos…

—Espera —Zen Varion se echó de nuevo la mano al bolsillo del hábito—. Te pagaré otras dos monedas si, llegado el momento, luchas a nuestro lado.

—Interesante oferta —sonrió Derit—. Me parece bien. Por estas dos monedas, si llegado el momento entráramos en combate con esos mercenarios, protegeré vuestras vidas. Os lo juro, me encargaré de que ninguno de vosotros dos muera a manos de aquellos malditos.

—Ya tienes las cuatro monedas que precisabas —dijo Morley.

—Es cierto —respondió Derit, en tono divertido—. Entonces, será mejor que nos pongamos en marcha. Seguidme.

—¿Hacia dónde? —preguntó Teddy.

El tahúr señaló en dirección a las Templarias, que aún a lo lejos se alzaban tan imponentes como peligrosas, con las cumbres pálidas por la nieve que las cubría.

—Hacia el templo de Thariba.

CAPÍTULO 18: MÓSTUR

Zen Grimward abandonó el templo antes de lo acostumbrado. Había acudido allí más temprano que en anteriores ocasiones, casi antes del amanecer. Cada vez que salía al exterior, tres caballeros lo acompañaban allí donde fuera. Móstur se había convertido en una ciudad en la que el peligro resultaba tan incierto como lo podían ser aliados y enemigos. La división se había apoderado de unos habitantes expectantes, cautelosos y recelosos de cualquier nuevo poder que pudiera hacerse cargo del gobierno de la ciudad. El Presthe sabía que el nuevo Consejo no gozaría del favor inicial del pueblo. Por eso se disponía a tomar las primeras medidas para, al menos, evitar que el número de enemigos creciera más de lo deseado.

«Haremos ver al pueblo que nos preocupamos por él, por su bienestar», había afirmado ante Yar Gregor la noche anterior, nada más ver a los bandidos que el caballero y sus hombres habían capturado. Ellos se convertirían en la primera pieza del plan trazado por el zenlor.

El Presthe caminaba seguido de sus protectores. Tenía prisa por abandonar las calles de la ciudad y regresar a la Morada. Allí, entre los clérigos y caballeros, encontraba el oasis que le mantenía aislado de todos los rumores y mentiras que empezaban a sacudir Móstur.

Apenas había cruzado uno de los laberínticos trazados que rodeaban el templo cuando se encontró con Yar Gregor.

—Vais a llegar tarde —le dijo en un tono seco.

—Vos también.

—No soy yo quien tiene que leer el edicto.

—Supongo que ya tuvisteis bastante con escribir esas parrafadas que el pueblo ni siquiera va a escuchar.

—Les interesa saber quién gobierna la ciudad a partir de ahora.

—Y para endulzar el momento les ofrecéis un espectáculo de ejecuciones… El pueblo preferirá ver correr la sangre a escuchar cualquier edicto que les informe de quiénes son sus nuevos amos.

—Solo hay un amo… Athmer.

—Pero no será Athmer quien hable a la hora de impartir justicia.

—Hoy no —Grimward sonrió, mordaz—. Hoy será vuestra espada la encargada de impartir la justicia de Athmer.

—Y vos no vais a presenciar ese momento, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Ningún miembro del nuevo Consejo acudirá a la ejecución. La última vez no fue una gran idea…

—Depende de para quién. Algunos disfrutaron mucho de la presencia de los lores y caballeros que presidían la ejecución. «Y si no me equivoco, vos no habéis salido precisamente malparado tras el desenlace».

—Al menos acabamos con los Hortten… Esos malnacidos…

—Así que me dejaréis solo, con la doble tarea de informar al pueblo del nombramiento del nuevo Consejo y después ejecutar a los prisioneros.

—Hacedlo en el orden que más os plazca.

—Creo que el pueblo responderá mejor si primero escucha las malas noticias y luego les ofrezco unas cuantas cabezas. De hacerlo al revés, es posible que acaben pidiendo la mía, ¿no os parece?

—Me encanta que os toméis vuestro trabajo con ese sentido del humor.

—En cambio, vuestro humor es un poco más… ausente.

—No os demoréis. El pueblo os aguarda.

—De acuerdo —Yar Gregor se dio media vuelta para continuar su camino—. Ensayaré la lectura de vuestro edicto una vez más, porque hay algunas palabras que no se ven muy bien. No estaríais muy convencido de lo que escribíais. No sé si darle un tono solemne, o más bien seco…

—Da igual —Zen Grimward se cubrió el rostro con la capucha de su túnica—. Como habéis dicho, el pueblo preferirá ver sangre.

—En ese caso, hablaré alto… y rápido.

El caballero y el Presthe tomaron caminos opuestos.

Cuando Yar Gregor llegó a la plaza, se encontró todo dispuesto para dar el cumplimiento a la orden dictada por el Consejo. Desenrolló el pergamino que contenía el edicto y, tras comprobar que los alrededores de la plaza estaban atestados de soldados y caballeros, comenzó a desgranar la voluntad de Zen Grimward.

Como le había dicho el Presthe, las primeras líneas contenían el nombramiento de los miembros del Consejo. Tras su lectura, se escucharon algunos abucheos que pronto fueron acallados por las amenazas de los soldados. Antes de empezar un nuevo párrafo, sus ojos se detenían en la muchedumbre, que empezaba a mostrarse indiferente.

Su tono de voz cambió cuando llegó a las líneas previas a las

sentencias condenatorias.

—Es voluntad del Consejo de la ciudad, que las leyes de Athmer se constituyan como única y verdadera ley. Todos los ciudadanos las acatarán, respetando los preceptos de nuestro dios y la justicia que en su nombre será impartida. Y para que así sea desde el primer momento, el Consejo ha decidido concederos esta muestra de que, a partir de ahora, los criminales serán juzgados y severamente castigados. Que la condena de estos malhechores sirva de ejemplo a todos los hombres, mujeres y niños de Móstur. Que Athmer se apiade de nosotros y nos conceda su favor, ahora y por siempre.

Cuando Yar Gregor terminó de leer los últimos párrafos del edicto escrito por Zen Grimward, la calma fue rota por los primeros gritos que pedían la muerte de los reos.

—Siete cabezas como ofrenda a Athmer —alguien susurró entre las primeras filas de hombres y mujeres que se agolpaban en la plaza.

—Más bien como ofrenda al pueblo —fue la respuesta de lord Belson, que no perdía un solo detalle de todo cuanto sucedía a su alrededor—. Bartheos, ven conmigo.

El noble se llevó a su hijo, apartándolo de la multitud que, deseosa de ver correr la sangre de los condenados, pedía a gritos sus cabezas.

—¿Habías visto alguna vez a esos bandidos? —preguntó el noble a su hijo.

—Sí —respondió el joven—. Al menos a dos de ellos…

—Al menos tres de esos malhechores, no hace mucho tiempo paseaban tranquilamente por los alrededores del castillo. Son pájaros que ya nunca podrán piar.

—¿Pájaros?

—Sí. Confidentes de los guardias. Algunos de esos bandidos ayudaban a Genthis y sus soldados a capturar a otros que resultaban más importantes.

—Entonces, ¿por qué se les va a sentenciar?

—Por delitos menores, pero delitos, al fin y al cabo. Pero la pregunta es, ¿por qué ahora?

—Tal vez porque ya no está Therios, que podría haber estado protegiéndolos…

—Ciertamente los métodos de Therios siempre han resultado extraordinariamente sorprendentes. Pero no creo que él haya estado ocultando los crímenes de estos. Observa a la multitud. Cuando el rey Dunthor fue condenado, hubo quienes suplicaron piedad por él. Pero hoy…

—El pueblo es unánime.

—Exacto —lord Belson sonrió al ver que su hijo empezaba a

comprender adónde quería llegar—. El pueblo es unánime. El mismo día que el poder de la ciudad queda en manos de la Orden Helvatia, sus dirigentes obsequian al pueblo con la muerte de algunos bandidos y asaltantes de poca monta cuyos crímenes eran siempre cometidos contra los ciudadanos. Ese Grimward sabe cómo embaucar a la multitud. Me pregunto si tendrá suficiente oro como para vigilar bien sus espaldas.

—¿Acaso piensas…? —Bartheos miró a su alrededor. No había nadie lo suficientemente cerca como para escuchar su conversación.

—No —lord Belson se echó a reír—. No tengo intención de atentar contra él. No creas en todas las historias que se cuentan acerca de nuestra familia. Pero tal vez otros nobles no se muestren demasiado benévolos con el nuevo Consejo si ven peligrar sus privilegios. Algunos mantenían una posición demasiado cercana a la corona y ahora el edicto de los helvatios les acaba de enviar lejos del poder.

—El Consejo hará algo para evitar el enfrentamiento con los nobles.

—Sin duda. Del mismo modo que han optado por evitar el descontento del pueblo regalándole unas cuantas cabezas fáciles.

—¡Ladrones! ¡Bastardos!

Los gritos en la plaza se multiplicaban a medida que se acercaba el momento de ejecutar la sentencia del Consejo.

—¿Escuchas a esos plebeyos? —Lord Belson buscaba con la mirada a quienes más alto alzaban la voz.

—Tal vez varios de ellos hayan sido víctimas de los actos de esos ladrones.

—Sí, es muy probable —lord Belson asintió con la cabeza—. Como igual de probable puede resultar que aquello que les han robado los bandidos no suponga ni una décima parte de lo que la Corona y el Consejo les han arrebatado en forma de impuestos.

—El Consejo al menos se toma la molestia de informarles a tiempo —sonrió Bartheos.

—Sí. Un robo resulta más agradable si en vez de la espada se utiliza una pluma y un párrafo de mentiras. Y los helvatios manejan muy bien la pluma…

—¿Y las mentiras?

—Algunos sí. Sobre todo, Therios y sus amigos.

—Pero Therios no está. Algunos dicen que ha muerto.

—No te dejes engañar, Bartheos. No me extrañaría que el propio Gran Maestro estuviera detrás de todo esto. De todos modos, no me gusta. El poder, cuanto más dividido, resulta más débil y, por tanto, menos peligroso. Pero ahora que los helvatios lo concentran entre sus

clérigos y caballeros, supone una amenaza para todos los hombres, ya sean nobles, plebeyos, o esclavos. Ese Presthe es la cabeza visible, pero tal vez la mano de Therios sea la que ha escrito ese edicto.

—¿Qué piensas hacer?

—Jugar mis cartas, supongo. Aunque me temo que en esta ocasión parto con cierta desventaja.

—¿Puedo ayudarte?

—Tal vez… Pero en estos momentos la única forma de acercarse a ellos es a través de su dios.

—¿Quieres que me convierta en uno de sus clérigos?

—Me refería más bien a la otra rama de la Orden. Has compartido un largo viaje con Yar Gregor y sus más fieles adeptos. Y él es el brazo ejecutor. Te has ganado su simpatía y, quien sabe si podría ayudarte a acceder a sus filas.

—Me gustaría convertirme en caballero, pero no en un Yar.

—Hijo, me temo que no eres consciente del peligro que supone dejar la ciudad en manos de Athmer. Y de todos los Lorioth tú eres el único que podría acceder a una posición más próxima a esos clérigos.

—Pero si apenas sé utilizar la espada…

—No vas a convertirte en un Yar de la noche a la mañana. ¿Acaso crees que Yar Gregor llegó a convertirse en lo que es por pura casualidad, o de un día para otro? Todo requiere su tiempo. La Orden Helvatia te ayudará a crecer, madurar, convertirte en un hombre. Aprenderás a luchar, a defender cuanto amas… No te pido que tengas fe en Athmer. Ni siquiera yo la tengo.

—No sé si podré fingir por mucho tiempo. Nunca se me ha dado bien mentir.

—No te preocupes —sonrió lord Belson—. Eso también te lo enseñarán ellos. Tú solo has de preocuparte por seguir sus consejos, acercarte lo máximo posible a quienes concentran el poder. Poco a poco, sin prisas. Necesito que te conviertas en mis ojos, dentro de la Morada, del castillo, de donde quiera que esos helvatios puedan estar decidiendo nuestro futuro como si nuestro destino estuviera en manos de su dios.

—Está bien, padre.

—Y ahora, volvamos a las primeras filas para no perdernos el espectáculo.

Lord Belson se abrió paso entre una muchedumbre que gritaba con fuerza, lanzando su ira contra los criminales a punto de ser ajusticiados. Al aproximarse al cadalso, Bartheos fue observando las caras de algunos de aquellos ciudadanos de mirada y garganta desbocadas, cuyos insultos ahogaban la voz de Yar Gregor, que leía la

sentencia de muerte. Consciente de que ya nadie escuchaba sus palabras, el caballero decidió no demorar por más tiempo la ejecución.

«Queréis sangre, ¿verdad?», les dijo con la mirada.

Alzó la espada, y varios soldados se acercaron para izar a los condenados. Cada uno de ellos tenía ya el nudo de la soga acariciando su nuca, a punto de cerrarse definitivamente en torno a unas gargantas mudas que ya habían dejado de suplicar por sus vidas.

Bartheos paseó su mirada por cada uno de ellos. Como si se hubieran conjurado antes de abandonar las mazmorras, todos los reos mantenían un rostro que parecía desafiar a todo un pueblo, congregado en la plaza para verlos morir. No había rastros de sufrimiento en aquellos semblantes que mostraban una extraña calma. Muy pronto, alcanzarían la paz perpetua. Entre ellos se encontraba un anciano, y también uno que tal vez sería más joven que él. Bartheos los contemplaba, incapaz de sentir odio hacia ellos. A un lado, Yar Gregor se mantenía con la espada en alto, esperando que los soldados ocuparan sus posiciones. Mostraba esa serenidad con la que parecía afrontar cada momento, ya fuera en una batalla o en un paseo con los miembros de su guardia. El rostro del caballero parecía una máscara de expresión incierta, incapaz de dejar escapar emoción alguna.

«Está demasiado acostumbrado a ejecutar y matar», se dijo Bartheos. A su lado, lord Belson parecía compartir aquellos pensamientos; su mirada no se separaba de Yar Gregor.

El caballero bajó el brazo que sostenía la espada y los soldados reaccionaron al unísono. Los condenados fueron izados. La mortal mordedura de las sogas se escuchó con un sonido áspero al tensarse; un sonido que apenas llegó a oídos de los verdugos, ya que la muchedumbre continuaba gritando y pidiendo las cabezas de los ejecutados.

En una forma de actuar no muy habitual en él, Yar Gregor se dirigió a la multitud. Paseó la mirada por aquellos rostros invadidos por la ira y su expresión se contagió de aquella marea de rabia que sacudía los cimientos de la plaza.

—¿Queréis sus cabezas? —gritó con voz desbocada.

—¡Sí! —gritaron algunos de los más próximos.

—¡Ponedlas en picas! ¡Que las veamos todos! —se escuchó al otro extremo.

Yar Gregor observó a los soldados que, pica en mano, se acercaban hasta donde los bandidos yacían, ya muertos. El caballero negó con la cabeza y a continuación les indicó con la mano que se detuvieran. Los soldados quedaron sorprendidos por la orden, ante una multitud que

continuaba exigiendo la decapitación de los ejecutados.

—Muy bien —Yar Gregor habló en voz baja—. Yo os daré sus cabezas.

Desenvainó la espada y cortó la soga que sostenía al primer cadáver. Una vez que el cuerpo del anciano se desplomó en el suelo, Yar Gregor descargó el peso de su arma sobre él. Una vez, y otra. Con la tercera embestida de su espada, la cabeza de aquel desgraciado se separó del cuerpo, quedando envuelta en sangre. Yar Gregor la alzó y la mostró a la muchedumbre.

—¿Queréis sus cabezas? —volvió a gritar, lleno de ira.

La muchedumbre aplaudió y gritó con fuerza.

—¡Pues tomadla, aquí la tenéis! —Yar Gregor arrojó la cabeza a la multitud. Su siguiente gesto fue dirigido a los arqueros que poblaban la plaza. Estos respondieron de manera disciplinada, al mismo tiempo, apuntando con sus arcos. La muchedumbre se fue aplacando y los primeros intentos por desbordar la línea de soldados fueron reducidos. El gentío se fue dispersando, al comprobar que el espectáculo había finalizado. Ninguna otra cabeza sería separada de su cuerpo, no allí delante de todos ellos.

Lord Belson observaba con atención. Estaba convencido de que, al día siguiente, tal vez antes, el Consejo se encargaría de mostrar a los ciudadanos los rostros sin vida de aquellos desgraciados. Tal vez quedarían allí, colgando de las sogas durante algún tiempo, hasta que su olor a muerte comenzara a infectar la plaza.

—Parece que el Consejo no ha defraudado en su presentación ante el pueblo —susurró a Bartheos.

—Ya tienen la sangre que pedían —respondió el joven, con voz entrecortada.

—Sí. Y Yar Gregor ha desempeñado su papel de manera ejemplar. Recibirá la felicitación de los otros helvatios por una actuación tan… tan real.

—A veces creo que es demasiado cruel.

—El mundo es un lugar demasiado cruel, hijo. Tú solo has visto un esbozo de lo que puede llegar a ser. Estoy convencido de que tu viaje por tierras lejanas te ha ayudado a despertar del sueño en el que has estado viviendo durante estos años. Fuera de nuestras casas, la música de las arpas se sustituye por la melodía de las espadas; los siervos, por enemigos; el hogar se convierte en una mazmorra… Bartheos, muy pronto tendrás que adentrarte en este otro mundo, y si lo haces de la mano de los helvatios… Créeme, tendrás más posibilidades de poder contarlo cuando llegues a anciano.

Lord Belson siguió con la mirada los pasos de Yar Gregor que,

custodiado por sus guardias, abandonaba la plaza en dirección al castillo.

—Acostúmbrate a ver esto, hijo mío. Tal vez dentro de unos años seas tú quien deba ejecutar la sentencia.

—No quiero convertirme en un hombre como él.

—No lo harás… Pero tienes que hacer todo lo posible por hacerles creer que te convertirás en uno de ellos. Debes hacerlo por nuestra familia. Con el poder en manos de los siervos de Athmer, nuestros privilegios irán desapareciendo, nuestras peticiones serán desatendidas y en unos años tendremos suerte si no nos desposeen de cuanto tenemos.

—¿Por qué? —el rostro de Bartheos palideció—. Esos helvatios afirman que su dios es justo…

—Sí. Justo con aquellos que lo adoran y que se muestran dispuestos a dar sus vidas por él. Pero aquellos que no se conviertan a su fe serán perseguidos.

—Mi acercamiento a su orden no cambiará las cosas.

—Me ayudará a ir ganando tiempo, a ganarme el favor del Consejo, pese a que haya perdido la influencia que un día tuve. Ese Grimward tratará de comprar mi silencio, y espero que sea con oro, no con la espada.

—Pero padre…

—¿No lo entiendes? Soy el único miembro del antiguo Consejo que aún está en la ciudad. Los demás han muerto o están desaparecidos, a excepción de Grimward. Él concentra el poder, y espera que yo no me quede de brazos cruzados viendo cómo me arrebata mi parte. Les haré creer que no deseo ese poder, que me resulta demasiado peligroso. El rey ha muerto, *Sir* Hóldegrun, *Sir* Léniesten, lord Castler…

—Eso es —Bartheos se mostró de acuerdo con su padre—. Hazles pensar que el poder te asusta.

—No —lord Belson lo pensó mejor—. Grimward me conoce demasiado bien. No se dejará engañar.

—¿Por qué no? Han muerto muchos y ahora ya no tienes nada que hacer. Debes hacerles creer que te has dado por vencido, que estás dispuesto a aceptar lo que te ofrezcan a cambio de tu absoluto desinterés por los asuntos del Consejo. Mientras, yo trataré de convertirme en uno de esos helvatios.

—¿Lo harás? —Lord Belson abrazó a su hijo—. Estoy orgulloso de ti. Te convertirás en un hombre capaz de afrontar los difíciles momentos que están por llegar. Y saldrás victorioso, hijo mío. Estoy absolutamente convencido.

—Gracias, padre. Te prometo que haré todo cuanto esté en mi

mano para que la espada de su dios nunca hiera a nuestra familia. Si lo hace…

—No, hijo. Deja esa otra opción para mí. Los Loritoh siempre hemos sabido defendernos cuando alguien ha osado atacarnos. Y créeme… Muy pronto sufriremos el ataque de los helvatios. De una forma o de otra.

—Pero entonces…

—Tal vez debamos dar nosotros el primer golpe.

—Pero habías dicho que…

—Ya lo sé. Pero no podemos fiarnos de los planes del Consejo. Por el momento, permaneceremos atentos a cualquiera de sus movimientos y si detectamos cualquier amenaza, tendremos que eliminarla a tiempo. Hijo, ve a casa y no hables con nadie sobre esto. Actúa con absoluta normalidad y deja que yo me encargue de todo.

—Sí, padre.

Lord Belson se quedó solo, caminando por la plaza, pensativo. Los cuerpos de los ejecutados parecían balancearse debido a las corrientes de aire que agitaba sus vestiduras. Los miró una última vez. Al contemplarlos de cerca, aquellos cadáveres pálidos le causaron un escalofrío que sacudió su interior. O más bien fueron sus propios pensamientos los que motivaron aquella reacción de miedo contenido. Se imaginó que él mismo podría acabar así algún día. El Consejo le presentaría ante el pueblo como uno de aquellos ladrones. Cuando los bandidos fueran eliminados, quien sabe si los nobles serían los siguientes enemigos comunes al Consejo y a los más pobres y débiles.

«No podemos permitir que la ciudad quede bajo el poder de Athmer. Cuando quieras golpearnos, Grimward, será demasiado tarde para ti y cuantos se sienten a tu lado».

CAPÍTULO 19: LERYON

—Por favor —insistió Taenara—. Déjame viajar a Puertorrey para conseguirte aliados.

—Debes quedarte aquí en mi ausencia —Kariosh no comprendía la actitud de su hermana—. Gobernarás por mí…

—No quiero gobernar Leryon. Odio tener que recibir a los nobles para escuchar sus adulaciones, o tener que resolver los problemas del pueblo… ¿Por qué crees que nuestro padre nunca confió en mí para tomar cualquier decisión que afectara a la ciudad?

—Sí, eres demasiado impulsiva y careces de experiencia, pero alguien tiene que representar a la corona mientras…

—El primo Balster. Él ha heredado las virtudes de nuestro abuelo. Posee la calma necesaria para afrontar todos los problemas que surjan hasta nuestro retorno —Taenara se acercó aún más a su hermano, dejando escapar una sonrisa cómplice—. En Puertorrey puedo alcanzar importantes acuerdos con sus comerciantes. ¿Quieres mercenarios, guerreros que nos ayuden a derrotar a los mostures? Pues en Puertorrey podemos conseguir recursos para aumentar nuestros ejércitos.

—Puertorrey está en tierras nybnias…

—Pero con una importante presencia de los nuestros. Es la única ciudad nybnia en la que aún está presente el antiguo culto a Daera. Los guerreros consagrados a la diosa siempre han sido los más fuertes y preparados para la batalla.

—No necesito la ayuda de esos fanáticos adoradores ni a su diosa. Cuando conquiste Móstur acabaré con cualquier culto a otro dios que no sea Lorwurn.

—Lo sé. Pero si convencemos a los siervos de Daera del peligro que supone la extensión del culto a Athmer, así como la persecución que propugnan sus seguidores hacia aquellos que no se arrodillan ante el dios de la luz, tal vez podamos lograr una victoria que implique menos muertes entre los nuestros.

Kariosh enmudeció, pensativo. Puertorrey quedaba demasiado lejos de su influencia. Su hermana conocía la ciudad. En más de una

ocasión había viajado hasta las tierras nybnias para cumplir algún cometido encargado por su padre, pequeños acuerdos con comerciantes que, seducidos por la belleza de la princesa y sus dulces palabras, habían satisfecho la voluntad del monarca.

—Conozco a hombres influyentes allí, Kariosh. Y si no me equivoco, más de uno debe un favor a nuestro pueblo. Kariosh… —insistió, agarrando a su hermano del brazo—, no quiero ceñirme la corona, en tu ausencia. Sabes igual que yo que nuestra ciudad no se dejará gobernar por una mujer.

Taenara tenía razón. Los leryones constituían un pueblo que, a diferencia de Móstur, resultaba muy difícil de gobernar. Sus numerosos clanes y familias dispersas, pueblos de diferentes costumbres que en tiempos antiguos habían sido enemigos, no se someterían ante el trono si este era ocupado por una mujer, aunque se tratara de la hermana del rey.

Kariosh asintió, consciente de la verdad que encerraban aquellas palabras. Ni la más hermosa de las doncellas del reino sería capaz de seducir con sus palabras a un pueblo demasiado rudo.

—¿Cuántos aliados puedes conseguirme en Puertorrey?

—Guerreros preparados para la batalla, piratas de las aguas más turbulentas de Nybnia, todos ellos son hombres que no se amedrentan ante el enemigo más difícil de batir. Un poco de oro bastará para convencerlos.

—Algunos de esos nybnios nos deben una buena suma que aún no hemos recibido. Te prepararé los acuerdos que han de firmar para saldar su deuda, no con oro, sino con soldados.

—Gracias —Taenara abrazó a su hermano—. Te prometo que no te defraudaré. Conseguiré un ejército digno de un conquistador. Lo guiaré hasta la misma entrada de Móstur si hiciera falta. Derribarán sus puertas, se adentrarán entre sus muros…

—No —interrumpió Kariosh—. Los conducirás por la ruta nybnia hasta Ojos del Rey. Allí aguardarás mi orden para comenzar el asedio de la ciudad.

—Sí, hermano.

—Me encargaré de que al amanecer te sean entregados los tratados que han de forjar nuestra alianza con los nybnios. Pero deben tener claro que no obtendrán nada del botín de la conquista, salvo lo que consigan saqueando la ciudad. Una vez que la guerra haya terminado, todos ellos abandonarán nuestras tierras y retornarán a las suyas. ¿De acuerdo?

La princesa asintió. Unos metros por detrás de ella, Salwen contemplaba uno de los numerosos tapices que ornamentaban la sala

en la que se encontraban únicamente ellos tres. Se trataba de un lustroso salón que dejaba al descubierto parte del lujo de la corte en aquellos bordados de escenas bélicas, conquistas y muertes ocasionadas por el pueblo de Leryon, que siempre aparecía victorioso en cada una de aquellas representaciones; vivos colores que daban esplendor a la tela, imágenes repletas de guerreros que incitaban a la batalla.

Los pasos de Kariosh y Taenara resonaban en el mármol del suelo de manera muy distinta. Las pisadas del monarca retumbaban de forma majestuosa; las de la princesa resultaban sigilosas, con movimientos gráciles que no pasaban desapercibidos a los ojos de su consejera. Salwen amaba a la princesa, a pesar de que esta ya había rechazado sus muestras de amor, por motivos que habían logrado convencerla. Fue en el día en que Taenara le había revelado el secreto escondido tras unas heridas que, de forma milagrosa, se habían curado en cuestión de segundos, sin dejar el menor rastro de sangre. Aquello había dejado sobrecogida a la joven, que muy pronto recibió una explicación que cambiaría su vida. En compañía de Taenara, cada día albergaba un secreto más que compartir y guardar. Este último escondía algo mucho más poderoso que el amor, un sentimiento que iba mucho más allá, adentrándose en una creencia espiritual que Salwen nunca había sentido de una forma tan ferviente.

Taenara se despidió de su hermano tras un beso en la mejilla, símbolo de la gratitud por haber accedido a su plan. Regresó junto a su consejera mientras Kariosh se perdía por una de las puertas del salón.

—¿Y bien? —preguntó Salwen—. ¿Ha aceptado vuestra propuesta?

—Por supuesto —sonrió la princesa.

—Espero que en Puertorrey vuestras palabras sean tan seductoras como para convencer a sus comerciantes en tan poco tiempo.

—Ya te dije que conozco bien a mi hermano. Con él no es necesario recurrir al engaño…

—Pero en esta ocasión le habéis engañado.

—Tan solo ha sido una verdad a medias. No creo que deba saber el verdadero propósito de nuestra partida, ¿verdad? —sonrió mientras ponía su dedo índice en los labios de Salwen, obligándola a permanecer callada, mientras su boca dibujaba una sonrisa cómplice con el brillo de una astuta mirada.

La joven sintió una excitación recorriendo su cuerpo. En otras circunstancias, su mente habría fantaseado con la imagen de Taenara acariciando su rostro, cubriéndola de besos, haciéndola gemir allí mismo, en aquella sala en la que incluso los rostros de los guerreros

reflejados en el tapiz se girarían para contemplar la pasión desatada entre ambas.

«Serás mi enviada, mi heraldo ante pueblos y ciudades», le había dicho Taenara el día en que el amor de una hacia la otra había ido más allá de un mero sentimiento humano.

A los ojos de Kariosh, su hermana continuaba siendo aquella niña rebelde incapaz de someterse a las órdenes del monarca; una mujer que, llevada por su ímpetu, podía ser capaz de solicitar cualquier cosa. Por muy extraña que pudiera resultar aquella petición, su contenido resultaba doblemente importante para Kariosh. Por un lado, renunciaba al poder; por otro, le conseguiría más hombres a su servicio. Taenara sabía que su hermano la permitiría marchar a Puertorrey.

—Partiremos mañana, al amanecer —dijo la princesa—. Prepara tus cosas, porque iremos tú y yo, solas. No habrá guardias de mi hermano que vigilen nuestros pasos, como sucede entre estos muros.

—Ni nobles a los que contentar con una sonrisa —sonrió Salwen.

—Sí. Esos nobles no se conforman con tan poco en sus audiencias con el rey. Prepara tus mejores vestidos, porque visitaremos uno de los lugares más hermosos que hayas visto en tu vida. Ya es hora de salir de aquí…

—Y de no tener que aguantar las envidiosas miradas de las damas de la corte.

—Bueno, a muchas les resulta difícil de aceptar tu actual posición, en el lugar en el que ellas querrían estar. Pronto las dejaremos atrás, y tendrán otras preocupaciones.

—Entonces, ¿viajaremos solas?

—Sí. Las sendas que conducen a Puertorrey son seguras. Aun así, tendremos que pasar lo más desapercibidas posible. No es algo común ver a dos mujeres solas, recorriendo los caminos del reino.

—¿Queréis que me vista como un caballero para el viaje? Podría pasar por uno de ellos, hasta el momento de tener que entrar en combate. Creo que en ese instante ya me resultaría más difícil fingir que domino la espada.

—Si hay algún combate, creo que no será necesario que desenvaines la espada. Yo me encargaré. Tú prepárate para vivir una aventura inolvidable. Contemplarás la belleza de Puertorrey, sus ricos palacios y templos, el lujo de sus posadas y la hospitalidad de sus comerciantes. No olvides sonreír a todos ellos cuando se acerquen a ti. La sonrisa será una de nuestras más poderosas armas.

—Ya estoy deseando que llegue el nuevo amanecer —Salwen perdió su mirada en uno de los tapices—. A decir verdad, creo que

estos muros me han mantenido cautiva durante demasiado tiempo.

—Bueno, desde que pasaste a mi servicio, no creo que te hayas podido sentir tan cautiva, ¿verdad?

—En cierto modo no. Pero siempre había guardias y miembros del castillo que, de algún modo, hacían que me sintiera vigilada constantemente.

—Pues a partir de mañana, ni siquiera yo voy a vigilar cada uno de tus pasos. Sabes que confío ciegamente en ti, en un camino que nos une y que muy pronto nos hará alcanzar la gloria que necesito recuperar.

—Lo sé. Y os agradezco que hayáis depositado en mí vuestra confianza. Os juro que os responderé con mi total entrega.

—Sí, estoy segura de tu fidelidad. Y ahora, prepara tus cosas. Esta noche cenaremos tú y yo solas. Será la última vez que los guardias de mi hermano vigilen tus pasos. Mañana ya no podrán seguirnos.

Salwen abandonó la estancia con alegres pasos que muy pronto dejaron a la princesa a solas, con la única compañía de aquellos guerreros de fantasía, rostros similares que parecían reflejar un ejército de hermanos triunfantes tras la conquista de una ciudad cuyos muros se rendían a sus pies. Se preguntó si Kariosh se imaginaría así su conquista de Móstur. El monarca estaría deseando adentrarse en una ciudad devastada por unas hordas que no mostrarían piedad con el enemigo vencido.

Las inconfundibles pisadas de *Sir* Arthur resonaron en la sala con un eco sordo. El caballero se acercó a la princesa, caminando con ese aire de seguridad en sí mismo que encrespaba a sus más fervientes detractores. Su nueva condición de mano derecha del rey había supuesto para muchos un incremento del odio y la envidia que sentían ante quien para otros era una leyenda viva de la ciudad. *Sir* Arthur tenía la capacidad de no dejar indiferente a ninguno de los que le conocían en mayor o menor medida.

—Alteza —inclinó la cabeza sin perder de vista la tierna mirada de Taenara—. Me ha dicho vuestro hermano que habéis tomado la decisión de abandonar la ciudad.

—Veo que no se os escapa ninguna de las noticias más recientes, *Sir* Arthur. ¿Tan preocupado está mi hermano como para habéroslo mencionado nada más salir de aquí?

—Ciertamente, vuestro hermano tiene una gran confianza en mis consejos, y acude a mí en cuanto surge cualquier suceso que, de alguna forma, resulta inesperado.

—¿Y habéis tenido tiempo como para aconsejarle respecto a mi decisión? —Taenara caminó junto a uno de los tapices, aparentemente

despreocupada por la reacción de Kariosh.

—Simplemente, le he dicho que me parece bien.

—¿En serio? —aquella respuesta extrañó a Taenara.

—Sí. Os conozco lo suficiente como para saber que no os gusta la idea de representar el poder de Leryon, aunque solo sea de manera temporal. Un águila no nace para ser encerrada en una jaula.

—¿Así es como me veis? —Taenara dejó escapar una carcajada—. ¿Cómo un águila?

—Perdonad si mi comparación os ha ofendido…

—Al contrario. Me ha resultado divertida. Ojalá pudiera volar.

—Os habríais ido lejos, ¿verdad? —*Sir* Arthur correspondió con otra sonrisa a las alegres palabras de la princesa.

—Sí. Muy lejos de aquí.

—En ese caso me alegro de que no podáis volar.

—¿De verdad?

—Sí. Solo vuestra grata presencia evita que vea estos muros como una sombría prisión repleta de hombres y mujeres serios, aburridos y sin ningún sentido del humor.

—Vuestro sentido del humor es muy especial.

—A pocos les gusta. Supongo que, porque a veces empleo un tono un poco ácido en ciertas conversaciones. Pero, si os digo la verdad, no encontraréis un hombre más sincero entre estos muros. Reconozco que a veces mis palabras no gustan. Pero es que, en muchas ocasiones, la verdad no es agradable a nuestros oídos.

—Por eso mi hermano confía tanto en vos.

—A menudo le digo a Kariosh cosas que no le gustan, pero es mi labor aconsejarle de la mejor manera posible, al menos en aquellas materias en las que tengo la experiencia suficiente como para ayudarlo a tomar una decisión. Vuestro hermano sabe que, conmigo, siempre escuchará la verdad. Y hablando de decir la verdad, alteza, debo deciros que a la luz que ilumina esta hermosa estancia estáis más radiante que nunca.

—*Sir* Arthur… Vos siempre tan amable…

—Sincero, no lo olvidéis. Permitidme que a lo largo del día secunde vuestra decisión de abandonar la ciudad una vez que me reúna de nuevo con vuestro hermano. Es cierto que parece preocupado, como un padre al ver a su hijo demasiado joven para abandonar la casa y partir en soledad. Pero estoy seguro de que vuestro viaje resultará muy productivo para nuestros intereses.

—Gracias por vuestra confianza.

—No obstante, será para mí un placer asignaros una guardia personal que os acompañe hasta Puertorrey. Afortunadamente, el

camino hasta allí es bastante seguro, pero nunca se sabe qué peligros pueden acechar en cualquier recodo. No me perdonaría que tuvieseis un percance, por muy leve que este pudiera resultar.

—No os preocupéis. Mi consejera Salwen y yo deseamos partir solas. Así pasaremos desapercibidas.

—¿Estáis segura? Tengo varios soldados que llevan demasiado tiempo en el castillo mirando las paredes. Algunos están empezando a echar una barriga que no les favorece.

Sir Arthur dejó escapar una sonrisa al ver el rostro divertido de Taenara ante sus gestos.

—De verdad, os agradezco vuestro ofrecimiento, pero estoy convencida de que lo mejor es que vayamos solas.

—Como queráis —el caballero tomó la mano derecha de la princesa entre las suyas—. En ese caso, creo que no volveremos a vernos por algún tiempo, quién sabe si hasta después de que hayamos marchado sobre Móstur. Durante estos días vuestra ausencia tornará mis días grises. El azul de mis mañanas se irá lejos, con vos. Lo sabéis, ¿verdad? —besó cortésmente su mano.

—No seáis exagerado. Aquí en el castillo hay hermosas damas que pondrán un poco de color a vuestros grises días.

—Bien sabéis que no. Ciertamente, algunas son hermosas, pero no tienen esa calidez que desprende vuestro bello rostro. Echaré de menos veros paseando por el castillo y compartir mesa con vos en compañía de vuestro hermano.

—Yo también echaré de menos estos alegres encuentros, vuestra caballerosidad y esa expresión que siempre tenéis, tan jovial y alegre. Cada conversación con vos es como un oasis en mitad de este desierto.

—En ese caso, espero que, a mi retorno, ese oasis se convierta en un océano. Disculpadme si me dejo llevar por el dolor que me produce vuestra ausencia.

—Volveré a veros, quién sabe si en Móstur.

—Eso espero. Que tengáis un feliz viaje y muy pronto puedan llegarnos interesantes noticias desde Puertorrey. Estoy seguro de que tendréis éxito en vuestra misión, disfrutando además de una cierta libertad que estos muros os han negado durante demasiado tiempo. Nuestro próximo encuentro en Móstur será una de las principales esperanzas por los que luchar en la batalla.

—Saldréis victorioso, y mi hermano será generoso en su recompensa por vuestra valentía.

«Sin duda, ese es mi mayor deseo», pensó el caballero mientras reverenciaba una última vez a la princesa antes de abandonar la estancia.

Ya fuera del castillo, *Sir* Arthur reflexionó sobre aquella última conversación con Taenara. Se sorprendió al pensar que, siendo un hombre capaz de enfrentarse a cualquier otro con sus afiladas palabras, no había sido capaz de revelar a la princesa sus más fervientes sentimientos hacia ella.

«Derrotado por una mujer», se dijo mientras se encaminaba a una de las tabernas más cercanas a la fortaleza real. Allí había quedado con varios soldados que, tras un largo viaje desde el otro extremo de la capital, no habían tenido mucho tiempo para descansar. Con una capacidad de reacción casi fuera de lo común, *Sir* Arthur los había convocado a través de uno de sus sirvientes para encargarles una repentina misión.

—Si le ocurre algo a la princesa, lo pagaréis con vuestra vida —dijo a uno de ellos mientras ponía en su mano una suculenta bolsa de monedas.

Una vez más, los pasos de Taenara serían vigilados de cerca. Esta vez sería por su propio bien, y por el de un amor que *Sir* Arthur había sentido en su interior de una manera casi desmesurada en los últimos días. A partir de aquel instante, una parte de su corazón sufriría una ausencia que esperaba no fuera definitiva.

CAPÍTULO 20: MÓSTUR

—¿Un torneo? —la voz de Zen Walter tronó en la estancia—. ¿Os habéis vuelto loco?

—¿Acaso es malo procurar un poco de diversión a los nobles y la plebe? —el Presthe Grimward dejó de conversar con uno de sus caballeros para aplacar el ánimo del otro zenlor.

—¿No os parece que es el momento menos indicado para dar diversión al pueblo? Los cuerpos de los antiguos miembros del Consejo apenas acaban de encontrar un lugar de reposo, los ciudadanos no confían en el nuevo gobierno de Móstur, Nybnia y Leryon acechan y la guerra es un rumor que cada vez se escucha más a menudo y en voz más alta… ¿y vuestra preocupación es preparar un torneo?

—Mientras descubrimos el alcance de esos rumores y planteamos una estrategia en caso de que sean ciertos, podremos distraer la atención de los ciudadanos. Además, podremos ir escogiendo a los caballeros que se muestren más diestros.

—Subestimáis a los nobles y sus caballeros —respondió Zen Walter, con voz más calmada—. Sabrán que es una estratagema para silenciar sus voces y las del pueblo.

—Yo creo que, por un lado, no les parecerá una mala idea. A ellos tampoco les conviene un pueblo a punto de rebelarse… Y les permitirá un mayor acercamiento al Consejo.

—¿Cuándo fue la última vez que se celebraron unas justas?

—Ya casi ni lo recuerdo… El rey Dunthor era demasiado aburrido. Prohibió los torneos en honor a Athmer.

—Por un lado, comprendo que lo hiciera. Si no me equivoco, la casa de los Daenor perdió a varios de sus caballeros.

—Las reglas eran demasiado permisivas en el uso de las armas. Y hubo quienes aprovecharon para ajustar cuentas pendientes. No será así en esta ocasión. Plantearemos unas normas sencillas… Con desmontar al rival será suficiente, nada de combates cuerpo a cuerpo.

—¿No creéis que de ese modo resultará menos interesante?

—Si el premio al vencedor es generoso, tal vez todo resulte más

sencillo. Digamos que, si le obsequiamos al vencedor con la mitad de lo que gana un miembro del Consejo durante un año, yo creo que resultará un buen motivo para que los mejores caballeros de la ciudad asistan.

—Tal vez sea un premio excesivo…

—Podemos permitírnoslo, ahora que el número de miembros del Consejo se ha visto reducido y, como siervos de Athmer, debemos renunciar a tan generosos sueldos que se ofrecían a los caballeros y nobles que anteriormente eran pagados de forma desmesurada.

—Veo que estáis en todo, Grimward…

—Por supuesto. Además, en estos momentos los nobles están deseosos de manifestar su poder. Imaginad el prestigio que lograría cualquiera de sus casas si uno de sus campeones lograra derrotar a todos sus contrincantes. Seguidme.

Abandonaron la estancia, que en aquel momento se encontraba concurrida por clérigos y caballeros helvatios que se disponían a acudir a las enseñanzas de uno de los zenlores. Grimward se había asegurado de que todos los helvatios recibieran una mayor formación en el conocimiento de los Textos Sagrados. De este modo, los clérigos más ancianos se encargarían de difundir los ancestrales preceptos que ellos habían recibido de sus maestros.

Los pasillos de la Morada no resultaban precisamente silenciosos. Los pasos de los helvatios resonaban en sus abovedados muros. La luz se filtraba tenue, a través de las policromadas piezas de vidrio que, en lo alto, daban forma a los clérigos y caballeros allí representados, hombres que se habían ganado un puesto de honor entre los más destacados helvatios. Encerradas en el interior de mosaicos de vivos colores, las imágenes parecían expectantes guardianes de las galerías centrales de la Morada.

Cruzaron al otro lado de la biblioteca, hasta alcanzar uno de los almacenes repletos de libros que habían quedado en mal estado y esperaban su turno para ser destruidos o recuperados, según la importancia de sus textos y el desgaste sufrido por el implacable paso de los años.

—Me temo que se acerca una guerra —el Presthe habló en voz baja, a pesar de que no había nadie cerca de aquella habitación escondida.

—¿Lo sabéis seguro?

—Me han llegado noticias de Leryon. La muerte de Targosh no ha hecho más que acelerar los pasos que su hijo Kariosh estaba deseoso por dar. Parece que el nuevo rey se ha propuesto recuperar las tierras que un día pertenecieron a sus antepasados y no tardará en abandonar

su ciudad para tomar posesión de la nuestra.

—¿Atacar Móstur? —Los ojos de Zen Walter se abrieron en una expresión de temor.

—Uno de los objetivos que pretendo con este torneo es atraer a los nobles. Les necesitamos a ellos, a sus caballeros, ejércitos… Todo lo que nos puedan proporcionar…

—Kariosh necesitará un poderoso ejército para poder acercarse a nuestras murallas.

—Y nosotros necesitaremos un ejército no menos poderoso para contenerlo. Ahora que el caos amenaza nuestro reino, debemos lograr la unidad del pueblo.

—Aun así, no estoy seguro de que organizar un torneo pueda resultar…

—Les daremos una semana para que los nobles elijan a sus representantes y estos entrenen antes de batirse en las justas. El torneo durará varios días en los que el Consejo deberá estar presente.

—No pienso ir a ninguno de esos combates, Grimward —Zen Walter alzó la voz, nervioso—. No pienso ir a ningún acontecimiento público. ¿Acaso habéis olvidado las matanzas de los nuestros, el asesinato de los miembros del Consejo? No pienso exponerme a ser atravesado por algún nybnio… o cualquier enemigo de Athmer…

—Escuchadme. Es el único modo de atraernos a los nobles y darles unos momentos de gloria frente a todo el pueblo.

—Ni lo soñéis…

—Tres días… Solo os pido que durante uno de esos tres días os sentéis a mi lado en la liza. Llevaremos a todos los guardias que queráis, pero necesito que los nobles nos vean accesibles, atentos a escuchar sus peticiones.

—¿Vais a satisfacer sus caprichos?

—Tenemos que darles algo a cambio de lo que vamos a pedirles.

—¿Y qué se supone que vamos a entregarles?

—No lo sé. Tierras, supongo. Si los leryones atacan Móstur, arrasarán aldeas, ciudades…

—¿Y vamos a prometer a esos nobles que les entregaremos esas tierras arrasadas… y esas ciudades en ruinas? No me parece un buen acuerdo, Grimward.

—Pues entonces tendremos que darles un mayor poder en el gobierno de la capital, pero necesitamos de todos los hombres que nos puedan conseguir, ya sea mediante sus familias o pagando con sus monedas…

—Está bien —Zen Walter accedió finalmente—. Un día. No pienso estar más tiempo viendo a esos caballeros.

—Gracias, Zen Walter.

—Espero que los demás miembros del Consejo estén de acuerdo.

—Lo están —el Presthe tomó un pergamino que había escondido en uno de los libros más antiguos—. De hecho, únicamente falta vuestra firma para que empiecen los preparativos.

Zen Walter tomó la hoja y leyó su contenido. Su rostro no podía evitar el enfado que lo invadía, al verse como el último miembro del Consejo que tenía conocimiento de aquella medida.

—No confiáis en mí, ¿verdad?

—Supe que pondríais más objeciones que ningún otro miembro, así que esperé a que todos los demás estuvieran de acuerdo.

—Tal vez porque todos los demás harán cualquier cosa que les ordenéis sin evaluar los pros y los contras…

—Por eso vuestra firma es la más valiosa —el Presthe extendió su brazo en dirección al escritorio donde poder trazar la última línea del acuerdo.

—¿Y si me niego a apoyar vuestro plan? —preguntó con tono desafiante.

—No os conviene desafiar a la voluntad de los demás miembros del Consejo, Zen Walter.

—¿Es una amenaza? ¿Me ocurrirá algo si no firmo, Zen Grimward?

—Recordad que, como Presthe de la Orden, soy vuestro superior. Cuidad vuestro lenguaje y no volváis a dirigiros a mí de ese modo.

—Mi superior… —repitió Zen Walter—. Therios es nuestro superior común. No sé qué habría hecho él en vuestra situación. Pero de algo estoy convencido: no habría organizado un torneo para entretener al pueblo.

—Tal vez no. Quizá él hubiera buscado otro modo de acercarse a los nobles. Pero al final, el propósito es el mismo: prepararnos para la guerra.

—¿Seguís sin tener noticias suyas? —Zen Walter tomó la pluma y buscó su nombre en el pergamino.

—Así es. He enviado a varios de nuestros caballeros para que pregunten por los alrededores a todos los mercaderes. He ofrecido buenas recompensas a quien nos permita dar con él y traerlo de nuevo aquí. Me temo que, o está muerto… O por algún motivo no quiere regresar a la ciudad.

«Cualquiera de las dos opciones te vendrían bien para no devolverle el poder sobre la Orden», pensó Zen Walter, mientras estampaba su firma.

—Está bien. Si los demás han accedido a vuestro plan, no voy a ser yo quien niegue su aprobación. Pero solo lo hago sobre el papel.

Sabed que esta medida no me agrada lo más mínimo. No es la mejor forma de ganarse a los nobles, ni la más útil en estos momentos tan delicados. Espero que aprovechéis esta oportunidad para poner a los nobles de nuestro lado. Si no los conseguís, tal vez no tengamos que esperar la llegada de Kariosh a nuestras murallas para ver nuestro último amanecer. Recordad bien mis palabras, Grimward.

—Espero poder recordarlas durante muchos años más, Zen Walter. Gracias por vuestra sinceridad.

—No me la agradezcáis. Pedídsela a los demás miembros del Consejo, aunque me temo que ellos valoran más el brillo del poder que la responsabilidad que adquieren al aceptarlo.

Zen Walter no esperó a que el Presthe volviera a enrollar el pergamino. Se dio media vuelta y abandonó la sala, con paso acelerado.

Grimward leyó una vez más las líneas trazadas de su puño y letra. Pronto llamaría a varios helvatios para que difundieran aquella convocatoria por toda la ciudad. Durante tres días, Móstur rendiría homenaje a sus más valerosos caballeros, en una competición que otorgaría fama a una de las casas nobles.

Con una sonrisa dibujada en el rostro, el Presthe fue dejando atrás las estancias y pasillos de la Morada. A la salida del hogar helvatio se encontró con Yar Gregor, que parecía estar esperándolo.

—Acabo de ver salir a Zen Walter. Y no parecía muy contento… ¿Ha firmado?

—Por supuesto. Era el único que quedaba por firmar. Los demás miembros del Consejo se han mostrado bastante más entusiasmados con la idea. Sobre todo, cuando se enteraron de que tú tomarías parte en el torneo.

—Seguro que están entusiasmados por verme derribar oponentes —Yar Gregor no pudo evitar echarse a reír—. Si gano, podré comprar uno de los mejores caballos que hay en la ciudad.

—Querrás decir el mejor… Nunca antes se había previsto semejante premio para el ganador de un torneo.

—Mi padre me contó una vez que en uno de los que participó, el premio era casarse con la hija del gobernador de la ciudad.

—¿Y qué tal lo hizo tu padre?

—Creo que los caballeros se dejaban caer de sus monturas antes de que les rozara la lanza.

—¿Tan fea era la hija?

—Tan poco afortunada como lo era su padre en cuanto a riquezas. De otro modo, habría encontrado algún caballero que aceptara tomarla por esposa, no por su rostro, sino más bien por su oro.

—Pobre gobernador —Grimward sonrió, sarcástico.

—Más bien, pobre hija. Creo que terminó de sacerdotisa de alguna diosa tan fea como ella.

Ambos helvatios estallaron en carcajadas.

—Ojalá Zen Walter tuviera tu mismo humor. La conversación con él no resultaría tan aburrida y abocada a la discusión.

—La edad está causando estragos en su mente…

—No creo que de joven fuera más divertido. Tantos años perdido en sus manuscritos de la biblioteca le han convertido en un hombre poco dado a relacionarse con los demás. No recuerdo haber tratado con un helvatio tan terco y cerrado a cualquier idea.

—Al menos, habéis conseguido lo importante, su firma.

—Sí. Y ahora que hablas de conseguir cosas, ¿tú también has conseguido lo que te encomendé?

—Por supuesto. He llevado esa bolsa de monedas al comerciante que me dijisteis. Estaba en la Puerta Norte, esperando, tal y como habíamos acordado. Me dijo que tenía todo dispuesto para el día del torneo. Por cierto, ¿a qué se refería?

—Me temo que no puedo revelártelo. Es una sorpresa.

—No me gustan las sorpresas.

—No te preocupes. Es un obsequio para el vencedor del torneo.

—¿Y para eso tanto secretismo?

—Bueno, debemos ser cautelosos con todo lo relacionado con el torneo. No quiero que se convierta en un motivo de enfrentamiento entre los nobles. Nuestro pueblo debe permanecer unido.

—Pues si os soy sincero, no creo que vuestra idea sea lo más apropiado para unir al pueblo.

—No te pongas a protestar tú también. Ya he tenido suficiente con escuchar a Zen Walter.

—En realidad, yo estoy encantado con la idea. Espero que, si no sirve para unir al pueblo, al menos me pueda ayudar a mí. Necesito ese caballo…

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer. Tienes una semana para entrenarte.

—De acuerdo, pues si no necesitáis nada más de mí por el momento, creo que eso mismo es lo que voy a empezar a hacer.

—Por el momento, no hay nada más. Puedes marcharte.

El caballero dejó a Grimward a solas con sus pensamientos. El Presthe vio cómo Yar Gregor se alejaba. Sus labios se arquearon en una sonrisa, recordando el encargo que le había hecho.

«Un comerciante…».

Sonrió una vez más.

«Si supieras la sorpresa que estoy preparando…».

CAPÍTULO 21: CAMINO DE PUERTORREY

Targosh siempre había sido un hombre de amplios horizontes en las negociaciones, una cualidad que en cambio no resultaba muy común entre los nybnios, acostumbrados a firmar unos acuerdos comerciales que surtían efectos más inmediatos y perecederos.

Con la llegada del anochecer, Kariosh había hecho llamar a la princesa para entregarle las cartas que debía portar, y darle las oportunas instrucciones para hacerlas llegar a sus destinatarios. Taenara había quedado ilusionada al leer los nombres de algunos de aquellos a los que debería visitar. Disimuló una amplia sonrisa al escuchar el nombre de Sándor, un contrabandista conocido por tratar con piratas, mercenarios, y otros hombres que no gozaban de buena fama entre los más honrados comerciantes nybnios, acostumbrados a unas relaciones guiadas por la justicia de Thariba. Según la carta redactada por el rey, Sándor había gozado durante muchos años no solo del favor de Leryon en unas relaciones comerciales privilegiadas, sino también de la ayuda de numerosos mercenarios que el propio Kariosh le había entregado, con el fin de protegerlo en determinados viajes que resultaban ciertamente peligrosos.

Otro de los destinatarios de las misivas del rey era un sacerdote de Thariba que vivía en las cercanías del majestuoso templo que se había levantado en Puertorrey. Kariosh le había facilitado un gran número de los valiosos volúmenes escondidos en la biblioteca anexa al templo, un tesoro de incontable valor para los más estudiosos siervos del dios nybnio.

No obstante, el principal deudor de la corona de Leryon en la ciudad era el propio gobernante de Puertorrey. La intervención de Kariosh había logrado salvarle la vida en una conspiración que, por fortuna para su familia, no había llegado a salir a la luz. Los mercenarios contratados por los leryones habían actuado con suma cautela para hacer desaparecer a los responsables de aquel oscuro plan.

Las dos primeras jornadas de viaje habían resultado demasiado

tranquilas. Taenara y Salwen tampoco parecían tener excesiva prisa por abandonar el reino de Leryon. Los caballos habían gozado de más descanso del que hubieran tenido cargando con uno de los mensajeros de Kariosh. Los frondosos bosques que rodeaban la capital del reino comenzaban a quedar atrás, dejando en su lugar un paisaje más llano y desprovisto de los gigantescos árboles que durante tanto tiempo habían constituido para la princesa el horizonte que sus ojos contemplaban cada mañana al despertar.

Envueltas en unos ropajes que no resultaban precisamente característicos de la realeza, Taenara y Salwen habían logrado pasar desapercibidas frente a quienes se cruzaban en su camino, leryones tan ocupados en sus rutinarios quehaceres que no habían reparado en la identidad de las dos viajeras, ocultas bajo los pliegos de unas capas de color oscuro que las protegían del azote del gélido aire al mismo tiempo que escondían sus rostros.

—Te va a encantar Sándor —Taenara dibujó una amplia sonrisa mientras sus ojos se perdían en el infinito.

—¿Es apuesto?

—No… Y sí. En realidad, no es que sea uno de esos hombres que te puedan atraer a primera vista. Sin embargo, hay algo en él que… Según decía Kariosh, es uno de esos personajes que siempre sabe encontrar una salida a cualquier situación que pueda poner en riesgo su vida. Es ingenioso, elocuente… capaz de engañar a la mismísima muerte… Y eso lo convierten en alguien atrayente, a pesar de no tener un aspecto físico que resulte llamativo.

—¿Habéis llegado a conocerlo?

—Sí, aunque solo le he visto en una ocasión. Hace dos o tres años, mi padre me permitió acompañarle en uno de sus viajes a las tierras nybnias. Lo único que tenía que hacer era sonreír a nuestros interlocutores mientras él les exponía las cláusulas de los acuerdos a firmar. Según decía mi padre, aquellos comerciantes se mostraban más dispuestos a negociar si tenían frente a ellos una hermosa mujer.

—¿Así que os utilizaba únicamente con ese fin?

—Sí. Pero no me importaba. Al menos resultaba un motivo para salir del palacio y contemplar las hermosas playas de los nybnios, las esbeltas fortalezas levantadas en sus puertos, sus blancos muros. Conocí a Sándor en Puertorrey.

—¿Y qué os dijo? ¿Cuál fue su primera reacción al veros?

—No mostró ningún interés por mí, a diferencia de otros muchos comerciantes, que no hacían más que desnudarme con sus miradas.

—Seguro que vuestro padre firmó muchos acuerdos gracias a vos.

—Tal vez… —por un instante, el rostro de Taenara se ensombreció

al recordar cómo la trataba su padre en aquellos viajes—. Sin embargo, en ningún momento Sándor se dejó influenciar por mi presencia. Era un hombre acostumbrado a pagar bastante bien la compañía de hermosas nybnias. Decían de él que nunca pasaba la noche solo, siempre despertaba junto a alguna de aquellas putas que merodean los puertos para aprovecharse de algún marinero borracho. Sándor era algo exigente con sus compañías nocturnas. Solo escogía a mujeres de ojos azules. Decía que le gustaba perderse en aquellas profundas miradas. Le recordaban los mares que surcaba en sus interminables viajes por tierras desconocidas para la mayor parte de los nybnios.

—Debe ser un hombre interesante, sin duda.

—Es un hombre de mundo, que ha vivido muchas aventuras… Alguien con tantas historias que contar siempre resulta atrayente, ¿no crees?

—Estoy deseando conocerlo —Salwen dejó escapar una sonrisa risueña. Más que conocer a Sándor, lo que realmente quería era conocer su mundo, llegar a lugares que ni siquiera su mente lograba imaginar.

Taenara también deseaba alcanzar lo antes posible las tierras nybnias, encontrarse con los deudores de su hermano y reunir tropas que la siguieran a la tierra de los helvatios.

La conversación había propiciado, una vez más, que los caballos disminuyeran el ritmo de sus pasos. La princesa miró a su alrededor. El horizonte estaba plagado de fértiles praderas cuyo color verde resistía a los tonos rojizos del plácido atardecer. El aire corría gélido pero pausado, expandiendo un agradable olor a tierra mojada provocado por las lluvias caídas durante la mañana. A un lado del camino, una amplia arboleda dejaba al descubierto en su interior la penumbra que muy pronto se haría extensiva a todo el paisaje. A lo lejos, el sol comenzaba su huida.

Taenara sujetó con fuerza las riendas de su caballo, obligándole a pararse.

—¿Qué ocurre, mi señora? —preguntó Salwen, sorprendida.

—¿No has escuchado ningún ruido? —los ojos de la princesa se perdieron en el interior de la arboleda. Cuando volvió la vista a Salwen ya era demasiado tarde. Varios desconocidos habían emergido del interior de unos matorrales situados al otro lado del camino. No parecían ladrones, sino más bien campesinos.

—¿Quiénes sois? ¿Qué hacéis aquí? —habló el hombre que se encontraba más cercano a ellas, armado con una espada que, a juzgar por sus gestos, no debía de saber manejar muy bien.

Taenara bajó del caballo y, con movimientos pausados y una despreocupada expresión en el rostro, dio varios pasos hacia los recién llegados, observándolos atentamente. A juzgar por sus ropajes y aspecto, no parecían ciudadanos de Leryon.

—Detente —habló nuevamente su interlocutor, alzando la espada en tono amenazante.

—Venimos de Leryon —respondió Taenara, sin dudar en ninguna de sus palabras—. Somos sacerdotisas de Daera y nos dirigimos a su santuario de Puertorrey. Leryon no parece un lugar seguro para quienes no compartimos la fe en Lorwurn. Y vosotros, ¿quiénes sois?

Por un momento, el hombre que encabezaba el grupo se sintió tentado de responder a Taenara con un tono más agresivo, pero la belleza de la princesa parecía incitarle a moderar su voz pues, al fin y al cabo, tal y como Taenara había adivinado, aquellos hombres no eran ladrones.

—Venimos de Móstur.

—Pero sois nybnios, ¿verdad?

—Sí. Vosotras huis de una posible persecución que aún no ha comenzado. Nosotros acabamos de dejar atrás una guerra que se ha cobrado la vida de muchos de los nuestros. La persecución desatada por los helvatios ha tenido trágicas consecuencias para aquellos que han tardado demasiado en huir de Móstur. Los siervos de Athmer han tomado el control de la ciudad, y su dios parece empeñado en destruir a nuestro pueblo.

—Móstur se ha alejado de los preceptos de Daera. Si los helvatios han decidido acabar con los siervos de Thariba, es probable que muy pronto también decidan atacar a nuestros hermanos y hermanas de fe.

—Nosotros no somos siervos de Thariba. No servimos a ningún dios. Todos son iguales: rencorosos, crueles…

—Eso es lo que muchos de los sacerdotes logran hacer creer con sus actos. Nuestra diosa Daera es bondadosa y generosa con quienes respetan sus divinas leyes.

—Mucho me temo, mi señora, que las leyes divinas difieren demasiado de las leyes humanas. No conozco vuestra religión, pero no creo que sea muy diferente de las otras.

—En cualquier caso, independientemente de vuestras creencias, creo que nuestro enemigo es el mismo, por lo que os pediría que envainarais vuestra espada. No tenéis nada que temer. ¿Cómo os llamáis?

—Mi nombre es Ferghus. Estos que me acompañan son parte de mi familia y amigos. El resto… me lo arrebataron los helvatios.

El rostro de Ferghus reflejaba el dolor y la ira que afligía a todos

cuantos lo seguían. Taenara repartió la mirada entre todos ellos, unos cincuenta hombres, y una veintena de mujeres y niños. No serían los únicos nybnios que habrían logrado escapar de la mano ejecutora de Athmer. La princesa sintió lástima de todos ellos, aunque no pudo evitar otro pensamiento que se manifestó en ella con más fuerza, la idea de utilizar la tragedia vivida por los nybnios en Móstur para ganar un mayor número de aliados.

—Los helvatios deben pagar por los crímenes cometidos contra vuestro pueblo. Su crueldad no debe quedar impune.

—¿Qué podemos hacer? —Ferghus miró a su alrededor—. Somos pocos, y ni siquiera somos guerreros, solo comerciantes…

—No necesitáis empuñar la espada si podéis pagar a otros que lo hagan por vosotros. He conocido a muchos comerciantes capaces de dirigir los destinos de su pueblo.

—No tenemos mucho más de cuanto veis. Dejamos atrás nuestras riquezas para poder salvar nuestras vidas.

—¿Dónde llevabais a cabo vuestra actividad? —en esta ocasión fue Salwen la que preguntó, mientras caminaba hasta situarse junto a Taenara.

—Disponemos de varios talleres en Yark. Desde allí cubríamos la llamada «ruta nybnia» hasta llegar a Móstur y sus alrededores, donde nuestros productos eran siempre bien acogidos…

—Pero ahora no os dirigíais a Yark —insinuó Taenara.

—Temimos que la ruta nybnia estuviera vigilada por los helvatios, así que tuvimos que optar por otros caminos que creímos más convenientes, lejos de la mirada de los mostures; sendas más peligrosas para caminantes solitarios, pero más seguras para un grupo numeroso que no tiene nada que ofrecer.

—Os equivocáis —habló la princesa, alzando la voz—. Si pensáis que no podéis hacer nada contra aquellos que os arrebataron lo que es vuestro, estáis muy equivocados. Mi padre decía que debe temerse al comerciante antes que a un soldado. La historia así lo ha confirmado, sobre todo en lugares como Móstur, donde la espada del rey se forjaba con el oro de los nobles más poderosos e influyentes. Durante años, las casas con mayores riquezas forcejearon por sentar en el trono a uno de sus primogénitos. Conspiraciones y crímenes, incluso entre hermanos… sangre de color dorado, como decían algunos.

—No habláis como una sacerdotisa… ¿Cuál es vuestro nombre?

La princesa valoró por un momento la opción de revelar su verdadero nombre y naturaleza. Aquellos nybnios no parecían tener nada en contra de Leryon.

—Tienes razón, Ferghus. No soy sacerdotisa, aunque sí es cierto

que sirvo a la diosa Daera y mi deseo es consagrarla mi vida. Mi nombre es Taenara, y soy la hermana de Kariosh, rey de Leryon.

Al escuchar las palabras de la princesa, los nybnios comenzaron a hablar entre ellos, primero en susurros, después en un tono de voz con palabras que llegaron a oídos de Taenara. Todos se preguntaban por qué la princesa de Leryon huía de su tierra, abandonando su pueblo para dirigirse a Nybnia.

—Mi devoción por Daera está por encima de todo cuanto haya podido poseer o me hayan ofrecido, como hija del rey Targosh y princesa de Leryon.

Ferghus parecía más sorprendido que ninguno. El comerciante hizo un gesto casi inconsciente, una leve inclinación de cabeza, como acostumbraba a hacer cada vez que se presentaba ante un monarca nybnio.

—Mi señora… Aun así, me resulta difícil de creer cómo podéis haber dejado atrás vuestro pueblo, a vuestra gente…

—Os dije que Leryon no parece un lugar seguro para todos aquellos que no siguen los preceptos de Lorwurn.

—¿Ni siquiera la hermana del rey puede sentirse a salvo?

—Me temo que no. Así que, ahora que ya nos conocemos, me gustaría pediros que, si vuestros pasos os llevan cerca de Puertorrey, nos permitáis ir con vosotros. Mi consejera, Salwen, también sirve a Daera. Tenemos un cometido que realizar en Puertorrey.

—Por supuesto que podéis acompañarnos.

—Gracias. No disponemos de muchas provisiones, pero tenemos oro…

—No os preocupéis por eso. Tuvimos que dejar atrás nuestros hogares, pero por fortuna disponemos de provisiones más que suficientes. No hace falta que nos paguéis.

—Entonces, ¿podemos confiar en vosotros?

—Por supuesto —Ferghus dejó escapar una inocente sonrisa—. Tal vez no compartamos vuestra fe, pero esa no es razón para que no podamos compartir el camino a Puertorrey. En estos momentos, nuestro único enemigo habita en Móstur y sirve a un dios de rostro desconocido.

—¿Os gustaría ver derribada la estatua de Athmer, y su templo consumido por las llamas? —la expresión de Taenara se tornó severa, como si por un momento aquella imagen cobrara vida en su interior.

—Sí —contestó el comerciante, con rotundidad—. Y si viera esas llamas devorando también a los helvatios, creo que ya podría morir en paz.

—En ese caso, creo que puedo ayudaros a ver cumplido ese deseo.

—Pero vamos en dirección opuesta a Móstur…

—Confiad en mí, y tened paciencia. Ahora somos pocos, pero, si podemos aprovechar vuestra influencia en tierras nybnias y consigo cumplir con mi cometido en Puertorrey, os aseguro que los helvatios tienen mucho que temer.

Aquellas palabras despertaron la curiosidad de Ferghus pero, sobre todo, le hicieron confiar en que muy pronto regresaría a las tierras de los helvatios para recuperar parte de lo que habían perdido. Para cuando se quiso dar cuenta, llevaban un rato avanzando juntos. Encabezando el grupo, se encontraban él, Taenara y Salwen, de modo que nadie más había escuchado aquellas palabras. Cuando miró nuevamente a Taenara, descubrió en ella una media sonrisa que, sin duda, ocultaba un plan que tal vez pronto le daría a conocer.

—Quiero verlos muertos… a todos ellos —sentenció el comerciante, recordando la última imagen que había contemplado en Móstur, una escena de llanto y muerte que desde ese instante le perseguía al caer la noche.

CAPÍTULO 22: MÓSTUR

Móstur amaneció teñido por el color rojizo de un cielo limpio, vacío de nubes. El viento rugía con fuerza en el extremo más elevado de la ciudad. Los estandartes de la Orden Helvatia se agitaban con virulencia en lo más alto del castillo, como si Athmer quisiera recordar a los ciudadanos quién era el único y verdadero soberano de todos ellos.

La Plaza del Poder estaba más concurrida de lo habitual a esa misma hora de la mañana. Si a diario eran los comerciantes los transeúntes más madrugadores que cruzaban el recinto, en esta ocasión fue otro grupo de hombres el que recorría el centro de la capital, haciendo resonar sus voces y risas, contagiadas de unos a otros a medida que los asistentes aumentaban en número.

En el estrado empleado como principal testigo de la justicia de Athmer, la horca y la espada habían sido sustituidas por una mesa en la que se trazaban los preparativos para un nuevo evento creado en el seno del Consejo. En el lugar ocupado en anteriores ocasiones por el verdugo, un escriba parecía el principal protagonista de la escena. A su alrededor se congregaban hombres que no perdían detalle de cuanto escribía el zenlor, que respondía en un tono malhumorado a unos y otros.

—De uno en uno, maldita sea —protestó el individuo bajito y enclenque que estaba sentado a la mesa, tomando nota de los caballeros que participarían en el torneo.

—*Sir* Belfath el «Bravo» —pronunció uno de los caballeros, en tono arrogante—, de la casa Dronnar.

—De esa familia de traidores no puede salir nada bueno —susurró alguien, no muy lejos.

—*Sir* Belfath de los Dronnar —corrigió el escriba—. No me interesa si sois bravo, fuerte, valiente o feo… Decidme vuestro nombre y la casa a la que representáis. No más de cinco caballeros por casa. ¿Tenéis la acreditación de vuestro señor?

—Por supuesto —*Sir* Belfath se sintió menospreciado—. Si no acudo yo al torneo, no sé quién iba a representar mejor a mi señor.

Aquí tienes —le entregó el pergamino con la firma del noble al que representaría.

—Está bien —el zenlor comprobó que todo estaba en orden—. Podéis marcharos. ¡Siguiente!

—*Sir* Erion de la casa Karter. Aquí tenéis la acreditación de mi señor, el noble lord Kevan, heredero de…

—No me interesa la vida de vuestros señores —lo interrumpió el escriba mientras tomaba la hoja que le entregaba el caballero—. Apartaos y dejad paso al siguiente. No quiero que se me haga de noche en este incómodo asiento… Rápido, tú. Dime…

—*Sir* Gódor, de la casa Belster —respondió un caballero entrado en años, de tez oscura y cabellos grisáceos.

—Abuelo, este torneo es para caballeros, no para los que lo fueron hace cien años.

Las palabras pronunciadas por *Sir* Belfath provocaron sonoras carcajadas entre aquellos que lo acompañaban. En cambio, a *Sir* Gódor no le hizo mucha gracia. Miró de forma despectiva al otro caballero a medida que se fue acercando a él.

—*Sir* Belfath… el «Bravo», ¿verdad? Decidme una cosa. ¿Os llaman así porque realmente lo sois o porque simplemente… aparentáis serlo? Tenéis suerte de que las justas se decidan a lomos del caballo. Os aseguro que si permitieran decidirlas en combate a espada seríais el primero en perder algo más que la poca dignidad que os caracteriza.

—Si me enfrento a ti, anciano, sabrás lo que es besar la tierra. Soy mucho mejor jinete que cualquiera de los de tu casa…

—Tu emblema del caballo negro no asusta ni a la flor de la casa Starleth. Y de todos los caballeros de los Dronnar, tú eres el que menos valor ha demostrado. Eres tan joven como inexperto.

—Espero tener la suerte de enfrentarme a ti, para que puedas comprobar si tengo la experiencia y el valor suficiente.

—Rezaré a Athmer para que nos congregue, frente a frente. Así podrás recibir unas cuantas lecciones que te vendrán muy bien…

—¡Callaos ya, maldita sea! —gritó el escriba mientras se levantaba del taburete—. Iros de aquí y continuad vuestras disputas fuera de la plaza… Tú, ¿cómo me has dicho que te llamabas?

Las risas se adueñaron de aquellos que se encontraban alrededor de los caballeros, esperando una nueva provocación por parte de alguno de ellos. Pero, para su desilusión, cada uno se marchó por un extremo de la plaza.

—Los Dronnar siempre tan altivos —Yar Gregor perdía su mirada en una de las manzanas que estaba a punto de coger. Frente a él, un comerciante echaba un puñado de nueces en una balanza de platos

oxidados—. He conocido a pocos de sus jinetes que hagan honor a su emblema. Más que un caballo negro, deberían haber elegido un *poney*.

—Cierto —asintió el mercader, esbozando una amplia sonrisa—. No he conocido a muchos miembros de la casa Dronnar. Ninguno de ellos parece necesitado de mis mercancías. Pero he de confesar que ese, en particular, debe de ser el más estúpido de cuantos caballeros les sirven. Le gusta pavonearse por la plaza, acompañado de pálidas muchachitas que se sonrojan cuando les recita alguno de esos poemas de bellas princesitas y héroes valerosos…

—Por favor… Vas a hacer que me siente mal la manzana —Yar Gregor había mordido el fruto una primera vez.

—Imposible, Yar Gregor. Estas manzanas son de…

—No me interesa de dónde es la mercancía que traes. Prefiero que me hables de algunos de los caballeros con los que es posible que me enfrente.

—¿Vais a participar en el torneo? ¿No resultaría un tanto… inadecuado?

—¿Inadecuado? —repitió Yar Gregor, con la boca llena.

—Bueno. Es el Presthe de vuestra Orden quien organiza el torneo. Si participan los caballeros helvatios, muchos podrían pensar que se os vaya a favorecer en los emparejamientos…

—Deja de decir estupideces, Galt, o la próxima semana no permitiré que nadie se acerque a tu roñoso tenderete. Por Athmer, ¿no te das cuenta de que tienes un aspecto lamentable? Otro día ya puedes aparentar estar más limpio, o todos los habitantes de la ciudad pasarán de largo al ver cómo tus sucios dedos manosean los frutos que ellos no querrán comer.

—De acuerdo, Yar Gregor. No hace falta que seáis grosero conmigo…

—Grosero no, realista. Mira a la joven hija de Myrth. Su presencia atrae a cuantos quieren comer algo.

—Más de uno preferiría poder comérsela a ella.

—No creo que alguno se atreva a intentarlo, al menos delante de su padre. No me gustaría probar la fuerza de ese comerciante. Pero fíjate en su hija, cómo habla con los transeúntes, cómo sonríe —Yar Gregor dio otro mordisco a la manzana, con la mirada fija en la muchacha.

—Si tanto os gusta, ¿por qué no vais a comprar a su tienda, en vez de venir aquí a insultarme?

—Me gusta venir a hacerte compañía —Yar Gregor frunció el ceño —. Deberías ser más amable con tus clientes… Como ella.

—Podéis ir a hablar con ella, si así os sentís mejor tratado…

—No, Galt. Prefiero charlar contigo…

—Qué honor —respondió el comerciante, con tono divertido.

—Ella no conoce a los caballeros y nobles como tú. No me puede mantener informado de lo que hacen algunas de esas víboras que andan sueltas por la ciudad. Y seguro que no cuenta historias como las tuyas.

—Como veis, yo también tengo mi manera de atraer a los clientes.

—Sí. Si fueras un poco agraciado de cara tendrías a media ciudad comprando tu mercancía.

—Eso no os gustaría… No tendría tiempo para charlar con vos y contaros mis historias.

—Cierto. Y hoy me apetece escuchar algo sobre caballeros. Observa a todos estos que pululan por la plaza como mariposas en una mañana primaveral. Algunos de ellos… No sé, es la primera vez que los veo. Mira aquel grandullón de allí. ¿Quién es?

—A ese le he visto varias veces merodear por el barrio nybnio. Se llama *Sir* Cleggor, de la casa Marly. El emblema que luce bordado en el pecho es su perro de ojos sangrientos. Pero en particular me parece que, a excepción de Cleggor, el resto de caballeros de los Marly parecen más bien unos cachorros. En cambio, él podría compararse más a un lobo. Si os enfrentáis a él, tened cuidado. Tiene un buen manejo de la espada con la mano derecha, y la fuerza de un oso.

—Y el aspecto también —Yar Gregor masticaba ruidosamente—. ¿Ves por qué prefiero hablar contigo? La hija de Myrth solo habría podido decirme lo feo que es Cleggor. Pero el torneo no lo ganan los guapos, sino los más diestros y valientes… y quienes mejor conocen las debilidades de su oponente. Y aquí veo un gran número de posibles oponentes…

—¿Competirá algún helvatio más, aparte de vos?

—Creo que Yar Bolfren dio un salto de alegría cuando fue llamado por el Presthe. Y créeme, nunca había visto a ese grandullón separar los dos pies del suelo a la vez.

—Será difícil hacerle caer de su montura.

—Para su montura será difícil poder cabalgar cargando con semejante peso. Creo que, aparte de él, no habrá ningún otro caballero de nuestra Orden que pueda competir. El Presthe dijo que necesitaba a todos los que pudiera reunir para ayudar a los soldados de la ciudad a hacer guardia desde las murallas y a vigilar a cuantos se encuentren en las gradas… —Yar Gregor se fijó en otro de los más jóvenes caballeros que se paseaban por la plaza—. Esos Dronnar eligen protectores demasiado jóvenes.

—Sí… Jóvenes y apuestos, como diría alguno de mis clientes. Hay

rumores de que hace tiempo que lord Vyrion se cansó de su mujer… y de las meretrices que acudían a su palacio.

—¿Eso dicen?

—Hay quienes afirman haber visto a alguno de sus «protectores» abandonar sus aposentos a primera hora de la mañana.

—Así que lord Vyrion quiere probar nuevos placeres… ¿Te imaginas esos mismos rumores en la casa de los Marly? No me imagino a *Sir* Cleggor saliendo de los aposentos de su lord a primera hora de la mañana —el yar apuró un último bocado de la manzana.

—Lord Vyrion es un hombre de tendencias un tanto… complejas.

—Los Dronnar siempre se han caracterizado más por sus conspiraciones que por sus… cambios de gustos. Lo único cierto en sus caballeros es que parecen todos hechos con el mismo molde: jóvenes, inmaduros… estúpidos y engreídos. Espero que en el torneo ellos sean los primeros en caer. Con un poco de suerte alguno se romperá las costillas y así podremos reírnos un buen rato.

—Supongo que sería de lo más divertido.

—Sería más divertido si alguno pudiera resultar atravesado por una espada… Pero el Presthe ha prohibido la suerte del combate, así que me temo que no veremos muchas muertes.

—Pero, Yar Gregor…

—Solo estaba bromeando, Galt. No deseo la muerte a ninguno de esos jóvenes bastardos. Pero no les vendría mal una lección. Mira, un caballero de la casa Lorioth. Parece que lord Belson ha elegido a su campeón: Yar Wistler.

—¿Yar Wistler no compite como uno de los vuestros?

—Aunque sea uno de los nuestros, ese caballero siempre estuvo muy ligado a los Lorioth, ya desde su niñez. El Presthe le ha permitido formar parte del torneo portando el escudo con el águila de alas extendidas. Es un gran jinete, y todo un experto en el manejo de la lanza. Será un rival muy complicado de batir.

—¿Con quién está hablando? —Galt se extrañó al contemplar la apariencia del hombre que lo acompañaba, cuyo rostro permanecía oculto bajo la capucha de una túnica grisácea.

—No lo sé, aunque, a juzgar por su forma de caminar… —Yar Gregor abrió los ojos dibujando una expresión sorprendida—. No, no puede ser.

—¿Quién es?

—No creo que sea él. Lleva mucho tiempo sin dejarse ver por la ciudad.

—Desde luego, sea quien sea su confidente, no quiere dejarse ver. ¿Quién creeis que es?

—Lord Belson.

—¿Lord Belson? Eso es imposible. Desde la ejecución de los Hortten y las trágicas muertes de los miembros del Consejo no se le ha vuelto a ver por la plaza. No creo que fuera a arriesgarse a…

—Hoy es el mejor día para arriesgarse, con toda la plaza repleta de caballeros y escuderos, guerreros y hombres de espada… ¿quién se iba a atrever a cometer un crimen? Creo que voy a ir tras ellos…

—Yar Gregor, deberíais preocuparos menos por las compañías de los vuestros.

—Tienes razón, pero la curiosidad…

—La curiosidad encierra muchos peligros…

—Gracias por el consejo, Galt. Por esta vez te haré caso. Más que nada, porque siento un profundo respeto por Yar Wistler y me parecería rastrero espiar sus movimientos como si desconfiara de él.

—¿Acaso hay motivos para desconfiar de alguno de los vuestros? —las palabras de Galt resultaron sinuosas, algo que no gustó a Yar Gregor.

«No quiero darte ningún rumor que luego puedas ir contando a otros», pensó el caballero.

—De veras que estaba buena esa manzana. Dame otra —el caballero sacó una moneda y se la lanzó al comerciante, que la atrapó con agilidad—. Esto del torneo va a venirte bien, ¿verdad?

—¿Así lo creéis?

—Por supuesto. El torneo atrae a los nobles y caballeros. Los nobles atraen a los miembros de su familia, ansiosos por ver sus emblemas ondeando junto al vencedor. Los caballeros atraen escuderos, sirvientes y aprendices, así como a un gran número de damas que estarán encantadas de entregar una prenda al vencedor de la lid.

—Los caballeros ya tienen quiénes les sirvan la comida a ellos y a sus monturas, y las damas se alimentan a base de suspiros por sus héroes…

—Bueno, pues entonces reserva una cesta de manzanas para mí —el caballero echó a andar.

—¿Os marcháis?

—Creo que por hoy ya hemos hablado bastante. Yo también tengo que ganarme mi salario. No me pagan por pasarme la mañana comiendo manzanas en tu tienda. Ya seguiremos hablando sobre nuestros queridos caballeros… y los amantes de cierto noble.

Yar Gregor se despidió con una sonrisa que encontró respuesta en la carcajada del mercader.

El helvatio pasó entre los jóvenes escuderos de los Marly. Se fijó en

los ojos rojizos del perro que lucía uno de ellos en el estandarte que sujetaba con absoluta devoción. Aquellos niños no pasarían de los doce años, pero ya hacían gala de la fidelidad que todo escudero debía mostrar ante la casa a la que servía o en la que incluso se criaba. Los Marly siempre habían mantenido a los escuderos demasiado cerca de los suyos. La historia así lo recordaría a través de un trágico episodio, una traición forjada en las propias estancias de los más poderosos miembros de la familia.

Cerca de ellos, el toro de los Belster también se dejaba ver en el pecho de algunos de sus caballeros, que hablaban entre ellos, burlándose de uno de los elegidos para el torneo.

En los aledaños de la plaza, los guardias recorrían en grupo cada una de sus callejuelas. En grupos de diez o más, perdían sus desconfiadas miradas en algunos de los recién llegados, a quienes no se había visto por Móstur en mucho tiempo.

En una de aquellas callejuelas, Yar Gregor localizó de nuevo al desconocido que, escondido bajo los pliegues de su túnica, seguía manteniendo su rostro oculto mientras continuaba su conversación con Yar Wistler.

«El águila de los Lorioth lo observa todo desde su torre».

Aquellas palabras eran repetidas por Therios en numerosas ocasiones tras un encuentro con el noble. Yar Gregor se preguntó por el Gran Maestro. Zen Grimward le había dicho que lo más probable era que hubiera muerto. Pero él conocía bien a Therios, y estaba convencido de que era demasiado astuto como para dejarse matar de manera fácil.

Por un momento, su mente imaginó que el hombre que conversaba con Yar Wistler podría ser más mayor que lord Belson.

«No puede ser», desechó la idea de que aquel desconocido fuera Therios. Pero no pudo evitar buscarle una vez más con la mirada, hasta encontrarle a punto de perderse por una de las callejuelas. Sus pasos resultaban pausados, de forma que era Yar Wistler quien parecía acomodarse a su caminar; gesticulaba con los brazos, pero siempre con la cabeza un tanto agachada. Definitivamente, aquel individuo deseaba pasar desapercibido entre los transeúntes de la plaza, y la gélida mañana le hacía pasar por uno de tantos viandantes que protegían su rostro del aire que azotaba la ciudad.

Incapaz de aplacar su curiosidad, Yar Gregor se decidió a seguirlos. Aceleró sus pasos y pronto alcanzó la boca del callejón. Le llegó un desagradable olor a podredumbre al tiempo que sus botas pisaban un suelo sucio y pegajoso. Un arco en medio del camino ocultaba parte del trazado de aquella calle que se estrechaba cada vez más. Cuando

se adentró en la oscuridad, sintió un hedor a orín fundido con el inconfundible «aroma» destilado por el pescado derramado a uno y otro lado. Estuvo a punto de pisar a uno de los gatos que pronto se darían un auténtico festín. A excepción del helvatio y su enigmático acompañante, allí no había nadie más, a punto de cruzar el oscuro umbral al otro lado de una piedra que, al igual que el suelo, se veía como una superficie abandonada, salpicada por la suciedad que inundaba el callejón como si de una fétida cloaca se tratara. El caballero tuvo que contener la respiración por un instante hasta dejar atrás aquella basura derramada a uno y otro lado del camino. Por delante de él, los hombres a los que seguía se adentraron en un establecimiento sobrio y, a juzgar por su fachada exterior, casi tan maloliente como el callejón. Yar Gregor no recordaba haber entrado nunca en lo que sin duda parecía uno de los antros más sucios y oscuros de Móstur. Casi de forma inconsciente, se aseguró de tener la espada envainada, así como el cuchillo que ocultaba al otro lado de la cintura. Era un gesto que en los últimos días repetía con frecuencia, con la sensación de tener que echar mano de sus armas. Desde la masacre de los miembros del Consejo, el Presthe evitaba pasar demasiado tiempo sin la compañía de hombres como él, y el ambiente en el castillo estaba tan enrarecido que hasta sus muros se mostraban como acechantes conspiradores.

«La fragua de Kuinsen», leyó en un carcomido cartel que colgaba junto a la puerta. Tras mirarlo una y otra vez, finalmente optó por entrar. Al fin y al cabo, en una taberna pequeña no podían caber demasiados enemigos de la Orden. Por si acaso, su mano izquierda se aferró a la empuñadura del cuchillo mientras que con la derecha empujaba la puerta, que se atrancó cuando apenas había dejado al descubierto la penumbra del interior. Tuvo que empujar una segunda vez para que la entrada le cediera el paso.

Al otro lado, el local era incluso más pequeño de lo que parecía visto desde fuera. Apenas cabían un par de mesas rodeadas de taburetes, cerca de una barra que el tabernero se empeñaba en mantener limpia, a pesar del sombrío aspecto que revestía toda la estancia. Paredes ennegrecidas y lámparas tan escasas como tenues eran sus llamas, velas que descansaban en el interior de apliques oxidados e inclinados hacia un lado.

El suelo, formado por negros tablones de madera, crujió a su paso. De este modo atrajo la atención del hombre que, al otro lado de la barra, tenía un aspecto acorde con el interior de la posada.

—Buenos días, mi señor… ¿qué puedo ofreceros?

Antes de que el caballero pudiera contestar, una mano se dejó caer

sobre su hombro al tiempo que la voz de Yar Wistler le evitaba un sobresalto.

—Gregor… Qué sorpresa verte por aquí. Aunque no creo que tú puedas decir lo mismo, ¿verdad?

—Te dije que nos seguía alguien —añadió el desconocido, cuya voz resultó familiar a los oídos del recién llegado.

—En ese caso, me alegro de que sea él y no otro. Ya que has descubierto nuestro rincón secreto, será mejor que tomes algo. A Kuinsen le gusta que no falte un buen vino en las conversaciones de su taberna.

—¿Es amigo vuestro? —preguntó el dueño del local.

—Por supuesto. Es Yar Gregor, uno de mis compañeros helvatios. Servidle cuanto desee.

—Una copa de vino —solicitó el caballero, con la mirada perdida en el encapuchado que, en la penumbra de las sombras, apenas dejaba al descubierto parte de sus grisáceas barbas.

—Traednos otra jarra —añadió Yar Wistler—. Y también otra hogaza de pan, queso y chorizo, que hoy tengo hambre.

El tabernero se marchó presto a cumplir la orden.

—Espero que, a pesar de tu cercanía a Zen Grimward, sepas guardar el secreto de cuanto aquí se diga o mencione desde este mismo instante.

—Sabes que el Presthe no es uno de mis mejores amigos, a pesar de que ahora pase demasiado tiempo protegiéndolo de sus invisibles enemigos.

—¿Invisibles? —inquirió el encapuchado—. Me temo que los enemigos de Grimward son cada vez mayores en número y en ferocidad.

—Los enemigos de Grimward son también los de toda la Orden —sentenció Yar Gregor.

—En eso estamos de acuerdo. Y quién sabe si también lo son de aquellos que, no siendo miembros de vuestra orden, hemos estado conviviendo con la familia real.

El desconocido se quitó la capucha.

—Dargus…

—Pareces sorprendido, Yar Gregor… —el anciano tenía un aspecto cansado.

—Pensaba que estarías…

—¿Muerto?

—No, muerto no; pero sí muy lejos de aquí —replicó Yar Wistler.

—Me marché para cumplir con mi deber: proteger a la reina y su familia de toda esta locura. Ojalá hubiera podido hacer lo mismo con

el rey Dunthor —habló con tristeza—. Ojalá hubiera podido salvarlo también a él.

—¿La reina está a salvo?

—Sí. Tanto ella como sus hijos y el hermano del rey. Tuvimos que escapar antes de que los rebeldes acabaran también con ellos. Desde entonces no han vuelto a pisar Móstur. Ni creo que lo hagan. Tarya nunca ambicionó el poder. Por eso no ha tenido ningún inconveniente en dejar atrás todo esto y rehacer su vida. Por lo que he podido averiguar a mi regreso, los clérigos de vuestra orden piensan de otro modo.

—Grimward cree que las leyes de Athmer son las que han de regir la ciudad.

—Más bien son sus propias leyes —el anciano tenía la mirada cegada por el odio—. Ese Presthe siempre ha ambicionado un puesto que no le correspondía.

—El Gran Maestro Therios ha desaparecido, así que él es quien ahora mueve los hilos de la Orden.

—¿Qué opinión te merece como nuevo líder de la Orden? —Dargus bebió un largo trago de su copa—. ¿Te parece más justo que Therios?

—Therios siempre fue considerado como un hombre cruel incluso con los suyos…

—Therios siempre buscó lo mejor no solo para los miembros de vuestra Orden, sino para la estabilidad de un reino que ahora está a punto de llorar sangre…

—Te equivocas, Dargus —insistió Yar Gregor—. Therios siempre fue despiadado…

—Siempre ha habido muchos que no han merecido la clemencia que en ocasiones se ha mostrado con ellos. Como Gran Maestro, Therios no podía ser débil. No confundas mantenerse firme con ser injusto. Ahora que él no está, Grimward va a imponer una dictadura que condenará a toda la ciudad. No podéis permitirlo, Yar Gregor. Tienes que hablar con los demás, hacerles entrar en razón…

—Los demás miembros del Consejo son de la misma opinión. Grimward ha envenenado sus mentes…

—No me refiero a esas serpientes escondidas bajo sus capas. Habla con los caballeros que más influencia tienen en la Orden…

Dargus bajó el tono de voz cuando el tabernero llegó hasta ellos, portando una jarra repleta de vino hasta los bordes y una fuente con pan, queso y trozos de chorizo cuyo olor se expandió por el local. Dargus y los helvatios eran los únicos clientes que en aquel momento se encontraban en el hogar de Kuinsen, su «fragua».

—Ya era hora —Yar Wistler cambió de tema nada más verlo—.

¿Querías matarnos de hambre?

—Aquí tenéis. Un buen vino para acompañar el delicioso queso de mis ovejas.

—Gracias, amigo —Dargus tomó un pedazo y esperó a que el posadero se alejara lo suficiente como para retomar la conversación sin que los escuchara.

—Debes hablar con ellos, Gregor.

—Te equivocas de hombre, Dargus. Mi obligación es servir a mi Orden, y a quienes la lideran. Hice un juramento…

—Grimward no es el líder de vuestra Orden…

—Ahora que Therios ha desaparecido, sí.

—¿Y qué ocurriría si Therios regresara? —el anciano tomó un pedazo de queso y lo miró, pensativo—. ¿Piensas que Grimward renunciaría a sus actuales privilegios y obedecería las órdenes del Gran Maestro si este le obligara a dejar el poder? —esperó la respuesta del caballero mientras saboreaba un primer bocado.

—Si Therios regresara, mi obligación sería servirle a él. Y la de Grimward también…

—Grimward no lo hará —intervino Yar Wistler—. Sabes que no se dejará arrebatar el poder. Hará cualquier cosa por mantenerlo…

—Incluso matar a Therios —sentenció Dargus, poniéndose en pie.

—¿Adónde vas? —inquirió Yar Wistler.

—Tengo que regresar —el anciano apuró su copa y dejó un par de monedas sobre la mesa—. No tengo ni un solo segundo más que perder. Es posible que no llegue a tiempo.

Dargus no esperó un instante más a escuchar las preguntas de los helvatios. Se despidió del tabernero y abandonó la estancia tras aquel frugal desayuno.

—¿A tiempo de qué? —preguntó Yar Gregor.

—A tiempo de evitar una locura —respondió Yar Wistler, pausadamente.

—¿Qué locura?

—El regreso de Therios.

—¿Así que él sabe dónde se encuentra el Gran Maestro?

—Por supuesto que lo sabe. Por cierto, en su presencia no vuelvas a criticar a Therios. Créeme, no te conviene.

—Yo solo he sido sincero con él. Además, ¿por qué no me conviene?

—Porque… Mierda, no debería contarte estas cosas. Tú ahora estás demasiado cerca de Grimward y sus clérigos. No te conviene saber nada acerca de los posibles cambios que están por llegar.

—A la mierda Grimward y sus ambiciosos clérigos. ¿Por qué no me

conviene criticar al Gran Maestro en presencia de Dargus?

—Porque Dargus y Therios… son hermanastros.

CAPÍTULO 23: CAMINO DE MYNTHOS

—No deberíamos detener la marcha —protestó Teddy cuando el tahúr insistió en dejar descansar a los caballos—. Esos bastardos nos sacan demasiada ventaja.

—¿Quieres que uno de ellos acabe muerto esta noche? —Derit señaló a los animales, exhaustos tras la dura jornada de viaje.

—Nosotros también debemos reponer fuerzas —añadió Morley—. A mí también me gustaría encontrar cuanto antes a esos hijos de puta, pero no debemos arriesgarnos tanto… No, sabiendo que Genthis y sus guardias han salido en su persecución.

—Ese Genthis tal vez haya desistido —Teddy escupía sus palabras, irritado por la impotencia de no poder emplear sus herramientas con sus enemigos—. Quién sabe, lo mismo ha decidido regresar a Móstur tras este estúpido juego de persecuciones…

—Genthis es un hombre de honor —intervino Zen Varion—. Nunca abandonaría la misión que le ha sido encomendada.

—¿Nunca? —el mercenario se resistía a confiar en la guardia real—. Fue el Consejo quien le encargó la misión de encontrar a los nybnios… Pero no hay nybnios a los que encontrar, solo a unos malditos mercenarios a los que no sabemos quién contrató para acabar con vuestros compañeros. ¿Crees que Genthis pondrá en peligro la vida de sus hombres por encontrar a esos mercenarios?

—Genthis nunca ha desistido de cuantas misiones se le han encomendado —la expresión de Zen Varion se tornó severa—. A diferencia de otros valora su honor por encima del oro que puedan pagarle.

—¡Ya basta! —tronó Morley. Ya sea por el oro, por el honor o por los dioses, vamos a continuar hasta alcanzar a los mercenarios. Se nos encomendó la misión de encontrar a los nybnios. Y hay una cosa que tengo clara: no voy a regresar con ningún prisionero. Cogeremos las cabezas de esos bastardos y se las llevaremos al Consejo para que las cuelgue en el salón donde se reúnen o hagan con ellas lo que quieran. Y así quedaremos todos un poco más contentos.

—Eso no nos devolverá a nuestros compañeros muertos —susurró

Zen Varion, fijando la mirada en Darr. El discípulo tenía las manos entumecidas por el frío.

—Haremos una hoguera —intervino Derit.

—Darr y yo traeremos leña. Así aprovecharemos para rezar nuestras plegarias.

—De acuerdo —Morley amarró a su caballo—. «Más vale que vuestro dios os haga algo de caso, porque va a resultar muy difícil encontrar a nuestros enemigos», se dijo mientras le venía a la cabeza la imagen de Flint, su rostro palidecido por la muerte y su mirada perdida.

—¿Tú también crees en el honor de Genthis y sus guardias? —preguntó Teddy cuando los helvatios desaparecieron a la vista—. No creo que arriesguen sus vidas por la causa de los clérigos, y menos por la nuestra.

—Tal vez nunca haya confiado demasiado en el capitán —reconoció Morley—, pero sin duda él y sus hombres son nuestra única esperanza.

—Gracias por vuestra fe en mi ayuda —dijo Derit, abriendo los brazos.

—Perdona si desconfío de un extraño que ni siquiera sé cómo ha llegado hasta nosotros ni por qué quiere seguirnos a todas partes.

—A todas partes no…

—Sí, a todas partes —Morley caminó en círculo alrededor del tahúr—. Primero nos quisiste acompañar hasta Bélingdor. Y ahora, nos quieres llevar hasta el templo de Thariba…

—Hasta el lugar en el que se encuentran esos mercenarios —corrigió Derit—. No se me ha perdido nada en el templo del dios nybnio…

—El dios nybnio, el dios de los helvatios… —Teddy se acomodó en una roca—. ¿Por qué se empeñan tanto en servir a esos dioses, si lo único que han hecho con ellos es maltratarlos?

—¿Acaso crees en los dioses, Teddy, o es que tu cerebro empieza a congelarse?

—Muy gracioso, Morley —sonrió el «Inquisidor»—. Me refiero a que… No entiendo por qué se dejan esclavizar por esos dioses…

—Todos somos esclavos de los dioses —replicó Derit.

—Nosotros no —Teddy frunció el ceño.

—Vosotros también —insistió el tahúr, jugueteando con una de las monedas que Zen Varion le había dado—. No todos los dioses tienen apariencia humana.

—¿Te refieres a eso? —Teddy señaló el metal que relucía entre los dedos de Derit—. Yo no soy esclavo del oro, pero lo necesito para

comer…

—Y también para beber —sonrió Morley.

—Sí. Y para vestirme, comprar armas, apostar… y follar…

—¿En ese orden? —preguntó Derit, con tono divertido.

—Depende de cuánto haya bebido —respondió Teddy, esbozando una sonrisa que por un momento borró su seria expresión—. Y hablando de beber… Cómo echo de menos una buena jarra de vino, cerveza… o cualquier bebida que pueda hacerme entrar en calor. Este maldito frío…

—Nos acercamos a las Templarias. Más vale que te acostumbres a estas temperaturas lo antes posible. Cuando alcancemos el Paso de los Colmillos todo será frío y nieve a nuestro alrededor.

—Los dioses podían haber elegido un lugar menos gélido para establecer su morada —Morley miró a lo lejos. El sol moría más allá de la cordillera, en un rojizo anochecer que mantuvo por un instante su mirada hechizada.

—Mynthos —Derit se sentó junto a Teddy—. Tierra de mitos y realidades donde la frontera entre unos y otras aún no parecen muy definidas.

—¿Qué clase de mitos y realidades? —preguntó el «Inquisidor», invadido por la curiosidad.

—Espera a que vengan los helvatios y encendamos la hoguera.

—Eso —sonrió Morley—. Cuando vengan los clérigos y caiga la noche contaremos historias de miedo alrededor del fuego, como cuando éramos niños y nuestros hermanos mayores se empeñaban en llenar nuestros sueños de horribles seres.

—Yo no tuve esa suerte —replicó el tahúr.

—¿No tuviste hermanos mayores?

—Mis hermanos mayores son mucho más crueles… Pero no quiero aburriros con mis problemas familiares.

—Sí, eso decidimos hacer nosotros hace mucho tiempo, ¿verdad Teddy?

—Sí. Desde que conocimos a Vidok —aquel comentario provocó la carcajada de ambos mercenarios.

—Dime una cosa, Derit —Teddy no podía dejar de mirar al tahúr y sus hipnóticos movimientos con la moneda que una y otra vez desaparecía entre sus dedos—. ¿Tú también tienes un dios? Te lo pregunto porque, hasta el momento, todos los que creen en algún dios de apariencia humana están resultando demasiado… peligrosos.

—¿Peligrosos? ¿Acaso teméis a los clérigos helvatios?

—En realidad, es una historia un poco más compleja. Perseguimos a unos nybnios que mataron a muchos de sus compañeros…

—Nybnios que realmente son mercenarios —corrigió Derit.

—Sí. Y nos acompañaba un helvatio más, uno de esos caballeros que se hacen llamar… Yar.

—Un Yar al que tuve que matar porque él quería hacer lo propio con uno de los clérigos.

—¿Helvatios que quieren matarse entre ellos? —Derit parecía sorprendido.

—Sí. Resulta una historia un tanto compleja —reconoció Teddy.

—Ya lo creo —Derit repartió su mirada entre los mercenarios—. Una historia extraña, con miembros de la guardia, helvatios y mercenarios que persiguen a otros mercenarios. Ya lo creo que resulta complejo.

—Y en cuanto a ti —Morley llevó la conversación al punto que quería—. ¿Quién eres realmente? ¿De dónde eres?

—Soy un hombre que pasa su tiempo de viaje en viaje, de taberna en taberna, de historia en historia…

—Pero ¿de dónde eres? —insistió Morley.

—Eso mismo me gustaría saber a mí también. No sé dónde nací, ni conozco a mi verdadera familia. Desde que tengo uso de razón me he visto recorriendo las tierras de Móstur y Leryon, vagando sin rumbo fijo, ganándome la vida con diferentes oficios que he ido aprendiendo a lo largo de los años. Aprendiz y maestro herrero, artesano… He desempeñado trabajos que ya casi ni recuerdo. Trabajos con la madera, con la arcilla, con el hierro y el acero…

—Entonces, manejas bien la espada, ¿no es así? —preguntó Morley.

—Por supuesto —Derit miró de reojo el arma que colgaba a su espalda—. Desde muy pequeño me inicié en el uso del acero, como medio de defensa. Ello me ha ayudado a deshacerme de ladrones y bandidos…

—Has logrado esquivar a la muerte, al igual que nosotros.

—Sí —sonrió el tahúr—. Al menos hasta ahora. Quién sabe lo que nos aguarda en las tierras de los dioses.

En ese momento aparecieron Zen Varion y Darr, llevando un montón de leña cada uno.

—Es la hora de una buena historia —dijo Teddy—. Casi de noche y a punto de encender una hoguera…

—Es el momento de llenar el estómago —interrumpió Morley—. Tengo tanta hambre que me comería cualquier bicho que encontrara arrastrándose por el suelo…

—Los hijos del fuego comen escorpiones y serpientes —Teddy se levantó y ayudó a los helvatios a colocar la leña para la hoguera.

—Esos desgraciados han sufrido la maldición de los dioses —Derit se acercó a una hoguera a punto de ver la primera llama—, habitando unas tierras que no les proporcionan algo mejor. Por desgracia, ahora hay bichos más grandes y peligrosos.

—Dragones, ¿no es así? —Morley se acomodó junto al tahúr—. Hay quienes afirman que esas bestias han regresado, que un día dejarán el norte y arrasarán con todo lo que encuentren a su paso… El dios dragón acabará con todo…

—Otro dios empeñado en destruirlo todo —Teddy sintió la severa mirada de Zen Varion—. Lo siento si os hiero con mis creencias, Zen, pero en mi opinión viviríamos más y mejor si no existieran los dioses.

—No creo que los hombres fueran más bondadosos en una tierra sin dioses —replicó el clérigo—. ¿No os parece?

—Deja a los dioses tranquilos, Teddy —Morley sonrió al contemplar la primera llama de la hoguera—. Ellos no tienen la culpa de que los hombres se maten unos a otros.

—De acuerdo… —miró el fuego que crecía alimentado por hojas y pequeñas ramas que eran devoradas con rapidez—. Bien, Derit, ya estamos todos, sentados a la hoguera…

—Y con el estómago vacío. Tráenos algo de comer, Darr. En las alforjas del caballo de Teddy encontrarás pan y tal vez algunos de esos frutos que siempre lleva consigo.

—Seguro que sí —añadió el «Inquisidor»—. Coge cuanto quieras, muchacho. Si te gustan las nueces y almendras encontrarás una bolsa repleta de ellas.

El novicio asintió y caminó hacia los caballos. Él también estaba hambriento. Necesitaba comer, aunque fuera un puñado de frutos con los que engañar al estómago. Tomó una hogaza de pan que entregó a Morley. El mercenario la repartió entre todos y se hizo un breve silencio en el que el pan fue desapareciendo, ocupando el hueco de unos estómagos vacíos desde hacía horas.

—Por favor, Derit —insistió Teddy—. Tú que conoces estas tierras, cuéntanos algo sobre esas famosas leyendas que se extienden más allá de las Templarias.

—No sé —a la luz de la hoguera, el rostro de Derit resultaba aún más enigmático—. No me gustaría que esta noche tuvieras pesadillas.

—Creo que ya hace mucho que dejé de creer en historias de brujas y fantasmas. De niño los cuentos de mi abuelo me resultaban fascinantes, pero con la edad uno va perdiendo ese interés por la magia.

—Tal vez sea el momento de recuperar ese interés por lo poco convencional. Imaginaos que aquellas dos montañas son una gran

puerta a un mundo mágico… Mágico y peligroso.

—¿De verdad crees en esos cuentos? —Teddy no pudo contener la risa.

—Historias, no cuentos. Historias que hablan de seres fascinantes, como los dragones. ¿Tampoco crees en la existencia de esas bestias? Deberías abrir tu mente a lo desconocido, viajar más por otras tierras. Te sorprenderías al comprobar que, en ciertos lugares, la magia y la realidad conviven y se suceden como la noche y el día.

—¿Vas a contarnos una de esas historias? —insistió Teddy—. No me importa si es un suceso o una leyenda, pero me gustaría escucharla. Podríamos olvidarnos por un momento de la puta realidad que estamos viviendo.

Derit asintió y paseó su mirada por una audiencia que aguardaba expectante, entusiasmada por escuchar sus palabras.

—Está bien —Derit se frotó las manos, pensativo—. Os contaré una historia acerca del Templo de Thariba. Juzgad vosotros en qué punto el relato abandona la realidad para convertirse en mito. Cuentan los nybnios que uno de sus más poderosos sacerdotes viajó a las tierras de Móstur. El mismísimo Thariba le había hablado en sueños, ordenándole acudir al palacio del rey para pedir la libertad de algunos comerciantes condenados a muerte. El sacerdote así lo hizo. Solicitó audiencia con el monarca y le convenció para que dejara en libertad a los de su pueblo.

—¿De qué estaban acusados? —preguntó Teddy.

—De ayudar a los leryones, vendiéndoles armas y caballos para la guerra. Lo cierto es que Kyrón, el sacerdote nybnio, era un hombre tan sabio como elocuente. Pagó la libertad de aquellos hombres haciendo llegar a Móstur mercancías y riquezas procedentes de Yark, así como mercenarios que se unieran a los ejércitos de la capital en su guerra contra los leryones. En agradecimiento a Thariba y su sacerdote, los liberados decidieron levantar un templo en honor a su dios, y emplazaron a Kyrón para que él mismo decidiera el enclave de la construcción. En un auténtico desafío a los dioses de Móstur y Leryon, el sacerdote nybnio eligió las Montañas Sagradas. «¿Por qué no ha de haber sitio allí para un dios más?», replicaba a quienes le advertían de las consecuencias de su decisión. Así que, ajeno a las súplicas de algunos de los otros sacerdotes, Kyrón ordenó construir el templo en un recóndito emplazamiento, perdido al otro lado de tortuosas sendas rodeadas de precipicios, como si en aquel lugar escondido pudiera pasar desapercibido a los ojos de Athmer y Lorwurn. Los dioses de Mynthos nunca perdonarían semejante afrenta. Imaginaos el alcance de la ofensa, dejando entrar en su hogar a un dios extranjero, teniendo

que escuchar a diario las plegarias de sus sacerdotes. Kyrón se había ganado el favor de Thariba con el levantamiento de aquel templo, pero aquello le había supuesto la condena a muerte por parte del resto de deidades.

—¿Cómo murió? —Teddy tenía los ojos bien abiertos y la mirada fija en Derit.

—Kyrón quedó satisfecho con la construcción levantada en honor a Thariba. El templo era magnífico, cimentado en roca firme, y alzado sobre la base de esbeltas columnas que sostenían sus adornados muros. El presente a Thariba resultaba extraordinario, como lo era la ofensa a los otros dioses. En el centro de la construcción, sellada con una gigantesca piedra, la Cámara Sagrada escondía las ofrendas de algunos de aquellos comerciantes que gracias a Kyrón y al dios nybnio habían salvado la vida. Corrió el rumor de que el templo estaba repleto de riquezas. Y bueno, ya sabéis lo que ocurre cuando en un lugar habitado únicamente por unos cuantos hombres se acumula el oro.

—Ladrones… —Teddy rompió el breve silencio dejado por Derit.

—Exacto. No importa lo escondido que esté el oro, ni las duras condiciones de las Templarias, ni el eterno castigo que aguarda a quienes tratan de robar lo que pertenece a los dioses. Hay bandidos que habitan las montañas y, como águilas que acechan desde lo alto, siempre encuentran a su presa, sobre todo si esta reluce demasiado.

—¿Saquearon el templo? —inquirió Darreth.

—Sí. O al menos lo intentaron.

—¿No lo consiguieron? —Teddy frunció el ceño—. Solo estaba guardado por un puñado de sacerdotes, ¿no?

—Se cuentan diferentes versiones de lo sucedido —Derit parecía disfrutar con un público tan entregada a su relato—. En este punto de la historia la realidad se confunde con el mito. Algunos afirman que fueron los sacerdotes de Thariba quienes acabaron con los bandidos. Algo poco probable debido a que generalmente los siervos del dios nybnio no poseen ningún adiestramiento en combate. Otros afirman que los bandidos mataron a los sacerdotes y fue el propio Thariba quien vengó la muerte de sus siervos, acabando con los ladrones. Pero todos los relatos tienen un punto en común: afirman que ahora el templo de Thariba está protegido por los espíritus de esos sacerdotes.

—Seguramente esos malditos ladrones no sobrevivieron al frío y acabaron pudriéndose en algún lugar perdido de las montañas.

—Hay quienes afirman haber visto esos espíritus —el tahúr miró fijamente a un escéptico Teddy—, envueltos en los hábitos negros propios de los siervos de Thariba. «Los trece espectros», los denominan

algunos, los guardianes del templo y de las Montañas Sagradas.

—¿Quién puede afirmar la existencia de esos espectros? —preguntó Morley—. Seguramente, quienes lo han hecho son nybnios, o alguien pagado por los nybios para difundir el miedo a cuantos pretendan interrumpir la paz de su templo.

—Al menos ese parece un motivo de peso para no creer en la leyenda. ¿Qué opináis vosotros? —Derit se dirigió a los helvatios—. Imagino que, como clérigos de Athmer, vuestras creencias no son tan simples como las de los mercenarios.

—¿Simples? —protestó Teddy—. Solo creo en aquello que puedo ver y percibir con los sentidos.

—Os aseguro que si os encontráis con uno de esos espectros lo veréis. Aunque espero que no podáis percibirlo a través de otros sentidos. Sería una forma un tanto horrible de morir, ¿verdad? Asesinado por un mito…

—Tonterías —Teddy se puso en pie—. Esos seres pertenecen a la imaginación del hombre, y más concretamente a la de esos hechiceros, brujos y sus aprendices que consumen extrañas sustancias que trastornan sus mentes y deforman la realidad para convertirla en un lugar habitado por ilusiones.

—Entonces, ¿todos aquellos que creen en los dioses…?

—Creen en mentiras, en mi opinión. Fueron los hombres quienes crearon a los dioses y no al revés. Nuestros ancestros los imaginaron, para utilizarlos como arma con la que someter al resto de mortales.

—En eso te equivocas —habló Zen Varion.

—Será mejor que tratemos de descansar —intervino Morley, cambiando el rumbo de una conversación que iba a la deriva del enfrentamiento—. Continuaremos nuestro viaje antes de que amanezca. Así que será mejor que dejéis a un lado vuestras diferentes opiniones sobre los dioses y os centréis en recuperar fuerzas si no queréis comprobar pronto quién de vosotros estaba realmente en lo cierto.

—Está bien —Teddy acató la orden—. Haré la primera guardia…

—Yo me encargaré —respondió Derit—. No tengo sueño y la visión de las montañas me resulta de lo más gratificante en esta hora de la noche.

—Está bien, Derit. Como quieras —Teddy dejó escapar un sonoro bostezo—. No voy a discutírtelo. Se me han quedado las piernas dormidas y el resto de mi cuerpo empieza a sentir envidia.

Morley dirigió la vista a las Templarias, cuyas siluetas se recortaban en un anochecer a punto de caer sobre ellos.

—A mí no me resulta precisamente gratificante contemplar esos

gigantes de roca. Preferiría la visión de una de nuestras más bulliciosas ciudades…

—Con sus bulliciosos burdeles —Teddy se acomodó en el suelo.

—Y vosotros —Derit se dirigió a los helvatios, que no parecían vencidos por el cansancio—. ¿No dormís?

—Yo no —Zen Varion se puso en pie—. Darr, duerme. Necesitas descansar.

—Vos también, maestro.

—No. Prefiero quedarme un instante más, rezando a Athmer hasta que se apague el fuego.

—Como queráis —Derit pasó junto a los helvatios—. Estaré vigilando los alrededores por si acaso esos asesinos han decidido darse la vuelta y huir de las Templarias.

Derit se escabulló entre las sombras que poblaban la noche. A su alrededor, todo fue silencio, una estremecedora calma que parecía un enemigo más acechando en un paraje gélido y sombrío.

Las nubes hicieron desaparecer la luna, y cualquier resto de luz que pudiera asomar en el firmamento. Zen Varion contempló absorto las últimas llamas que, menguando hasta convertirse en hilos de fuego, dejaron un rastro de humo que se desvanecía al contacto con un aire inquieto. El clérigo recitó sus últimas plegarias cuando la negrura alcanzó a todo cuanto les rodeaba. El silencio únicamente era quebrado por la profunda respiración de Teddy. El «Inquisidor» mantenía la boca abierta, dejando escapar una melodía monótona que no parecía incomodar a cuantos, tumbados a su alrededor, ya se habían unido a él en el mundo de los sueños.

Fue allí donde Teddy encontró a esos seres de los que le había hablado el tahúr. En el sueño aparecían como sombras levitando en el aire, moviéndose como las llamas del fuego, deslizándose sinuosamente entre unas pétreas columnas que, por un instante, parecían moverse también.

Morley también soñó con espectros que, escondidos bajo los negros ropajes nybnios, caminaban entre los árboles cercanos al templo, troncos enclenques que se convertían en hielo al contacto con aquellos seres.

Zen Varion fue el último en cerrar los ojos, el último en ver a los «trece» asomándose al umbral de su imaginación. Tampoco pudo distinguir sus caras, eran sombras que, como sigilosos guardianes, aguardaban el momento de caer sobre aquellos que se atrevían a adentrarse en sus tierras.

Darreth se quedó dormido segundos después de cerrar los ojos. Su imaginación lo llevó a un rincón perdido, escondido en las

profundidades de un sótano presidido por una roca gigantesca que brillaba de forma tan hermosa como inusual. Soñó que caminaba lentamente, a la luz de las antorchas que iluminaban la estancia con juguetonas llamas bailando al unísono. Los pasos del novicio resonaban en unas paredes decoradas con la imagen de Athmer, una silueta sin rostro que sostenía el báculo del dios de la luz. Unos metros por delante de él, la roca brillaba más aún. De repente, se movía, girando hacia un lado para abrirle el paso a una oscura estancia. En su interior solo se escuchaba un susurro, un murmullo creciente que pronto se transformó en una voz, después en varias, hasta convertirse en un eco de lloros y lamentos que horrorizarían a cualquiera, voces suplicantes que quedaban ahogadas con el sonido del acero.

La noche avanzó lentamente para Derit. El tahúr se subió a un árbol desde el cual observaba a sus compañeros, cuyas siluetas quedarían pronto ahogadas por una intensa negrura que durante horas permanecería ocultando el bosque.

El amanecer se observaba aún demasiado distante cuando la calma del bosque fue interrumpida por unos pasos. El tahúr bajó del árbol, lentamente. Caminó hacia sus compañeros, consciente de que muy pronto las pisadas llegarían hasta ellos. Se acercó a las rocas que los mantenían parcialmente ocultos y aguardó en silencio.

—¡Morley!

La voz resultó tranquilizadora para el mercenario, que despertó cuando escuchó su nombre por segunda vez.

—¿Sí? Vidok… ¿dónde estás?

—Por fin os encuentro —la figura del grandullón irrumpió de forma majestuosa—. Tenéis que venir conmigo, rápido.

—¿Habéis encontrado a esos malnacidos?

—Sí —el mercenario sonrió, mordaz—. Hemos encontrado su rastro y los chicos los están siguiendo. Esos bastardos han decidido adentrarse en las montañas, a través del sendero que conduce hasta el templo de Thariba.

«Tal y como él nos dijo», Morley pensó en las palabras de Derit y su convicción de saber el destino al que se encaminaban los otros mercenarios. «Más nos vale que la historia que nos contó sea un mito».

—¿Estás seguro? —preguntó a su amigo.

—Absolutamente. Seguidme, no hay tiempo que perder. Tenemos una cita con esos hijos de puta.

CAPÍTULO 24: MÓSTUR

Yar Gregor había contemplado cómo la adarga de *Sir* Cleggor hacía caer al último de los Belster, que se retorcía de dolor en el suelo tras romperse la pierna. Aquel había sido el mayor incidente acontecido en la penúltima jornada del torneo, donde todo había quedado ya decidido para enfrentar a los dos últimos campeones, los que se disputarían el suculento botín ofrecido por Zen Grimward en lo que muchos consideraban un generoso acto impropio de él.

El caballero helvatio permanecía en el templo de Athmer, pensativo, rememorando algunos de los momentos excepcionales de unas jornadas a las que había asistido de manera obsesiva, estudiando a cada uno de sus posibles adversarios. El toro de los Belster había sido el primero en sucumbir ante la adarga helvatia, rauda y ágil como una liviana espada de movimientos casi imperceptibles. El recuerdo del caballero *Sir* Gerath derribado en el suelo, envuelto en una nube de polvo, resultaba ciertamente agradable; una escena que Yar Gregor había logrado repetir en varias ocasiones, acabando con las ilusiones de todo aquel que tenía la mala fortuna de encontrarse en su camino.

—Suerte, compañero —Yar Gregor se giró para contemplar a quien le acababa de hablar, ya fuera del recinto sagrado.

—¿En serio? —sonrió al ver a Yar Bolfren—. ¿Serías así de cortés en una batalla? No te imagino deseando suerte a un adversario antes de atravesarle con tu espada.

—¿Tan mala concepción tienes de mí como para considerarme tu enemigo? Reconozco que el premio es suculento. Me pregunto si es verdad que Zen Grimward está dispuesto a pagar tanto dinero… No acabo de creérmelo.

—Ni yo. Pero permíteme que no te desee suerte para nuestro enfrentamiento. Necesito ese dinero y tú has tenido la desgracia de ser el último obstáculo que me queda para conseguirlo. No te preocupes —esbozó una media sonrisa—, procuraré que no te hagas daño al caer.

—Gracias por tu benevolencia. Pero has de reconocer tu fortuna en

los cruces. Mientras que tú has derribado a *Sir* Belfath en la primera embestida, yo he tenido que sufrir mucho para tirar de su caballo al gigante de los Marly.

—¿Bromeas? Tan grande como torpe… Ese Cleggor podrá imponer respeto con su aspecto, pero en un combate así el único que lo teme es el caballo que tiene que soportar su peso.

Ambos estallaron en carcajadas mientras Yar Gregor imitaba los torpes movimientos del caballero representado por un perro que al final había resultado ser un cachorro.

—Aún así, ese *Sir* Belfath ha resultado ser demasiado patético. Creo que después de ver cómo ha sido derribado, su señor ya está buscando nuevos caballeros que puedan defenderlo. ¿No crees que has sido demasiado duro con el muchacho?

—Tenías que haber visto cómo ese bastardo se burlaba de uno de los caballeros de los Belster, el veterano Gódor.

—Más que veterano, yo diría el centenario *Sir* Gódor. No dudo del valor de su experiencia para dirigir la guardia personal de los Belster, pero creo que sus fuerzas ya no le acompañan lo suficiente como para poder enfrentarse a los más jóvenes.

—Algunos hombres son demasiado orgullosos como para reconocer que su tiempo ya pasó…

—Demasiado estúpidos, diría yo —Yar Bolfren se detuvo por un momento—. Aun así, creo que has sido demasiado despiadado con ese joven engreído de los Dronnar. Por poco le arrancas la cabeza con la adarga.

—Que aprenda para la próxima vez. Seguro que ahora muestra un poco más de respeto. ¿Sabes lo que me dijo antes del enfrentamiento?

—¿Se atrevió a provocarte?

—Insinuó que yo era un cobarde.

—No me lo creo…

—Sí. Dijo algo así como… que él no estaba maniatado como los hombres a los que he sentenciado en la plaza.

—¿En serio? —Yar Bolfren no podía creer que alguien se atreviera a hablar de aquel modo al brazo ejecutor de Zen Grimward—. Menudo hijo de puta.

—Sí. Lástima que el caballo no se le cayera encima. ¿Viste cómo lloraba?

—A decir verdad, me fijé más en cómo te acercabas a él. Pensé que lo ibas a rematar.

—Ojalá hubiera podido.

—¿Qué le dijiste?

—Cuando llegué hasta él sus lágrimas ya le llegaban a los pies. Se

echó la mano al hombro. Dijo que se lo había dislocado. ¿Sabes qué le respondí?

—Solo vi que le ponías la mano en el hombro. Pensé que era un gesto de compasión…

—¿Compasión? Lo que hice fue agarrarle fuerte para hacerle más daño. Le dije que la próxima vez que se atreviera a provocarme le dislocaría la cabeza.

—Vaya, de haber sabido que *Sir* Belfath era tan estúpido habría disfrutado más viendo el combate. He de reconocer que llegué a sentir lástima por él. Un joven de apariencia tan inocente…

—Un joven que no tardará mucho en morir en un combate absurdo. Pero olvidémonos de ese estúpido caballero, si es que se le puede denominar así. No queda mucho para nuestro enfrentamiento, ¿no crees que deberíamos guardar un poco las apariencias?

—¿Cómo? —Yar Bolfren acariciaba un amuleto que colgaba de su cuello—. ¿Hacer creer a los ciudadanos que somos enemigos?

—Bueno, resulta un tanto extraño vernos a los dos juntos, charlando amistosamente cuando en apenas una hora vamos a estar frente a frente. ¿No te has fijado en cómo nos miran algunos?

—Es la envidia que les corroe, sabiendo que uno de nosotros esta noche va a regresar a su hogar con un buen saco repleto de oro. Oye… ¿Y si hacemos una cosa?

—No pienso compartir mi dinero contigo. Sabes que necesito esa recompensa… Toda la recompensa.

—Ya veo que no hay forma de tratar contigo. Ni siquiera sabes lo que te iba a proponer.

—Te conozco desde que éramos niños, y esa mirada lo dice todo. ¿Has chantajeado con tu palabrería a alguno de los que has vencido en el torneo?

—Por supuesto que no. Y tampoco iba a proponerte repartirnos el dinero. Soy casi tan orgulloso como tú. Prefiero caer derrotado y sin una moneda antes que suplicar piedad para ver un poco de oro.

Llegaron a un cruce en el que la calle de la izquierda conducía al hogar de los Lorioth.

—En fin —Yar Bolfren extendió la mano en un gesto al que el otro caballero respondió—, creo que nuestros caminos se separan, por el momento.

—Me alegro de poder enfrentarme al fin a un rival digno. Nos vemos en un rato.

Yar Gregor caminó en dirección opuesta a su amigo. Por el camino, algunos de los numerosos viandantes le dirigían miradas de respeto, temor y odio en similares proporciones. Ser el brazo ejecutor de la

Orden, la espada de Athmer, era un cargo que le había alejado de muchos que antes podrían ser considerados sus amigos. Desde la imposición de la «dictadura de Athmer», se había convertido en un hombre que inspiraba muy poca confianza incluso entre los de la propia Orden Helvatia. Los novicios recién iniciados en el culto al dios de la Luz lo miraban con temor, como si una sola palabra suya fuera suficiente para condenar a muerte a cualquier hombre, mujer o niño. Y aunque dentro de la Morada el caballero se sentía respetado y excesivamente halagado, fuera de aquellos muros percibía que el peligro acechaba demasiado cerca. Aun así, no solía hacerse acompañar de una guardia personal que lo siguiera a todas partes. No quería que nadie invadiera su soledad.

La ciudad estaba imbuida de un ambiente festivo que contrastaba con los sucesos más recientes. El torneo había congregado a gentes llegadas de todos los rincones del reino, contagiadas por el bullicio que se respiraba en las calles. La música desbordaba las plazas, que se llenaban de historias cantadas por los más famosos bardos al compás de dulces melodías de arpas, flautas, cítaras y laúdes, alimentadas con el estruendo de tambores y trompetas que simulaban las más ancestrales batallas, contiendas magnificadas por quienes las contaban como si ellos mismos las hubieran presenciado.

A su paso por alguna de las plazas, Yar Gregor recordó escenas que distaban mucho de poder desatar las risas y bailes que en aquellos momentos invadían Móstur. Se acordó de Zen Grimward. El líder de la Orden Helvatia había logrado que Athmer se adentrara en la vida de la ciudad, apoderándose de sus leyes mientras el pueblo reía, bebía y festejaba la celebración de un torneo que aquel mismo día llegaría a su fin. El caballero se preguntó qué pasaría después, tras el despertar de aquel breve sueño. Cuando los ciudadanos sintieran el peso de la mirada de Athmer, tal vez las risas se tornarían en llantos. «Voy a terminar mellando mi espada», se dijo mientras imaginaba que pronto tendría que sustituir la inofensiva adarga por el implacable filo de una hoja que volvería a reclamar sangre.

Cuanto más se acercaba a las afueras de la ciudad mayor era la muchedumbre que poblaba los caminos. Las voces de los comerciantes apenas se distinguían entre el gentío que inundaba los alrededores de la muralla, hasta ocupar la totalidad de una liza que pronto debería quedar despejada para el último combate. Yar Bolfren era un rival al que muy pocos tenían el orgullo de haber batido en uno de los numerosos entrenamientos a los que sometía a sus discípulos. Muchos jóvenes caballeros habían sentido el roce de su espada roma que, consciente de no ser capaz de abrir un corte, había golpeado con

fuerza a quienes menos precauciones tomaban a la hora de defenderse. Como maestro en el arte de la espada, ya fuera a pie o a caballo, Yar Bolfren inspiraba el mayor de los respetos, así como un gran cariño por parte de la mayor parte de los nobles. Algunos de ellos eran incapaces de comprender cómo un hombre tan honorable estaba al servicio de la casa Lorioth, antaño salpicada de sangre de reyes y gobernantes.

«En la hora del combate, todos le aclamarán». Por un momento, la mirada de Yar Gregor desprendió un odio solo comparable con el que había sentido al verse frente a *Sir* Belfath. En unos instantes, aquel lugar se llenaría de gente deseosa de verle morder la arena. Aquel pensamiento le hizo sentirse aún más fuerte. «Disfrutaré viendo los rostros de esos bastardos cuando tire a Yar Bolfren de su caballo». Tal vez Zen Grimward sería el único en alegrarse de su victoria. O tal vez ni siquiera él. El nuevo líder de la Orden resultaba ser toda una caja de sorpresas, una impenetrable mente repleta de pensamientos que se escapaban a la imaginación del resto de mortales. En ese aspecto, entre Therios y Grimward no parecía haber muchas diferencias. Ambos resultaban tan enigmáticos como implacables a la hora de impartir la justicia de Athmer.

Las nubes se aproximaban desde el horizonte y, como un océano oscuro, amenazaban con desbordar un firmamento que se preparaba para derramar su agua antes del anochecer.

Yar Gregor llegó al pabellón reservado para los caballeros de la Orden Helvatia, una tienda austera en comparación con las de los representantes de la nobleza. Un aroma a incienso lo envolvió con su fragancia. Por un momento, fue como si entrara en el templo de Athmer en mitad de una de las ceremonias de los clérigos, en las que el humo se elevaba al igual que las plegarias de sus oraciones y cantos. Sin embargo, la tienda estaba vacía. Custodiada en el exterior por varios guardias, le otorgaba la soledad requerida para concentrarse en aquellos momentos previos al combate. Se alegró de que así fuera, de que no hubiera nadie para darle un consejo. En realidad, no era capaz de imaginar a alguien que le ayudara a afrontar su combate con Yar Bolfren, el preferido de todos. Una imagen de Athmer sería su único confidente. Sobre una mesa de madera, aquella estatuilla concentraría su mirada mientras, en voz baja, dejaba escapar una breve plegaria en la que solicitaba ayuda al dios de la Luz.

Fuera de la tienda, el recinto donde se había de librar el último enfrentamiento era un hervidero de ciudadanos que, poco a poco, comenzaron a agolparse en torno a la muralla, en los graderíos de madera que Zen Grimward había ordenado construir para albergar a

un público ávido de un espectáculo que llevaba mucho tiempo sin dejarse ver en Móstur. Sentado en uno de los tronos colocados en su tribuna, el Presthe disfrutaba de la visión de toda una ciudad entregada al evento. Las banderas y estandartes se multiplicaban por doquier a pesar de las derrotas sufridas por las casas nobles que representaban. El graderío rebosaba de alegres colores y voces que emplazaban al comienzo de la contienda. La mirada del líder de los Helvatios se regocijaba en el éxito de su plan: todo un pueblo a sus pies, mientras sigilosamente Athmer retomaba el poder que un día vio parcialmente arrebatado por la ambición de los nobles. Muy pronto, solo habría una ley, la recogida en los Textos Sagrados.

Yar Gregor volvió en sí al sentir que su mano derecha temblaba por momentos, como si no estuviera dispuesta a cumplir su cometido. Respiró profundamente en varias ocasiones, hasta que el nerviosismo se fue desvaneciendo. Su enfrentamiento con Yar Bolfren reflejaría en realidad el pulso que mantenía con un pueblo que comenzaba a odiarlo. El brazo ejecutor de la Orden, el asesino enviado por Athmer… Muchos ya le odiaban casi tanto como a Therios o a Grimward. Muy pronto, una pequeña parte de ese odio se haría presente ante él, en una liza rodeada de aquellos que querían verlo caer. Se prometió que no les daría ese placer. «El asesino enviado por Athmer». Eran palabras que había escuchado en varias ocasiones, provocando que, por un instante, llegara a odiar aquello en lo que se había convertido. Pero no había marcha atrás. La sombra del dios de la Luz crecía en Móstur y sus alrededores de igual modo que crecían los enemigos en las fronteras. La única manera de hacer frente a esos enemigos era extender el fanatismo por Athmer; multiplicar sus discípulos era una labor que requería sacrificios, como el de su propia alma, que muchos veían como corrompida a los ojos de cualquier dios que pudiera considerarse justo. Un sudor frío recorrió su cuerpo. En el exterior las voces se multiplicaban. No las entendía, pero estaba seguro de que se volverían contra él, deseando lo peor para el brazo ejecutor de la Orden. Muchos no se conformarían con verlo caer, preferirían verlo morir aplastado por su montura.

«No voy a darles ninguna satisfacción».

Respiró con fuerza una vez más antes de ponerse en pie. Sus ojos miraron por última vez a la estatua de Athmer antes de girarse para afrontar el combate contra Yar Bolfren, y contra casi todo Móstur. Por un instante, le pareció creer que toda la ciudad se había congregado en aquel recinto para manifestarle su odio, para insultarle y, quien sabe si también para atentar contra su vida. La mirada se le nubló, la imagen de Athmer pareció moverse, las cosas se oscurecían a su

alrededor. Necesitado de aire, salió precipitadamente de la tienda, tambaleándose. El viento creciente del atardecer le ayudó a recuperarse, a volver a la normalidad.

La muchedumbre estalló en gritos de júbilo cuando Yar Bolfren hizo su aparición en un recinto que los guardias se habían encargado de despejar, a base de empujones y golpes a los que se demoraban en abandonar un campo de batalla que no les correspondía. El caballero de los Lorioth montaba sobre un caballo de porte altivo, color negro azabache y ojos marrones que escrutaban los alrededores, firme a pesar del griterío que se propagaba a su alrededor.

Las trompetas anunciaron la entrada del clérigo encargado de anunciar el enfrentamiento que decidiría al campeón. Como en anteriores ocasiones, el agudo sonido de aquellos instrumentos precedía a la habitual lectura de las normas del combate y la presentación de los contendientes.

—¿Estáis bien, mi señor?

Yar Gregor ni siquiera se acordaba del que sería su acompañante hasta la entrada en combate, un joven novicio que, como los escuderos de los otros caballeros, se encargaba de llevar sus armas.

—Sí, muchacho —respondió frotándose los ojos. El ambiente cargado de incienso que se respiraba en la tienda le había jugado una mala pasada, pero ya parecía recuperado de aquel repentino temor a todo aquello que le rodeaba.

El novicio le ayudó a subir a su montura y le entregó la adarga con la que comenzaría el combate.

—Suerte, Yar Gregor. Espero que os alcéis con la victoria —el joven sonrió, tímidamente.

—Gracias, muchacho. Si gano, te recompensaré con unas cuantas monedas. Si pierdo, tendrás que ayudarme a ponerme en pie, si es que tengo suerte de no quedar malherido.

—Sí, señor. Pero estoy seguro de que derribaréis a Yar Bolfren.

—Ojalá yo tuviera esa misma seguridad —sentenció el caballero antes de ponerse en marcha, seguido por el joven.

A lo lejos, la figura del defensor de los Lorioth se alzaba entre la multitud como un héroe que retorna a su pueblo tras la victoria. El estandarte de la casa de lord Belson se agitaba, mecido por el aire; el águila parecía cobrar vida, volando por encima del que, por un instante, dejaría de ser su amigo.

Desde el extremo opuesto, Yar Gregor inició su avance. A su paso no había gritos de alegría, sino miradas inquisitivas, insultos contenidos. Tal y como había presentido en la tienda, el caballero solo contempló severos rostros a su alrededor. Para evitar posibles

represalias, muchos de ellos sustituyeron los insultos por gritos de ánimo a Yar Bolfren. Las trompetas continuaban su canto, llamando a todos los allí presentes a mantener su atención en el clérigo que, paseando su mirada entre los contendientes, esperó el momento en el que ambos se vieran frente a frente, sin nadie entre medias, a punto para el combate.

Yar Bolfren lucía su habitual cota de mallas, una vestimenta aparentemente más ligera que las que solían lucir otros muchos que, ataviados con pesadas armaduras, caían casi por su propio peso. Mantenía el rostro oculto tras la visera de su casco.

El helvatio lo contempló una última vez, antes de colocarse él también el casco que habría de protegerlo de una más que probable feroz embestida. Bajo aquella apariencia, su amigo había quedado definitivamente convertido en un rival más, el último que habría de derribar.

Todos los que se encontraban alrededor de Zen Grimward eran miembros de la guardia escogida entre los helvatios. No había nadie más del Consejo. Finalmente, el Presthe había accedido a los deseos de aquellos que no deseaban aparecer en público por razones obvias. Debido a los últimos sangrientos sucesos acontecidos poco tiempo atrás, ninguno de los zenlores incorporados al gobierno de la ciudad quería arriesgarse a convertirse en blanco fácil de los enemigos de Móstur.

El recinto estaba repleto de caballeros helvatios llamados a velar por el normal transcurso del combate. En las almenas se adivinaba la presencia de arqueros que, desde lo alto, no perdían detalle de cuanto sucedía, esperando no tener que tomar las armas. A pesar de la presencia de todos ellos, el ambiente era festivo, no tenía nada que ver con la tensión que se respiraba de forma habitual en la Plaza del Poder.

Las trompetas enmudecieron, dando paso a la monótona voz del clérigo que, un día más, leía en voz alta las normas que habían de regir el combate, en un discurso que el lector ya parecía conocer de memoria. Su mirada se repartía entre los contendientes que, frente a frente, recibían las armas de manos de sus escuderos. Adargas y escudos ya estaban dispuestos para el choque de los caballeros. La multitud cesó en su griterío y, por un momento, el silencio se adueñó del recinto. A lo lejos, el sonido de la tormenta se dejaba escuchar en un eco que muy pronto dejaría de retumbar para dar paso al estremecedor rugido de los truenos. La tarde se había oscurecido y un intenso olor a humedad recorría la ciudad. El aire no tardaría en convertirse en un viento feroz. Las banderas ondeaban con

movimientos, inicialmente sinuosos, que se tornaban violentos a medida que se aproximaba la noche y la oscuridad parecía empeñada en adentrarse en Móstur.

Con el campo de visión limitado por la visera del casco, Yar Gregor se concentró en su adversario, cuyo brazo derecho se aferraba a la adarga que ya mantenía inclinada, presta para el combate. En su mano izquierda, el águila de los Lorioth se dejaba ver en un escudo de oscuros colores que apenas se distinguía del color del caballo montado por el caballero.

«Lo siento amigo, pero hoy es mi día», pensó mientras adoptaba una postura similar a la de Yar Bolfren, a punto de iniciar su acometida.

Los caballos se pusieron en marcha. La suerte ya había sido echada y el torneo tendría un campeón que, bañado en oro, sería testigo privilegiado del poder y la riqueza que concentraba la Orden Helvatia.

La primera embestida resultó rauda. Como si los dos caballeros tuvieran demasiada prisa por hacer caer al rival, ambos lanzaron feroces ataques que tuvieron por respuesta el choque de las armas entre sí y contra los escudos. El protector de lord Belson apenas se inmutó a lomos del caballo, mientras que Yar Gregor sintió que su pierna derecha le hacía perder la seguridad en sí mismo. Por fortuna, pudo corregir aquel error, inclinándose hacia el lado contrario para alcanzar de nuevo el equilibrio. Al retornar de aquel primer choque, ambos caballos se detuvieron, en una breve pausa que apenas duraría unos segundos.

Y así debería de haber sido, de no ser por el estruendo que se escuchó cerca del recinto. No fueron los truenos los que interrumpieron el combate, sino el sonido procedente del interior de una de las tiendas. El gentío se giró hacia uno de los pabellones que, tras la explosión que tenía lugar en su interior, comenzaba a arder. Aquello fue el inicio de una sucesión de estruendos que, de forma repentina, sacudieron el recinto mientras las primeras chispas se alzaban por los alrededores.

Los inesperados fuegos de artificio salpicaron el cielo de colores vivos, al tiempo que los caballos que aún permanecían en los alrededores comenzaban a inquietarse. Los estallidos que tuvieron lugar en la propia liza terminaron de hacer enloquecer a las criaturas. De manera especial, el caballo de Yar Gregor se agitó violentamente, alzándose sobre sus patas traseras y derribando a su jinete.

La multitud, inquieta, recordó la última vez en la que uno de los acontecimientos públicos había sido interrumpido de forma inesperada. El caos no tardaría en propagarse por el graderío.

El Presthe se puso en pie y, mirando a uno y otro lado, abandonó su asiento para dirigirse al oficial que se encontraba al mando de la guardia.

—¡Arqueros!

—¡Guardias!

Los gritos de los soldados se apagaron entre las voces de la multitud, cuyos rostros reflejaban el temor a un nuevo ataque de los nybnios. Cuando Yar Gregor se quitó el casco, contempló a su rival, junto a él, tendiéndole la mano para ponerse en pie.

—¿Qué ocurre? —preguntó con voz queda.

—Será mejor que nos marchemos… Sígueme.

—Pero, mi deber es proteger al Presthe y los demás miembros helvatios…

—Maldita sea, Gregor. Sígueme —insistió Yar Bolfren que, agarrándole por el brazo, tiraba de él hacia el lado opuesto.

Un hombre con el rostro cubierto pasó junto a ellos, con una ballesta en la mano. Yar Gregor apenas tuvo tiempo de girarse para contemplarle. Aquel individuo ya estaba frente a la tribuna en la que se encontraba el Presthe. Zen Grimward daba órdenes a uno de los caballeros helvatios situados junto a él.

—¡Siervos de Athmer, asesinos!

Ambos caballeros escucharon aquella voz, un grito que el encapuchado dejó escapar con la mirada fija en el Presthe mientras le apuntaba con su arma. Cuando la mirada de Zen Grimward se cruzó con la de su atacante, ya no tuvo tiempo de reaccionar. La saeta le alcanzó en el pecho, haciéndole caer hacia atrás.

—Hijo de puta… —Yar Gregor se dispuso a perseguir al asesino, pero el gentío ya había inundado la liza. Los ojos del caballero perdieron de vista todo cuanto sucedía en la tribuna.

Varios helvatios sujetaron a Zen Grimward.

—Tenemos que sacarlo de aquí —uno de ellos era incapaz de separar su mirada del rostro del Presthe, que respirada con dificultad —. ¡Maldita sea, abridnos paso! ¡Han herido a Zen Grimward!

—¡Abridnos paso! —repetía otro, que lo sujetaba por las piernas.

—Demasiado tarde —sentenció el primero, al percibir que la mirada del líder de la Orden se perdía en el infinito al mismo tiempo que su respiración cesaba.

—¡El Presthe ha muerto! ¡Rápido, capturar a su asesino! Que ese malnacido no escape.

Yar Gregor logró divisar al encapuchado, que huía junto a la muralla. Observó cómo se quitaba la capa que lo cubría y se mezclaba entre el gentío. Al contemplar el rostro del asesino, el caballero no

pudo evitar su sorpresa.

«Maldito bastardo», pensó mientras recordaba haber visto a aquel hombre unos días atrás. Era el comerciante a quien le había enviado Zen Grimward. Recordó las palabras del propio Presthe cuando le preguntó por la mercancía objeto del pago realizado.

«Es una sorpresa», había respondido el clérigo.

CAPÍTULO 25: CAMINO DE PUERTORREY

—¿Creéis que podemos confiar en ellos? —Salwen pasaba su mano por las delicadas cortinas que habían sido instaladas en la tienda en la que únicamente se encontraban ellas dos. Ferghus había sido muy generoso, cediéndolas uno de los pabellones que formaban el campamento, probablemente el que él había utilizado en días anteriores.

—Compartimos un enemigo común, y esa es una poderosa base para sustentar nuestro pacto. Hasta que lleguemos a Puertorrey, son nuestros únicos aliados. Y quién sabe si podemos contar con ellos para obtener un mayor número de guerreros. He visto el odio reflejado en sus ojos y, créeme, cada uno de estos nybnios sería capaz de fundir todo su oro para derramarlo sobre los helvatios si fuera necesario, con tal de escuchar sus gritos de dolor.

—Me cuesta creer en ellos —Salwen se sentó junto a la princesa—. En realidad, me cuesta creer en cualquiera, menos en vos.

—Te aseguro que no tienes nada que temer —Taenara sonrió mientras acariciaba con ternura el rostro de su consejera—. Únicamente tenemos que alimentar su odio a Móstur. Llegado el momento, incluso nos ofrecerán parte de sus riquezas si con ellas podemos comprar soldados que puedan marchar contra los helvatios. Pero primero, tenemos que asegurarnos de que, en Puertorrey, todo sale según lo previsto. Y tengo ciertas dudas, sobre todo en cuanto a Sándor. Es un hombre difícil de manejar.

—Seguro que no puede resistirse a vuestras palabras.

—Lo primero será ver en qué situación lo encontramos. Es un contrabandista que siempre ha tenido bastantes enemigos. Espero que haya sabido estar lo suficientemente lejos de todos ellos durante estos últimos años. Si conseguimos tenerlo de nuestra parte, podría ser un buen aliado… demasiado ambicioso, tal vez, pero es un hombre de recursos y, cuanto mayor sea la recompensa, mayor será el riesgo que pueda asumir.

—Creo que los nybnios también os ofrecerán una gran ayuda

—Salwen se separó por un instante de Taenara para acercarse a la jarra de vino que el propio Ferghus les había hecho llegar momentos antes de dejarlas a solas. Regresó junto a la princesa y extendió su mano para ofrecerle una de las copas rebosantes del oscuro caldo nybnio.

—Brindemos por esa ayuda que podamos obtener de ellos —Taenara tomó su copa y la alzó ligeramente, saboreando a continuación un primer trago.

—Es el mejor vino que he probado —Salwen vació pronto su copa, degustando su contenido. Nada más hacerlo, su expresión tornó seria. La princesa se percató de sus dudas.

—No te preocupes, Salwen. Si Ferghus hubiera querido matarnos, lo habría hecho ya antes. El veneno es más útil cuando el asesino precisa mantener su anonimato.

En ese momento, la princesa recordó nuevamente su crimen. La muerte de Targosh no la abandonaría nunca, aunque la voz de su conciencia hubiera dejado de atormentarla incluso antes de salir de Leryon.

—Alteza, ¿estáis bien?

—Sí —la princesa dio otro sorbo a su copa y a continuación fijó su mirada en Salwen—. Te tengo a ti. Es cuanto necesito en estos momentos: la compañía de mi consejera y amiga.

—El vino os está empezando a afectar demasiado pronto —sonrió Salwen.

—Voy a necesitar que me ayudes cuando lleguemos a Puertorrey. Podrías acudir a su gobernante como enviada de Kariosh para reclamar el pago de su deuda.

—Pero yo no soy más que…

—Eres la persona en quien más confío, y eso es lo único que debes tener en cuenta de ahora en adelante. Eres mi elegida, no puedes mostrar ninguna señal de debilidad. Tu pasado, y el mío, quedaron atrás, en Leryon. Recuerda, somos portadoras de un destino que caerá implacable sobre los leryones, mostures y nybnios. Ninguna fuerza de este mundo podrá hacernos fracasar en nuestro propósito.

—Sí, alteza.

—Y ahora… Sírvete otra copa de vino si lo deseas, pero no te la tomes tan rápido. El vino de los nybnios tiene fama de ser el mejor de todos los reinos, pero creo que también es el que menos tarda en subirse a la cabeza.

—Lo sé. Pero es que tenía tanta sed…

—Sí, las primeras jornadas de nuestro viaje no han resultado precisamente cómodas cuando las provisiones empezaron a escasear.

Por fortuna, nuestros nuevos compañeros de camino han resultado ser más precavidos, incluso en lo que debió de haber sido una huida un tanto desesperada.

—Nunca creí que los siervos de Athmer pudieran llegar a ser tan crueles.

—El temor es un poderoso aliado del odio. Y hay quienes saben jugar con el miedo de la gente, provocando rumores infundados que culminan en terribles actos que muchos consideran lícitos.

El silencio que precedió a las palabras de la princesa pronto se quebró con el sonido de unas pisadas. A continuación, se escucharon las palabras de Ferghus, solicitando permiso para acceder a la tienda.

—Mi señora, disculpad que os moleste, pero me gustaría hablar con vos, si no es demasiado tarde.

—¿Tarde? —Taenara dejó escapar una sonrisa—. En el palacio de Leryon la caída de la noche no era sino el comienzo de interminables banquetes y prolongadas audiencias en las que los jefes de los clanes trataban de agasajar al rey para incrementar sus tierras, poder o riquezas. Los asuntos más importantes se decidían a la luz de la luna, no del sol.

—En ese caso, considerad mi visita como una audiencia, no tan interesada como la de los jefes de los clanes. Pero sí es cierto que me gustaría irme a dormir con la mente libre de inquietantes pensamientos. Me ayudasteis a imaginar al dios de los helvatios derribado en mitad de su templo en llamas. Y si es cierto que hay la más mínima posibilidad de vengarme de mi enemigo, me gustaría poder empezar a trazar el plan para que ese templo en llamas sea algo más que un deseo.

—Por supuesto —la princesa meditó sus siguientes palabras. Sabía que podía sacar provecho de las relaciones con sus improvisados aliados, y más aún si unos y otros compartían el mismo anhelo de marchar sobre Móstur—. Os dije que tenía una misión que cumplir en tierras nybnias. Bien, mi intención es conseguir soldados, guerreros dispuestos a viajar a las tierras de los mostures y, una vez allí, acabar con el culto a Athmer.

Aquellas palabras provocaron la aprobación de Ferghus, que asintió con entusiasmo.

—Pero si no disponéis de oro para comprar esos soldados, ¿cómo pretendéis que os acompañen y luchen por vos?

—Soy la hermana del rey de Leryon… ¿Acaso necesitáis una mayor garantía?

—Me quedaría más tranquilo si me contáis al menos una parte de vuestra misión en Puertorrey. A cambio yo puedo revelaros parte de la

influencia que tengo en la costa nybnia, influencia que podría poner a vuestro servicio. Pero necesito pruebas de que mi inversión merecerá la pena. Al fin y al cabo, soy comerciante, nunca firmo un contrato sin conocer previamente cada uno de sus puntos.

—Y hacéis bien, sin duda. Queréis aseguraros de que acogernos entre vosotros realmente merece la pena, ¿verdad?

—No dudo de vuestras palabras, mi señora, pero necesito estar muy seguro de que la imagen que describisteis no es un espejismo —por un instante, la mirada de Ferghus se perdió en el infinito mientras su expresión se tornaba severa, invadida por la rabia—. Necesito saber que esos helvatios arderán en las llamas.

—Está bien. Si así lo precisáis, os adelantaré un esbozo de lo que espero de mi visita a Puertorrey. Allí he de encontrarme con algunos deudores de la corona de Leryon. Y mi intención no es recaudar el oro que deberían entregarme, sino soldados capaces de marchar sobre Móstur. Así que los dos tenemos en común nuestra idea de atacar la ciudad, vos para acabar con los helvatios, y yo para destronar a su dios. Acabad con todos cuantos creáis que merecen morir, yo me conformo con sustituir la estatua de Athmer por la de Daera.

—¿Y el trono de Móstur?

—El trono no es más que una silla para los mortales, y en ocasiones su ocupante recibe demasiado pronto la visita de la muerte. Mi lugar está cerca de Daera, la inmortal, la única a la que deseo servir. ¿Acaso os gustaría gobernar la ciudad? Tengo entendido que últimamente no les ha ido muy bien a todos aquellos que han querido tomar el poder sobre Móstur. La ciudad resulta en estos momentos difícil de gobernar. La debilidad del pueblo es la fortaleza de los tiranos, y los helvatios han sabido aprovechar muy bien esa debilidad para hacerse con el gobierno y someter a todos los habitantes. Si os sentarais en el trono de Móstur, ¿qué clase de gobernante seríais, Ferghus?

—No quiero el trono de Móstur. En realidad, ya ni siquiera deseo recuperar lo que un día fue mi hogar. El patio donde me crie junto a mis amigos terminó convirtiéndose también en la tumba de muchos de ellos. Es algo que nunca olvidaré.

Los ojos de Ferghus quedaron desbordados por las lágrimas, al revivir su más angustioso recuerdo.

—Lamentamos vuestra tragedia —respondió Salwen, compadecida del comerciante.

—Os juro que los helvatios pagarán por sus crímenes. Pero necesito vuestra ayuda si queremos formar el ejército que precisamos para conquistar la ciudad.

Antes de que Ferghus pudiera responder, se escuchó una voz en el exterior de la tienda. Nada más oír su nombre, el comerciante se enjugó las lágrimas y salió de forma precipitada. Apenas tardó unos segundos en regresar.

—Por favor, acompañadme —dijo con voz seria mientras repartía su mirada entre Taenara y Salwen—. Es importante.

Salieron de la tienda. La luna derramaba su pálido brillo, dejando al descubierto el resto del campamento, poblado de frágiles penumbras. Taenara y Salwen acompañaron a Ferghus y los nybnios que habían acudido a la tienda de la princesa. Cruzaron una estrecha senda que bordeaba el resto de pabellones. Los dejaron atrás. Era una marcha silenciosa e inquietante al mismo tiempo, encabezada por dos hombres cuyas antorchas iluminaban el sendero. Las llamas se agitaban inquietas por el gélido aire de la noche.

—Mi señora… —susurró Salwen, buscando una respuesta a tan precipitada marcha nocturna a las afueras del campamento. Desde el encuentro con los nybnios, la consejera no había sido capaz de confiar en ellos. Sintió que sus peores temores empezaban a cobrar vida.

—No te preocupes —fueron las palabras de Taenara, pronunciadas en voz baja, pero de forma contundente—. No tienes nada que temer mientras yo esté a tu lado.

Trazaron una prolongada curva hasta llegar a un extremo del bosque iluminado por una pequeña hoguera. Al otro lado podían contemplarse varios hombres que se repartían, en círculo, alrededor de dos robustos árboles.

Al pasar junto a la hoguera, la princesa se percató de la escena que el fuego dejaba al descubierto: dos hombres atados, y a su alrededor un grupo de unos diez nybnios que parecían aguardar una orden. Ferghus se adelantó al resto de hombres que lo acompañaban y se situó frente a los prisioneros. Al girarse, sus ojos se clavaron en Taenara.

—Estos hombres llevan todo el día siguiéndonos, según me confirman nuestros exploradores. ¿Los conocéis?

La voz del comerciante era severa, el tono de sus palabras reflejaba una repentina desconfianza hacia la princesa.

—Sí, sé quiénes son —afirmó Taenara, sin dudar en su contestación—. Son hombres que trabajaban para mi padre como mensajeros.

—¿Mensajeros? ¿O tal vez espías?

—Nunca tuve acceso a los asuntos de mi padre. Él no tenía por costumbre consultarme las decisiones que tomaba como gobernante. Por lo que sé, eran sus mensajeros.

—¿Qué hacen aquí? —el tono de Ferghus se tornó más agresivo aún.

—No lo sé.

—¿No sabíais que nos estaban siguiendo?

—No.

El comerciante respiró profundamente, pensando qué hacer con los prisioneros. Sentía, a su alrededor, la presión de los otros nybnios, que aguardaban silenciosos y expectantes. Miró nuevamente a Taenara y Salwen, tratando de decidir si debía actuar de algún modo contra ellas. Se sentía traicionado, engañado por aquellas dos jóvenes de inofensivo aspecto, a las que había acogido en su campamento, junto a los suyos, reservándolas un lugar privilegiado.

—En ese caso, ¿qué me sugerís que haga con ellos?

—Tal vez deberíais preguntarles, en primer lugar, por qué nos están siguiendo —Taenara escupió sus palabras.

Ferghus volvió a respirar con fuerza, tratando de calmarse. Pero las dudas continuaban atormentándolo. A su alrededor, el resto de nybnios no permanecería impasible por mucho más tiempo. Algunos de ellos miraban con desprecio a los prisioneros. Durante apenas unos segundos únicamente se escuchó el fuego crepitante de la hoguera, cuyo enérgico movimiento de las llamas parecía apremiar a Ferghus respecto a la decisión a tomar.

Finalmente, el comerciante se acercó a uno de los prisioneros. Presentaba leves heridas en sus brazos, producidas posiblemente como consecuencia de la resistencia inicial que hubiera podido mostrar ante sus captores. Pobladas barbas y ojos castaños eran un rasgo común de ambos prisioneros. Mantenían la vista perdida en el suelo, como si temieran que al mirar a los nybnios estos pudieran discernir sus intenciones.

—¿Nos estabais siguiendo? —preguntó tras situarse frente al más joven.

—A vosotros no… —respondió el cautivo, mirando fijamente a Ferghus—. A ellas.

—¿Por qué? —preguntó el comerciante, pausadamente.

—Cumplíamos las órdenes que nos dieron en Leryon.

—¿Y quién os dio esa orden?

Antes de que el prisionero contestara, uno de los nybnios dio un paso hacia adelante y sacó un cuchillo.

—¡Está mintiendo!

Para sorpresa de Ferghus, fueron varios los que aprobaron aquella afirmación, y su silencio se rompió en favor del portador del arma cuya hoja centelleaba peligrosamente con el resplandor de las llamas.

Los prisioneros se miraron, nerviosos, ante el inesperado grito de quien sin duda era el más corpulento de cuantos allí se encontraban. Para mayor desesperación de los leryones, afloraron nuevas armas que hasta el momento habían permanecido ocultas bajo las túnicas nybnias.

—Ferghus… —la voz del grandullón quebró nuevamente el sonido del fuego—. ¿No irás a creer que ese malnacido dice la verdad? Si les dejamos en libertad, muy pronto vendrán acompañados y caerán sobre nosotros.

—Cálmate, Gróber. Estos dos no son de Móstur, son leryones…

—Me importa una mierda de donde vengan. Los malditos helvatios tienen aliados en todas partes. No podemos liberarlos.

—¡No son aliados de los helvatios! —gritó Taenara—. Mi pueblo está a punto de entrar en guerra con Móstur. Tenemos un enemigo común, ¿recordáis?

—Ferghus, no —insistió el nybnio. Sus ojos se clavaron en el comerciante.

—¿Os acompaña alguien más? —preguntó Taenara al prisionero, que negó con la cabeza.

—Escuchadme… —insistió la princesa—. Os he dicho que conozco a estos hombres. Eran mensajeros de mi padre, enemigos de los mostures como todos los que estamos aquí.

—Según he podido averiguar, vuestro padre murió en extrañas circunstancias, la noche posterior a uno de sus generosos banquetes —la voz de Gróber llegó a oídos de la princesa como si de su propia conciencia se tratara—. ¿Qué os hace pensar que no haya podido ser envenenado por uno de sus enemigos? ¿Y si el artífice de semejante traición se ocultara entre los que consideráis como mensajeros de vuestro padre?

La princesa sintió un escalofrío recorriendo su interior. Durante unos segundos permaneció en silencio, con la mirada perdida en la oscuridad que se encontraba más allá de los prisioneros, temiendo tal vez que desde la más profunda negrura su padre volviera a surgir, como en sus sueños, para dejar escapar un moribundo interrogante.

«¿Por qué lo hiciste?».

Perdida en sus pensamientos, Taenara se olvidó de cuanto sucedía a su alrededor.

—No podemos permitirlo —gruño Gróber, casi entre dientes, y sin que nadie hiciera nada por detener sus pasos, se acercó rápidamente a uno de los leryones.

—¡No lo hagas!

La súplica de Taenara no logró impedir que el nybnio hundiera su

cuchillo en el pecho del prisionero.

Salwen dejó escapar un grito mientras, horrorizada por aquel acto de crueldad, se tapaba los ojos para no ver cómo el prisionero moría en cuestión de segundos. La sangre que empapaba sus ropajes pronto alcanzó la arena sobre la que su cuerpo, ya sin vida, permanecía inmóvil.

—¡Maldito hijo de puta! —gritó el otro prisionero.

Una señal de Gróber bastó para que otros dos nybnios, cuchillo en mano, se abalanzaran sobre él. Su grito se ahogó en cuestión de segundos, dando paso al más absoluto silencio mientras la sangre brotaba de las múltiples heridas causadas por las puñaladas.

—Habláis de los helvatios como si fueran crueles asesinos —los ojos llorosos de Taenaran se clavaron en Gróber— pero no sois diferentes a ellos. Habéis asesinado a dos hombres indefensos; dos hombres inocentes…

—Así es la puta guerra —respondió el nybnio, tras escupir al suelo—. Te quita todo lo que tienes, te convierte en un animal porque en estos momentos, lo único que importa es sobrevivir. Ferghus, deberíamos levantar el campamento y marcharnos ya mismo, no sea que haya alguien más merodeando por aquí. No quiero derramar más sangre esta noche.

—¿Qué hacemos con ellos? —preguntó uno de los otros nybnios, mientras limpiaba su cuchillo.

—Arrojadlos a la hoguera —respondió Gróber, antes de echar a andar en dirección opuesta—. Voy a por mis cosas, no pienso esperar aquí por más tiempo.

La orden del nybnio fue rápidamente obedecida por sus compañeros. Quitaron las cuerdas que mantenían a los cautivos amarrados y arrojaron sus cuerpos al fuego de la hoguera.

Taenara no apartó la vista. Sus ojos contemplaron cómo las llamas consumían con voracidad los cadáveres de los leryones.

—Es hora de dejar este lugar —Ferghus se acercó hasta princesa y su consejera, que permanecía sentada en el suelo, con la mirada perdida en la oscuridad de la noche—. Recoged vuestras cosas, porque vamos a continuar nuestro camino.

—No necesito vuestro consejo —Taenara continuaba mirando fijamente la hoguera.

—Me temo que no es un consejo, mi señora… Es una orden. Me hubiera gustado que continuarais siendo mi invitada, pero creo que mientras no hayamos llegado a Puertorrey, tendré que trataros como a prisioneras.

—¿Todos vuestros prisioneros acaban así, asesinados a sangre fría

y arrojados al fuego?

—Lamento lo sucedido, pero mis amigos están demasiado nerviosos tras lo ocurrido en Móstur. No confían en nadie, y en ocasiones toman decisiones precipitadas…

—¿Así es como denomináis al crimen que acaban de cometer? ¿Una decisión precipitada?

—Os juro que no quería que sucediera esto. Los nybnios nunca nos hemos caracterizado por cometer esta clase de actos. Os pido que, por favor, vengáis al campamento y recojáis vuestras cosas. No me gustaría que tuvieran que obligaros por la fuerza. Perdón por tener que reconsiderar vuestra condición entre los nuestros. Os juro que no os haremos daño, pero no puedo permitir que os marchéis. No hasta que lleguemos a Puertorrey.

—En ese caso, yo también reconsideraré el pacto que teníamos. Considerad momentáneamente interrumpida nuestra alianza. Cuando lleguemos a Puertorrey, vos seguiréis vuestro camino y nosotras el nuestro.

—Como queráis. Imagino que es lo más justo tras lo ocurrido, si es que en realidad no nos habéis mentido y esos hombres eran tan inofensivos como nos habéis querido hacer ver.

Taenara no quiso responder a las insinuaciones de Ferghus. Se acercó a Salwen y la ayudó a incorporarse. La joven apenas sentía fuerzas suficientes como para moverse. No obstante, el deseo de dejar atrás lo antes posible la hoguera donde los cuerpos de los leryones aún ardían era motivo suficiente como para caminar, siempre junto a la princesa que, a su lado, la sujetaba del brazo.

La hoguera quedó atrás, y el paisaje se tornó nuevamente oscuro y repleto de sombras. El camino al campamento se convirtió en un tortuoso sendero para Salwen, que durante todo el trayecto no dejó de preguntarse si los nybnios no harían con ellas lo mismo que con los otros leryones. Si Ferghus y sus amigos temieran que pudieran tomar represalias al llegar a las tierras nybnias, sus días estaban contados. Así se lo hizo ver a Taenara mientras ambas caminaban en silencio, flanqueadas por los que a partir de entonces serían sus vigilantes.

—No te preocupes, Salwen —Taenara habló en susurros que solo su consejera pudo escuchar—. Ninguno de estos malnacidos va a hacerte daño. Míralos bien, recuerda sus rostros —añadió mientras paseaba su mirada por cada una de aquellas caras que, casi ocultas en la penumbra, resultarían difíciles de recordar.

Salwen se fijó en cada uno de sus acompañantes, no solo en los que habían clavado sus cuchillos en los prisioneros. Todos ellos, incluido Ferghus, eran culpables del vil crimen cometido contra los dos

indefensos leryones. A diferencia de Taenara, no recordaba haber visto nunca antes a aquellos pobres desgraciados. Lejos de preguntarse quiénes eran, lo único que atormentaba su mente en aquel instante era la injusticia que se había cometido con ellos. Por un momento, como si hubiera sido invocada con aquel doloroso recuerdo, la imagen de Daera se hizo presente en sus pensamientos. En silencio rezó a la diosa, pidiéndola no solo la muerte de aquellos asesinos, sino también la oportunidad de ser ella misma la encargada de impartir al menos una parte de la justicia que habría de caer sobre sus nuevos enemigos.

CAPÍTULO 26: CAMINO DE MYNTHOS

A medida que avanzaban, la senda se volvía más tortuosa. Era un camino que bordeaba las montañas cercanas a las Templarias, un sendero rocoso que en ocasiones se estrechaba demasiado. La nieve se veía cada vez más cercana, cubriendo las cimas de los gigantes de piedra que parecían rodearlos con cada paso que daban hacia el templo.

El Paso de los Colmillos constituía el primero de los peligros que encontrarían en su camino por las tierras de los dioses. En ocasiones, el trazado esculpido en la roca atravesaba pequeños túneles excavados entre los macizos que se alzaban como titanes que luchaban por tocar las nubes. El color blanco de estos se fundía con el de la nieve que coronaba las cimas, a punto de quebrar el cielo. Las corrientes de aire acariciaban la roca, provocando ecos que se perdían a lo lejos, en algún lugar profundo de aquel inhóspito paisaje. A un lado del camino, el vacío amenazaba con engullir a todo aquel que se apartara demasiado de las paredes rocosas de las montañas.

—Más vale que esos malnacidos hayan tomado esta senda —Morley trataba de encontrar el fondo de aquellos precipicios, un vacío que únicamente dejaba al descubierto una inmensa negrura.

—Genthis dijo que sus pasos les conducirían hasta esta senda —Vidok perdía la mirada en una de las cimas que los rodeaban—. No hay otro camino por el que atravesar las Templarias.

—Odio la nieve —Teddy miraba a su alrededor. No tardarían mucho en pisar un terreno gélido que los guiaría hasta los lugares más escondidos de las Montañas Sagradas.

—Más vale que te vayas acostumbrando, a la nieve y al frío. Es cuanto nos aguarda de ahora en adelante. ¿Está muy lejos el templo de Thariba? —Morley parecía ansioso. Quería manchar su espada con sangre lo antes posible, acabar con los asesinos de Flint y regresar a las tierras de Móstur para recoger su recompensa y desaparecer, dejar su vida de mercenario, al menos por un tiempo.

Por detrás de Teddy, los helvatios caminaban envueltos en sus capas. Darr sentía sus manos agarrotadas por el frío. Ya casi tampoco

sentía los dedos de los pies. Sus pasos así lo dejaban ver. Zen Varion eludía aquella gélida sensación concentrando su mente en otros pensamientos. Las palabras de los falsos nybnios le mantenían en un estado de creciente preocupación. Si de verdad habían sido contratados por los propios helvatios para acabar con los suyos, todo en cuanto creía estaba a punto de derrumbarse. Su fe se tambaleaba con cada golpe recibido en un viaje que parecía poner a prueba sus creencias cada vez con más fuerza.

—¿Genthis tenía algún plan? ¿Te dijo si iba a caer sobre esos mercenarios en cuanto tuviera ocasión?

La pregunta de Morley quedó sin respuesta.

—Vidok… —insistió. Quería ser él mismo quien acabara con el líder de aquel grupo de asesinos.

—No me dijo nada. Aunque tampoco le pregunté así que no sé cuáles eran sus intenciones una vez que pudiera alcanzarles.

—Está bien —Morley se aseguró de que su caballo no mostraba la misma sensación que lo invadía a él—. Este maldito frío, y estos caminos tan estrechos… Joder, casi tardaríamos menos en recorrer estas sendas a pie. Si no fuera porque ya casi ni los siento…

—Estamos recorriendo el tramo más peligroso —intervino Derit—. Mirad las Templarias. Muy pronto cruzaremos una de ellas. A partir de ese momento, dejaremos atrás los precipicios y las angostas sendas de roca para atravesar la cima de una de estas montañas cubiertas de nieve. Y nada más descender, nos espera la visión del Templo de Thariba. Pero antes, tendremos que hacer noche en una de las cuevas.

—Eso de la cueva suena bien —Teddy hablaba con dificultad. El frío le mantenía atenazado, encogido.

—Ya queda poco. Mañana estaremos a las puertas del templo. Podréis contemplar la visión de su majestuosidad.

Aquellas palabras no tranquilizaron a Morley. La única visión que quería tener era la de su espada atravesando a uno de los que esperaba encontrar en las cercanías del templo. Ni siquiera se planteó si los «sacerdotes nybnios» evitarían entrar en el templo y buscarían una senda que les condujera más allá de las Templarias, ya en las tierras de los leryones. Su mente estaba obcecada con la idea de enfrentarse a sus enemigos a las mismas puertas del templo. «Si intentan ir más allá, Genthis y los chicos lo impedirán», se obligó a creer.

Al atardecer, la blancura de la nieve constituía todo el paisaje que podía contemplarse en cualquier dirección. El gélido manto estaba salpicado de numerosas huellas, el rastro inconfundible de pisadas de hombres y caballos que daban forma a un camino trazado en el propio

sendero.

—Estamos cerca de ellos —Morley esbozó una breve sonrisa, al ver más próxima la hora de hacer cumplir su venganza.

Las corrientes de aire se volvieron más violentas, azotando las paredes de roca. Las montañas gritaban, lamentos que el eco transformaba en sonidos similares a voces que, desde el vacío, alcanzaban a cualquier rincón de las Templarias. El Paso de los Colmillos estaba a punto de quedar atrás. Ya pronto dejarían de ver aquel abrupto terreno que, serpenteando en subidas y bajadas, dibujaba un paisaje repleto de precipicios y brechas abiertas entre las montañas.

Ya no detendrían la marcha hasta la caída de la noche, hasta alcanzar, según Derit, una gruta en la que refugiarse del frío. Sin embargo, no habría una hoguera junto a la que calentarse, o en torno a la cual pudieran contar historias sobre los espectros nybnios.

Al llegar al lugar indicado por el tahúr, una sonrisa asomó a sus rostros petrificados por la nieve y el frío. Los últimos rayos de sol morían en un blanco horizonte. Ni siquiera cenarían. Lo único que verdaderamente deseaban en aquel momento era resguardarse del frío y dormir, descansar para afrontar el momento más importante de su viaje, la hora de encontrarse cara a cara con el destino. Cada uno de ellos esperaba una respuesta a interrogantes que durante aquella última jornada de viaje les había mantenido absortos, concentrados como única forma de olvidar el frío que los golpeaba.

—En esta cueva podremos descansar sin ser molestados —dijo Derit, una vez que se encontraron a la entrada.

—Dudo mucho que por los alrededores pueda haber alguna criatura capaz de vivir en semejantes condiciones —Teddy hacía verdaderos esfuerzos por pronunciar cada frase.

—Hay criaturas capaces de soportar el frío y la nieve mejor de lo que crees. Y no me refiero únicamente a animales salvajes…

—Por favor, Derit, deja ya esas historias de magia y fantasía…

—Escúchame bien, Teddy. Escuchadme todos. Esta noche descansaremos en esta gruta. Mañana descenderemos la montaña y llegaremos hasta la entrada al recinto sagrado de Thariba; un arco de piedra señala el umbral entre la tierra de los hombres y la de los dioses. Una vez cruzado ese umbral, vigilad bien vuestros pasos, pues nos aguardan peligros mucho mayores que la presencia de esos mercenarios que tanto queréis encontrar.

—Maldita sea, Derit —gruñó Morley—. Ya resulta imposible distinguir cuándo hablas en serio o estás perdido en una de esas leyendas. ¿Qué peligros acechan? ¿Son esos putos espectros?

—Solo digo que no os confiéis, que hay peligros que ni siquiera imagináis. Hacedme caso. Mañana será el momento de poner a prueba todos vuestros sentidos, vuestras creencias, vuestro valor. Las montañas de los dioses constituyen un lugar repleto de enigmas para los hombres. Pensad que estamos pisando unas tierras que no nos pertenecen. Mynthos es el hogar de los dioses, y nuestra presencia no es bien recibida.

—Está bien —respondió Teddy—. A pesar de no creer en nada de cuanto estás diciendo, te prometo que pondré todos mis sentidos alerta una vez hayamos cruzado ese umbral.

—Si lo que se dice en esas leyendas es cierto —insinuó Morley— nuestras armas no van a poder hacer mucho contra esos malditos espectros. ¿No es así?

Derit no respondió.

—Así que, si estás en lo cierto y esos peligros son reales… Me temo que estamos jodidos. En ese caso, lo mejor será buscar a los mercenarios y tratar de pasar el menor tiempo posible en las tierras de los dioses…

—Morley —Teddy frunció el ceño— por todos los demonios, te estás acojonando… ¿no irás a creer de verdad en esas historias? Venga ya. Deberíamos preocuparnos únicamente de descansar para estar mañana bien despiertos. Quiero torturar a uno de esos bastardos antes de acabar con él. Recuerda que aún no nos han dicho quién los contrató para matar a los helvatios. Aunque supongo que eso no es asunto nuestro. Al fin y al cabo, nosotros vamos a cobrar lo mismo.

—Sí es asunto nuestro —replicó Morley—. Porque como haya sido Therios, el motivo por el que lo haya hecho no me importa, pero la muerte de Flint sí. Si Therios está detrás de esto, te aseguro que primero cobraré mi recompensa y después me llevaré su cabeza.

La mirada del líder de los mercenarios buscó la reacción de Vidok, que asintió ligeramente, aprobando la sentencia condenatoria que habría de caer sobre el Gran Maestro.

—Claro que importa —añadió Zen Varion—. Pero antes de llevarte su cabeza deberemos asegurarnos de que Therios es juzgado y su culpa es puesta en conocimiento de todo el pueblo.

—Eso ya lo veo más difícil, Zen. Dudo mucho que los miembros del Consejo vayan a condenar a Therios. No contamos con pruebas de su traición así que debemos hacerlo a nuestra manera. La espada debe dictar justicia, no el Consejo.

Zen Varion no respondió. Vidok tenía razón. Si intentaban culpar a Therios de la muerte de los helvatios, nadie les creería, y el propio Gran Maestro tomaría represalias contra ellos. Los haría encarcelar y,

quien sabe si les pondría en manos del verdugo.

—¿Cómo podemos fiarnos de las palabras de esos mercenarios? —preguntó Darreth. ¿Por qué iban a contarnos la verdad?

—Deja que otro de esos bastardos caiga en mis manos —Teddy sonrió mordaz—. Te aseguro que confesará la verdad. Y si es lo mismo que nos contó su amigo, será prueba suficiente como para condenar a Therios.

—De todos modos, su intento por acabar con tu vida ya es una prueba condenatoria suficiente como para ajusticiarlo, ¿no crees muchacho?

Darr asintió. Si Therios había sido capaz de atentar contra su vida, resultaba creíble que, por algún motivo, quisiera deshacerse de los helvatios que mayor peso podrían tener en la Orden.

—Bien, entonces no hay mucho más que hablar. Primero nos encargaremos de esos malditos mercenarios y cuando lleguemos a Móstur cobraremos nuestro dinero y le daremos a Therios su merecido… si así lo podemos deducir tras hacer hablar a uno de esos mercenarios.

Las palabras de Morley hicieron morir la conversación. Teddy se ofreció a hacer una primera guardia para luego poder dormir del tirón. Tras la secuencia de hechos trazada por Morley sintió que el frío ya no podía con él. Invadido por la sed de sangre, dejó al resto del grupo para echar un vistazo a los alrededores y asegurarse de que, fuera de la gruta, únicamente había nieve y silencio a su alrededor. Apoyado sobre una roca, extrajo su cuchillo y lo afiló, lentamente, recreándose en la visión de su arma acariciando la piel de uno de los mercenarios. «A la primera mentira, le sacaré un ojo. A la segunda, le cortaré una oreja… Y cuando confiese la verdad le arrancaré la lengua».

A primera vista, la cueva parecía más profunda de lo que era en realidad. Y es que el agujero hecho en la roca apenas se adentraba una veintena de pasos en la montaña. La noche ya había caído y la negrura se extendía por todo el suelo, repleto de piedras.

—Va a ser difícil poder tumbarse en esta superficie —Morley caminaba mirando unas paredes que parecían brillar en la penumbra. Tenían marcas, trazos que, como arañazos, dibujaban líneas curvas sin una forma definida. El mercenario se preguntó si habrían sido obra de algún hombre o de un animal. Más que las garras de una bestia, un objeto punzante parecía ser la pluma empleada para plasmar aquel extraño dibujo sobre la pared de la gruta.

Morley miró a su alrededor. Los helvatios permanecían en un rincón y, a juzgar por su recogimiento, debían de estar concentrados

en sus oraciones. Derit no estaba por ninguna parte. Sus ojos volvieron a concentrarse en los trazos que ornamentaban la pared. Se fue alejando de ella para poder contemplarlos en su totalidad. Trató de averiguar si formaban parte de un todo, tal vez de un mapa mediante el que alguien habría pretendido recordar el camino de vuelta.

Dio un paso más hacia atrás y resbaló con algo que le hizo caer al suelo.

—Putas piedras… —dejó escapar mientras buscaba el origen de su caída—. Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando sus dedos acariciaron lo que él confundió con una de las muchas piedras que se repartían por la gruta. Aun así lo cogió y lo contempló de cerca para asegurarse de que su sentido del tacto no le traicionaba. En la penumbra vio la forma de aquel hueso. Era un cráneo humano.

«Maldita sea», se dijo una y otra vez al descubrir que había más restos humanos repartidos por los alrededores. Solo huesos, pertenecientes a una docena de insensatos que probablemente habrían perdido la vida allí mismo.

Conteniendo la respiración, abandonó aquel extremo de la cueva. No quería preocupar a los helvatios y, puesto que no tenían más opciones que seguir avanzando, prefirió olvidar su descubrimiento, imaginándose que aquellos restos pertenecerían a ladrones que no fueron capaces de sobrevivir al frío de las montañas. Apoyado en la pared de la roca y con una mano junto a la empuñadura de su espada, cerró los ojos para abandonarse al sueño. Poco después, los helvatios imitarían su gesto y, una vez terminadas sus plegarias nocturnas, buscaron un sitio en el que poder recostarse para tratar de reponer fuerzas.

La noche transcurrió como un suspiro, rauda al igual que transcurre el tiempo para los dioses en su morada. Con la llegada del amanecer, el frío se asomó a la entrada de la gruta, impulsado por ráfagas de aire que vagaban entre las montañas. Sin embargo, no fue el sonido del viento lo que despertó a Morley y los helvatios, sino un terrible grito que sobresaltó a todos ellos, un alarido que provenía del exterior, muy cerca de la cueva.

Todos se pusieron en pie, casi al mismo tiempo.

—¿Qué ocurre? —Darreth miró a su alrededor. La luz que se colaba en la cueva dejó al descubierto el hallazgo que Morley había hecho la noche anterior. En un rincón, los cráneos humanos parecían contemplarles con sus miradas vacías.

—¿Dónde están Derit y Teddy? —Zen Varion tampoco pudo contener la consternación que lo invadía.

Un nuevo alarido irrumpió, aún más cercano, con ecos que se

propagaron por el exterior. Morley desenvainó su espada, con la mirada fija en la entrada a la cueva. A su lado, Vidok tomó la iniciativa.

—No os mováis —ordenó a los helvatios, dando un paso hacia adelante.

Antes de que pudiera continuar caminando, la respuesta a sus temores se presentó ante ellos.

Un último grito dio paso a una imagen espeluznante, un rostro amoratado con los ojos inyectados en sangre. Los helvatios reaccionaron corriendo hacia él, pero cuando llegaron a su lado, se encontraron frente a un cuerpo que caía pesadamente al suelo, ya convertido en cadáver.

CAPÍTULO 27: PUERTORREY

La visión del océano resultaba reconfortante. La inabarcable imagen de las aguas fue para Taenara como un bálsamo capaz de curar su dolor. De pie, al borde de un acantilado, la princesa parecía hechizada por el maravilloso paisaje que el amanecer traía consigo. Las aguas parecían calmadas, bajo un cielo soleado que reflejaba su colorido sobre un paraje del que resultaba difícil apartar la vista.

—Puertorrey, nuestro destino —Salwen no se apartaba de su señora. Ambas habían abandonado su tienda para contemplar más de cerca la visión de la ciudad que, no muy lejos, dejaba a la vista las rocas sobre las que se asentaba el gran faro que dominaba aquel extremo de la costa nybnia.

Taenara miró a su alrededor. Tal y como había imaginado, varios de sus acompañantes se encontraban más bien cerca de ellas, vigilándolas. Tras el asesinato de los dos leryones, Ferghus había ordenado a sus hombres que no las perdieran de vista.

—En Leryon, los guardias de mi padre no me observaban tan de cerca —Taenara esbozó una frágil sonrisa—. Algunos de ellos iban vestidos como mendigos o mercaderes, pero no lograban que su presencia pasara desapercibida. Estaban tan preocupados por saber dónde me encontraba que no parecía importarles ser descubiertos.

—Debe de ser horrible vivir así, siempre vigilada…

—No lo hacían todos los días. Yo siempre creí que más bien trataban de velar por mí. Seguramente mi padre temía que alguien pudiera hacerme daño.

—Creo que estos nybnios no están interesados en velar por nosotras.

—El faro de Puertorrey —Taenara no separaba la vista de la magnífica construcción con la que la ciudad recibía a los invitados traídos por las aguas del Océano de los Eternos, que gobernaba majestuosamente toda la costa nybnia. Puertorrey, Puerto Perdido, Puerto Real… las principales ciudades de los mercaderes llevaban en su nombre el lugar más importante en el que los comerciantes nybnios desarrollaban sus actividades. Pero ninguna otra ciudad tenía una

construcción tan hermosa y emblemática como el faro de Puertorrey.

—Cien metros de torre de planta pentagonal —la voz de Ferghus sorprendió a las leryonas.

El comerciante tenía el paso más silencioso que cualquiera de sus hombres. Al igual que Taenara, sus ojos no perdían de vista la construcción que, aún lejana, sobresalía entre todas las demás.

—Nybnia tiene cuatro faros, cuatro torres situadas junto al palacio real. Sin embargo, ninguna de esas torres es tan alta como el faro de Puertorrey, todo un coloso de la ciudad a la que nos dirigimos.

Ferghus hablaba como si no diera importancia al suceso acontecido noches atrás, como si el doble crimen cometido por los suyos fuera parte de un pasado que hubiera quedado lejos.

—Parece que os gusta madrugar, mi señora.

—No más que a vuestros amigos —Taenara dirigió la vista a los nybnios que en los últimos días habían estado siguiéndola de cerca.

—Creedme… Lamento mucho lo ocurrido, y que por ese crimen que no debió cometerse haya tenido que someteros a una estricta vigilancia por parte de mis amigos. Algunos de nuestros acompañantes desconfían de vuestras intenciones.

—Ya veo lo que algunos de vuestros acompañantes hacen con aquellos de los que desconfían —la princesa parecía incapaz de mirar al nybnio mientras hablaba.

—De verdad que lo siento. Pero no puedo controlar los actos de cada uno de ellos.

—Me temo que me equivoqué con vos. Creía que podríais resultar de gran ayuda para nuestro propósito común de avanzar contra Móstur. Creí que erais alguien influyente.

—Y lo soy, creedme.

—Dudo que podáis ejercer la influencia que necesitamos —ahora sí Taenara fijó su severa mirada en el comerciante— si ni siquiera sois capaz de controlar a quienes llamáis vuestros familiares y amigos.

—Ya os dije que la guerra nos transforma a todos, nos convierte en seres desconfiados hasta el punto de actuar de forma irracional.

—No pienso tratar con seres irracionales.

—Cuando lleguemos a Puertorrey os daréis cuenta de que ni mucho menos los nybnios tenemos esa imagen que Gróber haya podido causaros.

—Entonces —interrumpió Salwen— ¿qué imagen deberíamos tener de los nybnios?

—Somos comerciantes, no asesinos. Seguramente encontréis mercenarios entre los de mi pueblo, pero no menos de los que podáis ver en cualquier otro reino. Incluso los mercenarios pueden resultar

compasivos en determinadas circunstancias. Si de mí hubiera dependido, no se habría derramado ni una sola gota de sangre. Habría interrogado a los prisioneros, y seguramente les habría creído porque ni mucho menos me parecieron peligrosos.

—Pero Gróber no es como vos —respondió Taenara.

—No. Y sus hermanos tampoco. Ellos fueron los que acabaron con el segundo prisionero…

—¿Qué os une a Gróber? —la mirada de la princesa era como una espada recién desenvainada—. ¿Es familiar vuestro?

—No lo es.

—¿Sentís algún afecto hacia él?

—¿Qué importa eso? Podemos prescindir de él…

—Me gustaría verlo muerto —Salwen no pudo contenerse.

—No me refería a ese modo de prescindir de él.

—Decidid si su vida es más valiosa que la de los mostures que acabaron con vuestros verdaderos amigos y familiares.

—¿Qué insinuáis? —Ferghus frunció el ceño.

—Si queréis que nuestra alianza siga viva, Gróber y sus hermanos deben morir.

Ferghus no supo qué responder a la sentencia dictada por Taenara.

—¿Habéis dejado de sentir dolor por la pérdida de vuestros seres queridos? —preguntó Salwen, impaciente por conocer la respuesta de Ferghus a una propuesta que a ella le pareció justa.

—La muerte de Gróber no traerá de vuelta a vuestros amigos —el tono del comerciante era conciliador.

—Pero sí traerá la muerte de vuestros enemigos —insistió Taenara —. Si llegáis a verlo de ese modo, seguiremos adelante con nuestra alianza. De lo contrario, olvidad vuestros deseos de venganza, porque mi ejército no pondrá la mano sobre ningún helvatio que se niegue a luchar contra mí. Y si he de conquistar Móstur, respetaré la vida de los prisioneros tomados, aunque halle entre ellos a centenares de siervos de Athmer.

—Dudo que podáis disponer de un ejército tan numeroso.

—Empiezo a pensar que tal vez yo pueda ejercer más influencia que vos sobre los nybnios, Ferghus. Y eso hace que me pregunte si realmente os necesito.

—Medid bien vuestras palabras, princesa —el comerciante alzó el dedo, amenazante—. No tengo más que dar una voz a mis compañeros y vuestro viaje a Puertorrey terminará antes de lo previsto. Gróber estaría encantado de arrojaros por uno de estos acantilados.

—Está bien, siento haberos ofendido. Por mi parte, me gustaría mantener nuestra alianza. Pero la sangre de los nuestros ha de ser

vengada. Gróber y sus hermanos deben morir. Y si no os solicitaron permiso para hacer lo que hicieron, es porque no os respetan. Y si no os respetan, ¿por qué os habría de importar sus vidas?

El silencio de Ferghus resultó esperanzador para Salwen. Ella era la primera que quería ver muertos a los asesinos nybnios.

—Meditaré sobre vuestro ofrecimiento —dijo por fin el comerciante, antes de dar media vuelta y dejar a Taenara y Salwen a solas.

—¿Creéis que aceptará vuestra propuesta? —Salwen tenía aún muchas dudas. Si el comerciante nybnio no había aprobado la muerte de los prisioneros, resultaba imposible de creer que pudiera aceptar la muerte de varios de los suyos.

—No le he dado a Ferghus demasiada información de la influencia que puedo ejercer en Puertorrey… Pero el comerciante no es tonto y sabe que, como princesa de Leryon, puedo aprovechar mi poder también lejos de nuestras tierras. Ha mencionado a los mercenarios nybnios, y seguramente conoce quiénes son sus mejores pagadores y contratistas.

Salwen contempló el avance del nybnio en dirección al campamento. Ferghus caminaba lentamente, tal vez meditando sobre la conversación que acababa de mantener con la princesa. Pronto se perdió a su vista, más allá de los hombres que, como si se tratara de una guardia personal, permanecían de pie, inmóviles, con la mirada fija en las prisioneras.

—Créeme —Taenara perdió la vista nuevamente en el océano—. Tarde o temprano, los asesinos de nuestros conciudadanos pagarán su despiadado crimen. Y si no los ejecuta Fegrhus o uno de sus mercenarios me encargaré yo misma de hacer caer sobre ellos la justicia de Daera.

Salwen asintió complacida. Lo que más deseaba en aquel momento era ver cómo la sangre de aquellos nybnios se perdía en la arena mientras la vida les abandonaba. Quería que sus cuerpos ni siquiera encontraran un digno entierro o fueran quemados. Su mente imaginó los cadáveres de aquellos asesinos siendo devorados lentamente por los cuervos. Cuando volvió en sí, se percató de que nunca antes había consentido un deseo tan cruel, ni siquiera en sus tiempos de sirvienta en los que continuamente era menospreciada y maltratada por cuantos la trataban como a una esclava.

—¿Has visto la construcción que se encuentra junto al gran faro? —preguntó Taenara, concentrada en el hermoso paraje que dibujaba el entorno sobre el que se asentaba la ciudad de Puertorrey.

La muralla de la ciudad se alzaba sobre los acantilados, muros de

roca convertidos en los sólidos cimientos de las principales defensas de la ciudad. Aquellos muros no resultaban muy altos, pero gracias a la pared de roca sobre la que habían sido levantados dominaban la vista de la ciudad, empequeñeciendo a las embarcaciones que llegaban a la bahía.

—El palacio del gobernador se encuentra anexo al gran faro, y a su lado el templo de Thariba domina la ciudad, como si el dios nybnio permaneciera siempre alerta, observando a todos los habitantes de Puertorrey. Por debajo de la muralla, la Bahía de los Mercaderes es el punto de encuentro favorito de los comerciantes más adinerados del reino nybnio.

—¿Adónde iremos en primer lugar?

—Iremos juntas al templo de Thariba. Es una construcción que bien merece una visita por parte de aquellos que ni siquiera compartimos las creencias de los nybnios. El templo es antiguo, pero ya a lo lejos puede sentirse la solidez de sus muros. En tiempos de guerra constituyó una auténtica fortaleza.

—¿Cómo son los sacerdotes nybnios? Me refiero a si…

—¿A si son tan fanáticos como los de Athmer o quizá los de Lorwurn? No tienen nada que ver. Los servidores de Thariba no suelen sentir apego por los bienes materiales. Llevan una vida austera pese a la grandiosidad de las construcciones que levantan en honor de su dios. Sólidos muros y ostentosa apariencia en su exterior, pero vacíos y sobrios en su interior. Así es, al menos, el culto a Thariba que se manifiesta en Puertorrey. O así era hace algunos años, no creo que haya cambiado demasiado. Los nybnios basan su crecimiento en las relaciones comerciales, independientemente del origen o la fe que profese la otra parte. Los intereses económicos suelen estar por encima de las ideologías, mientras que en lugares como Móstur parece que es la ideología la que moldea cualquier interés, no solo económico, sino también político.

—Parece un lugar tranquilo —Salwen observaba la llegada de diversas embarcaciones que, bordeando la costa, alcanzaban los alrededores de la bahía.

—Una de nuestras prioridades es encontrar a Sándor. El contrabandista es uno de los deudores de mi padre que debería mostrarse más agradecido por los favores obtenidos en el pasado. Y también es uno de los que más ayuda nos puede ofrecer. Con un poco de suerte, ni siquiera necesitaremos de nuestra frágil alianza con Ferghus.

—Entonces —de manera instintiva, Salwen volvió la mirada atrás, recordando el sigilo con el que les había sorprendido el nybnio en su

llegada— ¿qué vamos a hacer con ellos?

—Todo dependerá de que Ferghus cumpla su parte del trato. De ese modo podremos comprobar si realmente podemos confiar en él —Taenara sonrió mordaz—. Si sus amigos asesinos continúan vivos tras nuestro encuentro con Sándor, me temo que la propia vida de Ferghus pasará a tener el mismo valor que la de sus compañeros.

CAPÍTULO 28: MYNTHOS

—Es uno de los guardias de Genthis —Morley cerró los ojos de aquel pobre desdichado. Tenía la piel de su rostro y sus brazos de un color violáceo, pero ninguna herida visible, ni sangre que brotara de alguna parte de su cuerpo.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Darreth.

Antes de que Zen Varion pudiera darle una respuesta que desconocía, Teddy entró en la cueva precipitadamente.

—¿Qué ha sucedido? Le he visto correr hacia la cueva, gritando de manera desesperada —miró el cuerpo sin vida del soldado—. ¿Qué demonios ha sucedido?

—No lo sé —respondió Vidok, que examinaba minuciosamente el rostro de aquel pobre desgraciado—. No tiene restos de sangre… Es como si le hubieran… arrancado la vida.

—¿Qué sucede? —Derit contempló el cadáver.

—Uno de los guardias de Móstur —contestó Zen Varion—. No sabemos cómo ha sucedido. Nada más entrar en la cueva se desplomó.

—Tenemos que darnos prisa en llegar al templo —Morley se puso en pie—. Puede que los demás estén en peligro… o ya estén muertos. Maldita sea, vámonos.

Los otros miembros del grupo obedecieron y, en apenas unos segundos, montaron sobre sus caballos. Derit se puso a la cabeza de todos ellos y, guiándolos a través de la nieve, siguió los rastros de huellas que la ventisca nocturna se había encargado de ocultar de forma parcial.

Comenzó a nevar. Los copos caían pesados, verticales. El color blanco engullía todo el paisaje y en algunos tramos la capa de nieve que cubría la superficie dificultaba el paso de los caballos.

Envuelto en sus ropajes, bajo la capucha de su túnica grisácea, Morley blasfemaba en voz baja, impotente ante el lento avance de su montura, los incomprensibles sucesos que lo asediaban, la extraña compañía de Derit… El destino jugaba con todos ellos, tendiéndoles trampas en las que la muerte siempre acababa visitándoles: Yar Robert, Flint, el soldado de Genthis… El líder de los mercenarios

estaba demasiado acostumbrado a tener un control casi absoluto sobre su entorno. Pero con cada paso que daban en su misión, todo se volvía más inexplicable, más irracional… Por un momento temió encontrarse al final de un viaje sin retorno.

Algo parecido pensaba Zen Varion. Su mente se debatía entre las plegarias a Athmer y las incertidumbres que lo rodeaban. Estas últimas siempre desembocaban en las primeras. De cada suceso que lo atormentaba nacía una nueva oración a su dios, en la que le pedía fuerzas y luz para alcanzar el final del camino y retornar sano y salvo junto al resto de miembros de la compañía.

—¿Estás bien, Darr? —preguntó a su discípulo, al ver cómo este se ladeaba, víctima de un cansancio que no parecía abandonarlo. En sus ojos vislumbró algo más que la preocupación por cuanto estaba sucediendo. Unas gotas de sudor resbalaban por la frente del novicio hasta alcanzar sus cejas—. Estás enfermo.

—No, no es nada, maestro —el chico respondió con voz débil—. Es este frío…

—Aguanta, Darr. Ya estamos casi al final del viaje. En cuanto hayamos cumplido con nuestra misión daremos media vuelta y abandonaremos estas tierras lo antes posible.

—Maestro, ¿qué ha provocado la muerte de ese hombre? —el muchacho hablaba como si temiera que estuviera a punto de sucederle a él algo parecido.

—No lo sé, pero no ha sido el frío. De eso estoy seguro. Tal vez Derit tiene razón. Estamos en tierras sagradas, y me temo que incluso Athmer podría desatar su ira contra nosotros por haber allanado su morada.

—Pero eso no tendría sentido… Hemos venido hasta aquí para hacer justicia.

—Sí, pero la justicia no debe ser un motivo por el cual incumplir las leyes sagradas. Espero que Derit no esté en lo cierto respecto a los poderes que gobiernan las Templarias. Contra los dioses, no existe arma posible que pueda protegernos.

Alcanzaron la cima y comenzaron el descenso por el único paso que parecía transitable. A uno y otro lado, las rocas cubiertas de nieve eran como resbaladizas trampas que esperaban el momento de ser pisadas para hacerlos caer montaña abajo. Las huellas se veían con mayor claridad en aquel tramo de lo que posiblemente sería un sendero oculto bajo un gélido manto, como si los dioses quisieran esconder el camino que conducía al corazón de su morada, allí donde el templo de Thariba había sido excavado en la roca.

—Hemos llegado —sentenció Derit cuando tuvieron a la vista el

arco que constituía la frontera entre hombres y dioses. Al otro lado, la nieve parecía haberse derretido, dejando a la vista el grisáceo color de la roca que dominaría el paisaje desde aquel umbral.

—Extremad las precauciones —Morley desenvainó su espada—. No sabemos qué podemos encontrarnos en este lugar. Estad alerta y avisad ante cualquier señal de peligro.

El mercenario fue el primero en cruzar bajo el arco. Nada más hacerlo, escuchó un estruendo en su interior, una voz grave que todos los demás también percibieron nada más atravesar la entrada a las tierras de Mynthos.

«Marchaos».

Hasta en tres ocasiones cada uno de ellos escuchó aquella palabra en tono amenazante. Derit fue el último en entrar. Él no escuchó nada. Miró a su alrededor, contemplando la pared gris que se alzaba frente a ellos.

Allí donde las Templarias parecían unirse, unas columnas de piedra daban testimonio del culto a Thariba. Habían dado con el templo, o al menos lo que debía de constituir la entrada a un lugar sagrado, entre dos grandes pilares esbeltos que parecían sostener el peso de la montaña. Para acceder a su interior ya solo tendrían que subir un centenar de irregulares peldaños, una tétrica escalinata que para nada incitaba a los visitantes a culminar su llegada a las tierras de los dioses.

La nieve no tenía cabida en mitad de aquel paisaje grisáceo, donde las ásperas paredes de roca dibujaban formas que parecían moverse al contacto con la luz. La entrada al templo dibujaba una grotesca boca en la montaña, esculpiendo una sonrisa cómplice con un funesto destino para aquellos que osaran franquear el umbral.

Morley fue el primero en bajar de su montura, al pie de la escalinata. Vidok seguía de cerca a su amigo, temiendo que una nueva sorpresa cayera sobre ellos. Sujetó con fuerza su arma, preguntándose si alguno más sufriría la horrible muerte del soldado que había caído a sus pies. Miró a su alrededor y solo vio rostros que reflejaban temor. Incluso su líder, que durante tanto tiempo le había guiado con extrema determinación, ahora reflejaba una expresión perturbada que dejaba al descubierto sus dudas.

—Bien —Morley titubeó—, no hemos venido aquí para ahora darnos la vuelta. Dejad los caballos y seguidme. Pronto comprobaremos si Derit tenía razón. Solo espero no encontrarme cara a cara con Athmer si pierdo la vida en este lugar —miró a los helvatios y esbozó una sonrisa casi forzada—. Creo que vuestro dios me torturaría durante toda la eternidad.

Teddy fue el siguiente en seguirlo. Su rostro reflejaba el miedo a que Derit estuviera en lo cierto, al haber contemplado la muerte del soldado. Tras una breve mirada al tahúr, subió el primer peldaño.

Los demás no tardaron en acompañarlos. Cerrando el grupo, Derit mantenía su espada desenvainada, apuntando al cielo, aunque sus movimientos no resultaban tan nerviosos como los de quienes, por delante de él, dudaban de cada paso que debían dar.

Morley se detuvo al contemplar un objeto situado al borde de un peldaño. Parecía un casco. Se agachó para cogerlo y, nada más alzarlo, su voz se quebró en un grito sordo. El casco ocultaba una cabeza, la de otro de los hombres de Genthis. El mercenario apenas pudo sostener la protección metálica, cuyo contenido cayó al suelo y comenzó a rodar escaleras abajo hasta caer a los pies de Darreth. El novicio contempló, horrorizado, la fija mirada sin vida de un rostro contraído en una mueca de dolor.

—Derit, ayúdanos —dejó escapar el muchacho—. No permitas que muramos en este lugar. Tú conoces este…

—Muchacho —interrumpió Derit—. Os dije que en las tierras de los dioses hay peligros que ninguno imagináis. Conozco estas tierras y, créeme, he visto cosas terribles. No puedo garantizar que salgáis vivos de aquí —el tahúr se acercó aún más para susurrarle al oído—. Pero si quieres tener alguna posibilidad de regresar a Móstur, será mejor que, cuando alcancemos la entrada al templo, corras por la galería que yo te indique.

—Pero… ¿y los demás?

—Hazme caso chico y huye por donde yo te diga. Todos los demás están muertos y los que están aquí a tu lado lo estarán en muy poco tiempo. Si quieres salvar tu vida, haz lo que te digo.

—Pero el maestro… Prometiste ayudarnos a los dos. ¿No recuerdas las monedas que te ofrecimos por ayudarnos?

—Cierto, chico —Derit extrajo uno de aquellos objetos que tanto le gustaba hacer girar entre sus dedos—. Prometí que os protegería. Bien, en ese caso me encargaré de proteger a tu maestro mientras tú huyes por la galería…

—Pero ¿yo solo? ¿Por qué no vamos todos y…?

—No hay tiempo, Darreth. Esa es la única alternativa. Solo puedo salvaros a ti y a tu maestro, pero debes confiar en mí.

La conversación no fue escuchada por ningún otro miembro del grupo. Cuando Zen Varion miró hacia atrás, Derit ya había susurrado las últimas palabras que parecían condenar a los demás.

—No temas, Darr —Zen Varion contempló el compungido rostro del muchacho y pensó que se debía únicamente a la visión de aquella

cabeza, que no sería la única.

—Malditos hijos de puta —susurró Morley, convencido de que los mercenarios les habían tendido una trampa en el interior del templo. Pero su desconcierto aumentó cuando, unos peldaños antes de alcanzar la entrada, otra cabeza les aguardaba. No era la de uno de los guardias de Genthis, ni la de uno de sus compañeros, sino la de uno de los hombres a los que perseguían. El color de su piel era similar al de los otros dos muertos.

—Vamos, venid todos —ordenó Morley nada más poner los pies en el umbral que les separaba del recinto sagrado. La mirada desbocada del mercenario se perdía en la estancia que había al otro lado, ya en el interior de la roca. Allí había más restos de muerte: huesos desprovistos de carne, vestiduras hechas jirones, cráneos que se repartían por cada rincón… constituían un macabro espectáculo del que sin duda formarían parte todos aquellos que hubieran puesto un pie en el recinto. Jon, Brad, Titto… Temió por las vidas de sus compañeros. Esperaba que no hubieran cometido la imprudencia de adentrarse en el templo, pero algo en su interior le decía que ya sería demasiado tarde para ellos.

Teddy fue el primero en cumplir la orden de su líder. Al contemplar el interior de aquella primera estancia tuvo que contener las ganas de vomitar. Llegaron los demás. Zen Varion y Darreth quedaron también desconcertados, invadidos por el miedo a terminar formando parte de aquel paisaje de muerte.

La estancia parecía un altar repleto de ofrendas al dios que habitaba el interior de la montaña. Como si se tratara de sacrificios que alimentaran la voluntad de Thariba, los restos humanos parecían incontables. Cráneos apilados junto a las gigantescas columnas que en hileras recorrían aquella antesala hasta perderse en la oscuridad, huesos que se repartían por el suelo, restos de armas melladas y corroídas por el paso del tiempo… La primera sala del templo parecía una extensa tumba donde los muertos se humillaban ante el poder de Thariba.

«Los sacerdotes nybnios no se caracterizan por ofrecer a su dios sacrificios humanos», Zen Varion recordó los escritos contenidos en muchos de los manuscritos nybnios acerca del culto a su dios. De todas las deidades, Thariba siempre había sido la que menos muestras de crueldad había manifestado entre sus más fervientes adoradores y para con aquellos que no formaban parte de su pueblo.

—¿Qué hacemos, Morley? —inquirió Teddy.

El mercenario paseó la mirada entre sus acompañantes, buscando una respuesta que ninguno, salvo Derit, podría darle.

—¿Qué hacemos? —preguntó finalmente al tahúr, cuyo rostro parecía inexpresivo, carente del temor que invadía a los demás.

—Debemos avanzar lo antes posible si queremos encontrar con vida a los otros. Tal vez estemos a tiempo de sacarlos de aquí y abandonar las tierras de los dioses.

Morley asintió a las palabras del tahúr. Sin embargo, algo en su interior le decía que Derit estaba conduciéndolos a una trampa. Se acordó de Yar Robert, Therios, y de las macabras intenciones de ambos. Por unos segundos se preguntó si Derit no sería más que otro de los hombres contratados por el Gran Maestro para ver cumplido su plan, que tal vez incluiría acabar no solo con el novicio, sino con todos ellos. Se planteó hacer correr a Derit el mismo destino sufrido por el caballero helvatio enviado por Therios. Pero aun así, debería continuar adentrándose en el templo de Thariba para tratar de rescatar a sus amigos. No tenía más opción que continuar avanzando, con un ojo fijo en el tahúr y otro en lo que le aguardaba allí donde su vista no le permitía ver más que una insondable oscuridad.

—Está bien —Morley continuó caminando entre los restos, procurando hacer el menor ruido posible, esquivando los cascos, corazas y ropajes que, dispersos por el suelo, se mezclaban con los huesos de quienes no habían logrado vencer a un destino funesto.

La entrada al templo filtraba una luz que, al igual que los rayos que se colaban por una de las paredes, mantenían iluminada aquella primera cámara cuyo techo se perdía en la oscuridad. La penumbra les permitiría avanzar hasta el otro extremo, donde dos galerías daban paso a otras estancias. Una de ellas parecía iluminada, pero no por los rayos del sol. Sus tenues resplandores parecían más bien el fruto de una llama a punto de extinguirse.

Repartidos por la estancia, fueron sorteando los obstáculos que cada vez se veían con mayor dificultad. Derit caminaba por detrás de Darreth, como si fuera su sombra.

—Cuando yo te diga, corre hacia la galería de la derecha.

—¿La que lleva a la oscuridad? —el novicio deseaba que no fuera esa.

—Sí, la que permanece sumida en la oscuridad. Hazme caso, muchacho. A mi orden, corre y no te detengas. Yo me quedaré junto a tu maestro para protegerlo, pero tú has de obedecer y, sin temor, adentrarte al otro lado de la galería. Encontrarás una cámara sellada. Pon tu mano sobre la única luz que verás en la estancia. Se abrirá ante ti una puerta.

—¿Adónde conduce esa puerta?

—Eso ya es algo que tendrás que descubrir por ti mismo.

—No sé —Darreth dirigió la mirada a su maestro, que caminaba unos metros a su derecha—. Debe de haber otra opción…

—¿Has visto lo que les ha sucedido a los guardias de Genthis? Esa es la otra opción.

—De acuerdo —el novicio asintió, en un susurro casi imperceptible.

—Pase lo que pase, veas lo que veas… No te detengas, no mires atrás.

—¿Vea lo que vea? —repitió Darr. Tenía la sensación de que algo terrible estaba a punto de dejarse ver, de caer sobre ellos como así parecía haber sucedido con aquellos cuyos restos yacían a sus pies—. Tú ya has estado aquí, ¿verdad?

El silencio de Derit confirmó los temores del discípulo de Athmer, que en voz baja comenzó a rezar a su dios, pidiéndole que no les dejara morir en aquel horrible lugar.

Las paredes de la cámara rezumaban una humedad cuyo olor se fundía con el hedor de la muerte que reinaba en toda la estancia. El agua de la montaña se filtraba y resbalaba en forma de brillantes hileras repartidas por la roca. Del techo caían gotas que propagaban un monótono eco como si de sigilosas pisadas se tratara.

A medida que avanzaban por la cámara, el escenario se volvía más lúgubre en las paredes, aunque menos espantoso en la superficie de piedra, donde la roca de la montaña y los restos humanos daban paso a un suelo de baldosas blanquecinas. Estaban en la antesala del templo. A uno y otro lado, pudieron contemplar varias imágenes de piedra, estatuas que representaban a extrañas criaturas con cuerpo de dragón y un rostro humano desfigurado.

—Estamos en la antesala que conduce al templo —indicó Derit, cuando todos se encontraron juntos de nuevo, frente a las dos entradas.

—¿Por qué conoces todo esto, maldita sea? —preguntó Morley, incapaz de contener la tensión que lo consumía por dentro. A pesar de la ansiedad que lo dominaba, sus palabras sonaron en un tono que no reflejaba su estado de ánimo. «He de conservar la calma, estar alerta», se decía una y otra vez.

—Es una historia larga, y no tenemos mucho tiempo. Si queremos salir de aquí con vida, debemos actuar lo antes posible. Id pasando, por aquí —señaló la entrada al pasillo que dejaba ver algo de luz en su interior.

Morley dudó.

—Si quieres salvar a tus amigos, este es el único camino —insistió Derit.

El líder de los mercenarios accedió ante aquellas palabras. Jon, Brad, Titto… El temor a perderlos era casi el mismo que el de perder su propia vida.

—Cuando yo te diga —escuchó Darr al pasar junto al tahúr, cuyo susurro percibió como una advertencia.

La galería era tan angosta que tuvieron que caminar en fila. Giraba en una curva hacia la izquierda y la luz que la iluminaba procedía de antorchas de frágiles llamas que parecían temerosas de desvelar el camino.

Escucharon un grito desgarrador, que precedió al sonido del acero. Choque de espadas, golpes, estruendos que se adivinaban al otro lado de la galería, y unas voces que Morley conocía muy bien.

Sin pensarlo dos veces, corrió hacia adelante, dispuesto a alcanzar el otro extremo de aquel asfixiante pasillo. Detrás de él, Vidok, Teddy y Zen Varion aceleraron sus pasos, con la certeza de que al otro lado estaban los demás, tal vez luchando contra los mercenarios a los que perseguían. Así lo quería creer Teddy, puesto que en aquel lugar cualquier otro enemigo podría resultar más desconcertante y, tal vez, próximo a las leyendas acerca del templo. Este último temor era el que invadía a Zen Varion. El clérigo sujetaba su arma, convencido de estar a punto de enfrentarse a algo terrible. Los espectros cobraron vida en su mente, provocando en él la ansiedad propia de quien ve cercano su inevitable final.

—¡Brad! —Morley se situó junto a su amigo, que acababa de derribar a uno de los mercenarios. Apenas tuvo tiempo de mirar a uno y otro lado, descubrió que se encontraba en un recinto rebosante del color brillante del oro.

Por delante de ellos, Titto había hundido su espada en la garganta de otro de aquellos malnacidos. En el suelo, herido en su pierna derecha, el líder de aquellos indeseables clavó su mirada en el recién llegado.

—Hemos dado con ellos —habló Brad—. Estaban escondidos en una de estas salas. Uno huyó en dirección a la salida. Genthis y sus soldados corrieron tras él. Los demás llegaron hasta aquí…

—Y ninguno de ellos va a llegar más lejos —Morley dibujó una siniestra sonrisa mientras sus ojos se fijaban en el hombre que había matado a Flint—. ¿Y los demás? ¿Dónde está Jon?

—Siguió a Genthis y sus soldados —respondió Titto, con rostro de preocupación.

—Escucha, Morley —en ese momento aparecieron Teddy y Zen Varion—. No estamos solos en este maldito lugar.

—¿Dónde está Derit? —Morley fijó la mirada en el clérigo—. ¿Y

vuestro novicio?

—Venían detrás de nosotros —Zen Varion se giró en dirección al pasillo—. Venían detrás de mí.

—Morley… —Brad se acercó aún más—. He visto cómo una sombra caía sobre uno de los hombres de Genthis y acababa con él, arrastrándolo pared arriba dejando un reguero de sangre a su paso. Este lugar está maldito.

—Debemos irnos de aquí lo antes posible —añadió Titto—. Solo nos queda una cosa por hacer.

—Bien —Morley no quería privarse del placer de acabar él mismo con el asesino de Flint—. Yofren, ¿verdad? —miró a aquel miserable mientras recordaba lo sucedido en Bélingdor.

—Adelante —respondió el aludido, en tono desafiante—. Acaba conmigo. Muy pronto compartiremos estancia en los infiernos de los dioses. Estamos en Mynthos, su tierra sagrada, y como tu amigo acaba de decir, nuestra presencia no ha pasado desapercibida. Ninguno saldréis vivo de este lugar.

—Eso está por ver —Morley hablaba con un brillo de ira reflejado en su mirada. La mano que sujetaba su espada temblaba de rabia, deseosa de acercar el filo a la garganta de su víctima, que parecía incapaz de ponerse en pie.

—¿Vas a matarme? —Yofren sonrió—. ¿Sin obligarme a que te cuente por qué mis hombres y yo fuimos al templo de los helvatios? Tal vez tú no quieras saber el motivo, pero estoy seguro de que el clérigo tiene cierto interés en conocer la verdad. ¿No es así?

—Me temo que no hay mucho tiempo —Morley se acercó a él.

—¡Espera! —Zen Varion corrió hacia Morley, temiendo que su brazo fuera demasiado raudo en ejecutar la sentencia de muerte—. ¿Quién os contrató?

—No nos lo va a decir, zen —Teddy se adelantó a su líder en la contestación.

—Exacto —confirmó Yofren—. Me temo que no tenéis mucho tiempo para poder escapar con vida. Y yo empiezo a sentir prisa por dejar atrás todo esto. Me gustaría verte morir, Morley… Pero me temo que me vas a privar tú mismo de ese placer. A no ser que demoréis vuestra huida. No tardarán en venir…

—¿Qué o quiénes son esas sombras? —inquirió Brad, aún atónito ante el recuerdo de lo que habían contemplado sus ojos.

—Solo son unos siervos, que vienen a ofrecer tributo a su dios. Y hoy parece ser un buen día para el sacrificio de unas cuantas almas.

—¡Mientes! —gritó Morley, alzando su espada.

—Los siervos de Thariba no hacen sacrificios humanos —añadió

Zen Varion.

—Los siervos de Thariba dejaron estas tierras hace años. Habéis pasado junto a aquellos que no huyeron a tiempo, y pronto vuestros cadáveres se unirán a sus huesos en el sacrificio al nuevo dios de este templo.

—¿Qué dios? —inquirió Morley, confuso.

—Aquel que extiende sus dominios en todas las tierras. Sus adoradores no son demasiados, pero habitan entre nosotros. Y al final, antes o después, todos acabamos alcanzando su reino.

—La muerte —Vidok observaba a su alrededor, temiendo que una de esas sombras pudiera alcanzarlo en cualquier momento.

—Sí, la muerte —Yofren se recreaba en sus palabras, saboreando el temor que estas habían causado en sus enemigos. «Si he de morir, vosotros también», se decía mientras aguardaba un final que esperaba poder compartir—. Los espectros ya huelen el miedo que se ha apoderado de vosotros. Vuestra sangre es preciosa a ojos de su dios, que muy pronto reclamará el sacrificio de quienes han allanado su morada.

—Morley, debemos dejar este lugar. Acaba con esto y vámonos de aquí.

El líder asintió ante la insistencia de Vidok.

—Siento que no podáis obtener las respuestas que buscáis, zen —situado frente a Yofren, Morley alzó la espada y cruzó su mirada una última vez con el mercenario.

—La sangre llama a la sangre —Yofren cerró los ojos para no ver su final.

Con un grito de rabia, Morley clavó su espada en el pecho de su víctima hasta que la hoja asomó por su espalda, empapada en sangre. El cuerpo de Yofren rodó por el suelo cuando el mercenario extrajo su arma.

—Salgamos de esta tumba —Morley miró una última vez el cadáver, convertido ya en un habitante más de aquel reino maldito.

Apenas la sangre de Yofren acarició el suelo, el eco expandió una voz lejana. Después fue una segunda voz la que pronunció la misma palabra.

«Sangre».

Otras voces resonaron de igual modo, repitiendo lo que parecía la convocatoria a un nuevo festín.

—¡Morley! —Vidok señaló el cuerpo inerte de Yofren, cuya sangre comenzó a desaparecer, como si el suelo estuviera absorbiendo hasta la última gota de aquel cadáver cuya piel se fue tornando oscura.

—¡Corred! —gritó el líder de los mercenarios.

Sin mirar atrás, iniciaron una huida que se antojaba casi imposible, a juzgar por lo sucedido con algunos de los soldados de Genthis y el relato de Brad. Las voces se escuchaban cercanas, los perseguían a través de las paredes, del techo, del mismo suelo. Se escuchaban pasos que retumbaban como si de un ejército se tratara.

Genthis, Darreth, Derit… Zen Varion no pudo evitar sentir un terrible dolor en su interior por haberse separado de su discípulo. Todo había sucedido demasiado rápido. En aquella misma galería había pensado que Darreth corría por detrás de él, que se encontrarían al otro lado. Pero Darreth no estaba, había desaparecido al igual que el tahúr. «Espero que Derit haya sido capaz de protegerlo», deseó con todas sus fuerzas mientras corría para deshacer el camino andado por aquellos siniestros pasadizos, con la esperanza de encontrar al novicio al otro lado.

En último lugar, cerrando el grupo, Titto apremiaba al resto a acelerar aún más sus pasos. Una de sus voces quedó ahogada tras un golpe seco.

«Sangre», las paredes de la montaña susurraban por detrás, voces sinuosas que parecían exigir el sacrificio de los allanadores del templo.

Retornaron a la primera cámara, allí donde yacían las víctimas del dios que habitaba en una siniestra morada, ya fuera Thariba o la propia muerte, como había insinuado Yofren. Las voces que los perseguían enmudecieron, como si aquella estancia convertida en una gran tumba hubiera sido condenada al silencio eterno de sus moradores.

—Morley, no podemos irnos sin Darreth —Zen Varion trató de retener por un momento al mercenario, que parecía decidido a dejar atrás a todo aquel que no le siguiera de cerca.

—Lo siento, zen. No podemos permanecer aquí un segundo más. ¿Dónde está Titto?

—Venía detrás de mí —aseguró Vidok, sin detener el ritmo de sus pasos hasta llegar a Morley.

—No podemos esperar a nadie, Zen Varion —Morley continuó caminando hacia las columnas que flanqueaban la entrada a la cámara. Sus ojos buscaban tras los últimos en llegar a la estancia, temiendo que algo o alguien pudiera surgir de la galería, ya sumida en la oscuridad. Escuchó unos pasos que procedían de aquel extremo.

—¡Darreth! —exclamó Zen Varion, aliviado por ver de nuevo al muchacho, que venía de la otra galería—. ¡Rápido, ven aquí! Tenemos que irnos.

El novicio corrió hasta situarse junto a su maestro.

—¿Dónde has estado? ¿Qué te ha pasado?

De nuevo se escucharon pasos. Procedían de la galería que Morley y sus acompañantes habían dejado atrás.

—Mierda… —los ojos del mercenario encontraron una sombra que manaba de la negrura para plantarse a unos metros por detrás de ellos. Ya fuera un hombre o uno de aquellos espectros que mencionaban las leyendas, un manto negro lo cubría por completo.

—Morley… —Vidok señaló hacia adelante, donde otras dos sombras habían emergido entre las columnas para cubrir la única salida posible. Casi al mismo tiempo, los espectros dejaron a la vista unas manos esqueléticas empuñando las espadas curvas que portaban aquellos seres.

El sonido del acero fue prolongado y chirriante.

«Sangre».

CAPÍTULO 29: MÓSTUR

Yar Gregor perdía la mirada en la oscuridad que lo rodeaba, allí donde las paredes de la estancia permanecían ocultas en la negrura. En el centro de la sala, cuatro cirios velaban el cuerpo sin vida de Zen Grimward, que descansaba en el interior de una caja de madera de pino.

La ceremonia había tenido lugar en una de las estancias del castillo, presidida por un Zen Argosh casi incapaz de contener el dolor que lo embargaba. Apenas una docena de asistentes, breves plegarias y unas escasas palabras de ánimo habían dado forma a un entierro demasiado sobrio, en opinión del caballero helvatio, único Yar que acudió a la despedida del Presthe. El propio Zen Argosh así lo había querido para evitar que el último adiós al máximo dirigente de la Orden se convirtiera en un espectáculo digno de cualquier enemigo de Zen Grimward, pues era sabido que no gozaba de una gran aceptación entre los suyos. Por lo tanto, una ceremonia íntima, con varios representantes de los zenlores y Yar Gregor en nombre de los caballeros parecía la opción más adecuada, según el encargado de presidir el entierro.

El cuerpo de Zen Grimward pasaría la noche en aquella gélida y triste estancia, donde las grisáceas paredes rezumaban una humedad que podía olerse y palparse en la roca. Al otro lado de la puerta, dos guardias restringían el acceso a la cámara mortuoria, evitando que cualquiera de los miembros de la Orden, excepto los que habían acudido al entierro, pudieran acercarse al cuerpo del Presthe.

Yar Gregor fue el único que permaneció allí una vez finalizada la última plegaria de Zen Argosh.

«Acoge su alma en tu seno y hazle merecedor de vivir eternamente en tu morada».

Con aquellas palabras, el zenlor había dado por concluida la ceremonia de presentación del alma del Presthe ante Athmer, para que este le juzgara y considerara digno de ocupar un lugar privilegiado entre los suyos. El cuerpo de Zen Grimward no sería trasladado a la cripta hasta la mañana siguiente. En el panteón de los reyes, sus restos

descansarían en un lugar privilegiado, una cámara en la que únicamente eran enterrados algunos de los clérigos más importantes de la Orden, aquellos que habían sido elegidos para guiar a sus hermanos helvatios en el sendero de la vida.

Las llamas de los cirios desprendían un resplandor blanquecino y moribundo. Sobre el ataúd del Presthe descansaba un libro voluminoso, abierto casi a la mitad. Dejaba al descubierto un pasaje de los Textos Sagrados que, según la tradición helvatia, debía acompañar al difunto en su tránsito nocturno hasta encontrarse cara a cara con el dios de la Luz.

Yar Gregor permanecía sentado en una de las sillas repartidas por la estancia; una docena de asientos que unos momentos antes habían acogido la presencia de los zenlores. Eran incómodos, con irregulares respaldos y enclenques patas que parecían incapaces de sostener a cualquiera que se sentara sobre ellos. El caballero tenía los codos apoyados sobre las piernas y la mirada oculta entre sus manos. Su mente volvía atrás en el tiempo, hasta toparse una vez más con Yar Bolfren en las justas, y con el asesino huyendo por delante de él. Aquel malnacido había logrado escapar entre una muchedumbre en la que parecían mezclarse sentimientos confusos. Sin duda, aquel momento habría sido motivo de celebración para muchos de los que veían al Presthe como la nueva amenaza para la estabilidad de Móstur. Considerado como un dictador por parte de algunos miembros de la Orden, visto por otros como un salvador enviado por Athmer para devolver al pueblo el culto al dios de la Luz, Zen Grimward había sido un hombre que no dejaba indiferente a nadie. Muchos habían pensado que, tras la desaparición de Therios, el Presthe traería sobre la ciudad una mayor estabilidad que la mal llamada «justicia de Athmer» empleada por el Gran Maestro.

El caballero helvatio abrió los ojos. En un primer momento, su mirada se resistió a ver más allá de la oscuridad que lo rodeaba. Concentró la vista en la caja que tenía frente a él. Pensó en el Presthe, en su relación con él. Se sorprendió al sentir compasión por aquel a quien siempre había visto como un hombre difícil, insondable y rodeado de un aura de poder que, al igual que sucedía con Therios, lo convertía en una persona poco accesible y desconfiada. Aunque, en comparación con el Gran Maestro, Zen Grimward siempre se había mostrado como una persona más cautelosa, menos drástica en sus decisiones, en su forma de abrazar la fe de Athmer. No obstante, su comportamiento se había ido transformando durante el poco tiempo del que había dispuesto para tomar las riendas de la Orden.

«Hazle merecedor de vivir eternamente en tu morada».

Las palabras de Zen Argosh resonaron una vez más en la mente del caballero, cuyos pensamientos no terminaban de ponerse en orden. Ahora que el Presthe había muerto, sería Zen Walter, como sabio más venerable de la Orden, quien debería ocupar su lugar. El anciano se había hecho respetar por su conocimiento de los Textos Sagrados. No había entre todos los zenlores uno más erudito que él en las cuestiones relacionadas con la historia del culto a Athmer, así como en la propia historia de Móstur. Y aunque su forma de ser nunca le había hecho ganarse el cariño de quienes tenían que convivir con él, todos los clérigos coincidían en que Zen Walter debía ser elegido nuevo Gran Maestro de la Orden lo antes posible. Algunos de ellos parecían temer el retorno de Therios. El esperado nombramiento de Zen Walter convertiría este retorno en una mera anécdota, el regreso de un zenlor más a la morada del dios de la Luz. Para alivio de muchos clérigos y ciudadanos, Therios quedaría depuesto de su cargo como consecuencia de su larga ausencia, una vez que el poder sobre la Orden recayera sobre aquel que, a juicio de la mayoría, sabría gobernar, no solo a los helvatios, sino a la totalidad de los ciudadanos de Móstur.

La puerta de la estancia se abrió de forma pausada, dejando a la vista a un joven denlor que emergió de la oscuridad para encontrarse con Yar Gregor. El caballero fijó la vista en aquel muchacho de mirada huidiza y frágiles pisadas, preguntándose cómo es que los guardias de la entrada le habían dejado pasar.

—Yar Gregor —habló con voz entrecortada—, Zen Walter me envía para deciros que acudáis lo antes posible a la sala de los estandartes, donde os aguarda.

—Me imagino que no te ha dicho nada sobre lo que quiere de mí, ¿verdad?

—Solo me ha dicho que acudáis a su presencia cuanto antes.

—Bien, en ese caso no le haré esperar. Pero antes, déjame de nuevo a solas, para que termine de despedirme —dirigió la mirada al ataúd.

—Sí, Yar —el joven inclinó levemente la cabeza y se marchó tan silencioso como había llegado.

Yar Gregor miró una última vez el libro situado encima de la caja. Los cirios que flanqueaban el cuerpo de Zen Grimward iluminaban aquel pasaje de los Textos Sagrados. El caballero sentía la curiosidad de saber qué párrafos habían sido elegidos para guiar el tránsito del Presthe a la morada de Athmer.

Se acercó lentamente. Las llamas de los cirios parecían a punto de extinguirse. Pero algo extraño sucedió cuando el caballero se situó cerca del ataúd. Repentinamente, las llamas cobraron intensidad,

creciendo hasta ser capaces de proyectar su luz sobre cada rincón de la estancia. Yar Gregor se detuvo, confuso. Su asombro fue en aumento cuando contempló el movimiento de varias páginas del libro, como si una mano invisible estuviera buscando en el interior del mismo un nuevo pasaje que no lograra encontrar. Las hojas se movieron en uno y otro sentido, hasta pasar lentamente una última página.

«¿Qué demonios sucede?», Yar Gregor estuvo a punto de desenvainar la espada, estupefacto ante los extraños sucesos que tenían lugar unos metros por delante de él, junto al cuerpo del Presthe.

Cuando las páginas del libro dejaron de moverse, las llamas languidecieron hasta volver a convertirse en inofensivas luces, incapaces de mostrar la amplitud de la sala. Yar Gregor dudó, temiendo que su llegada ante el libro desatara algún otro fenómeno inexplicable. La curiosidad le pudo, y sus ojos terminaron perdidos en las páginas en las que el ejemplar de los Textos Sagrados dejaba al descubierto los trazos de una caligrafía que el caballero conocía muy bien. Eran las letras del propio Presthe las que aparecían ante sus ojos.

Detrás de mí vendrá otro, aquel a quien le será otorgado un oscuro poder. Él desatará la ira sobre su pueblo, hará caer sobre él la desgracia, el castigo de los dioses. Traidor entre los suyos, cómplice de los adoradores del maligno, el siervo de Lorwurn derramará la sangre de culpables e inocentes por igual. La sangre de mostures y leryones caerá derramada sobre las tierras de Athmer, en sacrificio a aquel cuya venida nadie espera, en pago a la deuda que únicamente se salda al dejar atrás este mundo.

Detrás de mí vendrá otro, y los suyos no lo reconocerán. Creerán en sus palabras, lo seguirán, caerán en la trampa del dios maldito. Solo el rey conocerá su secreto, pero los muertos no pueden hablar, aunque sí desvelar lo escondido. Será demasiado tarde, cuando el mensajero revele lo que está por venir.

Detrás de mí vendrá otro, y no lo reconoceréis hasta que ya sea demasiado tarde. Tras él vendrá la muerte, y tras la muerte, la oscuridad.

Yar Gregor leyó el último párrafo por segunda vez, desconcertado ante las palabras escritas por el propio Presthe. Todos los zenlores tenían un volumen de los Textos Sagrados, copiados por ellos mismos. No representaban la totalidad de escritos acerca de Athmer, pero sí un considerable número de páginas que recogían todo un tratado de

historia de la Orden, así como un decálogo de mandatos que los helvatios debían cumplir una vez ofrecida su vida al dios de la Luz. Por último, los Textos Sagrados también recogían, en su apartado más polémico, un conjunto de profecías que habían dividido a la comunidad helvatia a lo largo de sus años de existencia.

Yar Gregor no creía en profecías. Para él, no existía un destino aguardando al final del camino, sino que cada hombre tenía el final que se ganaba con sus actos. Athmer, el Juez Supremo, decidiría posteriormente un lugar para su alma, en función de esos actos. Eso era lo que siempre le habían enseñado desde niño. No obstante, a medida que el caballero avanzaba en el conocimiento de los preceptos y la historia de la Orden, su fe en Athmer había ido a menos. Ya ni siquiera se preguntaba si con cada sentencia ejecutada por su espada su alma estaría abocándose a un abismo eterno tras la muerte. Al fin y al cabo, obedecía las órdenes de los máximos dirigentes de la Orden. Therios y Zen Grimward representaban para muchos el lado más sombrío de Athmer, capaz de someter o ejecutar a todos aquellos que se opusieran a la fe del dios de la Luz.

Profecías… Muchos zenlores habían muerto tras incansables años de estudio de aquellos textos. Afanados en encontrar la interpretación de unos enigmas indescifrables, habían visto pasar el tiempo ante sus ojos, fugaz como la brisa de una gélida mañana. Consumidos por el tiempo y su fanatismo, habían envejecido hasta morir sin encontrar una respuesta. Zen Grimward no se encontraba en ese grupo de fanáticos capaces de ver la actuación y presencia de Athmer en cada acontecimiento de difícil explicación. El Presthe, lejos de ser considerado como uno de los más eruditos zenlores, siempre había tenido fama de ser más cercano al estudio de la realidad que lo rodeaba. «La realidad presente de este mundo resulta más urgente que los designios futuros de la otra vida», había dicho en una discusión con algunos de los más ancianos siervos de Athmer, zenlores de rostro lánguido y palidecido por sus largas jornadas de estudio de las Escrituras y el ayuno al que se sometían en sus interminables lecturas.

Yar Gregor volvió en sí, recordando la llamada de Zen Walter. Se preguntó si su primera orden sería ejecutar a alguno de los numerosos reos que, en la oscuridad de sus celdas, aguardaban el último paseo hasta la Plaza del Poder. Pasó junto a los restos de Zen Grimward. «Hasta que volvamos a encontrarnos en la otra vida», fueron sus últimas palabras de despedida. Abandonó la estancia, donde el cuerpo del Presthe aguardaría la llegada del amanecer para su traslado al lugar en el que habría de descansar eternamente.

Las galerías del castillo constituían un sinfín de laberintos que

conducían a numerosas estancias inutilizadas, paredes que a lo largo del tiempo habían sido testigos de conspiraciones, sentencias, discusiones sobre el gobierno de la ciudad e incluso crímenes que habían permanecido impunes a los ojos de unos gobernantes que en algunas ocasiones miraban hacia otro lado cuando se trataba de impartir una incómoda justicia. Con el susurro de un lamento lejano, el aire hablaba en corrientes que recorrían los pasillos subterráneos, como si los fantasmas de aquellos que habían muerto en alguna de las cámaras más recónditas vagaran por unas oscuras galerías cuya existencia constituía un enigma para los habitantes del castillo.

El eco de las pisadas de Yar Gregor resonaba por la gélida roca que lo rodeaba. Durante el trayecto que lo separaba de Zen Walter, el caballero se cruzó con varios soldados que, como estatuas erigidas en rincones solitarios del castillo, permanecían inmóviles, deseosos de que la luz de la mañana trajera consigo el cambio de guardia. La noche parecía eterna en la soledad de unos muros que habían tornado su misión de proteger a la familia real para transformarse en el cuartel de los caballeros de la Orden Helvatia. Algunos de los zenlores más ancianos habían aprovechado para abandonar la Morada e instalarse en el castillo, donde afirmaban encontrar una paz que en su anterior hogar resultaba más difícil de hallar, debido a las crecientes comunidades de jóvenes denlores y aspirantes a formar parte de los siervos de Athmer.

La puerta de la llamada «sala de los estandartes» se encontraba abierta. Al otro lado, las llamas de una chimenea encendida iluminaban, con sus cambiantes resplandores, los asientos más cercanos al fuego. Cuando Yar Gregor cruzó el umbral observó a Zen Walter que, sentado en uno de aquellos sitiales de madera envejecida, alimentaba unas llamas que se agitaban traviesas. El fuego devoraba lentamente los troncos de encina que lo mantendrían vivo durante las siguientes horas.

—Yar Gregor, acércate —Zen Walter había reconocido las firmes pisadas del caballero. Su mirada se perdía en la candente luz que tenía frente a él—. Siéntate un momento, por favor.

—Sí, Zen.

Como era de esperar, Zen Walter tenía una expresión seria dibujada en su rostro. Sus palabras, pronunciadas en un tono severo, hicieron crecer en el caballero una curiosidad que muy pronto quedaría saciada.

—No han capturado al asesino de Zen Grimward. Ese malnacido ha logrado escapar a nuestros soldados y caballeros.

—Estuve cerca de él, pero no pude hacer nada.

—¿Pudiste ver su rostro? —la mirada del zenlor buscaba una respuesta que pudiera ayudarle a dar con el hombre más buscado de Móstur.

—Sí, lo vi —Yar Gregor recordó que ya antes del crimen había estado cerca de aquel desconocido. Rememoró las extrañas circunstancias del encuentro entre el Presthe y su asesino. Por un momento, temió compartir sus pensamientos con Zen Walter.

—¿Era uno de esos nybnios?

—No. Aunque no parecía de por aquí. Tal vez sería uno de esos comerciantes extranjeros que cruzan nuestras tierras. El caso es que… No era la primera vez que lo veía. Y creo que Zen Grimward tampoco.

—¿Qué quieres decir?

—El Presthe me envió para entregar una suma de dinero a ese comerciante. Cuando le pregunté el motivo de aquel pago, me dijo que era una sorpresa, un obsequio para el ganador del torneo.

—¿Estás seguro de que era él?

—Sí. Nunca olvido el rostro de aquellos con los que realizo un trato.

—Pues parece que el trato que el Presthe había cerrado con ese individuo no salió muy bien. Ese bastardo ha logrado escapar, y es posible que ya se encuentre lejos de aquí. Es inútil que intentemos dar con él, y más aún si los miembros de la guardia no pueden identificarlo. ¿Lo habías visto en alguna otra ocasión?

—No. El día que cumplí el encargo del Presthe fue la primera vez. Apenas intercambiamos unas palabras. Le entregué la bolsa con el dinero y desapareció nada más echar un vistazo a su contenido.

—Zen Grimward y sus turbias relaciones… Siempre pensé que ese hombre terminaría mal. Mantenía encuentros demasiado peligrosos, con gente que no es de fiar. Estar informado de todo cuanto sucede en la ciudad tiene un coste elevado, y en ocasiones hay cosas que es mejor no saber. Los callejones más oscuros de la ciudad esconden secretos que no deben salir a la luz.

—Me pregunto qué fue lo que pagó Zen Grimward a ese individuo. Una cosa es segura: no se trataba de un obsequio para el ganador del torneo.

—Me temo que ya no podremos saberlo.

—Permitidme que salga en busca de ese asesino. Lo perseguiré a través de pueblos o ciudades, hasta dar con él. Entonces hablará antes de que le atraviese con mi espada.

Zen Walter pensó una respuesta a las palabras de Yar Gregor, que de este modo buscaba un motivo para abandonar momentáneamente la ciudad. El caballero estaba harto de ser visto como el verdugo de la

Orden Helvatia, el encargado de impartir una justicia que muy pocos consideraban como divina. Si pudiera escapar de Móstur por un tiempo, tal vez su mala reputación terminaría desapareciendo.

—No sé, Yar Gregor. Hace tiempo que aún esperamos noticias de los últimos que partieron de Móstur en busca de unos asesinos. Zen Varion y su discípulo, Genthis y sus guardias… No hemos vuelto a saber nada de ellos. Therios era el único que seguía su rastro gracias a sus halcones. Pero el Gran Maestro también ha desaparecido… Maldita sea, esta ciudad se va a la mierda. Sin un rey que sea la cabeza visible del poder, ni un Consejo estable capaz de sostener los pilares de la justicia… Zen Grimward quería concentrar el poder en la Orden, pero parece ser que muchos se oponen a que Athmer sea el centro de sus vidas. Si intentamos obligarlos a aceptar nuestra ley, uno tras otro sufriremos el mismo destino que el Presthe. Me temo que ha llegado la hora de hablar con los nobles.

—Lord Belson ha estado muy desaparecido últimamente, y ya conocéis la reputación de sus antepasados…

—¿Crees que lord Belson puede estar detrás de la muerte de Zen Grimward?

—No. Pero me temo que durante estos días no ha estado perdiendo el tiempo, y quién sabe lo que puede hacer un hombre como él, capaz de pactar con nuestros mayores enemigos si estos logran encumbrarlo hasta entregarle la corona.

—No… Lord Belson no debe convertirse en rey de Móstur. Sin embargo, deberemos buscar una familia noble que sea merecedora del trono, un linaje que pueda permanecer en el tiempo, y dé estabilidad al gobierno de la ciudad. No hay otra solución. Debemos lograr que Athmer permanezca ajeno al poder sobre la ciudad.

—Me temo que en eso no puedo ayudaros demasiado. Mi relación con los nobles nunca ha sido demasiado grata. En realidad, creo que no gozo de la simpatía de la mayor parte de ellos.

—Los zenlores del Consejo nos encargaremos de restablecer las relaciones con los nobles. En cuanto hablemos de nombrar un rey todos ellos se volverán más… accesibles. Entonces, ¿estás seguro de querer buscar al asesino de Zen Grimward? Te va a resultar casi imposible dar con él.

—Yo también tengo algunos contactos en los pueblos más cercanos. Y quién sabe si el secreto que se esconde tras la muerte del Presthe pueda resultar demasiado peligroso para los demás miembros de la Orden. Aún no hemos sabido nada de los responsables de la masacre del templo. Tal vez haya alguna relación entre uno y otro suceso, y me gustaría poder encontrar una respuesta.

—Ve, pues. Espero que al menos logres dar con el motivo de este nuevo crimen y, si es posible, el asesino del Presthe acabe atravesado por tu espada.

—Es lo que más deseo en este momento.

—No te demores. Coge el caballo que desees y sal en busca de ese asesino.

—Sí, Zen —el caballero disimuló la alegría por liberarse, al menos de forma momentánea, de la carga que suponía ser visto a los ojos del pueblo como el brazo ejecutor de Athmer. Estaba harto de hacer rodar las cabezas de aquellos a quienes ni siquiera consideraba merecedores de la suerte a la que eran enviados.

Yar Gregor abandonó la estancia, deshaciendo el camino andado momentos antes. Sus pasos se aceleraban a medida que se recreaba en sus pensamientos: pronto estaría fuera de la ciudad. Tomaría uno de los corceles más raudos y dejaría atrás Móstur. No tenía claro su destino, ni siquiera estaba convencido de querer buscar al asesino de Zen Grimward. «Ese hijo de puta ya estará lejos de aquí», se dijo, consciente de que encontrar a ese falso comerciante resultaría la más ardua de las tareas que le hubieran podido encomendar. La soledad se antojaba como una grata compañera de viaje. Tendría tiempo para poder reflexionar acerca de los últimos sucesos, de su nuevo estatus en el seno de la Orden, del incierto futuro a punto de caer sobre la ciudad. Todo aquello quedaría atrás. Su presencia pasaría más desapercibida a medida que su montura lo fuera llevando por tierras lejanas. Sintió el deseo de perderse por algunas de las aldeas más tranquilas del reino, abandonar la misión que había supuesto su momentánea libertad. Pensó en varios lugares donde sin duda encontraría una paz que había huido de él mucho tiempo atrás.

Los pasos del caballero se ralentizaron junto a la sala en la que el cuerpo del Presthe descansaba en una soledad que lo acompañaría durante el resto de la noche. Dos guardias custodiaban la entrada, a pesar de encontrarse en uno de los rincones del castillo menos transitado durante todo el día. El pasillo estaba sumido en la penumbra. Únicamente las antorchas situadas a uno y otro lado de la puerta extendían su frágil luz, dejando al descubierto unas paredes gélidas y sombrías. La galería filtraba una humedad cuyo olor podía respirarse en toda su longitud.

Yar Gregor pasó de largo. Ya se había despedido del Presthe y no parecía dispuesto a estar por más tiempo en una sala cuya única compañía era la muerte. Solo quería llegar a su aposento y cerrar los ojos, dormir y olvidarse por un momento de todo cuanto estaba sucediendo a su alrededor.

El patio del castillo estaba vacío. Las ráfagas de viento golpeaban violentamente los muros de su perímetro, lo que provocaba que los guardias buscaran refugio en algunos rincones más apropiados, en las escaleras y torres aledañas. Sus figuras negras se escondían en las esquinas, casi ocultas en mitad de la oscuridad, donde vigilaban sin ser atacados por un aire gélido e inquieto. La luna irradiaba un frágil resplandor que dejaba parte del patio sumido en una pálida penumbra. En un extremo, los soldados habían encendido una hoguera en torno a la cual algunos de ellos buscaban el calor que la noche les negaba. Las llamas temblaban, sufrían al contacto con el frío que gobernaba la ciudad desde la caída del atardecer. Los guardias congregados alrededor del fuego hablaban en susurros. No había risas ni bromas. La calma dominaba el castillo y sus alrededores, como si el mismo Athmer hubiera impuesto un estremecedor silencio entre sus caballeros, los nuevos ocupantes de un lugar que muchos veían como maldito.

A punto de cruzarse con los guardias que custodiaban la entrada a una de las torres, escuchó las pisadas de un joven que corría hacia él.

—Por fin os encuentro, Yar.

—¿Qué sucede? —el caballero se mostró sorprendido, deseoso de que nada interrumpiera la calma de su última noche en el castillo.

—Me ha dicho que os esperaba en vuestros aposentos, que fuerais allí lo antes posible.

—Maldita sea —Yar Gregor se lamentaba de su mala suerte—. ¿Quién demonios quiere verme, a estas horas? ¿No puede esperar a mañana? Estoy cansado.

—Lo siento, pero no pude detenerlo. Tampoco pude ver quién era —mintió el joven—. Cruzó la entrada a la torre demasiado rápido.

—Está bien —Yar Gregor se resignó, pensando que en un momento despacharía a quienquiera que se encontrara en sus aposentos. Visiblemente enfadado, apartó al muchacho y desapareció tras la puerta que conducía a una de las torres más altas del castillo, donde se había hecho preparar una habitación con generosas vistas al exterior de Móstur, allí donde la confluencia de los ríos Éresot y Syeth se constituía como una extensión de la muralla que protegía la fortaleza.

Yar Gregor cruzó los rellanos que se intercalaban con escaleras de peldaños altos y angostos, girando a uno y otro lado en su ascenso hasta el punto más alto. Con cada paso, el caballero sentía su cuerpo más necesitado de un ansiado descanso que durante los últimos días se le había estado negando. Las persecuciones de malhechores, ejecuciones, justas, y por último el asesinato de Zen Grimward habían constituido una serie de sucesos que distaban mucho de sus anteriores

labores. Recordó algunas de las más importantes, al servicio de lord Belson. El noble era el hombre del que más había aprendido, por encima de todos aquellos maestros empeñados en incrementar su fe en Athmer. En cambio, los trabajos encomendados por el Gran Maestro Therios y el Presthe parecían alejarle cada vez más de los motivos por los que había decidido convertirse en un Yar y, desde luego, de los orígenes de la rama caballeresca de la Orden.

«Qué ironía. Cuanto más cerca estoy de Athmer más me alejo de la misión por la que decidí entregarle mi vida». Fue un pensamiento que le arrancó una sarcástica sonrisa. Para volver a encontrar su fe en Athmer tendría que alejarse de sus más fervientes servidores antes de que estos le pidieran que ejecutara a media ciudad.

A medida que se adentraba en la torre la oscuridad lo invadía con más ferocidad. En el punto más alto, donde se encontraban sus aposentos, la negrura dominaba todos los rincones. Separado de la puerta por un último pasillo, descubrió un hilo de luz que se escapaba del interior de su habitación. La curiosidad le había quitado parte de ese cansancio que, ya junto al cuerpo del Presthe, parecía adormecerlo como una tierna melodía.

«A ver quién es el desgraciado que se ha adentrado en mis aposentos con tanta facilidad».

Estuvo a punto de desenvainar su espada. Pero no lo creyó oportuno. Al fin y al cabo, si había logrado llegar hasta allí había sido tras cruzar con facilidad entre guardias incapaces de oponerse a su paso. De no ser así, la seguridad del castillo corría un riesgo que el caballero no concebía en su interior.

Con gesto decidido, abrió la puerta y se adentró en la habitación. De espaldas, sentado junto a un escritorio y a la luz de una vela, el inesperado visitante se encontraba leyendo un viejo libro de ajadas páginas y letras consumidas. Tenía el rostro oculto tras la capucha de una capa marrón, raída y casi sin color.

—¿Quién te ha permitido venir aquí? —preguntó de manera impulsiva.

—¿Qué ocurre, Yar Gregor? ¿No te alegras de volver a verme?

No hizo falta que el desconocido se girara. Yar Gregor reconoció aquella voz y un escalofrío se apoderó de todo su ser. Definitivamente, aquella noche tampoco encontraría el descanso que su cuerpo ansiaba.

—Gran Maestro… —habló con voz entrecortada.

CAPÍTULO 30: MYNTHOS

—Habéis mancillado las tierras sagradas —la voz habló en tono gutural, resonando por las paredes de la estancia. Era imposible saber si procedía de uno de aquellos espectros o de algún otro ser que aún estuviera por mostrarse.

—Dejadnos marchar, por favor —Teddy se echó al suelo y suplicó, de rodillas, con la mirada fija en una de las sombras cuyas capas ocultaban rostros que ninguno de los presentes desearía contemplar.

—Ya es demasiado tarde. Alguno de los vuestros ha logrado escapar. No sucederá así con vosotros. Vuestros cuerpos permanecerán aquí, eternamente.

—¡Y una mierda! —Teddy se dejó llevar por una incontenible ira y, una vez puesto en pie, trató de abalanzarse sobre uno de los que les cerraban el paso hacia la salida.

Los aceros chocaron y, mientras el resto de las criaturas permaneció inmóvil, el espectro atacado contuvo la embestida del mercenario que, hasta en tres ocasiones trató de atravesarlo con su espada. Teddy ponía todos sus esfuerzos en apartar a la sombra, pero esta jugaba con él, desviando la espada tras cada acometida.

«Maldita sea», Teddy se desesperaba, contemplando cómo todos sus movimientos eran adivinados por su rival.

—Estad atentos —Vidok parecía decidido a actuar. Repartió brevemente su mirada entre Morley, Zen Varion y Darreth—. En cuanto aparte al otro espectro, huid de aquí.

—Vidok, no… —Morley no pudo contenerlo.

—¡Huid, maldita sea! —el mercenario corrió decidido a luchar contra el último ser que se interponía en su camino hacia la salida. Sacó su hacha y, con un grito desesperado, descargó todo su cuerpo en el ataque al espectro, cuya espada tronó al chocar contra el arma de un Vidok fuera de sí.

Morley miró a su alrededor. Un espectro más parecía estar vigilando de cerca cada uno de sus movimientos. Por un momento se preguntó si les daría tiempo a abandonar el templo antes de que la sombra les alcanzara. A su derecha, Vidok se movía de forma ágil,

haciendo girar su hacha en círculos mientras su rival se negaba a tratar de herirlo.

«Están jugando con nosotros», pensó el mercenario, observando la pasividad con la que se movía su oponente, que únicamente se limitaba a contener sus constantes intentos por descubrir qué había por debajo de la capucha que ocultaba su rostro, si es que aquella criatura maldita tenía alguna apariencia.

—¿Qué hacemos, Morley? —Zen Varion tampoco comprendía la actitud de aquellos seres dispuestos a prolongar sus esperanzas de abandonar el templo.

El mercenario sujetó su espada con ambas manos.

—Huid, Zen Varion. Si algún otro espectro pretende alcanzaros tendrá que pasar por encima de mí.

—Pero, Morley…

—Vamos, joder —susurró Morley, consciente de que la sombra situada frente a ellos reaccionaría ante cualquier movimiento que pudieran hacer hacia la salida—. Alguien tiene que salir vivo de este maldito lugar. Hacedme un favor —dirigió una sarcástica sonrisa al zenlor—. No permitáis que Therios muera pronto… Me gustaría disfrutar de mi estancia en los infiernos durante un tiempo sin él. Huid… ¡Ahora!

La sombra reaccionó al mismo tiempo que Morley, quien trató de interponerse entre ella y los clérigos. Pero el movimiento del espectro fue demasiado rápido al ojo humano. Cuando se quiso dar cuenta, Morley ya le había perdido de vista. Asustado, miró a su alrededor, convencido de que el espectro caería sobre él de manera inminente sin que tuviera tiempo de ver su final. Vidok y Teddy continuaban haciendo frente a los otros seres, que no mostraban ninguna prisa por acabar con ellos, repeliendo unos ataques que resultaban cada vez más predecibles. Los clérigos se acercaban a la salida del templo, sin mirar atrás. La sombra cayó sobre ellos.

—¡Zen Varion! —Morley corrió hacia los helvatios, consciente de que no llegaría a tiempo.

«Sangre».

La voz volvió a resonar, en el interior de cada uno de ellos. Era una voz seseante, estremecedora, el reclamo de un nuevo sacrificio al insaciable dios de la muerte.

«No debisteis venir aquí. Los humanos no tienen permitida la entrada al hogar de los dioses. Y nuestro amo custodia la morada de los inmortales. No debisteis venir».

Los clérigos, a punto de alcanzar la salida, no tuvieron más remedio que detenerse. Uno de aquellos siervos de la muerte les

bloqueaba el paso. Sostenía algo en la mano que a primera vista Zen Varion y Darreth no pudieron reconocer, hasta que la criatura alzó el brazo para mostrárselo. Era la cabeza de Genthis.

—No debisteis venir.

La voz se escuchó clara en toda la estancia, que de repente quedó iluminada por un resplandor procedente de algún lugar de las bóvedas que conformaban el extremo superior, como si la luz del sol hubiera sido capaz de atravesar la roca de la montaña para mostrar al dios de la muerte quiénes serían sus próximas víctimas.

Fue en ese momento cuando Morley contempló el cuerpo sin vida de Jon, tendido junto a la entrada, allí donde la sombra que había logrado superarlo sostenía la cabeza de Genthis, convertida en un trofeo más de aquellos guardianes del templo.

Cegado por la luz derramada desde lo alto, Teddy perdió de vista a su oponente.

«Sangre».

Cuando Teddy escuchó el susurro tras él ya fue demasiado tarde para reaccionar. Sintió que el frío acero de la sombra atravesaba su espalda hasta asomar por su estómago, empapado en una sangre que en pocos segundos fue absorbida por la gélida hoja de la espada que, alimentada con aquel nuevo sacrificio, brilló con un resplandor rojizo propio del acero forjado.

La mirada del mercenario se perdió en aquella última imagen mientras la vida huía de él. Su cuerpo se unió a los que poblaban la sepultura del templo.

La cabeza de Genthis cayó al suelo. El espectro que la sujetaba extrajo su espada, escondida en el interior de una haraposa túnica negra cuya capucha únicamente dejaba ver dos reflejos rojizos, unos ojos escondidos en la negrura que daba forma a los insondables rostros de los siervos de la muerte.

Zen Varion cogió una de las muchas armas repartidas por el suelo, en un desesperado intento por hacer frente a un enemigo dispuesto a caer sobre él y su discípulo.

—En cuanto puedas, huye —dijo a Darreth antes de caminar en dirección a la salida, donde el espectro aguardó, inmóvil, con gesto amenazante. Una mano esquelética sostenía la espada, que trazaba sinuosos movimientos en el aire.

—No, maestro… —el discípulo trató de detener al zenlor, pero sus esfuerzos fueron en vano. Zen Varion se encaminaba hacia su destino con la decisión de quien no ve otra alternativa.

«Si he de encontrarme con Athmer, que sea cuanto antes».

El clérigo ni siquiera se percató de que el arma tenía la hoja

mellada. Su anterior portador debía de haber perdido allí mismo la vida muchos años atrás. Pero no había tiempo que perder ni opciones que pudieran garantizarle salir vivo de aquel infierno desatado a su alrededor. Teddy acababa de desplomarse, muerto, y Vidok contenía desesperadamente las acometidas de un enemigo que, recreándose en la suerte del combate, ya le había herido en dos ocasiones, primero en la pierna derecha y después en el brazo izquierdo.

Casi al mismo tiempo, Morley y Zen Varion alzaron sus armas para atacar al espectro, que se escabulló entre ambos con un movimiento impredecible. La sombra, capaz de atravesar cualquier cuerpo que se interpusiera en su camino, pasó entre ambos y se detuvo junto a Darreth. El joven denlor dio un paso hacia atrás con tan mala suerte que tropezó y cayó al suelo. Sin tiempo para levantarse, sintió el acero del espectro caer sobre él, clavándose en su pecho. El rostro del muchacho se torció en un gesto de dolor mientras sentía la hoja de la espada quemando todo su cuerpo. En unos segundos, su mirada se perdió en el infinito y, exhalando un último aliento, se dejó llevar por el sueño de la muerte.

—¡No! —Zen Varion se derrumbó y, de rodillas, contempló la espada hundida en el cuerpo de Darreth.

El espectro se giró hacia Morley y el zenlor, que permanecieron inmóviles, doblegados ante el invencible poder que estaba a punto de arrebatarles la vida. A un lado, Vidok parecía a punto de dejarse vencer. El mercenario, apoyado contra una de las paredes, contempló la muerte del clérigo. Sabiendo que nada podría hacer para frenar a su enemigo, tiró su espada al suelo.

—Mátame ya, hijo de puta —susurró con voz mortecina. Cerró los ojos y respiró profundamente. Estaba exhausto tras enfrentarse a lo que ya veía como una muerte inevitable. La angustia lo desbordaba. Recordó una conversación con Morley y los muchachos, cuando les dijo a todos ellos que deseaba abandonar la vida que llevaban para poder disfrutar de otros placeres que había dejado de lado. La misión de Therios sería la última. Y así estaba a punto de suceder, aunque con un final muy distinto al que todos los mercenarios habían imaginado. El último trabajo no les traería una recompensa con el resplandor del oro. Las espadas de los espectros tenían un brillo muy distinto.

«¡Basta!».

La orden fue implacable. La escuchó en su interior, en medio de unos pensamientos que transitaban su mente con el dulce aroma de los buenos recuerdos.

Vidok abrió los ojos y quedó confuso. Los espectros aguardaban

inmóviles, todos con una misma pose, como estatuas extraídas de un mismo molde. Ya no había brillo en sus espadas, que descansaban en el suelo, inofensivas y aparentemente saciadas por la sangre vertida en el santuario.

La oscuridad regresó a la estancia, precedida por una nueva presencia surgida de algún recóndito rincón. Era otra sombra, otro de aquellos espectros que, levitando en el aire, fue acercándose hasta los humanos. Zen Varion y Morley se encontraban junto a Vidok, que hizo un doloroso esfuerzo por sostenerse en pie. De la herida abierta en su pierna aún manaba un hilo de sangre.

El espectro se detuvo frente a ellos. Su rostro era una insondable oscuridad escondida bajo la capucha de su túnica, una negrura que dejaba al descubierto dos pequeños orbes, ojos que destellaban un brillo rojizo, una mirada observando desde la eternidad de la muerte oculta bajo los pliegues de aquella prenda envejecida.

Zen Varion y los mercenarios se dieron cuenta de que se encontraban frente a una presencia ancestral, testigo de los sucesos acontecidos en aquel santuario durante años y de las muertes que alimentaban a un dios insaciable.

—Habéis cruzado el umbral de un reino que no pertenece a los humanos —habló la sombra, cuyo aspecto empequeñecía la presencia de los siervos de la muerte.

Los mercenarios quedaron hechizados por el desconcertante tono de la voz. A su lado, la llorosa mirada de Zen Varion se perdía en el cuerpo de Darreth, tendido boca arriba. Deseó haber sido él quien corriera aquella suerte, y no su joven discípulo, un muchacho que tenía por delante toda una vida por descubrir en el camino que había trazado, de la mano de Athmer. Por primera vez en su vida, Zen Varion se sintió, más que abandonado, traicionado por su dios, por la fe que había abrazado como forma de vida. Maldijo el día en que Darreth y él llegaron a Móstur con el fin de que el joven discípulo entrara a formar parte de la Orden. Maldijo a Therios, por haberles enviado a morir a la tierra de los Inmortales, que jugaban con la vida de los hombres, sin hacer distinción entre quienes merecían compasión y aquellos que con sus actos se habían ganado un sufrimiento eterno. También se maldijo a sí mismo, por haber permitido que el muchacho abandonara la ciudad en un viaje sin retorno.

Zen Varion sintió las lágrimas desbordando su rostro. Ya no importaba si Therios estaba detrás de la muerte de los otros helvatios. Ni siquiera le preocupaba si finalmente él y los mercenarios encontraban allí un lugar junto al resto de los caídos, si Athmer lo

acogería en su regazo o tras la muerte únicamente le esperaría el vacío del olvido.

—Therios os ha condenado.

Al escuchar la afirmación del espectro, Zen Varion regresó de sus sombríos pensamientos y sus maldiciones.

—Maldita sea —Morley no reprimió su ira—. Seguro que ese bastardo sabía que todo acabaría así.

—Vuestro Gran Maestro tenía razón —continuó hablando el espectro—. La hora del despertar ha llegado… y con ella, el momento de la cosecha.

—¿De qué cojones está hablando? —inquirió Vidok.

—El despertar… La guerra… El cumplimiento de los sagrados designios es inminente. Y me temo que algunos no estaréis vivos para ser testigos del nuevo amanecer.

«Sangre».

En aquel instante, los demás espectros volvieron a moverse.

—Oh, no… —Morley se rebelaba ante un destino que reanudaba su juego de sangre y acero—. ¡Zen Varion, a tu izquierda!

El espectro pasó junto al clérigo, en dirección a Vidok. El mercenario tenía su espada presta para un nuevo combate, pero en esta ocasión el espectro no estaba dispuesto a que ambos aceros chocaran de nuevo. Su imagen se desvaneció al pasar junto al clérigo y, en cuestión de segundos, apareció nuevamente, emergiendo por detrás de Vidok, que sintió el gélido roce del acero en torno a su cuello.

—¡No! —Morley trató de abalanzarse sobre la sombra, pero ya era tarde para evitar aquel frugal ataque. La sangre manaba de la herida mortal mientras el mercenario se desplomaba hacia atrás. El cuerpo de Vidok quedó tendido en el suelo, recostado contra la pared, ya sin vida.

Morley enloqueció al ver el final de su amigo, y llevado por un arrebato de ira se lanzó contra la sombra asesina, que al esquivar su embestida provocó que el mercenario acabara cayendo al suelo. La espada se le escapó de las manos, huyendo del roce con la hoja del espectro. Morley dirigió una última mirada a Zen Varion, que parecía incapaz de reaccionar, inmóvil ante los raudos movimientos con los que los siervos de la muerte se disponían a dar culto a su dios. «Huye», quiso gritar, pero no tenía fuerzas para articular palabra alguna. Cerró los ojos, consciente de que lo único que le restaría por ver sería la espada de su verdugo. El espectro le otorgó una muerte rápida, atravesando su corazón.

Zen Varion contempló los cuerpos de los mercenarios. Desprovisto

de cualquier arma, levantó los brazos, esperando que su muerte también fuera rápida. A su alrededor, la sangre de los caídos desaparecía al contacto con el suelo, como si el dios que habitaba el santuario estuviera bebiendo el tributo ofrecido por sus siervos. Los espectros se acercaron al clérigo. Esta vez sus movimientos fueron pausados, sinuosos. Levitaron alrededor del zenlor, escudriñándolo con sus vacías miradas.

«Matadme ya», pensó.

Las sombras ocultaron sus refulgentes espadas en la negrura de sus vestiduras y, esperando una nueva orden de quien las gobernaba a su antojo, adoptaron una pose inerte. Mientras, su amo se acercó a Zen Varion. Fue el líder de los espectros quien, en esta ocasión, dejó al descubierto una espada que brillaba con destellos rojizos. Un repentino calor invadió a Zen Varion, que no se apartó ante la presencia, cada vez más cercana, del guardián del templo.

—Vuestro Gran Maestro sabe demasiado acerca de lo que está por llegar, pero me temo que no lo suficiente.

—¿Y qué está por llegar? —inquirió Zen Varion.

—Las Escrituras Sagradas deben cumplirse. Vosotros haréis que se cumplan.

—¿Nosotros?

—Sí. Así es. El momento ha llegado, el juego de los dioses está a punto de comenzar.

Zen Varion enmudeció, incapaz de hacerse una idea de qué estaba a punto de acontecer según los Textos Sagrados. Había tantas profecías, y algunas resultaban tan estremecedoras, que siempre había deseado que aquellas interpretaciones de la Ley de Athmer fueran erróneas. El espectro extrajo algo del interior de sus ropajes, pliegues que parecían cobrar vida con cada movimiento, agitándose como si en su interior se ocultaran serpientes luchando entre sí por ver la luz.

—Pagaste un precio por no permanecer aquí eternamente.

El zenlor contempló las dos monedas que el espectro dejaba caer. Eran las mismas que habían constituido el pago a una protección que no había logrado evitar la muerte de Darreth.

«Derit».

Se preguntó el papel que jugaba el tahúr en aquel viaje, si tendría algo que ver con Therios o con la muerte de los clérigos helvatios. Miró fijamente las monedas, iluminadas por el resplandor de la espada del espectro, una luz rojiza irradiada con el brillo del fuego.

—Dos monedas. Una de ellas era para proteger a mi discípulo.

—Lo sé.

—Entonces, ¿qué vas a hacer ahora conmigo?

—Respetar el pacto sellado con el pago de estas dos monedas —su mano esquelética señaló el cadáver de Vidok—. Míralos, observa sus cuerpos. De haber accedido a comprar su vida no yacerían en este cementerio. Sin embargo, eligieron desafiar al destino, y el destino está repleto de peligros.

—Mi discípulo compró su vida, y no la has respetado.

—En ocasiones, los designios de los dioses no pueden cambiarse. Yo puedo otorgar la vida o la muerte, pero no siempre está en mis manos. No es tan fácil como pagar una simple moneda. Todo forma parte del juego, y no todos están preparados para afrontar el desafío de los dioses.

Zen Varion no comprendía las palabras del espectro que, por un momento, parecía tener una apariencia más humana. Sus vestiduras habían dejado de moverse, y convertidas en unos harapos que ocultaban su identidad, dejaban al descubierto dos botas negras. El clérigo observó la mano que sostenía la espada, vio la carne que cubría lo que antes solo eran huesos.

Un ruido provocó que el clérigo se girara bruscamente. Escuchó pasos que se aproximaban al lugar dónde ya únicamente permanecían él y el espectro, conversando con una calma impropia tras los crueles asesinatos propiciados por los siervos de la muerte. El clérigo se percató de que las demás sombras habían desaparecido, la llama de la espada había quedado convertida en una luz tenue que apenas iluminaba a ambos. Las pisadas eran sigilosas, pausadas, impropias de quien camina rodeado de cuerpos sin vida, en medio de un paraje maldito, gobernado por la muerte.

—En ocasiones, los designios de los dioses son más poderosos que la propia muerte —el espectro se giró hacia un lado. La espada se había convertido en una antorcha cuyo tenue resplandor iluminó el lugar del que procedían las pisadas.

Zen Varion no supo cómo reaccionar.

—Ahora marchaos de aquí —el espectro se echó la capucha hacia atrás, dejando ver su rostro.

—Derit…

—Marchaos —repitió el tahúr, una vez que el recién llegado se situó frente a Zen Varion.

—¿Maestro?

—Sí —Zen Varion sonrió al escuchar la voz de su discípulo—. Vámonos, Darr. Nuestra misión aquí ha terminado.

CAPÍTULO 31: MÓSTUR

—¿Por qué habéis vuelto? —Yar Gregor se acercó a Therios y tomó una silla para sentarse junto a él.

—He permanecido fuera demasiado tiempo, buscando respuestas.

—¿Respuestas? ¿A qué clase de preguntas?

Therios enmudeció. No sabía si compartir con el caballero los interrogantes que llevaban tanto tiempo atormentándole en su continua búsqueda de la justicia de Athmer.

—Imagino que ya conocéis lo sucedido con Zen Grimward…

—Lo sé. Vivimos tiempos convulsos, donde los miembros de nuestra Orden se están viendo sometidos a una terrible persecución. Primero fueron los zenlores asesinados en el templo. A continuación, los miembros del Consejo. Y ahora Zen Grimward… Por cierto, ¿has sabido algo de Zen Varion, Genthis y todos cuantos los acompañaban?

Yar Gregor negó con la cabeza.

—Me temo que no han logrado culminar la misión que les encomendé. Tal vez me precipité en mi deseo de acabar con los asesinos de nuestros hermanos. Les he enviado a su propia muerte.

—Vendrán. Genthis y esos mercenarios conocen demasiado bien el peligro. Se han enfrentado a él en numerosas ocasiones…

—Se han enfrentado a los hombres, pero no a los dioses. Los peligros de Mynthos no son los mismos que los que habitan en las aldeas y ciudades. Lo último que sé de ellos es que iban a hacer noche en el monasterio de Nazar. Desde entonces, no he vuelto a saber nada de su paradero. Y temo que, si han perseguido a esos asesinos hasta Mynthos, es posible que los siervos de Thariba hayan logrado emboscarlos en sus tierras, o que algún peligro mucho más letal haya podido caer sobre ellos.

—Zen Walter es quien ostenta ahora el poder. Aunque supongo que, con vuestro retorno…

—Zen Walter nunca ha ansiado el poder. Siempre ha preferido una vida tranquila, alejada de todos aquellos que pudieran alterar la paz a la que está acostumbrado. No creo que desee tomar parte en el gobierno de Móstur.

—Quiere nombrar un rey… Pero supongo que, ahora que habéis vuelto… —insistió Yar Gregor, deseando conocer el verdadero motivo de la oportuna llegada de Therios tras la muerte del Presthe, cuyo cuerpo aún no había sido llevado al lugar en el que debía morar eternamente.

—Zen Walter obra de forma correcta. Debemos sentar a uno de esos nobles en el trono, entregar la corona a alguien digno de gobernar Móstur. Y que el nuevo rey decida si es necesario un Consejo en el que depositar parte de su poder. Nuestra Orden necesita pasar lo más desapercibida posible en este tránsito al nombramiento de un nuevo monarca. Será difícil encontrar a la familia adecuada que devuelva a nuestro pueblo la estabilidad perdida.

Yar Gregor quedó confundido al escuchar aquellas palabras. El Gran Maestro siempre le había parecido un hombre ávido de poder. Y ahora que tenía la llave para el gobierno de la ciudad, resultaba cuando menos incomprensible que renunciara a situar en lo más alto a la Orden y, por consiguiente, convertirse en el hombre más influyente de Móstur.

El semblante de Therios era distinto al de otras ocasiones. Su rostro parecía haber envejecido, como si hubiera perdido parte de esa vitalidad con la que siempre se movía con ese sentido de la oportunidad que muchos zenlores temían. Incluso su mirada tenía un brillo distinto, carente de esa maldad que sus enemigos veían siempre reflejada en él.

—Pero ahora —el caballero temió que Therios tramara algo—, nuestra Orden tiene la oportunidad de recuperar el esplendor de su culto. Si Athmer concentra el poder, muchos jóvenes se unirán a nosotros, como clérigos o caballeros. Es una gran oportunidad…

—Una oportunidad para ganarnos nuevos enemigos —el semblante de Therios recuperó la severidad que lo caracterizaba—. Ya se ha derramado suficiente sangre entre los nuestros. Aquellos que más se han acercado al poder sobre la ciudad han terminado muertos. Los leryones acechan desde el Este, los nybnios que aún permanecen ocultos en la ciudad esperan el momento adecuado para ayudarlos a derribar nuestros muros y dejar Móstur en manos de los bárbaros. Créeme, no es el mejor momento para que nuestra Orden tome las riendas de la ciudad.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—Voy a depositar toda mi confianza en Zen Walter para que hable con los nobles y encuentre a un rey digno de que el pueblo le siga. Yo ya estoy demasiado cansado de tratar con los nobles y sus caballeros. Si algo he aprendido al pertenecer al Consejo es la falsedad con la que

muchos de ellos se presentan en el castillo; esconden sus intenciones, las disfrazan con máscaras que dejan ver intereses en beneficio del pueblo, y finalmente se reparten el botín en sus lustrosas casas. En estos momentos, lo que más me preocupa es el destino de nuestro hermano Zen Varion y sus acompañantes. Y no sé a quién recurrir para saber si han logrado completar su misión y están de vuelta, o por el contrario han sufrido un trágico destino.

—Yo tengo previsto abandonar mañana la ciudad, a la búsqueda del asesino de Zen Grimward.

—Dime —el Gran Maestro se acomodó en su asiento y miró fijamente a su interlocutor— ¿qué has estado haciendo durante este tiempo, además de permanecer al mando de nuestra guardia en ausencia de Genthis?

Yar Gregor se esforzó por mostrarse lo más sincero posible.

—Ejecutar a malhechores en nombre de Athmer, y permanecer demasiado cerca del poder. En realidad, yo también empiezo a estar un poco cansado.

—Te estás haciendo viejo…

—Estoy cansado de ser considerado como el verdugo de la Orden. Cuando me ven por la calle, aquellos con los que antes podía compartir una buena jarra de cerveza ahora desvían la mirada, esperando que no me detenga junto a ellos. Me tienen miedo, como si fuera la misma muerte.

—El temor es necesario…

—Solo en algunas ocasiones. Me convertí en un Yar para servir a Athmer y a mi pueblo, no para acabar con la vida de malhechores, muchos de los cuales creo que ni siquiera son culpables de los crímenes por los que se les ejecuta.

—Me temo que ambos nos hemos convertido en algo que nunca quisimos —Therios esbozó una sonrisa—. Yo también odio la imagen que el pueblo tiene de mí. En mi caso, tienen toda la razón al considerarme un fanático, un asesino. He cometido actos atroces de los cuales aún me sigo arrepintiendo.

—Pero arrepentirse no es suficiente.

—Lo sé. Aún me acuerdo de mis años de juventud, cuando daba los primeros pasos en la Orden, como uno de tantos denlores. Tenía unas aspiraciones que no tienen nada que ver con la realidad que me rodea. Pero vivimos rodeados de hombres peligrosos, corrompidos por un poder que ciega sus ojos. Y tenemos que mostrarnos firmes si queremos que el culto a Athmer no caiga, vencido por la ambición de aquellos para quien el oro es un dios que todo lo puede. He sido cruel en muchas ocasiones, lo sé. Y es justa la reputación que me he ganado.

Pero te digo una cosa: prefiero que el pueblo me vea como alguien malvado e injusto antes que como un líder frágil capaz de ceder a los caprichos de quien gobierna la ciudad, ya sea un rey o todo un Consejo. Es nuestra maldición, Yar Gregor. Para que nuestra Orden sea respetada, debemos inspirar el miedo a cuantos nos rodean, tú como el verdugo en que te has convertido, y yo como el hombre injusto y cruel que llevo siendo durante todos estos años. Así ha sido, hasta ahora. Ya no me siento con fuerzas de seguir representando esta oscura labor.

—Pero sois el Gran Maestro y…

—Voy a renunciar a seguir siéndolo —Therios se esforzaba por no mostrarse frágil, pero sentía que el dolor de sus culpas era excesivo—. Renunciaré a mi labor como líder de la Orden para que otro asuma esta tarea, y cargue con un peso que yo ya no puedo soportar.

—En ese caso bastaría con que hubierais permanecido fuera de la ciudad por algún tiempo más. Muchos os daban por muerto. ¿Por qué habéis vuelto?

—Para nombrar a mi sucesor… y prevenirle.

—¿Prevenirle, de los nobles y sus intenciones?

—Prevenirle de los sucesos que están por venir. Una vez que haya cumplido esa última misión, me retiraré a uno de nuestros monasterios, para pasar el resto de mis días pidiendo perdón a Athmer por todos los crímenes cometidos en su nombre: mis crímenes, los tuyos, y los de muchos otros miembros de la Orden. En cuanto a ti, si Zen Walter te ha dado la oportunidad de salir de Móstur en busca de ese asesino, no la desaproveches.

—¿Qué os ocurre? —Yar Gregor no pudo contenerse al ver la fragilidad que dominaba el espíritu del Gran Maestro. La mirada de Therios reflejaba la angustia de años de sufrimiento que habían ido envejeciendo su rostro, salpicándolo de arrugas que le mostraban demasiado marchito para su edad.

—Durante este tiempo, fuera de la ciudad, he podido reflexionar acerca de todo cuanto he sido o he hecho en los últimos años. He llegado a odiar aquello en lo que me he convertido. Me he odiado a mí mismo, por ser tan diferente de lo que una vez fui. Por eso comprendo perfectamente tus preocupaciones. Para bien o para mal, la conciencia nos termina reprendiendo cuando nos desviamos demasiado de aquello en lo que realmente creemos.

—Algunos dicen que moristeis el día del ataque al Consejo…

—En cierto modo, aquel día algo murió en mi interior.

—Otros dicen que os vieron huir con la reina y los príncipes.

—Así es. PonerlOs a salvo es lo mejor que he hecho en mucho

tiempo. Tarya es una mujer que ya ha sufrido demasiado. No merecía continuar habitando en este lugar, rodeada de serpientes ávidas de poder, aduladores que harían cualquier cosa para ganarse su favor y posteriormente traicionar su confianza de forma vil y cobarde… como hice yo con su marido.

—¿Qué sucedió con el rey Dunthor?

—Traicioné su amistad… —el Gran Maestro se arrepintió de sus palabras. Aún no estaba preparado para compartir el secreto que, en el día de la muerte del monarca, había prometido llevarse consigo a la tumba—. Pero no quiero cansarte con sucesos que ya no tienen solución. El pasado debe quedar atrás.

—Eso mismo es lo que me dispongo a hacer, con vuestro permiso. Mañana abandonaré la ciudad con un doble objetivo: encontrar al asesino de Zen Grimward y dejar atrás todo esto para empezar una nueva vida.

—Espero que cumplas ambas misiones. Te prometo que, si encuentras a ese hombre y nos lo traes al castillo, te buscaré un lugar en la Orden, en el puesto que tú decidas. Regresa aquí con el asesino de Zen Grimward, y te permitiré dedicarte a instruir a los aspirantes a caballero si así lo deseas, o a proteger a nuestros clérigos en sus viajes a otros pueblos o ciudades. Una vez hayamos hecho justicia a la muerte de nuestro hermano, mi último mandato como Gran Maestro de la Orden será concederte ese cambio de vida que tanto ansías —Therios se puso en pie, con gesto cansado—. Los dos cambiaremos de vida, te lo prometo. Y ahora, me temo que ambos estamos demasiado necesitados de descanso. Me retiraré a una de las alcobas cercanas que permanecen vacías. Mañana regresaré a la Morada y empezaré a desprenderme de un poder que ya me ha consumido por bastante tiempo. Es hora de dejar el futuro de nuestra Orden en manos de otro más capacitado.

Yar Gregor asintió, contemplando al Gran Maestro que, pasando junto a él, abandonó los aposentos con pasos lentos.

Tumbado en su lecho, y con la única luz de una vela a punto de consumirse, el caballero tardó en conciliar el sueño. Su encuentro con Therios le había dejado, más que confuso, intrigado por los sucesos que habrían convertido a un clérigo de voluntad de hierro y espíritu indomable, en un hombre agotado a punto de ceder todo aquello por lo que parecía haber luchado durante años.

Momentos antes de que la llama muriera para traer la oscuridad a la alcoba, Yar Gregor se quedó profundamente dormido, y no despertaría hasta que las primeras luces de la mañana le devolvieran una vitalidad que vería renovada con el mero pensamiento de

abandonar la ciudad.

Para Therios, en cambio, el transcurso de la noche no sería tan plácido. El Gran Maestro abandonó la alcoba de Yar Gregor y se dirigió a una pequeña habitación donde habría de descansar hasta la mañana siguiente. Pero su mente no parecía estar lo suficientemente agotada, sino más bien al contrario, se encontraba repleta de interrogantes que lo habían estado atormentando durante días, sumiéndolo en un estado de ansiedad que iba en aumento.

El Gran Maestro pasó de largo, dejando atrás la habitación para perderse en un pasillo sumido en una negrura insondable. Therios conocía bien aquel y otros muchos rincones del castillo. Sus pasos le habían llevado a través de recónditas galerías, perdidas al otro lado de puertas casi imposibles y entradas invisibles a los ojos de quienes menos conocían la fortaleza. Guiado por el gélido roce de las paredes, llegó a otras estancias más cercanas a los aposentos del monarca, que se encontraban vacíos a la espera de ser preparados para recibir a un nuevo huésped. Adjunto a lo que había sido la habitación del rey, una pequeña sala daba forma a una biblioteca privada. Allí, Dunthor y Therios habían compartido numerosos momentos en privado, con la única compañía de algunos de los más antiguos volúmenes, libros tan longevos como las historias que contenían, un verdadero tesoro para los amantes de los tiempos pasados de los reinos de Móstur y Leryon. Muchos clérigos y estudiosos de las leyes de Athmer habrían dado años de su vida por poder acceder al conocimiento oculto tras los libros que Dunthor había custodiado como si del oro del reino se tratara.

El Gran Maestro recordó un volumen en especial, el último que había consultado en compañía del rey, poco antes de que este fuera ejecutado. Un sentimiento de culpa acudió a él, una vez más. Se volvió a preguntar si la muerte de Dunthor podría haberse evitado. Ya no importaba. Al menos, su mujer e hijos estarían a salvo, lejos de Móstur, escondidos de las garras de un poder que, como si se tratara de agua, se perdía entre los dedos de aquellos que pretendían retenerlo en sus manos. La Orden Helvatia no debía formar parte de aquel juego más propio de reyes y nobles. Algunos, como el Presthe, ya lo habían podido comprobar de forma trágica. Para Therios, la misión de la Orden resultaba mucho más importante que mantener el gobierno de la ciudad: protegerla del inminente peligro que estaba por llegar.

La biblioteca del monarca se encontraba tal y como Therios recordaba, en aquella última conversación con el rey. Ejemplares de historia repartidos por las baldas superiores, volúmenes de ciencias

que descansaban en las inferiores, tratados de materias como estrategia bélica, negociaciones políticas, filosofía… constituían un amplio repertorio que copaba los estantes centrales, todos ellos volúmenes manuscritos por algunos de los hombres más eruditos que habían vivido en la propia ciudad de Móstur o en uno de sus pueblos, donde muchos encontraban una mayor inspiración para sus escritos.

El Gran Maestro utilizó un candil para iluminar aquel pequeño rincón dedicado al conocimiento. Dunthor había sido un entusiasta del estudio de ciencias y disciplinas no solo propias de un monarca.

La luz dejó al descubierto los libros que Therios y el rey habían estado consultando en su último encuentro. Aún descansaban sobre un escritorio cuya capa de polvo había alcanzado también a los manuscritos que hablaban sobre los Textos Sagrados. Interpretaciones y profecías se confundían con hechos reales para dibujar un futuro que resultaba estremecedor, un paraje devastado que convertiría la ciudad de Móstur en el peor escenario que podría imaginarse.

El Gran Maestro tomó uno de aquellos libros, buscando la profecía que desentrañaba el porvenir del reino, con el inicio de acontecimientos que, en cadena, conducirían a lo que muchos consideraban el fin de Móstur. Los dedos de Therios se movían ágiles sobre las páginas que, escritas largos años atrás, parecían poseer el conocimiento sobre un futuro a punto de caer.

«El retorno de los dragones», se dijo Therios, que recordaba haber leído el pasaje en alguna ocasión. Era el relato de una profecía cuyo cumplimiento comenzaría con el retorno de las ancestrales criaturas aladas. El regreso de los dragones era algo más que un rumor llegado desde el norte. Eran muchos los que habían escuchado el testimonio de los habitantes de Ryth. La noticia había alcanzado a muchos rincones del reino, donde sus gentes oteaban el cielo con la esperanza de verlo siempre libre de unos enemigos ávidos de sangre. Algunos de los escritos recordaban los más terribles sucesos protagonizados por unas criaturas que habían dado origen al mito del dios dragón.

Precisamente ese mito era el punto de partida de la profecía que Therios buscaba, temiendo que muy pronto se diera cumplimiento a su sombrío relato. Consultó varios de aquellos libros, pero en ninguno encontró lo que buscaba. Pensó que tal vez el volumen que precisaba se encontraría en la biblioteca de la Morada, donde se guardaba todo el saber que los miembros de la Orden debían adquirir para dar forma a su fe. Se había hecho demasiado tarde como para dejar el castillo y atravesar las calles que lo separaban de la Morada. Era un trayecto que incluía el paso por la Plaza del Poder, un lugar que ya de día le resultaba estremecedor. El mero recuerdo del día en que había tenido

que abandonar la ciudad despertaba en su interior un oscuro temor. Su presencia en la ciudad no resultaría bien acogida.

Cerró el libro y lo dejó junto a los demás. Fue entonces cuando se percató de la presencia de un tomo que no recordaba haber visto la última vez. Encuadernado en un cuero que dejaba al descubierto un bordado dorado, no pasaba desapercibido entre los otros volúmenes, menos lustrosos, aunque tal vez igual de antiguos.

Therios tomó el libro y sopló sobre su cubierta, dejando escapar una pequeña nube de polvo. Lo abrió cuidadosamente. En su primera página aparecía un grabado que resultaba estremecedor: la imagen de la muerte, vestida con los hábitos de un clérigo, en un gesto que incitaba a guardar silencio. El dedo índice sobre la boca de aquel rostro esquelético, sin expresión, parecía amenazar a aquel que osara desvelar el contenido de las páginas posteriores.

Therios no pudo resistir la tentación de adentrarse en el interior de aquellos amenazantes escritos. Sus ojos cobraron un mayor brillo al contemplar el título que encabezaba la primera sección, con letras cuidadosamente trazadas en el descolorido pergamino.

«Acerca de Mynthos y los dioses», leyó en un susurro.

NOTA DEL AUTOR

Querido lector,

Quiero darte las gracias por haber escogido este libro, al mismo tiempo que te pido que dejes tus impresiones a través de su valoración en Amazon, tanto si te ha resultado una experiencia agradable o, por el contrario, crees que no ha cumplido tus expectativas.

Como autor, estoy dispuesto a aceptar cualquier crítica que pueda servirme para ir mejorando en esta siempre inacabada experiencia de contar historias y hacerlas llegar lo más lejos posible. Por eso te animo a que, si quieres entrar en detalles, me envíes tus impresiones de esta historia o sus personajes, al siguiente correo:

jesusmg1979@gmail.com

Agradezco el tiempo que te has tomado en leer esta historia, así como el que puedas dedicar a dejar constancia de tus impresiones sobre la misma.

¡Gracias!

Un abrazo,

Jesús Martín
IV
Las Crónicas de
Mostur
Vientos del Este

Los ejércitos de Kariosh continúan su avance hacia Móstur, mientras la ciudad trata de recuperar la estabilidad de su gobierno y la unión de sus habitantes para afrontar la inminente guerra contra Leryon. En el Este, la princesa Taenara emprende un peligroso viaje, firme en su propósito de reclutar tropas con las que alcanzar las tierras de los enemigos de su hermano. Los dioses continúan hilando el destino de los hombres, en un camino sin retorno que les conducirá a un derramamiento de sangre como nunca antes se ha visto en las tierras de Móstur.

Jesús Martín García

Vientos del Este

Las Crónicas de Móstur - 04

ePub r1.0
Café mañanero 24-04-2023

Título original: *Vientos del Este*
Jesús Martín García, 2020
Ilustrado por José Gabriel Espinosa

Editor digital: Café mañanero
Primera edidión EPL, 04/2023
Edición conmemorativa X.º aniversario
ePub base r2.1

Más libros, más libres

10.º Aniversario

epublibre

Leer es placer, aprendizaje, descubrimiento, imaginación y enriquecimiento personal.

VIENTOS DEL ESTE

Jesús Martín García

Tierra de los Salvajes
Comarca de Móctar
Reino Perdido
Océano de los Eternos

INTRODUCCIÓN

La lluvia caía con fuerza sobre la ciudad. Llevaba haciéndolo durante todo el día, encharcando los caminos y creando estrechas corrientes de agua que recorrían algunas de las calles de Móstur, pequeños riachuelos que vagaban solitarios en medio de una noche gélida y cerrada.

El barrio de los caballeros era uno de los pocos puntos de la capital que dejaba al descubierto a varios ciudadanos fuera de sus casas. Los guardias de los nobles permanecían en sus puestos de vigilancia, inmunes al agua que el cielo arrojaba violentamente. Algunos de ellos buscaban refugio junto al umbral de las viviendas; otros, en cambio, permanecían inmóviles como estatuas, resistiendo la constante embestida de una tormenta cuya furia iba en aumento con el transcurso de la noche.

La entrada a la mansión de lord Belson estaba, como de costumbre, custodiada por varios hombres de confianza del noble, miembros de lo que algunos identificaban como una guardia personal siempre presente en los alrededores de la lustrosa vivienda cuyas luces se multiplicaban por el interior, dejándose ver a través de los ventanales repartidos por sus numerosas estancias.

Sentado frente a un escritorio repleto de manuscritos, lord Belson perdía la mirada en las líneas de una carta que había recibido aquella tarde de manos de un joven, el mensajero habitual de una de las casas por las que el noble sentía mayor simpatía. Era la tercera o cuarta vez que lord Belson escudriñaba la carta, pensando que tal vez una nueva lectura de aquellas líneas pudiera ayudarle a dar respuesta a la solicitud contenida en sus últimos párrafos.

—Lord Belson… —la voz susurrante de un sirviente le hizo volver en sí—. Tenéis visita.

—¿Una visita? —preguntó el noble, frunciendo el ceño. La noche estaba avanzada, su mujer y el resto de las habitantes de la casa estaban ya dormidos, a excepción de los vigilantes encargados de velar por que la tormenta del exterior fuera lo único capaz de interrumpir la calma nocturna—. Creo que no es una buena hora para

recibir visitas, a no ser que…

—El sirviente asintió a las últimas palabras de lord Belson. Quien estaba en el umbral de su casa era aquel a quien llevaban varios días esperando.

—Nuestro amigo mantiene su inconfundible capacidad de aparecer cuando menos se le espera. Está bien, hazle pasar y ofrécele ropa seca. Sin duda, necesitará cambiarse, al menos de túnica.

—Sí, señor.

El joven sirviente abandonó la estancia. Lord Belson se apresuró en guardar la carta que había centrado su atención durante las últimas horas. Recorrió con la mirada el resto del escritorio, buscando otros documentos que no debieran estar a la vista del ojo atento de su repentino invitado. Con el deseo de que aquella visita le ayudara a dar respuesta al manuscrito cuya lectura había tenido que interrumpir, se puso en pie y, lentamente, caminó en círculos por la estancia.

En el exterior, la tormenta dejaba al descubierto los continuos relámpagos que iluminaban el firmamento. Lord Belson perdió la mirada en un horizonte que centelleaba con cada latigazo del temporal. Por un momento, su mente se preguntó si era la tormenta quien había traído consigo a su huésped o tal vez sería al contrario. Vislumbró los ríos de agua que deambulaban por las calles, y un pensamiento estremecedor recorrió su mente: la imagen de ríos de sangre empapando unas tierras inundadas por el odio, y el sonido de los truenos sustituidos por los gritos de dolor provocados por una muerte voraz recorriendo la ciudad y destruyendo todo rastro de vida a su paso.

—Recibisteis mi mensaje.

Aquellas palabras hicieron volver en sí al noble. El presagio de la guerra desapareció de su mente. La penumbra de la estancia dibujaba un rostro sombrío junto a la puerta. Lord Belson se acercó al recién llegado. Su aspecto parecía el de alguien consumido, sin fuerzas. No era precisamente la imagen que había contemplado la última ocasión en la que recordaba haberle visto.

—Gran Maestro… —por un momento, lord Belson llegó a dudar de que fuera Therios el hombre que se encontraba frente a él—. Pensé que no volvería a veros. Decían que habíais muerto.

—Seguramente es lo que proclamaban aquellos que de verdad así lo deseaban.

—Habéis permanecido mucho tiempo fuera… Demasiado, dada la importancia de vuestro cargo.

—He tenido que desaparecer por algún tiempo. En mi ausencia, he sido informado de los trágicos sucesos que acontecían en la ciudad…

—Exactamente, ¿os referís a los trágicos sucesos… o a las trágicas consecuencias de estos? Quiero decir que…

—Supongo que os referís a la dictadura que Grimward ha tratado de imponer, más que a la consecuencia de esta… su propia muerte.

—Así es.

—Ambos acontecimientos constituyen un grave error. Y supongo que vos y el resto de los nobles os incliináis por esta misma opinión.

—Exacto. Pero hay nobles que, más que un error, lo han considerado como una grave ofensa a sus intereses. Grimward ha convertido Móstur en un gigantesco templo dedicado a Athmer. Tal vez para los helvatios, el dios de la Luz sea el centro de vuestras vidas, pero me temo que muchos habitantes de Móstur tenemos una visión más… humana del mundo que nos rodea.

—Es un error someter al pueblo a las leyes divinas.

Lord Belson frunció el ceño al escuchar aquella afirmación. Nunca imaginaría que el Gran Maestro pudiera decir algo así. Consciente del impacto creado por sus palabras, Therios aclaró su opinión.

—Una cosa es hacer respetar las leyes fundamentales de Athmer. Estas leyes pueden, y deben ser cumplidas incluso por aquellos que no creen en él, porque son esenciales para el adecuado gobierno de la ciudad. Lo que nuestra Orden no debería haber hecho es perseguir a todos aquellos que, respetando estas leyes elementales, han decidido vivir al margen del dios de la Luz.

—Grimward ha conseguido un efecto contrario al que imagino que esperaba lograr.

—Ha dividido la ciudad, en un momento en el que debemos estar lo más unidos posibles, ahora que los rumores de guerra parecen haberse convertido en un inevitable presagio.

Lord Belson miró, de forma instintiva, a la superficie del escritorio, donde momentos antes reposaba la carta cuya respuesta se había convertido en un verdadero quebradero de cabeza. Sintió el deseo de compartir con Therios su contenido, pero reprimió aquel pensamiento inicial. Debía conocer cuál sería el siguiente movimiento de los helvatios, ahora que el Presthe había muerto y Therios parecía a punto de tomar nuevamente las riendas de la Orden.

—¿Vais a enmendar el error de Grimward?

Therios negó con la cabeza.

—Voy a renunciar a mi cargo de Gran Maestro.

—Entonces —lord Belson desconfió de aquellas palabras—, ¿a qué os vais a dedicar a partir de ahora?

—A instruir a nuestros jóvenes discípulos, para evitar que cometan los mismos errores que Grimward… incluso los mismos errores que he

cometido yo. Seré un maestro más.

—Me cuesta imaginaros encerrado entre los muros de la Morada, dedicado únicamente a la enseñanza a vuestros jóvenes. No creo que de ese modo logréis reparar el daño que ha causado vuestro Presthe.

—¿Acaso vos no disponéis de caballeros dedicados exclusivamente a instruir a vuestros escuderos? Vos mismo lo hacéis en ocasiones. No somos tan distintos, lord Belson.

—No es lo mismo, Therios. Vos instruís a los vuestros para verlos crecer en vuestra fe. Yo instruyo a los míos para no verlos morir. La guerra con Leryon ya parece algo inevitable. Y si nuestra ciudad está dividida, no tardará en sucumbir a los invasores. La Orden os necesita ahora más que nunca. Debéis mostrar a los helvatios el camino a seguir para afrontar lo que está por venir.

—Mis días de Gran Maestro han terminado. Durante estos años, el poder me ha ido consumiendo, transformándome en alguien digno de ser odiado incluso por mis propios hermanos.

—¿Qué os ha pasado? ¿Dónde habéis estado en los últimos días? —Lord Belson no podía creer lo que estaba escuchando—. No sois ni la sombra del Gran Maestro que era capaz de convencer a todos cuantos escuchaban sus palabras…

—¿Convencer? —Therios torció el labio en una extraña sonrisa—. Más que convencer, mis palabras atemorizaban. Cometí actos horribles, con la única finalidad de ser respetado y temido por aquellos que me rodeaban, dentro y fuera de la Orden. He pasado largas noches en vela, pensando en todas las injusticias que he llevado a cabo en nombre de Athmer. Estos últimos años han sido una pesadilla de la que he despertado demasiado tarde.

—Pues ahora se aproxima otra pesadilla aún peor, y puede que, de esta, ni vos ni yo logremos despertar.

Therios enmudeció, meditando la confesión que acababa de realizar. Sintió sus ojos desbordados por la tristeza. Por primera vez en muchos años, alguien le veía derramar las amargas lágrimas que aparecían en sus más sombrías noches.

—Aún tenéis el poder sobre la Orden —lord Belson mostró su rostro más afable—. Aprovechadlo para acabar con la dictadura que llevó a vuestro Presthe hasta su propia muerte. Convenced a los helvatios que ahora forman el Consejo, para que dejen el gobierno de Móstur en manos de la casa que mejor pueda hacerlo. Por mi parte, os prometo negociar con todos aquellos nobles que se muestren dispuestos a unir a la ciudad.

—El tiempo juega en nuestra contra. Leryon acecha…

—Pues demostrémosles lo que es capaz de hacer una ciudad unida.

Derrotaremos a esos bastardos.

Therios asintió, convencido de las palabras del noble. Sin nada más que decir, se puso la capucha y avanzó hasta la puerta, dispuesto a salir lo antes posible hacia la Morada. Allí se pondría en contacto con los miembros del Consejo para hacerles ver que la Orden Helvatia debía dejar a un lado los asuntos del pueblo. Se antojaba una tarea ardua, pero necesaria para dar a Móstur la estabilidad que necesitaba y, sobre todo, para evitar más muertes de los suyos.

Lord Belson quedó nuevamente a solas en su habitación. Si Therios tenía una labor importante que hacer, su cometido para con los nobles no era menos urgente o complejo. Se sentó frente al escritorio, decidido a dar respuesta a la carta que le había sido enviada, una carta que hablaba de amenazas, sangre y muerte; la llamada a una sublevación por parte de las casas nobles, a una guerra contra los Helvatios.

«Espero llegar a tiempo para evitar un nuevo derramamiento de sangre».

CAPÍTULO 1: MÓSTUR

«La Orden se va a la mierda».

Yar Gregor pensaba casi en voz alta mientras recogía sus cosas, dispuesto a abandonar la ciudad. No tenía muy claro qué hacer: dejar atrás Móstur y empezar una nueva vida, o tal vez perseguir al asesino de Zen Grimward. En realidad, la primera opción se le antojaba la más adecuada y posible de llevar a cabo. Su último encuentro con el Gran Maestro había terminado por resquebrajar la fe que pudiera tener en cualquier miembro de la Orden. Therios se mostraba abatido, derrotado por las circunstancias. Ya no parecía ni la sombra de aquel líder al que todos respetaban y, sobre todo, temían. Y si él era el primero que se dejaba vencer por las persecuciones y muertes que estaban sacudiendo a los helvatios, muy pronto el resto de los zenlores no tardarían en seguir sus pasos. Los más ancianos sucumbirían al nuevo orden que pudiera establecerse en la ciudad, y los más jóvenes no encontrarían un líder capaz de unirles en su lucha por mantener Móstur aferrado a la fe del dios de la Luz. En sus numerosos años como caballero consagrado a Athmer, Yar Gregor nunca había tenido la sensación de que la Orden se encontrara al borde de su desaparición, hasta la noche en que Therios había regresado.

Las calles de la ciudad estaban vacías. Aún era temprano y la oscuridad prevalecía sobre la frágil luz que anunciaba el amanecer. Las pisadas del caballero encontraban su eco en la roca a través del gélido aire que invadía la capital. Con pasos lentos, casi indecisos, Yar Gregor dejaba atrás la Morada en dirección a los establos para tomar su montura e iniciar su viaje.

—Yar Gregor…

El caballero se giró sobresaltado al escuchar la voz, pero se sintió aliviado al comprobar que se trataba de uno de los jóvenes aprendices cuyo cometido era vigilar las cuadras.

—Hola muchacho. ¿Estás de guardia?

—Zen Crisser me dijo que la próxima vez que me quedara dormido en mi turno me enviaría a limpiar las mierdas de todo el establo. Desde entonces, hago lo que sea para no dejarme llevar por el sueño.

Yar Gregor no disimuló la sonrisa que le causó la respuesta de aquel joven helvatio. Resultaba gratificante volver a hablar con alguien que no fuera uno de los maestros. Tras las ejecuciones llevadas a cabo en la plaza, la mayoría de la gente había evitado intercambiar palabra alguna con él. De manera inexplicable, incluso los propios helvatios le habían estado eludiendo. En cambio, los ojos de aquel chico, la sinceridad de sus palabras… Era algo que Yar Gregor echaba de menos.

—¿Y qué haces para no quedarte dormido? —preguntó el caballero, intrigado.

—Comer esto —el chico se echó la mano al bolsillo y extrajo un trozo de lo que parecía un pastel—. ¿Queréis probarlo?

—¿Qué es? Huele bien.

—Es el pastel de manzana que prepara Tommy. Dice que un trozo como este es suficiente para alejar el sueño durante unas horas. No ha querido decirme qué otros ingredientes tiene, aparte de las manzanas. Ya sabéis cómo son los cocineros: cuando se les pregunta por sus recetas, o callan o se enfadan. Probadlo, está riquísimo.

Llevado por la curiosidad, Yar Gregor probó un trozo. El pastel tenía un sabor dulce e intenso. Resultaba tierno y agradable.

—Con un poco de vino para acompañarlo estaría aún mejor —respondió tras el primer bocado.

—Si me ven bebiendo vino durante la guardia, ya sí que me arrojan al interior de las cuadras.

—No lo dudo. Además, a Zen Crisser no le gusta el vino.

—Si me permitís decirlo, creo que hay muy pocas cosas que le gusten a Zen Crisser. ¿Siempre ha sido así?

—¿Así? ¿A qué te refieres?

—A que, si siempre ha sido así de cascarrabias, de amargado…

—Desde que yo le conozco, no creo que haya cambiado mucho. Siempre fue hombre de pocas palabras, pero a pesar de su testarudez, siempre ha sido visto como un zenlor ejemplar; demasiado riguroso, tal vez. Pero, créeme, si tienes la suerte de que él te instruya, aprenderás más que con otros zenlores que se toman la formación de sus discípulos más como una pesada carga que como una gratificante obligación.

—Gracias por vuestro ánimo, Yar Gregor. Pensaré en ello tras la próxima bronca del maestro…

—No tengas en cuenta su forma de regañar. Cuando uno se hace viejo, cada vez tiene menos paciencia.

—Entonces… Creo que Zen Crissen es más viejo incluso de lo que aparenta. Por cierto, imagino que habéis venido a por vuestro caballo.

Si me permitís, me gustaría prepáraroslo. Es una de mis funciones.

—Por supuesto —Yar Gregor entregó la bolsa al muchacho— no quiero que tu maestro se enfade si ve que no cumples con tus obligaciones.

El chico respondió con una sonrisa, antes de cumplir con su cometido como mozo de cuadra. Mientras tanto, el caballero imaginó cual sería el destino al que se dirigiría. Estaba a punto de abandonar la ciudad y sin embargo no sabía qué rumbo tomar. El asesino de Grimward había huido por el norte. Tal vez sería una buena opción tomar el camino en dirección a Targath, Olmist, Ryth. Eran lugares en los que sin duda su presencia pasaría inadvertida. Probablemente le identificaran como caballero helvatio, pero no como el brazo ejecutor de Athmer, el verdugo del dios de la Luz. Yar Gregor necesitaba poder mantener más conversaciones como la que había tenido con el muchacho; palabras sinceras, pronunciadas sin temor alguno por parte de su interlocutor.

—Aquí lo tenéis —el muchacho regresó pronto, sujetando una montura que parecía deseosa, al igual que su dueño, de salir de la ciudad.

—Gracias, chico. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Sammy, señor.

—Bien, Sammy. La próxima vez que vea a Zen Crissen le daré la enhorabuena por tener a un discípulo tan disciplinado y trabajador como tú.

—Gracias, Yar Gregor. Sois muy amable.

—Aquí tienes —Yar Gregor extrajo una moneda—. No creo que a tu maestro le importe que te entregue una pequeña recompensa por un trabajo bien hecho.

El chico no respondió, pero a juzgar por la expresión de su rostro, no parecía muy convencido de que así fuera.

—En cualquier caso, no tiene por qué saber que te he dado una moneda. En fin, Sammy, tengo que irme. Me espera un largo viaje así que…

—Podríais pasaros por las cocinas de la Morada a recoger provisiones. Por el peso de vuestra bolsa, deduzco que apenas lleváis alimentos. Si queréis, puedo conseguiros un buen trozo de pastel de manzana.

—No te preocupes, no será necesario…

—Entonces, tomad otro pedazo —ofreció al caballero lo que le quedaba—. Ya está a punto de amanecer, así que no creo que me dé tiempo a quedarme dormido.

—¿Estás seguro? No me perdonaría que te enviaran a limpiar las

cuadras.

—Ya falta poco para que me pueda ir a dormir. Aguantaré en pie.

—Está bien. Gracias por ayudarme con mi caballo, y por el pastel. Al menos, podré estar lo suficientemente despierto en estas primeras horas. No he dormido mucho esta noche, así que me vendrá bien. Que Athmer te guarde, Sammy.

—Y a vos, Yar Gregor.

El caballero dio un último bocado al pastel y montó sobre su caballo mientras Sammy regresaba junto a la puerta de las caballerizas.

Yar Gregor recorrió las calles de Móstur que le separaban de la Puerta Norte, convencido del camino que habría de tomar. En cierto modo, poco importaba que lograra dar con el hombre que buscaba. La necesidad de dejar de ser visto como alguien terrible o cruel le resultaba mucho más importante. Matar a aquel bastardo no iba a devolver la vida al Presthe, ni a ninguno de los helvatios que habían formado parte del Consejo, o los clérigos asesinados en el templo. Demasiadas muertes sin explicación alguna. Sin duda, los clérigos observantes de las antiguas profecías llevarían mucho tiempo encerrados en las bibliotecas, perdidos entre los antiguos manuscritos, buscando un sentido a tanta sinrazón. En cambio, él no era un hombre de letras, sino de espada; una espada que, por desgracia, había hablado demasiado en muy poco tiempo.

La Puerta Norte estaba custodiada por numerosos guardias. Para sorpresa del caballero, también se encontraba allí Yar Bolfren, separado de los demás.

—¿Así que te marchas? —preguntó el corpulento caballero al ver acercarse a su amigo.

—Sí. Dejo la ciudad por un tiempo. Therios ha regresado, y me ha encomendado una misión que tal vez resulte complicada…

—Matar al asesino del Presthe, ¿no es cierto?

—Así es. Encontrarlo… y acabar con él.

—Ese bastardo ya estará lejos.

—Estábamos allí, Bolfren. ¿Recuerdas? —Yar Gregor rememoró el momento en que todo había sucedido, demasiado rápido como para poder evitarlo—. Ese hijo de puta pasó casi junto a nosotros.

—No te tortures, amigo.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿No es demasiado pronto para ti? Nunca has sido muy madrugador.

—Me apetecía ver el amanecer desde este extremo de la ciudad. Llevaba tiempo sin estar en lo alto de la muralla y pensé que hoy sería un buen día. Nada como un hermoso paisaje para poner la mente en

orden.

—Entonces, mejor me voy para que puedas subir a la muralla antes de que aparezca el sol.

—No te preocupes… Aún queda algo de tiempo. Necesito empezar el día con una agradable visión, porque me temo que la tarde va a ser bastante menos agradable. Nos han convocado para una reunión con los nobles, con los representantes de las principales casas.

—¿Cuál es el motivo?

—La ciudad se hunde, Gregor. Has elegido buen momento para partir. Ojalá pudiera ir contigo.

—No seas tan pesimista…

—Soy realista. Móstur se ha vuelto un lugar ingobernable. Y los rumores de guerra vienen veloces desde el Este, con la subida al trono del rey Kariosh. Leryon acecha a nuestras tierras, y mientras tanto, ¿qué hemos hecho? Expulsar a los nybnios y provocar masacres por toda la ciudad. La Orden Helvatia debía proteger al pueblo, no aniquilarlo. Nos hemos convertido en ejecutores…

—En eso debo darte la razón. Nunca me había sentido tan odiado por aquellos a los que se supone que debo proteger.

—El número que protagonizaste en la plaza no te hizo ningún bien.

—Lo sé. Y por eso no siento lástima alguna por abandonar la ciudad.

—Y yo lo que no siento es la muerte del Presthe. Pensaba que Therios era un fanático, pero Zen Grimward traspasó todos los límites. Te convirtió en el brazo ejecutor de la Orden, y nos ha buscado enemigos dentro y fuera de estas murallas. Si encuentras a su asesino, más que acabar con él, deberías felicitarle por lo que hizo. Aunque el daño que ha hecho el Presthe ya es irreparable.

—Entonces deberías alegrarte de que esta tarde los nobles se reúnan con miembros de la Orden. Cuando me encontré con Therios… No parecía él. Me recordó a uno de esos zenlores que se pasan el día rodeados de libros, ajenos a todo cuanto ocurre en el exterior, huyendo de la realidad como si esta les pesara demasiado.

—El tiempo hace mella en todos, ¿o acaso creías que el Gran Maestro soportaría el peso de los años sin ninguna flaqueza?

—Siempre creí que Therios moriría siendo el enérgico hombre que siempre hemos conocido.

—En realidad, yo también. Tal vez siempre haya sido un Maestro implacable, y en ocasiones injusto. Pero no creo que quede entre los zenlores alguien como él. Los más experimentados son demasiado frágiles por su vejez, y los más jóvenes aún no están preparados para tomar las riendas de la Orden. Haces bien en marcharte, amigo.

Móstur se va al abismo, y nuestra Orden también. Sin nadie al frente, y con los leryones deseando reconquistar estas tierras… No hay mucho que hacer.

—Te equivocas. Sí hay mucho por hacer. Y puedes empezar hoy mismo…

—¿Yo? Los caballeros no tenemos más poder que el de servir a Athmer con nuestra espada…

—Habla con el Gran Maestro, convéncele de que no abandone las riendas de la Orden. Si de verdad se acercan tiempos difíciles, le necesitamos más que nunca.

Yar Bolfren fijó la mirada en su amigo, recapacitando durante el breve espacio de tiempo en que habría de tomar su decisión.

—Está bien —respondió con firmeza—. No te prometo nada, ya sabes que no se me da muy bien convencer a la gente, no soy tan elocuente como tú.

—Lo sé. Tus puños siempre han sido más convincentes que tus palabras…

—Eso no me va a servir esta vez. No puedo golpear a nuestro Gran Maestro.

Ambos se echaron a reír, dejando a continuación un revelador silencio. Yar Gregor abrazó a su amigo.

—Cuídate. Y cuida de la Orden. Por desgracia, pese a que el número de caballeros y clérigos ha aumentado, cada vez quedan menos que, como tú, cumplan la verdadera misión para la que los helvatios nos asentamos en esta ciudad.

—Móstur es, ante todo, mi hogar. Haré todo lo que pueda para defenderlo de quienes quieran derribar nuestros muros y acabar con nuestra Orden, por muy imperfecta que se haya mostrado en los últimos tiempos. Adiós, Gregor. Encuentra a ese asesino y regresa pronto. Te necesitamos.

—Te prometo que, a mi regreso, iré a buscarte para tomarnos una buena jarra de cerveza, contemplando el amanecer.

Yar Bolfren se giró en dirección a los soldados que custodiaban la entrada.

—¡Abrid las puertas! —gritó. A continuación, subió las escaleras hasta alcanzar lo alto de la muralla. Desde allí contemplaría cómo el amanecer arrebataba a Móstur uno de sus mejores caballeros. Yar Gregor salió de la ciudad al galope, sin mirar hacia atrás, espoleado por las palabras de su amigo. La luz del nuevo día dejaba al descubierto la estela de polvo que quedó en las inmediaciones de la ciudad, en un paraje sumido en la calma.

«Suerte, amigo», pensó Yar Bolfren, temiendo que tal vez aquella

habría sido su última conversación con el otro caballero. En su interior, algo le decía que Yar Gregor partía de Móstur para nunca volver.

CAPÍTULO 2: PUERTORREY

Puertorrey era una de las principales joyas nybnias, no solo por la actividad que se desarrollaba en sus mercados y en el trazado del puerto. También era uno de los lugares más hermosos que pudieran encontrarse en la costa. El conjunto formado por el palacio del rey, que rodeaba el gran faro, y el templo del dios comerciante de los nybnios, estaba cimentado sobre el extremo más elevado de la ciudad. El principal punto de culto a Thariba se encontraba en mitad de una plazoleta recubierta de un césped que los sacerdotes del dios se encargaban de mantener siempre verde y en un estado impecable, como si de una impoluta alfombra se tratara. Junto al templo, un árbol de hojas perennes recordaba a los visitantes el inagotable poder que manaba del dios nybnio, una deidad justa en sus caminos y mandatos.

A lo lejos, el sol sobresalía tímidamente sobre las portentosas aguas del océano, en un amanecer rojizo y hermoso que hacía presagiar uno de esos días de calor tan propios de las costas nybnias. Lejos habían quedado el gélido aire y el color gris de las amenazantes nubes dueñas del cielo leryón.

La ciudad estaba repleta de pequeñas callejuelas de irregulares suelos cimentados en roca que serpenteaban de un extremo a otro, subiendo y bajando por las numerosas pendientes de la urbe. Algunas de ellas culminaban en la plaza del templo, convertidas en una metáfora del dios Thariba como guía de todos los habitantes de Puertorrey y conocedor de todos los caminos.

Salwen permanecía apoyada sobre la baranda de piedra que, bordeando parte de la plazoleta, rodeaba el extremo más cercano al océano. Desde allí contemplaba cómo las embravecidas olas golpeaban una y otra vez las formaciones rocosas que quedaban bajo las construcciones, que vistas a lo lejos parecían levitar sobre las aguas.

«Nos veremos pronto», habían sido las últimas palabras de Ferghus en su apresurada despedida. Como si el nybnio temiera que sus amigos pudieran hacerles daño antes de alcanzar la ciudad, las había incitado a dejar el campamento antes de lo inicialmente previsto. Taenara y

Salwen ni siquiera sabían si Puertorrey sería también el destino del nybnio y sus acompañantes, o si por el contrario decidirían pasar de largo y retirarse a otro de los numerosos puertos que rodeaban la costa.

Caminando de un lado a otro de la plazoleta, Taenara no apartaba la vista de las puertas del templo. Momentos antes había salido uno de los acólitos que custodiaban la edificación, que muy amablemente había respondido a su solicitud de verse con el maestro sacerdote de la ciudad. La princesa estaba convencida de que sus justas pretensiones serían atendidas.

—Perdonad si os he hecho esperar demasiado, mi señora.

Cuando la princesa se dio la vuelta para descubrir la silenciosa presencia del sacerdote, se encontró frente a un hombre joven, de largos cabellos y barba perfilada. Vestía una túnica de color blanco, tan limpia como austera. Tenía una mirada penetrante de ojos claros, con una sonrisa que parecía esculpida sobre su afable rostro.

—¿Sois el maestro sacerdote de Puertorrey? —Taenara frunció el ceño. Le resultaba difícil de creer que aquel hombre joven pudiera ser la máxima autoridad religiosa de la ciudad, y una de las más importantes de Nybnia.

—Sin duda, esperabais encontraros con un anciano, ¿verdad? Los sumos sacerdotes de Lorwurn y los grandes maestros helvatios suelen tener algo en común: grises cabellos y cuantiosas arrugas que delatan toda una vida al servicio de los dioses.

—De hecho —Taenara habló en tono divertido— muchos de ellos ni siquiera tienen cabellos, solo arrugas.

—Un anciano es símbolo de la sabiduría que otorga la experiencia, pero me temo que los nybnios no tenemos tanta paciencia, ni tal vez tantos sacerdotes. El brillo del oro es más atrayente que el de las vidrieras del templo —su mirada se perdió en las ventanas más altas de la sagrada construcción—. Me conformaría con que esta plazoleta acogiera cada día a una cuarta parte de las personas que frecuentan los mercados de la ciudad. Pero creo que eso es algo que a una extranjera como vos no debe importarle demasiado. Decidme, ¿qué busca una dama de Leryon en el templo del dios nybnio?

—Mi nombre es Taenara. Soy…

—La hija de Targosh, lo sé. No llegué a conocer a vuestro padre, y es la primera vez que os veo. Imagino que os estaréis preguntando cómo sé vuestra identidad —la expresión de Taenara así lo manifestaba—. En Puertorrey, las noticias que trae la mar son tan raudas como las de los alados mensajeros que empleáis en vuestras tierras. La partida de vuestro hermano hacia las tierras helvatias dejó

de ser un secreto hace tiempo. Sin duda, se acerca una guerra. Y para afrontar una guerra, el dinero siempre resulta ser escaso. Así que, no solo conozco vuestra identidad, sino que también creo saber el motivo de vuestra llegada a la ciudad. Venís a saldar la deuda que Thariba mantiene con vuestro pueblo, y así poder enviar refuerzos a vuestro hermano.

El sacerdote nybnio dibujó una sonrisa de satisfacción, convencido de la verdad que escondían sus orgullosas palabras.

—No todas vuestras afirmaciones son ciertas —respondió Taenara, comenzando a caminar en dirección al templo—. En primer lugar, me gustaría poder ver la aportación que mi pueblo ha hecho a vuestra cultura y religión. Si no me equivoco, mi padre os consiguió los libros más valiosos de toda Nybnia.

—Cierto. Una parte del pasado de nuestra tierra la conocemos gracias a los volúmenes que vuestro padre nos entregó, capítulos de nuestra historia escritos con tinta… y sangre. Si queréis, podéis decir a vuestra acompañante que venga con nosotros al interior del templo. Estáis a punto de conocer un lugar al que solo los sacerdotes de Thariba tienen acceso normalmente. Pero, dado que debemos al rey Targosh una buena parte de su contenido, será para mí todo un honor mostraros su legado en nuestra ciudad.

Taenara hizo una señal a Salwen, que no tardó en llegar hasta ellos. Ardía en deseos de poder entrar al templo nybnio y contemplar la riqueza de su arquitectura interior, convencida de que sería, al menos, tan hermosa como dejaban ver sus muros externos, dispuestos sobre una base de planta heptagonal, arcos decorativos y ventanales de medio punto. La belleza de las vidrieras más altas contrastaba con el aspecto avejentado y descolorido de la roca, en una buena parte de la construcción. Aun así, la ancestral fachada conservaba un encanto especial, el propio de la edificación más antigua de la ciudad.

—Vos me conocéis —dijo Taenara mientras el sacerdote hacía girar la llave que abría la puerta principal del templo— pero aún no me habéis dicho vuestro nombre.

—Soy el Maestro Guízar, guardián del templo y sumo sacerdote de Puertorrey.

—Demasiada responsabilidad para un solo hombre, ¿verdad? —Taenara estaba convencida de que el lugar al que iban no estaría precisamente solitario.

—Efectivamente, sería demasiado peso sobre las espaldas de un único guardián. Por fortuna, no estoy solo. Las leyes son estrictas respecto a nuestras creencias. Son muchos los que han terminado pagando caro su intento de robar en el templo, o la agresión a sus

sacerdotes. Hubo un tiempo en que los herejes que atacaban a nuestro dios eran ejecutados, siendo lanzados al agua desde esta misma plazoleta, con los brazos y pies atados. Las muertes más crueles son las que, al final, producen un mayor efecto a la hora de ver cumplidas las leyes. Pero será mejor que no hablemos de muerte, sino de vida, la que cobra forma en el interior de estos muros.

Nada más abrir la puerta, el Maestro Guízar se apartó a un lado para dejar entrar a Taenara y su consejera. Ambas quedaron extasiadas por la belleza del interior del templo. La luz atravesaba las vidrieras repartidas de forma equidistante por la construcción, cerca del techo, dibujando resplandores de diferentes tonalidades que dejaban al descubierto las numerosas bóvedas que se multiplicaban a ambos lados de la parte central. En el extremo opuesto a la entrada, una escalera de piedra subía hasta un estrado en cuyo centro, un amplio altar de piedra tallada constituía el punto más importante del templo. Era el lugar en el que los habitantes de Puertorrey dejaban sus ofrendas a Thariba, con la esperanza de que el dios nybnio les concediera los dones solicitados y les otorgara su favor.

El suelo del templo era de mármol pulido. La disposición de las figuras geométricas en él representadas, pentágonos de colores grises y blancos, ornamentaba la estancia y la daba una mayor sensación de profundidad.

—Desde luego —Taenara parecía sorprendida de la belleza interior del recinto sagrado— los nybnios tenéis un gusto exquisito. La mayoría de los templos que conozco son lugares oscuros y fríos, como cuevas excavadas en el interior del edificio —recordó el templo de Leryon y los sacerdotes que lo guardaban. La oscuridad del propio Lorwurn alcanzaba también a todo aquello que de algún modo lo representaba.

—Nuestros ancestros adoraban a Thariba en lugares escondidos por temor a ser descubiertos. Nuestra religión nació y se extendió a costa del sufrimiento y la sangre de muchos. Afortunadamente, los tiempos de la persecución llegaron a su fin, y ahora somos libres para expresar nuestras creencias. La luz que un día nos fue negada es, en estos momentos, fuente de alegría para cuantos se acercan a lugares como este con la finalidad de expresar su devoción.

Recorrieron la longitud del templo hasta alcanzar el altar. A ambos lados de la planta central se abrían dos estancias situadas al otro extremo de unas puertas de bronce que permanecían cerradas.

—La sala de los Adoradores únicamente es accesible para los sacerdotes. En cuanto a la biblioteca, solo pueden pasar aquellos a los que yo considere oportuno. Ahora que el templo está vacío es buen

momento para mostraros uno de los lugares más importantes, no solo de la ciudad, sino de toda Nybnia.

Al otro lado de la puerta, una sobria antesala daba paso a la biblioteca del templo. Amplia, repleta de pasillos y estantes poblados de libros, mostraba las riquezas de mayor valor para los sacerdotes nybnios. Guízar se echó a un lado para ceder al paso a sus invitadas, que entraron lentamente, con la mirada concentrada en la inmensidad de volúmenes repletos de siglos de historia.

—Bienvenidas al centro de la sabiduría nybnia —el maestro alzó los brazos, orgulloso de mostrar aquella fuente de la cultura de su pueblo—. Muchos de los libros más antiguos que aquí se guardan fueron recuperados por el rey Kariosh.

—Una deuda que me gustaría poder dejar saldada de la forma más ventajosa posible, para vos y para mí. El pueblo nybnio tiene memoria, pero también grandes riquezas.

El maestro caminaba junto a una de las estanterías donde se encontraban los libros más grandes, volúmenes cuyas cubiertas se veían dañadas por el paso de los años. En su interior se ocultaban también manuscritos sin encuadernar, textos desordenados que buscaban su sitio en algún lugar que pudiera ralentizar su envejecimiento. El paso del tiempo había causado irreparables daños en muchos otros ejemplares que, desparramados por algunos de los rincones de la estancia, no parecían más que hojas sueltas de contenido ilegible.

—Veo que no parecéis dispuesta a demorar los asuntos que os han traído hasta aquí.

—Siempre me ha gustado poder aprender y admirar nuevas culturas, nuevos lugares… Pero no puedo olvidar mis prioridades.

—En este caso, imagino que se trata de la prioridad de vuestro hermano.

—Lamento no poder daros más información que la estrictamente necesaria para poder llevar a cabo mi misión. Pero, como podréis imaginar, tengo cierta urgencia por conocer qué podéis ofrecerme para considerar saldada la deuda. Y necesito que vuestra oferta sea justa, porque de lo contrario, y muy a mi pesar, la próxima vez que uno de los míos pise este templo no sería precisamente para admirar vuestra cultura.

—Agradezco vuestra franqueza —Guízar no parecía impresionado por aquellas palabras.

—Perdonad si os he ofendido al hablar así. No es una amenaza con la que esté de acuerdo, pero mi deber es transmitiros lo que mi hermano estaría dispuesto a hacer si no ve satisfechas sus razonables

pretensiones.

—Tan razonables que, aunque os parezca extraño, las hemos estado considerando durante todos estos años. No somos ajenos a las últimas tensiones entre mostures y leryones, y también somos conscientes de que parte de nuestra amistad con vuestro pueblo se cimentó en ese sentimiento de gratitud hacia vuestro padre.

—Una gratitud que debe ser ratificada con hechos.

—Exacto, alteza. Pero hay algo que debéis saber: Nybnia y Thariba no olvidan. Tanto para lo bueno como para lo malo. Fijaos en la representación de nuestro dios. La balanza es un símbolo de lo que es justo, no solo en el comercio, sino también en la vida misma. Thariba es el más justo de los comerciantes. Él observa lo que se encuentra en nuestro plato de la balanza, aquello que cada uno de nosotros puede ofrecerle, y en el otro plato nos ofrece aquello que merecemos, de modo que la balanza queda siempre equilibrada, bien en esta vida o en la venidera tras la muerte.

—Espero que, entonces, valoréis de forma positiva lo que mi padre puso en su plato de la balanza.

—Por supuesto que sí. Somos generosos con aquellos que nos ayudaron. Y si no os hemos pagado antes nuestra deuda es porque no nos la habéis reclamado hasta el día de hoy. Ahora bien, nos quedaría por definir la moneda de cambio. La darkka es la moneda de oro nybnia. Una sola pieza es el valor de lo que un comerciante puede ganar en los cuatro días consecutivos que el mercado de Puertorrey permanece abierto.

—Tal vez necesite algo más que oro…

—Estáis en la tierra del comercio, mi señora. Si queréis caballos, soldados, o cualquier arma para la guerra, lo único que necesitáis es el oro.

—¿Y disponéis de ese oro?

—Aquí no, por supuesto. Pero, como os he dicho, ya habíamos previsto que en algún momento la corona de Leryon reclamaría la deuda, por lo que disponemos de ese oro en el banco de la capital, el lugar más seguro de todo el reino. Lo único que tengo que hacer es firmar las órdenes de pago correspondientes para que os sea entregado el oro. ¿Disponéis de las cartas que fueron entregadas a vuestro padre?

—Sí —Taenara extrajo los documentos que su hermano le había dado para presentar ante los nybnios.

—Los sacerdotes valoraron, en mi opinión en exceso, todos los bienes recibidos por parte de vuestro padre. No solo fueron libros, sino también otros objetos de gran valor: el equivalente a más de un millón de darkkas.

—Me gustaría que ajustáramos esa cifra…

—Eso ya puede resultar más complicado…

—A la baja.

—En ese caso, no habría inconvenientes —el maestro mostró una sonrisa desconfiada.

—A cambio de esa reducción de la deuda, os pediría un pequeño favor.

—Espero que esté en mi mano poder ayudaros al respecto.

—Tengo que viajar a Isla Cuchillo para cumplir otra de las misiones que me han sido encomendadas. Así que, necesitaré provisiones para el viaje y, por supuesto, barco y tripulación. Creo que es una propuesta ventajosa para vuestros intereses, puesto que la parte de la deuda que os ofrezco reducir supera, con mucho, el valor de lo que os solicito.

—Veo difícil poder satisfacer vuestra pretensión, mi señora —el rostro del maestro se tornó serio, casi preocupado—. Isla Cuchillo se ha convertido en uno de los lugares más peligrosos a los que ir. No sé cuál es vuestro propósito allí, pero veo difícil encontrar a alguien lo suficientemente loco como para llevaros. Si pudierais decirme qué os motiva a salir al encuentro de la misma muerte, quizá podría ayudaros para buscar una alternativa a un viaje que seguramente no tenga retorno.

Taenara dudó por un instante, no muy convencida de querer contar al nybnio su misión en Isla Cuchillo.

—Podéis confiar en mí, alteza. Os aseguro que no tengo ningún interés en conocer los asuntos que puedan llevaros a un lugar tan terrible. Mi consejo es que no hagáis ese viaje.

—Habladme de Isla Cuchillo. Siempre fue un refugio de piratas y mercenarios…

—Hasta los mercenarios más violentos han huido de allí…

—Necesito encontrarme con un contrabandista que, según me han confirmado, podría encontrarse en la isla.

—¿No estaréis hablando de Sándor?

—Exacto —la princesa se alegró al escuchar ese nombre. Tal vez el maestro podría darle alguna pista de su paradero.

—¿Os habéis vuelto loca? —la airada reacción de Guízar tomó por sorpresa a Taenara y Salwen, que no perdía detalle de la conversación—. Sándor es el principal responsable de las crueldades que os esperan en Isla Cuchillo.

—¿Sándor, el contrabandista?

—Sándor, el pirata. Dejó atrás su etapa de contrabandista… desde que descubrió que podía obtener mayores riquezas saqueando que

comerciando a escondidas. Sándor se ha unido a los hombres más despreciables que podáis imaginar. Incluso hay quienes lo denominan el *Rey Pirata*. Al parecer, fue coronado en Isla Cuchillo tras rescatar a los asesinos que permanecían encerrados en la prisión del rey Kósser, o la Fortaleza Negra, como se la denomina comúnmente.

—¿La Fortaleza Negra?

—Un lugar construido hace mucho tiempo, convertido en hogar de aquellos criminales que el rey nybnio quería mantener lo más lejos posible.

—En Leryon esa clase de criminales son ejecutados —Taenara recordó cómo su padre no dudaba en acabar con aquellos malhechores a quienes consideraba más peligrosos.

—Nuestras leyes no son tan duras respecto a las condenas. Y eso que los preceptos de Thariba no impiden la posibilidad de pagar a los criminales con su misma moneda. Pero en ocasiones las leyes divinas difieren demasiado de las humanas…

—¿Qué ocurrió con Sándor? —interrumpió Taenara, deseosa de conocer lo sucedido con el pirata.

—El gobernador de Puertorrey decidió enviar a la Fortaleza Negra un importante número de criminales, puesto que las celdas de la ciudad empezaban a resultar más bien escasas. Además, la presencia de ladrones, aunque estén encerrados, no es buena para incentivar la llegada de comerciantes y viajeros dispuestos a dejar aquí parte de su dinero. Varios de esos criminales eran amigos de Sándor. El pirata debió de influir sobre algunos de los condenados para que se rebelaran, y aprovechó el motín de la prisión para asaltarla y liberar a todos los asesinos. Desde aquel día, Nybnia puso precio a la cabeza del Rey Pirata. Los gobernantes de las ciudades costeras se han reunido recientemente con el fin de valorar una posible invasión de Isla Cuchillo y acabar con todos los criminales que se ocultan allí. Hace años, la isla únicamente era vista como un refugio de meretrices, borrachos y asesinos. Ahora ya solo quedan los asesinos. Y los piratas han hecho de la Fortaleza Negra su propio castillo. Probablemente, allí mismo planean todos sus saqueos y crímenes cometidos en aguas nybnias. Por eso me resulta difícil de creer el que podáis encontrar marineros dispuestos a aventurarse en la peligrosa misión de llevaros hasta Sándor.

—Tengo que encontrarlo…

—Escuchadme, por favor. Allí solo encontraréis la muerte. Vos y vuestra acompañante no lograréis sobrevivir un solo día en presencia de esos violadores y asesinos.

Taenara respondió con una silenciosa mirada a Salwen. Por un

momento, hizo suyo el temor que aquellas palabras habían causado en su consejera.

—Agradecemos vuestra advertencia —habló Salwen, con voz firme —. Pero si mi señora Taenara está convencida de que debe ir a Isla Cuchillo, yo iré con ella. Y buscaremos a quien haga falta para poder hacer ese viaje.

—Si no consideráis otra alternativa, os ayudaré a buscar un capitán y un barco. Seguro que puedo encontrar alguien lo suficientemente loco como para dejarse cegar por el brillo del oro y vender cara su posible muerte. Dicen que Sándor no hace prisioneros.

CAPÍTULO 3: MÓSTUR

El Gran Maestro se encontraba junto a un escritorio que, por una vez en mucho tiempo, se veía libre de los numerosos libros que habitualmente sobresalían por cada uno de sus lados. Únicamente había una hoja, escrita por el propio Therios. Su contenido era el resultado de toda una noche en vela en la que el Gran Maestro había dado forma a su renuncia como líder de la Orden. Constituía toda una confesión, no solo de los motivos por los que había decidido poner fin a sus días como Gran Maestro, sino también una petición de perdón por las injusticias cometidas en nombre de Athmer.

—Y es mi deseo, dejar la Orden en manos de otro que pueda liderar a los helvatios en estos tiempos difíciles.

Therios pronunciaba una y otra vez las palabras trazadas en un manuscrito cuyo contenido leería ante los principales zenlores. Visiblemente nervioso, caminaba en círculo por sus aposentos, ensayando el modo en que expondría sus argumentos. Tenía la voz quebrada, herida por cada párrafo que su boca recitaba con dificultad. Su mente y su corazón parecían enfrentados.

Se sentó frente al escritorio y contempló nuevamente el manuscrito, al que ya solo restaba la firma y el sello; el sello de un anillo que había empleado en numerosas ocasiones para dar forma a una nueva ley u orden, a veces injusta.

Therios sentía el temblor que recorría su brazo, como si la pluma que sostenía con su mano derecha tuviera vida propia y tratara de escapar de los dedos que, con fragilidad, la sujetaban. Cerró los ojos y, por un momento, su mente le trajo de vuelta numerosos recuerdos de todos sus años como Gran Maestro; de manera especial, el día en que fue nombrado como tal: la alegría e ilusión que en aquel instante creía que serían para siempre habían ido desapareciendo con el paso del tiempo, erosionándose con cada difícil decisión, con cada uno de los numerosos errores que había ido cometiendo, y que se había negado a aceptar. El liderazgo de la Orden ya no era ilusionante para él, sino una pesada carga que le arrebataba años de vida, consumiéndole más por dentro que por fuera.

«Es lo que debo hacer», se dijo en el momento en que se disponía a trazar su nombre en la parte superior del papel.

—Gran Maestro… —Yar Bolfren apareció de forma repentina y apresurada. Ni siquiera aguardó una respuesta antes de acercarse—. Necesito hablar con vos.

—Está bien —Therios dejó la pluma y concentró toda su atención en el recién llegado—. Pero he de confesarte que no dispongo de mucho tiempo.

—Sé que habéis convocado a los zenlores que elegisteis como vuestros consejeros, y que esta tarde os reuniréis con los nobles.

—Veo que estás bien informado, aunque me temo que eso no es del todo cierto. Yo no estaré en el consejo que tendrá lugar esta tarde con los nobles.

—En ese caso, creo saber el motivo por el cual habéis convocado a los zenlores.

—Yar Gregor ha hablado contigo antes de marcharse, ¿verdad?

El caballero asintió ante la inquisitiva mirada de Therios. Por un momento, el Gran Maestro parecía haber recuperado la firmeza de sus gestos.

—Mira, Bolfren. Ha sido una decisión difícil de tomar, pero…

—Por favor, no nos abandonéis. No ahora, Gran Maestro.

Therios guardó silencio. Por una vez en mucho tiempo sintió que a alguien le importaba el poco bien que había hecho a la Orden en los últimos años.

—He estado rememorando el día en que fui ungido como Gran Maestro de la Orden —Therios se puso en pie, y su mirada se perdió en el fondo de la estancia—. Seguramente, tú aún eras un niño. La sala capitular en la que fui elegido estaba repleta de zenlores y caballeros, la mayoría de los cuales se alegraba, o al menos así lo parecía, por mi nombramiento. Recibí numerosas muestras de cariño, y sobre todo de ánimos para llevar a cabo mis cometidos como máximo responsable de la Orden, en unos tiempos en los que nada hacía prever el abismo al que ahora nos dirigimos de manera irremisible. Sé que nunca tuve el apoyo de toda la Orden.

—Es imposible tomar decisiones que contenten a todos…

—Nunca he tratado de contentar a nadie con mis decisiones. Solo quería cumplir la voluntad de Athmer… O al menos así fue al principio. Pero después…

—Habéis guiado sabiamente a los helvatios…

—Al comienzo así fue. Pero después, con el paso de los años, me fui desviando del camino recto. Tomé decisiones injustas e injustificables.

—Tomasteis las decisiones que creísteis convenientes.

—No siempre —el Gran Maestro respiró profundamente—. Es difícil de explicar… En ocasiones, debes tomar decisiones que únicamente sirven para mantener cierto equilibrio, decisiones mal tomadas con el fin de evitar un mal mayor. Y una vez ejecutado aquello en lo que ni siquiera crees, debes afrontar que con esa decisión has ganado algún enemigo más, dentro y fuera de la Orden. Espero que nunca debas experimentar algo parecido, Bolfren. Al final llega un momento en el que miras a tu alrededor, a los tuyos, y ya no eres capaz de saber si entre ellos cuentas con más amigos o enemigos.

—Sé que cuanto mayor es la responsabilidad, más difícil es mantener la confianza de cuantos nos rodean. Yar Gregor me ha confesado lo que ha supuesto para él convertirse durante vuestra ausencia en la mano derecha del Presthe, la mano ejecutora.

—Gregor comprende mi decisión, porque de algún modo es la misma que ha tomado él. ¿Acaso crees que encontrará al asesino de Grimward? Gregor necesita alejarse de Móstur por un tiempo.

—¿Y si su marcha resultara definitiva?

—Gregor se ha ganado muchos enemigos, pero la lealtad hacia sus más allegados no permitirá que olvide el camino de vuelta. Y por lo que sé, aún le quedan amigos a los que volver a ver. No te preocupes por él. Cuando menos te lo esperes, lo verás de nuevo en la Morada.

—Eso es lo que me gustaría poder creer…

—Guarda demasiados buenos recuerdos en compañía de caballeros como tú. No os abandonará.

—Y vos, ¿acaso no guardáis buenos recuerdos de todos estos años? Estoy seguro de que todo lo bueno que habéis hecho supera con creces a las decisiones erróneas.

—Cada etapa tiene su momento, Bolfren. Y mi momento de iniciar un nuevo camino ha llegado. No tengo fuerzas, ni el apoyo suficiente como para continuar liderando la Orden.

—Permitidme que os presente a alguien más que, como yo, no opina igual. Por favor, venid conmigo. Os prometo que solo será un momento.

—Está bien —el Gran Maestro aceptó, con cierta resignación. Yar Bolfren no acostumbraba a hablar demasiado. Probablemente aquella estaría siendo la conversación más larga que había mantenido con él en mucho tiempo. La insistencia del caballero bien merecía unos segundos más de su tiempo.

Salieron de la estancia y recorrieron los pasillos de la Morada, que se encontraba sumida en la calma.

—¿Recordáis el día en que me nombrasteis caballero? —Yar

Bolfren se detuvo por un instante junto a la puerta de uno de los salones. Therios vio en su mirada un brillo especial, propio de un melancólico recuerdo.

—No recuerdo todos los nombramientos, pero sí el tuyo. Fue un día terriblemente tormentoso. Pensé que uno de los rayos terminaría cayendo sobre el templo.

—Sí, fue un día difícil de olvidar. Juré mis votos, y vos me convertisteis en el hombre más feliz de Móstur. Habéis hecho mucho bien, Gran Maestro, no deberíais permitir que vuestros errores ensombrezcan todo cuanto hay de bueno en vos.

—Pero, como te decía, mi tiempo ha terminado…

—Ahora más que nunca, la Orden os necesita. Móstur no tiene rey, y el Presthe nos condenó al odio por parte de los nybnios, y de muchos ciudadanos. Necesitamos vuestra firme voluntad para recuperar el honor perdido.

—No creo que encontréis una docena de hombres que piensen como vos.

—Os equivocáis, Gran Maestro —Yar Bolfren abrió la puerta del salón e invitó a Therios a entrar.

Cuando el Gran Maestro puso un pie en el salón, sintió un escalofrío recorriendo su cuerpo al contemplar a cuantos allí se congregaban.

—He encontrado a más de una docena de caballeros que opinan igual que yo, hombres consagrados que también recuerdan el día en que vos les concedisteis el honor de poner su espada al servicio de Athmer; hombres que, al igual que vos, y que yo, también han cometido errores en algunas de sus decisiones. Permitidme que, en nombre de todos ellos, os pida una vez más que no nos abandonéis.

El Gran Maestro se sintió abrumado por la numerosa presencia de caballeros que, colmando la sala, fijaban su mirada en él. Por primera vez en mucho tiempo, Therios sentía que cuantos se encontraban a su alrededor mostraban fe ciega en él. Ni siquiera el día de su nombramiento como Gran Maestro había visto tantos helvatios que verdaderamente depositaban sus esperanzas en él.

Cada uno de los caballeros que poblaban el salón vestía la capa que le identificaba como caballero de la Orden Helvatia.

—Gran Maestro —Yar Bolfren alzó la voz—. Estamos aquí para agradecer cada uno de vuestros esfuerzos por la Orden, y para solicitaros que nos guieis en los difíciles momentos que están por llegar. Os pedimos que, ahora más que nunca, unáis a los miembros de nuestra Orden para que, juntos, cumplamos la misión que Athmer nos encomendó.

Yar Bolfren desenvainó su espada. Todos los caballeros imitaron su gesto, alzando su arma. El caballero habló nuevamente.

—Juro poner mi espada y mi vida al servicio de Athmer.

Los caballeros respondieron al unísono.

—Desde este momento, y hasta el fin de mis días.

Yar Bolfren rompió el estremecedor silencio dejado tras las palabras pronunciadas por parte de los otros caballeros.

—Gran Maestro, vos fuisteis testigo del juramento pronunciado por cada uno de nosotros, y guiasteis nuestros primeros pasos en la Orden. Os pedimos que también nos guieis en los siguientes pasos, para que caminemos firmes según la fe que nos habéis transmitido.

El Gran Maestro contuvo las lágrimas. Respiró profundamente y sintió la fuerza que acudía a él de forma renovada. Tan solo unos momentos antes se sentía abatido por la decisión que estaba a punto de tomar. Una parte de él parecía dispuesta a abandonar, a dejar en manos de otro su responsabilidad. Esa parte murió allí mismo, atravesada por las espadas de los caballeros que, como un ejército dispuesto para la batalla, aguardaban sus palabras.

—He cometido muchos errores durante estos años, como guía de la Orden. Os pido perdón por todos ellos… y por el error que he estado a punto de cometer hoy mismo. Os prometo que no os abandonaré en los difíciles momentos que se aproximan. Vivimos tiempos en los que nuestra Orden debe demostrar a Móstur que realmente nos necesita. El pueblo necesita a Athmer, aunque no del modo en el que se lo hemos querido hacer ver. La fe no debe imponerse, pero sí debemos imponernos, cada uno de nosotros, la necesidad de contribuir a la protección de la ciudad. Los rumores de guerra vienen rápidos desde el Este. No es ningún secreto que los leryones están al acecho. Y ahora Móstur se encuentra débil sin un monarca que lo gobierne, dividida por las luchas internas entre los ciudadanos. Es nuestro deber lograr la unión del pueblo, y contribuir así a recuperar el esplendor perdido. Que así sea, hermanos.

—Que así sea —respondieron.

—Bolfren, sígueme.

El Gran Maestro abandonó el salón, con paso firme y mirada fija. En compañía de Yar Bolfren regresó a sus aposentos. Lo primero que hizo fue tomar el manuscrito que descansaba, aún sin firmar, sobre su mesa. No dudó en hacerlo pedazos.

—Gracias, Bolfren, por abrirme los ojos. Si os abandono ahora, nunca me lo perdonaré, y probablemente Athmer tampoco me lo perdonará.

—Pero entonces, el encuentro que ibais a mantener con los

zenlores…

—Tendré que cambiar el discurso que iba a pronunciar —miró al montón de papeles en que había quedado convertido el manuscrito—. A decir verdad, para haber estado toda la noche preparando este, el resultado no era precisamente brillante. Ni el mensaje, ni las palabras resultaban apropiados.

—Me alegra que hayáis tomado la decisión adecuada. Y ahora, si me lo permitís, debería irme.

—Sí. Ahora necesito estar a solas para ver cómo planteo a los otros zenlores la necesidad de elegir un nuevo monarca. Debatiremos quién puede ser, en nuestra opinión, la casa indicada para sentar en el trono al próximo rey. Es en lo único en lo que debería intervenir la Orden. Después, el gobierno de la ciudad quedará en manos del monarca y del Consejo que él nombre. Rogaré a Athmer para que en ese Consejo no haya ningún miembro de la Orden. Nuestra misión va más allá de las leyes de la ciudad. Esta tarde acudiré a ver a los nobles…

—Sí, Gran Maestro.

—Y tú, Bolfren, vendrás conmigo.

CAPÍTULO 4: PUERTORREY

La tarde caía lentamente. El sol se resistía a abandonar el firmamento y dar paso a la calma de la noche. Taenara contemplaba el horizonte, preguntándose por el destino que las aguardaba en Isla Cuchillo. El tiempo apremiaba. La princesa estaba convencida de que tenía que encontrar cuanto antes a Sándor. Salwen no se mostraba tan convencida. Su silencio era fiel reflejo de las dudas que acechaban su mente.

—¿Confías en mí? —preguntó la princesa.

—Sí, alteza. Nunca he dudado de vos.

—Necesito que, como hasta ahora, sigas creyendo en mí y continúes a mi lado.

—Pero si el maestro Guízar tiene razón…

—El maestro ha cumplido con lo que se esperaba de él. Ha firmado los documentos que necesitamos y nos ha conseguido un barco y una tripulación. Es más que suficiente para olvidarnos de los otros cometidos que debíamos realizar en Puertorrey. Tanto el sacerdote como Ferghus han llevado a cabo su parte de la misión: Ferghus nos ha guiado a Puertorrey, y Guízar nos ha permitido viajar a Isla Cuchillo. Ahora ya solo importa encontrar a Sándor.

—¿Creéis que Ferghus se ha quedado en Puertorrey?

—Es probable que no volvamos a saber de él. Creo que me equivoqué al pensar que podría ayudarnos. En cambio, con el oro prometido por el maestro, podremos comprar un ejército de mercenarios.

—No confío en ningún nybnio, ya sea comerciante o sacerdote.

—Guízar nos ha advertido acerca de Isla Cuchillo. De querer engañarnos y evitar así que cobremos la deuda, lo más sensato por su parte habría sido no decirnos nada, deseándonos una muerte rápida para que no lleguemos al banco de Nybnia.

Salwen asintió, mirando desconfiada a su alrededor. La actividad en el puerto decaía al mismo ritmo que la noche amenazaba con caer sobre ellas.

—Debemos irnos.

Casi de la nada, surgió la imagen de un hombre escuálido y de baja estatura. Su voz sonó como un susurro.

—Habéis hablado con el maestro Guízar, ¿no es así?

—Sí —respondió Taenara—. Nos dijo que…

—Yo soy el capitán del barco que os llevará a Isla Cuchillo. Mi nombre es… Bueno, eso no importa. Lo que importa es que debéis tener una cosa clara. Os dejaremos a un kilómetro de la costa, en uno de los botes del barco. Lo que ocurra después ya no es responsabilidad mía ni de mis hombres, ¿está claro?

—Muy claro —la princesa no quiso añadir nada más.

El capitán se quedó mirándola por un instante. Taenara sostuvo su mirada, manteniendo una expresión seria y decidida.

—Siento curiosidad por conocer qué asuntos os empujan al lugar más peligroso de las tierras nybnias… Sin embargo, Guízar nos ha pagado una buena suma de dinero por llevaros a la isla.

—Exacto —respondió Taenara—. Hemos hecho un trato con el sacerdote.

—Debéis saber que a mis hombres no les hace ninguna gracia bordear la costa de Isla Cuchillo. Ese Sándor y sus amigos no tienen reparos en abordar cualquier embarcación que merodee sus aguas…

—Y no hace prisioneros —añadió la princesa.

—Cierto. Como os decía, a pesar de la curiosidad que me invade por saber si realmente os merece la pena arriesgar la vida en Isla Cuchillo, me limitaré únicamente a cumplir con mi parte.

—¿Ni siquiera queréis saber nuestros nombres? —preguntó la princesa, poniendo a prueba al capitán.

—Si no os he dado el mío, ¿por qué iba a preguntaros los vuestros?

—Mi nombre es Taenara. Soy la hija de Targosh, la princesa de Leryon.

—Lamento deciros que la espada de Sándor no hace distinciones entre nobles y campesinos, ricos y pobres. Su crueldad no diferencia entre nybnios o leryones. Y cuantos le rodean no muestran mayor compasión que él —por un instante, el rostro del capitán adquirió una expresión más afable—. ¿De verdad queréis ir a Isla Cuchillo? Sois demasiado hermosa como para pasar inadvertida entre tanto malnacido. Si alguno de los hombres de Sándor os pone los ojos encima… Creedme, únicamente encontraréis una muerte horrible a manos de esos salvajes.

—Como habéis dicho, Guízar os ha pagado una buena suma por cumplir vuestro cometido.

—¿No os dais cuenta de que únicamente intento salvaros la vida? Aunque para ello deba renunciar a mi dinero… Soy un capitán

honrado, alteza.

—Lo sé, y agradezco vuestra sinceridad. Pero necesito ir a Isla Cuchillo, sin demora.

—En ese caso, necesito que cumpláis mis órdenes de forma estricta: Subiréis al barco. No hablaréis con la tripulación. Ocuparéis el aposento que os ha sido preparado y no saldréis de allí hasta que yo os avise. Si estáis dispuestas a cumplir esas condiciones, partiremos de inmediato.

—Os seguimos —Taenara aceptó el ofrecimiento del capitán. Lo único que necesitaba era llegar a Isla Cuchillo, y mejor aún si su única compañía durante el viaje fuera su consejera.

—Mi nombre es Dikkins… —dijo el hombrecillo antes de darse media vuelta— Capitán Dikkins.

—Gracias por vuestra ayuda, capitán Dikkins. Cumpliremos vuestras órdenes.

—Serán tres días de viaje… O cuatro, si las aguas nos complican demasiado.

—No os causaremos ninguna molestia —añadió Salwen.

—Eso sí, llegaremos a Isla Cuchillo de noche. Mis hombres no quieren exponerse a acercarse demasiado a la isla a plena luz del día.

—Lo comprendemos.

—Bien —el capitán esbozó una sonrisa—. Por aquí.

El puerto se había convertido en un lugar solitario. La llegada de la noche desterraba la algarabía de comerciantes y marineros que recorrían uno de los emplazamientos más bellos de la ciudad. Varias antorchas dejaban al descubierto, en la penumbra, las embarcaciones amarradas que, acariciadas por unas aguas en calma, aguardaban el momento de abandonar la ciudad en busca de un nuevo destino al otro lado del mar. En los alrededores, varios soldados hacían la ronda por el adarve de la muralla paralela al puerto, esperando que la noche continuara tan tranquila como hacía prever la calma reinante; una calma que únicamente parecía amenazada por los sigilosos movimientos de varios hombres alrededor de una embarcación. Los guardias centraban su atención en los marineros que cargaban cajas en el barco de Dikkins. Uno de ellos se aproximó a la embarcación, extrañado por el desmesurado sigilo con el que el barco era aprovisionado.

Dikkins se acercó al guardia. La conversación que ambos mantuvieron en voz baja duró apenas unos segundos. Taenara se percató de que el capitán habría mencionado el destino al que se dirigían. La expresión del guardia así lo parecía confirmar, con una prolongada mirada de compasión hacia las dos leryonas.

Cuando subieron al barco, la princesa no pudo evitar fijarse en las expresiones de los marineros que las acompañarían en su viaje. Rostros de preocupación, incluso de miedo, o de auténtico pánico, como era el de un joven que, a un lado, vomitaba en el interior de un cubo. El nombre de Sándor debía de ser sinónimo de muerte, y el mero hecho de aproximarse a sus dominios era para muchos un viaje en el que el retorno se antojaba improbable.

Siguiendo las instrucciones del capitán, Taenara y Salwen se adentraron en los aposentos que les habían sido preparados, un camarote en el que el espacio estaba aprovechado al máximo. La luz de una lámpara impedía que aquella pequeña estancia fuera inundada por la oscuridad. Dos camas más bien pequeñas y un baúl situado en una esquina constituían los elementos que tenuemente eran iluminados por la frágil llama. El resto era oscuridad, una negrura que se cernía sobre ellas como el destino al que irremisiblemente se dirigían. La decisión estaba tomada, y el dinero ya había sido puesto en manos de quienes habrían de asegurar su llegada a una isla a la que ningún nybnio quería acercarse.

—Ya no hay vuelta atrás —sentenció Taenara, sentada en una de las camas—. Frente a ella, Salwen mantenía la mirada perdida en la negrura.

—Los marineros tienen miedo —dijo la consejera, con frágil voz—. Lo he visto en sus rostros. Temen no volver con vida de este viaje.

—No sé si es miedo, o quizá algo peor.

—¿A qué os referís?

—Parece como si todos ellos trataran de ocultar un secreto. Una cosa es segura: nuestra presencia en su barco no es bien vista. Tal vez sea por el peligro que supone acercarse demasiado a Isla Cuchillo. En cierto modo, sus rostros me han recordado a los de los nobles que acudían a la mesa de mi padre. En el caso de ellos, sus sonrisas y esa forma de asentir a cada palabra del rey… No eran más que máscaras ocultando las verdaderas intenciones de esos hombres ávidos de oro y poder. En el caso de los marineros, sus expresiones eran muy distintas. Pero, al fin y al cabo, máscaras que ocultan algo… Temor, o incluso un sentimiento de ira hacia nosotras. Tal vez nuestra presencia les ha obligado a modificar su ruta.

—¿Y si decidieran no acatar las órdenes del capitán?

—La decisión está tomada. No podemos hacer nada por evitar lo que esté por llegar. Espero que al menos durante tres días sean capaces de cumplir las órdenes de Dikkins. No te preocupes, Salwen. Todo saldrá según lo previsto.

—Pero, aunque así fuera… ¿Qué ocurrirá cuando nos encontremos

con Sándor? Ya habéis escuchado todo lo que se dice de él. ¿Y si ni siquiera nos da la oportunidad de hablar con él?

—No rechazará hablar con la hija de Targosh, te lo prometo. Y ahora, descansa. Llevamos demasiados días de viaje, demasiadas experiencias difíciles de asumir. Duerme. Yo permaneceré despierta por si hay alguna posibilidad de hablar con alguien de la tripulación. Tengo interés por saber qué ocurre exactamente entre los marineros.

—Pero Dikkins dijo que…

—No te preocupes. Descansa.

Taenara apagó la única luz que iluminaba la habitación. Fuera de los aposentos, se escuchaban pasos, tablas que crujían al paso de los marineros, y de vez en cuando alguna orden de Dikkins. Aparte de la voz del capitán, no les llegaba la de ningún otro miembro de la tripulación.

El barco zarpó del puerto nybnio. Con los ojos cerrados, tratando de hacer caso a las palabras de su señora, Salwen sintió los primeros movimientos de la embarcación al mismo tiempo que los recuerdos de los últimos días vagaban desordenadamente por su mente. El viaje desde Leryon, el encuentro con Ferghus, la cruel muerte de los leryones, el templo de Thariba y las palabras de su sacerdote. Todos ellos tenían algo en común, conducían a una realidad que parecía aterradora: la llegada a Isla Cuchillo y el encuentro con Sándor. Las aguas mecían el barco con un suave vaivén que, como una canción de cuna, pronto disipó las dudas que invadían a Salwen, sumiéndola en un profundo sueño. A su lado, Taenara permanecía tumbada sobre su cama, con los ojos abiertos a pesar de que únicamente podía contemplar la inmensa oscuridad de la habitación. A punto de dejarse llevar por el sueño, dos suaves golpes en la puerta lograron hacerla volver de su estado de adormecimiento.

—¿Puedo hablar con vos? —fueron las palabras de Dikkins cuando la princesa abrió la puerta. Es lo que ella misma deseaba, dejar por un momento la habitación para poder conocer más acerca de todo aquello que la rodeaba.

—Pero habíais dicho que…

—Lo sé. Os insistí en que no salierais de la habitación… Pero creo que es importante que me escuchéis. Seguidme, por favor.

La princesa se aseguró de que Salwen se encontraba dormida, y salió de la habitación. Caminó por detrás del capitán, cruzándose con varios miembros de la tripulación, todos ellos con rostros serios; todos ellos, silenciosos.

Llegaron a la proa. Por un momento, Taenara perdió su mirada en el horizonte, donde mar y cielo se unían en una línea imposible de ver

en medio de la amenazante oscuridad que rodeaba a las pequeñas llamas de la embarcación.

—Sé que los motivos de vuestro viaje a Isla Cuchillo no me incumben. Pero… Sinceramente, temo por vuestra vida y la de vuestra acompañante.

—A juzgar por el silencio de vuestra tripulación, creo que no es por mi vida por la que realmente teméis, ¿no es cierto?

—En realidad… —Dikkins dudó por un instante—, tenéis razón. Temo, sobre todo, por mi tripulación.

—Y por vos…

—Cierto, no puedo engañaros. Tomé las monedas de ese sacerdote nybnio y no tardé en arrepentirme. La visión de Isla Cuchillo es, para muchos, la más peligrosa que puedan imaginar; más incluso que cualquier temible tormenta que pueda sorprendernos en nuestro viaje.

—¿Conocéis bien a Sándor?

—Hubo un tiempo en que creí conocerlo. Ahora ya solo conozco lo que se dice de él, que no es poco.

—Yo escuché muchas cosas acerca de los nybnios. Y, a decir verdad, la mayoría de ellas resultan, por lo menos, exageradas.

—Sándor es un asesino. No lo digo yo, sino aquellos que han logrado escapar a uno de sus encuentros con él en alta mar. No tiene piedad, ya sean hombres, mujeres o niños. Imaginaos lo terrible que puede llegar a ser, que los malhechores de Isla Cuchillo le han convertido en su líder.

—Pero antes, no era así.

—Antes no era más que un contrabandista que se ganaba la vida comerciando sus mercancías de forma más o menos honesta, siempre al borde de las leyes nybnias. Durante años incluso fue considerado un mercader respetuoso. Pero ese tiempo pasó, y ahora ya solo queda el rastro que arroja el mar: sangre y muerte. Por eso mis hombres no quieren acercarse… Y me temo que va a resultar difícil convencerles de que deben hacerlo, por más oro que pueda prometerles.

—Por favor, no permitáis…

—¿Qué se amotinen? ¿Qué me obliguen a desistir de esta misión suicida? Desde que hemos zarpado no les he escuchado ni una sola palabra. Es el silencio de la conspiración, de la traición que se forja en las bodegas del barco cuando los marineros ya no confían en su capitán. No hemos hecho más que zarpar y ya siento el peso de sus acusadoras miradas. Creen que les llevo a la muerte.

—Os pagaremos el doble si es necesario.

—De nada sirve el oro en manos de los muertos. No, mi señora. No es cuestión de dinero. Es cuestión de…

El capitán se quedó mudo al contemplar la escena que tenía lugar a la espalda de la princesa. Taenara se dio la vuelta y contempló horrorizada lo que ocurría frente a ella. Varios miembros de la tripulación sujetaban con fuerza a Salwen que, amordazada, era incapaz de gritar.

—Capitán —habló uno de los marineros, portando un cuchillo—. Como os dijimos antes de zarpar, no estamos de acuerdo con este viaje a las tierras de Sándor.

—Está bien —intervino Taenara—. Si así lo consideráis, daremos media vuelta y volveremos a Puertorrey.

—¿Y perder nuestro dinero? —inquirió uno de los que sujetaban a Salwen.

—Por favor —insistió Taenara.

—Lo siento, muchacha —dijo otro de los marineros—. Pero hay una solución más sencilla que regresar a Puertorrey y tener que devolver la suculenta cantidad que nos entregó el sacerdote. Capitán, es la única opción… Debemos deshacernos de ellas o nos conducirán a la muerte. Dad la orden… y las arrojaremos al mar.

—¿Todos pensáis del mismo modo? —preguntó Taenara, elevando la voz antes de que Dikkins pudiera responder.

Los marineros se miraron unos a otros. Era evidente que no todos pensaban igual. Por desgracia, los que sujetaban a Salwen sí, y la fueron acercando al borde de la embarcación.

Taenara dio un paso hacia atrás, separándose aún más del capitán.

—¡Deteneos! —gritó.

—No estás en condiciones de dar órdenes, chica —respondió uno de los que amenazaba con arrojar a Salwen al agua—. Capitán, será mejor que deis la orden. De lo contrario, puede que no podamos garantizar vuestro regreso a Puertorrey.

Ante la atenta mirada de todos los marineros, Taenara elevó los brazos.

—Por última vez… Deteneos.

Los marineros se echaron a reír al contemplar la amenazante pose de la princesa. Pero cuando Taenara bajó los brazos, las risas desaparecieron, sustituidas por el murmullo de los más miedosos.

Por detrás de la princesa surgieron varias ráfagas de viento que no por invisibles resultaban inofensivas. La embarcación tembló, y a ambos lados las aguas comenzaron a agitarse, nerviosas. El mar despertó enfurecido, y las olas empezaron a crecer transformándose en gigantescas masas que rompían a ambos lados del barco, convertidas en un fenómeno inexplicable: aguas salvajes que evitaban chocar con la embarcación, presas de alguna fuerza que las maniataba.

—Arrojadla al agua… y os juro que arrojaré el barco contra las gigantescas olas que ahora evitan alcanzarnos. Todos moriréis.

Los marineros soltaron a Salwen, que corrió junto a su señora. Para entonces, el viento inicial ya había dado paso a una tormenta cuyos relámpagos teñían el cielo de pálidos colores, dejando al descubierto la amenaza de un mar encrespado que hizo zozobrar el barco.

—¡No, por favor!

—¡Detened esta maldición!

Los miembros de la tripulación se echaron al suelo; unos perdieron el equilibrio, otros se arrodillaron frente a la princesa.

A un gesto de Taenara, las aguas volvieron a la calma, y en apenas unos segundos la tormenta se disipó, dejando al descubierto un cielo repleto de resplandecientes estrellas.

Los marineros se miraron unos a otros, incapaces de articular palabra alguna ante lo ocurrido.

—¿Quién demonios sois? —preguntó el capitán, fuera de sí.

—Alguien a quien debéis temer más que a Sándor —respondió Taenara.

CAPÍTULO 5: CAMINO DE TARGATH

Móstur había quedado atrás. El camino al norte se bifurcaba en dos sendas principales a izquierda y derecha de Torrevigía: por un lado, la ruta a Skeldon, lugar de paso de comerciantes y mercaderes ambulantes que, en ocasiones, establecían su campamento en las inmediaciones del camino para procurarse la visita de los transeúntes ávidos de provisiones; por otro lado, las escondidas sendas que, virando en dirección noroeste, conducían a Targath y a las tierras de los ossetios.

Yar Gregor imaginó que el asesino de Grimward habría tomado la primera ruta, más segura. Si de verdad deseara tratar de encontrarlo, debería continuar en dirección a Skeldon. Se detuvo cerca del lugar en el que habría de optar por el nuevo rumbo de su viaje. Ante las dudas que lo acechaban, y habiendo llegado al final de la jornada, decidió pasar la noche allí mismo, en un paraje solitario desde el cual la penumbra del anochecer dejaba al descubierto la silueta de Torrevigía, recortada en un firmamento libre de nubes.

El caballero amontonó un puñado de ramas. La temperatura había caído al mismo tiempo que el sol se ocultaba y el aire vagaba gélido entre los árboles. Sentado frente a la hoguera, su mirada se perdió en el fuego. Pero en el interior de las llamas no se encontraba la respuesta a sus interrogantes. Allí solo pudo encontrar recuerdos, la mayor parte de ellos amargas imágenes vividas en los últimos días. Una vez más, la noche traía consigo los demonios que parecían empeñados en atormentarle en el momento de estar solo. Las peores imágenes que recordó no fueron las de la muerte de Grimward, sino las de todos aquellos a los que había ejecutado por orden del Presthe. «Castigo de Athmer», así había sido llamada su espada por parte de algunos de los helvatios que evitaban cruzarse con él.

Continuó mirando las llamas y, por un instante, el recuerdo de la ciudad de Móstur se fundió con el fuego, creando una horrible visión, como si de un terrible presentimiento se tratara. Una ciudad consumiéndose por la llama de la guerra.

Yar Gregor apartó bruscamente la mirada. A pesar de haberse

ganado el odio de muchos ciudadanos, el caballero sentía un profundo amor por su tierra y, por supuesto, por aquellos amigos de verdad que aún conservaba. Yar Bolfren era uno de ellos. Le había mirado fijamente a los ojos en el momento de despedirse. La mirada de aquel hombre de rostro afable era incapaz de esconder secretos.

En ese instante pensó que, si terminara yéndose demasiado lejos, cuando quisiera regresar a Móstur ya sería demasiado tarde. No llegaría a tiempo para defender a sus hermanos helvatios del terrible destino que se cernía sobre la ciudad. Y no había mucho que pudiera hacer por ellos en el norte, aunque encontrara al asesino del Presthe. Había una forma de evitar que aquel temor se hiciera realidad. Por fortuna, ciudades como Targath no habían permanecido ajenas a la influencia helvatia. Allí se encontraba una fortaleza que, situada a las afueras, constituía un punto de referencia para la Orden en las tierras ubicadas más al Oeste. Pese a no haber estado nunca allí, Yar Gregor conocía de su existencia, pues eran muchas las anécdotas contadas por los clérigos en la Morada acerca de los caballeros helvatios de Targath.

Llevado por aquel pensamiento, el caballero decidió la ruta que iba a tomar al amanecer del nuevo día. No estaba seguro de qué podría esperar una vez que llegara allí para solicitar ayuda. Lo más probable era que le ignoraran. Ni siquiera llevaba una orden del Gran Maestro, o simplemente una carta que expusiera la necesidad de acudir a Móstur. A pesar de ello, lo que pudiera hacer allí resultaría de mayor utilidad que conocer el motivo de la muerte de Grimward o acabar con su asesino.

A medida que la pequeña hoguera se fue consumiendo, Yar Gregor se dejó llevar por el sueño hasta quedar profundamente dormido.

Cuando abrió nuevamente los ojos descubrió que el amanecer ya le había sorprendido, como si la noche hubiera transcurrido en un suspiro. Sin demora alguna, reanudó su viaje, con la esperanza de alcanzar lo antes posible alguna aldea o pueblo perdido, de esos que ni siquiera figuran en los mapas. Incluso le bastaría con cruzarse con uno de esos mercaderes que pudiera ofrecerle un trozo de pan. El alimento fue lo primero que echó en falta desde su partida de Móstur. En la Morada nunca le había faltado una buena ración de comida tras uno de sus numerosos viajes. No tenía más que pedirlo a uno de los jóvenes denlores que se encontraban en las cocinas y en un momento le servían un delicioso plato de sopa, o de carne guisada, con abundante pan y una jarra de vino.

Pero allí, en mitad del bosque, el vino no era más que un dulce recuerdo, un deseo que le impulsaba a espolear a su caballo para

llegar lo antes posible a algún lugar en el que pudiera disfrutar de una buena comida y bebida. Aquel resultaba un pensamiento más esperanzador que las imágenes que durante cada noche le torturaban, dibujando en su mente escenas de sangre y muerte. Los cadáveres de cuantos había matado por orden de Grimward pasaban ante él en un macabro desfile de rostros que parecían preguntarle por qué quería vengar la muerte de alguien como el Presthe. La conciencia callaba de día, pero de noche lo atormentaba con las imágenes de las víctimas de la justicia impartida en nombre de Athmer.

Al tercer día de viaje, el atardecer trajo consigo el más hermoso de los paisajes que Yar Gregor hubiera podido imaginar: las luces de una posada que se encontraba junto al camino que llevaba siguiendo durante la última jornada. Detuvo su montura para deleitarse con la visión de la llanura sobre la que se asentaba el amplio edificio que albergaba la taberna, habitaciones y cuadras.

Un muchacho salió al encuentro del caballero, al que saludó cortésmente.

—Si os place, me encargaré de dar de comer a vuestro caballo, mi señor.

Yar Gregor asintió y lanzó una moneda que el chico atrapó hábilmente.

—Gracias, mi señor. ¿Sois un caballero helvatio? Entonces seguramente venís de Móstur, ¿verdad?

—Cierto, muchacho. Veo que eres inteligente.

—¿Cómo están las cosas por Móstur?

Por un momento, Yar Gregor guardó silencio.

—Perdonad si os ha ofendido mi pregunta. Nuestra posada está lejos de cualquier pueblo o ciudad, y hay que preguntar a las personas adecuadas para conocer lo que sucede en la capital… o en cualquier parte del reino.

—No te preocupes…

—Mi nombre es Lancel.

—Bien, Lancel… No me ha ofendido tu pregunta. Pero, al igual que tú me has preguntado acerca de Móstur, a mí también me gustaría conocer cómo están las cosas a este otro extremo de la comarca. Necesitaría saber, si últimamente habéis recibido la visita de caballeros helvatios procedentes de Targath.

—Por supuesto, mi señor. Al menos hay dos que han solicitado habitación para varios días.

—Bien. Necesito encontrarme con mis hermanos. Y no estoy muy seguro de si hay muchos miembros de la Orden allí.

—Claro que hay muchos. Yo he estado allí, en la fortaleza de

Targath, donde viven al menos cien o doscientos miembros de vuestra Orden.

—¿Has estado allí, recientemente?

—Sí. He estado en la ciudad con mi padre, en varias ocasiones. A nuestro regreso siempre pasamos por allí. Mi tío Robert es uno de esos caballeros. Me ha contado algunas cosas sobre la Orden, y sobre las dificultades por las que estáis atravesando en Móstur.

—En realidad, no somos únicamente los helvatios los que estamos pasando por dificultades.

—Mi tío dice que Móstur necesita un nuevo rey, pero que es difícil encontrar entre los nobles a uno que pueda gobernar de forma adecuada.

—Tu tío tiene mucha razón.

—En fin… Os estoy robando vuestro tiempo y seguro que estáis deseando comer y descansar. Si me permitís una sugerencia, si os gusta el vino elegid uno nybnio, *El sueño de Thariba*. No cuesta mucho más caro que otro que podáis tomar y es realmente bueno.

—Gracias por el consejo, Lancel.

—Que descanséis, mi señor.

Yar Gregor se dirigió a la entrada, presidida por un cartel en el que podía verse el nombre de la posada, «El lobo del Este», letras acompañadas por la imagen de la cabeza de un lobo de pelaje gris, ojos rojizos y mirada desafiante.

La posada estaba sumida en una calma que al caballero le pareció, cuando menos, extraña. Nada más entrar fueron varios los hombres y mujeres que se giraron para contemplar al recién llegado. Yar Gregor cruzó su mirada con la de una dama que, semidesnuda, por un momento se olvidó de las caricias que estaba recibiendo por parte de uno de los clientes para dirigir una sinuosa mirada al caballero. Otros ni siquiera se percataron de su llegada. Tenían la mirada perdida en el fondo de sus copas, o en el interior de los escuetos ropajes de las hermosas mujeres que en cuestión de minutos les venderían unos instantes de placer.

—Mi señor, ¿qué deseáis?

La mirada de Yar Gregor se perdió en los ojos verdes de la camarera que atendía las mesas, una mujer de piel canela y cabellos negros y rizados, probablemente la más hermosa de cuantas se encontraban en la posada.

—He hecho un largo viaje, y me gustaría cenar algo… y dormir.

—Bien. Si os apetece un buen guiso de carne, o quizá…

—Me conformaría con un pedazo de empanada —Yar Gregor se había fijado en el plato de uno de los clientes que se encontraba más

cercano—. Y una copa de… *El sueño de Thariba*. Me lo ha recomendado Lancel. ¿Debo fiarme de él?

—Ese crío… A lo largo del día dice muchas mentiras, pero normalmente guarda todas para su madre. Con los clientes siempre es lo más sincero que puede, así que os ha hecho una buena recomendación. Bien, os serviré un trozo de nuestra famosa empanada de carne con una jarra de vino.

La cena resultó, para Yar Gregor, el mejor momento de los últimos días. La empanada estaba exquisita y el vino, tal y como le había dicho Lancel, realmente merecía la pena. Únicamente le faltaba una cosa para completar el día de la mejor manera posible: una cama confortable en la que pasar la noche.

Terminada la cena, el caballero subió las escaleras que le conducirían hasta la alcoba. Estaba deseando dejarse caer en la cama y no abrir los ojos hasta el día siguiente. El mero pensamiento de poder pasar la noche bajo techo, en un lugar cálido y confortable, hacía crecer en él la sensación de agotamiento sufrido tras las primeras jornadas de viaje. Al abrir la puerta, escuchó unos pasos tras él. Se giró de forma rápida, lo suficiente como para contemplar al hombre que se abalanzaba sobre él. Era el asesino de Zen Grimward.

Cuando el caballero recuperó el conocimiento, se vio atado a una silla y amordazado, en el interior de la propia alcoba. Frente a él, el hombre a quien buscaba reaccionó al verle despertar. Sujetaba un cuchillo en su mano izquierda, pero había algo extraño en su rostro, una expresión casi de indiferencia. Yar Gregor se preguntó qué querría de él aquel individuo que se suponía que únicamente estaba huyendo.

—Disculpad el modo en que he tenido que dirigirme a vos —dijo el supuesto comerciante—. Mi nombre es William. Soy el mercenario a quien se encomendó la secreta misión de acabar con Zen Grimward. Llevé a cabo mi labor tal y como se me ordenó, siguiendo las instrucciones de la carta que me fue entregada. Y por ello recibí, anticipadamente, la suma de dinero prometida. Vos mismo me la entregasteis. Sin embargo, cuando cumplí mi parte del trato, no pude evitar cruzar mi mirada con la vuestra. Me perseguisteis. Al principio pensé que actuabais de modo lógico, pues es lo que se espera de un caballero helvatio que acaba de presenciar el asesinato de uno de sus maestros. De no actuar así habríais levantado sospechas. Sin embargo, hace un momento, cuando os vi entrar en la taberna, tuve la sensación de que veníais en mi busca. ¿Es eso cierto?

Yar Gregor no estaba en condiciones de responder.

—Oh, perdonad que os tenga amordazado… Haremos una cosa. Os permitiré hablar y no os haré ningún daño, si vos prometéis no gritar.

No me gustaría tener que mataros y salir huyendo. El pago fue por la muerte del Presthe, no quiero derramar más sangre.

Yar Gregor asintió, procurando calmarse. No tenía otra alternativa.

—¿Por qué no me habéis matado? —preguntó.

—Responded primero a mi pregunta: ¿me estabais persiguiendo?

—Así es. Tengo órdenes de llevaros ante el Gran Maestro.

—Eso es una contradicción. Los helvatios me encargáis la misión de matar a vuestro Presthe… ¿Y ahora queréis juzgarme?

—¿Cómo dices? —Yar Gregor quedó atónito al escuchar la afirmación de William.

—La bolsa de dinero que me disteis aquel día. Era el precio fijado por vuestro Gran Maestro… ¿Acaso no lo sabíais?

—El propio Presthe me encomendó la labor de entregaros la bolsa. Lo único que me dijo era que estaba relacionado con la recompensa para el ganador del torneo.

—Entonces me temo que vuestro Presthe fue doblemente traicionado…

—¡Mentís! —Yar Gregor trató de liberarse, pero no lo consiguió.

—El trato era no gritar, ¿recordáis?

—Therios no haría algo así. ¿Por qué iba a querer matar a uno de los miembros de la Orden?

—Soy mercenario. Lo mío es la espada, no la política. Ni conozco las razones, ni me importan. Cuando recibí la carta y vi el nombre de aquel a quien debía matar, la verdad es que no me importó. Respeto a vuestra Orden pero, al igual que sucede en todas partes, siempre hay alguien que merece morir. Y Zen Grimward ciertamente lo merecía más que ningún otro helvatio. Si aquellos a quienes consideras tus amigos creen que debes morir, es porque has debido de ser un cabrón muy grande. Y vuestro Presthe lo era.

—¿Quién os entregó esa carta?

—Un muchacho que, al igual que vos, únicamente ha desempeñado el papel de mensajero. Desconozco qué otros helvatios puedan estar implicados en semejante conspiración. Para mí lo único importante era acabar cuanto antes mi trabajo y dejar atrás Móstur. Todo había salido bien… al menos hasta ahora. Asesiné a Zen Grimward el día y del modo en que me fueron indicados por vuestro Gran Maestro. Únicamente me queda una cosa por hacer: aguardar a los helvatios que, procedentes del Oeste, estarían en esta posada para entregarme la otra mitad del dinero prometido. Parece que vuestro Gran Maestro no se fiaba de mí.

—No os creo —Yar Gregor era incapaz de pensar que Therios pudiera haber trazado semejante plan.

—Afortunadamente, aún guardo la carta que me fue entregada. Aunque no me consta que hayan llegado los helvatios que en ella se citan. No figura ningún nombre, únicamente la referencia a su número: tres helvatios procedentes del oeste.

—¿Targath? —susurró el caballero.

—Imagino que sí. Decís que no podéis creer cuanto os estoy contando, pero no es difícil de imaginar que haya miembros de la Orden que quisieran acabar con Zen Grimward. Su dictadura en nombre de Athmer ha generado un incremento del odio hacia vuestra Orden. Sí, es cierto que gracias a él habéis ganado muchos adeptos, pero ¿de verdad que los nuevos helvatios han entrado en la Orden para servir a vuestro dios, o quizá el motivo es tan distinto como aterrador? Estar en el lado de quienes ostentan el poder es más atrayente que estar junto a los pobres, ¿verdad?

Yar Gregor no respondió.

—Vuestro silencio confirma que tengo gran parte de razón. La muerte de Grimward ha sido, no solo por el bien de Móstur, sino también por el de vuestra Orden. Os mostraré la carta que me fue entregada, firmada por vuestro Gran Maestro. Pero antes, voy a hacer dos cosas: tomar vuestra espada para evitar que cometáis un error, y desataros, pues si quisiera haceros daño… Podría haberos matado sin que nadie se enterase. Aun así, me gustaría que me prometierais que no vais a tratar de agredirme. Os he dado suficientes pruebas de que no soy vuestro enemigo.

—Está bien —Yar Gregor recapacitó por un momento su respuesta—. A cambio, me permitiréis estar junto a vos cuando lleguen esos helvatios que habéis mencionado.

—De acuerdo. Entonces voy a soltaros. Y si en algún momento sentís el impulso de golpearme por lo que he hecho, pensad en esto: Móstur es un lugar mejor sin Zen Grimward. Tal y como se menciona en la carta, todo es por el bien de la ciudad, y de vuestra propia Orden.

Una vez que se vio libre de ataduras, Yar Gregor continuó sentado, tratando de comprender todo aquello. Si de verdad Therios hubiera deseado evitar que Zen Grimward continuara gobernando la ciudad no tendría más que habérselo ordenado, pues al fin y al cabo él era el Gran Maestro.

—Aquí tenéis —William extrajo la carta y se la entregó al caballero. Yar Gregor comprobó que, en la parte inferior, como sucedía en los otros escritos de la Orden, figuraba el sello helvatio. También figuraba la firma de Therios. Leyó la carta, lentamente. En ella se detallaba cuidadosamente el plan para matar al Presthe. Incluso

se hacía mención del lugar que ocuparía en la grada, el asiento desde el cual presidiría el último enfrentamiento del torneo. Por último, contempló la firma junto al sello. A punto de devolver la carta a William, se percató de los trazos de la letra que constituía su inicio. Fue entonces cuando se dio cuenta de que aquella forma de escribir no era la propia de Therios. El Gran Maestro nunca se había esmerado tanto en sus escritos. Y los trazados de algunas letras no eran los que él recordaba de otras ocasiones. No eran las propias de Therios, pero sí la de otro miembro de la Orden. En ese instante, Yar Gregor recordó otro escrito con la misma letra.

—Therios no ha escrito esta carta —afirmó con voz quebrada.

—Entonces, ¿quién lo ha hecho?

«Es imposible», pensó Yar Gregor.

—No lo sé —mintió—. Pero desde luego, no ha sido el Gran Maestro.

CAPÍTULO 6: OCÉANO DE LOS ETERNOS

¿Quién sois realmente?

La pregunta de Dikkins no había obtenido una respuesta capaz de explicar el extraordinario suceso del que él y toda su tripulación habían sido testigos.

Una sierva de la diosa Daera, había respondido Taenara, antes de regresar a sus aposentos en compañía de su consejera.

El capitán nunca había visto que uno de los siervos de Thariba, Lorwurn o cualquier dios fuera capaz de realizar un signo igual, dominar el viento y las aguas del modo en que lo había hecho la princesa. En lugares como Móstur y Leryon, Daera era considerada por muchos como reina de las aguas, diosa de los mares y océanos. Para los nybnios no dejaba de ser otra diosa extranjera a la que únicamente se sometían los pocos siervos que, lejos de las ciudades, buscaban refugio en lugares escondidos en las montañas, bosques o pueblos ajenos al bullicio de las grandes urbes.

La noche había transcurrido de forma calmada, en un ambiente sumido en la confusión que se había apoderado del capitán y sus hombres. Ninguno de ellos se atrevió ni tan siquiera a tocar la puerta tras la cual se encontraba la que para algunos era una hechicera, como las que habitaban en las leyendas que se transmitían entre los marineros; historias que hablaban de tierras desconocidas al otro lado de las aguas salvajes, con criaturas inimaginables y poderes desatados por seres que, de humano, únicamente tenían su apariencia. El mar esconde secretos capaces de transformar la realidad de aquellos que se dejan llevar por la magia del agua, en sus noches más oscuras o sus más temibles tempestades.

El capitán Dikkins estaba confuso y atemorizado. Había escuchado muchas de las leyendas más extendidas entre los marineros, pero nunca había presenciado algo similar a lo sucedido la noche anterior. No podía dejar de pensar en ello.

—Capitán… —uno de los hombres señaló en dirección a los aposentos de las leryonas. Taenara acababa de salir y, como si ni

siquiera recordara los acontecimientos de la noche anterior, caminó con aire distraído en dirección al capitán.

—Mi señora… —saludó Dikkins, inclinando levemente la cabeza.

—Hace un día precioso —respondió la princesa, con el rostro iluminado por una amplia sonrisa. Sus ojos se perdían allí donde el color azul del cielo se fundía con las plácidas aguas del océano, en un paisaje dominado por ambos en el que la tierra firme únicamente parecía una promesa aún lejana.

—Permitidme que os sirva una copa de vino —a un gesto del capitán, el hombre que se encontraba a su lado corrió a buscar vino para la princesa.

—Gracias, capitán. Sois muy amable.

—Respecto a lo sucedido ayer… Por favor, perdonad a mis hombres. Son mercaderes, no soldados. Se dejaron llevar por el miedo y…

—Por mi parte, no guardo rencor alguno a vuestros hombres. Como decís, se dejaron llevar por el miedo y optaron por tomar una decisión de la que sin duda se habrían arrepentido después. Son mercaderes, no soldados… ni asesinos.

Taenara paseó la vista entre los miembros de la tripulación que se encontraban más cercanos. Encontró rostros serios que esquivaban su mirada, expresiones sumisas y llenas de temor.

—Os juro que, en lo que resta de viaje, no tendréis ningún problema con ellos. Creo que todos han comprendido vuestro… En fin, nadie se explica lo sucedido, pero si de algo están seguros, y yo también, es de que sin duda sois alguien especial.

—Siento no poder compartir con vos el origen y explicación de cuanto visteis ayer. En realidad, ni siquiera quería que sucediera algo así. Pero vi a mi consejera a punto de ser lanzada al agua… Hubiera preferido que nuestra presencia pasara totalmente desapercibida.

—Lamento que no haya podido ser así. Pero la misión en la que nos hemos embarcado reviste un peligro fuera de lo común. Mis hombres están acostumbrados a bordear la costa, ir de un puerto a otro, transportar mercancías y pisar tierra sin temor a ser atacados. Pero este viaje es distinto… y muy peligroso.

—Entonces, ¿por qué aceptasteis la propuesta del sacerdote nybnio? ¿Tan necesitado estáis del oro?

Taenara agradeció con una sonrisa el ofrecimiento de uno de los miembros de la tripulación, que le tendía la mano portando una copa repleta de vino. Dikkins esperó a que la princesa diera un largo trago y manifestara su aprobación al caldo nybnio que le había sido servido. Él también tomó una copa y dio un primer sorbo antes de responder a

la pregunta.

—Hace tiempo que deseo cambiar de vida, cambiar el mar por un puñado de tierra que cultivar, en compañía de mi familia. Además, mantener el barco resulta muy caro y, en definitiva, consigo el dinero justo con el que dar de comer a los míos. El dinero que nos ofreció Guízar, así como lo que pudiera obtener por la venta del barco, sería suficiente como para dejar atrás todo esto, contemplar cada mañana el amanecer, ver el océano desde la orilla y no tener que despedirme cada día de mi mujer temiendo no volver a verla. El océano guarda demasiados peligros, demasiadas rutas que conducen a la muerte.

Dikkins mantenía la tristeza reflejada en un rostro cuyas arrugas le mostraban como un hombre de más avanzada edad de la que realmente tenía. Parecía consumido, agotado tras toda una vida compartida con el mar.

—Sé lo que es querer dejar atrás una vida con la que no se está conforme. Cuando vivía en la corte de mi padre, tenía que fingir ser alguien que realmente no era. Estaba rodeada de lujos y riqueza, pero ni siquiera tenía la libertad de poder decidir con quién quería compartir mi vida —en aquel momento, una vaga imagen de Trensis sacudió su mente, trayéndole a la memoria los sucesos que habían desencadenado la subida de su hermano al trono y la guerra que estaba cada vez más cerca.

—Fui egoísta al aceptar la propuesta de Guízar sin consultarlo antes con mis hombres. Algunos aceptaron el dinero desde el primer momento, pero cuando supieron el peligro al que nos dirigíamos…

—No permitiré que vos o vuestros hombres sufráis ningún daño.

—Después de lo que vi ayer, estoy convencido de ello, mi señora.

—A cambio, solo os pido una cosa: que nos dejéis lo más cerca posible de la costa de Isla Cuchillo.

Al escuchar el nombre de la isla, Dikkins no pudo evitar un ligero sobresalto en su mirada.

—De acuerdo. De todos modos, creo que no iréis solas —el capitán pronunció aquellas palabras con voz temblorosa, como si no estuviera muy seguro de querer decirlas.

—¿A qué os referís? —preguntó Taenara, confusa.

—Seguidme.

Dikkins no parecía muy convencido de lo que hacía. Pero su temor a Taenara lo empujó a una sinceridad que exigía no ocultar ningún secreto a la princesa. Y en la bodega del barco se encontraba el único secreto que en aquel momento podía resultar trascendente para el desenlace del viaje.

El capitán bajó lentamente las escaleras que accedían al rincón más

recóndito de su barco. Buscó en el fondo, allí donde la oscuridad era mayor. Por detrás de él, Taenara perdía la mirada en la penumbra cercana. Fue en ese momento cuando surgió la figura de alguien que llevaba todo el viaje allí oculto.

—Maestro Guízar… —Taenara no comprendía la presencia en el barco del sacerdote nybnio.

—Mi señora —el sacerdote caminó hacia ellos—. Veo que Dikkins ha tardado poco en desvelar nuestro pequeño secreto.

—¿Qué hacéis aquí? —el rostro de Taenara se tornó serio.

—Supongo que no me queda más remedio que daros la explicación que no me atreví a revelaros en nuestro encuentro en Puertorrey. En ese momento, si os hubiera pedido que me permitierais ir con vos seguramente no hubierais accedido a mi deseo de acompañaros. Lo cierto es que, vuestra llegada a la ciudad, así como vuestro interés en encontraros con Sándor, me abrieron los ojos. Considero este viaje como una gran oportunidad.

—¿Una oportunidad? —inquirió Taenara, con desconfianza.

—Una oportunidad para llegar hasta Sándor sin temor a que uno de sus hombres me mate antes de poder hacerlo.

—¿Por qué queréis llegar hasta Sándor?

—El gobernador de Puertorrey, así como los de otras ciudades costeras, están muy preocupados por la presencia del Rey Pirata en las inmediaciones de nuestras costas. Isla Cuchillo no está lo suficientemente lejos como para evitar el temor a un ataque por parte de Sándor y sus asesinos. Hace tiempo que Nybnia puso precio a su cabeza, y eso no ha hecho más que empeorar las cosas. Saqueos y hundimientos de barcos, robos de mercancías… Desde que se consideró a Sándor como el mayor enemigo de las ciudades costeras, la situación ha ido complicándose más aún. Recapacité sobre ello en el templo, tras mi encuentro con vos, y entonces fue cuando comprendí que había un modo de detener esta espiral de violencia, y que todos podíamos salir beneficiados.

—¿Todos?

—Exacto, princesa. Necesitáis un ejército que pueda ayudaros a conquistar Móstur. Y Nybnia necesita que Sándor y los suyos abandonen nuestras tierras para siempre. Traigo conmigo un edicto firmado por el gobernador de Puertorrey que, en nombre de toda Nybnia, ofrece a Sándor el perdón por sus crímenes, a cambio de abandonar Isla Cuchillo y dejar atrás las tierras nybnias.

—¿Y esperáis que Sándor acepte vuestra petición? —habló Dikkins, que no parecía estar muy de acuerdo con aquella esperanza nybnia.

—Estoy convencido de que podremos llegar a un acuerdo con

Sándor. Si le ofrecemos tierras en el oeste, tal vez una ciudad que gobernar… Estoy seguro de que encontrará en Móstur algún lugar más apacible que Isla Cuchillo, donde no deba temer a los mercenarios deseosos de cambiar su cabeza por un puñado de oro nybnio. Como decía antes, todos salimos ganando.

—¿Y si Sándor no opina lo mismo que vos? —replicó Taenara—. Si Sándor no está dispuesto a ir a la guerra…

—No irá —añadió Dikkins—. Sándor y sus piratas son hijos del mar. Una cosa es saquear barcos y robar a los mercaderes, y otra muy distinta es acudir al campo de batalla, y luchar en nombre de un rey al que ni siquiera conoce o respeta. Sándor no aceptará vuestra propuesta, y en ese caso… tal vez vuestro viaje tenga el peor final que podáis imaginar. En cualquier caso, nuestro acuerdo sigue en pie. No arriesgaré la vida de mis hombres en la costa de Isla Cuchillo. Tal y como acordamos, antes de alcanzar la isla abandonaréis el barco en uno de los botes.

—No os preocupéis, Dikkins, nuestro acuerdo no va a modificarse. Yo acompañaré a la princesa y a su dama hasta la orilla, para encontrarme cara a cara con Sándor y proponerle la paz.

—¿Y si me opongo a que nos acompañéis? —preguntó Taenara, frunciendo el ceño.

—Princesa, ambos sabemos que no tenéis nada que perder con mi compañía, y sin embargo ofrezco a Sándor un motivo más por el que aceptar vuestra propuesta. Os prometo que haré todo lo que esté en mi mano para que salgáis de Isla Cuchillo con ese ejército que tanto ansiáis.

—Aun logrando nuestro objetivo, ¿qué haréis después? ¿Nos acompañaréis a la guerra?

—No soy especialmente diestro en el combate, mi señora. Si logramos convencer a Sándor para que se una a vos, regresaré a Puertorrey con la satisfacción de haber hecho algo importante por mi pueblo. Desde Yark podréis tomar una ruta adecuada para alcanzar las tierras de Móstur y cumplir vuestro propósito.

—Os permitiré acompañarme a Isla Cuchillo, Maestro Guízar, pero con una condición: llegado el momento, me acompañaréis para retirar el dinero que pondrá fin a nuestra deuda.

—Por supuesto, mi señora. Además, hace tiempo que no voy a la capital. Puertorrey es un lugar hermoso, pero en ocasiones resulta aburrido. Necesitaba salir en busca de una aventura.

—Seguramente podríais haber elegido alguna menos peligrosa que en la que habéis decidido embarcaros —respondió Taenara, con una sonrisa.

—Soy siervo de Thariba. No le temo a la muerte.

—Pues yo sí —contestó Dikkins—. En cuanto Isla Cuchillo se encuentre a la vista, cumpliréis lo acordado y continuaréis vuestro viaje sin nosotros.

El capitán no aguardó una respuesta. Tenía órdenes que dar a sus hombres ya desde el inicio del nuevo día, órdenes que estaba retrasando mientras escuchaba la conversación de quienes, a su juicio, estaban locos si creían que Sándor se dejaría convencer de un modo tan fácil.

—El capitán Dikkins es un buen hombre —continuó hablando Guízar cuando se quedó a solas con Taenara—. Conoce a Sándor mejor de lo que su silenciosa presencia da a entender. Pero me temo que lo que mejor conoce del Rey Pirata son los crueles actos que ha llevado a cabo en aguas nybnias.

—Entonces, ¿creéis que hay esperanzas de poder llegar a un acuerdo con Sándor?

—Aunque la esperanza fuera mínima, sin duda merece la pena arriesgar la vida por conseguir que Sándor deje de ser el temor de nuestro pueblo. Dicen que no deja prisioneros en sus abordajes.

—Entonces, tendremos que llegar a la isla antes de que él llegue a nosotros.

—Me alegra que os lo toméis de ese modo. Sin duda, sois más valiente que Dikkins o cualquiera de sus hombres. Ayer los escuché planear un motín, y después sucedió algo, una inesperada tormenta…

—Por suerte, las aguas se calmaron pronto.

—Sí, pero según he podido averiguar no fue de un modo natural. Algunos de los hombres de Dikkins afirman que…

—Estaban asustados, eso es todo. La simple mención de Sándor produjo en ellos un temor que les hizo ver cosas irreales.

—Seguramente… —Guízar no quiso insistir, a pesar de estar convencido de que la princesa le ocultaba algo—. Bien, princesa. Me alegro de que hayáis accedido a permitirme acompañaros. Lamento haber tenido que convenceros de este modo, embarcándome directamente en un viaje para el que no contabais conmigo. Pero era la única forma de poder convenceros.

—Me alegro de que nos acompañéis, Maestro Guízar.

—No espero que Sándor muestre la misma alegría que vos. Me conformaría con que me dejara hablarle antes de que uno de sus hombres acerque su espada a mi garganta.

—Os prometo que, conmigo a vuestro lado, vuestro cuello no correrá peligro… Al menos, hasta que Sándor haya escuchado nuestra propuesta. Y ahora, si me disculpáis, debo regresar a mi habitación.

Me gustaría poder pasar un tiempo con mi consejera.

—Por supuesto, mi señora. Yo me quedaré aquí. Es un buen momento para agradecer a Thariba el regalo de un nuevo día.

—Espero que podáis seguir agradeciendo ese regalo por mucho más tiempo —respondió Taenara, antes de dar media vuelta y alejarse de la presencia de Guízar.

Salwen se encontraba en la proa, oteando el horizonte. Su rostro dibujaba una extraña sonrisa. El aire jugaba con sus cabellos castaños, que se movían impulsados por las pequeñas ráfagas de una agradable brisa.

—Hace un día precioso —dijo Taenara, cuando llegó a su lado—. El azul del cielo, el del mar…

—Cuando servía a los nobles, imaginaba cómo sería el mar. Había escuchado incontables leyendas de marineros, piratas y criaturas del océano. Pero nunca había llegado a experimentar la sensación de libertad que da contemplar las aguas, observar un horizonte sin fin. Es como si el tiempo se detuviera, y el pasado ya no existiera, como si lo único realmente importante fuera continuar mirando hacia adelante, encontrar algo más allá, descubrir un nuevo mundo al otro lado de las aguas.

Taenara sonrió al escuchar aquellas palabras, alegre por contemplar a Salwen tan radiante, tan distinta al día anterior.

—En algo tienes razón: el pasado quedó atrás. Ahora solo importa encontrar las tierras que se ocultan tras el horizonte. ¿Te encuentras bien?

—Sí.

—Me alegro. Ayer, cuando vi a esos marineros a punto de arrojarte al agua… Por suerte, pronto llegaremos al final de nuestro viaje. Y no estaremos solas llegado el momento de encontrarnos con Sándor. El Maestro Guízar está en el barco, en las bodegas. Va a acompañarnos.

—¿Confiáis en él?

—Eso era precisamente lo que te iba a preguntar. Guízar pretende llegar hasta Sándor para ofrecerle el perdón a cambio de abandonar Nybnia.

—Si os soy sincera, en ningún momento confié en ese hombre. Nos ha facilitado el barco… Pero me pareció ver que nos ocultaba algo.

—Esa es la impresión que tuve en Puertorrey. Y me resulta difícil de creer que haya logrado convencer, en tan poco tiempo, a cualquier gobernante nybnio para perdonar al pirata por sus numerosos crímenes. Lo que quería decirte, respecto a Guízar, es que vendrá con nosotros… Pero debemos estar atentas a todo cuanto pueda decir o hacer. Y si vemos que su presencia perjudica nuestro plan… En fin, no

creo que a Sándor le importe añadir una víctima nybnia más.

CAPÍTULO 7: CAMINO DE TARGATH

Yar Gregor despertó antes de lo habitual. Durante la noche, los trazos de la carta mostrada por William habían cobrado vida nuevamente, articulados lentamente por alguien que no era, ni mucho menos, el Gran Maestro. El caballero así lo había visto en su último sueño antes de que un ruido del exterior le despertara.

Se puso en pie y miró por la ventana de la alcoba, que daba a la fachada principal de la posada. El amanecer aún no había llegado, pero el joven mozo que atendía a los caballos ya estaba trabajando. Lancel cargaba con un cubo de agua que le obligaba a caminar lentamente en dirección a las caballerizas.

El descanso había sido reparador. El caballero sintió renovadas sus fuerzas. En otras ocasiones, se habría dado media vuelta en la cama hasta la completa llegada del amanecer. Esta vez, la necesidad de encontrarse con los helvatios le impulsaba a estar despierto lo antes posible.

Bajó las escaleras y tomó asiento junto a una de las pequeñas mesas que, semiocultas en un rincón a la izquierda de la entrada, parecía un buen lugar para pasar desapercibido.

—¿Habéis dormido bien, mi señor? —en esta ocasión fue el propio posadero quien le atendió, un hombre delgado de rostro afable.

—Sí, creo que demasiado bien para lo que he podido descansar los últimos días.

—Me alegro. Si hay algo que nuestros clientes agradecen de manera especial es la tranquilidad que se respira en este sitio, lejos del bullicio propio de las ciudades. En fin, alguna ventaja debía tener el estar en un lugar algo aislado del resto del mundo —sonrió mientras limpiaba la mesa—. ¿Os apetece un trozo de bizcocho? Mi mujer hace uno que gusta mucho a nuestros clientes, y está recién preparado.

—De acuerdo… Y una copa de ese vino nybnio tan bueno que probé ayer.

—Por supuesto, mi señor.

En cuestión de segundos, el posadero regresó con la copa de vino y un buen trozo de bizcocho. Lo dejó todo en la mesa y desapareció tras

la puerta de las cocinas.

Yar Gregor miró a su alrededor. Únicamente había otros dos hombres ocupando distintas mesas. Ambos perdían su mirada en el infinito, como si aún no hubieran terminado de despertar. La taberna estaba sumida en la penumbra y un silencio impropio de un lugar así. El caballero partió un trozo de bizcocho, cerró los ojos y saboreó el primer bocado. Se preguntó si William seguiría aún durmiendo. Afortunadamente, la carta que le había mostrado era una prueba suficiente como para creer en sus palabras. Por desgracia, significaba que en el seno del poder helvatio se estaba fraguando una batalla interna que sin duda ponía en peligro la continuidad de la Orden.

«Es una locura», se dijo mientras pensaba, no solo en la situación de los helvatios, sino en la de todo Móstur. Por un instante, le asaltaron las dudas. Ya había cumplido la misión encomendada por Therios. Al menos, la parte en la que hacía referencia a encontrar al asesino de Zen Grimward. En cuanto a acabar con él, o llevarlo de vuelta a Móstur era algo que ya había descartado. Lo único que le retenía en aquella posada era la llegada de los helvatios de Targath. Pensó en cómo presentarse ante ellos, ante los verdaderos culpables o, al menos cómplices, del asesinato de Zen Grimward. No sabía qué les diría al encontrarse con ellos. Probablemente les hablaría de la situación de Móstur, de la necesidad de proteger la ciudad si no querían contemplar el ocaso de la Orden tras la destrucción de la Morada y la muerte de los clérigos y caballeros que la habitaban.

Estaba a punto de terminar el último pedazo de bizcocho, cuando escuchó un ruido de hombres y caballos en el exterior.

Pensando que tal vez serían los helvatios, se acercó a una de las ventanas para poder contemplar a los recién llegados. La mayor parte de ellos ni siquiera descabalgó. Se quedaron frente a la posada, a la que entraron tres. Yar Gregor se fijó en sus vestimentas. Ninguno vestía la capa propia de los helvatios, ni tan siquiera un símbolo que pudiera identificarles como tales. A juzgar también por su forma de hablar, más que helvatios parecían mercenarios. Desde luego, ninguno era caballero de la Orden.

—Venimos a ver a William —Yar Gregor escuchó decir a uno de ellos—. Nos dijo que nos esperaría en una habitación de esta posada.

Cuando les indicaron la alcoba en la que podrían encontrar a William, los tres hombres caminaron con paso decidido escaleras arriba. Para ese momento, Yar Gregor ya se encontraba junto a la puerta. Dudó si seguirles o no. Pudo ver el rostro de uno de ellos, y su expresión no le gustó nada.

Los mercenarios subieron lentamente los peldaños, sin hacer ruido.

El caballero les siguió, a una distancia prudente. De no ser por la presencia de los otros que aguardaban fuera de la posada, habría acudido lo antes posible. Una cosa era clara: aquellos individuos no habían acudido allí con la intención de recompensar a William. Tampoco es que a Yar Gregor le importara demasiado la vida del asesino del Presthe. Y desde luego, no iba a poner en riesgo la suya para defenderle.

Los mercenarios llamaron a la puerta de la alcoba de William. Nada más sentir que comenzaba a abrirse, el primero de ellos empujó con fuerza. Apenas pudo escucharse la voz de William, a diferencia de la frase pronunciada por uno de los mercenarios, palabras que llegaron a oídos de Yar Gregor. Una vez que los mercenarios estuvieron dentro de la habitación, el caballero se apresuró en encerrarse en su propia alcoba, que se encontraba cerca. Le pareció mejor idea que aguardar en el pasillo.

No transcurrió mucho tiempo cuando la puerta se abrió nuevamente, y los tres hombres salieron de la alcoba. Recorrieron el pasillo hablando en voz baja y descendieron nuevamente las escaleras. Desde su habitación, Yar Gregor contempló cómo se incorporaban nuevamente al grupo y, a toda prisa, abandonaban el lugar a lomos de sus caballos. Serían alrededor de una treintena de hombres.

Temiéndose lo peor, salió de su alcoba para acudir a la de William. Ya en la entrada había varias gotas rojizas. Tal y como había imaginado, encontró el cuerpo sin vida de William, tendido en mitad de un charco de sangre. Se acercó al cadáver, y se dio cuenta de que no tenía cabeza. Aquellos salvajes se la habían llevado tras decapitarle.

Bajó las escaleras sumido en la confusión tras lo sucedido, no solo por el crimen cometido por los mercenarios, sino por las palabras que le había escuchado pronunciar a uno de ellos en el momento en que se encontraban cara a cara con William.

—¿Os encontráis bien, mi señor?

Yar Gregor tardó en reaccionar ante la pregunta de Lancel, con quien se cruzó a las puertas de la posada.

—Sí, estoy bien…

—¿Os marcháis ya? ¿Os traigo vuestro caballo?

—Sí.

El caballero tenía claro que debía abandonar la posada, pero no estaba muy seguro de hacia dónde ir. Había visto al grupo de mercenarios tomar el camino en dirección a Móstur.

—¿Queda muy lejos Targath? —preguntó al muchacho cuando regresó con su montura.

—A cuatro, tal vez cinco jornadas. Pero antes de llegar encontraréis algún lugar en el que hacer noche. No es una posada, sino más bien un campamento ossetio. El camino a Targath se encuentra a media jornada de aquí, a la izquierda. Es una senda en torno a la cual los ossetios han establecido varios puntos de venta de mercancías, así como el campamento en el que podréis descansar por un precio más que razonable. Ya habéis realizado la peor parte del viaje.

—A veces es preferible esa parte del viaje en la que no te cruzas con nadie.

—Tal vez. Pero los ossetios son buena gente.

—En todas partes hay algún malnacido. En fin, Lancel, gracias por todo. El vino que me recomendaste estaba delicioso.

—Me alegro de que os llevéis un buen recuerdo de este lugar.

Al caballero le hubiera gustado compartir ese pensamiento, pero no era así. El principal recuerdo que se llevaba de aquel lugar distaba mucho de ser agradable. Los mercenarios habían cumplido con una parte de la misión que le había sido encomendada a él: acabar con el asesino del Presthe. Sin embargo, lejos de ver resueltas sus dudas en relación con la muerte de Zen Grimward, estas parecían haberse multiplicado.

Miró a ambos extremos del camino.

«A la mierda Targath», se dijo finalmente. Solo en Móstur encontraría respuestas a sus interrogantes. Decidió perseguir a los asesinos de William. Con un poco de suerte llegarían a la ciudad. Allí serían presa fácil para Yar Gregor y los helvatios. De una forma u otra, arrancaría de aquellos mercenarios la verdad sobre la muerte del Presthe y la de su asesino. Si fuera necesario, no dudaría en sumar otros tres cadáveres que se le aparecieran en los sueños de sus noches más sombrías. Al fin y al cabo, estos eran más culpables que otros a los que había ejecutado. Pero antes, les haría confesar. Y tenía muy claro cuál iba a ser la primera cuestión que preguntarles: el motivo de aquellas palabras pronunciadas nada más encontrarse con William, tal vez las últimas que aquel pobre desgraciado había escuchado antes de morir.

«Zen Grimward te envía sus saludos».

CAPÍTULO 8: MYNTHOS

No podía quitarse de la cabeza los rostros sin vida de los mercenarios. Hubiera deseado poder darles una digna sepultura, en lugar de dejar sus cuerpos allí, reposando junto a otros muchos que, al igual que les ocurriría a ellos, ya solo eran huesos y cenizas, restos de un pasado del que tal vez nadie volvería a hablar, una memoria que permanecería allí eternamente, en la morada de los inmortales.

Zen Varion se sintió repentinamente atormentado por los numerosos interrogantes que acudían a su mente, sin que pudiera encontrar respuesta para ninguno de ellos. Lo sucedido con los espectros, la muerte y retorno de Darreth, la inexplicable intervención e identidad de Derit…

«Marchaos», había sido la última palabra del tahúr, antes de que la imagen de su discípulo, caminando hacia él, le hiciera olvidar en qué momento Derit había desaparecido. Convertido en uno de los espectros, no había permitido que ninguno de cuantos lo acompañaban saliera de allí con vida. Únicamente él y Darret…

—¿Estáis bien, Maestro? —la pregunta del novicio sonó con el mismo tono de voz que el chico empleaba habitualmente. Sin embargo, había algo en sus ojos, su mirada, que le hacían parecer diferente.

—No sé, Darr. Todo esto ha resultado tan rápido y doloroso al mismo tiempo… Los mercenarios, Genthis… Están muertos, sin haber hecho nada para merecerlo.

En ese instante, Zen Varion pisó mal y a punto estuvo de caer al suelo. Por fortuna, Darreth lo sujetó a tiempo.

—Estáis agotado. Debemos buscar un lugar en el que podáis descansar.

—Apenas llevamos un par de horas caminando. Quiero dejar atrás este maldito lugar lo antes posible.

—Estamos a salvo…

—Tal vez —el zenlor hizo un esfuerzo por sonreír—. Pero creo que solo cuando dejemos de tener esas terribles montañas a la vista, a nuestra espalda, sentiré que estoy realmente a salvo.

—Los espectros no regresarán.

Zen Varion fijó la mirada en su discípulo, a quien vio realmente cambiado. Su mirada huidiza y su constante expresión de resignación habían desaparecido. «El novicio ha muerto, dando paso al zenlor que habita en su interior», se dijo. Fue el único pensamiento que le provocó un mínimo de consuelo.

—Este parece un buen lugar para descansar —Darreth señaló el lugar en el que un árbol de frondosas ramas custodiaba un peñasco que quedaba a su sombra. A escasos metros, un riachuelo corría serpenteante y con aguas tan silenciosas como cristalinas.

—Tienes razón, muchacho —Zen Varion sintió sed—. Al menos podremos beber antes de continuar nuestro viaje.

—Sentaos en la roca. Os traeré agua.

—¿Tú no descansas?

—Me encuentro bien, no os preocupéis por mí.

Mientras el novicio se dirigía al riachuelo, Zen Varion se sentó a la sombra del árbol. Sus pies doloridos agradecieron la pausa de un viaje que apenas acababan de empezar y no parecía tener fin. El zenlor pensó en lo mucho que tardarían en regresar a Móstur, si es que lograban hacerlo. Para su sorpresa, vio que algo se movía junto a los árboles cercanos al río.

«No puede ser», dirigió la mirada al cielo, dando gracias a Athmer por aquella sonrisa del destino. Había dos caballos bebiendo plácidamente de las aguas del río. A juzgar por las sillas y fardos que cargaban, eran dos monturas de los soldados de Genthis.

Darreth también contempló aquel golpe de fortuna, y corrió hacia los animales para sujetarles antes de que pudieran irse. El novicio amarró los caballos a un tronco y regresó con el agua para su maestro, que lo contemplaba fijamente. Ni siquiera su forma de caminar parecía la misma que la de siempre. Zen Varion recordó una vez más lo sucedido en Mynthos. Por un momento, había perdido de vista a Darreth, en el interior del templo. Se esforzó por recordar el instante en que le había visto por última vez antes de ser atacados, pero todo había sucedido de forma tan rápida como cruel. El helvatio contuvo una vez más las lágrimas por la pérdida de sus acompañantes. Al ver a su discípulo, frente a él, quiso preguntarle por lo que le había ocurrido en el templo, al separarse de los demás. Pero no se atrevió. Era la primera vez que no se atrevía a hacer una pregunta al novicio, cuando lo habitual era que fuera este quien guardara silencio en algunas ocasiones en las que no parecía comprender muy bien a su maestro.

—Los caballos… —sonrió el novicio—. Parece que Athmer se sigue acordando de nosotros, ¿verdad, maestro?

—Sí, muchacho. Pero no es justo que tengamos que realizar el viaje de retorno nosotros dos, solos… No es justo que hayamos perdido a hombres como Genthis y sus guardias… Hombres que siempre fueron honrados y serviciales. A veces me pregunto por qué Athmer permite tantas injusticias.

—No malgastéis fuerzas intentando comprender todo cuanto ocurre a vuestro alrededor. En este momento, creo que lo único que podemos hacer es dar gracias a Athmer, por habernos mantenido con vida.

—Así es, Darr. Veo que este viaje al menos te ha permitido madurar en la fe. En cuanto lleguemos a Móstur me encargaré de que seas nombrado zenlor. Has dado gigantescos pasos en la dirección adecuada, y dudo mucho que encontremos a algún hermano que haya tenido que padecer las pruebas y sufrimientos por los que has pasado en este viaje. Te has ganado el nombramiento de zenlor, así como el derecho a permanecer en la Orden hasta el fin de tus días, como así habrás de prometer en presencia de Athmer.

—Gracias, Maestro. Es un pensamiento que me reconfortará el resto del viaje. Y el hecho de no tener que realizarlo a pie hace que la espera resulte, en cierto modo, gratificante.

—Darr, me gustaría hacerte una pregunta —finalmente el zenlor se decidió a buscar la respuesta a uno de los interrogantes que más sacudía su mente.

—Por supuesto, Maestro.

—Te vi morir en Mynthos. Uno de los espectros te clavó su espada. Sin embargo, Derit… o quien quiera que fuese ese hombre o espectro, te hizo volver de entre los muertos.

—No sé si fue Derit, o quién lo hizo —por un instante, Darreth volvió a ser el chico que bajaba la cabeza al hablar, perdiendo la mirada en algún lugar del suelo—. Pero así es. Sentí cómo me atravesaba la espada del espectro, y su gélido rastro de dolor propagándose por todo mi cuerpo. Después, no sabría decir si experimenté algo más. Supongo que caí en la oscuridad de la muerte. Pero escuché una voz… Y abrí los ojos.

—¿Era la voz de Derit?

—No. Era la voz de un anciano, alguien a quien no sabría identificar.

—¿Y qué te dijo?

—Recuerdo muy bien sus palabras. Me dijo «Levántate, regresa a Móstur y encuentra a tu hermano antes de que sea tarde».

—¿Fue eso lo que te dijo la voz?

El novicio asintió.

—Pero no tienes hermanos. A no ser que se refiera a…

—A uno de nuestros hermanos de fe. Eso fue lo primero que pensé al despertar. Tal vez no fuera más que un sueño, un engaño de mi mente. Al menos, eso fue lo que pensé en un primer momento. Pero posteriormente, fui comprendiendo que, si Athmer me ha traído de nuevo a la vida, es porque espera algo de mí, algo que tal vez resulte importante. Y si os ha mantenido a vos con vida, es porque formáis parte de ese plan que tiene para ambos. Ahora lo sé, ya no me queda ninguna duda de que hemos elegido la senda correcta, y no importa lo que nos espere al final del camino. Seguimos con vida, y todo cuanto suceda a partir de ahora será un regalo de Athmer.

Zen Varion estaba mudo frente a las afirmaciones de su discípulo. Nunca había escuchado a Darreth hablar de un modo semejante. De no ser porque lo tenía frente a él, habría pensado que esas palabras estaban siendo pronunciadas por uno de los zenlores de la Morada.

—Entonces, sea lo que sea… Debemos ir a Móstur.

—Ahora que me habéis preguntado por lo que me pasó… He de confesaros algo más. Cuando estábamos en el templo, Derit me dijo que corriera hacia una de las salas.

—¿Fue en ese momento cuando te separaste de los demás?

—Sí. Derit insistió en que debía ir a la estancia que se encontraba en uno de los extremos. Le hice caso, abandoné el grupo y me vi solo en aquel lugar.

—¿Qué pasó?

—Había una puerta, que se abrió en cuanto puse la mano. Al otro lado había una pequeña cámara, cuyos lados no medirían más de dos metros. Y en el centro…

—¿Qué había en el centro, Darr? —preguntó el zenlor tras el silencio dejado por el novicio.

Darreth se echó la mano a la cintura. Fue entonces cuando Zen Varion se percató de la espada que llevaba el chico. Envainada y oculta bajo los pliegos del hábito de Darreth, había pasado inadvertida para el maestro. Zen Varion no pudo separar la vista de aquella hermosa espada cuya empuñadura, tallada en marfil, reflejaba la imagen de Athmer.

—«Llévala a Móstur», me dijo una voz —Darreth extendió los brazos ofreciéndole la espada a su maestro— curiosamente la misma que me habló tras mi muerte.

—Es una espada extraordinaria —Zen Varion fijó la mirada en la resplandeciente hoja del arma, contemplando los signos grabados en ella—. Es la lengua de los primeros siervos de Athmer. Son muy pocos los helvatios que han logrado conocer al menos una parte de estos

símbolos.

—Su significado es «Una antorcha en medio de la oscuridad».

Zen Varion quedó petrificado al escuchar las palabras de su discípulo.

—¿Cómo puedes saber el significado…?

—Cuando desperté de mi muerte, sentí algo en mi interior. Los Textos Sagrados, profecías y otros escritos acerca de Athmer, acudieron a mi mente y, de forma inexplicable, ahora conozco cada párrafo, cada letra de todos esos escritos —Darr se echó las manos al rostro y cayó a tierra, inclinándose sobre una rodilla.

—¿Te encuentras bien? —Zen Varion estaba, más que sorprendido, asustado.

—No sé lo que me ocurre, Maestro —Darreth habló con la voz quebrada—. Es como si, al despertar, no fuera yo mismo, sino otro. No consigo explicarme lo ocurrido, y sin embargo conozco todo cuanto aparece en los Textos Sagrados, incluso aquello que nunca llegué a leer. En cuanto a las profecías… Siento temor por cuanto puedan significar.

—Escúchame, Darreth. Lo más importante de todo es que estás vivo, y si Athmer te ha traído de nuevo, es porque tiene un plan para ti. No temas, pues sin duda el dios de la Luz te ha elegido para llevar a cabo su plan, sea cual sea. Tus días como discípulo acabaron en Mynthos. Ahora levántate como Maestro, ungido por el propio dios de la Luz.

Darreth se levantó, lentamente.

—Las profecías hablaban de la llegada de los dragones y, tras ella…

—La del elegido, el siervo consagrado que traerá la plenitud a las enseñanzas de Athmer —Zen Varion inclinó la cabeza, seguro de las palabras que salían de sus labios—. Tú eres el elegido de Athmer.

—Pero yo solo soy su siervo… Uno más de cuantos le siguen.

—No conozco a ningún otro siervo de Athmer que haya regresado de la muerte.

Zen Varion devolvió la espada al denlor.

—Me pregunto cuánto tiempo hace que esta espada fue forjada, y qué hacía realmente en las tierras de Mynthos. Nunca antes había visto grabado estos signos en un arma. Si realmente perteneció a los primeros seguidores de Athmer, su valor es incalculable.

—Ahora más que nunca, necesito vuestra ayuda, Maestro.

—Sabes que siempre me tendrás a tu lado, Darr —Zen Varion vio una sombra de preocupación en el rostro de su discípulo—. Pero mucho me temo que, a nuestra llegada a Móstur, seremos los demás

miembros de la Orden los que necesitemos de tu ayuda. Pues hay demasiados interrogantes que aún necesitan respuesta, demasiados peligros que acechan, no solo desde el este, sino también en el interior de la ciudad. Y si de verdad tú has sido el elegido por Athmer, como así lo creo, tendremos que acogernos a ti.

—Pero ¿cómo? ¿Qué puedo hacer yo frente a todas esas adversidades?

—Eso es algo que tendrás que descubrir. Yo estaré contigo, y te ayudaré en lo que pueda —el zenlor se fijó en la cansada expresión de Darreth—. Ahora descansa, libera tu mente de toda preocupación, pues aún nos queda un largo camino hasta Móstur. Una vez que estemos allí, deberemos tener los ojos bien abiertos, pues el peligro será aún mayor.

CAPÍTULO 9: MÓSTUR

—Imagino que te estarás preguntando por qué te he hecho salir de la ciudad para luego entrar nuevamente por la Puerta de los Caballeros.

El Gran Maestro Therios obligaba a su montura a ir al paso, sin ninguna prisa por llegar. A su lado, Yar Bolfren contemplaba el cielo, repleto de amenazantes nubes que tal vez empezarían a hacer llover sobre la ciudad antes de que pudieran alcanzar su destino.

—En realidad, lo que me preguntaba es qué otros clérigos estarán con nosotros —contestó el caballero, temiendo conocer la respuesta.

—Lo sabes muy bien, Bolfren. Podría haber obligado a algunos zenlores a acompañarnos. Pero créeme, únicamente retrasarían la toma de las decisiones que se han de materializar esta misma noche. Los clérigos no quieren salir de la Morada, y al parecer los nobles tampoco tenían ganas de acudir a ningún lugar que represente la Orden. Ni siquiera han elegido el castillo, símbolo del máximo poder sobre la ciudad. Zen Grimward se encargó de recordarles quién era el único poseedor de tal poder. La verdad es que nunca me ha gustado ver nuestros símbolos fuera de la Morada, y el Presthe se encargó de que el color granate y el báculo de Athmer estuvieran bien visibles en la fachada y las torres del castillo.

—Entonces, ¿no va a venir ningún otro helvatio?

—Nuestra Orden tiene poco que decir en estos momentos. En los últimos tiempos hemos sembrado más discordia que en cualquier otro momento de nuestra existencia. Y aunque el número de clérigos y caballeros ha ido aumentando, no podemos basar la fe en el poder.

—Creo que en eso tenéis razón. La religión y el poder no deberían estar tan unidos como deseaba Grimward.

—Deben seguir caminos paralelos para así llegar al mismo punto… Caminos paralelos, pero no el mismo camino. En eso Grimward cometió un grave error. Hubieras preferido que nos acompañara alguien más, ¿verdad?

El silencio de Yar Bolfren delató sus pensamientos. Así era.

—Es mejor así, créeme. Y el hecho de haber salido de la ciudad para entrar nuevamente, por la Puerta de los Caballeros, tiene el único

fin de tratar de hacernos una idea de cómo han reaccionado los nobles a esta dictadura impuesta por el Presthe.

Alcanzaron la subida que, bordeando la muralla, conducía a una puerta que estaba más custodiada de lo habitual. El anochecer dejaba al descubierto las antorchas que, ancladas a lo largo del recorrido, iluminaban la senda empedrada. Entre las almenas, las llamas eran aún más resplandecientes y numerosas. Algunas de ellas dejaban al descubierto a sus portadores, soldados que recorrían el adarve vigilando cada movimiento que tenía lugar en el exterior de la ciudad.

—Fíjate bien, Bolfren. El adarve, la puerta y el mismo exterior de este extremo de Móstur. Los nobles han respondido a la falta de guardias propios de la ciudad con una mayor presencia de sus soldados y caballeros. Esa es una de las cosas a las que debemos dar respuesta esta noche: la Guardia Real es símbolo del poder de la ciudad, de la seguridad que han de sentir los habitantes.

—Sí, pero… Sin un rey que esté al mando de la Guardia, y de la propia ciudad…

—Exacto. Otro aspecto que, sin duda, habremos de tratar con los nobles. Y este es especialmente delicado. Los helvatios no podemos aspirar a la corona, pero las casas nobles verán la gran oportunidad de sentar en el trono a uno de sus miembros, y si no se ponen de acuerdo, la ciudad quedará aún más dividida.

—Deberían haber convocado la reunión en el castillo. Los símbolos de la Orden que quedaban en su interior ya han sido retirados. Ahora, es un lugar casi tan vacío como el que nos aguarda… ¿El palacio de Kivarth? ¿Qué sentido tiene ir allí para…?

—Tiene mucho más sentido del que crees, Bolfren. Es un palacio y, como tal, un símbolo del poder de Móstur.

—Sí, pero de un poder que terminó hace muchos años, tras la muerte del último de un linaje maldito.

—Un linaje desaparecido, sí. Lo que le convierte en un lugar neutral para los nobles. Créeme, peor hubiera sido reunirnos en el palacio de cualquiera de las casas que aún puedan aportar un candidato al trono.

Llegaron a la entrada a la ciudad. La Puerta de los Caballeros se veía vigilada desde el exterior. Los portones se abrieron para dejar paso a los helvatios. Al otro lado, ya dentro de la ciudad, los soldados y caballeros de los nobles se multiplicaban, congregados al resguardo que ofrecía la muralla en un anochecer gélido y oscuro.

—Tal y como imaginaba —el Gran Maestro habló en susurros—. No hay ninguna casa que no haya aportado soldados. En estos momentos, los nobles quieren mostrarse a los ojos de los ciudadanos

como los verdaderos protectores de la ciudad. Escucha bien lo que te digo, Bolfren: no me extrañaría que el asesinato de Zen Grimward hubiera sido ordenado por alguno de los que vamos a ver esta noche.

—Eso sería terrible…

—Móstur ha conocido tiempos muy oscuros. En ocasiones, hubo quienes no encontraron límites a sus deseos de poder. Creíamos que esa parte de la historia sombría de la ciudad habría quedado ya enterrada. Pero me temo que, por desgracia, no es así. Esta noche, mi principal objetivo es proteger a nuestra Orden, y para ello debemos establecer una gruesa línea entre nuestra fe y las leyes que han de regir la ciudad. En cuanto respecta a la corona, espero que los nobles actúen con la responsabilidad que deberían mostrar en un momento tan delicado como el actual… Por desgracia, creo que no va a ser así. Fíjate bien en lo primero que vamos a encontrarnos cuando lleguemos al palacio. No creo que veas a uno de los miembros de cualquier casa noble sin un arma que lo proteja. Las leyes se escriben con tinta, no con espadas.

—Zen Grimward escribió las leyes con sangre.

—Y por eso no está aquí, con nosotros. Espero que la muerte del Presthe haga recapacitar a muchos. Solo así llevaremos a buen fin las conversaciones que podamos tener hoy, y tal vez en días venideros.

—Gran Maestro —uno de los oficiales que custodiaban la Puerta de los Caballeros saludó cortésmente a Therios cuando los helvatios pasaron a su lado.

—Es un placer contemplar el número de soldados y caballeros que custodian nuestra ciudad en este extremo. Si el resto de las puertas de Móstur están la mitad de vigiladas, podemos descansar tranquilos.

—Es nuestro deber, Gran Maestro: proteger la ciudad.

—Así es. Y lo estáis haciendo muy bien.

—Lord Belson me ha pedido que, si lo deseáis, varios de sus hombres os custodien hasta el palacio de Kivarth.

—Agradezco el interés de lord Belson, pero no será necesario. De eso se está encargando Yar Bolfren.

—Está bien. En ese caso, que tengáis buena noche.

Los helvatios continuaron su camino. Una vez franqueada la entrada, el número de soldados dispersos por la ciudad era mucho menor.

—¿Te has fijado en el detalle, Bolfren? Lord Belson sabía que nos dirigiríamos al palacio desde este extremo de la ciudad, y además ha querido que nos diéramos cuenta. Ese hombre hace verdadero honor al águila de su emblema.

—¿Confiáis en él?

—Creo que cuando lleguemos al palacio no encontraremos alguien digno de confianza, estando vacío el trono de la ciudad. Lord Belson puede ser muy leal a la corona. Pero si no hay corona, tal vez su comportamiento sea muy distinto.

—Si no me equivoco, su hijo Bartheos es un aspirante a caballero helvatio…

—¿Por decisión propia o por obediencia a su padre?

—Me han informado de que el muchacho está haciendo buenos progresos y aprende rápido.

—Cualquier progreso que pudiera ir haciendo sería dar un paso gigantesco, dadas las circunstancias en las que vivía anteriormente, en el palacio de su padre.

—No sé si su padre tendrá algo que ver con su entrada en nuestra Orden, pero lo cierto es que Bartheos está siendo uno de los alumnos más aventajados no solo con la espada, sino también en lo que se refiere al estudio de nuestra historia, antiguas leyes…

—Y todo eso le deja fuera de la aspiración al trono, por lo que no estoy muy seguro de que lord Belson quiera permitir que siga instruyéndose. No obstante, si el muchacho muestra el entusiasmo que dices, pronto lo convertiremos en un Yar, antes de que su padre le haga ver otro camino.

—No creo que Bartheos quisiera convertirse en rey…

—Lo sé. Pero es como un matrimonio de conveniencia en el que el lugar del anillo lo ocuparía una corona. Espero que lord Belson opte por una opción más sabia y prudente que tratar de dejar el sombrío destino de Móstur en manos de un joven sin experiencia, ya sea su hijo o el de cualquiera de sus amigos.

La noche había caído completamente sobre la ciudad cuando terminaron de cruzar el barrio de los caballeros para alcanzar el palacio de Kivarth, cuya fachada permanecía iluminada por las tenues luces de las antorchas que portaban una decena de soldados agrupados junto a la entrada.

—Fíjate bien, Bolfren. El palacio de Kivarth es un lugar frío, torturado por el paso del tiempo y el abandono que este ha supuesto… Muy apropiado, dadas las circunstancias: una fortaleza sombría para deliberar acerca de un futuro más sombrío aún.

—¿Queréis que os espere aquí fuera?

—Por supuesto que no. No has venido hasta aquí únicamente para escoltarme. Si tienes algo que decir ante los nobles, adelante, no te reprimas. Y si ves que digo alguna locura… Bueno, procura que no me exceda demasiado.

—Espero que la idea de mantener la Orden al margen del poder os

evite cualquier exceso.

Apenas alcanzaron la puerta del palacio, cuando los guardias que lo custodiaban se dirigieron a ellos.

—Gran Maestro, Yar Bolfren —saludó cortésmente uno de los soldados—. Por favor, seguidme. Los nobles os aguardan en la antigua sala capitular, en lo que antes fue uno de los lugares privilegiados de los señores que antaño habitaran el palacio y, según me han dicho, el sitio en el que tomaban las decisiones más importantes.

—En ese caso —respondió el Gran Maestro, mientras él y Yar Bolfren seguían al guardia que les guiaba antorcha en mano— espero que nuestras decisiones sean más acertadas que las de aquellos señores. No me gustaría que Móstur terminara como estos muros. ¿Faltan muchos por venir?

—En realidad, creo que únicamente quedabais vosotros.

—Bien. Entonces empezaremos lo antes posible.

Las puertas de la sala capitular estaban abiertas. En su interior ya se encontraban, en torno a la alargada mesa ubicada en el centro, los principales representantes de las casas más importantes de la ciudad. No muy lejos de ellos, algunos de sus caballeros, escuderos y soldados sostenían estandartes y escudos con los emblemas de sus respectivas casas. La sala había quedado convertida en un mosaico en el que la viveza de los colores contrastaba con los rostros serios de cuantos allí permanecían congregados, aguardando a los últimos en llegar.

—De momento, deja que hable yo —susurró Therios un instante antes de atravesar el umbral de la sala—. Tal y como imaginé, aquí dentro hay demasiados pretendientes a la corona. Y cada uno de ellos ha traído un séquito que pueda respaldar su aspiración.

—En ese sentido —Yar Bolfren no pudo ocultar su sonrisa— me temo que llevamos todas las de perder.

—Incluso si te vendaran los ojos podrías vencer a cualquiera de estos señores, caballeros y lacayos. Solo están aquí para hacer lucir los emblemas de cada casa. Pero hay muy pocos cuya opinión nos pudiera resultar de utilidad. Hablarán los nobles, discutiremos, y tal vez podamos llegar a un principio de acuerdo respecto a qué hacer con nuestra querida ciudad.

Los helvatios se aproximaron a la mesa en la que ya se encontraban los nobles. Algunos hablaban entre ellos; otros, simplemente permanecían sentados en silencio, observando a cuantos se encontraban alrededor.

—Gran Maestro —dijo uno de ellos—. Pensábamos que no vendríais.

—¿Por qué no íbamos a acudir a tan importante cita? —respondió

Therios, conteniendo una severa contestación a las palabras de lord Vyrion Dronnar.

—Vuestra Orden es responsable del caos generado en la ciudad. Vuestro Presthe ha querido imponer la dictadura de Athmer sometiendo al pueblo a las leyes helvatias. No deberíais haber venido. El pueblo necesita prescindir de Athmer.

—¿Desde cuándo os importa el pueblo, lord Vyrion? —preguntó Therios, alzando la voz—. La casa Karter se ganó el respeto que impone su emblema de la espada y el hacha, luchando con valentía en la Guerra de la Liberación. Gracias al valor de sus caballeros y señores, y al apoyo recibido por parte de otras casas, Móstur se libró del yugo de los leryones. Entre esas casas no se encontraba precisamente la vuestra, lord. Pero supongo que la historia de Móstur no ocupa un lugar destacado en vuestras lecturas. Si queréis, un día continuamos hablando acerca del pasado de vuestra casa, pero mejor en privado. No quisiera avergonzar a ninguno de todos los acompañantes que os han seguido…

—Está bien, Gran Maestro —intervino lord Belson. El noble se puso en pie, hablando en tono conciliador—. No hemos venido aquí para hablar del pasado de nuestra ciudad. Es el futuro lo que realmente debería preocuparnos, el futuro más inmediato de Móstur. Es nuestra responsabilidad encontrar el modo más adecuado de encauzar el gobierno de la ciudad, si queremos restablecer la paz en el interior de nuestros muros.

—Estamos de acuerdo —habló lord Kevan, de la casa Karter—. Pero, si os parece bien, creo que con uno o dos consejeros por cada casa es suficiente para tratar el asunto con delicadeza. No es necesario que el resto de nuestros acompañantes estén aquí, si realmente no es necesaria su intervención.

Aquellas palabras generaron un creciente murmullo en todos los rincones del salón. Cuando lord Kevan paseó su mirada por los asistentes, encontró numerosos rostros de absoluta desaprobación a su propuesta. En cambio, el resto de los nobles pareció estar de acuerdo con el señor de la casa Karter, cuyo emblema de la espada y el hacha cruzadas, así como el tono grave de su voz, parecían otorgarle un mayor poder de convicción.

—¡Mis hijos y soldados tienen derecho a estar aquí! —Lord Vyrion parecía ser el único de los principales señores que no estaba de acuerdo con ver salir a sus familiares, vasallos y caballeros.

—Lord Vyrion —habló lord Belson, con voz calmada—, ser el señor que ha venido hasta aquí acompañado por un séquito mayor no os otorga más poder de decisión. Y si lo que teméis es que haya un

derramamiento de sangre en esta mesa, creo que Móstur ya se ha desangrado bastante. No tenéis nada que temer.

Por un instante, entre cuantos se encontraban en la amplia sala hubo más que palabras. Uno de los hijos de Vyrion se enzarzó con un caballero de la casa Belster. Los señores tuvieron que abandonar sus asientos para poner paz entre los suyos.

—Ahora me alegro aún más de no haber traído hasta aquí a ninguno de los nuestros —el Gran Maestro y Yar Bolfren fueron los únicos que, ajenos al tumulto, continuaron sentados a la mesa.

—Cada día odio más a la mayoría de estos nobles —contestó el caballero, observando atentamente los esfuerzos que algunos hombres hacían por sujetar a otros.

—Vamos a tener que poner un poco de orden.

Therios se levantó finalmente. Miró a uno y otro lado. Los intercambios de insultos y amenazas eran incesantes.

—¿Y vosotros os hacéis llamar nobles? —gritó, en un tono severo.

Por un instante, se hizo la calma, dando la oportunidad al Gran Maestro para continuar hablando.

—Escuchadme bien. Ya hemos tenido bastantes enfrentamientos en el interior de nuestras murallas. Los ejércitos de Leryon estarán probablemente abandonando su ciudad para venir a destruir la nuestra. Decidme: cuando lleguen aquí, ¿qué van a encontrar? ¿A un pueblo dividido, enfrentado? En ese caso bien podríais ir tratando de huir, porque si no permanecemos unidos ninguno de nosotros saldrá vivo de la ciudad. Lo más que podremos esperar es una muerte rápida en el campo de batalla, antes de que Kariosh ordene desollar a los que haga prisioneros.

—Está bien —respondió un caballero que portaba en el pecho de su chaqueta el toro sangriento de los Belster—. Por nuestra parte, estamos de acuerdo en lo que se ha dicho. Permaneceremos a las afueras del palacio.

Le siguieron los miembros de las otras casas que, tras la llegada de la calma, fueron abandonando la sala.

Therios regresó a su sitio.

—Parece que vamos a dejar de estar en inferioridad —susurró el Gran Maestro a Yar Bolfren.

Esperaron a que la sala capitular se fuera vaciando. Las puertas fueron cerradas y, por un instante, hubo un silencio que casi todos los señores congregados en la mesa agradecieron de forma especial tras el enfrentamiento.

Lord Belson se disponía a tomar la palabra, cuando las puertas se abrieron de nuevo, bruscamente, dejando entrar a alguien a quien casi

ninguno parecía esperar. Ni siquiera se le había reservado asiento junto a la mesa.

—*Lady* Alys… —dijo lord Nathan Starleth—. No esperábamos que acudierais…

—¿Os referís a que no creíais que fuera a venir? —contestó la dama—. ¿O es que no queríais que viniera?

—Seamos sinceros… —habló lord Belson—. Hace mucho tiempo que dejaron de preocuparos los asuntos de las casas nobles.

—Así es. Y me siguen sin preocupar. Pero esto no es un asunto de las casas de alta cuna. Es un asunto del pueblo. Móstur no es un pastel que podáis partir y repartir a vuestro antojo.

—Habláis con razón, mi señora…

—Ahorraos vuestras palabras, Therios. La casa Clarke lleva casi un milenio habitando en estas tierras. Tal vez seamos pocos en Móstur, pero tenemos tanto derecho como cada uno de vosotros a aportar nuestra opinión y consejo, por el bien y la prosperidad de la ciudad.

A pesar de la edad, *Lady* Alys imponía el mismo respeto que en sus años más prósperos al frente de la casa Clarke. Mantenía recogidos sus grisáceos cabellos, dejando ver un rostro curtido por el paso del tiempo, y una penetrante mirada que en ocasiones causaba auténtico pavor incluso en sus propios hijos y nietos. Los años, lejos de debilitar su carácter, lo habían tornado aún más enérgico pues, como ella misma decía a menudo, el rostro de la muerte ya le era familiar.

—Quiero pediros perdón, en nombre de cuantos nos encontramos aquí…

—Dejad de perder más tiempo con vana palabrería, lord Belson —la dama tomó un taburete y lo acercó hasta la mesa. En ese momento, se levantó Yar Bolfren.

—Mi señora, tomad mejor mi silla —el caballero se echó a un lado para que *Lady* Alys pudiera sentarse.

—Sois muy amable, caballero. Ya veo que en la Morada se enseñan más modales que en cualquiera de las demás fortalezas de Móstur.

—Bien —lord Belson tomó la palabra—, ahora que ya estamos todos, deberíamos empezar a hablar sobre el principal asunto que nos ha traído hasta aquí. Como todos sabemos, la situación de Móstur no ha hecho más que empeorar desde la triste y desafortunada decisión de ejecutar al Rey Dunthor.

—La reina debería haber permanecido en el trono —insinuó lord Oliver Marly—, al menos hasta que su primogénito tuviera edad para gobernar…

—La reina hizo bien en abandonar Móstur —sentenció Therios, mirando fijamente a lord Oliver.

—Dicen que fuisteis vos la última persona con quien estuvo antes de abandonar la ciudad —respondió el noble.

—Así es. Fui yo quien la ayudó a dejar Móstur. Tras la muerte de su esposo y lo acontecido con el Consejo… Era necesario ponerla a salvo, y eso requirió abandonar la ciudad para no volver. Lo único que quería Tarya era proteger a sus hijos, y dejar atrás este escenario de muerte y dolor.

—Sí, pero… Si por cualquier motivo regresara…

—Olvidaos de ella, lord Oliver. No volverá para reclamar el trono. Me encargué de que firmara su renuncia al mismo…

—Para así dejarlo en manos de vuestro dios, ¿no es cierto?

—¿Olvidáis que durante todo este tiempo he estado fuera de la ciudad? —Therios dio un golpe sobre la mesa, visiblemente enojado por las acusaciones de lord Oliver—. Sé que nuestra Orden no ha desempeñado un papel digno en los últimos tiempos. Zen Grimward tomó decisiones que no resultaron acertadas.

—Y aun así, aquí estáis, los helvatios… Para continuar decidiendo el futuro de nuestra ciudad…

—Aquí estamos, sí. Siempre estaremos para tratar de ayudar a la ciudad, aunque no siempre lo hagamos del mejor modo posible. En cambio, vos, ¿dónde estabais cuando los clérigos de mi orden fueron masacrados en nuestro propio templo? ¿Dónde estaba el emblema de vuestra casa cuando los miembros del Consejo fueron asesinados en la Plaza? Vuestro perro de ojos sangrientos se transformó en un cachorro que se esconde bajo una mesa cuando llega la tormenta. Y aun así, aquí estáis…

—No toleraré ningún insulto por vuestra parte…

—¡Dejadlo ya, lord Oliver! —intervino lord Belson, tratando de evitar que la discusión entre el señor de la casa Marly y los helvatios derivara en un enfrentamiento mayor.

—No estamos aquí para hablar del pasado, sino del presente más inmediato —habló lord Tyrsen. El señor de la casa Belster hacía honor al toro bordado en su chaqueta. Era un hombre corpulento, de ojos negros, grises cabellos y un temperamento fuerte pero controlado, según afirmaban quienes le servían. Lord Tyrsen reflejaba habitualmente un rostro amable y un carácter moderado, aunque llegado el momento de dar rienda suelta a su ira era como la más temible de las tormentas.

—Tenéis razón, señor —contestó Therios, en tono suave—. Los helvatios estamos aquí, en primer lugar, para reconocer el error cometido por nuestro Presthe y pedir perdón. Zen Grimward decidió depositar el poder de la ciudad en la Ley de Athmer. Se equivocó, sin

duda. Dicho esto, nuestra intención es, únicamente, ser testigos del nombramiento de un nuevo gobierno para la ciudad, un gobierno en el que no estará presente ninguno de los nuestros.

—Pero, durante años, la Orden Helvatia ha contado con algún representante en el Consejo que…

—Ya no, lord Tyrsen. Nuestra Orden ha perdido demasiados miembros en los últimos tiempos. Como Gran Maestro, mi principal deber es guiar a todos aquellos que han decidido abrazar nuestra fe. Una fe de vivos, no de muertos. El principal motivo que me ha impulsado a venir hoy aquí es el de salvaguardar mi Orden. Y para ello, considero imprescindible evitar nuestra intervención en el gobierno de la ciudad.

—En ese caso —habló lord Belson—, llegado el momento redactaremos el escrito oportuno para formalizar vuestra renuncia a formar parte de un Consejo de gobierno provisional, hasta que decidamos el nombramiento de un nuevo monarca.

—Pero entonces, dicho nombramiento será un proceso lento…

—No tenemos mucho tiempo —*Lady* Alys dirigió la mirada al señor que acababa de intervenir, lord Kevan—. La guerra se acerca desde el este. El rey Kariosh ha convocado sus ejércitos, han abandonado Leryon y se dirigen hacia nuestras tierras.

—De momento, solo tenemos rumores.

—No son rumores, lord Belson —insistió la señora—. El lobo de la casa Clarke aúlla mucho más allá de nuestras fronteras. Hoy mismo he recibido preocupantes noticias de cuanto está sucediendo en las tierras de Leryon. Creí que ese sería uno de los principales motivos por los que habíais decidido reuniros, sin contar conmigo.

—Sin duda, nos equivocamos al no convocar a quien más parece saber de los movimientos que tienen lugar en el este.

La señora asintió con gesto severo a la afirmación de lord Belson.

—Mis halcones también llegan muy lejos —habló nuevamente Therios—. Y puedo confirmar que lo que dice *Lady* Alys es cierto. No sé muy bien cuándo, pero Leryon ha empezado a movilizar sus ejércitos. Debemos actuar de forma inmediata, y para ello lo primero es nombrar un gobierno provisional capaz de tomar decisiones y, sobre todo, unir a todas las casas nobles, ciudadanos, miembros de la Orden Helvatia. La guerra se acerca.

—Deberíamos nombrar un nuevo monarca —dijo lord Vyrion.

—¿Es por eso, por lo que habías venido aquí acompañado de tan numeroso séquito? —inquirió lord Nathan Starleth—. ¿Para que fueran testigos de vuestra coronación?

—¿Mi coronación? —estalló el noble, levantándose.

—Sí, vuestra coronación —añadió lord Tyrsen, poniéndose de pie y enfrentándose al señor de la casa Dronnar—. Vuestros ancestros no escatimaron en viles crímenes contra las casas que se oponían a vuestros designios. Por fortuna, nunca alcanzaron la corona.

—El toro de vuestra casa está más manchado de sangre que cualquier otro emblema de toda la comarca. Vuestros ancestros no se caracterizaron precisamente por su lealtad. Así que…

Lord Vyrion no tuvo tiempo de continuar hablando. Llevado por la ira, lord Tyrsen lo sujetó con ambas manos por el cuello de su chaqueta y lo alzó como si de un crío se tratara. Para el señor de la casa Belster no fue muy difícil alzar al otro noble, más bajo que él y demasiado delgado.

—¡Basta! —Lord Belson se puso en pie al igual que el resto de cuantos se encontraban sentados a la mesa, a excepción de *Lady* Alys. Entre todos lograron separar a lord Tyrsen que, lejos de resistirse, levantó las manos en señal de desistimiento de un comportamiento tan impropio como inesperado.

—Mientras os seguís peleando como niños, Kariosh avanza hacia nuestras fronteras —*Lady* Alys permanecía impasible ante el espectáculo que se acababa de formar—. Por mi parte, he enviado mensajeros para buscar refuerzos entre los vasallos de los miembros de mi casa que viven en Osset. Mis hijos y nietos ya habrán recibido esas misivas. Esperan mi orden para enviar ayuda. Pero supongo que eso es menos importante que las disputas que podáis mantener ahora mismo entre vosotros por poneros un trozo de metal sobre la cabeza. Si no actuamos con prontitud, no habrá ciudad ni comarca que gobernar. La única corona que verán estas tierras será la del rey Kariosh.

Las palabras de *Lady* Alys dejaron un silencio reparador que hizo recapacitar a los otros señores.

—¿Qué aconsejáis, mi señora? —inquirió lord Kevan.

—En mi opinión, para gobernar la ciudad, primero hay que protegerla. Móstur necesita de alguien que conozca bien la forma de unir al pueblo, alguien que pueda tratar con los ciudadanos y los nobles, alguien cuya reputación sea intachable, independientemente de los actos cometidos por sus ascendientes. Lord Belson, vos habéis sido miembro del Consejo, conocéis el modo de gobernar la ciudad y los caballeros a vuestro cargo hablan maravillas de vos y vuestros conocimientos militares. No imagino mejor dirigente que vos en estos tiempos sombríos.

—Lord Belson… ¿rey de Móstur? —Lord Oliver frunció el ceño, al igual que lord Vyrion.

—Sé que para vos puede resultar decepcionante que no haya depositado mi confianza en vuestra casa, pero no me estoy refiriendo a la corona. Móstur no necesita en estos momentos un rey, sino un senescal, un guardián de la ciudad. Cuando la guerra termine, y esperemos salir vencedores, tendremos que decidir el modo más adecuado para el gobierno de la ciudad… o lo que quede de ella.

—Pero alguien debe sentarse en el trono —insistió lord Vyrion.

—Y lord Belson tendrá el consentimiento necesario para sentarse en el trono —añadió lord Tyrsen—, pero sin la corona. Lord Belson, contáis con el apoyo de la casa Belster. Apoyaremos vuestras decisiones al frente de nuestra ciudad y nuestros ejércitos.

—Podéis contar con los miembros de mi casa para restablecer el orden y guiarnos hacia la victoria —lord Kevan se puso en pie, y de forma solemne alzó su espada—. Senescal de Móstur.

—La casa Starleth confía plenamente en vos, lord Belson —lord Nathan imitó el gesto del otro señor, alzando la espada—. Mi senescal.

—Lord Vyrion, lord Oliver… —*Lady* Alys apremió a los otros dos señores, que permanecían sentados, con rostro dubitativo.

—De todos los miembros del Consejo —habló lord Oliver— siempre me parecisteis el más peligroso para los intereses de mi casa, pero también el más inteligente y comedido —se puso en pie y desenvainó su espada—. Si esa es la voluntad del resto de casas, que así sea. Pongo mi espada a vuestro servicio, mi senescal.

—No me quedan muchas opciones —lord Vyrion se dio por vencido—. Contad con el apoyo de mi casa, pero únicamente hasta que la guerra haya terminado. No rendiré pleitesía a la casa Lorioth más allá de lo necesario.

—Gran Maestro, ya solo queda por conocer la opinión de la Orden Helvatia al respecto —habló nuevamente la dama de la casa Clarke.

—Bueno, es evidente que no tengo una espada con la que mostraros mi apoyo, lord Belson. Pero coincido con *Lady* Alys en que, si hay alguien capaz de sacar adelante la ciudad, ese sois vos. Mirad —señaló al resto de señores—, ya sea porque los demás confían en vos, o mejor dicho porque no confían en las otras casas, habéis sido elegido sin ni siquiera tener que pronunciar una sola palabra. En cuanto a la Orden Helvatia, mi deseo era dejar a los míos al margen de cualquier decisión o poder político, por lo que he cumplido mi principal objetivo. He compartido muchos momentos con vos como miembro del anterior Consejo; hemos discutido en muchas ocasiones y en otras tantas hemos estado de acuerdo. Pero si hay algo de lo que no dudo es de vuestra lealtad a la ciudad, por encima de cualquier interés propio. Si es voluntad del resto de casas vuestro nombramiento como

senescal, contáis con mi bendición.

Lord Belson se puso lentamente en pie. Sintió las manos temblorosas, por lo que se aferró con fuerza a la mesa. Paseó la mirada por cuantos se encontraban a su alrededor, deseosos de escuchar sus palabras.

—En un momento tan decisivo en la historia de nuestra ciudad, no sé si soy la persona más adecuada para guiar a nuestro pueblo. Lo que sí puedo prometeros, desde hoy mismo, es mi absoluta lealtad a los verdaderos intereses de la ciudad, mi total dedicación a la protección de Móstur…

El discurso de lord Belson fue interrumpido de forma brusca al abrirse la puerta de la sala capitular. Todos quedaron expectantes al ver al recién llegado, un joven que vestía los hábitos de la Orden Helvatia.

Lord Kevan fue el primero en reaccionar.

—Muchacho, no puedes entrar aquí. Esta es una reunión…

—Gran Maestro —interrumpió el chico, alzando la mano en dirección a Therios—. Acaba de llegar uno de vuestros halcones con un mensaje urgente.

Therios tomó el pequeño papel y lo desenrolló. Su rostro palideció al leer el mensaje.

—¿Qué ocurre, Gran Maestro? —preguntó Yar Bolfren.

—El ejército de Kariosh… ha sitiado Skeldon.

CAPÍTULO 10: OCÉANO DE LOS ETERNOS

El capitán Dikkins se encontraba sentado frente a un escritorio en el que reposaban varios manuscritos, hojas repletas de mapas con nombres de islas, mares y ciudades. Su mirada se perdía en la frágil llama de una vela que, al igual que la luz del día, se encontraba en su ocaso.

«Sándor». El nombre del Rey Pirata llevaba tres días resonando en su interior, quitándole el sueño y atormentando su mente. Si creyera en algún dios, no habría dudado en rezarle durante todo el viaje con la esperanza de que fuera compasivo con él y su tripulación.

—Capitán… —la voz de uno de los vigías le hizo volver en sí, y temer el contenido del mensaje que estaba a punto de escuchar—. Isla Cuchillo ya se encuentra a la vista. Es la hora.

Dikkins respiró aliviado. El viaje estaba a punto de llegar a su fin, y todo parecía indicar que el regreso estaba asegurado. Se apresuró a dejar la sobria estancia que daba forma a sus aposentos. Alcanzó la proa y esbozó una breve sonrisa. El horizonte dejaba al descubierto las montañas rocosas con que la isla recibía a sus visitantes. En algún lugar situado entre aquellas gigantescas rocas y la costa, se escondía la Fortaleza Negra, una construcción que esperaba no contemplar en su vida. Su sola mención ya hacía que le temblaran las piernas, recordando las historias que se transmitían entre los marineros, leyendas que hablaban de sangre y muerte en el interior de oscuras mazmorras y pasillos subterráneos.

A pesar del temor que inspiraba Isla Cuchillo, su imagen en el horizonte resultaba espectacular. Un firmamento que se debatía entre el color rojizo de la tarde y el negro de la noche dejaba al descubierto, en la penumbra, el extremo más elevado de la isla, una gigantesca masa que, a ojos de Dikkins, se encontraba demasiado cerca.

—¡Apagad todas las luces! —insistió una y otra vez a cuantos se encontraban cerca de él—. No deberíamos habernos acercado tanto.

Dando continuas órdenes a los marineros, se cruzó con Taenara y Salwen que, junto al Maestro Guízar, ya habían sido llevados a las

cercanías del bote en el que deberían partir.

—Habéis cumplido con vuestra parte del trato, capitán —asintió la princesa, agradecida—. De ahora en adelante, iremos solos.

—Siento no poder acercarme más, mi señora. Pero me temo que incluso a esta distancia no estamos a salvo de ser alcanzados por los piratas. Os deseo la mayor de las suertes en vuestro viaje. Si algún día decidís regresar a Puertorrey, no olvidéis buscarme y contarme vuestra aventura en Isla Cuchillo. Será un placer saber que lograsteis salir con vida del infierno al que os dirigís.

—Sin duda, vos seréis la primera persona por la que preguntaré a mi regreso. Espero que para entonces podáis acogerme en vuestra casa, no en vuestro barco.

—Creo que esta embarcación está a punto de realizar su último viaje, al menos bajo mi mando. Buscaré una vida mejor, en tierra firme.

—Gracias por todo, Dikkins.

—A vos, Maestro Guízar. Que tengáis suerte…

—Mejor dicho, que Thariba esté de nuestro lado —el sacerdote nybnio besó un medallón que llevaba al cuello con la imagen de su dios.

—Nos vemos en Puertorrey.

—Que así sea.

Los marineros ayudaron a Taenara y Salwen a subir al bote. Una vez en su interior, el Maestro Guízar tomó los remos. Las aguas se encontraban en calma, mientras la oscuridad ganaba terreno a la luz del mortecino atardecer.

El bote se fue alejando sigilosamente de la embarcación capitaneada por Dikkins, que durante un tiempo permaneció inmóvil, como si el capitán quisiera asegurarse de que el bote llegaba a la isla sin ningún percance.

—Parece que hemos alcanzado nuestro destino en un buen momento —dijo Taenara, tras dirigir una última mirada al barco, que quedaba a sus espaldas.

—Dudo mucho que la mismísima noche logre protegernos de Sándor. Si la mitad de las cosas que se dicen de él son ciertas, la oscuridad no es rival para su extenso dominio, ya sea de la costa o de las aguas cercanas. Al menos, ellos estarán a salvo —dijo mientras contemplaba una vez más el barco que, con la silueta de un sol a punto de ahogarse, ya se había convertido en una sombra más. Por desgracia, no parecía la única que se encontraba en aquel paraje a punto de ser engullido por la noche.

—¿Qué es aquello? —por un momento, Guízar dejó los remos.

Salwen y la princesa se dieron la vuelta para contemplar algo que las dejó horrorizadas: dos sombras, a ambos lados del barco de Dikkins.

—Nos han visto venir —susurró Salwen.

Las sombras cobraron la forma de dos embarcaciones que, navegando a una velocidad superior a la del barco de Dikkins, la rodearon por ambos lados.

La luz del fuego quebró la penumbra. Las luces provenientes de ambas embarcaciones trazaban una línea curva hasta alcanzar el barco nybnio, dando paso a unas llamas que cobraron fuerza, al tiempo que el aire de la noche propagaba el eco de los gritos de la tripulación.

Guízar soltó los remos y, con un escalofrío recorriendo su cuerpo, contempló cómo la embarcación que habían dejado atrás momentos antes era engullida por el fuego y el agua.

—Maestro Guízar —Taenara habló con voz temblorosa—. Debemos alcanzar la costa lo antes posible si queremos escapar.

—Lo siento, princesa. Pero no vamos a lograr escapar. Sándor sabe que estamos aquí.

—Pues será mejor que nos demos prisa si al menos queremos ser presentados ante él en lugar de quemados.

Se encontraban cerca de la costa, una costa que se adentraba en la isla con una exagerada amplitud que dificultaría poder trazar un recorrido sin ser alcanzados.

Nada más llegar a tierra, contemplaron lo que la oscuridad de la noche les había ocultado. El fuego de varias antorchas dejó al descubierto el perímetro de una muralla que recorría de un extremo a otro las rocas más gigantescas de la costa. No fueron las únicas antorchas que se encendieron. Como si alguien hubiera dado una orden, varias luces fueron prendidas, en esta ocasión más cerca; luces que se dirigían hacia ellos. Resultaba imposible alcanzar un lugar de la costa capaz de protegerles frente a la amenaza que, como una serpiente de fuego, se cernía sobre ellos.

Exhausto por el esfuerzo, y abatido por el inútil resultado de su lucha con las aguas, el Maestro Guízar se dejó caer a la húmeda arena de la playa que había sido testigo de su llegada a la isla. Para aquel momento, las luces ya habían dejado al descubierto a quienes portaban las antorchas, y las primeras voces y risas se multiplicaron peligrosamente a su alrededor.

Taenara y Salwen también se detuvieron, y no pudieron hacer otra cosa que no fuera contemplar a quienes, como si hubieran sido avisados de su llegada, salían a su encuentro.

—Hedrick, sigo sin explicarme cómo, teniendo un solo ojo, eres

capaz de verlo todo, incluso en mitad del anochecer. Bien, qué tenemos aquí…

Taenara alzó la vista para ver a quién ya se encontraba a escasos pasos de ellos. Por detrás de ella, Salwen y Guízar permanecían sentados sobre la arena, incapaces de reaccionar.

—Un hombre acompañado por dos hermosas mujeres. Un tipo afortunado.

—Afortunado hasta ahora —aquellas palabras desataron la risa de la docena de piratas que rodearon a los recién llegados.

—Decidme, amigo. ¿Qué pensabais hacer en nuestra isla, acompañado de estas hermosas damas?

La falta de una respuesta rápida a su interrogante provocó en el pirata una airada reacción. Extrajo un cuchillo del interior de sus oscuros ropajes y con un movimiento rápido dio un paso hacia adelante y lo puso junto a la garganta de Guízar.

—Venimos de Puertorrey —Taenara habló a tiempo de evitar que el puñal atravesara la garganta del sacerdote nybnio—. Necesitamos ver a Sándor.

—¿Necesitáis? —sonrió el pirata, dejando al descubierto una desdentada mueca. Sus cabellos rojizos se agitaron levemente mientras hablaba a cuantos se encontraban con él—. ¿Habéis oído, muchachos? Estos nybnios necesitan ver a Sándor. Es lo más gracioso que he escuchado en semanas. ¿Lo necesitáis ver vivo, o muerto? Porque, a juzgar por los mercenarios que vuestro rey ha enviado en numerosas ocasiones, el pueblo nybnio únicamente necesita de Sándor una cosa: su cabeza.

—No hemos venido a matar a nadie…

—Vaya, ahora sí que me siento aliviado. Por un momento temí que quisierais hacernos daño —respondió el pirata, incapaz de contener una carcajada que contagió a todo el grupo.

Sentado sobre la arena, Guízar observó a cuantos le rodeaban, temiendo que en cualquier momento uno de los puñales que ocultaban cayera de forma irremisible sobre él. Todos ellos eran piratas, los sucios piratas de los que hablaban las más terribles historias que se contaban acerca de Isla Cuchillo y Sándor. Por un momento, Guízar cerró los ojos y trató de contener la amargura que recorría su interior. Pero no pudo evitarlo. Vomitó, como si la misma vida tratara de huir de él por su boca.

—Habéis tenido un mal viaje, aunque sin duda más afortunado que el de vuestros compañeros nybnios. Sándor os avisó: hundiríamos cualquier barco que pretendiera alcanzar nuestras costas. No le gustan los nybnios… Aunque, a decir verdad, unas nybnias como vosotras tal

vez le alegren la noche.

—Yo no soy nybnia —replicó Taenara. Para sorpresa de los piratas, su voz sonó firme.

—Mejor. Entonces tal vez veáis la luz de un nuevo día. En cuanto a ellos…

—Por favor —insistió Taenara, en tono conciliador—. Permitidnos ver a Sándor. Permitid que hable con él, y que luego decida si la propuesta que le traemos merece que los tres podamos contemplar el amanecer.

—Sois tan inteligente como hermosa… Sin duda, resultaréis del agrado de Sándor. En cambio, no creo que vuestro amigo le atraiga demasiado. Un sacerdote nybnio… ¿Acaso pretendíais construir aquí un templo a vuestro dios?

—Me llamo Guízar —habló el Maestro, lentamente.

—No te he preguntado tu nombre. Ni siquiera sé por qué aún sigues con vida. Deberías estar muerto, como tus amigos que os trajeron aquí. Pretendían escapar, pero el único sitio para un barco nybnio y sus ocupantes está en el fondo del mar. ¿Queréis ver a Sándor? Bien, os llevaré hasta él. Disfrutad de vuestro viaje a través de la Fortaleza Negra, pues seguramente sus muros serán lo último que contemplen vuestros ojos antes de que os encerremos en una oscura celda. Atadlos.

Ninguno de los tres opuso resistencia. Los piratas mostraron mayor delicadeza con Salwen y Taenara que con el sacerdote de Thariba. Como siervo del dios nybnio, no era bien recibido. De haber estado en presencia del Rey Pirata, Guízar hubiera intentado hablar, mostrar el manuscrito en el que se le concedía la libertad; una libertad de la que él sería privado. Los hombres que habían salido a su encuentro en la playa no entenderían aquello. Guízar sabía que, si les enseñaba aquella carta, la destruirían antes de que pudiera llegar a Sándor.

Taenara también enmudeció, dejando que ataran sus manos y la llevaran como si de un criminal se tratara. Por un momento temió que ni siquiera la presentaran ante Sándor. Pero aquellos piratas, a pesar de la rudeza de sus rostros, sus agresivas miradas y probablemente sus oscuras intenciones, reflejaban en sus palabras una absoluta lealtad al Rey Pirata. Fue el único pensamiento que a la princesa le resultó esperanzador. A su lado, Salwen caminaba resignada a un destino que, una vez más, parecía volverse en su contra.

La noche alcanzó la isla. A lo lejos, los restos del barco en llamas desaparecieron a medida que el mar los engullía, dejando una oscuridad que únicamente en las inmediaciones del muro era interrumpida por las luces de las antorchas que cobraban fuerza a

medida que se contemplaban más cercanas.

La visión de la Fortaleza Negra resultaba estremecedora. Tras la muralla que, por momentos, parecía confundirse con las gigantescas rocas de la isla, asomaba una de las negras torres que daban forma a una siniestra construcción. En el mismo centro del muro, un portón negro se abría lentamente, provocando un desagradable chirrido. La imagen de cuantos se encontraban frente a la entrada empequeñecía frente a lo que más bien parecía la morada de un gigante.

—Los nybnios construyeron este lugar para encerrar a aquellos que, a su entender, eran ladrones o criminales —habló Hedrick, el hombre de un solo ojo. A la luz de la antorcha que portaba, la visión de la cuenca vacía del ojo izquierdo resultaba especialmente aterradora—. Pero en realidad el rey nybnio encerró en este horrible lugar a muchos inocentes que, en el interior de las mazmorras, morían de inanición, consumidos lentamente.

Guízar no quiso mostrar su desacuerdo con aquella afirmación. No estaba en condiciones de enfrentarse a sus captores. En realidad, ni siquiera estaba seguro de poder contradecir al pirata, pues a menudo los gobernantes se dejan cegar por el poder, y quizá el rey nybnio no fuera una excepción. Los ojos del sacerdote se perdían en la altura del muro y, por encima de él, la desfigurada torre que constituía el punto más alto de la construcción, aunque no de la isla. Por detrás de la Fortaleza Negra, las montañas rocosas se alzaban altivas, como imponentes cuchillos que trataran de hendir el cielo en la oscuridad de la noche.

—Hedrick es nuestro explorador —en esta ocasión habló el hombre que lideraba el grupo—. Él ha sido quien nos ha alertado de vuestra llegada. Y de lo que ha sucedido a continuación ya me he encargado yo —sonrió, mirando a cuantos le rodeaban—. Mi nombre es Rodher… Sándor me rescató de las mazmorras de la fortaleza cuando ya había perdido la cuenta del tiempo que llevaba encerrado, encadenado a una puta pared. Desde aquel instante le ofrecí mis servicios, mi vida. Tal vez os estaréis preguntando por qué os cuento esto —dirigió la mirada a Guízar—, especialmente tú, nybnio. Me gustaría que supieras que, a pesar de las mentiras que tu rey haya difundido por toda nybnia, somos unos cuantos los que fuimos aquí encerrados siendo inocentes… Y aquí fue donde nos convertimos en criminales; una puta ironía que ha costado la vida a muchos de los que fueron rescatados por Sándor.

—¿Y qué sentido tiene convertirse en un criminal y acabar con la vida de quienes, al igual que vosotros, nunca resultaron culpables?

Rodher sonrió al escuchar la pregunta de Taenara.

—Otra jodida ironía de la vida, mi señora. No obstante, creo que aún no podéis juzgarnos, puesto que no conocéis las causas que nos han llevado a esta situación…

—He conocido las consecuencias —Taenara señaló con la mirada el mar que ahora quedaba a sus espaldas—. Creo que es más que suficiente como para poder juzgaros.

Por un instante, Rodher sintió curiosidad por conocer los motivos que habrían arrastrado a sus prisioneros hasta Isla Cuchillo. La expresión de Taenara distaba mucho del miedo que podía verse en los rostros de Salwen y Guízar, que parecían haber quedado petrificados desde el mismo instante de su captura. En cambio, los ojos de la princesa destellaban de un modo distinto, y sus palabras se escuchaban desprovistas de cualquier atisbo de preocupación.

—Os preguntaría quién sois… Pero voy a dejar que se lo expliquéis directamente a Sándor. Eso sí, no voy a privarme de escuchar cuanto tenéis que decirle. Siento verdadera curiosidad por conocer los motivos de vuestra llegada. Evidentemente, el resto de vuestra tripulación no estaba muy de acuerdo con alcanzar la costa. Desgraciadamente, se han acercado demasiado. En los puertos nybnios todos saben lo que ocurre con los barcos que se atreven a desafiar nuestra costa, y aun así, aquí estáis: un sacerdote nybnio y dos extranjeras, llegando a Isla Cuchillo en medio de la noche. No consigo imaginar qué ha podido pasar por vuestras cabezas para realizar semejante viaje, en estos tiempos de guerra… Pero no quiero adelantaros nada. Prefiero que sea el propio Sándor el que os dé las explicaciones oportunas. Por suerte para todos vosotros, es un hombre bastante más razonable que cuantos estamos aquí. Tal vez consigáis vivir un día más, o al menos alcanzar una muerte rápida. Sándor no es alguien que disfrute con el sufrimiento ajeno. En ocasiones es una lástima, porque muchos de los que hemos matado merecían una agonía mayor.

Atravesaron la entrada. Al otro lado, el resto de la construcción quedaba al descubierto, haciendo honor a su nombre. La roca negra daba vida a un paraje repleto de lo que parecían sobrias viviendas adosadas a una fachada principal, como si todo el conjunto hubiera sido esculpido en la propia montaña. Había también varios callejones que, como las galerías de un laberinto, torcían en diferentes direcciones, envueltos en la penumbra de las tenues y escasas luces que permitían la visión de la superficie que atravesaban.

Se encontraban frente a la gran torre cuando, en su extremo más alto, el hueco de una ventana quedó repentinamente iluminado.

—Creo que Sándor quiere veros —sonrió Rodher—. Será mejor que

no le hagamos esperar.

CAPÍTULO 11: CERCA DE SKELDON

—Majestad, el ejército de Reish acaba de llegar —anunció uno de los soldados tras su entrada a la tienda de Kariosh, que respondió con una sonrisa.

—Entonces —dijo *Sir* Arthur— únicamente faltan por venir los refuerzos procedentes de Kadar.

—¿Creéis que lord Bastian cumplirá su palabra?

—Por supuesto. Durante este tiempo he cuidado bien de su hijo William. Sería una pena que el noble no cumpliera con su parte del trato. Podríamos esperar un día o dos más antes de atacar Skeldon.

—No necesitamos a los hombres de lord Bastian para atacar esa maldita aldea.

—Lo sé, pero quizá si les damos la oportunidad de adentrarse en Skeldon, los ejércitos de Kadar se armen de moral de cara al asalto final de Móstur.

—Tal vez, pero es mejor no esperar demasiado.

—Mientras tanto, los soldados pueden continuar con los preparativos de las máquinas de asedio, escalas… Una vez atravesado Skeldon, el terreno se vuelve más propicio para un adecuado avance de hombres, caballos o máquinas.

—Lleváis razón, *Sir* Arthur —Kariosh esbozó una sonrisa—. No es bueno tener a nuestros soldados ociosos. Aún estamos lejos de Móstur, pero no estaría de más aprovechar estas tierras para ir aprovisionándonos de madera. Los árboles que rodean la aldea nos pueden resultar de gran utilidad. Las murallas de Móstur son altas y resistentes. La Puerta de los Caballeros será el principal punto de defensa. Si queremos abordar la capital con un numeroso ejército, debemos atacar por allí.

Kariosh parecía tener muy claro el plan que habrían de llevar a cabo para asaltar la ciudad.

—Tal vez haya otras posibilidades de ataques simultáneos por otro punto de la muralla —*Sir* Arthur estaba convencido de que resultaría difícil alcanzar el interior de la ciudad concentrando el ataque en un único extremo.

—Esos malditos ríos no nos dejan muchas opciones. Mi padre siempre alabó el enclave de la capital. Ojalá hubiera hablado tan bien de nuestras tropas. Habéis escuchado historias de los últimos reyes de Leryon, ¿verdad?

—Sí, majestad. Ya de niño nos contaban algunas anécdotas de los reyes…

—Y ninguna de ellas relacionadas con la reconquista de Móstur para el pueblo leryón. Hemos crecido en medio de generaciones conformistas, *Sir* Arthur. Gobernados por reyes incapaces de añorar la antigua gloria de nuestro pueblo, hemos perdido la memoria de lo que un día fuimos. Y mi abuelo, mi padre… no han sido más que monarcas que no se han atrevido a afrontar el desafío que supuso la sublevación de Móstur; una rebelión que, lejos de ser aplastada, fue consentida por muchos.

Sir Arthur miró atentamente a Kariosh, que parecía escupir sus palabras al hablar de su propio padre. El gesto del monarca se torcía en una expresión de odio y deseos de venganza.

—¿Cómo permitimos a esos mostures olvidarse de lo que Leryon siempre significó para todos cuantos habitaban sus malditas tierras? ¿Cómo pudimos llegar a conformarnos viendo cómo separaban su destino del nuestro? *Sir* Arthur, sé que nunca habéis mostrado gran devoción por Lorwurn, ni por ningún otro dios, y no os juzgo por ello. Sois libre para creer o no en los dioses. Pero lo que nunca os perdonaría es aborrecer a Lorwurn para abrazar a un dios liberador como el que adoran los helvatios.

—¿Athmer?

—Sí. Me pregunto cómo llegó nuestro pueblo a permitir semejante blasfemia. Los mostures ven en Athmer al dios de la luz, el que un día guio sus pasos para liberarlos del yugo de Leryon.

—El pueblo siempre tiende a verse sometido, ya sea por los gobernantes o los dioses.

—Los mostures persiguieron a los siervos de Lorwurn hasta hacerlos desaparecer de sus tierras; expulsaron a Lorwurn, a los nuestros… Y ningún monarca ha hecho nada por restituir a nuestro dios. Ninguno lo ha hecho… hasta ahora. Una de las primeras cosas que haré cuando termine la guerra es levantar una gigantesca estatua en honor de Lorwurn, allí donde los helvatios tienen su maldita Morada. Conocisteis bien a mi padre… ¿Alguna vez os habló de los días de la rebelión?

—No, majestad.

—Un pueblo que olvida tan fácilmente su pasado está condenado a su extinción. No permitiremos que eso ocurra. Cuando completemos

nuestro ejército, cuando marchemos contra Móstur, empezaremos a escribir un capítulo memorable en la historia de nuestro pueblo. Corregiremos los errores de los anteriores monarcas. Mi padre siempre fue visto como un hombre pacificador. Él y sus antecesores han sido el ejemplo de la ceguera en la que hemos vivido durante demasiados años. Tan pronto lleguen los que han de unirse a nosotros, dirigiréis el ataque contra Móstur, *Sir* Arthur.

—¿Y qué hay de Skeldon? —el caballero tenía serias dudas acerca de las pretensiones del monarca—. ¿Queréis que encabece la carga contra la aldea?

—No será necesario. Ni siquiera tendremos que enviar a nuestros mejores soldados, incluyendo a los que Taenara pueda conseguirnos.

—¿Creéis que vuestra hermana se unirá a nosotros en las inmediaciones de Móstur? —*Sir* Arthur no había podido dejar de pensar en Taenara durante las numerosas jornadas de viaje. Echaba de menos las conversaciones que había mantenido con ella en Leryon y, sobre todo, echaba en falta su sonrisa. A medida que el camino de la guerra le distanciaba de la princesa, *Sir* Arthur veía crecer en él la necesidad de volver a verla. Por un lado, deseaba que finalmente no se uniera al asalto de Móstur. No quería que pusiera en peligro su vida. Por otra parte, temía que la princesa hubiera decidido huir de Leryon y de la batalla.

—Taenara siempre ha sido demasiado… impredecible. Tal vez consiga ese ejército que me prometió… O quizá termine regresando a Leryon para tomar el mando sobre la ciudad. Sinceramente, no sabría deciros lo que finalmente creo que haya podido hacer.

—Aunque no acudiera a la batalla, tenemos un buen ejército para conquistar la ciudad.

—Más que conquistarla… preferiría verla reducida a escombros. Las fortalezas de sus casas nobles, los templos de su dios, el castillo del rey… me encargaré de que todas esas construcciones queden irreconocibles. Móstur volverá a pertenecer a nuestro reino, como así ha debido ser siempre.

—Tal vez se puedan aprovechar esas construcciones, darles un uso distinto una vez derrotado nuestro enemigo…

—Levantaremos nuestra nueva ciudad, *Sir* Arthur, sobre las ruinas de la antigua. Para que todos los pueblos y comarcas sean testigos del poder de Leryon —Kariosh se dirigió a la mesa en la que tenía un mapa que estaba empleando para trazar su plan de ataque sobre la capital. Junto al mapa, había una jarra de vino que el monarca iba vaciando sobre su copa y la de *Sir* Arthur—. ¿Por qué os gustaría brindar, *Sir* Arthur? —preguntó al tiempo que rellenaba la copa del

caballero.

—Por una rápida victoria sobre Móstur, majestad, y un feliz regreso a Leryon.

—En ocasiones, es mejor prolongar la batalla un poco más, aunque no os negaré que en el caso de Móstur preferiría acabar lo antes posible sometiendo a esos malditos siervos de Athmer. Pero no sucederá lo mismo con Skeldon.

—Pero, majestad, con la llegada de las tropas de Reish casi triplicamos el número de hombres en las proximidades de Skeldon. Por otro lado, se trata de una aldea que no opondrá resistencia.

—Pero eso no nos interesa. Queremos que opongan resistencia. Uno de mis exploradores afirma que los habitantes de Skeldon han recibido refuerzos. Esos aldeanos nos han visto acercarnos, pero lo que no saben es que por detrás de nosotros hay un ejército mucho mayor a punto de llegar.

—No importa cuánto se refuercen. Una vez que unamos nuestros ejércitos, conquistaremos esa aldea.

—Ese no es el plan que tengo previsto, *Sir* Arthur —Kariosh dio un largo sorbo a su copa.

—Entonces, ¿cuál es el plan?

—Los habitantes de Skeldon creen que tienen posibilidades de defender sus tierras. Están acumulando hombres en el interior de la aldea… reforzando sus defensas, especialmente su muralla. Mejor… Cuantos más mostures se encuentren en su interior, más víctimas —los ojos de Kariosh destellaban en medio de una expresión de odio cada vez que hablaba de sus enemigos.

—Pero ¿y si tratan de rendirse? Nuestro destino es la ciudad de Móstur, no necesitamos acabar con cada pueblo que encontremos a nuestro paso.

—La destrucción de Skeldon será un mensaje a nuestros enemigos. Descubrirán lo que les espera cuando nuestros ejércitos alcancen Móstur. No habrá rendición posible, *Sir* Arthur… Será una masacre —Kariosh perdió la mirada en el infinito, dibujando una siniestra sonrisa que incluso le hizo parecer otro. Así lo pensó *Sir* Arthur, que vio en el rey a un hombre mucho más ambicioso y obsesivo de lo que era su padre. Por un instante, el caballero temió que el monarca quisiera arrasar todo cuanto encontrara a su paso.

—Pero majestad, debéis dar una oportunidad al pueblo para renunciar a ese dios que durante tanto tiempo les ha sometido. Tanto en Móstur como en Skeldon encontraréis hombres dispuestos a inclinarse ante vos, o incluso a luchar contra los helvatios. Podríamos incrementar nuestros ejércitos…

—Nuestros ejércitos serán lo suficientemente numerosos —Kariosh respondió con una severa expresión—. No necesito buscar aliados en tierras enemigas o que los mostures se rindan ante mí. Tuvieron tiempo de hacerlo durante muchos años, tuvieron tiempo de renunciar a sus reyes, sus helvatios y su dios. Pero no lo han hecho. Todos ellos correrán la misma suerte, empezando por los habitantes de Skeldon. Si creen que pueden hacernos frente será el último error que cometan.

—Entonces, ¿no vais a ofrecerles la rendición?

—Por supuesto que no.

Antes de que *Sir* Arthur pudiera responder, apareció uno de los soldados.

—Majestad, se ha hecho cuanto ordenasteis.

—Perfecto —sonrió Kariosh—. *Sir* Arthur, acompañadme. Os explicaré por el camino el sencillo plan que he trazado para acabar con Skeldon. Como os decía, es un mensaje a los mostures. El humo de la aldea alcanzará pronto a la capital, las noticias acerca de lo acontecido con Skeldon llegarán raudas a Móstur, infundiendo un temor que precederá a un ataque como nunca antes se ha visto en las tierras que muy pronto serán nuestras de nuevo.

Cuando salieron de la tienda, *Sir* Arthur observó el movimiento de hombres que tenía lugar por todo el campamento.

—Majestad… —un escudero ya les había preparado sus monturas.

—Seguidme —el rey montó sobre su caballo—. Nos adelantaremos a todos estos soldados.

No tuvieron que ir demasiado lejos, pues habían asentado el campamento lo suficientemente cerca de Skeldon como para que pudieran ser observados desde la lejanía.

Cuando se aproximaron a las inmediaciones de la aldea, contemplaron el nutrido grupo de hombres que formaban en torno a ella, a una distancia de apenas un disparo con arco. En aquel momento, *Sir* Arthur se dio cuenta del plan que el rey había trazado para atacar Skeldon. Repartidos en filas, más de un millar de soldados se concentraban frente a la insignificante muralla de la aldea. Mientras se acercaban a las primeras filas, más soldados fueron alimentando el ejército con el que Kariosh tenía previsto rodear Skeldon.

—He reforzado la posición de nuestros hombres en las entradas a la aldea. Ya nadie puede salir de ella… Los tejados de esas miserables chozas arderán en cuestión de segundos. Destruiremos la aldea sin tener que enviar un solo hombre. Dudo que los skeldianos tengan tiempo de evitar la propagación del fuego. Pero si así fuera, y nuestro ataque no diera sus frutos, enviaré a quien haga falta con tal de que

no quede nadie con vida.

Kariosh permanecía atento a la precisión con la que sus soldados iban formando. Pronto esperarían una orden suya para atacar la aldea. Demoraría dicha orden, saboreando de antemano lo que pronto sería una aplastante victoria, el preludio de una guerra que había estado deseando ardientemente desde que su padre le cediera la corona.

La tarde caía sobre Skeldon. Era un atardecer rojizo, presagio de las llamas que estaban por llegar. El silencio entre los soldados contrastaba con las incesantes voces procedentes del interior de la aldea. Algunos de los primeros insensatos que habían tratado de escapar yacían sin vida en las cercanías del muro. Los soldados habían apilado varios cuerpos junto a las puertas de la aldea, para que todos en su interior fueran conscientes de lo que les esperaba si trataban de huir. Únicamente se había permitido seguir con vida a dos de aquellos aldeanos que se habían apresurado a buscar una salida. Kariosh señaló el punto en el que varios soldados retenían a los prisioneros que, maniatados, serían obligados a contemplar el terrible desenlace para los suyos.

—La capital tendrá noticias de lo sucedido hoy aquí. Así dará comienzo nuestra gloriosa batalla contra Móstur. El dios de la luz será expulsado de nuestras tierras, y cuando hayamos acabado con el último helvatio, el tiempo se encargará de hacer desaparecer toda memoria de Athmer, y de aquellos que un día le sirvieron.

—¿Vamos a atacar ya? —inquirió *Sir* Arthur. Los soldados ya estaban convenientemente dispuestos para iniciar la contienda.

—La noche no tardará en caer. Será un buen momento para contemplar la lluvia de fuego que arrojaremos sobre Skeldon. Las llamas iluminarán nuestros primeros pasos hacia la victoria. ¡Preparad las antorchas!

Tras la orden de Kariosh, un nutrido grupo de hombres se repartió por las primeras filas, portando las antorchas que no tardarían en ser prendidas. *Sir* Arthur se fijó en los pequeños montones de ramas secas y leña que, dispersos por delante de las primeras filas, muy pronto serían encendidos, convirtiéndose en pequeñas hogueras que rodearían la aldea al igual que los arqueros situados tras ellas.

En aquel momento aparecieron los soldados llegados de Reish, que se fueron agrupando tras las primeras filas. Kariosh les había hecho ir a la batalla, pero con el único fin de que fueran privilegiados testigos de su primera muestra de poder en territorio mostur.

Kariosh miró a su alrededor, orgulloso del nutrido ejército que se había congregado en las inmediaciones de Skeldon. Desde allí partirían todos juntos hasta las puertas de Móstur, donde se

encontrarían con las tropas procedentes de Kadar, los últimos soldados venidos de Leryon para unirse a la batalla. La destrucción de Skeldon no sería sino un anticipo del terrible enfrentamiento que tendría lugar en la Puerta de los Caballeros, lugar que Kariosh había identificado como el punto más accesible a la ciudad.

—Prended las hogueras —ordenó el monarca a aquellos que se encontraban más cerca.

Las pequeñas fogatas comenzaron a iluminar el perímetro trazado por los hombres de Kariosh, dejando al descubierto las filas de soldados. El atardecer ya se encontraba a punto de morir, dando paso a una penumbra que por momentos crecía tras las llamas de las hogueras.

En el interior de la aldea, los gritos se multiplicaban. Se escuchaban los incesantes movimientos de cuantos empezaban a comprender la magnitud del ataque que se les echaba encima. Cuando todas las hogueras fueron prendidas, el ejército de Leryon quedó al descubierto. Su visión sembró el pánico entre los aldeanos. En uno de los extremos, el silbido de las flechas quebró la calma que se respiraba entre las filas de soldados leryones. Un nuevo grupo de aldeanos que trataba de escapar fue abatido cuando apenas habían abandonado una de las puertas de la aldea, que muy pronto fueron selladas y reforzadas desde el interior.

—¡Prended las antorchas! —ordenó Kariosh. Había llegado el momento de atacar la aldea. Las luces se propagaron a lo largo del perímetro que formaba la primera línea de combate, donde los arqueros emplearon el fuego de las hogueras y las antorchas dispersas por el suelo para prender sus flechas.

—¡Disparad!

La primera lluvia de flechas tuvo como principal destino el extremo de la aldea más propenso a facilitar la propagación de las llamas, allí donde los árboles y las frágiles viviendas no resistirían la avalancha de fuego que se cernía sobre Skeldon. Las flechas surcaron el cielo como una poderosa ola incendiaria. Muy pronto las llamas crecieron en el interior. El humo se elevó desde diversos puntos y los gritos de hombres, mujeres y niños se multiplicaron por toda la aldea.

—¡Disparad! —ordenó el monarca en sucesivas ocasiones, hasta ver cómo las llamas que en un principio se adivinaban por las columnas de humo se transformaron en gigantescas lenguas de fuego que incluso en ocasiones llegaban a asomar por encima del muro.

A medida que fue transcurriendo el tiempo, los gritos de pánico se tornaron en voces de lamentos y dolor de aquellos que sucumbían a las llamas. En el exterior, los ejércitos de Kariosh permanecieron

impasibles.

El monarca alzó la mano y los arqueros dejaron de disparar. Frente a todos ellos, Skeldon se consumía bajo un fuego creciente que propagaba la muerte por cada rincón de la aldea.

La siguiente orden de Kariosh fue hacer que le llevaran a los dos prisioneros, dos jóvenes aldeanos obligados a ser testigos de la muerte de sus familias y la destrucción de su pueblo.

—Id a Móstur y relatad cuanto habéis visto. Presentaos a los gobernantes de la ciudad, a esos malditos helvatios, y decidles que muy pronto su ciudad será destruida. Al igual que Skeldon, no quedará de ella una sola construcción reconocible. Marchaos ya, antes de que me arrepienta de haberos permitido salir con vida de aquí.

Los jóvenes obedecieron y, tomando los caballos que les fueron ofrecidos, no dudaron en dejar atrás aquella escena de muerte y dolor.

—Espero que lleguen pronto a la ciudad y transmitan mi mensaje.

Sir Arthur contempló el rostro del monarca que, al reflejo de las llamas, dejaba al descubierto el semblante propio de alguien que pareciera haber enloquecido. El caballero, lejos de aprobar el cruel plan del monarca para someter a sus enemigos, era partidario de optar por otras vías menos crueles. Para *Sir* Arthur, las guerras se podían ganar con un bajo número de muertes si tenían lugar las oportunas conversaciones y alianzas. La rendición era posible por otras vías que no fueran la propia muerte. Parecía claro que el rey no aceptaba esas otras alternativas, tal y como había dado a entender con la masacre perpetrada en Skeldon.

Kariosh había dado la orden de evitar que el fuego se propagara más allá de los límites de la aldea. *Sir* Arthur pudo comprobarlo al contemplar los árboles y matorrales que habían sido arrancados en algunas partes del perímetro, así como los carromatos cargados de agua que fueron arrastrados durante la noche hasta aquellos lugares en los que pudieran extenderse las llamas. La intención del monarca era que sus soldados se adentraran entre los restos de Skeldon una vez que las llamas se fueran debilitando entre las cenizas, y acabar con cualquier rastro de vida que pudiera encontrar en el interior.

Las últimas horas de la noche transcurrieron lentamente. Frente a los continuos cambios de guardia entre los soldados encargados de hacer cumplir las órdenes de Kariosh, *Sir* Arthur se retiró del escenario desde el que había presenciado el ataque, para tratar de conciliar el sueño. Recostado junto a una roca, el caballero trataba de dormir, pero cuando se le cerraban los ojos, los gritos escuchados durante el ataque a la aldea martilleaban su mente para hacerle regresar a la siniestra realidad que el monarca de Leryon estaba trazando en las

tierras mostures. En ningún momento había pensado que cualquier monarca de Leryon pudiera hacer algo así.

«Me equivoqué al creer en él», pensó amargamente.

Con el ocaso de la oscuridad, las llamas de la aldea quedaron reducidas a pequeños fuegos que, repartidos en su interior, iban muriendo a medida que no encontraban alimento entre las cenizas. Las luces del alba pronto dejarían al descubierto los restos de la masacre.

CAPÍTULO 12: ISLA CUCHILLO

Rodher empujó las dos hojas de la puerta, que chirriaron al abrirse. Por detrás de él, los prisioneros caminaban escoltados por varios piratas que parecían ansiosos por contemplar la reacción de Sándor ante el regalo que estaban a punto de entregarle.

Mientras caminaba con paso lento, Taenara miraba a uno y otro lado. La estancia en la que se encontraban era gélida, de paredes de roca gris y dos filas de columnas del mismo color oscuro. A medida que se acercaban al otro extremo, la negrura inicial iba dando paso a una pálida visión de lo que allí se encontraba. Sentado en un trono de madera, un hombre permanecía con el rostro oculto tras su mano derecha, cuyos dedos masajeaban suavemente su frente, en actitud pensativa. Ni siquiera levantó la mirada al escuchar los pasos de cuantos se acercaban a él.

—Parece que, una vez más, Hedrick llevaba razón —tenía una voz ronca cuyo eco resonó en las paredes de aquella estancia vacía y lúgubre, tenuemente iluminada por unas luces que únicamente dejaban al descubierto la figura humana recostada sobre el trono, como si llevara allí una eternidad esperándoles.

—Sabía que los nybnios tratarían de llegar hasta nosotros —contestó el tuerto, orgulloso de haber adivinado la llegada del barco cuyos restos ya habrían sido engullidos por el mar.

—Te traemos un regalo, Sándor —añadió Rodher—. En realidad, son tres, aunque me temo que uno de ellos no te va a gustar demasiado.

—Así que eran nybnios —Sándor se puso en pie, y dejando atrás su sobrio asiento más bien impropio de un rey, se acercó a los prisioneros. Pronto la seriedad de su rostro tornó en una leve sonrisa, al contemplar las hermosas prisioneras. Pero no tardó en recuperar su expresión anterior al ver al nybnio.

—¿Qué hace un sacerdote nybnio tan lejos de su templo? —miró fijamente a Guízar—. Tu dios no habita aquí, y tu pueblo no es bien recibido en estas tierras a las que tu rey condenó a tantos inocentes. ¿Qué deberíamos hacer con él? —Sándor miró a su alrededor.

—Ahorcarlo —respondió uno de los piratas.

—Deberíamos atarlo a las piedras del acantilado, y que el agua se lo lleve.

—Cortarle el cuello y arrojarlo al mar.

Los piratas continuaban dando sugerencias al Rey Pirata, y en ninguna de ellas el maestro Guízar conservaba la vida. Sándor se limitó a escuchar y asentir a algunas de las más imaginativas propuestas que le eran sugeridas, hasta que finalmente levantó la mano y se hizo el silencio.

—Si pudieras elegir, sacerdote, ¿cuál de todas estas sentencias preferirías? Personalmente, no me disgusta la idea de atarte y ver cómo el mar te devora, pero en esta ocasión seré generoso, y te permitiré elegir el modo de morir. ¿Qué prefieres? La horca, la espada, una flecha en el corazón… En cualquier caso, sufrirías menos de lo que tu rey ha hecho sufrir a los míos, ¿no crees? ¿O tal vez preferirías pudrirte en una mazmorra, morir lentamente?

Guízar no pronunció palabra alguna. En su interior, maldijo el día en que había decidido acompañar a Taenara y Salwen en su viaje hacia la muerte. Respiró profundamente, y habló con voz quebrada.

—Vengo a ofreceros el perdón del rey.

Los piratas estallaron en carcajadas. Sándor dejó escapar una sonrisa y se acercó aún más a su prisionero.

—Mírate, sacerdote. Me temo que eres tú, y no yo, quien en estos momentos se encuentra necesitado de misericordia. Aun así, siento curiosidad por saber cómo puede tu rey ofrecerme su perdón. Quizá deberíamos ser nosotros los que tuviéramos que ofrecer el perdón al rey y a cuantos le sirven. ¿Tú le sirves?

—Yo sirvo a Thariba.

—Y en cambio, él te ha traído aquí, a morir.

—No es Thariba quien le ha traído, sino yo —habló Taenara, llamando la atención del Rey Pirata.

—Te conozco —Sándor dibujó una expresión de asombro—. Tú eres la hija de Targosh.

—Tenéis buena memoria —respondió la princesa—. Únicamente me habéis visto una vez.

—Nunca olvido un hermoso rostro, alteza —Sándor hizo una leve reverencia—. Desatadla, es la princesa de Leryon.

Los piratas obedecieron inmediatamente. Sándor se mesaba sus grisáceas barbas mientras paseaba la mirada por sus prisioneros.

—En cambio a ella no la conozco.

—Se llama Salwen. Es mi consejera.

—En ese caso, desatadla también. No es nuestra enemiga, al menos

por el momento. Pero decidme, princesa, ¿qué asuntos os traen tan lejos de vuestra ciudad? Los nybnios no son más que un pueblo de comerciantes en quienes no se puede confiar, y a decir verdad tampoco deberíais confiar en nadie de esta isla. Una princesa leryona y un sacerdote nybnio… Extraña alianza.

—Antes de nada, os pediría que le desatarais a él también —Taenara señaló al sacerdote—. Yo soy la responsable de que se encuentre aquí.

—En ese caso, su muerte será culpa vuestra…

—Solo somos tres, y ni siquiera tenemos armas —Taenara miró fijamente al Rey Pirata, que una vez más no pudo apartar la vista de aquel hermoso rostro que parecía suplicarle clemencia.

—Está bien. Esta noche os trataré como a mis invitados, y no como mis prisioneros. Os sugiero que aprovechéis para darme una buena razón por la que no mataros, porque os aseguro que una vez llegada la luz del día ya no seré tan benevolente. Ya hemos entregado al mar bastante muerte por hoy. Soltad también a este.

—Gracias… —respondió Guízar, casi en un susurro.

A un gesto de Sándor, uno de los piratas desató las manos del nybnio.

—Rodher, quédate. Los demás, podéis iros. Ayudad a vuestros compañeros a cumplir el cometido que les ha sido asignado.

Los piratas se separaron de los tres prisioneros y se dieron media vuelta, dejando a Rodher y Sándor a solas con los invitados.

—¿Sabes qué uso le daba tu rey a este gran salón, sacerdote? —el pirata extendió las manos, perdiendo su mirada en el techo de una estancia cuya altura era extraordinaria. El eco de su voz resonaba de forma majestuosa, perdiéndose por las sombrías paredes que daban al lugar un aspecto de considerable abandono.

—Esta era la sala de los juicios o, mejor dicho, de las sentencias. Los guardianes de la Fortaleza Negra, amparados por el rey nybnio, reunían aquí a los condenados, ya se tratara de los nuevos prisioneros o de aquellos que llevaban algún tiempo en las mazmorras cuando estas estaban demasiado llenas. No estoy diciendo que tu querido rey Kósser sea el responsable directo de todos estos crímenes, pero ha permitido que esta Fortaleza haya terminado convirtiéndose en el lugar de tormento en el que muchos han sufrido una injusta condena. Y eso, le convierte en un culpable más.

—¿Y qué hay de vuestros crímenes, Sándor? —preguntó Taenara —. Acabáis de asesinar a quienes nos han traído hasta aquí, hombres tan inocentes como pudieran ser muchos de los condenados en este lugar.

Sándor sonrió, al tiempo que la puerta se abría.

—Qué oportuna, hija de Targosh. Observad mi crueldad.

El Rey Pirata señaló a los recién llegados a la sala. Los primeros que entraron fueron algunos de sus hombres, pero detrás de ellos caminaban otros a los que los prisioneros pudieron reconocer enseguida. El primero de ellos era Dikkins. Al igual que sus compañeros, caminaba atado de pies y manos.

—Pero vimos cómo el barco…

—Sí, hundimos el barco, cumpliendo la promesa que en su momento hice llegar al rey nybnio. Le advertí de que cualquier embarcación que se acercara a Isla Cuchillo terminaría en el fondo del mar.

—Aun así, habéis matado a muchos comerciantes nybnios —habló Guízar—, y a otros muchos marineros.

—No os dejéis engañar por las mentiras que os han contado acerca de mí. Únicamente he matado a aquellos que han insistido en enfrentarse a mí, o a mis hombres. De hecho, en Isla Cuchillo vive más gente de la que imagináis. ¿Acaso creéis que todos cuantos viven aquí son esos que tu rey considera mis amigos malhechores? No, sacerdote. Ni tengo tantos amigos, ni ellos son la mitad de malvados de lo que es su rey. Y digo su rey, porque muchos de los que habitan aquí, bajo mi protección, son nybnios, marineros a los que supuestamente he asesinado. Siempre he sido un contrabandista, no un asesino. En ocasiones he atacado barcos de comerciantes, lo reconozco. Pero he perdonado la vida a todos aquellos que han suplicado por ella, y mis hombres también lo han hecho así. Esa es la gran diferencia entre mis amigos y los amigos de vuestro rey.

—Por lo que he oído, sois el hombre más peligroso de toda Nybnia —dijo Taenara. La princesa fijó su mirada en la tripulación de Dikkins. Ninguno de ellos presentaba considerables heridas.

—Sí, es cierto. También dicen de mí que nunca hago prisioneros. Y ahora ya sabéis por qué. Mato a quienes intentan matarme y acojo a los que no lo hacen. La mayoría de los marineros con los que me he cruzado son pobres hombres que añoran una vida mejor que la que el mar puede ofrecerles, pero no tienen el dinero necesario. Yo les ofrezco esa vida mejor, en ocasiones lejos del peligro de las aguas. Me llaman pirata, pero soy mucho más que eso. Tengo aliados en esta isla, pero mi influencia se extiende a otros lugares más tranquilos en los que el comercio me permite satisfacer las necesidades de mis nuevas amistades.

Sándor se acercó a los nuevos prisioneros y a continuación dio órdenes a sus hombres.

—Llevadlos al comedor.

Se hizo el silencio, y en poco tiempo las puertas fueron cerradas, dejando de nuevo a Sándor y Rodher a solas con sus invitados, que parecían cada vez más confusos con todo cuanto estaba sucediendo.

—¿Qué vais a hacer con ellos? —preguntó Guízar.

—Los llevan al comedor. Esto ya no es la prisión de Kósser, querido amigo. Aquí, en el comedor… se come. Tras su captura, vuestros amigos han sido amenazados con ser ejecutados si trataban de escapar o se atrevían a levantar la voz. No me gusta que mis invitados traten de marcharse antes de tiempo. Una vez que lleguen al comedor, serán desatados y se les ofrecerá una cena adecuada. Pasarán aquí la noche y mañana trataré de convencerles para que entren a mi servicio.

—¿Y si no lo hacen? —dejó escapar Salwen.

—Por los siete océanos —sonrió Sándor, al escuchar las primeras palabras de la consejera de Taenara—, pensaba que os habían cortado la lengua o erais muda. Si no lo hacen, les ofreceré la posibilidad de regresar.

—Y creedme —añadió Rodher—. Muy pocos lo harán.

—Incluso es posible que alguno solicite volver aquí, con su familia, para asentarse en un lugar en el que pueda servir de algún modo a nuestros intereses económicos.

Sándor no pudo evitar dejar escapar una sonrisa al ver las caras de incredulidad de sus invitados.

—Ya sé que en Nybnia se cuentan cosas horribles de mí. Pero todo cuanto se ha dicho es deliciosamente falso. Y espero que las leyendas acerca de mi crueldad se sigan multiplicando. Tengo una reputación que mantener, si quiero evitar que el rey nybnio vuelva a convertir esta fortaleza en lugar de tortura y muerte. Aquí únicamente hemos acabado con la vida de otros hombres que no eran precisamente marineros.

—¿Qué eran? —inquirió la princesa.

—Piratas… Auténticos piratas, podría decirse: hombres crueles que surcan los mares abordando barcos y asesinando a su tripulación, saqueadores que gozan más con la sangre derramada que con el botín obtenido. Por desgracia, su número es cada vez mayor. Os hablo de la Hermandad del Kraken o, mejor dicho, de Owen el Loco.

—¿Owen? —Guízar fijó la mirada en el Rey Pirata, incrédulo—, ¿os referís a…?

—Exacto, sacerdote. El hijo bastardo de tu rey. Se dijo que al ser desterrado por Kósser, su hijo perdió la vida en un naufragio. Pero no fue así. No sé cómo lo hizo, pero tras haber sobrevivido se ganó la

confianza de los piratas más crueles que os podáis imaginar. Negoció con algunos, mató a otros… y ya veis, recientemente se ha convertido en el líder de una hermandad de asesinos que amenaza las tierras nybnias del sur. Pero supongo que Kósser no imagina la amenaza que se cierne sobre los suyos, y por eso aún me considera su principal enemigo. Por cierto, ahora que estamos solos, dijiste que venías a ofrecerme el perdón de tu rey… ¿Cómo puedo creerte?

Guízar tenía una pequeña bolsa de piel. Desató el nudo del cordón que la mantenía cerrada y lentamente, extrajo el pergamino que contenía en su interior. Lo desenrolló cuidadosamente, como si temiera que sus letras pudieran borrarse. Guízar se aproximó a él y tomó la carta. Con el ceño fruncido, leyó su contenido sin mover los labios.

—¿Qué dice la carta? —preguntó Rodher.

—Nunca se me había ofrecido el perdón a tantos crímenes que no he cometido —Sándor esbozó una sonrisa—. El rey olvidará todos mis supuestos crímenes si prometo no regresar nunca más a Nybnia. La verdad es que no me queda muy claro si su deseo es que me quede para siempre en esta isla o huya lejos de aquí, a miles de kilómetros de las costas nybnias. ¿Qué creéis que debería hacer? —preguntó a Taenara.

—Es una decisión que debéis tomar vos.

—¿Acaso no habéis venido con el sacerdote para convencerme de obedecer a su rey y así obtener el perdón prometido?

—No creo que penséis eso de mí.

—Por supuesto que no. Lo cierto es que espero de vos alguna otra opción más imaginativa y, por supuesto, menos aburrida que la que me ofrece Kósser. Huir, dejar atrás Nybnia… Si al menos me hubiera prometido tierras, o un castillo en algún lugar tranquilo, aunque fuera una fortaleza la mitad de grande que esta.

—El rey os ofrece el perdón, ¿acaso no es suficiente permitiros conservar la vida?

Sándor fijó la mirada en Guízar, negando con la cabeza.

—¿Conservar la vida? No quiero esa vida que me ofrece vuestro rey… lejos de aquí. Su promesa de acabar conmigo da cierta emoción a cada nuevo día. Permitid que esté en desacuerdo con el generoso ofrecimiento de vuestro monarca, sacerdote. Pero me temo que, si eso es todo lo que Kósser me puede ofrecer…

—Yo tengo una oferta mejor para vos —dijo Taenara.

—Y estáis tardando en contármela. Desde que os vi, supe que la hija de Targosh tendría algo más importante que ofrecerme. Pero antes de que empecéis a hablar, será mejor que nos sentemos a la

mesa para tomar algo. Ni siquiera os he ofrecido una copa de vino, ahora que definitivamente he de consideraros como mis invitados. Estoy convencido de que lo que vais a proponerme resulta demasiado interesante como para que me lo expliquéis en esta sala tan lúgubre y fría. Mis amigos han preparado un extraordinario guiso que seguramente vuestros compañeros de viaje ya estarán disfrutando. Espero que me disculpéis si no nos vemos aún con ellos, pero prefiero seguir hablando con una mayor intimidad.

Sin esperar a obtener una respuesta, Sándor se giró en dirección a las puertas del salón.

CAPÍTULO 13: PASO DE LOS COLMILLOS

—Por fin —Zen Varion esbozó una sonrisa al contemplar la fachada de la posada—, un lugar en el que poder comer algo y pasar la noche.

Tras numerosas jornadas de viaje, el atardecer les trajo la visión de una pequeña construcción que parecía esconderse del camino. La posada era más bien pequeña, de un solo piso y, a juzgar por su extensión, no tendría más de cuatro o cinco habitaciones. Su aspecto era el de una sobria vivienda a la que hubieran añadido un par de estancias y muros anexos.

—¿Creéis que habrá sitio para nosotros? —preguntó Darr, no muy convencido de que allí pudieran encontrar un lugar de descanso.

—Me conformaría con poder tomar un caldo caliente, y una buena copa de vino. Y respecto a lo de las normas de nuestra Orden acerca de la prohibición de entrar en tabernas… Creo que nuestros superiores han cometido faltas mayores que esa. Si es verdad que uno de ellos contrató a los mercenarios para llevar a cabo la matanza en el templo… Regresamos a Móstur con más interrogantes de los que teníamos al partir.

—¿Pensáis que el Gran Maestro Therios está detrás de todo esto?

—Lo averiguaremos cuando lleguemos allí. Pero hay muchas cosas de Therios que me resultan desconcertantes. Él quería llevar a cabo el sacrificio de tu vida, para comprobar que eras el enviado de Athmer. ¿Cómo podría él llegar a pensar, ni tan siquiera por un momento, que de entre todos los helvatios tú serías el elegido?

—Quizá lo creyó así porque yo fui el único que sobrevivió a la matanza del templo.

—Sí. Pero si adoptamos esa hipótesis, deberíamos inclinarnos también por pensar que no fue Therios quien ordenó dicha matanza, sino que más bien él vio en aquel suceso un signo de Athmer.

—Pero esos mercenarios afirmaron…

—Lo sé. He meditado mucho sobre ello y créeme, Therios puede ser en ocasiones cruel, pero no tanto como para cometer semejante crimen contra la Orden. Muchos de los que allí estaban probablemente

odiaban al Gran Maestro, pero también se encontraban allí presentes algunos de sus confidentes y amigos. No, Therios no pudo haber ordenado esa masacre.

—Pero entonces, ¿quién podría haberlo hecho?

—Tal vez pudiéramos estar ante la conspiración de una de las casas de los nobles más influyentes. Quizá hicieran pasar a uno de sus aliados por un miembro de nuestra Orden. Las mentes de los nobles se tornan más audaces cuando ven peligrar sus intereses y privilegiadas posiciones. Nuestra Orden estaba teniendo una influencia creciente sobre el gobierno de la ciudad, y eso es algo que algunos de los señores más poderosos de Móstur querrían evitar a toda costa.

—Lo averiguaremos a nuestro regreso a Móstur. Y si es cierto que ha sido una de las casas nobles, recibirán su castigo.

Zen Varion miró a su discípulo a los ojos. La expresión de la mirada de Darr mientras pronunciaba aquellas amenazantes palabras le resultaba algo totalmente nuevo y, de algún modo, peligroso.

—No sé lo que has podido experimentar en Mynthos pero, desde luego, ni mucho menos eres el mismo. Has cambiado, y lo que más miedo me da es que… Creía conocerte, pero ahora…

—He cambiado, Maestro —respondió el muchacho, con voz firme—. He encontrado el significado de algunos de los sucesos por los que hemos atravesado. No sé si Athmer me ha elegido para algo, o si únicamente me ha devuelto la vida en Mynthos para luego arrebatármela en cualquier otro lugar. Pero sí hay algo de lo que estoy seguro: no voy a permitir que os hagan daño a vos, o a cualquier otro helvatio que cumpla con fidelidad los verdaderos preceptos de nuestra Orden.

—En cuanto al Gran Maestro…

—Los helvatios que no merecen ser llamados siervos de Athmer y con sus actos desprestigian nuestra Orden… Esos son incluso peores que aquellos que únicamente sienten indiferencia ante cualquier deidad. Si el Gran Maestro Therios es uno de ellos, tendremos que acabar con él, antes de que él acabe con nosotros.

Zen Varion asintió, pero en su interior se desataba una tormenta de dudas acerca de cuanto había acontecido y, sobre todo, del cambio experimentado por Darreth tras su regreso a la vida. El muchacho había crecido en sabiduría y determinación. El Maestro se preguntó si el nuevo carácter de su discípulo podría empujarlo a cometer una estupidez que acarreara su muerte, una muerte definitiva. Aquel pensamiento hizo que temiera por él.

—No podemos permitir que ningún miembro de la Orden corrompa a los demás —añadió el denlor en un tono más suave, como

si se hubiera percatado de los sombríos pensamientos de su maestro.

—Tienes razón, Darr. Pero antes de que tengamos que hacer frente a la nueva situación de Móstur, deberíamos descansar. Pasaremos la noche en esta posada, y mañana retomaremos el viaje hasta la Laguna Gris. Desde allí el camino se hace más llevadero.

—Tras una noche de descanso en un lecho confortable, cualquier camino se hace más llevadero —respondió Darr, con una sonrisa.

Entraron en la posada. La taberna resultó ser más extensa de lo que podía pensarse al contemplar el edificio frente a su fachada principal. Los pocos parroquianos que en ese momento apagaban su sed se encontraban en una misma mesa. Al ver entrar a los helvatios comenzaron a susurrar entre ellos.

—Me temo que no vamos a ser muy bien recibidos —dijo Zen Varion en voz baja nada más tomar asiento en otra mesa, lo suficientemente distante del grupo de hombres, cuyas miradas continuaban centradas en los recién llegados.

Zen Varion observó al posadero que, con paso apresurado, se aproximó a ellos.

—Buenas tardes —saludó el zenlor, antes de tratar de solicitar comida y bebida.

—¿Sois helvatios? —preguntó el propietario del local, frunciendo el ceño.

—Sí. Nos gustaría…

—No podéis entrar aquí —interrumpió las palabras del maestro con un tono severo.

—¿Por qué no? —preguntó Darr, visiblemente molesto.

—Porque no sois bienvenidos —respondió uno de los hombres que se encontraban en la otra mesa.

Como un resorte, todos ellos se pusieron de pie y caminaron lentamente en dirección a los helvatios.

—Bien —Zen Varion se levantó de su asiento—. En ese caso, nos marchamos. No queremos crear ningún problema.

—¿Crear? —el desconocido que había hablado anteriormente estalló en carcajadas. Sus hombres hicieron lo mismo—. Escuchadme bien, malditos clérigos. En este lugar, yo soy quien crea los problemas, y vosotros los que habéis venido a buscarlos.

—Rygon no —suplicó el posadero—. Nada de derramamiento de sangre en mi posada.

—No te preocupes, el derramamiento de sangre será luego, cuando saquemos a estos malnacidos de aquí.

—No os hemos hecho nada malo —habló Darreth, con voz tranquila—. Solo queríamos descansar de nuestro largo viaje.

—Claro que vais a descansar… Para siempre, maldito helvatio. Vosotros no me habéis hecho nada, pero vuestra maldita Orden está destruyendo Móstur. Hemos huido de allí ante la persecución de muchos de los nuestros, por el hecho de no arrodillarnos ante vuestro maldito dios…

—Venimos de un largo viaje, desde el este —el maestro habló en tono conciliador—. No hemos pisado Móstur en meses. Partimos de allí poco después de la ejecución del rey Dunthor.

—En ese caso, no debisteis regresar del este.

—¿Qué ha ocurrido en Móstur?

—Uno de vuestros maestros, un tal Grimward, se hizo con el poder absoluto sobre la ciudad. Consentido por nobles y caballeros, vuestro amigo impuso una dictadura que castigó a muchos de cuantos se oponían a arrodillarse ante Athmer y convertirse en uno de sus seguidores.

—No os creo —respondió Zen Varion—. Los nobles nunca lo hubieran consentido.

—Pues parece ser que Grimward los hizo callar de algún modo, porque ese malnacido estuvo gobernando la ciudad en nombre de Athmer, hasta que algún… héroe, lo mató.

—¿Grimward está muerto? —inquirió Darr.

—Sí. Fue asesinado durante el último combate de un torneo que él mismo organizó. Qué hermosa ironía. Aunque para entonces ya había causado un daño irreparable y muchos de cuantos tuvimos que abandonar nuestros hogares no hemos regresado, por miedo a que otro como él, o peor aún, tome las riendas de la ciudad. Y no sois los helvatios, los únicos capaces de acabar con Móstur. Se oyen rumores de guerra…

—¿Contra quién?

—Esperaba que vosotros pudierais confirmarme si esos rumores son ciertos, ya que al parecer el enemigo viene del este.

—¿Quién gobierna Móstur ahora? —preguntó Zen Varion.

—Ni lo sé ni me importa. Lo único que quiero, en este momento, es deshacerme de los dos únicos enemigos que tengo aquí ahora mismo.

—No somos tus enemigos…

—¡Maldita sea, muchacho! —bramó Rygon—. Todos los helvatios son mis enemigos, y los de la mayoría de los habitantes de Móstur; al menos, de quienes aún conservan su sentido común. Ni siquiera sé por qué seguimos hablando. ¡Cogedlos!

Los acompañantes de Rygon se echaron sobre los clérigos, que nada pudieron hacer para evitar ser atados de manos y arrastrados por la posada hasta la salida. Darreth fue quien más resistencia opuso,

pero el puñetazo que recibió en el estómago le hizo desistir.

—Con tu permiso, vamos a sacar a estos bastardos de tu posada —Rygon miró al posadero, que se limitó a asentir con la cabeza.

—¡Vamos, escoria! No tenemos todo el día.

El líder del grupo empujó a Zen Varion con tal fuerza que el zenlor cayó al suelo varios metros más adelante, haciéndose una herida en la cara.

—¡Dejadnos en paz! —gritó Darreth, al ver a su maestro tendido en el suelo, con un hilo de sangre que caía por su frente.

—No te preocupes, muchacho. No tardaremos mucho en terminar con esto —Rygon miró a sus hombres y dio nuevas órdenes—. Sujetadle bien, de frente a ese árbol. Quiero que no se pierda detalle. Traedme una soga.

Los otros mostures asintieron, aunque alguno de ellos dudó a la hora de cumplir las órdenes de Rygon, pues al fin y al cabo no eran más que campesinos o comerciantes de Móstur, no bandidos. Sin embargo, el recuerdo de la persecución a la que se habían visto sometidos mantenía sus mentes cegadas, dominadas por la locura.

El novicio contempló cómo arrastraban a Zen Varion hasta el árbol. Uno de los hombres pasaba un extremo de la soga por una de las ramas para después hacer un nudo.

—No, por favor… —habló con voz quebrada, al ver lo que aquellos mostures se disponían a hacer.

—Todo terminará pronto, chico —habló nuevamente Rygon—. Después irás tú. No te preocupes, apenas serán unos segundos de dolor, después es probable que te cagues encima sin ni siquiera darte cuenta.

Los mostures asintieron con risas burlonas.

—¡Colgadlo!

Para cuando Rygon dio la orden, Zen Varion trataba de volver en sí. Aturdido, mantenía la mirada perdida.

—¡Maestro! —Darreth intentó soltarse, con todas sus fuerzas. Resultó imposible. Lo único que consiguió fue hacerse más daño en las muñecas, pero para ese instante el único dolor que le atormentaba era ver cómo uno de aquellos hombres, el más alto de ellos, pasaba la soga por la cabeza de su maestro, cerrando el nudo en torno a su cuello. La rama sobre la que estaba dispuesta era la más gruesa del árbol, y ni siquiera se movió cuando la soga se tensó.

—Por favor… —Darreth habló una última vez, pero sus palabras ya no eran escuchadas, apagadas por las risas de los mostures, que tenían toda la atención puesta en el verdugo.

—Apuesto a que no eres capaz de levantarle a cinco pies del suelo

—dijo uno de ellos, en tono burlón.

—Esta noche la cena corre por tu cuenta, Pettir —respondió el que sujetaba la soga, a punto de tirar con todas sus fuerzas.

Darreth cerró los ojos.

—¡Espera un momento! —Rygon alzó la mano, interrumpiendo por un momento la ejecución—. Muchacho, abre los ojos.

El novicio obedeció al sentir la mano del mostur sujetándole del cuello.

—Te juro por tus dioses que, si vuelves a cerrar los ojos, tu muerte será la más lenta y dolorosa que puedas imaginar. Yo tuve que contemplar el dolor de los míos, y quiero que tú ahora contemples el dolor que, con justicia, va a caer sobre vuestra orden, ¿me has oído?

Darreth asintió, tembloroso, con la mirada fija en Rygon.

—¡Continuad!

El verdugo asintió. Estaba deseando tirar de la soga y demostrar su fuerza al resto de campesinos que lo acompañaban en aquella inesperada venganza que el destino les había ofrecido. A punto de hacer cumplir la sentencia de muerte sobre uno de los helvatios, sintió un dolor en el pecho. Concentrado en su víctima, ni siquiera vio venir la flecha que, sorprendiendo a cuantos allí se encontraban, apareció de manera repentina e inexplicable. El campesino soltó la soga y se desplomó hacia adelante.

—¡Maldita sea! —Rygon se dio la vuelta y miró a su alrededor—. ¿Qué demonios sucede?

La respuesta apareció ante él.

«Kadaríes», se dijo, consciente de que tal vez muy pronto él y sus hombres compartirían con los helvatios el castigo que estaba a punto de hacer caer sobre ellos. Si los leryones tenían fama de ser especialmente crueles con sus enemigos, los kadaríes resultaban aún más temibles en combate. Ante las horrorizadas miradas de los campesinos mostures surgieron las incontables siluetas que poblaban el ejército kadarí, con su comandante Drisz a la cabeza. El denominado líder de los clanes del Sur bajó de su caballo. Era un hombre alto y corpulento, de cabellos largos y mirada fija.

Se hizo el silencio entre los mostures, que ni siquiera se atrevieron a mirar a la cara al recién llegado. Bastó la presencia de aquel único kadarí para que todos los campesinos sintieran un escalofrío recorriendo su cuerpo. Darreth aprovechó aquel instante para echar a correr y situarse junto a Zen Varion, que comenzó a toser. La soga que se cerraba en torno a su cuello aún le apretaba, pero por fortuna el hombre que sujetaba el otro extremo yacía en el suelo, sin vida.

Drisz repartió su mirada entre los asustados campesinos.

—¿Qué estabas a punto de hacer? —preguntó a Rygon. El tono de su voz era grave, casi ronco. Se escuchaba como si proviniera de un espíritu alojado en su interior.

—Esos hombres merecen morir —respondió otro de los campesinos.

—No te he preguntado a ti —Drisz se acercó al que se había atrevido a hablar. El kadarí desenvainó su espada y, con un rápido movimiento, trazó un ataque que impregnó su hoja de la sangre del campesino, separando la cabeza del resto de su cuerpo. Drisz se acercó al cadáver lentamente y, con movimientos pausados, limpió la sangre con sus ropajes.

—Te he hecho una pregunta —miró nuevamente a Rygon, que para entonces ya había maldecido en su interior el momento en el que él y sus acompañantes habían decidido detenerse en la posada.

—¿Quieres acabar como él? —el kadarí señaló con la espada a su víctima—. ¿Qué ibais a hacer con estos hombres?

—Son clérigos… —Rygon balbuceaba—. Clérigos de la Orden de Athmer… helvatios.

—¿Helvatios? —repitió Drisz, acercándose—. ¿Helvatios de Móstur? Y vosotros, ¿quiénes, y de dónde sois?

—De Móstur. Somos campesinos.

—Qué interesante —Drisz dirigió la mirada a sus hombres, algunos de los cuales ya habían descabalgado y se encontraban rodeando a los campesinos y a los clérigos—. Mostures que quieren matar a mostures. Tendremos que aligerar el paso, o cuando lleguemos a la ciudad ya no habrá trabajo para nosotros.

Los kadaríes que lo escucharon estallaron en carcajadas. Por detrás de las primeras filas de caballos y jinetes se adivinaban otras muchas, a juzgar por el creciente estruendo provocado por el paso de las monturas.

—Así que sois campesinos… —Drisz repartió la mirada por los mostures mientras sus hombres terminaban de rodearlos—. Y, por lo que veo, odiáis a ese dios de la luz al que tanta devoción tienen los sacerdotes helvatios. Odiáis a Athmer, ¿verdad?

—Así es —respondió Rygon.

—¿Y vosotros? —Drisz preguntó a sus hombres, con voz divertida—. ¿También odiáis al dios de los helvatios?

Las respuestas fueron diversas. Unos se encogieron de hombros, otros simplemente, se echaron a reír. Y alguno que otro dejó escapar alguna blasfemia contra Athmer.

Drisz se agachó para coger una rama, con la que comenzó a dibujar sobre el suelo, trazando lentamente líneas, con la mirada perdida,

meditando sobre la escena que había visto al llegar frente a la posada.

—¿Quiénes creéis que resultan más peligrosos? —preguntó a sus hombres.

—Los sacerdotes están desarmados —contestó uno de ellos.

Darreth agradeció que su túnica evitara que la espada encontrada en Mynthos quedara a la vista. Consiguió reprimir su primer impulso de confirmar aquel pensamiento dirigiendo la vista hacia su cintura. Cerca de él, Drisz dominaba toda la escena con una penetrante mirada que parecía adivinar los pensamientos de cuantos se encontraban junto a él.

—Los campesinos tampoco parecen tener armas de valor… —el kadarí continuaba jugueteando con la rama, acariciando la tierra—. Solo una soga con la que ahorcar helvatios. No obedezco a ningún dios, aunque eso no quiere decir que niegue su existencia. Mi padre decía que los dioses siempre se dan cuenta de cuando se mata a uno de sus siervos, porque dejan de escuchar sus plegarias. No me gustaría desatar la ira de Athmer acabando con estos dos. Además, los clérigos nos pueden resultar de más ayuda si los mantenemos con vida. Podríamos venderlos, hay quien pagaría un buen precio. Lleváoslos.

Entre varios kadaríes hicieron cumplir la orden de Drisz. Tomaron a los prisioneros helvatios y los separaron del resto.

—¿Qué hacemos con los otros? —preguntó uno de los que en ese momento sujetaba a Rygon.

Drisz dejó de dibujar sobre la arena y repartió la mirada entre los mostures.

—No vamos a Móstur a cultivar sus tierras, sino a quemarlas. No necesitamos a estos campesinos y no creo que podamos sacar nada por ellos —tiró la rama y se dio la vuelta—. Matadlos.

A punto de ser subido a uno de los caballos, Darreth escuchó los gritos de los campesinos que pronto fueron ahogados a golpe de hacha y espada. El denlor dio las gracias a Athmer, una vez más. Los hábitos que habían estado a punto de costarles la vida habían terminado por salvársela.

CAPÍTULO 14: ISLA CUCHILLO

En el salón únicamente se encontraban Sándor y sus invitados. El Rey Pirata había decidido quedarse a solas con ellos, para satisfacer su curiosidad por conocer la oferta de Taenara y hablar de forma libre y directa sin que ninguno de sus hombres pudiera escucharle.

—El salmón está especialmente delicioso, princesa —Sándor señaló una bandeja repleta de pequeños trozos de pescado, acompañados con una salsa de verduras que desprendía un intenso aroma.

—¿Vos no coméis, Sándor? —Taenara no podía comprender cómo su anfitrión no probaba bocado de ningún alimento de los que estaban repartidos por la mesa. Los delicados cortes en los que se había partido el queso, la carne y el pescado contrastaban con el rudo aspecto de la hogaza de pan situada en el mismo centro, junto a una jarra de vino que fue lo primero en ir vaciándose, por el propio pirata.

—No me gusta tomar mucho alimento por las noches. Las cenas abundantes dan sueño abundante, y con la constante amenaza de los barcos de Kósser no es buena idea dormitar antes de que las luces se apaguen y la guardia nocturna ocupe sus puestos.

—Pero en cambio, diría que os estáis excediendo con el vino —insistió la princesa, antes de acercarse el vaso a la boca.

—Estoy demasiado acostumbrado a la bebida —Sándor se echó a reír—. En realidad, no conozco a nadie capaz de resistir mi ritmo y terminar sobrio. Sé que no es un logro del cual debiera presumir, pero he de reconocer que me ha servido de mucho. Los borrachos siempre hablan demasiado, y en ocasiones la información es más valiosa que el propio oro. En mis tiempos de contrabandista, me resultaba de gran utilidad —Sándor miró a Guízar, que a la pálida luz de las velas permanecía concentrado en el trozo de pescado que, sin duda, estaba disfrutando—. ¿Os gusta el pescado, sacerdote?

—Está muy bueno.

—Permitidme que os diga que os estáis comiendo la cena de vuestro rey —el pirata dio un largo trago mientras observaba atentamente los rostros de sus invitados. Incluso Salwen, que normalmente evitaba cruzar su mirada con él, en esta ocasión no

había podido frenar su impulso de dirigirle la vista, esperando una aclaración.

—¿La cena del rey nybnio? —preguntó finalmente Taenara.

—Abordamos un barco pensando que se trataba de los hombres del bastardo de Kósser. Sin duda nos equivocamos, o esos hombres estaban demasiado ocultos. No encontramos piratas, pero sí un buen cargamento de comida y bebida que, según pude averiguar, debería de haber terminado en las despensas reales.

—¿A cuántos mercaderes matasteis? —inquirió Taenara, con tono severo.

—Aunque no lo creáis, a ninguno. Ya os dije que se cuentan muchas mentiras sobre mí, mentiras que me han procurado una reputación de la que estoy sacando provecho. Cuando les ofrecí algo de dinero a la tripulación a cambio de sus mercancías, alguno de ellos no lo podía creer. Sándor, el Rey Pirata, no solo les perdonaba la vida, sino que además les pagaba a cambio de ocultar parte de la verdad. El barco en el que viajaban era propiedad del rey y la mercancía no era propiedad de aquellos hombres, así que todos ganábamos algo. Era un buen barco, me dio pena hundirlo tras el abordaje. Los nybnios se marcharon en sus botes, y fueron muchos los testigos que contemplaron cómo el mar se tragaba el barco del rey. Hubiera sido distinto si en ese barco nos hubiéramos encontrado con los hombres de Owen. Entonces ahora sí os podría hablar de los hombres muertos.

Sándor tomó la jarra de vino y llenó todos los vasos.

—Este vino también iba a ser llevado al rey. Qué desperdicio… Ahora que os he acogido como mis huéspedes y os he ofrecido alimento, aunque no sea mío, espero que vos, princesa, me habléis sobre esa oferta que ibais a hacerme. Ciertamente, me tiene intrigado… Y estoy seguro de que resultará más interesante que la de vuestro amigo. Me caéis bien, sacerdote, os lo juro. Pero estoy seguro de que la propuesta de Leryon será más generosa que la de Nybnia.

—Tal vez mi propuesta sea más arriesgada —sonrió Taenara.

—Riesgo… Es una palabra que me gusta, y que en un lugar como este se pronuncia muy a menudo. No hay nada que me resulte más ajeno que una vida tranquila alejada del bullicio de las peleas y los saqueos. Contadme, mi señora.

—Me dirijo al Oeste, a las tierras de Móstur, donde mi hermano está a punto de librar una guerra.

—Sí, hemos oído ciertos rumores acerca de un inminente enfrentamiento entre vuestro pueblo y Móstur. Así que vuestro hermano quiere recuperar las tierras que antaño eran de su reino…

—Así es.

—Y para ganar una batalla, se necesita un poderoso ejército.

—Cierto —contestó nuevamente Taenara, esperando las siguientes palabras del pirata.

—Un ejército que esperáis aumentar tras vuestro paso por tierras nybnias, ¿no es cierto?

—Exacto. Imagino que ya os haréis una idea de lo que espero de vos…

Sándor no se mostró muy entusiasmado con la idea.

—¿Mi propuesta os decepciona? —inquirió Taenara, al contemplar el desilusionado rostro de Sándor.

—Estáis en una isla, princesa. Aquí solo encontraréis hombres de mar. No estamos acostumbrados a recorrer largas distancias, asaltar muros y castillos, atacar en medio de un ejército.

—Lo sé —Taenara comprendía muy bien los argumentos del Rey Pirata—. Y por eso no os pediré que enviéis a vuestros hombres a unirse al ejército de mi hermano. Lamento si pensabais que esa era mi propuesta.

—Ahora sí que estoy realmente intrigado. Si no es esa vuestra intención, ¿qué pretendéis de mí?

—Sois contrabandista, y además un hombre muy respetado en ciertos círculos, así como un gran negociador, conocéis las tierras nybnias y sabéis pasar desapercibido si la ocasión lo requiere o, al menos, parecéis capaz de mantener engañados a los súbditos del rey Kósser. Necesito a alguien así para poder contratar mercenarios, los mejores mercenarios que pueda haber en el sur de Nybnia, en las tierras de Yark.

—Es cierto —Sándor esbozó una amplia sonrisa mientras repartía la mirada entre sus interlocutores—. Como contrabandista, he recorrido muchos lugares de los que tal vez ni siquiera hayáis oído hablar. Conozco bien Nybnia o, mejor dicho, conocía bien Nybnia hace años, antes de ganarme la reputación que me ha convertido en alguien más respetado y temido. Pero imagino que el mundo no ha cambiado demasiado en todo este tiempo —el Rey Pirata acarició sus grisáceas barbas—. Nosotros somos los que cambiamos. Nuestros cuerpos van envejeciendo, y nuestros pensamientos también, aunque tal vez en sentido opuesto. A medida que la belleza exterior se marchita, la mente se torna sensata, al menos durante los años en los que la vejez aún no ha logrado trastornarla. Perdonad si esta noche me encuentro especialmente reflexivo, princesa. Pero es que vuestra llegada me ha devuelto parte de un pasado que en algún momento creí perdido para siempre.

—Entonces, ¿qué os parece mi propuesta?

—Me parece ciertamente interesante. Pero me gustaría que me dierais más… detalles. Actualmente, creo que soy bastante feliz en mi isla, y con mi título de Rey Pirata. ¿Qué ganaría siendo vuestro aliado?

—Algo me dice que, si os ofrezco oro, vuestro interés en mi propuesta no va a aumentar demasiado.

—Me sorprendéis, princesa. Apenas nos hemos visto una vez, y tengo la sensación de que me conocéis demasiado bien. Me pregunto qué habría pasado si en lugar de vuestro hermano fuerais vos quien llevara en estos momentos la corona de Leryon. Estoy convencido de que lograríais haceros con el poder de Móstur sin necesidad de recurrir a la guerra. ¿De verdad sois su consejera? —Sándor se dirigió a Salwen, que por un momento se ruborizó al sentir el peso de la fija mirada del Rey Pirata.

—La princesa confía en mí —se limitó a contestar, antes de dar un sorbo de vino.

—Por supuesto que confía en vos —respondió Sándor—. Pero dudo que una mente tan hábil como la suya necesite de los consejos de otros. Espero no ofenderos con mis palabras, pero es que la princesa tiene unas extraordinarias y poco comunes habilidades, también como negociadora.

—Entonces, ¿por qué iba a necesitaros a vos como su negociador? —preguntó Salwen.

—Cierto —respondió Sándor—. Habláis poco, Salwen. Pero vuestras palabras son devastadoras. Lo tendré en cuenta la próxima vez que decida poner en entredicho vuestra labor como principal confidente de la princesa. En cuanto a nuestro querido amigo, el sacerdote, me temo que su propuesta dejó de interesarme desde el mismo instante en que la escuché, debido a las falsas circunstancias y delitos que se me atribuyen. Por tanto, mi querido amigo Guízar, me temo que a partir de mañana deberé plantearme qué hacer… contigo. Tu regreso a Nybnia pondría en peligro mi actual situación como temerario rey de los piratas.

—Te juro que no hablaré con nadie sobre cuanto hemos visto aquí.

—No —corrigió Sándor, en esta ocasión con un tono de voz menos afable—. Soy yo quien te jura que no dirás nada… a ningún nybnio. Pero dejemos para mañana esa cuestión. Ahora, lo verdaderamente importante es centrarnos en la propuesta de la princesa.

Sándor se puso en pie y tomó la jarra. Sin dejar de hablar, fue rellenando las copas de sus invitados.

—La propuesta de nuestra princesa de Leryon, que pretende convertirme en su guía y negociador a través de las tierras nybnias. La

idea me atrae… Me atrae mucho y, como bien habéis imaginado, mi interés en dicha propuesta no va a variar en función del oro que podáis ofrecerme. Al menos en estos momentos hay algo mucho más importante que el oro, algo que ciertamente me atrae mucho más —la mirada fija de Sándor no gustó demasiado a Taenara, pero antes de que la princesa pudiera contestar en relación con cualquier propuesta relacionada con aprovecharse de ella, su interlocutor matizó sus palabras.

—Por supuesto que no me estoy refiriendo a nada relacionado con yacer con vos, princesa —respondió en tono divertido—. Vuestra belleza atrae a cualquier hombre que tenga un mínimo sentido del gusto y la hermosura. Pero lo cierto es que hay algo más importante y urgente que realmente ha logrado perturbar mi mente en los últimos tiempos. Y veo en vuestra llegada a mi isla la oportunidad de encontrar la solución a esas inquietudes que me atormentan.

—¿Y qué podría atormentar al Rey Pirata? —inquirió Taenara, con la certeza de saber el motivo de semejante tormento.

—He invertido mucho tiempo, y también muchos recursos, en ganar mi fama. También ha sido difícil, en ocasiones, contribuir al bienestar de todos cuantos vivimos en esta isla. Y ahora, que mi nombre es temido y respetado, hay otro hombre, otro pirata, que podría acabar con la pacífica convivencia que ahora reina en mi gran familia.

—El hijo del rey Kósser —contestó Guízar.

—El hijo bastardo… del rey Kósser —corrigió Sándor—. Y no se trata precisamente de un príncipe que goce del favor del pueblo, ni siquiera del cariño de su padre, pues fue él mismo quien dio la orden de que Owen fuera desterrado.

—¿Y cuál fue el motivo de su destierro?

—No lo sé, princesa. Pero conociendo, aunque sea mínimamente, el carácter de Owen, juraría que el motivo fue una conspiración para derrocar a su padre, tal vez para matarlo. Junto con Owen fueron detenidos otros hombres, que no gozaron de la oportunidad del destierro. El rey ordenó ejecutarlos y arrojar sus cuerpos al mar.

—Y ahora, ¿dónde se encuentra Owen? —preguntó el sacerdote.

—Hay quien afirma haberle visto en la ciudad de Desembarco de los Ahogados, o en las proximidades de Yark. Otros dicen que vive en Las Furias, unos islotes especialmente temidos por las indómitas corrientes que azotan sus aguas y los convierten en un peligroso viaje. Por desgracia, su leyenda cada vez crece más, y lo que es peor, es posible que el número de sus seguidores también. Está volviendo a muchos contra su padre, y es posible que quiera ir más lejos aún.

Estoy seguro de que está reclutando un ejército de nybnios con el fin de llevar a cabo su plan. Los rumores, al sur de Nybnia, así lo confirman.

Por un instante, se hizo el silencio.

—Ya veis, princesa —continuó hablando el Rey Pirata—. Vuestro reino está en guerra con Móstur, pero el nuestro se encuentra en los albores de un enfrentamiento entre los propios nybnios, que es aún más terrible.

—¿Y en qué puede afectarte a ti el enfrentamiento entre Owen y su padre? —intervino Guízar—. ¿No es incluso beneficioso para tus intereses la lucha entre dos enemigos?

—Así podría ser, al menos en un principio. Pero he de confesarte, sacerdote, que a pesar de no sentir precisamente afecto por tu querido rey, siento cierto respeto hacia él, porque al menos siempre he visto en sus decisiones más cordura que en los actos que se cuentan acerca de su bastardo. Owen tiene bien merecido su apodo, el loco. Ha cometido crímenes inconfesables, matando a mujeres y niños inocentes en algunas de sus incursiones, empleándose con extrema violencia en sus cuantiosos saqueos y sus negociaciones fallidas con aquellos que no han accedido a sus peticiones. ¿Os imagináis a alguien así en el trono de Nybnia? Sería el final de la prosperidad de nuestro pueblo, la llegada de una sombra de temor y muerte que no tardaría en propagarse de norte a sur, inundando de odio cada rincón. Si he de elegir un enemigo, prefiero que sea Kósser. Además, me habéis ofrecido el perdón del rey, así que ahora ya solo me queda un enemigo por derrotar. Incluso me siento tentado de presentarme yo mismo ante Kósser y exponerle la situación a la que se enfrenta, pero temo que, si no me cree, termine encerrándome en sus mazmorras, en el mejor de los casos.

—Yo podría acompañaros y…

—No, sacerdote. En la capital hay quienes desean verme muerto. Ni siquiera me permitirían llegar hasta el palacio, y todo aquel que se interpusiera entre ellos y yo correría la misma suerte. No me gustaría que murieses por mi culpa. Tu misión de acompañar a la princesa hasta mí ya ha resultado lo suficientemente arriesgada.

—Entonces —Taenara parecía impaciente por conocer las intenciones de Sándor—, ¿me ayudarás a contratar mercenarios con los que ir a Móstur?

—Con la condición de que antes de viajar al norte nos encarguemos de Owen. Incluso podríamos emplear esos mercenarios para encontrar al loco y acabar con él, por el bien de mi gente… y de toda Nybnia.

Taenara no contestó.

—Reflexionad sobre ello, princesa. Pensadlo esta noche y mañana me dais una respuesta definitiva. Estoy seguro de que ahora, tras el largo viaje que habéis hecho hasta aquí, estaréis cansada. Todos lo estaréis —Sándor se puso en pie—. Permitid que mis hombres os acompañen hasta vuestros aposentos.

—¿Y si no aceptara vuestras condiciones, Sándor? ¿Qué ocurriría si mi respuesta fuera negativa?

—En ese caso, yo también pensaré durante la noche cuál ha de ser mi decisión al respecto. Seguidme.

Sándor abrió la puerta de la estancia. Al otro lado, un grupo de hombres que parecían su guardia personal aguardaban para acompañarlos al lugar en el que los invitados pasarían la noche.

Subieron unas escaleras y serpentearon por estrechos pasillos sumidos en una perenne penumbra hasta alcanzar una de las torres de la Fortaleza Negra.

—Sacerdote, esta es tu habitación —Sándor señaló una puerta más bien estrecha, acorde con el interior de la estancia, una sobria alcoba en la que apenas había sitio para una cama—. Salwen, os he reservado la habitación contigua a la de vuestra princesa.

Varios piratas acompañaron a la consejera de Taenara hasta la puerta de su habitación, bastante más amplia que la de Guízar. Una vez que ambos se perdieron al otro lado de las alcobas asignadas, uno de los piratas cerró con llave.

—Es por vuestro bien —dijo Sándor, elevando la voz—. Todos dormiremos más tranquilos sabiendo que nadie entra o sale de estas habitaciones durante la noche.

—Princesa, me gustaría hablar con vos a solas. Solo será un momento, pues imagino que estaréis cansada del viaje.

—Así es —respondió Taenara—. Pero, cómo negarme a dedicaros unos minutos más, después de lo bien que os habéis portado con nosotros.

—En ese caso, si no os incomoda demasiado, me gustaría que hablásemos en el interior de la habitación que he reservado para vos.

Taenara no opuso ninguna objeción, y atravesó el umbral que le condujo a una estancia que había sido cuidadosamente preparada para ella. Un embriagador aroma a rosas inundaba lo que más bien parecía el lujoso aposento de una reina. Las luces de las velas que descansaban sobre hermosos candelabros de oro repartían su cálida luz por cada extremo.

—Aunque no lo creáis, esta habitación no ha sufrido apenas cambios desde antes de vuestra llegada —Sándor repartía la vista por

cada rincón, asegurándose de que todo estaba tal y como lo había visto por última vez—. Os seré sincero, princesa. Aquí es donde vengo en algunas ocasiones con las hermosas mujeres que acceden a pasar la noche conmigo.

—¿Acaso creéis que yo soy una de esas mujeres que desean pasar la noche en vuestra compañía?

—No quiero que seáis como una de ellas. Sois muy diferente, además de especial.

Sándor se sentó en un sillón que había frente a la amplia cama que dominaba la habitación. Las puertas se cerraron desde el exterior y quedaron a solas. Taenara se quedó de pie, con la mirada fija en el Rey Pirata, esperando seguir escuchando sus argumentos.

—Ciertamente, la posibilidad de deshacerme del hijo bastardo del rey Kósser me resulta muy interesante, sobre todo para asegurar la paz entre los míos. A título personal, quizá vuestra propuesta resulte un tanto…

—¿Escasa? —añadió Taenara—. Me imaginé que tendríais alguna ambición que podría verse satisfecha tras la victoria en Móstur. ¿Tierras? ¿O quizá algo más valioso… como una corona?

Al escuchar aquellas palabras, Sándor esbozó una amplia sonrisa.

—Tal vez, la idea de una corona resulte excesiva. Me conformaría con un palacio, tierras… y quién sabe si una hermosa esposa con la que pudiera disfrutar de mis tierras, e hijos.

—¿Hijos? Me cuesta entender que alguien como vos, acostumbrado a viajar continuamente, pueda disponer de tiempo para tener y mantener a un solo hijo.

—Precisamente por eso, porque llevo demasiado tiempo viajando. Incluso ahora que he dejado atrás mi pasado de contrabandista, tengo la sensación de no pertenecer a ningún lugar en concreto. En las tierras de Nybnia soy demasiado conocido, por lo que me resultaría difícil establecerme en algún lugar, lejos de la atenta mirada del rey Kósser. Pero en Móstur… Sí, allí encontraré la calma y descanso que desde hace tiempo ansío. Y en cuanto a lo de la esposa… Vuestra consejera, Salwen, es muy hermosa…

—Ella no forma parte de nuestro acuerdo. Os garantizaré tierras en Móstur, y un lujoso palacio si así lo queréis. En cuanto a Salwen…

—Tan solo os pido que pongáis de vuestra parte para que ella acceda.

—Tal vez, si me permitierais pasar la noche en su habitación, podría indagar en sus sentimientos hacia vos.

—¿No preferís esta lujosa estancia?

—En realidad, prefiero la compañía de mi consejera.

—Está bien —Sándor accedió a la petición de la princesa—. Os lo pido con la mayor humildad de la que soy capaz… Convencedla.

—Espero que, de aquí en adelante, no deis muchas muestras de humildad. Las negociaciones para conseguir mercenarios tal vez sean demasiado complicadas.

—No os preocupéis, princesa. Sé muy bien cuando debo mostrar mi lado más generoso, y también mi aspecto más despiadado. Por fortuna para vos y vuestros acompañantes, hoy solo he mostrado mi lado más generoso que, por cierto, no suelo dejar ver en muchas ocasiones. Tal vez mañana conozcáis mi imagen más aterradora… En esa situación, seguramente vuestro sacerdote sería quien más habría de temerme, y con motivos. No os entretengo más, princesa. Que paséis una buena noche.

Sándor abrió la puerta y dio las pertinentes instrucciones a uno de sus hombres, que acompañó a Taenara al interior de la alcoba donde se encontraba Salwen. Una vez que la princesa cruzó la puerta, esta fue cerrada nuevamente con llave desde el exterior.

—No te preocupes, Salwen —habló Taenara, al ver a su consejera un tanto sobresaltada al escuchar la puerta abrir y cerrarse—. Nadie más va a entrar en esta habitación.

—¿Qué ocurre? ¿Cómo te ha dejado Sándor…?

—Le he dicho que tu compañía me resulta mucho más valiosa que la más lujosa de sus estancias.

Taenara caminó lentamente hacia su consejera. La alcoba era pequeña, pero disponía de una ventana que, acorde con el resto de la estancia, al menos permitía contemplar el exterior de la construcción, donde la luna derramaba su luz sobre un mar encrespado que chocaba una y otra vez contra las rocas, en una feroz lucha en la que las insistentes olas arremetían con violencia. Cada embestida dejaba tras de sí unos segundos en los que el sonido de las aguas se tornaba en notas de una suave y breve melodía. La habitación estaba sumida en la penumbra, iluminada únicamente por parte de ese brillo que en el exterior apenas lograba dibujar las oscuras pinceladas de un bello paraje. Salwen se sentó en la cama. Tenía el cuerpo desnudo, a excepción de una camisa fina de lino que dejaba al descubierto gran parte de un torso que parecía esculpido por la mismísima diosa Daera. La pálida luz resaltaba su esbelta silueta y el brillo de unos ojos que acrecentaban una hermosura que Taenara quería contemplar muy de cerca, una vez más. «Con razón Sándor te desea casi tanto como yo», se dijo la princesa mientras se acercaba, lentamente.

Salwen se movió hacia un lado de la cama, dejando escapar su más bella sonrisa, esa que únicamente reservaba para la princesa. Sus

delicadas piernas apenas parecían capaces de dejar una sola arruga al deslizarse sigilosamente hacia el borde de la cama, dejando un espacio que muy pronto Taenara ocuparía, a su lado. El miedo parecía haberla abandonado, dejando en su interior un estado de excitación que necesitaba compartir con la única persona que la había querido y amado plenamente.

En cuanto Taenara se recostó a su lado, hasta sentir su cálida respiración y su embriagadora mirada sobre ella no dudó un instante en acercar sus labios a los de la princesa, que respondió con un beso prolongado. Taenara también parecía necesitada de dejar escapar la tensión acumulada de un día repleto de peligros e incertidumbre. Frente al caos que acechaba a su alrededor, Salwen parecía su única certeza, pues solo podía confiar en ella. Y aunque sabía que la miel de sus labios no era sino como una hermosa flor que termina marchitándose, y que el destino terminaría separándolas, tal vez de un modo cruel, no quiso frenar el impulso de su consejera, su amiga y amante. Durante unos momentos, ambas desahogaron sus temores en los besos y abrazos en que se envolvieron hasta casi perder la noción del tiempo y del lugar en el que se encontraban.

—Creí que pasarías la noche en compañía de Sándor —dijo finalmente Salwen—. Y esa idea me estaba torturando.

—Sabes que esto… lo nuestro… no puede perdurar.

—Lo sé. Por eso cada vez que me regalas un momento así, trato de vivirlo como algo único e irrepetible. Solo te pido que, hasta que lleguemos a Móstur, me regales más noches como esta. Contigo, es como si la calma me inundara y el temor se ahogara en la paz que me das.

Taenara acarició los cabellos de su consejera. Su amor por ella trascendía cualquier otro sentimiento o sensación que pudiera experimentar. Y estaba segura de que Salwen lo vivía también así. Por un momento, sintió la tentación de no contarle nada de lo que había hablado con Sándor. Pero no fue capaz de engañarla a ella, ni a sí misma.

—Hay algo que debo decirte. Algo que me ha dicho Sándor, y que no puedo ocultarte.

—Me imaginé que la ambición de ese pirata era mayor que la que ha mostrado durante la cena.

—Así es. Me ha pedido algo más.

—Te desea, ¿verdad? No me importa… Pues, como te he dicho, solo espero que, al menos hasta que lleguemos a Móstur, me sigas entregando más momentos a tu lado. Sé que después, todo cambiará.

—En parte tienes razón. Todo cambiará cuando lleguemos a

Móstur. Pero te equivocas en algo: no es a mí a quien desea Sándor.

CAPÍTULO 15: SKELDON

A la luz del día, el paraje que podía contemplarse al otro lado del muro era desolador. Los soldados de Kariosh se internaron en la aldea, buscando supervivientes en las casas que menos daños habían sufrido por el devastador fuego de la noche anterior. Su misión era terminar con cualquier rastro de vida que pudieran encontrar en medio de tanta destrucción.

Sir Arthur caminaba por una de tantas callejuelas que habían quedado irreconocibles al contacto con las llamas. Muchas de sus edificaciones no eran sino cúmulos de piedras y madera ennegrecidas que ahora se encontraban mezcladas en grandes aglomeraciones. El caballero distinguió uno de los edificios en los que, tiempo atrás, había estado en más de una ocasión; una posada que se caracterizaba por sus magníficos guisos, así como el inmejorable trato dispensado por su propietario, un hombre bondadoso que seguramente habría muerto pasto de las llamas o sepultado entre los escombros. El caballero continuó caminando. A su paso pudo ver numerosos cuerpos calcinados e irreconocibles. Siempre pensó que la guerra sería terrible, pero nunca imaginó semejante crueldad por parte de un monarca, una crueldad totalmente innecesaria, ya que Skeldon era uno de los lugares más insignificantes que pudieran encontrarse en tierras mostures. Sin embargo, la aldea había tenido la desgracia de ser un punto cercano a la frontera con Leryon.

—Espero que la victoria en Móstur sea igual de rápida —habló uno de los soldados que caminaban junto al caballero—. No me gustaría tener que adentrarme en la capital para buscar a cada uno de esos malditos helvatios.

—No conoces Móstur, ¿verdad?

—No, *Sir*. Nunca he estado allí. Pero estoy convencido de que nuestro poderoso ejército reducirá a cenizas la ciudad de Athmer.

—La capital posee más defensas que cualquier otra ciudad que puedas haber pisado en tu joven vida. Sus torres y murallas descuellan en mitad de una llanura, así como en el cruce de los ríos que protegen sus costados. El enclave de Móstur es el lugar más idóneo para

construir una ciudad casi inexpugnable. Y en el interior de sus muros no encontrarás aldeanos armados con palos, guadañas y hachas melladas y casi inutilizables.

—No importa cuántos guardias tenga la ciudad. Nada nos impedirá entrar en ella.

—No son solo guardias los que defenderán las fortalezas de la capital. Su punto más accesible es la muralla en la que se encuentra la Puerta de los Caballeros. ¿Sabes por qué se llama así?

—No.

—Porque es la entrada que da acceso al barrio de los caballeros, en el que residen las principales casas nobles de Móstur. Y cada casa dispone de un buen número de caballeros capaces de entregar su vida por defender a sus señores; caballeros que han pasado media vida entrenándose, tal vez preparándose para lo que está por llegar. Cada uno de ellos habrá blandido su espada tres o cuatro veces más que cualquier soldado que podáis ver entre los nuestros. Por si fuera poco, los helvatios también disponen de un gran número de caballeros en su Orden, y no solo en la capital. Si han sido la mitad de listos de lo que pienso, habrán enviado mensajes a las tierras del oeste, donde sin duda encontrarán aliados. Siento decepcionarte, hijo, pero la batalla de Móstur no tendrá nada que ver con lo que acabas de ver. Por supuesto, será mucho más larga y compleja, y no nos quedará más remedio que buscar un modo de entrar en la ciudad si queremos llegar al mismísimo corazón de Móstur, que ahora no sabría decirte si es su fortaleza o la Morada.

—¿Qué es la Morada? —el joven soldado caminaba junto a *Sir* Arthur en su paso por las humeantes callejuelas de la aldea.

—La Morada es el lugar habitado por los clérigos y caballeros de la Orden Helvatia. Allí son instruidos en sus leyes divinas y adiestrados para el combate. Si crees que Móstur es como esta maldita aldea, créeme, serás uno de los primeros en morir.

—Pero aún quedan tropas por llegar… Los guerreros venidos de Kadar, y quién sabe si más soldados llegados de Leryon.

Sir Arthur se acordó de Taenara y su promesa de enviar más soldados a su hermano. En su interior, deseó fervientemente que hubiera decidido no acudir a la batalla. Incluso empezaba a dudar de si él mismo quería seguir al lado de Kariosh en su afán de aniquilar a los mostures. El caballero era consciente de que nunca haría entrar en razón al monarca, que ya estaba decidido a arrasar con todo lo que encontrara a su paso hasta las inmediaciones de Móstur. Pero aún tenía la oportunidad de huir, de abandonar a Kariosh y lanzarse a la búsqueda de la princesa, a quien podría convencer para que no

regresara junto a su hermano, que parecía haber caído presa de una enfermedad de la mente.

—Móstur también buscará refuerzos, y el brazo de Athmer es largo y poderoso, aunque ahora el dios helvatio tenga más enemigos que nunca.

—Según he oído, incluso los nybnios quieren acabar con ellos.

—La persecución sufrida por los nybnios que habitaban la capital no ha hecho sino incrementar los enemigos de los helvatios. Y parece que, por el momento, lo sucedido en el interior de sus murallas bien podría haber puesto en peligro la estabilidad de la ciudad. Podríamos haber ido a negociar con los nybnios.

—Pero habríamos retrasado nuestra partida —el joven soldado continuaba mirando a uno y otro lado—. Además, esos comerciantes no saben luchar…

—Exacto, pero tienen el dinero para comprar a hombres que sí sepan empuñar una espada.

—Tal vez nos hayamos precipitado en nuestros planes. Sin embargo, si los mostures ven el poder de nuestros ejércitos quizá traten de buscar una forma de rendirse.

—Sí, como han intentado hacer los habitantes de Skeldon. Sin embargo, a ellos no les hemos dado esa opción. ¿Crees que el rey Kariosh dará la opción de rendirse a uno solo de los ciudadanos de Móstur?

—Supongo que no.

—Supones bien, muchacho.

—Mirad —el soldado señaló dos viviendas que aparentemente no habían sufrido desperfectos—. ¿En cuál preferís entrar?

Sir Arthur escogió la que se encontraba a la izquierda del camino, separándose así del joven cuya compañía le había resultado bastante más grata que la del monarca. Los soldados parecían comprender mejor al enemigo o, al menos, se mostraban capaces de mirarle a los ojos sin el odio que manifestaba Kariosh.

La casa en la que el caballero puso sus pies era más bien pequeña. Sus pisadas crujían en el suelo a medida que recorría las diversas estancias que la componían. Allí no había nadie. La vivienda se veía vacía. No había ningún aldeano, y ni siquiera algo que comer. Tras la larga noche anterior, el caballero sentía un nudo en el estómago, aunque no sabría decir muy bien si parte de ese nudo se había producido al contemplar el cruel ataque a la aldea. Por un instante, las voces de la noche llegaron una vez más a su mente.

Sir Arthur estaba a punto de abandonar la vivienda, cuando escuchó un ruido por debajo del suelo. Buscó en las estancias, hasta

que en una de ellas encontró una alfombra. La movió hacia un lado y observó la trampilla que conducía a lo que debía de ser un sótano. Sin duda, el sonido procedía de allí.

Abrió la trampilla y, tras encender una de las lámparas que encontró en la casa, bajó las escaleras que conducían a la estancia inferior que, a pesar de permanecer escondida, resultaba más amplia que cualquier otra.

El caballero escuchó un nuevo ruido que provenía del fondo, allí donde apenas se encontraban un par de barriles en el centro de una sucia pared. Al acercarse, contempló una figura humana que trataba de esconderse por detrás de ambos barriles. El caballero desenvainó su espada mientras hablaba.

—Sé que te escondes entre los barriles. ¡Muéstrate!

El caballero sujetó con fuerza su espada al contemplar la sombra que se movía junto a la pared.

—No me hagáis daño, por favor.

Sir Arthur pudo comprobar que no era más que un niño, un muchacho de no más de once años, de ojos grandes y vidriosos. Su mirada resultaba angustiosa; su aspecto era frágil.

—¿No hay nadie más en el sótano?

—No, señor —contestó el muchacho, con voz quebrada.

—¿Estás seguro? Si tratas de engañarme, no dudaré en emplear mi espada.

—No hay nadie más. Mi padre me dijo que no saliera de aquí, antes de irse con mi hermano mayor y mi tío…

—¿Adónde fueron?

—A proteger la aldea.

Sir Arthur sostenía firme la espada. Aun así, en ningún momento se sintió tentado de emplearla contra un muchacho indefenso. Estaba convencido de que el rey Kariosh no aprobaría lo que estaba a punto de hacer. Por fortuna, el monarca ni siquiera se encontraba en la aldea.

—¿Cómo te llamas? —preguntó al chico mientras envainaba nuevamente su espada.

—Mi nombre es John.

—Bien, John. Ahora voy a marcharme, y tú vas a quedarte aquí escondido, por un largo tiempo, ¿me has entendido? Ahí fuera hay gente que te haría daño si supiera que estás aquí.

—Pero… ¿Y mi padre y mi hermano? —el chico contuvo el llanto, pero no pudo evitar que las primeras lágrimas asomaran a su quebrado rostro.

—Escúchame, John. Haz lo que te digo, ¿de acuerdo?

En ese momento, *Sir* Arthur se percató de que había alguien más en el sótano. El muchacho también lo descubrió cuando ya era demasiado tarde. Se trataba del joven soldado que momentos antes hablaba con el caballero.

—Comprendo que os resulte difícil tomar la decisión, pero debéis hacerlo —el soldado, espada en mano, incitó a *Sir* Arthur a cumplir el encargo del rey.

Sir Arthur desenvainó nuevamente su espada y miró al muchacho que, presa del pánico, ni siquiera trató de huir.

—Acabad con esto, *Sir*. Debemos marcharnos —insistió el joven, ante la pasividad mostrada por el caballero.

—No lo haré —sentenció *Sir* Arthur, apartándose del chico—. No voy a matar a un niño indefenso.

—No os preocupéis —el soldado extrajo un cuchillo—. Yo me encargaré de hacer cumplir la voluntad de mi rey.

El niño contempló impasible la llegada del joven que, cuchillo en mano, se disponía a acabar con él. Trató de moverse a un lado, pero no tenía escapatoria.

—No te preocupes, niño —dijo el soldado, que parecía disfrutar cumpliendo tan cruel voluntad de Kariosh—. Será solo un momento, ni siquiera te darás cuenta.

Alzó su mano mientras el niño cerraba los ojos para no contemplar su final.

Tras escuchar un grito ahogado, el crío abrió nuevamente los ojos y contempló la punta de la espada que asomaba por el pecho del soldado.

—Tienes razón —susurró *Sir* Arthur al moribundo joven—. Será solo un momento.

El caballero limpió su espada. De forma impulsiva miró a uno y otro lado, temiendo que alguien más, aparte del crío, hubiera contemplado su traición al rey Kariosh.

—Como te he dicho, quédate escondido. Me aseguraré de que nadie más viene por aquí.

El muchacho asintió aterrado, observando el cadáver del joven soldado que yacía a su lado. Invadido por el miedo, se arrastró unos pasos a un lado de quien había tratado de acabar con él. *Sir* Arthur subió lentamente las escaleras que le conducirían de nuevo al exterior. Comprobó, con alivio, que en la casa no había nadie más.

Dejó atrás no solo la vivienda, sino también el resto de la aldea, hasta que el humo quedó a sus espaldas. Necesitaba respirar aire puro y, sobre todo, olvidarse del crimen que había tenido que cometer para no cumplir la terrible orden de Kariosh. Deseó con todas sus fuerzas

poder encontrar el modo de abandonar el destino al que el rey de Leryon le había abocado, tan opuesto a la vida que había llevado en Leryon, en la comodidad de su palacio.

Antes de abandonar la aldea miró una última vez al lugar en el que había dejado a John, cambiando una vida por otra. Sintió lástima por el soldado al que había tenido que matar para salvar al pequeño. Más que lástima, era la rabia lo que empezaba a consumirle. Se había entregado a la causa del rey con la esperanza de unificar los territorios que un día constituyeron el poderoso reino de Leryon, pero nunca habría imaginado que en los planes del monarca figuraría el exterminio de los mostures. Si el rey seguía adelante con su propósito, no habría territorios ni súbditos que gobernar en las tierras de Móstur. Solo quedaría polvo y cenizas, sangre y muerte; como acababa de suceder con Skeldon.

Sir Arthur dejó atrás la aldea y, apoyado sobre un árbol, lloró amargamente en silencio. Sus sueños de gloria se habían tornado en la más oscura destrucción y crueldad de un rey enloquecido por un odio que no parecía tener límites.

—*Sir* Arthur, ¿os encontráis bien? —escuchó a sus espaldas. Era uno de los soldados más allegados al rey Kariosh.

—Estoy cansado —el caballero trató de recomponerse para no mostrar su dolor.

—El rey quiere veros. Si sois tan amable de seguirme, os llevaré hasta donde se encuentra.

Al escuchar aquellas palabras, *Sir* Arthur sintió un repentino temor recorriendo su cuerpo. Por un instante, la imagen del soldado, tendido sin vida en el suelo del sótano, sacudió su mente. Tuvo el presentimiento de que, de algún modo, la muerte de aquel joven había llegado a oídos del rey. En cualquier caso, nadie le había visto salir de la vivienda en la que había sucedido aquel infortunio, o al menos eso le había parecido al dejar atrás la aldea. Sin embargo, el rey Kariosh parecía tener espías en todas partes, pues siempre estaba informado de todo cuanto sucedía a su alrededor.

Asintió con la cabeza y acompañó al soldado, que lo guio hasta la llanura en la que se encontraba acampado parte del ejército. El campamento parecía desierto, como si sus ocupantes hubieran tenido que abandonarlo de forma precipitada. *Sir* Arthur se extrañó al no encontrarse más que a unos cuantos guerreros custodiando las tiendas. Estaba a punto de preguntar a su acompañante cuando, al mirar hacia las afueras, su duda quedó resuelta. Congregados en torno al rey Kariosh, los soldados se agrupaban en la ladera del monte. Por encima de ellos, *Sir* Arthur pudo distinguir la figura del monarca, que se

encontraba acompañado por otros dos hombres a los que el caballero no pudo identificar. Al acercarse al lugar donde se encontraban, se percató de que, a juzgar por sus vestiduras, uno de ellos era un miembro del ejército enviado desde Reish. A su lado, el rey Kariosh llevaba un tiempo hablando, dirigiéndose a sus ejércitos.

—¿Qué ocurre? —preguntó el caballero a uno de los soldados que se encontraban en la última fila.

—Aquel hombre que se encuentra junto al rey… Ha sido visto dejando escapar a varios aldeanos que se refugiaban en el interior de Skeldon. Los guardias lo han llevado a presencia del monarca, que acaba de sentenciarlo a muerte por su traición.

Cuando *Sir* Arthur miró de nuevo al lugar en el que se encontraba el reo, observó como Kariosh sacaba su espada y, sin dudarlo, descargaba la afilada hoja del arma sobre el cuello de aquel desdichado, cuya cabeza rodó hasta caer donde se encontraban los soldados que poblaban las primeras filas.

—Si mostramos compasión con nuestros enemigos, no lograremos ganar la guerra contra Móstur —sentenció el monarca, mientras paseaba la vista por los hombres allí congregados.

Sir Arthur creyó sentir el peso de la mirada de Kariosh, como si por un instante los ojos del rey se hubieran quedado fijos en él. De nuevo el temor llegó al caballero, que desvió su atención hacia otra parte.

Cuando la multitud de soldados se fue dispersando, *Sir* Arthur se dirigió al lugar en el que varios hombres de Reish se disponían a enterrar el cuerpo sin vida de su compañero. El caballero se fijó en la expresión contradictoria de sus rostros.

—Ha sido un imprudente —dijo uno de los oficiales de Reish, al pasar junto a *Sir* Arthur.

—Las órdenes del rey deben ser cumplidas siempre —respondió el caballero—, aunque el castigo pueda pareceros injusto…

—Este idiota ha cometido un acto de traición a nuestro pueblo. Ha permitido escapar a varios de nuestros enemigos. ¿Habrían hecho ellos lo mismo? Esos hombres deberían estar muertos.

El caballero se sorprendió ante la reacción del oficial. Había esperado una opinión similar a la suya, con relación al cruel castigo del rey. Por el contrario, aquel soldado no dudaba en apoyar los actos de Kariosh. *Sir* Arthur pensó que, si esa era la clase de hombres que representaban el sentir general de los ejércitos de Leryon, en el caso de ganar la guerra se impondría una dictadura que tal vez no solo abarcara Móstur, sino también a todo el reino unificado y bajo la corona de un monarca que parecía alimentarse de odio, no solo acabando con sus enemigos, sino también con aquellos que mostraban

un mínimo de humanidad frente al rival vencido.

—Si este es el futuro que aguarda a nuestro pueblo, más nos vale escapar lo más lejos posible una vez finalizada la guerra.

Sir Arthur se giró al escuchar una reflexión que parecía salida de su propia mente. Antes de que pudiera contestar al joven que había hablado, lo hizo otro que también se encontraba junto al cadáver del ajusticiado.

—Más nos valdría caer en combate que habitar estas tierras sometidos al poder de Kariosh.

Ambos hombres se percataron de que *Sir* Arthur había escuchado sus palabras. El caballero se aproximó a ellos, asegurándose de que nadie más le escuchaba.

—No deberíais hablar así, si no queréis acabar como vuestro amigo…

—No era nuestro amigo… Era nuestro hermano —contestó el más joven, cuya mirada se clavó como un puñal en el caballero—. ¿De qué nos sirve conquistar Móstur si el hijo de Targosh impone una dictadura como la que amenaza nuestras tierras? No es ni la sombra de lo que fue su padre, un hombre respetado y querido por su pueblo. Sé que sois la mano derecha del rey. Por eso mismo quiero que sepáis que no todos en Leryon, y ni mucho menos en Reish, sienten la devoción que profesáis vos por nuestro monarca. Muchos dudan de él, y lo harán más tras este acto de crueldad con un hombre que ha venido hasta aquí dispuesto a dar la vida por su pueblo.

—Mi hermano ha dejado escapar a un hombre con su familia —habló el otro hombre, que ya había empezado a cavar la tumba en la que sería enterrado su hermano—. ¿Qué queríais que hiciera, matar a ese aldeano, su mujer y sus críos? Decidme, caballero, ¿qué habríais hecho vos?

—Cumplir las órdenes del rey —mintió *Sir* Arthur, recordando lo que le había sucedido a él.

—En ese caso, espero que el monarca muestre hacia vos el mismo respeto que mostráis hacia él. Ciertamente, lo hará mientras os sometáis a su voluntad, por muy cruel e injusta que pueda resultar. Y ahora, os agradecería que os marcharais y nos permitierais dar digna sepultura a nuestro hermano. Pero tened presente esto: si el rey Kariosh continúa actuando de este modo, seguirá buscándose enemigos entre los suyos… Y de ser así, no habrá una muralla que se interponga entre ellos y el rey.

—¿Debo consideraros entonces como enemigos del rey?

—Nosotros no vamos a tratar de matar a Kariosh. Pero tal vez otros no piensen de igual modo.

Los dos hombres centraron su atención en enterrar el cuerpo de su hermano. *Sir* Arthur los dejó a solas, reflexionando acerca de lo ocurrido. Se imaginó por un instante que pudiera haber una rebelión en su propio ejército, que alguien tratara de asesinar al rey. Lo que más miedo le dio a *Sir* Arthur no fue tener ese pensamiento, sino el comprobar que el mismo, lejos de atormentarlo, se presentaba ante él como algo deseable y esperanzador de cara al futuro de su pueblo. Si Kariosh cayera en la batalla, su hermana subiría al trono y Taenara podría convertirse en una reina más justa, querida y respetada.

CAPÍTULO 16: ISLA CUCHILLO

Taenara abrió los ojos, y la primera imagen que vio fue el rostro de Salwen, que aún dormía. Recordó la expresión de su consejera al escuchar la verdad acerca de la ambición de Sándor. Salwen había asentido a sus palabras, sin oponer ninguna objeción a lo que parecía una condena que sería cumplida tras la batalla de Móstur; una opción que no parecía descabellada, teniendo en cuenta que uno de los destinos probables era encontrar la muerte frente a los ejércitos de la ciudad. Salwen había comprendido que la misión de Taenara en las tierras que pretendía atacar su hermano requeriría de grandes sacrificios, y el amor entre ambas sería, tal vez, el mayor de ellos.

En el exterior, un cielo rojizo anunciaba el inminente amanecer. El nuevo día les depararía el inicio de un nuevo viaje hacia lo desconocido, y una búsqueda que, una vez más, les conduciría a otros peligros. La muerte encontraría una oportunidad más para sorprenderles en tierras extranjeras. Aquello empezaba a convertirse en un juego tan habitual como peligroso, sobre todo para Salwen. Taenara estaba convencida de que nada ni nadie podría detenerle en la misión que le había sido encomendada, en un día que había quedado muy atrás; un encuentro que había marcado un antes y un después. Nunca olvidaría aquel instante vivido en la fuente, con la imagen de Daera, los dones recibidos, y de los que únicamente Salwen había sido testigo, al contemplar el poder de la diosa al cerrar la herida de la princesa.

El ruido provocado por unos pasos acelerados hizo que Taenara volviera en sí. En ese momento, Salwen se despertó, sobresaltada.

—Vístete —ordenó Taenara, poniéndose en pie—. Creo que vienen aquí.

Las pisadas pasaron de largo. La puerta que se abrió no fue la de aquella estancia, sino la de la alcoba en la que Guízar había pasado la noche.

—¡Sacerdote! —tronó la voz de Sándor, en un tono que no hacía presagiar nada bueno para el siervo de Thariba—. ¡Maldito hijo de puta! ¡Nos has traicionado!

La respuesta de Guízar no pudo ser percibida en la estancia en la que Taenara y Salwen aguardaban, atónitas, que su puerta fuera abierta y pudieran salir para comprender lo que estaba ocurriendo. Pronto vieron cumplido su deseo.

—Salid —la voz de uno de los piratas sonó en un tono frío, carente de cualquier atisbo de sentimiento o emoción.

Lo primero que Taenara contempló fue cómo el sacerdote era sacado de su alcoba, a golpes, por parte de varios de los hombres de Sándor.

—¿Qué ocurre? —gritó la princesa—. ¡Dejadle en paz!

—Este malnacido nos ha traicionado —fue la respuesta que escuchó la princesa, por boca de Sándor—. Y tal vez vosotras también. Si eso es cierto, moriréis junto al sacerdote.

—¿Traicionado? —Taenara no podía creer lo que estaba escuchando—. ¿Por qué habríamos de traicionarte? ¿Qué es lo que te hace pensar eso?

—Espero, por tu bien, que sepas explicármelo tú misma —Sándor señaló al otro lado de una de las ventanas que dejaban al descubierto el amplio mar. Al contemplar el paraje que se dibujaba en el horizonte, Taenara descubrió el motivo por el que Sándor se sentía traicionado, a pesar de no comprender qué estaba ocurriendo.

—Te juro que nosotros no tenemos nada que ver… Por favor, no hagas nada de lo que luego puedas arrepentirte…

—De lo que empiezo a arrepentirme es del generoso trato que os he dispensado. Más vale que tengas razón, princesa, y esto no sea obra vuestra. Porque en este momento, lo que más me gustaría es arrojar a vuestro sacerdote por el acantilado, y ver cómo su cuerpo desaparece, engullido por las olas del mar.

—Os lo suplico, no lo hagáis —insistió Taenara—. Esperad y ved que no tenemos nada que ver.

—Seguidme… —Sándor estaba fuera de sí—. ¡Seguidme todos!

Descendieron por unas escaleras que les condujeron a la planta inferior de la Fortaleza Negra. Junto a sus muros podía contemplarse el continuo ir y venir de piratas que, al igual que su rey, parecían fuera de control.

—¡Tomad las armas! ¡Defended la fortaleza! —los gritos de unos y otros eran constantes, como los movimientos de cuantos se encontraban allí.

—Defended la fortaleza —ordenó Sándor—. Rodher, encárgate de que todo el perímetro es protegido y si veis que se acercan demasiado… Atacad. ¡Hedrick! ¡Maldita sea! ¿Dónde estás?

—Aquí, Sándor —el tuerto no estaba lejos.

—Ven con otros dos hombres. Nos acompañaréis a la playa y, si es verdad que la princesa y su amigo nybnio nos han traicionado… A mi señal lo ejecutaréis, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —el pirata obedeció de inmediato, llamando a otros dos que se encontraban detrás de él.

—¿Estás seguro de querer ir a la playa? —inquirió Hedrick, con la mirada fija en el horizonte.

—Sí —Sándor tampoco parecía capaz de desviar la mirada de los barcos que el amanecer había traído consigo a Isla Cuchillo. Estaba convencido de que eran embarcaciones nybnias, que habían seguido a la que había llevado hasta allí a Guízar y sus cómplices leryonas.

El Rey Pirata miró con desprecio al sacerdote, refrenando el deseo de matarle que sentía, cada vez con más fuerza a medida que veía más cercanos los barcos. A pesar de estar convencido de la traición, Sándor no se detuvo hasta que, acompañado por sus piratas y los que ahora eran llevados como prisioneros, llegó hasta la orilla.

—Son barcos nybnios —sentenció Hedrick.

—¿Estás seguro? —Sándor extrajo un cuchillo, sin perder de vista al sacerdote.

—Sí. Reconocería esas embarcaciones incluso de noche. Son nybnios.

—Esperad, por favor —habló Taenara, consciente de que Sándor estaba a punto de cometer una locura.

—¿A qué queréis que espere? —gritó Sándor—. ¿A que pongan los pies en mi isla y acaben con nosotros? No, princesa. Si he de luchar contra esos nybnios, antes me aseguraré de que vuestra traición no queda impune.

Sándor avanzó hacia el sacerdote, cuchillo en mano. Con una mano le sujetó de los cabellos, tirando de él hacia arriba. Con la otra, acercó el cuchillo al cuello de Guízar, que apenas pudo suplicar por su vida.

—Piedad, por favor… Os juro que no sé quiénes son.

—Me gustaría creeros, sacerdote. Me gustaría haber despertado esta mañana sin la visita de tus amigos… Y que hubiéramos podido ir juntos a Móstur. Pero ahora me doy cuenta de que todo ha sido una artimaña para ganar tiempo. ¿A quién habéis traído? ¿Al rey Kósser? ¿Acaso quiere ser él mismo quien acabe conmigo?

—Por favor —insistió Guízar, con lágrimas en los ojos—. Os lo juro por Thariba. No sé quiénes son.

—Los juramentos ante tu dios no van a salvarte… Ni a ellas tampoco.

En ese momento, los piratas que acompañaban a Sándor y Hendrick se abalanzaron sobre las leryonas, a las que sujetaron,

cuchillo en mano, esperando la orden del Rey Pirata, que parecía dispuesto a dictar la sentencia.

—¡Esperad! —en esta ocasión fue Hendrick quien alzó la voz—. Hay algo extraño en la embarcación que guía a las otras.

—¿Qué ocurre con ese barco? —inquirió Sándor.

—Sus velas… No parecen como las de los demás. Tienen una imagen… —el pirata trataba de escudriñar la embarcación, cada vez más cerca de alcanzar la orilla.

—¡Es la diosa Daera! —gritó Taenara—. Es una imagen de mi diosa. Creedme, Sándor. No hay duda.

El Rey Pirata dudó. Por qué iban los nybnios a llevar una vela con la imagen de la diosa Daera.

—El resto de las embarcaciones parece detenerse, Sándor.

Tal y como todos ellos pudieron comprobar, así fue. La embarcación que portaba en su vela la imagen de Daera fue la única que continuó avanzando hacia ellos.

—Por favor, Sándor —insistió Taenara—. Solo uno de los barcos continúa. Dejad que vengan hasta nosotros. Por favor.

Sándor estaba confuso, asustado por haberse dejado llevar por momentos de una ira que a punto había estado de empujarle a asesinar a Guízar. El rostro del sacerdote reflejaba una paz impropia de quien se siente a punto de morir de manera injusta.

Taenara tenía razón. Una de las embarcaciones se adelantaba a las demás. Ni siquiera era el barco más grande de cuantos se aproximaban a la costa. La imagen de la diosa Daera cobraba nitidez a medida que se reducía la distancia que separaba a unos y otros.

—Está bien —el Rey Pirata tomó del brazo a Taenara—. Permitiré el desembarco de esa nave. Pero te juro por todos los dioses que, si me habéis engañado, lo pagarás con tu vida. Los demás, quedaos aquí. La princesa y yo saldremos al encuentro de quienes se atreven a entrar en nuestros dominios.

Taenara se soltó con un movimiento brusco, y a continuación comenzó a caminar, lentamente, hacia la costa. Sándor la siguió hasta situarse nuevamente a su altura.

—Te juro que no sé qué es lo que está ocurriendo —dijo Taenara, mientras aumentaba la distancia que les separaba del resto.

—Pero es posible que ese sacerdote os haya engañado también a vosotras.

—Estoy segura de que no.

—¿Tan segura como para arriesgar tu vida?

Taenara asintió.

—Si fuera cosa del sacerdote, dudo mucho que ese barco llevara

una imagen de mi diosa en su vela. No sé quiénes pueden ser, pero te pido que me dejes hablar a mí. Tal vez sean emisarios de Leryon, quizá mensajeros enviados por mi hermano. En cualquier caso, te pido que no hagas nada hasta que estemos plenamente seguros de saber quiénes son y cuáles son sus intenciones.

—¿Y si nos atacan antes de conocer sus intenciones?

—Si tan seguro estás de que puedan atacarnos, permíteme adelantarme para hablar con ellos.

—No —sentenció Sándor—. Iremos los dos.

Aguardaron expectantes el desembarco de la nave, que encabezaba una pequeña flota de lo que parecían ser marineros nybnios. Por un instante, Sándor imaginó que se tratara de guerreros enviados por el rey Kósser, en número suficiente para acabar con el Rey Pirata y sus hombres. La imagen de Daera le había resultado tranquilizadora, aunque podría tratarse de una trampa ideada por el sacerdote Guízar. A pesar de ver a los demás barcos bastante alejados de la costa, el temor de Sándor fue en aumento a medida que veía más cercanos a quienes dirigían aquella inesperada incursión en sus aguas.

De la embarcación emergió un pequeño bote que emplearían los recién llegados para alcanzar la costa. Para Taenara fue un alivio comprobar que los primeros en desembarcar en la playa serían muy pocos.

Dos hombres altos y corpulentos encabezaban el grupo, ocultando tras de sí a los otros tres o cuatro que acababan de pisar tierra firme.

—¿Los conoces? —preguntó Sándor, intrigado.

Taenara negó con la cabeza mientras escudriñaba con la mirada a los supuestos nybnios, uno de los cuales habló cuando se encontraron a una distancia prudente.

—No temáis. Estamos desarmados.

—¿Quiénes sois? —inquirió Sándor—. ¿Y qué hacéis en mi isla?

—Esta isla es territorio nybnio, y por tanto pertenece al rey Kósser.

La respuesta no gustó a Sándor, quien al escuchar la mención del rey se puso más nervioso aún.

—¿Quiénes sois? —gritó Taenara.

—Lo sabéis muy bien, princesa —se escuchó la voz procedente de uno de los hombres que se encontraban a la cola del grupo.

Taenara se disponía a responder a aquella voz que le resultaba familiar, pero sintió el gélido roce del cuchillo de Sándor, acariciando su cuello.

—Así que… ¡Conoces a estos hombres! —Sándor elevó la voz, sintiéndose traicionado—. Nos has mentido.

—No estamos aquí por ti, Sándor. Hemos venido a buscar a

Taenara. Y preferiría llevármela viva, porque si la matas, también me llevaré tu cadáver y lo arrojaré a lo profundo del mar. Aparta el cuchillo de ella.

Sándor obedeció, separándose de Taenara.

Los hombres que encabezaban el grupo se echaron a un lado, y por detrás de ellos emergió la imagen del líder que encabezaba la expedición nybnia, que se dirigió hacia el Rey Pirata. Llevaba a su espalda un saco, que cargaba sin apenas esfuerzo.

El nybnio quedó entre Sándor y Taenara.

—Si me disculpáis —habló al Rey Pirata— me gustaría dirigirme en primer lugar a la princesa. Taenara, espero que aceptéis esta ofrenda de reconciliación, para reafirmar nuestra alianza.

El nybnio volcó el saco y dejó escapar su contenido.

Sándor dio un paso hacia atrás, al ver cómo una de las cabezas rodaba hacia él.

—Gróber y sus hermanos —Taenara dejó escapar una sonrisa de satisfacción al reconocer los rostros de quienes habían asesinado a los leryones. Me alegro de verte, Ferghus.

—Como podéis comprobar, princesa, no es mi única ofrenda —el nybnio señaló los barcos que se encontraban a su espalda—. Por favor, aceptad a mi pequeño ejército de mercenarios nybnios y permitidles ver cumplida la promesa que les he hecho de acabar con esos malditos mostures. Como os dije, tengo cierta influencia en nuestras tierras.

—Entonces, ¿no os envía el rey Kósser? —inquirió Sándor.

—No nos envía nadie. Venimos por nuestra propia voluntad para acompañar a la princesa hasta Móstur.

Sándor miró a Taenara.

—Os ruego que me perdonéis, princesa. Lamento haber dudado…

—Os perdono, Sándor.

—Imagino que, con este ejército a vuestra disposición, ya no requeriréis de mis servicios.

—Eso, ¿os entristece? —preguntó Taenara, al ver la expresión del rostro del Rey Pirata.

—Ciertamente, sí. Me entusiasmaba la idea de poder acompañaros.

—Pero seguramente os entusiasmaba más la idea de acabar con Owen, ¿verdad?

—Cierto —sonrió Sándor—. Entonces, ¿qué me decís, princesa? ¿Nuestro pacto sigue en pie?

Taenara no respondió. Necesitaba considerarlo por un momento. Ferghus intervino en la conversación.

—¿Acabar con Owen, el loco? —el nybnio miró fijamente a Sándor —. ¿Os gustaría acabar con el bastardo del rey?

—Así es.

—¿A cambio de qué? —Ferghus sentía curiosidad—. ¿De un ejército?

—Más o menos —contestó Taenara.

—En ese caso —añadió Ferghus— creo que deberíais mantener en pie ese trato, princesa.

—¿Y por qué habría de hacerlo? Ahora ya tengo ejército —Taenara contempló los barcos nybnios.

—Porque, para llegar al puerto de Yark, tendremos que acabar con Owen. El loco domina las islas de Las Furias, y no nos dejará cruzar hasta nuestro destino.

—En ese caso, Sándor, si de verdad queréis acompañarme, decid a vuestros hombres que liberen a mi consejera y al sacerdote… Y preparaos para partir. Reuniremos un gran ejército con el que llegar a Móstur.

—No me cabe la menor duda de que, con nuestra ayuda, Leryon conquistará la ciudad —contestó Sándor, antes de girarse para ordenar a sus hombres la liberación de Salwen y Guízar.

Taenara sonrió para sus adentros. Ahora que la alianza con Sándor y Ferghus le permitiría hacerse con un gran ejército, ¿por qué iba a ayudar a Leryon? ¿Por qué someterse a la voluntad de su hermano Kariosh?

CAPÍTULO 17: CERCA DE SKELDON

Sir Arthur despertó sobresaltado. La noche había transcurrido lenta y repleta de inquietantes sueños protagonizados por las voces y lamentos de los skeldianos así como la crueldad de Kariosh y su afán por acabar con todo aquel que pudiera ser considerado su enemigo. En su última pesadilla, el caballero había ocupado el lugar del soldado decapitado por el rey, una vez que le habían sorprendido dejando en libertad al niño encontrado en el sótano.

Con el corazón acelerado por la imagen de aquel último sueño, el caballero decidió abandonar su tienda para respirar el aire fresco de la mañana. El cielo estaba repleto de grisáceos nubarrones que amenazaban con dejar caer su furia sobre ellos. El día amanecía oscuro, sombrío como los pensamientos que circundaban la mente de *Sir* Arthur, un hombre poco acostumbrado a la confusión. Tal vez por eso, su corazón parecía estar sufriendo más de lo que lo había hecho en cualquier otro momento de su vida. En Leryon era un hombre respetado y querido, en quien muchos depositaban su confianza tras su intachable trayectoria. En cambio, allí no era más que un soldado más. Incluso hacía tiempo que Kariosh, llevado por su creciente ira y belicismo, no acudía a él en busca de consejo. De haberlo hecho en días atrás, tal vez habría podido evitar la muerte del soldado de Reish. Desgraciadamente, no había sido así. El caballero se sentía cada vez menos útil a medida que sus pasos le acercaban más a Móstur.

Paseando por los alrededores del campamento, pudo comprobar el frío ambiente que se respiraba entre los propios soldados. Un silencio estremecedor recorría los pasillos dejados entre las tiendas, y las corrientes de aire se escuchaban con una inquietante claridad. El caballero imaginó que más allá, en el lugar donde se concentraban las tropas venidas de Reish, el ambiente debía de ser aún más gélido. Recordó las palabras pronunciadas por los hermanos del soldado decapitado por Kariosh, palabras que le habían parecido un oscuro presagio de lo que podría ocurrir en los albores de la batalla. Si la misma se tornaba aún más difícil de lo que cabría imaginar, tal vez las deserciones comenzaran a extenderse como una plaga entre los

soldados de Reish.

Cuando regresó a su tienda, *Sir* Arthur se sobresaltó al ver a Kariosh, que le aguardaba en la entrada.

—Habéis madrugado mucho —habló el monarca. Su tono de voz, al igual que su expresión, daba muestras de cansancio.

—Sí, necesitaba respirar un poco de aire fresco.

—¿No habéis dormido bien?

El caballero negó con la cabeza.

—Yo tampoco —respondió Kariosh—. A medida que nuestros pasos nos acercan a Móstur, cada noche me cuesta más conciliar el sueño. Supongo que es por la incertidumbre de la batalla, tal vez por la… necesidad de entrar en combate lo antes posible. Las noches transcurren tan lentas como oscuras; noches en las que en ocasiones he salido de mi tienda para dar un paseo y reflexionar sobre aquello que debemos hacer para que la balanza de la batalla se incline a nuestro favor, ya desde el primer momento. La destrucción de Skeldon ha supuesto un incremento de la moral con la que nos enfrentaremos a los mostures. Pero la piedra no entiende de moral, y la muralla de Móstur es una de las más espectaculares defensas que pueden encontrarse en cualquier reino conocido.

—La ciudad de Móstur está construida en un enclave seguro desde el que domina cualquier terreno próximo.

—Esos malditos ríos constituyen un muro infranqueable para nuestros ejércitos. Debemos encontrar otra opción, otra alternativa al ataque del único extremo de la muralla que pudiera resultar más descubierto. La Puerta de los Caballeros estará extremadamente protegida, y la muralla que la envuelve resultará prácticamente infranqueable. Pero tal vez sea posible encontrar el modo de entrar a Móstur por otro lado. Seguidme.

—¿En las inmediaciones de uno de los ríos, tal vez? Quizá pudiéramos encontrar un punto débil.

—He convocado a mi tienda a uno de los oficiales de Reish, que afirma creer que en las proximidades del río Éresot se encuentra la salida del sistema de alcantarillado de la ciudad. Me gustaría que estuvierais presente mientras expone su plan, y que así podamos tener en cuenta una alternativa que nos permita entrar en la ciudad y lanzar el ataque desde el interior.

—Debemos tener presente cualquier alternativa posible —respondió el caballero. Por un momento, el monarca parecía asemejarse más al que se había manifestado en Leryon, antes de que la ambición hubiera cegado su mente empujándole a cometer las atrocidades que ponían en peligro incluso la cohesión de su propio

ejército.

A la entrada de la tienda del rey, siempre custodiada por una decena de soldados, ya se encontraba el oficial del ejército de Reish, que saludó al monarca con una inclinación de cabeza. Kariosh le hizo pasar, y después a *Sir* Arthur.

—Por lo que me han dicho mis hombres, conoces un modo de poder adentrar a nuestros soldados en la ciudad sin arriesgarnos a un enfrentamiento abierto con los ejércitos de Móstur.

—Así es —respondió el oficial, un hombre que, a juzgar por su aspecto, parecía curtido en el combate y el liderazgo de ejércitos. Sus ojos marrones destacaban entre las numerosas arrugas que surcaban su rostro, haciéndole parecer mayor de lo que era en realidad. Su mirada reflejaba una inquebrantable seguridad en sí mismo. Sus largos cabellos grisáceos estaban peinados hacia atrás, y caían derramados en interminables ondulaciones alrededor del cuello.

—¿Cómo os llamáis?

—Greg Rodsen, majestad.

—Si no me equivoco, vuestro apellido es uno de los más reputados en Reish.

—Así es, majestad. Entre mis ancestros se encuentran algunos de los gobernantes más prestigiosos de mi pueblo. Es un orgullo el poder serviros.

—Bien, Greg. Acompañadme.

El rey le hizo pasar a la tienda, donde se situaron en torno a la mesa que contenía un amplio mapa de Móstur, su división en barrios, así como los caminos y ríos que la rodeaban.

—El ataque a la muralla de la Puerta de los Caballeros es nuestra principal alternativa, y la que también espera nuestro enemigo. Por eso necesitamos buscar algún otro punto de la ciudad que pueda resultar más frágil de cara a un silencioso ataque, una misión que pueda ser encomendada a un reducido número de soldados.

—Pasé algún tiempo en la ciudad de Móstur, cuando mi padre trabajaba allí como herrero —habló Greg. Su tono de voz era grave y firme—. Yo era aún un niño, pero ya sabía manejar el arco con cierta destreza. Me encontraba un día cazando, a las afueras de la ciudad, cuando vi un ciervo que había bajado a beber agua del río. Antes de poder dispararle una flecha, el animal se dirigió a las proximidades de la muralla, en un lugar de difícil acceso. Traté de seguirle, pero finalmente le perdí de vista. Fue entonces, a punto de marcharme, cuando descubrí un pequeño agujero en la muralla, una pequeña cueva, cavada en la roca, y en mitad de un canal abierto en el suelo. Llevado por la curiosidad, fui allí en otras ocasiones, e incluso llegué a

colarme entre los barrotes de hierro del agujero que había al fondo de la misma. El otro lado era un túnel, oscuro pero lo suficientemente amplio para que pudiera subirse por él. Estaba demasiado sucio y maloliente como para aventurarme a averiguar hasta dónde podría llegar.

—¿Recordáis el lugar exacto en el que se encontraba?

—Sí, majestad. Y salvo que hayan quemado o arrancado cuanto había a su alrededor, se encuentra lo suficientemente escondido como para llegar hasta él sin ser visto desde la parte superior de la muralla.

—Bien… Exactamente, dime por dónde se encontraría —Kariosh señaló el mapa.

Greg contempló los trazos que delimitaban los lindes de la ciudad, y señaló un punto cercano a las aguas.

—El mayor peligro es cruzar el río. Desde la muralla, podrían descubrirnos atravesando el Éresot.

—Saben que nos dirigimos a su ciudad, pero seguramente esperen un ataque por el extremo norte, la llanura frente a la Puerta de los Caballeros es el mejor punto desde el cual iniciar el asedio. Por eso tal vez no imaginen que podamos tratar de internarnos en la ciudad por otro punto, y menos aún tan cerca del vértice formado por la confluencia de ambos ríos. Si conseguimos alcanzar el interior de la ciudad…

—La misión requeriría de un número reducido de hombres, si queremos tener éxito a la hora de burlar a la guardia de Móstur —Greg permanecía con la mirada fija en el punto que había señalado en el mapa.

—Sí.

—Pero entonces —añadió *Sir* Arthur—, una vez que sepamos hasta dónde nos lleva el túnel, si tenemos la suerte de que nos ayude a adentrarnos en la ciudad, deberemos movilizar parte de nuestro ejército para poder atacar desde dentro.

—Exacto —contestó el oficial.

—Si vemos que a través de esas cloacas podemos alcanzar fácilmente un extremo de la ciudad, lanzaremos primero el ataque que esperan los mostures, junto a la Puerta de los Caballeros. Mientras tanto, llevaremos otro numeroso grupo al interior. Si los mostures movilizan sus soldados para defender el primer ataque, tendremos posibilidades de entrar con un buen número de soldados. ¿Qué opináis vos, *Sir* Arthur?

El caballero observó el mapa con detenimiento.

—Si no me equivoco, la entrada por el túnel podría conducirnos a lo que era el barrio nybnio.

—Tras la persecución de los nybnios, ese extremo de la ciudad ha quedado deshabitado y, según he oído, parte de sus viviendas han sido derruidas. Sería el mejor punto por el que acceder a la ciudad de forma que podamos pasar lo más desapercibidos posibles. Si queréis, puedo reunir una docena de hombres para llevar a cabo la misión de comprobar hasta dónde nos lleva el túnel.

Las palabras de Greg dejaron un breve silencio. El rey Kariosh meditaba las alternativas que pasaban por s mente.

—¿A cuántos días estamos de Móstur? —preguntó el monarca.

—Si continuamos el avance con todo nuestro ejército, es posible que aún nos queden seis o siete jornadas de viaje —contestó *Sir* Arthur.

—Pero si enviamos a un reducido grupo, podríamos reducir el tiempo a la mitad —Greg parecía ansioso por llevar a cabo la misión lo antes posible.

—Sería demasiado arriesgado —indicó el rey, que había pensado en otra opción—. Continuaremos la marcha con todo el ejército hasta alcanzar Móstur. Allí, frente a la muralla norte, acamparemos e iniciaremos el asedio a la capital. De esta forma, atraeremos toda la atención de los mostures. Una vez establecido el campamento y, mientras esperamos la llegada de los últimos soldados que han de incorporarse a nuestro ejército, llevaremos a cabo la misión. Greg, me gustaría ir contigo y así comprobar las posibilidades de acceso al túnel, y a la ciudad. *Sir* Arthur, vos también vendréis.

—Pero majestad, ¿quién se quedará al frente de los ejércitos en nuestra ausencia?

—Nombraré a uno entre los oficiales. Pero necesito que vengáis conmigo. Si esa entrada a la ciudad resulta ser viable, deberemos planificar cuidadosamente el modo de hacer pasar por allí al mayor número de hombres. Si logramos iniciar el ataque desde el interior, podremos asegurarnos una rápida victoria. Las murallas de Móstur son casi inexpugnables, por lo que su ataque debe ser, al menos inicialmente, una distracción para alejar a nuestro enemigo del verdadero lugar por el que intentaremos cruzar al interior de la capital.

—Entonces, ¿continuaremos el avance con todo el ejército?

—Sí, Greg. Decid a vuestros soldados que se preparen para reanudar la marcha. Id eligiendo a otros siete hombres que puedan acompañarnos en nuestra internada por el túnel.

—Sí, majestad —el oficial se dio la vuelta y, con una sonrisa dibujada en su rostro, abandonó la tienda del rey.

—¿Confiáis en él? —preguntó *Sir* Arthur.

—¿Por qué no habríamos de hacerlo? —Kariosh frunció el ceño.

—Habéis matado a uno de sus hombres…

—Un soldado que desobedeció mis órdenes —el monarca elevó el tono de su voz—. Si no castigo a aquellos que no cumplen con su deber, ¿cómo voy a dirigir el ataque a la ciudad? ¿Cómo gobernar todo el reino unificado una vez que finalicemos la batalla?

—Si acabáis con todos aquellos que se interpongan en vuestro camino, el pueblo os temerá, pero no os respetará como monarca.

—Deduzco que no estáis de acuerdo con lo que hice… ¿Creéis que me gusta matar a mis propios hombres? No, *Sir* Arthur, desde luego no es algo deseable. Pero en ocasiones, la muerte de uno solo evita posteriores ejecuciones que traigan peores consecuencias.

—Majestad, con el debido respeto, solo trato de aconsejaros, pues para eso me hicisteis venir.

—Bien, aconsejadme pues… ¿Cómo debería llevar a cabo la conquista de Móstur?

—Si vuestra única opción es aniquilar a los mostures, perderéis muchos súbditos y tendréis que afrontar una costosa reconstrucción, no solo de la ciudad, sino de vuestra propia imagen. La idea de un rey que aniquila al pueblo que pretende gobernar no es muy atrayente.

—Los mostures no son el pueblo que pretendo gobernar. Para ellos no soy más que un extranjero que viene a quitarles lo suyo.

—En ocasiones, el pueblo no distingue si el pie que les aplasta es el de un extranjero o el de un monarca nacido entre ellos. En estos momentos, las manos de Athmer estrangulan a muchos de ellos. ¿Y si esos mostures vieran en vos a alguien que puede liberarlos del sometimiento de los helvatios?

—Es difícil distinguir entre aquellos que se unirían a nosotros y quienes nos esperan cuchillo en mano.

—Lo sé. Pero en toda batalla es deseable una victoria con el menor número de muertes posibles.

—No encontraremos entre los helvatios a ninguno que renuncie a su fe en Athmer para adorar a Lorwurn.

—En eso estamos de acuerdo. Todo helvatio es un enemigo que ha de ser vencido de forma definitiva. Pero entre los ciudadanos de Móstur hay muchos otros que desearían ver caer a los siervos de Athmer. Y entre ellos no solo el pueblo llano, sino también los nobles.

—Ya es tarde para buscar alternativas de negociación. Todos los habitantes de Móstur saben que nos dirigimos a su ciudad. Seguiré vuestro consejo, al menos en lo referente a no destruir la capital o aniquilar a sus habitantes como se ha hecho con Skeldon. Respetaré la vida de todos aquellos que se rindan, excepto si son helvatios. Clérigos

y caballeros… todos deben morir. Athmer debe morir.

CAPÍTULO 18: MÓSTUR

Apenas dos días después del Consejo de los nobles en el palacio de Kivarth, llegó el momento escogido para el nombramiento del Senescal de Móstur, en lo que sería una ceremonia pública y breve, reflejando la extrema necesidad de que lord Belson tomara posesión de su cargo lo antes posible y dedicara todos sus esfuerzos a la defensa de la ciudad.

La noticia de la llegada de Kariosh a Skeldon habían corrido veloz entre los ciudadanos, provocando que, por una vez en mucho tiempo, todos los habitantes de Móstur parecieran estar de acuerdo en algo: el nombramiento de un guardián de la ciudad que lograra poner fin, al menos de manera momentánea, a las disputas que habían sacudido los cimientos de la capital. En ese aspecto, la consigna de los nobles era clara: presentar al pueblo una imagen de la unidad de todas las casas para hacer frente al enemigo común que avanzaba desde el este.

Por decisión del propio lord Belson, la ceremonia no tendría lugar en el interior de alguna de las construcciones más emblemáticas de la ciudad. El templo de Athmer ya no acogería ningún ritual que tuviera que ver con el gobierno de Móstur, manteniendo al dios de la Luz ajeno a cualquier decisión política y sus consecuencias. Y la Fortaleza era, fundamentalmente, el símbolo de la corona. Aunque lord Belson trasladaría hasta allí su residencia, quería que su nombramiento como senescal se produjera lejos de un trono que, de forma momentánea, sería sustituido por un asiento más sobrio, acorde con el cargo ostentado por su ocupante.

Por suerte, la mañana era propicia para una celebración al aire libre, por lo que la Plaza del Poder y sus calles aledañas estarían repletas de ciudadanos y nobles venidos de poblaciones cercanas, pues serían muchos los que, debido a la premura del nombramiento, no dispondrían del tiempo suficiente para acudir a la capital y presenciar el acontecimiento llamado a ser el inicio de la pacificación de la ciudad. Así al menos lo veía Yar Bolfren. El caballero helvatio se encontraba entre las primeras filas, junto al Gran Maestro Therios, cuyo único papel en la ceremonia tendría lugar al comienzo de la

misma. De forma visible a todo el pueblo, el líder de la Orden Helvatia renunciaría a todo cargo que supusiera ejercer cualquier poder sobre la ciudad.

—Lord Belson ha hecho bien en elegir este lugar para su nombramiento —el Gran Maestro miraba a su alrededor, allí donde la vista le permitía ver las primeras filas de nobles congregados en las inmediaciones del estrado en el que pronto aparecería el nuevo gobernante.

—¿Por qué aquí? —inquirió Yar Bolfren—. En los últimos tiempos, en esta plaza no ha habido más que derramamientos de sangre. Ejecuciones, la muerte de los miembros del Consejo… ¿No habría sido mejor celebrar la ceremonia en el castillo o sus inmediaciones?

—Se trata de un nombramiento, no una coronación. El propio lord Belson lo ha querido dejar muy claro, en un gesto que le honra y le hace ganarse una mayor confianza de la que ya de por sí muchos tenían en él.

—Sí, pero… Este lugar…

—La Plaza del Poder… Este lugar debe hacer honor a su nombre. Y qué mayor muestra de poder que el ver congregadas a todas las casas nobles, unidas bajo el vuelo del águila de los Lorioth. Esta es una señal que el pueblo necesita contemplar en estos momentos de incertidumbre. La unión de los nobles debe ser la muestra de poder que los ciudadanos de Móstur deben contemplar para no perder la fe en la victoria sobre el enemigo invasor.

—Kariosh no tardará en llegar.

—Y para ese momento, si lord Belson ejerce debidamente su influencia, estaremos preparados para recibirle. Fíjate en la multitud que se ha congregado para ser testigos del nombramiento del senescal. Campesinos, nobles… Parece que, por fin, los habitantes de Móstur ponen la mirada en un horizonte común. La paz que en estos momentos se respira en el interior de nuestros muros contrasta con la guerra que amenaza desde el exterior… Bien, ha llegado el momento de liberar a nuestra Orden del peso del gobierno de la ciudad.

Lord Belson subía lentamente las escaleras del estrado que había sido convenientemente dispuesto para que todo el pueblo fuera testigo del nombramiento. Yar Bolfren no pudo evitar acordarse de la última persona a la que había visto subir aquellas escaleras. Su mente se evadió por un instante, tratando de averiguar dónde se encontraría Yar Gregor en aquel momento. Casi de forma instintiva, miró a su alrededor, deseando que el caballero helvatio apareciera entre la multitud. Observó a muchos miembros de la Orden, que habían acudido allí para ser testigos del traspaso de poder, pero ninguno de

ellos era su amigo.

«Estará ya lejos de aquí».

Cuando Yar Bolfren volvió en sí, se percató de que el Gran Maestro ya no se encontraba a su lado, sino que se dirigía al estrado, iniciando así la ceremonia. El caballero contempló fijamente a lord Belson, que parecía haber elegido su vestuario cuidadosamente, portando un uniforme acorde con el sentido del ritual que estaba a punto de llevarse a cabo.

El noble no portaba ningún símbolo de su casa, reflejando así la imparcialidad que suponía el cargo para el que había sido elegido. Su indumentaria parecía adecuada a los tiempos que estaban por llegar, dejando claro que Móstur necesitaba, ante todo, un líder militar. Lord Belson vestía una loriga sobre la que se veía el emblema de Móstur, bordado en el pecho de una sobrevesta de colores grisáceos, similares a los de la malla que dejaba al descubierto en sus mangas. Lejos quedaba así la imagen que muchos tenían del noble, a quien habitualmente veían caminar por la ciudad con las ostentosas vestiduras de los de su condición. La multitud congregada en la plaza contempló la imagen del guardián de Móstur, y los primeros gritos de apoyo no se hicieron esperar. En su privilegiada posición, lord Belson escuchó el clamor unánime del pueblo, que lo proclamaba como protector. El noble se preguntó si realmente era esa la impresión que causaba, o si se trataba de un grito desesperado por parte de quienes ya parecían escuchar el susurro de las espadas de Leryon. Por un momento, se sintió inseguro de poder llevar la carga que estaban a punto de otorgarle, pero la expresión de todos aquellos que se encontraban a su alrededor pronto le devolvió la confianza con la que, desde el primer momento, había asumido aquella responsabilidad.

Los gritos se fueron apagando a medida que el Gran Maestro Therios se acercaba al noble. El líder de la Orden Helvatia dirigió una breve mirada a lord Belson y después se giró hacia la muchedumbre. Las aclamaciones fueron sustituidas por murmullos, y estos pronto desaparecieron, dejando un inquietante silencio. Quizá muchos de los allí presentes pensaban que la presencia de Therios presagiaba la oposición de los helvatios a su renuncia al poder. La severa expresión del Gran Maestro así parecía confirmarlo.

Mientras desenrollaba el pergamino que recogía su discurso ante el pueblo, Therios repartió la mirada por el gentío que, como la inmensidad del mar, mostraba un horizonte sin final, más allá de las calles que rodeaban la plaza.

—Ciudadanos de Móstur —el Gran Maestro alzó la voz con el habitual tono firme de sus palabras—. Como todos sabéis, atravesamos

tiempos de incertidumbres y luchas internas en nuestra ciudad.

En ese instante, se escucharon murmullos y algún que otro abucheo, recordando a Therios el protagonismo de la Orden helvatia en los acontecimientos que habían llevado a esas luchas internas. Con voz firme, lejos de permitir que sus palabras fueran silenciadas, el Gran Maestro alzó aún más la voz.

—No voy a negar los errores que la Orden Helvatia ha cometido durante los últimos tiempos, al frente del gobierno de Móstur. Y es por eso por lo que, humildemente, me presento ante vosotros para responder por esos errores.

Con estas palabras, Therios hizo desaparecer cualquier murmullo o duda de quienes aún creían que los helvatios seguirían ostentando parte del poder sobre la ciudad.

—En nombre de todos los helvatios, quiero pediros perdón por las decisiones que, en mi ausencia, han sido tomadas por aquel que ostentó durante un tiempo el liderazgo de la Orden. También os pido perdón por todos aquellos actos reprochables que yo mismo, como miembro del Consejo, haya podido cometer. Reconozco que en ocasiones he sido injusto, incluso cruel o, simplemente, negligente en mis obligaciones como dirigente. Hoy habéis sido congregados para ser testigos de dos acontecimientos. El más importante de ellos es el que todos aguardáis, sin duda: el nombramiento de lord Belson como Senescal y protector de la ciudad. El otro, es el que estáis presenciando ahora mismo: la renuncia de la Orden Helvatia a todo cargo relacionado con el gobierno de la ciudad.

Nuevamente, los murmullos se propagaron entre una muchedumbre que parecía atónita ante las palabras del Gran Maestro. Resultaba casi imposible de creer que la posición de la Orden Helvatia pasara de un extremo a otro, de ostentar todo el poder sobre Móstur a renunciar a cualquier opción de gobierno. Fue una decisión celebrada por la mayoría de los ciudadanos, incluso de los propios helvatios, o al menos de los que llevaban más años formando parte de la Orden, pues veían necesario quedar al margen de cualquier responsabilidad sobre los ciudadanos de Móstur.

Therios hizo una breve pausa para contemplar aquellos infinitos rostros que lo miraban entre el asombro y la incredulidad. Observó también la expresión de los miembros de la Orden. Tal vez sus palabras causaran una decepción inicial en aquellos que se habían unido en los últimos meses, movidos tal vez por la cercanía al poder. El Gran Maestro sabía que, tras aquella ceremonia, perderían a muchos aspirantes a la Orden. Lejos de preocuparle, ese pensamiento le tranquilizaba, pues había llegado el momento de que los helvatios

volvieran a servir únicamente a Athmer. El Gran Maestro no quiso prolongar su discurso. Quería que su breve mensaje fuera escuchado por el pueblo para así devolver a los suyos el verdadero papel que habían desempeñado durante años.

—Como Gran Maestro de la Orden Helvatia, devuelvo el poder sobre la ciudad a quienes verdaderamente deben ostentarlo. Es hora de que nuestro pueblo inicie nuevamente el camino al nombramiento de un nuevo monarca, elegido de entre las casas más representativas y arraigadas en nuestra ciudad, aquellas que a lo largo de la historia han dirigido el destino de Móstur. Es una decisión que requiere de tiempo, un tiempo que ahora resulta escaso frente a las adversidades que, como todos sabéis, nos acechan en el exterior. Por eso se hace necesario el nombramiento de un senescal que, de forma provisional, se haga cargo del poder sobre la ciudad, alguien que la conozca bien y que pueda desempeñar esta delicada labor. Y es voluntad de las casas nobles que sea lord Belson nuestro senescal.

El clamor regresó a la plaza; gritos y aplausos que interrumpieron las palabras del Gran Maestro, que hizo una breve pausa antes de finalizar su discurso.

—Pueblo de Móstur, es hora de que venzamos las amenazas internas, para poder hacer frente a las que nos lleguen desde el exterior.

Therios se acercó a lord Belson, a quien entregó el manuscrito que recogía la renuncia al poder, en una carta cuyo contenido resultaba más amplio que el discurso pronunciado ante el pueblo.

—Que mis palabras sean testigo de la voluntad de la Orden Helvatia, que no es otra que ver cumplido vuestro nombramiento —Therios abrazó a lord Belson mientras le susurraba al oído—. Espero veros algún día como rey de Móstur.

Lord Belson respondió con una sonrisa que dio paso a una expresión de disconformidad con el deseo de Therios.

El gentío estalló en estrepitosos aplausos y ovaciones a lord Belson, que aguardaba en pie la llegada de varios caballeros y representantes de las casas nobles de Móstur, quienes leerían en voz alta las palabras de nombramiento del senescal para después reverenciarle y jurarle lealtad hasta que expirara su mandato, con el nombramiento de un nuevo rey.

En esa segunda ceremonia Therios ya no estaría presente en el estrado, dejando muy claro que la Orden no tenía ninguna capacidad de delegar un poder del que ya no participaba.

El Gran Maestro se situó nuevamente junto a Yar Bolfren, que con un gesto dio su conformidad a las palabras pronunciadas frente al

pueblo.

—Buen discurso, Gran Maestro.

Ambos helvatios se giraron para contemplar a *Lady* Alys. La señora de la casa Clarke no parecía estar acompañada por miembros de su familia. Únicamente había un par de caballeros escoltándola.

—Gracias, *Lady* Alys.

—Habéis hecho una promesa frente a todo el pueblo…

—Exacto —asintió Therios—. Una promesa de gran valor, pues hay incontables testigos de mis palabras.

—Supongo que así es más sencillo renunciar a cualquier pensamiento de poder que os pueda tentar, aunque a vos no os hace falta pronunciar vuestras promesas frente al pueblo. Creo que sois hombre de palabra.

—No siempre lo he sido. Pero en esta ocasión era necesario hacerlo de este modo, no por mí, sino por todos los miembros de la Orden.

—Aun así, no creo que todo el pueblo crea que vuestras palabras os eximen de las responsabilidades sobre los actos que han tenido lugar en la dictadura impuesta por vuestro Presthe.

—Lo sé.

—Por mi parte, y por parte de todos los miembros de mi familia, no hay nada de reprocharos. Vos no tuvisteis la culpa de los actos de Zen Grimward.

—Ahora que mencionáis a los miembros de vuestra familia —Therios contempló a los escasos hombres que acompañaban a la Señora de la casa Clarke—, me temo que estáis demasiado sola en un lugar en el que la paz parece condenada a transcurrir veloz como la brisa de la mañana. La guerra pronto llegará a nuestra ciudad. Quizá aún estéis a tiempo de dejar atrás Móstur y refugiaros en vuestra tierra, donde los leryones seguramente no se atrevan a ir…

—Esta es mi tierra, Gran Maestro. Aunque lleve tiempo lejos de aquí, mi hogar siempre me ha acompañado allí donde he ido. Y en cuanto a los pocos hombres que me acompañan, creo que con el transcurso de los días irán creciendo en número. Lo siento, Therios. No puedo abandonar la ciudad, ahora que mis hijos y nietos están a punto de venir.

—Les hicisteis llamar tras el Consejo de los nobles, ¿verdad?

—Exacto, aunque creo que mi hijo mayor no ha tenido tanta paciencia como para esperar a ser reclamado. Ayer recibí un mensaje suyo. Será el primero en llegar.

—¿Vuestro hijo mayor? —Therios frunció el ceño, mientras trataba de recordar su nombre. Había oído hablar de él, pero nunca le había visto.

—Mi hijo Herry se preocupa demasiado por mí. Aún no parece comprender que, a mi edad, ya hay pocas cosas a las que temer y, desde luego, la muerte no es una de ellas.

—¿A qué teme entonces mi señora?

—Tal vez a que llegue el día en que no pueda decidir por mí misma adónde ir o qué hacer.

—A juzgar por vuestro aspecto y vuestra valentía al venir aquí con tan escaso séquito, diría que ese día está aún lejano.

Lady Alys se echó a reír.

—Espero que así sea, Gran Maestro. No tengo intención de abandonar la ciudad, pero espero que la muerte me permita continuar envejeciendo tras derrotar a nuestros enemigos.

—Rezo a Athmer para que nos conceda la victoria.

—Rezadle para que ilumine la mente de nuestro querido lord Belson —*Lady* Alys desvió la mirada hacia el estrado, donde el noble recibía un estandarte de Móstur, en el momento de pronunciar las palabras del juramento con el que se consagraba al gobierno de la ciudad, un gobierno basado en la justicia y la búsqueda de la prosperidad para el pueblo.

La escena resultaba reconfortante y esperanzadora. Lord Belson sujetaba el estandarte de la ciudad, dejando que el escudo de Móstur se agitara suavemente mecido por el aire, ondeando de manera armoniosa y trazando movimientos majestuosos, acordes con el momento álgido de la ceremonia. Frente al senescal, los nobles de las casas más representativas permanecían con la cabeza inclinada, sujetando sus espadas con ambas manos, ofreciéndolas al servicio del protector de Móstur.

El Gran Maestro miró por un momento a *Lady* Alys, que adivinó sus pensamientos.

—Tal vez yo también debería estar ahí, poniendo mi espada al servicio del senescal. Pero no quiero restar solemnidad a la ceremonia. Mi casa no es lo suficientemente representativa como para tener un lugar en ese estrado, y me alegro de que así sea. Pero tened esto seguro, Therios: la llegada de mis hijos y nietos, así como sus acompañantes, dejará al pueblo más sorprendido que la escena que acaban de contemplar. Os lo prometo.

—En ese caso, será un honor recibir a vuestra familia y todos sus acompañantes. Espero que lleguen a tiempo…

En ese momento, las palabras de Therios fueron interrumpidas por el estrépito de aplausos que recorrió la Plaza del Poder por cada uno de sus extremos. Lord Belson se había arrodillado para pronunciar unas últimas palabras. Se postraba ante el pueblo con su condición

noble, y se incorporaba ya como senescal.

—Esperemos que este día sea recordado por mucho tiempo.

—Pues claro que sí, Gran Maestro. Este día será el comienzo de una nueva era para nuestro pueblo, una era de prosperidad.

—Espero que tengáis toda la razón, mi señora. Pero hay algo de lo que estoy seguro —dijo Therios mientras se disponía a abandonar la plaza—. Las crónicas de esta nueva era se escribirán con sangre.

CAPÍTULO 19: LAGUNA GRIS

La noche llegó más gélida que en anteriores días. El calor parecía haberse ido desvaneciendo con el transcurso de la tarde, hasta huir definitivamente con el sol que moría a lo lejos, entre unas montañas que parecían encontrarse en algún lugar perdido del infinito.

Los kadaríes establecieron el campamento a orillas de la laguna. Zen Varion y Darreth fueron puestos bajo la custodia de quienes se habían convertido en sus guardias personales con la llegada de la oscuridad. El joven helvatio miraba a su alrededor. A pesar de ser hombres aparentemente toscos y faltos de sutileza, los kadaríes eran sumamente organizados a la hora de marchar, buscar las mejores sendas por las que continuar su camino y establecer el campamento en lugares apropiados. Fueron raudos a la hora de desplegar las tiendas y establecer los turnos de guardia que permitirían hacer del campamento un lugar seguro. Como si de aves nocturnas se tratara, los guardias permanecían escondidos en la negrura del paraje, vigilando cada rincón.

Los helvatios fueron llevados a una tienda; algo que les resultó, de algún modo, reconfortante. En el exterior, el frío era insoportable, cortante. Las ráfagas de un viento ululante agitaban las apacibles aguas de la laguna, dibujando suaves olas que se movían sin orden ni rumbo fijo. Por fortuna para los helvatios, los movimientos del agua quedarían lejos del alcance de su vista. Donde ellos se encontraban, la temperatura resultaba mucho más agradable.

Uno de los guardias prendió varias velas y salió de la tienda, dejando a los helvatios a solas. No disponían de mucho espacio, pero al menos allí estarían relativamente a salvo, o al menos así lo daba a entender el acogedor aspecto del habitáculo en el que pasarían la noche.

—Maestro, ¿os encontráis bien? —preguntó Darreth, preocupado al contemplar la sombría expresión del rostro de Zen Varion.

—No te preocupes por mí, Darreth. Solo estoy un poco cansado. El viaje de regreso a Móstur está resultando más tedioso de lo que imaginábamos.

—Está resultando casi tan difícil como el de ida —Darr recordó los acontecimientos vividos antes de llegar a las tierras de los dioses; de manera especial, la llegada al monasterio y cuanto había sucedido allí.

—Sí. Lo cierto es que cada paso que damos nos acerca a peligros que ni siquiera imaginábamos. Teniendo en cuenta todo lo que hemos pasado, al menos por el momento el ser prisioneros de estos guerreros nos puede evitar otros peligros del camino. No termino de entender por qué ese Drisz nos ha permitido seguir con vida, pero teniendo en cuenta lo sucedido en las tierras de Mynthos, creo que ya nada puede sorprenderme.

—Ayer tuve un extraño sueño —Darreth parecía preocupado—. Acerca de Mynthos… y también de Móstur. Fue un sueño demasiado… real.

—Aun así, no fue más que un sueño, ¿verdad Darr?

—Ya no sé qué pensar, Maestro. Con cada noche que paso atrapado en ese extraño mundo, se acrecienta mi conocimiento acerca de nuestros Textos Sagrados. Más que sueños parecen visiones de un pasado que nunca creí imaginar.

—Espero que tu Fe en Athmer se acreciente en la misma proporción que tus conocimientos.

—Mi Fe en Athmer ha seguido creciendo desde el día en que dejamos atrás Móstur. Y a pesar de las dudas que me han ido surgiendo en el camino, creo que todo ha servido para que ambos creciéramos como siervos del Dios de la Luz.

—Así lo creo yo también, Darr. Han sido pruebas muy duras, y durante un tiempo he sido frágil, he dudado… Pero tu ejemplo ha reconfortado mi espíritu en los momentos en los que ha sido atormentado por los peligros del camino. Me decías que habías tenido un sueño. Háblame de él.

Darreth asintió y trató de indagar en las profundidades de su mente, donde las imágenes permanecían escondidas, pero nítidas en los recuerdos del denlor, como si las hubiera visto con sus propios ojos. El novicio comenzó a describir los pasajes que la noche anterior se habían ido sucediendo en su interior.

—Soñé con Mynthos. Era igual que en la realidad, pero a diferencia de lo que vimos allí al llegar, se encontraba repleto de vida. Hombres, mujeres, niños… El gentío se agrupaba en las inmediaciones del templo, adorando a sus dioses. Había quienes acudían a realizar su ofrenda a Athmer, otros recitaban sus plegarias a Lorwurn, o incluso a Daera. Había quienes aclamaban al dios Dragón. De repente, en el horizonte surgió una sombra, y las plegarias y oraciones se transformaron en llanto, cuando la oscuridad cayó sobre Mynthos, y

sus gentes fueron reducidas a huesos y cenizas, convirtiendo la tierra de los dioses en el sombrío lugar que nosotros hemos conocido.

Zen Varion escuchaba atentamente las palabras de su discípulo, pronunciadas en voz baja como si temiera que los propios dioses le castigaran por revelar aquella visión. Darreth continuó su relato.

—Después miré hacia otro lado, y vi la ciudad de Móstur. Más que hermosa, resplandeciente, sus murallas y torres se alzaban como si trataran de alcanzar las nubes. El interior de la ciudad estaba repleto de gente, ciudadanos alegres que poblaban las calles en medio de una gran algarabía. De repente, todos ellos callaron al ver cómo el sol se oscurecía y aparecía la sombra que antes había visto en Mynthos.

El novicio dejó de hablar y perdió la mirada en el suelo.

—¿Qué pasó después?

—En ese momento fue cuando desperté, con una angustiosa sensación recorriendo todo mi cuerpo. La sombra…

—La sombra de la guerra acecha a nuestro pueblo, querido Darr. Y me temo que nosotros ya hemos sido engullidos por ella. Nuestros pasos nos conducen a Móstur guiados por el enemigo. Pero no temas, estoy convencido de que Athmer tiene planes para ti que en este momento no logras comprender. Debes seguir el camino que ha trazado en ti. Al fin y al cabo, los kadaríes nos están tratando mejor de lo que habrías imaginado, a juzgar por el modo en el que aparecieron y la crueldad que mostraron con los campesinos.

—El viaje ha resultado mucho más tranquilo de lo que imaginaba. No creí que los soldados de Kadar fueran tan…

—¿Disciplinados?

—Sí.

—A primera vista, podría parecer un ejército de bárbaros. Se agrupan en familias, en clanes, pero la ciudad de Kadar no es un lugar que se caracterice por unos habitantes salvajes. Incluso diría que helvatios como tú o yo podríamos vivir allí, en paz… No en estos tiempos, por supuesto. Pues, al fin y al cabo, Kadar es parte de Leryon y debe obedecer a su rey. Pero ya has podido comprobar la suerte que hemos tenido al ser clérigos. Los kadaríes suelen mostrar más respeto que otros muchos pueblos por las creencias que incluso les resultan ajenas o incomprensibles. Tal vez ese Drisz sea un hombre duro y cruel en la batalla. Fuera de ella, también tiene sus inquietudes, sus creencias.

—Pero ellos sirven a Lorwurn…

—Al igual que los leryones, sí. Sin embargo, no en todas partes eso significa el tener que matar a cualquier seguidor de Athmer, Daera o un dios extranjero.

—En cuanto a Drisz… Espero que se mantenga fiel a su plan de llevarnos a Móstur, o querer vendernos más allá.

—En muchos lugares hay gente dispuesta a pagar un buen precio por un clérigo. En algunos recónditos pueblos del norte sus habitantes creen que de algún modo tenemos poderes. En tu caso, así parece haber sido. ¿Aún tienes la espada?

—Sí.

—Bien, procura que Drisz no la vea. Estoy convencido de que no dudaría en tomarla como su nueva arma.

—Lo sé. Espero que no la descubra.

Como si hubiera sido convocado al ser pronunciado su nombre, Drisz entró en la tienda y se situó frente a Zen Varion. El kadarí tenía una mirada que parecía ser capaz de derretir el sol en tan solo unos segundos. Tenía un semblante serio, como si alguna preocupación rondara su mente y los prisioneros pudieran tener alguna respuesta a sus interrogantes.

—Imagino que ya sabéis lo que está a punto de suceder en Móstur.

—Venimos de muy lejos, y no conocemos los últimos acontecimientos que han tenido lugar en nuestra ciudad —Zen Varion hablaba pausadamente—. Los campesinos afirmaban que nuestra Orden se había hecho con el poder, y que muchos ciudadanos nos querían ver muertos.

—Al parecer, no son los únicos —respondió Drisz—. Sin duda, una de las principales motivaciones del rey Kariosh por conquistar Móstur es hacer desaparecer vuestra Orden y acabar con vuestro dios. No sé si hará prisioneros entre los mostures, si habrá ciudadanos a los que perdone la vida. Pero de lo que sí estoy convencido es de que no dejará vivo a ningún helvatio. Matará a todos vuestros amigos y ordenará derrumbar vuestros templos y construcciones.

—¿Por qué nos has permitido seguir con vida? —inquirió Darreth —. ¿Por qué impediste que los campesinos nos mataran?

—Las guerras son una incierta fuerte de riquezas. Kariosh promete mucho, pero tengo mis dudas acerca de lo que nos espera en vuestra ciudad. Si una vez que lleguemos a Móstur no veo una opción clara de victoria no arriesgaré la vida de los míos. Y entonces habré hecho un largo viaje para nada. Si no entramos en combate, al menos podré canjearos por una buena suma de dinero. Dicen que los helvatios tenéis grandes riquezas. Podría haber dejado que los campesinos os mataran, o podría haberlo hecho yo mismo. Pero creo valen más dos prisioneros vivos que dos cadáveres. Y, ciertamente, siempre he sentido curiosidad por las creencias que llevan al hombre a dejarlo todo por seguir a un dios. He conocido nybnios que afirmaban haber

visto a Thariba caminando entre los hombres, o a leryones que juraban haber contemplado el rostro de Lorwurn. Decidme, ¿vosotros también os habéis encontrado con vuestro dios?

Los helvatios callaron. No esperaban que Drisz pudiera tener esa clase de inquietudes.

—Tal vez nada más verme habéis pensado que solo soy un asesino hijo de puta… —por un momento esbozó una leve sonrisa—. Aunque seguramente lo de hijo de puta lo habrán pensado los campesinos, antes de morir. Es cierto que lo de matar se me da bien, pero hasta un hombre maldito como yo tiene ciertos intereses y pensamientos más trascendentales. Cuando envías a muchos hombres a la muerte, al final te acabas preguntando si sus espíritus irán a alguna parte, o habrá algún dios que se acuerde de ellos. Son tantos los que mueren cada día, que no imagino una deidad capaz de preocuparse por todos ellos. Sin embargo, a veces pienso que sí, que es posible que más allá de tanto sufrimiento pueda haber otro lugar en el que no exista el dolor. Vosotros creéis firmemente en vuestro dios de la luz, seguramente le rezaréis a diario para que os mantenga protegidos. Sin embargo, de haber sido por él esos campesinos os habrían matado, pues han sido vuestros hábitos los que han estado a punto de costaros la vida… Una vida que me debéis a mí, vuestro salvador Drisz.

El kadarí se echó a reír, pero no obtuvo ninguna muestra de complicidad por parte de los helvatios.

—No estoy diciendo que debáis adorarme. Solo os recuerdo lo caprichoso que es el destino y lo traicioneros que pueden llegar a ser los dioses. Allí en Kadar nuestras leyes son muy estrictas con los bandidos y ladrones. Son sentenciados a muerte de manera casi inmediata a descubrirse su delito. Y no ha habido ningún dios capaz de salvar a cuantos se han atrevido a infringir las leyes, ya fuera por envidia o por necesidad. Cuando a tu alrededor ves tanta muerte como yo he presenciado, solo puedes preguntarte si realmente existe algún dios, y de ser así, por qué es tan injusto. Dime, joven helvatio, ¿qué has podido ver en ese dios tuyo, o en cualquiera de sus siervos, para convertirte en uno de ellos?

—He visto luz, esperanza… Una esperanza que es imposible encontrar en hombres como tú.

Drisz esbozó una sonrisa.

—Interesante respuesta, muchacho. Estoy seguro de que tu maestro o acompañante es capaz de transmitir esa esperanza de la que hablas. A simple vista —miró fijamente a Zen Varion— podría afirmar que nunca has matado a un hombre, ni has hecho sufrir a los tuyos. Sin embargo, no creo que todos los de vuestra Orden puedan afirmar lo

mismo. Hasta en los confines del este han llegado algunos de los actos cometidos por los helvatios más crueles que se puedan imaginar. Supongo que ya sabéis de quién hablo… Vuestro Gran Maestro Therios es bastante conocido en lugares lejanos a Móstur, y no por sus bondades, creedme. ¿También ves la luz y la esperanza en él?

—Aunque hubiera cien como él, la fe en Athmer está por encima de todo eso. Él es el dios perfecto, de un mundo imperfecto.

La respuesta de Darreth pareció del agrado de Drisz.

—¿Os dais cuenta ahora, de por qué os he dejado con vida? Con mis hombres no podría hablar de estas cosas. En estos momentos, sus mayores preocupaciones pasan por tener bien afiladas sus espadas para la batalla que está por llegar. Y hablar de armas resulta, finalmente, aburrido. Pues, al fin y al cabo, un arma solo sirve para una cosa. El rey Kariosh está obsesionado con destruir todo rastro de vuestra orden y, sinceramente, es una pena que esa sea una de sus principales preocupaciones. ¿Sabéis qué es lo primero que haré cuando conquistemos Móstur?

Los helvatios no respondieron. No imaginaban lo que podía esconderse en una mente tan compleja y repleta de pensamientos enfrentados.

—Entraré en una de vuestras bibliotecas y, antes de que el rey Kariosh decida quemarla o derruirla, buscaré entre vuestros libros, vuestros escritos, y pondré a salvo aquellos que me resulten de mayor interés. Y después, cuando las riquezas ganadas en la guerra me permitan abandonarme a una vida tranquila y sin responsabilidades, dedicaré parte de mi tiempo a leer todas esas líneas. De algún modo, me gustaría que vuestra memoria permaneciera viva.

—¿Tú también quieres hacer desaparecer nuestra Orden? —preguntó Zen Varion, confundido por las palabras del kadarí.

—Yo lo que quiero es ganar la guerra. Pero preferiría que vuestra Orden no desapareciera. Me gustaría conquistar Móstur sin tener que matar a todos aquellos que vistan vuestro hábito.

—Pero eso supondría contradecir las órdenes de tu rey —replicó Darreth.

—Kariosh quiere ver muertos a todos los helvatios, y yo no estoy de acuerdo con ello. Me temo que lo único en lo que estoy de acuerdo con el monarca, es en que alguien tiene que morir. Él quiere destronar a un dios, pero tal vez sea más sencillo destronar a un monarca. Una vez que lleguemos a Móstur, el destino repartirá a cada uno sus cartas, la partida será iniciada y entonces cada uno se encontrará con su verdadero enemigo. Como os dije antes, las guerras son una fuente incierta de riquezas, y también de oportunidades si la partida se juega

de forma adecuada; y para ello, en ocasiones ciertas posiciones iniciales pueden y deben ser reconsideradas a medida que el destino va dejando caer sus cartas.

Las reflexiones de Drisz dejaron a los helvatios más confundidos aún. Definitivamente, se encontraban delante de un hombre muy distinto al que habían imaginado. El kadarí se dio cuenta de la incertidumbre sembrada con aquellas últimas palabras.

—En fin, durante el camino que nos queda hasta Móstur continuaremos nuestra conversación sobre hombres y dioses. Imagino que ahora os encontráis cansados, o tal vez hambrientos. Haré que os traigan algo de comida, y ordenaré a mis hombres que os den un buen trato. A cambio, no trataréis de escapar, ¿entendido?

Los helvatios asintieron. Pero Drisz no pareció quedar muy conforme con aquella sencilla aprobación.

—Si intentáis escapar, yo mismo me encargaré de que os reunáis con vuestro dios, o el dios que pueda haber en el reino de la muerte. Os lo juro.

Drisz se dio media vuelta para salir de la tienda.

—Si al llegar a Móstur decides entrar en combate con tus hombres, ¿qué harás con nosotros?

—Me temo que, en ese caso, tendré que entregaros a Kariosh. No puedo luchar y vigilar a los prisioneros al mismo tiempo.

El kadarí abandonó la tienda.

—Kariosh nos matará —sentenció Zen Varion—. Tenemos que escapar antes de llegar a Móstur.

—Aún nos quedan varias jornadas de viaje, Maestro. Deberíamos intentarlo cuando nos encontremos lo suficientemente cerca de la ciudad como para escondernos tras sus muros antes de ser capturados. Si lo hace…

—Tenemos la espada.

«Una antorcha en medio de la oscuridad». Las palabras grabadas en el arma acudieron a la mente de Zen Varion, trayendo consigo una brizna de esperanza. Athmer aún no los había abandonado.

CAPÍTULO 20: MÓSTUR

—El senescal os recibirá enseguida, mi señora.

El joven que se dirigía a *Lady* Alys hablaba en un tono cortés y pausado. Al igual que otros muchos que se encontraban en las inmediaciones del castillo, vestía el uniforme de la guardia de Móstur. Una de las primeras órdenes de lord Belson como senescal de la ciudad había sido elegir un nutrido grupo de hombres con los que formar la guardia que vigilaría las calles y los principales recintos de la capital. Todos ellos habían sido convenientemente adiestrados, y quienes parecían menos habilidosos en el arte de la espada contaban con la ayuda de algunos caballeros que, de forma voluntaria, acudían a la fortaleza y dedicaban parte de su tiempo a formarles. Llegado el momento de combatir, quizá algunos de ellos lograran salvar la vida, aunque en muchos casos resultaría casi imposible que así fuera. Así lo pensaba Yar Bolfren, que llevaba varios días acudiendo al castillo para servir al pueblo como maestro de armas, cargo que le había sido otorgado por el propio senescal.

Lady Alys arqueó los labios, regalando al joven una sonrisa forzada mientras pensaba una respuesta que, en cualquier caso, no resultaría tan cortés.

—Decidle que ya soy mayor para aguardar mucho tiempo de pie.

—En ese caso, será mejor que os haga pasar para que toméis asiento y podamos hablar tranquilamente —fueron las palabras de lord Belson, que apareció de forma repentina.

—Una copa de vino aclara la garganta y, en días como hoy, resulta aún más agradable.

—Tenéis razón, mi señora. Seguidme, yo mismo os serviré el vino. Si deseáis algo de comer, no tenéis más que decirlo…

—No, gracias lord Belson. Con un poco de vino y unos minutos de vuestro tiempo, consideraré que el paseo de esta mañana ha merecido la pena.

Lord Belson comenzó a caminar en dirección a un salón en el que ambos pudieran sentarse y hablar, tal y como había solicitado *Lady* Alys. La señora de la casa Clarke llevaba fuera de Móstur mucho

tiempo. Seguramente, tendría noticias del oeste que podrían resultar de interés. Lord Belson siempre había sido un hombre dado a tratar de conocer todo cuanto sucedía en los alrededores de la ciudad. Tras su nombramiento como senescal, lo que antes era una costumbre había tornado en verdadera necesidad.

Recorrieron lentamente un atrio recubierto de piedra y el senescal cruzó el umbral de una de las puertas que se repartían por el extenso patio. *Lady* Alys le siguió hasta que alcanzaron un sobrio salón con una mesa pequeña y apenas una decena de asientos, que en aquel momento permanecían vacíos.

—Sentaos, por favor —lord Belson fue hacia otra mesa que se encontraba en una esquina de la sala, donde había varios vasos y una jarra repleta de vino.

—Como podéis comprobar —dijo lord Belson mientras servía su copa a *Lady* Alys— en este lugar tenemos todo lo que necesitamos para poder mantener una conversación distendida, pues debo reconocer que, más allá de mis obligaciones, hoy está siendo un día tan calmado como inusual. Decidme, *Lady* Alys, ¿por qué habéis venido hasta aquí?

—Veréis, senescal. Únicamente quería informaros de que, muy pronto, varios soldados de mi casa acudirán a Móstur para ayudarnos en la batalla.

—¿Varios soldados, decís? —Lord Belson no parecía demasiado entusiasmado—. ¿Y cuándo podremos contar con la llegada de esos hombres, mi señora? La guerra es inminente, y no tenemos demasiado tiempo para reclutar nuevos soldados entre los jóvenes y no tan jóvenes, que puedan sostener un arma sin venirse abajo en el momento de enfrentarse a nuestros enemigos. Me temo, *Lady* Alys, que ya no podremos disponer de muchos más hombres, ante la llegada de nuestros enemigos.

—Vendrán, no tardarán en llegar…

—Os comprendo, mi señora. Un lobo es más vulnerable lejos de la manada, y vos os encontráis demasiado sola en un lugar que os resulta desconocido.

—Por poco tiempo, mi senescal. Por fortuna, no solo para mí, sino más bien para Móstur, mis hijos vendrán pronto. El primero en hacerlo será el mayor, Herry.

—¿Vienen a proteger a su madre?

—Vienen a defender la ciudad —sentenció *Lady* Alys.

—Perdonadme si os he ofendido.

—En absoluto. Soy consciente de la ardua tarea que os ha sido encomendada, por eso espero que la presencia de mi familia en este

lugar contribuya a la unión de todos los ciudadanos bajo una única bandera, la de Móstur. Y hablando de unidad, ¿confiáis en todos aquellos que tenéis a vuestro alrededor?

—¿Por qué no iba a hacerlo? —respondió el senescal, intrigado.

—Bueno, pues… No os preocupéis —*Lady* Alys contempló el inquisitivo rostro de lord Belson—, no he venido a preveniros sobre vuestros allegados. Sí es cierto que, si se ha de desconfiar de alguien, quizá debiera ser de los helvatios.

—¿Los helvatios? Ya sabéis cuáles han sido las palabras de Therios. Al Gran Maestro únicamente le ha faltado abandonar la ciudad para dejar claro que no quiere ningún cargo o poder sobre el pueblo.

—Me alegro de que así sea —*Lady* Alys dio un trago a la copa de vino—. No es que desconfíe del Gran Maestro. Al contrario, me ha parecido un hombre muy interesante y capaz de liderar a la Orden en estos difíciles momentos. Es una pena que no sea más joven. La fuerza que transmiten sus ojos no es algo que se pueda ver fácilmente en todos los hombres. Pero en cambio, sí me preocupan otros clérigos y caballeros que llevan menos tiempo en la Orden, aquellos que, probablemente hayan accedido a formar parte de la misma con el único fin de acercarse a la mano que tiene el poder sobre la ciudad.

—No creo que nadie deba preocuparse de esos… Tengo entendido que algunos ya se han ido, y que otros lo harán en los próximos días.

—Eso es bueno, por una parte. Lo deseable sería que permanecieran aquellos que, en mitad de la adversidad, pudieran resultar capaces de actuar según los designios de su dios y por el bien de su pueblo. Pero, por otro lado, la marcha de otros supone la pérdida de soldados con los que defender la ciudad. Y hablando de defender la ciudad, espero que hayáis solicitado refuerzos por toda la comarca…

—Incluso más allá de donde Móstur puede ejercer su influencia. He enviado emisarios, aves con mensajes. Todo el oeste tendrá noticias de nuestras necesidades de soldados.

—¿Tenéis noticias de las tierras nybnias?

—También he enviado guardias a las tierras de Thariba, pero en esta ocasión no hay mensajes ni peticiones. Soy consciente de que, en estos momentos, lo único que podemos esperar de los nybnios es que no se unan a nuestro enemigo.

—Si lo hicieran…

—No lo harán —sentenció lord Belson—. Thariba y Lorwurn parecen condenados a no entenderse. Los leryones no estarán dispuestos a compartir estas tierras con un dios extranjero.

—Espero que así sea porque, si ya de por sí resulta difícil pensar en

la victoria contra un reino, si tenemos que luchar contra dos me temo que no habrá muralla suficientemente alta que pueda protegernos de ambos ejércitos.

—A diferencia de los leryones —lord Belson dio un largo trago a su copa—, los nybnios no son un pueblo belicoso. Es cierto que su expulsión de Móstur ha encendido los ánimos en muchos de ellos, pero es un pueblo más amigo del comercio que de la guerra.

—Por fortuna para nosotros. En estos momentos, lo último que necesitamos es que ellos también se unan a la guerra. Sin embargo, mis lobos del este han escuchado inquietantes rumores venidos de las ciudades costeras de Nybnia.

—¿Qué clase de rumores? —Lord Belson sintió un escalofrío recorriendo su cuerpo.

—Al parecer, la princesa de Leryon ha sido vista en las tierras nybnias.

—¿Taenara?

—Sí. Resulta extraño que el rey Kariosh abandone su ciudad y, en lugar de dejar allí a su hermana para que gobierne en su ausencia, la envíe a Nybnia.

—Necesitamos más soldados —lord Belson se puso en pie—. Pero ¿a quién acudir? He pedido ayuda a todos aquellos que considero aliados de nuestra ciudad. Algunos han respondido a la llamada; pero muchos aún no lo han hecho.

—Muchos no lo harán —respondió *Lady* Alys—. En los lugares más alejados de Móstur será complicado encontrar soldados para la guerra. En las cercanías contaréis con numerosos apoyos, entre los que se encuentran mi familia, y nuestros principales aliados. No nos subestiméis, lord Belson. Puede que hayamos pasado demasiado tiempo lejos de la ciudad. Pero Móstur es la tierra que me vio nacer, aquí es donde mi familia dio sus primeros pasos.

—Aún recuerdo a vuestro marido —por un instante, lord Belson temió que la mención de lord Koyac, señor de los Clarke, tornara la expresión de *Lady* Alys, oscureciendo su afable rostro—. Mi padre decía que tenía la fuerza de un oso…

—Y la astucia de un águila —contestó la señora, recordando el ave emblema de los Lórioth—. Pero ni la fuerza ni la astucia le salvaron la vida aquel día en que fuimos asaltados en el camino de las Nubladas. Todo sucedió demasiado rápido. Los bandidos atacaron nuestros carros y mi marido se enfrentó a uno de ellos… Koyac nunca había destacado por su habilidad con la espada. Llevado por el instinto más que por la razón, se lanzó contra uno de los asaltantes, que logró esquivar su ataque y desarmarle casi al mismo tiempo.

El rostro de *Lady* Arys dejó al descubierto dos diminutas lágrimas que asomaban a sus ojos. Lord Belson quería interrumpirla, pero ella ya se había dejado llevar por los recuerdos, y parecía tener la necesidad de hablar sobre ello, como si nunca antes hubiera compartido ese dolor.

—Oí que capturasteis a los responsables…

—Sí, y les aplicamos la justica allí mismo, en el bosque. Mi hijo mayor se encargó de alimentar la hoja de su hacha con la sangre de esos malnacidos.

—Lamento vuestra pérdida. Por lo que se dice de vos, sois una mujer fuerte que ha logrado abrirse paso en la adversidad.

—Mi padre murió joven, y ya desde niña tuve que tomar decisiones demasiado trascendentales para una cría. La adversidad ha sido mi compañera de viaje durante muchos años. Y ahora que la vida empezaba a sonreírme con la compañía de mis hijos y mis nietos, me temo que mi dicha llega a su fin. Desde el primer momento, mi hijo Herry se mostró convencido de acudir en ayuda de Móstur.

—¿Acaso vos no queríais?

—Mi predisposición no era la misma que la suya. Soy consciente de que, si Leryon logra derribar estos muros, mi pueblo será el siguiente en caer. Si Leryon y Móstur se convierten en un único reino, el rey Kariosh verá la oportunidad de expandir sus dominios…

—Os aseguro que Móstur no caerá en poder de los leryones.

—Para eso estamos aquí, senescal —*Lady* Alys apuró el último sorbo de su copa de vino—. Y para eso mi hijo está de camino en compañía de sus hombres. Lo que quería pediros es que le busquéis un lugar en el que pueda establecer su campamento.

—¿Campamento? ¿No estaría mejor en el interior del castillo?

Lady Alys se disponía a hablar, pero la llegada de un soldado interrumpió la conversación.

—Senescal —el joven desvió por un momento la mirada hacia *Lady* Alys—. Ha llegado un ejército venido de Osset, comandado por lord Herry, señor de las tierras del Oeste.

—¿Señor de las tierras del Oeste? —Lord Belson miró fijamente a *Lady* Alys.

—Os dije que mi casa tenía bastante influencia en las tierras ossetias. Mi primogénito ya actúa como Señor de la casa Clarke, pero incluso más al oeste de Osset cuenta con importantes amigos en otras nobles casas de cuya existencia es posible que ni hayáis oído hablar. Él ha conseguido que esas pequeñas familias firmaran la paz tras años de disputas y continuas amenazas.

—¿Has dicho que se trata de un ejército? —preguntó lord Belson

girándose hacia el joven soldado.

—Sí, senescal. Al menos trescientos o cuatrocientos jinetes.

—Me temo que vuestro castillo no es lo suficientemente grande para acogerlos a todos —intervino *Lady* Alys, que no pudo disimular una sonrisa—, por eso quería pediros que les permitierais establecerse en algún lugar de la ciudad en el que puedan descansar. En realidad, no creí que mi hijo tuviera tanta prisa por llegar. Pensé que aún tardaría unos días.

—Me alegro de que, en eso, os hayáis equivocado —respondió lord Belson—. Vuestro hijo y sus hombres son más que bienvenidos. Si no tienen inconveniente en cruzar las ruinas del barrio nybnio, en los alrededores encontrarán un lugar en el que establecerse.

—Gracias, senescal.

—Pero será mejor que no hagamos esperar a los recién llegados. Espero, mi señora, que me acompañéis a recibir a vuestro hijo.

—Por supuesto, ya estaba deseando volver a verlo.

Lord Belson hizo un gesto al soldado, que de manera inmediata se dio la vuelta para abrir el paso al exterior del castillo. El senescal caminaba junto a *Lady* Alys, con una sonrisa que su acompañante supo interpretar.

—Veo que la llegada de mi hijo os agrada —dijo la Señora, que se contagió del expresivo rostro del senescal.

—Dijisteis que vuestro hijo venía con varios soldados… Cuatrocientos jinetes es algo más que… varios soldados.

—También os he dicho que mi hijo tenía cierta influencia. Por algo lo denominan Señor de las tierras del Oeste.

—Y el resto de vuestros hijos, ¿también son tan afortunados en amistades?

—Herry es, con mucho, el más carismático.

—Y, por lo que veo, el que más quiere a su madre. Incluso vos parecéis sorprendida por la premura con la que ha acudido. Estoy deseando conocerle.

Lady Alys dejó al descubierto su expresión más afable, lejos de la fría imagen transmitida el día en el que, para sorpresa de los nobles de la ciudad, había acudido al Consejo.

Lord Belson hizo traer dos caballos, y ayudó a *Lady* Alys a montar en el suyo. No quería hacer esperar a los recién llegados, que aguardaban al otro lado de la entrada Sur, cuyo inexpugnable portón se veía incrustado en la roca, vigilado por numerosos guardias que poblaban los adarves de la muralla en las inmediaciones de la fortaleza.

A una señal del senescal, los guardias de la entrada Sur abrieron el

portón, dejando al descubierto la imagen que el senescal y su invitada estaban esperando. Frente a su líder, el nutrido grupo de jinetes formaba en dos filas cuya visión se perdía en uno de los recodos del camino por el que habían alcanzado la ciudad.

Lady Alys no pudo contenerse por más tiempo y se bajó del caballo para salir al encuentro de su hijo, que se adelantó al grupo para saludar a su madre con un efusivo abrazo.

Lord Belson quedó inmóvil, en el umbral de la entrada, escudriñando la imagen de Herry. El hijo mayor de *Lady* Alys era un hombre corpulento, de largos cabellos rubios y barba que ya dejaba ver algunas canas, lo que hizo pensar al senescal que Herry habría visto ya más de cuarenta primaveras. Tenía un porte que, al menos a primera vista, hacía honor al carisma que al parecer debía tener en las tierras ossetias. Si la mitad de sus acompañantes tuvieran esa corpulencia, sería casi imposible derribarlos de sus caballos en mitad de una carga.

El senescal contempló los numerosos estandartes que portaban los jinetes, con la imagen del lobo negro de los Clarke ondeando sobre un fondo grisáceo. Era una visión tan hermosa como esperanzadora. Por un momento, lord Belson se imaginó varias filas de esos lobos marchando contra el ejército de Leryon, el estruendo de los caballos galopando hacia la batalla haciendo temblar la tierra a su paso, el choque de las espadas ossetias al romper las primeras líneas enemigas y, por qué no, una contundente victoria y la muerte de Kariosh. Cuando aquel nombre llegó a su mente, el resto de las imágenes se desvanecieron. Lord Belson sabía que la derrota sobre los leryones únicamente se conseguiría pagando un alto precio de sangre. Al menos, desde aquel día podría contar con los jinetes de la casa Clarke, un nutrido grupo de soldados comandado por el Señor de las tierras del Oeste.

CAPÍTULO 21: CERCA DE MÓSTUR

El amanecer les trajo la ansiada visión de Móstur. Frente a ellos, en el horizonte, las torres más altas de la ciudad descollaban sobre la muralla que, aún lejana, se levantaba majestuosa sobre la llanura norte. La Puerta de los Caballeros se veía como un punto oscuro en la parte derecha de la roca, un muro que, a pesar de la distancia, dibujaba una frontera casi infranqueable en cuyo interior se refugiaban las antiguas torretas levantadas por los primeros constructores. Móstur se mostraba como una ciudad sólida, capaz de perdurar en el tiempo y sobreponerse no solo a las guerras libradas por los hombres, sino también a las decisiones de los numerosos monarcas que la habían llevado por peligrosos caminos.

—No creí que las murallas de Móstur fueran tan altas —dijo uno de los escuderos de *Sir* Arthur, con la mirada fija en un horizonte en el que el color de la roca se fundía con el de un cielo plagado de amenazantes nubarrones.

—Las más altas que jamás se hayan construido, según reflejan las crónicas de los antiguos reinos —respondió el caballero.

Siguiendo instrucciones del rey Kariosh, detuvieron la marcha y montaron el campamento. La visión de las murallas había sobrecogido a muchos de los soldados que se preparaban para establecerse una última vez antes del comienzo de la batalla. Entre las filas leryonas podía respirarse el tenso ambiente previo a la marcha definitiva sobre la ciudad. El despliegue de las tropas sería lento. Habían llegado los primeros, pero aún quedaban otros muchos por completar su viaje. Tropas de infantería, caballos que tiraban de las máquinas de asedio o los carromatos empleados para transportar el resto del material que sería empleado en la contienda. A uno y otro lado podían contemplarse los altivos árboles de un bosque que les proporcionaría la madera suficiente para continuar con los preparativos bélicos. Flechas, escalas, arietes… El rey Kariosh no permitiría que sus soldados estuvieran ociosos mientras el resto del ejército se completaba y agrupaba allí mismo.

El monarca iba en su caballo de un lado a otro, ubicando a sus

hombres y procurando que todo se hiciera según lo dispuesto. No había un solo segundo que perder. Si algún habitante de Móstur tuviera alguna duda de lo que les aguardaba, aquel amanecer le traería la verdad que se cernía inexorablemente sobre la capital.

—El asedio será lento —habló el monarca, una vez que se detuvo junto a algunos de sus principales oficiales—. No debemos precipitarnos en nuestro avance. Solo atacaremos la ciudad cuando tengamos la certeza de poder romper sus defensas. Necesitaremos más catapultas, torres de asedio, escalas… Encargaos de que vuestros hombres colaboran en todos los preparativos para la batalla. Tenemos tiempo hasta completar nuestro ejército.

El rey buscó con la mirada al capitán que dirigiría sus ejércitos. *Sir* Arthur observaba las murallas de Móstur. Resultaría muy difícil poder traspasarlas.

—Espero que el plan de Greg funcione —dijo el caballero cuando Kariosh llegó hasta él.

—No os preocupéis. Funcionará. Y si no, tendremos todo lo necesario para sobrepasar esas malditas murallas. Hemos hecho un largo viaje hasta aquí. Ningún muro de piedra va a interponerse entre nosotros y nuestra victoria. Buscad a Greg y presentaos en mi tienda. Que vengan también aquellos que él ha elegido para acompañarnos hasta el túnel. Móstur centrará su atención en este punto, pensando que nuestro ataque por el norte será inminente. Tal vez sea el momento más adecuado para comprobar si la opción de Greg es viable.

—Sigo pensando, majestad, que no deberíais arriesgaros a acercaros tanto a las murallas enemigas. Si os pasara algo…

—No os preocupéis. Por fortuna, vos también venís y, según dijo Greg, podremos llegar a la muralla sin ser vistos. Espero que esté en lo cierto y ese túnel nos conduzca a un paso seguro a la ciudad. Si conseguimos abrir una brecha desde el interior, evitaremos la pérdida de numerosos soldados en el asedio a las murallas —el monarca dirigió la vista a la ciudad de Móstur cuyas murallas, aún lejanas, parecían estar vigilando todo cuanto sucedía a su alrededor. Los soldados que las transitaban ya se habrían dado cuenta de la llegada del enemigo, por lo que resultaba de vital importancia actuar lo antes posible para adentrarse en la ciudad desde el otro extremo.

—Entonces, si el paso que encontró Greg es seguro…

—Elegiremos una oscura noche para adentraremos en la ciudad con un grupo de hombres lo suficientemente numeroso como para abrir una de las puertas. Una vez superadas las murallas, en el interior de la capital ya nadie podrá frenar nuestro ataque. Contamos con

numerosos hombres que no encontrarán oposición a su paso. Destruiremos los templos helvatios y acabaremos con todos los siervos del dios de la Luz.

Aún estaba hablando el rey cuando varios soldados que venían corriendo se detuvieron junto a él. Eran los exploradores que, días atrás, habían sido enviados a Móstur.

—Móstur está reforzando sus defensas —indicó uno de ellos.

—No esperaba menos. A partir de hoy seguro que buscan más refuerzos. ¿Habéis averiguado algo sobre el gobierno de la ciudad? ¿Sigue en manos de los helvatios?

—Ya no son los helvatios los que gobiernan, sino uno de los nobles, que ejerce como senescal. Es uno de los señores de la casa Lorioth… Lord Belson. Al parecer, su casa es una de las más prestigiosas de la región. Ha enviado cartas y emisarios a los pueblos del oeste, en busca de aliados.

—Lord Belson… El emblema del águila, ¿verdad?

—Sí, alteza.

—La casa Lorioth siempre ha resurgido en los momentos más trascendentales. Para bien o para mal, cuando esos nobles desean sobresalir, consiguen embaucar al pueblo.

—Lord Belson ha sido elegido por el resto de las casas.

—No hay nada como una guerra contra un enemigo común para unir a esas alimañas. Seguro que con la muerte del último monarca ya algunos nobles se frotaban las manos y preparaban sus conspiraciones contra otros. Pero la guerra no ha dado tiempo suficiente a ninguno de ellos como para hacerse con la corona. Tal vez si hubiéramos esperado un poco más, la capital se sumiría en una guerra civil entre las casas nobles, y seguramente también los helvatios. De todos modos, me extraña que esos clérigos hayan renunciado a su poder sobre la capital.

—Han tenido varias bajas. Al parecer, muchos fueron asesinados por los nybnios cuando se encontraban en el templo. Otros, que eran miembros del Consejo, murieron tras un ataque llevado a cabo en la Plaza del Poder. El último en ser asesinado fue el Presthe, quien había asumido el poder absoluto sobre la ciudad y había establecido una dictadura basada en las leyes de Athmer.

—Y ahora, ¿quién lidera a los helvatios?

—El Gran Maestro. Su nombre es Therios. Él es quien ha decidido alejar a la Orden de cualquier posibilidad de gobierno de la ciudad.

—No es para menos, teniendo en cuenta lo sucedido.

—Aun así, el número de aspirantes a clérigos y caballeros de la Orden no ha dejado de aumentar en los últimos tiempos.

—Bien —el rey dio una palmada en la espalda al explorador que le había informado de todo aquello que quería conocer de manera urgente—. Retiraos, comed algo y descansad. Habéis hecho un gran trabajo.

Los exploradores dejaron al monarca y *Sir* Arthur a solas.

—¿Qué opináis de todo esto, *Sir* Arthur?

—Si el poder de la ciudad ha quedado en manos del noble en quien más confía el resto de los señores, me temo que el barrio de los caballeros y, por tanto, su muralla, va a estar más defendido de lo que creíamos. Los señores habrán multiplicado el número de caballeros a su servicio, y concentrarán todo un ejército al otro lado de sus defensas.

—Razón de más para actuar con premura y comprobar lo antes posible si nuestra alternativa al ataque de esas murallas es posible.

—Podríais enviar emisarios a Móstur para tratar de negociar con los nobles…

—No hay negociación posible, *Sir* Arthur. Estamos aquí para escribir una nueva página en la historia de una ciudad y una región que antaño perteneció a nuestros antepasados.

—Más bien me refería a una distracción, majestad. Una aproximación a las murallas para encontraros con el propio lord Belson y exponerle unas condiciones que habrán de cumplir. Mientras tanto, podría llevarse a cabo la internada al interior del túnel. Pero, lógicamente, no podríais ir vos.

—Podemos enviar a alguien a negociar…

—Si no os ven a vos, seguramente sospechen de nuestro plan.

—En ese caso, tendremos que descartar un encuentro inicial con lord Belson. A no ser que dicho encuentro tenga lugar una vez que hayamos cumplido nuestra misión. Buscad a Greg. Debatiremos en mi tienda las opciones más adecuadas.

El rey hizo un último recorrido por el campamento, arengando a unos soldados que, tras la aplastante victoria sobre Skeldon, ahora parecían sufrir las primeras dudas al contemplar la gigantesca muralla que habrían de traspasar. El rey contempló con satisfacción cómo la llanura se iba poblando de sus hombres. El emblema de Leryon, el castillo sobre las aguas, iba inundando el lugar escogido para el inicio de la ofensiva. Cascos, escudos, espadas… el sonido del metal se expandía por el campamento al tiempo que se iban alzando las tiendas y levantando estandartes que ondeaban mecidos por el gélido aire de la mañana.

«Un hermoso amanecer», pensó el rey, deseando poder contemplar muchos más en las inmediaciones de la capital, una vez franqueadas

sus murallas y sometidos sus habitantes. Recordó la conversación mantenida con *Sir* Arthur y la idea manifestada por el caballero de perdonar la vida a los que hasta ese momento serían súbditos de lord Belson, senescal de Móstur y hombre más poderoso de la capital. Le gustaría verle la cara antes del enfrentamiento, poder acercarse a él e intercambiar unas palabras, o incluso ofrecerle una rendición. Esa última idea desapareció pronto de su mente, pues dicha rendición supondría mantener con vida a los helvatios, algo a lo que no estaba dispuesto. La sangre helvatia debía inundar los templos de la ciudad, templos que serían destruidos. En su lugar, haría levantar las más esbeltas construcciones en nombre de Lorwurn, como agradecimiento por su victoria y símbolo de la inminente extensión del culto al nuevo dios de Móstur.

El monarca se dirigió a las inmediaciones de su tienda, donde esperó la llegada de *Sir* Arthur y los soldados de Reish. Tomó una copa de vino y saboreó su contenido muy lentamente, siempre con la mirada puesta en los hombres que le habían acompañado hasta allí. El momento que tanto había ansiado se acercaba. Se sorprendió al comprobar que, ante la inminente llegada de la batalla, no sentía miedo alguno, sino más bien lo contrario, una sensación de satisfacción ante la posibilidad que la historia le brindaba, la de impartir justicia y devolver a su pueblo lo que un día fue suyo. Imaginó la ciudad de Móstur bajo su poder, y el retorno glorioso a Leryon tras la batalla. La reconstrucción del reino llevaría tiempo, pero una vez recuperada la belleza de Móstur y la estabilidad en el interior de sus murallas, comenzaría una era gloriosa para su pueblo. Cada sorbo de vino provocaba en Kariosh una mayor confianza en que sus pensamientos no tardarían en hacerse realidad.

La copa del rey ya estaba vacía cuando *Sir* Arhtur y los soldados de Reish llegaron a su tienda.

—Majestad —Greg señaló al grupo de hombres que lo seguían—, estos son los soldados que nos acompañarán a la muralla de Móstur. Siete hombres, como ordenasteis.

—Bien hecho, Greg —el rey fue paseando su mirada sobre los elegidos por el oficial. Todos ellos eran hombres corpulentos, más de lo que pudieran ser el propio monarca o *Sir* Arthur. Sus miradas, firmes, y en sus rostros la expresión del guerrero presto para ir a la batalla… Kariosh quedó complacido.

—A lo largo del día llegarán todos nuestros refuerzos, a excepción de las tropas enviadas por Kadar, de las cuales las últimas noticias que tengo es que tardarán al menos tres jornadas más en venir. Pero la tardanza merecerá la pena, pues se han unido muchos a los

inicialmente previstos y podremos contar con unos dos mil hombres.

—He escuchado que cada kadarí lucha como cinco hombres normales, o tres si son de Reish —dijo Greg, arrancando una sonrisa de sus soldados—. Su valor y destreza en la batalla no tienen parangón en todo el oeste. No se caracterizan por ser buenos jinetes, pero en el cuerpo a cuerpo son más fieros y rápidos que nadie. Dos mil de ellos es una buena cifra.

—Esperaremos su llegada para iniciar el ataque, así que mientras tanto podríamos ir llevando a cabo nuestro plan. Ahora que Móstur ya nos contempla desde la lejanía, centrará su atención en esta llanura.

—Bien —sonrió Greg—. Mis hombres y yo estamos impacientes por efectuar esa pequeña incursión en la ciudad, si tenemos la suerte de que la entrada a través de la cueva sigue tal y como la vi.

—Mi plan es el siguiente —el rey habló convencido de sus palabras: si logramos encontrar un pasadizo seguro a través del túnel, tras nuestro regreso me encargaré de concertar un encuentro con el senescal de Móstur. *Sir* Arthur y yo iniciaremos la negociación de las condiciones de rendición de la ciudad.

—No creo que los mostures quieran negociar su rendición…

—Lo sé. En realidad, creo que no me he expresado bien. Quería decir que *Sir* Arthur y yo simularemos efectuar esa negociación. Sin duda, los mostures no van a rendir la ciudad… Y nosotros no queremos que lo hagan. La batalla es inevitable, por lo que dicha negociación únicamente será una distracción para que tú y tus hombres os adentréis en Móstur a través del túnel. En esta segunda ocasión, no serán siete soldados, sino muchos más. Pero para poder llevar a cabo este ataque desde dentro necesitamos saber a qué puerta de la ciudad podríais acceder mejor tras alcanzar el otro extremo del túnel.

—Me parece una buena idea —respondió Greg. Sus hombres también asintieron con la cabeza—. Una vez que nos encontremos dentro de la ciudad, ni los helvatios ni los guardias de Móstur podrán frenar nuestro avance. Os lo juro.

—Bien. Aprovechad el día para descansar. El viaje ha sido largo y debemos reponer fuerzas lo antes posible. Si necesitáis algo de comer, pedídselo a uno de mis hombres. Os necesito con todos los sentidos despiertos para poder llevar a cabo nuestro plan.

—La aproximación al río Éresot —indicó Greg— será peligrosa. Una vez que lo hayamos cruzado, quedaremos ocultos a los ojos de cualquier guardia.

—En ese caso, deberíamos aprovechar la oscuridad de la noche para cruzar el río y aproximarnos a la cueva —indicó *Sir* Arthur.

—Exacto. Tampoco debemos descuidar nuestra apariencia. Si algún habitante de Móstur nos viera… Deberíamos ir vestidos como cazadores.

Kariosh asintió a la sugerencia de Greg.

—Entonces, ¿conoces bien el modo de llegar, desde aquí? —preguntó el monarca.

—Sí. Recuerdo el lugar exacto en que se encuentra la cueva, y cómo acceder a ella, si es que el caudal del río no ha variado demasiado en estos últimos años. Desde aquí debemos dar un pequeño rodeo para llegar al punto exacto por el que cruzar el Éresot.

—Aunque para ello tendremos que hacer una balsa o buscar algún otro modo de cruzarlo —replicó *Sir* Arthur—. Tengo entendido que no es muy recomendable desafiar sus aguas a nado.

—¿Una balsa? No será necesario. Cuerdas y arpones… Con eso será suficiente. Pero tendremos que actuar con rapidez una vez que estemos al otro lado de la orilla, porque si nos descubren junto a la cueva no tendremos escapatoria.

—En ese caso —añadió Kariosh— si ya tenemos todo lo necesario para llevar a cabo nuestro plan, será mejor que no nos demoremos, ahora que los defensores de Móstur centrarán su atención en nuestro campamento.

—Bien. Entonces, ¿cuándo queréis que nos internemos en la cueva?

El rey paseó su mirada por Greg y sus soldados. Todos ellos parecían dispuestos para partir a Móstur lo antes posible. El monarca no dudó en su respuesta.

—Iremos esta misma noche.

CAPÍTULO 22: CERCA DE LA LAGUNA GRIS

El día había transcurrido casi sin descanso para el grupo, que avanzaba espoleado por su líder como si estuvieran huyendo de alguien o algo. Drisz tenía prisa por llegar a las cercanías de Móstur para poder observar por sí mismo las defensas enemigas que pudieran encontrarse allí, esperando el ataque de los hombres del este. No se fiaba de nadie, y mucho menos de un monarca como Kariosh, que sería capaz de enviarles a morir con el único fin de poner a prueba las fuerzas enemigas. Drisz solo empujaría a su ejército al combate si viera garantías suficientes para alcanzar la victoria. Si no fuera así, las otras opciones serían el saqueo de pueblos cercanos, o de la propia capital una vez que Kariosh la hubiera sometido; o la venta de los clérigos, ya fuera a algún mercader de esclavos, o a la propia Orden, a la que pedirían una buena suma de oro.

Mientras tanto, los helvatios gozaban de plena libertad para llevar a cabo sus rezos en distintos momentos del día, tal y como acostumbraban a hacer los miembros de la Orden. En el caso de los clérigos de Móstur, estos rezos se realizaban en uno de los templos o en la propia Morada. Allí entonaban sus cánticos, recitaban las plegarias extraídas de los Textos Sagrados, y conversaban de forma espontánea con el dios de la Luz. Para Zen Varion y Darreth resultaba más difícil poder enriquecer sus oraciones de semejante modo. Rezaban en voz baja, casi en un murmullo, y repetían algunas de las oraciones que todo clérigo conocía ya desde sus inicios en la Orden. En algunas ocasiones oraban en voz alta, en presencia del líder de los kadaríes, que los acompañaba hasta un lugar apartado del grupo para no ser importunados. Drisz se sentaba junto a ellos y escuchaba en silencio. Y aunque él no creyera en Athmer, sentía una inmensa calma que le ayudaba a sobreponerse del bullicio reinante en el grupo durante el resto del tiempo. Aquel momento suponía para él un reparador descanso de su mente, y lo paladeaba como si del mayor de los manjares se tratara. En ocasiones, una vez acabado el rezo por parte de los helvatios, antes de volver junto a los demás, los tres

permanecían un tiempo conversando acerca de Móstur, o de las tierras y costumbres de los kadaríes.

Con la caída de la noche, establecieron el campamento en la orilla del río Syeth. Drisz ordenó montar las tiendas y reforzó la guardia. Se encontraban lo suficientemente cerca de Móstur como para pensar en la posibilidad de un ataque por parte de alguna patrulla que hubiera sido enviada desde la ciudad. El líder de los kadaríes estaba convencido de que tal ataque no tendría lugar, pues seguramente los ejércitos estarían concentrados en la defensa de la urbe. En cualquier caso, cuanto más se acercaban mayor era el peligro al que se exponían.

Zen Varion y Darreth permanecían en el interior de una pequeña tienda, resguardados del frío y las corrientes de aire que vagaban silenciosamente por las inmediaciones del río. Con el transcurso de los días y de un viaje que ya parecía ver su ocaso, los clérigos se habían ganado cierta simpatía entre los kadaríes y, sobre todo, de su líder, que continuaba dándoles un aliciente más para no tratar de escapar. Dos corpulentos guerreros les vigilaban de manera continua, ya fuera por la mañana flanqueando su camino, o por la noche haciendo guardia frente a la entrada a la tienda. Drisz parecía empeñado, a toda costa, en que los helvatios no trataran de huir. No le gustaría tener que perseguirles y ejecutarles una vez encontrados.

Tras la finalización de sus plegarias nocturnas, Zen Varion y Darreth se pusieron en pie. En el exterior, el aire arrastraba consigo un aroma a carne asada que se expandía por cada rincón del campamento, al igual que el bullicio reinante entre los kadaríes. Era un buen momento para alimentar unos estómagos vacíos, necesitados de reponer las energías gastadas con el transcurso de un día agotador.

Los clérigos estaban a punto de salir de la tienda, cuando uno de sus corpulentos vigilantes se adentró en ella.

—Drisz quiere veros —dijo en un tono impasible, carente de cualquier atisbo de sentimiento al igual que la expresión de su rostro—. Seguidme.

Nada más dejar la tienda, se les unió el otro vigilante. Les guiaron hasta su líder, que se encontraba calentándose junto a una pequeña hoguera. Para sorpresa de los helvatios, se encontraba solo, ajeno al bullicio de sus hombres.

—Sentaos junto al fuego —Drisz hizo un gesto con la mano, invitándoles a acompañarle—. Traed comida y vino a los clérigos —ordenó a sus hombres, en un tono amigable que parecía anunciar una conversación distendida.

—Bien, mis queridos clérigos. Esta noche disfrutaremos de una

buena recompensa tras un día de viaje casi sin descanso. A medida que nos acercamos a Móstur, más cautela debemos llevar. A partir de este momento, demos extremar las precauciones. Vosotros también. Pues ya visteis lo que querían haceros los mostures que encontrasteis en la posada.

—De no ser por vosotros, no estaríamos ahora aquí —añadió Zen Varion mientras acercaba las manos al fuego para entrar en calor.

—Así es. Por mi parte, agradezco que no hayáis intentado escapar. No sois mis prisioneros.

—En ningún momento nos hemos sentido como tales.

—Lo sé, Darreth —Drisz esbozó una sonrisa. Parecía tener predilección por aquel joven que le había sorprendido gratamente, por su sabiduría y madurez—. Me gustaría que, una vez que lleguemos a las inmediaciones de vuestra ciudad, el rey Kariosh no detectara vuestra presencia. Si mis hombres y yo debemos encontrarnos con él, vosotros tendréis que permanecer escondidos a sus ojos, pues no dudaría en mataros. Durante estos últimos días he incrementado el ritmo de la marcha para poder llegar lo antes posible y estudiar la situación con más calma. Enviaré exploradores para que me indiquen si consideran que las defensas de Móstur la hacen inexpugnable, o si por el contrario confían en el éxito de la empresa que se ha propuesto el rey. Mi decisión respecto a entrar en combate o estudiar otras vías con las que sacar provecho de este largo viaje dependerá de esa información.

—¿Cuál es tu preferencia? —preguntó Darreth—. ¿Desearías entrar en combate junto a Kariosh, o prefieres…?

—Mi preferencia es, por el momento, que no os maten —atajó Drisz—. Esa es mi prioridad. Y si he de entrar en combate junto a Kariosh, os dejaré marchar, con la condición de que no os crucéis en nuestro camino, en Móstur. Pues en ese caso, me temo que tendría que mataros, aunque ello no me causaría ningún placer.

Zen Varion y Darreth asintieron, en silencio.

—Pero será mejor que, al menos por el momento, nos olvidemos de tales preocupaciones —Drisz zanjó un tema de conversación que no le estaba pareciendo acorde al momento inmediato que estaba por llegar, una buena cena como recompensa a un largo día de viaje—. Dejaremos todas esas decisiones para más adelante, pues ahora ha llegado el momento de disfrutar de este pequeño festín —sonrió al ver a sus hombres, acercándose a ellos portando generosas porciones de carne y vino en abundancia.

—Venado asado y un buen vaso de vino —Drisz olió la cena cerrando los ojos—. Un delicioso manjar con el que recomponer

nuestros ánimos.

—Y nuestras piernas —añadió Darreth, que por un momento olvidó las palabras anteriores del kadarí, palabras que carecían de sentido hasta que alcanzaran Móstur.

—¿Me permitiréis acompañaros en vuestro último rezo del día? —preguntó Drisz, justo antes de dar un bocado a la generosa porción de carne que sujetaba con ambas manos.

—Por supuesto —Zen Varion no tenía ninguna duda respecto a la respuesta—. Para nosotros, es importante poder retirarnos a un lugar en el que rezar con el único sonido de la propia naturaleza. Tus hombres nos han respetado en todo momento, y siempre nos han permitido abandonarnos a nuestras oraciones, estando allí entre ellos. Sin embargo, es reconfortante poder dejar de lado la distracción que pueda suponer el constante ir y venir de soldados.

—Esa es la razón por la que ahora estamos los tres aquí, solos.

—Y tus hombres, ¿no te dicen nada al ver que te apartas de ellos?

—No. Saben perfectamente que siempre me tendrán junto a ellos cuando me necesiten. Obsérvales —dijo mientras se giraba para contemplar a los kadaríes que, junto al campamento, congregados en torno a las viandas de carne, las jarras de vino y el calor de la hoguera, dejaban que la algarabía se apoderara de ellos—. ¿Crees que en estos momentos puedan necesitarme?

Los tres se echaron a reír. Drisz continuó hablando tras beber un largo trago.

—Mis hombres comprenden que de vez en cuando necesito distanciarme, quedarme solo y pensar las decisiones que luego he de tomar. La soledad es buena consejera en numerosas ocasiones. Luego comparto con ellos mis planes, e incluso termino modificándolos posteriormente, tras escuchar sus opiniones. Supongo que a vosotros os pasa algo parecido, necesitáis de esa calma para poder hablar con vuestro dios. Yo necesito calma para poder hablar conmigo mismo.

Darreth sintió ligeramente, y dio un bocado a la exquisita carne.

—Comed bien. Saciad vuestro apetito, queridos helvatios, pues no disfrutaremos de un manjar así en mucho tiempo… —Drisz perdió la vista allí donde sus hombres daban buena cuenta de la cena—. Quien sabe, tal vez algunos no vuelvan a tener un momento como este. Cuanto más cerca nos encontramos de Móstur, más temo la hora de decidir qué hacer. Porque si tomo una mala decisión, condenaré a la muerte a mis mejores amigos. Por eso, debo tener bien clara una alternativa a la batalla que resulte lo suficientemente atractiva. De lo contrario, no podré evitar que muchos de los míos luchen en nombre de Kariosh, quizá por temor a posteriores represalias. ¿Qué vais a

hacer vosotros, los helvatios?

—¿A qué te refieres? —inquirió Zen Varion.

—En la batalla, ¿qué van a hacer vuestros clérigos de la Morada? ¿Lucharán? Si son como vosotros, no son hombres de espada. Las plegarias y rezos a Athmer no servirán de nada cuando los leryones asalten vuestro hogar. ¿Cómo se defenderán los vuestros?

—No todos los helvatios somos clérigos —respondió Darreth—. También hay caballeros helvatios, hombres de armas al servicio de la Orden, e incluso también al servicio de los nobles que los contratan, o a los intereses del pueblo, cuando son requeridos por el gobernante.

—Imagino que, en estos momentos, todos esos caballeros tendrán un único cometido, proteger la Orden —Drisz calló por un momento —. Me resulta extraño imaginar que, en cuestión de días, si entramos en combate, os convertiréis en mis enemigos, vosotros y todos los helvatios. Y ese sentimiento me llena de tristeza, pues en el poco tiempo que he compartido con vosotros, he descubierto que tenemos en común mucho más de lo que pueda llegar a tener en común con Kariosh, por quien no siento ninguna simpatía. Os prometo que, si nos encontramos en el campo de batalla, lejos de atacaros, trataré de poneros a salvo.

Drisz dio un último sorbo de vino y rellenó su copa.

—Disculpadme si esta noche me encuentro más extraño de lo habitual, tal vez haya bebido demasiado vino, pero qué demonios, es la primera vez en mucho tiempo que puedo disfrutar de una suculenta cena, y en buena compañía —se puso en pie y dirigió la vista hacia el campamento—. Por favor, no empecéis vuestros rezos sin avisarme antes. Voy un rato con mis hombres, me gustaría disfrutar también con ellos este delicioso momento de calma y felicidad.

—Nuestro viaje se acerca a su fin, Darr —dijo Zen Varion, con semblante serio y preocupado cuando el líder kadarí se alejó de ellos, casi tambaleándose y con la copa de vino en la mano.

—No os preocupéis, maestro. Drisz es un buen hombre.

—No me preocupa él. Lo que de verdad me preocupa es que no sea Drisz quien encuentre a Kariosh y su ejército, sino que sean estos quienes lleguen hasta nosotros. En ese caso, nos resultará difícil escapar al rey de Leryon. Debemos estar siempre alerta, y tratar de convencer a Drisz para que nos deje libres antes de que sea demasiado tarde. Si logramos llegar a Móstur —Zen Varión recapacitaba, acariciando su barba—, tal vez ni siquiera estemos seguros allí, pues no sabemos cómo están las cosas.

—Deberíamos encontrarnos con Therios —afirmó rotundamente Darreth—. Tal vez él pueda ayudarnos a contestar algunos

interrogantes.

—Como el de tu sacrificio. No consigo entender cómo Therios imaginó que tú podrías ser el elegido de Athmer… Pero así es. Él lo sabía.

—Y si sabía eso —Darreth reflexionó acerca de lo que diría a continuación—, es muy probable que también conozca el significado de la profecía que se cierne sobre todos nosotros. La profecía por la que el rey Dunthor fue condenado a muerte.

CAPÍTULO 23: CERCA DE TORREVIGÍA

—Se echa de menos a Nora, ¿verdad? —las frágiles llamas de la mortecina hoguera iluminaban el rostro de Shyra, cuyos ojos verdes destellaban con un brillo especial. La presencia de Fistosh y Eric le resultaba especialmente reconfortante, aunque echaba en falta las historias de Nora, el dulce tono de sus palabras, su alegría.

—A estas horas de la noche… Sí, se echa de menos su agradable conversación —respondió Fistosh—. De día, cuando hay que trabajar y tratar con otros comerciantes, ya no resulta tan encantadora. En Móstur tiene fama de ser una mujer demasiado impulsiva. Tiene poca paciencia en los asuntos en los que hay dinero de por medio. Supongo que por eso aún trabajamos con ella, porque tiene mano dura con aquellos que tratan de engañarla o, simplemente, cuestionan su mercancía.

—Como comerciante, hay pocos que se puedan igualar a ella —añadió Eric—. Sí, se la echa en falta… Incluso cuando tiene el día torcido y le da por gritar a todo el que se acerca demasiado a ella. Al menos, sabemos que en Móstur se encuentra a salvo, pero tú…

—No nos gustó la apariencia de esos helvatios que te estaban buscando. No parecían precisamente devotos de Athmer. Más bien parecían mercenarios.

—Por suerte, estáis aquí para protegerme —dijo la chica, esbozando una sonrisa.

—Menos mal que no somos los únicos —Eric miró al lugar en el que, en silencio, *Sir* Geralt y Rixon parecían estar observando cuanto sucedía a su alrededor. Cerca de ellos, sus acompañantes ya habían tomado posiciones para llevar a cabo la primera guardia de la noche. Con cada paso que les conducía a Móstur mayores eran las precauciones que debían tomar si querían alcanzar la ciudad antes de ser encontrados por los caballeros.

—¿Confías en ellos? —preguntó Fistosh, que no parecía fiarse de los guardianes de Ryth.

—No conozco a nadie en Móstur, y los únicos helvatios de los que he oído hablar parece que no tienen intenciones muy nobles así que…

Solo puedo confiar en ellos, y en vosotros.

—Bien —Fisthos mantenía la mirada fija en la chica—. Si tú confías en ellos, nosotros también lo haremos. Aunque no estoy seguro de que, llegado el momento, si tenemos que oponernos a las órdenes de los helvatios, ellos se muestren dispuestos a defenderte.

—No tenemos muchas más alternativas. Además, si Nora se encuentra en Móstur, debemos encontrarnos con ella.

—No solo ella —Eric dibujó una media sonrisa.

—¿Quién más?

—Nora se ha tomado muchas molestias en asegurarse de que en Móstur nadie va a hacerte daño. Por suerte, nuestros numerosos lazos comerciales nos permiten tener contacto con ciertos mercenarios que podríamos denominar como «guardianes del comercio». A menudo, ellos velan por que las transacciones se realicen según lo acordado.

—¿Mercenarios? —a Shyra no le había gustado el tono de las palabras de Fistosh—. ¿Qué clase de mercenarios?

—La mayoría son familiares o amigos de comerciantes, encargados de asegurarse de que el dinero llega según lo acordado. Ciertamente, en ocasiones alguno de ellos actúa más allá de lo que la ley le permitiría. Si ves algún comerciante en Móstur al que le falta un dedo, o incluso una mano, se trata de alguien que en un momento dado no pagó su deuda.

—Se hacen llamar *La compañía del Escorpión*, y son mercenarios venidos de las inhóspitas tierras del Norte, en las inmediaciones del Desierto Rojo. Al menos así fue en sus orígenes. Nora cuenta con algunos de ellos, que nos han sido de gran ayuda para cobrar las deudas de Móstur, cuando teníamos relación con los comerciantes nybnios antes de su expulsión de la ciudad. La mayoría de ellos, cuando veían la marca del escorpión en el dintel de su casa, salían corriendo a pagar sus deudas.

—Si los helvatios se empeñan en retenernos, no creo que haya quien pueda impedírselo. Quiero que me prometáis una cosa… Los dos.

Los mercenarios miraron a Shyra, y asintieron en silencio.

—Prometedme que, si los helvatios tratan de llevarme con ellos, no lo impediréis. No quiero que mi protección os cueste la vida.

—No te preocupes —sonrió Eric—. No van a matarnos. Los helvatios tienen demasiados problemas que resolver, como para buscarse más enemigos. Afortunadamente, en Móstur tenemos fama de buenos comerciantes. Ningún helvatio querría manchar su reputación enfrentándose a nosotros.

—Bueno —Fistosh no parecía estar muy de acuerdo—. Siempre y

cuando aquellos que vimos en la posada sean helvatios. Aun así, las cosas han cambiado mucho. Móstur ya no es la próspera ciudad que acogía por igual a los extranjeros que buscaban ganarse la vida dentro de sus muros. Desde la expulsión de los nybnios y los sucesos acaecidos en los últimos tiempos, la ciudad se ha convertido en un lugar que puede albergar cualquier inesperado peligro.

Shyra asintió sin responder. Estaba acostumbrada a los inesperados peligros. Miró las últimas llamas que morían en la hoguera, convertida ya en ascuas. Frente a ellos, la figura de *Sir* Geralt se dejaba ver en la penumbra, cada vez más cercana.

—La noche transcurre con calma —dijo el caballero, con un tono de voz que denotaba el cansancio que sentía.

—Es nuestro turno, *Sir* Geralt. Deberíais descansar hasta el amanecer. Aún nos quedan unas cuantas jornadas de camino hasta llegar a Móstur —Eric se puso en pie.

—Más que el trayecto del viaje me preocupa el destino —respondió el caballero—. Tú también deberías dormir, Shyra.

—No tengo sueño. Me gustaría hacer compañía a Fistosh y Eric, al menos durante un tiempo.

—Está bien. Pero yo que tú no tardaría demasiado en cerrar los ojos. Mañana avanzaremos rápido. Debemos estar bien despiertos.

El caballero continuó avanzando hacia el lugar en el que descansaban algunos de sus soldados, en torno a una hoguera que se había apagado poco después de la llegada de la noche.

—Debes descansar, Shyra —habló Eric mientras caminaba en dirección al lugar en el que antes había estado *Sir* Geralt—. Nosotros nos encargaremos de vigilar nuestra posición. Estamos en un buen lugar, cerca del río, pero lo suficientemente escondido como para poder pasar desapercibidos. Si hay alguien de camino por estas tierras, dudo mucho que se acerque a la maleza que nos rodea.

—Está bien —respondió la chica, con desgana—. Te haré caso. No me gustaría acabar quedándome dormida sobre el caballo. Que paséis una buena noche…

—Que siga siendo tan tranquila como hasta ahora —respondió Fistosh mientras caminaba junto a su amigo—. Descansa muchacha.

Shyra se dirigió al lugar en el que descansaban los demás, en la oscuridad que les facilitaban las sombras de los árboles que les ocultaban del reflejo de la luna. Una buena ubicación y la agradable temperatura de la noche eran los principales alicientes para abandonarse al sueño. La chica se tumbó cerca de *Sir* Geralt, que parecía haberse quedado dormido nada más echarse al suelo. Shyra se acomodó sobre una de las pieles que le habían entregado los

mercenarios. Su tacto suave era una invitación a conciliar el sueño. Cerró los ojos y pronto se quedó dormida.

Soñó que regresaba al Norte, a las cercanías del Desierto Rojo. Allá donde perdía la mirada no había más que tierras baldías, cuyo color se fundía en el horizonte con el tono rojizo de un firmamento teñido por la abrasadora mirada del sol. A un lado, las montañas parecían un espejismo. Todo era silencio hasta que, de repente, varias corrientes de aire llegaban a ella, precediendo a un sonido que conocía muy bien. De la cumbre de la montaña surgió una criatura que, batiendo las alas, subía ligeramente para después descender de forma violenta hasta situarse frente a ella. La mirada del dragón tenía el color del fuego que pronto arrojaría sobre la chica.

Shyra se despertó bruscamente. Miró a uno y otro lado. *Sir* Geralt y la mayor parte de sus acompañantes ya no estaban junto a ella. Seguramente habrían cambiado la guardia, pues ya en el horizonte el cielo empezaba a empaparse de la luz del amanecer. Estaba a punto de ponerse en pie cuando sintió una punzada en su antebrazo derecho. Contuvo un grito de dolor y se miró el punto exacto del que procedía. Sintió un escalofrío al comprobar, no solo el color grisáceo que manaba del antebrazo, sino también la textura que había cobrado su piel en ese punto. Pasó suavemente uno de sus dedos, sobre lo que parecía una capa rugosa, casi agrietada como las tierras baldías que había visto en su sueño. Horrorizada por aquella visión, se cubrió con la chaqueta que constituía parte de su uniforme de guardia de Ryth. Miró en torno a ella, buscando una respuesta, tal vez algún animal venenoso que la hubiera picado. Pero a su alrededor únicamente vio a los guardias que aún dormían.

Al contemplar una vez más aquella herida, o lo que fuera la marca con la que había amanecido, Shyra sintió verdadero temor. Recordó algunas historias sobre extrañas e incurables enfermedades, algunas de ellas muy contagiosas. Se preguntó si debería decírselo a alguien, o si sería mejor huir de allí para evitar el posible contagio a sus compañeros de viaje. Las dudas, los nervios… acudieron a ella de forma súbita, sumiéndola en un estado de ansiedad que pudo controlar a duras penas.

—Shyra… Rápido, despierta a los demás —era la voz de *Sir* Geralt. El caballero había llegado corriendo hacia ella y, sin tiempo para detenerse, se dio la vuelta nuevamente, mirando a uno y otro lado para asegurarse de que cuantos le habían acompañado en la guardia se acercaban a él.

La muchacha cumplió la orden y fue despertando a los guardias que, al igual que ella, quedaron confusos por las repentinas prisas de

su líder.

—¿Qué ocurre? —preguntó Shyra a Fistosh cuando este pasó junto a ella.

—Creemos que nos han visto… desde la otra orilla del río…

—¿Quiénes?

—Los helvatios… Acompañados de mercenarios. Son casi un centenar y pronto les tendremos encima si no nos vamos ya. Rápido, coge tus cosas.

Sir Geralt se aseguró de que ya todos estaban prestos para abandonar el lugar en el que habían pasado la noche. Una vez subido a su caballo, miró a su alrededor. Todos aguardaban la orden de partir, pero no parecían muy seguros de cuál sería el mejor camino.

—Debemos alejarnos de la orilla del río.

—Tal vez deberíamos regresar a Ryth —insinuó Rixon—. Si estos malnacidos nos alcanzan, tendremos que enfrentarnos a ellos, y son demasiados.

—No… Nos desviaremos momentáneamente del camino, pero debemos ir a Móstur. Debemos presentarnos allí… todos juntos.

—En el interior de la ciudad no se atreverán a hacernos daño —dijo Eric, pensando en la protección prometida por Nora a través de los miembros de la *Compañía del Escorpión*.

—En Móstur tal vez los peligros se multipliquen —replicó Rixon.

—Ya queda menos para averiguarlo, pero debemos apresurarnos en alejarnos del río. Seguidme.

Sir Geralt encabezó el grupo, que se dirigió a la linde del bosque. Frente a ellos, aún lejanos, los árboles se alzaban por encima de los matorrales y otra maleza cercana al camino, como un ejército de titanes en formación de combate. Sus robustas y frondosas ramas mantenían oculto todo cuanto albergaban en el interior de un lóbrego paraje, un destino que no parecía convencer a Fistosh y Eric. Shyra se había rezagado hasta el último lugar, buscando el momento de volver a contemplar la marca de su brazo. Miró hacia atrás para asegurarse de que no había nadie más tras ella, y fue en ese momento cuando sus ojos se perdieron en el cielo. A lo lejos, pudo contemplar una gran montaña, como la que había visto en su sueño. Pero lo peor fue lo que creyó ver sobrevolando la cima.

«No puede ser», se dijo horrorizada.

CAPÍTULO 24: ISLA CUCHILLO

El día amaneció nublado. A lo lejos, una densa niebla no permitía vislumbrar el horizonte donde las aguas se fundían con el firmamento.

Sándor paseaba por la orilla de la isla, contemplando el ingente número de navíos que se preparaban para partir hacia Las Furias. Los barcos nybnios eran muy inferiores en número a las embarcaciones de los piratas, pero parecían verdaderos castillos flotando sobre el agua, en comparación con las sobrias naves de la mayor parte de los hombres y mujeres de Sándor. A diferencia de la tripulación de Ferghus, compuesta únicamente por varones, mercenarios contratados por el comerciante, entre los acompañantes de Sándor podían contemplarse numerosas mujeres que no solo eran valientes en alta mar, sino también diestras en el manejo de la espada. Muchas de ellas habían acompañado al Rey Pirata en sus ataques a los cargueros nybnios de los que habían extraído cuantiosas riquezas. Sándor veía en esas mujeres el valor y la fuerza de ardientes guerreras, para quienes la dulzura y la delicadeza eran virtudes casi desconocidas. Tal vez por eso, el Rey Pirata se había fijado desde el primer momento en Salwen. La consejera de Taenara era totalmente opuesta a la clase de mujeres con las que había compartido no solo épicas batallas, sino también eternas noches de cama que habían dejado a Sándor casi tan agotado como uno de aquellos enfrentamientos con los nybnios.

El Rey Pirata recordaba su conversación con Taenara en la que había confesado su amor y sus intenciones respecto a Salwen. No había tenido tiempo de volver a hablar con la princesa a solas, para indagar en los sentimientos que su consejera pudiera tener respecto a él. Esperaba que la notable diferencia de edad entre ambos no fuera un obstáculo, pues las canas que asomaban en su amplia barba no parecían acordes con la vitalidad que mostraba en cada una de sus acciones, ya fuera de día en el gobierno de la que ya consideraba como su isla, o de noche cuando se hacía acompañar de dos o más mujeres que quedaban ampliamente complacidas tras sus caricias y juegos en la cama. Echaría de menos amaneceres así, si algún día Salwen aceptara casarse con él, pero estaba dispuesto a entregarla

todo su amor y, en definitiva, comenzar a pensar en los hijos a los que esperaba dejar un esplendoroso legado. Y eso que en realidad apenas había intercambiado unas palabras con la consejera de Taenara, pero veía en su mirada y su interior aquello que en las demás mujeres de la isla no lograba encontrar. Ni siquiera sabría expresarlo con palabras, pero estaba convencido de que, si en algún momento debía dejar atrás su vida de pirata y sus noches de lujuria, la ciudad de Móstur era el lugar indicado, y Salwen la compañera apropiada.

La multitud de piratas y nybnios que en esos momentos recorrían la playa y se dirigían al muelle no distraían a Sándor de sus pensamientos, en los que la consejera de Taenara se mostraba en todo su esplendor y con una sonrisa que en pocas ocasiones mostraba. La hermosa imagen que se había apoderado de su imaginación finalmente se desvaneció cuando la realidad llevó al Rey Pirata a cruzarse con uno de sus hombres de confianza.

Hedrick, el tuerto, se encontraba especialmente alegre aquella mañana. Su ojo escudriñaba la escena que se dibujaba en el muelle.

—Mira qué maravilla de barcos —dijo nada más ver a Sándor—. Ese Ferghus ha debido de seleccionar las mejores embarcaciones de Nybnia.

—¿Acaso nuestras naves te parecen pequeñas? —Sándor miró a su amigo con aparente severidad. En cuestión de segundos, ambos rompieron aquel breve silencio con sonoras carcajadas.

—De haber tenido tiempo, habríamos construido barcos incluso más grandes que los de estos nybnios. Sin embargo, parece que nuestra princesa tiene prisa por alcanzar Móstur. Y antes debemos hacer un par de noches en Yark, para continuar alimentando nuestro ejército.

—¿Es que no llevamos ya suficientes guerreros? —Hedrick abrió los brazos, señalando con ambas manos todo cuanto veía a su alrededor—. No recuerdo haber visto tal número de hombres y barcos en nuestro puerto. ¿De verdad crees que necesitamos más?

—La princesa debe de tener tanto dinero como odio a los mostures. Si no, no me explico su obsesión por adquirir un ejército casi tan poderoso como el de su propio hermano. Si nos unimos a las tropas del rey Kariosh, Móstur no tardará en caer. Y después, obtendremos nuestra recompensa.

—Oro y tierras… Tal vez unos esclavos… o mejor, esclavas. Parece un buen botín —Hedrick parecía satisfecho con la recompensa.

—Sí, amigo mío —Sándor volvió a recordar la imagen de Salwen—. Un buen botín.

—Vendrás con nosotros, ¿verdad? —inquirió el tuerto—. ¿O ya te

has dejado seducir por el embrujo de nuestra querida princesa, o los barcos de Ferghus?

—Iré contigo, querido amigo. Y también con Rodher. Así que más vale que te pongas manos a la obra y vayas preparando todo lo necesario. Partiremos en el Leviatán, y deja ya de mirar las naves nybnias. Nuestro barco no tiene nada que envidiarlas ni en velocidad ni en capacidad de carga o ataque.

—Espero que no tengamos que comprobarlo en alta mar. Diré a los hombres que carguen el barco.

Hedrick salió corriendo a cumplir la orden del Rey Pirata, que le vio marcharse con el orgullo de quien se sabe respaldado por un buen número de amigos valientes y dispuestos a acompañarle hasta el confín del mundo.

El Leviatán era una embarcación majestuosa y, al mismo tiempo, temible. Su mascarón de proa era la imagen de un monstruo marino, la cabeza de una aterradora serpiente que parecía engullir las olas a su paso. Cuidadosamente tallada hasta el más mínimo detalle de escamas y colmillos, su visión en la penumbra de la noche por parte de los pescadores y mercaderes nybnios había sido la causa de cuantiosas leyendas y mitos que no habían hecho sino acrecentar la temible imagen que muchos de ellos tenían del Rey Pirata. Orgulloso de ser el protagonista de aquellas historias más cercanas a la fantasía que a la realidad, Sándor había encabezado a bordo del Leviatán sus expediciones más fructíferas, debido también a que era la embarcación más grande y veloz que tenía, y por tanto donde podría guardar un mayor botín con el que escapar de una forma más apresurada.

Sándor paseaba orgulloso por el puerto, contemplando la ida y venida de sus hombres, así como de los afanosos nybnios que ultimaban los detalles de la partida, ya fuera portando provisiones o limpiando las embarcaciones y poniéndolas a punto, asegurándose de que el velamen no sufría ningún desperfecto, la cubierta y los camarotes estuvieran tan limpios como el propio mástil que habría de encauzar el rumbo a seguir en un viaje que se antojaba apasionante, una aventura sin igual que no solo les permitiría encontrar tierra firme en la fructífera ciudad nybnia de Yark, sino que además les conduciría a las tierras del norte, a la comarca de Móstur.

Sándor se preguntó si las murallas de Móstur serían tan inexpugnables como se mencionaba en las historias y cantos de los bardos norteños, que a menudo exageraban desmesuradamente su altura y extensión. En más de una ocasión el Rey Pirata se había imaginado viajando hasta las puertas de la ciudad para comprobar por

sí mismo la grandiosidad de sus muros. Perdido en sus pensamientos vagó por el puerto con una calma que contrastaba con las prisas que parecían tener todos aquellos con los que se cruzaba.

En uno de los extremos del puerto se encontraban atracadas las principales embarcaciones nybnias. Fue allí donde Sándor descubrió la imagen de Taenara. La princesa conversaba con Ferghus al pie de su barco. Cerca de ella, como siempre, se encontraba Salwen, de la que el Rey Pirata no pudo separar la vista hasta que una voz junto a él le hizo reaccionar.

—Así que, ¿partimos hoy mismo?

Sándor separó la vista de la mujer a la que parecía desear más que a nada para responder al sacerdote Guízar.

—Así es. Al parecer, la princesa tiene prisa por dejar la isla y cumplir su parte del trato. Encontraremos a Owen en las Furias, y cuando hayamos terminado con él nos dirigiremos a Móstur. Por cierto, sacerdote, creo que debo pedirte disculpas por mi actuación. Me dejé llevar y…

—Si no es por Taenara, ahora mismo no estaría aquí hablando contigo.

—Lo sé. Y lamento mucho lo que estuve a punto de hacer. Pero debes comprender que el rey Kósser parece especialmente interesado en acabar conmigo. No sería la primera vez que sus barcos llegan a nuestras costas para reclamar mi cabeza. Ciertamente, he matado a muchos nybnios, pero solo a aquellos que han intentado acabar conmigo. No soy un asesino, pero tampoco puedo dejar que nadie ataque a mi gente. Y la coincidencia entre vuestra llegada y la de los nybnios… La amenaza de esos barcos parecía tan real…

—Te entiendo. Cuando vives en un mundo amenazado, ves el peligro por todas partes.

—Creo que, en parte por eso, estoy deseando ir a Móstur. Necesito poder despertar una mañana sin tener que mirar al horizonte tratando de descubrir una nueva amenaza.

—En Móstur también nos aguardan peligros.

—Sin duda, pero no sé qué es más desesperanzador, si la certeza de la batalla o la incertidumbre del peligro con la llegada de cada amanecer. Al menos en Móstur podré mirar a mis enemigos a la cara sin tener que preocuparme de si están a mi espalda. Además, la esperanza de una nueva vida en aquellas tierras me parece un buen motivo como para dejar atrás todo esto. Aquí estaba empezando a echar de menos mi vida de contrabandista, cuando era más querido que temido. El poder es en ocasiones una carga demasiado pesada.

Sándor buscó con la mirada a la princesa Taenara que, habiendo

subido al barco de Ferghus, intercambiaba palabras con algunos de los miembros de su tripulación.

—Creo que no eres el único a quien la princesa ha salvado la vida —confesó el Rey Pirata—. A mí me ha rescatado de lo que empezaba a convertirse en la prisión que un día fueron estos muros. Y no voy a defraudarla, tendrá a los mejores guerreros que podamos encontrar en Yark. En cuanto a ti, sacerdote, que has arriesgado tu vida por acompañarla hasta aquí, ¿nos acompañarás a Móstur? ¿Qué harás cuando todo esto termine, si vives para contarlo?

—Mi misión en este lugar ha terminado. Vine aquí para ofrecerte el perdón del rey a cambio de dejar las tierras nybnias. Al parecer, las palabras de la princesa han resultado más convincentes que las del rey. Es posible que nuestros caminos se separen en Yark. Debo regresar a Puertorrey, con mi gente.

—En ese caso, espero que tengas un buen regreso, y que informes al rey de que no ha de temer más al Rey Pirata, y que haga el favor de contribuir a que mi nombre sea olvidado en su reino. Necesito cambiar el poder por la libertad.

—Te prometo que así lo haré. En cuanto a lo de Owen…

—Dile que su bastardo empezaba a ver incrementado su poder hasta llegar a compararse con el mío, con una gran diferencia: la amenaza de Owen es real. Hay quienes creen que ese loco pretende regresar a la que una vez fue su casa para acabar con el rey Kósser y sentarse en su trono, algo que a mí nunca se me ha pasado por la cabeza.

—Visto de ese modo, tal vez el rey no se ofenda demasiado cuando le comunique la muerte de Owen, si es que conseguimos encontrarle.

—Le encontraremos, de eso no hay duda —Sándor estaba convencido de que lograrían dar con el loco—. Ese bastardo está empezando a tener amigos y eso le anima a no esconderse. Muchos afirman que habita en una de las islas que forman Las Furias.

—¿Por qué a todos los piratas os da por vivir en una isla?

—Bueno, supongo que tú no tienes nada que temer allí en Nybnia, sacerdote. En tu templo eres respetado o, como mucho, ignorado por quienes no creen en Thariba. Pero tanto para Owen como para mí, que no gozamos de esa indiferencia, sino que somos temidos u odiados, o ambas cosas a la vez, resulta más reconfortante si puedes, de algún modo, ver venir a tus enemigos. El mar es, en muchas ocasiones, la mejor de las defensas con las que podemos contar; un muro que nos separa de muchos de nuestros enemigos. De ese modo resulta más sencillo verlos venir. He de reconocer que resulta mucho más agradable ver venir a alguien como ella —Sándor había fijado la

mirada en Taenara, que caminaba de frente hacia él y Guízar.

—Y supongo que también te resultará más grato hablar con ella —sonrió el sacerdote—. Os dejo.

El sacerdote se separó de Sándor unos segundos antes de que Taenara llegara hasta él.

—Parece que no tardaremos en zarpar —dijo la princesa.

—Y, a juzgar por vuestra sonrisa, estáis deseando partir.

—Así es. ¿Encabezaréis la flota? Creo que nadie como vos conoce estas aguas, y las islas a las que nos dirigimos.

—Si es lo que deseáis… Sí, lideraré nuestra gran flota. Espero que mi embarcación sea tan rápida como vuestros barcos nybnios.

—He oído que vuestro barco, el Leviatán, es uno de los más rápidos y temidos en estas aguas.

—Leyendas… En los parajes bañados por el mar, algunos sucesos son magnificados como las olas que van creciendo en medio de la tempestad. Pero, si os soy sincero, me gusta que se hable así de mi barco. Lo único que espero es que, llegado el momento, no os defraude. No me gustaría que vierais morir las leyendas que se narran sobre el Leviatán —Sándor se aseguró de que nadie les escuchaba—. Y ahora que estamos a punto de zarpar, y tal vez no encuentre un momento mejor para hablaros, quería preguntaros si tuvisteis la oportunidad de mencionar a vuestra consejera el esperanzador deseo que guía mis pasos.

Taenara no pudo evitar echarse a reír, al escuchar la expresión del amor del Rey Pirata, al que veía mucho más humano de lo que, al parecer, se contaba en Nybnia.

—Sí, hablé con Salwen acerca de vuestra propuesta.

—¿Y bien? —inquirió Sándor, tras el torturador silencio de la princesa.

—La reacción que vi en ella me pareció una buena señal. Vuestra intención le causó, ante todo, sorpresa. Ella creía que a quien deseabais era a mí.

—En realidad, he de reconocer que vuestra belleza es incomparable a la de ninguna otra mujer que he visto, pero también es cierto que la suya es… ¿Cómo podría definirla? Es como la de un amanecer de cielo despejado que anuncia un hermoso y cálido día.

—Estáis muy enamorado de ella —Taenara dibujó una sonrisa que contagió al Rey Pirata.

—Estaréis pensando que me comporto como un idiota. Por favor, no le contéis esta conversación a nadie. Aunque creo que, si lo hablarais con los miembros de mi tripulación, ninguno os creería. Es cierto —añadió Sándor, al comprobar que Taenara mostraba una vez

más su sonrisa—, mis marineros no creerían jamás que yo soy capaz de hablar de ese modo, teniendo en cuenta los gritos e insultos con los que a menudo tengo que espolear a los más holgazanes. En fin, me alegra que, al menos, Salwen no se haya opuesto.

—Creo que os ve algo… mayor, para ella.

—Bueno, si ese es el principal impedimento, espero que en algún momento reconsidere nuestra diferencia de edad hasta verla tan solo como una circunstancia incapaz de quebrar nuestro amor. No os quito más tiempo, princesa, pues yo también tengo que terminar de hacer los preparativos para el viaje.

Tras una leve inclinación de cabeza, Sándor se separó de la princesa, buscando con la mirada a Salwen. La consejera no parecía encontrarse en las inmediaciones del barco.

El Rey Pirata aceleró el paso. Quería asegurarse de que, en su embarcación, todo estaba dispuesto para iniciar un viaje que se le antojaba fascinante, tanto por el lugar como la misión que habrían de llevar a cabo.

Cuando Sándor llegó hasta su barco, comprobó con satisfacción que su tripulación no había estado ociosa. Las bodegas estaban repletas de víveres, así como barriles de cerveza y, sobre todo, el delicioso vino nybnio que no podía faltar en ningún viaje. Los marineros parecían prestos para remar allí donde su líder quisiera llevarlos.

—Veo que tenéis tantas ganas como yo de zarpar en busca de nuevas aventuras —Sándor alzó la voz mientras subía al barco, paseando su mirada por una tripulación que parecía entusiasmada con la idea de zarpar hacia Las Furias—. Veo en vuestros rostros la felicidad de quien inicia un nuevo camino hacia un destino incierto y esperanzador. Siento tener que deciros que el destino que nos aguarda no es precisamente un paraíso. Si alguno cree que este viaje es para alegrarnos la vista descubriendo lugares que algunos no conocíais, es mejor que no se haga ilusiones. No vamos a Las Furias para disfrutar de hermosos paisajes, no vamos allí a comerciar con ricos mercaderes, ni a buscar hermosas mujeres —algunos miembros de la tripulación sonrieron al escuchar aquellas palabras—. ¿Sabéis quién nos espera en Las Furias?

—¡Owen!

—¡Owen el loco!

—¡Owen el bastardo!

—¡Exacto! —respondió Sándor a las continuas voces de sus hombres—. Owen, el loco, el bastardo… El malnacido Owen es quien nos aguarda. Y como podréis imaginar, no estará solo. No será una

cuestión de encontrar a un solo hombre entre los habitantes de esas islas. Más bien va a resultar una batalla contra el bastardo y sus aliados. Pero, como habéis podido comprobar, nosotros también tenemos aliados. Con la llegada de los barcos nybnios, también nos ha llegado el perdón que nos ofrece el rey Kósser.

—¡Muerte al rey Kósser! —gritó uno de los marineros, al que siguieron otros tantos.

—Sí, ya sé que no necesitamos el perdón de ese maldito monarca, pero lo cierto es que, si acabamos con Owen, no solo habremos derrotado a nuestro mayor rival en la lucha por el dominio del mar, sino que también podremos obtener el reconocimiento, y tal vez una generosa recompensa por parte de Kósser, cuando nuestros aliados nybnios le informen de nuestra victoria. Porque no tengo ninguna duda de que venceremos a Owen, y si es necesario llevaremos su cadáver ante el rey. Contemplad, queridos amigos, la flota que hoy nos sigue a lo que sin duda será una gran batalla, porque se acerca el momento de que nuestra leyenda se convierta en realidad. Se acerca la hora de que nuestros enemigos comprueben que la alianza con Owen solo conduce a la muerte. Se acerca la hora de conquistar Las Furias. Una vez conquistadas esas islas, ¡dominaremos los mares! ¡Seremos los amos de las aguas nybnias!

Los marineros acompañaron aquellas últimas palabras con gritos y consignas de guerra, contra Owen el loco, el bastardo, el malnacido y otros muchos calificativos por los que era conocido entre los miembros de la tripulación.

Arengados por su capitán, los marineros del Leviatán ocuparon sus posiciones. La embarcación se puso en marcha y avanzó hasta situarse al frente de la flota, trazando el rumbo hacia Las Furias. Allí les aguardaría Owen y la gloria, o quizá la muerte.

Sándor transmitía su entusiasmo con cada orden, con cada palabra. Sus voces llegaban a los oídos de los tripulantes de las embarcaciones que le flanqueaban, dos de las extraordinarias galeras nybnias. En una de ellas, capitaneada por Ferghus, Taenara era testigo de las actuaciones llevadas por Sándor y de sus continuas órdenes. Sonrió al recordar la conversación mantenida con el Rey Pirata en los instantes previos a partir. Sándor le había mostrado un encanto muy distinto al que podían ver en él su tripulación. La pasión del hombre enamorado había dado paso al desbordante fuego del ardiente guerrero dispuesto a guiar a los suyos a la inminente batalla. Junto a Taenara, Salwen también tenía la sensación de que el Sándor con quien habían compartido la cena en la noche de su llegada poco o nada tenía que ver con el que se mostraba ahora en todo su esplendor. En alta mar,

en el momento de mayor trascendencia, el Rey Pirata se hacía digno merecedor del título con el que sus hombres le habían coronado. La consejera de Taenara apenas pudo distinguir la figura de Sándor a bordo de su majestuosa embarcación, pero una de las veces en las que creyó ver su imagen, también tuvo la sensación de que la mirada del Rey Pirata parecía buscarla a ella. Fue una sensación muy distinta a la experimentada en la noche en la que Taenara había compartido con ella las intenciones de aquel hombre tan peculiar y misterioso. Si en aquella ocasión su primera reacción fue, ante todo, de sorpresa, ahora sentía que su corazón se aceleraba por momentos y un cosquilleo recorría su cuerpo al sentirse deseada por el hombre que ahora les lideraba a la batalla. Se sentía incapaz de definir sus sentimientos hacia él; la dulzura con la que por momentos les había tratado la noche de su llegada contrastaba con la firmeza y bravura de sus palabras y sus actos a bordo del Leviatán, la poderosa embarcación que lograba también acrecentar la fiera apariencia de una tripulación preparada para la batalla.

Salwen no quiso compartir aquellos sentimientos con la princesa. Su deseo de estar con Taenara no había cambiado. La seguía amando, por encima de todo y de todos. Sin embargo, como le había dicho la princesa, en Móstur debería despertar del sueño que ambas habían compartido. Su amor por ella debería dar paso a un sentimiento que, ante todo, sería de gratitud hacia quien la había liberado de ser una sierva, convirtiéndola en su más fiel consejera y amiga. Su silencio y la aparente timidez que mostraba en los momentos en los que no se encontraba a solas con la princesa eran rasgos que gustaban mucho a Taenara, pues era en los momentos íntimos en los que Salwen manifestaba su opinión respecto a lo acontecido en los encuentros con personas como Ferghus, Guízar o Sándor, mostrando una prudencia y fidelidad que constituían la base de la confianza que la princesa había puesto en ella.

Aquellas mismas cualidades también parecían atraer a alguien como Sándor. El Rey Pirata buscó en varias ocasiones a Salwen y Taenara, con una mirada que escudriñaba cada rincón de la cubierta de la embarcación de Ferghus. En los pocos momentos en los que se tomaba un descanso, bien en su camarote, o en la proa de su barco, la imagen de la hermosa consejera acudía a su mente, siempre con esa expresión tan enigmática, en ocasiones hermética, pero también dulce por momentos.

Durante el primer día de viaje, Sándor no pudo evitar desviar parte de su atención a unos pensamientos que tal vez no resultaran los más adecuados dadas las circunstancias en las que se encontraban y las

prioridades que marcaban su rumbo. Con el transcurso de los cambios de guardia entre el sol y la luna en su eterna custodia del firmamento, la imagen de Salwen fue desapareciendo a medida que el rostro de Owen se iba haciendo presente con mayor insistencia en la mente del Rey Pirata. Las continuas conversaciones de la tripulación en torno al bastardo del rey y la proximidad al lugar en el que esperaban encontrarle provocaban que la atención de toda la tripulación estuviera puesta en el peligro que les acecharía en unas islas cuya llegada era inminente.

En un nuevo amanecer, en el que el cielo reflejaba sus colores rojizos sobre unas aguas calmadas, Sándor y su tripulación despertaron con la ansiada imagen de Las Furias en el horizonte. El archipiélago se mostraba ante ellos como un conjunto de fortalezas que defendieran un mismo reino, el reino de Owen.

—¡Despertad, malditos! —gritó Sándor, nada más contemplar la hermosa y a su vez aterradora visión del paraje que se descubría ante ellos—. ¡Ahí tenéis nuestro destino! Preparaos para rezar vuestras plegarias a los dioses, si es que creéis en alguno, porque muy pronto alcanzaremos esas islas y descubriremos lo que Owen nos tiene preparado.

Aún estaba pronunciando estas palabras, cuando se escuchó la voz de un vigía que, ágilmente, había trepado por el palo mayor de la embarcación.

—¡Barcos! ¡Vienen hacia aquí!

La visión de las embarcaciones enemigas fue haciéndose más nítida a medida que ambas flotas se encontraban menos distantes. Sándor nunca hubiera imaginado que su rival, lejos de esconderse en una de las islas, saliera a su encuentro para dirimir en alta mar su disputa por las aguas nybnias.

—¡Son los barcos de Owen! —gritó el vigía, al contemplar las oscuras velas de las embarcaciones, con el símbolo que identificaba al bastardo del rey Kósser: un kraken cuyo rostro era una calavera humana.

Muchos de los hombres de Sándor se agruparon en la proa. Miraban con incredulidad lo que ocurría a lo lejos. El Rey Pirata pudo ver cierto miedo reflejado, sobre todo, en los más jóvenes. Ninguno imaginaba que el encuentro con Owen pudiera resultar de aquel modo, y los menos acostumbrados a luchar empezaron a sentirse en medio de una trampa de la que no había escapatoria posible.

—¡Preparaos para el combate, amigos! —gritó Sándor, tratando de romper el aparente embrujo con el que la visión de la flota de Owen mantenía hechizados a sus hombres—. ¡Preparaos! ¿O es que queréis

acabar en el fondo de estas aguas malditas? Tomad las armas de abordaje, porque vamos a saquear y hundir esas embarcaciones. Y una vez derrotado nuestro enemigo, reclamaremos estas islas. ¡Preparaos para el combate! Tomad las anclas y arpones, hachas y escudos. Que retumbe el bramido de los tambores hasta que Owen sepa que se dirige hacia el peor de los infiernos. ¡Avancemos hacia ellos, sin temor a nada!

Espoleados por las palabras de su líder, los miembros de la tripulación se repartieron por la embarcación, raudos a cumplir las órdenes de su capitán, que por un instante permaneció en la proa de su barco, con la mirada fija en la primera de las embarcaciones enemigas. El kraken reflejado en su vela mayor parecía agitar sus tentáculos con el impulso del aire. Por detrás de aquella primera galera, al menos otras quince o veinte seguían el rumbo que les conduciría hasta el Rey Pirata y cuantos le seguían. Sándor trató de adivinar en cuál de aquellos barcos se encontraría el bastardo del rey Kósser.

«Maldito hijo de puta. Te arrepentirás de haber salido a nuestro encuentro».

CAPÍTULO 25: CERCA DE TORREVIGÍA

Shyra estaba a punto de advertir a sus acompañantes sobre la criatura que parecía acecharles peligrosamente, cuando *Sir* Geralt alzó la voz.

—¡Nos están rodeando! —gritó al contemplar que los mercenarios y helvatios no solo se encontraban en la otra orilla. De los límites del bosque al que se dirigían surgieron varias figuras humanas. Iban a pie, pero les superaban ampliamente en número.

—¡No podemos detenernos ahora! —gritó el caballero, fuera de sí —. ¡Preparaos para tratar de esquivarlos!

Desde el bosque, las órdenes dadas a los mercenarios llegaron a sus oídos impulsadas por la corriente que vagaba en la llanura que les separaba de ellos.

—¡Cargad!

«Maldita sea», se dijo *Sir* Geralt, consciente de que no tendrían tiempo de sobrepasarles. Observó cómo el grupo de mercenarios, distribuidos en fila, tensaban sus arcos.

—¡Van a atacarnos! —gritó a los suyos, al tiempo que espoleaba a su caballo, con la esperanza que la primera descarga de flechas errara su objetivo.

«Si resistimos su primer ataque, podremos adentrarnos en el bosque», pensó. Pero tal vez fueran varios los que cayeran tras la oleada de flechas. Tendría que elegir entre dejarlos a merced de sus enemigos o regresar para tratar de salvar sus vidas. Era una decisión que habría de tomar de forma casi inmediata. Los vio cerca, con sus amenazantes flechas a punto de ser liberadas. Por detrás de él, sus caballeros le seguían imponiendo un frenético ritmo a sus monturas. No había tiempo para esquivar el ataque.

—¡Disparad! —escuchó con nitidez.

El silbido de los proyectiles quebrando el aire resultó estremecedor. Casi de forma instintiva, *Sir* Geralt cerró los ojos temiendo que hubiera llegado su final. Escuchó los gritos de algunos de sus hombres que, por detrás de él, habían corrido peor suerte. Sin tiempo para mirar atrás, alcanzó a los mercenarios que acababan de atacarles. Descargó su espada sobre la cabeza del primero que

encontró en su camino. La sangre de aquel malnacido salpicó su rostro. Avanzó hacia otro que pretendía huir hacia el bosque. Le alcanzó por detrás y trazó una línea mortal sobre su espalda.

«No puedo abandonarlos».

Sir Geralt hizo girar su montura. Lejos de adentrarse en el bosque y culminar su huida, siguió el impulso de su corazón. El honor le obligaba a proteger a los suyos, aunque aquello le costara la vida.

Las lindes del bosque se convirtieron en un tránsito a la muerte. Los gritos se multiplicaban al mismo tiempo que los aceros chocaban. Para ese momento los mercenarios habían dejado sus arcos y, espada en mano, se disponían a contener las acometidas de *Sir* Geralt y los suyos.

Shyra había contemplado, horrorizada, los efectos de la oleada de flechas lanzadas por sus enemigos, un ataque que había hecho caer a varios hombres. Entre ellos se encontraba Fistosh. Derribado de su caballo, tardó en ponerse en pie. Tenía una flecha clavada en la pierna, y sus movimientos eran lentos. Shyra acudió en su ayuda. Evitó que uno de los mercenarios le atravesara con su espada.

—¿Qué estás haciendo? —Fistosh parecía fuera de sí—. No te detengas aquí, te alcanzarán. Debes ir junto a los demás.

—No pienso dejarte aquí —la muchacha aún se mantenía a lomos de su caballo, observando a su alrededor. Unos metros por delante, los guardianes de Ryth se agrupaban en torno a *Sir* Geralt.

—¡Cuidado! —Shyra miró hacia atrás al escuchar las palabras de su amigo. Afortunadamente, Fistosh había actuado con rapidez lanzando un cuchillo que alcanzó al mercenario que se encontraba a punto de atacar a la chica por la espalda. No tuvo la misma suerte en el momento de defenderse de otro de los atacantes que, tensando su arco, disparó con precisión.

—¡No! —a lomos de su caballo, Shyra se dirigió al lugar en el que Fistosh acababa de caer. Tenía una flecha clavada en el pecho. Dejó de moverse en cuestión de segundos. Presa de una incontenible ira, la chica hizo girar su montura en dirección al mercenario que había disparado la flecha. Este tensó su arco una vez más y lanzó un segundo proyectil, que impactó en el caballo.

Shyra cayó al suelo, pero tuvo el tiempo suficiente como para moverse con agilidad y esquivar el que fue el último ataque del mercenario. La chica llegó a él y le hundió su espada en la garganta.

No vio a nadie a su alrededor. El enfrentamiento tenía lugar por delante de ella. Ya solo se escuchaba el sonido de las espadas y el grito de la muerte. Divisó a Eric que, junto a *Sir* Geralt, se defendía con agilidad. Estaba a punto de correr en dirección a ellos cuando escuchó

un susurro a sus espaldas.

—Muchacha… Acaba con esto, no me dejes así…

Se trataba de uno de aquellos mercenarios que, con una herida abierta en el abdomen, pedía dejar de sufrir.

Shyra se acercó a él.

—¿Quiénes sois? ¿Y por qué nos atacáis?

—Los helvatios… Ellos nos contrataron para capturar… —el mercenario dejó de hablar. Sus palabras dieron paso a un grito de dolor.

—¿Capturar a quién? —inquirió Shyra, acercando su espada a la garganta del herido.

—A la cazadora de dragones…

—¿Por qué?

—No lo sé… El maestro helvatio nos prometió oro… Pero no nos dijo el motivo. Por favor, acaba con mi sufrimiento.

Shyra miró hacia el lugar en el que había visto a sus amigos hacer frente a los mercenarios, pero allí no quedaba nadie en pie.

—Por favor… —insistió el herido, casi en un susurro.

La muchacha asintió, y clavó su espada en el pecho de aquel desdichado. A continuación, corrió hacia la linde del bosque. Escuchó voces que provenían de su interior. Por el camino, paseó su mirada entre los caídos, varios mercenarios que no habían tenido tiempo de tomar sus espadas, y algunos hombres de la guardia de Ryth con varias flechas clavadas. También había varios caballos, algunos de los cuáles aún respiraban, a punto de exhalar su último aliento. Aquella escena de muerte y el olor de la sangre casi la hicieron vomitar. Continuó avanzando hasta llegar junto a uno de los árboles. Se detuvo y trató de escuchar.

Los gritos habían cesado. Todo era silencio a su alrededor. Por delante de ella, el bosque se dibujaba como un pálido pasadizo hacia algún lugar envuelto en las tinieblas. Avanzó lo más sigilosamente que pudo, ocultándose tras los robustos árboles que encontraba a su paso. Vio algunos cadáveres más: dos mercenarios que yacían sin vida junto al cuerpo de uno de los hombres de *Sir* Geralt.

Una voz rompió la aparente calma reinante en el interior del bosque.

—¡Mátame ya, maldita sea! —era la inconfundible voz del caballero.

Shyra se deslizó entre la maleza en dirección al punto del que procedía aquella horrible súplica.

—¿Dónde está? —respondió otra voz, en un tono más pausado.

—¡Mátame de una vez, cabrón!

Al llegar al lugar en el que se encontraba el caballero, Shyra se ocultó detrás de unos matorrales y, horrorizada, contempló la terrible escena que tenía lugar tan solo unos metros por delante. Junto a *Sir* Geralt, pudo distinguir el cuerpo sin vida de Eric, al lado de otros soldados caídos. Rodeando a todos ellos, se encontraban varios hombres vestidos con las capas propias de los caballeros helvatios. Por detrás de ellos, otro grupo de helvatios parecía aguardar órdenes. En total sumarían más de cien hombres que habían estado ocultos en el bosque.

—Si me dices dónde está… Si me entregas a la chica, te juro que perdonaré tu vida y la de tu amigo —insistió el helvatio que hablaba a *Sir* Geralt. Por detrás de él, otros dos hombres sujetaban a Rixon. Uno de ellos mantenía su cuchillo junto a la garganta del hombre de confianza del caballero que, derrotado, miraba al suelo esperando que la muerte acudiera a él lo más veloz posible.

—Nos matarán igual —respondió Rixon, sin separar los ojos del suelo, que empezaba a teñirse de la sangre que manaba de su pierna derecha.

—Acaba con esto… No encontrarás a la chica —fue la respuesta del caballero.

—Perdemos el tiempo con estos dos —dijo uno de los helvatios.

—Tienes razón —asintió el que, en vano, les interrogaba. Un gesto suyo bastó para que los que sujetaban a Rixon cumplieran su amenaza. Shyra ahogó un grito al contemplar cómo el cuchillo trazaba su línea mortal en la garganta de Rixon mientras que otro de los helvatios hundía su espada en el corazón de *Sir* Geralt.

—No puede haber ido lejos —el helvatio limpió la sangre que manchaba el filo de su arma—. Encontradla. La necesitamos viva… Y a ser posible, entera.

La muchacha no esperó más tiempo. Se dio media vuelta para deshacer el camino que había andado. Sin saber en qué dirección ir y presa del pánico, echó a correr sin preocuparle el ruido de sus pisadas, que no pasaron desapercibidas para algunos de los helvatios.

—Por allí —señaló uno de ellos, en dirección a la chica.

—¡Cogedla!

Esquivando los árboles y matorrales que encontraba a su paso, Shyra corría sin saber qué dirección tomar. El bosque contenía más enemigos de los que había contemplado fuera de él.

Regresó a campo abierto, cerca del lugar en el que se había producido el ataque. Por desgracia, tampoco fue una opción adecuada. Aquellos que se encontraban en la otra orilla del río ya habían alcanzado la llanura. Vieron a la muchacha y corrieron hacia ella.

Derrotada, sin posibilidad de escapar, Shyra se dejó caer al suelo, esperando el momento en que sus perseguidores cayeran sobre ella. Sus ojos vidriosos contemplaron cómo se acercaban varias decenas de hombres vestidos con las capas helvatias y convenientemente armados. Miró al cielo y cerró los ojos.

Un estruendo provocó que los helvatios detuvieran sus pasos. Era un sonido que Shyra conocía muy bien, una canción de muerte que se repetía constantemente en sus noches más sombrías. Abrió los ojos. Frente a ella, los helvatios que antes avanzaban tan convencidos habían detenido sus pasos. Todos miraban al cielo, temiendo que el presagio de aquel estruendo se hiciera realidad.

Al primer bramido le siguió otro, más cercano, así como una corriente de aire, el preludio de la llegada de la criatura.

Shyra sintió que la marca del brazo le empezaba a doler, como si de una quemadura se tratara. En esa misma extremidad portaba el anillo que le había sido entregado en Ryth. No creyó posible que aquella joya lograra protegerla de lo que estaba por llegar. Por un instante miró hacia el bosque y pensó en correr de nuevo hacia allí. Seguramente cuantos se encontraban en su interior habrían escuchado al dragón. Nadie se atrevería a abandonar el refugio que los árboles les proporcionaban. Sintió que no le quedaban fuerzas para continuar tratando de huir, así que decidió quedarse quieta y esperar a que todo sucediera lo más rápido posible.

Los helvatios rompieron la formación nada más contemplar la llegada de la poderosa criatura, que en majestuoso vuelo alcanzó la llanura. Se acercó a uno de los caballeros que trataban de escapar y, con un rápido movimiento, lo hizo desaparecer entre sus fauces, dejando únicamente un rastro de salpicaduras de sangre. La bestia avanzó unos metros y tomó impulso. Lanzó una llamarada que, arrasando todo a su paso, alcanzó el grueso del grupo de helvatios. Algunos corrieron envueltos en llamas; otros murieron al momento, calcinados. El humo del fuego se propagó por la llanura, sembrando el caos entre aquellos que huían. La bestia no detuvo su ira. Alzó el vuelo y, tras varios giros en el aire, continuó lanzando sus abrasadoras llamas que, como una lluvia de fuego, alcanzaba a todos cuantos trataban de escapar.

Shyra comprendió que, si tenía una oportunidad de salir con vida, había llegado el momento de buscarla. El humo ocultaba todo cuanto encontraba a su paso, en la tierra y en el aire. La muchacha miró al cielo. Había perdido de vista a la criatura, aunque podía escuchar sus bramidos. Se levantó y, reuniendo todas sus fuerzas, corrió hacia el bosque. A su espalda, los bramidos se fueron escuchando cada vez más

lejanos. La criatura parecía abandonar un lugar en el que las llamas continuaban propagándose.

Cerca de los primeros árboles, se detuvo para asegurarse de que la bestia ya no estaba allí. Contempló el rastro de destrucción que había dejado en la llanura. Las llamas arrojaban un humo grisáceo que continuaba expandiéndose hasta abarcar todo cuanto podía contemplarse en un paraje en llamas.

—Hola, chica.

Shyra se giró al escuchar al hombre que había matado a *Sir* Geralt. Acompañado por el resto de los mercenarios y helvatios que habían permanecido en el bosque, el caballero caminó hacia la muchacha, que retrocedió lentamente.

—No hay escapatoria. Será mejor que no trates de huir, o no tendré más remedio que hacerte daño.

—¿Por qué los has matado? —Shyra continuó retrocediendo en dirección al fuego.

—No quisieron colaborar. Desde el momento en que tus amigos, esos mercaderes vestidos con pieles de lobo, abandonaron la posada en la que se encontraban algunos de los nuestros, supimos que trataríais de escapar de nosotros. Y tenemos órdenes de entregarte a uno de los clérigos.

—¿Qué es lo que quiere?

—¿De verdad quieres saberlo? —el caballero se echó a reir—. Es una sorpresa. Mejor que te lo cuente él, aunque, por lo que he deducido de sus palabras, lo más probable es que tengas una muerte más rápida que la de tus amigos.

—Ya —habló Shyra con voz desafiante, sin dejar de caminar hacia atrás—. Por lo que he visto, los tuyos también han tenido una muerte bastante rápida. ¿Alguna vez te has enfrentado a un dragón?

—No. Y hoy no va a ser ese día.

El helvatio miró por un instante al cielo, momento que Shyra aprovechó para echar a correr.

—¡Cogedla!

Varios hombres se apresuraron a cumplir la orden. Huyendo de ellos, Shyra corrió lo más rápido que le permitían sus piernas, con la esperanza de que el humo se convirtiera en su aliado y lograra ocultarla.

—¡Cogedla, maldita sea! —gritó una y otra vez el helvatio.

Sus gritos se apagaron con un nuevo bramido que Shyra pudo escuchar demasiado cerca. Todos se detuvieron y dirigieron sus miradas a la densa niebla dejada por un fuego que continuaba propagándose. El silencio únicamente era roto por el crepitante sonido

de las llamas, más allá de un humo que, impulsado por el aire, se expandía en dirección al bosque.

En el interior de la niebla, lo primero que pudo contemplar Shyra fue dos puntos brillantes de color rojizo, acompañados del sonido de la respiración de la bestia. Como si hubiera surgido de las llamas, la gigantesca figura del dragón emergió lentamente. Su mirada dominaba todo cuanto sucedía a su alrededor. Lanzó un bramido que estremeció a todos los que, ya sin posibilidad de escapar, permanecían quietos. Shyra era quien más cerca se encontraba de la criatura. Pudo percibir su fétido aliento tras otro bramido.

El dragón se detuvo junto a Shyra. Sus enormes y destellantes ojos rojizos no se separaban de ella. La muchacha miró a la bestia, segura de que aquella sería su última visión antes de morir. Por un instante le vino a la mente la imagen de Sílax. Esta vez, el caballero no estaba allí para salvarle la vida.

La criatura giró la cabeza. Aterrados, los helvatios sintieron el peso de su mirada. Algunos no resistieron el impulso de tratar de escapar. El grupo comenzó a dispersarse. El dragón no demoró su ataque por más tiempo. Un nuevo bramido precedió al torrente de fuego derramado por la bestia, una llamarada que, dejando a Shyra a un lado, alcanzó a todos cuantos se encontraban frente a ella. Los gritos de dolor se apagaron como un suspiro, y los cuerpos de los helvatios quedaron envueltos en llamas. Ninguno de los caballeros allí presentes logró escapar al ataque de la bestia, cuyo fuego trazó una línea que abrasó todo a su paso.

En cambio, hubo otros que, al no haber abandonado el bosque, salvaron su vida de una muerte segura. Eran apenas una docena de hombres. Ocultos tras los árboles, contemplaron la velocidad alcanzada por el fuego y, no queriendo permanecer por más tiempo al alcance de la criatura, dieron media vuelta y decidieron regresar en dirección a Móstur. Estaban tan preocupados por abandonar aquel lugar maldito, que no se percataron de la presencia de otro helvatio que había seguido a muchos de ellos. Agazapado tras unas rocas, Yar Gregor no solo había contemplado la marcha de los caballeros y mercenarios por el bosque, sino que también había sido testigo de lo sucedido con los guardianes de Ryth, en lo que constituía toda una deshonra para la Orden Helvatia; otra más, a juicio de Yar Gregor, que sintió curiosidad por ver cuanto sucedía al otro lado del bosque. Había escuchado al dragón, así como los gritos de dolor más allá de lo que la vista le permitía ver. Ni siquiera había podido contemplar las llamas o el humo que se extendía por la llanura.

Yar Gregor se vio solo, en un extremo del bosque ya abandonado.

Caminó lentamente hasta alcanzar los últimos árboles que le separaban de la dramática escena que tenía lugar en la llanura. Cuando contempló lo que ocurría, su mirada quedó petrificada, fija en la bestia que había provocado semejante calamidad, los cuerpos sin vida de cuantos tan solo un momento antes habían salido del bosque en persecución de la chica a la que estaban buscando y el humo expandiéndose como una gigantesca ola sin control. También pudo ver a la muchacha, la única persona viva que aún se encontraba cerca del dragón. Intrigado por ver el desenlace de una escena casi imposible de creer, permaneció quieto, atento a cada movimiento de la criatura, que parecía mantener la atención en la chica.

Shyra contempló la estremecedora escena dejada por la acometida de la bestia. Sorprendida, se separó unos metros de la criatura, que posó nuevamente la mirada en ella.

«¿A qué esperas?», pensó la muchacha.

La criatura la escudriñaba con la mirada, pero había tornado su agresividad en una actitud observante, como si esperara algo de la muchacha.

—Muéstrasela.

Al escuchar aquella voz, Shyra giró a uno y otro lado, buscando a quien pudiera encontrarse cerca de ella. Del humo surgió la figura de un hombre de oscuros ropajes que, sin temor a la criatura, caminaba en dirección a ella.

—Muéstrale la marca —insistió el desconocido.

—¿Quién eres? —preguntó la muchacha.

—Si no le muestras la marca, es posible que vuelvas a verle escupir fuego, y será tu última visión antes de morir abrasada.

Al escuchar aquellas palabras, Shyra centró nuevamente su atención en la criatura, que continuaba observándola con astuta mirada. La muchacha se fue remangando el uniforme, lentamente, hasta que la marca quedó al descubierto. Se sorprendió al ver el aspecto que había tomado, como si la superficie de su piel hubiera quedado cubierta por pequeñas escamas.

Al contemplar la marca, el dragón se recostó sobre sus patas delanteras y, con mirada distraída, permaneció junto a Shyra.

—¿Qué significa esto? —preguntó la chica, mirando al desconocido.

—Significa que al menos de momento no vas a morir.

—¿Por qué no me ataca? ¿Qué es esta marca? ¿Quién eres tú?

—Tranquilízate, muchacha. Mi nombre es Derit. La marca que tienes en el brazo es obra de un ancestro poder que supera a todo aquello en lo que jamás hayas creído. Esa marca es la razón por la que

el dragón no te ha matado —Derit contempló el desolador paisaje que se dibujaba a su alrededor—. En cambio, ellos… No debieron perseguirte.

—Mis amigos han muerto.

—Lo sé. Y de verdad que lo siento. Eran valerosos hombres que no deberían haber tenido este final —extrajo una moneda y la hizo girar lentamente— pero en ocasiones, el destino de unos se cruza con otros, lastrando a todos ellos. Es una pena.

—¿Quién eres realmente?

—Un viajero, un tahúr que recorre las tabernas, un guía… He sido muchas cosas. Pero ahora, concretamente, soy tu maestro.

—¿Mi maestro? ¿A qué te refieres?

—Soy tu acompañante, el único que puede responder a los interrogantes que te acechan en este momento. Estás confusa. No logras entender por qué el dragón te ha perdonado la vida, si tú no hiciste lo mismo en la ciudad de Ryth.

—Aquel dragón estaba a punto de arrasar toda la aldea.

—Cierto. Tu actuación fue muy valiente, y tu plan muy inteligente. Esa noche, ganaste mucho más que el respeto de todo un pueblo.

—De nada me sirve ganarme el respeto de todos… si aquellos a los que realmente quiero desaparecen de mi vida.

—Todos perdemos a seres queridos. Y más aún en tiempos de guerra. Pero deberías ser consciente de una cosa: sigues con vida.

—¿Por cuánto tiempo? Me buscan en Móstur y, por lo que he podido averiguar, allí me espera la muerte.

—¿La muerte? —Derit dejó escapar una sonrisa—. Me temo que tu suerte continuará, al menos durante un tiempo.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque alguien que ha sobrevivido a su encuentro con un dragón resulta difícil de matar, ¿no crees? Y tú has sobrevivido al encuentro con dos de estas criaturas, mientras que otros muchos han muerto, no solo aquí, sino en el norte.

—Lo sé. Estuve allí.

—Y sufriste contemplando la muerte de tu amigo, Drakkan.

Shyra palideció al escuchar aquella afirmación.

—¿Quién eres realmente? —preguntó con voz desafiante mientras se echaba la mano al puñal que ocultaba bajo sus ropajes.

—Lo que realmente importa, Shyra, es quién eres tú. Durante todo este tiempo has estado vagando sin rumbo, tratando de encontrar alguien en quien poder confiar, alguien que pudieras considerar tu familia. Has encontrado a varios, y todos han muerto, o de algún otro modo han salido de tu vida. Pero créeme, hay alguien que ha puesto

su mirada en ti. ¿Crees en los dioses?

—He visto demasiada injusticia como para creer en alguien capaz de permitir tanto dolor.

—¿Por qué los dioses han de ser justos? ¿Lo serías tú si tuvieras en tus manos el destino de muchos? No, Shyra. El hombre trata de encontrar la felicidad de un modo o de otro. Y si no la encuentra en este mundo imagina que la hallará tras la muerte, de mano de un dios al que cree conocer.

—¿Acaso tú los conoces? —preguntó la muchacha, con voz severa.

—Conozco cuanto hay que conocer acerca de ellos. Y estoy aquí para que tú también alcances el conocimiento que te ha sido otorgado, aunque tal vez sea pronto para descubrirlo por ti misma. Por eso, aún no sabes quién eres realmente.

—Y supongo que tú sí que sabes quién soy realmente… —Shyra vio en aquel hombre uno de aquellos clérigos que creían conocer todo cuanto estaba por llegar, en base a las ancestrales profecías que habían trastornado la mente de tantos—. Mira, no sé cómo conoces lo sucedido con Drakkan en el Desierto Rojo, ni tampoco el motivo de que esa criatura no haya acabado con nosotros. Pero te agradecería que me dejaras continuar mi camino.

—¿Tu camino? Tu camino iba a llevarte a Móstur, acompañada y protegida por tus amigos. Pero ahora que ellos han muerto, ¿de verdad quieres continuar tu camino a Móstur? ¿Por qué?

—Aún me queda la esperanza de encontrarme allí con un amigo.

«Con Sílax», pensó Derit, aunque no le mencionó.

—Sigues sin creer en mis palabras.

—Nunca se me dio bien escuchar las enseñanzas de clérigos y sacerdotes de ninguna religión. Todos ellos hablan de profecías, de dioses… Palabras con las que intentan embaucar a cuantos los escuchan, engañarlos para que asuman sus creencias.

—¿Me tomas por uno de esos… predicadores?

—Me recuerdas a ellos, sí…

—Está bien. Veo que las palabras no te convencen —Derit se separó de la chica y caminó en dirección a las llamas que, lejos de apagarse, continuaban expandiéndose por la llanura—. Sígueme.

Llevada por la curiosidad, la chica obedeció sin preguntar. Derit se situó cerca del fuego. Extendió los brazos hacia ambos lados y susurró unas palabras. Alzó las manos con un movimiento rápido, y sucedió algo inesperado.

De la tierra surgieron columnas de agua que engulleron el fuego. Como si de una gigantesca ola se tratara, las llamas se apagaron; el humo se desvaneció en cuestión de segundos. Lo que antes era un

paraje dominado por el humo y el fuego quedó convertido en una llanura inundada de charcos que, lentamente, fueron desapareciendo a medida que el agua regresaba al lugar del que había surgido.

Shyra no daba crédito a lo que acababan de presenciar sus ojos.

—Esta será la única prueba que te mostraré de mi poder. ¿Sigues pensando que soy un predicador de poca monta?

—No.

—Bien. En ese caso, me gustaría que me permitieras acompañarte hasta tu próximo destino, que no es precisamente Móstur, sino más al norte… Mucho más al norte.

—Pero mi caballo…

—No te preocupes por eso. Hay un modo de llegar mucho antes a las tierras de los hijos del fuego —Derit miró a la criatura que, ajena a la conversación que ambos mantenían, parecía estar aguardando el momento de marcharse de allí.

—¿A la tierra de los hijos del fuego? —Shyra no comprendía nada —. Pero allí solo se encuentra el templo…

—Sí, y también el lugar en que murieron tantos. Ahora está deshabitado, al menos por el hombre.

—¿Qué quieres decir?

—Que todavía hay quienes están esperando tu llegada.

—¿Mi llegada?

—Sí. La llegada de la hija del dragón.

CAPÍTULO 26: OCÉANO DE LOS ETERNOS

Desde el castillo de proa de la galera de Ferghus, Taenara contemplaba la visión de lo que muchos empezaban a considerar un auténtico ataque de locura por parte de Sándor. Los gritos del Rey Pirata habían obtenido una rauda respuesta al cumplimiento de sus incesantes órdenes.

El estruendo de los tambores se dejó escuchar, primero de forma más pausada, pero posteriormente con mayor intensidad, acompasados por el armonioso movimiento de unos remos que se mecían al compás de la canción de guerra entonada, una melodía que incitó a las demás embarcaciones a acelerar su velocidad para iniciar el ataque ordenado por Sándor.

El Leviatán tomó una pequeña distancia respecto a sus aliados, algo que desesperó a Ferghus.

—¡Sándor está loco! —repetía una y otra vez el nybnio, mientras daba las instrucciones precisas a los miembros de su tripulación.

Taenara y Salwen no separaban la mirada del Leviatán, que continuaba distanciándose en lo que parecía una precipitada maniobra que le conduciría a un vertiginoso encuentro con la primera de las galeras enemigas.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Salwen, atónita frente a lo que estaba sucediendo.

—Sándor ha debido de sentir la duda de su tripulación, y ha decidido empujarnos a todos a la batalla. Tal vez el error en su idea inicial de encontrar a Owen en una de las islas le haya generado un estado de confusión que le ha llevado a precipitarse.

—Ese Owen tiene muchos barcos.

—Nosotros también. Aunque me temo que, si logramos vencer al bastardo, vamos a sufrir demasiadas bajas.

—No pienso permitir que un puñado de malnacidos piratas acabe con nosotros —dijo Ferghus, que parecía haber escuchado la conversación entre Taenara y su consejera—. Nuestras galeras son mucho más poderosas que los barcos de Owen, y no creo que ese

bastardo nos supere en armamento. ¿No creeríais, princesa, que acudiría a vos únicamente con unos barcos que ofreceros? —la sonrisa de Ferghus tranquilizó a las leryonas—. Tal vez si Sándor no se hubiera dejado llevar de su ímpetu o su locura, habríamos podido obtener una mayor ventaja en el encuentro con las embarcaciones de Owen. Ese maldito pirata que se hace llamar rey… ¡Armas! —gritó Ferghus, abandonando la proa para recorrer la cubierta de su galera y asegurarse de que sus próximas órdenes eran seguidas al pie de la letra. El nybnio se movía con agilidad en medio de una tripulación que atendía a sus indicaciones y se preparaba para atacar a un enemigo que no tardaría en abordar a Sándor.

Taenara y Salwen sintieron cómo la galera aumentaba su velocidad al tiempo que numerosos marineros entraban y salían de las bodegas, depositando en la cubierta todo un arsenal de arcos y ballestas. Además de estas armas, Ferghus disponía de una alternativa con la que tal vez ni sus propios aliados habrían contado. A través de una rampa, entre varios hombres lograron desplazar una maquinaria que habría sido difícil de portar en las embarcaciones que les seguían por detrás.

—¡Preparad la catapulta! —ordenó Ferghus, llegando nuevamente junto a Taenara—. Es un poco más pequeña que las que estaréis acostumbrada a ver en vuestro reino, pero en este caso, no se trata de arrojar piedras, sino unos pequeños barriles. Las otras galeras que nos siguen de cerca también disponen de una, y arsenal suficiente como para quemar a cualquier barco que pretenda llegar hasta nosotros. Tal vez el ataque de Sándor nos permita probar nuestras armas con suficiente tiempo.

Ferghus observaba con atención cuanto sucedía por delante de ellos. El Leviatán continuaba su imparable avance hacia las embarcaciones enemigas que, adelantándose a las demás, le salían al encuentro. Dos *krakens* trataban de aproximarse para abordar al Leviatán por ambos flancos. Constituían las galeras más poderosas de la flota de Owen, compuesta en su mayor parte por naves más pequeñas y estrechas, que no parecían capaces de seguir la velocidad impuesta por las primeras.

—Van a rodear al barco de Sándor —dijo Salwen.

—Tal vez podamos evitarlo, si nos acercamos lo suficiente a una de ellas. ¡Más rápido! —gritó Ferghus—. ¡Remad como si os fuera la vida en ello! ¡Si hunden el Leviatán, estamos perdidos! ¡Preparad la catapulta! ¡Arqueros, atentos!

La embarcación de Ferghus tomó una velocidad vertiginosa, separándose definitivamente de las demás, excepto de una en la que se

llevaban a cabo las mismas maniobras para auxiliar a la galera de Sándor.

—Van a abordar a Sándor —Taenara se quedó nuevamente a solas con su consejera. En el barco enemigo más cercano podía verse lo que parecían unas plataformas o puentes de asedio con los que la tripulación del kraken se disponía a abordar al Leviatán en cuanto ambas embarcaciones se encontraran casi a punto de chocar. Los gritos de unos y otros se percibían cada vez con mayor claridad a medida que el avance del barco de Ferghus les abocaba de forma irremisible a la batalla. Salwen perdió la mirada en la imagen del kraken, cada vez más cercana. La calavera humana y los tentáculos que partían de ella dibujaban una aterradora bestia que parecía cobrar vida con el roce del viento.

—¡Catapultas preparadas! —gritó uno de los tripulantes—. Podemos iniciar el ataque, capitán.

Ferghus alzó la mano. La mantuvo durante un tiempo en alto, retrasando el ataque. Tenía dudas acerca de la distancia que los separaban, pero no había mucho tiempo. El costado izquierdo del Leviatán estaba a punto de ser abordado por los piratas de Owen. Ferghus no podía ver lo que ocurría a estribor de la galera de Sándor, pero se imaginaba que la situación debería de ser similar. El Rey Pirata tendría que centrarse en defender la amenaza que se cernía desde la derecha, pues las catapultas nybnias, que apuntaban al enemigo más cercano, nada podrían hacer respecto a los barcos que atacaran desde el otro costado. Varias embarcaciones nybnias se separaron en esa dirección para tratar de auxiliar al Leviatán, aunque seguramente cuando llegaran ya habría tenido lugar el ataque desde ese punto.

—¿Capitán? —el oficial al mando de los mercenarios que acompañaban a Ferghus parecía insistir en que diera la orden de ataque.

—¡Disparad! —Ferghus bajó el brazo mientras perdía la mirada en los guerreros que se agrupaban en la cubierta.

El primer lanzamiento resultó infructuoso, y el barril destinado a la cubierta del barco enemigo se perdió en el fondo del mar.

—¡Remad más rápido! —gritó Ferghus desde la proa, mientras veía cómo el kraken extendía sus tentáculos en forma de puentes de asedio que eran alzados lentamente para unir ambas embarcaciones.

Ferghus dio una nueva orden de ataque. Desde su posición podía vislumbrar la impaciencia de los piratas enemigos, que se agolpaban en el costado izquierdo de su embarcación, en medio de un estruendo de enardecidos gritos y consignas de guerra, tan concentrados en su

abordaje del Leviatán que apenas se percataron del ataque nybnio hasta que los barriles lanzados por las embarcaciones lideradas por Ferghus alcanzaron certeramente su objetivo. Se hicieron añicos en diferentes puntos del barco, desparramando su contenido.

—¡Arqueros! ¡Preparaos! —gritó el nybnio. «Remad más rápido, maldita sea», dijo para sí, consciente de que tal vez el fuego llegaría al kraken demasiado tarde como para evitar el abordaje al Leviatán—. ¡Fuego!

Una lluvia de flechas incendiarias arremetió contra los piratas como una inmensa ola de fuego que tratara de engullir su barco. Al contacto con la brea contenida en los barriles lanzados momentos antes, las primeras llamas se expandieron por el barco. Para cuando el fuego empezó a propagarse por toda la cubierta, la mayor parte de los piratas ya había abandonado la embarcación, cruzando uno de los puentes de abordaje que a muchos les conduciría al Leviatán. Otros, en cambio, no lograrían culminar el ataque. Empujados por la impaciencia de sus compañeros o por los hombres de Sándor que defendían el Leviatán, terminarían cayendo a unas traicioneras aguas que acogían gustosas a las primeras víctimas de la batalla.

Sándor contemplaba las dos embarcaciones que muy pronto arremeterían contra el Leviatán. Consciente de que se había precipitado en su ataque, tomando demasiada distancia con los barcos aliados, lo único que pudo hacer fue arengar a su tripulación mientras observaba los movimientos que tenían lugar por detrás de él. Las galeras de Ferghus se acercaban a babor, adelantándose al resto de barcos que componían la flota. Su mirada se perdió por segundos en una de las catapultas que se disponían a defender el costado izquierdo del Leviatán. Dibujó una frugal sonrisa, que se borró al escuchar las advertencias del oficial que se encontraba en la proa.

—¡Preparaos para defender el barco! ¡Nos abordan!

El Rey Pirata se giró para contemplar la terrible escena que se dibujaba por delante. Estaban a punto de cruzarse con las galeras de Owen. Las imágenes del kraken, ondeando al viento al compás de los gritos procedentes de los barcos, y las numerosas siluetas de los piratas que se disponían a abordarles, daban vida al más terrible infierno que Sándor pudiera recordar.

Los piratas de Owen tenían el rostro cubierto de pintura de color oscuro, o escondido tras máscaras con diversas formas que les daban una apariencia demoníaca que logró intimidar a los miembros más jóvenes de la tripulación de Sándor.

—¡Ni se os ocurra echaros atrás! —gritó el Rey Pirata a los suyos —. Estos malnacidos solo son un puñado de bastardos que, como

apenas saben luchar, tratan de asustaros con sus estúpidas apariencias. ¡Hedrick! ¿Dónde estás? —Sándor paseaba la mirada entre sus hombres más cercanos—. Maldita sea, ¿ya te has meado encima, cabrón cobarde?

—¿Mearme? —el tuerto se dirigió a Sándor—. ¿Por contemplar a ese grupo de bufones?

—¡Dejadle un arco! —ordenó el Rey Pirata que, al ver cumplida su orden, hizo un gesto con la cabeza que Hedrick interpretó sin necesidad de escuchar una nueva orden.

El tuerto colocó la flecha, apuntó en dirección al barco que se encontraba más cercano, y disparó. Sándor sonrió al contemplar el resultado. Alcanzado por el proyectil, uno de los piratas que en esos momentos se encontraba al borde de la embarcación cayó hacia adelante, precipitándose al mar. No solo su voz se apagó, sino la de todos aquellos que se encontraban a su alrededor, dejando un silencio que no fue sino el preludio del enfrentamiento entre los aliados de Owen y los de Sándor.

—¿Habéis visto, ratas asustadizas? —el Rey Pirata miró nuevamente a los miembros de su tripulación—. Solo son hombres, hombres que sangran, hombres que mueren y hombres que también se ahogan en el agua. Más le hubiera valido a es infeliz portar un escudo, una cota de malla, o cualquier cosa con la que poder cubrirse. Ya habéis visto para qué sirven esas malditas máscaras ¡A las armas, bastardos de Isla Cuchillo! ¡Alimentad el mar con esta panda de miserables! ¡Tomad los arcos! Y que los amigos de Owen lamenten el día en que se dejaron engañar por esa sabandija, que les convenció para seguirle hasta aquí. ¡Que suenen los tambores! ¡Defended el barco!

—¡Sándor! ¿Me quedo contigo?

El Rey Pirata sintió un alivio al contemplar a Rodher que, emergiendo entre la masa de marineros, se situó junto a él. El hombretón portaba una pesada hacha de dos manos que hacía girar con una sobresaliente destreza.

—Ven aquí, amigo. Necesito a alguien que…

—Que evite que cometas más locuras —le interrumpió, esbozando una sonrisa—. Las ganas de encontrar a Owen han hecho que te precipites en nuestro avance.

—Tal vez. Aunque seguramente también ha influido la seguridad que tengo depositada en cada uno de mis hombres.

—¿En cada uno? Vamos, Sándor. Reconócelo. Si todos estos marineros tuvieran la mitad de mi fuerza ya habríamos hundido esos barcos.

—Me conformo con que tengan la mitad de tu valor —añadió Sándor, contemplando el kraken que se aproximaba al costado izquierdo del Leviatán—. Cuando acabemos con Owen deberíamos bordar su criaturilla en nuestras velas. Si no conociera a ese bastardo, y a los viles piratas que le siguen, la imagen de ese kraken me daría miedo.

—A mí me da hambre —Rodher provocó la más sonora carcajada de su capitán—. Cuando acabemos con Owen pienso comerme un pulpo entero.

Ambos callaron por un instante. El sonido de los tambores se convirtió en una gloriosa melodía que envolvía al Leviatán en lo que ya constituía su batalla más peligrosa. El dominio de las aguas nybnias se antojaba una pobre recompensa en comparación con ver a Owen exhalar su último aliento.

—Hoy vamos a acabar con el bastardo —sentenció el Rey Pirata—. Ese malnacido no volverá a pisar nuestras tierras.

—¡Sándor! —Hedrick llegó junto a ellos señalando a babor. Se giraron para contemplar el avance de sus aliados, que ya se habían preparado para auxiliar el flanco izquierdo del Leviatán. Para mayor regocijo de Sándor y sus hombres, Ferghus acababa de iniciar el ataque a una de las embarcaciones. El Rey Pirata se dio cuenta de que los barcos nybnios no podrían frenar el ataque al costado derecho, así que ordenó a muchos de sus marineros acudir a defender el punto que ahora parecía más vulnerable. El abordaje era inminente.

—Si resistimos la embestida de estos dos barcos, venceremos a estos malditos piratas.

—¿Has logrado ver a Owen? —preguntó Hedrick.

—Esa asquerosa sabandija estará escondida en la retaguardia de su miserable flota. Míralos, no son más que un puñado de barquichuelas en cada una de las cuales no caben más de una docena de idiotas.

—Sí, pero son muchas barquichuelas —sonrió Rodher—. Muchos idiotas.

—Si ese Owen pretendía hacerse con el control de las aguas, o sentarse en el trono de su maldito padre… Qué ganas tengo de hacer llegar a Kósser un mensaje informándole de que su hijo bastardo está gobernando el fondo del mar. Seguro que incluso me da las gracias por ello.

—Tal vez podríamos pedirle una recompensa por salvarle de su hijo…

—Tuerto avaricioso… —Sándor estalló en carcajadas—. Toma el mando de los que se encuentran a estribor. Hay que defender ese punto, ya que los barcos nybnios tardarán en socorrernos por ese lado.

No se os ocurra abordar su barco, no sea que nuestros aliados lo ataquen. Contened su ataque, arrojadlos al mar, pero no pongáis un pie en su embarcación, ¿entendido? No pongáis un pie en su embarcación.

—Maldita sea. Cuando te pones nervioso repites demasiado las órdenes —Hedrick se separó del Rey Pirata sabiendo que sus palabras provocarían algún que otro nuevo insulto.

—Serás estúpido… ¡Yo nunca me pongo nervioso, idiota!

Sándor desvió su atención hacia el costado izquierdo del barco. Escuchó el sonido inconfundible de las tablas con las que los piratas de Owen pretendían unir ambas embarcaciones. La distancia que les separaba muy pronto dejaría de ser un obstáculo para el abordaje.

—¡Ballestas! ¡Arcos! Arrojad todo lo que queráis a esos malnacidos, pero que no pongan un pie en nuestro barco —Sándor dio un paso al frente y se detuvo por un momento—. Rodher, sígueme. Si uno de esos piratas pisa nuestra cubierta quiero que lo arrojes al fondo del mar con tu hacha.

—Te aseguro que más de uno perderá la cabeza antes de caer a las aguas —el grandullón sujetó con fuerza su arma, mirando un extremo que muy pronto empaparía en sangre pirata.

Sándor se situó por detrás de sus arqueros y ballesteros. Para ese instante, las catapultas de Ferghus ya habían lanzado varios barriles.

—¡Disparad!

Sándor vio cumplida su orden. El sonido de los arcos y ballestas en el momento de dejar escapar sus proyectiles le pareció la más reconfortante melodía. Con la espada en lo alto, contemplaba los primeros intentos de los hombres de Owen por abordar el Leviatán. Las plataformas de madera se elevaron para luego caer pesadamente hasta anclarse en la borda. Las embarcaciones enemigas ya estaban situadas en paralelo al barco de Sándor, que era asediado por ambos costados.

Sándor echó un último vistazo al despliegue de marineros que había enviado al flanco derecho antes de prepararse a recibir a los indeseables piratas de Owen que comenzaban a desbordar la parte izquierda. Las voces de Ferghus, el sonido de los tambores, incluso el griterío de los adversarios, muy pronto serían acallados por el estrépito de las espadas y hachas. La embarcación que veía ahora ya casi junto a la suya comenzaba a sufrir los estragos causados por el fuego nybnio. Las columnas de humo se multiplicaron, las llamas se expandieron con avidez para devorar cuanto encontraban a su paso. Muy pronto, la galera que el Rey Pirata contemplaba expectante se convirtió en un candente infierno del que continuaban saliendo los

diablos de Owen, muchos de ellos aventurándose a través de los puentes de asedio. Otros, en cuerdas que habían amarrado al Leviatán.

—¡Luchad! ¡Acabad con estos malditos! —gritaba al tiempo que blandía su espada con una destreza digna del rey de las aguas nybnias. Esquivó el hacha de uno de los enmascarados adversarios que había logrado cruzar hasta él, y tras un giro imprevisto estiró el brazo en una magistral maniobra. Su espada mordió el costado del pirata, que cayó de espaldas y despareció, engullido por las aguas. La misma suerte corrió otro de los piratas que había logrado culminar su abordaje. Tenía una espada curva que refulgía con cada uno de los raudos movimientos de su portador, que a punto estuvo de herir a Sándor. El Rey Pirata notó el arañazo propinado en su brazo izquierdo, pero con el derecho ya había iniciado su feroz embestida. Su espada atravesó el estómago del pirata, empapando toda la hoja en sangre. Extrajo su arma al tiempo que, de una patada, alimentaba nuevamente las aguas de un mar hambriento, insaciable.

Tras este segundo ataque, Sándor tuvo tiempo de localizar a Rodher. El grandullón estaba en la cubierta, que había sido alcanzada por varios piratas provenientes de la otra embarcación. Rodher se movía ágilmente, haciendo girar su hacha como si de un palo de madera se tratara. El arma tomaba una velocidad endiablada, segando la vida de cuantos se atrevían a acercarse demasiado a un guerrero que apenas necesitaba mover sus pies para llevar a cabo un certero ataque. Como si de un malabarista se tratara, sus raudos gestos hacían impredecible la mordedura de su poderosa arma, que no cesaba de salpicar de sangre enemiga la cubierta del Leviatán.

—¡Sándor! —el grandullón incluso tuvo tiempo de avisar al Rey Pirata del peligro que se cernía sobre ellos.

El palo mayor de la galera incendiada por los nybnios estaba cediendo ante las llamas que asolaban el casco de la embarcación. Las voraces lenguas de fuego se habían expandido por la cubierta y trepaban allí donde pudieran encontrar más madera que devorar. El trinquete ya había cedido, desplomándose sobre la proa. El palo mayor se balanceó lentamente, y terminó cayendo como el tronco de un árbol que cede ante los continuos hachazos, precipitándose sobre el Leviatán. La lona con la imagen del kraken amenazaba con arder sobre la embarcación de Sándor, propagando así unas llamas que, al igual que los piratas del barco a punto de hundirse, trataban de escapar al apetito de las aguas.

—¡Apagad el fuego! —gritó Sándor a los suyos. Inmediatamente, varios hombres provistos de cubos acudieron allí donde los restos del barco enemigo se aferraban a la cubierta del Leviatán. El casco de la

embarcación pirata dio unos últimos alaridos, el crujido de las tablas se multiplicaba por la galera que, como una gigantesca bestia herida de muerte, luchaba por mantenerse a flote en un desenlace que arrastró a varios marineros tras un último estrépito.

El Rey Pirata respiró aliviado al contemplar el peligro que se desvanecía a babor. La mayoría de los piratas procedentes de aquella nave yacían muertos en la cubierta del Leviatán, o habían terminado cayendo por la borda en su intento de alcanzar la embarcación de Sándor. La amenaza empezaba a crecer desde el otro costado, donde los piratas habían logrado desbordar a los marineros que defendían el asedio.

La batalla se había propagado al resto de ambas flotas, que habían terminado fundiéndose en una única masa de barcos. Piratas que abordaban las embarcaciones nybnias, mercenarios nybnios que trataban de hundir los barcos de Owen, y los hombres de Sándor, que acudían en ayuda de sus aliados. El choque de las espadas, los gritos y alaridos de unos y otros se apoderaron de una contienda en la que los piratas de Owen se encontraban en inferioridad. La tripulación del Leviatán había contenido el ataque de los más temibles aliados de Owen, quedando únicamente un grupo que, resistiendo en la cubierta junto a la popa, terminó siendo acorralado. La ferocidad de Rodher y cuantos le acompañaban había logrado dispersar a los piratas, algunos de los cuales prefirieron arrojarse al mar antes que arriesgarse a ser alcanzados por la temible hacha que expandía la muerte a su paso.

—¡No te muevas! —gritó Rodher a uno de los últimos piratas que, dirigiendo la mirada a las aguas, parecía considerar la opción de abandonar el barco. El parsimonioso gesto del amigo de Sándor, dejando su arma sobre las tablas de la cubierta, provocó que el joven pirata se prestara a escuchar a su interlocutor.

—Tira tu arma, y te juro que nadie te hará daño —añadió el grandullón, caminando lentamente hacia él. La asustadiza mirada de quien más bien parecía un muchacho inexperto en el combate terminó por convencer a Rodher de que sería interesante dejarle con vida para poder interrogarle. Aún no habían visto rastro de Owen, que continuaba siendo el objetivo principal, y tal vez pudieran encontrar entre sus piratas a alguien que les pudiera servir de ayuda.

Rodher hizo un gesto a sus hombres, que se alejaron del pirata. Por el contrario, él continuó caminando hacia Eel joven.

—No voy a hacerte daño. ¿Cómo te llamas?

—Powick —acertó a responder, con voz entrecortada.

—Bien, Powick. La batalla ya ha terminado para ti. Has tenido suerte, al menos de momento. Tú y yo vamos a hablar, y si lo que me

dices resulta interesante, pronto volverás a estar en tierra firme. ¿Te parece bien?

El muchacho asintió.

Rodher le agarró del brazo con fuerza, mientras contemplaba que era aún más joven de lo que le había parecido inicialmente. Sintió compasión por él, a la vez que un odio infinito hacia Owen, por permitir que muchachos como Powick perdieran la vida de una forma tan estúpida.

—Llama a Sándor —indicó a uno de los pocos hombres que se encontraban cerca—, necesito que venga.

Mientras esperaba al Rey Pirata, Rodher tomó una cuerda con la que ató las manos de Powick.

—Quiero asegurarme de que no cometes una estupidez, muchacho —dijo en tono afable mientras apretaba el nudo sobre las muñecas de su prisionero—. Sería una pena que se te pasara por la cabeza la idea de atacarme, o de intentar escapar.

El grandullón respiró profundamente mientras escudriñaba cuanto sucedía a su alrededor. El peligro parecía haber abandonado el Leviatán, y la lucha se había extendido al resto de barcos, donde tenían lugar combates de los que las aguas continuaban alimentándose. Rodher sintió que poco o nada podría hacer ya por todos los que se encontraban fuera del Leviatán. Se sentía exhausto, con dolores por todo el cuerpo y algún que otro tajo en los brazos y piernas, simples arañazos a los que había respondido con una letal mordedura de su hacha. Miró el arma, que descansaba sobre el tablado, empapada en sangre. Al igual que para él, y seguramente para Powick, también había terminado la batalla para un arma al que guardaba un cariño especial. Por un momento, sintió el impulso de recuperarlo, pero las palabras de Sándor le hicieron quedarse junto al prisionero.

—¿Quién es este chico? —preguntó el Rey Pirata—. ¿Y por qué sigue aún con vida?

Powick tragó saliva al ver a Sándor acercarse a él.

—¡Malditos hijos de puta! —Ferghus observaba las pequeñas naves piratas que, tras sobrepasar al Leviatán por su derecha, ahora se cernían sobre ellos como un enjambre de abejas que vuelan hacia quien se atrevió a atacar la colmena.

—Tratan de rodearnos —Taenara acarició su arco. Junto a ella, Salwen también aguardaba el momento de recibir a los piratas con una lluvia de flechas. Tras el ataque de las catapultas, los miembros de la tripulación habían disfrutado de un fugaz momento de júbilo. La visión de las naves y botes piratas acercándose resultó, para muchos,

la más aterradora respuesta que podían recibir por parte de Owen.

Parte de la flota nybnia se había desviado para auxiliar a Sándor y frenar el asedio allí donde el propio Leviatán se interponía entre las catapultas y los barcos piratas.

—¡Preparaos! —gritó Ferghus, con todas sus fuerzas. No vendría nadie en su auxilio, y si lo intentara probablemente no llegaría a tiempo. Las ligeras naves de los piratas se movían ágilmente sobre las aguas, cambiando de dirección según el rumbo marcado por la que encabezaba la flotilla que parecía haber fijado su mirada en Ferghus y su barco. A una señal del tripulante que capitaneaba el primer navío, la serpiente de barcos que le seguía se dividió en dos. Ambos rumbos tenían un objetivo común.

—Sí, tratan de rodearnos —Ferghus envainó su espada y tomó el arco que le fue entregado por uno de sus oficiales—. ¡A mi señal!

Fue un breve instante que para Taenara resultó toda una eternidad. Ferghus permanecía quieto, con una flecha apuntando hacia el enemigo que pronto caería sobre ellos. Los piratas se preparaban para abordar la nave de Ferghus allí donde pudieran clavar las anclas y ganchos fijados en un extremo de las sogas con las que preparaban su ataque.

—¡Ahora! —Ferghus soltó la primera flecha, a la que siguieron otras muchas—. ¡Disparad!

De la galera del nybnio salieron varias oleadas de proyectiles que tomaron por sorpresa a los piratas más cercanos. Muchos de estos, más preocupados en preparar su acometida y desprovistos de cualquier protección, terminaron cayendo al agua, abatidos por las flechas enemigas.

Los tripulantes de los demás barcos tomaron precauciones. Algunos estaban provistos de pequeños escudos de madera. Otros buscaban refugio en el casco de la embarcación. Los más atrevidos se apresuraron a preparar el abordaje.

La nueva lluvia de proyectiles procedentes de la galera hizo menos estragos que la primera. Para entonces, varias naves se encontraban en disposición de intentar abordar a los nybnios. Las sogas parecían salir escupidas del agua, como los tentáculos de un gigantesco kraken que tratara de abrazar la embarcación y arrastrarla a las profundidades.

—¡Defended el barco! —gritó Ferghus, a punto de entrar en combate. Muchos de sus hombres tuvieron que cambiar los arcos y ballestas por hachas o espadas con las que recibir a cuantos empezaban a trepar por las sogas, a punto de llevar a cabo una invasión que se antojaba incontenible para los marineros de Ferghus. La agilidad de los piratas era endiablada. El nybnio solo pudo

contemplar la ferocidad del ataque. Numerosos barcos rodeaban su embarcación y los enemigos parecían multiplicarse a medida que ascendían a la borda.

—¡Luchad! ¡No dejéis que nos aborden!

Ferghus sabía que su orden sería imposible de cumplir. Alzó su espada y fue uno de los primeros en recibir a los piratas, ensartando a uno de ellos en cuanto puso los pies en el barco. Cortó un par de sogas y ni siquiera tuvo tiempo de ver cómo los hombres que trepaban por ellas caían al mar. Sus gritos fue un escaso consuelo, pues frente a él ya había varios piratas que, en lo que parecía un ataque de locura, habían arremetido con inmensa ira contra los marineros que les separaban del capitán. Los nybnios no pudieron resistir el empuje de sus enemigos, que acabaron lanzando sus cuerpos por la borda una vez que los abatieron en lo que fue un breve enfrentamiento.

—Owen os envía sus saludos —dijo uno de los piratas, que tenía el rostro salpicado por la sangre del nybnio al que acababa de acuchillar.

—¿Acaso no es capaz de presentarse él mismo ante nosotros? —respondió Ferghus, sujetando con fuerza su espada—. ¿Dónde está?

—¿Así que Sándor tiene nuevos amigos? —se escuchó una voz ronca, procedente del pirata que acababa de trepar por una escala hasta alcanzar el casco de la galera. El silencio precedió a unos pasos que, sobre la madera de la galera, resonaban de forma firme, poderosa. Los piratas que ahora se encontraban en su camino se echaron a un lado para abrirle paso. Ferghus no había visto nunca a Owen, pero el modo en que se presentó ante él no dejaba lugar a dudas. Los ojos hundidos del recién llegado daban forma a una mirada oscura y siniestra. Su pelo rojizo, peinado hacia atrás, caía derramado por ambos lados en una melena que se encrespaba a medida que le acariciaba el cuello hasta casi rozar los hombros. Su porte altivo y engalanada apariencia le distinguían del resto de piratas. Lentamente, movió la mano derecha hasta acariciar la vaina de su espada, un arma que parecía haber sido forjada de forma exclusiva para alguien como él, con una empuñadura con la forma de una calavera similar a la desplegada en el velamen de sus naves.

—Tú debes ser Owen —dijo Ferghus, tratando de contener la respiración para no desenmascarar sus verdaderos sentimientos de angustia, al percatarse de la situación en la que se encontraban. A su alrededor había un puñado de nybnios, pero no serían suficientes como para contener a los piratas, que se agrupaban en torno a su líder. Ambos grupos se encontraban ahora sobre la cubierta del barco, a una distancia que, sobre todo para Ferghus y sus hombres, resultaba demasiado peligrosa.

—Creo que no nos han presentado —respondió Owen, con una aparente serenidad—. Me alegro de que me conozcas. En cambio, yo no sé quién eres. Lo único que sé sobre ti es que te has aliado con Sándor, mi principal enemigo. Y además, te has atrevido a surcar mis aguas, con la intención de acabar conmigo. ¿De verdad creías que iba a ser tan fácil como llegar a una ciudad y buscarme en una taberna?

—¿Cómo sabías que veníamos hacia ti? —preguntó Ferghus, cuya principal intención era ganar tiempo y recibir la ayuda de sus aliados.

—Vigilo mis aguas como el águila que lo ve todo desde lo alto. Si hubierais sido más discretos, tal vez incluso podríais haber llegado a entrar en las islas pasando desapercibidos. Pero ya veo que ese no es el estilo propio de Sándor y sus aliados. Buscabais una entrada triunfal, una victoria completa. ¿Acaso queríais llegar hasta aquí para llevar a cabo toda una masacre?

—Me temo que a Sándor solo le interesas tú…

—Entonces, ¿para qué tantos barcos? —Owen dejó un breve silencio—. Ya veo, queríais continuar vuestro viaje, hacia algún lugar más allá de mis islas. ¿Tal vez a Yark? Eso queda muy lejos del palacio de mi querido padre. Así que no pretendíais capturarme para llevarme ante el rey, ¿verdad? Queríais matarme. Sí, lo veo en tus ojos. ¿Cómo te llamas, amigo de Sándor?

—Ferghus.

—Ferghus… Tú no pareces uno de esos piratas que acompañan a Sándor en sus aventuras. Más bien diría que no eres más que un comerciante, un mercader que se ha visto engañado por ese maldito contrabandista que se hace llamar rey. ¿Le prestabas tu barco a cambio de algún negocio en las islas?

Ferghus no respondió. Su silencio molestó a Owen, que se llevó la mano a la empuñadura de su espada.

—Respóndeme, Ferghus, o tendré que empezar a arrancarte la verdad de la forma más dolorosa que te puedas imaginar.

—Nos dirigíamos a Yark —respondió finalmente el nybnio. Instintivamente, buscó con la mirada a Taenara, a la que recordaba haber visto cerca de él hasta el momento en que los piratas superaron en número a los marineros de la galera. No estaba entre los que se agolpaban detrás de él, conscientes de que el final de la conversación entre ambos líderes traería consigo el inevitable combate y, muy probablemente, una muerte rápida.

—A Yark —la respuesta sorprendió a Owen—. ¿Y qué podría hacer un pez como Sándor fuera de sus queridas aguas? Se asfixiaría —Owen acompañó sus palabras con una mueca mientras repartía la vista entre sus hombres. Los piratas estallaron en carcajadas.

—¿Qué hay en Yark, que sea capaz, no solo de captar la atención de alguien que pretende dominar la costa nybnia, sino de hacer que se dirija hasta allí con toda una flota?

Por un instante, Owen desvió la atención de sus interlocutores para centrarla en la batalla que tenía lugar en los alrededores, en el interior de las pequeñas naves y barcos de uno y otro bando. En la cubierta de la galera, los gritos y alaridos parecían llegarle de lejos. El mar escupía los cuerpos de los muertos y las maderas de los numerosos barcos cuyos esqueletos flotaban dispersos sobre las aguas.

—Parece que finalmente Sándor viene en tu ayuda —Owen señaló al Leviatán, que viraba lentamente—. Por desgracia, solo encontrará vuestros cadáveres, si es que no los arrojamos al mar para alimentar a los tiburones. Me gustaría conocer los motivos que os han motivado a viajar a Yark y, por desgracia, os han empujado a morir en mis aguas. Pero creo que mejor se lo pregunto a mi amigo Sándor, antes de acabar con él.

Owen miró una vez más a sus hombres y dibujó una esclarecedora sonrisa.

—Matadlos. Matadlos a todos.

Ferghus y los suyos se echaron atrás para agruparse en una línea que tratara de resistir el voraz apetito de las espadas enemigas. Los piratas se separaron de su líder y, como si quisieran paladear el combate con los pocos nybnios que tenían frente a ellos, caminaron lentamente, entre burlas y risas. Sus voces fueron apagadas por el grito de alguien a quien no habían sido capaces de ver.

—¡Deteneos! O le mato.

Cuando los piratas se giraron en dirección a la amenazante voz, contemplaron extasiados el cuchillo que, en la mano de Taenara, acariciaba el cuello de un Owen tan sorprendido como todos los demás, ya fueran de uno u otro bando. Nadie había sido capaz de distinguir a la princesa, que había tenido la habilidad de ocultarse, primero a ojos de los nybnios, y después a las amenazantes miradas de los piratas.

—¡Tirad las armas o acabo con él!

—¡No la hagáis caso! —gritó Owen.

—¡Tirad las…! —Taenara no pudo completar la orden.

Con un rápido movimiento de su brazo derecho, Owen logró apartar de su cuello el amenazante filo, que únicamente logró herirle con un corte que al pirata pareció insignificante. Al instante que el cuchillo besaba el suelo, Owen desenvainaba su espada. Con otro raudo gesto, se deshizo de la princesa con un ligero empujón para separarla de él y sin miramientos hundió la punta del arma en su

muslo derecho, extrayendo la hoja empapada en sangre.

Taenara quedó tendida en el suelo, echándose la mano a la grave herida mientras contenía un grito de dolor.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Owen, que al ver el rostro de la princesa contuvo por un momento el definitivo ataque con el que pretendía segar su vida. La hermosura de Taenara provocó en Owen nuevos interrogantes. Miró hacia el Leviatán y sintió que aún tendría tiempo suficiente para satisfacer su curiosidad antes de matar a toda la tripulación.

«Es la princesa Taenara, la hermana del rey Kariosh. Harías bien en procurar que sobreviva, si no quieres que los ejércitos de Leryon caigan sobre ti».

Ferghus estaba a punto de convertir sus pensamientos en palabras, cuando sucedió algo inesperado.

Para sorpresa de todos, la princesa se puso en pie. Se incorporó lentamente, pero con una agilidad impropia de quien ha sido gravemente herido.

—¿Qué es eso? —gritó uno de los piratas, contemplando la pierna de la princesa.

Owen y sus piratas quedaron sobrecogidos al ver cómo la herida de la princesa comenzaba a cerrarse de forma sobrenatural. El tajo provocado por la espada de Owen fue transformándose en una línea cada vez más delgada hasta que finalmente el único rastro de la grieta fue la sangre que había manado de la herida cayendo derramada por la pierna.

—¿Quién demonios eres? —Owen dio un paso hacia atrás, sobrecogido.

—Es una sirena.

—Un espectro del mar.

Los hombres de Owen hablaban con la voz quebrada. Sus rostros palidecieron al contemplar a la princesa que, viendo cerrado el tajo en su pierna, recogía del suelo su cuchillo y apuntaba con él a Owen, dibujando una sornisa que a los ojos de los piratas pareció la diabólica mueca de un ser maligno que habitara en las aguas. Los marineros y piratas eran muy dados a contar y creer en extrañas historias, leyendas de espectros y fantasmas que vagaban por los solitarios resquicios de las islas y surgían en medio de las oscuras aguas de las tempestuosas noches de lluvia y tormenta. El hecho de que Taenara hubiera surgido de forma repentina, sin que nadie se hubiera percatado de su presencia, y de que además su apariencia distara mucho de parecerse a la del resto de la tripulación era algo que confundió aún más a los piratas. Algunos estaban convencidos de que,

habiendo surgido de la nada, en medio de un enfrentamiento en el que ella no parecía tener nada que ver, se trataba de uno de esos espectros marinos.

A pesar de conocer su procedencia, o al menos así lo había creído hasta ese momento, Ferghus también dio un paso hacia atrás, sorprendido y aterrado tras el prodigio que acababa de producirse.

«¿Quién eres realmente?», le hubiera gustado preguntar a Taenara en ese momento, pero no fue capaz de articular palabra alguna.

Se hizo un estremecedor silencio en el interior de la galera. El fragor del combate se escuchó con mayor intensidad. Voces, alaridos y gritos de auxilio ya no quedaban tan lejanos.

—Os lo diré una última vez —habló Taenara, consciente del poder que ejercerían sus palabras sobre unos piratas que la contemplaban como niños asustados.

Las armas besaron las tablas, provocando un sonido metálico que retumbó por la cubierta. Incluso hubo alguno de los nybnios que, hechizado por la poderosa voz de la princesa, también soltó su espada.

Owen no separaba la mirada de un rostro que se le antojó como lo más hermoso y a la vez temible que hubiera contemplado en toda su vida. Atraído por el embrujo de una mirada que parecía tan irreal como peligrosa, el pirata caminó lentamente hasta Taenara, que no dudó en ordenarle, con un gesto, que detuviera sus pasos.

—¿Quién eres? —preguntó Owen, con la mirada cegada por el recuerdo de la sobrecogedora visión de la que habían sido testigos—. ¿Acaso eres la diosa de estas aguas, la diosa del mar?

Owen cayó de rodillas. El resto de los piratas imitaron su gesto. Uno tras otro, hincaron la rodilla en el suelo en señal de sumisión a quien sin duda tendría poder para acabar con todos ellos.

El cielo había tornado en un color gris que empezaba a oscurecer el día. Como atraídas por la presencia de la princesa, las corrientes de aire fueron cobrando fuerza. Todos los que estaban en el barco pudieron sentir un frío repentino que les invadía, algo que no habían sentido nunca antes. En lo alto, los rayos escondidos tras el mar de nubarrones provocaron los primeros destellos de una tormenta que, aún lejana, no tardaría en alcanzarles. La transformación se dio de un modo tan repentino, que todos tuvieron la certeza de que había sido provocada por la temible mujer que permanecía en la cubierta, con el cuchillo en la mano y el majestuoso porte de quien, para muchos, era la diosa del mar.

—Acércate —ordenó Taenara, con la mirada puesta en Owen.

El pirata obedeció. La palidez aún no había desaparecido de su rostro, que ahora era el de quien parece haberse encontrado frente a

frente con la muerte.

—Apresadle —Taenara se dirigió a Ferghus, que con la ayuda de sus hombres cumplió la orden.

Owen dudó por un momento. No parecía dispuesto a dejarse maniatar. A punto de cometer la locura de atacar a los nybnios que le sujetaban, escuchó unas palabras que le hicieron desistir.

—Si alguien hace daño a este hombre, o uno de sus acompañantes, correrá la peor suerte que pueda imaginar.

En esta ocasión, la mirada de Owen no fue de temor, sino de agradecimiento ante la compasión mostrada por aquella diosa.

—Gracias —respondió el pirata.

Taenara asintió con la cabeza. Tras echar un vistazo a cuanto sucedía a su alrededor se dirigió nuevamente a Ferghus.

—Hemos perdido demasiados hombres —hay que detener la batalla.

—Como ordenéis, princesa —respondió el nybnio.

—Toma a Owen y acercaos a la borda. Haced sonar los tambores. Que los piratas contemplen a su líder, prisionero. Acabad ya con este derramamiento de sangre, pues necesitaremos a los hombres de Owen.

—¿A estos piratas…?

—Estos piratas, Ferghus, serán a partir de ahora nuestros aliados.

—Sándor no aprobará esta decisión.

—¡Yo hablaré con Sándor! —gritó Taenara, que no parecía dispuesta a seguir escuchando a Ferghus cuestionando sus órdenes—. Acabad ya con esta batalla.

El nybnio enmudeció, limitándose a cumplir el deseo de la princesa. Tomó a Owen y, mientras el estruendo de los tambores atraía las miradas de cuantos se encontraban alrededor, Ferghus mostró a unos y otros la imagen de un Owen cautivo.

—¡Deponed las armas! —gritó el nybnio—. ¡Dejad de luchar! Es hora de negociar la paz.

CAPÍTULO 27: CERCA DE MÓSTUR

La noche parecía un aliado más del plan trazado por Kariosh. Las nubes se habían cernido sobre Móstur con la caída del atardecer y, como si se tratara de un ejército más a punto de asediar la ciudad, cubrieron el firmamento con su siniestro manto, trayendo consigo una oscuridad que perduraría hasta el nuevo amanecer.

Kariosh y sus guerreros caminaban por la orilla del Éresot con la parsimonia y el sigilo exigidos por la negrura que habitaba a su alrededor. Vestidos con ropas más propias de cazadores que de soldados, avanzaban en fila, bordeando la muralla de la ciudad. Cerca de ellos, los ríos que protegían Móstur confluían en un único caudal. En lo alto, por encima de las almenas, despuntaban las torres de la fortaleza que, como un gigantesco ojo, parecía vigilar todo cuanto ocurría en los alrededores de una ciudad que ya estaba en alerta.

El paraje se encontraba envuelto en un estremecedor silencio. Kariosh estaba convencido de que, tal y como él y sus aliados pensaban, la mayor parte de las fuerzas de Móstur se concentraban en el extremo opuesto, en la muralla frente a la cual habían establecido el campamento.

—Más despacio… —habló Greg—. Estamos cerca del lugar por el que tendremos que cruzar el río.

—¿Está muy lejos la cueva? —preguntó *Sir* Arthur, que caminaba por detrás de él.

—Tendremos que bordear un tramo de la muralla nada más alcanzar la otra orilla, pero una vez que estemos junto al muro quedaremos fuera de la vista de cualquier centinela.

—Hay demasiado silencio —el caballero miró a su alrededor.

—¿Acaso esperabais que alguien saliera a recibirnos? —Greg contuvo la risa, al observar los gestos de *Sir* Arthur, que caminaba con paso desconfiado—. No os preocupéis. Pronto habremos cruzado al otro lado y, si esa entrada ha permanecido todo este tiempo tan oculta como estaba años atrás, lograremos conquistar Móstur mucho antes de lo que pudierais imaginar en vuestros planes más optimistas.

—¿Y si la entrada ha sido cerrada?

—En ese caso, daremos marcha atrás y dejaremos que vos y el rey preparéis una nueva estrategia para atacar la ciudad. Sed un poco optimista, *Sir* Arthur. Confiad en mí y en mis hombres.

Greg se detuvo, y esperó a que se acercaran los portadores de las cuerdas y arpones con los que trazarían el puente a la otra orilla.

—¿Es aquí? —preguntó Kariosh cuando se situó junto a *Sir* Arthur. Por encima de ellos, la muralla se erguía como una gigantesca e infranqueable frontera que pareciera ocultar todo un universo en su interior. La oscuridad de la noche no lograba esconder las poderosas torres del bastión de la capital, que dejaban a la vista algunas luces que iluminaban sus estancias más elevadas. Por un momento, Kariosh se sintió vulnerable a la visión de los centinelas que pudieran estar custodiando la ciudad. Los árboles que los cobijaban no parecían tener ramas lo suficientemente frondosas como para mantenerles totalmente ocultos.

—Sí, majestad —contestó *Sir* Arthur—. Estamos a punto de cruzar al otro lado.

Greg agitó la cuerda en el aire, y lanzó el arpón que se encontraba en uno de sus extremos con la ayuda de su arco. Erró en las primeras ocasiones, en las que el sonido del metal y la roca del muro rompieron el silencio de la noche. Probó también con un disparo suave, tratando de alcanzar una de las ramas que se dejaban ver en la orilla opuesta, pero no resultó. Para alivio de cuantos se encontraban junto a él, en el siguiente disparo se escuchó cómo el arpón se clavaba en la madera. Greg sonrió mientras buscaba con la mirada a uno de sus hombres.

—Broxon… Es tu momento.

Broxon era el miembro del grupo que, a pesar de su estatura, resultó ser el más ágil. Tomó el extremo de la cuerda y, tras pasarla por encima de la rama del árbol que se encontraba más cerca del agua, hizo un nudo en torno al tronco. Se aseguró de que el puente con el que acababa de unir ambas orillas resistiría su peso y, ante la atónita mirada de *Sir* Arthur y Kariosh, comenzó a deslizarse por la cuerda, moviendo brazos y piernas con una rapidez endiablada.

—No esperarás que nosotros hagamos eso —*Sir* Arthur miró a Greg con una expresión que al guerrero resultó de lo más graciosa.

—No os preocupéis. Para todos nosotros será mucho más sencillo. Ya en la otra orilla, Broxon atará el extremo de la cuerda a un punto más bajo mientras yo elevo nuestro extremo para que únicamente tengáis que trepar por un par de ramas y deslizaros suavemente por la soga hasta alcanzar la otra orilla. Únicamente tendréis que preocuparos de no soltar los extremos de la cuerda que deberéis sujetar con ambas manos para ir descendiendo a nuestro destino. ¿O

también estáis ya demasiado viejos para hacer algo tan sencillo?

El tono de voz con el que habló Greg no sentó nada bien al caballero. No obstante, gracias a él y sus hombres estaban a punto de alcanzar la orilla de Móstur y, con ella, la posibilidad de adentrarse en su interior. Por muy remota que pudiera resultar la posibilidad de encontrar aquella entrada secreta, *Sir* Arthur estaba convencido de que merecía la pena.

El propio Greg fue el último en cruzar, cuando ya todos los demás se encontraban junto a Broxon.

—Será mejor que nos demos prisa —Greg echó una última mirada a la soga que unía ambas orillas—. Sería bueno que estuviéramos de vuelta antes del amanecer. Si los guardianes de Móstur descubren esta soga, la única opción de escape que tendremos será cruzar la ciudad y salir por una de sus puertas antes de que alguien os reconozca, algo bastante probable teniendo en cuenta que sois el rey de Leryon.

—En ese caso, antes de que amanezca estaremos aquí mismo —respondió Kariosh—. Como bien has dicho, mi condición de monarca hace complicado caminar de incógnito por la ciudad a plena luz del día.

—Seguidme, estamos cerca —Greg tomó la iniciativa y, caminando junto a la muralla, comenzó a recorrer su trazado en dirección norte.

En algunos tramos, las ramas y árboles de la orilla dificultaban el paso junto al muro, retrasando su avance. *Sir* Arthur tuvo que sujetar a uno de los hombres de Greg que, tras dar un paso en falso, a punto estuvo de caer al río.

—Es ahí —Greg señaló un conjunto de rocas que, como si fueran una parte más de las defensas de la ciudad, abrazaban la base de la muralla, ocultando una parte de la misma.

—Tal y como se encontraba aquella vez que lo descubrí —el guerrero aceleró el paso—. Incluso diría que ha crecido más vegetación a su alrededor, por lo que no creo que haya sido descubierta por nadie más en todo este tiempo.

Greg encendió una pequeña antorcha con la que arrojaría algo de luz al interior de la pequeña cueva que tenía, como una de sus paredes, parte del muro. Era en una esquina, que incluso allí en el interior de aquel agujero escondido parecía pasar desapercibida, oculta entre la maleza, donde se encontraba la entrada secreta, cuya altura no llegaba a medir la mitad de un hombre.

—¿Alguno quiere ser el primero en entrar? —sonrió Greg, con la mirada fija en Kariosh. El monarca dejaba al descubierto una expresión de satisfacción mientras contemplaba extasiado el pasadizo que les conduciría al interior de Móstur.

—Por favor, Greg… Guíanos al interior.

—Será un placer, majestad. Únicamente os pediría que, cuando se escriba la historia de cómo Móstur rindió sus fuerzas al pueblo de Leryon, se me nombre en la gloriosa página que estamos a punto de iniciar.

—Te prometo, Greg, que tu recompensa será algo más que unir tu nombre a la historia de nuestro pueblo. Pero será mejor que no pensemos en cómo será narrada nuestra victoria, sino en cómo llevar a cabo la misma de la mejor forma posible, y si estás en lo cierto, y este pasadizo nos conduce al interior de Móstur, sin duda contribuirás en gran medida a ello.

—Seguidme.

Greg se adentró por el angosto sendero que se abría al otro lado. Se sintió aliviado al descubrir que, a pesar del repugnante olor del túnel, el aire se movía en su interior, trayendo consigo una esperanza que compensaba con creces la sensación de lenta asfixia que transmitía el paso por un corredor tan angosto. Afortunadamente, solo se trató del tramo inicial, pues pronto desembocaron en un pasadizo lo suficientemente alto como para que pudieran caminar erguidos.

—Esto no es el túnel de una cloaca —*Sir* Arthur caminaba acariciando las rugosas paredes que los envolvían—. Este pasadizo ha sido excavado a propósito desde el interior, para buscar el modo de entrar y salir de la ciudad sin ser visto por la guardia del rey.

—Tal vez sea obra de los helvatios —respondió Kariosh.

—No creo. A juzgar por la orientación del extremo sur de la ciudad, diría que queda bastante lejos del refugio de la Orden helvatia o alguno de sus templos. Me atrevería a jurar que este túnel ha sido excavado por los nybnios, y tal vez fuera con la intención de introducir mercancías en la ciudad.

—Esos nybios siempre han sabido cómo ganarse la vida lejos de su hogar —Greg miró hacia atrás para asegurarse de que todos los demás le seguían.

—Así ha sido hasta hace poco —respondió *Sir* Arthur—. Ahora, los nybnios ya solo forman parte del pasado…

—Un pasado demasiado reciente —dijo el monarca, pensando en las consecuencias de que las suposiciones de *Sir* Arthur fueran ciertas —. Si este túnel ha sido excavado por los nybnios, es posible que haya sido utilizado recientemente, y que los helvatios, o cualquiera de los soldados de la ciudad sepan de su existencia. Si así fuera, tal vez nos encontremos una ingrata sorpresa al otro lado, ¿no creéis?

Por un momento, todos se detuvieron. Si el otro extremo del pasadizo no estuviera tan escondido como el que habían cruzado, tal

vez pudieran tener la desgracia de encontrarse a alguien en mitad de la noche.

—No podemos echarnos atrás ahora, majestad —Greg no parecía dispuesto a abandonar la misión.

—No estoy diciendo que nos demos la vuelta, mis queridos amigos. Pero debemos caminar con sigilo hasta ver si el otro lado es seguro.

Todos asintieron a las palabras del monarca. A partir de aquel instante, la marcha continuó en silencio, hasta que Greg se detuvo una vez más y, haciendo un gesto para que los demás estuvieran quietos, recorrió en solitario los últimos metros que les separaban de su destino.

Hubo un momento de tensa calma, tras el cual Greg regresó. La sonrisa que dibujaba su rostro resultó de gran alivio a sus compañeros.

—Enhorabuena, *Sir* Arthur. Vuestras suposiciones eran ciertas. El túnel conduce al sótano de una casa nybnia. Creo que, por suerte, apenas una familia conocía de la existencia de este pasadizo y, a juzgar por las ruinas que se encuentran por todo el barrio, diría que ninguno de los mostures se ha tomado la molestia de buscar rincones escondidos o pasadizos ocultos. Tenían demasiada prisa por destruirlo todo. De hecho, me sorprende que esta casa haya quedado en pie. Sin duda, es un buen presagio.

Tras alcanzar el sótano de la vivienda, por fin pudieron acceder al exterior y respirar aire puro.

Las ruinas del barrio nybnio contrastaban con la majestuosidad que habían podido contemplar al pie de la muralla, antes de encontrar el túnel.

—Sin duda, quienes han llevado a cabo esta destrucción no se han molestado en reconstruir un solo edificio —Kariosh contemplaba los restos de piedra que la oscuridad de la noche apenas les permitía ver.

—Seguramente sea una señal para cualquier enemigo de los helvatios —respondió *Sir* Arthur—. Todos los mostures han sido testigos de lo que les sucede a quienes se atreven a rebelarse al dios de la Luz. Muerte, destrucción… Son la señal más evidente de que los helvatios continúan gobernando esta ciudad.

—Por poco tiempo —Kariosh habló en tono severo, como si la sola mención del dios de la Luz le hubiera devuelto el recuerdo del odio que sentía por Athmer y sus seguidores.

El brillo de la luna se iba abriendo paso entre las nubes a medida que iba transcurriendo la noche. Por un momento, la claridad encontró un resquicio por el que caer derramada sobre la ciudad, dejando al descubierto el desolador paisaje que rodeaba al rey Kariosh y su grupo. Todos ellos se detuvieron, guardando un silencio

estremecedor. Sombra y penumbra se confundían en los rincones de aquel lugar abandonado, como si los propios espíritus de los nybnios caídos vagaran por las ruinas, tratando de regresar a los restos de sus hogares. La desolación helvatia se había adentrado en cada calle, destruyendo todo a su paso. Edificios resquebrajados y moribundos que apenas lograban mantenerse en pie constituían el lúgubre recuerdo de los comerciantes extranjeros que habían sido expulsados o masacrados. Resultaba difícil de imaginar un paraje semejante en el interior de la floreciente capital de Móstur.

—Es el lugar perfecto por el que adentrarse en la ciudad —reconoció Kariosh, que vio en toda aquella destrucción el emplazamiento idóneo donde sus hombres encontrarían el cobijo necesario para poder atacar Móstur desde su interior.

—Majestad —Greg miró a su alrededor. Había demasiada claridad—. Deberíamos marcharnos antes de que empiece a amanecer.

—Sí, será mejor que nos vayamos. Ya hemos cumplido la misión que nos ha traído a este lugar. Pronto estaréis aquí de nuevo, Greg. Comandaréis un nutrido grupo de soldados con el que propagar nuestro ataque por toda la capital.

Los ojos de Kariosh brillaban de forma especial al tiempo que el monarca imaginaba una gloriosa victoria tras un ataque por varios frentes.

—Desde aquí podríamos preparar una rápida ofensiva sobre los helvatios.

Aquellas palabras de Greg sonaron especialmente agradables a los oídos del monarca. En sus más deliciosos sueños se había visto rodeado de sus hombres, cruzando el umbral de la Morada y abatiendo a todos los servidores de Athmer que osaban interponerse en su camino. El color de la sangre tiñendo las vestiduras helvatias le parecía una escena embriagadora. El monarca estaba dispuesto a ceder ese honor a Greg y sus hombres, siempre que los siervos del dios de la Luz fueran masacrados, y la fe en Athmer quedara reducida a un recuerdo del pasado.

—Serías generosamente recompensado por convertir la Morada en un conjunto de ruinas como las que nos rodean. Y tendrías un puesto de honor en mi mesa, y en la nueva ciudad de Móstur.

—Prometo cumplir mi misión para hacerme digno de vuestra generosidad, majestad. Mis hombres y yo regaremos la Morada con la sangre de todos sus habitantes.

Greg hablaba con el convencimiento de quien cree que se encuentra frente a una tarea sencilla. *Sir* Arthur no tenía tan claro que semejante misión fuera a resultar tan fácil como Kariosh deseaba y

Greg imaginaba. Estaba a punto de hablar, cuando decidió que sería mejor no interrumpir aquel agradable sueño que todos ellos compartían. El caballero se sorprendió al descubrir que, en esta ocasión, había logrado sujetar los pensamientos que otras veces abandonaban con tanta facilidad su mente para salir, expresados con sarcásticas palabras que le habían hecho ganarse a tantos rivales. Allí, en Móstur, ya tenían demasiados enemigos como para buscarse algunos más entre sus propios hombres. *Sir* Arthur había tornado su ácido comportamiento en una prudencia que resultaba inusual en él. Las imágenes de destrucción que les rodeaban trajeron a la memoria del caballero el recuerdo de la asolación de Skeldon. Una vez más, los llantos y alaridos de sus habitantes regresaron a *Sir* Arthur, así como el rostro del inocente muchacho al que había salvado allí. Se preguntó si aún seguiría con vida, si habría logrado escapar y encontrar refugio en Móstur; si tal vez su camino y el del chico volverían a encontrarse en un azaroso destino o por el capricho de unos dioses capaces de unir y separar las sendas de los insignificantes mortales.

—*Sir* Arthur…

Cuando volvió en sí, el caballero observó al monarca, que le había llamado una segunda vez.

—Será mejor que no os separéis —añadió Kariosh, que parecía ansioso por abandonar aquel lugar, movido más por la impaciencia de trazar su plan de batalla que por el temor a ser descubiertos por los mostures.

A punto de adentrarse nuevamente en el túnel, Greg echó un último vistazo hacia atrás para asegurarse de que todos le seguían. Fue en ese momento cuando escuchó un ligero silbido cercano, y después otro.

—¡Flechas! —gritó al ver uno de los proyectiles pasando junto al rostro del rey Kariosh—. Nos han descubierto… Huid…

Tras su advertencia, las voces de varios hombres resonaron en la oscuridad, al otro lado de uno de los edificios derruidos. Las ruinas nybnias que iban a emplear como cobijo en su asedio a Móstur escondían a sus atacantes, pero no impedían que sus movimientos fueran escuchados con claridad, delatando el numeroso grupo de soldados que estaba a punto de caer sobre ellos.

Sir Arthur reaccionó tratando de encontrar a sus enemigos en la penumbra. En apenas unos segundos, en los que logró descubrir el origen de las voces, el caballero se vio solo, separado de sus compañeros, a quienes no había logrado seguir con la mirada en lo que había sido una desesperada huida.

—¡Por aquí! —escuchó la voz de Kariosh que, oculto al otro lado

de una columna, apenas dejaba a la vista parte de su rostro.

—Voy, majestad —sonrió *Sir* Arthur, esperanzado. Se giró y, sin volver la vista atrás, echó a correr hacia su rey.

Un nuevo silbido quebró la calma. En esta ocasión, ese primer sonido murió cuando el proyectil lanzado desde la oscuridad alcanzó su objetivo. *Sir* Arthur sintió un terrible dolor cuando la punta de la flecha se alojó en su pierna derecha y le hizo caer. Por delante de él, Kariosh se movía nervioso. El rey amagó con ir hacia él para levantarle. Para desgracia del caballero, fue solo un espejismo, pues lo que ocurría a sus espaldas terminó por disuadir al monarca de su propósito inicial.

—Ayudadme, por favor…

La mortecina súplica de *Sir* Arthur no encontró respuesta por parte de ninguno de sus acompañantes. Todos habían huido, escapando de las numerosas figuras que surgieron por detrás del caballero. El rey Kariosh había sido el último en abandonarle, sin tiempo para ayudarle a incorporarse y tratar de sacarlo de allí. Sus pasos se alejaron casi tan raudos como los de los otros. Nadie regresaría para rescatarlo.

Sacudido por el dolor, *Sir* Arthur se arrastró como pudo, dejando un reguero de sangre en su escaso avance. Incapaz de continuar huyendo de sus perseguidores, consciente de su soledad, se retorció en el suelo, desde donde pudo contemplar las siluetas que se acercaban a él. Elevó la mirada y contempló la imagen de un estandarte que, mecida por el aire, parecía cobrar vida en la oscuridad: era la silueta de un lobo.

CAPÍTULO 28: MÓSTUR

La noche estaba a punto de cubrir con su oscuro manto un firmamento en el que muy pronto aparecería el eterno ejército de estrellas custodias de la noche. La penumbra se adueñó de Móstur, en ese momento en el que la realidad se torna confusa, sombría. Las callejuelas iban quedando solitarias, vacías de transeúntes que momentos antes habían mantenido con vida cada rincón de la ciudad. El traqueteo de las carretas, los gritos de los comerciantes y mercaderes ambulantes que iban de plaza en plaza, el continuo ir y venir de clérigos, caballeros, y otros muchos ciudadanos que no parecían tener prisa por regresar a sus casas… El ocaso tornaba el alboroto en una calma que, en muchos puntos de la ciudad, muy pocos se atrevían a romper.

El lugar donde se ubicaba el castillo era uno de esos parajes que quedaban solitarios con la caída de la noche. Su patio exterior se convertía en un lugar tranquilo y seguro, custodiado por los guardias encargados de la vigilia nocturna que, para muchos de ellos, ya acostumbrados a convivir con la oscuridad, resultaba ser una alternativa mucho más apacible y llevadera que la vigilancia en las horas de sol.

Para Therios, el ocaso resultaba un momento propicio para poner en orden los pensamientos, recordar lo acontecido durante el día y reflexionar sobre las decisiones que estaban por llegar. Al menos así había resultado hasta el nombramiento de lord Belson como senescal de la ciudad. Con el cambio de poder y la renuncia de la Orden Helvatia a cualquier asunto relacionado con el gobierno de Móstur, el Gran Maestro sentía que al caer de la oscuridad su conciencia permanecía más sosegada, casi dormida; y una cálida sensación de paz invadía su interior y renovaba unas fuerzas que ya no sufrirían el desgaste de los asuntos de palacio.

—¿Echaréis de menos el castillo? —Yar Bolfren caminaba junto al Gran Maestro, haciendo grandes esfuerzos por acomodar sus grandes zancadas a los pasos cortos y pausados de Therios, que parecía querer detener el tiempo en aquel paseo por el patio exterior.

—El castillo y cuanto significaba adentrarse entre sus muros, las reuniones del Consejo, sin duda son recuerdos que llevaré siempre grabados. No me arrepiento de haber formado parte del gobierno de la ciudad, aunque creo que ciertos asuntos los debería haber llevado de otro modo, podría haber sido más justo en determinados momentos —Therios derramaba sus recuerdos como quien hace memoria de toda una vida—. ¿Echarlo de menos? Sinceramente, Bolfren, esto es lo que creo que añoraré en algunas ocasiones: contemplar la llegada del anochecer caminando por este hermoso rincón, al abrigo del baluarte de nuestra ciudad. Tengo la impresión de que todo este tiempo metido en asuntos propios de reyes o senescales me ha quitado años de vida, como una enfermedad que me ha ido consumiendo lentamente sin que yo mismo me diera cuenta. Ahora por fin tengo esa calma que antes no podía encontrar.

Yar Bolfren dejó escapar una sonrisa.

—Cualquiera diría que tras el nombramiento de lord Belson como senescal os habéis dedicado únicamente a pasear. Y ahora que os veo pasar días enteros en la Morada, tengo la sensación de que andáis más atareado que antes, cuando acudíais constantemente al interior del castillo.

—¿Más atareado? —reflexionó el Gran Maestro, con aire pensativo—. Posiblemente, pero la enseñanza a los novicios y la lectura de los Textos Sagrados sin duda resultan más gratificantes, y propios de quien, como Gran Maestro, debe dar ejemplo de un verdadero afán por comprender los designios de Athmer y darlos a conocer a quienes se acercan a la Orden para seguir de cerca al Dios de la Luz. Es extraordinario contemplar el progreso de nuestros jóvenes en esa eterna búsqueda que todos llevamos en nuestro interior. Imagino que a ti también te resultará más edificante enseñar a tus discípulos el arte de la espada que servir a los intereses de los nobles.

—Ahí tenéis vuestra respuesta —Yar Bolfren señaló al helvatio que caminaba hacia ellos.

—Bartheos —el Gran Maestro se alegró de encontrarse con el hijo de lord Belson—. Hacía mucho que no te veía fuera de la Morada, y menos aún por aquí. ¿Has venido a ver a tu padre?

—Gran Maestro, Yar Bolfren —el joven saludó inclinando ligeramente la cabeza en señal del profundo respeto que profesaba por ambos—. Así es. Llevo varios días sin salir de la Morada, y me pareció que sería un buen momento para pasar un breve instante con mi padre. Durante el día, siempre está ocupado.

—¿Hace mucho tiempo que no le ves? —preguntó el caballero.

—Lo que es verlo —el joven hizo memoria—, creo que el día de su nombramiento como senescal fue la última vez. Pero lo que es poder hablar con él… Creo que ya no recuerdo cómo es su voz.

El Gran Maestro sonrió al contemplar la expresión del hijo de lord Belson. Si había algo que le llenaba especialmente de satisfacción era poder rodearse de novicios como Bartheos, conversar con ellos. Veía en aquellos jóvenes rostros, en sus miradas, la pasión de quien inicia un nuevo viaje, aun sabiendo que este le llevará por senderos repletos de dificultades. Therios observaba el ardor que empujaba a los novicios con una ilusión capaz de vencer cada prueba que pudiera presentarse. El camino que los jóvenes seguían con tan generoso entusiasmo, en ocasiones terminaba difuminándose, erosionándose con el transcurso de los años. El Gran Maestro era consciente de que, en algunos de sus futuros zenlores, la llegada de la vejez borraría el brillo de unos ojos ávidos de conocimientos y experiencias. Para él, conversar con los novicios era una oportunidad de enseñar, pero también de aprender, y de tomar parte de esa energía que le era transmitida por una juventud que, sin duda, añoraba más de lo que nunca habría imaginado.

«El tiempo pasa como el agua contenida en un vaso que, derramada sobre nuestras sedientas manos, intentamos aprisionar sin dejar escapar una gota. El preciado líquido se escabulle entre los dedos, que únicamente pueden retener una parte, el rastro que el tiempo deja a su paso en forma de imborrables recuerdos. El resto, cae al suelo y se seca, perdiéndose en el olvido de la eternidad».

El Gran Maestro recordaba muy bien aquellas palabras extraídas de los Textos Sagrados, y que repetía en sus primeras enseñanzas a los novicios. La pregunta de Yar Bolfren hizo regresar a Therios de sus pensamientos.

—¿Acompañamos a Bartheos?

El novicio no dijo nada, pero su expresión le delató. Deseaba fervientemente que los otros helvatios lo guiaran hasta su padre, pues el castillo era un lugar desconocido y desconcertante para él.

Therios asintió. Para él había llegado el momento de despedirse de aquellos muros, y en cierto modo también de lord Belson, pues sabía que el senescal habría de pasar tanto tiempo en el castillo como él en la Morada. Al igual que él, debería instruir a sus allegados demostrando su valía y experiencia.

Caminaron en dirección a la entrada al castillo. Bartheos no recordaba haberlo contemplado antes en la majestuosidad de un ocaso que no hacía sino alargar las sombras e inundar el lugar con el embrujo propio de una fortaleza inexpugnable. Los contornos de las

torres se recortaban en el firmamento, dando forma a lo que más bien parecía una bestia de varias cabezas y relucientes ojos vigilantes, las luces irradiadas desde el otro lado de las ventanas abiertas en la firme roca. Junto a la entrada, cobraba vida el fuego de varias llamas. Los soldados que iniciaban la guardia de la noche alimentaban las brasas con astillas y leños, invocando así al cálido guardián que los mantendría a salvo de la oscuridad y el frío. Allí, congregados en torno a los braseros que flanqueaban el portón, permanecerían durante unas horas que para algunos de ellos resultaban más gratas que las que traería el sol con el amanecer. Para los soldados más acostumbrados a la compañía de la noche, el retorno a la vida de la ciudad y sus habitantes suponía un cambio de guardia que dejaría en manos de otros el cuidado del castillo y cuantos se acercaban a sus alrededores.

Las alegres conversaciones de los guardias crecían al calor de las llamas que los abrigaban, como si en el mismo corazón del fuego se encontraran los mejores recuerdos que pudieran rememorar en compañía. Las risas que interrumpían la calma de la noche cesaron por un momento ante la llegada de los helvatios, a quienes los soldados saludaron con la cortesía propia de quienes sienten admiración y respeto por el que se cruza en su camino. Tal era el sentimiento que inspiraba Yar Bolfren entre quienes le conocían. En medio de la oscuridad, la corpulencia del caballero parecía crecer como el tamaño de las llamas y las sombras que estas proyectaban. Sus pisadas resonaban por encima de las de sus acompañantes, y su afable apariencia tornaba en una imponente presencia alentada por la penumbra reinante.

Los guardias que custodiaban la entrada al castillo se hicieron a un lado, permitiendo el paso a los recién llegados sin realizar una sola pregunta, a pesar de lo que constituía una inesperada visita al senescal. El Gran Maestro caminaba parsimoniosamente, contemplando las sólidas paredes que le traían a la mente innumerables recuerdos que ahora se agolpaban en su memoria. De entre todos ellos, la imagen del rey Dunthor se hizo especialmente presente. Therios recordó las circunstancias de una sentencia que podría haberse evitado, una muerte que se unía a las injustas ejecuciones decididas en el interior de aquellos muros, en el corazón de Móstur. La imagen del monarca se desvaneció con la llegada de lord Belson. Como si el senescal hubiera sido avisado de la llegada de los helvatios, se encontró con ellos en el patio de armas, donde la oscuridad era combatida con la luz de las lámparas que rodeaban su perímetro cuadrangular.

—Gran Maestro, Yar Bolfren, mi querido hijo —lord Belson se acercó a Bartheos y le estrechó con un fuerte y prolongado abrazo—. Qué ganas tenía de volver a verte.

—Y yo a ti, padre —contestó el joven, con los ojos iluminados por un brillo especial.

—Seguidme, aquí hace demasiado frío como para quedarnos a hablar.

Lord Belson les condujo por los corredores del castillo hasta un lugar que el Maestro Therios conocía muy bien.

La sala del Consejo era una estancia que, desde hacía tiempo, había perdido su razón de ser, su esencia. El salón que congregaba a los nobles, caballeros y helvatios que, en representación de sus intereses, deliberaban junto al rey acerca del gobierno de la ciudad, era ahora un lugar triste donde solo habitaban los recuerdos y la memoria de quienes ya nunca volverían a ocupar su lugar en torno a la mesa. El Gran Maestro sintió que su corazón se estremecía al rememorar la presencia de quienes habían sucumbido a las traicioneras garras del pasado más reciente y oscuro de Móstur.

—Decidme, Gran Maestro —habló lord Belson, una vez que todos tomaron asiento—. ¿De verdad mi hijo muestra tanto interés por los Textos Sagrados como para no dedicar un tiempo a su padre? —dejó escapar una sonrisa.

—En realidad, hace días que no lo veo fuera de la Morada —contestó Therios—. Pero me parece que en eso se parece mucho a su padre, a quien resulta difícil encontrar fuera de estos muros.

—Es verdad. Lo siento, hijo —el senescal se dirigió a Bartheos, a quien veía cambiado. El uniforme de los caballeros helvatios le sentaba muy bien—. Tenía que haber acudido a la Morada para que me contaras cómo es tu nueva vida en compañía de nuestros queridos amigos.

—Bartheos es un extraordinario discípulo —replicó Yar Bolfren—. No lo digo porque esté él aquí presente. Lo cierto es que, al menos en el manejo de la espada, ha superado en destreza a varios de los jóvenes cuyos nombramientos como «Yar» están muy próximos. Muestra una paciencia de la que otros muchos carecen. Y ese afán por mejorar cada día le ha hecho alcanzar grandes progresos. Cada vez que tengo que enfrentarme a él en una instrucción, temo estar más cerca de ser derrotado, por primera vez, por uno de mis discípulos.

La conversación giró en torno a Bartheos, que no pudo evitar ruborizarse ante los halagos de los maestros que, desde su llegada a la Morada, le habían tratado siempre con un gran respeto y cariño no exento de un derroche de exigencia cuando la situación o el

aprendizaje así lo requerían, sobre todo en el caso del Gran Maestro, que no hacía distinciones entre sus discípulos.

Los helvatios recordaron algunas anécdotas con las que aderezar lo que parecía el más gratificante encuentro entre lord Belson y su hijo. La sala del Consejo acogió unas risas que no se escuchaban allí desde hacía mucho tiempo.

—Me alegra escuchar tan agradables noticias de mi hijo. Sin duda, Bartheos tiene buenos maestros que no solo le enseñarán el arte de la espada, sino que le guiarán por el camino adecuado. Tengo la sensación de que es feliz porque ha encontrado un camino que conduce a un noble propósito, y para mí eso es lo más importante.

—Soy muy feliz, padre —ratificó el joven.

—Ojalá tuviéramos muchos como él —el Gran Maestro recordó con tristeza a los últimos muchachos que habían decidido dejar la Morada, el día anterior—. Por desgracia, han sido demasiados los que han abandonado la Orden en estos últimos días.

—Tal vez sea mejor así, Gran Maestro. Convendréis conmigo en que la Morada comenzaba a recibir excesivos aspirantes a caballeros y clérigos de dudosa fe. Atraídos por el poder que había adquirido la Orden Helvatia, muchos han visto una gran oportunidad para ver cumplidas sus ambiciones y anhelos personales. Y ahora que los helvatios habéis decidido seguir la estricta senda marcada por vuestros ancestros, esos falsos discípulos se sienten vacíos, pues únicamente habían puesto su confianza en el poder al que renunciasteis en nombre de la Orden. Es mejor así, porque en estos momentos debéis estar más unidos que nunca, y no podéis tener entre vosotros a quienes pueden amenazar esa unión.

Therios asintió a las palabras de lord Belson. A su alrededor, los asientos del Consejo testimoniaban esa unión que el senescal parecía añorar. El Gran Maestro contempló fijamente la mirada del noble, que parecía estar hablando, no de la Orden, sino de la propia ciudad de Móstur.

—Habréis observado que en estos días las calles de la ciudad se están llenando de guerreros venidos de otros pueblos. E imagino que también habréis escuchado los rumores que han ido llegando del este.

—Así es. Estoy al tanto de las preocupantes noticias sobre el ejército de Kariosh; no solo su cercanía, sino también su número.

—Los leryones sitiaron Skeldon —lord Belson no parecía querer finalizar la frase— y la han reducido a cenizas. Nuestros exploradores contemplaron el pueblo en llamas. En su avance hacia Móstur, Kariosh no parece manifestar un atisbo de piedad por todos aquellos pueblos o aldeas que nos separan. Y se encuentran casi a las puertas de la

ciudad.

—Atacarán pronto —añadió Therios mientras Yar Bolfren y Bartheos escuchaban mudos los presagios de guerra—. Su ejército no se detendrá frente a nuestros muros. Una vez que inicien su último avance, no habrá negociación posible.

—Tampoco habrá una rendición por nuestra parte. Si lo que quiere Kariosh es guerra, le haremos frente con todo aquello que tengamos. Y no estamos solos.

—Ya he visto a varios soldados de *Lady* Alys por los alrededores —observó el Gran Maestro.

—Los ossetios son grandes guerreros y excepcionales jinetes. Herry, el hijo mayor de *Lady* Alys, ha venido con un buen número de ellos.

—En la Morada también hemos recibido la visita de varios caballeros helvatios venidos de Targath —Yar Bolfren rompió su silencio—. Vendrán más.

—Uno de los motivos por los que he venido —el Gran Maestro retomó la palabra— es para preguntaros si habíais tenido noticias de Yar Gregor, así como de aquellos que dejaron la ciudad hace mucho más tiempo. Genthis, Zen Varion y su discípulo Darreth abandonaron Móstur en compañía de un grupo de mercenarios. Hace mucho que no sé nada de ellos y me preguntaba si sabíais algo, aunque solo se tratara de algún rumor traído por los comerciantes o viajeros procedentes del este.

Lord Belson negó con la cabeza.

—Lo siento, Gran Maestro. He recibido la visita de hombres venidos del este, así como de los exploradores que hemos ido enviando, y ninguno de ellos me ha dicho nada acerca del grupo de Genthis.

—Era un grupo lo suficientemente numeroso como para haber sido reconocido en algún lugar, en alguna aldea o posada del camino. Hace demasiado tiempo que partieron… —una sombra surcó el rostro de Therios, llenándolo de preocupación—. Y su destino era tan peligroso que me temo lo peor. En cuanto a Yar Gregor, temo que también se haya visto envuelto en algún peligro durante su viaje.

—Lamento no poder daros noticias de ninguno de ellos.

—Imaginaba que, de haberlas tenido, me las habríais hecho llegar. Lo único que nos queda es rogar a Athmer por sus vidas, que él les proteja y les guarde de todo peligro. Me temo que empieza a ser demasiado tarde —el Gran Maestro se incorporó—. Aún tengo algunas cosas que hacer en la Morada antes de abandonarme al sueño.

—Y yo creo que esta noche va a ser tan tranquila como las demás.

Resulta extraña la calma reinante en la ciudad durante las horas de oscuridad —lord Belson pasó su mano por el hombro de Bartheos—. La tempestad no tardará en llegar, y estaremos preparados para hacerla frente.

—Descansad, lord Belson —respondió Therios—. Por la mañana, encontraréis renovadas vuestras fuerzas.

—¿Queréis que os escolten algunos soldados hasta la Morada?

—No será necesario —respondió el Gran Maestro—. Caminando junto a Yar Bolfren, creo que no tenemos nada que temer.

El senescal arqueó los labios en una breve sonrisa. Acompañó a los helvatios hasta el patio exterior, donde el fuego de los braseros luchaba por contener una oscuridad que ya gobernaba el cielo. Se despidió de su hijo con otro fuerte abrazo.

A Bartheos no le salían las palabras. Recordó que, cuando ambos convivían bajo el mismo techo, lord Belson recibía continuamente la visita de otros nobles o de gente influyente en la ciudad. El joven estaba acostumbrado a ser testigo de esos numerosos encuentros en los que su padre se mostraba firme y resolutivo, y era tratado por sus interlocutores con un respeto que en ocasiones rozaba la adulación. El día del nombramiento de lord Belson como senescal de Móstur, se había incrementado en Bartheos un sentimiento de orgullo por la familia Lorioth. En esta ocasión, a punto de regresar nuevamente a la Morada, tenía una sensacion muy distinta: un miedo desconocido y tan desconcertante que ni siquiera sabría explicar. Tal vez fuera el peso del poder sobre la ciudad y la cercanía de una inminente guerra, así como la desaparición de hombres como Yar Gregor o Genthis, símbolos de las fuerzas que parecían abocadas a la defensa de Móstur contra el enemigo del Este. Era el miedo que se cernía sobre la ciudad, empezando por sus guardianes y propagándose entre los ciudadanos como una terrible enfermedad.

Lord Belson era consciente de los sentimientos de su hijo, que había permanecido mucho más callado de lo que era habitual en él. Le había visto cambiado, más maduro y seguro de sí mismo, a pesar de que no se encontraba más que al inicio de un largo camino por recorrer. Deseó con todas sus fuerzas poder contemplar, aunque fuera en la distancia, los pasos que Bartheos tendría que dar hasta convertirse en un caballero de la Orden. Mientras tanto, solo podría conformarse con verlo alejarse del castillo acompañado por quienes mejor podrían velar por él.

—Senescal… —la llamada de uno de los soldados le llegó en el preciso instante en que los helvatios desaparecían ante sus ojos.

—¿Sí?

—Acaba de venir uno de los ossetios que se encontraban en el barrio nybnio, con un importante mensaje. Han visto a varios leryones adentrándose en la ciudad, a través de las ruinas del barrio —el soldado continuó hablando sin esperar una respuesta por parte de lord Belson—. Han capturado a uno de ellos, que está herido. Los demás han escapado.

CAPÍTULO 29: DESIERTO ROJO

Las paredes del templo dejaban al descubierto impresionantes relieves, imágenes esculpidas en la roca que a la luz de la antorcha portada por Derit parecían cobrar vida en mitad de la penumbra.

—¿Por qué me has traído a este lugar? —preguntó Shyra. Sus ojos trataban de abarcar cualquier detalle que pudiera esconder la galería por la que caminaban con paso lento. Derit no tenía ninguna prisa por mostrarle los principales rincones de un lugar que a lo largo de la historia había albergado el culto al dios Dragón, una religión que, tras lo ocurrido con *Lady* Moira, parecía estar al borde de su desaparición.

—Nos encontramos en uno de los lugares más ancestrales de las tierras habitadas por los pueblos que conocemos. Mostures, nybnios, leryones, ossetios… Su historia es únicamente el pasado más reciente, pero los primeros hombres que habitaron las tierras del fuego lo hicieron muchos años atrás. Y mucho antes que ellos, antes de la denominada Primera Edad de los Hombres, fueron otros los habitantes del Norte, los únicos capaces de sobrevivir a las cálidas temperaturas del Desierto Rojo y cuanto hay más allá, en un horizonte que ni siquiera nos atrevemos a imaginar.

—¿Fueron los dragones?

—Sí. Los había de distintas especies, cada una de ellas con sus colores, formas y tamaños. No habitaban únicamente el Norte, sino las tierras que ahora pertenecen a los humanos. Fue precisamente la llegada de los humanos lo que les hizo huir hacia lugares cuyas temperaturas no pudieran ser soportadas por quienes se empeñaban en acabar con ellos. Ya fuera por creencias en poderes mágicos, para crear armas, o por pura ambición por destruir la naturaleza, los humanos persiguieron a estas criaturas, a las que daban muerte para extraer de ellas sus ojos, colmillos o cuernos.

—Pero en estos grabados no parece que fuera así —Shyra señaló una de las escenas representadas en la roca: una montaña en cuya cima se encontraba un dragón con las alas extendidas. Bajo la montaña, se encontraban varios hombres postrados, adorando a la bestia.

—Por supuesto, siempre hubo hombres que vieron en los dragones un símbolo de poder, una deidad que debía ser adorada. En cierto modo, la naturaleza humana no ha cambiado demasiado en todos estos años. Ahora también podemos ver hombres que adoran a los dioses de forma fervorosa, y otros que tratan de perseguirlos, y si no han tratado de matarlos es porque no han logrado encontrarlos. ¿Qué crees que harían los leryones si un día se encontraran cara a cara con Athmer, o Thariba? ¿Si los vieran como a cualquier otro ser humano capaz de sangrar y morir?

—Sin dudarlo, los matarían —contestó la chica.

—Exacto. Pues tal es la naturaleza humana: adoramos aquello que no somos capaces de ver con nuestros propios ojos, y en cambio tratamos de destruir aquello que no escapa a nuestras posibilidades, aunque el fin sea el mismo en ambos casos. Al igual que sucedió con los dragones, el número de sus adoradores fue disminuyendo, a causa del enemigo común. Mostures, nybnios, leryones… En todos los pueblos hay quienes son capaces de acabar con otro ser humano por el mero hecho de tener distintas creencias. Por eso hubo un momento en el que aquellos que creían en el dios Dragón tuvieron que abandonar las tierras de los hombres para habitar las tierras del Norte.

—Los hijos del fuego…

—Pero al parecer, los dragones ya se habían ido más lejos aún… Hasta ahora.

—Aún no me has explicado qué hago aquí, ni eso que has dicho antes… lo de la hija del dragón.

—Quería mostrarte primero el lugar de origen al culto del dios Dragón. Todos los pueblos tienen sus leyendas, sus profecías. Y por supuesto, los hijos del fuego también tienen las suyas. Una de esas profecías hacía referencia al retorno de los dragones, aunque al sur también se habla de ello y hay escritos que así lo demuestran. Los hijos del fuego tenían fe en la llegada del dios Dragón, cuya presencia en nuestro mundo tendría lugar a través de su hija… *Lady* Moira se autoproclamó hija del dragón. Como tú misma pudiste comprobar, no era digna de semejante privilegio.

—¿Acaso yo sí lo soy? —preguntó Shyra, confusa.

—Al parecer, puede que tal vez sí.

—Pero yo nunca he adorado al dios Dragón. Nunca he sentido predilección por estas criaturas. Maté a una de ellas…

—Y eso te hace ser merecedora del rango de enviada por parte del dios Dragón.

—No lo entiendo.

—Solo aquella que ha logrado vencer al dragón puede ser digna de

semejante poder sobre estas criaturas. A diferencia de aquellos que antaño aniquilaban a los dragones por odio o por avaricia, tú lo hiciste por proteger a los tuyos.

—Pero lo hice, al fin y al cabo.

—Sí, pero no es lo mismo. ¿Acaso puede compararse el honor de aquellos que matan por defender su vida con el de aquellos que matan por placer? Si además cometen tal atrocidad en nombre de un dios, merecen un castigo aún mayor, pues no solo manchan el nombre de aquellos otros que sirven a ese dios con respeto por los demás, sino que deshonran a la propia deidad, una afrenta que los dioses no han de pasar por alto. ¿Qué crees que ocurrirá cuando los dioses decidan impartir su justicia sobre aquellos que mancillaron su nombre a fuego y espada?

—Imagino que serán muy pocos los que se salven.

—Así es. Y los helvatios están acumulando demasiadas atrocidades en nombre de Athmer. Si el dios Dragón decidiera que ha llegado el momento de impartir justicia, ¿qué es lo primero que haría?

Derit dio varios pasos, mientras Shyra se quedaba por un momento inmóvil, con la mirada fija en la imagen del dragón. La muchacha volvió en sí y se acercó al tahúr que, con el brazo apuntando hacia otro punto de la roca, le mostró la respuesta. La imagen mostraba un templo a punto de ser engullido por las llamas que arrojaba otra de las criaturas, desde el cielo.

—Sigo sin comprender mi papel en esta historia de dioses y hombres.

—Sígueme.

Derit continuó caminando por la galería que se fue estrechando hasta terminar en una cámara pentagonal en la que destacaba, en uno de sus lados, un altar de piedra. Encima del altar, en una nueva imagen esculpida en la roca, podía verse lo que parecía una piedra redonda que irradiaba destellos en todas las direcciones. Debajo de ella, varias cabezas de dragón parecían estar postrándose ante aquel extraño objeto.

—¿Qué ves aquí? —preguntó Derit.

Tras estudiar detenidamente la escena, Shyra describió lo que parecía evidente.

—Una piedra… Tan poderosa que tiene sometida a los dragones…

—«Sometida» tal vez no sea la palabra más adecuada. Cierto es que todos ellos parecen inclinar la cabeza ante el poder de la piedra. Pero no es el poder esclavizador de la corona de un rey que somete a sus súbditos. Tú eres muy joven para conocer la historia de nuestras tierras… Pero créeme, nunca ha habido, ni habrá, un solo monarca

capaz de sacrificar ni tan siquiera un año de su vida por prolongar diez veces más la de alguno de sus súbditos. ¿Crees que un padre o una madre harían ese sacrificio por uno de sus hijos?

La chica asintió con la cabeza, sin despegar la mirada de la imagen de los dragones que, en torno a la piedra, mantenían la cabeza agachada como muestra de adoración.

—¿Y qué tiene que ver esa piedra con el dios Dragón? —preguntó la muchacha, cuyo interés por conocer más acerca de aquella imagen iba en aumento.

—Es un símbolo, como la corona que otorga al rey el derecho a gobernar sobre su pueblo.

—¿No es una piedra… mágica?

—Tú deberías saberlo mejor que nadie. ¿Has notado tener algún poder?

—¿Yo? ¿Por qué iba a tener que…?

—La has llevado todo este tiempo, desde Ryth.

—Yo no he llevado ninguna… —en aquel instante Shyra se acordó del anillo, que precisamente llevaba puesto en su mano derecha. Miró la joya, y pudo ver en ella la pequeña piedra incrustada en el metal.

—Este fue un regalo de un comerciante de Ryth…

—Como consecuencia de acabar con el dragón. Desde ese instante te hiciste merecedora de portar la… corona que te convierte en hija del Dragón. *Lady* Moira cometió el terrible error de creerse dotada de grandes poderes sobre los dragones por el mero hecho de ser una sacerdotisa capaz de dominar pequeñas partes de la magia, pero sus signos no eran sino gotas de agua en mitad de un océano. No tenía ningún poder sobre los dragones… y ya sabes cómo terminó.

—Pero entonces, todos aquellos que murieron con ella, muchos eran hijos del fuego, servidores de…

—Servidores de *Lady* Moira. Si la sacerdotisa roja les hubiera entregado todas las riquezas del templo a cambio de no dejar en pie una sola de estas columnas… Créeme, no habrían dudado en destruir hasta la última piedra. Los últimos siervos del dios Dragón no sentían verdadera devoción por su dios. Algo parecido a lo que sucede con aquellos que adoran a otras deidades. Fíjate en los helvatios que han matado a tus amigos… ¿Acaso Athmer aprobaría semejante crimen? Pero muchos helvatios se creen investidos de un poder que resulta equivocado, un poder otorgado por un dios que en realidad rechaza tales acciones.

—Los helvatios no son los únicos…

—Por supuesto que no. Como te dije antes, es la naturaleza del hombre la que provoca estos enfrentamientos. Si te das cuenta, entre

todos aquellos que adoran a un mismo dios hay quienes utilizan su fe para mejorar el mundo y otros que la utilizan para satisfacer el placer egoísta de someter a cuantos se cruzan en su camino.

—Pero entonces, ¿no deberían los dioses castigar a unos y perdonar a otros?

—Tal vez, si los dioses fueran justos. Pero ¿quién te ha dicho que lo sean? Los animales cazan y matan para sobrevivir, no destruyen cuanto tienen a su alrededor por el mero placer de sentirse superiores. En cambio, la raza humana… El hombre nunca se ha caracterizado por ser justo, ¿por qué habrían de serlo los dioses?

Derit pasó suavemente la mano derecha por la roca que daba forma al altar, bajo la imagen de la piedra y los dragones.

—En este altar se encontraba el anillo que ahora llevas puesto. Aquí ha estado durante años incontables, esperando el momento de ser hallado, y entregado a quien merece ser considerado hijo del Dragón.

—¿Quién lo cogió? ¿Acaso el hombre que me lo entregó…?

—¿Quién era el hombre que te lo entregó? —Derit se dio la vuelta y pareció ocultarse en la penumbra, como si tratara de buscar otra de las ancestrales imágenes esculpidas en la roca bajo las entrañas del templo.

—Creo que era un comerciante.

Derit se giró nuevamente, y acercó la antorcha a su rostro.

—Más bien, un anciano.

Shyra contuvo un grito al contemplar el rostro de quien había aparecido y desaparecido ante ella de un modo extraño, justo antes de que abandonaran la aldea.

—¿Eras tú? Pero ¿quién eres realmente?

—Eso no importa. Lo que importa realmente es que descubras lo antes posible quién eres tú.

Sin esperar una respuesta, Derit abandonó la cámara por una de sus tres puertas. La siguiente vez que Shyra lo miró, el tahúr había recuperado su rostro habitual. Por un instante, la chica dudó de si lo que había visto no sería más que una extraña visión. El aire que se respiraba en las entrañas del templo era cálido, y parecía denso y cargado. En ocasiones le había resultado complicado mantener una respiración normal.

Continuaron caminando por otras dos galerías, y subieron los peldaños de varias escaleras hasta que al final lograron ver nuevamente la luz del día.

Al salir del templo, Shyra se dio la vuelta para contemplar la magnificencia de la construcción. Se preguntó cómo el hombre era

capaz de crear algo tan maravilloso para posteriormente tratar de destruirlo o aniquilar a todo aquello que representa.

Cuando volvió en sí, se percató de que a las afueras de la construcción ya no estaban ellos dos solos. Miró a uno y otro lado, y contempló dos enormes dragones cuyas miradas permanecían fijas en ella. Perdió la vista en los verdes ojos de uno de ellos y, por un instante, tuvo la sensación de adivinar sus pensamientos, si es que en realidad aquellas criaturas pudieran albergar conocimiento más allá del poder de destrucción que siempre había visto en ellos.

Derit se percató de que la muchacha parecía empezar a comprender lo que estaba ocurriendo. Se acercó a Shyra y le habló una última vez antes de dejarla a solas con las criaturas.

—El tiempo de la siembra llegó a su fin —dijo en un susurro—. Es hora de que cada uno recoja sus frutos. Los dioses están preparados. El dios Dragón está preparado. ¿Lo estás tú?

CAPÍTULO 30: MÓSTUR

Therios se encontraba en la biblioteca de la Morada. La conversación con lord Belson se había prolongado más de lo que habría deseado. Se les había hecho tarde, y a su retorno ya únicamente les esperaba un hogar sumido en la calma de la noche. Bartheos se había ido a dormir, pues a la mañana siguiente tendría que levantarse pronto para afrontar sus obligaciones como aprendiz de caballero.

El Gran Maestro pasaba las páginas de un viejo libro, leyendo pausadamente cada línea de un texto que le acercaba a los tiempos ancestrales, cuando la distancia entre los hombres y los dioses parecía menor. Constituía una amena lectura con la que Therios quería, como cada noche, retrasar el tiempo del sueño. Sin embargo, aquella noche tuvo que cerrar el libro mucho antes de lo deseado. No lograba concentrarse, sumido en preocupaciones con imágenes y pensamientos que inquietaban su mente.

—¿Me habéis hecho llamar? —preguntó Yar Bolfren, nada más poner el pie en la biblioteca. La frágil luz de la lámpara hacía que la mayor parte de la estancia estuviera sumergida en la oscuridad. La penumbra dejaba al descubierto a un Therios cuyo semblante parecía serio, cansado.

—¿Os encontráis bien? —preguntó el caballero, extrañado por contemplar al Gran Maestro en ese estado, sobre todo cuando momentos antes, en compañía de Bartheos y lord Belson, se había mostrado tan elocuente y calmado durante todo el tiempo que habían pasado en el castillo.

—Llevo demasiado tiempo cargando con enigmas que han de salir a la luz, Bolfren. Es una carga que me resulta muy pesada, y que debo compartir.

El caballero no sabía a qué se refería con aquellas palabras. En ocasiones, resultaba difícil comprender las expresiones de quien tendía a emplear algunas de las profecías como símbolos de una realidad a punto de llegar.

—He cometido muchos errores, querido amigo —continuó hablando el Gran Maestro, que sentía la necesidad de dar a conocer

algunas de sus más oscuras decisiones y comportamientos—. Uno de ellos tal vez fue permitir que Zen Varion y su discípulo Darreth abandonaran la ciudad en compañía de esos mercenarios. Solo Athmer sabe qué habrá sido de ellos.

—Creísteis que hacíais lo correcto. Pues, al fin y al cabo, también estaban acompañados por Genthis y algunos de sus mejores hombres. La masacre en el templo fue una tragedia que no debía quedar impune.

—Lo sé. Y en ese momento, todos ardíamos en deseos de venganza. Sin embargo, lo que hice después fue peor aún, una interpretación de los Textos Sagrados que me llevó a tomar una cruel decisión.

El rostro de Yar Bolfren se tornó en una expresión de temor. El caballero conocía muy bien el pasado más oscuro de Therios, y las atrocidades que había llegado a cometer, o de las que sería capaz si hubiera tenido oportunidad bajo el mandato del rey Dunthor.

—Cuando nuestros amigos partieron, una idea comenzó a rondar mi mente. Todos los hermanos que se encontraban en el templo fueron asesinados… Todos menos uno, el más joven de los que allí estaban. Me pregunté por qué Darreth había sobrevivido… Por qué Athmer había permitido que el más insignificante de cuantos allí se encontraban saliera con vida de una masacre tan atroz. Fue un pensamiento que me atormentó durante varias noches, pues no podía creer que fuera fruto de la casualidad. Me adentré en los Textos Sagrados, en las profecías ancestrales. De entre todas ellas, recordé una que tenía especialmente reciente.

Therios pausó su relato por un instante, y evitó el motivo de por qué recordaba esa profecía, pues estaba directamente relacionada con otro asunto muy turbio en el que se había tomado una terrible decisión.

—¿Qué profecía? —inquirió Yar Bolfren, temiendo escuchar un relato que alteraría su ánimo.

—Entre otros sucesos, esa profecía hablaba de la intervención de Athmer en el mundo de los hombres, su venida. Pero no era la venida del propio dios de la Luz en todo su esplendor. Del texto se deducía que sería la venida de su enviado, quién sabe si el propio Athmer reencarnado, convertido en hombre. Vendría de manera inesperada, y con la más humilde y pobre de las apariencias. La profecía también mencionaba la prueba que habría de pasar el enviado: morir para luego volver a la vida. Tras horas de lectura y estudio, llegué a una conclusión que me empujó a tomar la más cruel de las decisiones que se me han pasado por la cabeza. Hice llamar a un caballero: Yar Robert. Le consideré el más idóneo para llevar a cabo un cometido

que nadie más habría de conocer. Yar Robert siempre ha sido alguien capaz de pasar desapercibido, cumpliendo fervorosamente sus obligaciones sin que los demás se dieran cuenta. Para muchos resultaba absolutamente desconocido, como un espectro, un fantasma…

—¿Qué cometido? —Yar Bolfren temía la respuesta. Él sí que conocía al caballero, uno de los que se encontraban al servicio de Therios. Siempre le había visto como alguien frío, casi carente de sentimientos, moldeado a imagen y semejanza del Gran Maestro, o al menos de lo que el Gran Maestro había llegado a ser, pues tras la muerte del rey y los trágicos acontecimientos que se habían desatado, su crueldad se había ido desvaneciendo a medida que menguaba su poder sobre la ciudad.

Therios miró al caballero, a su amigo. Temía que la confesión que estaba a punto de hacer pudiera costarle la amistad de quien se había convertido en su mejor confidente.

—Yar Robert debía cerciorarse de que la profecía era cierta, y para ello…

—Debía matar a Darreth —sentenció Yar Bolfren, con estupor.

—Así es. Tal era mi obcecación con aquella profecía, que le ordené darle cumplimiento cuando él lo creyera conveniente. A través de mis aves, Yar Robert me informaba de cuanto sucedía en el transcurso del viaje. Durante un tiempo supe qué rutas tomaban, dónde acampaban… El monasterio de Nazar era un lugar por el que debían pasar y en el que estaba seguro de que harían noche, acogidos por el Venerable Ghoosen y sus discípulos, una comunidad helvatia que, pese a un carácter solitario, ha sabido salir adelante, con la incorporación de clérigos observantes de la fe.

—Fanáticos…

Yar Bolfren había oído hablar de aquel monasterio, que no gozaba de buena fama entre los helvatios de Móstur. Muchos de ellos consideraban a Ghoosen un hombre desquiciado, capaz de arrastrar a la locura a los discípulos que terminaban creyendo fielmente sus oscuras enseñanzas. El Venerable se ceñía a los textos relativos a las profecías, realizando unas interpretaciones de estas en las que Athmer, lejos de ser el dios y padre compasivo que se proclamaba en otros lugares, más bien parecía una deidad necesitada de sacrificios y el continuo servilismo de sus hijos.

—Así es —reconoció Therios con tristeza. En cierto modo, ahora el Venerable le recordaba a cómo había vivido él la Fe durante mucho tiempo—. Los clérigos de Nazar son considerados por muchos como helvatios de ideas peligrosas.

—Entonces ¿Darreth ha muerto?

—Yar Robert me informó de la llegada al monasterio, pero desde entonces no volví a obtener respuesta. Una de las aves no regresó, por lo que es posible que los mercenarios, o nuestros amigos, se dieran cuenta de lo que estaba haciendo Yar Robert. Es probable que sea él quien está muerto.

—Pero entonces, ¿qué ha sucedido con Zen Varion, Darreth, Genthis…?

—No lo sé. La ruta del monasterio continúa hacia el este, en dirección a la Cordillera de Las Templarias…

—Y el Paso de los Colmillos, que se adentra en su interior… Mynthos.

—Así es —Therios temió que la compañía de mostures, helvatios y mercenarios se hubiera adentrado en las tierras sagradas de los dioses—. Le ordené a Yar Robert que una vez que hubiera completado su misión regresara a Móstur lo antes posible. Convencido de que estaba en lo cierto, quería conocer todos los detalles acerca de lo que sería la muerte y regreso a la vida de Darreth, el enviado de Athmer.

—Y ahora, ¿seguís creyéndolo?

—Ahora, lo único que sé es que me equivoqué en mi decisión. Y temo que el joven Darreth o Yar Robert hayan muerto por culpa de mi creencia ciega en esa profecía. Quién sabe si han muerto ambos, y los demás…

Therios no fue capaz de continuar hablando. Luchó por no dejar escapar el llanto que desbordaba sus ojos, pero fue en vano. Las arrugas que rodeaban su mirada se humedecieron con las primeras lágrimas que Yar Bolfren había visto brotar en el líder de la Orden.

El caballero permaneció en silencio. Frente a él, la imagen de Therios parecía la de un anciano que camina al filo del abismo de la muerte con paso tambaleante y mirada apagada. La culpabilidad de sus actos pasados caía sobre él, atormentándole hasta el punto de arrebatarle sus fuerzas. El Gran Maestro estuvo a punto de caer derrumbado. Solo su orgullo logró evitarlo. Respiró profundamente y enjugó sus lágrimas.

—Debería haber renunciado no solo al poder sobre Móstur, sino también a mi condición de líder supremo de la Orden…

—Eso nunca, Gran Maestro. Si hay alguien capaz de liderar a nuestra Orden, ese sois vos. Habéis cometido terribles errores en el pasado. Pero también habéis sabido reconocerlos… Lleváis tiempo reconociéndolos y luchando por corregirlos. No sois el hombre cruel que muchos veían en vos, tiempo atrás. Y el ejemplo de vuestra redención ha guiado a muchos. ¿Qué dirían todos esos discípulos si

vieran en vos esta imagen?

—En ese caso —Therios fue recuperando el tono habitual de su voz—, hazme un favor, Yar Bolfren. No digas a nadie que me has visto en este lamentable estado.

La sonrisa irradiada por el Gran Maestro contagió al caballero. Therios secó sus lágrimas y recuperó su semblante.

—Debemos confiar en que nuestros amigos siguen con vida —dijo al fin—. Zen Varion nunca permitiría que nadie hiciera daño a su discípulo. No es un clérigo muy dado a empuñar la espada, pero es diestro con cualquier arma. Daría su propia vida por defender al joven.

—Hay otro buen helvatio del que hace tiempo que no tenemos noticias —Yar Bolfren pensó en uno de sus mejores amigos.

—Yar Gregor… —recordó el Gran Maestro—. Creo que también ha sufrido mucho. Partió de la ciudad en busca del asesino de Zen Grimward y no estoy seguro de su regreso, después de todo lo que ha tenido que sufrir.

—Me encontré con él, el día que partió. Me pareció que, por una parte, sentía cierto alivio por dejar atrás la ciudad, dada la reputación que había adquirido, como verdugo de la Orden.

—Y ese es uno de los motivos por los que es probable que no volvamos a verle —el Gran Maestro no parecía muy convencido de la afirmación que estaba a punto de hacer—. Seguramente, Yar Gregor no regrese a Móstur.

—Me cuesta creer que sea capaz de marcharse sin volver la vista atrás, sin pensar en los amigos que deja aquí. Lo vi en sus ojos. Vi una preocupación por el futuro de nuestra ciudad, y comprendí que no nos abandonaría. Regresará.

—Siempre ha sido un hombre de honor.

—Él me dijo que os convenciera para que no abandonarais el liderazgo de la Orden. Siempre ha creído en vos… Y yo también, incluso a pesar de vuestros errores y aquellas decisiones que en ocasiones no he podido comprender.

—Yo tampoco comprendo algunas de las decisiones que he tomado en los últimos tiempos. De todas ellas, la más coherente ha sido dejar el gobierno de la ciudad en manos de lord Belson.

—Los helvatios seguimos confiando en vos, Gran Maestro. Y más aún en la oscuridad que se avecina.

—Para cuando Yar Gregor quiera regresar a la ciudad, la guerra ya habrá estallado. Sería una lástima no poder contar con un caballero de semejante valía. Debemos estar atentos, Bolfren. La defensa de Móstur requerirá de valerosos caballeros capaces de luchar y morir por

defender nuestro hogar. Otros tal vez traten de huir.

—Serán muy pocos los que prefieran esa opción. Los caballeros que conozco no serán capaces de abandonar a los demás hermanos. No permitiremos que ningún ejército destruya nuestro hogar.

—Tus palabras me reconfortan —Therios se puso en pie y cerró el libro—. Basta ya de profecías. No hallaremos en los Textos Sagrados el modo de alcanzar la victoria. Mañana será otro día, y traerá consigo nuevas incertidumbres, nuevas decisiones que tomar. Rogaremos a Athmer para que nos dé fuerzas y luz en estos momentos de oscuridad y tiniebla.

CAPÍTULO 31: MÓSTUR

Sir Arthur abrió los ojos, pero todo era oscuridad a su alrededor. Únicamente los recuerdos de lo ocurrido antes de perder la consciencia le devolvían alguna imagen perceptible en el rincón de la sombría estancia en la que permanecía cautivo.

El rey Kariosh y el resto de los acompañantes habían desparecido de su vista al tiempo que el metálico sonido de los soldados se acercaba de forma inexorable. A su alrededor, las sombras empezaron a crecer hasta transformarse en hombres pertrechados para el combate, entre los que se encontraba el que había logrado herirlo y derribarlo. La sangre recorriendo su pierna mientras sus enemigos caían sobre él, conversaciones que le llegaban cada vez más lejanas, la silueta de lo que parecía un lobo, ondeando en un estandarte… Las imágenes se agolpaban en su mente, rememorando el que había sido su último recuerdo antes de perder el conocimiento y despertar posteriormente en la sombría estancia en la que todo era silencio y oscuridad.

Una gélida corriente de aire sobrecogió a *Sir* Arthur, que sintió un escalofrío recorriendo su cuerpo. Intentó tocar su muslo herido con la mano izquierda pero no pudo. Su movimiento quedó limitado por unas cadenas que chirriaron furibundas al contacto con una de las argollas enclavadas en la pared. Al mover las piernas, se percató de los cierres metálicos que abrazaban sus tobillos con un roce firme y gélido. Solo su brazo derecho parecía liberado de unas ataduras que le mantenían incapaz de separarse de la pared. Por fin logró acariciar el muslo herido. Estaba vendado. A diferencia de lo que había imaginado allí donde fue capturado, no moriría desangrado por causa de aquella herida. Sus captores parecían interesados en mantenerle con vida, al menos de momento.

Imaginó el sufrimiento que le aguardaba. Mejor hubiera sido que esa flecha le hubiera alcanzado en la cabeza, una muerte rápida en lugar de una lenta agonía a manos, tal vez, de los helvatios. Los métodos del Gran Maestro no le eran desconocidos. Un único deseo pasó por su mente: que no fuera Therios el encargado de interrogarle,

pues de ser así únicamente tendría dos opciones, y en cualquiera de ellas la muerte sería su destino final. Si colaboraba, sería recompensado con una ejecución rápida, sin sufrimiento; si no lo hacía, sería torturado hasta perder la vida tras horas de dolor y agonía. Por una vez en mucho tiempo, sintió un miedo sobrecogedor que recorría sus entrañas. Las atrocidades cometidas por Therios y sus helvatios constituían narraciones que lograban alterar el ánimo de todos aquellos que las escuchaban por boca de los viajeros y comerciantes que cubrían las rutas entre Móstur y Leryon.

El sonido de lo que parecían unas lentas pisadas incrementó el temor de *Sir* Arthur. A medida que los pasos se acercaban, pudo distinguir una penumbra que crecía al otro lado de la celda, detrás de donde intuía que se encontraba la puerta. La luz del exterior iluminó un pequeño rectángulo que se abría en la madera. Escuchó el sonido de la llave al girar dentro de la cerradura. La puerta chirrió al abrirse y la imagen de un soldado se hizo visible a la mirada del caballero, que tras estar sumido en la más negra oscuridad tuvo que hacer un esfuerzo por contemplar la luz que en un primer instante hirió su visión.

Sin decir nada, el recién llegado se aproximó, antorcha en mano, hasta una esquina de la celda. Allí había un taburete sobre el cual descansaba una vela. Una vez prendida la mecha, el soldado se fue sin intercambiar con *Sir* Arthur una sola palabra, ni tan siquiera una mirada hacia el prisionero. Apresuradamente, dejó la estancia y desapareció, dejando la puerta abierta.

El caballero, inicialmente, confuso, pronto comprendió que su soledad en aquella lóbrega estancia no duraría mucho tiempo. La llama de la vela apenas daba luz suficiente para comprobar las dimensiones de la celda y descubrir las pesadas cadenas que, como hambrientas serpientes, se enroscaban sobre sus piernas y su brazo izquierdo.

Se escucharon nuevos pasos, más raudos que los del soldado. El eco de las pisadas se propagaba por lo que *Sir* Arthur intuía que sería una amplia y estrecha galería. No tenía dudas de dónde se encontraba, pues un lugar así solo podría ubicarse en las recónditas mazmorras excavadas en las entrañas del palacio, allí donde eran destinados los delincuentes más peligrosos, a quienes no restaría mucho tiempo de vida.

Las pisadas se detuvieron en el umbral de la entrada, donde surgió la imagen de alguien que, a juzgar por su vestimenta, tenía más autoridad que cualquier soldado o carcelero.

—Espero que mis soldados no te hayan hecho daño. La amenaza de

la guerra con Leryon ha encendido los ánimos de muchos de ellos.

—¿Estamos en las mazmorras del palacio? —inquirió *Sir* Arthur, tratando de averiguar la identidad de su interlocutor a pesar de no poder apenas distinguir sus rasgos.

—Así es. Creo que es el lugar más seguro que hay en Móstur.

—¿Tan peligroso me consideráis?

—Me refería a tu seguridad. Resulta complicado para la guardia caminar por cualquier rincón de Móstur llevando un prisionero leryon sin ser abordado por algún energúmeno capaz de herir también a uno de mis soldados.

—¿De tus soldados? —*Sir* Arthur levantó la vista, escudriñando el rostro de quien ya creía haber reconocido, por el águila bordado en su túnica a la altura del pecho—. Así que tú eres lord Belson, uno de los nobles más renombrados de la ciudad. ¿Te has convertido en rey de Móstur?

—En senescal, por el momento. Tengo a mi cargo el gobierno de la ciudad, por supuesto de forma temporal, hasta que neutralicemos la amenaza proveniente del este.

—Me cuesta creer que la Orden de los Helvatios haya decidido renunciar al poder sobre la ciudad.

Lord Belson asintió.

—¿Acaso ha muerto su Gran Maestro? Therios nunca renunciaría al poder.

—Me temo que ese no es asunto tuyo —atajó lord Belson, que tenía prisa por cambiar el rumbo de la conversación—. Me han dicho que no eras el único leryón que se encontraba en la ciudad. Por desgracia, solo hemos logrado capturarte a ti, por lo que imagino que sabes lo que eso significa. Cuando escuché tu nombre, creí conveniente adelantarme a quienes querrían ver tu cabeza clavada en una pica. Creo que eres alguien lo suficientemente respetable como para mantenerlo con vida, siempre y cuando colabores con nosotros para responder dos interrogantes que, seguramente, no sean un secreto para ti. Me gustaría preguntarte, en primer lugar, por dónde habéis entrado…

—Puedes ahorrarte tus preguntas, lord Belson. No voy a ayudarte a aniquilar a mis hombres.

—No esperaba una respuesta favorable, al menos inicialmente. Los leryones sois toscos y cerrados, y al parecer os creéis investidos de una superioridad que justifica vuestro ataque a mi pueblo. Insisto, *Sir* Arthur, en que, dada tu reputación, puedo mantener tu vida a salvo de quienes desean verte muerto. Me ha costado mucho convencerlos de que buscar tu cooperación es el mejor modo de afrontar la amenaza de

tu rey. Si no obtengo ayuda por tu parte, ¿cómo podré conseguir que te mantengan con vida?

Sir Arthur no respondió. Desconfiaba de cualquier promesa que pudieran hacerle a cambio de delatar al rey Kariosh revelando su plan de ataque.

—¿Quiénes eran los hombres que te acompañaban? ¿Uno de ellos era tu rey? Ninguno se ha dado la vuelta para ayudarte. Tal vez no era tu vida la que estaban protegiendo en ese momento. Dime, *Sir* Arthur, ¿cómo habéis logrado adentraros hasta ese punto de la ciudad pasando desapercibidos?

El senescal obtuvo el silencio como respuesta. *Sir* Arthur mantenía la mirada perdida en algún rincón de la estancia, haciendo oídos sordos a quien, lejos de ofrecerle una muerte rápida a cambio de su colaboración, prometía salvarle la vida. Therios no habría obrado de ese modo. Quizá por la generosidad que suponían, las palabras de lord Belson no le resultaron convincentes.

—No dispongo de mucho tiempo para obtener una respuesta que pueda resultarnos útil a ambos. Tienes mi palabra de que, si respondes a mis preguntas, te perdonaré la vida. No podré dejarte en libertad, pero te juro que te mantendré a salvo.

Sir Arthur no tenía intención de traicionar a Kariosh. Si tuviera la certeza de salvar la vida con su confesión, tal vez optaría por hablar. Se sentía abandonado por su rey. Quién sabe si hubiera podido escapar de allí con la ayuda de algunos hombres, o del propio monarca. Habrían podido ponerle en pie, llevarlo entre varios, salvarlo de ser capturado por los guerreros con el emblema del lobo. El caballero se encontraba sumido en un mar de incertidumbres que le impedía atender a la propuesta del senescal, cuya paciencia empezaba a dar muestras de agotamiento.

—Si no respondes a mis preguntas, terminarás siendo ejecutado en la Plaza del Poder —en esta ocasión, lord Belson cambió el tono amable de sus palabras por una severa amenaza en la que alzó la voz, iracundo.

—Puedes hacerme las promesas que quieras, lord Belson —el prisionero rompió al fin su silencio—. Pero no estás hablando en nombre de tu pueblo, y mucho menos de tus amigos helvatios. Sé que todos ellos me quieren ver muerto. Obligarles a mantenerme con vida y cuidar de mí sería la más decepcionante de vuestras órdenes. Y dudo mucho que se limitaran a cumplirla. Lo siento, lord Belson. Tus amigos me capturaron y ya estoy sentenciado, porque no podrás negarte a dar a tu pueblo la sangre que está reclamando. Si tu propuesta fuera sincera, seguramente no me la estarías haciendo aquí,

tú solo, en medio de esta oscuridad en la que nos encontramos, sin nadie más que pueda escuchar tus palabras. Si de verdad la voluntad de tu pueblo fuera perdonar mi vida, no habría sido necesario que te escabulleras entre los tuyos para venir aquí. Me habrías interrogado delante de otros nobles, o quizá de los caballeros helvatios. Pero ninguno de ellos habría aceptado los términos que me ofreces. ¿Qué ocurriría entonces, senescal? Acabarías matándome, para saciar la sed de sangre de los helvatios, pero a los ojos del pueblo habrías roto tu promesa. Los mostures descubrirían el nulo valor de la palabra dada por su gobernante. Ese lastre terminaría arrastrándote a perder el control sobre la ciudad.

Lord Belson escuchó atentamente la argumentación del prisionero. *Sir* Arthur llevaba gran parte de razón. En cuanto se extendiera entre los mostures la captura de un leryón de la talla de *Sir* Arthur, muy pocos aceptarían la idea de perdonarle la vida. Los ciudadanos se encontraban nerviosos. A medida que los rumores situaban a los ejércitos de Kariosh cada día más cerca de las puertas de la ciudad, mayor era la tensión que invadía las calles, mayor el número de guerreros dispuestos a defender la ciudad de cualquier enemigo venido del este. El odio a Leryon se había propagado por cada rincón.

—Encontraré el modo de sacarte de aquí sin ser atacado —insistió el senescal—. Te lo prometo.

—Las promesas de un enemigo no valen nada en tiempos de guerra. Siento no poder creerte. No me cabe ninguna duda de que eres un hombre honorable, pero hay ciertas promesas que no puedes cumplir, por mucho que ostentes el poder sobre Móstur.

—En cualquier caso, si ya crees que estás sentenciado, no tienes nada que perder. ¿Qué te impide revelarnos los planes de tu rey?

—Mi honor, lord Belson —*Sir* Arthur arqueó los labios en una sonrisa frugal, consciente de que eso nunca se lo arrebatarían—. Mi honor… Es lo único que me queda.

El senescal fue consciente en aquel momento de que no arrancaría del caballero ni una sola palabra. Había una segunda opción. Seguramente el Maestro Therios estaría encantado de charlar con el prisionero, y tal vez someterle a tortuosos interrogatorios en los que arrancaría de él los más terribles gritos de dolor que pudiera imaginarse. El senescal desterró aquella idea de inmediato. *Sir* Arthur terminaría derramando hasta la última gota de su sangre antes que traicionar a su monarca, a su pueblo. Un hombre como él no merecía morir torturado hasta la muerte.

—Te comprendo perfectamente. Y lamentaré verte morir, si al final es la muerte el camino que decides tomar.

—Entonces, por favor, condúceme a ese camino lo antes posible. Aquí no me queda nada por hacer.

—Tendrás que esperar unas horas más. La noche está cayendo, así que tendremos que esperar al amanecer para llevar a cabo la ejecución. Aún dispones de un poco más de tiempo para decidir si realmente tu honor vale más que tu propia vida. Regresaré antes de que amanezca.

—Y obtendrás la misma respuesta que ahora.

Lord Belson hizo llamar a uno de los vigilantes que custodiaban las mazmorras. El joven soldado se presentó ante él, aguardando órdenes.

—Trae agua y comida al prisionero. Quizá con el estómago lleno pueda discernir mejor qué es lo que le conviene.

El joven abandonó la celda para hacer cumplir la orden del senescal.

—Te veré mañana, *Sir* Arthur. Será la última oportunidad que tengas para salvar tu vida, pues no encontrarás a nadie más dispuesto a ayudarte. Tus amigos desaparecieron, y solo es cuestión de tiempo que demos con ellos. Pues nada más capturarte se dio la orden de estrechar la vigilancia en las puertas de la ciudad para que no pudieran escapar. Sería muy triste que tras llevar a cabo tu ejecución capturásemos a los demás y encontráramos las respuestas que ahora necesito. Tu silencio y tu muerte habrán sido en vano.

Lord Belson se dio la vuelta y, sin decir nada más, abandonó la estancia. La puerta se cerró de un golpe seco. *Sir* Arthur escuchó el sonido de la llave y los pasos del senescal, alejándose. De nuevo en la soledad de la celda, el caballero dejó que su mente divagara, y le trajera nuevas imágenes de su pasado más reciente. Entre ellas, cobró especial intensidad el recuerdo de una mujer, la princesa Taenara. Sus hermosos ojos, sus ondulados cabellos meciéndose suavemente como si el aire tratara de peinarlos, y esa alegre expresión que parecía tallada en el más bello rostro que la mente de *Sir* Arthur pudiera imaginar.

La mirada del caballero se nubló con las primeras lágrimas que manaron de sus ojos al saber que ya nunca volvería a ver a la mujer a quien tanto amaba, al ser consciente de que su amor por Taenara moriría con él al cabo de unas horas, tan lejos de su sonrisa, de su calidez.

CAPÍTULO 32: MÓSTUR

El leñador era una de las posadas más sobrias de Móstur, y tal vez la menos frecuentada, dado su enclave. Estaba situada en uno de los barrios más pobres de la ciudad, al fondo de un callejón que parecía querer esconder su miseria y suciedad.

A pesar de su localización, el establecimiento resultaba un lugar acogedor y propicio para el descanso. Las ventanas de sus habitaciones se orientaban a una pequeña huerta que, envuelta de forma perenne en un silencio que transmitía calma y serenidad, constituía la hermosa vista de un paraje que escapaba al bullicio de la ciudad. Desde allí, la visión de la muralla que abrazaba Móstur resultaba menos espectacular que el paisaje que se dibujaba más allá, en un horizonte salpicado de bosques y montañas.

En una de las habitaciones, sentado en su lecho y con la mirada perdida en la belleza escondida tras la naturaleza que asomaba al otro lado, el rey Kariosh atormentaba su mente con el recuerdo de los hombres que habían apresado a *Sir* Arthur. El monarca permanecía sumido en el dolor, incapaz de apreciar en aquel instante la belleza de un hermoso anochecer en el que el cálido color del cielo comenzaba a teñir el paisaje de sombras, y las siluetas de las montañas se recortaban bajo las frágiles nubes que las observaban desde lo alto.

El sol moría, y con él las esperanzas de volver a ver con vida al caballero. Ya había transcurrido casi un día desde el fatídico suceso; todo un día oculto allí, en una estancia que se había convertido en su prisión, pues tanto a él como a los hombres de Reish que le acompañaban les había resultado imposible escapar de la ciudad.

La compañía se había disuelto. *Sir* Arthur, capturado. Broxon y algunos más, desaparecidos. Kariosh había logrado huir en compañía de Greg y otros dos, recorriendo pequeñas callejuelas que escondían, en cada recodo, un nuevo peligro. Luces de antorchas, gritos de alarma, y las primeras luces de un amanecer que les complicaría ocultarse a la vista de sus incansables perseguidores. El rey había logrado encontrar un momento de calma tras la llegada del grupo a la posada que, al menos por el momento, le daba cobijo lejos de los

soldados.

Greg se encontraba fuera, tratando de averiguar qué había sucedido con *Sir* Arthur. A diferencia del rey, su rostro pasaría completamente desapercibido entre los mostures, y podría caminar por las proximidades del palacio, o buscar información entre los comerciantes de las plazas.

El tiempo se agotaba. Kariosh estaba convencido de que a lo largo de aquel día lord Belson y sus consejeros, tal vez los helvatios, decidirían la suerte de *Sir* Arthur. Y lo más probable era que su destino fuera la muerte, una ejecución pública que enalteciera los ánimos de los mostures llamados a defender la ciudad.

La captura del caballero era una escena que se repetía una y otra vez en la mente de Kariosh. La huida había resultado tan dramática como inesperada. Las sombras se habían cernido sobre ellos como espectros que, surgidos de las ruinas nybnias, fueran capaces de atravesar los muros repartidos por el lugar que se había convertido en una auténtica trampa.

Kariosh no podía dejar de pensar en la imagen de *Sir* Arthur, herido en el suelo, con una atormentada expresión que no era sino el funesto presagio de un destino que tal vez hubiera caído también sobre él, de haber acudido en su ayuda. Ya nunca descubriría si realmente hubiera sido posible sacarlo de allí, antes de que los estandartes de la casa Clarke les hubieran cerrado toda escapatoria posible. Nunca podría olvidar la imagen del lobo que representaba a quienes habían capturado al caballero.

La impotencia de tener que ocultarse, de no poder acudir en ayuda de su amigo, era un sentimiento que carcomía las entrañas del rey que, concentrado en sus pensamientos, no escuchó el breve golpeo en su puerta hasta que quien se encontraba al otro lado llamó por segunda vez. Eran Greg y dos de sus hombres, que se aseguraron de estar solos antes de entrar a la habitación.

—¿Y bien? —preguntó Kariosh, impaciente—. ¿Qué habéis podido averiguar?

Greg se sentó frente al monarca, mientras los otros dos aguardaron junto a la puerta, pendientes de cualquier sonido que pudiera escucharse al otro lado.

—He hablado con algunos de los comerciantes del mercado más cercano a la Plaza del Poder. Según me ha dicho, *Sir* Arthur ha sido llevado al palacio, seguramente a las mazmorras que se ocultan en su interior, donde no permanecerá por mucho tiempo. La gente de la ciudad está preocupada, y los ánimos parecen haber decaído tras haber recibido las noticias acerca de la masacre de Skeldon. Es posible

que lord Belson, empujado por sus consejeros y oficiales, lleve a cabo la ejecución de *Sir* Arthur con la intención de elevar la moral de su gente. De ser así, se llevará a cabo en la Plaza del Poder, el lugar en el que durante todo este tiempo se han efectuado toda clase de ajusticiamientos y ejecuciones por parte de los helvatios.

—Ese noble malnacido no respetará la vida de *Sir* Arthur si con ello consigue ganarse a los ciudadanos. Dime, ¿te has acercado a la fortaleza?

Greg asintió.

—Está bien custodiada, pero no tanto como había imaginado. Lo que sí he visto es una notable presencia de guerreros venidos de otras ciudades para ayudar en la defensa. Las calles aledañas a la Morada de los helvatios y al propio palacio están repletas de caballeros y soldados que vienen y van, esperando el momento de ser llamados por el senescal.

—Esos que nos atacaron… —Kariosh recordaba muy bien los estandartes que portaban.

—Ossetios, de la casa Clarke, a la que pertenece una viuda, *Lady* Alys. Ha hecho llamar a uno de sus hijos, que al parecer ha venido con un grupo de soldados. Su emblema es el lobo. Permanecen acampados muy cerca del lugar en el que nos emboscaron, aunque algunos de ellos también vigilan los lugares más importantes de la ciudad, como las plazas o templos de su dios…

—Ese comerciante, ¿te ha dicho algo acerca de nuestra presencia en la ciudad? Imagino que todavía nos estarán buscando, ¿no es así?

—Varios mercaderes están al tanto de lo sucedido. Los soldados han reforzado la vigilancia en los accesos a la ciudad. Sin duda, tratan de cerrar el cerco sobre nosotros.

—Entonces, la fortaleza… ¿No está tan vigilada como era de esperar? —Kariosh dirigió una breve mirada hacia el exterior, donde el sol estaba a punto de ponerse.

—¿No pretenderéis tratar de entrar? —Greg adivinó la idea que circundaba la mente del rey—. Solo somos cuatro. En cuanto nos acercáramos seríamos capturados. Y aunque lográramos acceder al interior del palacio, sus mazmorras son inexpugnables. Se dice que constituyen un laberinto de pasadizos y lóbregas celdas que se adentran en la roca.

—No podemos dejar morir a *Sir* Arthur.

—El rescate es imposible, majestad. Al menos, allí en la celda. Sin duda resultaría más sencillo llevarlo a cabo en el momento previo a la ejecución, en la Plaza del Poder.

—Pero la plaza estará llena de gente.

—Gente que tal vez trate de escapar de allí si provocamos algún altercado, generando un caos que nos permita llegar hasta el caballero —Greg sonrió astutamente.

—Por lo que veo, sabes cómo provocar ese altercado —manifestó Kariosh, lleno de esperanza.

—Así es, majestad.

Greg dejó de hablar y la mirada de todos cuantos estaban en la estancia se dirigió hacia la puerta. Al otro lado se escucharon pisadas que, tras pasar junto a la entrada a la habitación, se alejaron hasta perderse en el interior de alguna otra alcoba.

—En el mercado conocí a un hombre cuya mercancía no se encontraba allí presente en ese momento.

—¿Qué clase de mercancía?

—Guerreros. Aquel hombre ofrecía los servicios de sus mercenarios, miembros de una compañía que, procedente de tierras nybnias, se encontraba de paso. La posada en la que se encuentran alojados no está muy lejos de aquí.

Kariosh dudó si debían tratar de comprar sus servicios. Poco o nada tenían que perder. A no ser que aquellos mercenarios les traicionaran y desvelasen su identidad.

—Si os parece bien, puedo ir a su encuentro para cerrar un trato con ellos. Pero sería conveniente que permanecierais aquí. Si os identifican, tal vez sean ellos mismos los que nos apresen para garantizarse una buena recompensa.

—Es cierto —Kariosh buscó en uno de sus bolsillos, del que extrajo una bolsa con monedas—. Toma, espero que sea suficiente. Habla con ellos.

—No creo que nos ayuden a rescatar y poner a salvo a *Sir* Arthur, pero tal vez puedan organizar un buen escándalo que nos permita acercarnos hasta el caballero.

Kariosh asentía, con la mirada perdida al otro lado de la ventana.

—Es la única opción de la que disponemos, majestad. Tratar de adentrarnos en las mazmorras sería una locura.

—De acuerdo. Buscad a esos mercenarios y hablad con ellos. Prometedles más oro si fuera necesario.

—Sí, majestad —respondió justo antes de hacer una señal a uno de sus hombres, que abrió la puerta lentamente. Al otro lado reinaba la soledad.

Al deslizarse sigilosamente al otro lado, Greg sonrió confiado, a punto de llevar a cabo el plan que había trazado.

CAPÍTULO 33: MÓSTUR

El día amaneció frío y lluvioso. Las nubes habían cubierto un cielo que se resistía a tornar la negrura en luz. El sol se retrasaba y la noche prolongaba su estancia sobre la ciudad y sus alrededores. Las calles permanecían aún dormidas, embriagadas por la monótona melodía del agua al caer, un repiqueteo continuo, pero al mismo tiempo tan suave que parecía incitar a los habitantes a permanecer en las casas.

Lord Belson caminaba en soledad, con la premura de quien se siente necesitado de tiempo aun antes de comenzar el día. Sus acelerados pasos le condujeron a la Morada. El refugio de los helvatios permanecía con una de sus puertas abiertas. Algunos clérigos acudían de madrugada a uno de los templos para elevar sus primeras plegarias a Athmer. El Gran Maestro era uno de ellos, y aquel día, a pesar de la lluvia, no sería una excepción.

El senescal sabía que encontraría a Therios en el interior del templo, pero no le pareció oportuno importunarle y retrasar sus plegarias a Athmer. No era conveniente interrumpir al Gran Maestro en esos momentos en los que los asuntos terrenales eran relegados por las oraciones al dios de la luz. Lord Belson aguardaría su regreso a la Morada.

El helvatio que custodiaba la entrada le hizo pasar y lo acompañó a una estancia en la que podría esperar la llegada de Therios resguardado de las inclemencias del tiempo. Era una sala pequeña, donde apenas cabían tres o cuatro asientos en torno a una mesa redonda. En ocasiones, el Gran Maestro empleaba aquel pequeño rincón de la Morada para recibir a los visitantes que, por muy diversos motivos, se aproximaban hasta el corazón de la fe helvatia para informarse acerca de su forma de vida, sus normas, o simplemente escuchar las palabras de la máxima autoridad en cuanto se refería a la explicación de los Textos Sagrados.

—¿A qué viene esta visita tan vespertina?

El senescal se giró al escuchar la inconfundible voz del Gran Maestro, que acababa de entrar.

—Creo que lo sabéis bien, si es que os han llegado noticias de los

acontecimientos ocurridos recientemente.

—La incursión de esos leryones en el viejo barrio nybnio, ¿no es así?

Lord Belson asintió.

—Veo que, aun sin veros en las inmediaciones del palacio, estáis bien enterado de cuanto ocurre en el centro de nuestra ciudad.

No importaba que Therios hubiera renunciado al poder. Seguía manteniéndose informado de todo cuanto sucedía en Móstur sin tener que salir de los muros en los que ahora pasaba horas y horas, perdido en algún rincón de la biblioteca u ocupado en dirigir los rezos de los novicios o aconsejar a quien tuviera duda sobre su fe. El Gran Maestro se había entregado por completo a la revitalización de la Orden. Era necesario contar con jóvenes de vocación verdadera, que decidieran entregar su vida libremente a Athmer.

—Es importante conocer lo que ocurre a nuestro alrededor, aquello que pueda afectarnos… Y más en estos momentos previos a la guerra. No me miréis así, lord Belson. Como os dije, para nada echo de menos los asuntos de palacio. Lo único que he logrado estando cerca del poder es cargar un peso a mis espaldas que sin duda me ha restado años de vida. Ahora que he dejado el gobierno de la ciudad en vuestras manos, siento que no solo mi cuerpo, sino también mi espíritu, me lo agradece infinitamente.

—Aún queda un asiento entre los consejeros que me asisten…

—Pues será mejor que preguntéis entre los nobles o el ejército. Ningún helvatio ocupará un solo asiento entre los consejeros que os puedan asistir.

—Sí, creo que lo dejasteis bastante claro el día de mi nombramiento.

—No creáis que no tengo ocupaciones aquí, entre los míos —Therios tomó asiento frente al senescal—. No solo debo limpiar el nombre de la Orden, sino el mío propio. Y la verdad, no sabría decir cuál de las dos tareas entraña más dificultades.

—He oído que seguís teniendo bajas, y que han sido muchos los novicios que han abandonado la Orden…

—Jóvenes ambiciosos, falsos seguidores de nuestra fe. Hemos vuelto a abrazar la pobreza en nuestra forma de vida, renunciando a las riquezas materiales que empezaban a desviarnos del verdadero camino. Está siendo una decepción para muchos. Pero al mismo tiempo, Athmer nos ha bendecido con nuevos jóvenes, y no tan jóvenes, que desean conocer el camino de la luz y entregarse a nuestro dios, libres de las ataduras del mundo.

—Me alegro de que sigan llegando verdaderos seguidores.

—Yo mismo he sido un mal ejemplo para mis hermanos en la fe. Pensé que, tras la renuncia al poder, echaría de menos las discusiones del Consejo, y esa capacidad para tomar importantes decisiones concernientes a nuestro pueblo.

—Por lo que veo, no ha sido así —lord Belson miró fijamente al Gran Maestro. Había un brillo en sus ojos que le resultaba desconocido. La expresión de su rostro se había vuelto incluso más afable.

—Exacto. Me he dedicado a mi nueva misión con tal ímpetu que no tengo tiempo para melancólicos pensamientos. Además, creo que la enseñanza a mis nuevos discípulos es algo mucho más gratificante que el gobierno de la ciudad, y desgasta menos, física y mentalmente.

—Agradezco vuestros ánimos —respondió lord Belón, con una sonrisa.

—Vos lo haréis muy bien, mi querido amigo. Sois un hombre de voluntad firme, acostumbrado a tratar con toda clase de gente, saliendo siempre victorioso de cualquier circunstancia, por muy complicada que pueda resultar. Sois un águila entre leones, lord Belson. Y el águila lo observa todo desde lo alto y es capaz de ver cualquier peligro. Si sabéis rodearos de los consejeros adecuados, seréis un gran gobernante. Pero me temo que no habéis venido hasta aquí para escuchar mi opinión acerca de vos, sino más bien acerca de esa incursión enemiga que mencionabais antes.

—Así es. La incursión de un grupo de leryones en las ruinas del barrio nybnio es un misterio. La facilidad con la que han logrado llegar hasta casi el mismo centro de la ciudad resulta preocupante. Los ossetios de *Lady* Alys los sorprendieron en mitad de la noche. Se dispersaron y huyeron, sin que hayamos vuelto a tener noticias de ellos. Hemos reforzado la vigilancia en los principales puntos de la ciudad, especialmente en las entradas. Logramos capturar a uno de ellos, tal vez hayáis oído hablar de él. Se llama *Sir* Arthur.

—Sí, he oído cosas de él. Es uno de los caballeros más importantes de Leryon, muy ligado a la corona.

—Fue herido por los ossetios, y ninguno de sus acompañantes acudió en su ayuda, lo que nos hace creer que había alguien aún más importante que él en ese grupo, alguien a quien proteger en la retirada.

—Más importante que *Sir* Arthur… Solo se me ocurre que pueda ser el mismísimo rey de Leryon.

—Eso hemos creído.

—Interrogad al caballero.

—Eso hicimos ayer. En realidad, lo hice yo. Fui a la celda donde se

encuentra. Hablé con él y le prometí que no le haría daño si me daba detalles acerca de la incursión que habían hecho o información del grupo que le acompañaba.

—Y no obtuvisteis una respuesta satisfactoria —adivinó Therios—. Los caballeros y su honor. Conozco a muchos que han muerto por esa causa. La defensa del honor a capa y espada. Lo que pedisteis a *Sir* Arthur es como pedir a un helvatio que renuncie a Athmer. Y ante su negativa, vais a ejecutarlo.

Lord Belson asintió. Sentía tristeza por llevar a cabo un acto que, al pueblo, por el contrario, lo llenaría de júbilo.

—Vais a ejecutarlo contra vuestra voluntad —añadió el Gran Maestro.

—Así es. Ofreceré a *Sir* Arthur una última oportunidad. Si la rechaza, esta misma mañana tendré que ordenar su ejecución.

—Si aceptáis mi consejo, lord Belson, no sintáis tanta compasión por él. Hasta el hombre más noble y honorable puede convertirse en el ser más cruel y despreciable cuando prepara la guerra. *Sir* Arthur siempre ha sido un caballero diestro no solo en el manejo de la espada, sino en las tácticas de guerra, y estoy convencido de que, para el rey Kariosh, es mucho más que un simple caballero. Con su ejecución, no solo lograréis infundir moral en vuestros soldados. También privaréis al enemigo de un hombre que vale por cientos. Quién sabe si acabando con el principal estratega de Kariosh comenzáis a ganar la guerra antes de que esta se inicie.

Lord Belson asentía a las palabras del Gran Maestro, convencido de que llevaba mucha razón en sus argumentos.

—Si aceptáis otro consejo —continuó hablando Therios—, reforzad la Plaza del Poder en el momento de la ejecución. Si el grupo de leryones que aún se esconde en la ciudad es medianamente numeroso, es probable que intenten liberar al caballero en cualquier momento y lugar desde que salga del castillo hasta que el verdugo haga caer sobre él la espada. ¿Eran muchos?

—Fue durante la noche, así que los ossetios no pudieron averiguar el número de enemigos repartidos por el barrio nybnio. Apenas vieron a unos seis o siete, pero tal vez podría haber más, escondidos entre las ruinas.

—Reforzad la presencia de arqueros en las arcadas que circundan la plaza, y hombres con espada en las calles aledañas. Evitaréis imprevistos.

—Gracias por vuestros consejos, Therios. ¿Estaréis allí?

Lord Belson ya sabía la respuesta, pero prefería escucharla por boca del propio Gran Maestro.

—Tengo demasiadas ocupaciones aquí. Además, mi renuncia al Consejo y al poder llevan consigo también mi ausencia en este tipo de actos. Ya he visto demasiada sangre en la Plaza del Poder, y parte de esa sangre, derramada por mi culpa. No, lord Belson. La Plaza del Poder ya no es sitio para mí.

—Al menos, me permitiréis algún día invitaros a comer al palacio.

—Siempre que dejéis de lado, por un instante, los asuntos de gobierno —respondió Therios, aceptando amablemente el ofrecimiento del senescal.

—Por supuesto —lord Belson se puso en pie—. Espero que para esa ocasión hayáis hecho importantes progresos en la labor que habéis iniciado. Estaré encantado de que me informéis de esas buenas noticias. Y ahora, si me disculpáis, tengo que regresar a la fortaleza y hacer llamar a más hombres. Va a ser una mañana complicada.

CAPÍTULO 34: MÓSTUR

Kariosh apenas había logrado conciliar el sueño. La noche había sido larga y llena de recuerdos, imágenes que parecían cobrar vida en una oscuridad que el rey de Leryon contemplaba extasiado. En el exterior, el gélido aire, convertido en susurros que le llegaban lejanos, había tornado en un vendaval que chocaba una y otra vez contra la piedra exterior de la posada. Así era como Kariosh sentía su corazón, golpeado de forma continua por una conciencia que, lejos de silenciarse, trataba una y otra vez de arrastrarle fuera de la vivienda para embarcarle en lo que resultaba un cometido imposible.

La impotencia de no poder hacer nada por *Sir* Arthur torturaba una y otra vez la mente del monarca, que se sentía un cobarde por permanecer allí encerrado en aquel rincón. Mientras tanto, su amigo estaría aguardando, en un lugar mucho más horrible, la única visita que seguramente habría de tener: la de los verdugos que le acompañarían hasta la Plaza del Poder, el lugar favorito de los mostures para aliviar todo el odio que pudieran contener aquellos miserables ávidos de sangre y muerte.

«Aquí estaréis más seguro», le había dicho Greg.

Más seguro, pero tal vez por poco tiempo, pues los soldados de Móstur seguramente continuarían buscándolo y era cuestión de horas que le encontraran. Se uniría a *Sir* Arthur en el camino hacia el patíbulo, donde le esperaría un destino común. Su muerte serviría de diversión para sus enemigos. Estaba convencido de que, en su caso, no sería una simple ejecución, pues la muerte del rey de Leryon habría de ser el mayor de los espectáculos que pudiera ofrecerse al pueblo. Le torturarían, prolongando un sufrimiento que para muchos resultaría escaso.

Kariosh volvió en sí, y pensó en el sonido con el que se había despertado.

«La lluvia».

Miró por la ventana y contempló los nubarrones que amenazaban con derramar sobre la ciudad un torrente continuo de agua durante las próximas horas. Lo que para otros resultaría una molestia, para él se

convertiría en el mejor modo de tratar de huir de la posada y vagar por las calles sin levantar sospechas. La ciudad se llenaría de hombres y mujeres con el rostro cubierto, resguardándose del agua. Tendría su oportunidad para dejar la posada y alcanzar la Plaza del Poder, donde esperaría que Greg hubiera llevado a cabo el plan trazado. O también podría huir y escapar de Móstur. Aquel último fue un pensamiento frugal y tormentoso. La mera posibilidad de abandonar a *Sir* Arthur a su suerte le carcomía las entrañas. Consciente de que él nada podía hacer, estaba decidido a ser uno más de cuantos esperaran la llegada de *Sir* Arthur a la plaza. A diferencia del resto, él aguardaría ese alboroto que pudiera darle la oportunidad de acudir a salvar al caballero en compañía de los mercenarios, a los que Greg debería prometer todo el oro de Leryon si fuera necesario. La vida del caballero valía mucho más que cualquier montaña hecha a base del reluciente metal.

El monarca esperó unos segundos, en los que se aseguró de que al otro lado de la habitación no se escuchaba nada. El continuo repiqueteo del agua en el exterior no le facilitaba las cosas. Creyó que todo estaba en calma y abrió lentamente la puerta.

El posadero, ocupado en la limpieza de las mesas, apenas le dirigió una breve mirada y siguió a lo suyo. Kariosh se puso la capucha de la capa y abandonó lo que había sido como una prisión para él.

En las empedradas calles de la ciudad ya se habían formado pequeños hilos de agua que descendían por las pendientes, buscando nuevas bifurcaciones por las que huir entre los adoquines. Móstur había cobrado vida tras el paso de la noche, y sus habitantes despertaban, salían a sus quehaceres y, en el caso de los más ociosos, se refugiaban en algún establecimiento donde esperarían la llegada del prisionero. El rumor de la ejecución de *Sir* Arthur se había convertido en una irremisible realidad que Kariosh esperaba poder tornar.

Entre los callejones flanqueados por tabernas y otros puntos de encuentro, las conversaciones en torno a la presencia de los leryones en la ciudad hacían crecer en unos el temor, en otros el odio; nadie permanecía indiferente a los acontecimientos de los últimos días.

Kariosh caminaba oculto bajo los pliegos de su capa, pasando desapercibido entre todos los que, como él, escondían su rostro al roce de la lluvia. En su tránsito por las calles que le separaban del centro de la ciudad se cruzó con numerosos soldados, muchos de ellos venidos de las tierras del oeste, incluso del norte. Formaban parte de lo que muy pronto se convertiría en el gran ejército que habría de defender la ciudad. La majestuosa apariencia de muchos de ellos contrastaba con la desdicha que habitaba en los barrios más sobrios,

donde el leryón encontró a numerosos pobres que, arrojándose a los pies de todo aquel que pasaba a su lado, suplicaban una moneda o un pedazo de pan con el que aliviar su estómago. Algunos de ellos presentaban no solo un aspecto sucio y harapiento, sino también una delgadez extrema que dejaba al descubierto las formas de sus huesos de los brazos y piernas. El monarca aceleró el paso para no ser abordado por aquellos miserables.

No resultaba complicado averiguar el camino a la Plaza del Poder. Tan solo había que seguir la discontinua riada de ciudadanos que caminaban en una misma dirección. Cuando Kariosh alcanzó las inmediaciones de la plaza, se percató de que muy pronto aquel rincón de la ciudad congregaría a toda una multitud de hombres y mujeres sedientos de sangre. Recordó lo que había dicho Greg acerca de provocar un altercado en el momento de la ejecución. Por un instante se imaginó a toda esa gente presa del pánico, huyendo sin dirección alguna, generando un caos en la plaza que tal vez pudiera servir para que los mercenarios llevaran a cabo el rescate de *Sir* Arthur; un rescate cuyo precio no le importaba. Su escondido rostro dibujó una expresión esperanzada.

Se detuvo en una de las esquinas de la plaza, desde la que podía contemplar el estrado al que sería conducido su amigo. Miró a su alrededor, escudriñando la escena que empezaba a cobrar forma.

A pesar del agua y el creciente aire que recorría las calles, eran muchos los que habían decidido abandonar sus hogares para ir a la Plaza del Poder. La ejecución ya había sido propagada por las plazas y mercados, tal vez anunciada por alguno de los soldados que custodiaban el castillo, y era cuestión de tiempo que el prisionero fuera llevado al patíbulo para su ejecución. Kariosh observó con tristeza la alegría mostrada por los que se encontraban a su alrededor y una expectación que para él terminaría convirtiéndose en una tortura.

Con el transcurso del tiempo, muchos más fueron llegando, agolpándose en la plaza. El rey de Leryon quedó finalmente atrapado entre el gentío, en mitad de una muchedumbre formada por hombres y mujeres de distinta condición, pero con algo que los unía a todos: el odio a Leryon.

El sonido de las trompetas, un estrépito procedente del castillo, fue la señal de que muy pronto el prisionero abandonaría su celda para ser trasladado en lo que sería su último recorrido, un lento camino que para el condenado sería un doloroso y solitario tránsito al más allá. Las trompetas anunciaban el inicio de ese último viaje.

Sir Arthur llevaba varias horas despierto cuando escuchó el sonido de

lo que era una inconfundible señal para los guardias que lo custodiaban, así como para el resto de los soldados que, de un modo u otro, deberían intervenir en el transcurso de la ejecución. El caballero estaba recostado contra la pared. Durante la noche había tenido sueños sombríos, había sentido el dolor de los recuerdos, había llorado la inexorable llegada del amanecer. Con el rostro hundido entre sus brazos y rodillas, abrió los ojos para contemplar la luz que iluminaba la celda. Al igual que la frágil llama que lo mantenía a salvo de la oscuridad, su vida se consumía, se apagaba lentamente, deshaciéndose en una agonía que devoraba su alma de igual modo que el fuego derretía la cera de aquella vela a punto de morir. Nunca habría imaginado que perdería la vida de un modo tan cruel e impropio en un caballero. En más de una ocasión había imaginado una rauda muerte, en un campo de batalla, atravesado por una espada enemiga, sin tiempo para abrazar los recuerdos o el dolor; simplemente, escuchar el sonido del acero atravesando su cuerpo, y a continuación la oscuridad, la nada.

Al otro lado de la celda, los pasos de los guardias se escucharon cada vez más cercanos. Eran varios, caminaban en silencio, un ritual que algunos de ellos ya habían llevado a cabo en otras ocasiones. Tal vez por eso en ese instante sustituían la palabra por el recuerdo. El día de la ejecución del rey Dunthor había supuesto para algunos de aquellos hombres la más extraña y dramática experiencia de la que habían tenido que formar parte, tal vez superada únicamente por otra sentencia cuyas consecuencias habían resultado mucho más devastadoras. El día de la ejecución de lord Galberth Hortten había supuesto para muchos mostures una tragedia inolvidable. En el ataque perpetrado por los nybnios no solo habían muerto miembros del consejo, sino que varios ciudadanos habían perdido la vida alcanzados por las flechas o las espadas enemigas. Desde aquel día, las ejecuciones en la Plaza del Poder suponían revivir el amargo recuerdo de un derramamiento de sangre que para muchos había significado el inicio de la decadencia de la ciudad, con la desaparición del Consejo, el ascenso de la Orden Helvatia al poder y la dictadura de Grimward, su muerte y ahora el gobierno provisional de lord Belson, nombrado senescal para dirigir Móstur en la guerra contra Leryon, tan próxima como inevitable.

Sir Arthur escuchó el sonido de la puerta, al tiempo que una luz cobraba vida al otro lado. Alguien se acercó hasta él, portando una lámpara. Era lord Belson. El senescal se detuvo por un momento para asegurarse de que tras él solo quedaba el silencio del vacío que habitaba en aquel lugar.

—No tengo mucho tiempo —el senescal habló en voz baja—. Pronto vendrán los soldados que han de llevarte a la Plaza del Poder. El pueblo espera tu muerte, una ejecución que los propios soldados ya han propagado.

—¿Cómo va a ser? —preguntó el caballero—. Espero que sea un certero golpe de espada. Hacedme el favor de no prolongar la diversión de vuestro pueblo a costa de mi sufrimiento. No lo merezco, no soy un malhechor ni un asesino.

—No. Pero eres nuestro enemigo, y la mano derecha de Kariosh, el rey que pretende acabar con mi pueblo. Si no fueras más que un vulgar bandido, el pueblo me perdonaría que te indultara.

—Así que ha sido el pueblo quien me ha condenado.

—No, *Sir* Arthur. Tú mismo te has condenado. Te ofrecí el perdón de tu vida, pero no has aceptado. Ahora toda la ciudad ya sabe lo ocurrido en el barrio nybnio. La incursión de los leryones ha incrementado el miedo del pueblo, que exige una respuesta firme.

Lord Belson acercó la lámpara al caballero, para descubrir su reacción ante unas palabras que no parecía muy seguro de querer pronunciar.

—Aún puedes salvar la vida. Te ofrezco una última oportunidad, *Sir* Arthur.

—¿A cambio de qué, de traicionar a mi rey? Y ahora que al parecer todo Móstur, menos vos tal vez, quiere verme muerto, ¿de verdad pensáis que tengo alguna esperanza de abandonar la ciudad con vida?

—Si colaboras y respondes a ciertos interrogantes…

—Lo siento, lord Belson. En nuestra anterior conversación no os creí. Estaba convencido de que me mataríais nada más conocer la respuesta a todos esos interrogantes. Ahora, realmente os creo. Estoy convencido de que me ayudaríais a escapar con vida a pesar de la decepción que supondría para todo vuestro pueblo privarle de mi muerte. Pero mi honor está por encima de eso. No quiero pasar a la historia de mi pueblo como el traidor que en el último momento se arrodilló frente a los enemigos.

—Será por decapitación —el senescal respondió a la primera pregunta hecha por *Sir* Arthur nada más verle.

—Bien, al menos será rápido. El camino a la plaza, y luego una muerte sin sufrimiento, es todo cuanto puedo pedir en mis últimos momentos. ¿Hablaréis al pueblo? ¿Leeréis algún edicto en el que se refleje mi condena?

—No estaré allí, *Sir* Arthur —contestó lord Belson, con tono serio —. No iré a la plaza. Tal vez para el pueblo resulte divertido, pero para mí nunca será agradable presenciar la muerte de un hombre

como tú, un caballero que siempre ha servido fielmente a su pueblo, hasta sus últimas consecuencias. Quedan pocos que actúen de ese modo.

—Ya veis cuál es la recompensa —*Sir* Arthur arqueó los labios en lo que parecía una tímida sonrisa—. Por eso quedan pocos. Y creo que vos sois uno de ellos. Deseo que tengáis una larga vida, lord Belson. De corazón, deseo que sobreviváis a la batalla y no sucumbáis al dolor y la muerte que están por llegar.

—No se leerá ningún edicto. No habrá difamación de tu nombre ni se dirá de ti que eres un bandido o un asesino. Enviaré un mensajero a vuestro ejército, para informarle de tu muerte, dejando claro que la ejecución se debe a tu negativa a traicionar a Leryon.

—Aseguraos de que el mensajero es alguien por quien no sentís ningún aprecio, porque no retornará a la ciudad con vida. Kariosh os devolverá el caballo y, sobre él, un cuerpo decapitado.

—Lamento el final que te aguarda, *Sir* Arthur —el senescal se dio cuenta de que comenzaba a hacerse tarde—. Créeme, he hecho todo lo que estaba en mi mano por salvarte.

—Marchaos, lord Belson. Y no sintáis compasión por mí. Moriré en paz conmigo mismo.

El senescal se dio media vuelta y abandonó las mazmorras.

No había transcurrido mucho tiempo cuando la puerta de la celda se abrió nuevamente, dejando paso a los dos guardias encargados de liberar al prisionero de las cadenas que lo sujetaban y custodiar sus primeros pasos hacia la galería de la laberíntica mazmorra.

Sir Arthur sintió el tenue alivio que suponía desprenderse del gélido abrazo de los grilletes que aprisionaban sus muñecas. Le costó dar los primeros pasos en medio de la penumbra. Sus piernas, atenazadas, tardaron en reaccionar. La luz de las antorchas que iluminaban el corredor no era sino el pálido reflejo de unas paredes sombrías, muros negros que rezumaban el dolor y la angustia de los condenados que encontraban allí su última morada. El pasillo desprendía el hedor de la humedad y podredumbre arraigada en sus paredes, el fétido olor de la muerte, la tortura y el dolor.

Fue un trayecto que parecía interminable, una marcha cuyo silencio únicamente era interrumpido por el sonido de unos pasos desiguales y la lucha que las llamas de las antorchas mantenían con las continuas corrientes de aire que vagaban por la prisión como ululantes espectros.

Sir Arthur fue conducido al exterior del castillo. Nada más poner el pie en el patio tuvo que cerrar los ojos. Tras más de un día sumido en la oscuridad, sus ojos parecían heridos por la tenue luz desprendida de

un cielo grisáceo que vaciaba el contenido de las nubes sobre la ciudad. Los abrió de nuevo y contempló la escena que tenía lugar a su alrededor. Numerosos ciudadanos cuyas miradas le observaban expectantes, tras las primeras líneas de soldados que guardaban el tránsito a la calle por la que iniciaría su tortuoso camino hasta la Plaza del Poder. La lluvia no apagó los primeros gritos e insultos de quienes amenazaban con sobrepasar a los soldados para acabar con él. Por un momento, deseó que alguno de aquellos malnacidos se abalanzara sobre él y le apuñalara en el corazón. Lo único que podía esperar ya era una muerte rápida, que evitara una ejecución pública convertida en un espectáculo con el que enardecer los ánimos del pueblo y ofrecerles una venganza adelantada a la guerra que se avecinaba.

A la luz del día, el caballero observó la suciedad del calabozo repartida por todo su cuerpo. Tenía las manos ennegrecidas y magulladas, sus vestiduras envueltas en el fétido olor de la celda. Sus pasos eran vacilantes, sus pies se negaban a dirigirlo al cruel destino que le aguardaba. Levantó la cabeza y sintió el agua que, desbordando sus cabellos, recorría su cara. La lluvia, que para muchos resultaba tan molesta, para él fue un bálsamo con el que embriagar sus últimos sentimientos.

Despojado de las cadenas, el caballero caminaba sin ataduras, flanqueado por los miembros de la guardia que, armados con espadas y lanzas, temían más a la muchedumbre que al reo. Los mostures que encontraban a su paso no cesaban en sus imprecaciones.

La Plaza del Poder fue un clamor de voces que reclamaban, más que justicia, una muerte lenta para el enemigo. *Sir* Arthur agachó la mirada, hastiado de contemplar rostros llenos de odio. Por momentos, había levantado la cabeza para mostrar su firmeza. No permitiría que los mostures le contemplaran como alguien derrotado por el sufrimiento. No importaba cómo le vieran los ciudadanos, ni el destino que pudieran correr leryones y mostures en una guerra llamada a ocupar numerosas páginas en las memorias de uno y otro pueblo. No importaba nada ya.

Kariosh se impacientaba. Ubicado en el rincón de la plaza desde el cual ya resultaba casi imposible moverse hacia uno u otro lado, el rey contemplaba el paso del verdugo que, aclamado como un héroe, acababa de subir los peldaños que ascendían al estrado. Se trataba de uno de los oficiales que comandaban la guardia. El Gran Maestro Therios había insistido en que ningún caballero helvatio tomara parte en la ejecución. Había prohibido la presencia de cualquier miembro de la Orden, clérigo o caballero, en la plaza durante aquella ofrenda a la

muerte. Debía apartar a Athmer de cualquier espectáculo que pudiera incitar a sus discípulos a un odio exacerbado. Los helvatios debían luchar para defender sus vidas, pero no debían convertirse en asesinos ni fomentar semejante culto a la violencia. De entre todas las capas y uniformes que poblaban la plaza, no había ninguna con el símbolo de la Orden Helvatia. Aunque ni siquiera las palabras de Therios habían logrado evitar que alguno de sus clérigos acudiera a la ejecución, escondido en ropajes que mantuvieran oculta su identidad. La continua lluvia era un aliado más para quienes deseaban presenciar la muerte del leryón sin ser reconocidos.

El temporal golpeó con más violencia. Los primeros truenos acallaron los gritos, imponiendo un silencio que precedió a la llegada de la comitiva. Una veintena de soldados custodiaban al prisionero que, para sorpresa de muchos, caminaba sin ataduras, sin una soga que sujetara sus brazos o piernas.

Un insensato se acercó demasiado a *Sir* Arthur para tratar de escupirle. No tuvo tiempo. El soldado que se percató de su intento lo evitó con un golpe del extremo inferior de su lanza, a la altura del estómago. Cuando el ciudadano intentaba ponerse en pie recibió una fuerte patada en el mismo sitio, que le mantuvo en el suelo. Otros dos soldados se acercaron a él y lo arrastraron fuera de allí.

Aquella agresión provocó un murmullo que centró la atención de Kariosh. El rey de Leryon observaba a los oficiales que vigilaban el paso de *Sir* Arthur. Bastó la orden de uno de ellos, un solo movimiento de su mano, y empezaron a surgir soldados que, ocupando sus posiciones por encima de la arcada de la plaza, dejaron al descubierto los arcos que esperaban no tener que emplear. Les siguieron varios jinetes que, apostados en las calles aledañas, se abrieron hueco entre la multitud.

Si Kariosh tenía pocas esperanzas de poder liberar a *Sir* Arthur, la visión de los arqueros acabó con todas las posibilidades que pudiera imaginar. Conteniendo la ansiedad que crecía en su interior, el monarca desvió la mirada hacia las calles más cercanas, temiendo que no fuera la vida del caballero la única que estuviera a punto de llegar a su fin. En ese instante, Kariosh se convenció de que ya no habría forma posible de que *Sir* Arthur pudiera escapar.

El caballero subió al estrado, sujetado por los dos guardias que le flanqueaban. El griterío fue ensordecedor. Insultos, voces, gestos… pero nada que hiciera pensar en que hubiera altercado capaz de cambiar el final previsto para la ejecución.

A punto de postrarse de rodillas y poner la cabeza en el tronco habilitado para la decapitación, *Sir* Arthur paseó su mirada una última

vez entre aquellos que se encontraban más cerca de él. En algunos vio un odio irracional; en otros, indiferencia; y en los menos, esos que habían acudido simplemente por curiosidad, distinguió un atisbo de compasión. Su mirada se detuvo en una mujer que tenía parte del rostro descubierto. La calidez de su mirada y la indiferencia con la que respondía frente a quienes, a su alrededor, lanzaban toda clase de insultos e improperios, le recordó a la mujer por la que sentía tanto amor; un amor que moriría con la espada del verdugo, que se preparaba para rubricar su final.

Fue un instante que para el caballero resultó eterno, una hermosa visión en mitad de aquel infierno de ira y estruendo. *Sir* Arthur perdió la mirada en aquella mujer cuyos rasgos le recordaron a la princesa Taenara, a esa expresión dulce y arrebatadora, al mismo tiempo que estremecedora. Había imaginado un futuro junto a ella, lejos de las armas, lejos de la guerra, cuando todo hubiera terminado.

El caballero sintió una mano sobre él, incitándole a postrarse ante la muerte y realizar ese último gesto, apoyando la cabeza sobre el tronco que acogería el golpe letal de la espada. Se arrodilló lentamente, sin desviar la mirada de aquella hermosa mujer, una última visión de la belleza escondida en unos ojos que no se separaban de él. Esbozó una última sonrisa con la que despedirse del mundo, mientras la espada que habría de ejecutarle tomaba impulso para descender violentamente y arrebatarle todo un universo lleno de sueños y caminos alejados del que le había conducido a morir allí, dejando un honor que perduraría en la memoria de todos aquellos que algún día conocieran la historia de *Sir* Arthur, el caballero de Leryon.

CAPÍTULO 35: OCÉANO DE LOS ETERNOS

—¿Os habéis vuelto loca? —las palabras de Sándor retumbaron en su camarote del Leviatán, donde en ese momento se encontraba a solas con Taenara—. ¿Pactar con Owen el loco? Ese bastardo no merece otra cosa que la muerte.

—Hemos perdido demasiados hombres, Sándor.

—¿Acaso creéis que la tripulación de Owen va a seguirnos? Nos traicionarán en cuanto tengan la menor ocasión. Owen será el primero en tratar de matarnos uno a uno. ¿No lo comprendéis? El bastardo debe morir, no solo por nuestro bien, sino por el de los comerciantes nybnios que han sufrido sus ataques…

—¿Y qué me dices de los ataques que tú y tus hombres habéis llevado a cabo? ¿Acaso no has saqueado las aguas nybnias, robando la mercancía del rey?

—Sí, pero yo no he asesinado a su tripulación, y los saqueos que he llevado a cabo no han sido ni una décima parte de los que ha perpetrado Owen.

—Seguramente, hay muchos nybnios que no hallan muchas diferencias entre tú y Owen.

—Sin duda, esos nybnios no me conocen. Yo he ayudado a muchos que atravesaban grandes dificultades. Las mercancías robadas al rey Kósser han servido para paliar el sufrimiento de muchos de sus súbditos, a los que él ha tenido siempre abandonados. Owen siempre ha saqueado en busca de riquezas que compartir con un puñado de piratas malnacidos. Creo que la diferencia entre él y yo es bastante clara.

—Aun así, necesitamos continuar nuestro camino hacia Yark. Si matáis a Owen, las noticias de su asesinato pronto se extenderán por las islas y sus alrededores. No lograremos llegar a Yark sin ser atacados.

—Y si decidís pactar con Owen, estaremos perdidos. No se puede confiar en un asesino como él.

—Tendremos que correr ese riesgo, Sándor.

El rey pirata se movió nervioso por la estancia. Nada más llegar hasta el barco nybnio y contemplar a Owen convertido en prisionero, su mente había imaginado mil maneras de acabar con él. Sentía la tranquilidad que la muerte del loco supondría para todos aquellos comerciantes y amigos a los que Sándor más apreciaba, para unas familias que habían sufrido el golpe de los piratas de forma cruel y espantosa.

—Ese hijo de puta ha matado a algunos de mis amigos —dejó escapar sus pensamientos en voz alta.

—Lo sé. Pero su muerte no detendrá el derramamiento de sangre. Al contrario, solo nos conducirá a nuevas venganzas por parte de cuantos aún lo apoyan.

—¿Y qué proponéis? ¿Perdonarle la vida y olvidar todo cuanto él y sus hombres han hecho? ¿Aliarnos con esos piratas malnacidos e invitarlos a venir con nosotros?

—Deberíamos alcanzar algún acuerdo con Owen. Pero, en ningún caso vamos a llevar a sus piratas con nosotros.

—Pero dijisteis que habíamos perdido demasiados hombres en la batalla, que necesitábamos más…

—Y tú has dicho que Owen obtenía grandes riquezas con sus saqueos. No quiero a sus piratas, Sándor, quiero su oro. Y una vez que lleguemos a Yark con mayores riquezas, allí buscaremos más guerreros dispuestos a seguirnos a Móstur.

Sándor relajó la expresión de su rostro, detuvo sus pasos y fijó la mirada en Taenara.

—Entonces, ¿perdonaremos su vida a cambio de oro? —aquella idea parecía menos peligrosa, aunque no terminaba de convencer al rey pirata, para quien toda opción que no fuera acabar con el loco resultaría infructuosa, a corto o a largo plazo.

—Pero si permitimos que Owen siga dominando estas aguas, continuarán los saqueos, los crímenes.

—Te propongo una opción intermedia —Taenara se acercó a Sándor. La mirada de la princesa cobró un brillo especial, al calor de su hermosa sonrisa.

—¿Una opción intermedia? —Sándor ardía en curiosidad por conocer los verdaderos pensamientos de aquella enigmática mujer. Había llegado a sus oídos lo sucedido en el barco de Ferghus, el prodigio obrado por Taenara que ahora mantenía sobrecogidos, no solo a los piratas y su líder, sino también a todos aquellos para quienes las leyendas acerca de los dioses del mar parecían haberse convertido en realidad.

—Sí, una opción intermedia —repitió la princesa—. No mataremos

a Owen pero tampoco le permitiremos continuar con su reinado de terror en la aguas nybnias.

—No creo que acepte renunciar al poder y riquezas que ha logrado acumular durante todo este tiempo. Le conozco lo suficientemente bien como para saber que preferiría la muerte a ser desposeído de todo cuanto es y posee.

—En ese caso, tendrá que elegir entre una u otra opción. Y si elige la muerte, será su elección, no la nuestra.

Sándor acariciaba sus grisáceas barbas con aire pensativo, tratando de imaginar todos los escenarios posibles.

—Y si finalmente Owen accede a renunciar a seguir liderando la Orden del Kraken, si renuncia a continuar con los saqueos, a sus riquezas, ¿cómo podremos confiar en su palabra? ¿Cómo tendremos la certeza de que cumple con su promesa? No creo que pueda dejar atrás todo eso y empezar una nueva vida. ¿Cómo podremos asegurarnos de que respeta nuestro acuerdo?

La princesa dejó escapar una sonrisa que confundió a Sándor.

—Porque Owen será el único de los piratas a los que permitiremos venir con nosotros a Yark, y después a Móstur.

—¿Con nosotros? Eso es…

—Es la mejor opción, Sándor —Taenara no le dio tiempo a terminar de decir unas palabras que sabía que no le gustarían.

—Nos matará en cuanto tenga alguna oportunidad.

—Si Owen es la mitad de lo avaricioso que creo, según lo que me has contado acerca de él, la idea de ver perdonada su vida a cambio de buscar nuevas riquezas en Móstur tal vez le resulte atrayente.

Sándor enmudeció, considerando aquellas palabras. La princesa continuó su argumentación.

—Le ofreceremos la oportunidad de cambiar los saqueos en aguas nybnias por saqueos en las tierras del norte, donde sin duda podrá obtener grandes riquezas. He observado que Owen es una persona que tiende a dejarse llevar por la curiosidad. Tal vez podamos convencerle de que en el norte vivirá nuevas aventuras y obtendrá riquezas incalculables.

—¿Esa es vuestra decisión definitiva? —inquirió Sándor. La idea de acabar con Owen se desvanecía en su mente, aunque aún no había desaparecido—. ¿Nuestro acuerdo respecto a Móstur continuará solo si acepto vuestra decisión de respetar la vida de Owen?

Taenara asintió.

—Perdonar la vida de Owen, a cambio del amor de Salwen.

Sándor abrió los ojos. Su mirada se mostró ante la princesa con un esplendor que nunca antes había contemplado en aquel hombre de

rostro habitualmente serio, frío.

—Entonces, ¿hablasteis a Salwen de mí? ¿Le confesasteis mis sentimientos hacia ella?

La sonrisa de Taenara fue suficiente respuesta para el rey pirata.

—En ese caso —Sándor no cabía en sí de gozo—, haré todo lo posible para que Owen acepte nuestra oferta. Pero si intenta jugárnosla…

—Si intenta jugárnosla, si rompe nuestro acuerdo, no hará falta que lo mates… porque yo misma lo haré.

—Entonces, podéis confiar en mí. Ahora, debemos convencer a Owen y alcanzar un acuerdo acerca de las riquezas que deberá entregarnos. Si os parece bien, nos dirigiremos a las islas, y tras hacer noche allí, partiremos a Yark. Conozco unas tierras junto a la costa donde podremos establecer el campamento.

—Me parece una buena idea. Sería bueno que nuestra presencia pase inadvertida en Yark. Iremos unos cuantos, y una vez reclutado nuestro ejército de mercenarios nos reuniremos con el resto para iniciar el viaje a Móstur.

—¿Llegaremos a tiempo para reunirnos con vuestro hermano y atacar la ciudad?

Taenara dirigió la mirada al fondo de la estancia, en un infinito en el que parecía buscar la respuesta al interrogante de Sándor.

—Si no demoramos nuestra estancia, ni en las islas ni en Yark, llegaremos a tiempo. Mi hermano retrasará el ataque por un tiempo, pero si tardamos mucho en llegar hasta él, creo que iniciará el asedio sin nosotros. Kariosh no es un hombre que se caracterice por su paciencia si ya tiene tomada una decisión.

—En ese caso, tendremos que ser raudos en las negociaciones con los mercenarios de Yark —Sándor buscó en su memoria, donde pronto surgieron los rostros de varios hombres a los que conocía muy bien—. Sé de algunas cofradías que nos ayudarían gustosos en nuestra batalla contra Móstur. También sé de algunos otros afincados en tierras nybnias, pero procedentes de Leryon. Son guerreros exiliados de vuestro reino cuando vuestro padre era el rey. Aunque me temo que esos no os interesarán. Seguramente, hayan trasladado a vuestro hermano el odio que sentían por Targosh.

—He de confesarte algo, Sándor —la princesa se situó tan cerca de Sándor que el pirata pudo sentir su cálido aliento y el embriagador aroma que desprendía su hermosura—. Te elegí porque sé que has tratado con hombres con los que ningún otro contrabandista o comerciante nybnio ha llegado a tratar. Y precisamente son esos hombres los que quiero para completar mi ejército.

—Pero vuestro hermano…

—Olvídate de mi hermano, Sándor.

—Pero además es vuestro rey. Deberéis cumplir sus órdenes y…

—¿De verdad debo someterme a la voluntad de mi hermano, de mi rey? Dime, Sándor, ¿en algún momento te has sometido tú a la voluntad del rey Kósser?

El rey pirata guardó silencio. Taenara continuó hablando en voz baja.

—Si ahora mismo el rey Kósser estuviera aquí, ¿cuál crees que sería su voluntad? En primer lugar, te ordenaría entregarle a Owen, y quien sabe lo que haría después, no solo con él, sino tal vez contigo. No nos someteremos a la voluntad de mi hermano. Yo seré quien decida lo que haremos una vez que hayamos llegado a Móstur. Porque, confías en mí, ¿verdad?

Por un instante, Sándor creyó sentir que una inquietante penumbra sumía a la estancia en las sombras; unas sombras donde los ojos de Taenara refulgían con un brillo fuera de lo común al mismo tiempo que sus palabras encontraban un eco en el interior de la mente del pirata, que permanecía inmóvil en un estado similar al de quien ha bebido demasiado alcohol y siente que la realidad se deforma a su alrededor.

—Como ordenéis, princesa.

—Mi hermano no va a recompensarte como lo haré yo, pero habrás de servirme bien, y llegado el momento, en las tierras de Móstur, tendrás que seguir mis instrucciones, aunque no comprendas su finalidad. Escúchame con atención, Sándor. Puesto que has decidido dejar atrás estas tierras, ya nada de esto te pertenece. Ya no eres el rey de los piratas, pero te convertirás en alguien mucho más importante. Serás el capitán de mi ejército. Juntos, lideraremos una fuerza capaz de conquistar las tierras del norte, capaz de derrotar a todos aquellos que pretendan salir a nuestro encuentro. Nuestra victoria no será como la de la batalla que hemos librado con Owen. Será una victoria completa, donde nuestros enemigos caigan de rodillas, para postrarse ante nosotros o para morir a nuestros pies.

Las palabras de Taenara sonaban dulces como la tierna melodía con la que se acuna a un niño, y al mismo tiempo firmes como la arenga de un rey que dirige a su ejército hacia la batalla. Durante unos segundos, Sándor cerró los ojos y se dejó llevar por las embriagadoras promesas de aquella mujer que no dejaba de sorprenderle.

—Te prometo que haré todo lo que esté en mi mano para cumplir tus designios.

—Bien —Taenara recuperó el tono habitual de su voz, y la estancia se iluminó con una cálida luz, como si el sol hubiera sido liberado de las nubes que momentos antes lo hubieran mantenido oculto—. Y ahora, lo primero que vamos a hacer es hablar con Owen y lograr que acepte nuestras condiciones.

El líder de los piratas se encontraba cautivo en la bodega, aislado del resto de sus hombres, que habían pasado a formar parte de la tripulación del Leviatán. Sándor había encargado la custodia del prisionero a uno de sus hombres, Rodher, y también a Powick. El joven aliado de Owen había prometido fidelidad a Sándor por haber perdonado su vida. Como primera orden, había recibido el encargo de velar, junto a Rodher, para que nadie entrara o saliera de la bodega.

Sándor y Taenara se dirigieron allí. De camino, Sándor buscó con la mirada la galera de Ferghus, que se encontraba a su izquierda, siendo el barco más cercano. La princesa le había dicho que Salwen se encontraba allí, pues quería estar lo más tranquila posible, lejos del bullicio que se había vivido en el Leviatán con la llegada de Owen y la incorporación de sus hombres, que cumplían las órdenes de Sándor temiendo que, si no lo hacían, su líder sería asesinado.

—Salwen podrá descansar mejor allí —dijo la princesa, adivinando los pensamientos que asaltaban a quien ya había nombrado capitán del ejército que esperaba reclutar muy pronto—. Cuando hayas cumplido la misión que te he encomendado podrás disfrutar de un tiempo a solas con ella. Mientras tanto, necesito que te concentres en conseguirnos auténticos guerreros, un poderoso ejército con el que someter Móstur. Y para ello, tendrás que negociar, en primer lugar, con Owen.

—¿No quieres hablar tú con él? Seguramente te obedecerá a ti antes que a mí.

—Yo estaré presente contigo mientras le expones nuestro propósito. Pero quiero que se lo muestres como si tú lo hubieras planificado todo.

—Dudo mucho que crea que tengo reservado para él cualquier otra cosa que no sea la muerte.

—Si logras convencerle, será la mayor victoria que habremos obtenido.

Llegaron a la entrada. Sándor se acercó a Rodher, que había esperado con impaciencia su llegada.

—No quiero que nadie nos importune mientras hablamos con nuestro nuevo amigo —el rey pirata provocó la sonrisa en su oficial, que asintió y cerró las puertas, girando la llave.

Taenara portaba una lámpara, que iluminó la gran bodega del

Leviatán, un lugar sombrío en el que, además de guardar numerosos barriles repletos de vino o cerveza, también se ocultaba lo que para Sándor era una colección que guardaba como un tesoro. Piezas de otros barcos con los que había entrado en combate, o restos de mascarones de proa como la imagen de lo que parecía un demonio marino que, a la luz de la llama de la lámpara, parecía cobrar vida con el destello de su mirada inerte.

Owen se encontraba en el fondo. Tenía los pies atados por cadenas que, en un extremo, abrazaban con fuerza uno de sus tobillos, mientras que en el otro se unían a unas argollas de cobre ancladas al suelo. El aspecto del pirata distaba mucho de mostrar la intimidante apariencia con la que Owen había abordado el Leviatán durante una batalla en la que ambos contendientes habían sufrido demasiadas pérdidas.

El pirata alzó la mirada al contemplar la luz. Tenía el rostro sucio, pero sin ninguna herida.

Lo primero que hizo Sándor fue asegurarse de que el prisionero había sido tratado correctamente. Exceptuando las heridas que hubiera podido hacerse con el roce de las cadenas sobre sus desnudos tobillos, el prisionero no debía sufrir daño alguno hasta que su destino fuera decidido, tal vez por Sándor, según creían los aliados de Owen.

—Has tardado en decidir mi suerte más de lo que imaginé —dijo Owen, nada más distinguir la figura de Sándor aproximándose a él. También se percató de la presencia de Taenara, que se quedó más atrás, paseando entre los restos que constituían el tesoro del capitán.

—¿Tu suerte? ¿Por qué habría de decidir yo tu suerte, Owen? —Sándor se situó frente al bastardo del rey Kósser y se sentó en el suelo, invitando a su interlocutor a hacer lo mismo. La conversación se iba a prolongar más de lo que Owen había imaginado.

—¿Ya has decidido el modo en que voy a morir? —Owen hablaba con la serenidad de quien es consciente de que no puede hacer nada por cambiar un destino funesto.

—No me corresponde a mí decidir el modo en que vas a morir, Owen. Me temo que solo los dioses tienen respuesta a tu pregunta —Sándor se cruzó de brazos—. Y, ciertamente, no creo que desees conocer esa respuesta.

—Entonces, ¿no vas a matarme? —preguntó el prisionero, sorprendido y aliviado.

—No soy un asesino.

—Pero has venido hasta aquí a por mí. Has matado a muchos de mis hombres, por mí.

—Y seguiré matando a todo aquel que trate de hacer lo mismo

conmigo. ¿Acaso eso me convierte en un asesino? En cambio, he escuchado historias terribles acerca de tus saqueos, de tu crueldad.

—Supongo que no son muy distintas a las que se cuentan sobre ti, y estoy convencido de que la mitad son falsas, y la otra mitad son solo verdaderas en una parte. Podría pasarme horas y horas relatándote sucesos que se me atribuyen: muertes violentas y crueles, asesinatos indiscriminados de mujeres, niños y ancianos… ¿De verdad vas a creer todo eso?

—El Owen que conozco es ambicioso… Las riquezas han hecho crecer en él una enfermedad de la mente, una pasión desmedida por la que estaría dispuesto a cometer cualquier locura.

Al escuchar a Sándor hablar de la ambición de Owen, Taenara puso especial atención a la reacción reflejada en su rostro. Quería saber si tal ambición era lo suficientemente provechosa a los intereses que habrían de empujarle a aceptar el destino previsto para él. La respuesta no la decepcionaría.

—Estás en lo cierto, pero solo en parte. Pues soy un hombre ambicioso, y tal vez más de riquezas que de poder. Pero siempre he respetado unos límites. El apodo de «el loco» no me lo he ganado por demostrar una crueldad infinita, sino por afrontar peligros que parecían conducir a la muerte.

—Entonces, ¿no estás saciado de riquezas? ¿Con todos esos saqueos a tus espaldas?

Owen se echó a reír.

—¿Qué te resulta tan gracioso? —inquirió Sándor.

—Me resulta gracioso que tú, Sándor el contrabandista; o mejor dicho, el rey pirata, te extrañes de mi ambición por las riquezas y tesoros. Y es más irónico aún que me lo digas aquí, en el lugar donde guardas tantos recuerdos de tus saqueos —la mirada de Owen se cruzó con la de Taenara. Por un momento había olvidado su presencia.

—¿Conoces algún pirata al que no le brillen los ojos al escuchar hablar de un botín, o que no sienta su pulso acelerado al estar a punto de abrir un cofre?

—Entonces, no es necesario que me preguntes por mis ambiciones. Solo tienes que recordar las tuyas… pues no creo que sean muy distintas, como tampoco lo son los límites que ambos pondríamos a esas ambiciones. Soy el líder de una Orden de piratas que ha ido creciendo en los últimos tiempos. He realizado importantes saqueos, y en ocasiones he sido cruel con aquellos que me han dado motivos. También es verdad que muchos de los hechos que se me atribuyen se han llevado a cabo bajo la bandera del Kraken, pero no era yo quien estaba en esos barcos, no era yo quien llevaba a cabo esos crímenes. Y

ahora que hemos compartido nuestros recuerdos del pasado, ¿por qué no hablamos del futuro? Si no vas a matarme, ¿qué vas a hacer conmigo?

Ante la atenta mirada de Taenara, Sándor decidió dilatar un poco más la respuesta que Owen estaba esperando desde el mismo instante en que reconociera a su interlocutor.

—Me temo que eso está aún por ver. ¿Qué estarías dispuesto a hacer por salvar tu vida?

—¿Qué opciones me darías? —Owen escudriñaba la mirada del Rey Pirata, preguntándose si el propio Sándor estaba a punto de responder a la pregunta que él mismo acababa de formular.

—¿Renunciarías a tu liderazgo sobre la Orden?

Owen interpretó aquellas palabras, y esbozó una breve sonrisa, seguro de conocer las intenciones de Sándor.

—Así que no solo quieres despojarme de mis riquezas, sino también de mis hombres. ¿Me perdonarás la vida si te entrego el mando del pequeño mundo que he creado? Y después, ¿cuál será mi destino? ¿Un destierro? ¿Servirte como si fuera uno más de esos piratas?

—Esas alternativas, ¿te parecerían una opción aceptable? —inquirió Sándor, que por un momento se sintió agradecido a Taenara, pues estaba disfrutando de aquella conversación tal vez más de lo que disfrutaría matando a Owen.

El loco volvió a sonreír.

—Tan solo considera lo que harías tú en mi lugar, y tendrás la respuesta —la expresión de Owen se torció en un gesto airado—. Prefiero ser arrojado por la borda antes que postrarme ante ti, o ver a mis hombres sometidos a tu voluntad.

—No quiero verte postrándote ante mí, ni que lo hagan tus hombres. No quiero el liderazgo de la Orden que has fundado. Así que te lo pondré más fácil. ¿Aceptarías la disolución de esa Orden que incluso a ti te ha creado una fama tan incierta como cruel?

Owen se tomó un tiempo para reflexionar, no sobre la respuesta a esa pregunta, sino sobre la verdadera razón por la que Sándor estaba dispuesto a perdonarle la vida. Sabía que Taenara tenía algo que ver, pues desde el primer momento había protegido su vida incluso antes de que Sándor llegara al barco de Ferghus, donde había sido capturado. Y ahora, la extraña mujer que había obrado el prodigio por la que era considerada una deidad, se encontraba allí, muda, pero atenta a una conversación cuyo propósito parecía un enigma indescifrable.

—¿La disolución de la Orden del Kraken? —Owen volvió a la

realidad—. ¿Ese sería el precio por mi vida, o tan solo sería una de las condiciones que estás a punto de imponerme?

—Creo que todos estaríamos más tranquilos si esa cofradía de piratas desapareciera. Los mares serían más seguros, habría más comercio y más padres podrían regresar a sus hogares con el pan para sus hijos.

—En ese caso, tendrás que ofrecernos una alternativa a mí y a mis hombres, para ganar nuestro propio pan.

—Yo tengo esa alternativa —sonrió Sándor.

—¿Unirme a ti? ¿Servirte como todos esos hombres que te acompañan? Olvídalo, no voy a ponerme a tu servicio.

—¿Te pondrías al mío? —inquirió Taenara, interrumpiendo la conversación. La princesa se había ido acercando lentamente a ellos. Ya tenía la información suficiente para saber que Owen estaría dispuesto a aceptar su destino solo si ello implicaba no estar bajo las órdenes de Sándor. Debía asegurarse de que Owen solo respondería ante ella. En cierto modo así sería, pues, aunque Sándor actuara como capitán, ella sería quien liderara a todos aquellos que decidieran acompañarla a Móstur.

Las palabras de Taenara causaron el efecto esperado. Al menos, inicialmente, Owen digirió su pregunta con interés. Frente a él, Sándor comprendió los motivos que habían llevado a la princesa a entrar en la conversación. Ante la falta de una respuesta, Taenara decidió argumentar su pregunta, reforzando una posición de liderazgo que, a raíz de lo acontecido en el barco de Ferghus, nadie se atrevería a poner en duda.

—Contraté a Sándor para llevar a cabo una misión más allá de Yark. Pero preciso de más hombres, pues la batalla ha mermado mi ejército y ahora necesitaré los servicios de nuevos mercenarios dispuestos a alcanzar grandes riquezas en el norte. ¿Estarías dispuesto a venir conmigo, a servirme, a cambio de una generosa parte de esas riquezas?

Owen sostuvo la mirada de la princesa, preguntándose quién sería esa misteriosa mujer. No podía dejar de pensar en lo ocurrido en el barco de Ferghus, la manera en que su herida había desaparecido, y sobre todo en lo ocurrido a continuación. Taenara había ordenado que nadie le hiciera daño. Estaba confuso. Al fin y al cabo, él había tratado de matarla, y en cambio ella, no solo había perdonado su vida, sino que además le invitaba a unirse en lo que se antojaba una aventura más que interesante. Un sentimiento de agradecimiento se apoderó de él, una sensación que no había tenido en años.

—Te debo mi vida. ¿Cómo podría negarme a seguirte, allí donde

fueras?

El loco respondió sin pensar en lo que decía. La mirada de la princesa era como un hechizo inquebrantable, un encantamiento frente al que resultaba imposible escapar. No se trataba únicamente de su hermosura, pues Owen había conocido bellísimas mujeres, había compartido cama con algunas de ellas y había rechazado a otras. Pero había algo en Taenara que por algún motivo le impulsaba a desear permanecer a su lado. La princesa le había infundido nuevas esperanzas, y un valor renovado que le movía a desear acompañarla allí donde pudiera encontrar nuevas aventuras e incluso peligros que afrontar. No era una atracción meramente física, como le había sucedido con las otras mujeres que habían pasado por su vida de forma efímera.

—Y si allí donde voy, ¿no hubiera más que sangre y muerte?

—En ese caso sangraré por ti, y mataré por ti. Incluso moriré por ti si es necesario.

Sándor se mostró atónito frente a las respuestas de Owen y la aparente devoción manifestada a Taenara. Inicialmente creyó que no sería más que una treta por parte del pirata con la que esperaba ser liberado. Conocía bien al bastardo del rey Kósser, y sabía que estaría dispuesto a hacer lo que fuera necesario por verse liberado de las cadenas que lo mantenían prisionero. Sin embargo, como la mayor parte de los piratas, Owen también sentía un profundo interés por las leyendas narradas allí donde la tierra es bañada por el mar y el embrujo de unas aguas cuyas olas esconden insondables misterios, seres inimaginables o acontecimientos inexplicables. Taenara era considerada por los hombres de Owen como una deidad marina, una diosa capaz de someter las implacables aguas o la ira de la tempestad. Ninguno de aquellos piratas sería capaz de rechazar la generosa oferta de la princesa.

—Lucha y sangra por mí —sentenció Taenara, sin apartar la vista de Owen—. Pero también sobrevive por mí, pues tras la batalla se esconde una generosa recompensa con la que podrás dar por terminada tu vida de saqueos. Esta misma oferta es la que hago a tus hombres, así como a todos aquellos que nos acompañen al norte de Yark.

Y como si la princesa tuviera prisa por hacer cumplir sus promesas, se dio media vuelta y dejó a Sándor a solas con el prisionero.

—¿Quién es realmente? —preguntó Owen cuando la sombra de Taenara desapareció al otro lado de las bodegas.

—Cuando la conocí, años atrás, no era más que una alegre chiquilla, la encantadora hija del rey Targosh —Sándor sonrió al

rememorar aquel primer recuerdo que guardaba de Taenara—. La segunda vez que la vi, me pareció descubrir en ella la firme mirada de su padre, y pensé que un día podría ocupar el trono de Leryon. Pero tras lo ocurrido en nuestra disputa, creo que ya no puedo responder a tu pregunta. ¿Quién es, en realidad? Creo que solo podría contestarte que es alguien a quien merece la pena seguir.

Sándor volvió en sí, extrañándose de estar compartiendo aquellas palabras con el hombre a quien llevaba tiempo deseando ver muerto. Envuelto por la penumbra que los rodeaba, encadenado y con una expresión de incredulidad en su rostro, Owen no parecía el ardiente enemigo que había imaginado. Más bien le recordó al comerciante con el que antaño había llegado a entablar el atisbo de una amistad que el oro ensombreció como el mar que erosiona la roca.

—¿Crees que podríamos olvidar nuestras diferencias, ahora que acabo de renunciar a todo aquello que nos ha distanciado en estos últimos años? —Owen miró a Sándor con una expresión melancólica —. Recuerdo cuando pasaba desapercibido entre los comerciantes y marineros, que desconocían mi origen… Antes de que mi padre… Echo de menos esos días.

El motivo del destierro de Owen era un enigma que tal vez solo conocían el propio rey Kósser y su hijo. Así lo creía Sándor, que lo había conocido en aquellos años que ahora el loco parecía añorar, cuando no era más que un joven apasionado del mar y la belleza que envolvía todo aquel mundo en torno a las aguas, sus gentes, su actividad. Sándor también recordaba los días en los que contemplar el amanecer sobre las aguas era la mayor riqueza que imaginaba, el tesoro más preciado que podía compartir con todos aquellos que estaban a su servicio, trazando con él las rutas de comercio entre los puertos nybnios. Aquellos días habían quedado muy atrás, casi olvidados por el rumbo al que lo habían empujado sus ambiciones de oro, influencia y poder.

—Supongo que podríamos olvidar nuestro pasado más reciente y forjar una nueva alianza, guiados por la hija de Targosh hacia las tierras de Móstur.

—¿Por qué Móstur?

—El hermano de la princesa, Kariosh, que ahora es el rey de Leryon, avanza con su ejército hacia allí. Al principio creí que la princesa trataría de reunir un ejército con el que impresionar a su hermano, ayudarle en la batalla y así recibir en recompensa algo más que simples riquezas, quizá la corona de Móstur. Después de todo el tiempo que he pasado en su compañía, no la imagino sometida a la voluntad de su hermano, por muy rey que sea. No imagino a Taenara

obedeciendo órdenes de él.

—Ni de él, ni de nadie —añadió el prisionero—. ¿De verdad crees que es hija de Targosh? Después de lo que he visto, creo que su ascendencia está lejos de ser la de un simple rey.

—¿Tú también crees que es una diosa, como dicen tus hombres?

—Una diosa, tal vez no. Pero he oído hablar de brujos y hechiceras. En las tierras al norte de Móstur se hablaba de una sacerdotisa que se hacía llamar la hija del dragón…

—Oí relatos acerca de esa hechicera, la sacerdotisa roja. He conocido hombres procedentes de unas tierras que me son desconocidas: las *tierras del fuego*, las llamaban. Algunos afirmaban que la sacerdotisa había muerto, devorada por el fuego de una de sus criaturas. Dragones en las tierras del fuego…

—Y krakens en las profundidades de nuestros mares. Cada mundo tiene sus fantasmas y monstruos, sus leyendas y mitos… Pero nosotros hemos sido testigos de algo que trasciende todas esas historias. Hemos sido testigos de algo que no forma parte de esos cuentos que nos atemorizaban de niños. Esto es real. Si de verdad esta hechicera, diosa, o lo que sea, pretende ir a Móstur, no me importa cuál sea el motivo que la empuje hasta allí. Al igual que tú, estoy convencido de que no es para presentar un ejército con el que complacer al rey de Leryon. En estos momentos, lo único que deseo es acompañarla en una aventura en la que, a su lado, contamos con un poder que puede resultar inimaginable…

—Tan inimaginable como aterrador —añadió Sándor, consciente de que se sentía desbordado al no conocer la verdadera naturaleza de Taenara. Era como si su mundo estuviera a punto de venirse abajo. La princesa estaba a punto de hacerles cruzar el umbral a un universo desconocido y peligroso. Y eso le aterraba y fascinaba al mismo tiempo.

—En cualquier caso, mis hombres y yo le debemos la vida. Y vamos a acompañarla allí donde nos lleve, sea cual sea el destino que nos aguarde.

Sándor asintió, convencido de que él y los suyos también seguirían a Taenara hasta Móstur, o hasta el confín del mundo si ella se lo pidiera. Aunque algo en su interior le dijo que en Móstur les aguardaba el peor de los destinos que pudieran imaginar.

CAPÍTULO 36: MÓSTUR

El cuerpo sin vida de *Sir* Arthur se desplomó a un lado mientras su cabeza rodaba hacia adelante. El verdugo alzaba la espada manchada en sangre y los mostures gritaban enardecidos por la muerte del caballero.

Kariosh cerró los ojos en el mismo instante en que la espada arrebataba la vida de su amigo. Cuando los abrió, miró a aquellos que se encontraban a su alrededor. Un sentimiento de ira se apoderó de él. El dolor por la muerte del caballero dio paso a un odio visceral hacia todos cuantos se encontraban allí. Deseó tener la oportunidad de arrebatar la vida a muchos de ellos, de sacarles las entrañas y encender con sus cadáveres una hoguera que pudieran contemplar desde el mismo Leryon.

Los pensamientos de venganza dieron paso a una necesidad mucho más acuciante, abandonar la ciudad antes de que la multitud se dispersara y todos regresaran a sus ocupaciones, incluyendo los guardias que vigilaban la ciudad. Muchos de ellos habían sido llamados por el senescal y enviados a la Plaza y sus inmediaciones. Ahora se encontraban ocupados celebrando la muerte de *Sir* Arthur, pero en poco tiempo regresarían a su labor de vigilancia sobre las calles y puertas de la ciudad.

No había tiempo que perder. No era momento de dejarse llevar por la ira, sino de mantener la mente ocupada en lograr escapar, en salir de Móstur lo antes posible y regresar junto a su ejército. Después de eso, ya no habría tiempo para esperar, ni a los kadaríes que estuvieran por llegar, ni a Taenara y los refuerzos que pudiera haber logrado. Si su ejército combatiera con la misma ira que sentía él en aquel momento, la ciudad caería en poco tiempo.

«Os mataré a todos», juró Kariosh una y otra vez mientras se escabullía por una de las callejuelas que le conducirían al barrio de los caballeros. Allí se encontraban muchos nobles y sus más allegados. Pero la presencia de tantos jinetes suponía menor vigilancia por parte de los soldados. Y los caballeros se encontraban ocupados en las labores encomendadas por sus señores. Kariosh aprovechó el paso de

algunos comerciantes para integrarse entre ellos y cruzar la puerta que le conduciría fuera de la ciudad, lejos del peligro en el que había sucumbido su amigo.

Se alejó lo suficiente como para no ser visto por aquellos que pudieran estar vigilando las murallas. En la linde de un bosque próximo a la ciudad pasó junto a dos hombres que charlaban amigablemente. Kariosh no había reparado en su conversación, pero la risotada de uno de ellos le resultó familiar. Le miró de forma disimulada y se percató de que era uno de los mostures que había visto en la plaza, cerca del rincón en el que él se encontraba. También reconoció a su interlocutor, otro de los que había gritado al ver llegar a *Sir* Arthur. Uno era de baja estatura y demasiado gordo como para resultar hábil. El otro era más mayor, con cabellos canosos y un rostro repleto de arrugas. Sintió un impulso que le incitó a llevarse la mano al puñal que guardaba en la parte posterior de su cinto. Miró hacia uno y otro lado. No había nadie más, y los árboles serían los mejores cómplices que podría encontrar.

Kariosh sintió que la ira que se había apoderado de él en la plaza regresaba de forma súbita, y crecía de manera irremediable a medida que la mente le devolvía la alegría dibujada en el rostro de aquellos malnacidos. Por un momento, estuvo tentado de abalanzarse sobre ellos y matarlos allí mismo, pero supo mantener su mente fría y apaciguar su ánimo.

Tan solo fue un espejismo que se desvaneció al escuchar a uno de ellos hablar de lo mucho que le hubiera gustado que hubieran torturado al leryón. Kariosh se situó frente a ambos. Ellos se detuvieron.

—¿Para qué torturarlo, si lo que queríais era verlo muerto?

Se sorprendieron al escuchar la pregunta del desconocido.

—Esos malditos leryones merecen una muerte lenta y cruel —respondió el gordo—. De todos modos, ¿a ti que te importa? ¿Quién eres?

—Un leryón.

Los dos hombres estallaron en carcajadas. La risa se transformó en lamentos cuando Kariosh extrajo su puñal. Se abalanzó sobre el gordo, que era el de la desagradable risa que había escuchado en la plaza. Hundió el puñal en su garganta, ahogando sus gritos en borbotones de sangre que empaparon sus vestiduras mientras la vida huía de él. Apenas había caído inerte al suelo cuando Kariosh se fijó en el otro hombre, que intentaba escapar. La diferencia de edad resultó una ventaja que el rey de Leryon supo aprovechar. Alcanzó al mostur y le empujó al suelo. Antes de que pudiera levantarse, el desdichado solo

tuvo tiempo para escuchar el sonido del puñal hundiéndose en su espalda; una vez, y otra… Y otra más. Kariosh, enloquecido, no cesaba de asestar puñaladas a lo que ya no era más que un cadáver envuelto en sangre, una sangre que había salpicado al rey de Leryon que, habiendo perdido el control de sus actos, gritaba de rabia mientras seguía hundiendo su arma en el mostur.

Kariosh volvió en sí, y se dio cuenta de que había sido demasiado imprudente, no solo por acabar con aquellos hombres, cuyos cuerpos permanecían tendidos en el suelo, demasiado visibles; sino también por los gritos de ira que había dejado escapar en un auténtico ataque de locura. Se limpió el rostro ensangrentado con parte de la túnica del primero al que había matado. A continuación, se aseguró de que no había nadie más allí y echó a correr para dejar atrás lo antes posible los cuerpos de aquellos malnacidos.

El monarca de Leryon recordaba muy bien el lugar exacto en el que se encontrarían sus ejércitos. No estaba lejos de allí. Por el momento, lo más importante era ponerse a salvo, evitar la posibilidad de cruzarse con algún mostur. El bosque parecía la opción más adecuada. Estaba a punto de internarse, cuando escuchó el sonido de varios caballos acercándose. Se ocultó detrás de un árbol y suplicó a Lorwurn por su vida. Al abrir los ojos, sonrió. Como si su plegaria hubiera sido escuchada, vio a los jinetes leryones que formaban el grupo. Salió a su encuentro. Uno de ellos era Broxon.

—Majestad, estáis con vida —el jinete descendió de su montura y, de forma espontánea, abrazó al monarca—. Os creíamos muerto tras la emboscada de los ossetios.

—Lo mismo digo. Pensé que os habrían alcanzado. Todo ocurrió tan rápido… Logré escapar en compañía de Greg…

—¿Greg? —Broxon frunció el ceño—. Qué extraño. No nos ha dicho nada. Ahora entiendo…

—¿Qué es lo que entiendes? ¿Qué ocurre con Greg? —al escuchar las palabras de Broxon, el monarca presintió que algo extraño sucedía con Greg.

—Apareció en el campamento, y le capturamos cuando trataba de huir, tal vez hacia Leryon. No nos dijo nada acerca de que hubiera estado con vos. Simplemente, afirmó que todos los demás habían muerto.

—El muy hijo de puta me engañó —respondió Kariosh, convencido de que así había sido.

Greg había aprovechado la ejecución de *Sir* Arthur para abandonar la ciudad. Todo lo que le había dicho acerca de los mercenarios, y del intento de salvar la vida del caballero no era más que una mentira con

la que encubrir su huida.

—¿Os encontráis bien? —Broxon vio los restos de sangre en la cara del rey.

—Sí. No es mi sangre. En cuanto a Greg, ¿dices que le capturasteis cuando intentaba escapar?

—Así es, majestad.

—¿Y ahora se encuentra en el campamento?

—Sí. Está amordazado. No creímos sus palabras acerca de lo sucedido. La rotundidad con la que afirmaba que todos los que se encontraban con él habían muerto despertó ciertas sospechas entre los oficiales. Su intento de huida ahora le ha dejado como un traidor a los ojos de muchos.

—Eso es lo que es —Kariosh asintió con un odio reflejado en su mirada—. Es un maldito traidor. Llevadme al campamento. Llevadme hasta él. Me gustaría hacerle un par de preguntas.

—Sí, majestad. Una de las razones por las que mis hombres y yo nos dirigíamos en estos momentos a las inmediaciones de Móstur era porque estábamos convencidos de que alguien más habría logrado escapar. Teníamos la esperanza de que vos y *Sir* Arthur lograrais salir vivos de allí. Por cierto, ¿sabéis algo de *Sir* Arthur?

—Imagino que Greg tampoco os ha dicho nada acerca del destino del caballero, ¿verdad?

—No.

—*Sir* Arthur ha muerto —sentenció el rey—. Ha sido ejecutado por los mostures en una de sus plazas.

—¿Greg lo sabía? —Broxon empezaba a contagiarse del odio que consumía a Kariosh.

—No. Pero sabía que había sido capturado, y que le habían encerrado en las mazmorras del castillo. Greg me dijo que había conocido unos mercenarios, y que había la posibilidad de salvar a *Sir* Arthur. Salió de la posada en la que nos encontrábamos ocultos para encontrarse con esos mercenarios y solicitar su ayuda. Pero ahora veo el verdadero motivo por el que ese malnacido quería salir de la posada: para abandonar Móstur y, por lo que me has contado, huir como un cobarde.

—Permitidme que os entregue una montura para que nos acompañéis hasta vuestro ejército. Están deseosos de marchar hacia Móstur. Los hombres no han estado ociosos —Broxon dejó escapar una sonrisa, pero no continuó hablando. Observó cómo Kariosh subía al caballo que uno de los jinetes le había cedido. Ambos tenían prisa por llegar hasta el campamento, donde Kariosh esperaba poder intercambiar con Greg unas breves palabras.

Espoleados por sus deseos de iniciar la marcha contra Móstur, los leryones aceleraron el paso de sus monturas, cubriendo el recorrido que les separaba de la llanura en la que el ejército permanecía acampado, a menos de una jornada a caballo de la ciudad.

Llegaron al campamento antes del anochecer. Kariosh observó con satisfacción el trabajo que habían estado llevando a cabo sus hombres. Las torres de asedio se alzaban como gigantes de madera a punto de iniciar su avance. Las escalas con las que asaltarían las murallas se multiplicaban alrededor del resto de máquinas de guerra y utensilios para el ataque. Dos arietes convenientemente pertrechados con defensas para quienes se encargaran de llevarlos hasta las puertas de la ciudad, numerosas sogas con arpones y ganchos atados a uno de sus extremos… El monarca quedó sorprendido al contemplar aquel arsenal con el que sobrepasar las murallas de Móstur. Broxon lo acompañó al lugar de trabajo de quien se había convertido en el artífice de semejante poder de ataque.

—Su nombre es Torgush. Procedente de las tierras de los clanes, es un hombre poderoso en el combate, al mismo tiempo que un gran herrero y no menos diestro en el tratamiento de la madera. Entre sus amigos es conocido como *el constructor*.

El rey Kariosh contempló a aquel hombre de extraordinaria corpulencia, cargando con un tronco que tal vez no fueran capaces de llevar entre dos de los leryones que trabajaban con él. Tras dejarlo caer al suelo, el constructor dio nuevas órdenes a sus compañeros. A su alrededor, el sonido de las hachas talando la madera se había convertido en una incesante melodía.

—Así que tú eres el responsable de este extraordinario arsenal —Kariosh se acercó al constructor, que inclinó la cabeza al ver al rey de Leryon.

—Así es, majestad. Desde nuestra llegada a este sitio, mis hombres y yo nos hemos dedicado por entero a la labor que nos fue encomendada.

—Y por ello, seréis generosamente recompensados, Torgush. Es maravilloso —Kariosh paseó la mirada por las torres de asedio, cuya silueta se recortaba en medio de un oscuro atardecer—. Gracias a tus creaciones, asaltaremos la ciudad y nos adentraremos tras sus muros. Dime, constructor. ¿Podré contar contigo para el ataque a la ciudad?

—Por supuesto, señor —Torgush esbozó una amplia sonrisa—. Os pediría el honor de luchar a vuestro lado cuando las puertas de Móstur hayan caído rendidas ante nuestro ataque, y sus murallas superadas por nuestro ejército.

—Llegado el momento de la batalla —Kariosh dirigió la mirada a

Broxon—, dadle un caballo y que se sitúe junto a mí. Este hombre se ha ganado el honor de ser uno de los primeros en poner los pies en Móstur.

Broxon asintió, complacido al ver la satisfacción mostrada por el monarca.

—Y tú, Broxon, ¿me seguirás en la batalla?

—Con orgullo, majestad. Os seguiré hasta el corazón de la ciudad si me lo pedís.

—Me alegro de que lograras escapar de los mostures. Y estoy convencido de que serás un buen líder en la batalla. Por eso me gustaría que fueras el capitán de mi caballería. Comandarás a nuestros jinetes.

—Gracias por semejante honor, majestad —Broxon inclinó ligeramente la cabeza.

—Y ahora —Kariosh dejó escapar una sonrisa mordaz—, llévame ante Greg.

Broxon guio al rey a través del campamento. Por el camino, imaginó que a Greg le esperaba un castigo ejemplar. Para muchos, supondría una invitación a no escapar de la batalla, a no tratar de huir llegado el momento de empuñar las armas. Para él, suponía dejar atrás a un adversario por el poder. Greg era un buen guerrero. Seguramente, Kariosh ordenaría azotarle o le obligaría a situarse en la vanguardia del ejército llegado el momento de la batalla. En cualquier caso, ya no tendría la influencia que parecía haber adquirido con su plan de incursión en Móstur, una incursión que finalmente había culminado en la muerte de *Sir* Arthur, el caballero predilecto del rey y uno de los hombres más respetados de Leryon.

Los ojos de Broxon adquirieron un brillo especial mientras su mente especulaba con un ascenso en el poder tras la batalla. Si cumplía con su deber, el rey Kariosh le otorgaría tierras, le nombraría caballero, y le recompensaría generosamente con otras riquezas obtenidas tras la conquista de la ciudad.

Greg permanecía atado a un árbol, vigilado por aquellos que le habían capturado en su huida. Junto a él, también se encontraban otros dos guerreros a los que Kariosh reconoció nada más verlos. Eran los que habían estado con él en la posada.

—Así que los capturasteis cuando intentaban escapar del campamento, ¿verdad?

—Sí, majestad —respondió el oficial que estaba al mando de la guardia.

Kariosh se acercó a los prisioneros. Paseó entre ellos una mirada de odio que les hizo bajar la vista y perderla en el suelo. Estaban

sentados y atados de pies y manos.

—¿Y qué os han contado estos malnacidos a su regreso de Móstur? No, espera. Prefiero escucharlo en boca del propio Greg.

Kariosh habló en voz alta para que todos le escucharan. Se agachó frente a Greg, que sintió un escalofrío al contemplar la mirada del rey, fija en él, esperando una respuesta. El rey tomó una ramilla del suelo y empezó a realizar trazos en la arena.

—¿Y bien, Greg? ¿No les has contado a nuestros amigos lo ocurrido en Móstur? ¿No les has hablado del destino que aguardaba a *Sir* Arthur?

El prisionero callaba. El miedo se había apoderado de él, paralizando sus sentidos.

Kariosh extrajo su puñal y empezó a jugar con él. Aquel gesto desató la lengua de Greg, que inició su confesión.

—No les hablé de lo que sucedió en Móstur. Solo les he dicho que, tras vernos sorprendidos por los mostures, mis hombres y yo logramos salir de allí con vida y que no sabía el destino de los demás.

—Bien. Ya veo que una vez más pretendías escapar tras tus mentiras, de igual modo que huiste de Móstur después de mentirme a mí, a tu rey. No existían esos mercenarios de los que me hablaste, ¿verdad? Lo único que pretendíais era aprovechar la ejecución de *Sir* Arthur para escapar de Móstur.

Kariosh se puso súbitamente en pie y escupió sus palabras.

—¡Me traicionasteis! ¡Nos abandonasteis! —las palabras del monarca estremecieron a cuantos se encontraban con él.

Broxon comprendió que el castigo a Greg y sus hombres iría mucho más allá de lo que había imaginado. Al igual que él, los hombres que custodiaban a Greg temieron que el monarca manchara su puñal con la sangre de los prisioneros.

—*Sir* Arthur ha muerto —Kariosh recuperó el tono habitual de su voz—. Tras pasar un día en las mazmorras de Móstur fue llevado a la Plaza del Poder, donde lo ejecutaron. Mientras tanto, Greg, tú y tus amigos escapabais de la ciudad y ahora pretendíais huir de la batalla, para regresar al este… con el dinero que te di para esos mercenarios. ¿Sigues teniendo ese dinero, Greg, o has tenido tiempo suficiente para gastarlo en algún burdel de Móstur, la noche en que *Sir* Arthur aguardaba en las mazmorras su trágico final?

A una señal del rey, el oficial se adelantó y registró a Greg. Encontró la bolsa y se la entregó a Kariosh, que empezó a jugar con ella, haciendo sonar las monedas que había en su interior.

—Tú y tus hombres deberíais morir ejecutados de igual modo que *Sir* Arthur, decapitados en medio del campamento para que los demás

comprendan cuál es el destino de los traidores a Leryon. Pero no…

Por un instante Greg se sintió aliviado. No fue más que una quimera, una breve ilusión.

—Los traidores como vosotros no merecen la misma muerte que tuvo nuestro caballero. Vuestra muerte no puede ser tan dulce y rápida. No… Os merecéis un sufrimiento que redima vuestra deslealtad. Vuestros gritos de dolor serán escuchados en cada rincón del campamento, vuestra muerte servirá de ejemplo para quienes puedan estar pensando en una deserción.

Greg y sus hombres no fueron capaces de articular una sola palabra, ni una sola súplica por su vida. Cuando el rey Kariosh tomaba una decisión, esta era irrefutable.

—Llevadlos al centro del campamento —ordenó el rey—. Y llevad también leña. Se avecina una fría noche.

La oscuridad sorprendió a Kariosh en el interior de su tienda. Quería estar un momento a solas para reflexionar sobre lo ocurrido en Móstur, no solo para rememorar los trágicos sucesos vividos allí, sino también para recordar su tránsito por las callejuelas de la ciudad y la huida a través de una de sus puertas.

A medida que la mente le devolvía imágenes de los mostures, su odio hacia ellos crecía en su interior, haciendo sangrar la herida abierta en su corazón tras la muerte de *Sir* Arthur. Recordó una vez más al caballero, su entrega a los intereses de Leryon, su lealtad hacia él. Era la persona por quien más respeto había sentido, y le había fallado. Ya nunca podría saber si, de acercarse a él cuando fue herido, habría tenido tiempo suficiente para sacarlo de allí, para evitar su muerte. Sería una incertidumbre que arrastraría siempre en el interior de una conciencia maltrecha que reclamaba venganza contra los asesinos del caballero; una conciencia que ahora parecía exigirle el derramamiento de sangre enemiga, la sangre de los traidores. La muerte de Greg y sus amigos saciaría temporalmente la necesidad de dejar salir la ira que desbordaba todo su ser.

Kariosh se vio sonriendo de forma maléfica; una sonrisa que solo pudo escuchar él, torciendo la boca en una expresión que rozaba la locura. Había llegado la hora de mostrar a los suyos el castigo que caería sobre cualquier traidor a Leryon. La sangre de los desleales serviría de ofrenda a Lorwurn. Habría de ser una ofrenda silenciosa, casi íntima entre él y el dios a quien encomendaba su destino. No quería que su ejército viera en Lorwurn a una deidad hambrienta de carne humana o sedienta de su sangre, sino que sus hombres deberían servir a Lorwurn como el ardiente guerrero que les conduciría a la victoria.

El monarca se puso de rodillas. Cerró los ojos y trató de imaginar la ciudad de Móstur consumida por el fuego de su ira, arrasada por una destrucción que traería consigo un nuevo renacer de la ciudad bajo la bandera de Leryon.

«Ayúdame, oh padre de los hombres, a aniquilar a aquellos que se te oponen. Bendice nuestro camino hacia la conquista que nos disponemos a iniciar, y guíanos a la victoria sobre nuestros enemigos. Acepta el sacrificio que me dispongo a ofrecerte, la sangre de aquellos que han traicionado tu voluntad. Que su muerte sirva de ejemplo para nuestros ejércitos e infunda en ellos, no temor, sino la necesidad de contemplar a nuestros enemigos abatidos a nuestros pies. Que los lamentos de los traidores sean la premonición del dolor de los mostures, de un sufrimiento que ha de propagarse por su ciudad hasta que todos ellos exhalen su último aliento y se conviertan en polvo y cenizas».

Nada más concluir su plegaria, Kariosh salió de la tienda, con la determinación de quien ha escuchado la respuesta a sus oraciones.

—Reunid a todos —ordenó a Broxon y sus oficiales—. A los que se encuentran en el campamento, y a los que están en las inmediaciones. Que todo nuestro ejército sea testigo del castigo que espera a quienes traicionan la confianza puesta en ellos por su rey.

Broxon obedeció de inmediato. Él y sus oficiales realizaron un llamamiento a todas las facciones del poderoso ejército de Leryon. La orden de Kariosh se escuchó allí donde pudiera haber un guerrero esperando el momento de marchar hacia la ciudad.

El campamento estaba desbordado por la muchedumbre de guerreros congregada allí para escuchar a su rey. Estaban convencidos de que, por fin, había llegado el momento de anunciar el inminente avance hacia Móstur, una marcha que esperaban iniciar al día siguiente.

—La espera ha terminado —dijo Torgush a los suyos—. Ha llegado el momento de que nuestras hachas dejen de clavarse en los troncos que hemos convertido en útiles herramientas. A partir de mañana, nuestras hachas solo probarán la carne de los mostures… ¡Y se saciarán con su sangre!

Sus más allegados aplaudieron aquel breve discurso con el que el constructor alentaba a los suyos, a quienes había transmitido las felicitaciones del rey por el incansable trabajo que habían desarrollado desde su llegada.

—El rey ha visto nuestras armas —continuó hablando Torgush, entusiasmado ante la audiencia que, a las afueras del campamento, escuchaba sus palabras en medio de una oscuridad únicamente rota

por el fuego de las antorchas y hogueras que había a su alrededor.

Las palabras del constructor fueron interrumpidas por aplausos y gritos de aprobación.

—Y ahora, nuestro monarca nos ha congregado en esta gran noche, sin duda para comunicarnos el inminente ataque sobre Móstur. Hoy es un día grande, venid conmigo, amigos. El momento de la victoria está más cerca. El rey Kariosh nos mostrará el camino.

Al igual que Torgush y los suyos, los demás guerreros se aproximaron al campamento, que fue desbordado por el ejército, dejando en su centro un pequeño espacio iluminado por una gran hoguera que era continuamente alimentada.

El rey Kariosh contempló, orgulloso, una multitud enardecida. Por un instante, recordó la muchedumbre que había acudido a la Plaza del Poder, mucho menos numerosa que la que ahora tenía a su alrededor. El ansia de venganza devoró el resto de los pensamientos que atravesaban su mente. Imaginó la hora de partir en compañía de todos aquellos guerreros, muchos de los cuales quedaban lejos de su mirada, en un horizonte oscuro e infinito. Los cimientos de Móstur temblarían al sentir su llegada. Olvidándose de Taenara y los soldados que pudiera añadir a su grandioso ejército, Kariosh decidió no retrasar más días el avance sobre la ciudad.

—¡Hombres de Leryon, mis amigos! —gritó Kariosh con voz poderosa—. Largo tiempo hemos tenido que esperar para encontrar la oportunidad de retomar lo que es nuestro. Demasiados años y generaciones que han contemplado Móstur desde la distancia, como una tierra ajena… Ahora nos toca a nosotros devolver la grandeza a nuestro reino, convertir Leryon en lo que un día llegó a ser.

Las palabras del rey encontraron su respuesta en un atronador estruendo de aplausos, maldiciones a Móstur y llamamientos a la guerra. El monarca paladeó aquel instante como un augurio de la victoria que todos ellos ansiaban.

—No dudo de vuestra lealtad y vuestra determinación para destruir las murallas de la ciudad y adentrarnos en su interior. Móstur será destruida. Sus habitantes caerán ante el filo de nuestras espadas. Sus casas, templos y palacios… terminarán reducidos a cenizas; cenizas sobre las que edificaremos una nueva ciudad.

Kariosh dejó que nuevamente su ejército respondiera con entusiasmo a sus interpelaciones.

—Pero hay algunos que han traicionado nuestra confianza.

El monarca hizo llamar a los prisioneros al tiempo que los soldados colocaban varios montones de leña junto a tres troncos fijados al suelo.

Greg y sus amigos fueron atados a los troncos. A su alrededor se amontonaron las ramas y la leña. Uno de los soldados encendió una antorcha y aguardó la orden de Kariosh.

—La traición no debe quedar impune. Es un delito imperdonable, que únicamente merece el castigo de la muerte. Estos hombres traicionaron mi confianza, la confianza de nuestro pueblo. Que Lorwurn se apiade de sus míseras almas.

Sin decir nada más, Kariosh ordenó llevar a cabo la ejecución.

El portador de la antorcha se aproximó a los prisioneros. Entre la muchedumbre, el silencio era absoluto y solo el crepitar de las llamas rompía con sus susurros la calma reinante en medio de la oscuridad.

Pronto las llamas iniciaron su recorrido. Como sigilosas serpientes, fueron rodeando a sus víctimas, trazando luminosas líneas que terminaban convirtiéndose en un fuego devorador dispuesto a engullir a los traidores. Los primeros gritos no tardaron en acaparar la atención de todos los que contemplaban la escena del sacrificio de Kariosh. El monarca elevaba sus plegarias silenciosas a Lorwurn al tiempo que los alaridos de las víctimas alcanzaban su plenitud, dando paso al silencio de la muerte.

Aquellos que se encontraban más cerca de Kariosh sintieron un estremecimiento recorriendo su interior. El rey observaba la escena con una infinita maldad reflejada en su rostro. Sus ojos no se separaban de la imagen del fuego consumiendo los cuerpos de aquellos malnacidos, en quienes vio reflejados a los mostures que habían presenciado con júbilo la ejecución de *Sir* Arthur. A todos ellos les aguardaba una muerte similar. No habría piedad para con ninguno de ellos.

La muerte de *Sir* Arthur había desatado un infierno en la mente del rey de Leryon, un fervoroso deseo de sembrar Móstur con semillas de sangre y muerte tras las cuales esperaba recoger los frutos de una nueva ciudad consagrada a Lorwurn. Los mostures morirían y su dios sería expulsado para siempre de las tierras que había mancillado durante demasiado tiempo. En la nueva ciudad instauraría el culto a Lorwurn, en agradecimiento por la victoria.

Los ojos del rey relampaguearon con el reflejo de las llamas. Su mirada no se separaba de los cadáveres calcinados que pronto no serían más que huesos y cenizas, y pensó que había sido demasiado compasivo.

«Deberían haber sufrido más», se dijo mientras sentía el calor de las llamas.

CAPÍTULO 37: MÓSTUR

Cuando lord Belson abandonó la Morada, el Gran Maestro subió a sus aposentos. Una amarga sensación se había apoderado de él: el recuerdo de las numerosas ocasiones en las que había intervenido en una ejecución pública o había ordenado un asesinato que debía quedar convertido en un eterno secreto. Su pasado más oscuro regresó de forma súbita. Estaba plagado de terribles crímenes, injustas decisiones, innombrables actos cometidos en nombre del dios de la Luz.

Se sintió mareado, como si su mente y su cuerpo lucharan entre sí, a punto de hacerle caer. Terminó sentándose en una silla junto a su escritorio. Los recuerdos no cesaban, y una creciente ansiedad se apoderó de él, la urgente necesidad de mostrar a Athmer su arrepentimiento más sincero. Quería ponerse en su presencia, llevar a cabo la más exhaustiva confesión de sus maldades y suplicarle el perdón definitivo a una crueldad que había logrado desterrar de su corazón, pero no de su conciencia.

Therios respiró profundamente. Lo hizo en varias ocasiones antes de ponerse en pie y sentirse mejor. Sus fuerzas se renovaban, la tristeza huía. En lo más profundo de la Morada se encontraba una sobria estancia, una capilla que para muchos era desconocida. Allí acudía el Gran Maestro en aquellos días en los que, por algún motivo, no había podido ir a orar a uno de los templos de la ciudad. Era el momento propicio para regresar a ese pequeño rincón en el que encontrarse a solas con Athmer y suplicar su perdón.

La vida había despertado en las principales estancias de la Morada, donde los clérigos, ya fueran novicios, denlores o zenlores, se entregaban a sus obligaciones. Los estudios y la lectura de los Textos Sagrados, la enseñanza de las normas comunes que habían de guardar, las reglas de la vida helvatia que muchos pronto abrazarían de forma permanente… Desde primera hora de la mañana, las actividades llevadas a cabo en la Morada constituían todo un cántico de alabanza a Athmer a través del estudio y aprendizaje de las enseñanzas impartidas por los zenlores.

Therios recorrió los pasillos del que ya era su hogar definitivo. Lejos quedarían los recuerdos de las lustrosas estancias del castillo, el mármol que envolvía algunos de sus más ricos rincones, y ese placer por estar cerca del poder y acariciarlo lo suficiente como para quedar prendado de él y emplearlo en el nombre de Athmer.

Descendió hasta los sótanos y, con la ayuda de una lámpara, se guio por los recónditos corredores que le llevarían hasta la pequeña capilla. Al abrir la puerta, el Gran Maestro percibió el olor que desprendían los muros de una estancia que había permanecido demasiado tiempo cerrada, sin una sola corriente de aire que aliviara su ambiente seco y cargado.

Therios sonrió al contemplar la estatuilla de Athmer que, en una pequeña hornacina, presidía aquel rincón de la Morada, un espacio que, a excepción de un asiento de madera, no dejaba a la vista más que la piedra que lo envolvía. De piedra era también el altar que, colocado junto a la pared donde reposaba la estatua, no tenía ningún uso en particular. En alguna ocasión había sido el lugar de descanso de algún libro empleado para facilitar la oración a Athmer.

En aquel momento, Therios no necesitaba ningún libro con las plegarias a pronunciar. Hablaría con Athmer desde el corazón, ese libro que permanecía siempre abierto a los ojos del dios de la Luz, pues como en ocasiones repetían los clérigos helvatios, «nada escapa a la mirada de aquel que todo lo ve».

El Gran Maestro echó la silla a un lado. No era momento de sentarse, sino de postrarse de rodillas ante aquel a quien suplicaría el perdón de sus más terribles actos y crueldades cometidas en el nombre de la Orden.

Las plegarias de Therios fueron sinceras, como lo fueron las lágrimas que brotaron de lo más profundo de su ser. Mantuvo los ojos cerrados nada más sentirlos desbordados por un silencioso llanto escondido tras el susurro de su voz.

Las palabras salían de la boca de Therios como si las hubiera memorizado durante horas. Su mente, en ocasiones algo más dispersa, estaba concentrada en la ardua tarea de repasar más de media vida repleta de actos contrarios a la voluntad de Athmer. Los recuerdos brotaban con fluidez, cobraban vida en la penumbra del altar, como si el Gran Maestro los presentara allí en un humilde y silencioso sacrificio. Los últimos años de su vida resumidos en sus mayores flaquezas y bajezas humanas. Therios observaba aquellas imágenes con ojos que no parecían los suyos, al menos por aquel entonces. Los sentimientos de rabia, tristeza y dolor se agolpaban en una estancia que parecía demasiado pequeña como para contener tantas emociones

desbordadas.

El tiempo se detuvo. Allí no llegaba la luz del día, ni los sonidos procedentes del exterior. Therios tenía la sensación de haber cruzado el umbral a un mundo sin tiempo ni espacio; allí solo parecían encontrarse los sentimientos que Athmer purificaría con su compasivo corazón.

Así lo sintió el Gran Maestro. Athmer se había apiadado de él. El perdón otorgado por el dios de la Luz había limpiado su conciencia. Pero aquel regalo exigiría una compensación. Therios escuchó en su interior aquello que le era solicitado como pago a la deuda que le había sido perdonada: dedicarse en cuerpo y alma a la enseñanza de la Fe en Athmer, no solo a los jóvenes novicios, sino también a los denlores y zenlores. Enseñar la verdadera voluntad del dios de la Luz, para que nunca más la Orden Helvatia cometiera atroces injusticias en nombre de su deidad.

El Gran Maestro abandonó la pequeña estancia y regresó al corazón de la Morada, que permanecía repleto de vida en aquel momento. En el exterior, las grisáceas nubes escupían torrentes de agua sobre la ciudad. Therios imaginó que lord Belson finalmente habría llevado a cabo la ejecución del prisionero. Era algo que a él ya no le incumbía, pero había visto en el Senescal un sentimiento que no había podido ocultar, una compasión hacia *Sir* Arthur que únicamente podría llevarle a un posterior arrepentimiento. El Gran Maestro tenía la certeza de que el caballero había sido asesinado. El pueblo no permitiría que uno de los mayores enemigos de Móstur lograra escapar con vida. Necesitaba ver en su sangre derramada un atisbo de esperanza. Lord Belson lo sabía muy bien.

—Gran Maestro… —escuchó a su espalda.

—Bartheos, ¿cómo te encuentras?

—Bien… Eso creo —el joven dejó al descubierto una expresión de duda que Therios supo interpretar.

—¿Eso crees? ¿No será que desde ayer tienes ciertos sentimientos… que no esperabas descubrir?

—Sí —contestó el hijo de lord Belson, mirando a uno y otro lado.

—Este no es el lugar más adecuado para hablar de tus inquietudes. Será mejor que me acompañes a una de las cámaras. Sígueme.

El Gran Maestro detuvo sus pasos en una de las estancias en las que él mismo daba clase a los novicios. En aquel momento se encontraba vacía y eran muy pocos los zenlores que se atrevían a interrumpir las conversaciones que Therios pudiera estar manteniendo con alguno de sus alumnos.

—Recuerdo la expresión de tu cara en algunos momentos de la

conversación con tu padre. Supongo que, al igual que él te ha notado muy cambiado, tú también has percibido algo distinto en él. ¿Me equivoco?

—En absoluto —respondió el joven—. Reconozco que esperaba que mi padre hablara de otro modo, o de otras cosas. Pero hasta algunos de sus gestos me resultan desconocidos.

—Esperabas encontrarte con el padre que recibe a su hijo tras una larga ausencia, y te encontraste a alguien que parecía más preocupado por los asuntos acerca del gobierno de la ciudad que por su propio hijo.

—Sí. Fue como si… Como si él ya no fuera mi padre —Bartheos dirigió una mirada fija a Therios, compartiendo con él la tristeza que dejaba aquella reflexión. Sus ojos brillaron con el reflejo de las lágrimas que aún se resistían a florecer sobre sus pupilas.

—Las personas pueden cambiar, Bartheos. Tu padre también lo ha hecho. Pero si de algo estoy seguro, es que su amor por ti no ha ido a menos. Sigue siendo el padre que se preocupa por su hijo, y está muy orgulloso de ti.

—Lo sé, pero…

—Pero ahora carga con una gran responsabilidad. Ha sido elegido senescal de la ciudad porque los nobles confían en él… Y nuestra Orden también. Siempre me ha parecido el más honrado de cuantos han ostentado algún poder en la ciudad. Y eso es lo que Móstur necesita en estos tiempos, un líder honrado que nos guíe en lo que se presenta como el futuro más incierto para todos nosotros.

—¿Puedo haceros una pregunta, Gran Maestro?

Therios asintió, deseando escuchar las inquietudes de un joven que había heredado de su padre el sentido de la justicia y la honradez de sus actos.

—En el Consejo de Móstur siempre ha habido miembros de la Orden. Ahora que esta comenzaba a tener un poder creciente en los asuntos de la ciudad… ¿por qué habéis renunciado a ello?

—¿Se trata de un reproche? —la pregunta inquietó al Gran Maestro, que nunca había visto en Bartheos el interés que otros mostraban por ir ganando influencia entre los suyos.

—No… Claro que no. Es solo que… Me sorprende que tomarais esa decisión de vital trascendencia.

—Zen Grimward hizo un mal uso de un poder que nunca debió haber tomado para sí mismo, en nombre de Athmer. Puso en peligro a nuestros hermanos, corrompiendo sus almas y exponiéndoles al odio de aquellos que nunca han abrazado nuestra Fe. Y desde el este, Leryon trae consigo promesas de muerte y destrucción. En estos

tiempos de guerra, no podemos poblar de enemigos este lado de las murallas, pues ya hay demasiados en el exterior.

—Pero ¿no teméis que, en algún momento, las leyes de Móstur puedan volverse contra las leyes de Athmer?

Therios sonrió al escuchar la insistencia de Bartheos. Le agradaba tener discípulos que manifestaran su curiosidad, que preguntaran acerca de las numerosas inquietudes que pueden rondar una mente joven y apasionada por descubrir algo nuevo cada día. Los discípulos ávidos de conocimiento terminan creando maestros inconformistas y enamorados de la vocación para la que han sido llamados. Una mente capaz de sacudir la de cuantos tiene a su alrededor es la fuente de un mayor saber para toda una comunidad.

—No lo temo, Bartheos. ¿Y sabes por qué?

El joven negó con la cabeza. Therios continuó hablando.

—En cierto modo, es un temor peligroso, que nos podría empujar a cometer la atrocidad de combatir poder con más poder, tratar de derrotar ese miedo con la imposición de las leyes de Athmer. Eso es lo que ha sucedido en los últimos tiempos. No podemos imponer un camino que cada uno debe seguir libremente. El sendero que conduce a Athmer debe ser encontrado solo por aquellos que lo buscan de corazón.

El Gran Maestro se percató de la tristeza con la que su discípulo había acogido aquellas últimas palabras.

—En mi caso —replicó Bartheos—, creo que más bien se trató de una imposición. Mi padre quería que fuera caballero helvatio, precisamente para ganar cierta influencia de la orden en los asuntos que pudieran afectarle a él.

Bartheos se sintió incapaz de seguir hablando tras haber hecho una confesión que hasta aquel instante había sido un secreto que debía quedar entre él y lord Belson.

—No te culpes por ello, Bartheos. Tal vez entraras a la Orden siguiendo el mandato de tu padre, pero mírame a los ojos y contéstame con sinceridad. ¿Siques entre nosotros por mandato de tu padre o porque realmente es el camino que deseas descubrir?

—Lo sigo porque creo que es mi verdadero camino.

—En ese caso, borra la tristeza de tu rostro y tu corazón. No tendrías por qué seguir en la Orden si de verdad no sintieras en tu interior la llamada de Athmer. Podrías haber hecho como tantos que, decepcionados por el rumbo que está tomando la Orden, únicamente querían ganar riquezas o gloria en el nombre de nuestro Dios. Eres libre para decidir, y ni siquiera tu padre, por mucho que ahora sea el senescal de Móstur, podría negarse a ver cumplida tu voluntad.

—Gracias, Gran Maestro. Gracias por guiar mi camino.

—No, Bartheos. Gracias a ti por ser la luz que me permita ver ese camino y ayudarte a seguirlo. Los verdaderos discípulos estáis llamados a formar parte de este nuevo rumbo. Por desgracia, ya quedamos muy pocos maestros y zenlores, y la mayoría estamos demasiado viejos. Debemos ir dando paso a savia nueva que revitalice nuestra Orden.

—Tengo que irme —dijo el joven, reconfortado por las palabras de Therios—. Yar Bolfren se enfadará si llego tarde a su clase.

—Se enfadará incluso conmigo si se entera de que yo soy la causa de ese retraso. Ve, Bartheos, y que Athmer esté siempre contigo.

El Gran Maestro acompañó a su discípulo hasta uno de los patios internos de la Morada. Él se quedó en el atrio que lo rodeaba.

El agua de la lluvia caía incesantemente. A través de los arcos que rodeaban el recinto cuadrado, Therios contempló las gotas que terminaban fundiéndose con el agua de la fuente que se encontraba en el centro de aquel pequeño rincón. Constituía una imagen hermosa y hechizante, que el Gran Maestro observó sin ninguna prisa por resguardarse de las gélidas corrientes de aire que habitaban de forma permanente en el atrio.

Tras una frugal comida en solitario, Therios se dirigió a la biblioteca, donde pasaría el resto de la tarde perdido en algunos de sus manuscritos. Días como aquel, en los que en el exterior gobernaba la lluvia y el frío, eran propicios para disfrutar de una buena lectura con la que ocupar gran parte de la tarde, escuchando la caída del agua como si de una hermosa melodía se tratara. El Gran Maestro dedicaba sus principales horas de lectura a los Textos Sagrados y a las memorias acerca de la historia de Móstur. Estas últimas le parecían de vital importancia, pues conociendo lo sucedido en el pasado resultaría más difícil cometer los mismos errores en el futuro. Aunque en este aspecto Therios era de los que pensaba que muchas veces los errores son los mismos, y lo único que es distinto son las personas que los cometen.

Para el Gran Maestro, la biblioteca de la Morada se había convertido en un santuario, uno de los lugares donde pasaba más tiempo con su más fiel compañía, los antiguos volúmenes que constituían lo que para él era el mayor tesoro de la Orden Helvatia.

—Gran Maestro… —la voz del joven denlor interrumpió una lectura que se había prolongado por más tiempo de lo habitual—. Os reclaman para las plegarias nocturnas.

—Qué rápido pasa el tiempo en este lugar —Therios cerró el libro lentamente y con no menos cuidado lo depósito en el lugar asignado, en una balda donde se encontraban numerosos volúmenes cuyo

contenido arrojaba cierta luz sobre el pasado de Móstur y los reinos cercanos.

—Dime, muchacho —el Gran Maestro no recordaba el nombre de aquel joven discípulo—, durante esta tarde, ¿ha venido alguno de los nobles, o el propio senescal?

—No, Gran Maestro. ¿Esperabais la visita de alguno de ellos?

—No… Bueno, en parte sí, pero seguramente no —Therios decidió no dar más explicaciones—. Olvídalo, chico.

Habían pasado muchas horas desde la visita de lord Belson, demasiadas como para no saber aún si finalmente *Sir* Arthur había sido ejecutado en la Plaza del Poder. Therios estaba convencido de que así había sido. Era una muerte inevitable. El pueblo, temeroso de la llegada de los leryones, exigiría el derramamiento de sangre. Sintió lástima por la temida ejecución. El prisionero habría resultado más valioso de cara a una negociación con Kariosh, en un encuentro que permitiera discernir el alcance del ejército venido del este.

Acompañado por el muchacho, Therios se dirigió al oratorio común de los denlores y zenlores, donde en ocasiones se realizaban algunos rezos en comunidad. Estos constituían una breve lectura extraída de los Textos Sagrados y a continuación una serie de plegarias y peticiones a Athmer. Después, la Morada quedaría envuelta en el silencio de la noche, una calma que no debería interrumpirse hasta la llegada del amanecer.

El Gran Maestro entró en la estancia, donde los clérigos que participarían de la oración se encontraban de pie, con la mirada puesta en una estatua del dios de la Luz que se encontraba en el lado en el que se ubicaba un viejo atril de madera. Sobre él reposaba el libro abierto por la página que Therios debería leer. El Gran Maestro lanzó una breve mirada a cuantos se encontraban allí presentes para, a continuación, hacerles partícipes de las palabras recogidas en los Textos Sagrados.

—En el nombre de Athmer, nuestro Dios y Señor, por quien nos adelantamos a la aurora, esperando la luz que nos llega con el regalo del amanecer. En cada despertar, el alba se nos abre como una muestra más de tu infinita bondad, y la noche no es sino el comienzo de la vigilia del nuevo día que está por llegar. Tú eres quien nos sostiene entre sus manos, protegiéndonos de nuestros enemigos. A ti venimos, padre de los hombres, a implorar tu divina misericordia. Derrama sobre nosotros la fuerza de tu Luz, que ella nos guíe en las noches más sombrías, en los momentos más difíciles. Pues solo aquel que pone su confianza en ti sale victorioso de sus batallas. No he de confiar en los hombres que atentan contra tu voluntad. Tú tienes

contados sus años de vida y ninguno de ellos escapará a tu justicia. Tiéndeme la mano, pues soy débil y sin ti mis fuerzas se desvanecen y mueren en la oscuridad. Sé tú la llama que guíe mis pasos, pues he trazado mi camino hacia ti, y nadie hará que abandone mi senda.

Therios cerró el libro tras la breve lectura que correspondía en aquella noche, una plegaria que antaño fuera escrita por uno de los primeros miembros de la Orden.

—Estas palabras que acabo de leer cobran una fuerza especial en la realidad de nuestros días. No solo debemos reconocer a Athmer como el dios que ilumina nuestras vidas. Debemos encomendarnos a él para que guíe nuestros pasos, para que no nos abandone en estos tiempos de incertidumbre. «Solo aquel que pone su confianza en ti sale victorioso de sus batallas». Es una certeza que debe ayudarnos a afrontar un sombrío futuro. Hemos trazado nuestro camino junto a ti, Athmer. Lo hemos dejado todo por ti. No renuncies a tus hijos. No nos abandones ante nuestros enemigos. Sé el refugio que nos proteja en la batalla.

Therios se separó del atril y dejó unos momentos de silencio, después del cual entonarían un cántico con el que finalizarían la oración nocturna.

Los pasillos de la Morada se llenaron de sigilosos pasos en dirección a las habitaciones. Los clérigos se disponían a abandonarse al mundo de los sueños. Therios fue el último en salir del oratorio. A diferencia de otros días, no sentía sueño ni cansancio. Tal vez su mente se negara a quedar silenciada en la oscuridad de la noche sin conocer antes el destino de *Sir* Arthur, un pensamiento del que el Gran Maestro no lograba desprenderse.

Para cuando Therios alcanzó la puerta de entrada a su habitación, las luces ya habían sido apagadas, y solo podía verse la tenue luz que, derramada por la luna, penetraba a través de las ventanas. En el interior de la Morada reinaban la penumbra y las sombras. El Gran Maestro estaba a punto de entrar en su alcoba, cuando se percató de algo que le resultó extraño. La puerta estaba entreabierta. Terminó de abrirla, y a punto de adentrarse en su interior escuchó una voz.

—Gran Maestro, ¿sois vos?

Therios reconoció aquella voz y no dudó en entrar en la habitación. Su pulso se aceleró al contemplar a quien le había hablado, que se encontraba sentado junto al escritorio. Tal y como su mente había dispuesto, aún le restaba un buen tiempo antes de dormir.

—Yar Gregor, me alegro de verte.

CAPÍTULO 38: CERCA DE MÓSTUR

Un cielo a punto de sucumbir a la llegada de la noche. Su inmensidad se oculta bajo las delicadas capas de una neblina volátil, huidiza, que vaga a su antojo como un guardián de mirada infinita que observa cada rincón de la ciudad. La oscuridad se cierne traicionera sobre unos habitantes que se refugian en las luces que iluminan la urbe. Sus diminutas llamas forman un brillante manto extendido allí donde las murallas abrazan la ciudad con firmeza, como los brazos de una madre que rodean a su bebé. Móstur duerme tranquila, abandonada al sueño de sus habitantes y a la vigilia de los guardias que la custodian. Todo está en calma; una noche cualquiera. O al menos así debería haber sido.

Un viento repentino y alevoso quiebra la noche. Trae consigo un estruendo que, primero, se percibe lejano, como un susurro en el horizonte; pero termina convirtiéndose en un atronador bramido que estremece a los habitantes de la ciudad. No se trata de una tormenta, sino de algo mucho más temible que una simple batalla más entre las nubes. Un primer rayo rojizo hiende el aire. Oculto por encima de la niebla, no se ve con claridad, pero es suficiente para alertar a quienes se enfrentan a un aciago destino. Le sigue otro, esta vez más cercano y visible. Por un instante, parte del cielo se tiñe de rojo. Es solo el comienzo de una tempestad de fuego, un infierno desatado en lo alto que termina irrumpiendo violentamente. El bramido y la llama cobran forma, la de una bestia de ojos de fuego y aliento candente. Sobrevuela la ciudad mientras arroja su terrible lluvia, dejando tras de sí un rastro de dolor y muerte. Móstur llora, sus calles se desangran arrasadas por la ira de la criatura.

Las murallas, impotentes, solo pueden llorar las vidas de aquellos a quienes no han logrado proteger. Torres que se derrumban derrotadas y edificios que son devorados por el fuego. La ciudad se convierte en una gigantesca hoguera que el dios Athmer observa desde lo alto, mientras escucha a sus desolados hijos, cuyas súplicas terminan muriendo con ellos. Athmer escucha,

pero no acude en su auxilio. Hace tiempo que les ha abandonado, poco después de que ellos se olvidaran de él.

—¡Helvatios!

La voz de uno de los hombres de Drisz despertó a Darreth de un sueño tan terrible como real. Había tenido la sensación de escuchar sus gritos, de haber contemplado, desde las alturas, el ataque de la criatura, un terrible dragón proveniente del norte. El novicio sentía su pulso acelerado, y un calor que recorría su cuerpo como si se hubiera encontrado demasiado cerca de todas esas llamas.

—¿Estás bien, Darr? —preguntó Zen Varion, que reparó en la sombría expresión de un rostro que había palidecido por momentos.

—Sí, maestro. No ha sido más que un sueño…

—Drisz os ha hecho llamar —el kadarí que les había importunado de forma repentina parecía tener prisa por cumplir la orden dada por su líder—. Tomad vuestras cosas y seguidme.

Los helvatios accedieron a abandonar la tienda con la premura que les era requerida. Al salir, vieron que apenas estaba amaneciendo. El resto del campamento seguía sumido en la calma del sueño. Tan solo quienes lo custodiaban permanecían de pie, vigilantes. Observaron a los helvatios cuando pasaron junto a ellos.

Drisz esperaba, fuera del campamento. Su semblante era serio.

—Atadlos —ordenó, con aparente indiferencia.

—¿Qué ocurre, Drisz? —preguntó Zen Varion. No obtuvo una respuesta inmediata por parte del kadarí, que hizo subir a cada clérigo en uno de los caballos que llevaban sus hombres.

—Tenemos que irnos —respondió finalmente cuando vio que todo parecía dispuesto.

Formaban un grupo pequeño. Darreth observó a los kadaríes. Eran cinco, contando a Drisz. Y todos iban armados con sus espadas, pertrechados como si fueran a la batalla. El novicio no logró entender nada de lo que ocurría. Hasta la noche anterior, Drisz se había mostrado cada día más amigable, más cercano. El denlor ya apenas recordaba cuándo había sido la última vez que el kadarí ordenara amarrarles.

—¿Qué ocurre? —preguntó a Zen Varion cuando este pasó a su lado, en un caballo cuyo jinete era un hombre corpulento que le dirigió una mirada severa al tiempo que le ordenaba callar con un inequívoco gesto.

Zen Varion únicamente se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Nada de preguntas —ordenó Drisz, que había escuchado al

novicio—. Marcharemos en silencio, pues ya estamos demasiado cerca de nuestros enemigos, demasiado cerca de Móstur.

El propio Drisz abría el paso que les conduciría a un paisaje que los clérigos conocían bien. Zen Varion esbozó una sonrisa al descubrir los grandes árboles de un pinar al que tiempo atrás había acudido en más de una ocasión para buscar esa paz que de vez en cuando solo creía encontrar fuera de los muros de la ciudad. Allí, el murmullo de los árboles acunaba su alma y remodelaba su espíritu, ayudándole a recobrar las fuerzas perdidas.

Zen Varion dirigió una mirada cómplice al novicio, que respondió con una tímida sonrisa, como si temiera que incluso el sonreír pudiera molestar a Drisz, cuyo comportamiento continuaba siendo un enigma. Darr también reconoció el bosque al que se dirigían. Había estado allí en más de una ocasión, acompañado por su maestro, así como otros discípulos ávidos de escuchar las enseñanzas de Zen Varion en medio de aquel remanso de paz, donde resultaba más fácil sentir la presencia de Athmer y el regalo que suponía disfrutar de una naturaleza con la que lograban encontrarse en armonía.

La sonrisa de Darr se borró pronto, cuando los gratos recuerdos de aquellas conversaciones en el bosque dieron paso a la incertidumbre de una extraña realidad. Buscó con la mirada a Drisz, que parecía inquieto, ausente. El kadarí permanecía en constante alerta, mirando a uno y otro lado como si temiera una emboscada.

El grupo detuvo su marcha al alcanzar la linde del bosque, que estaba enclavado en un valle desde el cual se podían ver las murallas de Móstur, una masa de roca que aún se percibía distante. Drisz permanecía con la mirada fija en la ciudad que, aún lejana, dejaba a la vista parte de su esplendor; un encanto capaz de cautivar a todo aquel que se acercara lo suficiente como para caer presa de su embrujo. El kadarí se giró, y fue entonces cuando los helvatios pudieron ver en él un atisbo de alegría. Fue un momento breve, pues en cuestión de segundos cayó nuevamente en ese estado de ansiedad que parecía haberle poseído desde el primer instante del día.

—Bajadlos —ordenó con voz calmada, casi en un susurro.

Tras descender de los caballos, los helvatios quedaron frente a él, con las manos atadas y la duda reflejada en sus rostros.

—Mis exploradores regresaron de madrugada —Drisz hablaba de tal modo que apenas le escuchaban quienes se encontraban junto a él —. Me informaron de que estábamos ya muy cerca de vuestra ciudad. Me hablaron de la belleza de sus murallas y sus torres, la visión de la fortaleza ubicada en la confluencia de ambos ríos, y de los tesoros que probablemente encontraríamos en su interior. Supongo que os

imagináis lo que ello significa.

—Vais a luchar por Kariosh —respondió Darreth, con la certeza de que el ejército kadarí se uniría a los leryones.

—Así es, muchacho —confirmó Drisz—. Algunos de esos exploradores son mis mejores hombres y, en cierto modo, reflejan el sentir común de mi ejército. Ahora estoy convencido de que quieren formar parte de la conquista de Móstur y no se conformarán con otra decisión que no sea ir a la guerra.

—¿Atacarás nuestros templos? —inquirió Zen Varion—. ¿Matarás a nuestros hermanos?

El kadarí tardó en responder. Al igual que sus hombres, él también había quedado cautivado por la belleza de Móstur.

—Mi deseo va más allá de obtener un botín con el que regresar a Kadar. Mi intención es establecerme en la ciudad, una vez conquistada. Traeré a mi familia, y viviremos al abrigo de una muralla que, sin duda, tendremos que reconstruir. Las tierras de los clanes resultan en ocasiones demasiado inhóspitas y salvajes, pues en sus montañas habitan hombres para quienes la vida no parece valer demasiado. No me gustaría atacar a los vuestros, ni es mi intención quemar vuestros templos. No tengo nada contra vuestro dios, Zen Varion, pero si tengo que acabar con alguno de vuestros hermanos para ver cumplido mi sueño de regresar aquí con mi mujer y mis hijos, lamentaré el tener que hacerlo, pero lo haré.

—¿Por qué nos has traído hasta aquí? —Zen Varion empezaba a temer por lo que Drisz pudiera hacerles, ahora que ya no le resultaban útiles. Seguían atados, y bajo la mirada de aquellos hombres armados que parecían sedientos de sangre ahora que la batalla parecía inevitable.

—No puedo llevaros conmigo. Y tampoco podré venderos como esclavos. El ejército de Kariosh se encuentra al oeste del bosque. El rey espera en una gran llanura, donde se está congregando su ejército —Drisz miró a uno y otro lado, como si temiera que parte del ejército de Kariosh pudiera estar tan cerca como para observarlos—. Seguidme.

Se adentraron en el bosque, donde encontrarían el refugio de los altos pinos que oscurecían su interior. El paraje estaba en calma, lejos de lo que seguramente aguardaba al otro lado, donde se encontrarían los leryones.

Los helvatios caminaban mirando de reojo a los hombres de Drisz, que en todo momento mantenían su aspecto fiero y temible, con una mano siempre cerca de la empuñadura. No se habían bajado de sus caballos, por lo que los clérigos eran los únicos que iban a pie.

Drisz no tardó mucho en detener la marcha. Descendió de su montura y se quedó a apenas un paso de Darreth y Zen Varion, que seguían sin comprender nada. El kadarí extrajo un puñal al tiempo que esbozaba una cálida sonrisa.

—Aquí ya estamos a salvo.

—¿A salvo? —inquirió Darreth.

—Perdonad si mis hombres y yo nos hemos mostrado demasiado toscos durante el trayecto hasta aquí. Kariosh puede tener exploradores en las inmediaciones del bosque y lo último que querrían contemplar es a mí o a mis hombres dando cobijo a quienes se supone que son nuestros enemigos. Kariosh es un hombre desconfiado, y tal vez dudaría de mi fidelidad.

«Pero de algún modo, le estás traicionando», pensó Darreth, con la certeza de que no sería bueno pronunciar esas palabras en voz alta.

Drisz acercó el puñal a la soga que amarraba las manos de Zen Varion. A continuación, liberó también a Darreth. Su expresión era la de días anteriores, cuando había compartido con los helvatios no solo la comida o cena, sino también esos momentos en los que los clérigos se abandonaban a sus oraciones, algunas de las cuales el kadarí no llegaba a entender, al ser pronunciadas en una lengua arcana.

—Habría tenido un problema si durante el trayecto desde el campamento hubieran aparecido los leryones.

—El verdadero problema lo hubiéramos tenido nosotros —respondió Darr, reconfortado al verse libre de sus ataduras.

Drisz se esforzó en contener una carcajada. Ni siquiera en el bosque podía sentirse completamente a salvo de la mirada de Kariosh.

—Espero que lleguéis a tiempo de avisar a vuestros hermanos. Abandonad la ciudad, huid lejos de la espada de Kariosh.

—¿Abandonarla? —respondió Zen Varion—. Sabes que eso es imposible. La Orden Helvatia no puede huir de Móstur. Es nuestra obligación defender la ciudad y proteger a nuestros hermanos que habitan la Morada. En cuanto a nuestros caballeros, es probable que se unan a los ejércitos de la ciudad.

—Lo imaginaba, pero tenía que daros ese consejo. En ese caso, ocupaos de defender bien vuestros templos. Mis hombres y yo procuraremos no acercarnos a ninguno de ellos. No conozco muy bien a ese dios vuestro, pero no me gustaría sentir su ira. Si en algún momento veis la batalla perdida, no muráis de forma estúpida, por favor.

Darreth asintió con la cabeza. El kadarí hablaba con sinceridad, desde lo más profundo de su corazón, donde en aquel momento habitaron sentimientos de tristeza por la despedida, y de temor por la

mera posibilidad de volver a encontrarse a los helvatios en medio de la batalla.

—Sobrevivid, mis queridos amigos.

—Lo mismo te digo, Drisz —respondió el maestro helvatio—. Te has mostrado como un hombre honorable. Te tendremos presente en nuestras plegarias a Athmer. Que él guarde tu vida.

—No creo que vuestro dios sea tan generoso conmigo, pues al fin y al cabo estoy a punto de adentrarme en su ciudad.

—En Móstur también habitan enemigos de Athmer —Darreth miró a su maestro, que asintió a una afirmación que ambos compartían.

—Y ahora, los servidores de Lorwurn se unen a ellos para acabar con vuestra Orden. En mi caso, no espero la compasión de ningún dios, pues siempre me he mantenido alejado de todos ellos, no por negar su existencia, sino porque he visto en ellos el reflejo de un odio más propio de hombres que de cualquier deidad. Pero la próxima vez que habléis con Athmer, rogadle por quienes os salvamos la vida.

Drisz ordenó que le trajeran una montura. Tomó las riendas del caballo mientras lo acariciaba y se las entregó a Zen Varion.

—Espero que seáis capaces de encontrar un camino seguro hasta vuestra ciudad —estrechó el brazo de los helvatios en señal de despedida—. Nuestros destinos se separan aquí, y espero que no vuelvan a cruzarse en mucho tiempo. Os deseo fortuna en este futuro tan incierto para todos.

Los helvatios pronto desaparecieron a la vista de Drisz. El kadarí se quedó inmóvil, reflexivo. Sus ojos se posaron en el paisaje que se dibujaba más allá del bosque, donde la ciudad de Móstur se veía como un sueño, casi un espejismo a punto de desvanecerse.

—Ni una palabra a los demás —ordenó Drisz a quienes le seguían —. Hemos hecho lo correcto, pues lejos de dejar marchar a enemigos peligrosos, es posible que nos hayamos ganado, no solo la compasión de su dios, sino el favor de la Orden si en algún momento alguno de nuestros amigos cae prisionero.

Los helvatios se adentraron en el bosque a lomos de su montura. Zen Varion conocía de la existencia de un camino que, partiendo del noreste, serpenteaba lejos del río, casi perdido en la maleza. Ese sendero los llevaría a Móstur sin ser vistos por los leryones. Los clérigos ya sentían más cercano el regreso a su hogar, y eso les llenaba de sentimientos de alegría y temor por igual, pues no sabían si en el interior de los muros de Móstur encontrarían más amigos o enemigos de la Orden.

—Debemos encontrar a Therios —sentenció Darreth al escuchar las palabras de preocupación de su maestro—. Debemos hablar con él, a

solas.

CAPÍTULO 39: MÓSTUR

Yar Gregor se encontraba envuelto en la penumbra, acariciado por la tenue luz de la luna. Al escuchar al Gran Maestro, se puso en pie para recibirlo. Therios lo abrazó con tal fuerza que casi le hizo dudar que fuera él quien hubiera entrado en la estancia y no otro maestro más joven.

—¿Cuándo has llegado? —Therios encendió una lámpara y se sentó en el camastro, invitando a Yar Gregor a tomar asiento de nuevo.

—Esta mañana.

—¿Y cómo es que no has venido a verme hasta ahora?

—No quería que me reconociera nadie. Aunque no ha sido demasiado difícil. Los ciudadanos estaban demasiado entretenidos en la Plaza del Poder con la ejecución que le habéis regalado.

—¿Que le hemos regalado, dices? —Therios respondió, frunciendo el ceño. Yar Gregor comprendió que no había terminado la frase de un modo afortunado.

—¿Quién ha sido el responsable? ¿Quién ha ordenado matar al hombre de Leryon?

El caballero confirmó las sospechas que el Gran Maestro había tenido acerca del triste final de *Sir* Arthur.

—Me temo que las cosas han cambiado bastante desde tu partida. Espero que no encontraras a ningún miembro de la Orden entre la muchedumbre. Prohibí de forma expresa que acudiera cualquiera de nuestros hermanos. Los derramamientos de sangre no son espectáculos que deban presenciar… Ya no.

Yar Gregor sonrió de forma irónica. Él, que no solo había presenciado ejecuciones en la Plaza del Poder, sino que las había protagonizado como verdugo. La mente del caballero le devolvió terribles imágenes de cabezas separadas de sus cuerpos, de pequeños ríos de sangre que desbordaban los tablones de madera para mancillar el empedrado suelo de la plaza.

—Lamento que fueras obligado a formar parte de ello, amigo mío.

—Entonces, ¿qué ha sucedido realmente? ¿Quién ha ordenado

ejecutar al leryón?

—Fue lord Belson.

—¿Lord Belson? —repitió Yar Gregor, incrédulo.

—Sí. Ha sido nombrado senescal de Móstur. ¿No se encontraba allí?

Yar Gregor negó con la cabeza.

—¿Por qué se le ha dado el poder sobre la ciudad? ¿Y nuestra Orden?

—Como Gran Maestro, hablé en nombre de todos los helvatios. Nuestra Orden ha renunciado a cualquier fórmula de poder sobre Móstur, ya sea de una forma directa y única o a través de nuestra presencia en el Consejo. El culto a Athmer trasciende cualquier ambición por ejercer el gobierno de la ciudad. Esa decisión ha provocado que muchos jóvenes hayan abandonado la Orden. En cuanto a lord Belson, los demás nobles y yo… Todos hemos considerado que lo mejor en este momento es que él se encargue del gobierno provisional de la ciudad de cara a la guerra que se avecina.

Por un momento, Therios recordó el motivo por el cual Yar Gregor había abandonado la ciudad. El caballero, centrado en conocer las últimas noticias de Móstur, también parecía haberse olvidado de todo lo demás.

—¿Encontraste al asesino de Zen Grimward?

—Sí, lo encontré en una posada.

—¿Y qué sucedió? —Therios se mostró impaciente—. ¿Por qué no lo has traído?

—Fue asesinado —Yar Gregor prosiguió su relato antes de que el Gran Maestro tuviera oportunidad de continuar preguntando—. Me dijo que habíais sido vos de quien había recibido la orden de matar al Presthe, a través de una carta que, aunque venía firmada con vuestro nombre, tenía la letra… la letra de Zen Grimward.

—Eso es imposible…

—Sé que era su letra. La conozco demasiado bien.

—¿Quién asesinó a ese malnacido?

—Fueron unos mercenarios. Él me dijo que esperaba a los helvatios que debían pagarle el resto del dinero acordado. Cuando llegaron allí, lo mataron y decapitaron. Justo antes de hacerlo, escuché a uno de los mercenarios decirle que Zen Grimward le enviaba sus saludos.

Therios quedó petrificado por el relato de Yar Gregor, en lo que parecía un delirio propio de un sueño. Por qué iba Zen Grimward a ordenar a ese hombre que acabara con su vida. Conocía bien al Presthe, y estaba convencido de que aquel hombre nunca sería capaz de sentir deseos de morir.

—¿Notaste en Zen Grimward algo extraño en los días anteriores a su muerte? —preguntó Therios.

Yar Gregor negó con la cabeza. Al igual que el Gran Maestro, Zen Grimward era un hombre lleno de vitalidad, una energía que había empleado de un modo inapropiado al instaurar la tiranía en nombre de Athmer. Nada hacía pensar que pudiera sentir el deseo de morir, y menos de la forma en que lo había hecho.

—Si Zen Grimward hubiera querido quitarse la vida, lo más sencillo habría sido beber un veneno. Sin duda él conocía varios, algunos de los cuales ni siquiera causan dolor. ¿Por qué iba a morir de semejante modo, asesinado vilmente en un torneo, a la vista de todos?

Por un momento, un pensamiento cruzó la mente de Therios de un modo frugal, como si de la visión de un rayo se tratara. Desechó esa idea de forma inmediata. No era el momento de hablar con Yar Gregor acerca de las profecías de los dioses.

—Hay algo que me preocupa aún más —habló Yar Gregor, recordando lo sucedido a la vuelta—. Algo que no tiene nada que ver con Zen Grimward. Es sobre los dragones.

—¿Dragones? —inquirió el Gran Maestro, consciente de que iba a escuchar algo estremecedor.

—Sí. A mi regreso, vi a un grupo de helvatios que atacaban a unos soldados de Reish. Los helvatios acabaron con todos.

—¿Por qué iban a hacer algo así nuestros hermanos? ¿Pudiste reconocer quiénes eran?

—No. No reconocí a ninguno de ellos. Desde el lugar donde me encontraba resultaba difícil. Además, no pude permanecer allí mucho tiempo. Tras el ataque, apareció la bestia y atacó a los helvatios. Lo vi con mis propios ojos, Gran Maestro… Un gran dragón escupiendo llamaradas de fuego, sembrando la muerte allí donde ponía la mirada. Fue como contemplar el más ardiente infierno que se pueda imaginar. Gritos, cuerpos calcinados, muerte… Fue espantoso.

—Así que las profecías que hablaban de los dragones son ciertas.

—Había algo más —Yar Gregor recordó la última visión que había tenido antes de escapar de aquel terrible lugar—. Había una chica.

—¿También murió en el ataque del dragón? —Therios no salía de su asombro.

—No. El dragón no la atacó. Al contrario, la permitió subir sobre él y salió volando. Ambos desaparecieron.

—Así que es cierto —el Gran Maestro pensó en voz alta, con la mirada perdida.

—¿Qué es cierto?

—La profecía… Pero, no puede ser.

Yar Gregor no comprendió a qué hacía referencia el Gran Maestro, que le hizo partícipe de sus temores.

—Zen Grimward nos lo advirtió una vez. Se trataba de la misma profecía por la que el rey Dunthor fue condenado a muerte. El regreso de los dragones sería el desencadenante de una serie de terribles catástrofes para Móstur. Esa misma profecía también hacía referencia a la hija del dragón. El Presthe la mencionó en más de una ocasión, pero nunca llegué a creerle. Siempre pensé que las historias de dragones pertenecían a un pasado en el que la realidad se fundía con el mito, allí donde las leyendas cobraban vida al fuego de hogueras nocturnas; poderosas lenguas de fuego que distorsionaban los relatos de los antiguos héroes exagerando sus proezas hasta convertirlos en fantasías. Dragones… Quién lo iba a imaginar.

—Debemos prepararnos, Gran Maestro. Si una sola de esas criaturas viene a nuestra ciudad, estaremos perdidos.

—Tienes razón. Tenemos que avisar al senescal para que preparen defensas, no solo contra los leryones, sino también pensando en que una de esas bestias pueda atacarnos. Espero que lord Belson crea tu relato. Resulta casi imposible imaginar la presencia de una de esas criaturas entre nosotros.

—Una sola es suficiente para que toda la ciudad termine ardiendo en llamas.

—Tal vez la profecía se refiera a eso, y no a lo que el rey Dunthor pensaba. He estado buscando el pergamino que contiene esas malditas letras, pero no he conseguido encontrarlo por ninguna parte. Probablemente estuviera en poder de Zen Grimward. De ser así, es posible que ya nunca logremos descifrar su contenido.

—¿Tan importante es ese pergamino? —Yar Gregor frunció el ceño, en una expresión que a Therios le resultó demasiado extraña, como si el caballero estuviera ocultando algo.

—Yar Gregor —habló en un tono insinuante—, tú has pasado mucho tiempo en compañía de Zen Grimward, ¿no te habló en ningún momento acerca de la profecía?

El caballero respondió con sinceridad, sabiendo que tras la muerte del Presthe poco podría importar que rompiera la promesa que un día le hizo.

—La profecía se encuentra en el interior de la tumba del rey Dunthor. El Presthe me pidió que le ayudara a mover la losa. Ocultamos el pergamino entre los ropajes del rey. Zen Grimward me hizo prometer que no diría nada sobre ello.

—Tal vez el Presthe temiera que alguien más pudiera caer en el embrujo de esa profecía y se dejara llevar por una interpretación de la

misma, tal y como sucedió con el rey. Pobre Dunthor… Sentenciado a muerte por tratar de llevar a cabo aquello que creía que salvaría al pueblo. ¿Leíste la profecía?

—No, Gran Maestro. El Presthe dijo que esas palabras no debían volver a ver la luz.

—Entonces, ¿por qué no quemó el pergamino? —el Gran Maestro acarició su barba, pensativo—. Tal vez porque Zen Grimward pensó que en algún momento podría darse otra interpretación distinta a aquellas líneas malditas.

—Es posible. Creo que el Presthe siempre creyó en parte de esa profecía, pero no quería que el pergamino cayera en peligrosas manos.

«En las mías», pensó Therios. Él también había estado a punto de sucumbir ante el embrujo de algunos de los textos proféticos que caían en sus manos. Resultaba difícil, en algunos libros, diferenciar los hechos reales de las leyendas que contenían aquellos volúmenes cargados de leyenda y con un ancestral aroma a incertidumbres pasadas que nadie había logrado reflejar con claridad.

—Yo mismo llegué a sucumbir ante parte de esa profecía, y después me arrepentí.

Therios recordó la misión que le había encomendado a Yar Robert al enviarle con Zen Varion y Darreth. Tenía muy reciente el arrepentimiento de aquel cruel acto. La conversación con Yar Bolfren acerca de semejante crueldad le había devuelto recuerdos demasiado amargos como para volver a rememorar en compañía de Yar Gregor. El Gran Maestro evitó hablar de ello, pues no serviría para arrojar luz a ninguno de los interrogantes que atormentaban su mente.

—Zen Grimward estudió durante mucho tiempo los libros proféticos de Móstur. Le veía a menudo llevando pergaminos a sus aposentos. Estaba obsesionado.

—Y murió de un modo que resulta ciertamente desconcertante —el Gran Maestro se rompía la cabeza pensando cómo encajar las piezas de un terrible puzle en el que el asesinato de Dunthor, el regreso de los dragones y la misteriosa muerte de Zen Grimward solo parecían enmarañadas pistas con las que seguir tratando de descifrar los designios de Athmer, si es que realmente se encontraran en alguno de los Textos Sagrados.

Tras un profundo silencio en el que ambos parecían reflexionar acerca de lo mismo, Therios dejó al descubierto un pensamiento que no resultaría agradable para ninguno de los dos.

—Tenemos que ir a la cripta real, Yar Gregor —sentenció con rotundidad—. Tenemos que recuperar ese pergamino para poder estudiar su contenido. Y lo haremos esta misma noche.

CAPÍTULO 40: DESIERTO ROJO

Tras varios días en el Desierto Rojo, Shyra sintió cómo su cuerpo se había acostumbrado, de forma casi inexplicable, a las altas temperaturas y el incesante roce del sol. Sus sentidos se habían agudizado, y podía percibir olores e incluso sonidos que pasarían totalmente inadvertidos para cualquier ser humano. En su brazo, la marca continuaba teniendo un aspecto similar al de la piel del dragón. Incluso había aumentado levemente de tamaño. La chica había llegado a preguntarse si aquellos fenómenos no serían sino el comienzo de un proceso que la llevaría a transformarse en alguna especie de dragón.

Por un lado, tenía la sensación de estar más despierta, de dominar todo aquello cuanto tenía a su alrededor, como si en todo momento fuera capaz de percibir la inminente llegada de cualquier criatura que pudiera encontrarse en la cercanía. Por otra parte, no podía dejar de pensar en Drakkan. Su presencia en el templo, en convivencia con las criaturas, era como una traición a su amigo, que había muerto por culpa de ellas. Pero Drakkan no había tenido la oportunidad de comprenderlas, no había podido sentir lo que sentían los dragones en presencia de los humanos. De algún modo, Shyra había logrado empatizar con ellos, al conocer el motivo de la irreconciliable relación entre la raza humana y la de aquellos reptiles de orígenes ancestrales.

La mañana era cálida y despejada, como casi siempre. Al igual que los hombres, las nubes también parecían haber huido del paraje en el que se ubicaba el templo. El sol dominaba todo ya desde el mismo comienzo del día. Shyra se encontraba sentada junto a la escalinata de acceso al templo, buscando algo de sombra entre las columnas. No podía dejar de contemplar la marca. Se preguntaba si habría crecido respecto a la noche anterior.

—No te preocupes —habló Derit, que desde su llegada al templo no había hecho más que pasear y meditar en sus sótanos, contemplar las imágenes esculpidas en la pared y asegurarse de que Shyra no abandonaba las inmediaciones del recinto sagrado.

—¿Seguirá extendiéndose?

—No más de lo necesario. No se trata de una enfermedad.

—Desde que estamos aquí, he ido notando ciertos… cambios.

—Y me temo que, sin duda, todos esos cambios son para mejor, ¿verdad? Tal vez te ayuden a sentir más confianza en ti misma y aceptar, de una vez por todas, la misión para la que has sido enviada. Comprendo que aún sigas confusa, ¿quién no lo estaría? Si para muchos la mera existencia de los dragones es pura invención de una mente perturbada, el estar aquí, entre ellos, sintiendo sus miradas y, de algún modo, comunicándote con ellos, debe parecerte todo un sueño, o quizá una pesadilla.

—Más bien un sueño —respondió Shyra, con una sonrisa. La pesadilla era contemplarlos antes como las horribles bestias que todos los hombres ven en ellos.

—Afortunadamente, tú no lo ves así.

—No acabo de estar muy convencida…

—Ya te lo confirmo yo. Si realmente los vieras como bestias asesinas, créeme, los dragones lo habrían percibido, y no tardarías en morir víctima de las llamas. Tu cuerpo se uniría al de otros muchos que, viendo en los dragones a sus peores enemigos, dedicaron su vida a darles caza y acabar con ellos.

—¿Cuándo podré regresar?

—¿Regresar? ¿Se te ocurre algún sitio al que ir donde te encuentres más protegida que en este lugar abandonado?

—Aun así, tal vez este no sea mi lugar.

—Tu lugar… Has pasado tanto tiempo deambulando por tierras desconocidas que resulta casi imposible determinar cuál es tu verdadero lugar.

—Tienes razón —Shyra miró fijamente al tahúr—. En todas partes me han sido arrebatados aquellos a quienes vi como mis amigos: Drakkan, Sílax… y ahora Fistosh, Eric y *Sir* Geralt. Tal vez lo mejor sea quedarme aquí, en un lugar deshabitado. Pero tendrías que irte… Los que se quedan conmigo suelen terminar mal.

—Me iré llegado el momento, cuando vea que estás realmente preparada. Sígueme.

Derit caminó en dirección al interior del templo. Guio a Shyra hasta una de las cámaras, en las que se encontraba parte del tesoro formado por las ofrendas que durante tanto tiempo habían ido presentando los hijos del fuego. Aquellas riquezas se repartían por varios salones, pero Derit fue pasando de largo por todos ellos. El oro no le resultaba especialmente atrayente.

Había una estancia en la que se encontraba otro objeto que para Derit tenía un significado mayor. Era una sala pequeña y sobria, en la que únicamente había un único objeto que, a simple vista, no parecía

gran cosa.

—La armadura de Korth.

—Más que una armadura, parece un vestido —respondió Shyra, contemplando aquella prenda cuyo uso más bien parecía resguardar del frío y no del roce de las armas—. ¿Quién era Korth?

—Uno de los guerreros que antaño dedicaban su vida a matar dragones. Korth se vanagloriaba de encontrar los ejemplares más extraños que pudieran imaginarse. Los mataba y creaba prendas con sus pieles. Esta armadura, en concreto, está formada por la piel de uno de esos dragones. Si te fijas bien, podrás ver las escamas que la componen. A primera vista parece, como tú has dicho, un vestido o, cuando menos, un abrigo para proteger del frío. Pero es mucho más que eso. Korth supo que la piel del dragón al que había matado resultaba especial, y con ella creó esto. Es una armadura mucho más valiosa que cualquier otra que puedas encontrar, pues además de ser liviana, es eficaz contra el fuego de dragón. De hecho, el propio Korth la empleó para sus cacerías. Resistiendo las embestidas de aquellos dragones que respondían con fuego, logró abatir a otras muchas criaturas.

—¿Qué sucedió con él?

—Fue derrotado, pero no por un dragón, sino por los hijos del fuego, que le tendieron una emboscada. Tuvieron que ser muchos los que cayeron sobre él, pero finalmente, lograron reducirle. Le arrebataron la armadura y lo dejaron atado a un madero clavado en el suelo. Los dragones no tardaron en aparecer para cobrarse su venganza. Cuando el guerrero murió, los hijos del fuego presentaron esta armadura como una de sus ofrendas más valiosas al dios Dragón. Toma, póntela, a ver cómo te queda.

Shyra tardó en reaccionar, pero finalmente hizo caso a Derit. Tomó las partes de la armadura y cubrió con ellas su cuerpo. Le resultó agradable el tacto de aquella piel y el grisáceo color de las escamas que la componían, un oscuro mosaico que parecía ocultar a quien se vestía una prenda tan valiosa.

—Te queda muy bien —dijo Derit—. Quédatela, aquí ya no hay nadie que pueda reclamarla.

—Pero, si pertenece al dios Dragón…

—¿Quién mejor que su hija para llevarla puesta?

La muchacha negó con la cabeza.

—Desde que hemos llegado al templo, seguro que has comprobado cómo tus sentidos se han agudizado. La sangre de dragón comienza a estar presente en ti, corre por tus venas. Has ido comprendiendo mejor a estas gigantescas criaturas, y de algún modo has sido capaz de

comunicarte con ellas. Incluso has llegado a temer que en algún momento la marca que tienes en el brazo pueda extenderse por todo tu cuerpo, te salgan alas y llegues a convertirte en uno de ellos, ¿verdad?

—Así es.

—No vas a convertirte en un dragón, Shyra. Estás destinada a algo más importante que ser uno de ellos. Y estoy seguro de que muy pronto lo descubrirás… Pero no aquí.

—Es lo que estaba imaginando —respondió la chica, contemplando las escamas que ahora cubrían todo su cuerpo, haciéndola parecer un reptil.

—No te he regalado esta armadura para lucirla por los salones del templo, sino para que la emplees. Y me temo que no tardarás mucho en hacerlo. Si has de guiar a los demás hijos del dios Dragón, deberás ir a las tierras de los hombres.

—¿Y qué se supone que debo hacer allí? ¿Acabar con todos ellos y devolver las tierras a sus ancestrales pobladores? No haré tal cosa.

—No te he pedido que lo hagas… Ni ellos tampoco.

—Los hombres de Móstur me arrebataron a mis amigos. No tenían por qué haberlo hecho, pero los mataron… Esos helvatios, no dudaron en acabar con *Sir* Geralt, Eric y los demás… Tal vez el principal enemigo al que hay que derrotar no es a los hombres, sino a los dioses que les impulsan a cometer semejantes crueldades.

—Pero, quizá los dioses solo son un pretexto utilizado por muchos para llevar a cabo sus crímenes, amparados por la justicia divina.

—Aun así, esos mismos dioses lo permiten.

—Veo que empiezas a comprender el motivo por el cual el dios Dragón te ha elegido, así como el próximo paso que has de dar. Ha llegado el momento.

—¿Qué momento?

—Mi misión aquí ha finalizado. Estás a punto de descubrir lo que has de hacer, ya no me necesitas.

—¿Adónde irás?

—Aún tengo otros cometidos y lugares a los que ir antes de contemplar los designios que han de cumplirse. La guerra se acerca. Hombres, dioses… Todos se preparan para la gran partida: el tablero está presto y las piezas dispuestas para el inicio de la batalla.

—Y tú ¿no vas a jugar?

—Ya lo estoy haciendo, pero mi participación en el juego de los dioses está a punto de finalizar. A partir de este momento, solo me queda observar si las decisiones de cada bando son las correctas, y conducen a la victoria más rotunda o al mayor de los fracasos.

—En ese caso, yo ya he tomado mi primera decisión. Y esa decisión tal vez sea iniciar la partida —Shyra habló convencida de lo que debía hacer—. Tal vez haya entre los hombres muchos que merecen compasión. Pero otros merecen morir, al igual que su dios también merece desaparecer para siempre.

—¿Estás segura?

—Sí, no me cabe la menor duda —la muchacha caminó en dirección a la salida del templo.

—¿Adónde vas? —Derit la siguió.

—Lo sabes muy bien —dijo esbozando una sonrisa. En su mente, cobró nuevamente vida la escena que había contemplado en el bosque, y de forma especial el hombre que había acabado con *Sir* Geralt, el color de su capa y el emblema del árbol y la espada, símbolo de los caballeros consagrados a Athmer.

Nada más salir del templo, Shyra se detuvo para contemplar la escena que tenía lugar allí. Contó hasta una docena de dragones que parecían estar esperándola.

—Definitivamente, mi labor aquí ha terminado —sentenció Derit, observando a las criaturas que, fijando sus miradas en Shyra, parecían aguardar una orden—. ¿Sigues creyendo que debes hacerlo?

—Sí. Debo ir a Móstur. Y no iré sola.

—Me lo imaginaba. En fin, creo que será mejor que me marche. Si no vuelvo a verte, te deseo la mayor de las suertes, hija del Dragón.

Derit se dio la vuelta y dejó a Shyra a solas con las criaturas.

«El juego ha comenzado».

CAPÍTULO 41: MÓSTUR

El Gran Maestro y Yar Gregor recorrían los estrechos pasillos que conducían a la cripta real. No había sido difícil entrar en el castillo, a pesar de ser en una hora intempestiva. Los helvatios gozaban del respeto de los guardias hasta el punto de que ninguno de ellos se atrevía a preguntarles el motivo de su visita una vez que la noche ya estaba avanzada. El Gran Maestro solo tendría que dar el pretexto de que iba a recoger alguna de sus pertenencias, que aún se encontraban en una pequeña alcoba. Therios había decidido dejar algunas cosas allí para poder ir cuando él quisiera, en circunstancias excepcionales como lo era de forma especial aquella noche.

Al cruzar el umbral que conducía a las descendentes escaleras hacia la cripta, el Gran Maestro recordó el día en que Móstur ejecutó a su rey. La verdadera acusación, escondida bajo la forma de otra muy distinta y a todas luces falsa, era conocida por muy pocos, como así sucedía con la profecía que había sido para el monarca su sentencia de muerte.

La cripta permanecía sumida en la penumbra que inundaba cada uno de los pasillos y estancias que daban forma al mausoleo de los reyes de Móstur. El lugar destinado al eterno descanso de las familias reales seguía siendo tan sombrío y silencioso como siempre. Sus muros, como perennes plañideras, lloraban continuamente filtrando el agua escondida en el interior de la tierra. Las paredes, bóvedas y mármoles, parecían una prisión en la que el tiempo quedara cautivo, preso de la muerte que, convertida en el único guardián, hacía sentir su presencia oculta tras las gélidas caricias de pequeñas ráfagas de aire.

La presencia de los helvatios pasaría desapercibida entre las lámparas que iluminaban la cripta, un pequeño reflejo de la luz de Athmer que debía alumbrar siempre el hogar de sus moradores. El Gran Maestro abría el paso, portando una antorcha en la mano.

Entraron en la cripta del rey Dunthor y su familia. Su padre a un lado, su madre a otro. Y él, en el centro, en el interior de la sepultura más sobria.

—Una humilde sepultura, para el más humilde de los reyes —Therios hablaba con tristeza, una añoranza que sacudió su conciencia—. Y lo sentenciamos a muerte, a una muerte injusta. Lo condenamos en nombre de Athmer. Perdonamos a su familia con la condición de que no rehusara su castigo. De haber tratado de escapar, su mujer y su hijo también habrían sido asesinados.

«Aquí yace Dunthor Mornar, protector del reino de Móstur».

Therios leyó en voz baja las palabras grabadas en la losa.

—Fue un gran rey —dijo Yar Bolfren, convencido.

—Un rey que murió, acusado no solo de blasfemar contra Athmer, sino también de tratar de acabar con él. Sobre esto que te cuento ahora, no sé si en algún momento te dijo algo Zen Grimward…

—Nunca habló conmigo sobre la muerte del rey.

—Algunos de los zenlores más ancianos dicen que Dunthor enloqueció con el estudio de esa profecía, y otras. El rey había determinado disolver la Orden, y muchos helvatios creían que para ello no le importaría tomar medidas descabelladas, como encarcelar o incluso matar a los principales maestros.

—¿A vos? Pero ¿por qué?

—Estoy seguro de que Dunthor nunca habría hecho conmigo lo que yo consentí que hicieran con él. Nunca debimos permitir que nuestro amor por Athmer desembocara en el extremo de ejecutar a otros en su nombre. Es una carga que nunca me abandonará, una crueldad que me perseguirá a todas partes. El rey Dunthor no solo era un buen gobernante, sino también un hombre extraordinario.

—¿Por qué había determinado disolver la Orden?

—La profecía, o al menos una interpretación de la misma, responsabiliza a la Orden de lo que se cree que será la destrucción de Móstur, el final de nuestra ciudad y quién sabe si de nuestro pueblo. Ayúdame a mover la losa, tenemos que coger algo más que el pergamino.

—¿Algo más?

—Sí, la espada del rey.

—¿Para qué?

—Si la profecía es cierta, quizá nos haga falta. Ya te lo explicaré. Resulta extraño, lo cerca que tuve de mí el pergamino poco después de la muerte del rey.

Yar Gregor no entendía lo que Therios quería decir, pues desde el mismo instante en que el rey había sido llevado a la cripta, el pergamino había permanecido oculto en el interior de su tumba. El Gran Maestro se explicó.

—Tras la muerte del rey, vine a la cripta, solo. Quería tomar su

espada y guardarla, pero además de ver cerrada completamente la losa que la cubría sentí la presencia de alguien allí. No quise arriesgarme, pensando que quizá la idea de coger la espada de Dunthor únicamente me acarrearía problemas y una mayor obsesión por el mundo de las profecías que, al fin y al cabo, habían acabado con él. Finalmente, dejé atrás la tumba y creo que no he vuelto desde entonces. Y ahora, que nos encontramos aquí de nuevo, frente a él, aún sigo teniendo dudas acerca de si es conveniente volver a poner la vista en ese peligroso pergamino.

—Bueno —Yar Gregor suspiró mientras contemplaba la inscripción en la tumba del monarca—, no hemos venido hasta aquí para nada. Será mejor que nos demos prisa. No me gustaría que nos encontraran… profanando la tumba del rey. Es lo que pensará quien nos encuentre aquí, robando su espada.

Therios respondió con un gesto que indicó a Yar Gregor lo que tenía que hacer.

Afortunadamente, la tumba del rey era más sobria que la de sus padres, su losa no era tan pesada ni tenía el mismo grosor que la de sus ancestros. El rey había recorrido el tránsito hacia la muerte de una forma tan sencilla como fue su vida, o al menos así lo consideraron muchos de los que no comprendieron cómo el monarca era ejecutado por su propio pueblo.

La losa tardó en ceder. Therios se esforzó cuanto pudo, pero sus fuerzas eran muy inferiores a las de Yar Gregor, que logró moverla hacia un lado. Una vez abierta en un extremo, pudieron ampliar la abertura lo suficiente como para poder tomar lo que buscaban. El caballero helvatio introdujo el brazo, tratando de no respirar el hedor procedente del interior, donde la muerte parecía abandonar por un momento su encierro para extender su nauseabundo olor procedente de una insondable oscuridad. Yar Gregor apenas pudo distinguir las botas con las que el rey fue preparado para llevar a cabo un viaje para el que no le resultarían necesarias. Therios permaneció inmóvil. Su mente le trajo el recuerdo del rey que, en vida, había sido todo un ejemplo para aquellos que mejor lo conocían. «Y lo sentenciamos a muerte», se dijo el Gran Maestro, escondiendo una mirada empañada por las pequeñas lágrimas que pronto recorrieron las arrugas de sus ojos.

Yar Gregor extrajo primero la espada, que descansaba sobre el cuerpo del monarca. Después llevó la mano al lugar en el que debía de encontrarse el pergamino, envuelto en una tela atada con un fino cordón. Sabía exactamente dónde se encontraba, pues nunca olvidaría el día en que estuvo allí mismo, en compañía de Zen Grimward.

—Yo me encargo de guardar la espada. Aquí tenéis —el caballero extendió la mano con la que sujetaba la profecía que, escondida bajo la oscura tela, pronto vería la luz.

El Gran Maestro no dudó en dejar la lámpara sobre la losa y deshacer el nudo del cordón. Extrajo el pergamino y lo extendió mientras Yar Gregor se acercaba a él. Therios se aseguró de que el escrito estuviera completo y perfectamente legible.

—¿Qué dice? —Yar Gregor no podía resistirse a la creciente curiosidad que invadió a ambos.

Tomando aire, Therios se dispuso a desvelar a su amigo el contenido de unos versos considerados como malditos.

Bella dama que, con delicadeza peinas
los dorados cabellos que perfilan tu cuerpo,
hija de ancestros eternamente enfrentados
como el día y la noche, el frío y el fuego.

Mujer fecunda, que a todos tus hijos
guardas con amor, y en tu vientre materno
la sombra y la luz conviven envueltas
esperando el roce de tus cálidos besos.

Conociste la muerte siendo una niña.
Huérfanos quedaron tus mayores sueños
de paz y armonía en tu triste sonrisa,
bañada en la sangre del odio y el miedo.

Tu juventud pasaste siempre dormida
en los nobles brazos que envolvían tu lecho,
la miseria por fin tornó en la alegría
de quien contempla un horizonte nuevo
lleno de esperanzas, lleno de dicha,
lejos de enraizados e ingratos recuerdos.

Creíste conocer el amor de tu vida,
que te hizo sufrir desde el mismo comienzo,
con tiernas caricias transformadas en heridas
que pronto tu rostro tornaron sangriento.

Tu amado, venido de tierras lejanas,
llenó el vacío de un corazón puro
con frágiles promesas y etéreos besos,
desvanecidos después, cual vacuo humo,

que en su negrura asfixia y deja preso
a quien un día quiso con amor profundo.

Con el corazón desbordado en amargo llanto
viste la luz que te devolvió la vida,
un cálido reflejo venido de lo alto,
capaz de borrar tus oscuras desdichas.

Te hiciste mujer, con creciente hermosura.
La luz y la sombra en ti dormidas,
crecieron juntas como eterna alianza
haciendo cicatrizar las profundas heridas
de tu hermoso cuerpo, de tu tierna alma,
de tus tristes ojos y tu frágil sonrisa.

Tu mirada se llenó de amaneceres.
El tiempo te acarició con su paso infinito,
tus cabellos, teñidos, convertidos en nieve,
tu sonrisa, cautiva en un rostro marchito.
El tiempo, invencible enemigo
que nunca creíste tan cercano,
y capaz de retornar tan presto y furioso,
devorando, arrasando, quemando.

Dejaste que tu luz venciera a la sombra.
Una luz desbordada, convertida en fuego
que hizo morir en ti la bondad
de un corazón ardiente que murió ardiendo.

Y ahora el tiempo vuela con poderosas alas,
garras y colmillos afilados,
y un candente aliento que amenaza
con volver a quemar lo ya quemado.

Hija eres de un padre moribundo,
que a los dioses invocó, en tierras lejanas,
donde tus plegarias quedaron olvidadas,
perdidas, en las aguas de un nuevo mundo.

Deseada por aquellos que olvidaste,
que por ti lucharán hasta la muerte.
Tu belleza correrá la peor suerte:
la eterna venganza de los inmortales.

Tu ardiente corazón, polvo y cenizas,
de una luz que dejó de iluminarte,
traicionando la memoria de sus años,
derramando cada gota de tu sangre.

Y los dioses, en su ira inagotable,
se complacerán en tu muerte y tu desgracia,
pues el tiempo, tu luz y el frío invierno
harán de tu ser un recuerdo, el silencio, la Nada.

—La hermosa mujer es Móstur, ¿verdad? —inquirió Yar Gregor—. Y la luz que menciona es…

—Athmer o, mejor dicho, la Orden Helvatia. La mención que hace acerca del abandono de la luz, o cuando habla de que la luz venció a la sombra y que, desbordada, se transformó en un fuego que hizo morir en ella la bondad de un corazón ardiente que murió ardiendo.

—¿En eso se basó el rey para tratar de acabar con nuestra Orden?

—Me temo que sí —Therios enrolló el manuscrito y lo ocultó en el interior de la tela, que posteriormente guardó en su hábito—. Al final, esa parte de la profecía ha terminado cumpliéndose, con lo que ha supuesto la dictadura de Zen Grimward para la ciudad, un daño difícil de reparar.

—Gran Maestro, deberíamos irnos, ahora que ya tenemos la profecía y la espada.

—Así es —Therios volvió en sí—. Será mejor que coloquemos la losa y nos vayamos de aquí lo antes posible. Necesito buscar algunas respuestas a varios interrogantes… Y esas respuestas no se encuentran aquí. Regresemos a la Morada, Yar Gregor. Seguramente en la biblioteca halle la información que necesito para completar este complicado rompecabezas.

—Pero ¿de verdad creéis en esos textos proféticos que auguran la destrucción de nuestra ciudad y el castigo de los dioses? Vos nunca habéis creído ciegamente en esas cosas.

—Las personas cambian, amigo mío. Las vivencias de estos tiempos convulsos las hacen cambiar. Yo antes no tenía verdadera fe en esas profecías, del mismo modo que tú nunca antes habías creído en la existencia de dragones. Pero ahora que has visto una de esas terribles criaturas, ¿estás seguro de aquello en lo que debes creer? Tiempo atrás, todos me hubieran llamado loco si les hubiera advertido de que la destrucción de Móstur está cerca. Pero ahora, los leryones se encuentran a nuestras puertas, y el retorno de los dragones supone una amenaza aún mayor. Nuestros enemigos son numerosos y feroces,

y el cumplimiento de esa profecía ya no parece el producto de una mente fanática o perturbada. Ahora más que nunca, debemos buscar en los Textos Sagrados aquello que durante tanto tiempo hemos obviado, pues es probable que en esas profecías se encuentre también el camino para lograr la misericordia de Athmer.

—La espada del rey, ¿también forma parte de este complicado rompecabezas?

—Eso es lo que pretendo averiguar en cuanto lleguemos a la Morada. Hay más textos que hablan de los dioses y de las armas sagradas. Esta espada ha sido transmitida de padres a hijos y siempre ha estado ligada a la defensa de nuestra ciudad. En cualquier caso, resulta más útil fuera que dentro de la tumba del rey Dunthor. Que Athmer le tenga en su seno y nos perdone por la injusticia que cometimos con él.

El Gran Maestro echó una última mirada a la tumba para después darse la vuelta, dispuesto a salir de la cripta. Había llegado el momento de desentrañar los misterios escondidos tras los Textos Sagrados, empezando por el estudio pormenorizado de los versos contenidos en la profecía.

Los helvatios abandonaron el castillo y regresaron a la Morada, donde se separaban sus caminos. Therios le pidió a Yar Gregor que no dijera nada de cuanto había sucedido aquel día. Prometió que a la mañana siguiente congregaría a los principales zenlores y caballeros para exponerles las conclusiones que había alcanzado. Estaba convencido de que había llegado el momento de defender Móstur no solo de los invasores venidos del este o las bestias aladas, sino de algo mucho más terrible. Los textos de la biblioteca le confirmarían si realmente estaban a punto de sufrir la ira de los dioses.

CAPÍTULO 42: MÓSTUR

La biblioteca de la Morada contenía numerosos volúmenes concernientes a la historia de Móstur, así como de la Orden Helvatia. En sus cuantiosos estantes se guardaban escritos de los grandes maestros de la Orden, así como de otros muchos zenlores que habían dedicado gran parte de su vida al estudio de los Textos Sagrados, dejando un legado de palabras que se amontonaban en un lugar que parecía haberse quedado pequeño para el número de libros que albergaba en su interior.

Therios guardaba algunos volúmenes en una privilegiada estancia a la que muy pocos tenían acceso. Allí ocultaba aquellos libros que, por sus particularidades, no debían caer en las manos de cualquier iniciado en la Orden. Algunos eran textos ancestrales que parecían haber sido en parte devorados por el paso del tiempo; otros tenían un contenido que no parecía muy adecuado para aquellos que no estuvieran versados en el culto a Athmer o en el estudio de los Textos Sagrados. Entre estos últimos se encontraban los que ocultaban oscuros presagios o peligrosas profecías. Allí es donde Therios ocultaría el pergamino extraído de la tumba del rey.

Antes de guardarlo en el más secreto de los lugares que pudiera imaginar, lo desenrolló una vez más para releer su contenido, seducido por las peligrosas letras escondidas en el viejo papel. No sabía quién las había escrito, pero había encontrado numerosas referencias de grandes maestros que, apoyándose en ellas, auguraban desdichas y catástrofes para la Orden Helvatia.

«Y aquí seguimos, resistiendo al paso del tiempo», se dijo Therios, convencido de que la historia de la Orden estaba repleta de maestros que habían presagiado un final cercano para los helvatios. Aunque tal vez ninguno de esos intelectuales clérigos habría escuchado un relato similar al de Yar Gregor. La bestia alada y aquella misteriosa chica, que podría resultar ser la hija del dragón que se mencionaba en algunos textos proféticos.

Therios necesitaba respuestas. Las profecías recogidas en los Textos Sagrados planteaban algunos interrogantes que, de algún modo,

deberían de guardar una conexión que no lograba comprender. Tomó uno de los volúmenes que había leído en días anteriores: un relato profético que hablaba de la ira de los dioses. Constituía un texto sobre el que se habían escrito muchísimas y variadas interpretaciones. Y a su vez, estas habían dado lugar a nuevos libros, que habían inspirado otros muchos. El Gran Maestro reflexionó por un momento acerca de cómo un único texto podía dar lugar a tantas y tantas letras escritas en torno a él. Abrió el libro y comenzó a leer, pasando el dedo por aquellas líneas que le resultaban más relevantes. La ira de los dioses era una referencia común en muchos de los textos. En ellos se reflejaba la furia de unas deidades que, airadas con el ser humano, le castigaban de manera terrible e inmisericorde. Y en algunos de esos relatos era Móstur la ciudad sobre la que los inmortales descargaban su odio. Athmer, Lorwurn, Daera, Thariba y el dios dragón… Los Textos Sagrados no llegaban a especificar lo que en algunos casos era denominado como la ira de Mynthos y la presencia perceptible de los dioses en la tierra de los hombres.

El Gran Maestro recorría con avidez aquellas líneas, saltaba de un texto a otro y buscaba en otros volúmenes. Las armas de los inmortales constituían otro de los esbozos de las profecías, que hablaban de ellas como si contuvieran poderes especiales o una capacidad destructiva que el hombre no llegaba a comprender. La espada del rey era muy antigua y había permanecido en Móstur desde tiempos inmemoriales, Therios había pensado que, si en Móstur había algún arma capaz de asociarse a los Textos Sargrados, sería esa reluciente espada.

Durante varias horas, el Gran Maestro no despegó su mirada de los libros que iba consultando hasta que, sintiendo sus ojos cansados, decidió que era el momento de descansar y dejarlo para el día siguiente. Aún tendría un tiempo para meditar acerca de la profecía, antes de abandonarse definitivamente a un sueño que tal vez le mantendría atrapado hasta el amanecer. Se sentía cansado.

Salió de la biblioteca y se dirigió a su habitación, caminando con paso lento, mortecino. A su alrededor todo era sombra y silencio; un silencio que en algún momento Therios sintió interrumpido por un leve sonido que escuchó a sus espaldas, en lo más profundo de la oscuridad que iba dejando tras él.

Hasta en dos o más ocasiones, el Gran Maestro tuvo la sensación de que alguien le estaba siguiendo. A esas horas de la noche, todos los habitantes de la Morada debían de llevar largo rato durmiendo. Por un momento imaginó que pudiera ser Yar Gregor, quien siendo incapaz de conciliar el sueño hubiera decidido ir a verle para resolver ciertas

dudas acerca de los textos, o comentar con él algo más de lo sucedido tras su partida de Móstur. Fue en ese preciso instante cuando el Gran Maestro sintió una luz en su interior, un pensamiento que unió algunas de las entramadas piezas que configuraban la profecía.

«Maldito hijo de puta».

Tras el rayo que iluminó su mente, un oscuro pensamiento se apoderó de ella, dando lugar a una acuciante necesidad.

El Gran Maestro trató de controlar una respiración que empezaba a acelerarse por momentos. No sin mucho esfuerzo, logró doblegar al nerviosismo que amenazaba con apoderarse de sus piernas y hacerle tambalearse en medio de la penumbra que lo envolvía. Rodeado por la oscuridad del pasillo en el que se encontraba su estancia, únicamente la luz de la lámpara que portaba le mantenía a salvo de una negrura que ocultaba algo terrible. El presentimiento de que alguien le seguía, lejos de abandonarle, cada vez resultaba más inquietante. Al llegar a su habitación, pasó de largo. Dirigió sus pasos hacia la torre en la que habitaban sus queridas aves. Temió que no tuviera tiempo suficiente para alcanzar la puerta que daba acceso. Aceleró el paso, recorrió el último recodo que conducía a las escaleras y subió lo más rápido que pudo. Por detrás de él, el eco de sus pisadas era contestado por aquel que le seguiría también hasta la morada de los halcones.

Nada más alcanzar la puerta, Therios se perdió al otro lado y cerró con llave. Sabía que aquella vieja puerta, casi desvencijada, no lograría detener a su perseguidor. Suplicó a Athmer que al menos le diera tiempo a escribir un mensaje que pudiera enviar a través de una de sus aves. Sería un mensaje sin un destinatario concreto, una última petición lanzada al aire, dejada en manos de la providencia del dios de la Luz, a quien se encomendó fervientemente.

El Gran Maestro tomó papel y empezó a escribir, con pulso frágil y mano temblorosa. Habría dejado una última frase para el final, para cuando su perseguidor desvelara su identidad. No había tiempo, y Therios estaba tan convencido de saber quién era que no dudó en poner su nombre en un papel a punto de ser enviado.

Uno. Dos. Tres golpes hicieron que la puerta de la torre cediera. Therios lo escuchó desde el extremo opuesto, en el interior de una estancia que daba al exterior, un cuarto pequeño donde se encontraban enjaulados los mensajeros. El Gran Maestro acababa de atar el mensaje a la pata de uno de ellos cuando escuchó las pisadas que llegarían en breve hasta él. Salió al exterior, con el halcón posado sobre su brazo.

La noche se cerraba en torno a la ciudad. El viento golpeaba con fuerza en lo alto de la torre. El Gran Maestro miró hacia abajo, donde

la oscuridad le impedía ver el suelo, convertido en un abismo insondable. Sentía que el tiempo se le agotaba. Permaneció inmóvil, esperando que al fin se mostrara la presencia que le había estado siguiendo.

Nada más ver la silueta del helvatio, levantó el brazo para que el halcón alzara su poderoso vuelo, llevando consigo unas reveladoras letras. Therios pidió una vez más a Athmer que el contenido de ese mensaje llegara a quien fuera capaz de interpretarlo.

—Llevas un tiempo sabiendo que te seguía, ¿verdad, Therios?

Las palabras sonaban como si procedieran de una voz lejana. Llegaron al Gran Maestro arrastradas por un viento insaciable que arremetía con furia, estrellándose contra los pliegues de su túnica, golpeando su rostro con el gélido roce de su tacto.

—Sí. Poco después de salir de la biblioteca.

—Y ahora que he visto cómo acudías a uno de los halcones, imagino que ya sabías que era yo quien te seguía. A pesar de tu edad sigues siendo el cabrón astuto de siempre.

—Yar Gregor me contó lo sucedido cuando abandonó Móstur para perseguir… a tu asesino. Y me dijo que los mercenarios que le pagaron le dieron saludos de tu parte. No lograba comprender nada de lo que podría haber ocurrido, hasta que finalmente logré encontrar una explicación a lo que he leído en los Textos Sagrados. Y veo que no me he equivocado, Zen Grimward. ¿O debería llamarte Lorwurn?

—Parece que al final, Dunthor estaba en lo cierto al interpretar la profecía. La luz que dejó de iluminar Móstur. El rey supo que la ciudad sería traicionada por nuestra Orden. Y tú, en tu maldita sabiduría, no has sido capaz de desenmascarar a tiempo a quien ha sido el verdugo. Yo…

—¿Nuestra Orden? Al parecer, tú nunca has servido a la Orden. Siempre has servido a Lorwurn, porque eres su enviado…

—¡Soy su reencarnación! —Zen Grimward alzó la voz, altivo—. Soy el Dios Lorwurn, o la manifestación de Lorwurn entre los hombres, si lo prefieres. Vuestro odio a Leryon, e incluso a los nybnios, os ha mantenido cegados todo este tiempo. Y hablando de los nybnios, cómo disfruté cuando vuestro odio hacia ellos alcanzó su máxima expresión, tras una masacre que ellos no habían provocado.

Zen Grimward comenzó a reír.

—Fuiste tú quién planeó la masacre…

—Así es. Contraté a unos mercenarios para que, haciéndose pasar por los siervos de Thariba, mataran a todos los helvatios del templo. Bueno, a todos no. Les dije que debían dejar uno vivo, un único testigo que pudiera confirmar que habían sido atacados por los nybnios. Y

todo salió tan bien… Zen Varion y los otros abandonaron Móstur para perseguir espectros en forma de inexistentes sacerdotes. Con un poco de suerte, aquellos que fueron enviados habrán muerto en tierras lejanas donde los bandidos y saqueadores arrasan con todos aquellos que se cruzan en su camino.

Zen Grimward se acercó aún más al Gran Maestro.

—Tú siempre tan silencioso, tan enigmático… El guardián de los secretos de Athmer. Siempre he creído que tú serías el mismo dios de la Luz, presente entre los hombres para hacer cumplir parte de los Textos Sagrados en los que se menciona la llegada de los dioses. Y supongo que así ha sido.

Therios escuchó atentamente las palabras del Presthe, incapaz de interrumpir su discurso.

—La ira de los dioses, ¿acaso los antiguos maestros creían que llegaría en forma de una lluvia torrencial, un viento huracanado o una llamarada de fuego arrojada desde lo alto? No. La ira se manifestaría a través de la presencia misma de los dioses. Una lucha entre nosotros; una lucha en la que el hombre no es sino un mero instrumento, una prescindible herramienta cuya única finalidad es morir adorando a aquel dios en quien cree que debe confiar. Tú has estado guiando a los ciudadanos de Móstur para que abrazaran la fe de Athmer.

—Y en cambio tú los sumiste en una dictadura, en nombre del dios de la Luz, que únicamente logró generar odio hacia los miembros de la Orden.

—Sí, resultó fácil postrar a los ciudadanos de Móstur ante un dios despiadado y cruel, intolerante con todo aquel que no se arrodilla a sus pies, la Orden Helvatia, siempre tan hambrienta de poder.

—Durante todo este tiempo, no has hecho más que derribar lo que yo he construido durante años…

—Durante todo este tiempo, he estado aguardando la hora de acabar con el reinado de Athmer, cumpliendo así la misión para la que he venido hasta Móstur. Destruir la Orden, y a su dios. Dime, Therios, ¿eres tú?

—¿Yo?

—Sí. Athmer, su imagen entre los hombres. Estos últimos años he imaginado que serías tú, pero debía aguardar al cumplimiento de las profecías, pues la verdadera identidad de los dioses no quedaría completamente revelada hasta que se cumpliera la señal: el retorno de los dragones… y de su hija. La señal se ha cumplido, Therios. Llevo demasiado tiempo esperando. Dime, ¿eres tú?

—No lo soy.

—Algo en mi interior me dice que mientes, que no hay en todo

Móstur nadie con la entereza que tú has mostrado cuando se trata de incitar a la fe en Athmer, nadie capaz de poner tanto empeño en servirle con la más absoluta fidelidad. El resto de los candidatos murieron en el templo. Si alguno de ellos hubiera sido aquel que tú llamas el Enviado, habría sobrevivido. Y qué casualidad, que solo sobreviviera el más joven, un insignificante aprendiz.

—¿Y si ese aprendiz resultara ser el Enviado?

—¿Me tomas por tonto? Un simple iniciado en tus enseñanzas, ¿el Enviado?

—No creo que ese muchacho tuviera menos conocimiento de Athmer del que probablemente tengas tú acerca de Lorwurn. Y te consideras la reencarnación de ese dios que siempre has tenido tan lejos…

—Yo soy Lorwurn reencarnado, venido a las tierras de los hombres del modo más inimaginable para cuantos se han dedicado al estudio de las profecías. ¿Quién podría averiguar que el dios al que tanto odiáis vendría bajo la forma de uno de vuestros principales maestros? Ha sido una larga espera, Therios. Aunque en mis inicios en la Orden, hasta convertirme en Presthe, me esforcé por seguir los preceptos de Athmer.

—Entonces, ¿qué ocurrió? ¿Cuándo abandonaste los preceptos del dios de la Luz para unirte a Lorwurn?

—Cuando te conocí mejor. ¿Acaso no recuerdas los actos más crueles que hayas podido cometer en nombre de Athmer? ¿Has olvidado las vidas que has arrebatado, o las que has destrozado con el uso que has hecho de tu autoridad como Gran Maestro? Estoy seguro de que en la oscuridad de la noche aún ves sus cuerpos inertes y en la calma que precede al sueño aún escuchas sus lamentos y súplicas.

Therios agachó la mirada. Apenas unos segundos bastaron para que los rostros de varios de aquellos infelices volvieran a él de forma súbita, como había sucedido en tantas ocasiones, en las que sus sueños se convertían en pesadillas y las voces resultaban tan reales que le hacían despertar en medio de fríos sudores y entrecortadas respiraciones.

—Tú fuiste mi inspiración para dejar que Lorwurn habitara en mí. O tal vez había sido predestinado desde el comienzo de los tiempos y tu ejemplo no haya sido más que una infeliz casualidad. Ya nunca lo sabremos.

Zen Grimward extrajo dos armas: una espada corta y un puñal. Ambos filos destellaron a la luz de la frágil antorcha que, sobre la pared, constituía un testigo mudo del regreso del Presthe a la que un día fue su casa.

—¿Qué vas a hacer? —Therios se dirigió al extremo más cercano y apoyó su espalda en la almena.

—He aquí la poderosa arma de Lorwurn —el Presthe levantó el brazo que portaba la espada—. Y en esta otra mano, un puñal vulgar y corriente. Si te hiero con el puñal, y de verdad eres el Enviado de Athmer, la herida desparecerá en segundos. Y entonces tendré que ensartarte con la espada de Lorwurn, una de las armas de los dioses capaz de infligir la muerte a cualquier ungido por Athmer u otra de las deidades.

—¿Y si no lo soy?

—Si no lo eres, te mataré igualmente. Ahora todo siervo de Athmer es mi enemigo.

Zen Grimward se acercó a Therios.

—La muerte es un lugar siniestro y oscuro, una Nada insondable desprovista de cualquier atisbo de existencia. Experimenté ese vacío cuando me mató aquel hombre a quien había contratado mediante los mercenarios que luego debían acabar con él. Ahora eres tú quien debe morir, quién sabe si para resucitar nuevamente, o para sucumbir al abismo de la eterna desesperanza.

Therios no pudo hacer nada para evitar el ataque de Zen Grimward, que lo hirió en el pecho. El Gran Maestro solo pudo ver la sangre que ensuciaba el puñal mientras sentía el punzante y creciente dolor. Zen Grimward dio un paso hacia atrás y quedó inmóvil, esperando a ver lo que sucedía. Y lo que sucedió fue muy distinto a lo que esperaba. Therios le miró una última vez antes de deslizarse sobre la pared de la almena y alcanzar el hueco que se abría ante él como un invisible portal, el umbral que le conduciría de forma inexorable al reino de los muertos, de donde no hallaría retorno posible. El Presthe vio como Therios desaparecía ante él, en una caída tras la que el cuerpo del Gran Maestro terminaría tendido en el suelo de uno de los patios de la Morada.

Zen Grimward quedó observando desde lo alto. La luna había logrado filtrar parte de su luz entre las nubes que la aprisionaban. En ese momento, un instante tan breve como la visión de un relámpago, el Presthe contempló el cadáver de Therios. Se sintió tentado de bajar hasta el patio, observarlo de cerca y tratar de averiguar si se producía alguna reacción que le ayudara a discernir si el Gran Maestro era el Enviado de Athmer. Podría llegar hasta él y atravesar su cuerpo con la espada de Lorwurn. Era arriesgado. En poco tiempo, los helvatios de la Morada descubrirían el cuerpo sin vida de su Gran Maestro. Zen Grimward se fio de su instinto, de esa última mirada que le había dirigido Therios antes de lanzarse al vacío. Era una mirada de miedo a

la muerte, impropia de quien se siente seguro de retornar al mundo de los vivos.

«Esta vez voy a creerte, Therios —dijo para sí—. Si tú no eres el Enviado de Athmer, tendré que seguir matando a tus queridos discípulos. Muy pronto, todos ellos se reunirán contigo, en el eterno hogar de los muertos».

NOTA DEL AUTOR

Querido lector,

Quiero darte las gracias por haber escogido este libro, al mismo tiempo que te pido que dejes tus impresiones a través de su valoración en Amazon, tanto si te ha resultado una experiencia agradable o, por el contrario, crees que no ha cumplido tus expectativas.

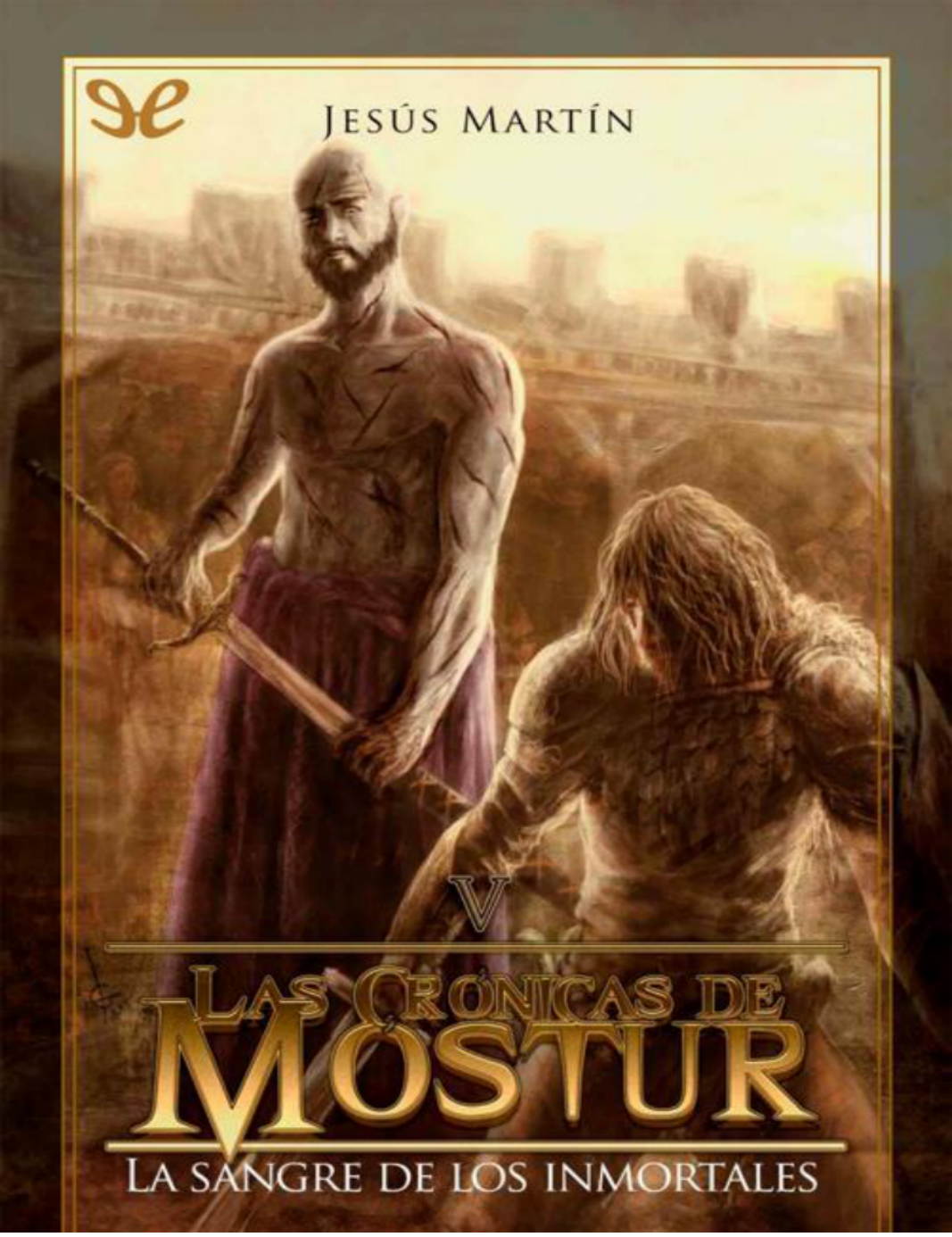
Como autor, estoy dispuesto a aceptar cualquier crítica que pueda servirme para ir mejorando en esta siempre inacabada experiencia de contar historias y hacerlas llegar lo más lejos posible. Por eso te animo a que, si quieres entrar en detalles, me envíes tus impresiones de esta historia o sus personajes, al siguiente correo:

jesusmg1979@gmail.com

Agradezco el tiempo que te has tomado en leer esta historia, así como el que puedas dedicar a dejar constancia de tus impresiones sobre la misma.

¡Gracias!

Un abrazo.


Jesús Martín
V
Las Crónicas de
Mostur
La sangre de los inmortales

Móstur está bajo asedio. El rey Kariosh cuenta con un inesperado aliado en su asalto a la ciudad, aunque aún le quedan por descubrir inesperados enemigos que podrían poner en peligro su plan. Los dioses han echado a suertes las vidas de todos los que se enfrentarán por algo más importante que una conquista, pues no solo los mortales han de sangrar en la inminente batalla que está a punto de iniciarse.

Jesús Martín García

La sangre de los inmortales

Las Crónicas de Móstur - 05

ePub r1.0
Café mañanero 06-06-2023

Título original: *La sangre de los inmortales*
Jesús Martín García, 2022
Ilustrado por José Gabriel Espinosa

Editor digital: Café mañanero
Primera edición EPL, 06/2023
ePub base r2.1

LA SANGRE DE LOS INMORTALES

Jesús Martín García

Tierra de los Salvajes
Reino Perdido
Comarca de Móstar
Océano de los Eternos

INTRODUCCIÓN

Nada más entrar en la taberna, Sílax sintió la agradable caricia del calor que embargaba aquella pequeña posada ubicada a las afueras de Móstur. El lugar no se caracterizaba precisamente por su elegancia o su generosa acogida. Más bien parecía un lóbrego escondite pensado para aquellos que no se sintieran seguros en las calles. La luz era tenue, y solo el fuego encendido en el extremo opuesto a la entrada arrojaba un atisbo de calidez al establecimiento. Ni siquiera el tabernero parecía un hombre amable o capaz de entablar una conversación distendida con sus clientes, a quienes miraba con desconfianza mientras se movía tras la barra, con gestos rudos y semblante agrio.

Sílax esperaba pasar allí la noche, tras dejar atrás los amargos recuerdos de jornadas sin descanso, en un viaje que le había resultado interminable, agotador.

El tabernero le sirvió una generosa jarra de cerveza. No era especialmente buena, pero al menos le ayudaría a recordar el sabor de una bebida que llevaba mucho tiempo sin tomar. Las sacerdotisas de Ryth únicamente le daban agua, y algunos brebajes que, tal vez fueran reconfortantes para el cuerpo, pero para el paladar resultaban un tanto angustiosos. A pesar de ello, aquellas pociones de horrible sabor habían cumplido su labor, ayudándole a sobrellevar el dolor y acelerando un proceso de curación que aún no parecía haber llegado a su fin. Sílax sentía aún dolores en su cuerpo. Con la llegada de la noche, las dolencias acudían a él antes que el sueño. Aun así, las silenciosas sacerdotisas le habían permitido abandonar la aldea sin poner ninguna objeción a sus deseos de partir. «Tan solo tú sabes si tu cuerpo es capaz de valerse por sí mismo», le había dicho una de ellas, con una severa expresión.

—Está buena —dejó escapar el caballero, cuando su mirada se cruzó con la del posadero—. Llevaba tanto tiempo sin probar una cerveza, que no sé si con una voy a tener suficiente. Me gustaría saber si tiene alguna habitación disponible para pasar aquí la noche.

—¿Alguna? —respondió el posadero con tono irónico—. Podéis

elegir cualquiera. No creo que nadie más decida venir esta noche. Ni aquí, ni a ninguna otra posada.

—¿Por qué? —preguntó Sílax, extrañado.

El posadero se acercó a él y lo miró de arriba abajo.

—¿De dónde venís? Debéis de ser el único foráneo que no sabe lo que está sucediendo en las inmediaciones de Móstur.

—Tal vez. Por favor, explícame qué está ocurriendo —Sílax sacó unas monedas con las que pagaría su estancia, y también algo de comer.

—Los ejércitos de Leryon se acercan. Hay rumores de que han destruido la aldea de Skeldon y pronto estarán aquí. La guerra es inminente.

Aquellas palabras no causaron reacción alguna en Sílax, cuya mayor preocupación parecía disponer de las monedas suficientes.

—Espero que no traigan un dragón —dejó escapar, casi para sí mismo mientras dibujaba una frágil sonrisa.

El posadero no llegó a escucharle. Había ido a por una jarra de cerveza con la que acompañar a su invitado. Mientras la servía, fijó su mirada en Sílax, cuyo aspecto parecía el de alguien que no hubiera descansado en semanas.

—¿Podrías servirme una buena cena? Llevo días sin tomar algo que pueda definirse como alimento.

—Claro —respondió el tabernero, que regresaba con dos jarras—. Esta cerveza corre por mi cuenta, va incluida en el alojamiento. Me queda un poco de sopa, un guiso de ternera, tal vez, o quizá un pastel de pollo…

—El guiso sería de lo más reconfortante —Sílax sintió que su estómago rugía de alegría al escuchar las palabras del tabernero.

—Está bien. Os traeré un buen plato y algo de pan. Parece que vuestro viaje ha resultado de lo más agotador.

—El viaje, las dificultades de todos estos días… Pero lo peor ha sido la soledad —en aquel momento, se acordó de Shyra, el verdadero motivo de su temprana partida de Ryth.

—Pues si habéis viajado solo, consideraos afortunado por haber alcanzado vuestro destino. Son días en los que muchos no se atreven a dejar la ciudad, a tomar una de las sendas al este.

El posadero dejó a solas a Sílax para ir en busca del guiso. «Afortunado de seguir vivo, sin duda», pensó el caballero, pero no por haber sobrevivido al viaje, sino más bien por salir airoso de su encuentro con el dragón. En sus noches más sombrías, aquellos relucientes ojos y candente mirada se le habían aparecido en mitad de unos sueños que pronto tornaban en terribles pesadillas.

—Si queréis, podéis sentaros en esta mesa, junto a la chimenea. Con el frío que hace ahí fuera, estaréis tardando en entrar en calor.

El posadero esperó a que Sílax asintiera con la cabeza para servirle allí la cena. Muy pronto, su aroma se apoderó de la estancia, embriagando los sentidos del caballero, que por un momento se olvidó del dolor que aún recorría su cuerpo.

—De modo que la guerra es inevitable —a medida que saciaba su hambre, Sílax parecía más animado a la conversación.

—Así es —respondió su interlocutor, con una triste expresión que denotaba, más que miedo, el pesar de tener que abandonar la ciudad —. En dos o tres días, cuando regrese mi hijo, abandonaremos Móstur en dirección al oeste, lo más lejos posible. Los hombres de Leryon no se caracterizan precisamente por su compasión, y al parecer, su rey es aún peor que la mayoría de ellos. Si tuviera fuerzas, tal vez me quedaría para luchar. Pero estoy demasiado viejo y soy torpe con la espada. Sería de los primeros en morir. Afortunadamente, han venido guerreros de las tierras de Ossetia, caballeros que ayudarán a defender la ciudad. ¿Qué pensáis hacer vos?

—En estos momentos, lo único que pasa por mi mente es recuperar fuerzas —mintió Sílax, pues sin duda su principal preocupación era el destino de Shyra, a quien esperaba encontrar en Móstur.

Aún estaba hablando cuando la puerta de la taberna se abrió bruscamente, dando paso a un joven soldado.

—¡Brincost! —llamó al posadero, con prisas por hablar con él.

—¿Qué ocurre?

—Me temo que mañana deberás cerrar el establecimiento. Nos están dando instrucciones para agrupar dentro de las murallas a toda la población que decida permanecer en la ciudad. Y no tenemos mucho tiempo para ello; apenas uno o dos días.

—Pero…

—Lo siento, son las órdenes que tenemos. O dentro de la ciudad, o lejos de ella. Todo establecimiento extramuros deberá ser cerrado y las casas, abandonadas. Lo lamento, pero es por vuestro bien. Como sabes, la guerra es inminente, y las tropas de Leryon están más cerca de lo que creíamos.

El soldado no esperó una respuesta. Con paso firme y las prisas de quien aún tiene que culminar su tarea diaria, abandonó la posada para continuar advirtiendo a quienes se encontraban a las afueras de la ciudad.

—Ya habéis escuchado —Brincost habló con voz quebradiza—. Os ofreceré la mejor habitación, en esta última noche. Y si os parece bien, mañana compartiremos desayuno y a continuación abandonaremos la

posada… quien sabe si para siempre.

CAPÍTULO 1: MÓSTUR

—El Gran Maestro ha muerto.

Yar Gregor confirmó lo que inicialmente no había sido más que un rumor entre los helvatios que le habían visto reunirse anteriormente con algunos de los zenlores.

El caballero había sido el primero en ver el cuerpo sin vida de Therios, tendido en uno de los patios interiores de la Morada, donde permanecería toda la noche tras la caída producida durante el fatídico encuentro con Zen Grimward.

Muchos de los que escucharon las palabras de Yar Gregor pensaron que el anciano había tenido una muerte natural tras el sueño de la noche. Sin embargo, el rostro de quien les daba la fatídica noticia denotaba no solo tristeza, sino también una preocupación que para los zenlores más longevos no pasó desapercibida. Hosdric, Clydas, Gálinnar… Estaban todos, a excepción de Zen Walter. El más anciano de los zenlores había decidido dejar la Morada para trasladarse al *Refugio*, la edificación en la que los helvatios atendían a los más pobres y necesitados. Según decía, allí encontraría la paz que su mente requería y los cuidados que su cuerpo precisaba, pues los achaques de la edad comenzaban a hacer presa de él, y en la Morada no sería atendido del modo más adecuado a las necesidades que imponía su debilitado estado de salud.

El hallazgo del cadáver del Gran Maestro por parte de Yar Gregor no había sido fortuito. Con las primeras luces del alba, antes de que el sol se dejara ver, el caballero se había extrañado de no ver a Therios recorriendo los pasillos o preparando sus primeros rezos del día. El instinto de Yar Gregor no iba desencaminado cuando le hizo sentir que algo no marchaba bien. Lo que no había imaginado era que el Gran Maestro encontrara la muerte allí, en un solitario patio interior que constituía uno de los lugares menos frecuentados por parte de los habitantes de la Morada. Un primer vistazo al cuerpo y sus alrededores había sido suficiente para percatarse de que la muerte se había producido como consecuencia de la caída desde la torre. ¿Qué habría llevado a Therios a vagar, en la oscuridad de la noche, por las

peligrosas alturas de la Morada? Quizá había sufrido un desmayo, o una pérdida del equilibrio tras alguna de las corrientes de aire que a menudo azotaban la torre.

—¿Qué ha sucedido?

—¿Cómo ha muerto?

Yar Gregor alzó las manos, imponiendo silencio. No estaba muy seguro de la respuesta que debía dar a los denlores y zenlores que, en aquel amplio salón de la Morada, aguardaban explicaciones. No podía decirles lo que no conocía. Miró los infinitos rostros asustados de quienes, conscientes de que la Orden atravesaba sus momentos más delicados, buscaban la explicación a la muerte de su dirigente. Aquella pérdida, tan próxima en el tiempo a la de quien, en su ausencia, había tomado las riendas de la Orden, comenzaba a dar vida a una maldición sobre aquellos que ostentaban el poder entre los helvatios. Algunos ya se preguntaban quién sería el siguiente en sufrir la ira desatada de los dioses.

—Ha muerto —la voz de Yar Gregor fue firme, serena—. Es lo único que puedo deciros. Con la caída de la noche tendrá lugar la ceremonia en la que entregaremos a Athmer el cuerpo del Gran Maestro, esperando que él ya lo haya acogido en su seno.

Los murmullos irrumpieron nuevamente en la estancia. Yar Gregor no permanecería allí por más tiempo. Roto por el dolor, abandonó el salón antes de que las primeras lágrimas asomaran a sus ojos. Los zenlores trataron de imponer un silencio imposible. Los ánimos entre los helvatios estaban a punto de transformarse en verdadera desesperación.

El caballero regresó a su habitación, buscando un momento de soledad en el que pudiera reflexionar sobre el trágico final de quien consideraba no solo su maestro, sino su amigo. Y aunque Therios era una persona poco dada a dejarse querer, hombres como Yar Bolfren o el propio Yar Gregor siempre habían mostrado un especial respeto por él, atendiendo a sus palabras y siguiendo sus consejos. El caballero imaginó que la noticia de la muerte de Therios no tardaría en alcanzar todo Móstur. Al igual que él, Yar Bolfren sentiría un profundo pesar por aquella irreparable pérdida.

Tumbado en su lecho, revivió nuevamente el instante en que había descubierto el cuerpo sin vida de Therios. Recordó el semblante del Gran Maestro una vez que la vida lo había abandonado: sus ojos abiertos y una inusual expresión de serenidad dibujada en el rostro, como si definitivamente aquel atormentado anciano hubiera encontrado, en la muerte, la paz de Athmer que en vida le resultaba tan huidiza. El Gran Maestro se llevaba consigo toda una fuente de

conocimientos y una sabiduría que, para algunos como él, era su principal motivo de admiración. Y aunque, siendo sabio, había actuado de modo indigno en muchas ocasiones, sus últimos días parecían haber resultado una expiación de sus mayores atrocidades, como si su conciencia le recordara el poco tiempo de vida que le restaba.

Al cerrar los ojos, Yar Gregor vio nuevamente aquel rostro, salpicado por la transparente cortina de la temprana escarcha que lo había embalsamado durante la madrugada. Nada más verlo, había ido en busca de alguien que pudiera ayudarle a retirarlo de allí para preparar un lugar más digno. Bartheos le acompañaría en tan dramático cometido. Retirar el cuerpo del Gran Maestro y limpiar su sangre resultó la tarea más sobrecogedora a la que el joven helvatio se había tenido que enfrentar.

Los ojos de Yar Gregor se inundaron de lágrimas. En otras circunstancias, quizá en otros tiempos, no hubiera sentido la compasión que en aquel instante le embargaba. Recordó la muerte de Zen Grimward. La pérdida del Presthe no le había causado un dolor comparable al que en aquel instante sentía por el Gran Maestro. En el momento en que el anciano empezaba a recuperar parte de la cordura perdida por el fanatismo que había hecho presa de él con el paso de los años, la muerte salía a su encuentro en la oscuridad de la noche, en unas inexplicables circunstancias. «Therios no merecía este final», se dijo el caballero.

No pudo permanecer por mucho tiempo en la soledad de su habitación. Los recuerdos martilleaban su mente, acrecentando el dolor. Necesitaba salir, dejar la Morada y caminar, tal vez hacia la fortaleza. Llevaría a lord Belson aquella trágica noticia, al mismo tiempo que podría ver de nuevo a algunos de sus amigos de la guardia del Senescal, dejando momentáneamente la pesadumbre que en aquel instante se expandía por el hogar de los helvatios. Como si el mismísimo Athmer hubiera decidido castigar a sus siervos por los terribles actos cometidos en su nombre, la muerte continuaba arrancando vidas entre aquellos que habían decidido abrazar la fe del dios de la Luz. Así lo pensó Yar Gregor por un momento, recordando a tantos que habían muerto asesinados, desde el día en que se produjera la matanza en el templo. Un terrible pensamiento surcó su mente, la idea de que la muerte de Therios no se hubiera producido de forma accidental, y fuera un crimen más, como el de Zen Grimward. Se acordó del Presthe, y de los extraños sucesos acontecidos tras su muerte, un enigma que quizá Therios estaba a punto de descifrar. ¿Y si la solución de aquel misterio estaba relacionada con su trágico

final?

Los interrogantes se agolpaban en su interior, causándole un dolor de cabeza que evidenciaba su estado de confusión, una inquietud que allí, entre aquellos muros, solo podía ir a peor. Yar Gregor cerró los ojos y respiró profundamente antes de abrirlos nuevamente.

Abandonó la habitación y recorrió el trayecto que le separaba de la salida, sin detenerse a hablar con ninguno de cuantos se cruzaban en su camino. Afortunadamente, los clérigos habían sido convocados para elevar a Athmer sus oraciones, suplicando por el alma del Gran Maestro.

A punto de dejar atrás la Morada, el caballero se cruzó con uno de los mozos que guardaban las cuadras aledañas, donde a menudo eran alimentadas las monturas pertenecientes a los miembros de la Orden.

—¡Yar Gregor! —el joven corría hacia él.

El caballero se detuvo, temiendo que aquel muchacho fuera portador de malas noticias. La desgracia que había caído sobre la Orden parecía no tener fin.

—¿Qué ocurre, chico? —preguntó, con rostro severo.

—Se trata de Zen Varion y Den Darreth, señor.

El corazón de Yar Gregor dio un vuelco, temiendo que algo terrible les hubiera ocurrido también a ellos, tras su larga ausencia.

El joven se detuvo y, para desesperación del helvatio, tomó un tiempo en recuperar el aliento antes de continuar hablando.

—Han llegado a la ciudad, señor. Me han enviado a buscaros, para deciros que os esperan en el templo de Athmer.

—Entonces, ¿se encuentran bien?

—Sí, señor.

Yar Gregor respiró aliviado.

—¿Por qué allí? —dejó escapar en voz alta una pregunta que, en realidad, se estaba haciendo a sí mismo.

—No lo sé, Yar Gregor. Me han dicho que su intención era dar las gracias a Athmer por su feliz regreso, y les gustaría presentarse en el templo. Quizá hayan creído conveniente que pudierais acompañarlos en sus plegarias.

—Bien —la respuesta no convenció al caballero—. Buen trabajo, muchacho. Acudiré al templo de inmediato.

Aunque no imaginaba las intenciones de Zen Varion, al querer encontrarse con él en un lugar como el templo, Yar Gregor estaba convencido de que, dados los últimos acontecimientos en torno a la Orden, aquello sería lo más seguro para pasar desapercibidos y poder hablar sin temor a ser escuchados.

En medio de tanto dolor, la noticia de la llegada de Zen Varion y

su joven discípulo fue como un bálsamo con el que enjugar su sufrimiento. Lejos quedaban los días en los que habían dejado atrás la ciudad, en compañía de Genthis y aquellos que les habían seguido en un viaje hacia lo desconocido. El deseo de conocer el resultado de su misión lo empujó a caminar con rapidez, recorriendo las calles de la ciudad con una premura casi impropia de él.

No había perdido de vista la Morada cuando un peculiar sonido provocó que, de forma repentina, detuviera sus pasos. Miró al cielo, seguro de haber escuchado un lejano chillido que le resultaba familiar. Enseguida identificó a la criatura que, desde lo alto, parecía llamarle, como había hecho en otras tantas ocasiones en el pasado, cuando el Gran Maestro le enviaba una de sus instrucciones a través de los más fieles mensajeros con los que convivía: sus halcones siempre habían sido leales servidores a una labor de vital importancia.

El caballero fijó la mirada en uno de aquellos halcones que, desde el firmamento, parecía entonar un canto de despedida en honor de su amo. Nada más lejos de la realidad. Yar Gregor no tardaría en darse cuenta de que, una vez más, la más hermosa de las aves de Therios se dirigía a él, como ya hubiera hecho en tantas ocasiones.

El halcón descendió en círculo y, cuando lo vio lo suficientemente cercano, Yar Gregor extendió el brazo para recibirlo. Con majestuoso vuelo y encomiable precisión, el ave se posó sobre él. Sus chillidos se transformaron en un estremecedor silencio durante el cual Yar Gregor contempló al animal de arriba abajo. Una terrible sensación se apoderó de él al comprobar que, una vez más, aquella hermosa criatura tenía atado en una de sus patas un nuevo mensaje para él. Su corazón se encogió al temer que el propio Therios hubiera escrito para él unas últimas palabras antes de dejar el mundo de los vivos.

Mientras desataba el papel y lo desenrollaba, sintió su pulso acelerado y sus manos nerviosas. Fue consciente de que en aquellas letras encontraría alguna de las respuestas que necesitaba conocer. Tuvo un mal presentimiento respecto al final de la vida de Therios, un pensamiento que se negaba a acoger. ¿Y si el Gran Maestro había decidido acabar con su vida y aquello no era sino su fatídica despedida? Inmediatamente desechó aquella idea, incluso antes de comenzar a leer las últimas palabras del Gran Maestro. Reconoció su caligrafía, aunque las letras habían sido escritas de modo apresurado, algo inusual en alguien como Therios, que meditaba cuidadosamente cada una de sus palabras antes de componer sus escritos.

Yar Gregor palideció al leer el escueto mensaje del Gran Maestro. En aquel instante, su mente se iluminó. La comprensión de las circunstancias de los sucesos acaecidos en los últimos tiempos apagó

sus dudas al mismo tiempo que hizo crecer en él una ira incontrolada.

«Grimward, maldito hijo de puta».

CAPÍTULO 2: YARK

El paso por las Furias resultó frugal, una pequeña parada para tomar provisiones con las que afrontar el viaje a Yark. Siguiendo instrucciones de Sándor, habían sido muy pocas las embarcaciones que se habían acercado a las islas de Owen para coger lo estrictamente necesario. No solo alimentos, sino también herramientas y armas. Taenara no quería demorar la duración del viaje más de lo verdaderamente necesario, pues seguramente en Yark podrían encontrar dificultades que retrasarían la partida definitiva hacia Móstur.

—¿No íbamos a Yark? —Rodher escuchó las órdenes de Sándor sin comprender el motivo que los llevaba a abandonar el rumbo al puerto de la ciudad.

—Claro que vamos a Yark, amigo. Pero no resultaría conveniente para nuestros intereses dejarnos ver demasiado por allí. Si sus ciudadanos contemplan toda una flota llegando a su puerto, es posible que reaccionen de un modo inapropiado. Atracaremos en una de las playas más tranquilas, y allí decidiremos quiénes van a la ciudad. Debemos ser cautelosos en la misión encomendada por la princesa.

—Me llevarás contigo a Yark, ¿verdad? —las palabras de Rodher arrancaron una sonrisa en Sándor, que vio en el rostro de su amigo una mirada suplicante como la de un niño.

—Pues claro que vendrás conmigo, idiota —Sándor se echó a reír —. Necesito buenos hombres que me ayuden a convencer a una de las compañías de mercenarios más temibles de las tierras conocidas: los saqueadores de Ivarth.

—¿Ivarth?

—Exacto. Hace años hice algunos tratos con su padre, Reth, cuando él era el líder de la compañía. Le conseguí valiosa mercancía a precios muy jugosos.

—¿Qué pasó con él? ¿Murió?

—¿Quién, Reth? —Sándor se echó a reír—. Qué va, Rodher. Le pasó… lo que nos termina sucediendo a todos, en el mejor de los casos: se hizo viejo. La última vez que me encontré con él, necesitaba

un bastón para caminar. Como podrás imaginar, no resultaba ya la persona más idónea para liderar saqueos y enfrentamientos. Dejó a su hijo al mando.

—¿Conoces a su hijo?

—Por lo poco que sé de Ivarth, es un joven que ha heredado de su padre su gran determinación. Pero me parece que es bastante más cruel de lo que llegó a ser Reth. Si logramos convencerlo para que nos ayude, será un poderoso aliado… Siempre que logremos encontrarlo.

—¿No se encuentra en Yark?

—Los saqueadores viven más allá de la ciudad, en las inmediaciones de un paraje repleto de roca y cuevas en torno a las Hoces del Estirio.

—¿Y tenemos que ir hasta allí? —Rodher parecía decepcionado.

—Pues claro. ¿Qué pensabas, que vendríamos a Yark y los mercenarios estarían en el puerto esperando para darnos la bienvenida y unirse a nosotros, así sin más?

—Pensé que no tendríamos que ir más allá de Yark.

—Amigo mío —Sándor sujetó del brazo a Rodher—, los grandes éxitos requieren grandes esfuerzos. Créeme, el mayor de ellos ya está hecho. Perdonar la vida a Owen ha sido lo más difícil que podría imaginar. A partir de eso, todo lo demás se me antoja como una etapa más en nuestro glorioso avance a Móstur. Mira hacia atrás. ¿No es una hermosa visión, la de todos esos barcos que nos siguen? ¿Habías imaginado alguna vez que lideraríamos semejante flota?

Rodher respondió con una sonrisa.

—Si logramos contratar a esos mercenarios, formaremos un poderoso ejército capaz de conquistar cualquier territorio que nos propongamos. Quién sabe si además de Móstur encontramos otras poblaciones que puedan garantizarnos cuantiosas riquezas.

Sándor observó cómo aquellas últimas palabras tranquilizaban a su amigo, que tal vez empezó a imaginar cómo sería el resto de su vida con parte de esas riquezas prometidas.

—Espero que ella lo comprenda…

—¿Ella? —Rodher quedó nuevamente desconcertado—. ¿Que comprenda qué?

—Pues que tardaremos en alcanzar Móstur algo más de lo que tal vez la princesa había imaginado.

—Si tú crees que esa compañía de saqueadores son nuestra mejor opción, seguro que lo entenderá.

—Eso espero —Sándor miró a su alrededor, como si temiera que la princesa se encontrara cerca, tanto como para percibir las dudas que no había sido capaz de ocultar a su amigo. El Rey Pirata tenía la

sensación de que Taenara siempre se encontraba en el lugar apropiado, en el momento más indicado. Era como si, con una mirada, fuera capaz de adivinar el pensamiento de quien se atrevía a caer en el embrujo de esos ojos eternamente resplandecientes.

En ese instante, Powick pasó junto a él. Sándor le puso la mano en el hombro, frenando su paso.

—¿Dónde se encuentra la princesa? —preguntó, en voz baja.

—Creo que está en los aposentos que preparasteis para ella y su consejera.

—Bien. Y su consejera, ¿está también allí?

—Creo que sí. Están las dos. Parece una mujer extraordinaria, ¿verdad?

—Sí, lo es. La princesa Taenara es mucho más de lo que creíamos al ver por primera vez su hermoso rostro…

—En realidad me refería a… a su consejera. Tiene una belleza…

—¿No te han encomendado ninguna tarea alguno de los oficiales? —interrumpió Sándor, pensando en que no le costaría demasiado levantar al joven Powick con ambas manos y arrojarlo por la borda.

—Sí. Tengo que coger varios cubos…

—¿Y qué haces, que no estás cumpliendo el encargo que te han hecho?

—Habéis sido vos quien me ha parado para preguntarme por la princesa y su consejera.

—Está bien, Powick. Cumple tu cometido, demuéstrame que hice bien en no arrojarte al agua en cuanto te vi.

—Sí, señor.

Powick no esperó un segundo más y salió corriendo a realizar las tareas que le habían sido asignadas. Rodher esbozó una amplia sonrisa al ver al muchacho pasar junto a él con la prisa de quien huye de su peor enemigo.

—No te enfades con él. Es un buen muchacho.

—No estoy enfadado con ese chico —replicó Sándor, con una voz que no logró convencer a su amigo.

—Entonces, ¿qué te ocurre?

—Nada… Estoy impaciente por llegar, solo es eso.

Sándor añoraba la presencia de Salwen. Sentir que, pese a encontrarse tan cerca de ella, aún no podía contemplarla, era una carga que le resultaba difícil de llevar. Como le había dicho Taenara, tenía que centrarse primero en la misión que los había llevado hasta allí. La decisión de contratar a los mercenarios retrasaría no solo el viaje a Móstur, sino tal vez también ese ansiado momento de encontrarse con Salwen a solas, de poder manifestarle sus

sentimientos hacia ella.

Rodher dejó a Sándor a solas con sus pensamientos. Frente a ellos, la playa en la que se disponían a fondear las embarcaciones aparecía como una solitaria extensión de blanca arena tras la que se encontraba un bosque poblado de numerosas especies de árboles que competían en altitud.

«Acamparemos en las inmediaciones del bosque» —pensó Sándor. Esa misma noche, expondría su plan a Taenara con el objetivo de ir a Yark a la mañana siguiente.

La tripulación del Leviatán fue la primera en poner los pies en la playa. Sándor se sentó sobre la arena y contempló, satisfecho, el desembarco de todos cuantos le seguirían a Móstur, a una batalla que cada vez presentía más cercana e inevitable. Los que dejaban el mar a sus espaldas se dirigían a la linde del bosque, donde establecerían el campamento. Algunos pasaban junto a Sándor, que permanecía inmóvil sobre la arena, preso de los pensamientos que en aquel instante asaltaban su mente. Se imaginó junto a Taenara, a las puertas de Móstur, uniendo sus fuerzas a las del rey de Leryon en lo que constituiría una batalla que perduraría en la historia como el mayor enfrentamiento visto en las tierras de Móstur. Sería una gran victoria, con una extraordinaria recompensa, al menos para él; una recompensa más valiosa que el oro: el corazón de la mujer que le había arrebatado el suyo. Fue un pensamiento que le transmitió calma y paz, en unas horas en las que las necesitaría para poder soportar el peso de la responsabilidad que los había llevado hasta allí. Taenara parecía tener fe ciega en su experiencia como contrabandista y gran negociador, y él debía responder conforme a esa confianza.

Los alrededores de la playa fueron un continuo ir y venir de nybnios. Sándor escudriñaba los movimientos de todos los que ahora, unidos, formaban un único ejército. Ferghus y sus mercenarios, Owen y sus piratas, y los propios hombres de Sándor, formaban una hueste un tanto singular. Muchos de esos piratas eran más bien pescadores o comerciantes que habían terminado uniéndose a Owen o a Sándor por los beneficios que obtenían en las pequeñas escaramuzas llevadas a cabo en aguas nybnias. No eran guerreros, hombres de batalla. Sándor estaba convencido de que muchos de ellos no podrían resistir el peso del combate, la visión de un ejército dispuesto a masacrarlos, el olor de la sangre y los gritos de dolor. La guerra era algo muy distinto a todo cuanto ellos pudieran haber visto o imaginado. Llegado el momento, muy pocos afrontarían la batalla con la necesaria determinación. Por eso era urgente contar con más hombres, guerreros aguerridos que no se amedrentaran ante la más terrible visión que

pudiera ofrecerles el campo de batalla. Ivarth y sus saqueadores tampoco eran guerreros experimentados, pero tenían fama de ser temerarios y crueles cuando la situación lo requería. O al menos así lo creía recordar Sándor en los años en los que tuvo trato con ellos. Ahora necesitaba que la princesa Taenara también lo pudiera creerlo así, y que no le importara retrasar la partida si con ello lograba una notable mejora de su ejército, no solo en cantidad de hombres, sino también en la ferocidad y destreza que pudieran mostrar.

Alentado por este último pensamiento, Sándor se puso en pie y se dirigió junto a los suyos para preparar las tiendas y organizar los turnos de guardia. Al fin y al cabo, se encontraban en tierras ajenas y no sabían hasta qué punto aquel era un lugar seguro.

Con la llegada de la noche, el campamento se pobló de luces que se repartían en varias hileras que recorrían su trazado de un extremo a otro. La temperatura era agradable, y el aire que llegaba de la costa arrastraba consigo el suave y fresco aroma de las aguas del mar.

Taenara se encontraba en la siempre agradable compañía de Salwen. Ambas permanecían en el interior de la tienda que les había sido preparada. A diferencia de la de Sándor, la suya era una estancia pequeña, más sobria aún que las de muchos de los mercenarios que los acompañaban. Taenara quería pasar lo más desapercibida posible, y en ese instante lo único que quería era estar con su consejera, compartir con ella la frugal cena que les había sido servida. Un poco de queso, pan, y algo de fruta sería suficiente para saciar sus estómagos, con una copa de ese vino que Sándor llevaba allí donde le guiaran sus pasos.

—Parece que Sándor está ansioso por poder estar contigo, a solas —la princesa miró fijamente a Salwen, que reaccionó con una sonriente expresión dibujada en su rostro—. Aunque creo que aún tendrá que esperar. ¿Qué opinas? ¿Le hacemos esperar, o te gustaría ir a verlo durante nuestra estancia en Yark?

—Ahora lo importante es que Sándor cumpla la misión que le encomendasteis —respondió Salwen.

—Pero ¿te gustaría poder pasar un tiempo con él, aunque solo fuera un instante para que hablara contigo y te desvelara él mismo sus sentimientos?

Salwen no sabía qué contestar. Su mente estaba repleta de dudas.

—Al principio, cuando me hablasteis de él, del amor que sentía por mí, no creí que yo pudiera sentir algo así por él. Me parecía un hombre más preocupado por el poder y las riquezas que pudiera obtener en Móstur. Pero durante este tiempo he estado observándolo, aunque fuera en la distancia, he visto que no solo es un hombre de

honor, sino también alguien valeroso y dispuesto a todo por aquellos a los que quiere de verdad.

—Sándor es muy distinto a muchos de cuantos nos rodean —Taenara llenó una copa de vino, que entregó a Salwen—. Sus ambiciones no son comparables a la de hombres como Owen o Ferghus, que se fijan demasiado en las riquezas materiales. La primera vez que lo vi supe que gozaba de un carisma especial entre los suyos. Como contrabandista, creo que siempre ha sabido ganar el pulso entre el beneficio y el equilibrio de las relaciones comerciales, y eso le ha convertido en un gran negociador. Sándor sabe perfectamente en qué situaciones es mejor cerrar un acuerdo que a corto plazo no resulte favorable, para convertirlo en una ventaja en un futuro próximo. Y, desde luego, es un hombre valiente.

—Sí, lo vi en el enfrentamiento contra Owen, y cómo los demás no dudaron en seguirlo.

Taenara contempló con alegría el brillo que irradiaba la mirada de su consejera. Deseaba que, tras haber llevado una vida de sufrimiento y dolor, pudiera encontrar la felicidad que tanto merecía, y que ella no podría darle.

—Entonces, tal vez podrías pasar un tiempo con él durante nuestra breve estancia en Yark. Será bueno para ambos.

—¿No preferís que esperemos?

—Sándor es un hombre valeroso que, al parecer, no teme a nada ni a nadie. Eso es bueno, pero en ocasiones puede resultar demasiado peligroso.

—¿Peligroso? —Salwen no comprendió la respuesta de la princesa.

—Muchos hombres temerarios mueren de forma estúpida e innecesaria, por tomar decisiones precipitadas que ponen en peligro no solo su vida sino también las de quienes tienen cerca. Necesitamos que Sándor sienta cierto temor, un temor que le impulse a ser plenamente consciente de sus decisiones, de sus actos. Cuanto mayor sea el amor que Sándor sienta por ti, mayor será su temor a la posibilidad de perderte.

—¿Creéis que eso resultará positivo?

—Creo que será útil no solo para él, sino también para ti. Sándor hará todo lo posible para protegerte.

—Pero cuando lleguemos a Móstur y entremos en combate, no quiero que él tenga que estar pendiente de mí. Y tampoco quiero que me esconda lejos de la batalla. Si entramos en combate, lucharé. Y me gustaría hacerlo a vuestro lado.

—Si ese es tu deseo, lucharás junto a mí —Taenara dio un largo trago a su copa—. Hasta que la batalla haya terminado, no me

separaré de ti. Te lo prometo.

Salwen se disponía a contestar, cuando una voz fuera de la tienda interrumpió su conversación. Alguien solicitaba permiso para entrar. Era uno de los hombres del Rey Pirata.

—Mi señora, Sándor os espera en su tienda para hablaros acerca del plan que tiene previsto, en relación con Yark. Vuestra consejera puede ir, si así lo desea. Estarán también Owen y Ferghus. A Sándor le gustaría compartir con todos vosotros lo que él cree más conveniente de cara a nuestra llegada a Móstur.

—Bien, en ese caso llévanos ante él. Estoy ansiosa por conocer su plan.

Salieron de la tienda y recorrieron el campamento hasta el pabellón de Sándor, donde ya se encontraban Ferghus y Owen. Ambos permanecían sentados en unos taburetes dispuestos en torno a un tablero rectangular que, situado sobre un par de arcones, era empleado como mesa. Sobre la madera descansaban varias copas vacías y bandejas con restos de la cena. En cuanto Sándor vio a la princesa y a Salwen hizo vaciar la improvisada mesa. Se acercó a los aliados que habían sido convocados y, tras agradecer su presencia, desplegó un mapa en el que podía verse no solo la ciudad de Yark, sino también Móstur y sus pueblos más cercanos. El Rey Pirata tomó asiento junto a Rodher, que también sería testigo de la exposición del plan de Sándor, así como la aprobación o modificación del mismo que entre todos pudieran llevar a cabo.

Sándor paseó la mirada entre todos los que se encontraban junto a él y comenzó a hablar.

—La princesa Taenara me ha encomendado la misión de encontrar guerreros con los que alimentar nuestro ejército; un ejército que inicialmente preveíamos más escaso de lo que en realidad ahora tenemos, gracias a las aportaciones de Ferghus y Owen. Y a la hora de contratar mercenarios para la guerra, creo que necesitamos algo más que hombres armados que sepan cómo utilizar la espada o el hacha. En estas tierras se encuentra una compañía de guerreros que sobresalen entre todos cuantos podamos encontrar, o al menos así lo ha sido hasta la última vez que pisé esta ciudad. Contratar sus servicios tal vez resulte más caro de lo que teníais en mente, princesa…

—La conquista de Móstur bien merece el pago de un alto precio —respondió la princesa.

—¿De qué compañía se tratar? —preguntó Owen, frunciendo el ceño—. Hace mucho tiempo que no escucho hablar de mercenarios que puedan resaltar entre los más valientes guerreros de Nybnia.

—La compañía de saqueadores de Ivarth —respondió Sándor.

—Ivarth, el hijo de Reth —habló nuevamente Owen—. Tengo hombres que han estado viniendo a Yark. Ninguno de ellos me ha hablado de estos saqueadores. Tal vez las cosas hayan cambiado desde tu última visita a este lugar, Sándor.

—Creo que ninguno de cuantos nos encontramos aquí conoce bien la situación de la ciudad y sus alrededores. Owen, tú y yo nos hemos convertido en hombres de mar. Conocemos bien las aguas que nos rodean, pero quizá hemos abandonado demasiado los asuntos de las grandes ciudades del interior, ¿no crees?

—Tal vez. Pero creo que deberíamos cerciorarnos de que Yark sigue teniendo algo mejor que ofrecer aparte de sus hermosas playas y sus lujosos burdeles.

—¿Tú qué opinas, Ferghus? —inquirió Sándor.

—A mí siempre se me han dado mejor las relaciones comerciales que la preparación de la guerra. Siempre he escuchado que Yark dispone de los mejores mercenarios nybnios que se puedan contratar. Pero lo cierto es que tampoco puedo imaginar lo que vamos a encontrarnos aquí.

Taenara y Salwen escuchaban en silencio la conversación. La princesa se mostraba pensativa. Aunque no eran las palabras de aquellos hombres lo que centraba su atención. Estaba convencida de que no todo resultaría tan sencillo como había imaginado. El encuentro con Owen había supuesto, en cierto modo, un golpe de fortuna a sus planes. Ahora disponía de más hombres de los que en un principio habría esperado que la acompañaran al interior de las tierras nybnias. La tensión entre Owen y Sándor no había ido en aumento, pero seguía siendo el mayor peligro que podía acecharlos.

—¿Dónde podemos encontrar a esos mercenarios? —la princesa rompió su silencio.

—En las Hoces del Estirio —respondió Sándor—. Se trata de un paraje en el que, hace años, los habitantes de Yark no se atrevían a adentrarse. Los mercenarios ocuparon las cuevas y refugios de aquellas inhóspitas tierras. Se adueñaron del paraje y lo convirtieron en su hogar. Nadie se atrevía a discutir su dominio pues, al fin y al cabo, ni siquiera se encuentra en las cercanías de alguna de las rutas de comercio.

—Entonces, ¿pretendes que vayamos allí para dejarnos encontrar por esos mercenarios? ¿Y si se han convertido en algo peor que mercenarios? ¿Y si nos atacan?

Sándor no tenía respuesta a los interrogantes planteados por Owen.

—¿No tenemos otra alternativa mejor, Sándor? —inquirió Taenara.

—Si queremos conseguir más hombres, me temo que es el único modo —contestó el Rey Pirata—. La mayoría de los nybnios son comerciantes, no guerreros. Exceptuando a las compañías de mercenarios, no creo que podamos encontrar a ningún otro grupo de individuos tan locos como para dejar todo por venir con nosotros a Móstur.

—¿Qué opinas, Ferghus? —Taenara se había fijado en el pensativo rostro del comerciante, que no parecía muy convencido del plan de Sándor.

—Tal vez sea un plan demasiado arriesgado —respondió, acariciando sus barbas—. Ni siquiera tenemos la certeza de que vayamos a encontrar a esos mercenarios. ¿Y si una vez que lleguemos al lugar que habitan ni siquiera nos dan la posibilidad de negociar? ¿Y si ahora no fueran más que saqueadores, asesinos?

—Quizá resulte demasiado arriesgado, Sándor.

El Rey Pirata se percató de que Taenara era la primera en dudar de su plan.

—En ese caso, permitid que vaya yo solo. Lo último que querría es poner en peligro a los demás. Llevaré a uno o dos hombres de mi confianza.

—¿Y si no regresáis? Si os sucediera algo… quizá esperaríamos vuestra llegada en vano —Taenara desechó la última propuesta de Sándor, a quien vio demasiado convencido de saber lo que hacía—. No, Sándor. No permitiré que arriesgues tu vida de ese modo, tú solo. Iré contigo.

Todos miraron sorprendidos a Taenara.

—Pero, princesa…

—Nos encontramos en un lugar que desconocemos —Taenara interrumpió al Rey Pirata, segura de sus palabras—. No disponemos de demasiado tiempo y los mercenarios son nuestra única opción para alcanzar Móstur con un contingente de hombres suficiente como para atacar con garantías de victoria en unión al ejército de Leryon.

—Nos daréis detalles de vuestro plan para atacar la ciudad, ¿verdad princesa?

Taenara traspasó con la mirada a Owen.

—A su debido tiempo, os informaré del modo en que vamos a conquistar Móstur una vez que nos unamos al ejército de mi hermano. Pero lo primero es ver cuántos hombres podemos conseguir en Yark.

—¿Y si no consiguiéramos más hombres? —insistió *el loco*.

—En ese caso —sentenció Taenara—, tendrás que hacer un esfuerzo mayor para no acabar muerto frente a las murallas de Móstur.

Owen calló, recordando lo ocurrido en su primer encuentro con la princesa.

—Escuchadme bien —Taenara paseó la mirada entre todos los que se encontraban allí—. Iré con Sándor a las Hoces del Estirio, en busca de esos mercenarios. Si alguno más desea acompañarnos, será un placer. El resto, junto a vuestros hombres, permaneceréis aquí guardando los barcos. Cuando regresemos, los menos preparados para la batalla se llevarán la flota, pues este no es lugar en el que permanecer por mucho tiempo. De ahora en adelante, los barcos ya no serán necesarios. Tened todo dispuesto para nuestro regreso, pues una vez que hayamos cumplido nuestro cometido no demoraremos por más tiempo el avance a Móstur. ¿De acuerdo?

Todos asintieron, conformes.

—Bien. En ese caso, retiraos a descansar. Quien quiera seguirnos, que hable con Sándor. Mañana, al amanecer, nos dirigiremos a Yark y allí no solo tomaremos lo necesario para nuestro viaje, sino que además encontraremos información acerca de esos mercenarios, o de cualquier otra compañía que puedan ofrecernos sus servicios.

Ferghus y Owen abandonaron la tienda. Tan solo Sándor permaneció un tiempo más en compañía de Taenara y Salwen. La consejera de la princesa le regaló una hermosa sonrisa que el Rey Pirata apenas pudo percibir. Sus pensamientos estaban centrados en un plan del que incluso él mismo parecía dudar.

—No te preocupes, Sándor. No nos ocurrirá nada malo allí donde nos lleves.

—En este momento, mi mayor temor es decepcionaros, princesa. Hace mucho tiempo que no piso la ciudad de Yark, y tal vez las cosas hayan cambiado desde la última vez que hice negocios aquí.

—No vas a decepcionarnos. Sé que siempre te has movido bien en aquellos lugares que conoces, y has llegado a excelentes acuerdos con gentes de muy diversa índole. Pero estas son circunstancias excepcionales, no solo para ti, sino para cada uno de nosotros. Hasta hace poco tiempo, Salwen y yo apenas conocíamos el palacio de Leryon y sus alrededores. Cuando te encontré, confié en ti. Y nos has traído hasta aquí.

—No lo hubiera conseguido de no ser por vuestra intervención, princesa.

—Saldremos airosos. Y partiremos a la batalla, hacia la victoria.

—Pero si no conseguimos la ayuda de esos mercenarios…

—Mi plan se llevará a cabo con… o sin ellos. Descansa tranquilo. Mañana nos dirigiremos a Yark. Será nuestra última aventura antes de partir en dirección a Móstur.

CAPÍTULO 3: MÓSTUR

Yar Gregor aún mantenía su pulso acelerado. Tras haber dejado atrás la Morada, se encontraba a las puertas del templo de Athmer y su respiración parecía lejos de normalizarse. Su mano aferraba con fuerza el mensaje que le había sido entregado por parte del halcón, como si la última voluntad de Therios le hubiera sido legada; una peligrosa herencia a juego con el peligro que, desde el exterior, se cernía sobre la ciudad. Era cuestión de días, tal vez horas, que las murallas de Móstur fueran atacadas por los leryones. Enemigos a las puertas de la ciudad y quizá también en su interior. En el trayecto que le separaba del templo, el caballero se había hecho demasiados interrogantes. Uno de ellos era el destino de Grimward. ¿Se habría marchado de la ciudad para unirse a los leryones, o él mismo se encargaría de iniciar una venganza tan mortal como silenciosa sobre los helvatios? Tras haber asesinado a Therios, ¿quién sería su siguiente víctima?

Con cada paso dado en dirección al templo, Yar Gregor se había sentido más amenazado, vigilado por momentos. Convertido en el mayor enemigo de la Orden Helvatia, Grimward no dudaría en acabar con aquellos que hubieran servido con fidelidad a los intereses de los siervos e Athmer; incluso él mismo, que había llegado a convertirse en el verdugo de la Orden por voluntad del Presthe, ahora podría ser una víctima más de su traición. El recuerdo de sus crueles e injustas ejecuciones en nombre de la Orden o, mejor dicho, de Zen Grimward, tornó el temor en ira; el miedo se transformó en deseo de encontrarse con aquel malnacido. Yar Gregor sentía que la rabia se apoderaba de él, lo carcomía. Tuvo que detenerse para recuperar el aliento y apaciguar su cólera. No era momento de dejarse cegar por los impulsos, sino de pensar con clarividencia. Y si alguien podía ayudarlo a poner orden en su aturdida mente, ese era Zen Varion.

Al entrar en el templo, su mirada quedó cegada momentáneamente, fruto de la penumbra que reinaba en el recinto consagrado a Athmer. El interior permanecía sumido en un silencio acorde con la tenue iluminación que, repartida entre las velas y cirios ubicados junto a las paredes, multiplicaba las frágiles sombras que se

derramaban entre las columnas. No eran muchos los helvatios que en aquel momento se encontraban repartidos por el recinto sagrado, elevando sus silenciosas plegarias. Yar Gregor imaginó que los pensamientos de todos ellos estarían puestos en el destino que se cernía sobre la ciudad. El ejército de Kariosh, como una gigantesca serpiente, se había ido arrastrando desde el oeste hasta detenerse en las inmediaciones, a punto de caer sobre Móstur. Los pocos asistentes allí congregados eran fiel reflejo de la situación por la que atravesaba la Orden, y la propia ciudad. Abandono y temor, miedo y desesperanza. Los más fervientes seguidores de Athmer suplicaban por sus vidas; los menos fervorosos tal vez ya hubieran dejado la urbe, convencidos de que no había nada que hacer. Unos se marchaban, y en cambio otros regresaban tras una larga ausencia. Yar Gregor contempló a dos helvatios que, con rostros escondidos bajo las capuchas de sus hábitos, oraban en la parte delantera, cerca de la imagen de Athmer. La estatua, que en tantas ocasiones había presidido unas ceremonias a las que muchos acudían alegres y fervientes, parecía esconderse en las sombras para no ver la desgracia que había caído sobre los hijos del dios de la Luz.

Yar Gregor caminó lentamente hacia los helvatios. Sin duda eran Zen Varion y su joven discípulo. La pose del maestro de Darreth era singular, con los dedos de sus manos entrelazados y los pulgares juntos, imperturbable, como si hubiera entrado en un trance del que aún no debería despertar. El caballero dudó y, con una paciencia casi impropia en él, aguardó a que los helvatios terminaran de rezar.

No tuvo que esperar mucho tiempo. Como si Zen Varion hubiera sentido su presencia, se giró levemente para contemplarlo durante unos segundos. Hizo un gesto, invitándole a acercarse.

—Síguenos —dijo en un susurro.

Yar Gregor se percató de que el zenlor ya había previsto su llegada. Él y Darreth se pusieron en marcha, casi a la vez. Los pasos de ambos resonaban entre las columnas del templo, mientras se dirigían a una estancia que, al otro lado de una discreta puerta abierta en una esquina, resultaba un sobrio almacén destinado a guardar aquellos elementos propios del culto que no gozaban de gran valor. Taburetes y bancos de madera rezumantes de la humedad acumulada en aquel apartado rincón; velas y túnicas, algunas de ellas descoloridas y harapientas; copias de algunos libros destinados a la oración de los helvatios… Aquel no era el lugar más adecuado para buscar algo de valor. Zen Varion esperó a que los tres se encontraran dentro para cerrar la puerta con llave, mientras Darreth encendía una lámpara que pudiera ofrecerles algo de luz.

—Yar Gregor, amigo mío —el zenlor lo abrazó con fuerza—. ¿Por dónde empezar? —dijo nada más separarse de él. No le brotaban las palabras. Tras unos segundos de silencio, la mirada del caballero se cruzó con la de Darreth.

—Darreth, muchacho —Yar Gregor envolvió al joven entre sus brazos—. Os daba por muertos. Después de todo lo que ha sucedido durante este tiempo, vuestra llegada era lo que menos podría imaginarme.

—Hemos hecho un largo viaje —para sorpresa de Yar Gregor, fue Darreth quien tomó la iniciativa—, un viaje repleto de peligros. Hemos sido puestos a prueba en numerosas ocasiones, pero gracias a Athmer hemos salido victoriosos. Con cada dificultad, nuestro ánimo se ha ido acrecentando y ahora regresamos a Móstur con una fe más pura y verdadera.

Yar Gregor se sorprendió al escuchar aquellas palabras, más que por su contenido, por el modo en el que hablaba Darreth. El caballero no estaba seguro de las aventuras que habrían vivido los clérigos durante su viaje, pero una cosa era segura: la timidez del discípulo de Zen Varion había muerto para dar paso a la convicción de quien se siente renovado en su interior. Estaba deseoso de escuchar el relato de lo acontecido en aquella misteriosa aventura. Sin embargo, había asuntos más urgentes que tratar, y el tiempo era demasiado escaso.

—El maestro Therios ha muerto —dijo con voz entrecortada.

—Lo sabemos —dijo Zen Varion—. Me temo que la noticia no ha tardado en propagarse por toda la ciudad…

—Sé quién ha sido el causante de su muerte —Yar Gregor habló de un modo apresurado. En esta ocasión los clérigos reflejaron mayor sorpresa. Todo lo que sabían acerca de la muerte de Therios eran meras especulaciones, rumores acerca de un golpe fatídico del destino en forma de un resbalón producido durante un paseo nocturno por una de las torres de la Morada. El asesinato resultaba una hipótesis inimaginable para los que sabían el gusto de Therios por visitar a sus aves con la caída del anochecer.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho? —dijo Zen Varion, confuso. Por momentos dudó de haber escuchado bien.

Yar Gregor extrajo el pergamino que había rescatado de los aposentos del Gran Maestro. A diferencia de lo que había imaginado en un primer momento, la profecía se encontraba allí. El asesino de Therios no se había tomado la molestia de apropiarse de tan valioso texto.

—Therios y yo acudimos al castillo… a la cripta del rey. Extrajimos esto de su tumba —extendió el pergamino, dejando ver su contenido.

—La profecía de Móstur —dejó escapar Darreth, nada más leer la primera línea. Yar Gregor le dirigió una sorprendida mirada. Definitivamente, aquel joven había sufrido una increíble transformación durante su ausencia de la ciudad.

—La profecía que condenó a muerte a Dunthor —habló el caballero—. El Gran Maestro se la llevó con el ánimo de un estudio más profundo a la luz de los Textos Sagrados.

—¿Cuándo sucedió eso? —preguntó Zen Varion, temiendo la respuesta del caballero.

—Ayer, poco antes de la muerte del Gran Maestro. Pero hay algo más que debéis saber.

Mientras extraía el papel con las últimas palabras escritas por Therios, Yar Gregor habló a los otros helvatios acerca de las extrañas circunstancias de la muerte de Zen Grimward, así como de la misión que le había sido encomendada: encontrar a su asesino. Relató de un modo escueto aquellos sucesos, ansioso por revelar el contenido que sostenía, intranquilo e impaciente.

—Uno de los halcones del Gran Maestro vino a mí, portando esto. Sin duda, se trata del último mensaje enviado por Therios a través de sus aves, justo antes de su muerte.

Ante la atenta mirada de los clérigos, Yar Gregor desveló el contenido escondido en los apresurados trazos de Therios, letras irregulares que, aunque carecían del habitual cuidado que el Gran Maestro ponía en los rasgos de cada letra, podían leerse con claridad.

—*La profecía*… —leyó Zen Varion, en voz alta—. *Dunthor estaba en lo cierto. Lorwurn se encuentra entre nosotros… Es Grimward. Está aquí*.

—Ese malnacido… —dejó escapar Yar Gregor—. Él es quien ha acabado con la vida de Therios.

—Seguramente, vio en él la imagen de Athmer —dijo Darreth.

—¿A qué te refieres? —Yar Gregor no comprendía el significado de las palabras pronunciadas por el discípulo de Zen Varion. Las profecías y el resto de los Textos Sagrados eran enigmas que a menudo escapaban al interés de los caballeros, más preocupados por los asuntos terrenales y relaciones menos próximas a los dioses. Yar Gregor no era precisamente uno de los caballeros más alejados de la faceta espiritual propia de los clérigos, pero desconocía muchos de los contenidos recogidos en los Textos Sagrados, pues para un caballero resultaba imposible destinar más tiempo al estudio que al adiestramiento y el uso de las armas.

—A la venida de los dioses y su enfrentamiento con los hombres —respondió Darreth— la profecía de Móstur no es sino una muestra de las desgracias que están a punto de caer sobre nosotros. El surgimiento

de los dragones y la llegada de los ejércitos de Leryon marcan el comienzo de una lucha que no solo se librará entre los humanos. Los dioses están aquí presentes, entre nosotros.

—¿Aquí presentes? —Yar Gregor estaba lejos de entender el verdadero significado de las palabras de Darreth. Los clérigos siempre hablaban de la presencia real de los dioses. El pensamiento de los más fanáticos los conducía al engaño de sus sentidos, al afirmar que ciertamente Athmer se les había aparecido mientras elevaban sus plegarias, o les había hablado de un modo claro.

—Presentes entre nosotros —añadió Darreth—, visibles, en carne y hueso.

Antes de que Yar Gregor pudiera hacer una nueva pregunta, el discípulo de Zen Varion continuó hablando acerca de algunas de las profecías sobre Móstur y la Orden Helvatia, la llegada de Leryon y el conflicto entre los dioses. Por momentos, Darreth tomó el control de la conversación y sus palabras fueron tan enriquecedoras para Zen Varion como confusas para el caballero. Yar Gregor escuchaba, con expresión de incredulidad, las palabras de un joven muy distinto al que tiempo atrás viera partir en compañía de su maestro y cuantos lo seguirían en una peligrosa aventura que se había llevado por delante la vida de muchos. El caballero se preguntó qué habría sido de los demás. El recuerdo de la muerte de Therios y los sucesos que anunciaban las profecías habían dejado fuera de la conversación los sucesos acaecidos durante el viaje de Zen Varion y su discípulo. Las incertidumbres del futuro inmediato resultaban más acuciantes que cualquier pasado dejado atrás.

Darreth les habló acerca del conflicto entre dioses y hombres.

—A diferencia de lo que muchos miembros de la Orden han creído descifrar, no se trata de una lucha de los dioses contra los hombres. No es un enfrentamiento entre su mundo y el de los humanos. Con la llegada de los dioses, los hombres se enfrentarán entre ellos.

—¿También los dioses? —inquirió Yar Gregor—. ¿Ellos también lucharán entre sí?

Darreth asintió.

—No hay tiempo para desentrañar cada uno de los secretos escondidos en las profecías. La guerra es inminente, y debemos prepararnos para resistir, manteniendo los ojos bien abiertos, pues seguramente Grimward, o mejor dicho, Lorwurn, pronto ocupará su posición entre las filas de los ejércitos de Kariosh. Conoce demasiado bien la Orden. Descargará sobre nosotros todo su odio.

Las palabras de Darreth dejaron un silencio incómodo. Yar Gregor se preguntó acerca del resto de los dioses. Si todo aquello fuera cierto,

¿qué harían Athmer, Daera, Thariba…? No se atrevió a dejar escapar sus dudas.

—Debemos actuar con precisión y cautela —añadió Zen Varion.

—Pero ¿cómo acabar con Lorwurn? —Yar Gregor recordó el día en que supuestamente el Presthe Grimward había sido asesinado.

—Con esto —respondió Darreth, extrayendo la espada rescatada de Mynthos, un arma de extraordinaria importancia—. Si queremos derrotar a Lorwurn, solo podremos hacerlo con una de las armas de los dioses.

—¿Hay más? —preguntó el caballero.

—Cada uno de los enviados de los dioses porta un arma con la que podría matar a cualquiera de las deidades. Más que una muerte, sería una expulsión del mundo de los vivos, pues la esencia de los dioses mora en el interior de sus enviados, pero regresaría a ellos una vez dejado atrás el cuerpo en el que su voluntad habría quedado impresa.

Darreth extendió el brazo, entregando la espada a Yar Gregor para que pudiera contemplarla más de cerca.

—De modo que, con esta arma, podríamos expulsar a los dioses que pretendan acabar con Móstur… —Yar Gregor paseaba su mirada por la hoja de la espada mientras su mente trataba de asumir aquella nueva realidad que le había sido revelada; una prueba de fe, sin duda —. Bien, entonces será mejor que nos preparemos para lo que pueda venir. Supongo que sois conscientes de que muchos no creerán vuestras palabras; habrá quienes incluso os tachen de locos o fanáticos.

—Los ejércitos de Leryon se disponen a arrasar Móstur. Esa es una realidad de la que nadie duda —dijo Zen Varion.

—Una realidad suficiente para alinear a todo Móstur contra el verdadero enemigo —Yar Gregor recordó la división que la ciudad había vivido con la dictadura de la Orden Helvatia—. Al menos, en esta ocasión los habitantes de nuestra ciudad volverán a unirse, dejando atrás las rencillas de estos últimos tiempos. Quizá muchos tornen su odio hacia nuestra Orden por una furia desatada contra nuestros verdaderos enemigos.

Tras aquella última reflexión se hizo el silencio.

—¿Qué ocurrió en vuestro viaje? —preguntó Yar Gregor al fin—. ¿Qué sucedió con los demás?

En aquel momento, ninguno de los clérigos parecía interesado en relatar unos hechos que precisaban de una narración pausada.

—Murieron —respondió Zen Varion, convencido de que el caballero merecía conocer el destino de Genthis y otros buenos hombres que los habían acompañado—. Hablaremos de ello en otro

momento, pues el relato de nuestro viaje bien merece una prolongada conversación para desentrañar los misterios que lo han rodeado.

Se escucharon dos tímidos golpes en la puerta, como si al otro lado alguien pidiera permiso para interrumpir tan importante conversación.

—Cuidado… —Yar Gregor extrajo un puñal, temiendo que les estuviera aguardando una desagradable sorpresa. Tal vez Grimward se encontraba cerca.

Zen Varion tomó la llave y la introdujo en la cerradura. El pulso le temblaba.

—Yar Gregor… —se escuchó tras la puerta. No era precisamente la voz de Grimward, sino la de un chiquillo que el caballero conocía bien. Aun así, el caballero fue consciente de que debía extremar las precauciones.

Zen Varion abrió la puerta, lentamente, dejando al descubierto la imagen del muchacho.

—Estoy yo solo, no hay nadie más en el templo.

—Sammy, ¿verdad? —Yar Gregor lo reconoció nada más verlo. Era el chico que trabajaba para Zen Zen Crissen en las caballerizas. Recordó la grata conversación mantenida con él momentos antes de dejar Móstur hacia un destino incierto.

—Sí, señor —el muchacho sonrió, alegre al comprobar que aquel caballero helvatio recordaba su nombre.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —inquirió Yar Gregor, adelantándose a una pregunta que también se hacían los clérigos.

—Lord Belson me ha enviado a buscaros…

—Lord Belson —repitió el caballero, antes de respirar profundamente—. Ese hombre siempre ha sabido mantener el control de cuanto sucede en torno a él, y más aún desde que fue nombrado senescal. No ocurre nada a su alrededor sin que él lo sepa. En ocasiones resulta un tanto desconcertante.

—Con todo lo que está ocurriendo —dijo Zen Varion— tal vez ese conocimiento sea más necesario que nunca. Además, lord Belson es un hombre inteligente y capaz de canalizar adecuadamente toda esa información a su alrededor.

—Afortunadamente, así es —reconoció el caballero—. Gracias a él, las casas nobles de Móstur permanecen en estos momentos unidas, no solo por la causa común de hacer frente a Leryon, sino por la búsqueda de una prosperidad que, aunque se antoja ciertamente difícil, casi imposible, para muchos resulta un horizonte esperanzador. Desde su nombramiento como senescal no ha hecho otra cosa que tratar con todos aquellos que pueden contribuir en gran medida a la defensa de la ciudad. Llegado el momento de la batalla, Leryon se

encontrará con un gran ejército dispuesto a frenar su avance.

Cuando la mirada de Yar Gregor se cruzó con la de Sammy, recordó el cometido que le había sido encargado al muchacho. A lord Belson no le gustaba que lo hicieran esperar; y menos aún desde su nombramiento, pues desde entonces había visto mermada su disponibilidad y había días en los que tenía un estricto horario que cumplir.

—Bien, muchacho —miró fijamente al chiquillo—. Llévame ante el senescal. Seguro que se trata de algo urgente. Zen Varion, Darreth… ¿nos acompañáis? Seguro que lord Belson se alegra de volver a veros y, aunque no pueda permitirse el lujo de recibiros en una audiencia prolongada, al menos podrá intercambiar con vosotros unas palabras de esperanza.

—La esperanza es lo que más vamos a necesitar en estos momentos de dificultad —dijo Darreth—. Estaremos encantados de poder ver a lord Belson —el denlor miró a Zen Varion, que asintió a sus palabras.

—Bien —dijo Yar Gregor, fijando sus ojos en el rostro risueño del muchacho, que aguardaba impaciente el momento de culminar la misión que le había llevado hasta allí—. Sammy, llévanos hasta lord Belson.

Siguiendo al chico, dejaron atrás la estancia del templo, que quedó nuevamente sumida en la perpetua oscuridad que allí habitaba. La imagen de Athmer permanecía solitaria, envuelta en las penumbras. Las plegarias habían cesado, los helvatios habían abandonado el recinto, algunos de ellos para no regresar. A su paso entre las columnas, Darreth rememoró uno de los sueños que en los últimos días habían terminado despertándolo de un modo brusco: un fuego hambriento que se propagaba por el interior del templo y la estatua de Athmer consumiéndose entre las llamas.

CAPÍTULO 4: CERCA DE MÓSTUR

«Tendré que seguir matando a tus queridos discípulos. Muy pronto, todos ellos se reunirán contigo, en el eterno hogar de los muertos».

Aquellas últimas palabras dedicadas a Therios se habían grabado en la mente de Grimward como una promesa que habría de cumplirse de modo inexorable.

Decepcionado por no haber encontrado en el Gran Maestro al siervo de Athmer, su encarnación en el mundo de los hombres, el presthe no había detenido sus pasos hasta dejar atrás la ciudad. Su estancia en Móstur había llegado a su fin, al igual que sus días como clérigo helvatio. Desde aquel mismo instante, se entregaría por completo a la destrucción de la Orden y la muerte de todos sus miembros. Y tenía muy claro cuál habría de ser el punto de partida para culminar su misión. Para llevar a cabo aquel acto de extrema crueldad para con Móstur y los helvatios, primero necesitaba un ejército, o al menos un grupo de guerreros convencidos de lo que debían hacer. Sonrió con malicia, convencido de que no tardaría en lograr sus propósitos. Allí donde crece el odio, la voluntad se torna maleable, como una espada forjada para matar al mayor número de enemigos posible. Él sería el herrero capaz de tomar todo el odio de los leryones y modelar la venganza que habría de caer sobre Móstur.

Grimward se encontraba fuera de unas murallas que pronto lo verían regresar. Detuvo sus pasos y se recreó en la visión de Móstur, que quedaría a sus espaldas por poco tiempo. Le resultó un hermoso amanecer, salvo por un pequeño detalle: las murallas de Móstur aún estaban en pie, intactas. Imaginó aquella gigantesca construcción desmoronándose y el fuego devorando la ciudad, las voces de sus habitantes y el sonido de las espadas leryonas segando centenares, miles de vidas. Se recreó con aquellos sádicos pensamientos hasta tal punto que solo advirtió la presencia de los hombres de Kariosh cuando ya se le echaban encima.

—¿Qué es esto? —dijo el guerrero que lideraba aquel grupo de rastreadores enviados por el rey—. ¿Un clérigo helvatio, alejándose de

la ciudad? ¿Buscas un lugar para elevar tus oraciones a Athmer? Por aquí no hay ningún templo, clérigo.

Cinco leryones rodearon a Grimward, con una expresión mordaz en su mirada. Irrumpieron en incontenibles risotadas al escuchar las burlas de quien los lideraba, que continuó recreándose con sus chanzas.

—¿Estás solo? No te preocupes, nosotros rezaremos contigo. Seguro que así tu dios nos escucha mejor.

Grimward no se inmutó. Quizá debería haber abandonado la ciudad sin vestir los hábitos de la Orden. Fue un pensamiento frugal que le hizo sonreír en su interior. Durante años había mantenido oculta su verdadera fe escondido bajo las vestiduras del mayor enemigo de su dios. ¿Por qué no continuar con aquel juego de apariencias un instante más, en la hora de mostrarse frente a su verdadero pueblo? Descubrió los puñales de cuantos lo rodeaban. Sus peligrosos filos destellaban, amenazantes, con las primeras luces del alba. Permaneció tan sereno como imperturbable, algo que no extrañó a quienes acudían a él como enemigos.

—¿Qué hacemos, Ulmosh? —inquirió uno de ellos, como si tuviera prisa por clavar su puñal en el helvatio hasta hacerle derramar la última gota de su sangre.

Ulmosh dudó. El rey les había dado órdenes precisas. Hacer prisioneros entre aquellos que encontraran a su paso; de un modo especial si se trataba de helvatios. Kariosh no parecía conforme con acabar con ellos, quería recrearse en el momento de arrebatarles la vida. Todo prisionero helvatio debía ser conducido ante él para ser ejecutado, quemado en una hoguera en presencia de los leryones y para disfrute personal del rey. Los principales enemigos de Lorwurn merecían el mayor sufrimiento posible.

—Ulmosh… —los exploradores parecían impacientarse ante el silencio de su guía.

—Tenemos órdenes del rey —dijo con voz firme, aunque en su interior comenzaba a tomar forma otra alternativa. El rey no estaba allí. Y no tendría por qué enterarse de la muerte de aquel clérigo.

La reacción de sus acompañantes fue muy distinta de la que Ulmosh había imaginado. Los puñales quedaron nuevamente ocultos, y los exploradores se limitaron a amarrar al prisionero. Grimward no opuso resistencia. Incluso estuvo tentado de dirigir una sonrisa a sus captores en el momento en que le ataban las manos. Decidió no provocarlos. Se limitó a mirar fijamente a uno de ellos, manteniendo una expresión indiferente en su rostro. El rastreador no se lo tomó muy bien.

—¿Qué miras, bastardo? —dijo antes de escupirle a la cara.

Los demás rieron.

Grimward dirigió una nueva mirada a aquel individuo, sin responder a su agresión. Eran leryones, seguidores de Lorwurn, sus siervos, al fin y al cabo. El Presthe pensó que, en el fondo, sus vidas estaban consagradas a él. Pero también descubrió que, en el fondo, sus vidas le importaban una mierda. «Todo a su debido tiempo», dijo para sí mismo, sonriendo en su interior mientras imaginaba el destino de aquel individuo que parecía haberse quedado con ganas de escupirle una vez más.

—Basta ya, Hareld. —Ulmosh ordenó el cese de las burlas—. Ya tendréis tiempo de reíros al verlo arder en el fuego —añadió mientras lo sujetaba por el brazo—. En marcha, helvatio. El rey Kariosh se alegrará al verte.

Tras la muerte de Therios, Grimward tenía en mente presentarse lo antes posible ante el rey Kariosh. No había imaginado que sus intenciones se verían satisfechas de un modo tan sencillo. Tan solo quedaba una cosa por hacer: evitar el fuego de la hoguera. En Móstur había comprobado que la muerte era demasiado aburrida; y más aún cuando uno tiene tantas cosas por hacer. Aquellos pensamientos provocaron en él una sonrisa que apenas fue capaz de disimular. Había pasado tanto tiempo en compañía de Therios que había heredado de él un sarcasmo capaz de surgir en los momentos más inesperados e inoportunos.

Los rastreadores caminaban felices por la caza que habían llevado a cabo aquella mañana. Como si de valiosas presas se tratara, Kariosh recompensaba bien a aquellos que le entregaban prisioneros de la Orden Helvatia. Su muerte alimentaba el odio del rey de Leryon; un odio que le mantenía firme en su propósito de arrasar Móstur. Grimward no estaba menos feliz que sus captores. Le costaba mantener esa expresión de contrariedad y desánimo que debía invadir su apariencia, la desesperación de quien se encuentra al borde de la muerte. Hasta tal punto su estado de ánimo se veía invadido por la alegría, que estuvo a punto de acompañar a uno de sus captores en el silbido de una canción, un cántico de agradecimiento a Lorwurn que algunos entonaban al finalizar un buen día de caza o pesca. Ya fuera o no en tono de burla, aquellos silbidos provocaron una contagiosa reacción. Ulmosh sonrió, los rastreadores se rieron y Grimward carcajeó en su interior. Fue el comienzo de nuevos cánticos con los que, por un momento, los leryones se olvidaron de lo peligrosas que podrían resultar sus muestras de júbilo en un camino desde el que aún se veía la muralla de Móstur.

—Silencio —Ulmosh tardó un tiempo en reaccionar. Se encontraban en las proximidades del campamento y quería regresar junto a Kariosh con el mismo sigilo con el que habían abandonado su presencia para adelantarse a vigilar las inmediaciones de Móstur.

Llegaron hasta los primeros soldados, que los recibieron con una amplia sonrisa al contemplar al prisionero que los acompañaba. Aquel presente conseguiría que el rey Kariosh comenzara el día con buen humor.

—Avisad al rey de la llegada de los exploradores —dijo el oficial al mando—. Decidle que le traen un regalo. El día va a ser frío, necesitaremos una buena hoguera para calentarnos.

Los soldados que lo acompañaban rieron la broma, deseando que llegara el momento de quemar al helvatio y escuchar sus voces alzándose en medio del atardecer, el momento escogido por el rey para prender la hoguera, antes de que les alcanzara la oscuridad del ocaso. Le gustaba contemplar el rostro de su enemigo en el momento de ser devorado por el fuego. La ceremonia era siempre la misma: mientras la víctima era amarrada a un poste, Kariosh y algunos de los sacerdotes que lo acompañaban elevaban las plegarias a Lorwurn para que aceptara su sacrificio y les otorgara su favor en la batalla que estaba por llegar. Grimward había tenido conocimiento de aquel monótono ritual. Los rastreadores se lo estaban recordando en el momento de llevarlo ante Kariosh. A pesar de sus amenazas, no conseguían alterar el inexpresivo semblante del prisionero, cuya única preocupación parecía ser preparar su discurso ante el rey para convencerlo de que había una opción mejor que la hoguera.

—He oído que los clérigos de Athmer hablan poco y rezan mucho —dijo Hareld—. De lo primero ya estoy convencido.

—Creo que tu escupitajo le ha quitado las ganas de hablar, si es que en realidad tenía algo que decirnos.

Grimward seguía caminando como si no le importaran aquellas palabras. «Todo a su debido tiempo», se repitió en silencio, con cada una de las burlas de Hareld.

La entrada del campamento estaba custodiada por un grupo de guardias para quien no pasó desapercibido el paso del prisionero. Desde lo alto de la empalizada, el oficial de turno saludó a Ulmosh mientras se abría el paso a los recién llegados. Para su satisfacción, Grimward pudo contemplar una buena parte del ejército de Kariosh que se encontraba allí ubicado. Gracias a las conversaciones que tenían lugar a su alrededor, se percató de que había algún campamento más donde aguardaban otras fuerzas venidas de las tierras de Leryon. A las afueras ya había contemplado algunas torres y

otras armas de asedio que muy pronto serían dirigidas hacia Móstur. En el interior, centenares de guerreros iban y venían entre las tiendas que se multiplicaban en torno a estrechas callejuelas. Los rastreadores lo llevaban por uno de aquellos caminos que conducían al centro, donde se había ubicado el cuartel. A diferencia de lo que los leryones imaginaban, Grimward estaba disfrutando, contemplando las fuerzas que, en el nombre de Lorwurn, caerían sobre Móstur. Todas aquellas vidas sometidas a sus designios, con un único objetivo: aniquilar la ciudad de Athmer y matar a todos sus siervos. Estaba impaciente por ver el comienzo de la batalla. Pero antes, debía tomar el lugar que le correspondía en aquel histórico momento para Leryon. Muy pronto debería deshacerse de sus harapientas vestiduras y revelar su verdadera naturaleza. La visión del cuartel donde habría de verse las caras con Kariosh le hizo comprender que el momento estaba próximo. Imaginó la sorpresa de los leryones cuando se desarrollaran los acontecimientos que había previsto. Aquel día verían muerte, pero no fuego.

Kariosh había sido informado de la captura de un clérigo helvatio, una noticia que le alegró el despertar. Llevaba días realizando los últimos preparativos, cansado de aguardar noticias acerca de las últimas incorporaciones a su ejército que estaban por llegar. El reclutamiento de nuevas tribus parecía una incesante promesa de cuyo cumplimiento comenzaba a dudar. La noche anterior había tomado una decisión definitiva: marcharían ya a la batalla con los hombres de los que dispusieran en aquel instante, un poderoso ejército para una memorable misión.

El apresamiento del clérigo helvatio serviría muy bien a los intereses del rey. La ejecución de aquel siervo de Athmer sería el ritual con el que daría comienzo la batalla. Tras una última ofrenda a Lorwurn, los ejércitos de Leryon tomarían posiciones frente a las murallas de Móstur. Las máquinas de asedio serían convenientemente ubicadas y, a la señal de Kariosh, toda la ira de su ejército caería sobre los mostures como si de una tempestad de fuego se tratara.

Con estos pensamientos de victoria, Kariosh se lavó la cara. El agua fría le ayudaba cada mañana a desperezarse y aclarar las ideas. En esta ocasión se encontraba más despierto de lo habitual. Los deseos de iniciar la batalla le hacían sentirse más vivo que nunca. Cada día, el monarca era testigo de cómo el campamento cobraba vida con las primeras luces del alba. Los soldados ya se habían acostumbrado a su temprana presencia por las callejuelas del campamento de tal modo que a ninguno se le ocurría presentarse tarde a la primera inspección. La monotonía favorecía la indisciplina. Y Kariosh quería que todos sus

guerreros mantuvieran la determinación que él mismo demostraba.

—Llevadlo al cuartel, me gustaría hablar a solas con él —ordenó el rey, imaginando que, al igual que había sucedido con anteriores prisioneros, este helvatio no haría grandes revelaciones en el interrogatorio al que iba a someterlo. Su final sería el mismo, aunque dependiendo del grado de colaboración tal vez podría evitar el fuego de las llamas, sustituyendo aquella terrible forma de morir por una rápida ejecución por decapitación.

Kariosh abandonó su tienda, con la corona ceñida y vistiendo sus mejores galas para mostrar su poder ante el helvatio. La idea de iniciar el ataque sobre Móstur le hacía sentirse especialmente vigoroso y perspicaz en una mañana grisácea, triste.

Nada más entrar en la tienda donde acostumbraba a reunirse con sus oficiales, el monarca se encontró cara a cara con el prisionero, que permanecía amarrado y custodiado por sus captores, empeñados en llevarlo en persona ante el monarca.

—Buen trabajo —dijo Kariosh, con una mirada indiferente—. Me aseguraré de que seáis convenientemente recompensados por vuestros servicios.

—Gracias, majestad…

—Ahora dejadme a solas con él —interrumpió Kariosh, consciente de que Ulmosh iba a dejar escapar las palabras que seguramente habría ensayado en varias ocasiones durante el trayecto hasta el cuartel. El monarca no quería escuchar aquellos cumplidos. Quería escuchar al prisionero.

Los rastreadores inclinaron la cabeza y se marcharon en silencio, dejándolos a solas.

—Bien —Kariosh sonrió, con la mirada fija en Grimward mientras se frotaba las manos lentamente, degustando lo que ya imaginaba como una humillación a Athmer—. ¿Qué hace un clérigo helvatio fuera de la ciudad? ¿Nadie te ha dicho que las inmediaciones de Móstur se han vuelto un lugar peligroso para vosotros?

Grimward escuchaba atentamente, con la mirada fija en el suelo. Kariosh estaba acostumbrado a aquella clase de comportamiento por parte de sus prisioneros. En cambio, a este lo veía demasiado sereno. Alguno de los anteriores ya había suplicado por su vida incluso antes de que el monarca se hubiera dirigido a él. La calma mostrada por el helvatio lo inquietó por momentos.

—Hoy mismo marcharemos sobre Móstur —continuó hablando el rey—. Aunque, primero, realizaremos una ofrenda a Lorwurn para pedirle que nos otorgue una gran victoria, como así habrá de ser. Vamos a realizar un sacrificio, una víctima propicia para agradar a

nuestro dios.

Kariosh miró al prisionero, aguardando su reacción. Grimward fijó su mirada en el rey, dibujando una expresión que terminó de sorprenderlo, aunque no más que las palabras que pronunció tras un breve silencio.

—A Lorwurn tal vez le complacería un sacrificio con más víctimas.

—¿Más víctimas? —inquirió el rey, confuso. Interpretó aquella respuesta como una traición que el helvatio estaría dispuesto a cometer, tal vez a cambio de salvar su vida—. Te escucho con atención.

Grimward paladeó el breve silencio que precedió a la exposición de su plan.

—Vuestro deseo inmediato es ejecutarme, quemarme en una hoguera y que el humo de las llamas eleve vuestras plegarias a Lorwurn para alcanzar la victoria definitiva sobre sobre Móstur, ¿no es así? Pues bien, yo os ofrezco la posibilidad de convertir ese sacrificio en una ceremonia como los antiguos rituales que se llevaban a cabo en Móstur y Leryon, en una tradición que parece haberse perdido. Quizá conozcáis los ancestrales rituales a los que me refiero. En Leryon fueron muy abundantes. Y siempre se llevaban a cabo en honor de Lorwurn y en presencia del rey.

—Combates singulares… —dijo Kariosh, como si pensara en voz alta. Había escuchado aquellas tradiciones en las que, durante las fiestas en honor de Lorwurn, se le ofrecía la vida de algunos prisioneros a los que se obligaba a enfrentarse ente sí hasta que solo quedaba uno de ellos, cuyo premio era la liberación.

—Combates singulares —repitió Grimward, siempre con la mirada fija en el monarca—. Un modo de agasajar por igual a dioses y hombres, pues son estos últimos los que más parecen disfrutar con el sufrimiento y la muerte de otros. En cambio, creo que los dioses se conforman únicamente con la sangre de los enemigos.

—Tú eres siervo de Athmer y, por tanto, enemigo de mi dios y mi pueblo.

—Y por ello, supongo que no me queda otra alternativa que la muerte. Pero no quisiera irme de este mundo de un modo tan simple y triste. Quisiera tener la oportunidad de marcharme con cierta dignidad, un último instante de gloria.

—Y para ello, ¿te gustaría enfrentarte a uno de mis hombres en combate singular?

—Así es.

Kariosh enmudeció. Pensativo, caminó en círculo alrededor del prisionero. Grimward no destacaba ni por su estatura ni por su

musculatura, y el manejo de las armas no parecía, a simple vista, una cualidad en aquel clérigo de mediana edad. Su apariencia se asemejaba más al del erudito de rostro palidecido por la falta de sol tras permanecer incontables horas en algún escondido rincón de una biblioteca. Kariosh sonrió para sus adentros. El clérigo sería una presa fácil para cualquiera de sus guerreros. Más que un ritual en memoria de Lorwurn, el combate singular resultaría, ante todo, un espectáculo para sus soldados. Tal vez aquello sirviera para incrementar su moral y el derramamiento de la sangre del clérigo infundiera en ellos la voluntad de repetir ese mismo gesto con el resto de helvatios y mostures. Sí, una muerte así le sería de mayor utilidad que los gritos de dolor en medio de una hoguera.

Había algo extraño en aquella propuesta, algo que no terminaba de convencer a Kariosh.

—En los combates singulares —se detuvo frente a Grimward—, el prisionero que resulta vencedor es liberado. ¿No esperarás semejante recompensa por mi parte, en el supuesto de que logres vencer a mi guerrero?

Grimward sonrió, y su sonrisa desconcertó a Kariosh.

—Ciertamente, la libertad sería una digna recompensa, teniendo en cuenta además que no soy precisamente un experto en el manejo de las armas. Quiero combatir contra uno de vuestros guerreros y, si logro vencerlo, y si así lo creéis conveniente, me otorgaréis la recompensa de poder luchar contra otro; y otro más.

Kariosh no pudo evitar una carcajada.

—Hasta que acabes con todo mi ejército, uno a uno —dijo al fin, en tono divertido—. ¿En tan baja estima tienes a mis guerreros?

—Querría, al menos, tener la oportunidad de elegir a mi contrincante.

—Está bien —concedió Kariosh—. El primero de ellos, da igual el que elijas, podría acabar contigo en cuestión de segundos. Pero le diré que procure prolongar el combate lo suficiente como para que la visión de tus heridas te permita arrepentirte de tu arrogancia.

Por unos segundos, Kariosh recuperó la expresión severa de su rostro. No tardó en sonreír, satisfecho por el inesperado rumbo que había tomado la conversación con el clérigo. Había imaginado un sepulcral silencio que condenaría al prisionero a una muerte aburrida a los ojos de los soldados. Sin embargo, las respuestas del clérigo y, sobre todo, el tono de sus palabras, no habían dejado de sorprenderlo. El día comenzaba de un modo tan impredecible como prometedor. Antes de que el sol alcanzara su zenit, Kariosh ofrecería a sus soldados un espectáculo que ninguno de ellos esperaría: una lucha que, aunque

veía cruelmente desigual, serviría para incrementar el ánimo de sus soldados. Tras honrar a Lorwurn con la muerte del helvatio, todos se pondrían en marcha para tomar posiciones frente a la muralla de Móstur. La batalla estaba a punto de comenzar.

—Haré que te entreguen una indumentaria más apropiada para el combate, si así lo deseas —dijo Kariosh, sintiéndose demasiado benevolente por aquella nimia concesión.

—No será necesario —replicó Grimward, casi desafiante—. Tan solo será necesaria una buena espada.

—Que así sea.

Kariosh ordenó a sus soldados que dieran de comer y beber al clérigo, y que dispusieran una espada con la que poco después habría de enfrentarse a uno de sus hombres.

Grimward quedó complacido por aquel encuentro. Recordó el momento en que había sido capturado por los hombres de Leryon. Y recordó a aquel que le había escupido. Sonrió al imaginarlo tendido a sus pies, escupiendo sangre esta vez y suplicando por su vida. Se deleitó con aquel pensamiento mientras comía y bebía. Lorwurn tendría su víctima; Leryon contemplaría el poder de su dios.

CAPÍTULO 5: YARK

—No me fío de ese bastardo —sentado en el taburete desde donde presidía la mesa, Sándor dejó escapar, una vez más, las preocupaciones que se habían apoderado de él nada más dejar atrás a los demás. Rodher, Taenara y Salwen le parecía una compañía agradable, pero escasa en unos momentos en los que tal vez necesitaran la presencia de más hombres para ganar cierto peso en las negociaciones con los mercenarios. Y dar a Owen la posibilidad de trazar una traición le resultaba aún más peligroso.

—No te preocupes —contestó Taenara—. Owen es consciente de lo que le ocurrirá, a él y a todos los suyos, si se le ocurre traicionarnos.

Sándor se mesaba la barba, intranquilo. Confiaba plenamente en Taenara, pero le parecía arriesgado lo que estaban haciendo; demasiado arriesgado. Los planes podían torcerse de formas muy diversas, con enemigos por delante y enemigos a las espaldas.

—Eres el Rey Pirata —añadió Taenara—. El Rey Pirata no debe temer a nada ni a nadie; y mucho menos a alguien como Owen. Es más listo de lo que aparenta; no está tan loco como aseguran. Te digo que respetará la palabra dada. No debes tener miedo…

—Por todos los demonios, no tengo miedo —replicó Sándor, con una sonrisa que parecía forzada—. Tan solo me preocupa lo que pueda estar tramando en este preciso instante. ¿Qué encontraremos a nuestro regreso?

—A nuestro regreso es posible que estemos tan bien acompañados que, aunque haya previsto una traición, no se atreverá a llevarla a cabo. Si esa compañía de mercenarios es tan buena como afirmas, es él quien debe mostrarse cauteloso, temeroso de nosotros.

—Lo sé —reconoció el Rey Pirata—, pero me inquieta que, en cualquier caso, a nuestro regreso pueda causarnos algún daño —y de manera casi inconsciente, los ojos de Sándor se desviaron de Taenara y se posaron en Salwen, que le regaló una frugal sonrisa, casi imperceptible.

La posada en la que habían decidido iniciar su aventura en Yark era una de las más modestas de la ciudad.

En el interior del recinto amurallado se repartían numerosos establecimientos. Algunos de ellos constituían lujosos edificios donde la venta de productos de alimentación convivía con el comercio de ostentosas mercancías. Se ubicaban en plazas porticadas donde transitaban los habitantes más ricos de la ciudad.

Sándor había preferido un lugar más discreto donde pudieran pasar desapercibidos. La hora elegida le había parecido la más apropiada. La caída del sol era un momento propicio para vagar por unas calles que se consideraban seguras, pues en gran parte de las tierras nybnias los saqueos y robos eran castigados severamente; incluso con la pena de muerte, si así lo consideraba el tribunal encargado de juzgar el delito. Para un pueblo que vivía del comercio, sobre todo con los extranjeros, la seguridad de las calles resultaba de vital importancia, una necesidad que consumía buenos recursos en soldados entregados a la vigilancia de todo el recinto amurallado.

Sándor y sus acompañantes se habían cruzado con varios de esos guardias destinados a preservar las calles de cualquier peligro. Rodher estaba convencido de que en la posada encontrarían también a alguno de aquellos guardias que, ocultando su verdadera identidad, pasaría por uno de tantos clientes. No estaba muy equivocado. Sin embargo, quien los vigilaba aquella noche no era ninguno de los guardias de la ciudad.

Se les acercó el tabernero, un hombre bajito y delgado.

—Nuestra especialidad es la carne de cabrito —dijo, con una amplia sonrisa—, asado o en un guiso con patatas, guisantes y setas, aunque también tenemos otras carnes que están deliciosas, pasteles de queso y jamón, sopas ricamente aderezadas con especias venidas del norte y pescados tan frescos que parecen recién salidos de las aguas…

—Cerveza —dijo Sándor, creyendo que aquel hombrecillo no terminaría nunca de hablar—. Tráenos cerveza.

El posadero, con gran decepción, se dio media vuelta para ir en busca de la bebida.

—Y tráenos también esa carne de cabrito asado, y una de esas sopas —Sándor paseó la mirada, encontrando gestos de aprobación a su propuesta.

—Por supuesto —el rostro del posadero se iluminó y una amplia sonrisa afloró en sus labios—. Buena elección…

—Pero primero, cerveza —insistió Sándor. Los viajes le daban sed, y las preocupaciones lo empujaban a beber cerveza o vino; no en grandes cantidades, salvo que no hubiera solución a aquello que tanto lo preocupaba.

Más que nervioso, Sándor se mostraba impaciente por localizar a

los mercenarios. Su mayor deseo era encontrar un nutrido grupo de guerreros dispuestos a luchar por Taenara. No estaba dispuesto a decepcionar a la princesa, y mucho menos a Salwen. Sabía que su amor por él estaba ligado al éxito de la misión. Temía que, con el transcurso del tiempo, la Compañía de Ivarth se hubiera disuelto. Si esos mercenarios habían sido capaces de acumular grandes riquezas, sus caminos podrían haberse separado. Yark era una ciudad próspera, más de lo que Sándor recordaba. Pero un lugar así necesitaba de guardias que vigilaran los lugares públicos, y mercenarios que custodiaran los bienes privados. «Sí, daremos con la Compañía de Ivarth», dijo Sándor para sí mismo, convenciéndose de que habían hecho bien en ir hasta allí.

—La última vez que estuve en Yark, la mayor parte de sus establecimientos eran más o menos como este, medianamente sobrios. Ahora se han multiplicado las posadas y mercados para ricos.

—Las ciudades prosperan, Sándor —dijo Taenara, con una expresión alegre.

—Y a menudo, las personas también. Solo espero que esos mercenarios no hayan prosperado lo suficiente como para dejar de necesitar nuestro dinero.

—Por cierto —habló Rodher—, ¿disponemos de suficiente dinero para pagar sus servicios? —Parecía preocupado por no poder entregar la cantidad que los mercenarios demandaran.

—Aquí tengo las cartas de pago para entregar al banco de la ciudad. Los nybnios deben mucho a mi padre.

—Cartas de pago —Rhoden se echó hacia adelante y bajó el tono de su voz—. Tal vez no sea muy apropiado llevar encima esas cartas, princesa. Si alguien os las arrebatara…

—Lo ejecutarían nada más intentar cobrar el dinero, Rodher. Así está establecido al final del documento. Los ladrones entienden más de números que de letras, de modo que, si alguien me arrebatara las cartas, en el momento de querer cobrar el dinero sería detenido. Y quizá yo lograría llegar a tiempo para presenciar su ejecución. Mis recursos son cuantiosos, pero me temo que mi influencia es escasa en un lugar como este. Por eso necesitamos hombres valientes, como tú y Sándor; hombres que conocen bien el terreno que pisamos. Sándor coincidirá conmigo en que ciertos asuntos pueden ponerse peligrosos si una de las posturas es malinterpretada o, simplemente, una de las partes se muestra débil en la negociación. Por eso le he encargado a él esta misión: no seremos nosotros la parte débil, si es que de verdad hay alguna.

Rodher asintió, esperanzado. Sus dudas no se disiparon, pero la

confianza que transmitía la princesa en sus discursos parecía capaz de persuadir a todo aquel que la escuchara.

—Aquí tenéis —el posadero fue repartiendo las jarras de cerveza, que pronto serían vaciadas por los sedientos comensales.

—Las cosas se ven de otro modo tras un buen trago de cerveza o vino —dijo Sándor tras beber casi media jarra de una sola vez—. Hace años, en tabernas como esta cerraba los negocios más jugosos de cuantos me eran ofrecidos. A la mañana siguiente de firmar el trato, nuestros barcos partían del puerto de Yark para cumplir su cometido. Reth, el padre de Ivarth, era un gran negociador, y tenía a muy buenos guerreros a su cargo. Si a alguien se le ocurría traicionarlo, su cadáver no tardaba en aparecer en algún puerto, colgado de una soga. La Compañía no se andaba con segundas oportunidades. Sus servicios eran muy apreciados por aquellos que deseaban proteger a toda costa sus mercancías hasta que estas alcanzaban su destino. Nadie se atrevía a buscar un botín allí donde la Compañía elevaba sus estandartes.

—Entonces tendremos que dar con ellos cuanto antes —dijo Taenara.

—En primer lugar, tendremos que recabar información acerca de la Compañía. Reth era un líder temible pero afable con aquellos que conocía mejor. Me temo que su hijo, Ivarth, no es igual que él. Por eso, antes de dar con ellos lo más importante es saber qué negocios llevan a cabo actualmente, si Ivarth ha seguido la línea de su padre o, por el contrario, ha llevado a cabo alguna transformación en la Compañía. Esto último es lo que temo, y quizá resulte más difícil dar con ellos debido a un giro en sus negocios —Sándor miró a su alrededor, como si temiera que alguien los estuviera escuchando. En las otras mesas, los clientes dialogaban y reían. Sus conversaciones eran interrumpidas en ocasiones por sonoras carcajadas, fruto tal vez de la bebida que engullían con avidez.

Antes de que Sándor retomara nuevamente la conversación, el posadero apareció con una humeante bandeja de barro. En su interior, la carne desprendía un aroma que abrió más aún el apetito del pirata y sus acompañantes.

Comieron y bebieron hasta quedar saciados. Incluso Salwen, más comedida en otras ocasiones con las comidas, no dudó en servirse un buen pedazo de carne, cuya salsa apuró con una generosa ración de pan. El posadero se encargó de rellenar las jarras de cerveza, satisfecho al contemplar cómo sus clientes devoraban el manjar que les era servido.

—Pasaremos aquí la noche —dijo Taenara— y mañana proseguiremos nuestro camino hacia… —dirigió la vista a Sándor—

hacia donde tú creas conveniente.

—Descansad cuanto podáis, princesa. Rodher y yo nos encargaremos de buscar información.

—¿Esta noche? —preguntó Salwen, temiendo que pudiera resultar demasiado peligroso.

—Sí, esta misma noche —Sándor fijó en ella su mirada. Sus ojos brillaban más de lo habitual, tal vez por el efecto de la cerveza. Y quizá también por los efectos del alcohol que recorrían las venas de Sándor, le pareció que Salwen estaba más hermosa que nunca. El deseo de tenerla entre sus brazos crecía en su interior. Sintió el impulso de acercarse a ella y besarla. La forma en que ella le devolvía la mirada era una clara señal de sus sentimientos hacia él. Solo había una cosa que se interponía entre ellos. La presencia de Taenara recordó a Sándor que tenía una promesa que cumplir antes de poder unirse a Salwen y sentir que cualquier otra necesidad era prescindible. Y él era un hombre de palabra.

—Tened cuidado —dijo Salwen. Y Sándor sintió algo en el interior de su pecho. Su corazón se desbocaba.

—Esta noche nos aseguraremos de dar con la Compañía de Ivarth, aunque para ello tenga que recorrer media ciudad. Princesa —se dirigió a Taenara, para quien no había pasado desapercibido aquel cruce de miradas—, descansad. Subid a vuestro aposento y no salgáis hasta el amanecer. Incluso la más segura de las ciudades se torna peligrosa en el momento de caer la noche.

—Seguiremos tu consejo —respondió Taenara, aunque en realidad lo que quería decirle era que no se preocupara. Ella cuidaría de Salwen. Eso mismo fue lo que comprendió el Rey Pirata al contemplar la expresión de la princesa. Dejó escapar una sonrisa de complicidad.

—Bien. En ese caso, será mejor que os marchéis lo antes posible —Sándor miró a su alrededor—. Aquí se escuchan demasiadas risas. Algunos ya han bebido en exceso y hay mucho estúpido que cuando bebe se vuelve más estúpido aún. No nos gustaría tener que hacer callar a uno de estos imbéciles. Hemos venido a Yark a negociar, no a matar.

Taenara y Salwen se pusieron en pie mientras el Rey Pirata se fijaba en la reacción de quienes tenían a su alrededor. Ninguno puso especial atención en ellas mientras abandonaban el comedor.

—Se terminó la grata compañía, Rodher —Sándor apuró la jarra de cerveza—. Ahora ya solo nos queda encontrar, entre todos estos hijos de puta, alguno que nos pueda dar información sobre Ivarth y los suyos. ¿Quién crees que podría ayudarnos?

—Demasiados borrachos —replicó Rodher—. Algunos de ellos ni

siquiera podrían darnos una respuesta —señaló con la mirada a uno que se encontraba a punto de caer al suelo. Terminó haciéndolo en el preciso momento en que Sándor miró donde su amigo señalaba con la mirada. Se escucharon más risas. Pese a que no había demasiada gente en la posada, el escándalo provocado iba en aumento.

—No creo que ninguno de ellos sepa algo sobre Ivarth —Sándor parecía decepcionado con la clientela que había a su alrededor—. Tendremos que adentrarnos en el corazón de la ciudad.

—¿Esta noche? —Rodher frunció el ceño.

—¿Acaso te asusta la oscuridad? —inquirió Sándor, momentos antes de echarse a reír. Su sonrisa contagió a Rodher y ambos alzaron sus jarras para brindar. El Rey Pirata se dio cuenta de que no quedaba cerveza en la suya. Y no había tiempo para pedir más bebida.

—Debemos marcharnos —Sándor se puso en pie, mirando al hombrecillo que había caído al suelo—. No sea que acabemos como ese. Preguntaré al posadero, a ver si él puede ayudarnos. Quédate por detrás de mí, no sea que ese hombrecillo se asuste y piense mal. Parece alguien fácil de intimidar.

Sándor se levantó. El posadero se encontraba tras la barra, secando varias jarras con lo que a Sándor le parecía un trapo que llevaría años sin lavar. Los clientes se mostraban hartos de bebida y hambrientos de conversación. Era un buen momento para abordar al propietario del local; un buen momento para una pregunta que podría resultar incómoda.

—No es necesario —habló el posadero cuando vio a Sándor acercarse, bolsa en mano—. Una de las damas que os acompañaba ya se ha hecho cargo del pago… del pago de la cena y también de vuestra estancia. Me ha pagado de más… diciendo que fuera sincero con vos… Que teníais algunas preguntas para mí.

Sándor esbozó una sonrisa. Taenara estaba en todo, se adelantaba a sus pensamientos y actos.

—Está bien —replicó, mientras guardaba su dinero—. En ese caso, iré directo al asunto que nos ha traído aquí.

El posadero lo miró fijamente, deseoso de escuchar las palabras que le habían valido una buena suma de dinero. Sentía una mezcla de curiosidad y miedo. Siempre había dicho que los extranjeros solo traían problemas… También dinero, pero sobre todo problemas. Y quizá eso fuera lo que traía consigo aquel hombre que tenía frente a él, a punto de satisfacer su curiosidad y acrecentar sus temores.

—Mi nombre es Sándor. Hemos hecho un largo viaje con un propósito que, en estos momentos, no puedo desvelarte. Estoy buscando a Ivarth.

Las palabras de Sándor hicieron palidecer al posadero. Había imaginado numerosos interrogantes que aquel desconocido podría plantearle, en la búsqueda de algún negocio turbio con el que enriquecerse a costa de los habitantes de Yark. Únicamente había sido capaz de descubrir en el pirata un atisbo de su pasado como contrabandista. Pero para Sándor, todo aquello había quedado atrás. Cada paso dado desde entonces se había tornado más peligroso para su existencia, más cercano a una muerte a la que ya se había acostumbrado a mirar a los ojos. El contrabandismo, la piratería, la guerra… Y antes de la guerra, Ivarth.

—No sois el primero que me pregunta por Ivarth. Muchos otros lo hicieron… y ahora están muertos, o desaparecidos.

—Conozco a su padre, Reth.

—Muchos de mis amigos conocen a su padre… Pero Reth no es Ivarth —el posadero hablaba con la voz temblorosa, como si el mero hecho de mencionar a Ivarth pudiera atraer contra él alguna maldición. Los presagios más oscuros se agolpaban en la mente de aquel hombrecillo, cuyo temor parecía ir en aumento.

—Bien —Sándor no se dejó amedrentar por la aterrada expresión de su interlocutor—. Reth es un buen hombre, y puede que Ivarth sea un malnacido sin escrúpulos, pero necesito encontrar a su Compañía, preciso de sus servicios de un modo urgente… Necesito mercenarios, y cuantos más, mejor. Sé que pueden resultar peligrosos, pero hasta el hombre más peligroso acaba siendo un buen aliado mientras haya un buen trato de por medio. Y yo vengo a ofrecer a Ivarth y los suyos la mejor oportunidad que nadie pueda ofrecerles.

—No es una cuestión de dinero —el posadero enmudeció, buscando las palabras más adecuadas para explicarse. Su silencio impacientó a Sándor.

—Seguro que puedo entenderme con Ivarth.

—Ese hombre dejó la ciudad hace tiempo, cuando los servicios de la Compañía dejaron de ser requeridos por los habitantes de Yark. O tal vez ni siquiera esa fue la causa de que Ivarth tomara la decisión de retirarse a las tierras salvajes junto a las Hoces del Estirio. Dejó atrás su vida de mercenario —el posadero miró fijamente a los ojos a Sándor—. Ahora son asesinos; asesinos que no hacen distinción entre ricos y pobres, hombres y mujeres. Matan por encargo, o simplemente por placer. Pero desde hace algún tiempo solo se dedican a eso: a matar.

—En ese caso —Sándor no se inmutó—, creo que sus servicios me resultarán aún más valiosos. Aunque me temo que, si se han especializado en matar, sus precios habrán aumentado

considerablemente. En ese caso, tendremos que valorar la posibilidad de contratar solo a unos cuantos. Pero, por lo que tengo entendido, uno solo de esos hombres vale lo que diez soldados del rey nybnio. De modo… que siguen habitando las inmediaciones de las Hoces. Bien, creo que eso es todo cuanto precisaba saber. Rodher, creo que nos hemos ganado un merecido descanso, ¿no crees?

Rodher asintió. Se sentía cansado.

—La dama ha pagado el precio de dos habitaciones —intervino el posadero—, una para ella y su acompañante, y la otra para vosotros.

—Bien —asintió Sándor. Hubiera preferido compartir habitación con Salwen antes que con Rodher. Aquel pensamiento le pareció lo suficientemente gracioso como para verse obligado a contener una sonrisa—. Gracias por todo, querido amigo. Tus respuestas nos han resultado de gran utilidad.

—Os aconsejaría que no hicierais negocios con ese hombre. Su maldad no conoce límites.

—La ambición de quien nos ha contratado para que lo encontremos tampoco conoce límites —replicó Sándor, dándose media vuelta en dirección a las habitaciones.

—No creo que exista un hombre más ambicioso que Ivarth.

—Tal vez no —el Rey Pirata continuó caminando sin mirar hacia atrás—. Pero quien nos ha contratado… no es un hombre.

CAPÍTULO 6: CERCA DE MÓSTUR

—Al parecer, los rumores son ciertos —dijo uno de los soldados a sus compañeros—. El rey ha concedido a ese helvatio la posibilidad de enfrentarse en combate a uno de los nuestros.

—¿Y después qué? —dijo su compañero de guardia, invadido por la curiosidad—. Si sale victorioso, ¿le permitirá escapar?

—No creo que Kariosh permita a un helvatio salir de aquí con vida. Si fuera otro habitante de la ciudad, artesano o campesino, por ejemplo, seguramente accedería. Pero un clérigo helvatio en presencia del rey está condenado a morir.

—Quizá el helvatio se haya hecho ilusiones. Si venciera ese combate…

—En parte deseo que sea así… solo por ver lo que ocurre a continuación.

El sonido de las trompetas interrumpió la conversación entre ambos. Sus dudas acerca del destino del helvatio no tardarían en resolverse. Lo verían desde lo alto de la empalizada que rodeaba el campamento, un lugar privilegiado para contemplar un combate capaz de alterar el ánimo de todo un ejército. Frente a la monotonía de los últimos tiempos, aquel espectáculo suponía un pequeño descanso, el último antes de iniciar el asalto de Móstur. Muchos soldados estaban expectantes; también había quienes estaban convencidos de que aquello terminaría pronto. Un clérigo helvatio no sería rival para cualquiera de los soldados allí presentes.

Kariosh había hecho llamar al prisionero. Ambos partirían desde su tienda, en una comitiva peculiar que, desde el centro del campamento, se dirigiría a un lugar convenientemente dispuesto para que todos los soldados pudieran contemplar el combate. Unos se encontraban alrededor, dentro del poblado; también había quienes, aprovechando la colina próxima al campamento, ocuparon parte de su pendiente para seguir de cerca el inusual acontecimiento. Extrañados por el espectáculo con que el rey había decidido sustituir el habitual modo de sacrificar a los helvatios, los soldados se agolpaban en las inmediaciones buscando un sitio lo más cerca posible al pequeño

escenario donde tendría lugar el combate.

El rey recibió al prisionero en su tienda. Grimward se presentó ante él con su hábito ceñido y las manos amarradas, tal y como Kariosh había dispuesto, pues no se fiaba de aquel helvatio que poco parecía apreciar su vida si lo único que ambicionaba era no marchar en solitario al reino de los muertos. ¿Acaso estaría tratando de ganar tiempo? ¿Les habría tendido una trampa? Kariosh sentía curiosidad; una curiosidad no exenta de temor. El perímetro del campamento estaría más vigilado de lo habitual. No quería sorpresas desagradables. Si hubiera de suceder algo imprevisto, preferiría que solo tuviera lugar allí donde el helvatio lucharía por su vida contra uno de los leryones.

—¿Te han dado comida y bebida? —preguntó Kariosh, cuando su mirada se cruzó con la del helvatio.

—La suficiente como para resistir un día más —sonrió Grimward, con expresión desafiante.

—Bien. No hagamos esperar al público que se ha congregado para verte. Cuando esté a punto de iniciarse el combate, observa a tu alrededor. Lucharás al son de centenares de voces. Si combates con bravura, tal vez dejes este mundo entre aplausos. Es más gloria de la que cualquier helvatio podría esperar entre sus enemigos, ¿no crees?

—Será todo un honor hacer disfrutar a vuestros soldados de un gran espectáculo, majestad.

Las palabras de Grimward no enfurecieron tanto a Kariosh como la burla de su gesto. El helvatio se inclinó ante el rey mientras esbozaba una impertinente sonrisa.

—Adelante —ordenó el monarca—. Acabemos lo antes posible con esto.

Escoltados por el grupo de rastreadores que había capturado al presthe, recorrieron las callejuelas del campamento. Hacía calor, y los soldados se agolpaban por todas partes. Kariosh se arrepintió por momentos de haber accedido a la petición del prisionero. Hubiera sido más sencillo quemarlo en la hoguera, como a los demás. En lugar de las voces de todos los soldados únicamente se escucharía la del clérigo, apagándose entre las llamas. La curiosidad seguía atormentándolo. ¿Qué esperaba conseguir el helvatio? En un lugar como aquel, repleto de enemigos, no tendría escapatoria posible. En cambio, su rostro reflejaba la calma y el ánimo de quien, lejos de estar a punto de morir, se dispone a alcanzar la libertad. Esto último era exactamente lo que pasaba por la mente de Grimward en aquel instante. Estaba cerca de sentirse libre; libre del yugo de Athmer, a quien, al menos de un modo aparente, había servido durante tanto tiempo. Aquel día vestiría sus ropajes por última vez.

Durante el trayecto, Grimward sintió la mirada de Hareld. El rastreador estaba deseoso de verlo morir. La próxima vez que lo escupiera, lo haría sobre su cadáver. A medida que avanzaba por el campamento mayor era el número de soldados que se agolpaban entre las callejuelas que lo formaban. Gritaban, insultaban a Athmer y a sus siervos, a los mostures, y al clérigo que respondía a todo aquel odio con una provocadora sonrisa, una mueca que incrementó la ira de algunos y sembró la confusión en otros.

El griterío fue ensordecedor cuando el prisionero se situó en el centro del escenario donde habría de derramarse la sangre del sacrificio a Lorwurn, como así lo había imaginado Kariosh. Una vez cumplida su misión de custodiar al prisionero, los rastreadores se disponían a perderse entre la multitud, cuando las palabras de Grimward les hicieron detenerse.

—Dijiste que podría elegir a mi contrincante —dijo en voz alta, con la mirada fija en Kariosh. Tuvo que repetir sus palabras, cuando se hizo el silencio.

—Así es —respondió Kariosh, antes de dirigirse hacia la multitud que se agolpaba ante ellos—. ¿Quién de vosotros estaría dispuesto a enfrentarse a él?

Las voces y risas de los soldados inundaron el campamento. Fueron muchos los que levantaron la mano, deseosos de tener el honor de acabar con el prisionero. Hareld fue uno de ellos. Casualmente, era uno de los que aún permanecían más cerca de Grimward, que sonrió al cruzar su mirada con la de él.

Kariosh levantó los brazos, ordenando silencio para dirigirse a los soldados. Su gesto serio contrastaba con las palabras que pronunciaría a continuación.

—Si el prisionero sale victorioso y mata a su oponente, obtendrá una generosa recompensa: enfrentarse a otro de vosotros, y después a otro… hasta que, en el nombre de su dios, acabe con todos.

Las carcajadas se multiplicaron entre los soldados.

—¿Ya te has decidido, helvatio? —preguntó el rey—. ¿Quién será tu oponente?

Grimward caminó lentamente y, permaneciendo aún con las manos atadas, se dirigió hacia Hareld. Se situó frente a él y lo contempló de arriba abajo. Ambos eran de estatura similar, aunque Hareld tenía los músculos más desarrollados que Grimward.

—¿Quieres enfrentarte a mí? —Hareld se echó a reír—. Seguro que nos odias a todos, pero a mí más que a nadie después de lo que te hice, ¿verdad? Esa humillación… Pues si lo que quieres es vengarte de mí, te voy a conceder el favor de mantenerte vivo más tiempo de lo

que cualquiera de estos otros te permitiría. Voy a mantenerte vivo, para seguir humillándote, maldito helvatio. Y cuando supliques que acabe con tu vida, solo obtendrás un mayor sufrimiento. Desearás morir, pero prolongaré tu agonía para disfrute de todos. Y cuando mueras, escupiré sobre tu cadáver y arrancaré tu cabeza para lanzarla al otro lado de las murallas de Móstur y advertir a los tuyos del final que los aguarda.

Hareld escupía sus amenazas, con los ojos inyectados en sangre. Frente a él, Grimward escuchaba atentamente. Su sonrisa enrabietaba cada vez más a quien sería su oponente.

—Está bien —dijo Kariosh, dando por finalizadas las amenazas del rastreador—. A continuación, ofreceremos a Lorwurn un sacrificio humano. Y lo haremos siguiendo una ancestral tradición, la del combate singular entre guerreros.

—¡Ese helvatio no es un guerrero!

—¡Que sufra antes de morir!

Kariosh alzó nuevamente los brazos, mandando callar.

—¡El helvatio ha elegido a su oponente! —habló con voz solemne, fijando la mirada en Hareld—. Al igual que él, dispondrá de una espada y un escudo, en un combate a muerte.

La multitud de soldados congregada en las inmediaciones estalló en aplausos. Tanto los que se encontraban alrededor del escenario del combate como aquellos que, fuera del campamento, observaban desde la colina, irrumpieron en una ensordecedora mezcla de voces, instigando a los combatientes.

A la orden del rey, uno de los soldados se acercó al prisionero para liberar sus manos. Grimward paseó su mirada entre unos y otros, mientras desataba el cordón de su hábito, desnudándose lentamente de cintura para arriba. Su gesto no hizo sino provocar las risas de muchos, al descubrir el tono pálido de una piel que parecía huir de la mirada del sol, siempre escondida bajo los ropajes de la Orden Helvatia. Ajeno a las burlas que tenían lugar a su alrededor, el presthe tomó ambas mangas de su hábito y, abrazando su cintura, hizo un nudo con ellas. Su aspecto no era precisamente el de un guerrero o un luchador experimentado, pero su determinación causó sorpresa en aquellos soldados que esperaban contemplar a un hombre vencido que se preparaba para morir.

Frente al helvatio, Hareld no necesitaba desnudar su torso para dejar entrever su musculatura. Era alguien que cuidaba de un modo especial no solo su físico, sino también su actitud para el combate. El cuerpo de Hareld reflejaba fielmente las horas dedicadas al entrenamiento; el de Grimward, las horas dedicadas al estudio en las

recónditas estancias de la Orden Helvatia. El contraste entre uno y otro provocó una nueva oleada de risas, y entre las voces que pudieron escucharse fueron muchas las que llamaron a Hareld a dar una oportunidad a su oponente para que no muriera en un primer encontronazo. La multitud quería disfrutar viendo sufrir al helvatio. Una muerte rápida arruinaría el espectáculo.

Hareld escuchaba a unos y otros. Reía con ellos; incluso respondía a algunos. Grimward guardaba silencio. Cerró los ojos y se concentró en el griterío de la multitud, imaginando que en poco tiempo esas mismas voces lo acompañarían en la batalla, en el preciso instante de caer sobre Móstur. Se deleitó con el tumulto generado a su alrededor. Los soldados no lo interpretaron del mismo modo, y algunos se burlaron de él, pensando que estaba elevando una última plegaria a Athmer para que le ofreciera su protección.

Kariosh alzó nuevamente la mano. Mientras los soldados callaban, Hareld y Grimward recibieron sus armas: una espada y un escudo para cada uno, tal y como el rey había dicho. Dando una muestra más de desprecio a su rival, Hareld lanzó el escudo a un lado, y en una pose desafiante fue pasando su espada de una mano a otra, con la mirada fija en el helvatio. Grimward no siguió su juego y sujetó el escudo con su mano izquierda. Sus movimientos parecían más toscos que los de su rival, que se movía sutilmente como si de una danza se tratara.

Por un momento hubo silencio; un silencio en el que podían escucharse los pasos de Hareld, moviéndose en torno al helvatio, que se limitaba a girar en torno a sí para no perder de vista a su oponente.

Para sorpresa de todos, Grimward fue el primero en lanzar su ataque; fue un movimiento predecible para el rastreador, que ni siquiera tuvo que interponer su espada. Bastó un leve giro para esquivar la mordedura de la afilada hoja del helvatio. Grimward repitió su gesto hasta en tres ocasiones. El resultado fue siempre el mismo. A Hareld le bastaba con mover su cuerpo para esquivar aquellas infructuosas acometidas.

Habiendo dado varias oportunidades a Grimward, el rastreador fue quien embistió, sin mucha fuerza, como si únicamente quisiera probar los reflejos de su enemigo. Ni siquiera trató de herirlo con el filo de su arma. Un golpe con el pomo, sobre el pecho del helvatio, lo hizo caer al suelo, torpemente. Grimward se puso en pie en medio de una multitud de voces que se burlaban de sus nulas artes para el combate.

Hareld sonrió, convencido de que podría herir fácilmente al helvatio. Y esa era precisamente su intención. Herirlo una y otra vez, recreándose en su dolor, en la sangre que aquel infeliz derramaría por los múltiples cortes que le iba a ocasionar. Una muerte lenta, un

espectáculo que todos pudieran disfrutar casi tanto como él, a punto de recrearse en el sufrimiento de un enemigo que aún lo miraba desafiante. Pero no le bastaba con hacerlo; quería que él también lo supiera, quería recordárselo una y otra vez, con cada corte, con cada golpe de su espada.

—Voy a hacer que sufras, helvatio —Hareld escupió al suelo—. Voy a hacer que te arrodilles y me supliques que acabe con tu dolor. Terminarás deseando la muerte. Pero solo te dejaré morir cuando hayas derramado hasta la última gota de tu sangre.

En cuanto terminó de proferir sus amenazas, Herald lanzó un nuevo ataque. No fue tan predecible como el anterior. Fue un movimiento raudo, certero. Su espada se deslizó sobre el brazo de su rival, provocándole un corte del que pronto manó un hilo de sangre. Grimward dejó que el líquido se deslizara por su piel, quedando a la vista de todos. Al igual que el día en que había perdido la vida en Móstur, en esta ocasión también reprimió su poder para cerrar sus heridas de forma inmediata. Hareld quería mostrar su sangre ante los demás; y él también. Quería que todos lo vieran caer, lo vieran sufrir. Pues cuanto mayor fuera su dolor y sufrimiento, con mayor poder se mostraría ante ellos. El dolor sería real, su cuerpo se resentiría con cada golpe, con cada herida infligida. Era el precio que tendría que pagar para alcanzar posteriormente la gloria; un sacrificio que merecería la pena.

—Esto es solo el comienzo, helvatio —Hareld continuaba recreándose—. Aún te queda mucha sangre por derramar —se lanzó sobre él. Un tajo, y otro más. La sangre brotó a través de nuevos cortes. No era muy profundos; aún no. Hareld se deleitaba marcando a su rival con pequeños tajos, quería que el sufrimiento fuera aumentando lentamente; quería ver todo su cuerpo bañado en sangre.

Espoleado por la multitud, Hareld continuó hiriendo al helvatio, en el hombro, en las piernas. Su espada se movía sinuosamente para acabar mordiendo la carne del presthe, a través de calculados ataques que terminaban provocando nuevas heridas. Grimward sufría, Hareld sudaba. Y la muchedumbre aplaudía la decisión del rastreador. Querían ver más sangre, más dolor reflejado en el rostro del helvatio.

Desde su privilegiada posición, el rey Kariosh disfrutaba como uno más de aquel espectáculo, más grato de lo que hubiera sido contemplar al siervo de Athmer consumiéndose en la hoguera. Tan solo echaba en falta los gritos. No se escuchaba ningún lamento del prisionero, que en silencio seguía recibiendo los continuos golpes y heridas provocados por un soldado que comenzaba a sentirse cansado. Su cuerpo estaba sudoroso; el del helvatio, envuelto en sangre.

Grimward sentía un terrible dolor que, sin embargo, no logró arrancar de él un solo lamento. Aquello desesperó en cierto modo a Hareld, que quería escuchar sus quejidos, sus ruegos. No acabaría con él hasta que le escuchara suplicar su muerte. Continuó ensañándose con el helvatio. Lo hirió en el pecho, y hasta en el rostro. La sangre seguía brotando, cubriendo el torso del helvatio, que terminó nuevamente en el suelo tras un nuevo golpe, esta vez en la cabeza.

—Levántate, siervo de Athmer. Ruega a tu dios que te otorgue el don de la muerte para dejar de sufrir.

Aturdido por el golpe, Grimward tardó en reaccionar. Por un momento, todo le daba vueltas. Tentado de acabar con todo aquello, se puso lentamente en pie y miró fijamente a Hareld. En sus ojos había un odio insaciable.

Un golpe en el pecho, otro en el estómago. El helvatio cayó otra vez. Y otra vez se puso en pie, siempre en silencio. Ni una palabra, ni un lamento. Aquello enfurecía aún más al rastreador, cuyos ataques resultaban cada vez más salvajes. El torso de Grimward se pobló de cortes, heridas que no arrancaron de él un solo quejido. Los soldados que estaban más cerca empezaban a sentir incredulidad ante lo que contemplaban sus ojos. A pesar de sus múltiples heridas y unos cortes cada vez más profundos, la desfigurada imagen del helvatio siempre volvía a erguirse, desafiante, provocando confusión e ira por igual en su oponente.

La pálida piel del helvatio quedaba completamente teñida de rojo. Su rostro tampoco había quedado libre de la sangre. Hareld lo había golpeado con el pomo de su espada, con el puño, con su codo… No había entre todos aquellos soldados ninguno que se hubiera empleado con semejante saña contra un adversario. Pero Grimward seguía en pie, tambaleante, herido por todas partes; pero en pie.

El tumulto inicial había desembocado en un silencio sepulcral, reflejo del común sentimiento de sorpresa que se había apoderado de todos. Estaban contemplando el sangriento espectáculo que deseaban ver, pero no había gritos ni alaridos; no había súplicas por parte del helvatio, que continuaba resistiendo como si su dios le diera fuerzas. Aquel pensamiento estremecía incluso a los soldados más valientes.

Hareld dejó de atacar. Estaba exhausto, confuso. «Habla, maldita sea», ordenaba al helvatio en sus pensamientos. Frente a él, Grimward tan solo trataba de sostener la mirada. Sentía que las fuerzas lo abandonaban. Su cuerpo ya había perdido la capacidad de sufrir, como si sus sentidos se estuvieran apagando y el dolor hubiera llegado a tal extremo que lo privara de toda sensibilidad. Estaba a punto de desmayarse, pero aún podía dirigir la mirada a su adversario. Tras un

prolongado esfuerzo, logró sonreír. Y su gesto provocó que Hareld se dejara arrastrar por la locura.

El rastreador, con el rostro enrojecido por la rabia, dio un grito, tomó impulso y lanzó un último ataque sobre el helvatio. Sujetó con fuerza la espada y la hundió en el estómago de Grimward; con todas sus fuerzas, con toda su ira. Empapada en sangre, la punta asomó por la espalda del helvatio, que cayó al suelo, inerte, con los ojos abiertos.

El eco del grito de Hareld resonó en las inmediaciones, con su enemigo ya vencido, tendido boca arriba. El rastreador permaneció inmóvil. Los lances del combate se habían desarrollado según lo imaginado por él mismo en el momento de tomar las armas. Lejos de sentirse satisfecho, la ira aún lo dominaba. Aquel miserable había muerto resistiendo con entereza cada golpe. El helvatio había abandonado la tierra de los vivos burlándose de él. Se sintió frustrado. Miró a su alrededor. No había voces, tan solo murmullos que se multiplicaban entre un público que permanecía sumido en el desconcierto.

El espectáculo había terminado. O al menos así lo habían creído todos cuantos habían presenciado el combate, convertido en un brutal ensañamiento. Pasaron los segundos, y en el ánimo de los soldados nació un sentimiento tan inexplicable como aterrador. La escena que todos habían presenciado no había llegado a su fin, y como si de una dramática representación teatral se tratara, se dispusieron a contemplar el acto final.

CAPÍTULO 7: MÓSTUR

lord Belson había convocado a los señores de las casas nobles al que probablemente sería el último Consejo antes de llevar a cabo los definitivos movimientos preparatorios para la batalla. No había tiempo para ir en busca de nuevos aliados. En el interior de la ciudad contaban con muchos, pero el senescal no estaba convencido de que fueran suficientes como para resistir la embestida de Leryon. Afortunadamente, las sólidas y esbeltas murallas de Móstur se interponían entre su pueblo y el ejército encabezado por Kariosh. En cierto modo, resultaba alentador, pero no lo suficiente. Lord Belson sentía cercana la hora de proteger a su pueblo, de llevar a cabo la misión que se le había encomendado. Y tenía serias dudas; unas dudas que en sus noches más sombrías se transformaban en terribles pesadillas protagonizadas por la guerra, el lamento de Móstur, el fuego enemigo. Estaba próxima la hora en la que aquellas pesadillas nocturnas habrían de dar paso a la realidad de una batalla donde contemplaría imágenes similares a las de sus sueños. Y tenía que actuar de inmediato si no quería que esas terribles imágenes fueran también las últimas que contemplaran sus ojos.

La primera en acudir había sido *Lady* Alys. La señora de la Casa Clarke acostumbraba a mantener una puntualidad de la que otros señores carecían. A algunos de ellos les gustaba llegar tarde, dándose importancia al hacer esperar a su llegada para iniciar el Consejo. *Lady* Alys no tenía nada que demostrar: los lobos no necesitan dar muestras de lo peligrosos que pueden llegar a ser.

Tras la señora, fueron llegando los demás miembros de las principales casas de Móstur. A diferencia del día en que lord Belson fuera nombrado senescal, el Consejo tendría lugar en el castillo y únicamente deberían acudir los líderes de cada casa, sin su séquito, ni siquiera un acompañante. En la sala del Consejo solo estarían ellos, pues era el momento de avanzar de un modo rápido en las decisiones a tomar. Lord Belson no estaba dispuesto a ser testigo de nuevos enfrentamientos entre los banderizos y familiares de unas y otras casas. Debían estar más unidos que nunca en la lucha contra el

enemigo común.

El senescal aguardó con paciencia la llegada de sus invitados y, tras repartir la mirada ente todos ellos, comenzó a hablar.

—Esos malditos leryones están tan cerca que los soldados ya creen poder ver su campamento desde lo alto de la muralla —Lord Belson juntó las manos sobre la mesa. Su rostro permanecía marcado por la preocupación; la preocupación y la rabia—. Esos bastardos han aniquilado a los habitantes de Skeldon y han quemado la aldea… Han matado a todos los que han encontrado allí, para enviarnos un mensaje: eso es lo que esperan hacer con nuestra ciudad. Esa aniquilación es la que pretenden llevar a cabo en Móstur. Y lo harán pronto. Han tomado posiciones, han dispuesto torres de asedio, arietes, escalas… Muy pronto atacarán las murallas.

—Incluso podrían iniciar su ataque en las inmediaciones de la ciudad —habló *Lady* Alys—. Después de lo sucedido con Skeldon, es posible que los ejércitos de Kariosh pretendan cebarse con todos aquellos que tengan sus casas fuera de nuestros muros.

—Así es —replicó el senescal—. He dado instrucciones a los soldados para proceder a la evacuación de todos esos hogares y sus tierras, para que sus habitantes sean acogidos en la ciudad y no quede nadie fuera del recinto amurallado.

—Bien —contestó la señora—. Si para alguna de esas labores necesitáis a mis soldados, podéis contar con ellos. Mi hijo está deseando llevar a cabo cuantas actuaciones sean necesarias para proteger Móstur.

—Podéis contar también con mis vasallos, lord Belson —habló lord Tyrsen, Señor de la casa Belster. Su corpulencia abarcaba todo el asiento sobre el que ocupaba el extremo de la mesa opuesto al del senescal. En su pecho, el toro de su emblema parecía quedarse pequeño para abarcar un cuerpo casi desproporcionado.

lord Belson asintió antes de pasear la vista entre los demás señores.

—En realidad, necesitaremos la ayuda de todos vuestros caballeros y soldados. Lo más probable es que Leryon inicie su ataque sobre la puerta de los Caballeros, pues frente a ella puede asentar su ejército, a diferencia de otros puntos de la ciudad como este, donde la confluencia de ambos ríos constituye una defensa casi infranqueable para nuestro enemigo. No obstante, debemos proteger todo el trazado de la muralla. Aún no sabemos cómo *Sir* Arthur y sus acompañantes lograron adentrarse en la ciudad. Leryon podría haber encontrado un modo de atacarnos sin que nos demos cuenta hasta que sea demasiado tarde.

Por un momento, sus palabras causaron temor entre los demás

nobles. *Sir* Arthur había sido ajusticiado sin desvelar nada acerca de aquella maniobra que habían logrado llevar a cabo para internarse en el barrio nybnio.

—No hubo modo de hacer hablar a *Sir* Arthur. Le ofrecimos salvar la vida a cambio de su testimonio… Y él se negó. Murió por proteger un secreto que tal vez pueda poner en peligro la ciudad.

—*Sir* Arthur y sus acompañantes estaban en el barrio nybnio cuando mis soldados los descubrieron —dijo *Lady* Alys—. Los demás huyeron, se dispersaron y lograron escapar. Pero *Sir* Arthur fue ejecutado. Tal vez lo más importante no sea conocer el modo en que esos leryones entraron. A veces lo que realmente sucede no es tan importante como lo que otros crean que ha podido suceder. Si hay algo que habrá llegado a oídos del rey Kariosh es la muerte de su caballero. Pero tal vez desconozca si, antes de morir, pudo revelar algo acerca de su estrategia. Las dudas del rey jugarían a nuestro favor.

—No podemos jugar esa carta —dijo lord Vyrion, en un tono comedido—. Es peligroso tomar decisiones en base a las suposiciones de otros. Es momento de tomar decisiones en base a hechos.

—Lo sé —replicó la señora—. Pero en esta cuestión concreta, *Sir* Arthur se llevó consigo los secretos de esos hechos. No obstante, teniendo en cuenta el lugar en el que los leryones fueron descubiertos, y considerando que en las ruinas del barrio nybnio es donde mis ejércitos se encuentran acampados, permitidnos proteger ese trazado de la muralla. Si Leryon mantiene su mirada fija en ese punto, pronto se dará cuenta de que está bien custodiado y no tendremos que temer una nueva incursión. De ese modo, quizá el rey Kariosh decida concentrar su ejército en un lugar desde donde podamos verlo venir.

Las palabras de *Lady* Alys convencieron al resto de señores. Lord Belson habló en nombre de todos ellos.

—De acuerdo, *Lady* Alys. Vuestros hombres se encargarán de custodiar el barrio nybnio y sus inmediaciones. Si los leryones logran alcanzar el interior de la ciudad, se os avisará para que vuestros caballeros se dispongan a cargar contra ellos.

La señora asintió al ver ratificada la decisión que ella ya había tomado la noche anterior en compañía de su hijo Herry, a quien había prometido hacer todo lo posible para que el lobo de la casa Clarke permaneciera apostado allí mismo, pues ambos habían convenido en que el barrio nybnio podía resultar un importante punto estratégico para la defensa de la ciudad. Llegado el momento y la necesidad, desde allí no tardarían en alcanzar las inmediaciones del castillo. La captura de *Sir* Arthur bien podría haber contribuido a ver satisfecha

aquella solicitud. La señora sonrió para sus adentros; había sido más fácil de lo imaginado.

—Bien, en ese caso vamos a seguir definiendo las fuerzas que han de proteger los puntos más débiles de nuestras murallas. Quizá…

La puerta de la sala se abrió repentinamente, sobresaltando a alguno de los nobles. La imagen de Yar Bolfren caminando hacia ellos provocó un silencio estremecedor.

—Mi querido amigo Yar Bolfren —Lord Belson se puso en pie—. En primer lugar, quiero expresarte mis condolencias por la muerte del Gran Maestro. Ha sido un acontecimiento que nos ha llenado de tristeza. A mí me ha sobrecogido de un modo especial, pues esa misma noche él y Yar Gregor se habían encontrado conmigo y, en compañía de mi hijo Bartheos, pudimos compartir una grata conversación. Cuando me dieron la triste noticia, no podía creerlo. El Gran Maestro Therios estaba jugando un papel trascendental en el nuevo rumbo tomado por vuestra Orden, un giro inesperado pero acertado en la hora de conservar la esencia de lo que los helvatios fueron en sus inicios. Su pérdida nos entristece a todos.

—Gracias por vuestras palabras, lord Belson —respondió Yar Bolfren—. Ha sido un duro golpe para la Orden, un acontecimiento que aún no somos capaces de digerir.

—Por favor, siéntate a la mesa —el senescal le invitó a unirse a los nobles, que ahora permanecían en silencio; un silencio roto por *Lady* Alys en el momento en que el caballero ocupaba su asiento junto a ella.

—Reconozco que en muchos aspectos disentía del Gran Maestro, pero nadie puede negar que era un hombre de firme carácter, agudo ingenio y una determinación encomiable. Lamento mucho su pérdida. Tomó una decisión valiente y acertada, al menos desde mi punto de vista, cuando decidió alejar a vuestra Orden del poder, tornando a los principios que motivaron los orígenes de los helvatios. Ahora es responsabilidad de todos vosotros conseguir que ese periodo de transición que él ha iniciado llegue a buen término, por el bien de vuestra Orden y la prosperidad de Móstur.

—Nada de lo que el Gran Maestro ha hecho en la etapa final de su vida tendrá sentido si permitimos que los leryones se adentren en la ciudad —Yar Bolfren agradecía las palabras de ánimo escuchadas, pero prefería que se centraran en el asunto por el cual había sido convocado. En los funerales por Therios ya habría tiempo de hablar sobre el Gran Maestro y su legado.

—Cierto —asintió lord Belson, sentándose nuevamente—. Las buenas intenciones que todos nosotros podamos tener en estos

momentos para el futuro de la ciudad no servirán de nada si no somos capaces de contener a nuestro enemigo. Y para eso mismo os he reunido aquí. Debemos establecer la estrategia a seguir para defender la ciudad o incluso decidir si en un momento determinado debemos salir al encuentro de Kariosh y los suyos.

—Por el momento, yo descartaría cualquier opción que supusiera abandonar la ciudad —dijo lord Kevan, de la Casa Karter—. En mi opinión, las murallas son en estos momentos nuestro mejor aliado. Y aunque Kariosh pudiera tomar la decisión de concentrar a todas sus tropas frente a la Puerta de los Caballeros para iniciar su ataque, si abandonamos nuestros muros le damos una generosa ventaja.

—Lo sé —concedió lord Belson—. Y es mi intención reforzar las murallas y permanecer tras ellas. Pero, como os decía, no podemos descartar cualquier iniciativa que permita, por ejemplo, alejar a nuestras mujeres y niños del peligro que supondría la entrada de los leryones en la ciudad. La prioridad de defender Móstur desde el interior podría ser sustituida por un ataque frontal contra los leryones si vemos que, llegado el momento, se antoja la mejor opción. Por ahora, es de vital importancia proteger el perímetro de la muralla, así como los puntos más importantes de la ciudad; y para eso debemos distribuir nuestras fuerzas.

—Mis vasallos están dispuestos a proteger la Puerta de los Caballeros —habló lord Tyrsen—. Yo mismo podría permanecer allí, junto a ellos, para llevar a cabo los cometidos que vuestros oficiales estimen oportunos, si Kariosh decide atacar nuestra ciudad por ese punto.

—De acuerdo, me parece bien —Lord Belson estaba seguro de que el toro de la Casa Belster haría honor a su emblema. Sus caballeros se contaban entre los más aguerridos y fuertes. Y era precisamente eso lo que necesitarían en los principales enclaves.

—Permitid que mis hombres se sitúen en la muralla este —habló lord Vyrion—. Conocen muy bien ese extremo de la ciudad y, si así lo permitís, nos uniríamos a los ejércitos allí destinados. Incluso podría enviar a algunos de mis caballeros a explorar los alrededores para determinar si hay peligro de un ataque por aquel extremo.

lord Belson asintió.

—Si os parece bien, yo me ocuparé de fortalecer las defensas en las inmediaciones de la Puerta de los Caballeros —dijo lord Nathan, el caballero del emblema de la flor—. Algunos de mis mejores hombres trabajan en los talleres. Podríamos construir altas torres e incluso catapultas para repeler el ataque de esos malnacidos, si es que deciden atacar por ese punto, que es lo más probable. Incluso podríamos ver la

posibilidad de reforzar algún otro punto de la muralla, si lo creéis conveniente.

—Puedo convocar a mis caballeros y sus vasallos para ocupar la Plaza del Poder —Lord Óliver tomó la palabra—. Desde allí no tardaríamos en alcanzar la entrada a la ciudad o cualquier otro punto de las inmediaciones para contener a los leryones, si lograran traspasar las murallas. Caeríamos sobre ellos antes de que pudieran alcanzar uno de nuestros templos o el castillo.

—Mis hombres podrían unirse a los vuestros —las palabras de lord Kevan encontraron el respaldo del señor de la Casa Marly, que asintió sin dudar. El perro de ojos sangrientos lucharía junto a la serpiente de la Casa Karter si así lo permitía el senescal.

—Está bien —Lord Belson sonrió, satisfecho por la colaboración de aquellos señores que, más que nunca en aquel instante de necesidad, parecían ser capaces de aunar sus esfuerzos por la subsistencia de todos, dejando de lado las diferencias que habían mantenido a lo largo de la historia de cada una de sus casas. Tan solo quedaba por pronunciarse uno de los asistentes. Yar Bolfren había escuchado con atención el ofrecimiento de los señores. Él no tenía muy claro cuál debería ser el papel de los caballeros helvatios en la defensa de la ciudad. En ese instante se acordó de Yar Gregor. Si él se encontrara allí en aquel momento, sin duda habría propuesto un plan para los helvatios, y quizá para los demás. La estrategia no era, precisamente, el punto fuerte de Yar Bolfren. Durante años se había dedicado a la enseñanza de los hijos de los nobles. Aquello era muy distinto a planificar una batalla.

—Los caballeros helvatios nos pondremos a vuestra disposición para lo que creáis conveniente —dijo al fin, con la mirada fija en lord Belson.

—Por el momento, creo que la principal preocupación de vuestros caballeros debe ser proteger a todos los miembros de vuestra Orden. Llegado el momento, si no logramos contener los ejércitos de Kariosh, tendréis que uniros a la lucha por la defensa de la ciudad. Permaneced en los alrededores de vuestros templos y de la Morada. Proteged a vuestros clérigos, a vuestros novicios. Evitad que los leryones profanen vuestras edificaciones.

Yar Bolfren asintió.

—He hecho llamar a Yar Gregor. Pero me gustaría hablar con él a solas. Por el momento —Lord Belson extendió un pergamino que durante todo aquel tiempo había permanecido enrollado sobre la mesa —, vamos a distinguir aquellos puntos de la muralla que puedan resultar más vulnerables, para ver en qué medida podemos mejorar

nuestras defensas.

El pergamino contenía el mapa de Móstur con la ubicación de todos sus edificios más emblemáticos y el trazado de la muralla, así como los bosques y ríos. No faltaba un solo detalle que pudiera resultar de gran importancia en el momento de establecer la estrategia a seguir. Durante un tiempo, lord Belson conversó con sus invitados y escuchó las propuestas que iban haciendo.

Tras alcanzar un acuerdo común sobre las actuaciones prioritarias que debían llevar a cabo, si es que Kariosh les daba el tiempo suficiente antes de iniciar su ataque, lord Belson dio por finalizado el Consejo. Se despidió de los nobles y Yar Bolfren, con la satisfacción de haber logrado que todos ellos se pusieran de acuerdo para contribuir a la defensa de la ciudad.

Yar Bolfren, que había sido el último invitado en llegar, también fue el último en abandonar la estancia, cerrando la puerta y dejando a lord Belson a solas. El senescal aguardaría allí la llegada de Yar Gregor. Estaba nervioso, impaciente por hablar con él. No parecía muy convencido de lo que iba a pedirle.

Con las manos a la espalda, el senescal sintió que, por primera vez en aquel día, la duda se cernía sobre él. Había logrado mantenerse firme frente a los nobles, seguro con cada una de sus palabras. En cambio, en aquel momento de soledad la incertidumbre acudía a su mente. Se preguntó cuál sería la reacción del caballero helvatio al escuchar la propuesta que iba a hacerle. Si había alguien capaz de llevar a cabo aquel cometido, ese alguien era Yar Gregor. Su valentía y sigilo resultaban cualidades de vital importancia para ejecutar una misión que se antojaba difícil, casi imposible.

La puerta de la sala del Consejo se abrió nuevamente. Lord Belson, que en aquel momento permanecía con la mirada fija en el otro extremo de la sala, escuchó las inconfundibles pisadas del caballero.

—Adelante, Yar Gregor…

Al girarse, su rostro dibujó una expresión de asombro al descubrir la silenciosa presencia de los acompañantes del caballero que, como si de fantasmales figuras se tratara, caminaban sigilosos tras él. Al contemplar Zen Varion y Darreth, dos sentimientos se apoderaron de lord Belson. La alegría de ver a aquellos helvatios a los que creía muertos se mezcló con las dudas acerca de las palabras que había pensado dirigir a Yar Gregor.

—Bienvenidos, amigos míos —extendió los brazos, alegre por aquel encuentro. En el preciso instante de abrazar al zenlor, tomó la decisión de postergar, al menos por unas horas, el discurso con el que había previsto recibir a Yar Gregor, ocultando así el verdadero motivo

por el que lo había hecho llamar. Hablarían de muchos asuntos y sucesos, pero la misión que se disponía a encomendarle habría de esperar. Llegado el momento, lo hablaría con él.

Solo con él.

CAPÍTULO 8: CERCA DE MÓSTUR

Los soldados de Kariosh tuvieron un presentimiento tan inexplicable como aterrador. Sintieron una ráfaga de aire muy distinta a cualquier otra que pudiera ser considerada un fenómeno de la naturaleza. Fue como un raudo torbellino que arrastrara consigo una voz procedente de las profundidades. Un breve e intenso temblor sacudió la tierra. Todos lo percibieron, tanto los que habían rodeado a los combatientes como los que se encontraban en la colina. Callaron y quedaron sumidos en el temor, conscientes de presenciar algo que estaba lejos de tener una explicación racional.

De modo especial, Hareld sintió que el pulso se le detenía y un escalofrío recorría su interior, estremeciéndolo. De forma instintiva, miró el cadáver del helvatio. Su rostro estaba empapado en sangre. Sus ojos permanecían cerrados. Creía haberlos visto abiertos en el momento de su muerte. Dudó. El miedo comenzaba a apoderarse de él al mismo tiempo que la confusión se propagaba por todo el campamento. Cerca de la escena donde yacía el clérigo, Kariosh permanecía inmóvil, con esa inquietud que sacudía a todo su ejército. Iba a suceder algo terrible. Así lo creyó. El modo en que había resistido el helvatio no parecía natural. Y aquel temblor tras su muerte… Kariosh imaginó que no habían matado a un clérigo cualquiera y, como si Athmer se dispusiera a hacer caer sobre ellos su más terrible venganza, miró al cielo, temiendo que el castigo bajara de lo alto. Nunca había sentido semejante temor brotando de su interior, de lo más profundo de su corazón.

El viento cesó. Su eco resonó en los corazones de los leryones, como un oscuro presagio a punto de verse cumplido para desgracia de cuantos allí se encontraban, atónitos, conscientes de que iban a presenciar algo inaudito.

Hareld se acercó al cadáver del helvatio, lentamente, como si una voz le diera una orden que había de ser cumplida de forma inmediata. Perdió la mirada en su torso magullado, en su rostro herido, en su cuerpo inerte. El corazón del rastreador se detuvo al contemplar como cada uno de los cortes se cerraban y la sangre repartida por su cuerpo

quedaba impresa en su piel en forma de inofensivas manchas.

El silencio y la expectación dieron paso a los primeros gritos de terror cuando los que se encontraban cerca del helvatio fueron testigos de tan terrible prodigio.

Grimward abrió los ojos; unos ojos que, bañados en sangre, dibujaron una mirada atroz en el preciso instante en que se incorporaba.

—No puede ser —Hareld dio un paso atrás, aterrorizado. Frente a él, el helvatio se ponía en pie. Sus heridas habían adquirido la forma de cicatrices que recorrían su cuerpo, como si hubiera sido despojado de su humanidad y quisiera mostrarse a la vista de todos con un aspecto digno de un ser procedente del mundo de los dioses.

—No puedes matarme —la voz de Grimward resonó con fuerza, como si el viento que antes se había manifestado entre los leryones ahora arrastrara su eco, para que todos fueran testigos de sus palabras.

—¿Quién demonios eres? —el rastreador alzó su brazo; un brazo que temblaba de miedo, como el resto de su cuerpo—. Maldito siervo de Athmer, regresa al infierno del que hayas venido. ¡Vete, maldita sea!

Grimward se echó a reír. Sus desfigurados labios dibujaron una expresión mordaz. Sus ojos, puestos en Hareld, parecían capaces de arrancar de él la vitalidad que había mostrado en su enfrentamiento anterior. Invadido por el temor, el rastreador no se percató de que se le había caído la espada hasta que el helvatio habló de nuevo.

—Toma tu espada, Hareld —ordenó Grimward—. El combate aún no ha terminado. Tú ya has demostrado cuanto querías: has manifestado tu fuerza y tu valor frente a los más débiles, al menos en apariencia. Ahora me toca a mí manifestar mi poder, mi fortaleza. Todos ellos —paseó la mirada en torno a una muchedumbre silenciosa y mansa— van a ser testigos privilegiados de mi gloria; testigos del sacrificio a Lorwurn, como es deseo de tu rey —Grimward miró a Kariosh. El rey se acercó, confuso.

—¿A Lorwurn? —preguntó, casi en un susurro.

—Así es —para alivio de Hareld, Grimward se dirigió al monarca —. Kariosh, eres un siervo leal, pero ignorante en el estudio de los Textos Sagrados que hablan sobre Leryon y Móstur. A estas alturas, tu padre ya se habría postrado ante mí, al descubrir mi naturaleza. Targosh era un erudito de nuestros escritos más ancestrales.

—¿Quién eres realmente?

Grimward sonrió, paladeando cada palabra intercambiada en aquella conversación.

—Es evidente que no soy un simple mortal. Tampoco soy un siervo

de Athmer. Pero así había de suceder, que el enviado de Lorwurn habría de presentarse ante su pueblo de un modo que los suyos no fueran capaces de reconocerlo. No hasta haber sido testigos de su poder.

—El enviado de… ¿Lorwurn?

—Así es; o su encarnación en el mundo de los hombres, si así prefieres entenderlo —Grimward alzó las manos y miró a su alrededor —. Arrodillaos ante vuestro dios.

Uno tras otro, entre dudas y sobre todo miedo, los soldados leryones se fueron poniendo de rodillas, postrándose ante quien momentos antes no era más que un prisionero del que todos se habían reído. Hareld cayó de rodillas, abatido. A su mente únicamente acudía una imploración por su vida. Como si hubiera adivinado aquellos pensamientos, Grimward fijó sus ojos en él y, tras dibujar una sarcástica mueca, le habló con voz sinuosa, pausada.

—Levántate, Hareld, y toma tu espada.

—Por favor —el rastreador sollozaba—. Por favor…

—¡He dicho que tomes tu espada! —gritó, con voz terrible.

El rastreador obedeció, consciente de que la vida estaba a punto de abandonarlo. Nada más posar sus ojos en los de Grimward, comprendió que su final estaba cerca. Su única esperanza era no sufrir el mismo castigo que él le había infligido. En plegaria silenciosa, rogó que todo transcurriera de forma rápida, letal.

—Me gustaría verte escupir una última vez, Hareld —y sin dar tiempo a su oponente, lo golpeó con fuerza.

Hareld no tuvo tiempo de reaccionar. En el momento del impacto sintió un dolor como nunca había percibido. Los labios le quemaban y, en su interior, un amargo sabor le obligó a abrir la boca. Escupió un borbotón de sangre.

—Así me gusta —Grimward sonrió al ver cumplido su deseo—. He decidido que tú seas mi instrumento para darme a conocer ante nuestro rey. Y vas a tener el privilegio de ser ofrecido como víctima en el sacrificio previo a la batalla que está por llegar. Y todo ello, por una infeliz casualidad, mi querido amigo —Grimward caminaba en círculo alrededor del rastreador, que no se atrevía a pronunciar palabra alguna, aún aturdido por el golpe recibido—. Mírame.

El rastreador hizo un esfuerzo para alzar la vista. Sus ojos tropezaron con la oscura mirada del dios reflejada en los ojos de su enviado.

—¿Sabes por qué te he elegido a ti?

Ante la pregunta, Hareld guardó silencio. Estaba convencido de que sus burlas y agresiones lo habían condenado. Tenía razón, al

menos en parte.

—Necesito despojarme de estas vestiduras que durante tanto tiempo me han tenido postrado ante Athmer en compañía de sus siervos. Bajo los pliegos de esta túnica he sido capaz de cometer horrendos crímenes contra los propios helvatios, contra los mostures. He enfrentado a unos y otros, instaurando en Móstur una dictadura con la que conseguí que el pueblo sintiera verdadero odio hacia los helvatios. Así había de ser, y tal y como indican los Textos Sagrados, el castigo a la Orden habría de venir a través de uno de los suyos. Al menos así ha sido en apariencia. Pero ha llegado el momento de mostrarme en todo mi esplendor, para que todos vosotros creáis que yo soy vuestro dios y señor.

Grimward miró a su alrededor. Todos escuchaban atentamente sus palabras, aún de rodillas.

—Levantaos y continuad guardando silencio, pues así ha de llevarse a cabo el sacrificio que Kariosh me ha prometido. Como te decía —se dirigió nuevamente a Hareld—, necesito despojarme de estas harapientas vestiduras. Cuando me capturasteis, y de modo especial en el momento en que me escupías, me di cuenta de que tu altura es similar a la mía. Incluso pude comprobar que tus botas me quedarían tan bien como las sandalias que llevo usando estos últimos años. Así es, Hareld. A partir de este momento, voy a necesitar tu ropa. Y no quisiera mancharla de sangre o rasgarla con mi espada. Así que, póstrate ante mí. Mi espada descenderá rauda sobre tu cuello y todo habrá terminado pronto. Kariosh tendrá el sacrificio que deseaba y podremos iniciar el ataque sobre Móstur. O puedes tomar tu espada y tratar de evitar lo inevitable. Tú decides.

Hareld temblaba, respirando con dificultad. Su mano se resistía a soltar la espada y entregarse así en brazos de la muerte. Tras unos momentos de duda, se decidió a hacer frente al destino. Dio un grito y se abalanzó sobre Grimward, que se echó a un lado haciéndole caer al suelo. El presthe sonrió al contemplar el modo en que, llevado por la desesperación, su oponente se resistía. Pero su muerte estaba próxima, y los esfuerzos por evitarla no hicieron sino provocar un nuevo fracaso con cada uno de sus acelerados intentos. Ya no había risas ni burlas por parte de los soldados, que aguardaban el momento en que aquel clérigo o dios decidiera arrebatar la vida de un enemigo que terminó nuevamente en el suelo, a sus pies.

Hareld estaba extenuado por el esfuerzo, por el dolor. Las fuerzas lo abandonaban, su espíritu se resquebrajaba y su voluntad se desvanecía. Desde el suelo, alzó una mirada que no encontró compasión alguna. Su destino estaba trazado; los designios de

Lorwurn estaban a punto de llegar a su cumplimiento. Los suplicantes ojos de Hareld fueron testigos del momento en que las heridas y cicatrices propiciadas a Grimward desaparecían de forma definitiva. Ahora que estaba a punto de llevar a cabo el sacrificio, su verdugo recuperaba la apariencia humana, en el preciso instante en que le sonreía una última vez, alzando su espada con ambas manos.

Hareld cerró los ojos y al siguiente segundo su cabeza se separó del cuerpo y rodó hasta llegar a Kariosh.

—Aquí tienes tu sacrificio.

El rey perdió la mirada en la terrible expresión que dibujaba el rostro de Hareld, cuyos ojos abiertos lo miraban de forma inerte y acusadora, culpándolo de su muerte.

El rey Kariosh se estremeció. Paseó la vista a su alrededor. Al igual que él, sus soldados permanecían sobrecogidos de temor, pero seguros de que no habría entre ellos ninguno más que sufriría el mismo castigo que Hareld.

Grimward también se fijó en aquellos rostros que lo miraban expectantes. Alzó su espada envuelta en sangre y gritó con fuerza.

—¿Estáis preparados para la batalla?

Como respuesta hubo susurros y tímidos gestos. Algunos de los soldados alzaban su espada, pero no su voz.

—¿Estáis preparados para luchar en nombre de Lorwurn?

En esta ocasión, aquellas palabras fueron como una mecha que lograra prender unos corazones que habían quedado fríos, heridos. El valor retornó a los leryones y las primeras respuestas se terminaron convirtiendo en atronadoras voces.

Grimward contempló aquel espectáculo, satisfecho por el modo en que ahora los soldados lo miraban, envueltos en una nube de coraje que rodeaba a todos cuantos habían presenciado la gloria de Lorwurn. Su enviado sonrió. Antes del combate, el ejército de Leryon temía a Kariosh. Ahora lo temían a él.

A él más que a nadie.

CAPÍTULO 9: YARK

Sándor despertó antes de lo habitual. A pesar de los ronquidos de Rodher, había logrado conciliar el sueño hasta alcanzar ese momento del nuevo día en que el cielo empieza a tornar la oscuridad de la noche en una leve claridad que anuncia la llegada del alba. Las habitaciones eran acogedoras, espaciosas. Su cama estaba situada junto a una pequeña ventana desde la cual podía comprobar la presencia cercana de las construcciones más esbeltas de la ciudad. Era una generosa vista, en un hermoso día que auguraba un cielo libre de nubes, entregado a la inminente salida del sol.

El Rey Pirata decidió salir de la posada, tomar el aire mientras ponía orden en sus pensamientos. Tenía que encontrar el modo de llegar hasta Ivarth y convencerlo; a él y a sus hombres. Resultaba una misión difícil: convencer a un hombre peligroso para que los acompañara a un lugar igualmente peligroso. Aquellos individuos eran mercenarios, no soldados; mercenarios convertidos en asesinos, pero mercenarios, al fin y al cabo. Formar parte de una guerra quizá no estuviera en los planes de Ivarth. ¿Cómo podría convencerlo para que se uniera a ellos en la conquista de Móstur? Quizá Taenara tuviera alguna respuesta. Siempre parecía tener solución a los problemas que se le iban presentando, como si todo aquello formara parte de un destino que la princesa conociera de antemano. Pensó en ella, en el prodigio que había llevado a cabo. Sin duda, aquella mujer extraordinaria debía de estar bendecida por alguna deidad, de la que habría heredado algún poder o conocimiento que quedara lejos del alcance de cualquier otro ser humano. Por un lado, aquel pensamiento lo aterraba; por otra parte, resultaba alentador tenerla como aliada. Se preguntó cuáles serían sus verdaderos planes sobre Móstur.

Los interrogantes se agolpaban en su mente mientras abandonaba la posada. Nada más alcanzar el exterior, cerró los ojos y respiró profundamente el gélido aire del amanecer. La caricia de aquel frescor del alba le pareció un bálsamo para su mente, que ya desde los primeros instantes del nuevo día parecía condenada a reunir una ingente cantidad de pensamientos y trenzar con todos ellos un plan

que pudiera, no solo servir a sus intereses, sino también, llegada una situación extrema, salvarles la vida. Ivarth no era de esos hombres que perdían el tiempo con nimiedades. Al menos, así era como Reth se manejaba en los negocios. Su hijo había heredado aquella determinación, pero carecía de cierto atisbo de bondad que podía percibirse en su progenitor. Sándor estaba convencido de que la misión que se disponía a llevar a cabo solo tenía dos salidas: el éxito o la muerte.

Perdido en una nube de pensamientos que por momentos llegaban a inquietarlo, Sándor no se percató de que en las inmediaciones de la posada había alguien más; la misma persona que, con una insospechada capacidad de pasar desapercibida, los había visto llegar la noche anterior e incluso había logrado escuchar algunas de sus conversaciones. Su voz sobresaltó al Rey Pirata.

—Sándor, ¿eres tú? —dijo casi en un susurro, como si temiera que alguien más pudiera escuchar sus palabras. Había permanecido en una esquina hasta encontrar el momento propicio para acercarse, lejos de cualquier mirada que pudiera importunar aquel encuentro.

—¿Quién eres? —Sándor se echó la mano al puñal que guardaba bajo sus ropajes. Contempló a quien tenía frente a él; estaba demasiado cerca. A juzgar por sus oscuras vestiduras, se movía como una sigilosa sombra capaz de escabullirse sin ser vista. Lentamente, sin hacer un solo movimiento que pudiera perturbar a Sándor, se echó hacia atrás la capucha que ocultaba su rostro. Era una joven de mirada perspicaz y largos cabellos negros.

—Siento interrumpir tus pensamientos —la chica mostró ambas manos, indicando a Sándor que no tenía nada que temer—. Me pareció que estabas meditando alguna importante decisión.

—¿Quién eres? —Sándor repitió su pregunta, sin apartar la mano de la empuñadura oculta bajo su chaqueta. Aquella muchacha le resultaba desconocida. La seguridad que mostraba al hablar y su gesto desenfadado lo inquietaron profundamente.

—No me conoces… —sonrió de un modo afable—. Pero yo a ti sí. Al menos, he oído hablar de ti. Ayer por la noche estaba en la posada cuando entraste en compañía de un hombre y dos mujeres. Al principio, apenas me fijé en vosotros. Pero en un momento dado, escuché un nombre que me sobresaltó lo suficiente como para estar atenta a cada uno de vuestros movimientos, de vuestras palabras.

—¿Qué nombre? —nada más hablar, Sándor descubrió la respuesta, y la pronunció él mismo—. Ivarth…

—Exacto —la desconocida sonrió una vez más— Ivarth. Un nombre peligroso, incluso aterrador para quienes, como yo, están en

los pensamientos de ese asesino. Comprenderás que, cada vez que escucho ese nombre, el instinto de supervivencia agudiza mis sentidos, obligándome a permanecer alerta, pues nunca sabes cuándo uno de los amigos de Ivarth puede estar lo suficientemente cerca como para temer por tu vida.

—No soy amigo de Ivarth.

—Lo sé. Pero tampoco su enemigo.

—En realidad, no tengo ninguna relación con él.

—Por el momento —la joven borró su sonrisa, mirando fijamente a Sándor—. Pero estás buscándolo.

—Creo que eso no te incumbe —el Rey Pirata sostuvo la mirada de la chica, cuya severa expresión tornó pronto en una mirada cautivadora.

—Mi nombre es Yari —habló con voz dulce—. Pertenezco a una familia de aquí; y aquí hemos vivido siempre, hasta hace poco. Mis padres tuvieron que huir. Yo debería haber huido con ellos. Demasiados problemas en muy poco tiempo.

—¿Qué sucedió? —preguntó Sándor, llevado por la curiosidad. Inmediatamente, se dio cuenta de la respuesta más probable. «Creo que eso no te incumbe», podría haber respondido ella.

—Es una larga historia —Yari miró a uno y otro lado, asegurándose de que no había nadie más en aquel pequeño rincón donde los caminos de ambos se habían cruzado—. Una historia aterradora, protagonizada por un asesino.

—Ivarth…

Ella asintió.

—Así es. Ivarth me busca, para matarme. Toda mi familia ha huido lejos de aquí. No quise saber su destino. De ese modo, si Ivarth me captura, nunca logrará saber su paradero por más que me torture.

—¿Por qué no huyes tú también? Tengo entendido que Ivarth y su Compañía se encuentran no muy lejos de Yark…

—En las Hoces del Estirio, sí. Llevan mucho tiempo allí, malviviendo en algunas de sus grutas escondidas. Los conozco muy bien, demasiado bien. Supongo que por eso el maldito Ivarth quiere verme muerta.

La chica enmudeció. La tristeza reflejada en su rostro arrancó de Sándor un sentimiento de compasión.

—Deberías marcharte, lejos.

—Pero ¿adónde? Los pocos amigos que me quedan están aquí. No quiero dejar el mundo en el que nací.

—Tu familia ha huido de Yark. Tu mundo ya no existe, Yari. Tendrás que crear uno nuevo, y cuanto más lejos de aquí, mejor.

—En cuanto os escuché pronunciar el nombre de Ivarth, temí que hubierais sido enviados por él. Pero presté una mayor atención a vuestras conversaciones y logré descubrir que no sois de los suyos… Pero lo estáis buscando…

—Debiste de fijarte demasiado bien —Sándor parecía impresionado—. Creo que fuimos discretos durante toda la cena y mi posterior conversación con el posadero tampoco fue precisamente llamativa. Tienes un oído muy fino…

—Sé leer los labios —respondió la muchacha, esbozando una sonrisa—. Es mucho más útil, sobre todo en conversaciones que pueden parecer discretas.

—Pero ¿cómo?

—Mis padres me enseñaron.

—Una habilidad que abre muchos caminos…

—Y que también es capaz de procurar muchos enemigos, peligrosos enemigos.

—Entiendo —Sándor se convenció de que la enemistad con Ivarth se debía a algún uso indebido que la muchacha había hecho de su valiosa habilidad.

—Ahora que ya nos vamos conociendo, ¿puedo saber el motivo que os impulsa a encontraros con ese malnacido?

Sándor dudó. No le parecía una buena idea hablar sobre ello.

—Digamos que… Mis amigos y yo precisamos de los servicios de su Compañía. ¿Por qué te resulta de interés los motivos que pueda tener?

—En otras circunstancias —la joven percibió en la fría mirada de Sándor el rechazo a profundizar en la cuestión—, me resultaría una simple curiosidad de la que podría prescindir. Pero viniendo de alguien como tú, Sándor, me ha llamado poderosamente la atención. ¿Qué podría necesitar el Rey Pirata de alguien como ese miserable? He oído hablar de ti, y ciertamente, no comprendo que alguien con tu influencia pueda necesitar algo de ese asesino o su compañía.

—¿Influencia? —el gesto de Sándor tornó en una sonriente expresión—. No creo que sea alguien tan influyente, y menos en tierra firme.

—Los piratas, como los peces, necesitáis el agua para sobrevivir. Lejos del mar tal vez no seas el hombre a quien todos temen. También es cierto que, lejos de tu isla, te vuelves más… humano.

—Un monstruo siempre es un monstruo, da igual dónde se encuentre.

—¿Acaso es eso lo que eres, Sándor?, ¿un monstruo?

—No —rectificó él. Había utilizado una expresión con la que a

menudo atemorizaba a quienes alcanzaban su isla. La chica tenía razón. Lejos de su fortaleza, de sus barcos y un mar que ya casi creía como suyo, era como un gigantesco kraken atrapado en la arena de la playa, inofensivo, necesitado.

—Sé que no eres un monstruo —ella continuó hablando, con voz sinuosa—. Pero estás buscando a uno; uno de los peores. Y como tú dices, un monstruo siempre es un monstruo. Tu encuentro con Ivarth podría ser demasiado peligroso para ti y los tuyos. Cuando se trata de hacer daño, los monstruos no suelen hacer muchas distinciones.

El Rey Pirata estaba confuso. Nada más ver a la joven, había temido que pudiera llevar un arma escondida bajo los ropajes de su cuerpo delgado y aparentemente débil. Pronto había descubierto que Yari poseía otra arma más impredecible, y tal vez más precisa: una aguda mente y afiladas palabras. El enigma que representaba aquella muchacha llegó a sobrecogerlo. No podía fiarse de ella, ¿quién era realmente?

—Estoy acostumbrado a encontrar monstruos en mi camino —respondió firme, esperando la reacción de ella.

—En ese caso, ve con cuidado. Las Hoces del Estirio pueden resultar un paraje arriesgado, incluso mortal para quienes subestiman el peligro que representan Ivarth y los suyos.

—Conoces ese peligro… y también ese lugar, ¿verdad?

—Así es. De no conocerlo, ahora no estaría con vida.

Al escuchar la respuesta que estaba esperando oír, Sándor sintió que su mente daba forma a un plan que tal vez podría dar resultado. Ni él ni sus acompañantes conocían bien el lugar al que habían de encaminarse en una aventura que podría resultar más que peligrosa. Frente a él, tenía a alguien que sí parecía conocerlo. Tal vez Yari podría resultar una apropiada guía. El problema radicaba en cómo convencerla para que los acompañara. Ella, que no hacía sino tratar de evitar a Ivarth, necesitaría un motivo más que bueno para acercarse peligrosamente al asesino. Pensó durante unos segundos en los que la chica lo miró con curiosidad, tratando de averiguar qué pasaba por su mente en aquel instante.

—La misión que quiero encomendar a Ivarth y su Compañía lo alejaría de las Hoces del Estirio, en dirección al norte, a las tierras de Móstur, quizá para siempre.

—¿Para siempre? —Yari se echó a reír.

—Así es. Si llevan a cabo con éxito esa misión, tal vez ninguno de los miembros de la Compañía necesite regresar. Tendrán riquezas suficientes para dejar atrás los asesinatos y crueldades.

—Por más riquezas que pueda obtener, seguirá siendo un

monstruo; un monstruo que se alimenta de la sangre de otros.

—Pero tal vez se encuentre lo suficientemente lejos como para que no tengas que temerlo. Podrás construir tu nuevo mundo aquí, lejos de su alcance.

Yari reflexionó sobre las palabras de Sándor. El Rey Pirata también sabía jugar con las palabras. Por alguna extraña razón, sentía que aquella conversación con la chica le devolvía por momentos a los tiempos en los que su principal arma era la negociación, antes de que sustituyera las palabras por la espada. En aquel instante, el pirata había dado paso al contrabandista que fuera antaño, al amante de los negocios en los que llegar a un generoso acuerdo era un reto irrechazable.

—Me ofreces acercarme demasiado al peligro…

—Para luego alejarlo de ti —dijo Sándor, aproximándose a la joven —, alejarlo para siempre de tu vida.

Yari sonrió para sus adentros. En realidad, sus pensamientos distaban mucho de los de Sándor. Extendió su mano derecha para estrecharla con la del pirata y cerrar así el acuerdo. Con la mano izquierda palpó su cintura, asegurándose de que el puñal estaba en su sitio.

Sándor había caído en la trampa de aquella enigmática joven, sintiéndose orgulloso de trazar un plan al que ella, inteligentemente, lo había ido guiando con cada una de sus preguntas y respuestas. Los acompañaría hasta Ivarth. Una vez llegada la hora de encontrarse con él, quizá el desenlace no fuera el previsto por Sándor.

CAPÍTULO 10: MÓSTUR

«Maldito Grimward, y malditos leryones».

Aquellas palabras resonaban una y otra vez en la cabeza de lord Belson ya desde primera hora de la mañana, como un eco que, desde el encuentro con Zen Varion y Den Darreth, le hubiera perseguido cada momento, repitiéndose en cada uno de sus sueños, en cada instante.

A la mañana siguiente del inesperado regreso de los helvatios, lord Belson se había despertado sumido en la confusión; una confusión que no había hecho sino crecer en su interior desde el mismo instante en que Zen Varion había iniciado el relato de la inquietante aventura vivida lejos de Móstur, como si en algún momento él y su joven acompañante hubieran cruzado el umbral donde el mundo de los hombres da paso al de los dioses. Era una locura detrás de otra. El asesinato de los clérigos, las muertes acontecidas en Mynthos, la resurrección de Grimward… Un terrible rompecabezas sin explicación ni lógica aparente, al menos para él. Y lo peor de todo era que cada uno de aquellos sucesos tan inexplicables como tenebrosos conducían a un mismo lugar: Móstur; la ciudad de la que él había sido nombrado senescal, el destino de unos ejércitos sedientos de sangre.

«Grimward se unirá a los leryones en la batalla». Aquellas palabras de Zen Varion parecían profetizar augurios más oscuros de los que lord Belson ya había contemplado en sueños, pesadillas que en la oscuridad caían sobre él, convocadas tras un largo día repleto de dudas e incertidumbres.

Grimward conocía demasiado bien la ciudad. Sería un valioso guía para el rey Kariosh. Los helvatios habían hablado de él como el enviado de Lorwurn, su viva imagen en el mundo de los hombres. Lord Belson no llegaba a comprender las implicaciones de aquellas afirmaciones que le recordaban a los delirios de algunos de los ancianos zenlores en los momentos próximos a su muerte, cuando la mente confunde realidad e ilusión, engañando a los sentidos y desatando la locura que acaba prevaleciendo sobre la razón en los

instantes previos al fin de la existencia. Muchos de esos clérigos terminaban su vida sumidos en aquel mundo irreal donde, al menos, el dolor parecía ausente, y el sufrimiento no era más que una brizna de aire que con su caricia es capaz de apagar una vida como si de una frágil llama se tratara. Zen Varion había hablado con aquellas mismas palabras pronunciadas por los ancianos en su agonía; y Den Darreth también lo había hecho, como si una misma locura se hubiera apoderado de ambos.

Darreth, el tímido novicio que siempre caminaba junto a su maestro, casi cabizbajo y con una mirada huidiza, parecía haberse transformado en un zenlor más y, como si hubiera alcanzado una sabiduría superior a la de su maestro, hablaba de tal modo que todos quedaban prendados de sus palabras. La transformación de aquel joven era un enigma, el menos preocupante de todos los que lord Belson guardaba en su mente.

Con la primera claridad del alba, el senescal abandonó su habitación. Apenas había logrado conciliar el sueño. Las palabras de unos y otros se escuchaban con mayor claridad en el silencio de la noche. Necesitaba encontrar un lugar que no estuviera habitado por esa calma cómplice de las voces que aún resonaban en su cabeza.

Desde primera hora del día, en las inmediaciones del castillo ya se percibía el ir y venir de los soldados: las patrullas que custodiaban el patio, los cambios en los turnos de guardia, las instrucciones de los oficiales. Escuchar todos aquellos sonidos le hizo olvidarse de los oscuros presagios pronunciados por los helvatios la noche anterior, pero también le recordaron la proximidad de una guerra cuyos augurios no eran más prometedores.

A su paso, los soldados lo saludaban con respeto, sorprendidos al verlo entre ellos en un momento tan temprano del día. Pero atravesaban circunstancias en las que la sorpresa podía darse en cualquier instante. Así al menos lo sentía el senescal, que había llegado a una conclusión: no importaba lo que le deparara el nuevo día. Lo verdaderamente importante era afrontar cada situación con la suficiente entereza, alejando de sí cualquier debilidad, cualquier duda. Hasta el momento creía haberlo conseguido, pero cada vez le resultaba más difícil. Sentía como si cada día sus fuerzas mermaran antes y la noche le negara el reparador descanso que precisaba para afrontar las inquietudes venideras. Su cuerpo estaba cansado, hastiado de una situación que amenazaba con continuar debilitando su voluntad.

lord Belson dejó atrás el castillo, recorriendo las calles que lo conducirían a la Plaza del Poder, cuyos rincones estaban sembrados de

trágicos recuerdos; demasiadas muertes, crueles e inútiles. Siguió caminando y no se detuvo hasta llegar al barrio de los caballeros. Contempló la fachada de su palacio, que ahora permanecía casi vacío, atendido y administrado por algunos de sus hombres de confianza, en compañía de los sirvientes a los que llevaba ya tiempo sin ver. Un sentimiento de añoranza se apoderó de él. La vida era más sencilla cuando únicamente tenía que dar monótonas instrucciones a aquellos que le servían con fidelidad. Tras su llegada al gobierno de Móstur, cada decisión se había tornado más difícil que la anterior, y una nube de incertidumbre envolvía cada uno de sus encuentros y conversaciones. Contempló las murallas, en medio de las cuales se ubicaba la Puerta de los Caballeros. Allí se encontraban numerosos soldados, atentos a cualquier movimiento que pudiera tener lugar al otro lado.

Con paso lento, lord Belson ascendió a la muralla. Miró al otro lado. Era como estar en el borde de un acantilado, esperando el instante en que el mar tempestuoso arrojara su ira contra las rocas. Sabía que los ejércitos de Kariosh se encontraban acampados cerca. En alguna ocasión había contemplado una de sus patrullas, grupos de rastreadores que parecían asegurarse de que las puertas permanecían cerradas. «Maldita sea, ¿por qué no atacan de una vez?», se dijo lord Belson, un día más. ¿A qué esperaría Kariosh para lanzar su ejército contra ellos?

El recuerdo del rey de Leryon le trajo a la memoria el día en que habían capturado a *Sir* Arthur. Estaba seguro de que el rey de Leryon era uno más de cuantos se habían atrevido a cruzar la frontera de Móstur. Aquel pensamiento le resultaba perturbador.

Al bajar de las murallas, lord Belson descubrió, a lo lejos, la presencia de un clérigo anciano que caminaba de forma apresurada. Llegaba tarde a la primera oración de la mañana, y ni siquiera su evidente cojera parecía frenar su firme voluntad hacia el templo. Sintió cierta envidia por aquellos clérigos helvatios, a quienes ni siquiera la inmediatez de la guerra lograba interrumpir sus horarios y costumbres habituales, como si la Morada y sus quehaceres habitaran en un mundo distinto al del resto de mortales. El clérigo desapareció a la vista de lord Belson, perdiéndose más allá de otros madrugadores transeúntes. Parecía mentira, cómo la última voluntad del Gran Maestro había calado entre los ciudadanos. El odio que muchos sentían hacia los helvatios parecía haber muerto. Therios lograba de ese modo el perdón a sus errores, incluso a sus crueldades. Los días anteriores a su muerte había logrado alcanzar su redención y, convertido en el instrumento de Athmer para corregir los terribles

actos cometidos por la Orden en nombre de Grimward, era llamado por el dios de la Luz para dejar el mundo de los vivos y acudir a su presencia. Esa era la interpretación que se había propagado por la Morada, donde Therios siempre tendría un lugar entre los maestros más venerados.

lord Belson dibujó la imagen del anciano en sus pensamientos. Lo echaba de menos. No encontraría en todo Móstur alguien capaz de aconsejarle del modo en que Therios lo hacía, como si midiera cada una de las posibilidades, cada una de las consecuencias.

—Lord Belson.

El senescal se giró al escuchar su nombre. La visión de Yar Gregor lo dejó confuso. Como si el propio Athmer se hubiera anticipado a sus actos, enviaba al caballero a su presencia. Lord Belson había previsto encontrarse con él, a solas. La noche anterior, la llegada de Zen Varion y Darreth había postergado una conversación que el senescal no podía demorar por más tiempo. Si Kariosh decidía movilizar sus ejércitos, la misión que se disponía a encomendar al caballero resultaría imposible de ser llevada a cabo.

—Yar Gregor, me alegro de veros, aunque, no esperaba encontraros a estas horas de la mañana.

—En realidad, en estos momentos debería estar con algunos de mis hermanos, unidos en las primeras plegarias del día. He madrugado más de lo habitual para acercarme al templo y rezar, en solitario. Quería dirigirme a la Puerta de los Caballeros para asegurarme de que no tenemos ninguna sorpresa que temer.

—Todo sigue igual, como si Kariosh esperara a que fuéramos nosotros los primeros en atacar.

—El rey de Leryon está loco si pretende hacernos abandonar la ciudad para salir a su encuentro —dejó escapar Yar Gregor, con la mirada fija en la muralla—. Estos muros son nuestra mayor garantía de protección frente a un enemigo que cada día parece estar más cerca.

—Así es —confirmó el senescal—. Aunque debemos estar preparados para evitar que nuestro enemigo avance por la ciudad si de algún modo consigue alcanzar el interior.

lord Belson enmudeció unos segundos en los que trató de encontrar las palabras más adecuadas para encaminar la conversación hacia el peligroso punto que quería tratar con el caballero.

Yar Gregor escudriñaba el rostro del senescal. Parecía haber envejecido de un modo antinatural, como si el peso del gobierno de la ciudad estuviera haciendo mella en la vitalidad que siempre lo había caracterizado. Tenía la apariencia de alguien cansado, sometido a una

carga excesiva que su cuerpo se resistía a sobrellevar.

—Hay algo más que debemos hacer, mi querido amigo —Lord Belson habló nuevamente, asegurándose de que su interlocutor sería el único capaz de escucharlo—. Los ejércitos de Leryon nos superan en número, tal y como me han indicado los exploradores que he ido enviando a las proximidades de la ciudad. De hecho, creo que han ido incrementándose, con la llegada de nuevos refuerzos que esperan unirse en la batalla al rey Kariosh. Resistir tras nuestros muros tal vez sea nuestra mejor opción, pero no estoy seguro de que nos permita alcanzar la victoria. Debemos hacer algo más, Gregor.

—¿Algo más? —inquirió el caballero, intuyendo que el senescal se disponía a encomendarle una peligrosa misión.

—Así es. No podemos quedarnos aquí, aguardando el momento de resistir a nuestro enemigo. Estos muros terminarán cediendo, y los ejércitos de Kariosh se adentrarán en Móstur para saquear y matar sin piedad alguna. Debemos adelantarnos a ellos.

—Pero ¿cómo? Kariosh aguarda el momento preciso para atacar. No sabemos a qué espera, pero no tardará en dar las instrucciones oportunas a sus soldados.

—Por eso mismo, debemos dar nosotros el primer golpe. Y para ello, he pensado que nadie mejor que tú para llevar a cabo una peligrosa misión cuyo éxito tal vez tampoco nos garantice una gran ventaja. Las consecuencias son impredecibles, aunque no creo que sean para nosotros más desfavorables de lo que está suponiendo esta inquietante espera. El trabajo que quiero encomendarte es, tal vez, lo más peligroso que alguien te haya pedido, amigo.

Yar Gregor sonrió. Llevaba muchas misiones a sus espaldas, demasiados cometidos que lo habían acercado peligrosamente a la muerte.

—¿Cuál es esa misión? —dijo con aparente calma, como si no hubiera nada que pudiera hacer desfallecer su ánimo.

—Matar al rey Kariosh —sentenció lord Belson.

En otras circunstancias, Yar Gregor habría quedado sobrecogido, perturbado quizá por el peligro que entrañaba semejante cometido. Pero ya nada podía sorprenderlo. Al fin y al cabo, a quien debía dar muerte era al mayor enemigo de Móstur. Los cometidos que había desempeñado junto a Grimward no resultaban tan peligrosos, pero le habían hecho ganarse una terrible fama de la que aún no estaba seguro de haberse desprendido. Para muchos ciudadanos, Yar Gregor continuaba siendo el verdugo de Athmer, el ejecutor. Un pensamiento alentador se apoderó de él: si acababa con Kariosh, desterraría definitivamente su pasado más oscuro. Móstur le perdonaría sus

crímenes, los ciudadanos volverían a ver en él a un simple caballero helvatio, uno más. Recuperar su estatus era una pobre recompensa en comparación con el riesgo que habría de asumir, pero le pareció suficiente.

—Está bien —respondió con la calma de quien se dispone a ejecutar una orden rutinaria más.

—¿Lo harás? —Lord Belson no salía de su asombro. Creía que harían falta cuantiosos argumentos para convencer al caballero. Sin embargo, Yar Gregor aceptaba aquella peligrosa tarea sin una sola objeción.

—Sí. No sé cómo lograré acercarme a él, pero lo haré. Acabaré con ese malnacido.

Había otro motivo por el que Yar Gregor se había mostrado dispuesto a dejar Móstur y salir al encuentro de Kariosh. Necesitaba satisfacer una curiosidad que quizá lo empujara a modificar la misión que acababa de aceptar. Se trataba de Grimward. Estaba convencido de que el presthe, tras su encuentro con Therios, había dejado atrás la ciudad para unirse a Kariosh. Se preguntó si no sería mejor acabar primero con él, antes que con el rey. Guardó aquella duda para sí mismo, rogando a Athmer que lo guiara para cumplir con éxito no solo el cometido encomendado por lord Belson, sino también el que él mismo se había impuesto: conocer el destino de Grimward, averiguar donde se escondía esa rata miserable y descubrir el modo de acabar con él.

—Partiré de inmediato a cumplir vuestro mandato, lord Belson — el caballero se dio media vuelta, para sorpresa del senescal.

—¿Ahora mismo?

—Así es. Cuanto antes abandone la ciudad para ir en su busca, mayor será la probabilidad de encontrarlo antes de que su ejército inicie las maniobras de ataque sobre nuestra ciudad.

lord Belson asintió.

—Kariosh debe morir —sentenció Yar Gregor, dispuesto a no demorar su partida. En esta ocasión no iría en busca de su caballo. Abandonaría la ciudad solo, convertido en el sigiloso y solitario caballero que muchos mostures veían en él. En su mente, ya se había afianzado un pensamiento inquebrantable que habría de guiarlo hasta el campamento del rey de Leryon.

«Kariosh debe morir —pensó, con determinación— Y Grimward también. Ese hijo de puta pagará por lo que ha hecho».

CAPÍTULO 11: CERCA DE MÓSTUR

Aún recordaba las caras de cuantos se encontraban alrededor. Las risas habían desaparecido, sustituidas por rostros que denotaban miedo, auténtico terror en algunos casos nada más presenciar su retorno a la vida. Grimward esbozaba una maléfica sonrisa con cada recuerdo de los hechos que, tras su regreso a la tierra de los vivos, se habían desencadenado. La muestra de su poder, el sacrificio de Hareld; todo ello convertido en el espectáculo más inquietante y trascendental que los leryones habían contemplado en toda su vida. Afortunadamente, aquel estado de inquietud que se había apoderado de los soldados había tornado en una fe ciega en él, en su poder. Tras el miedo y la confusión llegaba la calma, que pronto sería sustituida por un sentimiento de unidad y coraje en torno a aquel que habría de guiarlos a la victoria sobre los mostures.

Grimward vestía los ropajes de Hareld. Podría haber solicitado unas prendas más acordes con su estatus, pero se sentía a gusto con su apariencia de rastreador. De hecho, se había acostumbrado a ser uno más entre ellos, elegido líder por los otros, pero un rastreador, al fin y al cabo. Y ese era su destino, por el momento: adelantarse junto a sus compañeros y vigilar los alrededores de una ciudad que conocía mejor que cualquiera de los leryones.

Kariosh se sentía más cómodo en aquellos momentos, cuando Grimward y sus compañeros no estaban en el campamento. Nada más descubrir su poder y naturaleza sobrenatural, el monarca había visto menguar no solo su influencia sobre los soldados, sino también su propia confianza en sí mismo. La diadema real empezaba a pesarle demasiado, como si tratara de huir de él. Tenía la sensación de que, de igual modo que Grimward se había apropiado de los ropajes de Hareld, un día también se apropiaría de su corona, del mando sobre los leryones. ¿Qué podría hacer en ese caso? Todos habían contemplado el destino de Hareld. Era el mismo que sufriría quien osara interponerse entre Grimward y todo aquello que fuera capaz de desear. Por suerte, su deseo era el poder sobre Móstur, su conquista o tal vez su destrucción. Kariosh no lo tenía muy claro.

—Grimward y los demás rastreadores han regresado —dijo uno de los soldados, nada más entrar en presencia del rey—. Se dirigen hacia aquí.

—Está bien —el rey asintió, algo nervioso. No lograba acostumbrarse a la presencia de Grimward, frente a quien todos se sentían ridículamente inferiores, como niños que alzan sus cabezas para contemplar al adulto que da órdenes, exigiendo su cumplimiento inmediato.

—Hazlos pasar… Y llama a mis oficiales para que también acudan a escuchar el mensaje de los rastreadores.

El soldado respondió inclinando la cabeza antes de marcharse, dejando nuevamente a Kariosh a solas con sus turbadoras meditaciones y temores. No tendría más remedio que, una vez llegado el momento de combatir, entregar el mando de sus ejércitos a quien sería un líder más sólido y autoritario, más fuerte en el combate. El enviado de Lorwurn o el mismo dios hecho hombre… Nadie sabía cómo considerar a aquel extraño que seguía haciéndose llamar Grimward, como si aquel nombre le recordara continuamente su vida de clérigo helvatio, una vida que había llegado a su fin. De fiel servidor de Athmer, al menos en apariencia, había pasado a convertirse en el más ferviente perseguidor de sus discípulos.

Kariosh tomó una copa de vino mientras esperaba a unos y otros. No quería recibir a Grimward sin la compañía de sus oficiales, aunque ello supusiera correr el riesgo de ver perdida su autoridad antes de tiempo, cuando sus hombres de confianza descubrieran quién tenía realmente el mando. En realidad, ya lo habían visto. El espectáculo brindado por Grimward era una importante lección para todos. Nadie dudaba de la naturaleza de quien, a pesar de todo, parecía empeñado en permanecer entre ellos como un soldado más.

Al acercarse la copa a la boca para aliviar la sequedad de sus labios, Kariosh se percató de su nerviosismo. La mano le temblaba. Incluso el sabor del vino le resultaba demasiado amargo. Todo a su alrededor era inquietud, incertidumbre. Los cimientos del mundo que había tardado tanto tiempo en crear se tambaleaban bajo sus pies. Grimward los había agrietado con solo abrir los ojos y alzarse del mundo de los muertos.

«¿Dónde habrán estado este tiempo?», se dijo el rey, preguntándose por el destino que habría elegido Grimward para conducir a los suyos. Habitualmente, las maniobras de rastreo apenas duraban media jornada. Estaban demasiado cerca de Móstur y no era necesario ir muy lejos para encontrar un vestigio de sus enemigos. Pero en aquella ocasión, habían permanecido fuera del campamento

casi todo el día. El sol estaba a punto de esconderse en el horizonte. Kariosh se convenció de que Grimward tendría algún plan que solo estaba en su mente. Tenía su lógica, pues su conocimiento de Móstur le serviría para valorar alternativas que al rey de Leryon y sus ejércitos le resultarían imposibles de imaginar. Un sentimiento de esperanza se apoderó de él. Dio un nuevo sorbo a la copa. El vino le supo mejor. Sí, Grimward tendría un plan de ataque mejor que el suyo. Y confiar en aquel plan no sería ningún signo de debilidad por su parte. Todos estarían de acuerdo en seguirlo. Todos se esforzarían en cumplir las órdenes de su nuevo líder, el general que habría de conducirlos a la victoria. ¿Quién se atrevería a frenar su avance? ¿Quién sería capaz de expulsarlo del mundo de los vivos?

—Con él, venceremos —Kariosh dejó escapar en voz alta sus pensamientos, a pesar de que aún se encontraba solo. Por poco tiempo.

—Mi rey —uno de los generales habló desde la entrada, solicitando permiso para entrar en la tienda del monarca. Lo seguían otros.

—Adelante… Pasad, amigos míos.

Entre aquellos líderes se encontraba también Torgush, el fornido herrero al que el rey debía el mérito de la construcción de todo un arsenal de máquinas de asedio, trabajo por el cual se había ganado un lugar especial entre los suyos. Kariosh había descubierto en él a un carismático hombre de carácter firme. Se había unido a los generales que comandarían sus fuerzas.

—Estamos preparados, majestad —habló Torgush. En sus ojos podía leerse el deseo de atacar Móstur lo antes posible. Llevaba demasiado tiempo con aquellas construcciones que habrían de servir a la batalla y parecía ansioso, no solo por probar sus máquinas, sino por tomar parte activa en el combate. A ojos de todos era considerado como un gran guerrero, siempre dispuesto a probar su valía. Llegado el momento, el rey Kariosh necesitaría a su lado hombres como él, incapaces de amedrentarse en el combate, dotados de una entereza capaz de sobreponerse a cualquier dificultad, a cualquier obstáculo que pudiera surgir en el peligroso camino que estaban a punto de iniciar.

—Grimward viene de camino —respondió Kariosh, frenando por momentos cualquier impulso que sus generales pudieran manifestar respecto al inicio de la última marcha contra Móstur—. Él conoce mejor que nadie la ciudad. Tal vez pueda aconsejarnos el mejor modo de iniciar su ataque. En cualquier caso, pronto estaréis dando instrucciones a vuestros soldados para iniciar el avance. En menos de un día, habremos entrado en combate.

Aquellas últimas palabras arrancaron una amplia sonrisa en Torgush. Se acercaba el momento que tanto estaba esperando, la hora de derramar la sangre de sus enemigos y destruir sus vidas y su ciudad. Se relamió como si le acabaran de ofrecer el plato más exquisito que pudiera imaginar. Su odio hacia los mostures había ido creciendo durante todo aquel tiempo dedicado a la construcción de numerosas armas de asedio. Con cada golpe de su hacha, su mente sustituía la imagen de la madera por uno de aquellos enemigos que pronto caerían a sus pies; la silueta de la muerte, el olor de la sangre… Torgush deseaba desatar toda la ira que llevaba en su interior. En el fondo, era un hombre cruel que disfrutaba haciendo sufrir a quienes consideraba inferiores a él. Y los mostures lo eran. Así se lo había hecho ver el rey Kariosh.

Los generales se mostraron satisfechos por las palabras del monarca. En los últimos días la situación comenzaba a ser insostenible. Los ejércitos llevaban demasiado tiempo ociosos, incluso se habían tenido que reprimir algunos enfrentamientos entre sus distintas facciones. Era necesario avanzar lo antes posible contra el enemigo común y volcar contra los mostures aquel deseo de acabar con las vidas de otros.

—Cuando demos la orden de avanzar sobre Móstur —Kariosh hablaba como si pudiera leer las mentes de sus generales— los soldados no tendrán piedad. No habrá nada ni nadie capaz de frenar su avance. Lorwurn está de nuestro lado.

Los oficiales se miraban entre sí. ¿Kariosh se refería al dios Lorwurn o a aquel que ahora entre ellos se consideraba su vivo reflejo? Todos habían contemplado el prodigio. Los que creían en Lorwurn habían visto fortalecida su fe y determinación. Aquellos que nunca habían creído parecían haber sufrido una transformación, una conversión a un dios que, perdonando su incredulidad o su ignorancia, los invitaba a servirlo acabando con las vidas de tantos y tantos enemigos que se interponían en su firme voluntad: reducir Móstur a cenizas. Y de esas cenizas hacer que resurgiera una nueva ciudad entregada por completo a él, el único que habría de ser adorado.

Los generales escuchaban a Kariosh. Sin embargo, esperaban ansiosos la llegada de Grimward. Él los guiaría a la victoria.

—Grimward nos mostrará el camino —el propio rey parecía convencido del papel que él habría de jugar, el del fiel servidor de Lorwurn capaz de hacer cumplir su voluntad. Consciente de que aún mantenía una gran influencia entre los leryones, Kariosh vio llegada la hora de entregar el poder a Grimward, sin reservas. Si le quedaba alguna duda, esta se desvaneció cuando contempló el rostro de sus

generales en el momento de ver entrar en la tienda a quien todos esperaban con ansia. El rey estudió aquellas miradas y descubrió el temor que reflejaban.

—¿Estos son tus mejores generales? —inquirió Grimward, paseando la vista entre aquellos oficiales que, inclinando la cabeza, ni siquiera se atrevían a abrir la boca.

—Así es —respondió Kariosh—. Al igual que yo, están deseosos de escuchar vuestras palabras y seguir vuestras órdenes.

Grimward sonrió para sus adentros, satisfecho por tener a sus pies a todo un ejército, sus generales, y hasta el mismísimo rey de Leryon.

—Veo en vosotros valor y determinación —paseó la mirada entre ellos—. Espero que seáis capaces de contagiar esas cualidades a cada uno de vuestros guerreros. Pues si todos ellos muestran la fe que puedo vislumbrar en vosotros, alcanzaremos una gloriosa victoria. La destrucción de la Orden Helvatia y la muerte de los mostures se convertirán en el inicio de una nueva era; una era esplendorosa para Móstur, con el sometimiento de estas tierras y la fundación de una nueva ciudad con unos cimientos firmes, materiales y espirituales. De las ruinas de Móstur surgirá una nueva urbe entregada a los designios de Lorwurn.

Kariosh y sus generales escuchaban atentamente. Sentían que sus corazones se dejaban llevar por la pasión con la que Grimward hablaba, convenciéndolos con un futuro extraordinariamente prometedor. Móstur y Leryon, unidos bajo una misma bandera, bajo un mismo dios.

—La victoria no será fácil —añadió con severidad, asegurándose de que todos prestaban atención—. El enemigo está dispuesto a defender su ciudad hasta sus últimas consecuencias. Habrá mujeres, incluso niños, que en lugar de abandonarla, permanecerán fieles a los suyos. Lucharán por sus vidas, y morirán junto a sus seres queridos. Los caballeros helvatios parecen haberse multiplicado, venidos de todos los rincones de las tierras del norte. No abandonarán a los suyos, defenderán sus templos y a sus clérigos. La muerte de todos ellos será el ocaso de su Orden y el presagio de un amanecer donde todo siervo de Athmer que no haya renunciado a su dios habrá abandonado este mundo. Primero serán los mostures, después el resto de los pueblos. Daera, Thariba… su rastro desaparecerá para siempre y entre los hombres reinará un único dios.

Kariosh quedó sobrecogido al escuchar aquellas palabras, un designio que podría desembocar en una guerra permanente contra quienes se negaran a adorar a Lorwurn. Se preguntó si, después de los mostures, habrían de enfrentarse también a los nybnios, y a todo aquel

que adorara a cualquier otro dios. El monarca se había propuesto conquistar las tierras de Móstur. La ambición de Grimward parecía mucho mayor.

—Y cada uno de vosotros será recompensado con cuantiosas riquezas y una gloria que perdurará para siempre en la historia de Leryon.

Grimward encontró rostros que asentían a sus palabras. Imaginó que aquellos generales preferirían las riquezas a la gloria. Si preguntara a los soldados de su ejército, uno a uno, todos responderían lo mismo. «Con qué poco se conforman los humanos», se dijo mientras imaginaba a los generales luchando entre sí por unos simples pedazos de oro o plata, llevados por una ambición tan pobre y miserable. Vio reflejado en ellos el lado más visible de la frágil naturaleza humana. Y cuanto más percibía esa debilidad, mayor era la sensación de poder que se apoderaba de él, como si todas aquellas vidas estuvieran en sus manos.

—Las murallas de la ciudad son firmes. Sus puntos más vulnerables también resultan los más inaccesibles para un número elevado de atacantes. Los mostures esperan que ataquemos la Puerta de los Caballeros, frente a la cual podríamos desplegar nuestro ejército. Y eso es justo lo que vamos a hacer.

Los generales asintieron.

Kariosh quedó confundido. Esperaba algún plan que evaluara otras alternativas, otras posibilidades de internarse en la ciudad, abrir varios frentes al mismo tiempo para sembrar el caos entre sus habitantes o una escaramuza que permitiera adentrar a algunos de los soldados. La propuesta de Grimward era la menos ingeniosa que habría imaginado, la más sencilla para quien no tiene ningún reparo en enviar a sus hombres a una muerte casi segura. En el fondo, así era. A Grimward no le importaban las vidas que pudieran perderse en el camino, siempre que se alcanzara la victoria; una victoria que él veía clara.

—Entonces —Kariosh habló, no sin cierto miedo— ¿quieres que situemos el ejército frente a la Puerta de los Caballeros y ordene el ataque a las murallas?

Grimward dejó que transcurrieran unos segundos. La batalla se desarrollaría en esa disposición. Sin embargo, no prendería la llama de la guerra con un avance sobre la Puerta de los Caballeros. Tenía pensado un modo distinto de iniciar el enfrentamiento; una forma que lograría arrancar de los mostures sus mayores sentimientos de odio al mismo tiempo que infundiría en sus míseras almas un inmenso terror. Para ello, quería que fueran testigos de la extrema crueldad que estaba

a punto de desatar en un lugar donde las murallas solo podrían ser testigos mudos de un terrible desenlace. El plan de Grimward para afrontar la batalla era sencillo; la estrategia para iniciar la guerra, en cambio, resultaba más inesperada.

—Antes de entrar en combate con los ejércitos de Móstur, hay algo que debemos hacer —sonrió, mordaz—. Visitaremos un lugar que no está precisamente protegido por las murallas. Ocupados en refugiarse en el interior de la ciudad, los helvatios dan por hecho que ese lugar ha sido abandonado. Sin embargo, no es así. Lo he visto con mis propios ojos. Para cuando los mostures quieran reaccionar, tan solo podrán escuchar las voces y lamentos de las primeras víctimas de este enfrentamiento; víctimas que no son precisamente soldados, pero sí son mostures.

El corazón de Kariosh dio un vuelco al escuchar aquellas palabras y comprender los sentimientos con los que Grimward pretendía incendiar los corazones de sus enemigos. Incluso a él le pareció demasiado cruel e inhumano.

—El Refugio… —dijo en voz baja.

Aquella emblemática construcción se encontraba lejos de la Puerta de los Caballeros, en el otro extremo de la ciudad, y desprotegida de las murallas. Era uno de los principales símbolos de la Orden Helvatia en su labor más humana y menos espiritual, el puente entre el mundo de los hombres y el mundo de Athmer, según manifestaban algunos clérigos que habitaban allí de modo continuo.

Grimward descubrió la inquietud que invadía a Kariosh. Sonrió al ver que el rey se percataba de que su plan era más aterrador de lo que inicialmente había dado a entender. Se acercaba el momento de dar las primeras órdenes. Pero antes, quería asegurarse de que todos conocían el lugar del que quería hablarles. Entre aquellos generales descubrió la imagen de un hombre que llamó de forma especial su atención y, como si fuera capaz de indagar en el interior de su conciencia, de inmediato lo eligió para llevar a cabo la misión con la que esperaba desatar las hostilidades con Móstur.

—¿Cómo te llamas? —preguntó, situándose frente a aquel que parecía el más cruel de todos.

—Torgush, mi señor —respondió el herrero, con voz firme.

—Bien, Torgush —Grimward estaba convencido de que aquel y otros hombres llevarían a cabo sus designios—. ¿Conoces el Refugio?

El herrero negó con la cabeza.

—Está bien —a Grimward no le importó—. El Refugio es el lugar donde algunos helvatios hacen el bien que luego sus dirigentes no son capaces de practicar en el interior de la ciudad. En su interior no

encontraréis soldados, ni armas, ni resistencia alguna. Coge a una veintena de hombres y dirígete hacia allí.

—Una vez allí, ¿qué debemos hacer? —inquirió Torgush, confuso. Creía que en el Refugio encontrarían algo que podría servir de utilidad.

—Una vez allí, quemad sus huertos, derribad sus puertas —Grimward torció sus labios en una siniestra mueca— y matad a todos los que encontréis en su interior. Harás del refugio un cuartel donde podamos trasladar parte de nuestro ejército.

Torgush respondió con una sonrisa. Incapaz de imaginar aún que en el Refugio solo encontrarían miseria e indefensión entre sus ocupantes, no dudó en cumplir aquella misión. El propio Grimward tuvo que poner su mano sobre él cuando ya se disponía a abandonar la tienda para ir en busca de aquellos que le acompañarían.

—Yo te diré el momento en que has de partir, pues seguramente algunos de ellos —señaló a Kariosh y sus generales— quiera ser testigo del instante en que el fuego de los huertos anuncia la llegada de la muerte a aquella emblemática construcción helvatia. Desde las murallas, los mostures solo podrán ver las llamas y, con un poco de suerte, escuchar las voces y lamentos de cuantos suplicarán por su vida, momentos antes de que desatéis sobre ellos la ira de Lorwurn.

Kariosh permanecía inmóvil, petrificado. Imaginaba que el Refugio habría quedado abandonado pese a que la propia ciudad lo separaba de los ejércitos de Leryon. Tal y como Grimward les explicó, no era así. Él mismo había presenciado la llegada de algunos enfermos y miserables que, pese a la amenaza de la guerra, continuaban alcanzando un lugar que, para muchos de ellos, era su única esperanza. Y allí serían atendidos por los helvatios que habían prometido entregar sus vidas a aquellas gentes sin importar el peligro que pudiera cernirse sobre ellos. La fe de algunos los empujaba a sentir que Athmer nunca permitiría que ocurriera algún desastre en un lugar donde solo había sitio para hacer el bien a otros de un modo desinteresado. Los helvatios estaban convencidos de que el dios de la Luz los protegería frente a cualquier mal que pudiera amenazar el Refugio.

Se equivocaban.

CAPÍTULO 12: YARK

El trecho que separaba Yark de las Hoces del Estirio podía recorrerse en algo más de una jornada de viaje, si se seguían los caminos y sendas que partían de la ciudad nybnia.

—Los caminos pueden resultar peligrosos. Sobre todo, aquellos que están más cerca del río. Ella puede guiarnos por rutas escondidas, lejos de las miradas de saqueadores y bandidos.

Sándor acababa de presentar a la que sería su guía. Taenara y Salwen se miraron. Rodher descubrió en aquel gesto la misma desconfianza que sentía él también.

—¿Cómo podemos fiarnos de ella? —los ojos de Taenara permanecieron fijos en el pirata, esperando una respuesta que él no era capaz de ofrecer.

—No podéis, princesa —fue la propia Yari quien contestó a la pregunta—, pues no sería capaz de daros pruebas de mi fidelidad a Sándor y a vos.

—No fue ella quien sugirió la idea de ir al encuentro de Ivarth —Sándor trataba de defender a la joven—. Fui yo.

—Pero fue ella quien se dirigió en un primer momento a ti y no al revés ¿verdad?

El pirata enmudeció. Una vez más, como siempre, Taenara tenía razón. No la culpaba de su desconfianza, pues al fin y al cabo él había decidido encomendar su viaje a la primera desconocida que se había cruzado en su camino. Los demás tenían motivos para dudar de aquella acción temeraria. Una vez más, Sándor había tornado la paciencia y la reflexión por una precipitación e impulsividad que en ocasiones le jugaba malas pasadas.

—A diferencia de Yari, no conocemos bien el lugar al que nos dirigimos —dijo en su propia defensa—. ¿Acaso recorreríamos estas tierras más seguros sin ella?

Rodher asintió. Miró a la joven y le pareció muy hermosa; demasiado. Eran precisamente las mujeres hermosas las que despertaban en él un mayor sentimiento de escepticismo, pues ya habían sido varias las que le habían engañado de diversas formas,

aprovechándose de esa belleza y encanto que ahogaban el sentido de la intuición de hombres como él y la mayoría de sus amigos. Yari devolvió la mirada a Rodher y su sonrisa le recordó una de aquellas situaciones en las que había quedado como un estúpido tras ser nuevamente burlado. El pirata desvió la mirada hacia Sándor, sin decir nada.

—Tu mente es una caja de sorpresas, Sándor —respondió Taenara —. Y reconozco que no me gustan demasiado las sorpresas, sobre todo en situaciones como esta, que exigen el mayor control posible, por nuestra parte, de cada una de las decisiones que debemos tomar. Poner nuestro destino en manos de una desconocida no es precisamente una sorpresa que me entusiasme. Sin embargo —Taenara torció los labios en una leve sonrisa—, confiaré en tu intuición.

Taenara se separó por un momento de Salwen y caminó hacia la desconocida. Dio varias vueltas en torno a ella, lentamente, como si tratara de escudriñar cada uno de sus pensamientos, mirándola de arriba abajo, percibiendo que Yari ni siquiera se inmutaba. Es más, parecía deleitarse con cada mirada que alguien le dirigía. La princesa se acercó a ella hasta que tuvo sus ojos muy cerca de los suyos. Se giró lentamente y le susurró al oído.

—Si nos traicionas, yo misma te mataré.

—No os decepcionaré —replicó ella, esbozando una sonrisa desvergonzada—. Os lo juro.

—Está bien —dijo la princesa en voz alta, nada más separarse de Yari—. Confiaremos en tu nueva amiga, Sándor.

A continuación, los ojos de Taenara se posaron fugazmente en Salwen. Fue un gesto que para los demás pasó desapercibido, pero no para Sándor. Parecía como si Taenara le recordara que la irrupción de aquella joven podía poner en peligro la relación entre él y Salwen. Su corazón se sobrecogió ante tal posibilidad.

—No es mi amiga —se apresuró a responder—. Tan solo es… Es nuestra guía… Nada más.

Yari frunció el ceño al escuchar aquellas palabras, contemplando la expresión de temor que le pareció ver en el pirata. Era una joven tan inteligente como observadora. Quizá aquello era lo que más preocupaba a Taenara. Los hombres le parecían demasiado fáciles de manipular, sobre todo cuando tenían frente a ellos un rostro bonito, un cuerpo hermoso. Y Yari lo tenía.

—Entonces, Yari —se dirigió a la joven en un tono afable que contrastaba con su anterior amenaza— ¿nos llevarás por sendas seguras hasta las Hoces del Estirio?

—Así es, princesa. Confiad en mí, aunque sea la primera vez que nuestros caminos se encuentran. Os conozco, he oído hablar de vos… La hija de Targosh.

Yari dejó un breve silencio que resultó demasiado incómodo, incluso para Taenara. Al escuchar el nombre de su padre, una nube de recuerdos la envolvió; recuerdos que no eran precisamente gratos, como lo había sido el modo en que había muerto el rey, su padre. Por un instante, sintió que su crimen quedaba al descubierto en la mente de aquella joven de expresión perspicaz y afiladas palabras.

—He oído hablar de los leryones —para tranquilidad de Taenara, la chica continuó hablando—, su fama de grandes guerreros, la ambición de vuestro hermano. Sí, princesa, sé mucho sobre vuestro pueblo. Comprendo que vos, al no saber nada sobre mí, desconfiéis de mis palabras e intenciones. Y he de reconocer que, en cierto modo, me siento halagada. ¿De verdad os parezco tan peligrosa?

—Lo descubriremos sobre la marcha —replicó Taenara—. Recoged vuestras cosas. Es hora de partir hacia nuestro destino.

La princesa perdió la mirada al otro lado de la ventana de la habitación. Le pareció que el sol ya estaba demasiado alto. Deberían haber dejado Yark con las primeras luces del alba, de un modo sigiloso, solo ellos cuatro. Sándor había optado por un plan tan inesperado como arriesgado. Al menos, la incertidumbre sobre aquella joven rompería la monotonía que había intuido en una marcha hacia el corazón del Estirio. Las Hoces, un lugar repleto de cuevas que antaño habían servido de refugio para quienes preferían alejarse del bullicio de la ciudad y entregarse a la meditación, a la oración con Thariba, el dios nybnio; el mismo lugar que ahora parecía convertido en hogar de bandidos y asesinos. Eran muchas las leyendas que se habían propagado hasta Leryon. Taenara sintió que, de algún modo, alguna de aquellas leyendas estaba a punto de caer sobre ellos. Quién sabe si Yari sería la guía que les abriría las puertas a una de aquellas fábulas.

—Tan solo una pregunta más. Yari.

—¿Alteza? —dijo ella, con su atención fija en Taenara.

—¿Cuál es el precio que habremos de pagar por tus servicios? Sé que esperas obtener algo a cambio, pero no me parece que se trate de oro. ¿Me equivoco?

Sándor se mordió los labios. No había sido muy explícito en su relato acerca de la joven, omitiendo una parte de la conversación mantenida con ella. En realidad, le pareció que aquello no tenía demasiada relevancia. Pero para Taenara sí lo tenía; todo lo tenía, como si cada uno de los acontecimientos que la rodearan formaran

parte de un plan preestablecido cuyo cumplimiento nadie podría impedir.

—¿Precio? —repitió Yari, repartiendo la mirada entre los demás—. Es un precio bajo para vosotros, alteza; pero muy valioso, para mí. Cuando vi a Sándor dirigirse al posadero, creí que sería amigo de Ivarth. Incluso por un momento pensé que le preguntaría por mí. Llegué a pensar que me estabais buscando… Temí que Ivarth os hubiera contratado para matarme.

—¿Por qué querría matarte Ivarth? —preguntó Salwen, anticipándose a Taenara y Rodher.

—Ivarth ha perseguido a mi familia durante estos últimos años… Ha matado a algunos; otros han tenido que escapar de Yark y marcharse lejos, donde la mano de Ivarth no pudiera alcanzarlos. A veces los negocios no salen bien… sobre todo cuando se trata con gente que no respeta lo establecido en un contrato o, simplemente, se vuelve despreciable en el momento de cumplir con lo pactado…

—Ivarth te busca… y tú te acercas peligrosamente a él —habló Taenara, poniendo a prueba una vez más a la joven.

—Eso mismo pensé yo en un primer momento —Yari señaló con la mirada a Sándor—. Pero él me prometió que, si os llevaba hasta Ivarth, os encargaríais de llevároslo lejos de aquí…

—Si es que acepta nuestra propuesta.

—Si se trata de derramar sangre a cambio de riquezas, es muy posible que acepte. Todo depende del oro que le ofrezcáis.

—O también de la cantidad de sangre que deba derramar —añadió la princesa—. Lo que queremos encargar a Ivarth no es precisamente el asesinato de un par de indeseables a los que queramos ver muertos. Ya que vas a ser nuestra guía, te haremos partícipe de nuestras intenciones.

Sándor fue el primero en sorprenderse al escuchar aquellas últimas palabras. Lo que menos hubiera esperado en aquel momento es que la princesa decidiera hablar con Yari sobre el motivo que los había llevado a tomar la decisión de un peligroso encuentro con Ivarth. Taenara no se anduvo con rodeos.

—Se acerca una guerra con Móstur. Mi hermano Kariosh se encuentra a punto de atacar sus murallas, si no lo ha hecho ya. Estoy reclutando un ejército para atacar Móstur y los hombres de Ivarth nos resultarían de gran ayuda.

—¿Un ejército? —la joven frunció el ceño—. Ivarth y los suyos son asesinos, no soldados. Creo que prefieren matar a sus enemigos sorprendiéndolos por la espalda antes que encontrarse con ellos de frente. Si vuestra propuesta es incorporarlos a vuestras filas, creo que

no dará resultado, princesa. Ivarth no aceptará formar parte de una batalla a campo abierto.

—No es eso lo que queremos proponerle —respondió Taenara.

Sándor sintió que la princesa estaba a punto de desvelar una parte de su plan que ni siquiera él conocía. En aquel momento le pareció que Salwen, la más callada de las tres mujeres, era también la menos enigmática y peligrosa. Junto a su líder, Rodher tuvo la sensación de haberse perdido alguna importante conversación.

—Por supuesto que nos dirigimos hacia una guerra —dijo la princesa—; una guerra a la que tal vez lleguemos más tarde de lo esperado; lo suficientemente tarde como para tomar la decisión de cuál será nuestro verdadero enemigo.

—No lo entiendo —en esta ocasión, Yari se sorprendió de veras—. ¿No son los mostures vuestros enemigos? ¿Acaso habríais de enfrentaros a vuestro hermano?

La sonrisa de Yari se borró al percibir la fría mirada de Taenara.

—Mi enemigo es todo aquel que se oponga a mis designios para la ciudad de Móstur —sentenció, sin separar sus ojos de ella—. Y si mi hermano se opone a esos designios, entonces se convertirá en mi enemigo.

Sándor sintió un temor apoderándose de su ser. Aquellas palabras significaban un mayor peligro para la misión que hasta el momento había creído comprender. No estaba seguro de que se terminaran uniendo a los ejércitos de Kariosh, pero enfrentarse a él era algo que no se le había pasado por la cabeza.

Como si una sombra de incertidumbre hubiera pasado entre todos ellos, hubo un silencio estremecedor. Nadie se atrevía a contradecir a la princesa; ni tan siquiera a buscar una aclaración a sus palabras.

—Deberíamos marcharnos ya —sentenció Taenara, zanjando una conversación que había terminado del modo que menos cabría imaginar—. Llegado el momento, expondremos a Ivarth nuestro plan y acordaremos con él un precio que le permita olvidarse de ti para siempre. No te preocupes, Yari. No permitiremos que te haga ningún daño. Llévanos hasta él y te prometo que pronto podrás olvidarlo para siempre.

Abandonaron la posada, casi en silencio; un silencio incómodo en el que cada uno se dejó llevar de sus preocupaciones. Yari encabezaba la marcha, preguntándose acerca del verdadero motivo por el que Taenara querría ponerse en peligro, a ella y a los demás, llevándolos ante Ivarth. Sándor y Rodher aún pensaban en las últimas palabras pronunciadas por la princesa, cuyo eco resonaban en su mente como una profecía de terribles augurios. A diferencia de ellos, Salwen estaba

convencida de que, fuera cual fuera el plan de la princesa, no permitiría que ninguno de ellos sufriera daño alguno, ya fuera por parte de Ivarth o de Kariosh. Ella los protegería, como había hecho hasta el momento.

En el momento de dar el primer paso hacia el nuevo destino, un pensamiento inquietante surcó la mente de Taenara. Ella no tenía miedo a Ivarth, ni a Yari. Tan solo tenía miedo a un encuentro que, tarde o temprano, habría de llevarse a cabo para decidir no solo el destino de Móstur. Temía que fuera un encuentro terrible en el que no lograra descubrir a sus verdaderos enemigos hasta que ya fuera tarde; demasiado tarde para evitar una muerte que solo ellos podrían causarla.

CAPÍTULO 13: CERCA DE MÓSTUR

Yar Gregor dejó Móstur con la mayor discreción de la que fue capaz. La ciudad era ya un hervidero de soldados que iban y venían, mujeres y niños que abandonaban la muralla en dirección al norte, acompañando a los más ancianos. Algunos de ellos se resistían a dejar atrás sus casas, tratando de empuñar unas armas que apenas lograban sujetar con ambas manos. En su recorrido hacia las murallas, el helvatio fue testigo de dramáticas despedidas y estremecedoras escenas protagonizadas por aquellos que, llegada la hora, habrían de empuñar la espada por primera vez en sus vidas. En aquellos rostros desdibujados por el temor leyó la desesperanza que arrebataba el ánimo de muchos ciudadanos. También contempló el coraje de aquellos que, rebelándose ante el destino que se cernía sobre ellos, prometían a sus seres queridos que no tardarían en volver a verse, cuando el enemigo que acechaba Móstur hubiera sido aniquilado.

Al alcanzar la Puerta de los Caballeros, Yar Gregor sintió que su corazón se encogía. A su alrededor, los miembros de algunas de las casas nobles seguían inmersos en la interminable labor de reforzar la ciudad. Grandes torres de madera que asomaban tímidamente entre las almenas, piedras que eran almacenadas para, llegado el momento, ser arrojadas muralla abajo… El tiempo apremiaba, los ejércitos de Kariosh no tardarían en surgir frente a ellos. Con esa sensación, y a punto de atravesar el umbral hacia su peligroso destino, Yar Gregor perdió la mirada en un horizonte que parecía mostrar unos inquietantes resplandores. Se preguntó si aquella luz emanaba del campamento leryón. Nadie dudaba de que se encontraban allí, y muy pronto iniciarían su definitivo avance.

—No te vayas muy lejos —las palabras de Yar Bolfren sobresaltaron al otro caballero—. La última vez que dejaste Móstur te echamos de menos demasiado pronto.

Yar Gregor respondió a la sonrisa de su amigo estrechando su brazo, recordando su anterior partida de la ciudad. En aquella ocasión había dejado Móstur para ir al encuentro del asesino de Zen Grimward. En esta ocasión, era el propio presthe su principal

motivación, un secreto que no se atrevió a compartir con su amigo, como si la propia mención de aquel nombre pudiera poner en peligro sus intenciones.

—Esta vez no voy tan lejos.

—¿Qué vas a hacer? —Yar Bolfren frunció el ceño. Le parecía que, en los últimos tiempos, su amistad con el otro caballero había ido a menos. Yar Gregor había transitado por caminos peligrosos, y siempre en solitario, cargando con un peso que en muchos casos había resultado excesivo. Todavía para muchos mostures seguía siendo el verdugo de Athmer, un alma errante sedienta de sangre. Yar Bolfren estaba muy lejos de pensar algo así. Para él, seguía siendo un amigo con el que había compartido grandes momentos. Sentía lástima por los sucesos acaecidos en torno a su compañero durante los días en los que Grimward había gobernado la ciudad de modo autoritario y terrible.

—No te preocupes —Yar Gregor esbozó una sonrisa—. Lord Belson me ha encomendado una misión: debo ir a las inmediaciones del campamento de Kariosh, recabar información acerca de sus ejércitos… Ya sabes, anticiparnos a nuestro enemigo.

—Nadie mejor que tú para llevar a cabo esa misión —respondió Yar Bolfren, ajeno a la verdadera naturaleza del encargo de lord Belson—. No conozco a un solo explorador que se mueva con más sigilo que tú. Si me lo pidieras, iría contigo, aunque ya sabes que el sigilo nunca ha sido una de mis cualidades.

—Por eso mismo no voy a pedírtelo —respondió Yar Gregor.

Ambos rieron. Era una risa que ya no parecía escucharse en las inmediaciones de la muralla, donde podía respirarse la tensión que dominaba el ánimo de unos y otros.

—Lord Belson me ha encomendado la protección de nuestros templos, nuestros clérigos y novicios…

—Una importante misión, amigo mío. A muchos de ellos tú los has iniciado en el manejo de la espada. Llegado el momento, demostrarán lo que han aprendido de ti. Y no me refiero únicamente a empuñar su arma, sino también al coraje y la templanza en la batalla. Los has preparado bien, lucharán a tu lado con honor y maestría.

—Debo marcharme —dijo Yar Bolfren, con una expresión triste dibujada en el rostro—. No disponemos de mucho tiempo y hay demasiado por hacer. Suerte, amigo mío —abrazó con fuerza a Yar Gregor—. Que Athmer te acompañe y te guarde.

—Lo mismo digo, compañero. Cuídate, y cuida de los nuestros.

Yar Gregor se dio la vuelta y echó a andar con determinación.

La Puerta de los Caballeros se alzaba ante él como un peligroso umbral que muy pocos ya se atrevían a cruzar, conscientes de lo que

aguardaba al otro lado. El caballero dejó atrás la muralla. Las voces procedentes de sus torres fueron apagándose a medida que sus pasos lo alejaban de la ciudad. Sabía que el peligro estaba cerca, que los exploradores de Kariosh podían acechar en cualquier camino. Pero él conocía muy bien los alrededores de Móstur. No abordaría el campamento del rey leryón de frente. Daría un ligero rodeo que retrasaría su avance, llevándolo por lugares que él consideraba más seguros, parajes en los que resultaría muy difícil encontrarse con quienes seguramente estarían más preocupados por vigilar cualquier camino del este que se interpusiera entre Móstur y el campamento de Kariosh.

La senda elegida por el caballero no era precisamente grata para unos pies que estuvieran habituados a recorrer los caminos y sendas más transitables. Yar Gregor llevaba a sus espaldas incontables jornadas de paso por pedregosos parajes, poblados bosques y tierras salvajes por las que abrirse camino a golpe de espada. Estaba acostumbrado a los terrenos más difíciles, aquellos en los que la naturaleza parecía poner todo su empeño en evitar el avance, como si los propios dioses hubieran prohibido su paso. No habría ningún obstáculo capaz de frenar el avance del caballero. O al menos eso pensaba él, pues no habría de ser la naturaleza quien le obligara a detener su paso. Y fue mucho antes de lo que hubiera imaginado.

Yar Gregor escuchó pisadas, no muy distantes. Estaba a punto de atravesar unos matorrales que le sirvieron de refugio. Se agachó, concentrado en descubrir el lugar exacto del cual provenían las pisadas. Le llegaron también los sonidos de una conversación. Solo podía percibir voces y alguna que otra risa, pero no logró distinguir su contenido. Escuchó que alguien ordenaba callar. Las voces se apagaron, las pisadas resultaron más lentas y tenues. Contuvo la respiración, temiendo que hubieran captado su presencia. Pasaron los segundos, las pisadas volvieron a escucharse, ahora más cercanas. Yar Gregor permaneció inmóvil. Ya no se oían risas ni voces. Convencido de haber encontrado el origen de aquellos pasos, se deslizó entre los matorrales, sin hacer ruido. Observó con atención y descubrió un grupo de hombres, todos ellos pertrechados para el combate. Avanzaban espada en mano, sin ningún cuidado, confiados de que allí no encontrarían ningún peligro capaz de frenarlos. Los dirigía un hombre alto y robusto que, a pesar de encabezar a aquellos guerreros, no parecía tener claro el camino a seguir. Continuamente miraba hacia atrás, como si esperara una orden para continuar avanzando.

Agazapado junto a los matorrales que se interponían entre él y aquel extraño grupo de guerreros, Yar Gregor perdió la mirada allí

donde apuntaban los ojos de quien lideraba a los leryones. Su sorpresa fue en aumento al descubrir la figura del rey Kariosh, que caminaba por detrás de aquella avanzadilla de soldados. Resultaba extraño, verlo andar de un modo despreocupado en compañía de los soldados que lo flanqueaban a ambos lados.

La estupefacción de Yar Gregor llegó a su zenit cuando descubrió la identidad del hombre que conversaba con el rey, caminando junto a él con rostro sereno, sumido en una relajada charla que ambos mantenían en voz baja. Al descubrir la imagen de Grimward con los ropajes de uno de aquellos soldados, Yar Gregor sintió el impulso de dejar su escondite y, espada en mano, abalanzarse sobre él. Tuvo que reprimir aquel pensamiento que únicamente lograría arrastrarlo a una muerte segura. Ambos, Grimward y el monarca de Leryon, estaban bien custodiados. Resultaría imposible acercarse a ellos sin tener que enfrentarse a los guardias que, a ambos lados, rastreaban con la mirada los alrededores, como si vislumbraran la cercana presencia de enemigos.

Una vez frenada la rabia que lo invadía, Yar Gregor puso en orden sus pensamientos, tratando de discernir el propósito de aquellos guerreros, que no serían más de cincuenta. Un interrogante hería la mente del caballero, provocando una creciente confusión en su interior. ¿Qué se proponía el rey Kariosh, en compañía de aquellos hombres, al alejarse del campamento, dejando atrás al resto del ejército? Enseguida se convenció de que no era algo que hubiera planificado el rey. Grimward estaría detrás de aquel movimiento que no lograba comprender.

La confusión de Yar Gregor fue en aumento al ver cómo Grimward ordenaba un cambio de rumbo, en dirección a las inmediaciones de Móstur. ¿Qué era lo que pretendían? Guardando una distancia más que prudente, el caballero los siguió, con creciente preocupación. En medio de sus pensamientos, imaginó que se disponían a llevar a cabo una misión no muy distinta a la que le había sido encomendada a él. Quizá Grimward les conduciría a algún punto de la muralla por el que pudieran adentrarse en la ciudad. ¿Tratarían de matar a lord Belson? ¿Por qué el propio Kariosh se arriesgaba de aquel modo, acercándose peligrosamente a Móstur en tan reducida compañía?

Los interrogantes se multiplicaban en la mente de Yar Gregor con cada paso que daba. Una cosa tenía clara: Grimward estaba detrás de aquella maniobra. Fue un pensamiento terrible. ¿Qué se disponía a hacer ese maldito traidor?

Continuó siguiéndolos. A una distancia prudente de la ciudad, estaban bordeando el trazado de la muralla. Al menos, eso fue lo que

le pareció al caballero, ansioso por descubrir lo que realmente estaba ocurriendo.

Detuvieron la marcha. Separándose de Kariosh, el presthe se dirigió a Torgush. La mente de Yar Gregor volvió a ponerlo a prueba. Quizá aquel fuera el momento oportuno para dirigirse directamente al rey y clavar su espada en él, matarlo y cumplir así su cometido. Había algunos hombres cerca de él, pero tal vez lograra perpetrar su ataque antes de que pudieran reaccionar a tiempo. Algunos de ellos parecían distraídos; en cambio otros continuaban escudriñando cada rincón que quedaba a la vista. Presintió que era más importante descubrir lo que estaba tramando Grimward. Sin duda, debía de ser algo peligroso, aterrador. Conocía demasiado bien la ciudad y sus alrededores.

Al descubrir el gesto del presthe, los pensamientos acerca de Kariosh quedaron atrás, sustituidos por otros mucho más terribles. Extendiendo su brazo, Grimward había dado una orden que los alejaría del trazado de la muralla para tomar un recóndito camino que Yar Gregor había olvidado por momentos, concentrado en su persecución al rey. Aquella senda escondida entre hierbas y matojos se abría en dirección casi opuesta al muro.

«Se dirigen al Refugio».

Yar Gregor se detuvo, paralizado por el temor. Sin duda ese era el plan de Grimward: arrasar aquella emblemática edificación de los helvatios y acabar con sus ocupantes, prender la llama de la guerra del modo más cruel que cabría imaginar.

El caballero estaba bloqueado, las dudas lo abrumaban. Le resultaría imposible matar a Kariosh mientras este permaneciera entre sus hombres. Y más imposible aún le parecía evitar la masacre que protagonizarían Grimward y sus acompañantes. Tal vez si diera la vuelta y corriera de regreso a Móstur podría avisar a lord Belson, o a los caballeros de los nobles. No llegaría a tiempo. El Refugio quedaba mucho más cerca que cualquier punto de la ciudad donde pudiera encontrar ayuda. Una única esperanza surcó su mente, un deseo que le pareció inerte, utópico: la imagen del Refugio sin un solo alma que pudiera contemplar la llegada de los atacantes. Fue incapaz de dibujar aquella imagen en su interior. Siempre había alguien en la edificación, y no solo enfermos. Yar Gregor conocía a algunos de los zenlores que atendían aquel recinto de curación y servicio a los más pobres. Sabía que no resultaría sencillo alejarlos de allí, por más que la guerra estuviera a punto de caer sobre ellos. Zenlores ancianos como Zen Ramsen y Zen Galath, que llevaban en el Refugio casi desde el día en que vistieron por primera vez las túnicas helvatias, no se marcharían de allí, morirían en la que siempre había sido su casa.

Yar Gregor tomó la decisión de seguir a los leryones. Llegado el momento, esperaba ver cumplidas sus plegarias a Athmer, a quien rogaba para que Grimward y sus guerreros encontraran la construcción abandonada, entregada a los designios de la guerra.

La preocupación por conocer lo que ocurría por delante de él le hizo descuidar sus espaldas y no se percató de la presencia de su perseguidor hasta el preciso instante en que este se dejó sentir. Yar Gregor escuchó sus pisadas y extrajo un cuchillo, dispuesto a hundirlo en aquel que se atreviera a caer sobre él.

—Yar Gregor, soy yo…

El joven habló justo a tiempo para que el caballero detuviera el gesto de su brazo derecho, cuchillo en mano.

El rostro de Yar Gregor irradiaba sorpresa y temor.

—Bartheos… Maldita sea, ¿qué haces tú aquí?

—Os vi dejar la ciudad y decidí seguiros… Hasta que descubrí que había alguien más…

—Agáchate —Yar Gregor tomó del brazo al joven y ambos se inclinaron, ocultándose más aún—. Tu padre me matará si se entera de que estás aquí. ¿No te das cuenta de que podrían haberte capturado?

—Uno de esos hombres se parece a…

—Uno de ellos es Grimward, sí.

—Pero… —a Bartheos no le salían las palabras. El presthe estaba muerto. Todo Móstur lo sabía.

—Es una historia complicada y terrible, que sin duda pondría a prueba tu fe como ha hecho conmigo. En estos momentos no puedo darte muchas explicaciones. Ciertas profecías están a punto de cumplirse y parece ser que Grimward no era realmente quien esperábamos.

Las explicaciones de Yar Gregor, lejos de poner luz en los pensamientos del joven, parecían incrementar su confusión. El caballero fue consciente de ello.

—En cualquier caso —dijo con la mirada fija en Bartheos—, Grimward es ahora nuestro enemigo. No deberías haberme seguido, ¿por qué no te has quedado en Móstur, con los demás? Deberías estar con ellos, preparando la defensa de la Morada. Si los ejércitos de Kariosh logran cruzar las murallas…

—Vaya, ¿qué tenemos aquí?

Enfrascado en su conversación con el joven helvatio, Yar Gregor se había descuidado demasiado. Miró a quien acababa de hablarles. No estaba solo. Otros dos soldados de Kariosh se encontraban con él. El caballero los reconoció al instante. Los había visto anteriormente,

flanqueando el paso del rey. Debían actuar con rapidez, antes de que llegaran más. Si Grimward lograba apresar al hijo de lord Belson ejecutaría algún terrible plan del que Bartheos no lograría salir con vida. Los leryones serían capaces de enviar su cabeza a Móstur para que el senescal sucumbiera a la pérdida de su hijo.

—Bartheos, huye —Yar Gregor se interpuso entre el joven y aquellos tres soldados que, espada en mano, esperaban el momento de caer sobre ellos.

—Si os rendís —habló de nuevo el soldado—, os llevaremos con vida ante el rey. Si no lo hacéis, moriréis aquí y ahora.

—Bartheos, corre —insistió Yar Gregor.

—No os dejaré solo…

—¡Maldita sea, corre! —tras agarrar al joven y empujarlo hacia donde tenía que escapar, Yar Gregor desenvainó su espada y se lanzó contra los soldados del rey.

Bartheos cumplió aquella desesperada orden y corrió, lo más rápido que pudo. Tras unos primeros pasos vacilantes miró una última vez atrás. Contempló cómo Yar Gregor derribaba a uno de los soldados en el preciso instante en que otro se abalanzaba sobre él.

Lo último que pudo escuchar Bartheos en su huida fue el desgarrador grito de Yar Gregor. Después, solo hubo silencio allí donde su cuerpo quedó tendido en el suelo.

CAPÍTULO 14: MÓSTUR

lord Belson despertó de una terrible pesadilla protagonizada por el estruendo de incontables espadas chocando entre sí. El día ya estaba avanzado, pero la falta de descanso lo había empujado a quedarse dormido mientras leía algunas de las cartas que le hacían llegar, mensajes desde distintos puntos de la ciudad en el que se le informaba de las actuaciones llevadas a cabo.

Se puso en pie, sobresaltado. El agotamiento llevaba varios días dominándolo, como si no hubiera descanso capaz de alejar de él aquella permanente sensación de fatiga. La inminente llegada de la batalla y la terrible certeza de que no tendría tiempo suficiente para preparar las defensas con las que habría de recibir al ejército invasor… Sus preocupaciones y necesidades más acuciantes constituían una carga que su cuerpo parecía incapaz de soportar. Aun así, su mente se negaba a dar una sola muestra de abatimiento. Cuando estaba en compañía de otros, lord Belson lograba ocultar todo ese pesar; cuando estaba a solas con sus pensamientos, su cuerpo parecía entregarse a aquellos oscuros presagios.

Por fortuna para el senescal, alguien golpeó la puerta. Se trataba de Yar Bolfren. El corpulento caballero tenía una peculiar forma de llamar que lo hacía fácilmente reconocible.

—Espero no importunaros, lord Belson —dijo desde el umbral.

—Adelante, adelante —el senescal se alegraba de recibir aquella visita—. Estaba perdiendo la vista en todas estas letras y por poco me quedo dormido. Demasiado trabajo por hacer, y muy poco tiempo para desarrollarlo. Pero imagino que a vosotros os sucederá lo mismo —sonrió levemente, restando importancia a cualquier atisbo de cansancio—. Los helvatios siempre habéis estado mejor preparados para estos momentos. Vuestra fe os empuja a caminar firmes, sin temor a nada. A menudo desearía que, a mi alrededor, todos mostraran esa determinación. En cambio, estos días he visto, ante todo, temor… Miedo a lo que está por llegar.

—Todo lo que está pasando… Todavía nos parece un sueño, o más bien una pesadilla de la que nos gustaría despertar. Es normal que a

vuestro alrededor encontréis temor. El temor es algo muy humano. El Gran Maestro Therios no se cansaba de repetirlo.

—Therios —Lord Belson suspiró—. No te imaginas cuánto lo echo de menos. De estar aquí, seguro que nos resultaría de gran ayuda en el momento de preparar la batalla. Tal vez él no entendiera de estrategias de combate, pero sabía cómo infundir coraje entre sus seguidores. Y eso es precisamente lo que necesitamos en estos momentos: coraje para enfrentarnos a los leryones.

—Si Therios no hubiera muerto, él se habría encargado de congregar a todos los helvatios y en cada rincón de la ciudad encontraríais algún grupo dispuesto para la batalla…

Yar Bolfren enmudeció, incapaz de seguir hablando. Al igual que Yar Gregor, sentía un terrible pesar por la muerte del Gran Maestro.

—Lo sé, amigo —Lord Belson le puso la mano en el hombro—. Pero ahora es el momento de que los helvatios os concentréis en la Morada, en vuestros templos. Defendeos mutuamente porque los ejércitos de Kariosh no se detendrán hasta que el último de vosotros haya caído. Tal fue siempre el odio del rey por los mostures y de un modo especial por los seguidores de Athmer. No descansará hasta veros muertos a todos, y la Orden destruida para siempre. A otros tal vez los perdone la vida, a un helvatio no. Por eso mismo, debéis estar ahora más unidos que nunca. Therios no temía perder a aquellos miembros de la Orden que habían acudido a Athmer para ganar influencia o poder. Therios temía perder a los que verdaderamente seguís al dios de la Luz, hasta las últimas consecuencias. Y sois muchos los que os habéis entregado sin reservas a él. Sois muchos, Yar Bolfren.

El caballero asintió, encontrando el consuelo que parecía necesitar en aquellos momentos de dudas.

—¿Habéis dispuesto la defensa de la Morada?

—Así es. Precisamente acudía a vuestra presencia para informaros de que los helvatios se encuentran preparados para la batalla. Si en algún momento necesitáis a algunos de nuestros caballeros, contad con ellos.

—Bien —Lord Belson quedó satisfecho con aquella alentadora respuesta—. Si el resto de los ciudadanos tuvieran la misma capacidad de organización que los helvatios, Móstur se convertiría en un lugar inexpugnable. Por desgracia, no es así. Algunos de los habitantes de la ciudad no se decidirán a empuñar un arma hasta que vean a un leryón adentrándose en el umbral de su casa.

—En realidad, no está resultando nada fácil, sobre todo con los clérigos más ancianos. Hemos intentado convencerlos para que

dejaran Móstur en dirección al norte…

—Y ninguno quiere dejar atrás la Morada, ¿verdad? —Lord Belson comprendía perfectamente aquella situación. Conocía bastante bien a algunos de aquellos clérigos—. Cuanto más ancianos son, más difícil resulta hacerles comprender el peligro que corren.

—Lo comprenden, pero no les importa.

—La muerte no parece preocupar demasiado a quienes intuyen próximo el final de sus días. Son muchos los que la ven como un tránsito que han de cruzar y, cansados de esta vida, sienten que están preparados para afrontar ese último viaje. Y si ese viaje les conduce a Athmer, el miedo desaparece al calor de la esperanza.

—Algunos de esos clérigos se han negado a abandonar incluso los templos. Acuden allí a diario, desde las primeras luces del día hasta la llegada del ocaso.

—Cuidad bien de vuestros caballeros. Tendrán una importante labor que hacer, protegiendo a todos esos clérigos.

—Desconocemos el paradero de algunos de ellos. Hay quienes dicen que han abandonado la ciudad. Pero yo no lo creo así. Su entrega a nuestra comunidad siempre ha sido generosa y envidiable. Como veis, lord Belson, los helvatios también tenemos nuestras dificultades para preparar la batalla. Pero la fe en Athmer es un impulso más para afrontar esta terrible situación con el mayor ánimo posible. Cuando tengamos a nuestros enemigos frente a nosotros, los miraremos a los ojos sin miedo alguno a la muerte que nos ofrecen.

—No me cabe ninguna duda —Lord Belson dirigió la mirada a su mesa, donde descansaban, entre otros documentos de vital importancia, los mensajes que acababa de leer—. Si ya tenéis dispuesto todo por vuestra parte, ¿os importaría acompañarme? Debo dirigirme a algunos de mis oficiales. Solicitan refuerzos para la Puerta de los Caballeros.

En aquel momento, los pensamientos de ambos convergieron en una misma persona: Yar Gregor. Precisamente allí, en la Puerta de los Caballeros, Yar Bolfren lo había visto por última vez. Estuvo tentado de preguntar a lord Belson acerca de la misión que le había sido encomendada, pero no se decidió a hacerlo. El senescal mantenía la esperanza de que Yar Gregor hubiera tenido la oportunidad de acercarse al rey Kariosh. Matarlo no significaría ni mucho menos el final de una guerra que ni siquiera había comenzado, pero serviría para sembrar el miedo en un ejército desprovisto de su líder.

—¡lord Belson! —aquella voz precedió a la entrada de un soldado en la estancia que Yar Bolfren y el senescal estaban a punto de abandonar.

Por un momento, una luz de esperanza iluminó el rostro del noble, al imaginar que el mensaje que escucharía sería la muerte del rey Kariosh. Nada más lejos de la realidad. No era precisamente Móstur quien daba el primer paso en una guerra que acababa de estallar.

—Hay fuego… —el soldado se esforzaba por recuperar el aliento y seguir hablando—. En las inmediaciones del Refugio, las tierras de los helvatios están ardiendo.

lord Belson y Yar Bolfren se miraron. En ese momento, el caballero fue consciente de la gravedad de la situación y, como si su mente hubiera sido iluminada por el propio Athmer, se percató de una realidad terrible que había ignorado durante todo aquel tiempo, ocupado en proteger las construcciones que los helvatios mantenían en el interior de la ciudad. Los leryones habían decidido iniciar la guerra atacando el Refugio, el lugar al que sin duda habrían acudido aquellos clérigos que creían huidos.

Abandonaron la estancia y se dirigieron a una de las torres del castillo, desde la cual podrían observar lo que ocurría en las tierras helvatias situadas fuera de las murallas. Lord Belson había estado absolutamente convencido de que los leryones no atacarían aquel extremo de la ciudad. La confluencia entre los ríos que la flanqueaban era una barrera capaz de frenar cualquier ejército. El Refugio debía de haber sido abandonado días atrás. Así al menos lo había aconsejado el propio lord Belson a los helvatios, que en un primer momento habían evacuado a sus ocupantes. Algunos de ellos, no obstante, habían regresado para no irse.

Desde lo alto de la torre, lord Belson y Yar Bolfren contemplaron el humo que brotaba de las tierras próximas al Refugio, donde se propagaba un intenso fuego. Aquello no fue lo peor. En mitad de aquel desastre pudieron contemplar las diminutas siluetas de un grupo de hombres a punto de acceder a una construcción que el humo amenazaba con engullir, ocultando la llegada de los guerreros.

Aterrado por aquella imagen que se dibujaba ante él, Yar Bolfren apretó los puños, lleno de rabia e impotencia. El humo no le permitió ver el instante en que el Refugio era asaltado. Sus ojos llorosos no pudieron contemplar lo que sucedía, pero pronto sus peores presagios se hicieron realidad.

Hubo gritos de hombres, mujeres y niños; terribles lamentos cuyos ecos resonaron en Móstur como un incesante lloro que todos pudieron escuchar durante unos instantes que parecieron eternos, hasta que las voces se desvanecieron, acalladas por las armas de los leryones.

La muerte se apoderó del Refugio.

Lorwurn había llegado.

CAPÍTULO 15: HOCES DEL ESTIRIO

—La Compañía de Ivarth utiliza aquellas cuevas como refugio —Yari señaló el punto más elevado de la montaña, donde podían apreciarse las gigantescas masas de piedra que presidían el desolado paraje. Las Hoces del Estirio constituía un paisaje salvaje, maltratado por el paso de los años. El río serpenteaba entre montañas que dejaban al descubierto las diferentes capas que la erosión había ido trazando a lo largo de un paisaje de colores rojizos y ocres donde la vegetación no era muy abundante.

Estaban a punto de dejar el bosque para adentrarse en una extensa llanura que precedía a aquel paraje árido y solitario.

—Un extraño lugar para esconderse —dijo Rodher, con la mirada fija en la roca de la montaña, que cada vez contemplaban más próxima.

—Las cuevas son profundas —replicó Yari—. Hay cientos de galerías que se adentran por la montaña, auténticos laberintos de pasadizos que durante siglos han sido utilizados tanto por bandidos y ladrones como por otros que únicamente buscaban la soledad que solo allí creían encontrar.

Sándor perdió la vista en el paraje que dibujaba a su alrededor el cauce del Estirio, preguntándose cómo sería posible que alguien fuera capaz de pasar su vida allí, en un lugar tan triste y vacío de vida. Aquella visión le trajo a la memoria incontables recuerdos, imágenes en las que siempre estaba presente el mar; un mar que en ocasiones había echado en falta, y que añoró aún más en momentos como aquel, estremecido ante un paraje seco y caluroso, desprovisto de cualquier atractivo, al menos para él.

—Os acompañaré hasta el puente que cruza el Estirio en uno de los puntos más estrechos de su trazado alrededor de la montaña. Después, tendréis que ir solos al encuentro de Ivarth.

Taenara asintió a las palabras de Yari y a continuación dirigió la mirada a Sándor, que habría de tomar el relevo en el cumplimiento de lo acordado. Estaba decidida a no dejar aquel lugar hasta asegurarse de que el último miembro de la Compañía de Ivarth se decidiera a

servirla en su propósito. Durante toda su aventura por las tierras nybnias, la princesa se había encontrado con varios líderes que terminarían uniéndose a ella para formar un ejército variopinto, ni mucho menos tan numeroso como el de su hermano, pero sí útil a sus propósitos. Fergush, Sándor, Owen… Y ahora Ivarth. El propio paraje donde se ocultaba ya parecía advertir del peligro al que habían decidido encaminarse. Una inquebrantable fe en la princesa evitaba que cuantos la seguían se dejaran llevar por el temor, manteniéndose firmes y con la convicción de que Taenara no permitiría que les hicieran daño. La visión de las Hoces estuvo a punto de debilitar esa fe. Era un lugar demasiado triste y lóbrego, una tierra que los dioses parecían haber maldecido de algún modo.

—Es un lugar horrible —dejó escapar Salwen con la mirada fija en la montaña.

—No os preocupéis —Yari continuó caminando—. Pronto os acostumbraréis a este siniestro paisaje —miró al cielo—. Tened cuidado con los buitres. Si os descubren durmiendo al aire libre quizá piensen que seríais un buen festín. Aquí esas aves son gigantescas en comparación con los pájaros que estáis acostumbrados a ver… Gigantescas y siempre hambrientas, así que es mejor buscar un refugio cuando el calor oprime en exceso. Nada más cruzar el puente encontraréis una pared rocosa donde se abren pequeñas grutas que os servirán bien, al menos para reponer fuerzas mientras coméis.

—Y tú, ¿qué vas a hacer? —preguntó Sándor—. ¿Volverás a Yark?

—Sí —la joven sonrió—. Regresaré a Yark. Allí esperaré noticias sobre la definitiva marcha de Ivarth a las tierras del Norte.

—No te descuides demasiado, Yari —respondió Taenara—. Es posible que no acceda a acompañarnos. Si es así, tendrás que encontrar el modo de evitarlo. Estate alerta.

—No te preocupes. Siempre he sabido cuidar muy bien de mí misma.

Yari continuó caminando. Para ese momento del día el sol había frenado su lluvia de calor, augurando un atardecer de temperatura agradable en mitad de un paraje que no lo era tanto.

Taenara y Sándor frenaron el ritmo de sus pasos, dejando una pequeña distancia con los demás.

—En cuanto ella se haya ido —dijo Taenara—, tú serás quien nos guíe.

—Por supuesto. Pero no estoy muy seguro de cómo hacerlo. Ya habéis oído a Yari. El interior de las cuevas está repleto de galerías y pasadizos…

—No vamos a entrar en ninguna de esas cuevas.

—Entonces —Sándor frunció el ceño— ¿cómo vamos a encontrar a Sándor?

—Me temo que es muy posible que él sea realmente quien nos encuentre. La duda que tengo en este momento es acerca del trato que nos va a dar.

—En cuanto vea lo que estáis dispuesta a ofrecerle, no tendrá ninguna razón para querer hacernos daño.

—Exacto. Ojalá sea el dinero lo que más ambiciona nuestro querido amigo. De lo contrario, espero que al menos nos permita dejar atrás este lugar…

—Eso sería un fracaso para la misión que me habéis encomendado, alteza. Os prometo que haré todo lo posible para que Ivarth lleve a sus hombres a Móstur.

—Bien —dijo ella, con tono serio—. Los ejércitos de mi hermano habrán iniciado ya su ataque, llevados tal vez por la precipitación. Como estratega, mi hermano deja un poco que desear; su ambición podría empujarlo a tratar de conquistar Móstur sin los medios apropiados.

—Quizá nosotros tampoco contemos con esos medios.

Taenara esbozó una sonrisa antes de responder.

—No te preocupes. Nosotros no necesitaremos armas de asedio para hacer frente a la muralla. Dejemos que mi hermano se encargue de ello. Al llegar, encontraremos una ciudad asediada y destruida en muchos de sus puntos; una ciudad por la que podremos avanzar sin problemas. Por eso mismo no necesito experimentados soldados que puedan luchar formando parte de un ejército. Lo que más bien necesitaré son bandidos, saqueadores, asesinos… Y de esos, creo que llevamos a un buen número con nosotros.

—Eso nos da una gran ventaja —Sándor vio esperanzado un nuevo horizonte en la negociación que cada vez veía más próxima.

—Eso mismo es lo que quiero que vea Ivarth. Si le ofreciéramos formar parte de una batalla, sin duda rehusaría al instante. En cambio, si lo que le proponemos es el saqueo de una ciudad que acaba de sufrir la desolación de la guerra, quizá vea la posibilidad de obtener grandes riquezas con un bajo riesgo.

—¿Y si Móstur resiste la acometida de vuestro hermano?

Las murallas de Móstur caerán —Taenara habló, convencida—. Y una vez que lo hayan hecho, la sangre correrá por todas partes. Ni siquiera tendremos que preocuparnos por el resultado de la batalla; si es mi hermano quien obtiene la victoria, al menos podremos negociar con él acerca del destino de la ciudad y sus riquezas.

—¿Y si muere?

—El ejército de Móstur habrá sufrido innumerables pérdidas. Estará tan debilitado que no podrá oponer resistencia a nuestro avance. Nuestros asesinos se encargarán de acabar con aquellos que traten de oponérsenos, sin que sea necesario derramar más sangre de la necesaria para obtener el control sobre la ciudad.

—Sin embargo —dudó Sándor—, si es vuestro hermano quien alcanza la victoria y no atiende a vuestras peticiones…

—No te preocupes por eso —interrumpió Taenara—. Mi hermano aceptará mis condiciones, no le quedará otra salida.

En ese momento, Sándor se dio cuenta de que los intereses de la princesa eran muy distantes a las motivaciones que pudieran tener los leryones para atacar Móstur. Taenara se mostraba más enigmática que nunca, dispuesta a hacer valer su voluntad por encima de todo. Lejos quedaba ya el día en que ambos se habían conocido, cuando Sándor únicamente veía en ella a la hermosa hija del rey Targosh. Ahora la miraba como una mujer poderosa, capaz de cambiar el destino y discutir a los dioses sus designios. Una furia sobrenatural se escondía bajo su bello rostro, como si su apariencia humana no fuera más que una máscara capaz de ocultar un poder que podía resultar terrible en algunas ocasiones. Así había sucedido el día del enfrentamiento con Owen, una escena que quedaría grabada para siempre en la memoria de muchos.

Yari se detuvo al llegar al puente. Era una construcción aparentemente frágil hecha de viejas sogas y madera raída. Sándor tuvo la impresión de que bastaría una ráfaga de aire para mecer suavemente toda la construcción. Parecía una opción peligrosa para cruzar el río.

—¿Por ahí? —Rodher señaló el cercano extremo del puente, donde se anudaban algunas de sus cuerdas—. Estás de broma ¿verdad?

—No —dijo la joven, en tono severo—. Este es el mejor modo de cruzar el río, a no ser que queráis retrasar vuestro encuentro con Ivarth buscando un paso alternativo. El más cercano se aleja demasiado de las cuevas. Nos llevaría alguna jornada más de viaje, sin una certeza de éxito en nuestra búsqueda, pues podría estar incluso en peores condiciones que este. Si estáis dispuestos a asumir ese riesgo, con mucho gusto os conduciré por la orilla del río.

Sándor no quiso dirigir la mirada hacia Taenara. Estaba convencido de que la princesa dejaría aquella decisión en sus manos.

—Cruzaremos por aquí —sentenció.

—En ese caso —Yari se le acercó—, creo que nuestros caminos se separan, tal vez de un modo definitivo. Os deseo suerte en vuestra búsqueda, pues quien sabe si vuestra suerte podría llegar a ser

también la mía, si conseguís que Ivarth se marche de estas tierras para siempre.

—Así lo deseamos todos —Taenara se acercó a Yari y la tomó del brazo—. Gracias por habernos conducidos a este lugar. A partir de aquí, trataremos de ser cautelosos no solo en nuestros pasos, sino también en nuestras palabras.

—Espero que alcancéis un buen acuerdo con Ivarth, y que él y sus hombres se marchen de aquí, para siempre.

Yari se dio la vuelta, deshaciendo el camino hasta perderse entre los árboles que poblaban la orilla del río.

Sándor fue el primero en aproximarse al puente. Una vez frente a la construcción, escudriñó con la mirada los tablones de madera más próximos. Como si intuyera el sonido de esos tablones al resquebrajarse bajo sus pies, se lo pensó un par de veces antes de adentrarse por el decrépito paso que se abría ante ellos, unos sesenta metros que les separaba de la orilla opuesta. En aquel momento no sabría decir si Ivarth le inspiraba más temor que aquel puente colgante sobre el río.

—Espero que, una vez que lleguemos al otro lado, todo resulte más sencillo —dijo a Rodher en el preciso instante de dar un primer paso. La tabla no crujió, pero el sonido de las cuerdas le resultó tan inquietante que permaneció un tiempo inmóvil. Cerró los ojos y, tras tomar la firme determinación de avanzar sin detenerse, se sujetó con ambas manos a las cuerdas y continuó avanzando.

Los demás repitieron su gesto, con una preocupación similar a la del pirata. Dejando una prudencial distancia entre ellos para repartir el peso sobre el puente, fueron cruzando el río.

Rodher caminaba en último lugar. Sentía que el puente oscilaba demasiado, resintiéndose del peso que parecía soportar de mala gana, como el caballo salvaje que se niega a ser montado.

«Vamos a caer al río» —dijo en más de una ocasión, en voz baja y con la mirada fija en el suelo, donde veía los tablones que iba pisando como si estos flotaran sobre unas corrientes de agua que percibía demasiado cercanas.

Sándor sentía un sudor frío recorriendo todo su cuerpo. Nunca había tardado tanto tiempo en recorrer una distancia tan insignificante. Sus pisadas resultaban cada cual más cautelosa. Sus manos aferraban la cuerda con firmeza. Sentía como si le ardieran, enrojecidas por la presión que ejercían de modo inconsciente. Miró al siguiente tablón, y al que le seguía. Por último, levantó la mirada para contemplar el extremo opuesto del puente. Y palideció ante la sorpresa que allí los aguardaba.

Un grupo de hombres y mujeres, todos ellos armados, esperaban junto al puente. Uno de ellos se aproximó al borde, y acercó peligrosamente su espada a las cuerdas que sostenían la construcción. Los demás estallaron en unas carcajadas que Sándor y sus acompañantes escucharon demasiado bien. Todos ellos se detuvieron.

—Podría enviaros al río ahora mismo y dejar que las aguas decidieran sobre vuestras vidas —fueron las primeras palabras que Ivarth intercambió con ellos. Era alto, con una poblada melena que le caía hacia atrás, dejando al descubierto un rostro de ojos negros y mirada penetrante. No hacía falta que les dijera quién era. Su apariencia y sus gestos hablaban por sí mismos.

Por fortuna para Sándor y los suyos, envainó nuevamente su espada y, retrocediendo un par de pasos, con un gesto de su mano les invitó a completar su paso a través del puente. Nada más hacerlo, se vieron rodeados por los acompañantes de Ivarth, entre los que se encontraban dos mujeres que, en vez de espada, portaban un juego de relucientes dagas que parecían manejar con habilidad a juzgar por el modo en que las hacían girar.

—Antes de que hagamos las presentaciones, os pediría un poco de paciencia. Me temo que aún no estamos todos.

Ivarth sonrió, dirigiendo la mirada hacia el extremo opuesto del puente, donde Yari caminaba escoltada por varios bandidos más.

Los oscuros ojos de Ivarth se fueron posando sobre cada uno de sus prisioneros, dibujando una triunfante sonrisa. No dijo nada, solo observó con atención a quienes se atrevían a adentrarse en sus tierras. En Rodher y Salwen vio miedo; en Sándor vislumbró, sobre todo, frustración; en Taenara había ira. Se detuvo de un modo especial en la princesa.

—Creo que voy teniendo claro a quién debo dirigirme —mantenía la mirada fija en Taenara.

Cuando Yari atravesó el puente, respondió a la invitación de Ivarth situándose entre Sándor y Rodher, permaneciendo todos ellos rodeados por unos captores que en silencio esgrimían sus armas, esperando las instrucciones de su líder.

—Hacía varios días que no recibíamos una visita —dijo Ivarth—. La vida en este lugar resulta demasiado monótona, incluso para quienes tienen la suerte de poder volar alto y lejos. Mirad —señaló un par de buitres que, tras un breve vuelo en círculo sobre sus cabezas, habían encontrado una oquedad desde donde observar lo que ocurría en las inmediaciones del puente—. Parece que ellos también desean daros la bienvenida.

Ivarth dejó un breve silencio para las risas de los suyos. Después,

habló con un tono severo.

—Bien, ¿a quién debería dirigirme para que responda a mis preguntas?

—A mí —Sándor dio un paso al frente.

—¿En serio? —dirigió una breve mirada a Taenara antes de hablar directamente a Sándor—. De acuerdo. Entonces, mis amigos y yo estaremos encantados de escuchar tus palabras, mi querido amigo…

—Sándor… Mi nombre es Sándor.

—¿Sándor? —Ivarth frunció el ceño—. Tu nombre me resulta familiar.

—Conozco a tu padre Reth desde hace mucho tiempo. Llegamos a hacer negocios cuando yo me dedicaba al comercio.

—Sí, es posible que en alguna ocasión te mencionara. Y ahora, ¿a qué te dedicas? ¿Ya no comercias? Me llegaron algunos rumores sobre ti. Quizá sean ciertos.

—Soy pirata —Sándor estaba seguro de que Ivarth lo sabía. No sería conveniente mentirle, al menos en algo así.

—Pirata —el bandido fingió sorprenderse—. Pero estás muy lejos de tus apreciados mares, Sándor. A no ser que… ¿No habrás atracado tu barco en el río? —sus excéntricas miradas a uno y otro lado del puente causaron sonoras risas entre cuantos los rodeaban.

—Un pirata lejos de sus islas y sus mares —Ivarth continuó hablando—. ¿Qué buscabas realmente en este lugar tan alejado de tus aguas y tus comercios?

—Te buscaba a ti.

—Y me has encontrado… O mejor dicho, nosotros te hemos encontrado a ti, que tal vez no sea lo mismo aunque las consecuencias sí puedan serlo… En cualquier caso —Ivarth gesticulaba con las manos— ahora estamos aquí, frente a frente. Son muchos los que últimamente me andan buscando y la mayoría no precisamente para hablar de negocios. Al igual que tú, yo también he tratado de adaptarme a las nuevas circunstancias. Tú has pasado de contrabandista o comerciante a pirata. Yo sigo siendo un mercenario, aunque por diversos motivos me he visto obligado a especializarme en unos encargos muy concretos. Dime, ¿para qué me buscabas?

Sándor sentía la mirada de todos aquellos mercenarios cuyas armas aún se dejaban ver demasiado. Contuvo la respiración y, con voz pausada, respondió a la pregunta de Ivarth.

—Como te decía antes, he hecho negocios con tu padre y, por tanto, te conozco también a ti desde hace tiempo, aunque no he sabido de tus últimos negocios hasta hace bien poco, cuando estuvimos en Yark. Sirvo a los intereses de la princesa Taenara, con

quien mis hombres y yo nos hemos comprometido en una ambiciosa misión: la conquista de Móstur…

—Eso suena muy bien. No siento ningún cariño especial por esos mostures, y menos aún por sus caballeros y clérigos helvatios, siempre tan entregados a su oración menos cuando tienen que acabar con aquellos que no adoran a su dios. Tengo entendido que en los últimos tiempos la Orden Helvatia se ha entregado a esa labor purificadora. Y luego dicen que yo soy el asesino…

Hubo risas entre los mercenarios. Sándor dirigió una breve mirada a Taenara. En su rostro, descubrió una serenidad que le resultó tranquilizadora en aquellos instantes de incertidumbre.

—De modo que tu querida princesa Taenara quiere conquistar Móstur. Sin embargo, tengo entendido que su hermano ya se encuentra cerca de la ciudad. Tal vez en estos momentos ya esté atacando sus murallas. ¿No es así, princesa? —se dirigió a Taenara.

—Así es —contestó ella—. El deseo de mi hermano es recuperar las tierras de Móstur para Leryon, acabar con la Orden Helvatia e instaurar el culto a su dios, Lorwurn.

—¿Su dios? —inquirió Ivarth, acercándose lentamente a la princesa— ¿O vuestro dios?

—Te aseguro que no sirvo a Lorwurn más de lo que lo hacéis tú o cualquiera de tus hombres.

—Entonces ¿a quién sirves? ¿Cuál es la deidad a la que adoras, si es que en verdad adoras a alguna?

—Yo sirvo a Daera.

—Daera… —a Ivarth no pareció disgustarle aquella respuesta—. Nunca he servido a ningún dios. Ni siquiera a Thariba, a quien los nybnios adoran con cierta moderación, a diferencia de esos helvatios. Sin embargo, tengo que reconocer que, si sintiera predilección por alguno de todos esos dioses, sería por Daera. Una deidad femenina me inspira más confianza, veo en ella ese carácter maternal que no logro percibir en dioses como Athmer y Lorwurn, siempre dispuestos a derramar la sangre de quienes no les entregan su alma. En ese sentido, princesa, tenéis todo mi respeto. Pero no deja de sorprenderme el hecho de que parezcáis dispuesta a enfrentaros a vuestro propio hermano por Móstur.

—No siempre la sangre define nuestras inclinaciones y lealtades. Con Kariosh únicamente me une el parentesco, nada más. Él siempre ha sido el hijo que no solo ambicionaba la corona, sino también la gloria de un pasado que quedó atrás.

—¿Y tú? —Ivarth parecía cada vez más intrigado—, ¿qué es lo que ambicionas realmente?

—Un mundo en el que los dioses no sean la causa de guerras y enfrentamientos, un mundo en el que exista libertad para servir a un dios, respetando a los otros. Eso es lo que representa la diosa Daera: un mundo en continuo equilibrio…

—Pero para alcanzar ese mundo, propones el derramamiento de sangre. De lo contrario, no habrías venido a contratar mis servicios.

—Los ejércitos de mi hermano representan todo lo contrario a lo que yo creo. En ese sentido, los mostures merecen mayor clemencia; una clemencia que Kariosh no está dispuesto a concederles.

—Entonces, te propones enfrentarte directamente a tu hermano, ¿verdad? —Ivarth se mostraba entusiasmado con aquella conversación —. ¿Hasta qué punto estarías dispuesta a llevar a cabo ese plan? ¿Me pedirías que acabara con la vida de tu hermano?

Se hizo el silencio; un silencio en el que todos permanecían expectantes. Las respuestas de la princesa parecían haber hechizado a todos aquellos que se encontraban a su alrededor. Incluso algunos de los mercenarios, llevados por su curiosidad, habían ocultado sus armas.

—Nunca llegaría a pedirte eso —respondió Taenara—. Yo misma me encargaré de él, y solo le perdonaré la vida si acepta alejar a Lorwurn de Móstur.

—Pero has dicho que tu hermano quiere imponer su culto…

—Entonces, tendré que matarlo.

Ivarth sonrió con cierta sorpresa ante aquellas palabras. Daría cualquier cosa por presenciar, en aquel preciso instante, el enfrentamiento entre ambos.

—Ahora que ya has dejado claras tus intenciones, debo preguntarte por la parte que realmente nos interesa a nosotros. ¿Qué nos propones? ¿Luchar por ti en una batalla contra tu hermano y los mostures? No somos soldados, princesa.

—Lo sé, y por eso nunca os pediría formar en filas para una batalla en campo abierto. Sin embargo, como tú mismo has dicho antes, mi hermano Kariosh ya debe de estar a punto de atacar la ciudad. Si venís conmigo a Móstur, nos encontraremos con una ciudad en guerra, unas murallas seguramente destruidas y unos ejércitos debilitados. Tan solo tenemos que aguardar el desenlace de la batalla para ver si tenemos que hacer frente a los mostures o a los leryones. Únicamente tendréis que saquear y matar a algunos oficiales. Y lo podréis hacer del modo que creáis conveniente, Ivarth. La ciudad será nuestra, y podréis llevaros todas las riquezas que deseéis. Mis designios para Móstur se cumplirán mejor si todas esas riquezas de los helvatios y los nobles son extraídas de la ciudad. Daera no necesita de esas riquezas. La

nueva ciudad de Móstur puede prescindir de todo eso. Tomad lo que queráis y si así lo deseáis, ocupad un lugar en este nuevo mundo que os ofrezco; un mundo en el que ya no os veríais obligados a llevar esta vida, en un lugar como este.

—Lo que me estás ofreciendo suena muy bien, Taenara… Demasiado bien —Ivarth caminaba con la mirada en el suelo, alejándose de la princesa para regresar junto a algunos de sus hombres —. Los últimos que acudieron a este lugar también venían con prometedoras palabras; palabras envenenadas, sin duda, pues trataron de matarme en cuanto tuvieron una oportunidad. Y por poco lo consiguen —dejó a la vista una cicatriz en el pecho—. Pero no lo lograron, y sus cuerpos terminaron arrojados al río, arrastrados lejos de aquí por el Estirio.

Las amenazantes palabras de Ivarth amedrentaron a Rodher y Salwen y aceleraron el pulso de Sándor, pero no lograron perturbar la calma irradiada por el rostro de Taenara. Los mercenarios recuperaron su agresivo gesto y sus espadas destellaron con la luz del sol.

—De modo que nuestro común amigo Sándor quería contratar nuestros servicios para saquear Móstur. ¿Es eso cierto, Yari?

La mirada de Ivarth se posó en la joven, que hasta el momento había mantenido un gesto reservado, fingiendo un temor que en ningún momento había sentido.

Yari se separó de los prisioneros, acercándose a Ivarth con una sonrisa que provocó la confusión entre aquellos a los que había guiado hasta los mercenarios.

—Así es —dijo al pasar junto al Rey Pirata—. Sándor cumple con la voluntad de la princesa y se ha convertido en su intermediario para negociar entre ella y tú.

—Te dije que yo misma te mataría si nos traicionabas —dijo Taenara.

—Y yo os juré que no os decepcionaría, princesa —Yari caminó hacia Taenara—. Y he cumplido mi promesa. Sin mí, es muy probable que hubierais alcanzado de igual modo este lugar. Quizá habríais tardado un tiempo más, pero estaríais aquí igualmente. ¿Cuál habría sido vuestro destino, una vez que os hubiéramos encontrado? Ya habéis escuchado lo que sucedió con los últimos que se atrevieron a desafiar a Ivarth, adentrándose en sus dominios para tratar de asesinarlo. De no haber sido por mi encuentro con Sándor, quizá en estos momentos estaríais suplicando por vuestras vidas. Afortunadamente, me tenéis a mí, como único testigo capaz de interceder por vosotros —Yari se situó junto a Ivarth—. Todo lo que ha dicho Sándor es cierto.

—¿Has escuchado eso, Taenara? —dijo Ivarth—. Nuestra querida Yari tiene razón. Siempre la tiene, y por eso nadie mejor que ella para custodiar mis intereses en la ciudad de Yark. Es posible que haya tenido que engañaros, fingiendo haber sufrido en el seno de su familia la persecución del «cruel y despiadado Ivarth». Pero atravesamos momentos complicados en los que cuesta discernir entre amigos y enemigos. Yari parece tener una extraordinaria capacidad para encontrar la verdad escondida detrás de unos y otros. Su testimonio acaba de salvaros la vida. Una vez alcanzada esta primera conclusión, y una vez escuchado vuestro ofrecimiento, ahora necesito discutir esta cuestión con mis consejeros para tomar una decisión. Hasta entonces, seréis considerados como nuestros invitados.

En ese preciso instante, como si todos ellos hubieran recibido una orden de Ivarth, los mercenarios ocultaron sus armas y abrieron el círculo que habían formado alrededor de los prisioneros. Yari se situó entre Sándor y Taenara, invitándolos a seguir a los que abrían el paso.

—Espero que perdonéis mis mentiras. Mi misión principal es asegurarme de que todo aquel que llega hasta Ivarth encuentra una oportunidad de negocio… o una rápida muerte. Por eso estoy continuamente en las calles de Yark, frecuentando tabernas y oscuras callejuelas, donde se traman los negocios y conspiraciones. Es una labor ingrata, pero necesaria para nuestra subsistencia. Y para ello, debo acudir a ciertas mentiras que tengo tan interiorizadas que ya casi hasta yo misma me las creo. Por favor, perdonadme —dirigió una última mirada a Taenara, que respondió esbozando una sonrisa.

—Tienes nuestro perdón, y también tendrás mi gratitud si finalmente Ivarth decide aceptar mi propuesta.

—Creo que ya la ha aceptado —Yari esbozó una pícara sonrisa.

—Pero Ivarth ha dicho que tenía que consultarlo con sus consejeros —replicó Sándor, confundido una vez más por la joven.

—Así es —replicó Yari—. Y ya lo ha hecho —señaló con la mirada a los mercenarios que estaban allí presentes. Uno tras otro, habían ido asintiendo ante la inquisitiva mirada de Ivarth.

—Mis queridos amigos —dijo el mercenario—. Acabáis de contratar los servicios de la Compañía de Ivarth. Y nuestros clientes nunca quedan defraudados. Ahora, festejemos nuestro acuerdo con un festín en el interior de la cueva, que el día se presenta caluroso. Comeremos, brindaremos, y partiremos hacia Móstur.

CAPÍTULO 16: MÓSTUR

—Mi querido amigo Yar Gregor —Grimward miraba al caballero con un fingido gesto de compasión—. Cuántos momentos hemos compartido durante todos estos años. Te pediría que te unieras a nosotros en esta misión, pues no se me ocurre nadie mejor que tú para arrancar las vidas de cuantos encontraremos en el Refugio. Sin embargo, en esta ocasión no vamos a ajusticiar a aquellos que se oponen a Athmer, sino más bien lo contrario.

El presthe hablaba lentamente, como si quisiera que el tiempo se detuviera en mitad de aquella conversación. Frente a él, dos hombres sujetaban con fuerza a Yar Gregor. Lo habían capturado al encontrarlo tendido en el suelo, junto a los cadáveres de aquellos que habían salido a su encuentro. Pese a no oponer resistencia, el caballero había recibido varios golpes por parte de algunos de los hombres que acompañaban al rey Kariosh. Afortunadamente, el presthe detuvo lo que estaba a punto de convertirse en un ensañamiento por parte de aquellos crueles esbirros. Quería hablar con el prisionero.

El caballero miró fijamente a Grimward.

—Parece que te alegras de verme —torció el gesto en una sonrisa. Un hilo de sangre brotaba de un corte recibido en el labio.

—Reconozco que no esperaba encontrarte por aquí —replicó Grimward—. Imaginaba que estarías junto a tus compañeros helvatios, preparando la defensa de la ciudad. Pero es evidente que te has acostumbrado demasiado a la soledad. ¿Qué te ha ocurrido, Gregor, el pueblo te sigue odiando por tus crímenes? Aún recuerdo el temor que sentían muchos con tan solo escuchar tu nombre… El verdugo de Athmer.

—Es en lo que tú me convertiste, ¿recuerdas? Afortunadamente, todo aquello quedó atrás, como los días de tu dictadura sobre la ciudad. Y luego, lo de tu muerte… Cómo imaginar que el mayor de los enemigos de Athmer se encontraría entre aquellos que aparentaban una mayor devoción por él…

—Una devoción excesiva que condujo a los helvatios al borde de la persecución.

—Has interpretado muy bien tu papel, Grimward. Nadie mejor que tú ha servido a los intereses de Lorwurn, pero ninguna de las crueldades que has llevado a cabo será comparable con el sufrimiento que te espera.

—Hablas como uno de los clérigos que cada mañana leían los Textos Sagrados con la esperanza de ver cumplidas algunas de sus profecías. Esos ancianos zenlores que veían en cada escrito una nueva esperanza para la humanidad, muy pronto sucumbirán al terrible fin de sus míseras vidas. Pues yo te auguro que al menos una de esas profecías está a punto de verse cumplida: el final de la Orden Helvatia.

—¿Vas a ser tú el ejecutor de ese plan? —Yar Gregor volvió a sonreír. Su expresión burlesca no gustó a Grimward.

—Yo soy el enviado de Lorwurn, destinado a llevar a cabo sus designios. El fin de Móstur no será sino el comienzo de una nueva era; una era sin Athmer, sin los helvatios. ¿De verdad quieres saber si yo seré el ejecutor de ese plan? Amarradlo bien —dijo a los hombres que sujetaban a Yar Gregor— vendrá con nosotros para ser testigo de lo que aguarda a todos los miembros de su maldita orden.

Ataron las manos del caballero y lo obligaron a caminar detrás de Grimward. Llegaron a presencia de Kariosh, que parecía impaciente por iniciar el ataque sobre el Refugio. Su mirada permanecía fija en la construcción helvatia.

—¿Viene con nosotros? —preguntó, señalando al prisionero.

—Quiero que vea lo que aguarda a los demás miembros de su orden.

Kariosh sonrió, irradiando maldad con cada mirada al prisionero.

—Entonces, será mejor que no pierdas detalle de lo que va a suceder en este lugar.

Apenas había hablado, cuando a la espalda del caballero surgieron varios hombres del rey portando antorchas encendidas.

—El fuego siempre ha sido una señal de purificación —habló Kariosh—. Destruir lo viejo, para que lo nuevo se alce, puro y sin manchas del pasado. Este será un nuevo comienzo para Móstur. Extirparemos aquello que la ha mancillado durante todos estos años para convertirla en un lugar limpio de todo rastro de Athmer. Y qué mejor forma de llevarlo a cabo, que empezando por quemar estas tierras helvatias y ofrecer a Lorwurn las vidas de los servidores del dios de la Luz que encontremos en el Refugio. Observa y escucha, Yar Gregor. Los gritos de los tuyos serán acogidos por Lorwurn como si de fervientes plegarias se tratara. Contempla el sacrificio con el que ponemos nuestras vidas en sus manos. Él nos conducirá a la victoria

sobre Móstur.

Con tan solo un gesto, el rey dio la orden para poner en práctica el plan trazado por Grimward. Sus hombres pasaron por delante de ellos, portando las humeantes antorchas. Se repartieron a ambos lados del Refugio. La Orden empleaba aquellas tierras para el cultivo y la alimentación de sus ganados, de donde obtenían los recursos destinados a la atención de los pobres y enfermos acogidos por los zenlores y novicios helvatios.

—¿Recuerdas a Zen Ramsen y Zen Galath? —Grimward se dirigió a Yar Gregor, dejando escapar una suspicaz sonrisa—. Esos ancianos han sido incapaces de abandonar el Refugio, como si, habiendo entregado toda su vida a los más necesitados, estuvieran preparados para dejar atrás este mundo y ser llevados a presencia de Athmer, en la búsqueda de la eterna recompensa a su fidelidad. Ellos ya se encuentran en el ocaso de sus vidas, por lo que su muerte no debería entristecernos demasiado. Han disfrutado de largos años al servicio de un dios que les ha concedido la salud necesaria para poder cuidar la de todos esos miserables que han recibido su atención. Sin embargo, con ellos se encuentran algunos de los novicios más jóvenes y recientes, muchachos que han creído encontrar a Athmer en esa permanente actitud de servicio a los más necesitados…

—Eres un ser miserable, Grimward —Yar Gregor escupió sus palabras—. Y de algún modo pagarás por todos tus crímenes…

—Nuestros crímenes, Gregor. Recuerda que tú también has llevado a cabo numerosas crueldades. ¿Qué importa si son en nombre de Athmer o de Lorwurn? Tal vez no haya creencia o fe que justifique el asesinato de tantos inocentes. Los dioses son crueles, ¿verdad? Pero siempre serán más benévolos con aquellos que cumplen sus mandatos. Y nosotros nos disponemos a cumplir los designios de Lorwurn para este lugar. Contempla las primeras llamas, el humo inicial que no tardará en expandirse, elevándose hacia lo más alto. Cuando tus queridos amigos quieran abandonar el Refugio para combatir el fuego que devora sus tierras, se encontrarán una terrible sorpresa.

Grimward describía la escena que tenía lugar frente a ellos. La entrada al Refugio ya había sido bloqueada por algunos de los hombres de Kariosh, que esperaban el momento de abrirse paso por el interior a golpe de hacha y espada. Yar Gregor contempló aterrorizado el momento en que las puertas del Refugio se abrían y Torgush hundía la hoja de su hacha en el pecho de un joven novicio.

Acompañado por varios de sus hombres, el herrero se adentró en los primeros pasillos de la edificación. Le salió al paso otro de aquellos helvatios que, confuso, apenas tuvo tiempo de preguntar su identidad

antes de que el hacha de Torgush volviera a quedar manchada de sangre. Con cada golpe de su arma, el herrero sentía un placer cruel al escuchar el sonido de la hoja incrustándose en su víctima. Las primeras voces y gritos de súplica no tardaron en llegar, arrancando las risas de los leryones que caminaban por las galerías. Alcanzaron una primera estancia repleta de camas en las que yacían algunos enfermos.

Torgush hizo señales a sus acompañantes. Él continuó caminando en dirección a una escalera ascendente mientras escuchaba los primeros lamentos de la muerte que se propagaba a sus espaldas. Sus firmes pisadas encontraron su eco en las paredes que flanqueaban los peldaños, como si el herrero quisiera anunciar su llegada a cuantos se encontraban en el segundo piso, allí donde Grimward le había dicho que encontraría a los helvatios. Las escaleras conducían a un vestíbulo del que partían dos galerías. Siguiendo las precisas instrucciones del presthe, se dispuso a continuar por la que se abría a la derecha, pero algo inesperado detuvo sus pasos. Sobre una hornacina situada entre ambos pasillos se encontraba una estatua de Athmer, con el rostro cubierto por una capucha y el cetro en su mano derecha, signo de su poder. Miró fijamente la estatua y sonrió antes de arremeter contra ella. La imagen del dios de la Luz se hizo añicos al caer al suelo. Aun así, Torgush la emprendió con los fragmentos que aún quedaban reconocibles. Lanzó su hacha una y otra vez contra la cabeza de aquella imagen que tanto odio parecía haber despertado en él, sin importarle que aquel estruendo pudiera ser escuchado por los helvatios que se encontraban al final de la galería. Los iba a matar igual. Tras sus numerosas embestidas recuperó el aliento y respiró profundamente, contemplando por última vez los restos de la estatua. Athmer había sucumbido ante su hacha de igual modo que lo harían primero los helvatios del Refugio, después todos aquellos que encontraran en Móstur. Con esta firme voluntad, continuó avanzando, deseoso de encontrar a los clérigos. Escuchó unos pasos. Un joven denlor, probablemente atraído por el ruido provocado por Torgush, llegaba corriendo, procedente del otro extremo del pasillo. Su camino se cruzó con el del herrero en mitad de una curva. El joven contempló el hacha y trató de girarse y huir. No tuvo tiempo. Torgush elevó su grito en el momento en que, con inusitada fuerza, lanzaba su arma contra el helvatio, incrustando la hoja en su espalda. A continuación, extrajo el hacha y apagó las voces de su víctima con nuevos ataques en los que la sed de muerte de Torgush se acrecentaba con cada sonido provocado por su arma, al hacer crujir un hueso más del denlor, ya sin vida. La sangre salpicó su rostro y sus vestidos. Pudo

olerla e incluso saborearla en medio de aquel delirio de crueldad y locura.

Dejó atrás el cadáver y continuó su camino hasta alcanzar la habitación de la que Grimward le había hablado antes de llegar a las inmediaciones del Refugio. Allí encontraría a Zen Galath, el más anciano de los zenlores que habían dedicado la mayor parte de su vida a los pobres.

Torgush llegó a lo que parecía una estancia dedicada al estudio de las enfermedades y daños más comunes. A uno y otro lado se repartían varias estanterías repletas de manuscritos. Numerosos pergaminos a punto de caer al suelo se mezclaban con volúmenes erosionados por el paso de los años como si todos ellos pugnaran por un hueco en aquellas viejas estanterías donde el polvo se había ido acumulando. La luz entraba por uno de sus ventanales, iluminando la parte central. En el extremo opuesto a la entrada, sentado en una vieja silla que había junto a la pared, Zen Galath permanecía entregado a la lectura de uno de sus pergaminos, ajeno a la llegada de Torgush y a los gritos que inundaban cada rincón del Refugio, ecos que se propagaban por las galerías como si de fuertes corrientes de aire se tratara.

—No deberías estar aquí, anciano —dijo el herrero, deleitándose con sus palabras. Arrastraba su hacha, cuya hoja provocaba un estridente sonido al contacto con el suelo.

—Tú tampoco —respondió el zenlor, sin ni siquiera levantar la mirada del pergamino.

—¿No escuchas eso? —Torgush se detuvo y guardó silencio, permitiendo que el zenlor escuchara el eco de los gritos y las voces de súplica. Los leryones parecían disfrutar con el sufrimiento desatado a su alrededor y permitían que sus víctimas alzaran la voz para pedir piedad segundos antes de ser vilmente asesinadas.

El anciano tardó en responder.

—La muerte nos llega a todos. Pero más allá de este mundo, algunos no lograréis encontrar el descanso para vuestras almas. Sufriréis un tormento eterno como pago a vuestra crueldad.

—Y supongo que será Athmer quien nos castigue eternamente —se acercó al zenlor, que permaneció inmóvil al otro lado del escritorio, incapaz ya de huir.

—Debiste abandonar este lugar cuando te advirtieron de lo que estaba por llegar… ¿O acaso nadie te previno sobre lo que podría ocurrirte si te quedabas aquí?

—Intentaron convencerme para que me marchara a la Morada.

—¿Por qué no lo hiciste? —Torgush sentía curiosidad por conocer la razón por la que el zenlor conservaba aquella inusual calma ante el

momento de su muerte.

—Llevo aquí tantos años que ya casi ni me acuerdo. Cada mañana doy gracias a Athmer por haberme permitido vivir sirviendo a los más pobres, los más débiles… Siempre he querido vivir así, y morir así, ayudando a otros. He podido servir a Athmer de este modo hasta el último de mis días. Siempre me ha dado más miedo sucumbir a la vejez y verme postrado en una de las camas de este lugar, incapaz de poder levantarme sin la ayuda de otros.

—En ese caso, deberías sentirte agradecido —Torgush se situó frente al anciano, sujetando su hacha con ambas manos—. Estoy a punto de liberarte de todos tus temores —descargó su hacha con tal fuerza que el desvencijado escritorio se partió en dos.

Sin sobresaltarse ante lo ocurrido, Zen Galath levantó la mirada. Sus ojos azules se clavaron en los de Torgush, que por momentos sintió un inesperado escalofrío ante aquella penetrante mirada.

—Que las llamas del infierno consuman vuestras almas malditas —pronunció pausadamente, sin parpadear, como si estuviera invocando el poder de una terrible maldición.

Torgush sonrió mientras alzaba el hacha con ambas manos.

—Nosotros somos el infierno, anciano —dijo antes de descargar un golpe mortal sobre el zenlor, que cayó de espaldas, sin vida.

Un resplandor procedente del exterior captó la atención de Torgush. Se acercó a una de las ventanas y contempló el fuego que se propagaba por las huertas de los helvatios.

—Nosotros somos el infierno —repitió en voz alta, esbozando una amplia sonrisa, antes de abandonar la estancia y continuar con la masacre.

CAPÍTULO 17: MÓSTUR

Los dragones dejaban atrás las Tierras del Fuego. En un abrir y cerrar de ojos sobrevolaban Ark; a continuación, dejaban atrás Ryth y siguiendo el curso del río Eresot sobrepasaban la construcción de Torrevigía hasta alcanzar su destino: Móstur. El aleteo de sus alas era ensordecedor y sus bramidos como una tormenta que estuviera a punto de arrojar sobre la ciudad una lluvia terrible. Posicionados en el aire como un ejército a punto de lanzar su ataque, arrojaron los primeros ríos de fuego que sembraban el pánico en Móstur. Fuego, gritos y muerte.

Sílax despertó de forma brusca tras la pesadilla en la que, una vez más, los dragones se apoderaban de sus sueños para continuar atormentándolo. El caballero Escorpión se incorporó, respirando profundamente y tratando de recuperar el aliento, como si hubiera estado huyendo de aquel ataque que había visto tan real. Permaneció un tiempo con la mirada fija en el fondo de la habitación, en cuya pared proyectaba unos recuerdos que parecían haber quedado lejanos, perdidos en algún lugar del que tal vez no regresarían. El canto de las sacerdotisas de Ryth y sus cuidados, Nora y sus mercenarios, Shyra… Sobre todo, Shyra. Había llegado a quererla como una hija, hasta que un destino traidor los separó. Imaginó que la encontraría en Móstur. Allí nadie la conocía.

Al ponerse en pie, Sílax se sintió cansado. De todas las posadas en las que se había alojado, aquella era sin duda la peor. Los ruidos de la noche, el hedor de la humedad que habitaba en su habitación y un colchón que debía de llevar allí desde que el establecimiento abriera sus puertas por primera vez… Apenas había logrado conciliar el sueño. Y cuando por fin había logrado quedarse dormido, los dragones acudían de nuevo. Al menos, estaba restablecido de sus heridas, aunque aquella vitalidad no le sirviera para encontrar a la chica. Cada vez que sus pasos lo llevaban por las callejuelas de Móstur, escuchaba nuevos e inquietantes rumores acerca de la guerra que estaba por llegar. «Leryon está a las puertas de la ciudad», era lo último que

había escuchado por boca de algunos de los caballeros destinados a custodiar la muralla próxima al barrio donde se alzaban las principales residencias de las casas nobles.

—Cerveza, por favor —dijo al posadero, nada más verlo al otro lado de la barra, con semblante serio. No había nadie más.

—La guerra está a punto de estallar —dijo el posadero, abatido—. Posiblemente, uno de estos días los ejércitos leryones se adentren en la ciudad, quemando cada una de nuestras casas.

—En ese caso, será mejor que eches el cierre y te marches lo antes posible —respondió Sílax tras un primer sorbo—. Huye de la ciudad o toma la espada y únete a quienes no quieren ver la imagen que probablemente ahora estés contemplando en tu mente. Aunque tu establecimiento sea uno de los más próximos al castillo, es posible que no pueda resistir la acometida de esos malnacidos.

—Lo sé, pero aún me quedan unas cuantas cosas por hacer. La primera, dar de comer a los soldados que se acerquen a aprovisionarse de víveres y tomar alimento antes de dirigirse a defender las murallas. La segunda… —dejó a la vista una espada que guardaba bajo la barra —. Aún no tengo claro si me uniré a nuestros ejércitos o esperaré aquí la llegada de mi muerte. Pero te aseguro que no voy a abandonar este mundo en solitario. Me llevaré por delante a varios de esos hijos de puta. Y tú, ¿qué vas a hacer? ¿Te unirás a los ejércitos de lord Belson? Algunos permanecen junto a la muralla. Los helvatios rodean sus templos y ese lugar donde viven la mayor parte de ellos: la Morada.

Al oír hablar de los helvatios, Sílax rememoró una parte de su pasado que había quedado muy atrás, los días en los que había estado a punto de convertirse en uno de los caballeros de la Orden. Fue un recuerdo que pasó de largo por su mente, incapaz de reabrir aquella herida que ya había cicatrizado en su interior.

—Es posible que termine uniéndome a esos ejércitos. Pero antes, tengo que hacer algo —la imagen de Shyra acudió una vez más, hiriendo su corazón.

—Sea lo que sea, date prisa en hacerlo. No nos queda mucho tiempo, amigo.

—Tienes razón —Sílax bebió el contenido de su jarra de una sola vez y extrajo unas cuantas monedas—. Suerte, amigo. Únete a los hombres de lord Belson. Tendrás más posibilidades de salir vivo de esta batalla. De nada te servirá llevarte contigo a unos cuantos leryones si al final te arrastran a la muerte.

Sin esperar una respuesta por parte del posadero, Sílax abandonó la posada. Nada más hacerlo, dirigió la mirada a las torres del castillo, que despuntaban en medio de un paisaje que resultaría realmente

hermoso de no ser por el continuo ir y venir de soldados y lo que ello significaba. El caballero Escorpión se aferró a la empuñadura de su espada, con la sensación de que en las próximas horas sería lo único que habría de preocuparle: tener su arma siempre a mano, dispuesta para hacer frente a los leryones.

Las órdenes de los oficiales le llegaban cada vez más nítidas. Algunos hacían acopio de armas que pudieran ser entregadas a cualquier ciudadano capaz de sostenerla; otros se aprovisionaban de víveres para llevar a quienes hacían guardia. Y cuando el caballero estaba a punto de adentrarse en aquel mar de voces que recorrían la calle en dirección a la fortaleza real, de una de las torres del castillo surgió el inconfundible sonido de una campana que anunciaba el ataque de los leryones. Sílax no recordaba haber escuchado alguna vez su tañido, pero conocía el significado de un estruendo que no tardaría en sembrar el temor entre los habitantes de Móstur.

—¡Fuego! ¡Allí!

—¡El Refugio de los helvatios está siendo atacado!

Las voces de los soldados se multiplicaban. Muchos de ellos accedieron al extremo superior de las murallas que dominaban un paraje cuyo horizonte se veía empañado por las llamas. Dejándose llevar por la rabia y la curiosidad en partes iguales, Sílax corrió junto a algunos de aquellos soldados, subió las escaleras que conducían a las almenas y perdió la vista al otro lado. Las tierras de los helvatios ardían, el humo se propagaba por todas partes, en columnas que ya podían contemplarse desde cualquier rincón de Móstur.

—Esos bastardos han atacado el Refugio —dijo uno de los oficiales a sus soldados—. Los helvatios deberían haberlo abandonado hace días, pero algunos de los clérigos se opusieron a dejar sin atender a cuantos han seguido acudiendo a ellos. Y ahora los leryones han decidido arrasar esas tierras, iniciar su ataque contra enfermos indefensos y quienes se preocupaban por ellos —los ojos del oficial irradiaban una rabia incontenible—. Malditos hijos de puta…

Sílax también sintió que la sangre le hervía al pensar en la crueldad desatada por los ejércitos de Kariosh. Estaba convencido de que, ante todo, lo que buscaban era provocar a los mostures y quién sabe si hacerles cometer el error de dejar salir a parte de su ejército para ir contra ellos. Podrían luchar en un lugar donde las murallas no fueran capaces de ofrecer una ventaja a los soldados de Móstur. La imagen del fuego le trajo el recuerdo de otras llamas muy distintas a aquellas. Instintivamente, miró al cielo; un cielo cubierto por un mar de oscuras nubes que amenazaban tormenta. Sin embargo, la tormenta que temían los mostures acababa de ser desatada. El rey Kariosh había

iniciado su ataque sobre la ciudad y solo era cuestión de tiempo que enviara a sus ejércitos contra las murallas.

—No tardarán en llegar —dijo Sílax al joven oficial que tenía más cercano—. Aunque no veo probable que ataquen por aquí. Los ríos protegen bien este extremo de la ciudad.

—La mayor parte de nuestro ejército se concentra en la Puerta de los Caballeros. Lord Belson está convencido de que es el punto más vulnerable para un ataque frontal.

—Si no os importa, me quedaré con vosotros en las inmediaciones del castillo. Me pondré bajo vuestro mando si así lo creéis conveniente.

El oficial lo miró de arriba abajo. El porte de Sílax y la visión de la espada propia de un caballero convencieron al oficial.

—Mi nombre es Beorth —estrechó el brazo de Sílax—. Soy miembro de la Guardia Real, al igual que lo fue mi padre.

—Yo soy Sílax —respondió el caballero Escorpión—. Nací en Ojos del Rey, pero las circunstancias de la vida me han llevado por caminos lejanos a mi hogar. Podría decirse que soy un caballero errante sin un rumbo fijo. Ahora mis pasos me han conducido aquí, siento la necesidad de ayudar a defender Móstur y acabar con un enemigo que no se detendrá aquí. Así que pongo mi espada al servicio de la Guardia Real para hacer frente a esos malditos leryones.

—De buena gana aceptaría tu ofrecimiento, Sílax, pero en primer lugar tendría que consultarlo con el senescal para que… —el oficial dudó—. En fin, lord Belson está muy ocupado en estos momentos. Bienvenido a la Guardia Real, Sílax. En estos momentos, nuestra prioridad es la defensa de la muralla, pero si los leryones consiguen adentrarse en la ciudad nuestro cometido es proteger la fortaleza real y a nuestro senescal.

—En ese caso, permaneceré en las inmediaciones del castillo, esperando el momento de servir a lord Belson del modo en que creáis conveniente.

Beorth asintió, sorprendido por la entereza con que el caballero se había ofrecido a luchar junto a ellos, en unas circunstancias en las que otros, en su lugar, hubieran aprovechado para dejar una ciudad que no era la suya.

Sílax creía conveniente no alejarse de las inmediaciones del castillo, donde podría moverse por allí con mayor libertad. La visión del ataque al Refugio le hizo olvidarse por un momento de Shyra. Imaginó que la muchacha habría escapado en dirección norte, donde la guerra no pudiera alcanzarla, al menos antes de llegar a Móstur. Si Leryon conquistaba la ciudad, no tardaría en ocupar las poblaciones

de los alrededores y, finalmente, toda la comarca. No estaba dispuesto a consentirlo. Las escenas que tenían lugar a su alrededor, con todos aquellos soldados dispuestos para la batalla, terminaron por convencerlo de que debía buscar su lugar entre ellos. Había sobrevivido a su encuentro con los dragones, ¿por qué no habría de sobrevivir al enfrentamiento con Kariosh y sus ejércitos? Los helvatios tenían puesta su confianza en Athmer. Sílax carecía de esa fe que lo impulsara. Su firme voluntad y su sentido del honor determinaban sus decisiones más vitales. Aquella lo era. Y con cada segundo que pasaba en compañía de los soldados, sentía renovadas las fuerzas de antaño. Sílax, el errante, estaba a punto de ocupar el lugar que le correspondía, como caballero al servicio de Móstur.

—Muchacho, deja que te ayude —dijo a un soldado que pasó junto a él, portando un par de sacos. Eran muchos los que participaban en los preparativos para un posible ataque.

El soldado accedió y compartió su carga con Sílax, que se mostraba feliz por volver a sentirse útil a los demás. Atrás habían quedado sus días más sombríos y solitarios, y aunque la amenaza de la guerra era motivo suficiente para ensombrecer el ánimo de cuantos se encontraban en el interior de la ciudad, Sílax se sintió más vivo que nunca.

—Lord Belson —uno de los oficiales saludó al senescal que, como cada día, hacía una última revisión del estado en que se encontraban las defensas más próximas al castillo. Como si quisiera hablar con cada uno de los soldados, lord Belson acostumbraba a intercambiar breves palabras con aquellos que encontraba a su paso. Esta vez no fue así. El senescal caminaba apresuradamente, buscando a alguien.

Al ver al noble, Sílax sintió el impulso de presentarse ante él, incluso de preguntarle por Shyra. Quizá en algún momento él la habría recibido en el castillo, o al menos habría oído hablar de ella. Fue un pensamiento desesperado que no tardó en desvanecerse. El inicio de la batalla contra Leryon no era el momento más apropiado para semejante cuestión.

—Beorth —Lord Belson se detuvo junto al oficial de la Guardia Real, con quien inició una conversación en voz baja que, a juzgar por los gestos de uno y otro, debía de ser de gran importancia.

—Los leryones han llevado a cabo una masacre en el Refugio —dijo lord Belson—. Han quemado los cultivos de los helvatios, pero parece que la construcción sigue intacta, como si fueran a establecer en ella un cuartel desde donde lanzar un nuevo ataque.

—Deberíamos enviar a alguien capaz de asegurarse de cuáles son los movimientos que están llevando a cabo, dónde ejecutarán su

próximo ataque —aconsejó el oficial.

—Tal vez —asintió el senescal—. Nos vendría bien ese tipo de información en mitad de tanta incertidumbre. La ciudad rebosa de temor y sería importante poder tomar decisiones acertadas. Pero… ¿a quiénes podríamos enviar?

En ese momento, la mirada del oficial tropezó con Sílax.

—Tal vez…

—¡lord Belson! —la voz de un soldado interrumpió la conversación —. Los leryones se preparan para atacar la Puerta de los Caballeros… Desde la muralla han visto el avance de las catapultas.

—Está bien… —Lord Belson reaccionó de inmediato. Sentía prisa por dirigirse hacia aquel otro extremo de la muralla—. Beorth, te dejo al mando de cuantos se encuentran aquí. Me llevo a algunos de nuestros soldados. No descuidéis este punto de la muralla. Quizá solo se trate de una maniobra de distracción.

—Como ordenéis, lord Belson.

—Cuida bien de ellos —puso su mano sobre el hombro del oficial —, y no perdáis de vista cuanto pueda suceder al otro lado. Nos vemos pronto, amigo.

lord Belson no se entretuvo por más tiempo y echó a correr. En ese preciso instante, la campana del castillo volvía a tañer, avisando a toda la ciudad del ataque de los leryones.

En cuanto Beorth se dio a vuelta, su mirada tropezó con la de Sílax.

—¿Qué ocurre? —preguntó el caballero.

—Los leryones se dirigen a la Puerta de los Caballeros —el oficial se ajustó el casco—. Ahora sí, la batalla ha comenzado.

CAPÍTULO 18: CERCA DE MÓSTUR

Kariosh llegó al campamento donde sus ejércitos aguardaban instrucciones. A diferencia de él, Grimward había decidido quedarse en el Refugio, tomado como cuartel al cargo de Torgush. El presthe permanecería allí el tiempo suficiente como para interrogar a Yar Gregor. Una vez que extrajera de él la información que precisaba, dejaría que Torgush y sus lacayos se dieran un nuevo festín de sangre.

La presencia de Grimward intimidaba a cuantos se encontraban con él, por lo que el rey de Leryon se sintió aliviado al poder prescindir de su presencia en el momento de iniciar el ataque sobre las murallas. Aun así, Grimward ya le había aconsejado el modo de hacerlo. No debía enviar todo su ejército a la Puerta de los Caballeros. Sería conveniente enviar refuerzos al Refugio. Probablemente los mostures intentarían recuperar aquella posición en una maniobra de importancia menos estratégica y más psicológica para el transcurso de la batalla.

Kariosh se encontraba exultante. La visión del fuego en torno al Refugio, así como la posterior ausencia de Grimward, habían generado en el monarca de Leryon un estado de excitación que habría de prolongarse con el anuncio del definitivo avance contra las murallas.

Con el deseo de partir hacia la batalla, Kariosh se encaminó al lugar en el que se encontraban las máquinas de asedio. Torgush se había quedado en el Refugio, pero su extraordinaria obra se alzaba poderosa frente a unos ejércitos que, al escuchar el movimiento de las catapultas, verían confirmadas sus sospechas. Había llegado el momento de atacar Móstur.

Las máquinas de asedio ya se habían puesto en marcha cuando Kariosh se dirigió a sus oficiales.

—Durante días habéis aguardado con impaciencia el momento de atacar la ciudad de Móstur. Desde el momento en que pusimos nuestros pies en esta tierra, no han dejado de sumarse guerreros venidos del este. Nuestro ejército ha ido creciendo en guerreros y también en poder —Kariosh extendió el brazo, con la mirada fija en el paso de las catapultas y torres de asedio junto al campamento— y

estamos en disposición de recuperar lo que un día fue nuestro. Con el paso de los años, nuestras relaciones con Móstur han ido cambiando, pero hemos permitido que mantengan el poder sobre unas tierras que no les pertenecen. ¡No les pertenecen! —gritó—. Las han conservado hasta ahora por culpa de la desidia de unos gobernadores conformistas.

Los oficiales se miraban entre ellos, intercambiando algunos gestos que Kariosh supo interpretar.

—Sí, también mi padre fue uno de esos reyes que, para evitar la guerra, eligió mirar a otro lado mientras nuestros enemigos se reían en nuestra cara. Pero ha llegado el día de escribir una página gloriosa en nuestra historia. Ha llegado el momento de tomar lo que nos pertenece. Recuperemos nuestras tierras y expulsemos a ese dios de la Luz y sus servidores, para siempre.

Los oficiales respondieron alzando los puños. Detrás de ellos se habían ido agolpando los soldados de Kariosh, convencidos de que su rey los conduciría a la victoria definitiva sobre Móstur. Con cada frase, los gritos de aprobación se multiplicaban y atraían a más soldados. El rey, ebrio de poder y confianza, descubrió el efecto que estaban causando sus palabras, un creciente griterío que derivaría en un ensordecedor cántico de guerra.

—¿Escucháis eso? —dijo Drisz a cuantos lo acompañaban—. Parece que llegamos justo a tiempo para la batalla. Deberíais darme las gracias: os he ahorrado un discurso que seguramente ha inundado de coraje a los que perderán la vida en primer lugar, cuando su locura los impulse a acercarse demasiado a una muerte segura bajo las murallas.

—Y nosotros, ¿qué haremos?

—Ya sabéis que nos hemos visto obligados a venir a Móstur para saldar la deuda de lord Bastian y evitar que su hijo sufra algún daño. El rey Kariosh es tan inteligente como cruel. Y ahora, como de costumbre, debemos poner nuestras vidas en peligro por culpa de esos nobles incapaces de tomar una decisión correcta.

—Al menos habrá venido lord Bastian…

—Ni lo sé ni me importa —Drisz interrumpió a uno de sus oficiales —. Lo único que tengo claro es que, por fortuna para nosotros, hay un montón de imbéciles en ese ejército, numerosos estúpidos capaces de dar su vida por honor… ¿Qué sabrán esos infelices lo que es el honor?

—Entonces, ¿no nos uniremos a ellos? —preguntó otro de sus guerreros, convencido de que su líder tenía un plan muy distinto al que se esperaba que llevaran a cabo.

—¿Unirnos a los idiotas que formen en las primeras líneas? —Drisz se echó a reír—. Por supuesto que no. No voy a enviaros a la muralla

mientras haya otros que puedan hacerlo por nosotros. Escuchad —el griterío les llegaba más cercano a medida que se aproximaban a la entrada al campamento—. Están invocando a la muerte… Y la muerte se llevará a muchos de ellos. Si el rey Kariosh decide enviarnos a la batalla, encontraremos algún modo de eludir esos primeros enfrentamientos. No me acercaré a las murallas de Móstur hasta que vea abierta una brecha por la que se adentren centenares de los soldados de Kariosh. Solo entonces alcanzaremos el interior de la ciudad y, si es necesario, lucharemos y saquearemos a nuestro antojo.

—¿Y si nos encontramos con los helvatios?

Aquella pregunta provocó dudas en Drisz. A otros, tal vez los acabaría matando, pero no estaba dispuesto a enfrentarse a Zen Varion y Darreth. Tenía claro que los dejaría escapar.

—No vamos a encontrarnos a esos helvatios —dijo, con una rotundidad con la que intentaba convencerse sobre todo a sí mismo—. Han suplicado a su dios que no nos encontremos en la batalla. Y se ponen muy pesados con sus súplicas. Athmer les hará caso con tal de que le dejen en paz. Ahora, muchachos, poned cara de querer matar mostures, que estamos a punto de alcanzar la entrada y tenemos que fingir ansiedad por entrar en combate.

Las risas de los kadaríes se acallaron en el momento de presentarse ante los guardias que custodiaban el campamento.

—Somos el ejército de lord Bastian —dijo Drisz—. Parece que hemos llegado justo a tiempo.

—Llegáis tarde —respondió el oficial que estaba al mando—. Hace dos o tres días que os esperamos.

—El camino es largo, amigo. Y tenemos que estar descansados para la batalla.

A un gesto del oficial, los guardias que custodiaban la entrada se hicieron a un lado, dejando el paso libre a los kadaríes.

—¿No vais a anunciar nuestra llegada? —inquirió Drisz a uno de aquellos soldados. Ninguno de ellos abandonó su puesto.

«Menuda hospitalidad de mierda», pensó para sí mismo, con una sonrisa que contagió a los que tenía más cercanos.

—Espero que al menos nos ofrezcan algo de comer —dijo el kadarí nada más poner los pies en el campamento—. No podemos ir a la batalla con los estómagos vacíos. ¿Estáis preparados muchachos? —miró hacia atrás, contemplando la fila de soldados que lo seguían—. Bien, recordad cuanto os he ido diciendo durante el camino. Hacedme caso y pronto estaréis de regreso triunfal a vuestros hogares.

La arenga del rey Kariosh había llegado a su fin. Para sorpresa de Drisz, los leryones fueron abandonando el campamento, acompañando

el lento avance de las catapultas.

—Podremos comer algo antes de alcanzarlos —dijo, convencido de que tendrían tiempo suficiente—. Agrupaos en torno a estas tiendas y esperad. Ya que no han anunciado nuestra llegada, me presentaré ante el rey.

Caminando entre los soldados leryones, Drisz se dirigió al centro del campamento, donde imaginó que se encontraría la tienda del monarca. Lo encontró rodeado de sus hombres de confianza, de los que Kariosh se separó nada más reparar en la presencia de Drisz.

—Pensé que no vendríais a tiempo para la batalla —dijo el rey, con voz severa.

—Mis hombres y yo siempre llegamos a tiempo, majestad —replicó el kadarí—. No me gusta que se cansen demasiado antes de una batalla. ¿Dónde está *Sir* Arthur? Esperábamos encontrarnos con él antes de partir a la guerra.

—*Sir* Arthur ha muerto —respondió Kariosh. Nada más escuchar su nombre, había sentido una punzada en su interior. El recuerdo de su muerte era aún demasiado doloroso.

—¿Muerto?

—Así es. Intentamos adentrarnos en la ciudad desde las inmediaciones del río. Una vez atravesada la muralla gracias a una entrada secreta, los mostures nos sorprendieron. Se llevaron a *Sir* Arthur y lo ejecutaron en público, para disfrute de todos los habitantes. Debemos arrasar esta ciudad, Drisz —la mirada de Kariosh estaba cargada de odio—. Debemos arrasarla hasta sus cimientos y, si es necesario, acabar con todos sus habitantes.

—Bien —respondió el kadarí—. Porque mis hombres están sedientos de sangre. No hemos detenido la marcha en las últimas horas, por lo que tienen el estómago vacío y quería preguntaros si…

—Tenéis una hora. Comed y alcanzad a mis ejércitos. En cuanto las catapultas ocupen sus posiciones, lanzaremos el primer ataque sobre las murallas de Móstur. Estaré en mi tienda. Ven a verme en cuanto termines y te daré instrucciones precisas.

—De acuerdo, majestad. Gracias por vuestra comprensión.

Drisz dejó al rey a solas, satisfecho por haber conseguido lo que quería: demorar el avance de los suyos y así ganar tiempo para ir analizando la situación a medida que se aproximaban a las fuerzas de un ejército deseoso de entrar en combate.

Los kadaríes podrían comer, beber y reír durante el tiempo que les fue concedido, mientras su líder valoraba las fuerzas con las que Kariosh había decidido iniciar la guerra. Eran más de las que inicialmente había creído que encontrarían a su llegada. Las

catapultas y torres de asedio avanzaban lentamente, pero con una sorprendente firmeza que logró convencer a Drisz de que las murallas de Móstur no lograrían frenar su avance. Aun así, sus prioridades eran dos: minimizar el riesgo de muerte en el combate y evitar el encuentro con Zen Varion y Darreth. Había visto en aquellos helvatios algo que no lograría encontrar entre los hombres de Kariosh, estúpidos guerreros incapaces de distinguir los momentos en los que la crueldad debe dejar paso a la compasión. Desde su llegada al campamento, se había percatado de que todos aquellos soldados estaban dominados por un deseo común: la destrucción de la ciudad. No conocía a ninguno de ellos mejor de lo que había llegado a conocer a *Sir* Arthur. Sintió lástima por la pérdida del único que podría haber actuado con la suficiente prudencia. Kariosh resultaba demasiado impetuoso y *Sir* Arthur bien podría haber contribuido a elaborar una estrategia adecuada para el ataque. Sin él, las posibilidades de éxito se reducían. Quizá lograran atravesar las murallas de Móstur. De haber seguido con vida el caballero, el coste de vidas humanas sería muy inferior. Drisz estaba seguro de ello. Kariosh no escatimaría en sacrificar las vidas de sus soldados. Lo único que importaba era la destrucción de Móstur.

Tras sus más profundas reflexiones sobre los difíciles momentos que le aguardaban, Drisz regresó a los suyos y bastó una de sus sonrisas para borrar de su rostro todo sentimiento de preocupación y duda.

—Una última comida antes de ir a la batalla —dijo alegremente mientras repartía la mirada entre los que tenía más cercanos—. Saciad vuestros estómagos y agotad las últimas risas antes de atacar Móstur. Y, sobre todo, no os separéis y estad bien atentos a mis instrucciones. Por muy caóticas que os puedan parecer las escenas que encontréis, permaneced unidos y atentos a mis palabras.

Para sorpresa de Drisz, fue el propio rey Kariosh quien se dirigió a ellos cuando estaba a punto de expirar el plazo que se les había concedido. Nada más verlo, el líder kadarí salió a su encuentro.

—Majestad, mis hombres están dispuestos para la batalla…

—Bien —el rey paseaba la mirada por el ejército recién llegado—. Veo que ya estáis preparados para entrar en combate —el rey tomó del brazo a Drisz y lo llevó aparte—. Sin embargo, tengo un plan para tus hombres distinto al del resto del ejército. Son muchos los hombres que me acompañarán hasta la entrada de Móstur que tenemos previsto atacar: la Puerta de los Caballeros. Necesitaré una facción que se dirija a otro punto desde el cual podremos lanzar otro ataque que no sé si resultará más imprevisto, pero quizá sí más eficaz, una vez que las

catapultas empiecen a destruir las murallas de la ciudad. ¿Sabes dónde se encuentra el Refugio?

—Sí, majestad —contestó Drisz, con determinación. Le atraía la idea de alejar a sus hombres del lugar donde se concentraría el ataque de los leryones—. He consultado algunos mapas, he estudiado aquellos puntos de la ciudad que podrían resultar más vulnerables…

—Dirígete al Refugio —a Kariosh no parecía importarle demasiado todo lo que Drisz hubiera estudiado acerca de Móstur—. Pregunta por Torgush y asienta allí tu ejército. Recibiréis precisas instrucciones para atacar el extremo de la muralla más cercano a esa construcción de los helvatios. Tan solo necesitaréis escalas y la luz de la luna para acceder al interior de Móstur. Marchaos ya. Nos veremos en el interior de la ciudad, en la marcha definitiva contra lord Belson, sus helvatios y todo mostur que se interponga en nuestro camino hacia el castillo. Los estandartes de nuestras tierras ondearán en las torres de la fortaleza real el mismo día en que caiga el senescal, sus oficiales y caballeros.

—Sí, majestad. Partiremos de inmediato.

Kariosh desapareció y Drisz se quedó a solas. Durante unos segundos, dio gracias a cualquier dios que pudiera existir por aquella decisión tomada por el rey. Ocuparían el Refugio, un lugar libre de enemigos; libre de peligro.

Se equivocaba. Ninguno de los kadaríes habría sido capaz de imaginar el mal que allí encontrarían.

CAPÍTULO 19: EL REFUGIO

El Refugio había quedado convertido en un cuartel ocupado por los ejércitos de Kariosh, cuya primera orden fue la destrucción de todos aquellos símbolos de Athmer que pudieran encontrarse en cualquiera de las múltiples estancias del edificio. Los cuerpos de las víctimas de la masacre fueron amontonados en el exterior y quemados en una hoguera en la que también se arrojaron numerosos libros y vestimentas con los que las llamas serían alimentadas a lo largo de todo un día.

Torgush se encontraba al mando. Él y sus hombres de confianza se alojaban en el segundo piso, donde el herrero había terminado con la vida de Zen Galath. Aún recordaba la última mirada del helvatio antes de descargar sobre él toda la furia que guardaba en su interior. Tenía a su cargo la vigilancia del único prisionero con vida que se encontraba en el Refugio. Yar Gregor permanecía encerrado en una de las pequeñas estancias ubicadas en el último piso, donde se encontraban las habitaciones más sencillas que habían pertenecido a los zenlores y novicios. Apenas lograba percibir la luz del sol a través de un sencillo ventanuco abierto en la parte alta de la pared. La habitación permanecía continuamente vigilada y los soldados de Leryon tenían prohibido su acceso al interior.

Zen Grimward recorrió el largo pasillo que le conduciría hasta el prisionero. Caminaba lentamente, como si aún estuviera pensando las palabras con las que se dirigiría al caballero. Una mirada suya bastó para que el vigilante que custodiaba a Yar Gregor le abriera la puerta de la estancia.

El caballero helvatio se encontraba sentado en el otro extremo de la habitación, con las manos atadas y el rostro hundido entre sus rodillas. Tras una noche sin poder dormir, sus pensamientos más sombríos le indujeron a convencerse de que aquel sería su último día de vida.

—Yar Gregor, el más leal de los caballeros helvatios —dijo Grimward, acercándose lentamente al cautivo—. Has cometido toda clase de crímenes en el nombre de Athmer, creyendo tal vez estar

cumpliendo su voluntad. Y todo, para acabar en manos de quienes se encargarán de expulsar de estas tierras al dios de la Luz, una vez que Móstur sea reducida a escombros y sobre sus ruinas se alce una ciudad próspera al servicio de Lorwurn.

—Te subestimé, Grimward —respondió Yar Gregor, con tono calmado—. Siempre supe que eras un gran hijo de puta. Pero nunca creí que fueras capaz de hacer algo así: traicionar la fe de Athmer y volverte en contra de tu pueblo.

—Tú mismo te volviste en contra de una gran parte del pueblo; esa parte que no echará de menos a los helvatios.

—Hiciste bien tu trabajo, me convertiste en un asesino.

—Te convertí en lo que necesitaba que fueras, para que los mostures se volvieran contra Athmer al contemplar su crueldad…

—¿Te parece cruel lo que hacíamos los helvatios en un lugar como este, donde acudían aquellos que no tenían nada? Aquí se les daba una nueva vida, una segunda oportunidad. Y tú ordenaste matarlos a todos. ¿Tan desesperado está tu rey que teme incluso a aquellos que ni siquiera le pueden hacer frente? Mujeres, niños, enfermos y unos clérigos desarmados cuya ayuda desinteresada los ha conducido a una muerte cruel.

—El ataque a este lugar solo ha sido una pequeña muestra de lo que espera a todos aquellos mostures que se opongan a Lorwurn. Tal vez algunos sean perdonados. La mayoría acabarán como vuestros queridos clérigos, como Zen Galath.

Grimward sonrió al recordar la visión del cadáver del zenlor, una visión que había decidido compartir con Yar Gregor. Antes de ser encerrado, el caballero se había visto obligado a presenciar los cuerpos sin vida de los clérigos y novicios masacrados por Torgush y sus esbirros, tal vez como una amenaza a lo que le esperaba al resto de los helvatios.

—¿Sabes por qué te he obligado a presenciar sus cadáveres? —Grimward se recreaba con cada una de sus frases.

Yar Gregor no respondió. Tan solo dirigió una mirada de odio al presthe, que continuó hablando.

—Tu destino será el mismo que el de ellos, si no colaboras.

—¿Y cómo debería colaborar? ¿Ayudándote a llevar a cabo más masacres como esta? En ese caso, puedes ir llamando a ese grandullón que ahora tienes por verdugo, para que coja su hacha y acabe conmigo, ya que tú no tienes el valor suficiente para hacerlo.

Grimward estalló en una sonora carcajada.

—No voy a pedirte que sigas matando, Gregor. Ya no es necesario que tomes tu espada y acabes con la vida de quien yo te ordene, como

hacías en Móstur. Lo que te pido es mucho más sencillo. No necesito más que una información que sin duda tú debes conocer bien.

—Y una vez que te dé esa información, ¿podré irme? —el caballero dejó escapar una irónica sonrisa—. ¿Me dejarás marchar? No creo que tus amigos lo permitan. Algunos de ellos ya me habrían matado.

—En este momento, tan solo yo soy capaz de garantizarte seguir a salvo de Kariosh y sus ejércitos, de modo que espero tu máxima colaboración, por el bien de ambos y, sobre todo, por tu propia integridad. No me gustaría tener que ordenar tu muerte.

—¿De qué información se trata? ¿Buscas un modo sencillo de alcanzar el interior de la ciudad? No creo que pueda ayudarte en eso. Nunca he sentido un interés especial por la estrategia defensiva de monarcas y senescales.

—No se trata de eso, sino de algo más bien relacionado con tu fe. Siempre te vi como alguien de fe, Gregor. Bajo esa apariencia de hombre duro e imperturbable se esconde una devoción por tu dios que fue la que te llevó al arrepentimiento de tus crímenes. Al parecer, no has sido capaz de acallar tu conciencia acusadora. Tu alma no está tan maldita como creía.

—En cambio, tú ni siquiera pareces tener alma o conciencia. Tu maldad no conoce límites.

—Tal vez mi maldad no conoce límites para con mis enemigos. Pero tú no tienes por qué ser uno de ellos —Grimward se acercó más aún—. Hay algo que necesito de ti. Como caballero helvatio, algo habrás leído acerca de los Textos Sagrados y sus profecías. Una de ellas hablaba del enviado de Athmer, de cómo se haría presente entre los hombres. Nadie mejor que tú conoce a los helvatios, pues siempre has sabido moverte entre ellos y los nobles, estando al lado del poder de unos y otros conociendo sus ambiciones. Por eso, nadie mejor que tú para identificar al enviado del dios de la Luz. Estoy convencido de que sabes quién es y cuáles son sus designios. En realidad, ni siquiera me importa esto último. Solo quiero identificar a ese enviado. Dime quién es y te perdonaré la vida.

—¿Por eso asesinaste al Gran Maestro? —inquirió Yar Gregor—. Creías que era él y acabaste con su vida. Pero él no era, y ahora necesitas que ponga algo de luz en la confusión que se cierne sobre ti. No voy a darte ningún nombre, Grimward. Tendrás que matarme.

—Todavía estás muy afectado por todo lo que has tenido que ver nada más llegar a este lugar. Pero recuerda que puedes evitar una muerte como la que han sufrido tus amigos.

—¿Me dejarás marchar si te digo ese nombre? —Yar Gregor sonrió —. No me permitirás escapar, porque sabes lo peligroso que puedo

llegar a ser. En cuanto hable, ordenarás mi ejecución.

Se hizo el silencio; un silencio que el caballero temió que fuera quebrado bruscamente por Grimward al solicitar la presencia de Torgush. Imaginó que sería ejecutado allí mismo.

—Dejaré que lo pienses mejor —dijo el presthe—. Te daré algo de tiempo para que recapacites. Mañana, al anochecer, vendré de nuevo a verte —Grimward acercó su rostro al del caballero— y me darás ese nombre o morirás del modo más horrendo que puedas imaginar.

Tras su amenaza, el presthe se separó de Yar Gregor, acercándose a la puerta.

—Mañana, al anochecer —dijo antes de desaparecer al otro lado.

La puerta se cerró de forma brusca. Yar Gregor quedó nuevamente a solas, confuso por las palabras del presthe y, sobre todo, por algo extraño que pudo descubrir en su mirada. Había odio, pero también temor. Quizá Grimward tenía miedo de que ese enviado pudiera sorprenderlo, atacarlo cuando menos lo esperara. Tal vez fuera el único capaz de acabar definitivamente con Grimward. Recapacitó sobre las palabras del presthe. La imagen de Darreth le vino a la memoria. La transformación sufrida por el novicio no parecía un proceso que pudiera explicarse de un modo racional. Si alguno de los helvatios pudiera ser considerado el predilecto de Athmer, su enviado, muchos habrían pensado en Therios; y nadie repararía en que uno de los más humildes siervos de Athmer pudiera resultar el escogido. Yar Gregor intuyó que esa era la forma de pensar propia de los hombres. Pero ¿quién conoce la voluntad de los dioses?

En medio de aquella incertidumbre, la posibilidad de que Athmer pudiera intervenir en la salvación de Móstur le pareció una luz esperanzadora, al menos para la Orden Helvatia y los mostures. No para él, que ya estaba sentenciado. Su silencio sería también su condena. Grimward lo ejecutaría al siguiente anochecer. Tal vez antes.

Se escucharon unas pisadas en el exterior, pasos que se detuvieron frente a la puerta. Quizá Grimward había cambiado de idea.

La silueta que apareció ante Yar Gregor no era precisamente la del presthe, sino la de alguien cuya apariencia resultaba aún menos afable y más tosca. El caballero aguardó en silencio, esperando las primeras palabras del recién llegado.

Torgush entró en la estancia, portando un plato de comida para el prisionero.

—Grimward cree que un poco de comida te vendrá bien para poner en orden tus pensamientos y reflexionar sobre lo que más te conviene en estos momentos. Tienes suerte de que ese extraño hombre quiera mantenerte con vida. Si por mí fuera, acabarías como todos los

que se encontraban en este lugar en el momento en que llegamos mis hombres y yo.

—No eres más que un malnacido sin escrúpulos ni moral —respondió Yar Gregor, con voz calmada y una sonrisa burlona—. Y muy pronto llegará tu hora.

—Eres tú quien se encuentra en sus últimas horas. Mañana, al anochecer, serás ejecutado delante de todos mis soldados. De buena gana me encargaría yo mismo de torturarte hasta la muerte, pero creo que Grimward no va a concederme ese honor. En cualquier caso, disfrutaré viéndote morir —dejó el plato cerca del helvatio—. Espero que saborees esta deliciosa carne. Podría ser tu última comida.

Torgush se apartó, sin perder de vista al prisionero, cuya expresión no era precisamente la de alguien consciente de atravesar sus últimos momentos.

—Ese Grimward me tiene intrigado. Se presentó en el campamento como si fuera uno de los vuestros, y luego debió de obrar algún prodigio en nombre de Lorwurn. Dicen que es un enviado, y hay quien lo considera como un dios. Pero yo no creo en los dioses.

—¿En qué crees, entonces?

—Creo en mi hacha —respondió el herrero, con una estruendosa sonrisa—. Aquel que ve de cerca mi hacha sabe que está a punto de morir, por mucho que rece a su dios.

—¿Tampoco crees en Lorwurn?

—A diferencia del rey Kariosh, yo no he venido hasta aquí para cumplir la voluntad de Lorwurn. Estoy aquí para obtener riquezas, y para arrancar las vidas de los mostures. Me da igual lo que hagan con tu ciudad, si es que queda algo de ella cuando la hayamos arrasado. Acabaremos con vuestros templos y construcciones, y mataremos a todos los clérigos, caballeros y jóvenes de vuestra orden. Y voy a disfrutar haciendo todo eso.

Los ojos de Torgush brillaban mientras su boca continuaba profiriendo amenazas contra Yar Gregor y todos los helvatios. El caballero no se amedrentó frente a las palabras de aquel individuo de tosca apariencia y alma oscura. Alguien que disfrutaba así con el sufrimiento ajeno merecía la muerte más horrible que se pudiera imaginar. De presentársele la ocasión, Yar Gregor le daría su merecido. Pero estaba atado de pies y manos, apenas podía moverse lo suficiente como para comer la carne que le había sido servida. A pesar del odio que lo invadía, mantuvo siempre una expresión serena que parecía intranquilizar al herrero.

—Tal vez venga mañana a hacerte otra visita. Antes, preguntaré a tu amigo Grimward si realmente te necesita de una sola pieza. Para

darle esa valiosa información que parece precisar de ti, no creo que te resulten de utilidad las manos. O tal vez me permita mutilar uno de tus pies. No te imaginas cuánto me gustaría verte sufrir.

—Grimward no permitirá que me pongas la mano encima. Y si lo haces, te mataré. Me las apañaré para conseguirlo, porque miserables como tú solo merecen la muerte. Y ahora que ya has cumplido con tu cometido, lárgate de aquí. Me gustaría un poco de calma mientras disfruto mi última comida… mi última comida en este lugar.

Aquellas palabras sorprendieron a Torgush, que se vio tentado de dirigirse al helvatio, arrojar su plato al suelo y darle una paliza hasta que el dolor se propagara por cada uno de sus huesos y músculos. Por desgracia, no podía hacerlo. Debía cumplir de manera estricta las órdenes de Grimward.

—Mañana, al anochecer, tendré mi oportunidad… —dijo Torgush —. Y no habrá dios que te libre del sufrimiento que te aguarda.

—Hasta entonces, déjame en paz —replicó Yar Gregor, ignorando aquellas amenazas.

Torgush se dio media vuelta y nada más marcharse cerró la puerta con fuerza, provocando un estrépito cuyo eco se propagó por la galería en la que también se perdían sus pasos.

Antes de que pudiera atravesar el pasillo, uno de sus hombres salió a su encuentro.

—Tenemos visita —dijo con voz seria.

—¿Quién se atreve a acercarse por aquí?

—Kadaríes. Al parecer, los envía el rey Kariosh.

Torgush frunció el ceño. No le gustaba la presencia de otros hombres en el Refugio, por mucho que estos fueran enviados del rey para aumentar el número de tropas asentadas en aquel punto. Se había acostumbrado demasiado a ser él quien diera las órdenes, algo que llevaba haciendo desde el mismo instante de poner los pies en la construcción. No quería compartir el mando con nadie más. Además, no le gustaban los kadaríes. Le parecía gente de la que no se podían fiar, quizá por algunas de sus costumbres tan distintas a las propias de los habitantes de Leryon.

—Decidles que aguarden a la entrada —respondió en un tono severo—. No quiero ver a ninguno de ellos poniendo los pies en esta fortaleza, que ahora es nuestra. Que esperen. Yo mismo les indicaré dónde deben establecerse.

Al verse nuevamente solo, Torgush continuó dando forma a sus pensamientos dispersos. En su interior todavía resonaban las voces de todos aquellos a los que había matado a su paso por las estancias del Refugio. Habían quemado sus cuerpos, pero en algunas de las

habitaciones los restos de sangre aún evidenciaban la crueldad desatada por el herrero y sus fieles seguidores, que ahora custodiaban la construcción, haciendo de ella un castillo gobernado por el propio Torgush, convertido en general único, una labor que le resultaba más gratificante que la llevada a cabo anteriormente, al servicio de Kariosh con la construcción de unas armas de asedio que en ese momento se encontraban casi en el extremo opuesto de la ciudad.

El herrero había establecido sus aposentos en la estancia más amplia de la segunda planta. Contemplaba los alrededores desde un amplio ventanal que le otorgaba generosas vistas de las tierras situadas en el extremo opuesto a las murallas de Móstur; un paraje que, como una herida que deja de sangrar y termina cicatrizando, dejaba al descubierto las consecuencias del ataque llevado a cabo contra los helvatios. El humo se había desvanecido, las tierras quemadas formaban un grisáceo manto de cenizas visibles desde la lejanía. Torgush sonrió al contemplar aquel paraje desolado, y se puso en camino para recibir los refuerzos enviados por Kariosh.

Drisz y sus acompañantes permanecían a la espera de un recibimiento que se demoraba demasiado. El kadarí descubrió pronto que su presencia en el Refugio no era del agrado de sus nuevos ocupantes. Lejos de disgustarle, le pareció una oportunidad para continuar retrasando el momento de entrar en combate. A su alrededor no creyó encontrar soldados que estuvieran preparándose para avanzar contra las murallas. Le pareció que más bien estaban estableciendo allí un puesto de vigilancia, quizá para frenar la huida o el ataque de quienes pudieran tratar de eludir el enfrentamiento que pronto tendría lugar en la Puerta de los Caballeros.

Cuando la mirada de Drisz tropezó con la del herrero, aquellas sospechas se confirmaron. Torgush no le pareció un hombre capaz de establecer una estrategia en la batalla, o alguien capaz de liderar un ejército destinado al asalto de la ciudad. La conversación entre ambos le ayudaría a comprender mejor las verdaderas intenciones de aquel grandullón de aspecto tosco y terco carácter.

—Mi nombre es Drisz —dijo, con una serenidad que incomodó a su interlocutor—. Kariosh nos envía… para fijar aquí nuestro campamento, de modo que podamos entrar en combate lo antes posible ante un posible ataque de los mostures.

Durante el breve silencio que siguió a sus palabras, ambos líderes se miraron a los ojos. Para entonces, Drisz ya tenía claro adónde quería llevar la conversación. Torgush únicamente vio en aquel hombre a alguien capaz de cuestionar su liderazgo. No quería tenerlo cerca.

—¿Aquí? —miró a su alrededor—. Concretamente, ¿dónde? ¿En este edificio?

—Venimos de un largo viaje y lo que menos queremos es importunaros con nuestra llegada, o interrumpir vuestro trabajo. Veo que habéis reforzado el perímetro de esta construcción, un trabajo que vuestros hombres están llevando a cabo de forma incesante, por lo que he podido comprobar. Podríamos establecer aquí nuestro campamento, si os parece bien —Drisz señaló unas tierras demasiado próximas al Refugio, intuyendo cuál sería la reacción de su interlocutor.

—No, aquí no —contestó Torgush, en un tono cortante—. Allí —señaló en dirección a las tierras que él y sus guerreros habían quemado.

—Os referís a… los campos más allá de esos terrenos quemados y baldíos, ¿verdad?

Torgush asintió.

—Sí. Precisamente esos campos. Allí podréis establecer vuestro campamento, al menos hasta que llegue la hora de enfrentarnos a los mostures, si es que Kariosh deja alguno con vida.

Drisz fingió una sonrisa cómplice con aquel individuo que le pareció tan soberbio como estúpido.

—Bien. En ese caso, me llevo allí a mis hombres. Estableceremos turnos de guardia para no perder de vista lo que suceda en la ciudad, ahora que el rey parece decidido a atacar. Nos vemos pronto.

Sonriendo para sus adentros, Drisz se dirigió a sus hombres, dando las oportunas instrucciones que habrían de seguir para establecer el campamento lo suficientemente lejos de Torgush y su indeseable compañía. Su plan de evitar la batalla se desarrollaba incluso mejor de lo que él mismo hubiera podido planear. Tras un largo viaje, nada como un lugar apartado donde poder descansar y dejar pasar el tiempo, viendo cómo se desarrollaban los acontecimientos. El mayor peligro estaría en un posible ataque de los mostures. Le pareció improbable que, estando ocupados en la defensa de las murallas frente a la acometida de Kariosh, pudieran hacer algo así.

—Seguidme, muchachos —dijo Drisz, nada más dejar atrás el Refugio—. Parece que nuestro rey y sus amigos no precisan de nuestros servicios para conquistar Móstur, ¿tan mala fama de guerreros tenemos?

Los kadaríes estallaron en carcajadas.

—Al menos, que no se diga que no hemos cumplido la promesa hecha por lord Bastian. Hemos llegado a tiempo para la batalla, pero al rey le parece más oportuno que aguardemos en la distancia; y a su

estúpido general le incomoda nuestra presencia lo suficiente como para enviarnos más lejos aún. Llegada la hora de combatir, tal vez no deberíamos aproximarnos a su castillo y permitir que ese miserable lo convierta en la hermosa cripta que él y sus hombres custodiarán durante la eternidad. Seguidme al lugar donde estableceremos el campamento. Construiremos una alta torre desde donde podremos disfrutar de las hermosas vistas de la muralla de Móstur y ese lugar que llaman el Refugio. Y si los mostures inician el ataque, tal vez nuestro amigo, el estúpido grandullón, se arrepienta de no tenernos cerca.

CAPÍTULO 20: LA PUERTA DE LOS CABALLEROS

—Muchacho, lleva esas espadas a la armería. Están más melladas que la hoja de mi tatarabuelo Willian Belster, cuya espada reposa con él en su tumba.

lord Tyrsen repartía órdenes en las inmediaciones de la Puerta de los Caballeros. Su aspecto y su tono grave imponían el suficiente respeto como para que sus órdenes fueran cumplidas de inmediato. El señor de la Casa Belster no permanecía quieto en ningún momento, con el emblema del toro agitándose en su pecho como si el animal cobrara vida con cada paso que daba, ya fuera al otro lado de la puerta o en el adarve de la muralla.

—Tenemos pocas catapultas —contempló las máquinas que habían sido dispuestas tras los muros— y tan viejas que no estoy seguro de que consigamos llegar hasta nuestros enemigos, cuando estén a una distancia aceptable para lanzarles algo… Y tampoco tenemos muchas rocas que lanzarles. Por todos los dioses, las ruinas del barrio nybnio están rebosantes de piedras que deberían llevar aquí días. Os lo llevo recordando todo este tiempo. ¿Dónde se encuentran mis caballeros?

—Están…

—Olvídalo —replicó al joven que contestaba a su pregunta con voz temerosa—. Ya puedo verlos yo mismo. Sí, eso es. Por fin alguien me entiende —dijo al contemplar a sus caballeros, repartidos en varios carros cargados con rocas procedentes del barrio nybnio. Se acercó a uno de los carros.

—Siguen siendo pocas —dijo, frunciendo el ceño—. Esos malnacidos ya tienen dispuestas sus catapultas, sus torres y sus malditos soldados. Atacarán antes del anochecer. Debemos darnos prisa si queremos meterle a Kariosh por el culo una de estas piedrecitas —acarició una de las rocas—. Colocadlas allí, junto a esa catapulta. Preparaos para responder al ataque de los leryones. Estas murallas son altas, pero dudo que resistan las embestidas de sus máquinas. Esos malditos bastardos deben de haber tardado meses en construir toda esa maquinaria. Que todas las maldiciones caigan sobre

ellos. ¿Dónde están los arqueros? Que no se alejen demasiado. Si Kariosh lanza a sus hombres contra nosotros tendremos que acabar con todo aquel que intente escalar el muro. Y una vez que pongan los pies en Móstur, lamentarán haber hecho caso a su estúpido rey. Haremos que se arrepientan de haber consentido que Kariosh se hiciera con la corona. Tú, ayuda a traer madera para apuntalar la puerta —dijo a un muchacho que parecía tomar un descanso—. Ya no hay tiempo que perder.

Allí donde se posaba su mirada, siempre encontraba entre los suyos a alguien a quien dar una orden. Los caballeros de la Casa Belster eran conocidos por su valentía y su fuerza. El propio lord Tyrsen era el más fiel exponente de aquella casa. Él no era un caballero, pero no había mucho que pudiera envidiar en ellos, salvo una apariencia física más apropiada. Años atrás, en sus momentos más esplendorosos, habría podido presumir de mantener un cuerpo fornido y al mismo tiempo ágil. En cambio, su firmeza no había sufrido cambios. Su voluntad seguía siendo la de un líder acostumbrado a tomar importantes decisiones, atento a todo aquello que sucediera a su alrededor, capaz de observar el más mínimo detalle que pudiera suponer un acontecimiento decisivo.

La Puerta de los Caballeros estaba flanqueada por dos esbeltas torres de madera que asomaban por encima de las murallas. En ambas construcciones permanecían apostados los vasallos de lord Nathan Starleth. Él mismo se encontraba en una de aquellas torres, asegurándose de que, a su alrededor, todos los destinados a proteger las puertas de la ciudad disponían de arco y flechas. El adarve de la muralla que protegía la entrada principal de la ciudad estaba rebosante de soldados que contemplaban con preocupación creciente el posicionamiento de las catapultas enemigas. En el extremo superior del muro se hizo un silencio que pronto se propagó por las inmediaciones; una tenue calma interrumpida por el sonido que llegaba del exterior. Los leryones estaban cargando los primeros proyectiles que serían lanzados contra la ciudad.

—¡Atentos! —gritó lord Natham a cuantos se encontraban junto a él—. La batalla comienza, amigos míos. Es hora de proteger la ciudad del ataque de esos malnacidos. ¡Resistid! —el señor de la Casa Starleth, con el emblema de la flor, se movía de un lado a otro, tratando de infundir coraje en unos soldados que se encontraban a punto de dejarse llevar por el miedo. Continuó arengando a los que encontraba a su paso, pero sus palabras fueron acalladas por el estrépito procedente del exterior: el sonido de una decena de catapultas en el momento de lanzar su ataque.

—¡Atentos! ¡Protegeos!

Las palabras de lord Nathan fueron ahogadas por los impactos de los proyectiles sobre la ciudad. Algunos chocaron estrepitosamente contra la muralla; otros llegaron a sobrepasarla, alcanzando los edificios más próximos.

Gritos, voces y más ordenes en los ejércitos mostures. Al pie de la muralla, lord Tyrsen se dirigió a los soldados situados junto a las catapultas de la ciudad.

—¿A qué esperáis?

En ese momento, su mirada tropezó con la de lord Belson, que acababa de llegar. El senescal asintió.

—¡Responded al ataque! ¡Disparad! —ordenó el senescal, ciñéndose el casco.

—Esas malditas máquinas que han traído llegan muy lejos. No sé si nuestros proyectiles conseguirán alcanzarlos.

—En algún momento tendrán que acercarse a la muralla. Cuando lo hagan, les enviaremos una lluvia de flechas. Mientras tanto, tenemos que resistir como podamos. Estos muros son sólidos, pero no aguantarán sus continuos ataques.

—Podríamos enviar un ejército de jinetes contra sus primeras filas…

—De momento, aguardaremos tras la muralla.

La conversación fue interrumpida por un nuevo estallido. Las rocas lanzadas por los leryones provocaban las primeras grietas y desprendimientos en las inmediaciones de la Puerta de los Caballeros. El intercambio de proyectiles entre ambos ejércitos provocó una tormenta cuyo eco se propagó por el interior de la ciudad, sembrando el terror entre sus habitantes.

lord Belson se dirigió a lo alto de la muralla para contemplar la magnitud de los daños causados. Se abrió paso entre la riada de soldados que se movían de un lado a otro. A punto de alcanzar una de las construcciones de madera que flanqueaban la entrada, un nuevo estrépito le heló la sangre. Una de las rocas procedentes del exterior chocó violentamente con la otra torre, que se vino abajo en medio de los gritos de cuantos se encontraban en su interior. El atronador derrumbamiento causó auténtico pavor en el senescal, que desistió de su intención. Ni siquiera estaría seguro en el adarve. Las defensas que se habían levantado con el fin de servir a la protección de la puerta principal se desmoronaban con demasiada facilidad.

Situado entre las almenas, lord Belson dirigió la mirada al punto donde los leryones concentraban su embestida.

«Esos hijos de puta tienen claro dónde atacar», pensó nada más ver

cómo la Puerta de los Caballeros sufría una nueva lluvia de proyectiles, algunos de los cuales incluso chocaron entre ellos cuando estaban a punto de impactar contra la propia puerta. El muro no había sufrido grandes daños, más allá de las grietas causadas por las rocas en el extremo superior, donde algunas de las almenas habían sido hechas añicos. El extremo más frágil de la muralla era el situado por encima de la entrada, un dintel que, si caía, podría arrastrar consigo la gigantesca puerta, dejando el paso libre a los ejércitos de Kariosh. Aquel pensamiento llenó de temor al senescal, que contemplaba con impotencia la obstinación de los leryones por hacer abrir una brecha en ese punto mientras que las catapultas de los mostures no lograban causar excesivos daños entre sus enemigos. Eran muy pocos los proyectiles que alcanzaban al ejército invasor, cuya maquinaria resultaba más certera en sus lanzamientos. Lord Belson se preguntó si, tal y como le había sido sugerido, no sería conveniente atacar de algún otro modo a quienes manipulaban las catapultas. Le pareció arriesgado, pero no podía permanecer inmóvil, esperando el momento en que la entrada pudiera quedar destruida. A punto de dar nuevas instrucciones, escuchó un nuevo estrépito procedente del exterior. Dirigió la vista a los ejércitos de Kariosh y contempló una imagen que lo dejó sobrecogido. El rey de Leryon no parecía dispuesto a esperar a que la puerta fuera derribada. Su ejército inició un avance frenético contra los muros de Móstur.

—¡Arqueros! ¡Preparaos!

Las voces de lord Belson encontraron su eco entre los oficiales, que propagaron aquellas órdenes entre todos aquellos que pudieran entrar en escena en un dramático momento como el que se avecinaba de manera irremediable.

Como una sombra capaz de engullirlo todo a su paso, las hordas de Kariosh se aproximaban entre gritos que causaban un estremecedor estrépito a su paso.

lord Belson alzó su espada, asegurándose de que, a su alrededor, centenares de flechas apuntaban al frente, a punto de ser arrojadas contra la masa de soldados que se dirigía hacia ellos. Contempló las torres de asedio que avanzaban lentamente. Por delante de ellas, varios grupos de soldados portaban escalas que pronto se repartirían a lo largo del perímetro de la muralla, dispersándose así los nuevos focos de ataque por parte de los leryones.

—¡Disparad! —ordenó lord Belson, bajando el brazo—. ¡Disparad ahora!

Desde su posición, el senescal tenía una visión privilegiada de lo que ocurría al otro lado. Las tropas enviadas por el rey Kariosh no

suponían ni una quinta parte de las totales. El rey de Leryon únicamente estaba probando las defensas de la ciudad. Los soldados enviados sobre las murallas se fueron distribuyendo en hileras que, como tentáculos de una gigantesca criatura, pronto tratarían de aferrarse al muro, trepando por la roca hasta alcanzar el extremo superior.

La lluvia de flechas alcanzó a decenas de guerreros, aunque no consiguió frenar el ímpetu con el que los leryones parecían dispuestos a arremeter contra las murallas. Muchos de ellos corrían mientras gritaban, desprovistos de cualquier defensa que pudiera protegerlos de los proyectiles que los mostures continuaban lanzando.

Cuando las primeras filas de guerreros alcanzaron la base del muro, numerosas escalas fueron apoyándose en la roca, iniciándose el ascenso a la muralla por parte de los guerreros más temerarios. Algunos de ellos veían cómo sus esfuerzos encontraban una terrible y trágica respuesta por parte de quienes defendían el adarve. Muchas escalas fueron neutralizadas, cayendo al vacío aquellos que habían estado a punto de alcanzar las almenas. Sin embargo, el ataque de los leryones había sido lo suficientemente rápido como para que algunos de ellos lograran poner los pies en lo alto del muro. Aun así, los mostures evitaron cualquier incursión. Mataron a quienes consiguieron completar su ascenso y arrojaron sus cuerpos muralla abajo.

lord Belson corría a través del adarve, dando instrucciones a los arqueros, disparando él mismo en algunas ocasiones. La oleada de enemigos que se agolpaban junto a la muralla fue reduciéndose hasta que, siguiendo órdenes de sus oficiales, los leryones frenaron su ataque y, para sorpresa de cuantos defendían el muro, se retiraron hasta quedar fuera del alcance de las flechas enemigas. Parecía que Kariosh había dado por finalizada aquella primera tentativa.

El cielo comenzaba a oscurecerse y la noche no tardaría en caer sobre la ciudad. Frente a la alegría que invadió a cuantos lo rodeaban, lord Belson se mostró prudente, convencido de que, con la llegada de la oscuridad, las catapultas continuarían su atronador cántico y tal vez el rey Kariosh tratara de sorprenderlos con alguna nueva estrategia.

—Enviad grupos de soldados a la muralla este. Trataremos de escalar ese extremo, ahora que Móstur tiene puestas todas sus miradas sobre nuestro ejército. Encended antorchas y adelantad el ariete. Continuaremos lanzando rocas contra la entrada y, aunque no consigamos abrir una brecha de ese modo, tal vez debilitemos lo suficiente la muralla como para conseguir derribar las puertas a golpe de ariete. Los jinetes deben seguir en los flancos, preparados para

entrar en combate si los mostures nos envían parte de su ejército, aunque lo dudo. Se han cobijado tras sus murallas, confiando a ellas su protección. Si conseguimos abrir una brecha de entrada a la ciudad, el pánico cundirá entre todos sus habitantes.

Con la última luz del día, el rey Kariosh daba continuas instrucciones a sus oficiales. El sol ya se había ocultado entre las montañas y en poco tiempo el cielo se teñiría de una insondable oscuridad, momento en el cual el monarca había previsto iniciar un nuevo ataque.

Situado al frente de su ejército, Kariosh esperó pacientemente. Las antorchas iluminaban una buena parte de su ejército. El resto ya se disponían a tratar de alcanzar el interior de la ciudad a través de otros puntos. No daría descanso a los mostures, obligándolos a repartir sus fuerzas a lo largo de todo el perímetro de la muralla.

Con la mirada puesta en las máquinas de asedio que tenía a su alrededor, Kariosh alzó el brazo y se dirigió a los soldados que manipulaban los artefactos.

—¡Preparad las catapultas!

Los soldados de alrededor se recrearon en el sonido provocado por las máquinas mientras eran preparadas para un nuevo ataque. La luz de las antorchas dejaba al descubierto las intenciones del rey, que continuaba ejecutando su plan de abrir una entrada en la Puerta de los Caballeros. Cada vez que contemplaba aquella puerta la imaginaba derruida, incapaz de frenar el avance de sus hordas al interior de la ciudad, provocando el terror entre los mostures.

—¡Disparad! —ordenó, con rabia.

Los proyectiles volaron y la tormenta de rocas volvió a sacudir los cimientos de los muros. Los primeros instantes de la noche transcurrían con el inquebrantable sonido de las catapultas leryonas en unos intentos que no parecían obtener el resultado esperado por Kariosh. El monarca contemplaba pacientemente la aparente ineficacia de su plan. Desde su posición no creyó ver cambios significativos, más allá del derrumbamiento de fragmentos rocosos procedentes de algunas almenas alcanzadas por los proyectiles. La muralla continuaba resistiendo la constante acometida. La tormenta no cesaba, pero no provocaba grandes daños en el trazado del muro.

—Enviad el ariete. Cargad contra esa maldita puerta.

Kariosh comenzaba a impacientarse. A su alrededor tenía todo un ejército dispuesto a dar hasta su último aliento por la conquista de Móstur, pero el combate contra sus enemigos se demoraba demasiado. Dio la orden de hacer avanzar las altas torres de asedio, así como una construcción que Torgush se había encargado de llevar a cabo, una

plataforma de madera y hierro convertida en un túnel bajo el cual poder manipular el ariete y golpear la puerta una y otra vez, evitando que los soldados encargados de efectuar aquella operación pudieran ser atacados por los defensores de la muralla.

El túnel de Torgush avanzó lentamente, provisto de gigantescas ruedas que contribuían a un avance lento pero firme. El ariete también distaba de ser algo común a las habituales armas empleadas por Leryon en el pasado. El mecanismo ideado por Torgush lo dotaba de una propulsión que provocaría en la Puerta de los Caballeros terribles impactos y ensordecedores estruendos. Kariosh tenía sus esperanzas puestas en aquellas máquinas con las que esperaba hacer ceder las defensas de la ciudad. De lo contrario, únicamente les quedaría la opción de un lento asedio que podría prolongarse en el tiempo de manera desesperante. No estaba dispuesto a tener que tomar aquella decisión. Había trasladado allí a sus ejércitos para entrar en combate, no para despertar cada mañana con la vista puesta en aquella maldita muralla, esperando que sus habitantes fueran desfalleciendo de hambre con el lento paso del tiempo. Quería destruir Móstur, y quería hacerlo lo antes posible. Cuanto más tiempo transcurriera, mayor era la posibilidad de que algunos de sus enemigos pudieran escapar. De un modo especial, esperaba aniquilar a los helvatios: acabar con los miembros de la Orden y destruir sus templos se había convertido en su mayor obsesión.

Kariosh continuó moviéndose entre los suyos, dando instrucciones y esperando los resultados de cada una de las decisiones que había tomado. Envió exploradores al otro extremo de la ciudad, así como mensajeros que habrían de trasladar nuevas instrucciones a Torgush y los suyos para que atacaran Móstur desde el punto más cercano al Refugio. Al pensar en el Refugio, la imagen de Grimward se hizo presente como si lo tuviera allí mismo, frente a él. Se preguntó qué estaría haciendo en la construcción de los helvatios, lejos del punto donde esperaba provocar que ambos ejércitos se encontraran.

El primer golpe del ariete despertó a Kariosh de sus extrañas ensoñaciones para devolverlo a la realidad del momento. El estruendo provocado por el artefacto llegó a oídos del monarca con un aire esperanzador. Kariosh se convenció de que la puerta terminaría cediendo bajo los continuos ataques que efectuaban unos soldados protegidos por la construcción de Torgush. Desde lo alto, los mostures arrojaban rocas, aceite… Sus intentos no conseguían mermar la voluntad de quienes hacían chocar el ariete contra la puerta con una violencia capaz de sorprender, en primer lugar, al propio monarca, que sonrió al sentir que cada vez estaba más cercano el momento que

tanto había esperado. En lo alto de la muralla, los sentimientos resultaban muy distintos.

—Debe de haber algún modo de detener a esa maldita máquina —Lord Belson contemplaba con creciente temor el espectáculo que tenía lugar por debajo de él y todos los que permanecían en el adarve. La confianza puesta en sus defensas comenzaba a desvanecerse, mermada por cada golpe con el que los leryones hacían temblar la tierra. El senescal no había tomado ninguna decisión que pudiera resultar trascendental para el devenir de aquellos primeros instantes de la batalla. Resistir era la opción que tanto él como los líderes de las casas nobles habían considerado de manera preferente. No dejarían los muros a no ser que el enemigo estuviera a punto de adentrarse en la ciudad.

La visión del ariete ya había sembrado el temor entre aquellos que presenciaban su lento avance. Con el primer impacto sobre la puerta, lord Belson miró instintivamente al interior de la ciudad, allí donde se concentraban centenares de caballeros, sus escuderos, y un buen número de ciudadanos que, espada en mano, aguardaban con temor el instante de tener que alzarlas contra sus enemigos.

El senescal envió mensajeros a quienes se encontraban en los demás puntos de la ciudad que habían establecido como prioritarios a la hora de incrementar el número de soldados allí apostados. En sus mensajes, lord Belson insistía en que debían estar preparados para entrar en combate, pues Leryon incrementaba la violencia de su ataque. Nada más enviar a los mensajeros, el senescal se percató de que tal advertencia no sería necesaria. Los estruendos del ariete alcanzarían a oírse a cualquier rincón de la ciudad. Lord Belson repartía su nerviosa mirada entre quienes lo acompañaban y aquellos que mantenían firmes sus posiciones tras la Puerta de los Caballeros, en medio de una plazoleta donde deberían enfrentarse a los primeros leryones que lograran cruzar la entrada. Distinguió entre ellos la imponente figura de lord Tyrsen, rodeado de sus caballeros y fieles vasallos. El noble permanecía imperturbable, con la atención fija en el estruendo que le llegaba del otro lado.

lord Belson contempló, esperanzado, la multitud de soldados que se preparaba para recibir a los leryones. El continuo y estrepitoso ataque del ariete contra la puerta convenció al senescal: las murallas habían resistido las acometidas de Kariosh, pero la puerta de la ciudad no podría hacerlo por mucho tiempo. Tal vez ni siquiera pudieran contemplar un nuevo amanecer antes de tener que empuñar la espada contra los ejércitos leryones.

Como en tantas otras ocasiones, la intuición de lord Belson le

advirtió de lo que estaba por llegar.

CAPÍTULO 21: AL NORTE DE MÓSTUR

«Debo ir a Móstur. Y no iré sola».

El eco de las últimas palabras dirigidas a Derit aún resonaban en su interior. Lo habían hecho durante todo el trayecto recorrido en dirección a Móstur, un breve viaje a lomos de una de aquellas criaturas. No sabría explicar la verdadera relación que mantenía con ellas. Como si fueran capaces de adivinar los pensamientos de la chica, obedecían sus órdenes, aunque estas ni siquiera fueran pronunciadas en voz alta.

Shyra hizo descender al dragón hasta un lugar en el que detendría su viaje una última vez antes de alcanzar la ciudad de Móstur. No iban ellos dos solos. Los acompañaba otra de las fascinantes criaturas. Solo una. Shyra podría haber llevado una decena de dragones si así lo hubiera deseado, pero optó por una opción prudente. Dos dragones serían suficientes para llevar a cabo aquello que finalmente pudiera pasar por su mente, pues ni siquiera estaba convencida de qué debía hacer. En un primer momento, en compañía de Derit, creía tenerlo claro. Pero al quedarse nuevamente sola, sus pensamientos vagaban entre la compasión y la ira.

Las Nubladas parecía un buen sitio para detener el vuelo. Las montañas les mantendrían ocultos y, mientras los dragones descansaban, comían y bebían, ella podría tomar una decisión acerca de lo que haría tras su llegada a Móstur. A diferencia de la niebla habitual que envolvía el paraje, el día era soleado. El cielo estaba despejado, y su manto azul se perdía en el horizonte, donde se adivinaba la llegada del atardecer. La mente de Shyra, por el contrario, estaba envuelta en nubes de incertidumbre, grises pensamientos que no la habían abandonado durante su estancia en las tierras del Desierto Rojo. Contempló a las criaturas que, junto a ella, permanecían tumbadas, agradeciendo la luz que caía derramada sobre ellas en unas tierras donde el calor distaba mucho del que habitaba en el confín del norte. Mantenían los ojos cerrados y una respiración pausada, irradiando una calma que contrastaba con el nerviosismo

que parecía haberse apoderado de Shyra. Las miradas de los dragones se posaban sobre ella de vez en cuando, como si esperaran una nueva orden. Sus ojos eran lo más hermoso que la joven había contemplado. En ellos podían vislumbrarse la astucia y el poderío de los seres más perfectos creados por una naturaleza sabia y justa.

—Creí que tenías muy claro lo que debías hacer.

Las palabras de Derit sobresaltaron a la chica.

—Creí que ya no nos veríamos, al menos hasta haber llegado a Móstur.

—Si mi presencia te incomoda, puedo irme…

—No, no te vayas —respondió la muchacha, reaccionando al gesto del tahúr—. ¿Cómo sabes que vendría aquí?

—Hay muchas cosas que sé, Shyra. En cambio, otras —la miró fijamente a los ojos— no puedo discernirlas con claridad. Algunos pensamientos y acciones se escapan a mi entendimiento, de igual modo que se escapa al tuyo el modo en que esos dragones te obedecen.

La chica creyó comprender aquellas palabras. Derit sabía el rumbo que ella tomaría, pero no parecía seguro de conocer lo que sucedería una vez que llegara a Móstur y tuviera que tomar una decisión respecto a los helvatios, los demás mostures y cualquier otra circunstancia que encontrara al llegar a la ciudad.

—¿Estás aquí para ayudarme? —preguntó Shyra, incapaz de comprender los designios de la insondable mente que se ocultaba en los oscuros pliegos de las vestiduras de Derit, del que apenas podía ver tan solo la parte de su rostro que la capucha dejaba al descubierto.

—¿Ayudarte? —Derit esbozó una sonrisa—. Sí… Y no.

—¿A qué te refieres?

—Puedo ayudarte a comprender la situación por la que atraviesa Móstur en este preciso momento, pero es la única manera con la que puedo contribuir a la decisión que tú misma has de tomar. Puedo describirte el paraje y las circunstancias que encontrarás al llegar a la ciudad, pero no puedo decidir por ti. Solo tú puedes elegir tu destino y el de las criaturas que te acompañan.

Hubo un breve silencio durante el cual la chica valoró las palabras de Derit.

—Bien —respondió con decisión—. Descríbeme la escena que encontraré en Móstur y decidiré lo más conveniente.

Derit asintió y, por unos segundos, cubrió su rostro con ambas manos, cerrando los ojos para invocar las imágenes que se sucedían en su interior desplegando los acontecimientos más trascendentales que tenían lugar no muy lejos de allí, en las tierras asediadas por los

leryones.

—Los ejércitos de Kariosh —habló con los ojos aún cerrados—, tras dejar atrás Leryon, han atacado en primer lugar la aldea de Skeldon, llevando a cabo una masacre en la que no han dejado rastro de vida a su paso, transmitiendo así un sangriento mensaje a los mostures. El rey ya no parece diferenciar entre creyentes o no creyentes en Athmer; mostures o incluso nybnios; ancianos, mujeres o niños. Para él, todos los habitantes de Móstur son enemigos. Unos, como los helvatios, deben ser exterminados; los demás, correrán la misma suerte si no se someten a la fe en Lorwurn, el dios de los leryones.

—De modo que, ante todo, Kariosh pretende acabar con un dios para imponer a otro.

—Así es. Las prioridades del rey son devolver a Leryon la comarca de Móstur e imponer el culto a su dios en todo el reino. Al final, como puedes comprobar, todo se reduce a la continua guerra entre los dioses o, mejor dicho, la guerra que los hombres llevan a cabo en el nombre de los dioses. Los leryones ya han iniciado su ataque.

—¿Están frente a las murallas de la ciudad?

—Sí, pero el comienzo de la batalla ha sido más terrible de lo que cualquier mostur pudiera haber imaginado. Quienes han sufrido las primeras consecuencias de esta guerra no son los ejércitos de la ciudad, y el comienzo de la batalla no se ha desarrollado en las murallas.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Shyra, impaciente ante el silencio dejado por Derit.

—Kariosh ha cometido un horrendo crimen. No lo ha llevado a cabo él mismo, pero sí ha tomado la terrible decisión que ha supuesto la muerte de inocentes, algunos de los cuales ni siquiera pertenecían a Móstur. ¿Conoces el Refugio?

—He escuchado historias acerca de ese lugar; relatos de algunos que afirmaban haber salvado la vida allí, curados por algunos de esos clérigos helvatios.

—El Refugio siempre fue un lugar de paz donde los helvatios solo cumplían con la labor de ayudar a otros…

—Una labor que no todos los helvatios parecen comprender —respondió Shyra, recordando lo ocurrido con los caballeros helvatios que la habían atacado.

—No importa la ideología de cada una de esas órdenes, cofradías o fieles servidores de cualquier dios. Por más puro que pueda resultar el fin para el que se constituyeron, está en la naturaleza del ser humano corromper la belleza de este mundo con su crueldad; una crueldad que siempre habitará en el corazón de muchos. Mostures, leryones,

nybnios… No hay distinción entre unos y otros cuando la maldad se apodera de sus corazones.

—Entonces, ¿debería castigar a todos por igual? —Shyra estaba confusa—. ¿Debería demostrarles a todos ellos el poder del Dios Dragón? Si así lo hiciera, y atacara la ciudad de Móstur, ¿no sería igual de cruel que cualquiera de ellos?

—Tal vez —Derit esbozó una sonrisa mordaz—. Pero ¿y si fuera el único modo de hacer comprender a los humanos el peligro de apropiarse de la voluntad de los dioses? ¿Y si la muerte de todos ellos no fuera más que un sacrificio capaz de salvar la vida de las nuevas generaciones?

Shyra se mordió el labio, pensativa.

—Merecen un castigo por sus actos, por su crueldad…

—Y lo tendrán —sentenció la chica.

—Bien —Derit cerró nuevamente los ojos—. Permite que te describa la escena que está teniendo lugar en Móstur. El ejército de Kariosh ha lanzado un primer ataque, no muy consistente. Únicamente quería probar las defensas de la ciudad. En cuanto se ha convencido de que logrará alcanzar su interior, ha insistido con una nueva acometida. Sus catapultas lanzan proyectiles contra la muralla y un poderoso ariete se encuentra a punto de abrir sus puertas. Es probable que, antes del anochecer, los leryones se hayan adentrado en el interior de la ciudad. Imagina el momento en que, mientras unos y otros continúan empeñados en matarse, surge en el firmamento una poderosa sombra que hace empequeñecer a ambos ejércitos hasta el punto de que cesa el canto de las espadas, el silencio cae sobre Móstur y cada uno de esos guerreros permanece inmóvil junto a aquel a quien se disponía a matar segundos antes. En ese momento brota un poderoso bramido que se apodera de todos esos corazones, sembrando en ellos un temor que nunca antes habían sentido. Imagina todo eso, Shyra… y decide cuál debe ser el final de ese encuentro.

La muchacha imaginó cada una de las escenas provocadas por las imágenes que Derit describía como si las estuviera contemplando. Cerró los ojos y hasta creyó escuchar en su interior el estrepitoso bramido de uno de los dragones. Imaginó un río de fuego descendiendo del cielo, incontables llamas iluminando la noche más oscura y terrible de todos ellos, mostures y leryones, antes enfervorecidos en la lucha, ahora temerosos al verse convertidos en seres indefensos en manos de los designios de un dragón; el dios Dragón y ella, su hija. Una placentera sensación se apoderé de ella, algo que nunca había sentido. En medio de todo el dolor causado con la muerte de sus seres queridos ahora parecía encontrar un modo de

resurgir de aquellos barros que parecían aprisionar su vida. Podría liberarse de todas sus desgracias, sustituyéndolas por un poder que nadie tendría: el poder sobre los seres humanos, la posibilidad de decidir el destino de todos los que en aquel instante luchaban por Móstur, sin importar quiénes fueran o qué merecieran. Todos ellos, a sus pies; a los pies del dios Dragón.

Al abrir los ojos, Shyra sintió su corazón acelerado. Miró al cielo, donde el sol ya había iniciado la cuenta atrás de un destino que ella tenía en sus manos. Con la llegada del ocaso, habría de recaer sobre Móstur su sentencia. Se giró para contemplar a los dragones. Tenían la mirada fija en ella, esperando el momento de partir.

—La batalla entre los dioses ha comenzado, Shyra —dijo Derit, con voz solemne—. Móstur es el tablero escogido para el transcurso de una partida que habrá de marcar el devenir de la raza humana.

—Entonces, ¿los demás dioses también están dispuestos? —miró de nuevo a las criaturas, preguntándose si las demás deidades serían capaces de convocar un poder similar al que ella podía dominar—. ¿Y cómo afrontarán la batalla?

—Cada uno de ellos ya ha enviado a su emisario, pero ninguno goza de la ventaja que tú posees en este momento. Los enviados de los otros dioses no tienen la capacidad de desatar un daño como el que pueden causar los dragones. Son un reflejo de los dioses que los envían, pero no pueden influir en la batalla del mismo modo en que tú puedes hacerlo, Shyra.

—El poder que me ha sido otorgado es más peligroso que el de cualquiera de ellos, y seguramente más difícil de dominar. Tal vez por eso ha permanecido durante tanto tiempo alejado del mundo de los humanos…

—Unos humanos que siempre han tratado de acabar con los dragones; algunos, por miedo, por temor a unas bestias en las que siempre han visto reflejadas el mal. En cambio, otros se han enfrentado a ellos por envidia a su poder; una envidia que es el reflejo de la sospecha de verse despojados del trono desde el que sometían a todos aquellos que tenían a su alrededor.

—¿Acaso no es eso lo que han pretendido los helvatios? ¿No es ese trono único lo que desea Kariosh, ya sea para él o para su dios?

—La ambición es un rasgo muy humano, y son pocos los que, teniendo todo al alcance de su mano, logran poner un límite a sus deseos. Tal vez el dios Dragón pudiera sembrar un equilibrio entre ambición y justicia. De las llamas de Móstur podría surgir un futuro más esperanzador, cuando todos los pueblos contemplaran su pequeñez ante el único dios capaz de dominar sobre todos los demás

con una justicia que los siervos de Athmer y Lorwurn no parecen dispuestos a conceder.

Como si Shyra estuviera presenciando ese fuego purificador del que hablaba Derit, sintió el calor que recorría todo su cuerpo en el momento de tomar una decisión trascendental; una decisión que Derit parecía deseoso de escuchar, a pesar de la infinita paciencia que denotaba cada uno de sus gestos. El tahúr permanecía sentado, con la mirada puesta en el cielo, donde el avance del sol continuaba delimitando el tiempo restante para la llegada de la noche.

El silencio se prolongó más de lo que Derit había imaginado, y no fue interrumpido por las palabras de Shyra, sino por los movimientos de los dragones. Ambos se incorporaron al mismo tiempo y, con la mirada fija en la chica, entonaron al unísono un poderoso bramido.

—Ya has tomado una decisión —la mirada de Derit se cruzó con la de Shyra—. Y ellos saben cuál es.

—Así es —respondió Shyra, con un brillo en sus ojos—. Ya he tomado mi decisión.

Shyra estaba dispuesta a hacer recaer su sentencia sobre Móstur; una sentencia pronunciada con palabras de fuego.

CAPÍTULO 22: MÓSTUR

Con la paciencia propia de aquel que no tiene prisa por llevar a cabo sus propósitos, el rey Kariosh atacaba las defensas de Móstur con la certeza de que, tarde o temprano, la Puerta de los Caballeros cedería ante el continuo empuje del ariete.

Las catapultas habían seguido lanzando proyectiles, pero en mayores intervalos de tiempo. Su ataque contra las murallas no era más que una incitación a los mostures para que no descuidaran la defensa de cada rincón del muro. La verdadera esperanza del rey para abrirse paso a través de Móstur continuaba siendo la puerta principal.

Kariosh había enviado exploradores para recabar información de cuanto tenía lugar en el extremo este.

—Ha sido imposible acceder al muro —sentenció uno de los exploradores nada más retornar—. Los mostures no han descuidado tampoco el este de su muralla.

—Bien, es lo que imaginaba —el semblante de Kariosh permanecía sereno, como si los acontecimientos se estuvieran desarrollando según lo imaginado.

El rey se acercó a las primeras líneas de soldados que contemplaban cuanto tenía lugar en la entrada. Desde lo alto de la muralla, los mostures continuaban lanzando proyectiles, piedras y todo aquello que creían de utilidad para frenar las acometidas del ariete. La plataforma de Torgush resistía de un modo casi inimaginable para quienes se encontraban en el interior del túnel, cumpliendo la misión que les había sido encomendada por el rey. Los golpes contra las puertas continuaban provocando estremecedores estruendos.

Kariosh sonrió. Le llegaban los sonidos procedentes del otro lado, donde los mostures parecían tratar de apuntalar la entrada. El incremento de los gritos de los oficiales le hizo pensar que la maquinaria construida por Torgush estaba a punto de dar sus frutos. En el interior del túnel, el sonido se multiplicaba de modo que su eco se expandía, escuchándose como si de una explosión se tratara.

La tarde estaba avanzada, el sol no tardaría en sucumbir ante la

inminente llegada de la oscuridad. Kariosh recordó las palabras de Grimward antes de que los caminos de ambos se separaran. El presthe le había prometido que estaría junto a él en el segundo anochecer, cuando se cumpliera el plazo dado a Yar Gregor para darle una información urgente. Grimward no reveló qué era lo que realmente esperaba del caballero helvatio, qué tipo de información quería obtener de él. Kariosh tampoco se lo había preguntado. Al enviado de Lorwurn no parecían gustarle las preguntas. En su presencia, él era quién las hacía; los demás únicamente tenían que escuchar y cumplir las órdenes que les eran dadas.

Kariosh temía que se acercaba el momento de ceder su mando. Para entonces, esperaba haber logrado el primero de los objetivos a cumplir para ganar la batalla. Si Grimward se presentara ante ellos y aún no habían abierto una brecha, seguramente él no tardaría en llevar a cabo algún plan para avanzar en el ataque. Pero entonces, lo más probable era que decidiera prescindir de él; sus propios guerreros también lo abandonarían. Fue un pensamiento que desató en Kariosh una irrefrenable locura.

Llevado por el temor de verse abandonado por los suyos, el rey Kariosh dejó su lugar en las primeras filas y corrió temerariamente hacia los soldados que arremetían contra la entrada. Al adentrarse en el interior de la plataforma le alcanzó una bocanada de calor, fruto de los esfuerzos que llevaban a cabo sus guerreros.

—¡Vamos a destruir esta maldita puerta! —gritó a cuantos sujetaban el ariete, dispuestos a continuar golpeando la entrada.

Impactados por la imagen del rey acudiendo en su ayuda para llevar a cabo el ataque, los que sujetaban el ariete vieron en el rostro del monarca la convicción que por momentos parecía haber huido de ellos. Los continuos gritos de Kariosh infundieron, a su alrededor, el valor y la fuerza que parecían haber desaparecido entre los insultos y burlas de los mostures.

—¡Sujetad con fuerza! —ordenó el rey, sonriendo a cuantos se encontraban junto a él—. Y ahora, derribemos esta maldita puerta para adentrarnos en Móstur.

Tras numerosos intentos, se produjo un chasquido allí donde había impactado el ariete. Fue la esperanzadora señal de que la puerta estaba cediendo.

—¡Atacad otra vez, con fuerza!

Kariosh contribuyó en esta nueva acometida, sujetando el extremo opuesto del ariete. Lo acompañaban numerosos soldados, que apenas encontraban un lugar donde estar a salvo en el interior del túnel. Uno de ellos quedó demasiado al descubierto, y la consecuencia de su

imprudencia no se hizo esperar. Una ávida flecha lanzada por uno de los mostures impactó en el pecho del soldado, acabando con su vida.

—¡Ahora! —gritó nuevamente Kariosh—. ¡Con fuerza!

Esta última acometida resultó casi definitiva. Las puertas cedieron tras un crujido, y algunos de los que acompañaban al rey de Leryon gritaron a los que se encontraban en la primera línea de batalla.

—¡Ahora! —en esta ocasión fue el propio Kariosh quien incitaba a su ejército—. ¡Atacad! ¡Avanzad hacia la entrada! —gritó el rey, una y otra vez.

Alentados por la certeza de estar a punto de ver ceder la puerta, los leryones de las primeras líneas abandonaron su posición para seguir a su rey.

Desde lo alto de la muralla, lord Belson fue testigo del terrible instante en que el último esfuerzo del ariete lograba desbloquear la entrada a la ciudad. Las puertas cedieron y algunas de las maderas con las que habían sido apuntaladas se quebraron como si de frágiles astillas se tratara.

El grito unánime de los leryones se apoderó del anochecer en el preciso instante en el que el sol abandonaba el horizonte. La oscuridad había llegado y, con ella, un terror que las puertas de la ciudad no lograrían contener. La Puerta de los Caballeros cedió el paso a unos leryones sedientos de sangre. Al otro lado, lord Tyrsen y sus vasallos tomaban posiciones para hacer frente a la tempestad de hierro y acero que se cernía sobre ellos.

—¡Disparad! ¡Abatidlos! —desde lo alto de la muralla, lord Belson daba incesantes voces, tratando de frenar lo que ya era inevitable: la entrada de los ejércitos del rey Kariosh en la ciudad de Móstur. Los arqueros lograron abatir a un buen número de los que se aproximaban, pero el oleaje de leryones era incontenible. El ímpetu con el que se habían abalanzado sobre las puertas hizo retroceder a quienes habían permanecido firmes, al otro lado. Las hordas de soldados extranjeros lograron alcanzar el interior de la ciudad y ramificarse para iniciar la invasión de Móstur.

El senescal detuvo sus órdenes, contemplando aterrado el escenario que tenía lugar por debajo de él. Los ejércitos de Kariosh sobrepasaban el umbral de la Puerta de los Caballeros, arremetiendo contra todo aquel que tratara de frenar su avance. Les aguardaban las filas dispuestas por algunos de los nobles, cuyos vasallos se agolpaban ocupando las inmediaciones de las callejuelas en las que se ubicaban sus viviendas y lujosos palacios. En algunos de los balcones podían verse a varios arqueros que parecían esperar una orden para iniciar su ataque. La cuesta que ascendía hacia todos ellos ya había sido tomada

por varias hileras de guerreros que, desbocados, corrían espada en mano dispuestos a romper las filas de caballeros que se interponían en el extremo más alto. Llevados por su ansia, los leryones cayeron en la trampa que les había sido tendida. Algunos resbalaron en su ascenso, y solamente cuando estuvieron ya en el suelo y percibieron el fuerte olor del combustible derramado sobre la adoquinada calle se percataron de su final. De los balcones salieron disparadas varias flechas incendiarias. Sus llamas, al contacto con la mezcla de aceites y sustancias explosivas desparramadas por todo lo ancho de la calle provocaron un lago de fuego en el que se ahogaron, entre gritos de dolor, los insensatos que habían decidido atacar sin tomar precaución alguna. El acceso al barrio de los caballeros se pobló de sombras, iluminado por un fuego que tardaría un tiempo en consumirse.

Desde su privilegiada posición en la muralla, lord Belson tuvo tiempo de ver a los primeros leryones que se dirigían contra los arqueros.

—¡Disparad! —gritó, apuntando con su espada al lugar en el que sus enemigos se disponían a acceder a la muralla. Dio la misma orden en varias ocasiones, logrando contener la acometida de los primeros grupos de guerreros que intentaban acceder a ellos. Sin embargo, el senescal estaba convencido de que en el adarve corrían demasiado riesgo, pues desde el exterior las primeras escalas se acercaban peligrosamente al muro. En esta ocasión no habría modo de contener a todos los que trataran de acceder.

—¡Retiraos! —ordenó a los arqueros, que seguían lanzando flechas a los que estaban más próximos. Detener la oleada de leryones sería como lanzar piedras contra el mar para frenar su embestida. El griterío era ensordecedor, los alaridos pronto se multiplicarían por las calles allí donde los enemigos de Móstur continuaran su avance sobre la ciudad.

—¡lord Belson! ¡lord Belson!

El senescal trató de encontrar el origen de aquellas voces y su mirada tropezó con dolorosas escenas. La muerte se abría camino sobre la ciudad y la sangre de unos y otros empezaba a inundar las calles. Con la oscuridad, el caos era aún mayor. Las sombras se multiplicaban al paso de aquellos leryones que, antorcha en mano, dejaban al descubierto el mortal rastro que quedaría tras ellos. Las flechas continuaban volando peligrosamente de un lado a otro, como si ya fueran incapaces de diferenciar entre enemigos y aliados.

—¡lord Belson!

En esta ocasión, el senescal logró identificar la voz de lord Nathan que, acompañado por algunos de sus mejores hombres, lo llamaba

desde la base de la escalinata más cercana. El señor de la Casa Starleth le hacía señas para que descendiera lo antes posible.

—La muralla está perdida, lord Belson —lo sujetó con fuerza del brazo cuando ambos se encontraron—. Debemos retroceder.

El senescal asintió. En el adarve, los arqueros empezaban a verse desbordados por el creciente número de soldados leryones que lograban alcanzar la cima del muro.

—Rápido, seguidme —insistió el noble, al ver la petrificada mirada de lord Belson—. Hay que alejarse de la entrada y el muro. Nos reagruparemos en las inmediaciones de la Plaza del Poder. Allí nos esperan los demás. De camino hacia allí, tendrán que enfrentarse a los helvatios que custodian sus templos y su Morada.

lord Nathan tenía razón. Muchos leryones habían conseguido acceder a la ciudad y dispersarse por algunas de las callejuelas. Los más temerarios habían tratado de acceder al barrio de los caballeros, cayendo en la trampa mortal que continuaba consumiendo los cuerpos de algunos de ellos. Otros se encontraban en las inmediaciones de la Puerta de los Caballeros, ocupando una posición privilegiada en el muro para tomar definitivamente aquel extremo de la ciudad. Algunas viviendas ya habían comenzado a arder. Destrucción, saqueos y asesinatos indiscriminados eran los rastros que los leryones dejaban a su paso. Lord Belson imaginó que únicamente se les podría frenar en las inmediaciones de la Plaza del Poder, el lugar donde parecían replegarse aquellos que veían perdida su posición.

Tras su intrépida acción al frente de los leryones, el rey Kariosh había logrado ocupar junto a un nutrido grupo de guerreros una plazoleta lo suficientemente distante del punto en el que parecía concentrarse la lucha por el avance de sus ejércitos. Desde allí contempló las llamas de fuego provocadas por los mostures, así como la defensa encarnizada que los caballeros llevaban a cabo en las inmediaciones de su barrio.

—Es demasiado arriesgado internarse por allí. Debemos buscar otra alternativa para dirigirnos al castillo.

—El avance hacia la fortaleza está complicado, majestad —dijo uno de los oficiales que acompañaban al rey—. Tal vez deberíamos asegurar primero esta posición, hacernos fuertes junto al muro.

El rey dudó. Tenía prisa por alcanzar la fortaleza, donde esperaba encontrar al senescal de Móstur. Sería el modo más rápido de dar un golpe definitivo a la batalla, haciéndose con aquel que había sido capaz de unir a los mostures por una causa que se antojaba cada vez más difícil.

—Tomaremos la ciudad —Kariosh sonrió, convencido de que muy

pronto sus planes se llevarían a cabo— y acabaremos con los helvatios. Dejad que otros se ocupen de controlar la entrada —miró a cuantos estaban a su alrededor, más de un centenar de soldados dispuestos a seguir sus órdenes—. Venid conmigo, vamos a dar caza a esos helvatios y a quemar sus templos.

Los leryones alzaron sus espadas con gritos de aprobación. Acompañaron a su rey, que los guio con paso firme por las calles que los conducirían hasta uno de los símbolos de la Orden helvatia, su templo principal.

La ciudad de Móstur se pobló de lamentos y voces. La batalla se tornó así en un sangriento canto en el que los gritos de unos y otros les impidieron escuchar lo que en ese momento tenía lugar extramuros al otro extremo de la ciudad. La noche había caído también sobre el Refugio y con ella llegó un viento que anunciaba el terror procedente del norte.

CAPÍTULO 23: EL REFUGIO

La puerta se abrió lentamente. El hilo de luz que entraba por el ventanuco abierto en la pared permitió a Yar Gregor identificar a su visitante.

—¿Ya está anocheciendo? —preguntó el caballero.

—Pronto lo hará —contestó Grimward, acercándose lentamente— y tu tiempo se habrá agotado. Al caer la noche, si no me has dicho lo que quiero saber, serás sacrificado a Lorwurn, delante de Torgush y los suyos.

—Torgush no sirve a ningún dios y sus hombres tampoco. Para ellos, mi muerte no será más que un entretenimiento. El propio Torgush estaría encantado de llevar a cabo él mismo mi ejecución. Sería un proceso lento y doloroso. Supongo que, si eres tú quien me ejecuta, al menos mostrarás cierta compasión y evitarás mi sufrimiento.

—Morirás quemado en una hoguera, Gregor… A no ser que me reveles el nombre que necesito. Solo es un nombre, ni siquiera te he pedido que lo captures y lo traigas ante mí. Solo quiero que me digas su nombre, y te perdonaré la vida.

—Estoy condenado desde el momento en que me capturasteis. Si no me matas tú, lo hará Torgush.

—¡Dame ese maldito nombre! —tronó Grimward, con la mirada fuera de sí. Parecía desesperado y, en cierto modo, invadido por la angustia. Así al menos lo creyó Yar Gregor, que no pudo reprimir sus pensamientos.

—Tienes miedo, Grimward —aseveró convencido—. Temes que el enviado de Athmer te encuentre y acabe contigo. ¿Verdad? Y si eso ocurre, habrás llevado toda una vida de engaño para nada.

Grimward se acercó aún más al caballero. Había odio en su mirada. Con un movimiento rápido, asestó un puñetazo en su rostro.

—Eso no va a suceder —escupió sus palabras—. Con o sin tu ayuda, encontraré a ese enviado y acabaré con él. En cuanto a ti, he cambiado de opinión. Sí, te entregaré a Torgush. Seguro que él tiene más imaginación que yo para arrancar el mayor sufrimiento posible de

sus víctimas. Te queda poco tiempo, Grimward, el sol ya comienza a esconderse, y cuando lo haya hecho vendré nuevamente, esta vez con Torgush. Si no hablas te entregaré a él y en lugar de morir en una rápida ejecución a la vista de todos terminarás tu existencia en esta misma estancia, en compañía de Torgush… De Torgush y de nadie más. ¿Y sabes por qué? Porque no habrá ningún otro hombre con estómago suficiente para contemplar el sufrimiento por el que te hará pasar Torgush. Entonces, pedirás tu muerte, pero esta no llegará hasta que tu cuerpo ya no sea capaz de resistir el insufrible dolor. Ese será mi sacrificio a Lorwurn.

—Tu último sacrificio, Grimward. Tus crímenes te condenarán, la justicia divina caerá sobre ti y recibirás el castigo que mereces por tu traición.

El presthe se echó a reír.

—Qué pena… Para cuando yo reciba mi castigo, tú ya estarás muerto y no podrás ser testigo del destino que me han reservado los dioses, si es que Lorwurn permite ese cruel castigo para uno de sus mayores siervos, el escogido para expandir su fe por estas tierras.

Grimward chasqueó la lengua y dejó un breve silencio antes de continuar hablando, como si no estuviera muy convencido de lo que iba a contar al prisionero.

—En cuanto al enviado de Athmer —dejó otra breve pausa—, voy a confiarte un secreto, ahora que ya me has dejado claro que no vas a revelarme su identidad y has elegido la peor opción que te he dejado. Al igual que yo lo busco a él, es de esperar que él me busque a mí. ¿Y quién sería el más indicado para ser identificado como el enviado de Lorwurn? No yo, desde luego, pues ni siquiera me encuentro en estos momentos atacando la ciudad. Kariosh tal vez no sea el monarca más idóneo para gobernar el nuevo mundo que estamos a punto de construir, pero si hay alguien que podría ser considerado el elegido por Lorwurn, es él. De modo que, solo tengo que permanecer a su lado, luchando junto a él si es necesario…

—Hasta que el enviado de Athmer intente matarlo.

—Así es —Grimward dejó escapar una sonrisa mordaz—. Y cuando lo consiga, porque no voy a impedírselo, yo acabaré con él. Tras la muerte de ambos, yo me encargaré de guiar a mi pueblo a la victoria definitiva, y todo el poder sobre las tierras de Leryon y Móstur recaerá sobre mí. ¿Ahora comprendes mejor el sacrificio que he llevado a cabo durante todo este tiempo? Estos… años de engaño, como tú los has denominado, no han sido en vano; me han conducido a un momento trascendental para la historia de Leryon y el nuevo reinado que Lorwurn establecerá en estas tierras. Y ahora que hablamos de

Kariosh, si no me equivoco, el rey tiene que encontrarse a punto de adentrarse en la ciudad. Me necesitará a su lado, porque no puedo permitir que muera de modo distinto al que he imaginado. Así que tendré que modificar el plan que tenía previsto para ti, Gregor. Me gustaría ver el modo en que el fuego acaba contigo. Estoy convencido de que, a diferencia de otros muchos que han muerto entre gritos de dolor, tú resistirías y te consumirías en el más insultante silencio. Pero eso ya no lo sabremos. Dejaré que Torgush acabe contigo del modo que él prefiera mientras yo ocupo mi lugar en la batalla. Me encantaría presenciar tu final, Gregor, pero tengo una cita a la que no me gustaría llegar tarde.

—Así que —Yar Gregor no parecía temeroso del destino que lo aguardaba—, ¿ya no volveremos a vernos, Grimward?

—Me temo que este es nuestro último encuentro.

—Sabes que, si no contemplas mi muerte, nunca podrás sentirte a salvo de mí. Te perseguiré allí donde te encuentres, y hallaré el modo de acabar contigo. Esta es mi maldición para ti en el momento de separar nuestros destinos.

—Causabas más temor cuando te convertiste en el verdugo de Athmer. Aquí, encerrado y a punto de ser sentenciado a muerte, creo que lo que menos inspiran tus amenazas es miedo. Iré a buscar a Torgush y le contaré lo que acabas de decirme. Estoy seguro de que encontrará el modo de hacerme ver que realmente has muerto —se pellizcó el labio, pensativo—. Ya sé, le diré que me envíe tu cabeza. De ese modo, creo que podré convencerme de que te has ido para siempre. En cuanto le comunique el destino que he previsto para ti, no tardará en venir. Tal vez de camino a la batalla escuche tus últimos gritos, antes de que Torgush decida enviarte al reino de los muertos. Adiós, Gregor. Fuiste un fiel servidor de mis designios, los designios de Lorwurn.

Sin esperar una respuesta por parte del caballero, se dio medio vuelta y abandonó la estancia. Yar Gregor le lanzó una última mirada de desprecio antes de que desapareciera al otro lado de la puerta. Sus pasos se perdieron por el corredor, mientras el caballero se sentaba en el suelo, abatido ante el trágico final que lo aguardaba. Si a la anterior visita de Grimward le había sucedido la llegada de Torgush, en esta ocasión el intervalo de tiempo entre ambos encuentros sería aún menor. El herrero ya le había manifestado sus deseos de ser él mismo quien le arrebatara la vida, de modo que, en cuanto Grimward le diera a conocer su plan, no dudaría en llevarlo a cabo.

La llegada del ocaso había traído la oscuridad sobre la estancia, dejando únicamente a la vista el resquicio por el que aún podía

percibirse la inminente caída de la noche. Yar Gregor sentía que su vida se apagaba del mismo modo en que lo hacía el día. Con la llegada de la oscuridad también llegaría su muerte. Aquel terrible pensamiento le incitó a intentar liberarse, pero le resultó imposible. Las sogas que lo amarraban eran como serpientes que presionaban su cuerpo hasta el punto de causarle heridas en las muñecas. A menos que Torgush cometiera alguna estupidez durante la tortura a la que iba a someterlo, no lograría zafarse de sus ataduras.

A lo lejos podía escucharse el sonido de la batalla. Primero habían sido las catapultas, y a continuación el ariete. Los ecos de los estruendos provocados al otro lado de la ciudad parecían llegar a todas partes, como la señal definitiva de que Móstur estaba a punto de caer ante los siervos de Lorwurn. En mitad del silencio que habitaba en la estancia, incluso las voces de los soldados parecían llegar hasta él, provenientes de todas partes. Sintió que, por momentos, empezaba a volverse loco. Tal vez fuera la desesperación que antecedía al instante de la ejecución. Imaginó que aquellos a los que había ajusticiado en la Plaza del Poder habrían sentido algo similar en el momento previo a su muerte. En medio de la oscuridad, vio nuevamente sus rostros. «Al menos, esta será la última noche que regresen a mi mente», se dijo a sí mismo, con la certeza de que muy pronto se uniría a ellos, allí donde estuvieran.

La negrura ya cegaba sus ojos cuando escuchó nuevos pasos. En susurros, elevó su plegaria a Athmer, pronunciando las últimas palabras en el momento en que la puerta se abría.

«Estoy preparado para morir», pensó nada más sentir el primer paso del recién llegado.

—¿Yar Gregor?

El corazón del caballero dio un vuelco. Aquella no era la voz de Torgush. La silueta recortada en el umbral de la puerta ni siquiera se parecía a la esbelta figura del herrero. El recién llegado cerró la puerta y, antes de aproximarse, prendió una vela.

—Muchacho… —Yar Gregor sintió que se le escapaba una lágrima al ver el rostro de Bartheos ante él. La luz de la vela dejó al descubierto la jovial sonrisa del joven.

—¿No pensaríais que os iba a abandonar? —dejó la vela en el suelo y se acercó al caballero— Dejar atrás a los amigos no es precisamente lo que me habéis enseñado durante todo este tiempo.

—En ese caso, me alegro de haberte enseñado algo bueno.

Sin perder un segundo más, Bartheos extrajo un puñal y comenzó a cortar la soga que aprisionaba al caballero.

—¿Cómo has conseguido ocultarte entre todos estos bastardos?

—Si me hubiera ocultado en los almacenes, probablemente ahora estaría muerto. Pero encontré una pequeña biblioteca. Esos leryones no son precisamente unos eruditos. Temí que en algún momento trataran de quemarlo todo, pero, al parecer, preferían utilizar el Refugio como cuartel. Vi a ese grandullón que los lideraba…

—Torgush.

—Así es… Con mucha diferencia, es el peor de todos.

—¿Viste también a Grimward?

—Sí. Pero él viene y va, mientras que los demás están siempre por aquí.

—¿Cómo has conseguido esquivarlos a todos?

—Resulta difícil de explicar —Bartheos se esforzaba por cortar las cuerdas que sujetaban las manos y pies de su mentor y amigo—. He estado esperando el momento más apropiado, pensando que llegaría la hora en que los soldados partirían a Móstur. Y como si ese momento acabara de llegar, salí de mi escondrijo y, para mi sorpresa, no había nadie por las galerías de este piso. Escuché gritos… y pisadas en dirección al exterior. No sé qué estará ocurriendo, pero se han marchado… Al menos de momento.

Nada más verse libre de sus ataduras, Yar Gregor estrechó a Bartheos entre sus brazos.

—Gracias, muchacho. Te debo la vida.

—No me deis las gracias, Yar Gregor. Aún no hemos logrado escapar.

—Pero estamos cerca de conseguirlo —el caballero se incorporó y dio un traspiés que a punto estuvo de devolverlo al suelo.

—¿Os encontráis bien? —dijo Bartheos, sujetándolo con fuerza.

—Demasiado tiempo aprisionado por esa soga y perdido en la oscuridad de esta maldita habitación. No te preocupes, Bartheos, solo necesito empezar a caminar para sentirme nuevamente vivo… Caminar y empuñar mi espada. Y si pudiera insertarla en el pecho de Grinward y enviarlo al reino de los muertos, me sentiría mucho mejor. Por el momento, vamos a escapar de aquí.

—Seguidme —Bartheos echó a andar por la galería, con paso sigiloso, temiendo que en el algún momento pudieran cruzarse con alguno de los leryones. Para su sorpresa, los pasillos estaban desiertos y silenciosos. Sin embargo, no era así en el exterior.

—Creo que vienen hacia aquí —Bartheos creyó escuchar voces que se aproximaban—. Debemos escondernos.

Abrió la puerta de una habitación que se encontraba en el lado izquierdo, junto a la escalinata que descendía a la primera planta.

—Esperaremos a que pasen de largo —el joven se internó en la

pequeña biblioteca donde había permanecido escondido. Yar Gregor lo acompañó y cerró la puerta, sin hacer ruido. Las voces se escuchaban más cercanas.

—Es Torgush —dijo Yar Gregor en un susurro—. Tal vez se dirija a la habitación donde me tenían encerrado. Grimward ya le habrá ordenado mi ejecución.

El herrero caminaba por el pasillo, acompañado por más hombres. Su conversación llegó a oídos de los helvatios.

—Como encuentre al responsable de ese fuego, juro que lo haré quemar vivo —decía el herrero a cuantos caminaban junto a él—. Por suerte, el camino ha frenado su avance.

—¿Adónde vamos? —preguntó uno de los soldados.

—Al rey Kariosh le gustan los sacrificios de helvatios, disfruta quemándolos… Y eso es precisamente lo que vamos a hacer con ese maldito caballero. ¡Esperad!

Torgush se detuvo junto a la puerta de la biblioteca. Yar Gregor y Bartheos sentían que se encontraba justo frente a ellos, al otro lado de la pared.

—¿Qué ocurre? —preguntó el soldado que caminaba en primer lugar.

—Maldita sea… —Torgush se apoyó sobre la puerta. Bartheos sintió que el corazón se le desbocaba—. Por un momento lo he olvidado. Ese Grimward me ha pedido la cabeza del caballero para asegurarse de que está muerto. Si lo quemamos, no podré cumplir el deseo de ese imbécil. En fin, estaba dispuesto a ofrecer a ese Yar Gregor una muerte rápida pero las órdenes son las órdenes. Ahora no tengo más opción que torturarlo hasta la muerte. Supongo que Grimward reconocerá su rostro, aunque le haya arrancado los ojos.

Torgush echó a andar y pronto las risas se escucharon cada vez más lejanas.

Los helvatios abandonaron su escondrijo y alcanzaron las escaleras en dirección opuesta a los leryones. Pasaron junto a un ventanal y Yar Gregor se detuvo un instante, contemplando el fuego al que hacía referencia Torgush. Las llamas dejaban al descubierto los esfuerzos que hacían los soldados por mantener controlado lo que ya solo parecía una inofensiva hoguera. La mirada del caballero se perdió en el cielo y sintió un escalofrío que sacudió su mente. Bartheos le sujetó del brazo, incitándole a continuar caminando. Sintió que el cuerpo de Yar Gregor temblaba y su rostro palidecía.

—Debemos escapar lo antes posible —dijo Bartheos, mirando a su alrededor— antes de que Torgush regrese.

—Sí, muchacho —respondió el caballero, con la voz entrecortada

—. Debemos marcharnos lo más lejos posible de este lugar.

Sin decir nada más, caminó junto a Bartheos, con el pensamiento puesto en la imagen que había descubierto a la luz de las llamas; una silueta que ya había visto en otra ocasión surcando el cielo.

En aquel momento, Torgush era el menor de sus problemas.

CAPÍTULO 24: EL REFUGIO

—¡Maldito hijo de puta! —Torgush sujetaba las ataduras de Yar Gregor con mirada enloquecida, buscando en cada rincón de la habitación como si su mente se negara a aceptar lo evidente. El prisionero había escapado.

—¡Maldita sea! ¡Buscadlo! —fue empujando a los suyos—. Avisad a los demás. No quiero veros a ninguno hasta que me hayáis traído a ese maldito helvatio. ¿Me entendéis? ¡Encontradlo y traédmelo!

A lo largo de todo el pasillo Torgush continuó escupiendo maldiciones y amenazas.

—¡El prisionero ha escapado! ¡Encontradlo! Registrad cada habitación, buscad en cada rincón donde pueda haberse escondido.

Allá donde iba, Torgush seguía dando voces. Al pasar por la biblioteca, pateó la puerta con tal violencia que la partió en dos, dejando al descubierto la estancia que había servido de refugio a Bartheos.

—Entra ahí y registra hasta el último rincón —ordenó a uno de sus hombres que, portando una lámpara, obedeció de inmediato.

Las luces de lámparas y antorchas se fueron multiplicando por el interior del Refugio y sus alrededores. Torgush había recorrido hasta la última galería en medio de una locura que casi le había dejado sin voz. Sus desesperados gritos habían inundado el Refugio y todos los que allí se encontraban permanecían entregados a la urgente misión de encontrar al helvatio. Custodiaron cada acceso al interior de la construcción, y recorrieron cada uno de sus pisos, galerías y estancias, derribando puertas y registrando hasta el último rincón. Llegaban tarde, pues para entonces los helvatios ya se encontraban lejos del alcance de Torgush.

—¿Qué hacemos? —preguntó Bartheos, nada más detenerse una vez que ya se habían internado en el bosque.

—Esperemos que estén demasiado ocupados pensando que aún nos encontramos en el Refugio —respondió Yar Gregor—. De todos modos, será mejor que no detengamos nuestros pasos. Torgush podría haber enviado a algunos de los suyos a rastrear los alrededores.

Debemos regresar a Móstur.

—Pero ¿cómo? Además, probablemente los leryones ya se encuentren a punto de entrar en la ciudad.

—Seguramente hayan iniciado su ataque por el otro extremo de la ciudad…

—¿La Puerta de los Caballeros?

—Así es. De modo que no es muy seguro ir por allí. Debemos probar otra opción, quizá en la muralla este.

—¿Y si Kariosh también ha decidido atacar ese punto? —Bartheos no estaba muy seguro.

Yar Gregor se encogió de hombros. Las opciones de adentrarse en Móstur no eran muchas, y quizá el punto más alejado de la Puerta de los Caballeros y el Refugio pudiera ser la mejor opción.

—¿Recuerdas la plegaria que te enseñé para pedir fuerzas a Athmer en el momento de entrar en combate? —Yar Gregor se detuvo, como si en aquel instante no importara nada más que escuchar aquella oración por boca de su discípulo.

—Oh, Athmer, dios de la Luz —recitó Bartheos—. Custodia los pasos de tu siervo, que se encomienda a ti. Dame fuerza en la batalla y, de ser tu voluntad, honor en la victoria o paz en la derrota. Mira a tu ungido, a quien elegiste para hacer cumplir tus designios. No me abandones, dios de la vida, no me dejes caer en la oscuridad, que tu luz sea mi guía, ahora y siempre, hasta que a mi muerte pueda alabarte eternamente.

—Tu padre estaría orgulloso de ti, muchacho —al acordarse de lord Belson, el caballero también recordó la misión que le había encomendado—. En cambio, yo no he podido…

—¿Estáis bien, Yar Gregor? —dijo Bartheos, confuso al contemplar el compungido rostro del caballero.

—Sí, sí —Yar Gregor disimuló su dolor—. En estos momentos de incertidumbre, nuestros temores se aparecen ante nosotros con más fuerza que nunca. Primero debemos combatir contra ellos, para así poder enfrentarnos a nuestros verdaderos enemigos.

Yar Gregor continuó caminando, recuperando la calma tras aquel breve instante en el que se había dejado llevar por el desaliento. Había fracasado en la misión encomendada por el senescal. Tendría que encontrar a Kariosh en el campo de batalla. Recordó las palabras de Grimward acerca del enviado de Athmer. La duda lo asaltó nuevamente. Advertir a Darreth y Zen Varion o unirse en la batalla para acabar con el rey Kariosh. En aquel momento, lo principal era escapar definitivamente del Refugio, alejarse del peligro que se cernía sobre aquella construcción. Instintivamente, miró al cielo, temiendo

revivir en cualquier momento la terrible visión que había contemplado en el momento de huir. Tal vez no fuera más que su imaginación; una imaginación traicionera que le devolvía sus peores recuerdos de una manera tan nítida que creía confundirlos con la realidad. Así le sucedía en ocasiones con los rostros de los muertos.

Salieron del bosque, para dirigirse nuevamente al trazado de la muralla, dejando al sur el Refugio. Convencidos de haberse alejado del peligro, avanzaron bordeando un estrecho sendero que la luz de la luna dejaba al descubierto.

A punto de considerar la posibilidad de acceder a la senda, Yar Gregor escuchó pisadas por delante de él.

—Muchos creían que estábais escondidos en el Refugio —dijo una voz—, pero yo estaba seguro de que ya habíais escapado de allí.

En ese momento, fue prendida una antorcha que dejó al descubierto al leryón que había hablado. Después fue otra, y otra más. Yar Gregor descubrió a cinco soldados de Torgush que les cerraban el paso, dispuestos a caer sobre ellos.

—Imaginaos la recompensa que nos dará Torgush por entregarle, no solo al prisionero, sino a otro de esos helvatios.

Los soldados rieron, exceptuando uno que perdía la mirada en otra dirección.

—Puedo entregaros vivos o muertos. La verdad es que a Torgush no le importa demasiado. Preferiría llevaros vivos y presenciar así…

Las palabras del leryón fueron acalladas por un aterrador sonido procedente de los árboles cercanos, un prolongado gruñido que precedió a las pisadas que hicieron temblar el suelo bajo los pies de todos ellos. Yar Gregor dirigió la mirada a los árboles y a la luz de las antorchas pudo contemplar la silueta de la criatura que había visto anteriormente, desde el Refugio. La imagen del dragón se recortaba en la penumbra, con una apariencia cada vez más aterradora a medida que se acercaba. Sus ojos eran como brillantes rubíes y su piel formaba una armadura de escamas que se antojaban impenetrables. Su mirada se posó sobre cada uno de los humanos que lo contemplaban con verdadero estupor. Ya era demasiado tarde para escapar de él. Los leryones no lo creyeron así, y trataron de huir. La respuesta del dragón no se hizo esperar. Se abalanzó sobre el primero, atrapándolo entre sus fauces. Al cerrar los dientes sobre su presa se escuchó un crujir de huesos que precedió a las salpicaduras de sangre. Tampoco lograron escapar los demás. El dragón bramó instantes antes de arrojar un poderoso río de fuego que los alcanzó. Las llamas devoraron en cuestión de segundos los cuerpos de los leryones, mientras la astuta mirada de la bestia se posaba sobre los helvatios,

que habían permanecido inmóviles, petrificados.

—Yar Gregor… —Bartheos sintió que el pánico se apoderaba de él. El caballero lo sujetó con fuerza.

—No te muevas, muchacho. Ya has visto que es imposible escapar de él.

La criatura permaneció unos segundos con la mirada fija en ellos, abrió la boca, dejando al descubierto sus terribles fauces, aún cubiertas de sangre, y bramó con fuerza. Fue un bramido intenso y prolongado durante el cual los helvatios se convencieron de que había llegado su final y la única duda que les quedaba era el modo en que la bestia decidiría acabar con ellos. Para sorpresa de los helvatios, el dragón les dirigió una última mirada y, dándose media vuelta, alzó el vuelo y desapareció en la oscuridad del firmamento.

—¡Encontrad a ese bastardo! —Torgush seguía fuera de sí, empuñando su hacha y arremetiendo contra las puertas cerradas del Refugio que encontraba a su paso. Él mismo registró algunas de las habitaciones ubicadas en la planta baja de la construcción. No había rastro del helvatio.

Salió del Refugio, convencido de que el prisionero había logrado escapar del edificio. A su alrededor, eran muchos los que ya habían iniciado el rastreo de las tierras contiguas. Miró a lo lejos.

—¿Dónde estás, maldito cabrón? —preguntó a la oscuridad de la noche. En respuesta, esta le devolvió la estremecedora visión de un río de fuego que se abría paso en la negrura.

Torgush quedó sobrecogido, al igual que todos aquellos que contemplaron el fuego y, a continuación, escucharon un terrible estruendo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el herrero, sujetando con firmeza su hacha. A su alrededor, los que lo acompañaban comenzaron a agruparse en torno a él, con sus armas en alto y un miedo que no parecían capaces de controlar. Al siguiente bramido le sucedió una corriente de aire descendente y antinatural. Torgush no había visto un dragón en su vida, pero, a juzgar por lo que había percibido con sus sentidos, fue capaz de presentir la cercana presencia de una criatura que no tardaría en aparecerse ante ellos. El grito desesperado de algunos hombres confirmó sus sospechas. Una nueva llamarada ahogó las voces. Ahora tenía el fuego mucho más cerca. Su mirada se detuvo en las llamas y, por encima de ellas, contempló la imagen de la terrible bestia, velada por el humo. Distinguió el brillo de sus ojos y escuchó sus pisadas poderosas, cada vez más cercanas. Desbordado por el miedo, apenas logró sujetar su hacha mientras iniciaba una frenética huida que le conduciría al interior del Refugio. Llevado por

la desesperación, subió las escaleras y se ocultó en una de las esquinas, donde permaneció acurrucado, tratando de encontrar una explicación a lo sucedido. Respiró profundamente, tratando de recuperar la calma, convenciéndose de que la criatura no lo encontraría allí.

Como si temiera que algún otro peligro mortal acechara en el interior del Refugio, caminó lentamente, concentrado en percibir cada sonido que pudiera llegarle. En el interior del edificio, todo parecía en calma. A su paso iba dejando atrás los restos de las puertas que él mismo había hecho añicos en su ataque de locura. Las galerías permanecían tenuemente iluminadas por las lámparas y antorchas que las sumían en la penumbra. El pánico había llevado a Torgush a perder la noción del espacio; caminaba confuso y desorientado. Un nuevo bramido procedente del exterior confirmó que la criatura continuaba en las inmediaciones del Refugio, lanzando sus llamas, acabando con más vidas. Torgush miró por una pequeña ventana del pasillo y contempló cómo la bestia arrojaba un nuevo río de fuego contra varios de sus hombres. Sus cuerpos desaparecieron al contacto con la llamarada que brotaba de las fauces de una bestia como nunca hubiera visto el herrero ni siquiera en sus peores pesadillas. El dragón parecía alejarse, persiguiendo a aquellos que trataban de huir.

Torgush continuó avanzando por la galería, buscando un lugar en el que esconderse, si es que en verdad había un rincón donde aquella terrible bestia no pudiera alcanzarlo. Su valor había huido nada más escuchar el primer bramido. Empujado por el miedo, se tambaleaba a su paso por unas galerías que le resultaban demasiado oscuras. Llegó finalmente a una estancia amplia, tenuemente iluminada por las lámparas repartidas en dos hileras. Recordó el momento en que había puesto los pies en aquel lugar por primera vez. Su ánimo era muy distinto en aquella ocasión. Ya no eran los gritos de los helvatios y sus miserables huéspedes los que rompían la calma, sino los de sus propios hombres; ahora eran ellos los que perdían la vida en un lugar que parecía haber quedado maldito.

La mirada de Torgush se perdía en cada rincón donde pudiera encontrar una sombra que resultara sospechosa. La estancia estaba repleta de ellas; dibujaban en la mente del herrero figuras fantasmales que se confundían con la realidad. Continuó caminando; pasos lentos, frágiles como si temiera que el suelo se fuera a hundir bajo sus pies. Miró a la derecha. El ventanal dejaba al descubierto las tierras inundadas por el fuego. Le pareció que las llamas estaban demasiado cerca. Al contemplarlas, las veía cada vez más altas, más poderosas. Se agitaban en una cautivadora danza que sus ojos no podían dejar de

mirar. Su resplandor dejó al descubierto el vuelo del dragón. Se retiraba de allí.

Torgush se aproximó al ventanal, asegurándose de que sus ojos no lo engañaban. Recuperó la calma al comprobar que la bestia se alejaba del Refugio. Suspiró y cerró los ojos, aliviado.

Un estruendo lo devolvió a la terrible realidad que se cernía sobre él. El bramido de un segundo dragón provocó que el miedo invadiera su cuerpo, ahora con una intensidad descomunal. La bestia no recorría las inmediaciones del Refugio, quemando sus tierras y abrasando a los hombres que encontraba a su paso; no se encontraba en las alturas, sobrevolando la oscuridad del firmamento; lo tenía frente a él, a escasos metros de distancia, suspendido en el aire y con la mirada fija en aquel ventanal.

Torgush se dejó llevar del peor recuerdo que conservaba de aquella estancia. De manera inconsciente, sus ojos se posaron sobre la silla en la que había encontrado a Zen Galath, el anciano helvatio que había dejado escapar la terrible maldición que ahora se cernía sobre él. Su locura lo llevó a contemplar la silueta del anciano, sumida en una penumbra en la que sobresalían dos ojos rojos semiocultos bajo una capucha. La visión resultaba aterradora. El anciano dejaba al descubierto su rostro; un rostro desfigurado y horripilante, el del cadáver que Torgush había dejado tras hacer caer su hacha sobre él. Ahora lo miraba y sonreía cruelmente. Un nuevo bramido del dragón provocó que el herrero desviara nuevamente la mirada hacia él. Contempló a la bestia abriendo sus fauces y, mientras sentía cómo el fuego abrasador se abalanzaba sobre él nada más hacer estallar la ventana en mil pedazos, recordó las palabras pronunciadas por Zen Galath antes de morir.

> *«Que las llamas del infierno consuman vuestras almas malditas».*

Aquellas palabras resonaron en la mente de Torgush en el instante previo a ser consumido por el fuego.

Las llamas recorrieron la estancia y la galería contigua; se expandieron por todas partes. El dragón continuó inundando de fuego el Refugio hasta que toda la construcción quedó convertida en una gigantesca hoguera, una vez que sus ocupantes ya habían sido exterminados.

La maldición de Zen Galath se había cumplido.

CAPÍTULO 25: MÓSTUR

—¡Han logrado alcanzar el interior de la ciudad! ¡Ya vienen!

Las voces de los soldados se propagaban a medida que llegaban aquellos que habían sido testigos de la caída de la Puerta de los Caballeros. El humo de los primeros edificios en llamas era una muestra más de que finalmente los leryones habían logrado abrirse paso desde el exterior.

—Puede que no pasemos de esta noche, amigo —Beorth se ciñó el casco, dirigiendo una sarcástica sonrisa a Sílax, que había estado todo el tiempo a sus órdenes—. Ya no hay tiempo para preparativos ni lamentaciones; ya solo nos queda esto —alzó su espada, que brilló en la oscuridad. ¡Soldados! ¡Agrupaos en torno a mí! ¡Rápido, venid todos!

—Son demasiado pocos —dijo Sílax, contemplando el escaso ejército que permanecía a su alrededor.

—¡Escuchad! —el oficial sonrió una vez más, con la mirada puesta en Sílax—. Nuestro nuevo amigo dice que somos demasiado pocos. Yo a eso respondo que no cambiaría a ninguno de vosotros ni por diez valerosos caballeros como los que a menudo presumen de permanecer tan cerca de los nobles. Nosotros estamos aquí para defender el castillo y protegerlo de todos esos malnacidos que se aproximan. Tratarán de hacer ondear uno de sus estandartes en lo más alto de nuestra fortaleza. ¿Vamos a permitir que lo hagan?

—¡No! —el grito unánime de los soldados fue ensordecedor.

—¿Vamos a consentir que los hijos de Lorwurn pongan sus asquerosos pies en la fortaleza de Móstur?

—¡No! —a cada voz de Beorth la respuesta de sus soldados resultaba más decidida.

—Si la fortaleza cae, la ciudad cae. Mientras el castillo siga en pie, siempre habrá alguien dispuesto a impedir que esos bastardos se apoderen de la ciudad. Llegarán a la plaza, frente a las puertas del castillo, y pensarán que caeremos rendidos a sus pies. ¿Vamos a rendirnos a esos hijos de puta?

—¡No!

—¿Has oído eso, amigo? —se dirigió nuevamente a Sílax—. Mis hombres tal vez no sean un gran ejército, en número; pero, en determinación, no hay fuerzas capaces de superarnos. Tengo a soldados que llevan toda la vida preparándose para este momento; y tengo también una fortaleza que emplearemos, no para defendernos… No nos esconderemos al otro lado, esperando que los leryones derriben la puerta y se adentren en el interior para acorralarnos como a animalillos asustados. Nos ha sido encomendada la protección del castillo, y eso es precisamente lo que vamos a hacer.

—Pero, con todos los que pueden adentrarse en la plaza, ¿cómo podrás…?

—Oh, si… —Beorth esbozó una amplia sonrisa—. Cuantos más se adentren en nuestra querida plaza, mejor. Observa bien lo que mis hombres han estado haciendo durante este tiempo. Pero date prisa, porque pronto deberé dar la orden de que ocupen sus puestos, y tú podrás elegir el tuyo.

Se encontraban a la entrada de la plaza. Frente a ellos, en el otro extremo se alzaba el castillo, recortándose sus torres en un firmamento libre de nubes. Podían distinguirse las luces del interior, donde todo parecía envuelto en una calma extraña, casi siniestra, que contrastaba con las voces que procedían del este de Móstur, allí donde la Puerta de los Caballeros, derribada, era escenario de los primeros enfrentamientos y muertes.

Sílax contempló los tablones distribuidos por las arcadas que se encontraban a ambos lados de la plaza. El caballero no entendía cómo podría frenar aquello el avance de los leryones por la plaza hasta alcanzar la entrada al castillo.

—Antes de ocupar tu puesto, querido Sílax, deja que te haga una pregunta. ¿Qué prefieres? Arco, ballesta, espada…

—Siempre he preferido la espada.

—Bien, contestó Beorth, porque a mí me gustan mucho las ballestas, y voy a necesitar una pareja con espada para este baile con la muerte. Tú serás mi pareja.

Los demás soldados rieron al contemplar la confusión reflejada en el rostro de Sílax.

—Te lo explicaré sobre la marcha, querido amigo. Espero que sepas lo que haces con esa espada, pues vamos a confiar nuestras vidas a ella. Sígueme. ¡Muchachos! —se dirigió a los que tenía a su alrededor— ¿Estáis preparados para recibir a esos leryones?

Los gritos de aprobación resonaron por todas partes. Sílax había temido que el oficial estuviera loco, pero al contemplar la inquebrantable fe que mostraban sus soldados en él, no tuvo ninguna

duda de que todos aquellos valerosos hombres, mujeres y algún que otro muchacho que se habían entregado a la defensa del castillo y cuanto significaba para Móstur, derramarían hasta la última gota de sangre por defender la fortaleza.

—Bien —Sílax caminó junto al oficial—. Espero que tú y los tuyos tengáis claro lo que debemos hacer.

—Ellos lo tienen claro, y tú también lo tendrás. Solo tienes que escuchar y seguir mi plan al pie de la letra. ¿Te gusta el teatro, Sílax?

—¿El… teatro? —repitió el caballero, creyendo haber entendido mal.

—Sí, el teatro. ¿Te gusta? —le indicó el lugar que habrían de ocupar.

—Sí, he visto alguna representación y…

—No, no, no —interrumpió Beorth—. No estoy hablando de acudir a ver una obra, lo cual siempre es también gratificante. Me refiero a algo mucho más fascinante: formar parte de la propia representación donde los actores no solo deben embaucar al público con sus palabras y algunos gestos, sino también con sus bailes, desplazándose con movimientos precisos que todos deben interpretar al mismo tiempo, al compás de la música.

—No, nunca he actuado en ninguna obra.

—Bien, pues prepárate, porque estás a punto de hacerlo, y debes interpretar tu papel con pasión y precisión a partes iguales.

—¿Interpretar mi papel?

—Exacto, como lo vamos a hacer todos —Beorth se separó de Sílax con gráciles pasos y extendió los brazos con la mirada puesta en el castillo—. Estamos en el escenario más espectacular que podríamos imaginar, a punto de representar la obra de nuestras vidas.

Las voces procedentes del interior de la ciudad se escuchaban cada vez más altas. Las columnas de humo seguían multiplicándose y la confusión de Sílax iba aumentando a medida que lo hacía el contraste entre la situación que se vivía en el resto de la ciudad y la que Beorth describía: una agradable noche de teatro que solo él parecía sentir como real.

—Debes mantener todos tus sentidos alerta para interpretar tu papel, Sílax, pues de ello dependerán las vidas de cuantos nos encontremos junto a ti.

—Entonces, ¿qué es lo que debo hacer?

—Para empezar, deberás diferenciar bien entre águilas y lobos.

—¿Qué me estás diciendo…?

—Escúchame con atención —nuevos gritos y estruendos, cada vez más cercanos, provocaron que Beorth recuperara la seriedad en su

expresión.

—Se trata de las dos órdenes que escucharás durante nuestro encuentro con los leryones. Primero actuarán las águilas. Tras su ataque, será tu turno: el turno de los lobos.

Y mientras el resto de los soldados que acompañaban a Beorth se dirigían a ocupar sus puestos, el oficial explicó su plan al caballero con detalles precisos acerca de la función que estaba a punto de tener lugar en el patio del Castillo.

—Debéis retiraros de aquí —dijo lord Belson a los pocos helvatios que custodiaban el templo de Athmer—. Los leryones atacarán pronto y vuestras construcciones parecen haberse convertido en los principales lugares donde descargar toda su ira, tal y como han hecho con el Refugio. Estamos replegándonos a las inmediaciones de la Plaza del Poder. Allí podremos ofrecer una mayor resistencia, pero aquí, en el templo…

—Cuantos estamos aquí os acompañaremos —respondió Yar Bolfren—. Pero hay otros que no nos seguirán. Se han encerrado en el interior del templo.

—¿Qué? ¿Cómo habéis permitido que hagan semejante locura?

—No podemos obligar a los ancianos clérigos a que tomen las armas, ni podemos arrastrarlos por la ciudad para buscarles un lugar seguro. Han tomado su decisión, lord Belson. Han decidido permanecer aquí, junto a Athmer…

—Si permanecen aquí, morirán.

—Es su decisión. Los caballeros helvatios consagramos nuestra vida a Athmer, pero también a la protección de aquellos que nos son encomendados. En cambio, los clérigos… Viven para servir a Athmer. Viven para Athmer y mueren para Athmer.

—Es una locura —dijo lord Belson—. Derribad las puertas del templo y lleváoslos…

—¿Derribar las puertas de nuestro templo? Ningún helvatio puede cumplir semejante orden, lord Belson. No podemos cargar contra este lugar sagrado.

—Los leryones sí lo harán. Os lo suplico, Yar Bolfren, abrid esas puertas.

—Todos cuantos veis alrededor del templo os seguirán: algunos, hasta la Plaza del Poder; otros, partirán a la Morada, a evitar que los leryones lleven a cabo allí una nueva masacre. Sin embargo, los que están en el interior del templo continuarán elevando sus plegarias hasta que nuestros enemigos acallen sus voces. Tal vez los clérigos parezcan, a primera vista, menos valientes que los caballeros de nuestra Orden. Sin embargo, el poco apego que sienten por esta vida

los convierte en los más temerarios. Ya habéis visto lo ocurrido con aquellos que decidieron permanecer en el Refugio. Han servido a los demás hasta dar su vida por ellos; por ellos, y por Athmer. Es inútil que insistamos, lord Belson. Han tomado una decisión.

El senescal no quiso insistir. Sabía que los helvatios podían llegar a ser muy tercos; y los clérigos de un modo especial, debido a una fe que en ocasiones hasta los propios caballeros de la Orden consideraban excesiva.

—Está bien —dijo al fin, dándose por vencido—. Acompañadme a la Plaza del Poder. Allí ofreceremos resistencia frente a cuantos continúen su avance.

—Esos bastardos han tomado la entrada y se están reagrupando junto a la muralla —se escuchó la inconfundible voz de lord Tyrsen—. Lo siento, lord Belson, pero no hemos podido impedirlo. Eran demasiados.

—Lo sé —replicó el senescal—. Pronto continuarán su avance, y debemos buscar un lugar donde hacerles frente. Nos dirigimos a la Plaza del Poder.

—Bien, voy con vosotros —Lord Tyrsen miró hacia atrás—. He perdido demasiados hombres, buenos caballeros… Malditos hijos de puta, esos leryones lo pagarán caro. Si su maldito rey se mostrara entre los que lideran el ataque… Pero creo que el muy cabrón está en la retaguardia y únicamente da órdenes, sin atreverse a luchar. Maldito cobarde… Con mucho gusto hundiría mi espada en su pecho, si se dejara ver.

lord Belson se acordó de Yar Gregor, a quien había enviado a cumplir la misión de acabar con Kariosh. No había vuelto a saber nada de él desde entonces y temió que le hubiera sucedido algo terrible en su encuentro con el rey o alguno de sus soldados. También llevaba días sin saber nada de su hijo, Bartheos. Imaginó que estaría con la mayoría de los caballeros helvatios, preparando la defensa de la Morada. «Tenemos que contenerlos en la Plaza del Poder», se dijo a sí mismo, temiendo que, si no lograban frenar su avance, no tardarían en atacar el hogar de los helvatios, poniendo en peligro la vida de su hijo. Se sentía lleno de ira y rabia. Los leryones habían atravesado la muralla con excesiva facilidad. Estaba seguro de que atacarían por allí y aun así no había sido capaz de evitarlo. Quizá debería haber enviado a la caballería y arriesgarlo todo a una batalla en campo abierto. Las dudas asaltaban su mente, con oscuros presagios que nublaban sus pensamientos. Los acontecimientos podrían haberse desarrollado de un modo muy distinto si hubiera tomado otras decisiones. Ya era tarde para pensar en ello.

—Lord Belson —el noble con el emblema del toro puso su gigantesca mano sobre el hombro del senescal, consciente del abatimiento que lo dominaba—. Aún podemos vencer esta batalla, si permanecemos unidos. Nuestros mejores caballeros están repartidos por la ciudad y son muchos los que los acompañan. No importa la destrucción que esos malnacidos puedan ocasionar en nuestros edificios. Podemos proteger a nuestra gente… En estos momentos, es lo más importante. El norte de la ciudad se encuentra invadido, pero afortunadamente tomasteis la decisión de evacuarlo antes de que fuera demasiado tarde. Desde la Plaza del Poder iniciaremos un ataque que los hará retroceder. Acabaremos expulsándolos de nuestra ciudad.

—Bien… Seguidme —Lord Belson contempló a cuantos se encontraban en las inmediaciones, esperando sus órdenes—. ¡Seguidme! ¡A la Plaza del Poder!

Los soldados se pusieron en marcha, encabezados por lord Tyrsen, que no cesaba de animar a cuantos lo acompañaban con continuas palabras y gestos que reflejaban su coraje. Tenía el cuerpo manchado por la sangre de los enemigos abatidos en los primeros instantes de la batalla, cuerpo a cuerpo, que sus caballeros habían librado contra los leryones.

lord Belson se vio solo durante unos segundos. Miró hacia atrás, donde quedaba, solitario, el templo de Athmer, abandonado a su suerte junto con los helvatios que habían decidido permanecer en su interior, poniendo su vida en manos del dios de la Luz. Las voces continuaban escuchándose, no tan a lo lejos como en los primeros instantes de la batalla.

El senescal se marchó de aquel solitario paraje, con la certeza de que muy pronto, los clérigos del templo comprobarían si su sumisión a Athmer había valido la pena; muy pronto descubrirían si su dios les aguardaba más allá del mundo de los vivos.

CAPÍTULO 26: CERCA DEL REFUGIO

El Refugio quedó convertido en una gigantesca pira. El fuego devoraba sus estructuras, provocando continuos derrumbamientos que desfiguraban la apariencia de un edificio que se consumía lentamente entre las llamas, haciendo desaparecer el que tal vez fuera el legado más importante de la Orden Helvatia a los ojos del mundo. La fe en Athmer gozaba de diversas valoraciones, suscitando la simpatía de algunos y el odio de otros. En cambio, la labor que los helvatios llevaban a cabo en aquel lugar de acogida y curación no admitía discusión alguna y mostraba el lado más humano de los siervos del dios de la Luz. Esa herencia transmitida entre los clérigos entregados al servicio a los demás moría de forma cruel, pasto de unas llamas que no tenían prisa por transformar el Refugio en una montaña de cenizas.

Desde una colina cercana, Shyra contemplaba la destrucción que los dragones habían provocado por orden suya. Los ojos de la muchacha se perdían en unas llamas que, aunque estaban distantes, le parecían cada vez más resplandecientes y poderosas, como si estuvieran a punto de propagarse por las inmediaciones, sin que aquello pareciera posible. Alrededor del Refugio ya no quedaban tierras que pudieran alimentar el fuego. La construcción permanecía desolada; una isla candente en mitad de unas tierras áridas, inertes.

La muchacha había estado presente en el ataque, subida a uno de los dragones. Se había acostumbrado al vuelo de aquellas criaturas letales en su ataque y rápidas en sus movimientos. En su interior, aún podía escuchar los lamentos de quienes habían perdido la vida, envueltos en las llamas. Su orden a los dragones había sido clara: acabar con todos los leryones que encontraran en el Refugio, como castigo a la crueldad que ellos habían mostrado al derramar sangre inocente.

—¿Crees que has hecho lo correcto?

Al escuchar aquellas palabras, Shyra no despegó la mirada de las llamas. Sabía que, una vez llevado a cabo aquel primer ataque en las cercanías de Móstur, Derit volvería a aparecer en cualquier momento. Siempre lo hacía, sin importar el lugar donde ella pudiera ocultarse. Él

la encontraba y, como si de su propia conciencia se tratara, llenaba su mente de pensamientos e interrogantes.

—Esos leryones merecían morir por sus crímenes. No hay guerra alguna capaz de justificar el asesinato de los pobres e inocentes miserables que solo buscaban en el Refugio un lugar donde sanar.

—Se llamaba Torgush.

—¿Quién? —Shyra recordaba muchos rostros aterrados en el momento de morir. Los recordaría siempre.

—Ese hombre que trataba de huir por el interior del Refugio, y que tú alcanzaste a ver, sobre tu dragón. Era el jefe de todos los que llevaron a cabo esa matanza. Aunque fue otro quien concibió la masacre.

—¿Y está muerto?

—No. En estos momentos se encuentra en Móstur, tratando de encontrar al enviado de Athmer. Como ves, cada uno de vosotros ha iniciado su participación en el juego de los dioses.

—¿Por qué te refieres a esta batalla como el juego de los dioses, cuando son los hombres los que han decidido iniciar el enfrentamiento de unos contra otros?

Derit frunció el ceño, pensativo.

—Una pregunta interesante, Shyra. Pero en estos momentos, lo importante tal vez no sea tanto las causas sino el devenir de la batalla. Observa la ciudad de Móstur. El humo se eleva en su interior. Los hombres del rey Kariosh recorren las calles buscando víctimas con las que saciar su sed de sangre. Los ejércitos de la ciudad tratan de proteger a sus habitantes. Unos y otros están tan ocupados que ni siquiera se han percatado de la presencia de tus dragones.

Shyra contempló las señales de destrucción que asomaban más allá de las murallas. El brillo de la luna dejaba al descubierto las columnas de humo que brotaban, cada vez más numerosas, del interior de una ciudad a punto de perder su belleza y esplendor. Incluso pudo contemplar las llamas del fuego desatado allí donde los leryones habían logrado abrirse paso.

—En parte, llevas razón —dijo Derit—. Son los hombres, cegados por su ambición, los que inician estos conflictos que les empuja a matarse entre ellos. Es triste, ¿verdad?

—Triste… e inevitable, supongo —añadió Shyra, intrigada por el rumbo que tomaba la conversación. Una vez más, Derit era todo un enigma.

—Tal vez tú podrías hacer algo para evitar, no esta guerra, que ya se está cobrando las vidas de muchos, sino conflictos venideros. Sí, quizá podrían evitarse si los hombres conocieran las consecuencias.

—Ya conocen las consecuencias de la guerra —Shyra no comprendía las palabras del tahúr—. Siempre las han conocido, y aun así, siguen empeñados en matarse entre ellos.

—Creo que no me has entendido —Derit sonrió—. Espero que esta pregunta te ayude a comprender de qué estoy hablando: ¿Crees que Torgush habría llevado a cabo la masacre del Refugio conociendo el castigo que le esperaba?

Shyra sostuvo por un momento aquella inquisitiva mirada.

—Entonces, ¿propones un castigo similar a todos aquellos que decidan iniciar una guerra? ¿Deberían los dioses acabar con todos ellos?

—El temor a un castigo seguro es lo único que puede detener la mano del ser humano, cuando la maldad se ha apropiado de su mente. Si los hombres supieran el castigo que les aguarda tras sus actos más crueles, tal vez lograríamos una humanidad que terminara alejándose de la guerra. De ahí la importancia del temor a los dioses.

—¿A cuál de todos ellos?

—Al que resulte vencedor, tal vez, de esta batalla. Por eso yo lo llamo el juego de los dioses. Cada uno de ellos ha decidido intervenir y, tal vez, el que resulte vencedor, pueda ser capaz de gobernar a la raza humana.

—Hablas de… ¿la dictadura de uno de los dioses?

—¿Por qué no? —Derit dejó escapar una perspicaz sonrisa— Ya que el hombre no es capaz de decidir por sí mismo lo más conveniente para vivir una vida pacífica en armonía con el resto de la naturaleza, tal vez deban ser los dioses quienes decidan por él. Y ahora que sus enviados se encuentran inmersos en la batalla, quizá tú podrías convertir al dios Dragón en el único capaz de restablecer el equilibrio.

Shyra contempló las llamas que seguían consumiendo el Refugio. No conseguía imaginar toda la ciudad de Móstur acabara de igual modo.

—De las cenizas de Móstur podría surgir un nuevo orden. Todos se someterían a los designios del dios Dragón nada más contemplar su poder. En el interior de Móstur, aquellos que en estos momentos luchan por tomar el control no son más que pequeñas hormigas para tus dragones. Tan solo tienes que desearlo, y en cuanto sean conscientes de tu orden, la cumplirán. Móstur arderá en llamas y muchos morirán. Pero los que logren salvar la vida contemplarán el poder de un dios capaz de perdonar sus vidas. Tienes todo eso en tu mano, Shyra: el poder sobre la raza humana se presenta ante ti como el mayor legado que podrías dejar en manos del dios Dragón. Quién mejor que su hija, para llevar a cabo semejante designio. Sí, la hija del

Dragón, una humana, encomendándole la protección de su propia raza.

Los ojos de Shyra cobraron un brillo especial mientras escuchaba a Derit y, con la mirada fija en las llamas, creía ver en ellas las escenas que el tahúr describía como el futuro más justo para la raza humana. Solo tenía que ponerse en pie y ordenarlo a los dragones. En cuestión de minutos, toda la ciudad de Móstur ardería en llamas y aquellos que lograran salvar la vida permanecerían postrados ante ella y sus criaturas.

—Sí, podría resultar un momento memorable, el comienzo de una nueva era: la era del dios Dragón.

—Solo tienes que desearlo… —Derit sonrió nuevamente— y se hará realidad.

Se hizo el silencio, un silencio prolongado en el que parecía concentrarse todo el destino de la humanidad. Desconocedores de la sentencia que estaba a punto de recaer sobre ellos, mostures y leryones continuaban su enfrentamiento.

Shyra se puso en pie, con la mirada puesta en la ciudad de Móstur.

—Adelante —susurró Derit.

La chica cerró los ojos. El silencio se quebró por las corrientes de aire que anunciaban la llegada de los dragones. Derit los vio surgir de la oscuridad en dirección al lugar donde se encontraban ellos. Se situaron detrás de Shyra. Aguardaban su decisión.

—Ya sabéis lo que tenéis que hacer —dijo ella, manteniendo aún los ojos cerrados.

Las criaturas bramaron antes de alzar su poderoso vuelo. Surcaron el aire, aproximándose al Refugio, cuyas llamas comenzaban a menguar dejando al descubierto un amasijo de ruinas tan lóbregas como irreconocibles.

Derit contempló con rostro serio el vuelo de los dragones, presintiendo el trágico desenlace que se precipitaba sobre Móstur. Las bestias sobrepasaron el Refugio y, a punto de alcanzar las murallas de la ciudad, viraron hacia el lado opuesto y pronto se perdieron en dirección al norte.

—¿Qué les has ordenado? —preguntó Derit.

—Lamento haberte decepcionado —respondió Shyra, ya con los ojos abiertos.

—¿Decepcionado? —el tahúr estalló en una sonora carcajada—. Te aseguro, Shyra, que no podría sentirme más aliviado por la decisión que acabas de tomar.

—Pero tú me habías dicho que…

—Ven, siéntate a mi lado, porque aún nos queda mucho de qué

hablar, ahora que has decidido no entrometerte en los asuntos de los dioses.

Shyra caminó lentamente hacia Derit, que parecía divertirse contemplando la confusión reinante en la chica.

—Sí —dijo cuando la chica se sentó junto a él—, te incité a enviar los dragones a Móstur y arrasarla, acabando con todo aquello que encontraran a su paso. Si hubieras dado esa orden, la batalla habría finalizado pronto y cuantos luchaban entre ellos habrían terminado huyendo juntos para escapar de los dragones. Te he ofrecido el poder de gobernarlos a todos ellos, mostures, y leryones; incluso los nybnios terminarían rindiéndose a los pies de la hija del dragón. En un primer momento, temí que siguieras mi consejo. De haberlo hecho, te habrías convertido en uno más de todos los que han utilizado a los dioses para sus propios fines; pero en tu caso, con una diferencia importante: el ser humano se arrodillaría ante un dios que no existe.

—¿Un dios que no existe? ¿A qué te refieres?

—No existe el dios Dragón, Shyra. Por mucho que durante toda la historia haya tenido adoradores como los hijos del fuego y otros muchos pueblos que han venerado a esas criaturas. El dios Dragón es un mito que tiene su origen en el culto a la propia naturaleza.

—Pero todo aquello que me dijiste, y mi marca…

—Tarde o temprano, te acabarías dando cuenta de que los dragones no sirven realmente a ningún dios, y mucho menos a un ser humano. Los relatos acerca de la hija del dragón tienen su origen en tiempos en los que quizá hubiera un mayor contacto entre hombres y dragones, pero eso no significa un sometimiento a otros…

—Pero los dragones me obedecieron… Les ordené acabar con todos aquellos que habían profanado el Refugio y no dudaron en atacar y matar a esos hombres.

—Lo hicieron porque consideraron que era justo. El crimen que esos miserables habían cometido era imperdonable y debían pagarlo con su vida. Consideraron justo que debían morir.

—Entonces, ¿qué habrían hecho si, en lugar de ordenarles regresar al norte, les hubiera incitado a arrasar Móstur?

Derit se encogió de hombros.

—Es algo que ya nunca sabremos, pero es muy posible que no te hubieran obedecido…

—Y mi marca…

—Tienes la marca del dragón, cierto. Y tal vez, en compañía de los dragones hayas manifestado algunas sensaciones que no podrías describir. Pero eso no te otorga ningún poder especial sobre ellos. Es una magia frente a la que, en ocasiones, no encontramos una

explicación, al igual que sucede con otros muchos aspectos de la naturaleza. La naturaleza es más sabia que el ser humano. Esos dragones representan, de algún modo, el poder con el que la propia naturaleza se manifiesta en todo su esplendor y belleza. Te noto decepcionada…

—¿Decepcionada? —dijo Shyra, sonriendo lentamente—. Más bien, me siento confusa. Empezaba a creer que, de algún modo, mi lugar estaba en medio de esas criaturas tan extraordinarias. Sin embargo…

—Creo que tú misma has descubierto que tu lugar no estaba en el Desierto Rojo, junto a los dragones. Tal vez ese haya sido uno de los motivos por los que no les has ordenado atacar Móstur. Otro motivo importante ha sido tu falta de ambición por el poder. Si hubiera ofrecido a cualquier rey lo que durante unos segundos he puesto en tus manos, ¿cómo crees que habrían actuado? La mayoría habrían sacrificado todas aquellas vidas para coronarse monarca único, poseedor de un poder que haría que todos lo sirvieran, como si de un dios se tratara. Siento haberte mentido durante todo este tiempo…

—Al menos, la historia acerca de esta armadura es real, ¿no?

Derit contempló el rostro alegre de la chica y se echó a reír nuevamente.

—Esto es lo que más me gusta de ti, Shyra. Acabo de arrebatarte toda posibilidad de grandeza, privándote de un poder que inicialmente puse en tus manos y, lejos de arrojar tu ira contra mí o escupirme tus palabras, me haces esta pregunta, sonriente como una niña. Sí, la historia de la armadura de Korth es cierta —Derit pasó su mano sobre varias de las escamas de la armadura—, como lo es todo cuanto te conté acerca de las propiedades de esta armadura. De nuevo, te pido perdón por haberte mentido acerca de los dioses, pero tenía que comprobar por mí mismo si realmente eras la clase de ser humano que siempre has demostrado. Y no me has decepcionado. Pese a todas las adversidades por las que has tenido que pasar, siempre has tenido firmes convicciones. Si todos los seres humanos fueran como tú, no estaríamos aquí, en estos momentos, contemplando en la distancia la guerra que está sacudiendo las tierras de Móstur. Aunque debo reconocer que, a pesar de que tu decisión ha sido acertada, me ha privado de ver resuelta una duda, una cuestión que llevo tiempo preguntándome.

—¿El qué? —preguntó Shyra, impaciente.

—Los hombres a menudo consideran que los dioses son injustos y, sobre todo, crueles. No se dan cuenta de que son ellos los que utilizan a los dioses para justificar su crueldad. Presumen de conocer la

voluntad de los dioses y la usan a su antojo, para satisfacer sus propias ambiciones. El mayor poder de la naturaleza reside en sus criaturas más majestuosas, los dragones. Me pregunté si en algún momento los seres humanos serían capaces también de someter de algún modo este poder y emplearlo en beneficio propio. Ningún ser humano había mostrado, hasta ahora, las cualidades que he visto en ti. Si había alguien capaz de someter a los dragones, creí que serías tú. Sin embargo, tu bondad y buen criterio me han impedido satisfacer esa necesidad. Debo reconocer que una parte de mí deseaba que ordenaras a los dragones atacar Móstur.

—Me alegro de que no hayas podido ver resuelto tus interrogantes —contestó Shyra, con un brillo especial en el color verde de sus ojos —. Entonces, en el juego de los dioses, ¿tan solo participan los dioses de leryones, mostures y nybnios?

—No, exactamente. ¿Te cuento otro secreto?

La chica asintió.

—Thariba, el dios de los nybnios, tampoco existe. Pero te aconsejaría que no se lo dijeras a ninguno de ellos. Al menos, el pueblo nybnio está más preocupado por el comercio que por las armas. Podríamos decir que su falso dios siempre ha sido inofensivo. ¿Crees que podemos permitir que sigan creyendo en él?

Hubo un silencio que, lejos de resultar incómodo, a Shyra le pareció gratificante. Había cogido cierto cariño a aquel personaje, del que solo sabía una cosa: no era humano. A pesar de su apariencia, se aparecía dónde y cuándo quería, como si fuera capaz de someter los conceptos del espacio y el tiempo.

—¿Tú también eres un dios? —preguntó finalmente.

—Es un tanto difícil de explicar —Derit se acarició la barbilla, pensativo—. Soy tan antiguo como los dioses y, aunque no gozo de sus poderes, dispongo de otros. Soy un ser intermedio que habita entre ambos mundos, el de los humanos y el de los dioses. Puedo moverme por uno y otro, sin interferir de un modo directo en sus asuntos. Soy un mensajero de almas, el señor de la muerte o del destino si así te resulta menos tenebroso. Soy una sombra, un reflejo procedente del más allá; puedo hacerme corpóreo o desvanecerme y transportarme allí donde lo deseo; también soy, en cierto modo, señor del espacio y el tiempo. Soy todo eso a la vez, y también Derit, el tahúr; una profesión en este mundo que se adapta bien a la engañosa naturaleza que puedo llegar a adquirir. Tal vez esto no responda completamente a tu pregunta. Mi mundo es tan distinto al vuestro, que resulta complicado hacerte comprender quién soy realmente.

La expresión de Shyra era bastante reveladora. Había comprendido

lo suficiente.

—Y ahora, ¿qué se supone que debemos hacer? —inquirió la chica —. Imagino que mi papel en toda esta historia acaba de llegar a su fin, algo que en cierto modo agradezco. Acabas de liberarme de una carga que podría haber sido muy difícil de llevar.

—Ahora eres libre para buscar tu destino.

—Mi destino… —suspiró, con la mirada fija en el horizonte—. Si te digo la verdad, ni siquiera estoy segura de cuál es mi destino. Los caminos que he seguido siempre han sido peligrosos, sobre todo para aquellos que me han acompañado. En ocasiones creo que mi destino está maldito, como si los dioses se empeñaran en arrebatarme a todo aquel que permanece a mi lado demasiado tiempo.

—Te aseguro que los dioses no intervienen en esos asuntos.

—Lo sé.

—Además, no todos los que se han ganado tu confianza y amistad están muertos. Hay al menos uno que te echa de menos y, probablemente, en este mismo instante, continúa buscándote. Y aunque no está lejos de aquí, debo confesarte que su vida corre peligro…

—¡Sílax! —la chica se puso en pie—. Se trata de él, ¿verdad? ¿Dónde se encuentra? La última vez que estuve con él…

—Sé lo que ocurrió. Estuvo a punto de perder la vida, de adentrarse en mi mundo. Fue curado y, durante estos últimos días, ha estado buscándote en Móstur. La guerra le ha sorprendido allí, de modo que se ha visto obligado a unirse a los ejércitos que defienden el castillo…

—Quiero ir con él.

—¿Y unirte a la batalla? Shyra, Móstur está a punto de ser devorada por las hordas de los leryones. No dejarán rastro de vida a su paso y, si alcanzan la fortaleza, será vuestro fin.

—Quiero compartir el destino de Sílax, sea el que sea.

—No me gustaría encontrarme contigo uno de estos días, en mi mundo. Piénsalo bien, Shyra.

—Hay decisiones que tengo muy claras. Esta vez, mi elección no es el norte… Elijo Móstur.

—Está bien. Solo tú eres dueña de tus actos. Si esa es tu decisión…

—Sí, es esa. ¿Puedes ayudarme?

—¿Ayudarte?

—Sí, ayudarme a llegar junto a Sílax. De haberlo sabido antes, tendría muy clara mi orden a esos dragones. ¿No podrías hacer que uno de ellos regresara para llevarme al castillo? Los mostures están tan ocupados en defender su tierra que casi ni se darían cuenta del

momento en que el dragón me lleva a una de esas torres.

Shyra hablaba de manera aceleraba. Los pensamientos fluían atropellados en su mente.

—¿Hacer que regresen? No puedo dominar a esas criaturas.

—Entonces, buscaré el modo de adentrarme en la ciudad sin que los leryones me vean. Puedo ser muy sigilosa…

—Espera.

Derit detuvo a la chica, tomándola del brazo cuando pasaba junto a él, dispuesta a marcharse. Las miradas de ambos se cruzaron y el tahúr respiró profundamente.

—No puedo invocar a los dragones, pero creo que puedo hacer algo aún mejor. No debería inmiscuirme en los asuntos de los humanos, pues, al fin y al cabo, no me conciernen… Pero, lo que has hecho hoy… Eso merece una recompensa, aunque ello implique que deba hacer algo para lo que ni siquiera sé si estoy preparado. Como te dije, una de mis labores es trasladar las almas de los muertos de un lugar a otro. Creo que, por una sola vez, también podré trasladarte a ti. Aunque no sé si seré capaz. Podría salir mal.

—Y si sale mal, ¿podría morir?

—No… Claro que no —Derit frunció el ceño—. ¿Por qué ibas a morir? Si no funciona, simplemente desapareceré de tu lado y tendrás que ir andando al castillo, con todos los riesgos que eso conlleva. Toma mi mano.

Shyra obedeció de inmediato y sujetó con fuerza la mano del tahúr.

—¿Estás preparada?

—Sí.

—Cierra los ojos. Sentirás un hormigueo, tal vez un mareo leve.

—De acuerdo.

—Cuenta hasta diez, despacio, y ábrelos de nuevo.

Shyra asintió, sujetando con más fuerza aún la mano de Derit. Vació su mente de cualquier pensamiento sombrío. Inició la cuenta, y ambos desaparecieron de allí.

CAPÍTULO 27: EL TEMPLO DE ATHMER

Tras haber alcanzado el interior de la ciudad, los ejércitos de Kariosh se dividieron. La resistencia de los primeros mostures que encontraron a su paso y la oscuridad de la noche trajeron el caos a una batalla que parecía haberse convertido en una trampa mortal para aquellos que se embarcaban en una solitaria aventura por el interior de la ciudad. Las callejuelas del barrio de los caballeros se habían convertido en escenarios de cruentos combates en los que los vasallos de los señores de las principales casas repelían las acometidas de aquellos grupos de leryones que pretendían un saqueo de los palacios y la destrucción de las viviendas cercanas. Los caballeros que defendían aquel punto eran, probablemente, los mejores preparados de toda la ciudad. Muchos nobles se habían asegurado de rodearse de buenos vasallos, hombres de espada equipados con lustrosas armaduras y poderosas armas que manejaban con inusitada destreza. La resistencia en aquel extremo de la ciudad lograba frenar el avance de unos leryones que atacaban de manera desorganizada, impulsados por un odio que los arrastraba a la muerte en mitad de unas calles sombrías. En medio de la penumbra, las hojas de las espadas mostures actuaban como los colmillos de una gigantesca criatura capaz de engullir a todos aquellos que se acercaran demasiado.

Consciente de que el barrio de los caballeros era uno de los puntos mejor defendidos por los mostures, Kariosh comandaba un nutrido grupo de soldados que avanzaban en dirección al templo de Athmer. El asalto al Refugio solo había sido la primera acción contra los helvatios. El saqueo de su templo sería su siguiente objetivo. Tal era su odio al dios de la Luz y cuanto pudiera representar, que la mera visión de cualquiera de sus templos le parecía un insulto a la voluntad de Lorwurn. Quizá ese deseo de acabar con los helvatios fuera su principal vínculo con Grimward, que desde el primer momento le había aconsejado el ataque al templo.

«Me uniré a vosotros en el ataque al templo de Athmer», habían sido las palabras del presthe, en el último encuentro que este había mantenido con el rey. Habían acordado que esperarían a Grimward

para llevar a cabo el ataque, convencidos de que encontrarían gran resistencia por parte de los helvatios. Mientras tanto, Kariosh reunía más hombres que pudieran seguirlos hasta las inmediaciones del templo, asegurándose de que, por detrás de ellos, no quedaban mostures que pudieran emboscarlos en las calles cercanas.

Kariosh detuvo la marcha nada más tener la visión del templo. Se encontraban a una distancia prudencial como para no ser atacados por aquellos que pudieran interponerse en su camino. Se sorprendió al vislumbrar la soledad que envolvía a la edificación. Sumido en las sombras, el templo parecía una imagen fantasmal y desfigurada, más propia del mundo de los sueños. El paraje que los leryones estaban a punto de atravesar se asemejaba a un lóbrego enclave castigado por alguna oscura maldición. Kariosh y sus acompañantes se sorprendieron al encontrar aquel lugar desierto. No vieron a nadie dispuesto a frenar su paso; nadie que pudiera defender el hogar sagrado de Athmer, como si el mismo dios de la Luz fuera capaz de proteger el que habría de ser el centro mismo de la vida de la Orden Helvatia.

—Aguardaremos la llegada de Grimward —ordenó Kariosh, convencido de que había algo extraño en el aparente abandono del templo.

—Podríamos realizar un primer acercamiento —respondió Gorgoth, uno de los capitanes más cercanos al rey. Era un hombre alto y delgado que comandaba los ejércitos de tal modo que no había nadie capaz de rebatir una orden suya. Muchos lo consideraban un individuo maldito, sin sentimiento alguno que le hiciera merecedor de amistad o confianza. Gorgoth era un personaje siniestro que, fuera del ejército, se movía en las sombras, vagando en soledad. Muchos decían que ofrecía sacrificios humanos y peligrosos rituales a Lorwurn. Tenía el rostro pálido, demacrado. Kariosh recurría a él en pocas ocasiones, en los momentos de mayor necesidad o peligro como el que estaban a punto de afrontar. La presencia de aquel individuo resultaba bastante apropiada para un paraje como el que el monarca tenía ante sus ojos. Por un momento, se sintió tentado de enviarle a la misma puerta del templo para asegurarse de que, efectivamente, se encontraba tan solitario como parecía. Pero Grimward había dicho que lo esperaran. Kariosh sentía el mayor de los respetos por Gorgoth; pero su sentimiento hacia Grimward era de temor, de un sobrecogimiento tal que no se atrevía casi ni a mirarle directamente a los ojos, como si su mirada escondiera el verdadero rostro de Lorwurn.

—Esperaremos a Grimward —insistió Kariosh—, y que él decida si avanzamos directamente contra el templo. Nadie mejor que él conoce

a esos malditos helvatios y su forma de actuar.

Hubo un instante de silencio. Llevados por su temor a quien parecía haberse apoderado de la voluntad del rey, todos aceptaban aquella decisión. Kariosh continuó hablando.

—No consigo explicarme muchas cosas sobre Grimward, pero estoy convencido de que nos guiará a la victoria definitiva sobre los siervos de Athmer. Todos contemplasteis el prodigio que obró en el campamento, cómo se alzó tras haber muerto… Con un poder así a nuestro lado, la victoria es segura.

—¿Y si ese poder no procediera de Lorwurn? —dijo Gorgoth en voz baja—. Ese Grimward resulta alguien peligroso, pero… ¿Peligroso solo para los mostures?

—Habla en nombre de Lorwurn, conoce algunas de sus profecías y plegarias… Sé que no es motivo suficiente para confiar ciegamente en él, pero no tenemos otra opción. Si nosotros no fuimos capaces de matarlo, los mostures tampoco podrán. Fue idea suya atacar el Refugio y acabar con los helvatios que hubiera en su interior. No parece estar en nuestra contra… Tendremos que conformarnos con eso.

—Bien —Gorgoth no parecía convencido—. De todos modos, no deberíamos perderlo de vista.

El murmullo propagado entre los demás leryones alcanzó pronto a Kariosh. Era la inconfundible señal de que Grimward se acercaba. Así fue. El monarca se giró y contempló cómo sus hombres abrían paso al presthe, que caminaba con paso altivo y la mirada fija en el templo de Athmer.

—Ya estamos cerca de ver cumplido nuestros designios —habló con un convencimiento que solo él parecía mostrar—. El templo de Athmer, uno de los lugares donde más tiempo he pasado en los últimos años. Siempre me pareció un espacio demasiado frío y oscuro, como lo es el propio Athmer. No te separes de mí, Kariosh. Aparentemente, los helvatios han dejado abandonado su templo, quizá porque saben que no serán capaces de evitar que caiga en nuestro poder.

—Destruiremos ese templo —dijo el rey—. Lo dejaremos reducido a un puñado de ruinas…

—No —ordenó Grimward—. He pensado que podríamos darle un uso apropiado. Tan solo tenemos que sustituir un dios por otro.

—¿No sería mejor borrar todo símbolo de Athmer que aún quedara en pie sobre la ciudad?

—Saquearemos la Morada, como hemos hecho con el Refugio. Destruiremos ambas construcciones, así como el resto de los pequeños

templos que puedan encontrarse en la ciudad. En cambio, el destino de esta edificación —Grimward fijó la mirada en el templo— será el mayor símbolo de nuestro triunfo sobre Athmer, cuando en esta construcción sagrada para los helvatios solo haya lugar para adorar a Lorwurn. Esa humillación permanecerá grabada para siempre entre los mostures y, de forma especial, para los pocos helvatios que logren escapar a nuestra conquista. Quizá haya algo extraño en la soledad que en estos momentos envuelve al templo. Seguidme, yo mismo me aseguraré de que no hay ningún peligro acechando.

Grimward se adelantó a todos, dirigiéndose al templo. Todos lo siguieron, con la certeza de que el templo guardaba algunos de los mayores tesoros que los helvatios pudieran mantener allí como ofrendas a su dios.

El color del cielo que podía verse a lo lejos indicaba que el amanecer estaba cercano. La oscuridad no tardaría en marcharse, dejando al descubierto la ruina dejada por los leryones a su paso por las calles de Móstur que ya habían sucumbido a la invasión extranjera. Edificios derruidos, viviendas quemadas y un humo que continuaba brotando en diferentes puntos de la ciudad.

A diferencia de cuantos caminaban tras él, el presthe no detuvo sus pasos hasta alcanzar la entrada al templo. Tras acariciar la puerta con su mano, sonrió y, cerrando el puño, golpeó con fuerza y escuchó. Tal y como esperaba, al otro lado hubo movimientos.

Grimward esperó a que Kariosh se aproximara.

—Algunos helvatios se han encerrado en el templo, como si sus oraciones fueran a impedir lo inevitable. Antes de la salida del sol, este lugar quedará convertido en centro de culto a Lorwurn. Destruid cuanto queráis en su interior, acabad con sus ocupantes… Pero no toquéis los cimientos. Al fin y al cabo, es un hermoso lugar que merece un destino mejor que la destrucción o la adoración a Athmer. A Lorwurn le agradará que le sea consagrada esta construcción. Sí, nos encargaremos de que, muy pronto, aquí solo acudan los siervos de Lorwurn para cantar su grandeza y suplicar su compasión. ¡Derribad la puerta! —dijo a cuantos se congregaban a su alrededor—. Los helvatios han dejado abandonado su templo y solo hay unos cuantos fanáticos que, en el interior, esperan el momento de ser llevados ante su dios. No les hagáis esperar más.

Grimward se hizo a un lado, dejando paso a Gorgoth, que sonrió mordaz al pasar junto a él.

—Ya habéis escuchado —señaló a los que tenía más cerca—. Derribad la puerta.

La estatua de Athmer permanecía iluminaba por las luces de varias

velas que los zenlores encargados de la custodia del templo habían prendido horas atrás. La cera de algunos de aquellos pequeños cirios se consumía de tal modo que sus llamas parecían a punto de extinguirse.

Zen Olseth, el más anciano de los clérigos destinados al culto en el templo, llevaba sirviendo allí desde sus años de denlor. Se había entregado por completo a los trabajos de limpieza y el mantenimiento del santuario en condiciones óptimas para el desarrollo de las ceremonias que ejercían clérigos más eruditos y de mayores cualidades para la oratoria. El asedio de Móstur lo había sorprendido en el templo, donde pasaba la mayor parte del día, manteniendo en perfecto estado los elementos de culto o entregado a la meditación y la oración. Era un hombre profundamente piadoso que en algunas ocasiones se quedaba a dormir dentro del templo, en el interior de alguna de las estancias empleadas como almacenes de libros, artefactos o cualquier otro instrumento ceremonial.

El comienzo de la batalla había sorprendido a Zen Olseth allí mismo. Su devoción solo era comparable a su tozudez, de modo que, cuando Yar Bolfren y otros helvatios acudieron al santuario para intentar llevarse a todos los que buscaban refugio en las plegarias a Athmer, el zenlor encabezó el grupo de clérigos y caballeros que se negaron a dejar atrás el lugar sagrado. Nadie fue capaz de arrancarlo de allí, donde permanecería en compañía de varias decenas de helvatios, entre ancianos clérigos, denlores y caballeros que habían decidido proteger el templo hasta dar su vida por Athmer.

Zen Olseth sustituyó las moribundas velas por otras nuevas. No quería que se apagaran las llamas que iluminaban la imagen de Athmer, siempre envuelta en una misteriosa penumbra que le dotaba de un aspecto un tanto fantasmal. El silencio que durante aquellos momentos de oración presidía el interior del templo contrastaba con los estruendos procedentes del exterior. Los clérigos sujetaban sus libros, rezando en una calma propia de quien por un momento se olvida de todo cuanto le rodea para entregarse por completo a una profunda meditación. Los caballeros, en cambio, sostenían con fuerza sus espadas y, alineados en las inmediaciones de la entrada al templo, aguardaban el temido momento de arrebatar el mayor número de vidas enemigas posibles antes de caer muertos, abatidos a los pies de unos leryones que no manifestarían compasión alguna por cuantos allí se encontraban.

A pesar de mantenerse concentrados en sus plegarias, los helvatios eran conscientes del creciente peligro que acechaba a su alrededor, con el avance de los ejércitos de Kariosh por la ciudad. Sabían que

aquella sería una de las construcciones que los leryones no dudarían en atacar. Arremeterían contra el templo, quemarían todo y acabarían con aquellos que trataran de impedirlo. En aquella hora, la más sombría de su existencia, todos los que allí se encontraban eran conscientes de que terminarían entregando sus vidas por Athmer. Y habían acogido aquel destino con la serenidad de quien acoge la adversidad y abraza el dolor como si se tratara del camino más seguro hacia la purificación del alma. Estaban convencidos de que, antes que llegara el nuevo día, sus almas serían presentadas a Athmer y el dios de la Luz los acogería en su reino como verdaderos hijos.

Ni siquiera se habían preocupado de apuntalar la entrada, convencidos de que aquello únicamente serviría para retrasar lo inevitable. Si los leryones atacaban el templo, no tardarían demasiado en derribar sus puertas, pues estas no se habían construido con el fin de proteger a cuantos se encontraban en el interior, sino que solo eran el modesto umbral al hogar de Athmer, donde eran acogidos todos aquellos dispuestos a descargar sus preocupaciones e inquietudes sobre un dios siempre dispuesto a escuchar a sus hijos. Al templo no solo acudían los helvatios, sino también otros muchos ciudadanos o extranjeros que, de fe menos arraigada, sintieran en algún momento de sus vidas el deseo de elevar sus plegarias al dios de la Luz, esperando obtener su ayuda. Así había sido durante muchísimos años, hasta aquel instante. Los siguientes en acudir al templo tendrían intenciones muy distintas, por lo que habrían de encontrarse toda la resistencia posible por parte de los defensores de la fe en Athmer.

En medio del silencio reinante en la estancia principal, el zenlor más anciano de cuantos allí se encontraban abandonó su lugar para dirigirse al altar ubicado bajo la imagen de Athmer. Arrastró sus pasos hasta situarse bajo la estatua y se giró hacia los demás. Sabía que todos aquellos helvatios eran conscientes de estar viviendo sus últimos momentos y preparaban su alma para presentarla ante Athmer.

—Mis queridos hermanos de fe —esbozó una frágil sonrisa mientras paseaba la mirada entre todos—, es un verdadero privilegio compartir estos momentos junto a cada uno de vosotros. Habéis decidido libremente permanecer aquí, en este lugar sagrado donde hemos llegado a sentir la verdadera presencia de Athmer entre nosotros. Este lugar siempre ha sido punto de encuentro para nuestra fe compartida, vínculo de todos aquellos que hemos optado por consagrar a Athmer nuestras vidas. Todos nosotros hemos acudido aquí para ofrecerle lo que somos, nuestras virtudes y defectos, confiarle nuestras preocupaciones y agradecerle esos dones diarios que pone en nuestras manos: un nuevo amanecer, la compañía de nuestros

hermanos, o aquello que ha hecho que el día fuera especial. Athmer nos permite descubrir su bondad en aquello que nos rodea, y por eso debemos estar siempre agradecidos. De manera especial en momentos como este, en el ocaso de nuestra existencia; una existencia consagrada a él. En el momento de poner, en un lado de la balanza, aquello a lo que hemos renunciado, y en el otro todo lo que hemos recibido a cambio, coincidiréis conmigo en que ha merecido la pena el camino que hemos escogido.

»Pero todo camino debe conducir a un destino —el zenlor se acercó a los helvatios que tenía más próximos—. Nosotros estamos a punto de llegar al final de nuestro viaje. Escuchad —guardó silencio, dejando que se oyeran las voces procedentes del exterior—. Sí, el final de nuestro viaje se acerca, y en el ocaso de nuestras vidas debemos estar agradecidos también por tener la oportunidad de llevar a cabo esta cosecha final, tomando los frutos que hemos generado a lo largo de nuestra existencia para presentarlos aquí, ante él —señaló la imagen de Athmer—. Y que él juzgue si son suficientes como para hacernos merecedores de su eterna recompensa.

El zenlor enmudeció. Todos escucharon los pasos procedentes del exterior. Alguien se acercaba. Las pisadas cesaron y hubo un golpe en la puerta. De manera instintiva, algunos de los caballeros desenvainaron sus espadas.

—Hermanos —el zenlor continuó hablando con el mismo tono de voz, pausado y sereno—. Al convertirnos en miembros de la Orden Helvatia juramos fidelidad a Athmer y dar la vida por él si en algún momento de nuestra vida se nos brindaba tal oportunidad. Ese momento ha llegado —dirigió la mirada hacia la puerta—. Protejamos este lugar sagrado, y que nuestra sangre sea presentada en este altar como último sacrificio al dios de la Luz; un sacrificio que es la culminación de una vida entregada a él. Que sus designios nos alcancen y su protectora mirada nos garantice un lugar a su lado allí donde ya no exista el llanto ni el dolor.

Un estruendo sacudió el interior del templo, resonando en cada uno de sus silenciosos rincones. La puerta era golpeada con tal fuerza que estuvo a punto de ser arrancada. Otro estruendo, y otro más. Las primeras grietas no se hicieron esperar. Los clérigos se alinearon detrás de los caballeros, que formaron una fila frente a la entrada. Elevaron silenciosamente sus últimas plegarias. Los caballeros se miraron unos a otros, y el que se encontraba al frente entonó una oración a la que todos se unieron.

—Oh, Athmer, dios de la Luz. Custodia los pasos de tu siervo,

que se encomienda a ti. Dame fuerza en la batalla y, de ser tu voluntad, honor en la victoria o paz en la derrota…

Otro estruendo hizo saltar algunas astillas.

—… Mira a tu ungido, a quien elegiste para hacer cumplir tus designios…

La hoja de un hacha asomó en mitad de la puerta.

—… No me abandones, dios de la vida, no me dejes caer en la oscuridad, que tu luz sea mi guía, ahora y siempre…

La puerta fue hecha añicos, dejando la entrada libre.

—… hasta que a mi muerte pueda alabarte eternamente.

Espadas y hachas chocaron. El primer leryon en poner los pies en el templo fue ensartado por la espada de uno de los caballeros. Aquella primera respuesta fue solo un espejismo, una muestra del valor que invadía a los caballeros, en aquellos momentos en los que se disponían a entregar la vida por la defensa de sus hermanos y su dios. Los leryones continuaron entrando y mostraron una mayor cautela frente a los caballeros, que se vieron obligados a retroceder hacia el extremo en que se encontraba la imagen de Athmer, testigo mudo de la matanza que estaba a punto de desatarse en su santuario.

Apenas una veintena de caballeros, espada en mano, se disponían a hacer frente a los leryones que se iban repartiendo por el templo. Les triplicaban en número, y quedaban fuera muchos más, dispuestos a cumplir la sentencia dictada momentos antes por aquel que se disponía a entrar en el templo una última vez.

Grimward cruzó el umbral. Los leryones le abrieron el paso y el presthe fue caminando lentamente. Repartió su mirada por las paredes del santuario, como si tratara de guardar en la memoria un último recuerdo de un lugar que ya no volvería a ser el mismo. Envuelta en la penumbra reinante junto a la entrada, su imagen se aparecía ante los helvatios como un fantasma, una sombra que regresaba del mundo de los muertos para rubricar el final de los clérigos y caballeros.

—Grimward —dijeron varios helvatios, casi al mismo tiempo.

—Sí, ese es mi nombre, o lo era al menos cuando me encontraba entre vosotros.

—¡Traidor! —gritó uno de los zenlores.

El presthe ordenó silencio con el sencillo gesto de llevarse el dedo índice a unos labios que dibujaban una maléfica sonrisa.

—¿Traidor? —miró a los clérigos—. Todo el tiempo que he permanecido entre vosotros no ha sido más que un plan que había de llevar a cabo para gloria de Lorwurn. Ahora veo que todo ese tiempo, viviendo en el interior de alguien que nunca fui, ha merecido la pena. Móstur será aniquilada y la mayor parte de sus edificaciones quedarán convertidas en ruinas. Yo he ordenado que los cimientos de este templo permanezcan intactos. Sus muros y columnas no solo seguirán en pie, sino que este templo gozará del privilegio de convertirse en el santuario de Lorwurn. Tan solo hay algo que, más que nada, deseo ver destruido en el interior de esta construcción —señaló la imagen de Athmer.

Las palabras de Grimward causaron el efecto deseado. Los helvatios, sintiéndose injuriados por la arrogancia que desprendía el presthe con sus palabras y gestos, a duras penas lograron contener el impulso de abalanzarse contra él. Estaba bien protegido por los leryones que, hacha en mano, esperaban una orden que no tardaría en llegar. Gorgoth se adelantó a los otros, situándose junto a Grimward, que le dirigió una mirada cómplice antes de pronunciar una última orden.

—Matadlos a todos —dijo el presthe, contemplando a los helvatios con un rostro cargado de desprecio.

Gorgoth fue el primero en arremeter contra los caballeros, atacando al que tenía más próximo. Con un rápido movimiento, extendió su mano derecha y lanzó su hacha, clavando la hoja en el pecho de su oponente, que cayó hacia atrás. A la muerte del primero le fueron sucediendo las de los demás. Rodeados por los leryones, los caballeros fueron incapaces de esquivar el destino que se cernía sobre ellos desde todas partes. Las hachas de los leryones mordían una y otra vez, cebándose con los cuerpos de los que caían derribados.

Los clérigos contemplaron horrorizados la saña con la que Gorgoth y los suyos seguían derramando la sangre de los muertos, quebrando sus brazos y piernas, dejando irreconocibles los cuerpos sin vida de sus víctimas.

Los leryones se volvieron hacia los zenlores, que permanecían inmóviles y horrorizados, a la espera de su trágico final. Los clérigos permanecieron inmóviles frente a unos asesinos cuyos rostros salpicados por la sangre ya ni siquiera parecían humanos. Algunos cerraron los ojos; otros, dirigieron una última mirada de odio a sus verdugos.

Grimward permaneció imperturbable, recreándose en la visión de la muerte de los helvatios. Primero, los caballeros; después, los clérigos. El presthe contempló el derramamiento de sangre sin desviar la mirada un solo instante de la terrible escena que tenía lugar ante él. Los clérigos no abrieron la boca en el momento de ser ejecutados. Recibieron la muerte como si el propio Athmer acudiera a ellos para despojarlos de sus cuerpos mortales y transportarlos a un destino donde no hubiera lugar para el sufrimiento.

La serenidad con la que los clérigos sucumbieron a la ira de sus enemigos molestó al presthe hasta tal punto que, abandonando el lugar desde el que había presenciado la masacre, se dirigió a la estatua de Athmer, a la que lanzó una última mirada de desprecio. Tomó un hacha y la derribó, acometiendo así una y otra vez contra la imagen del dios, que terminó hecha añicos y empapada con la sangre de los clérigos.

Cuando las armas enmudecieron, hubo un silencio en el que solo se escucharon las respiraciones de los leryones, cansados tras las incesantes embestidas de sus hachas.

Grimward contempló aquel escenario una última vez y abandonó el santuario. Volvió junto a Kariosh, que ni siquiera se había atrevido a entrar, como si temiera que, de algún modo, los dioses castigaran a su ejército por las vilezas que estaban cometiendo a su paso. En realidad, a quien realmente temía Kariosh era al propio Grimward.

—Ya limpiaremos este lugar cuando hayamos conquistado Móstur —dijo el presthe—. Aún nos quedan muchas vidas que arrebatar.

El templo de Athmer recibió la salida del sol envuelto en una siniestra calma. Las primeras luces del día se filtraban por las ventanas de la construcción, iluminando una desoladora escena. Los suelos y paredes permanecían mancillados por la sangre de los helvatios, cuyos cuerpos habían sido ultrajados hasta perder su apariencia humana. Murieron como habían vivido: en silencio a los ojos del mundo; en silencio a los ojos de sus enemigos.

Athmer había acogido el sacrificio de sus siervos.

CAPÍTULO 28: CERCA DEL REFUGIO

Llamas de fuego, bramidos, y dos gigantescas criaturas arrasándolo todo. Desde el improvisado campamento ubicado no muy lejos del Refugio, Drisz y los suyos habían sido testigos privilegiados del ataque llevado a cabo por los dragones.

—Parece que esas malditas criaturas se han marchado ya —dijo uno de los kadaríes.

—¿Estás seguro, Keith? —Drisz había visto demasiado cerca de los suyos a aquellos seres que hasta el momento solo creía poder encontrar en su imaginación—. Porque si esos malditos dragones se encuentran cerca y deciden continuar quemando y matando, no tendremos muchas opciones de huir.

—Los han visto dirigiéndose al norte.

—Al norte —repitió Drisz—. En el norte están las tierras del Fuego, el desierto… He escuchado historias acerca de esos lugares en los que el calor parece asfixiante. Tal vez ese sea el lugar propicio para unas criaturas como estas. Cuando escuchaba relatos sobre ellas, creía que se trataba de mitos y leyendas, o cuentos con los que asustar a los niños. Pero, maldita sea, esas criaturas son reales, y mira lo que han hecho en apenas unos segundos. Han convertido esa construcción en una gigantesca pira en la que quemar a Torgush y sus amigos.

Drisz se echó a reír. Era una risa nerviosa, propia de quien todavía no ha recobrado el ánimo tras unos momentos de tensión como los que acababan de vivir. Aún era de noche, y el Refugio continuaba ardiendo.

—Torgush —repitió el kadarí—. Ese hijo de puta nos ha salvado la vida, al impedirnos permanecer junto a él y sus esbirros. No nos quería tener cerca, y gracias a su ambición y estupidez hemos logrado salvar la vida. Brindaré por él la próxima vez que alce mi copa. Ese malnacido ha tenido su castigo. Es lo menos que merece tras haber ejecutado un vil ataque contra miserables indefensos. Sí, que se pudra en algún oscuro infierno —se acarició la barbilla, pensativo—. Bien, dices que los dragones se han ido, dejándonos el camino despejado para acudir a la batalla.

—Entonces, ¿nos preparamos para ir a Móstur?

La mente de Drisz era un océano de dudas en aquel momento.

—Convoca a los demás oficiales —dijo, con la intención de ganar algo de tiempo antes de tomar la decisión definitiva—. Nos reuniremos a las afueras del campamento. No me gustaría que, si esos dragones regresaran, nos sorprendieran en una de las tiendas. Pronto amanecerá… Reúnelos en las inmediaciones del bosque. Así podremos ocultarnos si percibimos el retorno de esas bestias.

Keith se retiró, dejando a Drisz a solas con sus pensamientos. El kadarí llegó a convencerse de que la muerte de Togush y cuantos lo habían seguido hasta el Refugio debía tratarse de algún castigo divino. Recordó a Zen Varion y Darreth. Esos clérigos ponían tanta pasión en sus rezos que incluso él había llegado a preguntarse si realmente Athmer existiría. Ahora estaba seguro de que, si no era Athmer, al menos había otra deidad capaz de castigar a los humanos. ¿Por qué iban a surgir repentinamente unos dragones para arrasar el Refugio y después marcharse al norte? No tenía ningún sentido, a no ser que hubieran sido enviados expresamente para castigar un crimen que incluso él y sus hombres habían rechazado. Las llamas del Refugio continuaban iluminando los últimos instantes de oscuridad, en una noche que ninguno de los kadaríes olvidaría. Todos habían presenciado lo sucedido, sobrecogidos en el más dramático silencio que pudiera imaginarse.

Drisz trató de sobreponerse, pero aún tenía demasiado reciente la imagen del dragón que, suspendido en el aire, había arrojado una llamarada de fuego capaz de arrasar ventanas, puertas, y todo aquello que encontrara a su paso. Una parte del Refugio había estallado en aterradoras explosiones, dando lugar a un espectáculo estremecedor. Se preguntó si, al igual que él, los demás también permanecerían sumidos en la confusión y el temor a ver de nuevo a esas gigantescas criaturas.

Sus tribulaciones lo llevaron a dejar el campamento, esperando la llegada del alba. Nunca la oscuridad le había hecho sentir temor, hasta aquella noche. Necesitaba contemplar el color del cielo, verlo libre de nubes y, sobre todo, de cualquier criatura que pudiera percibirse en la distancia.

Con la llegada de las primeras luces del día, los kadaríes se disponían a escuchar las palabras de su líder. Imaginaron que no tardarían en abandonar el campamento. La batalla ya había comenzado, aunque la presencia de los dragones les obligaba a replantearse todas las posibilidades que hubieran imaginado de cara al enfrentamiento con los mostures; les obligaba a replantearse muchas

cosas.

El líder de los kadaríes llegó al lugar indicado, y encontró a su alrededor rostros tan desconcertados como abatidos, en la mayoría de los guerreros que lo habían seguido a la batalla; hombres y mujeres enviados a Móstur para cumplir la palabra de un noble al que ni siquiera habían visto.

Drisz se dirigió a los suyos, tratando de hablarles con una convicción que resultaba difícil de manifestar en momentos como aquel.

—Todos llegamos a imaginar que acudiríamos a la batalla para ser incorporados a los ejércitos de Kariosh, en compañía de aquel que ha sido el verdadero responsable de esta inquietante aventura.

—Lord Bastian —se escuchó entre algunos de los kadaríes.

—Todos vosotros habéis permanecido siempre leales a las necesidades de nuestro pueblo, Kadar. Nuestro mayor vínculo con la capital del reino es el monarca que nos gobierna a todos, pero somos tan distintos a ellos, que durante este tiempo no he podido dejar de cuestionarme si realmente debía acudir a esta guerra que siempre me pareció el capricho de un rey incapaz de seguir los pasos de su padre. Algunos me habéis acompañado en momentos difíciles, y siempre con la convicción de que hacíamos lo correcto. Sin embargo, nada más llegar a las inmediaciones de Móstur, me di cuenta de que lord Bastian no aparecería para ver cumplida su promesa y cumplir él también con su parte correspondiente. Después, comprobé que la crueldad de esta guerra iba más allá, mucho más allá de lo necesario para conquistar Móstur. El ataque al Refugio ha supuesto un acto vil y despiadado que formará parte de la historia de Leryon como su más bochornoso capítulo. Y ya habéis visto lo sucedido a continuación.

—Los dragones —dijo alguno de los oficiales.

—Exacto —continuó Drisz—, los malditos dragones. Tal vez no seamos capaces de explicarnos lo sucedido. Algunos imaginaréis que quizá esas criaturas que nunca creísteis reales hayan surgido fruto de alguna poderosa magia o encantamiento divino. Otros pensaréis que siempre han existido, aunque os resulte difícil explicar el motivo que los ha traído a este lugar tan lejano de las tierras del Fuego, donde siempre han habitado en las leyendas y cuentos ancestrales. Yo os digo lo que pienso: desconozco su origen, pero estoy seguro del propósito de su ataque. Esos dragones han sido el instrumento empleado, ya sea por un dios o un maldito hechicero, para castigar la crueldad de quienes no dudaron en asaltar el Refugio y matar a todos sus ocupantes. Una vez ejecutado ese plan divino o venganza, o como queráis llamarlo, los dragones se han marchado para no regresar. Y ha

querido el destino librarnos de semejante crueldad. Cuando el principal responsable de esos crímenes nos impidió establecernos junto a él y su gente, lo que menos pensaba tal vez ese miserable de Torgush era que nos estaba salvando la vida. Pues coincidiréis conmigo en que ninguno de nosotros habría podido escapar o hacer frente a tan terribles criaturas. Los dragones pudieron continuar arrasando tierras, alcanzando nuestro campamento. Pero cumplieron su misión y se han marchado. Torgush está muerto; los que lo siguieron están muertos. Y nosotros seguimos aquí.

»Ahora bien, se nos presentan en este momento, no una duda, sino muchas, tal vez. Pero la principal de todas ellas es, ¿qué debemos hacer?

Drisz miró a su alrededor, sintiendo que todos escuchaban atentamente sus palabras, expectantes ante el final de su discurso.

—Se me ocurren varias opciones —continuó hablando—, pero ahora, más que nunca, me gustaría escucharos. ¿Creéis que debemos tomar las armas y dirigirnos a Móstur? La batalla ya ha comenzado. Podríamos internarnos en la ciudad y unirnos al saqueo que los ejércitos de Kariosh estén realizando. O quizá podríamos ir más allá, unirnos a los que aún estén enfrentándose a los mostures. Por último, podríamos irnos lejos de aquí, regresar a nuestras tierras.

—Si regresamos, nos acusarán de traidores —alguien elevó la voz.

—¿Quién hará tal cosa? —habló de nuevo Drisz— ¿lord Bastian, que ni siquiera se ha dignado a acompañarnos en nuestro cometido en la batalla? ¿O el rey Kariosh, el mismo que nos envió al Refugio, donde nos aguardaba la muerte?

Tras un breve silencio, se alzaron nuevas voces. Algunos querían ir a Móstur; otros preferían regresar a sus hogares. Y la mayoría de todos ellos, callaban, confusos ante las dudas que les asaltaban.

—Ya he tomado una decisión —con las palabras de Drisz, se hizo nuevamente el silencio—. Hemos participado en la batalla, tal y como se esperaba de nosotros. Hemos acudido a la guerra, poniéndonos al servicio del rey. Kariosh nos envió a la muerte y un afortunado golpe del destino nos ha permitido salvar la vida. Nuestra deuda con Kariosh y lord Bastian, si es que alguna vez hubo una deuda que pagar, ha quedado saldada. De modo que, mis queridos amigos, he tomado una decisión de la que no he de arrepentirme. ¿Sabéis lo que os digo?

Drisz esbozó una sonrisa. No recordaba haber tenido a los suyos tan expectantes en sus anteriores discursos. Se permitió una pausa en la que posar su mirada sobre aquellos rostros de ojos brillantes y expresión asombrada. Tomó aire y alzó la voz.

—¡A la mierda lord Bastian! ¡A la mierda esta guerra! Haced lo que

os dé la gana. El que quiera regresar a su casa, que lo haga ya mismo y abrace a los suyos con la conciencia tranquila de haber hecho lo correcto. El que quiera unirse a los ejércitos de Kariosh en la batalla, que lo haga. Que cada uno de vosotros busque su propio camino, ahora que yo mismo os libero de la promesa hecha a lord Bastian. Prometimos acudir a la batalla, y es lo que hemos hecho. Mirad por un momento el cielo, contemplad la belleza del crepúsculo y agradeced a los dioses, a la vida, o a quien os dé la gana, el nuevo comienzo que se os ofrece, pues debimos morir en el Refugio, pero la fortuna ha querido darnos una nueva oportunidad. Aprovechadla del modo en que creáis conveniente.

Cuando dejó de hablar, Drisz contempló la expresión incrédula de los suyos, que permanecían en silencio. Tardaban en reaccionar.

—¿A qué esperáis, maldita sea? Marchaos, tomad vuestras pertenencias y elegid vuestro camino. ¡Fuera de aquí!

Drisz se dio la vuelta y dio un par de pasos antes de ser abordado por Keith.

—Creo que ninguno termina de comprender…

—Es sencillo —interrumpió el líder kadarí—. La vida os acaba de dar la oportunidad que nunca os daría el rey Kariosh. Aprovechadla. ¿Tú que harás, Keith? Puedes elegir. ¿Qué vas a hacer?

—Regreso con mi familia, señor —dijo el oficial. En su mirada, Drisz pudo leer, ante todo, un sentimiento de gratitud.

—Haces lo correcto, amigo —ambos se abrazaron—. Regresa con los tuyos, y disfruta de su compañía.

Drisz se giró y contempló a aquellos que lo miraban con una expresión similar a la de Keith. El líder les devolvió la sonrisa, antes de girarse nuevamente para ir al campamento.

—¿Tú que vas a hacer?

Drisz se sorprendió al escuchar la pregunta de su oficial más cercano. Había tomado una decisión, pero no estaba muy seguro de querer compartirla con nadie.

—Para mí no se ha acabado la aventura en estas tierras. Aún me queda algo por hacer, y siento que en esta ocasión debo ir solo.

Keith quedó extrañado. Había imaginado que Drisz sería el primero en dejar atrás Móstur y todos sus peligros.

—Veo que mi decisión te sorprende. Tal vez esperabas que yo también me marchara.

—Entonces, ¿te unirás a la batalla? —Keith no podía hacerse una idea de lo que se proponía alguien que no había mostrado precisamente interés por la batalla o admiración por el rey o lord Bastian.

—No, exactamente. Pero algo en mi interior me dice que aún debo permanecer aquí —dirigió la vista a la ciudad—. Creo que aún tengo algo que hacer, antes de regresar a mi hogar… una última misión que no tiene nada que ver con enfrentarme a los mostures y mucho menos atacar a inocentes mujeres y niños. No me gustaría que regresaran los dragones.

—En ese caso, que tengas mucha suerte. ¿Puedo contarte un pequeño secreto?

—Claro —Drisz frunció el ceño—. Sabes que puedes contarme lo que quieras, amigo mío.

—Estos últimos días son muchos los que me han dicho que, desde que nos cruzamos con esos helvatios, has cambiado…

—¿Para bien o para mal?

—Para bien, por supuesto. Dicen que, de algún modo, los mirabas de otra forma, como si cada una de sus vidas te importara realmente. Pienso que siempre ha sido así, pero es verdad que, de algún modo, yo también te noto distinto. Cuando dejaste libres a esos clérigos nos quedamos sorprendidos. Algunos no lo aprobaban. Sin embargo, al fin y al cabo, ¿qué daño podrían causarnos en la batalla? Desconozco el motivo por el que los dejaste marchar, pero estoy convencido de que recibiste algo a cambio. ¿Qué han hecho por ti esos helvatios?

—Supongo que me abrieron los ojos. Cuando los veía rezar con ese convencimiento, ver su sencillez de vida…

—¿Crees en su dios? —dijo Keith, con una sonrisa.

—Por supuesto que no. Aunque debo reconocer que esos helvatios me han llevado por caminos de dudas. ¿Existe Athmer o alguna otra deidad a la que adorar? No lo sé, pero sí creo que, al igual que hacen ellos, debemos sentirnos agradecidos por vivir un nuevo día, por poder disfrutar de una conversación como la que tú y yo estamos manteniendo ahora. Me preguntas si creo en algún dios y no estoy muy seguro de mi respuesta. Pero te diré algo en lo que no creo… No creo en esta puta guerra, ni creo en un rey que sacrifica las vidas de los suyos y arrebata las de inocentes indefensos.

—Inocentes indefensos… ¿es ese el motivo por el que quieras permanecer aquí?, ¿inocentes como esos helvatios? Temes que Kariosh decida acabar con todos ellos… y pretendes evitarlo, ¿verdad?

—Siempre me he enorgullecido de rodearme de oficiales inteligentes. Tal vez esa haya sido mi principal virtud. Y ahora me doy cuenta de que, entre todos ellos, elegí al mejor para que permaneciera a mi lado hasta el último momento. Sí, Keith. Siento que estoy en deuda con esos helvatios. Liberarlos ha sido un pago insuficiente a lo que ellos han hecho por mí. Así que, no sé cómo lo voy a hacer,

porque creo que, exceptuando a ellos dos, los demás helvatios me matarán si tienen oportunidad. Espero encontrar el modo de asegurarme de que salen con vida de esta guerra.

—Por supuesto que encontrarás el modo.

—Bien, nuestros caminos se separan, amigo. Durante todo este tiempo, has sido fiel y leal conmigo y con los demás. Espero verte pronto, en alguna taberna de Kadar. Entonces nos sentaremos con otros a la mesa, entre iguales, y alzaremos las copas para brindar por nuestro reencuentro y recordar todas estas aventuras.

—Espero que así sea —Keith lo abrazó una última vez—. Suerte, Drisz, y que al final de tu camino a través de Móstur puedas encontrar el de regreso a nuestro pueblo.

—Seguro que sí —respondió Drisz, girándose hacia el campamento.

A su paso entre las tiendas de sus soldados y oficiales, el líder kadarí escuchó palabras de agradecimiento y deseos de buena fortuna. Nadie más le preguntó acerca del destino que iba a tomar, pues todos intuían que sería el regreso a su ciudad. Las muestras de gratitud recibidas confirmaron las palabras de Keith. Tras despedirse de algunos, se vio al fin solo. Contempló el sombrío paisaje que se dibujaba en Móstur: el Refugio, convertido en una montaña de ruinas. Y más allá, las murallas de Móstur, que escondían en su interior los humeantes restos de cuanto había acontecido durante la noche.

Suspiró profundamente, con ciertas dudas. Keith tenía razón: su encuentro con los helvatios le había cambiado la forma de ver la vida. Tan solo deseó que ese cambio no le condujera a la muerte en la ciudad de Móstur. Así lo pidió, mirando al cielo como si tratara de encontrar a uno de esos dioses que tantos sentimientos de gratitud despertaban en Zen Varion y Darreth. Se preguntó si volvería a verlos. Tenía esperanzas de que así fuera.

Con la mirada perdida en el firmamento, un pensamiento gratificante arrancó de Drisz una sonrisa en el momento de iniciar su nueva aventura.

«Al menos, el cielo estaba libre de dragones».

CAPÍTULO 29: EL CASTILLO

Como si quisiera escapar lo antes posible de un lugar maldito, el rey Kariosh dejó atrás el templo de Athmer, en cuyo interior la sangre de los muertos continuaba propagándose, en hileras que reptaban sinuosamente por el suelo como moribundas serpientes. La construcción quedó atrás, solitaria como un enclave condenado al olvido, y los ejércitos del rey continuaron su avance, ramificándose a medida que alcanzaban nuevas calles. Gorgoth fue enviado a tomar la Plaza del Poder, otro de los puntos donde Kariosh esperaba encontrar resistencia. Él prefirió tomar otro camino, puesto que la Plaza del Poder guardaba el doloroso recuerdo de la muerte de *Sir* Arthur. El monarca se juró a sí mismo que, una vez tomada la ciudad, aquel lugar de ejecución serviría para ajusticiar a los prisioneros, ya fueran helvatios o nobles. Sembraría la plaza de cadáveres, vengando así el día en que el pueblo de Móstur celebró la ejecución de *Sir* Arthur con atronadoras ovaciones y gritos contra los leryones.

—Conquistemos el castillo —fue la sugerencia de Grimward—. Cuando los mostures vean nuestros estandartes ondear en las torres de la fortaleza, comprenderán que la batalla está perdida. Huirán lejos para no volver. Podríamos cerrarles las salidas de la ciudad para acabar con el mayor número posible de ellos.

Aquella idea fue del agrado de Kariosh. Conquistar el castillo, y vencer al protector de los mostures, lord Belson. Si consiguiera hacerlo prisionero, sería el primero al que ejecutaría, en presencia de todo el pueblo si así pudiera hacerlo. La imaginación le obsequió con la imagen del cuerpo de lord Belson, decapitado, en una plaza repleta de gente y en cambio silenciosa como una cripta, rebosante de miedo por aquellos que contemplaban horrorizados la muerte del senescal. Aquel deseo despertó en Kariosh la prisa por llegar al castillo lo antes posible.

—Sí —respondió, ante la atenta mirada de Grimward—. Lord Belson estará en su fortaleza, esperándonos. Conseguiremos adentrarnos en su hogar y capturarlo, si es que no decide él mismo escapar al sufrimiento que le aguarda, arrojándose desde una de sus

torres. Desde luego, sería una visión extraordinaria, aunque preferiría verlo sufrir, torturarlo yo mismo y disfrutar contemplando cómo su vida se apaga entre gritos de dolor y angustia.

—Si es que realmente se oculta en el castillo —replicó Grimward —. No me parece la clase de hombre que enviaría a sus ejércitos a la batalla mientras él se resguarda tras sus muros.

—¿Qué clase de hombre te parece, entonces? —preguntó el rey.

—Más bien diría que lord Belson es de esos que, llegada la batalla, dirigen a sus ejércitos en primera línea. No se oculta de sus enemigos, sino que los hace frente, cara a cara. De hecho, es posible que ni siquiera se encuentre en el castillo.

—Él sabe que, tarde o temprano, iremos a su fortaleza.

—Sí, pero podría encontrarse en otros lugares donde tal vez pudiera ejercer una mayor resistencia. Se me ocurren dos puntos: la Morada de los helvatios, donde estará la mayor parte de los caballeros de la Orden, dispuestos a defender su hogar; o la Plaza del Poder, otro de los grandes símbolos de la realeza de Móstur.

—Nos haremos con el castillo, con o sin lord Belson allí presente. Si no está, me apropiaré de su hogar y continuaré buscándolo hasta que lo encuentre.

—Me parece una buena idea.

A pesar de su respuesta al monarca, la decisión de Kariosh no terminó de convencer a Grimward. Él habría deseado ir a la Morada, convencido de que allí encontraría al enviado de Athmer, a quien no imaginaba posicionado en otro lugar. Tendría que esperar para identificarlo, pues había algo que tenía seguro: no darían con él en el castillo o sus inmediaciones. En cualquier caso, no se separaría de Kariosh, siempre atento a cuanto pudiera acontecer, pues no descartaba alguna desagradable sorpresa en el momento de descubrir al único capaz de obligarlo a abandonar el mundo de los hombres. No permitiría que ese emisario diera con él. Al fin y al cabo, sus vestiduras continuaban siendo las de uno de los exploradores leryones, un vulgar soldado entregado a la protección del rey. Y en verdad era algo que debía hacer si quería atraer al enviado de Athmer mientras evitaba que algún estúpido mostur acabara con la vida de Kariosh. Cuanto más se aproximaran al castillo, más difícil sería aquella labor. Afortunadamente, Kariosh era el primero que mantenía ciertas precauciones en el momento de hacer frente a sus enemigos. No era de los que lideran el ataque desde las primeras líneas. Más bien podría decirse que se encontraba entre los que preferían tener una mejor visión de la batalla, al menos en sus inicios.

El rey ordenó continuar el avance hacia el castillo, dando un ligero

rodeo para evitar las calles más próximas a la Plaza del Poder y la Morada helvatia. Los soldados se encargaban de custodiar su paso, vigilando cualquier suceso que pudiera acontecer en los alrededores. Contemplaron la huida de muchos mostures que, al verlos, escapaban de las proximidades. Kariosh creyó ver entre aquellos cobardes a algún que otro caballero helvatio. Pensó que, una vez conquistada la fortaleza, el siguiente paso sería arrasar la Morada. En esta ocasión, no importaría lo que dijera Grimward: el hogar de los helvatios ardería hasta consumirse, hasta quedar convertido en una montaña de cenizas. La visión de una de las torres del castillo le devolvió a la realidad. La Morada tendría que esperar, al menos por su parte. Estaba convencido de que alguno de sus oficiales ya se había encargado de iniciar el asedio al que tal vez sería el lugar más inexpugnable de Móstur en aquellos momentos. Los caballeros helvatios se contaban entre los mejores, y solo podría existir una razón para haber dejado atrás el templo: la defensa del lugar donde clérigos y zenlores se formaban en la fe en Athmer.

Al aproximarse al castillo, contemplaron a algunos soldados ocultarse más allá de las arcadas que flanqueaban la entrada a la fortaleza. Antes de poner un pie en la plaza, Kariosh ordenó detener el paso. A una señal suya, un grupo de soldados se desvió a la derecha y otro hacia la izquierda.

—Esta plaza parece abandonada, como el templo de Athmer —dijo Grimward, casi en susurros—. Pero no es así. Majestad, ordenad el avance de los soldados, pero no los sigáis hasta que la entrada al castillo haya quedado libre. Si queréis, enviad a alguno de vuestros oficiales, que dirija el ataque, y aguardad el resultado. Los mostures han tendido una trampa y si tratamos de cruzar al otro lado, caeremos en ella.

Kariosh frunció el ceño, observando la arcada que se abría a uno y otro lado del palacio. La quietud que derrochaba aquel lugar que había imaginado atestado de soldados parecía confirmar las sospechas de Grimward. Dirigió una breve mirada al presthe.

—¡Gorgoth! Ven aquí.

El oficial se adelantó. Su mirada escudriñaba cada rincón de la plaza. Él también sospechaba algo.

—¿Cuál es vuestra orden, majestad?

—Toma un centenar de hombres y dirígete a la puerta del castillo. Necesitamos que la derribéis, abriendo el paso a Grimward. Él conoce esta fortaleza mejor que nadie. Despejadle el camino y él nos guiará por el interior.

—Está bien —el oficial se dispuso a cumplir la orden. Kariosh le

sujetó del brazo, obligándole a detenerse.

—Mejor avanza con doscientos soldados. Todo está demasiado tranquilo. Podría ser una trampa.

—También el templo de Athmer estaba muy tranquilo —Gorgoth sonrió—, y ahora lo está más aún, sin las plegarias y rezos de esos helvatios. No os preocupéis, tiraremos esa puerta y Grimward nos guiará por el interior para continuar aniquilando a todo aquel que se interponga en nuestro paso. Matar a esos clérigos fue muy aburrido. Me gusta que mi rival ofrezca resistencia y ponga a prueba mis sentidos.

Kariosh asintió. Él y Grimward permanecieron a la entrada de la plaza mientras Gorgoth tomaba el mando del ataque. El capitán ordenó el avance por ambos lados, no muy cerca de los arcos cuyas columnas parecían silenciosos vigilantes que observaran su paso. El aire se colaba por las arcadas, con susurros cuyos ecos se propagaban por la roca como silenciosas órdenes repetidas desde las primeras hasta las últimas columnas. Los ventanales de la fortaleza permanecían en una siniestra soledad que Grimward no recordaba haber contemplado nunca. Siempre había guardianes que, en su camino, quedaban a la vista en aquellos puestos desde los cuales podían vigilar los alrededores del castillo.

Todo era silencio. Los pasos de los leryones que acompañaban a Gorgoth trataban de imitar la calma impuesta en el lugar que se disponían a atravesar. Los sonidos de la batalla continuaban llegándoles desde algunas calles cercanas pero, por algún motivo incomprensible, el castillo permanecía sumido en la calma, como si aquel gigante de roca pudiera defenderse por sí mismo.

—Despacio —repetía una y otra vez Gorgoth, contemplando de cerca a los que caminaban en primer lugar. La plaza le resultó más extensa en el momento de iniciar el trayecto que les separaba de la entrada al castillo. Sus hombres avanzaban en filas, arma en mano y, como si formaran un solo cuerpo, también manifestaban un único sentir; el de quien sabe que está a punto de encontrarse cara a cara con un peligro inimaginable. Gorgoth también estaba convencido de que los mostures acechaban en algún rincón que no tardarían en abandonar. Sus pasos eran cada vez más lentos y sigilosos, hasta que de manera instintiva dirigió la mirada a uno de los ventanales, como si hubiera adivinado el momento en que sus enemigos se dejarían ver.

—¡Ahora! —se escuchó desde el lugar donde Gorgoth creyó haber visto una sombra— ¡Disparad!

—¡Protegeos! —ordenó Gorgoth, temiendo una primera oleada de flechas procedente de lo alto de la fortaleza. Sus soldados

obedecieron, agachándose para ocultar sus cuerpos tras los escudos que la mayoría de ellos portaban.

Se hizo un tenso silencio que apenas duró unos segundos, pero que a Gorgoth le pareció una eternidad. Y fue en ese momento, tras la orden llegada de lo alto, cuando los mostures se manifestaron. Las arcadas se poblaron de sombras y, como si las propias columnas escupieran alguna extraña sustancia, los soldados arrojaron artefactos que desprendían un humo denso y desagradable. Desde los ventanales del castillo también fueron lanzados con tal precisión que en pocos segundos la plaza quedó cubierta por una tupida capa de niebla capaz de ocultar a Gorgoth y los suyos a la vista de Kariosh, que apenas podía ver las sombras que ahora poblaban la plaza.

—¡Manteneos firmes! —ordenó Gorgoth, nada más escuchar los primeros gritos de sus soldados, cuya confusión les hizo romper momentáneamente las filas. De las arcadas surgieron continuos estruendos, como si alguien estuviera arrastrando algo por el suelo. En mitad del humo que los separaba de todas partes, Gorgoth pudo ver lo que parecían muros de una altura no superior a un metro de alto.

—¡Águilas!

Una nueva voz procedente de lo alto se apoderó de la plaza. Segundos después, Gorgoth escuchó un silbido. Para cuando quiso dar nuevas órdenes a los suyos, la primera lluvia de flechas y saetas ya había alcanzado a muchos. Procedían de las arcadas y también de lo alto. El capitán de los leryones sintió cómo uno de los proyectiles pasaba junto a su cabeza. Se giró y chocó contra un soldado que, alcanzado por la saeta, se desmoronaba sobre él.

—¡A las arcadas! —ordenó, convencido de que allí se encontraban los arqueros que les habían atacado.

Apenas había dado la orden, la voz de lo alto sonó nuevamente.

—¡Lobos!

Gorgoth contempló cómo uno de los muros situados en las arcadas se abría de forma repentina, dejando paso a una sombra que, espada en mano, se deslizaba sigilosamente. Los leryones más próximos a las arcadas vieron surgir entre el humo la figura de una espada. Para algunos, aquello fue lo último que vieron antes de sentir que la vida huía de ellos.

El humo continuaba propagándose por la plaza como una gigantesca ola que, lentamente, avanzaba hacia los que permanecían fuera, atónitos ante lo que sus ojos no podían contemplar con claridad.

—¡Águilas!

De nuevo las saetas surcaron el aire, como si procedieran de todas

partes. Desorientados por el humo y un enemigo invisible a sus ojos, los leryones corrían despavoridos, convertidos en víctimas fáciles para los ballesteros que, escondidos tras las arcadas y protegidos por los soldados con espada, cumplían la orden que les llegaba desde la altura.

Gorgoth se arrastró por el suelo, ocultándose entre los cuerpos sin vida que encontraba a su paso. Reptaba entre los cadáveres, manchándose con la sangre de los suyos, que se mezclaba con la de los helvatios que aún impregnaban sus vestiduras. En esta ocasión, eran otros los que derramaban esa sangre. La impotencia de enfrentarse a un enemigo al que no podía ver lo carcomía por dentro, incitándolo a ponerse en pie y escapar del humo. Era imposible. Como si aquel manto nebuloso llevara consigo la propia muerte, todos los que trataban de encontrar una salida terminaban cayendo, abatidos por los proyectiles.

—¡Lobos!

De nuevo la muralla de la arcada se abrió, y las sombras atacaron a cuantos tenían demasiado cerca. Era un sonido inconfundible, el del acero rebanando la carne de cuantos se habían aproximado demasiado a las columnas entre las cuales se ocultaban unos enemigos inalcanzables.

Gorgoth sintió la mordida de una de aquellas espadas en su brazo izquierdo. Un corte que afortunadamente, fue más doloroso que profundo. Instintivamente, se arrastró hacia el lado opuesto al que había visto surgir la sombra capaz de herirlo. Por primera vez en su vida, Gorgoth sintió auténtico pavor y una angustia que arrancó de él un grito que por momentos se elevó entre todos los demás lamentos que se propagaban a su alrededor. Era la angustia de no poder hacer frente a aquel enemigo invisible a sus ojos. En medio del humo, la imaginación le devolvió el recuerdo de los clérigos helvatios a los que había asesinado en el templo de Athmer, tan inofensivos como él y sus hombres se mostraban en aquel instante, incapaces de responder a un ataque que continuaba llevándose las vidas de cuantos tenía a su alrededor. En la plaza ya había más cadáveres que soldados con vida. Al otro extremo, no se escuchaba una sola orden, y Gorgoth comprendió que no recibirían ayuda alguna. Kariosh los había enviado a una muerte segura, siguiendo las instrucciones de Grimward, que había hablado con él en el momento previo al avance ordenado por el rey. Llevado por la desesperación de ver cómo sus hombres continuaban cayendo muertos a su alrededor, Gorgoth se arrastró entre los numerosos cuerpos sin vida repartidos por la plaza.

—¡Águilas!

Los proyectiles continuaron volando de una arcada a otra, chocando contra las columnas opuestas o clavándose en los tablones de madera empleados por los mostures como escudos frente a sus propias saetas.

—¡Lobos!

Cuando la lluvia de proyectiles cesaba, los soldados que atacaban con la espada cruzaban el umbral de escudos y arremetían contra unos leryones sorprendidos, acobardados como corderos incapaces de huir del colmillo que se cernía sobre ellos.

Sílax era uno de los que, espada en mano, atacaban nada más escuchar la orden que el oficial les daba, desde lo alto. Tal y como Beorth le había dicho, estaban interpretando una sucesión de coordinados movimientos, una danza en la que el silbido de las saetas y el choque del acero entonaban una mortal melodía que los mostures interpretaban con destreza. Nada más llevar a cabo un nuevo ataque, Sílax se ocultó tras la columna y esperó. En ese momento sintió una mano que tocaba suavemente su brazo.

—Buen trabajo, caballero, pero ya es tiempo de irse, antes de que la niebla desaparezca y el rey se acerque demasiado.

Sílax estaba a punto de responder cuando, al girarse, vio que Beorth ya no estaba. Lo vio avisando a otro de los soldados armados con espada, tratando así de llevar a cabo una silenciosa retirada hacia el interior del castillo, aprovechando que tenían el camino despejado y el manto de niebla aún resultaba denso, lo suficiente como para permitirles alcanzar la puerta del castillo sin ser atacados por Kariosh y los suyos, que parecían incapaces de reaccionar ante el plan llevado a cabo por los mostures. Frente a ellos, las torres del castillo emergían del humo como si flotaran en el aire, amenazantes y siniestras.

—¿Qué hacemos? —preguntó Grimward, con la mirada fija en el rey. Era la pregunta que se hacían todos cuantos se encontraban presenciando el desenlace de la trampa mortal en la que habían caído Gorgoth y cuantos habían ido con él. Frente a los lamentos de sus soldados, el rey parecía incapaz de tomar una decisión.

—Majestad, ¿qué hacemos?

En esta ocasión, la voz de Grimward resultaba sinuosa, inquietante como la mirada que dirigió al monarca, cuya debilidad parecía quedar al descubierto en las dudas que se habían apoderado de él.

—Debemos dirigirnos a esos arcos. De allí procedía el ataque —Grimward insistía en tomar una decisión que Kariosh no hacía más que retrasar, con la mirada fija en la nube de humo que no terminaba de desvanecerse. Le pareció que el peligro seguía escondido en su interior.

El presthe hizo un gesto a los soldados, y estos no dudaron en obedecer. Kariosh vio a algunos de ellos pasar a su lado con la mirada fija en los arcos. Habían obedecido la orden de Grimward sin ni siquiera buscar en él, su rey, un gesto de aprobación. Ninguno de sus hombres esperó a que él ratificara aquella instrucción y, como si se hubieran sometido a la voluntad de Grimward, procedieron a cumplir su mandato. Kariosh vio temor en la mirada de aquellos soldados; un temor que, a diferencia del suyo, no estaba fundado en lo que sucedía por delante de ellos. Era un temor a Grimward, a lo que podría llegar a hacerles si incumplían sus instrucciones. Tenían muy presente la manifestación de su poder sobrenatural. Nadie se atrevía a contradecirle.

Al ver marchar a los soldados que segundos antes se encontraban junto a él, Kariosh se dio cuenta de quién comandaba realmente sus ejércitos. Grimward había ido tomando las decisiones más trascendentales: el asalto al Refugio, el ataque al templo de Athmer, el asalto al castillo. Cabizbajo, el monarca se sintió vulnerable, frágil.

—¿Confías en Lorwurn? —la voz de Grimward lo sorprendió perdido en sus sombrías inquietudes.

Se limitó a asentir con la cabeza.

—Entonces, deja que yo tome el mando. Permíteme ganar esta batalla para él y una vez que Móstur haya caído, me encargaré de que en la capital se te rindan todos los honores.

—Todos te sirven a ti…

—Sirven a Lorwurn. Y yo soy su mensajero, el que ha de guiarlos para asegurarse de que le entregan sus corazones… Solo a él. Para eso he sido enviado aquí, investido de un poder que ninguno de vosotros es capaz de comprender. Una vez que Móstur y Leryon sean un único pueblo fiel a Lorwurn, mi misión habrá terminado, y tú serás el monarca de un poderoso reino. Hasta ese momento, ellos me necesitan… Y tú también. Permanece junto a mí, y no tengas miedo.

Kariosh no sabía qué responder. Mantenía la mirada fija en la masa de humo que comenzaba a desvanecerse, dejando al descubierto la masacre perpetrada por los mostures. Se sentía perdido, atormentado por la sensación de haber perdido la confianza de sus soldados. Sintió la mano de Grimward sobre su pecho.

—No tengas miedo —repitió Grimward.

Kariosh sintió que su corazón recuperaba el ritmo habitual de sus latidos y la calma regresaba a él.

—Tenemos una batalla que ganar —añadió el presthe—. Y nadie nos lo va a impedir, Kariosh. Ninguno de esos mostures va a impedir que nos hagamos con su fortaleza y que acabemos con aquellos

helvatios que nos hagan frente. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —asintió Kariosh, con su confianza restablecida tras las palabras de Grimward.

—Y ahora, sigamos a nuestros soldados —Grimward señaló el paraje que tenían frente a ellos. El humo había desaparecido.

Caminaron entre los cuerpos sin vida de sus soldados, pasando también junto a los heridos que apenas eran capaces de suplicar ayuda en sus últimos momentos. Grimward pasó entre ellos sin detenerse, y Kariosh imitó su gesto, sin ni siquiera desviar la mirada al moribundo que pedía ayuda. No eran más que vidas reemplazables que habían cumplido su cometido: un sacrificio para que los demás pudieran acercarse a la entrada, que ahora quedaba al descubierto, una vez que los soldados de Kariosh se aseguraban de que en las arcadas no quedaba peligro alguno. Llegaron al umbral y el presthe acarició la puerta de la fortaleza que en tantas ocasiones había visitado.

—Hemos perdido a muchos —dijo Grimward, mirando a su alrededor—, pero tenemos suficientes soldados como para echar abajo esa puerta y enfrentarnos a todos los que se oculten en el castillo. ¡Derribadla!

En el interior de la fortaleza de Móstur, Beorth conducía a los suyos a través de los pasillos y galerías hasta alcanzar una de las estancias más amplias.

—Y ahora, ¿cuál es el plan? —preguntó Sílax.

—El plan era acabar con el mayor número posible de esos bastardos antes de que consiguieran entrar en el castillo. Creí que serían menos los que lograran alcanzar este punto de la ciudad.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —insistió el caballero.

—Sencillo, querido amigo. Solo tenemos dos opciones: huir o luchar.

Sílax miró a su alrededor. No contaban con suficientes hombres como para contener la embestida de los leryones si finalmente estos se internaban en el castillo.

—O podemos hacer ambas cosas —añadió Beorth.

—¿Qué? —una vez más, Sílax quedó confuso ante las desconcertantes palabras del capitán.

—Podemos hacerles creer que huimos hasta concentrarlos en un punto en el que poder enfrentarnos a ellos.

—Reconozco que me parece algo difícil…

—Confía en mí. Ninguno de esos leryones conoce mejor el castillo que yo. Los llevaremos por las galerías que conducen hasta una de las torres mejor protegidas y de más difícil acceso. Hay una, en concreto, que tiene una escalera de caracol como único punto de entrada. Si

llegamos al otro lado, evitaremos que puedan atacarnos como al rey Kariosh le gustaría. Tendrán que venir de uno en uno si pretenden matarnos. Nos dará una gran ventaja y, sobre todo, tiempo para que puedan llegar otros en nuestra ayuda.

En ese momento, les llegó un inconfundible sonido. La puerta del castillo era golpeada desde el exterior.

—Bien, seguiremos tu plan.

—Excelente —respondió Beorth, esbozando su habitual e inquietante sonrisa antes de dirigirse a sus hombres—. Apuntalad la entrada a esta sala, rápido.

Sílax se unió en la búsqueda de materiales con los que apuntalar la entrada y bloquear el paso. Nada más hacerlo, mientras trataba de recuperar el aliento, escuchó una voz a su espalda que le dejó sobrecogido.

—Hola, Sílax.

Con el rostro palidecido, se giró lentamente y contempló una imagen que le pareció más propia de un sueño.

—Por todos los dioses… Shyra, ¿qué demonios haces tú aquí?

CAPÍTULO 30: CERCA DE OJOS DEL REY

—Ivarth y los suyos se retrasan demasiado —Sándor parecía inquieto. Llevaban esperando dos días en el lugar donde habrían de encontrarse con la Compañía.

Ivarth les había dicho que tomaría una senda que los separara de Yark lo suficiente como para no temer un ataque por parte de aquellos que deseaban su muerte. Taenara y cuantos la acompañaban tomarían la Ruta Nybnia, el principal camino frecuentado por los comerciantes nybnios en dirección al norte. Las inmediaciones de Ojos del Rey sería el punto de encuentro de ambos ejércitos.

—No te preocupes, Sándor —Taenara trató de calmarlo—. Han tenido que dar un rodeo importante. Además, no tenemos especial prisa por llegar a Móstur. Mi hermano ya habrá iniciado el asedio sobre la ciudad. Incluso tal vez ya se haya decidido a atacar sus murallas. He enviado exploradores. Pronto nos informarán de cómo se encuentra la ciudad.

—Estoy deseando ver la cara que pone tu hermano cuando te vea y, sobre todo, cuando te escuche —dijo el Rey Pirata—. Pero me preocupa que, tras la batalla contra los mostures, su ejército sea aún numeroso, demasiado numeroso para nosotros.

—Si mi hermano alcanza la victoria, su ejército habrá quedado debilitado, lo suficiente como para no poder reaccionar a nuestro ataque. Te tengo a ti, a Owen y Fergush, y ahora a Ivarth…

—Si es que ese malnacido aparece finalmente —Sándor miró a uno y otro lado.

—Nuestro ejército cuenta con las mejores bandas de saqueadores, que es justo lo que necesito para vencer a mi hermano y desterrar a su dios antes de que su culto eche raíces en Móstur. Saqueadores y asesinos —Taenara hablaba casi para sí misma— para crear un mundo de paz. Tal vez resulte paradójico, pero es el camino para evitar que Móstur se convierta en lo que mi hermano desea. Kariosh es ambicioso. No se conformará con esta conquista. Continuará avanzando hacia el norte, sin importarle las vidas de cuantos se

opongan a sus designios, ya sean hombres, mujeres o niños. Acabará con todos aquellos que no se postren ante Lorwurn. No le permitiré hacer tal cosa. Si persiste en su empeño, yo misma acabaré con él.

—Y yo espero estar allí para verlo, princesa.

Todos se giraron hacia Ivarth, que parecía haber surgido de la nada para unirse a la conversación.

—Habéis venido —Taenara dejó escapar una sonrisa.

—¿Acaso en algún momento dudasteis de mí o de mi Compañía, princesa? Yo siempre cumplo mi palabra, y ellos también. Tenemos bien ganada esa fama. Creí que seríamos más. Ciertamente, me halaga que vuestra confianza sea tan grande como para pensar que este ejército bastará para conquistar Móstur. Pero permitidme que lo ponga en duda, no por nuestras cualidades, por supuesto, sino más bien por nuestro escaso número en comparación con mostures y leryones.

—No os preocupéis —dijo Taenara—. A unos cuantos kilómetros de aquí nos espera el resto de mi ejército. Owen y Fergush aguardan allí con un mayor número de guerreros y piratas.

—Bien —Ivarth se mostró satisfecho—. Piratas, sí. Será como recordar los tiempos en los que trabajábamos con algunos de aquellos famosos hombres de mar, incansables surcadores de las aguas.

—El mar queda ya demasiado lejos —Sándor dejó escapar sus reflexiones.

—Cierto —respondió Ivarth—. Pero en tierra firme resulta más fácil encontrar riquezas en abundancia. Mi querido amigo Sándor —se acercó al Rey Pirata—, estoy seguro de que en el pasado hiciste generosos tratos con mi padre en beneficio de ambos. Ahora, negociáis conmigo y el resultado no ha de ser peor. Nos alegramos de acompañaros en esta aventura. Necesito que me dé un poco el sol. Las cuevas del Estirio empezaban a palidecer mi piel de un modo preocupante —esbozó una amplia sonrisa—. De modo que, una vez en Móstur, veremos las opciones que se nos presentan y, sobre todo, las riquezas que podemos alcanzar.

—Tenemos que avanzar con cautela —intervino Sándor—. Estamos lo suficientemente cerca como para encontrarnos alguna sorpresa desagradable…

—Por favor, Sándor, no estropees este maravilloso momento en el que todos soñamos con un generoso botín —Ivarth se acercó a Taenara—. Ya habéis escuchado a la princesa. Tenemos un ejército repleto de saqueadores. Sí, saqueadores y sigilosos asesinos. Lo único que necesitamos, llegada la hora de adentrarnos en Móstur, es que nos deis un objetivo, una misión que mis hombres y yo podamos llevar a

cabo. ¿Queréis que os traiga a Kariosh? Si para nuestra llegada él ya ha muerto, ¿necesitéis que os entreguemos al rey de Móstur? ¿Al líder de los helvatios? Estamos dispuestos a cumplir la misión que se nos encomiende, princesa…

—Siempre que el pago sea el adecuado —dijo Taenara, confirmando lo que Ivarth estaba a punto de decir.

—Así es. Decidnos cuál es el plan y nosotros lo desarrollaremos.

—Primero debemos esperar la llegada de mis exploradores. Para ganar tiempo, continuaremos avanzando hacia el norte, hacia el peligro…

—Y también hacia la gloria —añadió Ivarth, entusiasmado—. Sin embargo, creo que no hace falta esperar a tus exploradores para estar seguros de que Kariosh ha iniciado su ataque.

Ivarth señaló a un grupo de mostures que, aún distantes, pronto se cruzarían en su camino.

—Son… soldados —Taenara frunció el ceño, convencida de que aquellos hombres procedían de Móstur.

—Desertores —añadió Sándor—. Huyen de la guerra. Tal vez hayan visto perdida la batalla y han decidido escapar antes de que sea tarde. Pero ¿por qué huyen al sur? ¿No estarían más seguros al norte, en las tierras de los ossetios? A no ser que…

—Que estén convencidos de que mi hermano atacará todo el norte —respondió Taenara—. Kariosh no se conformará con Móstur. Primero retomará el resto de la comarca para unificar todo el reino de Leryon. Después, es probable que su ambición lo lleve a atacar también a los nybnios.

—¿Le crees capaz de eso? —inquirió Sándor.

—El sueño de mi hermano es expandir la fe en Lorwurn por todo el continente. Tarde o temprano, se enfrentará a todos aquellos que se nieguen a adorar a su dios.

—Los helvatios se empeñan en que adoremos a Athmer —habló Ivarth—, los leryones pretenden que nos postremos ante Lorwurn… y los sacerdotes nybnios nos prometen la condenación si no nos acogemos a Thariba. ¿Por qué no pueden dejar que adoremos a quien nos dé la gana, si es que realmente queremos adorar a un dios?

—Por eso es tan importante detener a mi hermano —Taenara perdía la mirada en los soldados de Móstur, que ahora tenían más cerca. Los vio abatidos, magullados. Uno de ellos incluso tenía dificultades para caminar—. Tenemos que ayudarlos. De ese modo obtendremos la información que precisamos para tomar la mejor decisión.

—Bien —Sándor se dirigió a uno de los suyos—. Traed comida y

bebida. Para esos soldados, la batalla ya ha terminado y solo les queda algo por hacer; contarnos todo lo que sepan acerca de la situación de Móstur.

No llegaban a una veintena. Había varias mujeres y niños entre ellos. A juzgar por su aspecto, apenas habían detenido la marcha tras su huida. Cuando Taenara los tuvo cerca, se dirigió hacia ellos fingiendo sorprenderse por el inesperado encuentro.

—Por todos los dioses, ¿qué os ha pasado?

—Los leryones —habló el que parecía dirigir el grupo—. Han asediado Móstur y no ha habido un modo de poder evitar que se adentraran en la ciudad.

—Pero ¿cómo es posible? —Taenara continuó jugando su papel—. ¿Cuándo ha sido eso?

—Dejamos la ciudad ayer, cuando ya Kariosh había dispuesto todo para el ataque. Sus catapultas apuntaban a las murallas de la Puerta de los Caballeros. Fue entonces cuando me convencí de que no habría modo alguno de detenerlos. Si no escapaba, acabaría muriendo; y mi familia también. Así que dejé mi puesto y fui en busca de mi mujer y mis hijos… Y decidimos huir de la calamidad que nos aguardaba. Logramos escabullirnos, arrastrándonos por la orilla del río, a punto de ser arrastrados… He abandonado a mis hermanos de armas…

—Pero nos has salvado la vida —dijo una de las mujeres, que parecía ser su esposa. Ella fue quien continuó relatando lo sucedido en medio de su huida.

—Dejamos atrás la ciudad y pudimos escuchar el terrible sonido de las catapultas. Después, hubo varios fuegos, y el humo se elevó desde el interior de la ciudad. Esos malnacidos han logrado entrar y están arrasando la ciudad.

Incapaz de seguir hablando, la mujer se echó a llorar.

—Al menos habéis salvado la vida —Sándor se acercó a ellos, mirando fijamente al soldado—. No debes avergonzarte por haber huido. Tu familia y tú estáis vivos, y tal vez hambrientos y sedientos. Permitidnos compartir nuestro alimento con vosotros.

—Alabados sean los dioses —dijo la mujer entre sollozos—. Gracias, de todo corazón… Muchas gracias.

Los acogieron allí mismo. Aún se encontraban en las inmediaciones del campamento establecido por Sándor para aguardar la llegada de la Compañía de Ivarth.

—Si vais hacia el norte, no os acerquéis demasiado a Móstur —dijo el soldado—. En estos momentos, es probable que la ciudad entera se encuentre en guerra, tratando de evitar que Kariosh se haga con el control de la ciudad.

—Está bien —contestó Sándor—, iremos con cuidado.

—¿Con cuidado? —habló la mujer, atónita al descubrir que la intención de sus anfitriones era ir al norte—. Debéis olvidaros de seguir ese camino. No sé qué asuntos podrían llevaros al norte, pero, sean cuales sean, creedme, no merece la pena arriesgar la vida por ello. Kariosh tiene fama de ser un hombre sanguinario y tiene un ejército que no se detendrá ante nada ni nadie. Quemará la ciudad y matará a sus habitantes. Ese hombre es un demente.

—En ese caso, tendremos que detenerlo.

—¿Os habéis vuelto loca? —dijo la mujer, con la mirada fija en Taenara—. Os matarán.

—Habrá algún modo de detenerlo, ¿no? —insistió la princesa.

—No —contestó el soldado—, a no ser que dispongáis de un ejército capaz de adentrarse en la ciudad y encontrar a Kariosh.

—Me gusta ese plan —dijo Ivarth, que no perdía detalle de la conversación—. Encontrar a ese maldito bastardo y clavarle un puñal en el corazón.

—Estará custodiado por sus soldados. No creo que haya un modo de llegar hasta él —el soldado repartía la mirada entre aquellos locos que pretendían acabar con el rey de Leryon.

Ivarth tomó a Taenara por el brazo y la llevó aparte.

—Por fin un reto a mi altura —susurró a la princesa—. Solo tenéis que darme la orden y mataré a Kariosh por vos…

—No —dijo ella, con voz severa—. Antes, debo encontrarme con él.

—Entonces, el plan es… ¿un encuentro con Kariosh? ¿Vamos a ir a Móstur y… llamar a la puerta, preguntando por él?

—No será necesario llamar —Taenara esbozó una sonrisa burlona —. La puerta ya habrá sido echada abajo.

—Pero…

La princesa dejó a Ivarth con la palabra en la boca y regresó junto a los mostures para asegurarse de que se les ofrecía cuanto precisaran. En ese momento apareció Salwen, que había permanecido todo el tiempo junto a Fergush y Owen en el campamento que este último había levantado a una distancia prudencial de Sándor y sus seguidores.

—Salwen —la princesa se extrañó de encontrarla allí, sola—. ¿Qué ocurre?

—Creo que tenemos un problema… con Owen.

—¿Qué ocurre con él?

—Se comporta de un modo extraño. He estado hablando con Fergush y él también coincide en que el loco podría estar tramando

algo. Nos ha estado evitando lo máximo posible, reuniéndose a escondidas con algunos de sus hombres de confianza. Si Fergush o yo pasábamos junto a ellos, callaban o fingían una aburrida conversación. Princesa, temo que ese pirata esté conspirando contra nosotros.

Taenara miró al lugar donde los mostures saciaban su hambre y sed.

—No tenemos tiempo para más averiguaciones acerca de Owen. Avisa a Fergush para que recojan sus cosas y levanten el campamento. Partimos de inmediato a Móstur.

—Está bien —respondió Salwen.

—Lamento no poder dedicar tiempo a averiguar qué se propone Owen, pero la batalla en Móstur ya ha comenzado. Llegaremos a tiempo para que pueda dirigirme a mi hermano y ofrecerle la paz.

—No aceptará, princesa. Ya sabéis cómo es…

—Lo sé. Pero aun así debo intentarlo.

—¿Y si se niega?

Taenara fijó sobre su amiga una triste mirada que Salwen comprendió perfectamente. La compasión y generosidad de la princesa tenían un límite.

—Ve con Fergush y dile que nos marchamos ya. Confía en mí, Salwen, todo saldrá bien —la abrazó con fuerza, y la joven pudo sentir una vez más el embriagador cariño que Taenara mostraba con ella.

Apenas se había separado de Salwen, la princesa se cruzó nuevamente con el soldado, que por un instante se había separado de su mujer e hijos para hablar con ella.

—Si os dirigís a Móstur, permitidme que vaya con vosotros. Ahora que he puesto a salvo a mi familia, debo restablecer mi honor y luchar junto con mis hermanos de armas.

—No digas tonterías —respondió Taenara, con una expresión severa—. Ahora debes permanecer junto a los tuyos. Has salvado sus vidas, deja atrás estas tierras y escapa a un lugar donde podáis vivir en paz. Es lo mejor que puedes hacer. Nosotros tenemos que seguir nuestro camino…

—Un camino que os lleva a la muerte si se os ocurre ir a Móstur.

—No tengo alternativa.

—¿Quién sois realmente? —el soldado no lograba comprender semejante determinación en acudir a la guerra.

—Alguien que puede detener toda esta locura —respondió la princesa—. Reponed fuerzas y olvidaos de Móstur, al menos hasta que os lleguen mejores noticias del norte.

El soldado asintió.

—Gracias por todo. Id con mucho cuidado y reconsiderad cuanto

os hemos dicho. Me gustaría que, al igual que vos nos habéis ayudado en nuestra necesidad, mis palabras pudieran serviros de advertencia para no cometer una locura.

—No te preocupes por nosotros. Cuida de los tuyos y disfruta de su presencia.

Una vez que los mostures continuaron su camino, Taenara esperó la llegada del resto de su ejército y ordenó el avance definitivo hacia Móstur. Nada más ponerse en marcha hacia la batalla, su mirada tropezó con la de Owen y en sus ojos vio un atisbo de cuanto Salwen creía acerca del loco. La princesa encabezó aquel último viaje, con la duda de cuál de los dos principales problemas con los que contaba surgiría antes; a quién tendría que enfrentarse primero: a su hermano Kariosh o a Owen, el loco.

CAPÍTULO 31: LA PLAZA DEL PODER

En su camino hacia la Plaza del Poder, lord Belson y sus acompañantes dejaron atrás el humo y los gritos, toda una tormenta de fuego y sangre que había alcanzado una parte de la ciudad, aún fuera de la ciudadela. El senescal presentía un desenlace fatal para la batalla, al ver cómo sus posibilidades de victoria se iban desvaneciendo entre las columnas de humo que se propagaban desde el este. La Puerta de los Caballeros había caído. El barrio de los nobles habría ofrecido mayor resistencia al estar defendido por los mejores vasallos de estos. Lord Belson estaba convencido de que, para Kariosh, las prioridades serían los lugares más emblemáticos de la ciudad. El castillo y la Plaza del Poder eran los principales distintivos del gobierno de Móstur. Si se apoderaba de ellos, no tardaría en apoderarse de toda la ciudad.

Cuando lord Belson alcanzó la plaza, la visión de las defensas que la ocupaban le devolvió parte de la esperanza perdida. Los mostures se preparaban para frenar las hordas de Kariosh en un lugar convertido en los últimos tiempos en símbolo de dolor y muerte, aunque el derramamiento de sangre llevado a cabo en la plaza no sería comparable a la carnicería que se avecinaba.

El recinto amurallado presentaba el aspecto propio de sus días más sombríos y peligrosos. Desde la ejecución del rey Dunthor no se había visto a tantos arqueros protegiendo su interior. Lord Belson se convenció de que el despliegue realizado en la plaza y las murallas que rodeaban su perímetro lograría, al menos, frenar el ímpetu con el que los leryones avanzaban por la ciudad.

—Los arqueros ya han ocupado sus puestos —Lord Kevan se acercó al senescal—. Mis caballeros aguardan el momento de enfrentarse a los que se atrevan a poner un pie en la plaza.

lord Belson asintió a las palabras del noble, que parecía dispuesto a ser uno de los primeros en entrar en combate contra los leryones. Su determinación era acorde con una vestimenta en la que, sobre la cota de mallas, podía contemplarse el emblema de su casa, bordado en el pecho de la sobrevesta. La serpiente parecía agitarse con cada

movimiento de lord Kevan, cuyos caballeros portaban también su emblema en unos uniformes que habían pasado mucho tiempo olvidados en algún rincón de sus hogares, tal vez como herencia familiar de otros tiempos en los que era más habitual ver a estos caballeros uniformados con los colores de la Casa a la que servían.

Espadas y escudos poblaban la plaza, en incontables filas en la que los soldados de Móstur permanecían entremezclados con los caballeros y otros vasallos, muchos de ellos procedentes de las regiones del norte. Formaban todos ellos un mosaico en el que los aceros destellaban con la luz de la mañana, augurando un baño de sangre.

—Esos bastardos no tardarán en llegar —dijo lord Óliver Marly, nada más cruzarse con el senescal.

—Los leryones avanzan sin miedo por las calles en las que saben que no tendrán resistencia —Lord Belson estrechó el brazo del noble —. Se lo pensarán mejor cuando se aproximen a nosotros.

—Los arqueros están preparados para recibirlos como se merecen. También tenemos dispuestos los accesos a los edificios aledaños, por si hubiera que realizar una evacuación.

—¿Evacuación?

—Me refiero a retirar a los heridos, senescal —se explicó lord Óliver—. No creo que encontréis en todo el recinto a un solo hombre o mujer dispuesto a abandonar la batalla mientras tenga fuerzas para continuar luchando. Perder la Plaza significa perder la ciudad. Todos lo saben, y no están dispuestos a ceder… Aquí no.

—Me alegra oír eso, lord Óliver —el senescal contempló a los soldados que abarrotaban la plaza— porque es la realidad. Si la plaza cae, ya nada podrá impedir que los leryones se adueñen de la ciudad. Aquí se encuentra el mayor número de soldados de nuestro ejército. No podemos permitirnos ceder más terreno a nuestros enemigos.

lord Belson contempló el paisaje que se distribuía a su alrededor. Arqueros y ballesteros, hachas y espadas, caballeros de los nobles y mujeres que habían decidido tomar las armas y acompañar a sus esposos a la batalla. Nunca había contemplado semejante muestra de coraje en un lugar como aquel, donde el público solía acudir a divertirse con los espectáculos de distinta naturaleza que tenían lugar allí. Aquella mañana no había nadie que hubiera asistido en la plaza por placer. Todos estaban dispuestos a poner sus vidas en peligro por aquello que amaban: sus familias, su ciudad, su vida.

—Los leryones pretenden convertir Móstur en una ciudad más de su reino —el senescal elevó la voz, cuando sintió que todos estaban pendientes de sus palabras—. Pretenden convertir nuestra tierra en un lugar más de culto a su dios Lorwurn, oprimiendo a cuantos se

arrodillen ante su dios y ejecutando a todo aquel que no lo haga. Más vale una muerte rápida en la batalla que una vida al servicio de esos malditos.

Las palabras del senescal fueron vitoreadas por los que se encontraban más próximos. Tal era el gentío de la plaza que muchos no lograban escucharlo, pero sí verlo, subido a la tribuna desde la que pudieron contemplar cada uno de sus gestos. Espada en alto, lord Belson trataba de infundir coraje a un ejército que muy pronto tendría que cargar con el peso de la historia de Móstur, llamado a firmar una de sus páginas más gloriosas.

—¡Arqueros! —paseó su mirada entre los soldados repartidos sobre el muro— No dudéis en disparar a nuestro enemigo en cuanto tengáis la menor ocasión. Que cada uno de esos leryones conozca el miedo en el momento de aproximarse a nosotros. De este modo, lograremos dividir sus fuerzas y será más sencillo atacarlos y acabar con ellos.

»En cuanto a los demás… No os precipitéis. Permaneced unidos en la batalla y lograremos, no expulsarlos de nuestra tierra, sino acabar con ellos aquí, en un lugar donde hoy demostraremos nuestro orgullo y coraje. Preparaos para defender la plaza, y que ninguno de los leryones que pongan un pie en ella puedan vivir para contarlo. ¡Preparaos!

Fue un discurso breve, pero suficiente como para infundir valor en todos aquellos que escucharon sus palabras. A los vítores le siguió el silencio; y al silencio, el acechante paso de la muerte que pronto pudo escucharse en todo el recinto.

El grueso del ejército de Kariosh, encabezado por él mismo, se dirigía a la plaza, y estaban lo suficientemente cerca como para que sus pasos se escucharan. El avance de los leryones era como las pisadas de un ser de proporciones casi inimaginables. La Plaza del Poder permanecía sumida en una inquietante calma, aguardando el momento de que las primeras flechas fueran dirigidas contra las líneas de enemigos más próximas. Los mostures presintieron cada vez más cercana la presencia de los invasores. El suelo de la plaza parecía temblar al paso de los leryones, alcanzando las inmediaciones de la plaza, como si las tropas de Kariosh estuvieran por todas partes.

—Esos malnacidos nos están rodeando —dijo lord Belson a los que tenía más cercanos—. Estad atentos, podrían aparecer por cualquier parte.

—Se acercan por el extremo norte.

—Enemigos en el extremo este.

El senescal dirigió la mirada a los arqueros que, situados en la muralla, confirmaban los temores de lord Belson. Los leryones se

habían distribuido por las callejuelas cercanas, en todos los puntos. Habían rodeado la plaza y no tardarían en llevar a cabo el avance final para ir al encuentro de los mostures.

De manera inquietante, el estruendo cesó.

—¡Disparad en cuanto los tengáis a tiro! —ordenó lord Belson. Los leryones atacarían desde todos los puntos.

Apenas había dado aquella instrucción, un grito unánime irrumpió a su derecha, encontrando una respuesta en el extremo opuesto; y en los otros dos lados.

—Ya vienen —dijo lord Belson, sujetando con fuerza su arma—. Queridos amigos, si alguno entre vosotros teme a Athmer, ha llegado el momento de encomendarse a él.

—Yo creo en Athmer —respondió lord Kevan, con una sarcástica sonrisa— pero no tengo ninguna prisa por encontrarme con él. No —apretó los dientes mientras aferraba la empuñadura de su espada con ambas manos—, aún no ha llegado mi hora, lord Belson. Y si llega, habrá sido todo un honor morir defendiendo lo que más quiero; como es un honor luchar a vuestro lado, mi senescal y amigo. Pues, a pesar de nuestras diferencias, siempre hemos sabido encontrar un punto de encuentro en aquello que nos une, como es el amor por nuestra ciudad. ¡Chicos! —se dirigió a sus caballeros— ¡Alzad vuestras espadas!, que las puedan contemplar en la distancia y sepan lo que les espera.

La respuesta de cuantos acompañaban a lord Kevan acalló el griterío de los soldados de Leryon, cada vez más cercanos.

—¡Disparad! —se escuchó en el lado norte, y casi de manera inmediata también en el sur.

Las flechas de los mostures abandonaron la plaza en ambos sentidos; silbaron en el aire, y algunas alcanzaron a los leryones que, en su ímpetu, no habían mostrado la más mínima cautela en el momento de atacar la plaza. Los gritos se multiplicaban, su eco se propagaba en todas las direcciones. Los ejércitos de Kariosh se abalanzaban sobre la plaza desde sus cuatro puntos cardinales como si diferentes facciones compitieran por ser los primeros en alcanzarla.

—Ya están aquí —Lord Belson fijó la mirada al frente. De las calles aledañas brotaban ríos de guerreros dispuestos a caer sobre ellos y engullirlos a su paso. Las flechas volaron nuevamente; una vez, y otra más, hasta que los soldados de Leryon estuvieron tan cerca que los mostures armados con hachas y espadas se vieron obligados a intervenir.

—¡Cargad! —gritó lord Belson.

—¡Acabad con ellos! —Lord Kevan alzó la voz momentos antes de

que el filo de su espada surcara el rostro de uno de los soldados que caían sobre él.

El choque fue salvaje, produciéndose casi al mismo tiempo a lo largo de todo el perímetro, desatándose una tormenta de acero y gritos mientras la plaza empezaba a ver derramarse la sangre de uno y otro bando.

—¡lord Belson, conmigo! —Lord Kevan extrajo su espada del pecho de un leryón, justo antes de retroceder un par de pasos para situarse junto al senescal—. Confiad en mis hombres, abriremos una brecha al frente antes de que esos bastardos consigan rodearnos.

lord Kevan hablaba y envestía; mataba y hablaba de nuevo. Junto a él, sus caballeros resistían como un firme muro de piedra las embestidas de unos leryones que por momentos se vieron obligados a retroceder ante los caballeros de la Casa Karter. Haciendo honor a su emblema, la serpiente mordía, se replegaba y volvía a morder. Encabezados por aquellos que tenían armadura pesada, los caballeros de lord Kevan ganaban terreno frente a unas filas de enemigos que por aquel extremo de la plaza comenzaba a menguar. Sin embargo, los leryones eran superiores en número.

En el extremo este de la plaza, los hombres de lord Tyrsen y lord Óliver habían formado una muralla para contener el ataque de un enemigo que irrumpió sobre ellos con especial ferocidad. Los leryones arremetieron contra los soldados mostures; incluso chocaban entre ellos mismos, haciendo presión para romper las líneas enemigas. Lograron abrirse paso entre un grupo de soldados que quedó dividido, condenado a verse rodeado por las fuerzas opuestas, que no cesaban en su empuje. Cuando lord Óliver descubrió que él y sus hombres estaban a punto de ser cercados, ya era tarde para escapar. Solo le quedaba la opción de llevarse consigo al mayor número de enemigos posible. Alzó la voz y, en un ataque de locura, sujetó su espada con ambas manos y se lanzó contra aquellos que le cerraban el paso. Sus soldados imitaron su gesto y, conscientes de que no lograrían cruzar al otro lado del nutrido grupo de guerreros que estaban a punto de caer sobre ellos, entonaron un grito unánime de rabia. Consiguieron acabar con algunos de los que, en las primeras filas, trataban de frenar su avance. Fue lo único que pudieron hacer ante el creciente número de espadas enemigas que se cernían sobre ellos. Lord Óliver asestó un último golpe antes de sentir un filo mordiendo su pierna derecha. Cayó de rodillas y aún tuvo tiempo de alzar la mirada para ver a cuantos se le acercaban. Rodeado de enemigos, lord Óliver Marly sintió cómo la muerte lo alcanzaba por la espalda, por el pecho, por el vientre. El emblema del perro quedó teñido por la sangre que

desbordaba el cuerpo del noble. Su muerte y la de otros muchos que lo acompañaban provocó la desbandada de otros caballeros que, invadidos por el miedo, se olvidaron de empuñar la espada contra sus enemigos y trataron de escapar. Así sucedió con los que acompañaban a lord Tyrsen. El corpulento señor de la Casa Belster se vio abandonado por los últimos caballeros que lo acompañaban. Espada en mano, contempló la huida de aquellos cobardes; una huida que no llegaría a ninguna parte, pues los enemigos atacaban por doquier, acabando con todo aquel que trataba de darles la espalda para salir corriendo y escapar de aquella trampa mortal. Lord Tyrsen alzó su espada una vez más para segar otra vida, tal vez la última antes de ser atravesado por la espada de cuantos se le acercaban peligrosamente. Alzó la mirada y sintió el impulso de fijar los ojos en la oscuridad del cielo para no contemplar su final. Se abandonó a esa engañosa calma que le proporcionaba mantener sus ojos fuera de la batalla. Volvió en sí al escuchar un silbido tras él. Varias flechas surcaron el aire y los leryones situados frente al noble cayeron al suelo, alcanzados por los proyectiles. Sintió un atisbo de esperanza nada más ver a lord Belson y lord Kevan que, en compañía de otros caballeros, se aproximaban a él.

—¡Cargad contra esos hijos de puta! —gritaba lord Kevan, corriendo junto a sus vasallos. El peso de las armaduras frenaba el paso de los caballeros que lo acompañaban, pero su avance era letal. Embistieron y arroyaron. Eran muchos los que los seguían, y entre todos ellos irrumpieron contra unos leryones que se vieron sorprendidos por aquel repentino movimiento.

—Bien, muchachos —el señor de la Casa Karter arengaba a los suyos—. Esos malnacidos creían que no lograríamos escapar, pero vamos a seguir haciéndoles frente, desde una posición más adecuada.

—Me temo que en estos momentos no hay ninguna posición que nos permita evitarlos —Lord Belson miró a su alrededor. Habían logrado escapar de la trampa mortal en la que se había convertido la plaza, alcanzando una de las vías principales. A partir de allí, el horizonte no parecía muy esperanzador.

Los leryones se reagruparon, formando un frente de escudos que pronto iniciaría un nuevo avance hacia el senescal y cuantos lo acompañaban.

—Nos superan en número y no parece que haya un modo de evitarlos. Si echamos a correr, no lograremos escapar de estos bastardos —dijo lord Kevan, repartiendo su mirada entre unos enemigos que amenazaban con su lento avance hacia ellos.

—Tenéis toda la razón —Lord Belson alzó su espada, con gesto cansado—. ¿Una última carga, amigo?

lord Kevan asintió, vislumbrando el final.

—Ha sido un honor servir a vuestro lado, lord Belson. Siempre me habéis parecido el más sensato a la hora de gobernar.

—Mi sensatez no ha servido de mucho, me temo —Lord Belson no perdía de vista el lento paso de los leryones hacia ellos.

—¿Quién podría haber previsto todo esto? No os culpéis por algo de lo que nadie podría habernos salvado. Estoy preparado para cruzar el umbral de la muerte, y algunos de estos malnacidos vendrán de mi mano.

A punto de cruzar su espada con los leryones, un ensordecedor estruendo provocó la confusión en unos y otros. Como si el tiempo se hubiera detenido, leryones y mostures permanecieron expectantes y las armas enmudecieron.

—Sonidos de cuernos —sonrió lord Kevan—, qué hermosa música. Eso solo puede significar una cosa…

—*Lady* Alys —Lord Belson dio un paso hacia atrás, separándose aún más de unos leryones que ya se habían girado ante el sonido que se elevaba a sus espaldas.

Las voces de los cuernos precedieron a otro ruido más preocupante para los leryones. El choque de los cascos de los caballos con el adoquinado suelo de las calles provocó temor en sus corazones y esperanza en los de los mostures; sentimientos crecientes a medida que el sonido llegaba más cercano.

El ejército de *Lady* Alys y su hijo Herry se dejó ver al fin. Los cuernos entonaron un definitivo canto de batalla, segundos antes de que sus portadores tomaran la espada contra los leryones que, en aquella ancha vía junto a la plaza, habían llegado a saborear el golpe definitivo sobre lord Belson y cuantos lo acompañaban.

—¡Cargad! —la voz de Herry se elevó incluso por encima del estrépito de sus caballos— ¡Cargad contra los leryones, hijos de la Casa Clarke! ¡Liberad a Móstur de estos miserables!

Espoleados por los gritos de su líder, los caballeros que lo seguían cargaron estrepitosamente contra los leryones, y no hubo escudo alguno, ni espada ni hacha, capaz de frenar la embestida del lobo de la Casa Clarke, cuyo estandarte se alzaba poderoso en aquella hora sombría para los mostures, que con la llegada de los ossetios veían equilibrarse las fuerzas. A lo lejos, por detrás de aquellos soldados que competían entre sí en valor y destreza, lord Belson creyó distinguir la inconfundible silueta de *Lady* Alys, flanqueada por algunos de sus vasallos.

—Siempre puntual —sonrió lord Belson, consciente de que la lucha aún continuaba.

—Esto lo cambia todo —Lord Kevan dejó escapar una sonora carcajada mientras avanzaba decidido hacia uno de los leryones.

Tras las primeras cargas de los ossetios, la batalla se volvió aún más confusa. Algunos leryones abandonaron la plaza, temiendo que las espadas de los recién llegados los alcanzaran en su intento por dejar atrás el terrible escenario. La Plaza del Poder continuaba manando cadáveres, como una fuente incesante que no hiciera más que escupir sangre.

—¿Dónde estás, Kariosh? —Lord Kevan lograba abatir a todo aquel que le salía al paso. Su destreza en el manejo de la espada era muy superior a la de muchos de los suyos, a quienes no tenía nada que envidiar en fuerza o agilidad—. ¿Dónde estás, maldito bastardo? ¡Ven a mí, maldita sea! —el noble continuaba avanzando, gritando y riendo, burlándose de la muerte cada vez que lograba abatir a un nuevo enemigo. Junto a él, varios de sus caballeros repelían cualquier ataque que pudiera llegar por uno de los costados, abriendo así el paso a su señor, el primero en desafiar cualquier peligro.

—Un poco más y los haremos huir como críos asustados. Y si es necesario, los perseguiremos hasta acabar con cada uno de ellos. Seguidme, lord Belson, la victoria está cerca.

La sonrisa se borró de sus labios al girarse y no encontrar al senescal, que durante todo el tiempo había combatido junto él. Miró a su alrededor: la Plaza del Poder era en un mar de cadáveres donde continuaban ahogándose unos y otros, en grupos dispersos que luchaban sin orden alguno. No había oficiales que dieran órdenes a unas líneas de soldados que habían quedado quebradas. La muerte campaba por cada rincón donde una espada surgía nuevamente, empapada en sangre, para arrebatar otra vida. Y aunque era de día, el cielo no parecía capaz de iluminar con claridad un paraje habitado por la desolación. Los ojos de lord Kevan se detuvieron sobre un punto concreto. Su corazón quedó paralizado al contemplar a dos leryones arrastrando el cuerpo de lord Belson, ocultándolo al otro lado de una muralla humana que se cerró a su paso.

—¡Al barrio Nybnio! —gritaban algunos.

—¡A la Morada! —sugerían otros, alejándose por otro extremo de la plaza. Lord Kevan no sabía qué rumbo tomar. Tratar de llegar hasta lord Belson resultaba imposible, pues allí se concentraba el mayor número de leryones. Fuera cual fuera su decisión, solo había una cosa clara: la Plaza del Poder estaba perdida. Si permanecía allí por más tiempo, acabaría sucumbiendo ante aquellos que acababan de arrebatarle a su amigo. Acudir a la Morada de los helvatios o dirigirse al barrio nybnio junto con la mayoría de los ossetios. No había

muchas más alternativas, ni tiempo que perder. La muerte amenazaba con caer sobre él una vez más.

—¡Retirada! —ordenó con todo el dolor de su corazón a cuantos le acompañaban—. ¡Retirada! —gritó una vez más, entre lágrimas.

CAPÍTULO 32: EL CASTILLO

—¿Cómo has conseguido entrar al castillo? ¿Y qué haces aquí?

Tras abrazar con fuerza a su amiga, Sílax dejó escapar el torrente de preguntas que se amontonaban en su mente.

—Creo que ahora no es el mejor momento —Shyra perdía la mirada en Beorth y sus soldados, que parecían buscar una salida en aquella encrucijada de pasillos—. Te prometo que, en cuanto tenga ocasión, hablaremos de ello. Es una historia larga y complicada. ¿Tú cómo has llegado aquí?

—Mi historia es bastante breve. Me recuperé y decidí venir a buscarte.

—¡Seguidme! —Beorth tomó a Sílax del brazo. Su mirada se detuvo en Shyra. No recordaba haberla visto antes entre los suyos, pero no era momento de hacer preguntas. Tenían que escapar hacia las galerías que les conducirían hasta la torre más segura del castillo. Y para llevar a cabo ese plan, debían alcanzar los corredores escondidos al otro lado de las principales estancias de la fortaleza.

Sin tiempo que perder, todos siguieron a Beorth en su recorrido a través del pasillo central en torno al cual se encontraban la sala del trono y el salón de las reuniones del Consejo. Entraron por una portezuela que parecía escondida junto a una de las esquinas. A través de ella, accedieron a otra estrecha galería.

—Cuando lleguemos a la torre, bloquearemos el paso y esos leryones no podrán llegar hasta nosotros.

—¿Y después qué? —dejó escapar Shyra—. ¿Qué haremos?

—Jovencita, en estos momentos lo importante es escapar de esos malditos. Si nos enfrentamos a ellos, nos matarán a todos. Hemos logrado frenarlos, que no es poco. Ahora es momento de escapar de ellos… y esperar a que el resto de nuestro ejército haya podido contenerlos en alguna parte de la ciudad. No sé quién eres o de dónde has salido, pero si quieres sobrevivir, te aconsejo que sigas a quienes tenemos más experiencia en afrontar peligros como este.

Shyra y Sílax intercambiaron una mirada cómplice. Ninguno de cuantos los acompañaban sabían lo que era el peligro más monstruoso

al que pudieran enfrentarse.

—Lo siento —dijo Shyra, aparentando arrepentimiento por sus palabras—. Supongo que tienes razón.

—No te preocupes —replicó Beorth, con voz afable—. Comprendo que todo esto te asuste. Los más jóvenes no estáis acostumbrados a vivir situaciones como esta. Ni siquiera nosotros somos capaces de asimilar todo lo que está ocurriendo. Estamos acostumbrados a tratar con ladrones y bandidos… Pero ¿una guerra? En fin, creo que ninguno de nosotros esperaba vivir algo así, hasta que ese maldito Kariosh subió al trono y nos llegaron noticias de sus ambiciones. En fin, seguidme. Debemos dejar atrás todo esto. Los leryones no tardarán en llegar —Beorth esbozó una sonrisa— pero se quedarán con las ganas de atraparnos. Escaparemos por una de las trampillas que descienden a los pasadizos cercanos a las mazmorras. Desde allí nos dirigiremos la torre —se escuchó un ruido que inquietó a Beorth—. Vamos, no tenemos mucho tiempo.

Caminaron por detrás del oficial. Tal y como les había dicho, escaparon de allí adentrándose en una angosta escalera escondida al otro lado de una trampilla. Bajaron los peldaños y alcanzaron un pequeño pasadizo sumido en la oscuridad. Beorth prendió una antorcha.

—No os separéis. No me gustaría tener que volver atrás a buscar a alguien.

Caminaron en fila por el angosto sendero que les conduciría a una estancia secreta, un rincón oculto incluso a los ojos de los moradores del castillo. Muy pocos conocían la existencia de aquellos pasadizos.

—Estas galerías fueron construidas para momentos como este, en los que fuera necesario evacuar el castillo de manera precipitada, lejos de la presencia enemiga. Algunos de estos pasillos conducen al exterior. Podríamos seguirlos, pero creo que resulta demasiado arriesgado dejar la fortaleza en un momento en el que no sabemos dónde pueden estar esperándonos esos malditos leryones. Cruzaremos esta otra galería y alcanzaremos la sala que nos dará acceso a la torre norte.

Convencido del éxito de su plan, Beorth aceleró el paso, seguro de haber dejado atrás a los enemigos que ya habrían puesto los pies en el interior del castillo. Un ruido a sus espaldas le hizo dudar. Detuvo la marcha y alzó la mano, esperando el silencio absoluto tras él.

—No es posible —dijo al fin, nada más escuchar un nuevo sonido por detrás de ellos—. Esos idiotas nos están siguiendo. ¿Cómo saben de la existencia de estos pasadizos? Rápido, conmigo. Ya no hay vuelta atrás.

Se apresuró en su avance hasta llegar a una portezuela de madera, angosta y baja; corrió el cerrojo y la abrió lentamente. Al otro lado reinaba la oscuridad. Se asomó y, al ver lo que les esperaba, su corazón dio un vuelco. Intentó cerrar la puerta, pero ya era demasiado tarde. Desde el otro lado, alguien lo impidió. Unas enormes manos agarraron a Beorth y lo arrastraron al interior de una estancia que se llenó de sombras cuando varias llamas fueron encendidas casi al mismo tiempo.

—Por favor, pasad y depositad vuestras armas junto a aquella pared, donde podamos verlas.

La visión de Grimward con un cuchillo en torno al cuello de Beorth resultó lo suficientemente aterradora para los mostures. Todos ellos se fueron adentrando en la sala que precedía a la torre; una estancia que en esos momentos se encontraba repleta de soldados leryones. Uno a uno, los prisioneros arrojaron sus armas en el lugar indicado.

El presthe empujó a Beorth hacia dos soldados que lo sujetaron con fuerza, armados con unas espadas que parecían lejos de ser envainadas.

—Así que os dirigíais a la torre del bibliotecario —miró a Beorth —. ¿Sabes por qué se llama así? No, claro, tú eres demasiado joven para recordar quién habitaba en este extremo del castillo. Tenemos tiempo para charlar, así que os lo contaré.

»Zen Átharon era uno de los más ancianos clérigos cuando fue invitado por el rey a pasar una temporada en el castillo. Lo que iba a ser una breve estancia se convirtió en un cambio de residencia para el veterano siervo de Athmer, pues su sabiduría impresionó de tal modo a la familia real que todos sintieron la necesidad de tenerlo cerca. Escuchaban sus sabios consejos y enseñanzas, ya fuera en materia religiosa o en el ámbito político. El rey de aquellos años confió ciegamente en él hasta que cometió un terrible error que costó la vida de uno de los príncipes. Entonces, el monarca entró en cólera y condenó al anciano zenlor a no salir de su torre. Por eso se encuentra tan bien protegida. Se convirtió en una prisión de la que resultaría imposible escapar. Resulta ser el lugar más seguro del castillo. Y allí os dirigíais, si no me equivoco.

Grimward paseó su mirada entre los prisioneros.

—Lástima que lord Belson no se encuentre entre vosotros. Me habría encantado charlar con él una última vez.

El rostro de Grimward se había tornado sombrío y terrible a la luz de la vela que portaba uno de sus soldados. Su mirada resultaba aterradora, como si ya hubiera previsto la ejecución de los prisioneros. Algunos mostures temieron ser asesinados allí mismo.

—¿Dónde se encuentra mi querido amigo, lord Belson? Ardo en deseos de encontrarme con él una última vez y recordar viejos tiempos, cuando su casa y la de los otros nobles prosperaban mientras las riquezas del pueblo no hacían sino menguar.

—Parecía dispuesto a defender la Plaza del Poder —respondió Beorth.

—Vaya. Pensé que tardaríais más en decidme lo que quiero saber.

—Te conozco poco, Grimward —replicó Beorth—, pero lo suficiente como para estar convencido de que siempre encuentras el camino para alcanzar la información que precisas.

—Cierto, siempre me las apaño para conseguir todo cuanto deseo.

—¿Qué es lo que deseas ahora? —para sorpresa de todos, fue Shyra quien habló— ¿El trono de Móstur?

—¿El trono? —Grimward se echó a reír—. Sin duda, podría conseguirlo si me lo propusiera, pero me parece una recompensa pobre… Un trono para gobernar a unos, castigar a otros, y ver cómo a muchos les corroe la envidia y buscan el momento de hacerse con la corona. El trono es un miserable premio por cambiar el mundo de los hombres. Además, ¿qué es realmente el trono, sino un instrumento para alcanzar un poder efímero en el tiempo? Un poder capaz de someter únicamente a una parte de la voluntad de aquellos a los que se gobierna. No, muchacha. Mis aspiraciones son muy superiores. Yo quiero someter toda la ciudad, y ello implica someter la voluntad completa de sus habitantes, para que únicamente adoren al único que debe recibir toda gloria: Lorwurn.

Shyra recordó su conversación con Derit. Se arrepintió de haber dejado marchar a los dragones, de no haber tratado de retenerlos por un tiempo, al menos hasta ver muertos a hombres como el que tenía frente a él. Grimward sabía cómo hacerse odiar, y parecía gozar con aquella sensación de verdadero pavor que provocaba a su alrededor.

—Móstur es solo el comienzo —Grimward continuó esbozando su plan—. Una vez que en la capital se instaure el culto a Lorwurn, lo propagaré al norte, y al sur. Los nybnios se postrarán ante él… Todos terminaréis sirviéndolo, si es que en verdad apreciáis vuestra mísera existencia.

—¿Instaurarás una nueva dictadura? —inquirió Beorth—. ¿Una dictadura aún peor que la de Athmer? Pero ¿cómo es posible que, sirviendo a Athmer…?

—Mi estancia entre los helvatios tenía un único fin: poner al pueblo en contra de la orden, fomentando así su persecución, acelerando su extinción. Esa extinción debe culminarse ahora, cuando la ciudad caiga y todo vestigio de Athmer sea borrado para siempre —

Grimward paseó la mirada entre sus prisioneros—. De hecho, tenéis suerte de no ser miembros de la orden. No dudaría en ejecutaros en este mismo instante y colgar vuestros cuerpos desde alguna de las ventanas del castillo para que todos pudieran contemplar el destino que les aguarda a los siervos de Athmer.

Shyra se sintió invadida por la rabia. De no haberse precipitado en su decisión de alejar a los dragones de Móstur, ella y Sílax no se encontrarían allí en aquel momento; la batalla podría haber finalizado, con la huida de los leryones nada más ver el poder de las bestias. Pese a la ira que la corroía, la joven se convenció de que había hecho lo correcto. Cuando se encontraba entre los dragones, sentía que podía controlar un poder ilimitado. El peso de aquella responsabilidad resultaría difícil de llevar con la suficiente sabiduría como para dominarlo y no convertirlo en una fuente de destrucción para muchos; para muchos como Grimward. Aquel miserable merecía morir consumido por el fuego. Si de algún modo, ella pudiera convocar a una sola de las criaturas… Ya no era posible. Había perdido de manera definitiva su influencia sobre ellas. Los dragones habían regresado al norte, al mundo al que pertenecían, lo más lejos posible de la presencia humana.

—¿Qué haremos con vosotros? —la pregunta de Grimward interrumpió los pensamientos de Shyra, que temió lo peor. El presthe miraba de manera inquisitiva, posaba sus ojos sobre cada uno de los prisioneros como si estuviera a punto de elegir a uno para ser ejecutado. Así lo creyó Beorth cuando lo alcanzó la gélida mirada de Grimward.

—Vuestra vida no me sirve de mucho —continuó hablando— pero vuestra muerte me resulta de menor utilidad aún. Y ahora que por fin me he hecho con la fortaleza, tengo el lugar perfecto para vosotros, a la espera de tener noticias de lord Belson y sus caballeros —se dirigió a los leryones que lo flanqueaban—. Encerradlos en las mazmorras. De momento, hay sitio suficiente para los prisioneros. Ya iremos viendo qué hacemos si en algún momento tenemos que prescindir de unos cuantos.

La decisión de Grimward decepcionó a sus acompañantes, algunos de los cuales esperaban haber escuchado una orden muy distinta. Sus espadas permanecerían mudas por algún tiempo.

—¡En marcha! —uno de los leryones dio un empujón a Beorth, obligándolo a ponerse en camino y seguir a los demás.

Alcanzaron el exterior del castillo, donde Grimward exhibió a los prisioneros como trofeos de la conquista que habían llevado a cabo. La fortaleza estaba en su poder y los estandartes de los mostures

empezaban a ser sustituidos por las insignias y banderas de Leryon.

Shyra miró a su alrededor. Los ejércitos de Kariosh habían logrado adentrarse en la ciudad y tomar el castillo. Los rastros de destrucción eran evidentes. Las columnas de humo continuaban elevándose. Alrededor de la fortaleza, eran varios los edificios que ya habían sido saqueados por los invasores.

—Debemos permanecer juntos —dijo Sílax, que caminaba siempre junto a la joven.

—Podía haberse evitado todo esto —respondió la joven, con el pensamiento puesto en los dragones.

—No estaba en nuestras manos, Shyra —el caballero puso su mano sobre el hombro de la chica, que seguía perdida en sus pensamientos.

«Sí lo estaba», habría querido responder. Sin embargo, no se encontraba con ánimos para relatar a su amigo todo lo acontecido en las tierras de los dragones. Todo recuerdo sobre lo sucedido con aquellas criaturas, así como sus encuentros con Derit, quedaron convertidos en sueños que se habían desvanecido bruscamente al despertar en la terrible realidad de Móstur. Shyra se sentía más abandonada que nunca, pues si en el pasado había dejado atrás a amigos como Drakkan, en esta ocasión la pérdida era más dolorosa: el poder para cambiarlo todo. De hija del dios Dragón a prisionera de los leryones, en tan corto espacio de tiempo. Su espíritu rebelde la incitaba a tratar de escapar, pero la visión que podía contemplar a su alrededor resquebrajaba cualquier anhelo de libertad.

—Supongo que tampoco está en nuestras manos permanecer juntos —la joven trató de sonreír ante un caballero que siempre se había preocupado por ella como si fuera su padre—, pero haré todo lo que pueda para no separarme de ti, hasta que encontremos el modo de escapar —escudriñó cada rincón del castillo que tenía a la vista.

Kariosh parecía haber reunido sus ejércitos en torno al castillo, convertido ahora en su fortaleza. Los leryones recorrían la fortificación de igual modo que Torgush y sus hombres se habían apoderado del Refugio tras la masacre perpetrada en aquel lugar, antes de que acabara reducido a cenizas por los dragones. En esta ocasión, no habría de suceder lo mismo. Los soldados de Kariosh utilizarían la fortaleza para reagruparse, hacerse fuertes y continuar con su conquista de la ciudad.

Grimward encabezó el paso de los prisioneros hasta que su mirada se cruzó con la del monarca de Leryon, que caminaba por la plaza acompañado por varios de sus hombres. El presthe se separó de los mostures y salió al encuentro de Kariosh.

—La fortaleza es nuestra, majestad —anunció con voz solemne—.

Es un momento crucial para la batalla. Podremos reagrupar a nuestros soldados en torno al castillo y, desde aquí, lanzar un ataque definitivo contra aquellos que aún pretendan luchar, si es que queda alguno con ánimos suficientes como para hacernos frente.

—Hemos ocupado la Plaza del Poder —replicó Kariosh—. Los mostures se han replegado hacia las ruinas del barrio nybnio, aunque no todos han logrado escapar.

Sonriendo con maldad, Kariosh se hizo a un lado, permitiendo que el presthe contemplara al prisionero que varios hombres llevaban, casi a rastras.

—Lord Belson, me alegra volver a veros, después de todo este tiempo.

El senescal abrió los ojos como si ante él tuviera un fantasma del pasado.

—Zen Grimward… Te creía muerto.

—Muerto, sí… Muerto a mi vida de helvatio y renacido al poder de Lorwurn.

lord Belson no supo qué decir. Tampoco tenía demasiadas fuerzas como para continuar preguntando. Había recibido varios puñetazos y la sangre aún manaba de las heridas causadas en la Plaza del Poder.

—Pero, entonces…

—Sí, lord Belson… He traicionado a Móstur y a los helvatios. Os he traicionado a todos. Y ahora ambos nos encontramos aquí, en el castillo que ahora ya no os pertenece. Decidme: aún quedan muchos de los vuestros en la ciudad. ¿Y los helvatios? ¿Han huido ya o prefieren morir aquí, defendiendo sus santuarios y su hogar? Espero que sea lo segundo, pues nada me gustaría más que apilar todos sus cuerpos y hacer una grandiosa hoguera, ver cómo arden y se consumen pasto de las llamas. Solo con pensarlo, mi corazón se acelera, casi en exceso —echó a reír—. Pero el asunto helvatio ya no es algo que deba preocuparos. Vuestra vida es la que en estos momentos pende de un hilo.

—Pronto nos encargaremos de ello —habló Kariosh, escupiendo sus palabras—. Este hombre es el responsable de la muerte de *Sir* Arthur, y lo pagará con su vida. Exhibiré su cadáver en la Plaza del Poder, para que los mostures sepan que su ciudad me pertenece.

—En ese caso, espero poder despedirme de vos, lord Belson. Son tantos los recuerdos que hemos compartido en este lugar, que seguramente os eche de menos. Pero estamos en guerra y, por lo que veo, causasteis un daño irreparable al rey.

—Conducidlo a las mazmorras —ordenó Kariosh.

—Allí se encontrará con otros prisioneros que acabo de enviar.

—Bien, los ejecutaremos a todos, para que mañana, al amanecer, los mostures puedan contemplar el cadáver de su senescal y cuantos le han seguido en la batalla. En vez de guerreros con espada, enviarán a alguien desarmado que trate de buscar la paz, de manera desesperada.

—¿Ofreceréis la paz? —habló Grimward, extrañado por aquellas palabras.

—Les ofreceré vivir, siempre que me entreguen a esos malditos helvatios. Si son capaces de eso, les permitiré abandonar la ciudad sin perseguirlos.

—O puede que en mitad de la negociación decidamos matarlos a todos —sentenció Grimward, cuya crueldad siempre iba varios pasos por delante de la de Kariosh—. Helvatios y no helvatios, los mostures deben ser aniquilados. Sí, llevad a lord Belson a las mazmorras. Y reforzad las defensas del castillo, por si los mostures intentan algún ataque.

—¿Adónde vas? —preguntó Kariosh, al ver que el presthe parecía tener prisa por marcharse de allí.

—Los helvatios se han refugiado en la Morada. Clérigos y caballeros pretenden defender su hogar. Me gustaría presenciar el ataque y ver cómo se derrama la sangre de los siervos de Athmer. Si queréis acompañarme, creo que será una hermosa visión del fin de los helvatios.

Kariosh dudó. Nada le entusiasmaría más que ver arder la Morada y contemplar cómo las llamas consumían también a los helvatios. Sería una visión sublime, la definitiva victoria sobre Athmer y sus seguidores. Su mirada se perdió en el castillo. Grimward comprendió sus dudas.

—Lord Belson y los prisioneros están bien custodiados, majestad. No hay nada que temer. Acompañadme a la Morada, enviad a vuestros mejores hombres a adentrarse en el hogar de los helvatios, acabar con sus ocupantes y saquear a su antojo los tesoros de la Orden. Para vuestros soldados, será una recompensa capaz de motivarlos aún más, pues los helvatios siempre han custodiado valiosos escritos y ornamentos de oro y plata; tesoros que bien podrían pagar el generoso esfuerzo de nuestros ejércitos.

—Me parece justo —Kariosh esbozó una sonrisa y se dirigió a uno de sus oficiales—. Convocad a nuestros mejores guerreros. Aún queda un lugar por conquistar. Cuando la Morada caiga, Móstur será nuestro. Todo el que no haya huido a tiempo acabará muerto o en las mazmorras.

CAPÍTULO 33: LA MORADA

—Los leryones han alcanzado la Plaza del Poder y el castillo.

El joven denlor tomó aire antes de informar a Yar Bolfren de los sucesos que tenían lugar en la ciudad, tan cerca de ellos que casi podían escuchar sus voces. A un gesto del caballero, se dio media vuelta y abandonó la estancia donde Yar Bolfren permanecía en compañía de Zen Varion y Darreth, en una de las habitaciones de la Morada que el Gran Maestro Therios empleaba para recibir a sus invitados.

—Esos malditos —el caballero se mesó la barba, pensativo— han masacrado a cuantos han encontrado a su paso.

—Si se han hecho con el control de la Plaza del Poder y la fortaleza real, no tardarán en atacarnos —dijo Darreth—. La Morada es, en estos momentos, lo único que se interpone entre ellos y la victoria definitiva sobre nuestra ciudad. Kariosh se ha propuesto acabar, ante todo, con la fe en Athmer. Y para ello no le bastará con expulsarnos de nuestro hogar y destruirlo hasta sus cimientos. Quiere exterminarnos, borrar todo rastro de Athmer. Y Grimward estará con él —acarició la empuñadura de su espada—. Solo hay un modo de detener a Grimward.

—Matándolo con tu espada —replicó Zen Varion—. Pero estará bien protegido en todo momento. ¿Cómo vas a acercarte a él?

—No lo sé. Pero debo acabar con él, antes de que los leryones acaben con nosotros.

—Aunque lo mates, los leryones seguirán atacándonos —Zen Varion no pudo ocultar sus dudas.

—Esa será vuestra misión —replicó Darreth—. Debéis resistir su ataque. Yar Bolfren, la Morada debe permanecer en pie. Si cae, todos caeremos y Leryon se hará con el control de la ciudad. Debéis evitar que eso ocurra. Yo me encargaré de Grimward.

—¿Estás seguro, muchacho? —preguntó Yar Bolfren.

—Solo esta espada puede matarlo.

—En ese caso, te aconsejo que permanezcas junto a nosotros, al menos hasta que hayas localizado a Grimward entre todos esos

malditos leryones.

—Me parece bien. Grimward no estará muy lejos en el momento del avance final de sus ejércitos. Sin duda, arde en deseos de vernos muertos. No me cabe ninguna duda de que él ordenó el ataque sobre el Refugio y también fue testigo de lo ocurrido en el templo de Athmer. Está dejando escapar el odio acumulado durante todo este tiempo, y no cesará hasta ver aniquilada la Orden. Por eso, en estos momentos es fundamental resistir su ataque y esperar el momento propicio para acabar con los dos pilares del ejército de Leryon: Grimward y Kariosh. En cuanto a los demás, si les doy una muestra del poder de Athmer, terminarán huyendo.

—Algo que no podrás hacer hasta asegurarte de que Grimward ha muerto.

—Exacto. Y al igual que yo, él también debe permanecer alerta, pues sabe que el enviado de Athmer podría estar buscándolo. Por fortuna, contamos con una ventaja.

—Que él no sabe quién es el enviado —Zen Varion esbozó una sonrisa—. Él no te conoce.

—No podrá sentirse a salvo hasta asegurarse de que todos los helvatios han muerto.

—Y para ello, vendrá aquí —sentenció Yar Bolfren.

—Así es —dijo Darreth—. Grimward acudirá para presenciar el ataque, pero es probable que no se arriesgue a formar parte de los asaltantes. No lo hará, al menos hasta conocer la identidad del enviado de Athmer.

—En ese caso, no tardarán en llegar —Yar Bolfren abrió la puerta de la estancia y cruzó al otro lado, seguido por los clérigos.

Las galerías de la Morada eran un continuo ir y venir de helvatios. No solo los caballeros se habían armado convenientemente para defender el recinto, sino que también los clérigos, sobre todo los más jóvenes, se habían provisto de arcos y espadas con las que hacer frente a los leryones.

En el exterior, los patios que rodeaban la Morada se encontraban intramuros, protegidos por una pequeña muralla lo suficientemente alta como para frenar el paso de los leryones. El recinto tenía la apariencia de una pequeña ciudadela habitada por los siervos de Athmer. En los últimos días, Yar Bolfren había coordinado los trabajos de defensa; trabajos realizados en el patio de entrada con el fin de frenar un posible avance de los leryones hasta la puerta principal. Los ventanales abiertos en la fachada contribuirían a una mayor vigilancia de los alrededores. Allí se apostarían los mejores arqueros. Los clérigos más ancianos permanecerían en el interior de las más recónditas

estancias. Algunos de ellos, empeñados en tomar la espada contra los leryones, solo habían accedido a los planes de Yar Bolfren al sentir que el peso de las armas resultaba excesivo para unos brazos que con el paso del tiempo habían ido perdiendo su fuerza. Conscientes de que morirían tras el encuentro con sus enemigos, solo pudieron lamentar los estragos de la edad y unirse a los jóvenes denlores que tendrían que defenderlos si los leryones alcanzaban el interior de la construcción.

Tras la decisión tomada por el Gran Maestro Therios, alejando a la Orden de toda opción de poder de gobierno sobre la ciudad, habían sido muchos los helvatios que, decepcionados por no poder alcanzar la influencia que deseaban, habían decidido abandonar a sus hermanos de fe. Afortunadamente para los habitantes de la Morada, su marcha se había visto compensada con la llegada de caballeros y clérigos venidos del norte para contribuir a la defensa de sus compañeros. De este modo, la Morada congregaba en el interior de sus muros a más helvatios que nunca, todos ellos dispuestos a proteger sus vidas y la fe en Athmer.

—Todo ha sido convenientemente dispuesto para enfrentarnos a los leryones —Yar Bolfren paseaba la mirada entre los caballeros que en aquel instante poblaban el patio. Bajo las capas helvatias, sus espadas aguardaban pacientemente el instante de abandonar la vaina para arrebatar las vidas de quienes atentaran contra Athmer y sus siervos.

Zen Varion estaba impresionado por la cantidad de caballeros y clérigos que hacían de aquel recinto una fortaleza casi tan inexpugnable como pudiera parecer el castillo.

—Creo que me uniré a los arqueros —dijo Darreth, con la mirada puesta en unos ventanales donde siempre había ojos que vigilaran los alrededores—. Desde allí me aseguraré de encontrar a Grimward entre los leryones.

—Iré contigo —añadió Zen Varion, que no tenía intención de separarse del joven.

Yar Bolfren miró a su alrededor.

—Yo aguardaré aquí, en el patio. Si los leryones derriban la puerta de entrada, se encontrarán con la carga de los caballeros que yo mismo lideraré. Moriré, antes que ver este lugar en manos de Grimward y sus aliados.

—¿Dónde está Yar Gregor? —preguntó Zen Varion—. ¿No debería encontrarse también aquí o…?

—No he vuelto a saber nada de él. Imagino que se encontrará junto a lord Belson. Lo echo de menos, pues ya solo su presencia inspira

valor a cuantos se encuentran a su lado.

—Tú tienes mayor presencia que él —dijo Darreth, con una sonrisa—, y un carisma que contagiará tu valor a cada uno de nuestros caballeros. Tenemos la suerte de contar contigo entre nosotros, Yar Bolfren.

—Muchos de los clérigos que han decidido tomar la espada en estos difíciles momentos han sido adiestrados por mí, al igual que algunos de los caballeros más jóvenes que nos acompañan. Parece que todo el tiempo que les he dedicado ha merecido la pena.

—Sin duda —añadió Zen Varion—. Todas las horas de entrenamiento y sacrificio os han conducido a este día. Tus enseñanzas bien podrían salvarles la vida en los momentos trascendentales que están por llegar.

—Así lo espero —el caballero respiró profundamente—. Todos se han comportado de manera extraordinaria, como si supieran que este instante no tardaría en llegar.

—¡Leryones!

El grito procedente de los vigías interrumpió la conversación entre los helvatios.

—Amigos —Yar Bolfren puso ambas manos sobre los hombros de los clérigos—, a vuestros puestos. Se acerca la hora de mostrar a nuestros enemigos el poder de Athmer.

Al escuchar las voces de los vigías, los caballeros reaccionaron con rapidez. Cesaron las conversaciones y se agruparon según lo acordado, ocupando las posiciones desde las que habrían de incorporarse a la batalla por defender la Morada. Todos los helvatios se apresuraron en el cometido que les había sido encomendado, distribuyéndose por el patio y poniendo a punto sus armas. Las espadas se dejaron ver y los arcos apuntaron amenazantes hacia un mismo punto: el lugar donde se congregaban los enemigos de Athmer.

—Estamos preparados —dijo Yar Bolfren, antes de dirigirse a los clérigos por última vez—. Cuidaos, amigos míos, y resistid.

Yar Bolfren se separó de sus compañeros y se dirigió a las inmediaciones de la puerta de entrada, donde reagrupó a los caballeros que habrían de acompañarlo en las primeras líneas. El corpulento helvatio daba instrucciones a unos y otros mientras se ceñía el casco. Su capa ondeaba al viento, incrementando el esplendor de su porte en aquella hora sombría. Los demás caballeros contemplaron la visión de quien habría de convertirse en su guía en la batalla. Para muchos de ellos, Yar Bolfren había sido como un segundo padre, lo que le convertía en el líder en quien verse reflejado en aquel momento. Tal vez no gozara de la elocuencia de otros

caballeros, pero su valentía era indiscutible; su coraje, todo un ejemplo para quienes habían sido discípulos suyos. Había muchos de ellos en el patio, dispuestos a dar su vida por defender aquello en lo que creían. Y a pesar de que la muerte del Gran Maestro Therios había provocado cierta división entre los helvatios, hombres como Yar Bolfren se habían convertido en verdaderos símbolos del ideal de caballero al que muchos aspiraban. Tenerlo allí, en medio de ellos, era un motivo más que suficiente como para no dudar de la victoria sobre todos aquellos que atentaran contra la orden.

Los vigías alertaron nuevamente de la presencia enemiga. Para entonces, Darreth y Zen Varion se contaban entre quienes, desde lo alto, contemplaban el avance enemigo y su reagrupamiento frente a la entrada a la Morada.

Las primeras flechas no se hicieron esperar. El arquero que se encontraba junto a Darreth disparó un proyectil que alcanzó a uno de los leryones en el brazo. Los clérigos también estaban provistos de arcos, aunque su misión era distinta: encontrar a Grimward entre todos aquellos enemigos que amenazaban con adentrarse en la Morada.

Al otro lado, el griterío de los leryones era creciente. Y aunque su número había decrecido como consecuencia de las numerosas bajas en la batalla, los vigías pudieron contemplar un río de guerreros a punto de desbordar los muros de la Morada, que apenas superaban los cuatro metros de altura.

—¡Escalas! —advirtió el oficial al mando de los arqueros.

Conscientes de lo que se les echaba encima, los caballeros ubicados en el patio fijaron su atención en la puerta de la entrada y la roca que se abría paso a uno y otro lado. Aquella muralla no tenía nada que ver con los gruesos muros de la ciudad. Los leryones serían capaces de rebasarlas con pequeñas escalas que les permitieran trepar hasta lo más alto.

Las espadas de los caballeros relucieron cuando las primeras filas de ellos, comandadas por el propio Yar Bolfren, se disponían a recibir a quienes se atrevieran a cruzar el umbral de los helvatios. Por detrás de ellos, varios arqueros tensaban sus cuerdas, conscientes de que muy pronto las cabezas de decenas de leryones asomarían por el muro.

—¡Preparaos! —gritó el oficial, desde lo alto. Asomado a uno de los ventanales, su mirada abarcaba la extensión del ejército de leryones que se cernía sobre ellos. Darreth escudriñaba las fuerzas enemigas. Resultaba imposible identificar a Grimward en medio de aquel mar de enfervorecidos guerreros que, tras escuchar una orden procedente de la retaguardia, se habían abalanzado sobre la Morada,

creyéndose capaces de acabar con el último reducto de los helvatios.

—¡Disparad!

Las flechas que volaron hacia los leryones fueron una respuesta contundente a su iracunda marcha sobre la Morada. Los proyectiles surcaron el aire, impactando contra numerosos guerreros que habían logrado culminar su ascenso al muro y se disponían a caer sobre los helvatios. Abatidos, caían a uno y otro lado para no levantarse más. Fueron muchos los que, una vez culminado su breve ascenso por las escalas, se reagrupaban para atacar a quienes pudieran salir a su encuentro. Al mismo tiempo, la puerta de la entrada era golpeada de manera continua por un ariete. No tardaría en ceder ante las salvajes acometidas de los leryones que, espoleados por uno de sus oficiales, cargaban una y otra vez contra las gruesas hojas de madera que daban forma a la entrada al patio exterior.

—¡Atentos! —Yar Bolfren repartía la mirada entre la entrada y las zonas de la muralla que comenzaban a verse desbordadas por los leryones. Se dirigió a los que tenía a su izquierda— ¡Cargad contra ellos! —señaló en dirección a quienes habían logrado adentrarse en el patio.

Mientras unos caballeros obedecían sus órdenes, daba instrucciones a otros para que lo siguieran. Formarían varias filas frente a una entrada que comenzaba a resquebrajarse, sucumbiendo al continuo empuje de unos enemigos cuyas acometidas resultaban cada vez más atronadoras.

—En cuanto asomen por la entrada, seguidme —Yar Bolfren sujetó su espada con ambas manos, esperando el momento en que las puertas cedieran y el ariete quedara a la vista.

—¡Conmigo! —gritó en el instante en que los primeros soldados atravesaban el umbral de una entrada despojada de sus puertas—. ¡Atacad! ¡Sin miedo! ¡Por Athmer!

—¡Por Athmer! —respondió un centenar de voces, al unísono.

Los valientes caballeros de la Orden Helvatia corrieron hacia sus enemigos, sin importar su número. Dispuestos a dar la vida por el dios de la Luz, marcharon al encuentro de la muerte que había penetrado en Móstur desde el este. Esa misma muerte que había devorado el Refugio, los templos y la Plaza del Poder, avanzaba con paso firme con el objetivo de aniquilar a la Orden Helvatia. Yar Bolfren fue el primero que sintió la necesidad de afrontar aquel momento con un coraje excepcional. Si la Morada caía, la orden también. Con aquel último pensamiento surcando su mente, elevó un grito y alzó su espada con ambas manos. Su gesto fue imitado por todos aquellos que, en las primeras líneas, se precipitaban sobre el umbral de la Morada

con la esperanza de expulsar a unos enemigos que habían llegado demasiado lejos.

Los leryones se vieron obligados a retroceder, al contemplar cómo los caballeros helvatios se abalanzaban sobre los que se encontraban a la vanguardia de un ejército que continuaría menguando. A las espadas de los caballeros se unían las flechas que, lanzadas por los arqueros que poblaban el patio, continuaban abatiendo a los enemigos que no tomaban las debidas precauciones.

Desde lo alto, Zen Varion y Darreth contemplaron la heroica carga de Yar Bolfren y sus caballeros que, sin miramientos, habían salido al encuentro de los leryones, comportándose como un dique capaz de contener la furia de unas aguas malditas. Tras ellos, más filas de helvatios se habían precipitado sobre los ejércitos de Kariosh. El orden inicial de unos y otros se había quebrado de tal modo que el patio de entrada a la Morada pronto se convertiría en el escenario de un combate que tal vez resultaría decisivo para el devenir de Móstur y la Orden Helvatia. Sin embargo, hubo algo que sorprendió a cuantos esperaban el momento de arremeter contra el avance de los leryones hacia el edificio.

Kariosh y Grimward se encontraban en la retaguardia de su ejército. Habían dejado una compañía en el castillo, encargada de custodiar la fortaleza y sus alrededores, llevando consigo el grueso de un ejército que había quedado reducido a algo menos de la mitad. El rey de Leryon estaba convencido de que sería suficiente como para la derrota definitiva de Móstur y la caída de los helvatios. Tras el ataque sobre la Plaza del Poder, los mostures que habían logrado escapar se habían refugiado en las ruinas del barrio nybnio, convertidas en un último refugio capaz de protegerlos, al menos por el momento.

«Matadlos a todos», habían sido las últimas palabras de Kariosh en el momento de lanzar su ejército contra las puertas de la Morada.

Grimward disfrutó cada escena que presenciaban sus ojos. Los numerosos leryones que se disponían a trepar por el muro, el ariete golpeando una y otra vez contra la puerta de entrada. Su deseo era avanzar sobre una construcción repleta de cadáveres helvatios. Clérigos y caballeros; novicios y veteranos; jóvenes y ancianos. El presthe deseaba verlos muertos a todos, y la Morada derrumbándose sobre centenares de cuerpos sin vida, en lo que sería la victoria definitiva sobre Athmer. Aquel deseo aceleraba su corazón y en algunos momentos le incitaba incluso a unirse a los primeros en poner los pies sobre la Morada.

Cuando las puertas cedieron, el griterío ensordecedor de los ejércitos dio paso a un precipitado avance sobre el interior de la

Morada. Grimward y Kariosh permanecieron atentos a cuanto tenía lugar en el umbral de la edificación helvatia. El enviado de Lorwurn no parecía seguro de querer adentrarse en el lugar que, sin duda alguna, le parecía el más peligroso. Era probable que allí se encontrara con el enviado de Athmer, aquel a quien no había sido capaz de poner rostro, creyendo desde el primer momento que se trataba de Therios.

Como si el propio umbral de la entrada hubiera vomitado hacia afuera a varios de los leryones que se precipitaban sobre el patio, hubo un momento de duda entre las primeras filas de guerreros. Los caballeros helvatios habían cargado una fuerza capaz de contener, al menos en un primer momento, la embestida de los leryones. Kariosh se llenó de ira al contemplar cómo algunos de sus hombres retrocedían hasta agruparse. Tomó su espada, dispuesto a usarla contra el primer cobarde que retrocediera hasta llegar a él. Y fue en el preciso instante en el que se disponía a ordenar el definitivo avance sobre la construcción helvatia cuando uno de soldados le habló de tal modo que Kariosh ordenó retroceder. Sus ejércitos se replegaron junto a la entrada y permanecieron inmóviles.

—¿Qué ocurre? —preguntó Grimward—. ¿Por qué no atacamos?

Kariosh se dirigió a él, reproduciendo las palabras que le habían sido reveladas.

—Hay un ejército a las puertas de la ciudad.

—¿Un ejército? —inquirió el presthe, incrédulo—. ¿Y quiénes son?

—Se trata de mi hermana —el semblante de Kariosh había cambiado por completo—. Taenara está aquí, y no estoy seguro de que eso sea bueno.

CAPÍTULO 34: EL CASTILLO

—¿Por qué ese maldito Grimward no ha dado la orden de acabar con nosotros? —preguntó Sílax, con la mirada perdida en la antorcha que, al otro lado de la puerta de la mazmorra, evitaba que se encontraran sumidos en la más profunda oscuridad.

—A Grimward no le basta con matarnos —respondió Beorth, que permanecía sentado con la espalda apoyada sobre la pared—. Quiere hacer de nuestra muerte todo un espectáculo para los suyos. Ese bastardo disfruta recreándose en el sufrimiento de sus enemigos. Ya en los días en los que instauró una dictadura en el nombre de Athmer fue cruel con aquellos que consideraba enemigos de la fe. Todo este tiempo nos ha hecho creer que servía a un dios por quien muchos comenzamos a sentir desprecio. No era más que una estrategia para conseguir que el pueblo terminara sintiendo odio por los helvatios. Y en cierto modo lo consiguió. Grimward logró que caballeros como Yar Gregor fueran temidos y despreciados, pues su espada servía a un dios capaz de cometer terribles crímenes contra quienes se negaban a postrarse ante él. Afortunadamente, todos los que sirvieron con Grimward despertaron del hechizo al que parecían haber sido sometidos.

Shyra recapacitó sobre las palabras de Beorth. Ella había sido testigo de lo que los helvatios habían hecho, quizá persuadidos por Grimward. Recordó lo sucedido con sus amigos, poco antes de que Derit y los dragones tornaran el rumbo de su camino a ninguna parte. La joven perdía la mirada en la penumbra que los rodeaba, y fue allí donde emergió la figura de Derit.

—Debiste hacerme caso y emplear a los dragones para acabar con esta guerra —dijo el tahúr.

—Pero…

—No, no hables. Puedo penetrar en tus pensamientos y descubrir tus inquietudes sin que abras la boca. Además, no te conviene dirigirme la palabra. Ninguno de tus amigos puede verme; solo tú. Es una de mis facultades: no solo puedo presentarme donde quiero, pues el espacio se encuentra sometido a mis designios. También puedo

aparecerme ante quien quiero, sin que otros se den cuenta; hablar a otros sin que los demás puedan escucharme.

«¿Qué estás haciendo aquí?», fue el pensamiento de Shyra.

—Estoy de paso, al menos por el momento. Se ha desatado un terrible enfrentamiento en la Morada. En el hogar de los helvatios, la sangre de leryones y mostures se derrama nuevamente y, como si la espada me hubiera convocado, debo acudir allí. Hay muchas vidas arrebatadas, y almas que deben ser presentadas ante los dioses. Es como una maldición. Debo acudir allí donde la muerte reclama mi atención. No importa el lugar ni el momento. Tan pronto estoy en un sitio como en otro, tal y como tú has podido comprobar. Solo he venido a transmitirte un mensaje de esperanza.

«¿Esperanza?».

—Tus días no terminan en este oscuro rincón de Móstur. Kariosh y Grimward han dirigido su ejército a la Morada. Llevados por su odio a Athmer, ambos desean ver el fin de la Orden Helvatia. Y han enviado allí al mayor número de guerreros posible.

«¿Y lo conseguirán? ¿El fin de la Orden Helvatia?».

—Ese designio solo está en la mente de los dioses. Solo ellos lo saben, y ni siquiera sus enviados son conocedores de ese destino. Grimward está convencido de que así sucederá. Cree que los helvatios serán, al fin, aniquilados. Pero no ha contado con algo que podría equilibrar la balanza del lado de los siervos de Athmer.

«¿De qué se trata?».

—Grimward solo ha previsto un último enfrentamiento con el enviado de Athmer, al que ni siquiera es capaz de reconocer aún. Pero no se le ha pasado por la mente la intervención de Daera. Cegado por su orgullo, siempre creyó que la lucha por Móstur sería entre Athmer y Lorwurn. Ahora está a punto de entrar en escena la diosa que no admitirá que ninguno de sus hermanos acapare la ciudad.

«Entonces ¿qué pretenden Daera y su enviada?».

—Buena pregunta. Estoy convencido de que la diosa no permitirá que en las tierras de Móstur se instaure el culto a Lorwurn. Aunque bien es cierto que los siervos de Athmer han causado demasiadas muertes inocentes, la elevación de Lorwurn a los altares solo traería consigo el derramamiento de sangre entre aquellos que se negaran a adorarlo. Me da la impresión de que, en esta lucha, solo Daera puede traer consigo el equilibrio necesario para que reinen el orden y la cordura en unas tierras desangradas por la sinrazón de los humanos. El enfrentamiento toma así un nuevo cariz, y quién sabe de lo que es capaz la diosa para frenar el ímpetu de cualquiera de sus hermanos. No soy capaz de imaginar lo que puede ocurrir. Lo único que tengo

seguro es que en estos momentos debo dirigirme a la Morada.

«Entonces, ¿qué será de cuantos nos encontramos aquí encerrados?».

—Como te he dicho antes, tus días no terminan aquí. Esa es la esperanzadora noticia que he venido a transmitirte. Por desgracia, hay otra que resulta menos esperanzadora. Después de acudir a la Morada, deberé cumplir con mi cometido, también aquí, en el castillo. Adiós, Shyra.

«Pero ¿cómo…?».

Shyra no obtuvo respuesta a sus inquietudes. La imagen de Derit se desvaneció en la penumbra.

—¿Te encuentras bien? —dijo Sílax, consciente de que la muchacha se encontraba desbordada por la preocupación.

—Sí, estoy bien —contestó ella, con el ánimo herido por las últimas palabras de aquel que se consideraba a sí mismo un enviado de la muerte. Tan solo deseaba una cosa: que el alma de Sílax no se encontrara entre aquellas que habrían de ser recogidas por Derit.

—Sea cual sea el destino que nos aguarda, lo afrontaremos juntos —dijo el caballero, antes de sentir el fuerte abrazo de Shyra. La chica logró disimular las diminutas lágrimas que surcaban sus ojos, enjugándose en los ropajes de su amigo.

—No podrán separarnos —sentenció Shyra.

—No perdáis la esperanza —dijo Beorth, contemplando el gesto de la joven, con un abrazo que a ojos de los demás parecía más bien una despedida—. Cuando los leryones vengan a buscarnos, tendremos una última oportunidad de escapar. Si no lo conseguimos antes de salir al exterior, me temo que habrá demasiado soldados por las calles y resultará imposible huir, a no ser que recibamos la ayuda por parte de quienes aún se niegan a rendirse ante Grimward y sus seguidores.

—Debemos mantener la esperanza —dijo otro de los prisioneros—. Y si nuestro destino es morir en este lugar, al menos que sea tras acabar con algunos de nuestros enemigos. Debemos luchar.

—Lucharemos para tratar de escapar.

Shyra escuchó atentamente las palabras de los soldados. Miró nuevamente a la penumbra y la imagen de Derit se hizo presente en su memoria.

«Disfrutad de vuestras últimas horas en este mundo» habían sido las palabras del leryón, antes de arrojar contra el suelo a lord Belson. El senescal se encontraba en otra de las celdas. Solo, aislado de los pocos prisioneros que en aquellos momentos ocupaban las mazmorras, a excepción de los que habían sido recientemente capturados.

El senescal estaba sumido en la oscuridad. Y en esa oscuridad

únicamente habitaban las rememoraciones de los últimos sucesos. La imagen de Kariosh le recordó que no le quedaba mucho tiempo de vida. Probablemente, la siguiente ocasión en la que alguien acudiera a su celda sería para trasladarlo a la Plaza del Poder, donde terminaría ejecutado ante todos, como venganza por el asesinato de *Sir* Arthur. La muerte del caballero de los leryones, por quien siempre sintió un gran respeto, se había convertido en la causa de su condena; una sentencia irrevocable que Kariosh habría de ver cumplida lo antes posible.

Sumido en la negrura que lo rodeaba, lord Belson sintió que su pulso se aceleraba y su corazón latía frenéticamente, como si quisiera escapar al terrible momento que lo aguardaba. La respiración se le entrecortaba y un temblor recorría sus manos. Por primera vez en mucho tiempo, el miedo acudía a él de forma súbita. Agazapado en un rincón de su celda, los escalofríos lo atormentaron de tal modo que la negrura se tornó en la terrible sensación de que no se encontraba solo en mitad de aquella insondable oscuridad, como si algún espíritu maligno permaneciera a su lado, burlándose de su suerte. Las lágrimas desbordaron sus ojos y su llanto se ahogó entre unas paredes que apenas devolvían el eco de sus frágiles lamentos.

En medio de su tormento, no fue capaz de percibir los sigilosos pasos que se acercaban a su celda hasta que una tenue luz asomó por debajo de la puerta. Lord Belson se echó hacia atrás, convencido de que había llegado su hora. La puerta se abrió y la conversación que tenía lugar al otro lado rompió el estremecedor silencio al que se había visto sometido.

—Rápido, muchacho. Los guardias de Kariosh son estúpidos, pero no ciegos. Espero que no nos hayamos equivocado de celda. Esta es la que se encuentra más alejada.

Para sorpresa del senescal, nada más abrirse la puerta aparecieron Yar Gregor y Bartheos, portando el cuerpo sin vida de un soldado leryón.

—¿lord Belson? —Yar Gregor se acercó al senescal para asegurarse de que se encontraba bien.

—Por todos los dioses… Gracias, gracias por venir en mi ayuda.

Apenas había terminado de hablar cuando Bartheos, entregando la antorcha al caballero, se lanzó sobre lord Belson y lo abrazó con fuerza.

—Padre… —la emoción no le permitió decir nada más.

—Dejemos los abrazos para cuando hayamos escapado de este lugar —Yar Gregor buscó la llave que libraría al senescal de la cadena que lo aprisionaba—. Ahora tenemos que liberar a los otros y escapar de aquí. Por alguna razón que desconozco, el castillo está menos

vigilado de lo que habíamos previsto. Pudimos introducirnos con cierta facilidad y solo hemos tenido que acabar con un par de guardias para llegar hasta aquí.

—Entonces, ¿no habéis visto a Kariosh ni Grimward? —Lord Belson se frotó las doloridas muñecas en el instante en que se liberaba de las argollas que lo atenazaban.

—No —replicó Bartheos—. Ni rastro de ellos. Todo resulta muy extraño.

—Así es —corroboró el caballero—. Pero por más extraño que resulte, no nos quedaremos a averiguar el motivo de su ausencia, si es que realmente no se encuentran en el castillo. Conocéis bien el camino. Os alcanzaré después.

—¿Adónde vas? —preguntó lord Belson, con preocupación.

—A liberar a los demás prisioneros —Yar Gregor prendió una vela que le guiaría a través de las galerías—. Por lo que escuché a esos estúpidos guardias, al menos una treintena de nuestros soldados permanecen encerrados. No me iré sin liberarlos. Os alcanzaremos después. Vamos, escapad de aquí lo antes posible.

lord Belson y su hijo obedecieron aquella desesperada orden. Yar Gregor se dirigió a las celdas donde, según había escuchado a uno de los guardias, se encontrarían los prisioneros, entre las más cercanas a la entrada a las mazmorras.

Al abrir la primera, se encontró con la grata sorpresa de una decena de rostros que lo contemplaban con verdadera incredulidad, como si se les hubiera aparecido un fantasma.

—¡Beorth! —Yar Gregor acercó la vela al capitán para asegurarse de que efectivamente era él.

—¿Es que quieres quemarme antes de tiempo? —Beorth se apartó al sentir la llama demasiado cerca de su rostro mientras dejaba escapar una sonrisa.

—Los leryones nos harán algo peor si nos descubren. Debemos marcharnos lo antes posible.

—Pero ¿cómo has…?

—Ahora no es momento de preguntas. Haz lo que te digo. Guíalos por las galerías y evita la entrada principal. Es la única que permanece vigilada. No me preguntes por qué, pero Kariosh no parece haber tomado demasiadas precauciones para defender el castillo, o es que ya casi no le quedan hombres.

—Bien, nos vemos luego.

Beorth se giró hacia Sílax y Shyra, que no podían creer el rumbo que había tomado su fortuna.

—¿Os apetece venir conmigo o preferís esperar a ver si los leryones

os perdonan la vida? —dejó escapar una mueca que, en la penumbra, resultaba un tanto perturbadora.

—Creo que preferimos acompañarte —replicó Sílax—. Tal vez necesites nuestra ayuda para dejar atrás este lugar.

—Seguidme, amigos. Este lugar es espantoso… y huele terriblemente a mierda. Una noche más aquí y habría terminado alegrándome al ver venir al verdugo.

Para entonces, Yar Gregor ya se había dirigido a la otra celda para liberar a los que quedaban allí.

—Ya estamos todos —dijo Beorth, nada más contemplar a los prisioneros que por un tiempo habían permanecido separados de ellos.

—En ese caso, marchémonos de aquí —sugirió Yar Gregor—. Si no me equivoco, en el interior del castillo hay cerca de una veintena de guardias. Así que tenemos dos opciones: tratar de escabullirnos por alguna de las portezuelas que dan al patio trasero o recorrer la galería principal y enfrentarnos a todos aquellos que nos salgan al paso. Para esta segunda opción, el riesgo es mayor, pues si alguno de los soldados da la voz de alarma, en la entrada al castillo me ha parecido que la presencia de soldados era demasiado numerosa.

—Me encantaría acabar, uno a uno, con todos los leryones que se encuentran en el castillo —contestó Beorth—, pero la primera opción me parece más adecuada. Al igual que yo, conocéis bien el castillo, Yar Gregor. Marchémonos del modo más sencillo, ya tendremos más ocasiones para arriesgar nuestras vidas.

—Está bien. Seguidme y procurad no hacer mucho ruido. Por desgracia, ahí fuera hay demasiada luz y no podremos pasar desapercibidos.

Dejaron atrás la oscura putrefacción que reinaba en las mazmorras y al fin pudieron adentrarse en una galería cuyo aire resultaba respirable. Avanzaron siguiendo a Yar Gregor. Shyra se había situado en último lugar, convencida de que el peligro acechaba en cada esquina. Alegre por escapar de las mazmorras, las últimas palabras de Derit continuaban provocando en ella un temor que la ayudaba a mantenerse concentrada, atenta a cualquier peligro que pudiera surgir en aquella desesperada huida.

Yar Gregor siguió el camino que él y Bartheos habían trazado al pensar en el mejor modo de escapar. Alcanzarían un patio situado en la parte trasera del castillo y, desde allí, recorrerían una galería que los conduciría al exterior; un camino empleado por los soldados para facilitar el relevo en la guardia de la fortaleza. Cuando llegaron a aquel pequeño rincón próximo a una de las torres, se llenaron de alegría al percatarse de que el senescal y su hijo se encontraban allí,

esperando.

—Por fin habéis llegado —dijo Bartheos. Los nervios apenas le permitían hablar sin balbuceos.

—Estamos todos, ¿verdad? —Beorth miró a su alrededor—. Larguémonos de aquí lo antes posible. Gracias por todo, Yar Gregor —tomó del brazo al caballero—. Temíamos que no contemplaríamos un nuevo amanecer.

—¿Te encuentras bien? —Bartheos se giró para asegurarse, a la luz del día, de que su padre no presentaba heridas importantes. En ese momento, sus ojos tropezaron con algo que asomaba en una ventana abierta en la torre que dejaban a sus espaldas. Antes de que pudiera dar la voz de alarma, un silbido surcó el aire.

—¡Nooo! —Bartheos gritó desesperado al ver una punta de flecha que, empapada en sangre, asomaba por encima del pecho de lord Belson. El senescal tornó su sonrisa en una mueca de dolor, momentos antes de caer de rodillas y sentir que las fuerzas lo abandonaban.

—Hijo mío… Huye… —dijo con voz débil, moribunda.

—Padre… —Bartheos lo sujetó en el instante en que estaba a punto de chocar contra el suelo—. No me dejes… ¡Padre!

Todos se habían girado al escuchar los gritos del joven hijo del senescal. Quedaron sobrecogidos al contemplar lo ocurrido. Bartheos sostenía a su padre, llorando amargamente mientras acariciaba el rostro de lord Belson, cuya mirada inerte permanecía perdida en el infinito.

Otra flecha alcanzó a uno de los guardias que se encontraban junto a Beorth, atravesando su ojo.

—¡Tenemos que irnos! —gritó Yar Gregor, acercándose a Bartheos.

—No puedo dejarlo aquí… —Bartheos seguía abrazando el cuerpo de su padre mientras los demás obedecían la orden del caballero.

—Si te quedas aquí, morirás también —Yar Gregor tiró de Bartheos desesperadamente mientras un nuevo proyectil pasaba entre ambos.

—No… Padre…

Con la visión nublada por las lágrimas, Bartheos cedió finalmente y acompañó a Yar Gregor en una desesperada huida que los alejaría del peligro de las flechas. Antes de dejar atrás el patio dirigió la vista hacia atrás por última vez para contemplar el cuerpo sin vida de lord Belson. Yar Gregor hizo lo mismo, temiendo que la muerte del senescal no sería suficiente para Grimward, a quien había visto en la torre, portando el arco con el que había perpetrado su ataque mortal.

«Ese hijo de puta no se conformará con haberlo matado», pensó para sus adentros, adivinando la crueldad que el presthe llevaría a cabo con posterioridad a aquel suceso. En compañía de Bartheos, Yar

Gregor sintió la necesidad de permanecer en todo momento junto al joven helvatio, evitando que se acercara a las proximidades del castillo o cualquier otro lugar dominado por los ejércitos de Kariosh, donde podría estar aguardándolo la terrible sorpresa que Grimward no tardaría en preparar.

CAPÍTULO 35: LA PUERTA DE LOS CABALLEROS

Acompañado por algunos de sus mejores soldados, Kariosh salió al encuentro de su hermana. Sentía el pulso acelerado y un dolor de cabeza que le trajo a la memoria los días en los que Taenara lograba desquiciarlo con alguna de sus astutas argucias. Al fin había llegado, y traía consigo un ejército, tal y como había prometido. Sin embargo, algo en su interior le decía a Kariosh que su hermana no se conformaría con tomar parte en una batalla que parecía estar a punto de llegar a su fin. Como si hubiera esperado a ver si realmente los leryones estaban en disposición de apoderarse de la ciudad, Taenara surgía en el instante en que los últimos rebeldes se encontraban al borde de la aniquilación. El rey se había visto privado de llevar a cabo el ataque que más ansiaba, y eso lo enfurecía. Como siempre, su hermana aparecía en el momento más inoportuno.

Al descender por algunas callejuelas de la ciudad, Kariosh descubrió, a la luz del día, la destrucción que había causado a su paso. Era un paisaje desolador, donde la muerte se desparramaba por cada rincón, con cadáveres de unos y otros. La Plaza del Poder se mantenía sumida en una calma que resultaba casi aterradora. Los cuerpos sin vida de quienes habían caído en uno de los enfrentamientos más cruentos testimoniaban el horror que había caído sobre Móstur. Algunos soldados permanecían en los muros, vigilantes ante un ataque de los mostures que se antojaba casi imposible. Las debilitadas fuerzas que habían tratado de defender la ciudad se congregaban en las inmediaciones del barrio nybnio, en su extremo más alejado. Kariosh había ordenado vigilar de modo especial aquel lugar para evitar cualquier sobresalto.

Tal y como había ordenado Grimward, el templo de Athmer permanecía con su fachada intacta. En su interior aún podrían contemplarse las consecuencias del ataque contra los helvatios.

A pesar de la presteza con la que Kariosh había sido informado, el rey no tenía ninguna prisa por presentarse ante su hermana. Caminaba entre las ruinas de la batalla con la certeza de que, muy pronto, sobre

aquellas cenizas levantaría una nueva ciudad dedicada a Lorwurn, en agradecimiento a la gran victoria que estaba a punto de conseguir. Tan solo restaban un par de cuestiones a resolver: el ataque sobre la Morada, que había interrumpido como consecuencia de la llegada de su hermana; y la definitiva rendición de los mostures, a quienes acababa de enviar un emisario con el fin de negociar un acuerdo de paz. La Morada permanecía aún bajo asedio, pues ni Kariosh ni Grimward querían desaprovechar la oportunidad de acabar con la Orden Helvatia y, para ello, debían aniquilar a sus líderes más influyentes.

En cuanto a Grimward, el monarca no tenía muy claro el papel que habría de desempeñar una vez terminada la guerra. El presthe había decidido ir al castillo para asegurarse de que los prisioneros no tuvieran oportunidad alguna de escapar. Algunas de sus decisiones no resultaban del agrado de Kariosh, que deseaba concentrar en su persona todo el poder. Pero lo cierto era que Grimward tenía una extraordinaria capacidad para sembrar el temor entre sus enemigos. Y era necesario contar con alguien así para afrontar la batalla.

El monarca se detuvo en el instante de afrontar el último tramo que lo conduciría a la Puerta de los Caballeros. A lo lejos, algunas de las torres de los nobles asomaban intactas; otras no habían logrado escapar a la destrucción que se había cernido sobre la mayor parte de la ciudad. La entrada había desaparecido, convertida en montañas de escombros que dejaban libre el paso, como un siniestro portal que diera acceso a una ciudad espectral.

Al cruzar al otro lado, Kariosh descubrió la presencia de su hermana y su ejército, si es que en verdad podría llamarse ejército al grupo de extranjeros que la acompañaban. El rey paseó su mirada sobre aquellos nybnios y piratas, contemplándolos como si se tratara de una bandada de buitres que acudía al festín de carroña que les aguardaba en el interior de la ciudad. En ese momento, se le ocurrió una idea: enviarlos a destruir la Morada, prometiéndoles las riquezas que, según se decía, se escondían en sus rincones más recónditos.

La princesa se encontraba acompañada por Sándor y Salwen, que observaban el lento paso de Kariosh por la callejuela que descendía hasta el lugar en el que llevaban un tiempo aguardando la presencia del rey.

—Parece que vuestro hermano no tiene ninguna prisa por recibirnos —dijo Sándor, en parte molesto por la calma con la que el monarca se había tomado el recibimiento a los recién llegados.

—Mi hermano nunca me tomó demasiado en serio. Para él siempre he sido la niña que un día se rebelaba contra las decisiones de nuestro

padre y al día siguiente se mostraba como la más dulce y encantadora chiquilla que muchos nobles veían en mí. Ha llegado el momento de que descubra quién puedo llegar a ser si no accede a mis pretensiones —sonrió sin separar la vista de Kariosh—. Creo que este encuentro va a resultar divertido, al menos para mí. Quiero ver en Kariosh esa confusión que a veces él mismo me causaba.

—Mi querida hermana al fin me honra con su presencia —Kariosh la recibió con un abrazo—. Durante mucho tiempo creí que no te vería llegar a la ciudad, pero… Aquí estás… Y con un ejército, tal y como prometiste. Parece que has conseguido cobrar esos importes que el banco nos debía, aunque me temo que lo recaudado no te ha servido para gran cosa —repartió la mirada entre los hombres y mujeres que acompañaban a Taenara—. Siento decirte que tu ejército más bien parece un grupo de exiliados que, en lugar de estar en disposición de atacar, trata de escapar al uso de las armas. Veo algunos piratas… ¿Piratas? ¿Tan lejos del mar?

—He acudido a Móstur con un ejército, tal y como te dije. Y no se me ocurre uno mejor para este momento. No llego tarde, sino en el momento preciso para desterrar el rastro de cualquier dios que pretendas imponer en la ciudad.

—¿A qué te refieres? —inquirió Kariosh, frunciendo el ceño—. Lo que yo decida hacer con Móstur es algo que no te incumbe. Me he propuesto desterrar para siempre el culto a Athmer e imponer la devoción a Lorwurn como único dios digno de ser adorado en todo Leryon, pues es mi voluntad reformular el reino, una vez incorporadas las tierras de Móstur así como otras muchas que antaño fueran de nuestro pueblo.

—Nuestro pueblo… —repitió Taenara—. Durante todo este tiempo, esa ha sido tu obsesión: devolver a Leryon la gloria perdida de antaño. Se trata de un sueño que nunca harás realidad.

—¿Un sueño? Mira a tu alrededor. La ciudad de Móstur está a punto de capitular. Solo el hogar de los helvatios resiste aún. Me disponía a atacar la Morada cuando llegaste.

—Parece que, una vez más, estropeo tus planes, Kariosh. Soy una cruel hermana, ¿verdad?

El tono desafiante de Taenara no gustó al rey.

—Tu ejército está a tiempo de unirse al saqueo de la Morada y participar así del generoso botín que nos aguarda en su interior.

—¿Y después qué? ¿Reducirás Móstur a montañas de escombros?

—¡Lo que yo haga con Móstur es algo que no te incumbe! —por un instante, el rey parecía haber perdido los nervios. Sus gritos atemorizaron a algunos de los que acompañaban a la princesa, pero

no causaron el más mínimo cambio en su rostro; un rostro cuya hermosura era una máscara tras la que ocultar sus pensamientos e intenciones más inquietantes y peligrosas.

—Tranquilo, hermano. Sé que llevas mucho tiempo planificando esta guerra, esperando a que llegue el momento de acabar con los gobernantes de Móstur, con sus helvatios, con su dios. Pero siento decirte que todo lo que has imaginado para esta ciudad no es sino un sueño del que debes despertar lo antes posible.

—¿Despertar? —la ira de Kariosh iba en aumento—. ¿Acaso estás dispuesta a evitar que se cumplan mis planes para Móstur?

—Así es. Si quisiera haber venido a Móstur para formar parte de la batalla, ciertamente habría llegado antes. Pero no era esa mi intención. Desde el principio, solo se me pasó una idea por la cabeza: evitar que Lorwurn gobierne allí donde antes gobernó Athmer. No voy a permitir que Móstur se ponga en manos de un dios castigador de aquellos que se niegan a obedecerlo.

—¿Y con este ejército pretendes frenar mis planes para Móstur? Estás a punto de cruzar una línea muy peligrosa, hermanita.

—La crucé hace tiempo. Y estoy preparada para asumir las consecuencias. Por tu parte, será mejor que ataques lo antes posible la Morada, saquees sus tesoros y, a continuación, tú y tu ejército abandonéis la ciudad.

—No estás en condiciones de enfrentarte a mí. Nunca lo has estado…

—Entiendo, tú siempre has sido el preferido de nuestro padre, el predestinado a sentarse en el trono de Leryon y gobernar con mano firme no solo sobre nuestro pueblo, sino también sobre los mostures que ahora tienes a tus pies. En cambio, yo debería haberme convertido en la fiel esposa de algún noble con el fin de procrear los hijos que habrían de dar continuidad a su estirpe. ¿No es cierto?

—Tal vez debería ser así. La guerra no es lugar para ti.

—En cambio, tú solo has pensado en ella desde el mismo instante de ocupar el trono. Y para llevarla a cabo te rodeaste de aquellos que mejor podrían servirte en momentos como este. Por cierto, ¿dónde está *Sir* Arthur?

Kariosh sabía del amor que *Sir* Arthur había sentido por su hermana, y también era consciente del delicado trato entre ambos.

—*Sir* Arthur ha muerto —sentenció, con una extraña mezcla de dolor y satisfacción; dolor por la pérdida que había supuesto para él, y una siniestra satisfacción al ser consciente de que una parte de ese mismo dolor se asentaría en el interior de su hermana.

Taenara apenas reaccionó, guardando para sí misma los

sentimientos que en aquel instante azotaban su corazón.

—De modo que no hay vuelta atrás, Taenara —insistió el rey—. Móstur será destruida y la Orden Helvatia perseguida hasta su desaparición. Así que insistiré una última vez en que te unas a nosotros en el saqueo a la Morada, para que luego tu ejército pueda obtener su recompensa y marcharse de igual modo que han logrado venir aquí. Si no lo haces…

—¿Me matarás si no obedezco tu mandato?

—No lo haré —respondió Kariosh—, pero no me gustará tener que condenar a muerte a tus acompañantes.

Taenara dio un paso hacia su hermano hasta que este pudo sentir el brillo de una mirada que le resultó aterradora. La princesa acarició el rostro de Kariosh y le habló en susurros.

—En cambio, yo sí estoy dispuesta a matarte si no abandonas la ciudad cuando hayamos saqueado el hogar de los helvatios.

El rey palideció, incapaz de responder a la amenaza de su hermana, que esbozó una inocente sonrisa tras separarse nuevamente de él.

—De acuerdo, Kariosh. Nos uniremos a vosotros en el saqueo de la Morada. Y después… En fin, ya decidiremos qué hacer.

A una orden de la princesa, Sándor se situó al frente, seguido de Fergush. Piratas y nybnios se pusieron en marcha, alcanzando el interior de la ciudad ante la atónita mirada de Kariosh, que aún no parecía haber asimilado las palabras de su hermana. Lejos habían quedado los tiempos en los que él parecía ostentar un mayor poder que Taenara, condenada en Leryon a un papel tan secundario que ni siquiera se le había permitido un marido de su elección. Ahora todo era muy distinto. Los presagios de Kariosh no solo se habían hecho realidad, sino que parecían a punto de ir mucho más lejos de lo imaginable. Taenara había amenazado con matarlo, y él sabía que su hermana era capaz de cumplir cualquier sentencia que su propia mente hubiera dictaminado. Contempló el paso de los guerreros que la acompañaban y tuvo una idea. La traición cobró forma en su interior mediante un plan que habría de seguirse minuciosamente: exterminar a los aliados de Taenara, acabar con su ejército nada más derrotar a los helvatios. Era la única opción para evitar que ella intentara matarlo. Llegado el momento, la encerraría en las mazmorras si fuera preciso, pero no le daría la más mínima oportunidad de cumplir su amenaza.

Owen e Ivarth se había dirigido al este, acompañados por sus respectivos guerreros. Accederían a la ciudad por otro punto, a partir del cual podrían separarse y avanzar por Móstur de un modo más

seguro, sin llamar la atención de quienes custodiaban toda la ciudadela.

—Taenara es muy astuta —dijo Owen, nada más cruzar al otro lado de la muralla—. Ha dejado que su hermano haga todo el trabajo sucio para que nosotros hagamos lo que mejor se nos da: saquear.

—A mí se me da mejor matar —respondió Ivarth, arrancando unas sonrisas entre cuantos lo seguían—, y creo que pronto llegará nuestra hora, si de verdad la princesa cree conveniente acabar con los oficiales de Kariosh o si es preciso acabar con el propio rey. Seguro que Taenara nos ofrece una recompensa acorde con el trabajo realizado.

—Eso espero —replicó el loco—. Porque el viaje ha sido largo y en cierto modo desagradable por la compañía de quienes hasta hace poco tiempo era mi mayor enemigo.

—¿Te refieres a Sándor?

—Así es. En otras circunstancias, no habría dudado en acabar con el contrabandista. Los mares están cada vez más atestados de hombres como él, que desean sacar provecho del comercio. La riqueza del mar termina repartiéndose cada vez entre más manos y las oportunidades son cada vez más escasas y peligrosas. Espero que la recompensa de Taenara merezca la pena.

—El negocio en tierra firme tampoco ha ido a mejor, precisamente. Pero al menos lograremos una notable mejora si conseguimos hacernos con unas tierras lejos de las cuevas del Estirio, y una vida de mercenarios que resulte más lucrativa de lo que ha sido en estos últimos años. Ahora que la ciudad parece agonizar ante los leryones, las oportunidades se multiplican, sin importar quién gane esta guerra. El nuevo orden establecido necesitará de personas como nosotros, capaces de garantizar el cumplimiento de las leyes o de perseguir a quienes se nieguen a cumplirlas. Las más terribles desgracias para un pueblo a menudo son la mejor fuente de oportunidades para quienes saben observar el presente y vislumbrar el futuro. Y yo soy una de esas personas capaces de leer en los acontecimientos presentes el destino al que estos han de conducirnos.

—De momento, yo solo pienso en el presente, querido amigo —dijo Owen—. Y en ese presente veo grandes oportunidades de riqueza. Ya decidiré mi futuro cuando vea colmada mi hambre de oro.

—Deteneos —dijo Ivarth, nada más llegar al límite en el que las hileras de viviendas vacías daban paso a uno de los caminos que conducían al interior de la ciudadela—. A partir de este momento, creo que nuestros caminos se separan. Nosotros esperaremos aquí noticias de la princesa. Estoy deseando que nos ordene acabar con todos los leryones que guardan el castillo. ¿Sabes qué es lo primero

que haría? Me pondría las vestiduras del rey y pasearía por cada una de las galerías como si todo aquello fuera realmente mío. Ordenaría al cocinero, si es que queda alguno vivo, que preparara un suculento festín para celebrar nuestra victoria y al final de la noche, si aún me tengo en pie, me sentaría sobre el trono para beber una última copa. Sí, la verdad es que me gustaría sentirme rey al menos por un día.

—¿Y después? —inquirió Owen entre risas— ¿Qué harías cuando se desvaneciera esa sensación de poder?

—Cuando no tuviera más remedio que regresar de tan magnífico sueño, buscaría una granja en la que no faltaran animales, ni sirvientes que se encargaran de cultivar la tierra y atender al ganado. Y por supuesto, no volvería a pisar una cueva en toda mi vida.

—¿Tan cansado estás de la vida que has llevado en los últimos tiempos, que quieres vivir otra tan distinta, alejada de la sangre y la muerte?

—Por supuesto que continuaría llevando a cabo ciertos trabajos, por un buen precio, claro. Pero al menos no me faltarían comida, bebida y un buen techo bajo el que descansar. ¿Y tú? ¿Volverías a esos mares que a los piratas os acaban robando el corazón?

—Tal vez. Mi sueño es convertirme en rey de los mares. Y créeme: no me conformaré con ser el rey por un solo día.

—Bien, entonces debemos llevar a cabo lo antes posible nuestros cometidos si queremos ver cumplidos nuestros deseos en un futuro lo más próximo posible. Por el momento, nosotros nos quedamos aquí, esperando instrucciones de la princesa. El castillo no parece estar muy lejos —dirigió la mirada a una de las torres que sobresalían entre los edificios más próximos—. Aguardaremos instrucciones.

—Nosotros nos marchamos ya. Saquearemos aquellas viviendas que ofrezcan mayores posibilidades de botín y quién sabe si logramos alcanzar lo suficiente como para poder marcharnos pronto de aquí, o tal vez encontremos, entre todas esas viviendas, algunas que nos gusten lo bastante como para quedarnos. Aunque, como te decía antes, por muchos lujos que pueda encontrar aquí, siempre preferiré las caricias del mar y su tempestuoso temperamento. Hasta la vista, queridos amigos.

Cuando el loco y sus acompañantes se separaron de los demás, Yari se acercó a Ivarth.

—Un extraño personaje, ese Owen, ¿no crees? —dijo él.

—Y un traidor, sin duda. No entiendo cómo la princesa Taenara ha podido confiar en ese imbécil.

—¿Te cae mal nuestro amigo? —inquirió Ivarth, esbozando una sonrisa.

—Lo suficiente como para pensar en matarlo si en algún momento me parece que nos traiciona.

—Descuida, no permitiremos que ese malnacido lo haga. Estad alerta, chicos, y no solo a los mostures. Parece que en esta ciudad no podemos fiarnos ni siquiera de aquellos que hasta ahora hemos considerado como aliados. Ah, el castillo… —dirigió la vista una vez más a la torre—. Quiero sentarme en el trono, y cuando alcancemos la victoria definitiva le pediré a Taenara que permita llevármelo a mi nuevo hogar, sea cual sea. Así ya no seré el rey solo por un día.

Todos se echaron a reír menos Yari. Su mente estaba puesta en otro lugar mientras, de modo instintivo, acariciaba su puñal.

CAPÍTULO 36: EL BARRIO NYBNIO

Las ruinas del barrio nybnio se habían convertido en el último foco de resistencia junto con la Morada. El lugar era inaccesible para un combate a campo abierto y los ejércitos de Kariosh, sabedores de que los mostures conocían bien cada rincón de su ciudad, no se habían atrevido a adentrarse en lo que podría convertirse en una trampa mortal.

El rey Kariosh no sabría decir el número de enemigos que resistía en aquel enclave. Por ello consideró que, una vez llegada la batalla a aquel punto muerto en el que resultaba difícil elaborar una estrategia de ataque, la opción más sensata sería enviar un mensajero que fuera capaz de transmitir a los mostures las aparentes intenciones del monarca: negociar la paz.

Lady Alys se encontraba en el exterior de una de aquellas viviendas semiderruidas, donde acababa de mantener una última reunión con su hijo Herry y algunos de los nobles que habían sido capaces de sobrevivir a la batalla de la Plaza del Poder. Lord Kevan y lord Nathan eran algunos de ellos. Este último se encontraba aún en compañía de la dama de la Casa Clarke, cuya voluntad se mantenía siempre firme a pesar de las adversidades por las que habían atravesado.

—Kariosh creerá que ha acabado con nuestros ejércitos, y apenas una décima parte continuamos aquí, negándonos a permitir que Móstur caiga en sus manos.

—No lo creo —replicó lord Nathan—. De ser así, ya habría enviado a sus hombres para acabar con esos pocos rebeldes, ¿no os parece?

—Tal vez estéis en lo cierto —contestó *Lady* Alys—. De todos modos, este sería el lugar menos conveniente para que el monarca enviara a sus tropas. Las ruinas del barrio nos están ayudando a permanecer ocultos a los ojos del rey y sus leryones. Aquí podremos reagrupar a nuestros ejércitos. En cuanto a los de Kariosh…

—La última información que tengo de ellos es que están ocupados asediando la Morada, que en estos momentos se encuentra repleta de helvatios.

—No lograrán resistir la embestida de Kariosh —*Lady* Alys perdía

la mirada al fondo de la tienda, como si en aquella penumbra fuera capaz de vislumbrar lo que parecía a punto de suceder en la fortaleza helvatia.

—Debemos ir en su ayuda —dijo lord Nathan, convencido de sus palabras—. Si conseguimos liberar a los helvatios de ese asedio, nos ayudarán en el momento de enfrentarnos al rey en lo que bien podría ser la última batalla. En compañía de los helvatios, podríamos rodear el extremo de la ciudadela que ahora está en poder de Kariosh. Lo mantendríamos encerrado y, si tenemos la suficiente paciencia, lo debilitaríamos lentamente, impidiendo que recibiera provisiones. Acabaríamos con todos aquellos que trataran de romper nuestro cerco hasta que suplicara la paz. En ese momento podríamos acabar definitivamente con él.

—No habría perdón posible para él y sus ejércitos —dijo *Lady* Alys, dejando al descubierto su más severa expresión.

—Así es —corroboró el noble—. Ese malnacido no merece vivir. Tal vez otros merezcan el perdón, pero él no.

—Ninguno de ellos merece perdón alguno, después del daño que han causado en nuestra tierra. Seremos suficientemente generosos con ellos si les otorgamos una muerte rápida en lugar de un sufrimiento prolongado.

—Así es, mi señora.

—Mi hijo Herry está reagrupando a los que escaparon en la plaza. En cuanto haya finalizado esa misión que yo misma le encomendé, iremos contra el rey Kariosh. Mientras tanto, si tan seguro estáis de poder romper el asedio de los leryones sobre la Morada, adelante. Habladlo con lord Kevan o algunos de los caballeros de las casas nobles. Estoy convencida de que encontraréis voluntarios que os ayuden en esa peligrosa misión.

—Los leryones se verán sorprendidos por nuestro ataque y los helvatios recobrarán la fe en la victoria.

—Más les vale que así sea, después del sacrificio que estamos dispuestos a hacer por ellos. ¿De verdad crees que es una buena idea? Tal vez el riesgo sea demasiado, al enviar a algunos de nuestros mejores caballeros.

—Los otros nobles y yo nos encargaremos de ello, para que vuestros caballeros y aliados permanezcan aquí. Quién sabe si Kariosh decide atacarnos, creyendo que somos demasiado pocos los que aún resistimos en la ciudad.

—No creo que Kariosh vaya a atacarnos, al menos en las próximas horas.

—¿Por qué estáis tan segura?

—Porque, si no me equivoco, el rey de Leryon pretende llevar a cabo alguna negociación.

Mientras hablaba, *Lady* Alys hizo un gesto con la cabeza, señalando el lugar del que había emergido la figura de un soldado leryón que caminaba lentamente, con las manos en alto en clara señal de mostrarse desarmado. Le seguían algunos soldados de *Lady* Alys, que escoltaban su paso para evitar cualquier clase de incidente.

—Así que Kariosh nos envía a un mensajero —dijo el noble.

—O a un espía —la dama echó a andar, saliendo al encuentro del recién llegado.

En el momento en que los soldados de *Lady* Alys la observaron acercarse al leryón, uno de ellos se interpuso entre ambos, temiendo un posible ataque del desconocido, que saludó inclinando la cabeza ante la señora de la Casa Clarke.

—El rey Kariosh me envía para comunicaros que es su deseo llevar a cabo un encuentro en el patio del castillo, con el fin de establecer las condiciones de cese de los ataques sobre la ciudad y sus gentes.

Hubo un silencio que, de modo especial para el leryón, resultó incómodo e inquietante.

—El rey quiere hablar con alguien que tenga capacidad para negociar en nombre de vuestro ejército.

lord Nathan y *Lady* Alys se miraron. En la mente de ambos estaba el plan que acababan de trazar. Una posible negociación con el monarca les daría tiempo para fortalecer las defensas en el barrio nybnio así como organizar el ataque sobre los leryones que se encontraban en las inmediaciones de la Morada.

—Id vos —dijo finalmente lord Nathan—, en representación de Móstur. Llevaos a algunos de vuestros mejores soldados y…

—Iré yo sola —sentenció *Lady* Alys, ante la atónita mirada de todos cuantos se encontraban a su alrededor.

—Pero no es seguro —replicó el noble, preocupado al pensar en la posibilidad de que aquello no fuera más que una trampa.

—Kariosh no ganará nada con la muerte de alguien como yo. Estoy segura de que la vuestra le haría más feliz, pues representáis un mayor peligro para él que yo. Yo solo soy una anciana que de vez en cuando se asoma al borde del abismo que conduce a la muerte, con la certeza de estar a punto de caer. No os preocupéis por mí, lord Nathan. Además, tengo ganas de conocer cuáles son las condiciones que Kariosh nos ofrece.

—El rey Kariosh quiere daros una muestra de su buena voluntad.

Las palabras del emisario leryón causaron sentimientos de esperanza entre los mostures. *Lady* Alys creyó que se refería a lord

Belson. Si había alguna posibilidad de salvar al senescal, ella sentía la necesidad de conocerla lo antes posible.

—Bien —*Lady* Alys se mostró firme—. En ese caso, llevadme ante él.

El emisario asintió y, nada más dar la espalda a los mostures, se aseguró de permanecer junto a *Lady* Alys, temiendo que alguno de sus guerreros arremetiera contra él.

Durante el trayecto que los separaba del castillo, *Lady* Alys no pudo dejar de preguntarse acerca de las intenciones del rey Kariosh. Convencida de que la vida del senescal estaba en juego, la dama de la Casa Clarke trató de imaginar cuál sería el precio que habrían de pagar por respetar sus vidas. El camino transcurrió en silencio hasta que llegaron a las proximidades del castillo.

—Me temo que, a partir de este momento, debéis continuar en solitario, mi señora. He cumplido el cometido que se me encomendó y debo regresar junto a mis compañeros.

Tras aquellas palabras, el emisario dejó a solas a *Lady* Alys, que caminó lentamente hasta alcanzar el acceso al patio del castillo. Su corazón dio un vuelco al contemplar la macabra escena que tenía lugar allí, en la misma fachada de la fortaleza, donde un cadáver permanecía expuesto, atado a una soga que lo mantenía en vilo.

Disimulando su estupor, *Lady* Alys continuó acercándose al castillo, recorriendo el patio. A medida que se acercaba a la entrada, su temor se iba acrecentando al pensar en el significado de aquella imagen. Sus terribles sospechas se vieron confirmadas cuando se encontró lo suficientemente cerca como para identificar aquel cuerpo sin vida.

«lord Belson».

Ahogó un grito, y se juró a sí misma contemplar de cerca el rostro sin vida del senescal para que aquella terrible imagen se grabara en su mente y regresara a su recuerdo en los momentos de duda o incertidumbre acerca de un posible perdón a cualquier leryón.

De la puerta del castillo emergieron dos figuras que, lentamente, se acercaron a *Lady* Alys. La señora de la Casa Clarke distinguió la silueta de Grimward, al que pudo reconocer a pesar de una vestimenta impropia en él. Había tornado el hábito de la Orden Helvatia por un uniforme de color oscuro como el que vestían los oficiales del rey Kariosh.

—¿A esto llamáis un gesto de buena voluntad? —fueron las primeras palabras de *Lady* Alys, señalando el cuerpo sin vida de lord Belson.

—Lamento el malentendido que os hayan podido ocasionar mis

palabras —respondió el rey Kariosh—. La oferta de negociación para que podáis salvar la vida es realmente mi gesto de buena voluntad. Podría enviar a mis ejércitos a que os aplastaran sin consideración ni piedad alguna, y sin embargo aquí estamos, buscando una manera más digna de finalizar la guerra.

—¿Acaso esto os parece digno? ¿Exhibir el cadáver del senescal como si de un vulgar delincuente se tratara? ¿Es ese el respeto que mostráis por vuestros adversarios en la batalla?

—¿Acaso tuvo lord Belson piedad en el momento de ejecutar a *Sir* Arthur, el más noble de los caballeros que he conocido? Yo estaba allí ese día, mi señora. Sí, estaba en la Plaza del Poder cuando *Sir* Arthur fue llevado e insultado como un vulgar delincuente antes de una ejecución que sirvió de espectáculo para el pueblo. Tuve que contenerme al contemplar a la multitud burlándose de mi amigo y aplaudiendo su muerte. En ese momento ni siquiera estábamos en guerra aún. No os equivoquéis, *Lady* Alys. Tan solo os estoy devolviendo una pequeña muestra de la crueldad de vuestro pueblo.

—¿Es así como pretendéis establecer una negociación?

—Es así como pretendo mostraros el final que os aguarda si no aceptáis mis condiciones.

Lady Alys miró fijamente a Kariosh, sin dar una sola muestra de temor ante sus amenazas.

—Siempre me parecisteis un hombre despreciable, Grimward —dijo la dama, escupiendo sus palabras—, pero esto supera todas mis percepciones sobre vuestra crueldad. Habéis traspasado el más despreciable de los límites al uniros a los leryones.

—De hecho, fui yo quien mató a lord Belson, cuando trataba de escapar en compañía de otros mostures que tuvieron mayor fortuna. Ellos lograron huir, pero él fue alcanzado por una de mis flechas. No os podéis hacer una idea de la escena que tuvo lugar junto al castillo, con lord Belson muriendo en brazos de su hijo. Os habría resultado tan conmovedor como injusto a los ojos de los dioses. Ningún hijo debería ver morir así a su padre.

Lady Alys contuvo el dolor que le causaban aquellas palabras y en todo momento mantuvo una expresión de frialdad que la caracterizaba a los ojos de los caballeros que la servían.

—Vuestra crueldad encontrará un castigo acorde con la vileza que habéis mostrado —dijo con voz severa y firme—. Pronto os llegará el momento de rendir cuentas y, si existe un dios capaz de impartir justicia, os condenará eternamente al mayor de los sufrimientos.

Grimward esbozó una sonrisa.

—Supongo que os encantaría poder comprobar que es así. Por

desgracia, nunca lo averiguaréis. Solo los dioses son los dueños de nuestro destino final.

—En ese caso, espero que tengáis el más horrible de los finales en este mundo…

—Vuestras palabras no ayudan en la negociación para la que habéis venido —dijo Kariosh, sorprendido por la entereza mostrada por *Lady* Alys. Había creído que los mostures enviarían a uno de los nobles de mayor presencia entre los ciudadanos, acompañado de un séquito de caballeros y escuderos. Sin embargo, llegaba hasta él una mujer de envejecido aspecto. Lo que había imaginado inicialmente como una muestra de debilidad de su enemigo se había tornado en una prueba de que la victoria tal vez no estaba tan próxima como imaginaba.

—No estéis tan seguro de que estoy aquí para negociar.

—Entonces, ¿para qué habéis venido? —inquirió Grimward.

—Estoy aquí para escuchar vuestra propuesta.

—En ese caso, no os haré esperar más tiempo —replicó el rey—. Mi propuesta es la siguiente: abandonad la ciudad. Dirigíos al norte si así lo deseáis, o al sur, si lo creéis más conveniente para buscar una nueva vida, lejos de aquí. Mis ejércitos cesarán cualquier ataque sobre los que aún resistís en el barrio nybnio y sus alrededores. Incluso os permitiré cruzar la ciudad o recoger sus pertenencias a todo aquel que lo necesite…

—¿Y qué ocurre con los helvatios? ¿Vuestra propuesta de paz también los alcanza a ellos? He oído que mantenéis sitiada la Morada.

—He sitiado la Morada porque no pretendo permitir que los helvatios escapen con vida. Mi propuesta de paz no se extiende a los siervos de Athmer. Tenéis suerte de no ser uno de ellos. Vuestro destino sería similar al de lord Belson.

—No soy uno de ellos, pero tal vez mi fe en Athmer pudiera ser mayor aún que la de algunos de esos clérigos.

—En ese caso —habló Grimward—, encomendaos a él y escapad lo antes posible si no queréis acabar mal.

—Tenéis tan solo el día de hoy, *Lady* Alys —dijo el rey, con severidad—. Al amanecer, aniquilaré a todo aquel que encuentre a mi paso.

—Ahorraos vuestras mediciones de tiempo, Kariosh. Aunque nos dierais lo que queda de año, no aceptaremos abandonar la ciudad.

—¿No os parece que os comportáis de un modo excesivamente temerario? —dijo Kariosh—. Habéis venido sola y vuestra actitud desafiante tal vez ponga en peligro vuestra propia vida.

—A mi edad, la muerte ya es una certeza tan próxima que no me

inspira temor. Tal vez mi vida corra peligro. He venido aquí conociendo los riesgos. Por eso mi hijo tiene claro a quién debe matar en primer lugar si en unas horas no he regresado a su lado. Vuestras amenazas no me asustan. Yo ya he dejado un legado entre los míos; el vuestro está aún por ver, y me temo que es muy posible que no sea el que esperáis. Móstur nunca se postrará ante vuestro dios.

—Sois valiente, mi señora. Pero lo único que conseguiréis será condenar a los vuestros.

—Los míos querían acudir en masa al castillo, y no precisamente para una negociación. Creo que yo me encuentro entre los pocos que querían escucharos en lugar de alzar la espada contra todos vosotros. Pensé que ofreceríais alguna otra salida a nuestro enfrentamiento; una propuesta que pudiera estudiar una vez compartida con el resto de los nobles y sus vasallos. Vuestra ambición y soberbia no deja más opciones de respuesta que la espada.

—Entonces, ¿nos veremos en el campo de batalla? —dijo Grimward, sonriente.

—Espero que el terrible mal que os aguarda caiga sobre vos antes de que mi hijo tenga la oportunidad de arrebataros vuestra miserable existencia, Grimward.

El presthe torció el gesto. De buena gana habría matado a aquella insolente mujer que se atrevía a responder a cada cuestión con una amenaza.

—Me aseguraré de que el cadáver de vuestro hijo cuelgue junto al de lord Belson cuando todo haya acabado.

—Supongo que no hay nada más que negociar —añadió Kariosh.

—Nunca hubo nada que negociar —replicó *Lady* Alys antes de darse media vuelta y marcharse del patio en dirección al barrio nybnio.

—Una mujer interesante, sin duda —dijo Kariosh, contemplando cómo la señora de la Casa Clarke se alejaba con paso altivo—. Harían una buena pareja —dirigió la mirada al cuerpo de lord Belson.

—Me aseguraré de que su cadáver acabe junto al del senescal —Grimward sonrió, mordaz—. Pero antes, me gustaría descubrir si, además de no temer a la muerte, tampoco teme al sufrimiento.

CAPÍTULO 37: LA MORADA

Los helvatios se negaban a abandonar la Morada. Tras haber cesado, de modo inesperado, el primer ataque llevado a cabo por los leryones, los caballeros de Athmer habían levantado varias empalizadas en el patio de entrada a su edificación. Conscientes de que sus enemigos no tardarían en regresar y adentrarse nuevamente tras los muros, los clérigos permanecían en una de las estancias interiores, donde habitualmente se reunían para elevar al dios de la Luz sus primeras plegarias del día. Estaban seguros de que el ataque era inminente, por lo que habían llevado consigo las armas que, sobre todo los denlores y zenlores más jóvenes, portaban de manera continua, a la espera de recibir las instrucciones de los caballeros más veteranos. Yar Bolfren se encontraba entre todos aquellos que, con la llegada del atardecer, habían dejado de prestar atención a los leryones para centrar mente y alma en la oración a Athmer; una oración individual en la que cada uno de los allí congregados rogaba por su vida y las de los suyos, en las proximidades, tal vez, del momento en que tendrían que rendir cuentas de sus actos ante el dios a quien se habían consagrado. Muchos afrontaban aquellos últimos momentos de oración como un acto de preparación ante la muerte, sintiéndose a punto de cruzar el umbral entre el mundo de los hombres y el de los dioses. El estremecedor silencio era interrumpido, en algunas ocasiones, por las profundas respiraciones de quienes trataban de frenar el temor que brotaba de lo más hondo de su corazón. Más que a la muerte, los helvatios tenían miedo a ser abandonados por Athmer tras haberle entregado su vida, quedando sus almas condenadas a un infinito vacío en el abismo del olvido.

Yar Bolfren ocupaba su lugar entre las primeras filas de helvatios. Con los ojos cerrados, concentraba sus pensamientos en aquellos que siempre había sentido como si de auténticos hermanos de sangre se tratara. Clérigos como Zen Varion y caballeros como Yar Gregor; sobre todo, Yar Gregor, con quien había compartido tantas experiencias y de quien había aprendido tanto. Rogó a Athmer por él, recordando unos últimos tiempos que, si habían sido convulsos para la Orden, para su

amigo se habían convertido en un cúmulo de terribles experiencias. Recordó los enfrentamientos verbales que había mantenido con aquellos que criticaban a su amigo, en aquellos días en que se había convertido en el verdugo de Grimward, el encargado de ejecutar unas sentencias que en ocasiones resultaban tan desmedidas como injustas. Afortunadamente, aquellos tiempos habían llegado a su fin, pero las secuelas aún permanecían como cicatrices marcadas en el rostro del caballero. Suplicó por él, allí donde pudiera encontrarse, ya estuviera vivo o muerto. La batalla había dividido a unos de otros, y la incertidumbre se había apoderado de todos. En aquellos sombríos instantes, Yar Bolfren quiso recordar a su amigo como era tiempo atrás, antes de que la ejecución del rey Dunthor desencadenara la tormenta de desgracias que había derivado en la guerra sobre Móstur, una ciudad sumida en la muerte y la destrucción, donde la Morada trataba de mantenerse firme frente a las masacres llevadas a cabo en otros rincones de la ciudad.

—Las fuerzas de Kariosh se agrupan de nuevo, y en esta ocasión parece que cuenta con la ayuda de los nybnios.

Los susurros de uno de los clérigos más jóvenes interrumpieron las plegarias de Yar Bolfren en el momento en que el caballero finalizaba su oración poniendo su vida en manos de Athmer. Aquel último ruego adquiría más sentido aún en ese preciso momento, a punto de desatarse una batalla que tal vez resultara decisiva. Los leryones no interrumpirían su siguiente ataque hasta haber devastado el último reducto, no solo de los helvatios, sino tal vez de todos los mostures que aún se aferraban a una mínima esperanza de vencer a los ejércitos de Kariosh.

Yar Bolfren asintió a las palabras del denlor y apenas se inmutó.

«Todo está dispuesto. Nuestras vidas están en tus manos», dirigió la mirada a la imagen de Athmer que tenía frente a él. En aquel angustioso momento, la capilla en la que los helvatios se habían congregado le parecía más oscura y sombría de lo habitual, un lugar ajeno al resto de parajes como si se tratara de una estancia intermedia entre el mundo de los vivos y el de los muertos. Imperturbable y sereno, como era habitual en él, Yar Bolfren aguardó pacientemente el momento en que la reagrupación de leryones y nybnios se consumara, traduciéndose en las posteriores acciones que habrían de conducir a un nuevo enfrentamiento, tal vez el último. El sonido de las espadas pronto acecharía nuevamente los sólidos muros de roca que configuraban el hogar helvatio.

En el exterior de la Morada, tal y como el joven clérigo había confirmado a Yar Bolfren, se estaban llevando a cabo los últimos

movimientos para preparar la definitiva ofensiva contra la Orden Helvatia. Grimward y Kariosh ultimaban los detalles de un ataque que no debía demorarse por más tiempo.

—En esta ocasión, nada interrumpirá la aniquilación de los helvatios —dijo Grimward, recreando su mirada en las filas de leryones y nybnios que se disponían a caer sobre la Morada.

Junto al presthe, el rey Kariosh medía las fuerzas de sus aliados, comparándolas con las suyas. Sintió preocupación al contemplar que su ejército se había visto considerablemente mermado por el transcurso de la invasión de Móstur. En su interior, estaba convencido de que Taenara había llegado tarde a propósito, para que fuera él quien sacrificara a sus tropas en el momento de hacerse con la ciudad. Tenía miedo a su hermana. Lo había tenido en algunas ocasiones, años atrás. Tras sus amenazas, ese miedo se había convertido en auténtico pavor. Taenara sería capaz de cualquier cosa con tal de arrebatarle el sueño que había compartido con ella en tantas ocasiones: devolver Móstur a los leryones, y a su dios.

Kariosh sintió un escalofrío cuando su mirada se cruzó con la de Taenara, que se encontraba en la retaguardia de los nybnios, acompañada por Salwen, Fergush y Sándor, quienes parecían haberse convertido en sus oficiales de confianza tras haber puesto los pies en Móstur. No se separaba de ellos.

—Veo que las relaciones con tu hermana no atraviesan por su mejor momento —dijo Grimward, percatándose de la preocupación que atenazaba al rey.

—Nunca fueron especialmente amistosas. Teníamos un destino tan distinto, que en ocasiones me resultaba difícil de creer que fuera mi propia hermana.

—Sin embargo, parece que ahora vuestros destinos se han ido acercando de un modo peligroso. Veo en los ojos de tu hermana una ambición muy distinta a la que se supone que debería tener. No parece servir a su hermano y rey, sino que más bien vela por sus propios intereses. Y me parece que su interés está muy lejos de ganar esta batalla para ti. Tal vez desee el gobierno de Móstur, convertirse en reina de estas tierras.

—Pretende que Móstur no se convierta en lugar de adoración a Lorwurn.

—Entonces, no está de nuestro lado. Llegado el momento, tendrás que tomar una difícil decisión: tu hermana… o tu dios.

—Tengo claras mis prioridades —Kariosh parecía molesto por las dudas que Grimward parecía mostrar hacia él—. Mi hermana no podrá interponerse entre Lorwurn y yo…

—Parece que ya lo ha hecho —insistió Grimward, poniendo a prueba una vez más la voluntad de Kariosh.

—Continuaré con el plan que ya tracé incluso antes de convertirme en rey. Y si Taenara persiste en su empeño por evitar que se cumpla, tendré que tomar medidas contra ella.

—Yo que tú me andaría con cuidado, Kariosh. Tal vez tu hermana no ha traído consigo un ejército numeroso, pero entre esos nybnios hay piratas, gentes acostumbradas a las penalidades del mar, al saqueo, al engaño. No son soldados entrenados para combatir en una batalla a campo abierto o luchar frente a frente contra sus enemigos. Los piratas son de una naturaleza bien distinta.

—Si es necesario, acabaremos con ellos. Piratas y guerreros nybnios… Son la misma escoria, luchando en tierras extranjeras.

—Sí, todos ellos son extranjeros venidos por algún motivo que no logramos comprender. ¿Qué les ha ofrecido tu hermana para que luchen a su lado? ¿Oro? ¿O quizá tierras, o incluso una corona? Estoy seguro de que, de alguna manera, tu hermana te ha traicionado más de lo que crees.

—Pues entonces, pagará por ello —Kariosh apretó los puños, tratando de frenar su ira—. Pero primero debemos hacer frente a los helvatios.

—Bien. Entonces, primero nos ocuparemos de Athmer, y después de Thariba o cualquier otro dios que pueda haber venido de las aguas nybnias.

—No habrá lugar en Móstur para ninguno de ellos.

Grimward asintió, deseando que llegara el momento de hacer frente a los helvatios. Esperaba que leryones y nybnios abrieran el paso hacia la Morada. A partir de ese momento, debería mantenerse en continua alerta, aguardando a que el enviado de Athmer se mostrara ante ellos y tratara de acabar con la vida de Kariosh, confundiéndole con el mensajero de Lorwurn. Un siniestro pensamiento se apoderó de él. ¿Y si fuera Taenara la enviada del dios de la Luz? De igual modo que él, la reencarnación de Lorwurn en el mundo de los hombres, había surgido entre los siervos de Athmer, quizá este hubiera elegido a alguien lo suficientemente cerca de Lorwurn como para pasar desapercibido entre los leryones. Los designios de los dioses eran a menudo caprichosos y traicioneros.

Grimward sentía que las dudas crecían en su interior. Tendría que seguir de cerca el probable enfrentamiento entre Kariosh y su hermana. Tal vez Taenara solo actuara movida por la ambición o la envidia hacia el rey de Leryon, con quien había mantenido una relación tempestuosa a lo largo de los años. Pero había algo en su

mirada que a Grimward le resultaba siniestro. Ni siquiera Kariosh manifestaba esa confianza en cada gesto. Taenara ocultaba algo, un peligro que tal vez no sería revelado hasta que el enemigo común de ambos, la Orden Helvatia, fuera eliminado o, al menos, tan debilitado que no supusiera ninguna amenaza. Si ese momento llegara, ¿cuál sería la posterior reacción de Taenara? Kariosh pretendía frenar sus ambiciones, pero tal vez ya fuera demasiado tarde si su hermana tuviera prevista una nueva traición.

«Primero, nos encargaremos de los helvatios», se dijo, consciente de que había llegado a un punto en el que acabar con los siervos de Athmer no le causaría ese placer que anhelaba, pues solo sería el tránsito hacia un nuevo problema: Taenara y sus acompañantes.

—¿Atacamos? —preguntó Kariosh, ajeno al torbellino de dudas e ideas que surcaban la mente del presthe.

—Ordenad el ataque, y no perdáis de vista a vuestra hermana.

Aquellas palabras de Grimward quedaron grabadas en la mente de Kariosh como una continua amenaza que pesaría sobre él, ya desde el mismo instante en que las filas de su ejército abandonaran la formación. La batalla se sucedería de un modo confuso, un desorden propicio para cualquier posible traición.

Kariosh dirigió la mirada una última vez a su hermana, antes de dar la orden de avanzar sobre la Morada. Taenara se mantenía flanqueada por sus más allegados, y su expresión parecía relajada, como si en lugar de ir a la batalla se dispusiera a hacer un placentero viaje en compañía de los nybnios que formaban en filas por delante de ella.

El rey alzó el brazo, espada en mano, y gritó con rabia.

—¡Avanzad sobre este maldito lugar y sembrad la muerte a vuestro paso! ¡Acabad con los helvatios!

—¡Muerte a los helvatios! —respondieron algunos de sus guerreros.

En ese instante, se desató nuevamente la batalla, y todos los que se encontraban en la Morada supieron que esta ocasión sería la definitiva. No habría circunstancia alguna que pudiera detener la firme voluntad de los leryones. Esta vez, el enfrentamiento no finalizaría hasta que uno de los bandos se alzara definitivamente con la victoria.

Las filas de leryones se abalanzaron sobre el muro y la puerta de entrada al patio de la Morada, desbordando su perímetro. Kariosh contempló el avance de sus hombres y, para su sorpresa, también el de los nybnios que acompañaban a su hermana. Los que se encontraban en las primeras filas se unieron a los guerreros del rey, probablemente

con la promesa de que en la Morada encontrarían los tesoros que los siervos de Athmer habían acumulado desde los inicios de la Orden Helvatia.

Las flechas volvieron a volar en un sentido único. Desde la Morada, los arqueros helvatios comenzaban a disparar contra aquellos que cruzaban el umbral de sus dominios. Eran muy pocos los que caían en comparación con aquellos que lograban poner los pies en el patio, sin cautela alguna en su afán por adentrarse en el edificio y mancillar sus suelos con la sangre de los clérigos.

—Veo a Grimward, junto al rey Kariosh —desde la torre más alta de la Morada, Darreth identificó al presthe—. Por el momento, no parece atreverse a adentrarse en el patio, junto a los hombres del rey. Supongo que esperará a asegurarse de que el paso es seguro hasta el interior.

—Y cuando alcance el interior, ¿qué crees que hará? —preguntó Zen Varion, siempre cerca del que, siendo su discípulo, ahora parecía haberse convertido en su maestro.

—Buscará al enviado de Athmer.

—Pero no podrá reconocerlo, ¿verdad? —Zen Varion mantenía alguna esperanza.

—Esa es, en estos momentos, la mayor ventaja que tenemos.

—La única ventaja, quizá —dijo el zenlor, contemplando el ejército que se disponía a adentrarse en la Morada.

—No podremos contener la ira de leryones y nybnios —Darreth contemplaba las defensas que los helvatios habían dispuesto en el patio—. Luchar por defender nuestra fe se convertirá en el motivo de la muerte de la mayoría de nuestros hermanos. Otros tratarán de escapar, pero será muy difícil que el brazo de Grimward no los alcance. Su poder es grande entre los leryones. Utiliza al rey Kariosh como si de una marioneta se tratara. Cuando deje de resultarle de utilidad, lo matará y se alzará con el poder. Con Grimward al frente de Leryon, el reinado de Kariosh nos habrá parecido incluso pacífico.

—Entonces, tendremos que evitar que eso suceda. Y me temo que tú eres el único que puede hacerlo.

—Tal vez —Darreth acarició la empuñadura de su espada—. Y será mejor que lo haga, antes de que sea demasiado tarde. Para ello, necesito que Grimward dé un paso adelante y se adentre en la Morada. Saldré a su encuentro y… Para bien o para mal, el futuro de la Orden Helvatia y de Móstur quedará sellado. Nuestros amigos lucharán con coraje, pero me temo que eso no será suficiente.

Darreth perdió la mirada en el extremo del patio más próximo a la entrada a la Morada. Allí se encontraba Yar Bolfren, dando

instrucciones a los caballeros que, nada más ver el avance de los leryones, habían abandonado el interior de la Morada y se disponían a seguir el plan establecido. Espadas y arcos fueron disponiéndose tras las empalizadas ubicadas en las inmediaciones de la fachada principal.

Yar Bolfren perdía la mirada en el extremo opuesto, donde los primeros leryones se adentraban en el patio. Acababan de sobrepasar la puerta de entrada al recinto y algunos incluso asomaban por sus muros.

—Esos malnacidos tendrán lo que se merecen —dijo el caballero, alzando lentamente el brazo. Por detrás de él, una fila de arqueros esperaba su orden, portando proyectiles incendiarios a punto de abandonar unos arcos cuyas cuerdas permanecían tensadas.

Yar Bolfren aguardó unos segundos, contemplando cómo nuevos enemigos surgían de los muros, como si de una plaga de indeseables animales se tratara, mancillando con su presencia las tierras de Athmer y sus siervos.

—¡Disparad!

Casi al mismo tiempo, las flechas surcaron el patio en dirección al otro extremo. Nada más caer sobre la entrada y sus inmediaciones, provocaron un incendio cuyas lenguas se propagaron rápidamente por la parte del patio que previamente los helvatios habían regado con una mezcla explosiva preparada horas antes. En su afán por atacar la Morada, los leryones no se habían percatado del ligero olor a aceite que desprendían los alrededores de la entrada.

Los gritos de los leryones que eran alcanzados por las llamas dieron forma a un terrible lamento que Kariosh y Grimward escucharon con rabia. Las llamas iluminaron una tarde mortecina en la que la oscuridad amenazaba con abrirse paso mientras el sol culminaba su huida tras las montañas. El fuego se convirtió en una barrera infranqueable por momentos, un lago candente en el que continuaban ahogándose las vidas de los leryones y nybnios más temerarios, aquellos que habían confiado en una fácil victoria contra un enemigo agazapado en su guarida.

—Esos helvatios confían en poder resistir —dijo Kariosh— pero lo único que conseguirán es retrasar su muerte. No importa lo que intenten. Todos los que permanezcan en el interior de su fortaleza encontrarán en ella el fin de sus días. Y sus cuerpos arderán de igual modo que ahora lo hacen los de quienes han caído en su miserable trampa.

—La noche está próxima —Grimward dirigió la mirada a un cielo que pronto se dejaría vencer por la oscuridad—. El interior de la Morada podría convertirse en una trampa aún más peligrosa que esta.

—Tenemos hombres de sobra para aniquilar a los helvatios y, si es necesario, quemar cada una de sus estancias —Kariosh estaba furioso —. Quiero verlos arder, quiero que sufran y que se extingan. Borraré de Móstur cualquier rastro de sus emblemas, haré destruir cada una de las estatuas de su dios. No pararé hasta que la Orden desaparezca y su recuerdo desparezca para siempre.

—Ese muro de fuego no resistirá mucho tiempo. Cuando se extinga, nuestros soldados reanudarán su avance y no habrá modo alguno de contenerlos.

—En ese momento, tú y yo nos adentraremos en un lugar que, si no me equivoco, conoces bastante bien. Quiero ver cómo los helvatios van muriendo, uno tras otro.

Grimward asintió, satisfecho. Aquello formaba parte de su plan: avanzar por la Morada hasta que el enviado de Athmer se dejara ver, tal vez para acabar con el propio Kariosh, o quizá con él mismo. Ya poco importaba. El destino de Móstur se ocultaba en el interior de la Morada y no había tiempo para esperar el desarrollo de los acontecimientos. No conocía la identidad del enemigo que esperaba encontrar dentro de aquellos muros. Lo único que tenía claro era que debería matarlo. Sería el camino hacia el reinado de Lorwurn. Una vez muerto el enviado de Athmer, tan solo le quedaría una cosa por hacer: matar a Kariosh y convencer a los leryones de que su rey había perdido la vida en combate. De este modo, él se alzaría con el poder en unas tierras renovadas, purificadas por la muerte; unas tierras que serían anexionadas a Leryon, tal y como era el deseo de Kariosh, pero que quedarían bajo su mando. Una vez que Grimward tomara el poder, su reino de terror y sumisión a Lorwurn se extendería de norte a sur, de este a oeste. Mostures, leryones, nybnios… Todos se someterían a su voluntad. Grimward y Lorwurn serían uno solo.

Alentado por esta visión del futuro, el presthe aguardó con paciencia el momento de adentrarse en la fortaleza helvatia, cuando esta ya fuera invadida por los ejércitos de Kariosh y Taenara.

Las llamas menguaban a medida que el fuego quedaba sin alimento que pudiera mantenerlo con vida. El candente muro pronto quedó convertido en una débil línea que sería incapaz de frenar el avance de los leryones.

—¡Preparaos! —la voz de Yar Bolfren se alzó por encima de cualquier grito o sonido que pudiera escucharse. Alrededor del caballero helvatio, sus acompañantes se disponían a recibir una nueva oleada de enemigos.

—Luchad sin desfallecer —paseó su mirada entre quienes, a su alrededor, estaban dispuestos a afrontar el que tal vez fuera su último

combate—. Por nuestros amigos… Por Athmer.

Yar Bolfren sujetó su espada con fuerza, sin que su coraje se viera mermado por la imagen de unos enemigos a punto de caer sobre ellos. Las posibilidades de salir con vida eran escasas, pero habían hecho un juramento: proteger a sus hermanos hasta dar la vida por ellos si así fuera preciso. Los caballeros helvatios se habían distribuido por el patio, tras las empalizadas. Arcos y espadas estaban dispuestos para una última batalla, si es que Athmer así lo hubiera dictaminado. En el interior de la Morada, los clérigos permanecían repartidos por sus estancias, armados con espadas y puñales. Convertirían el hogar helvatio en el umbral de la muerte para quienes se atrevieran a ultrajarlo con su indeseable presencia.

Desde lo alto, las flechas continuaban causando víctimas entre los leryones. No eran muchos los arqueros que podían frenar su avance, asomando entre los ventanales y terrazas de la fachada principal de la Morada y sus torres aledañas. Los helvatios que disparaban sus proyectiles contemplaban con creciente temor la aproximación de sus enemigos. Nybnios y leryones tomaban posiciones, acercándose peligrosamente por el medio y los costados, a punto de caer sobre los caballeros. Eran demasiados. Y aún se encontraban muchos en el exterior, esperando el momento de unirse a la batalla.

—Parece que no todo está perdido —dijo Darreth, esbozando una sonrisa mientras contemplaba una imagen que para muchos sería alentadora.

Zen Varion dirigió la mirada al punto que señalaba el denlor. Cuantos se encontraban en la parte más alta de la Morada tuvieron una visión privilegiada de lo que estaba a punto de acontecer junto a sus muros.

El sonido de los cascos de los caballos se mezcló con los primeros gritos de los jinetes, dando lugar a un estrépito que tomó por sorpresa a los leryones y nybnios que permanecían en las calles.

lord Nathan y lord Tyrsen por el este, con sus vasallos; lord Kevan y lord Vyrion con los suyos, por el oeste. Irrumpieron en las calles que rodeaban la Morada como un torrente imparable, capaz de llevarse por delante a quienes trataran de frenarles el paso. Aquellos leryones que se encontraban más lejos de los muros sufrieron la primera acometida de los nobles y sus caballeros, que pasaron por encima de ellos agitando sus espadas y arremetiendo con sus lanzas. La calle se tiñó de sangre y cuantos trataron de reprimir el ataque sucumbieron a las armas enemigas.

Tras el ensordecedor choque de ambos ejércitos, hubo más confusión en el exterior de la Morada que en el patio interior, donde

los caballeros helvatios estaban a punto de cruzar sus espadas con las de quienes, escuchando el estremecedor griterío que tenía lugar a sus espaldas, sintieron que el peligro que acechaba en el exterior de la Morada terminaría cerniéndose sobre ellos. Las fuerzas parecían equilibrarse en un combate a punto de propagarse por cada rincón del enclave helvatio.

Fueron muchos los leryones que, contemplando la carga de los nobles y sus caballeros, entraron de manera precipitada en el patio de la Morada. De este modo, se unieron a los combatientes que amenazaban con desbordar las defensas de Yar Bolfren y sus acompañantes, que cada vez eran menos. Aquellos que se encontraban más alejados terminaban siendo acorralados por unos enemigos que se multiplicaban por el patio. Los caballeros caían derribados, sucumbían a las espadas enemigas y sus gritos eran ahogados a golpe de hacha y espada.

«Es el fin», se dijo Yar Bolfren, con la certeza de que muy pronto llegarían hasta él. Respiró profundamente y, a punto de arremeter contra quienes ya veía peligrosamente cercanos, sintió una mano que, sujetándolo con fuerza, lo empujaba hacia atrás.

—Te necesitamos aquí dentro —dijo una voz que le resultaba familiar. Se giró para contemplar a Yar Gregor que, como un fantasma, surgía en aquel instante de desesperación y angustia.

En medio de todo el dolor que se propagaba a su alrededor, Yar Bolfren dedicó unos segundos a abrazar a su amigo. A su lado, descubrió la silueta de Bartheos, con la mirada perdida y el rostro demacrado. Bastó la simple visión de aquellos ojos llorosos para comprender que había sucedido algo terrible.

—Pero ¿cómo…?

—No hay tiempo para explicaciones, amigo mío —interrumpió Yar Gregor—. Acompáñanos al interior si quieres tener una segunda oportunidad de combatir.

—Tenemos que contenerlos.

—Aquí es imposible detener su paso —Yar Gregor contempló a otro de los caballeros helvatios que sucumbía ante el avance leryón—. El patio está perdido y, aunque habéis logrado acabar con muchos de esos bastardos, siguen llegando. Acompáñame al interior. Tenemos que apuntalar la entrada.

—Pero entonces, todos los que han luchado a mi lado…

—¡La mayoría ya están muertos! —gritó Yar Gregor, con todo el dolor de su corazón—. Y los demás, pronto lo estarán. No podemos evitarlo. Pero sí podemos evitar que otros muchos mueran en el interior.

Yar Bolfren ni siquiera quiso mirar por última vez a quienes continuaban defendiendo el patio a costa de sus vidas. Angustiado por la certeza de haberles fallado, acompañó a los otros helvatios al interior de la Morada.

—¡Rápido, apuntalad la entrada! —ordenó Yar Gregor.

Su mandato fue llevado a cabo de inmediato por un grupo de clérigos que, al parecer, aguardaban sus palabras.

—Les dije que me permitieran rescatarte de ese infierno antes de bloquear la entrada. Ellos se encargarán de retrasar el avance de los leryones. Ahí fuera aún se encuentran Grimward y Kariosh. Esos malnacidos no parecen atreverse a entrar y esperan a que sean otros los que entreguen sus vidas por su causa. No descansaremos hasta haberlos matado.

—Estarán bien protegidos y no habrá modo de acceder a ellos.

—Lord Belson ha muerto —dijo Yar Gregor.

—Lo siento, muchacho —Yar Bolfren dirigió una mirada de compasión hacia Bartheos, comprendiendo el motivo de su abatimiento—. ¿Quién fue, Kariosh?

—Fue Grimward —respondió el joven helvatio—. Mi padre murió entre mis brazos. Habíamos ido a rescatarlo y, cuando ya creíamos que estábamos a salvo…

Un silencioso llanto le impidió continuar hablando.

—Tuvimos que alejarnos del castillo —continuó hablando Yar Gregor— antes de que las flechas de Grimward nos alcanzaran también a nosotros. Permanecimos escondidos en las inmediaciones de la confluencia entre los ríos. Y fue allí donde vinos a algunos de los aparentes refuerzos con los que el rey Kariosh cuenta.

—Hay nybnios entre los asaltantes de la Morada.

—Nybnios y piratas. Parece que todos ellos quieren la destrucción de nuestra ciudad, pero compiten entre sí por las riquezas. Vimos a algunos de esos piratas saqueando algunas de las viviendas próximas al castillo. Su ambición parece llegar a tal punto que no les importa acabar con los leryones que se interpongan en su camino. Bartheos y yo vimos a unos cuantos de esos piratas enfrentándose a varios hombres de Kariosh, a los que rodearon y mataron miserablemente.

—¿Quién dirige a esos piratas? —inquirió Yar Bolfren.

—No lo sabemos. Pero estoy seguro de que, de un modo u otro, terminarán enfrentados con el propio Kariosh. Tal vez, lo único que debemos hacer es esperar.

—Pero entonces, ¿sugieres que no hagamos nada?

—Sugiero que, por el momento, nos centremos en el problema que nos atañe: la defensa de la Morada.

Como si regresara de haber contemplado la visión que su amigo le había expuesto, Yar Bolfren centró su atención en el continuo movimiento que tenía lugar en la estancia donde se encontraban, un recibidor al que muy pronto lograrían acceder quienes lograran derribar la entrada. Los clérigos continuaban apuntalando la puerta con tablones de madera, trasladando hasta allí algunos muebles que colocarían posteriormente con el fin de bloquear el paso.

Varios zenlores armados con ballestas permanecían apostados en las barandillas de las escaleras que accedían al piso superior, de modo que, si lograban atravesar la entrada, los leryones serían recibidos con un primer ataque en la distancia. Tan solo permanecían encendidas las lámparas ubicadas a la entrada, por lo que los atacantes ni siquiera tendrían tiempo de descubrir el origen de los proyectiles. A partir de la estancia principal, las galerías se multiplicaban en varias direcciones. Pasillos que conducían a habitaciones ubicadas al mismo nivel y escaleras que ascendían varios pisos. La Morada estaba surcada por numerosos corredores que, para los leryones, estarían repletos de peligros mortales acechando en cada rincón. Los clérigos se habían repartido por cada galería, por cada piso, siguiendo las indicaciones del propio Yar Bolfren. El caballero confiaba en que no fuera necesaria la intervención de aquellos zenlores y denlores inexpertos en el manejo de las armas. Creía que conseguiría frenar el avance de los leryones antes de que estos lograran alcanzar la puerta de entrada. El plan inicial no había dado fruto. Los habitantes de la Morada deberían defender sus vidas y su hogar.

—Esperaré en el primer piso —dijo Yar Bolfren—. Allí me encontraré con los clérigos a los que confié la defensa de la biblioteca y los almacenes.

—Tal vez ese sea el lugar elegido por muchos de nuestros enemigos. Algunos parecen dispuestos únicamente a saquear la Morada. Esos nybnios y piratas no han sido influenciados por Kariosh. Tal vez se conformen con llevarse algunos objetos de valor, por lo que seguramente no irán más lejos.

—En ese caso, sufrirán el mismo destino que los leryones. No voy a permitirles que pongan un pie en la biblioteca. Allí se encuentra todo nuestro pasado.

—Y tal vez también parte de nuestro futuro —respondió Yar Gregor—. En ese caso, debemos dividir nuestros caminos. Yo iré al encuentro de Zen Varion y Darreth. Si no me equivoco, estaban en la torre donde Therios tenía sus queridas aves.

—Bien —Yar Bolfren abrazó a su amigo—. Ve con cuidado y no te separes de ellos.

—Si hay alguien capaz de vencer a Grimward, son ellos. Tal vez las profecías del pasado estén a punto de cumplirse, o quizá no hayan sido más que historias repletas de mitos.

—Sabes que nunca me han gustado las profecías. Prefiero poner toda mi confianza en quienes tengo a mi alrededor, en mis hermanos de fe y espada.

—Adiós, Bolfren. Espero verte muy pronto, cuando hayamos expulsado a esos miserables y todo esto acabe convertido en un capítulo más de nuestra historia.

Una vez que se encontró a solas, Yar Bolfren se dirigió a la entrada de la biblioteca, donde aguardaban varios clérigos. En el momento en que iba a dirigirles la palabra, un estruendo resonó por los pasillos. Eran las atropelladas voces de los leryones que habían alcanzado el interior de la Morada. Sus gritos de ira pronto se mezclaron con los lamentos de quienes resultaron alcanzados por los proyectiles procedentes de la oscuridad.

La estancia de la entrada fue desbordada por los atacantes. Iban con espadas, hachas y antorchas. Los helvatios que disparaban sus ballestas poco pudieron hacer ante la oleada de enemigos que irrumpía en la Morada. A pesar de haber quedado divididos y mermados, los asaltantes continuaban siendo demasiados para unos clérigos que no estaban acostumbrados a empuñar las armas.

Tras acabar con los primeros helvatios que encontraron a su paso, los leryones se dividieron, tomando los diferentes caminos que se abrían ante ellos. Tras cada puerta que abrían o cada esquina que doblaban encontraban a alguien dispuesto a arremeter contra ellos. El número de atacantes fue disminuyendo a medida que su avance empujaba a muchos de ellos a una muerte en la penumbra que envolvía la Morada.

Yar Bolfren y varios clérigos permanecían apostados junto a la puerta de la biblioteca, temiendo que, en cualquier momento, de la oscuridad que envolvía el extremo opuesto del pasillo pronto emergerían las figuras de los leryones. Se escucharon unos sigilosos pasos y, para sorpresa de cuantos allí se encontraban, no fue ningún soldado de Kariosh quien surgió de la negrura. Tampoco era un nybnio o un pirata, sino un clérigo helvatio, al menos en apariencia. Yar Bolfren no tardó en reconocerlo.

—Tú, asesino —se dirigió a Grimward, que caminaba lentamente hacia él—. Eres indigno del hábito que llevas puesto. Has deshonrado nuestra Orden, has traicionado a Athmer…

—He querido vestir mis hábitos una última vez. Así puedo pasar más desapercibido ante quienes no dudarían en atacarme. Además,

aún conservo cierta melancolía de buenos momentos que he compartido con muchos de los que ahora, por desgracia, son mis enemigos.

—Deberías estar muerto por todo el mal que has causado…

—Lo sé. He cometido actos tan terribles que Athmer nunca me lo perdonaría. Pero olvidas una cosa: cuento con la protección de Lorwurn. Sí, quizá tus amigos ya te lo han contado. Me mataron una vez, aquí en Móstur, y resucité. Después volvieron a matarme los leryones. Aquella muerte fue aún mejor, pues me dio la oportunidad de mostrar mi poder ante quienes no dudaron en postrarse ante el enviado de Lorwurn.

Aún estaba hablando, cuando la saeta disparada por uno de los clérigos se clavó en su pecho.

—Si tratáis de matarme —Grimward se arrancó el proyectil, lanzándolo al suelo—, solo conseguiréis que mi poder sea aún mayor, al igual que lo será vuestro miedo. Contemplad las señales de Lorwurn. Sed testigos de sus portentos.

Grimward mostró la herida de su pecho, que se cerró de forma inmediata, causando auténtico pavor entre los clérigos que acompañaban a Yar Bolfren. El caballero sostenía con fuerza su espada, con la esperanza de que Zen Varion y Darreth aparecieran en cualquier momento. Por detrás de él, los demás clérigos irrumpieron en unos gritos desesperados que precedieron a su precipitado ataque. Rebasaron al caballero y cargaron contra el presthe, que reaccionó con presteza, tomando su espada.

Con un brillo de temor en sus ojos, Yar Bolfren contempló el trágico desenlace de cuantos se acercaron a aquel miserable con intención de asestarle una puñalada. Grimward se movió con inusitada agilidad, esquivando cada ataque al mismo tiempo que su espada danzaba con endiablados movimientos antes de terminar mordiendo de manera mortal a sus frágiles adversarios. Al cabo de unos segundos, el presthe permaneció inmóvil, rodeado de los cuerpos sin vida de sus atacantes.

—Eres un maldito hijo de puta —dijo Yar Bolfren, con lágrimas en los ojos.

—Sé que hubo un tiempo en el que nos llevamos bien, Bolfren. Siempre me pareciste un hombre de extremadamente honrado y fiel a tus ideales. Por eso mismo no te voy a realizar la única propuesta que podría salvar tu vida. Te ofrecería unirte a mí y a Lorwurn; no a Kariosh, pues su efímera existencia lo convierten incluso en un obstáculo para mis aspiraciones sobre Móstur y Leryon. Como te decía, te lo propondría de no saber cuál sería tu respuesta.

Yar Bolfren alzó los brazos, espada en mano.

—A eso mismo me refería —añadió Grimward, esbozando una sonrisa—. He de reconocer que, de todas las muertes que he ido causando durante todo este tiempo, la tuya será, probablemente, la que me resulte menos gratificante. Siempre te vi como alguien respetable.

—Creímos en ti, Grimward… —Yar Bolfren parecía a punto de dejarse arrastrar por la locura— y solo nos trajiste muerte y desolación. Por tu culpa hemos sido perseguidos y odiados por los mostures.

—Sí, ese era el plan que tenía previsto para acabar con la Orden. Era una manera lenta de ir deshaciéndola hasta que terminara cayendo en el olvido. Prefiero este otro modo: entrar en la Morada y arrebatar las vidas de todo aquel que se considere siervo de Athmer. Aún quedáis demasiados, pero no tardaréis en desaparecer. Solo Lorwurn gobernará, primero estas tierras, después el norte. Por último, alcanzará también a los nybnios, hasta convertirse en el único dios digno de adoración.

Yar Bolfren, fuera de sí, no quiso seguir la conversación. Las palabras de Grimward habían logrado lo que tal vez el presthe quería provocar: un precipitado ataque por parte del caballero.

Grimward esquivó la espada del helvatio, que volvió a intentarlo en varias ocasiones, todas ellas infructuosas.

—Es inútil que te opongas, Bolfren. Se trata del destino; un destino que, dictaminado por Lorwurn, ha de cumplirse entre los hombres.

Un nuevo intento por parte del caballero terminó con su espada en el suelo, desprendida de unas manos nerviosas que desesperadamente se trataron de aferrar a la garganta de Grimward. El presthe logró esquivar la última embestida de Yar Bolfren, que a continuación sintió el roce de la espada del presthe sobre el costado. El tajo le hizo caer de rodillas, frente a la gélida mirada que lo contemplaba con cierta lástima.

—Adiós, Bolfren. Que más allá de la muerte logres encontrar la paz que aquí nunca podrías conservar.

Y tras estas últimas palabras, hundió la punta de su espada en el pecho del caballero, que cerró lentamente los ojos, en un último suspiro, antes de acabar boca abajo, tendido en el suelo junto a la puerta de la biblioteca.

Sin mostrar mayor tristeza por la muerte de Yar Bolfren que por la de cualquier otro helvatio, Grimward continuó avanzando en la búsqueda del enviado de Athmer, con la sensación de que no tardaría en dar con él.

CAPÍTULO 38: LA PLAZA DEL PODER

Tras haber escapado del castillo, Beorth y sus soldados habían tomado un camino distinto al de Yar Gregor y Bartheos. Mientras que el destino de estos últimos había sido la Morada, el del capitán sería el barrio nybnio, donde acudiría a la presencia de *Lady* Alys, tal vez para solicitar su ayuda o, al menos, para ponerse momentáneamente a salvo. Sílax y Shyra lo acompañaban, constituyendo así un grupo que alcanzaba la veintena de componentes, motivo por el cual Beorth les advirtió acerca de la necesidad de extremar las precauciones. Móstur había dejado de ser la ciudad segura en la que habían vivido para convertirse en un paraje habitado por la muerte y la desolación. No importaba el recorrido que Beorth trazara hasta alcanzar el barrio nybnio. En cada callejuela a la que accedían encontraban cadáveres que los miraban con sus inertes ojos y esa expresión de dolor convertida en un motivo más para permanecer alerta en todo momento.

Como si la razón hubiera abandonado a todos aquellos que se encontraban en la ciudad, los leryones entraban en disputa con los nybnios; los piratas de Owen tampoco dudaban en enfrentarse a aquellos que se interpusieran entre ellos y el botín de sus saqueos. Ivarth y sus mercenarios permanecían como una bestia aletargada a punto de despertar para buscar alimento. La hostilidad entre Kariosh y su hermana parecía haberse contagiado entre las tropas de unos y otros. Todo ello contribuía a incrementar el número de víctimas de una terrible guerra que ya no afectaba únicamente a leryones y mostures.

Cuando Beorth puso los pies en la Plaza del Poder, el tiempo pareció detenerse a su alrededor. Un pestilente olor habitaba en cada rincón de un lugar convertido en un fantasmal cementerio regido por el silencio y la calma de la muerte.

A su paso entre los cuerpos sin vida repartidos por la plaza, uno de los soldados no pudo contener las arcadas y vomitó hacia un lado.

—Cuando te preparan para la guerra —dijo Beorth, con la mirada puesta en Shyra—, te hablan de coraje y valor; de la importancia del

manejo de la espada y de las tácticas del enemigo o las propias. Pero nadie te prepara para afrontar esto: la horrible expresión de todos estos rostros sin vida; cadáveres envueltos en barro y sangre; el olor de la muerte, un hedor que te atrapa y te doblega. Hace tiempo que la Plaza del Poder dejó de ser lugar de celebraciones exentas de crueldad y sufrimiento. Y al final, como si esas primeras ejecuciones hubieran invocado a la propia muerte, esta ha convertido la plaza en su guarida.

Shyra miraba a su alrededor. Allí donde sus ojos se adentraban en algún rincón sumido en la oscuridad, creía encontrar la lóbrega silueta de Derit, vagando entre los muertos como si tratara de encontrar, entre ellos, almas que llevar consigo a un reino que trascendía cualquier imaginación humana.

Beorth caminaba lentamente entre los cadáveres. En algunos de ellos encontró rostros que le resultaban familiares, compañeros de armas con quienes ya no podría intercambiar unas palabras en el cambio de turno o un saludo en las inmediaciones del castillo. Kariosh había traído consigo la devastación a las tierras de Móstur, a sus gentes.

—Si en verdad aún nos quedan refuerzos suficientes, no dejaremos de luchar hasta que el rey de Leryon esté muerto y sus ejércitos caigan a nuestros pies o huyan lejos para no volver.

Al contemplar el sendero de muerte que aún les quedaba por recorrer, Shyra se acordó de los dragones, a quienes los humanos siempre habían considerado como terribles bestias. Toda aquella muerte no había sido causada precisamente por ellos. Si en realidad había alguna bestia capaz de destruir cualquier belleza existente en el mundo, esa era el ser humano. En ese momento comprendió que, de haber ordenado a los dragones sembrar la muerte en Móstur, no habrían accedido a contribuir a semejante horror, acabando con las vidas inocentes de hombres, mujeres o niños, como habían hecho los leryones. De no ser porque Sílax se encontraba a su lado, dejaría aquel paraje para irse lejos. Sin embargo, el único lugar al que podría escapar de la presencia humana tal vez fuera allí donde habitaban los dragones. Demasiado lejos. Quizá en algún momento regresaría allí, no para vivir entre las bestias, pero sí para recordar la paz que habitaba en aquellas tierras carentes de cualquier atisbo de presencia humana.

—Estamos demasiado cerca del castillo —dijo Beorth, con preocupación—. Si hay un lugar que Kariosh querrá conservar a toda costa, será ese. No pudimos hacer nada por evitar que nos lo arrebatara…

—Hicimos lo que pudimos —replicó Sílax—. No te culpes por algo que no logramos evitar. Concentrémonos en ver de qué ejército disponemos para afrontar los momentos más decisivos de esta batalla. Es probable que muchos leryones hayan huido, y también muchos de los nuestros. La historia podría estar reservándonos una gloriosa página en las memorias de Móstur. ¿No te gustaría formar parte de esas páginas?

—Por supuesto que sí —Beorth forzó su sonrisa—. Pero también es verdad que prefiero poder leer dentro de unos años esa historia de la que hablas, en lugar de ser recordado como alguien que murió por defender Móstur.

—Estoy de acuerdo contigo.

—Bien, porque creo que ya hay demasiados que han dado su vida por la ciudad y sus habitantes.

—Agachaos —Shyra tiró de Beorth hacia abajo. El capitán, centrado en su conversación con Sílax, no se había percatado de la presencia de un nutrido grupo de hombres que caminaba no muy lejos de ellos.

A un gesto del capitán, los demás también se agacharon para permanecer escondidos mientras contemplaban el paso de Ivarth y sus mercenarios, que parecían ir en dirección al castillo.

—Esos no eran leryones…

—Ni tampoco mostures —interrumpió Sílax—, estoy seguro. A juzgar por su vestimenta, creo que podría tratarse de alguna compañía de guerreros o mercenarios. Tal vez no seamos los únicos que quieren acabar con Kariosh. Entre las ruinas de una ciudad, siempre hay alguien que busca alzarse con la corona. La guerra y la traición van de la mano, ¿no crees, Beorth? Tal vez ni el propio Kariosh pueda sentirse seguro entre los suyos.

—Me sentiría mejor si viera su cuerpo sin vida.

—Eso tendrá que esperar —habló Shyra—. Pero quizá esté en nuestras manos determinar el momento en que ese rey pierda su corona para siempre.

—Si logramos reunir algo de ayuda —dijo Beorth—. Por mucho que conozca el castillo, no podremos llegar hasta Kariosh si no disponemos de un mayor número de soldados.

—¿Y a qué estamos esperando para acelerar el paso y buscar esos soldados en el barrio nybnio?

Beorth dirigió una afable mirada a Shyra.

—Me gusta tu actitud —se acercó a la joven para susurrarla unas palabras—. Ojalá todos manifestaran esa misma esperanza.

—Sois el capitán —dijo ella—. Dadles vos mismo esa esperanza.

Beorth asintió, antes de volver la mirada al lugar de donde habían surgido los mercenarios.

—Parece que tenemos el terreno libre de enemigos —se puso en pie—. Seguidme.

Avanzando con cautela, dejaron atrás la Plaza del Poder. No detendrían su paso hasta alcanzar el barrio nybnio. Caminaban protegidos por una penumbra que no tardaría en dejar paso a la oscuridad de la noche. En algunos puntos de la ciudad, el humo continuaba elevándose como símbolo de la destrucción. El fuego también parecía estar presente allí donde los leryones se resguardaban del frío reinante. Por fortuna para Beorth y sus acompañantes, estas hogueras quedaban distantes del camino que les conduciría al barrio nybnio.

Cuando se encontraban en las proximidades, contemplaron las luces de las antorchas que iluminaban algunas tiendas.

—Parece que no todo está perdido —Beorth escudriñó la oscuridad que envolvía el paraje donde parecía encontrarse el último foco de resistencia contra los leryones. El capitán estaba convencido de que no quedaba otro rincón de la ciudad que no hubiera capitulado ante el enemigo. Temió no volver a ver a quienes habían sido sus libertadores. Yar Gregor y Bartheos habían tomado una decisión que les acercaba peligrosamente a la muerte. Ambos habían manifestado su profundo deseo de acabar con Grimward, como si de algún modo con su muerte pudiera ponerse fin a la guerra. Beorth no compartía esa idea. Su principal objetivo era el rey Kariosh, el máximo responsable de aquella situación.

Nada más poner los pies en las ruinas del barrio nybnio, el capitán escuchó una voz a sus espaldas.

—Giraos lentamente, sin movimientos bruscos.

Con las manos abiertas y los brazos separados del cuerpo, Beorth se dio la vuelta para contemplar a quienes parecían estar aguardándolos.

—Herry —dijo, nada más reconocer al hijo de *Lady* Alys—. Veo que tenéis bien vigilado este lugar.

—Más nos vale —dijo el primogénito de la Casa Clarke, acercándose al capitán—. Si permitimos que nos ataquen también aquí, no nos quedaría más remedio que abandonar la ciudad a su suerte. Creo que ninguno de mis guerreros está dispuesto a tomar esa decisión; y por lo que veo, vosotros tampoco.

—Aún nos quedan fuerzas y motivos para continuar luchando — Beorth estrechó el brazo del corpulento caballero que, con su sigilo, hacía honor al emblema del lobo que tenía bordado en el centro de su

pecho.

—En ese caso, llegáis en el momento preciso. Nuestra intención es tomar el castillo al asalto. Hemos recibido informaciones contradictorias de los sucesos que están teniendo lugar en la Morada. Los nobles de Móstur han marchado contra los ejércitos de Kariosh, aprovechando que estos se encontraban asediando el hogar de los helvatios. Al rey se le han sumado aliados: guerreros nybnios y, según nos han dicho, piratas. En cualquier caso, han sufrido muchas bajas entre quienes se preparaban para el asalto.

—¿Qué ha sido de los helvatios? ¿Qué ha sucedido en la Morada? —Beorth se acordó de Yar Gregor y Bartheos, y temió por sus vidas.

—Los leryones han conseguido alcanzar el patio y, probablemente, también el interior de la edificación. No sabemos el resultado definitivo de su ataque. En cuanto al castillo, podría estar menos defendido de lo que cabría esperar.

—La victoria tendrá un coste altísimo, sin importar de qué lado caiga —respondió Beorth—. La ciudad está repleta de cadáveres… Una masacre detrás de otra…

—Pues será mejor que la última de esas masacres corra por nuestra parte. No quisiera pasar en este lugar mis últimos momentos de vida. Echo de menos mi tierra, pero sé que solo podré vivir tranquilo en ella si erradicamos el mal que se ha cernido sobre Móstur. Si no lo hacemos, pronto toda la comarca acabará de este modo, o aún peor.

—Tu madre… *Lady* Alys, ¿está…?

—¿Viva? Por supuesto. Precisamente ella nos está apremiando a hacer un último esfuerzo por dirigirnos al castillo para acabar con Kariosh. Ese malnacido ha matado a lord Belson y ha colgado su cuerpo en la fachada del castillo, como símbolo de advertencia.

—Maldito bastardo… —Beorth recordó el momento en que el senescal caía herido de muerte a pocos metros de él, en una escena de la que prefería no hablar—. ¿Y cuándo tenéis previsto atacar el castillo?

—Al amanecer, reuniremos a los que aún puedan alzar su espada contra el rey. Han regresado varios de los caballeros que han luchado junto a los nobles. Lograron matar a muchos de los que se disponían a acabar con los helvatios, pero el coste de vidas ha sido muy alto. Lord Nathan y lord Kevan han logrado salir vivos, pero sus heridas son graves. Lord Tyrsen ha muerto. En compañía de sus mejores caballeros protagonizó una de las escenas más memorables, abriéndose paso entre los nybnios que trataban de acorralarlo. Logró salvar la vida de muchos, pero no la suya. Según he oído, hicieron falta cinco o seis hombres para doblegarlo. Los Belster siempre han sido de piel dura,

como el propio lord Tyrsen decía a menudo. Al menos, lograron dispersar a cuantos no tuvieron tiempo de encontrar refugio en el interior de la Morada.

—Mientras Kariosh siga con vida, sus ejércitos volverán a reagruparse.

—Dicen que se encuentra en el castillo. Por eso no debemos demorar el ataque. Será nuestra última oportunidad de recuperar la ciudad. ¿Vendréis?

—Cuenta con nosotros —para sorpresa de Herry, Shyra fue la primera en contestar.

—¿Quiénes sois vosotros? —inquirió el hijo de *Lady* Alys, frunciendo el ceño.

—Es una historia demasiado larga y difícil de explicar —habló Shyra nuevamente—. Lo único que debes saber de nosotros en este momento es que estamos dispuestos a ayudaros a acabar con Kariosh.

—Tu determinación es admirable, jovencita —Herry se mostró impresionado—. Estoy convencido de que tu coraje es acorde a la voluntad que acabas de manifestar.

—Lo es, créeme —dijo Sílax—. Pero, como ha dicho Shyra, nuestra historia es un tanto complicada. Si quieres, cuando hayamos acabado con Kariosh, nos sentaremos tranquilamente a hablar de ello.

—Te tomo la palabra —respondió Herry, agradecido por la firme voluntad que ambos manifestaban para ir en busca del rey de Leryon y hacerle pagar por sus crímenes—. Y ahora, todos, venid conmigo. Seguro que estaréis hambrientos y deseosos de recuperar fuerzas de cara al día que nos aguarda. Mis hombres se encargan de hacer guardia, así que no tenéis nada que temer.

Herry tomó una antorcha y se situó en primer lugar, guiándolos al interior del campamento donde se concentraban ossetios y mostures.

—Supongo que los ejércitos de Kariosh se han visto casi tan mermados como nosotros. Tal vez por eso no han atacado nuestra posición. Saben que nos encontramos aquí, pero creen que somos demasiados como para arriesgarse a atacar. Además, las ruinas nos proporcionan una buena ventaja para defendernos. Hemos establecido un hospital para atender a todos los heridos que van llegando. Se encuentra a las afueras del campamento. Si me disculpáis, debo presentarme allí lo antes posible para ayudar a quienes más lo necesitan en estos momentos. Uno de mis hombres os guiará a las tiendas donde se os ofrecerá algo de comer. Cenad y descansad. Nos veremos mañana.

A un gesto de Herry, uno de sus soldados, antorcha en mano, se dispuso a conducir a los recién llegados al interior del campamento,

donde serían acogidos por aquellos que preparaban una nueva ofensiva contra los leryones.

En una de las tiendas les fue servida comida y bebida en abundancia. Mientras los demás saciaban su apetito, Shyra decidió separarse de ellos por un momento para caminar entre las tiendas y poner en orden sus pensamientos.

—No te alejes —le dijo Sílax, con una expresión más propia de una petición que de una orden.

—No te preocupes. Solo quiero despejarme un poco y respirar el aire fresco de la noche antes de ir a dormir.

La muchacha salió de la tienda y perdió la mirada en un campamento sumido en la penumbra. Varios fuegos iluminaban tenuemente un trazado que resultaba sombrío, casi aterrador. A la luz de las antorchas, las ruinas del barrio nybnio adquirían un aspecto aún más enigmático. En el interior de aquellas casas semiderruidas, numerosos soldados trataban de encontrar el descanso previo al que tal vez sería el día más decisivo de aquella batalla, y tal vez de toda la historia reciente de Móstur.

Shyra se internó en algunas de las callejuelas, donde pudo ver también las tiendas dispuestas por los ossetios. Se cruzó con varios soldados que, sin decir palabra alguna, saludaron inclinando la cabeza mientras escudriñaban la imagen de aquella chiquilla que paseaba por el campamento con una bolsa a la espalda. En el interior de aquella bolsa Shyra guardaba, como si de un tesoro se tratara, la armadura de Korth, el obsequio que le había entregado Derit un día que parecía haber quedado atrás, perdido en el olvido. La chica se preguntó si en aquellas ruinas se encontraría con él, como si la oscuridad fuera capaz de invocar la presencia del extraño personaje con quien había mantenido tantos encuentros, a cada cual más inquietante a medida que se iba poniendo de manifiesto la naturaleza de aquel individuo errante entre vivos y muertos.

—¿Tú tampoco puedes dormir?

Shyra se sobresaltó al escuchar la voz que acababa de interrumpir sus pensamientos. Miró a un lado y descubrió la imagen de una mujer de grisáceos cabellos y fría apariencia.

—Siento haberte asustado, chiquilla. Si no me equivoco, es la primera vez que nos vemos, ¿verdad? Tengo buena memoria para los rostros, y creo que el tuyo no lo había visto antes.

—Acabo de unirme a vuestros ejércitos, junto a otros mostures.

—Mi nombre es *Lady* Alys —ofreció su mano a la chica, que la estrechó esbozando una sonrisa.

—Yo me llamo Shyra.

—Bien, Shyra. ¿Qué hace una jovencita como tú en el lugar en que ninguna chiquilla desearía encontrarse en estos momentos? No es que piense que no resultas válida para la batalla. Créeme, soy lo bastante mayor como para haber visto otras muchas jóvenes valientes como tú. De hecho, creo que yo también fui así en mis años de juventud. No sé cómo me las apañaba para meterme siempre en líos en los que había alguna pelea de por medio.

—Quiero ayudar a vencer a Kariosh —contestó Shyra—. Y no le tengo ningún miedo. He afrontado mayores peligros que él en tierras lejanas.

—Tierras como la aldea de Ryth, ¿no es cierto?

Shyra se estremeció al escuchar aquellas palabras.

—Sí… Así es… Pero ¿cómo sabéis lo de Ryth?

—Soy la Señora de la Casa Clarke. Mi emblema es el lobo y al igual que el animal que me representa, siempre me encuentro al acecho de cualquier situación que se pueda presentar. Nuestro aullido llega muy lejos, querida. Tengo buenos contactos en la mayor parte de Móstur; contactos que me permiten estar al corriente de los sucesos más trascendentales. Y supongo que el ataque de un dragón es un acontecimiento al que se le debe dar una gran importancia, ¿no te parece?

Shyra asintió, sin tener tiempo para responder antes de que *Lady* Alys continuara hablando.

—De modo que, cuando me hablaron sobre la llegada de esa criatura, sentí la necesidad de conocer todos los sucesos que habían tenido lugar en aquella aldea. Fue entonces cuando escuché tu nombre, como la joven valiente que salvó a Ryth del dragón. También me dijeron que, una vez llevada a cabo semejante hazaña, desapareciste, sin más.

—Fueron surgiendo complicaciones y extraños acontecimientos que, finalmente, me han hecho venir aquí.

—No voy a preguntarte por esas complicaciones, puesto que no son asunto de mi incumbencia. Lo que realmente me importa, jovencita, es que tenemos entre nosotros a la heroína de Ryth. Si todos nuestros soldados fueran tan valientes y comprometidos como tú, la guerra habría terminado apenas unas horas después de la llegada de los leryones.

Shyra recordó la oportunidad que le había sido ofrecida para acabar de un modo terrible con la guerra. Por un momento pensó que quizá los dragones habrían causado una menor devastación que la propiciada por los leryones y sus aliados. Fijó sus ojos en *Lady* Alys. A la tenue luz de la antorcha que iluminaba su rostro, las arrugas de

aquella mujer se acentuaban, recordando a Shyra el rostro de Nora, la comerciante con quien había compartido parte de esa aventura en Ryth. Cierto era que Nora tenía una expresión más afable y una mirada más inocente. *Lady* Alys se mostraba en apariencia más fría y distante. Pero, al menos con ella, estaba dejando al descubierto su tono más cercano y amigable.

—Mi hijo Herry es quien dirige realmente nuestros ejércitos —*Lady* Alys continuó hablando—. Yo ya estoy demasiado mayor para encabezar el ataque. Si la guerra me hubiera alcanzado con veinte años menos, sería la primera en dirigir a los caballeros de la Casa Clarke contra ese miserable de Kariosh.

—El paso del tiempo no perdona —replicó Shyra—, pero veo que a vos os ha tratado bastante bien.

—Ya no soy la misma, pero solo exteriormente. En mi interior, sigo siendo esa joven de un espíritu no muy distinto al tuyo, Shyra. Tú y yo nos parecemos mucho, aunque nuestras circunstancias sean tan distintas. Si estás dispuesta a unirte a nosotros, será mejor que descanses. Debes reponer fuerzas para que, llegada la hora, puedas tomar las mejores decisiones; decisiones que puedan salvar tu vida.

—Gracias por vuestras palabras, *Lady* Alys. Ha sido un placer conoceros. Estoy segura de que vuestros caballeros se sienten orgullosos de vos. Irradiáis coraje y determinación.

—Cualidades que tú misma posees, y que resultarán de vital importancia en momentos como los que nos aguardan mañana. Así que yo también me retiro a descansar. Me alegro de haberte conocido. Pero, sobre todo, me alegro de tenerte entre nosotros, afrontando con decisión el futuro que nos aguarda, por muy oscuro que pueda parecernos. Nos vemos mañana, jovencita.

Lady Alys se separó con el mismo sigilo con el que había aparecido. Shyra regresó a la tienda donde les había sido servida la cena. Allí se encontraban los demás, repartidos por el suelo, ya sumidos en el sueño. La luz de una vela a punto de consumirse apenas iluminaba lo suficiente como para que pudiera caminar sin pisar a nadie. Se situó junto a Sílax y, boca arriba, cerró los ojos. En medio de la oscuridad se sucedieron las imágenes de los dragones, el fuego, la batalla, y los rostros de aquellos que habían perdido la vida en la Plaza del Poder; y entre todos ellos, llamando a cada uno por su nombre, se encontraba Derit.

CAPÍTULO 39: UNA CASA ABANDONADA

La carga de los nobles y sus vasallos había tomado por sorpresa a quienes se agolpaban en las inmediaciones de la Morada, esperando el momento de adentrarse en el edificio helvatio y acabar con los clérigos que allí habitaban.

En el inesperado encuentro con los mostures, Sándor había resultado herido en la pierna. La herida no era tan grave como para poner su vida en peligro, pero el dolor resultaba insoportable y no podía caminar sin la ayuda de quienes habían tenido que levantarlo para ayudarlo a escapar. Había visto morir a muchos, entre los que se encontraba Rodher y otros de sus mejores amigos. Fergush tampoco había logrado salvar la vida, atravesado en el pecho por una flecha momentos después de poner a salvo a Taenara y Salwen.

La princesa se encontraba, en cierto modo, abatida por los sucesos que habían tenido lugar, y que su mente le mostraba en forma de trágicos recuerdos. La muerte, llevándose consigo a algunos de sus acompañantes mientras, a lo lejos, Kariosh y su guardia personal escapaban en dirección al castillo, huyendo de la batalla, como poco después haría ella en compañía de Sándor y Salwen.

—Mataré a mi hermano —sentenció la princesa, desbordada por la ira—. ¿Cómo te encuentras? —se dirigió a Sándor, que permanecía en el suelo, con la espalda apoyada sobre la pared del interior del sótano en que se habían refugiado, lejos del alcance de las espadas mostures.

—Estoy bien, princesa —sonrió el Rey Pirata, con la mirada fija en Taenara—. Lamento que vuestros planes no salieran según lo previsto. La mayoría de los nybnios habrán tenido el mismo destino que Fergush. En cuanto a los demás… Espero que al menos Ivarth haya permanecido lejos de la Morada. Si nos damos prisa, tal vez podamos encontrarnos con él antes de que los mostures nos encuentren a nosotros.

—¿Prisa? —dijo Salwen, con sus ojos puestos en Sándor—. Mira cómo estás. Casi no puedes caminar por ti mismo. ¿Y quieres darte prisa?

—Salwen tiene razón —dijo la princesa—. Según estás, no podemos ir a ninguna parte.

—Claro que podemos —Sándor se puso en pie, con ostensibles gestos de dolor. Se apoyó sobre una rama que empleaba como bastón para poder caminar sin la ayuda de nadie—. No estoy en condiciones de salir corriendo, pero si hemos conseguido llegar hasta aquí, también podremos alcanzar las inmediaciones del castillo, donde Ivarth nos espera para el encuentro definitivo con Kariosh. Estamos demasiado cerca de conseguirlo, Taenara. Ahora no puedes echarte atrás.

—¿Demasiado cerca? —sonrió la princesa—. Me encanta tu optimismo, Sándor, pero me temo que en estos momentos no hay lugar para grandes esperanzas.

—He perdido a mis mejores amigos. Todos ellos eran conscientes del peligroso viaje que llevaríamos a cabo. Las aguas del mar pueden resultar traicioneras, pero a menudo las tempestades avisan de su llegada y, al menos, siempre hemos considerado el mar como nuestro hogar. Cuando nos propusiste venir aquí, sabíamos perfectamente los riesgos que habríamos de afrontar. Personalmente, el que más temía era la presencia de Owen en nuestro ejército. Aun así, decidí seguirte hasta aquí. Y te seguiré hasta el final del camino, sin importar lo que allí nos espere.

—Yo también te seguiré, Taenara —dijo Salwen—. Tú me rescataste del infierno en el que se había convertido mi existencia. A tu lado siempre me he sentido viva, con un motivo por el que continuar luchando a pesar de las dificultades —en ese momento, la mano de Salwen se deslizó sobre la de Sándor, que sintió un estremecimiento por todo su cuerpo—. No es momento para echarse atrás. Iremos contigo, hasta el final.

—Hasta el final —respondió Taenara, sintiéndose agradecida por la compañía de quienes se habían convertido en sus inseparables amigos —. En ese caso, haremos lo que ha dicho Sándor. Iremos al encuentro de Ivarth y sus mercenarios para que entren en escena, según lo previsto, y nos abran el paso a través del castillo. Mataré a Kariosh. Es el mejor modo de acabar lo antes posible con esta guerra y con el plan de mi hermano.

—Y después, cuando Kariosh haya muerto, ¿qué haremos? Los mostures no nos perdonarán.

—Cuando descubran que he sido yo quien ha matado a su mayor enemigo, aceptarán mi ofrecimiento para negociar la paz. Pero primero tengo que enfrentarme a mi hermano. Con la ayuda de Ivarth, nos adentraremos en el castillo. No creo que Kariosh cuente con

muchos soldados tras lo sucedido. Tendremos esa última oportunidad que necesitamos aprovechar.

—¿Y a qué estamos esperando? —Sándor dio un primer paso, tratando de disimular su dolor.

—¿Estás seguro? —inquirió la princesa.

—Sí, es lo que debemos hacer. Si nos quedamos aquí, tarde o temprano los mostures nos encontrarán, y no habrá tiempo para explicaciones.

—Bien —dijo Taenara—. En ese caso, dejemos atrás nuestro escondite para ir al encuentro de Ivarth.

—No tan rápido, princesa.

Todos se giraron al escuchar la voz de Owen, que descendía las escaleras hacia ellos. Estaba acompañado por dos hombres que se situaron uno a cada lado cuando el pirata se detuvo frente a Taenara. El loco dirigió una severa mirada a Sándor, antes de sonreír al ver su herida.

—Parece que el Rey Pirata está herido. Dime, Sándor, ¿qué ha sido de tus amigos? He oído ciertos rumores de que tuvisteis un desafortunado encuentro con los mostures. Al principio, no lo creí. Pero hubo quienes afirmaron veros huir de la batalla. Al menos eso fue lo que me dijo uno de los nybnios cuando amenacé con matarlo si no me revelaba vuestro destino. No tuve más remedio que acabar con él, pues no parecía capaz de darme una respuesta satisfactoria. Y ahora, los dioses han querido reunirnos nuevamente.

Owen caminó peligrosamente hacia Sándor, con su espada en la mano. El Rey Pirata se percató de que no tenía con qué defenderse. Preocupadas por la atención a su herida, Taenara y Salwen se habían olvidado de tener las armas lo suficientemente cerca como para tomarlas en un delicado momento como aquel. La sombra de la traición, que durante tanto tiempo el Rey Pirata había visto sobre Owen y sus hombres, cobraba vida al fin. Así lo descubrió en la mirada del loco, que no parecía dispuesto a demorar por mucho tiempo sus ansias de derramar sangre.

—Mis hombres y yo hemos saqueado algunas de las casas que hemos encontrado en nuestro camino. De hecho, algunos han obtenido un suculento botín y han dejado atrás la ciudad. Supongo que han hecho bien, teniendo en cuenta lo sucedido con vuestros amigos nybnios.

—Y tú, ¿por qué no has hecho lo mismo? —preguntó Sándor, temiendo la respuesta.

—Yo aún tenía alguna deuda que saldar. Y no importa las riquezas que pueda acumular para vivir como un rey, lejos de aquí. Si no logro

saldar esa deuda, sé que nunca podré descansar. Cada noche, tu imagen vendrá a mi memoria y terminaré preguntándome si en algún momento aparecerás en la oscuridad. Tu vida es la deuda que tengo pendiente de erradicar, Sándor. Y aunque ahora te encuentres en compañía de tu salvadora, esa protegida de los dioses —miró a Taenara—, no permitiré que salgas con vida de aquí. Te mataré, y también a ella —señaló a Salwen—. Después me iré de este maldito lugar, junto con todas las riquezas que mis hombres y yo hemos acumulado.

—Hicimos un trato, ¿recuerdas? —dijo Taenara, tratando de ganar tiempo para buscar el modo de llegar hasta las armas, que se encontraban en la esquina opuesta del sótano.

—Solo alguien demasiado idiota, o tal vez demasiado listo, trataría de alcanzar un trato con piratas. No me pareces idiota, Taenara. Querías utilizarnos para llevar a cabo tu plan, aunque ello supusiera sacrificar nuestras vidas con el fin de hacerte con la ciudad. En ningún momento has considerado el precio que habrías de pagar. Tu trato estaba manchado de sangre… Nuestra sangre.

—Aceptaste luchar junto a mí, Owen. Sándor quería matarte, pero yo te perdoné la vida.

—Y ese ha sido tu mayor error, princesita. Tal vez quisiste darme una nueva oportunidad o, simplemente, me subestimaste. Ya no importa. Tal vez los dioses puedan cerrar tus heridas, pero no las de ellos. Matad a la chica, yo me encargaré de nuestro amigo Sándor.

Salwen dio varios pasos hacia atrás. Los acompañantes de Owen extrajeron sus puñales y caminaron lentamente hacia ella.

—Lo siento, Salwen —dijo Owen, recreándose en la imagen de sus hombres acechando a la joven—. He visto que Sándor te ama más que a nada en el mundo, y me gustaría que contemplara tu muerte, como un último instante de sufrimiento antes de que yo mismo le arranque su mísera existencia.

La mirada de Owen hacía honor a su apodo. Sus ojos, fuera de sí, no se separaban de Sándor. Muy pronto, saciaría su ansia de ver sufrir al Rey Pirata, pues la muerte no le parecía suficiente castigo.

Taenara se interpuso entre Salwen y su atacante, pero este la agarró del brazo y la echó a un lado con facilidad, empujándola lejos de su presa. Sujetó con una mano a Salwen, por el cuello, disponiéndose a clavarle el puñal. La joven sentía que le faltaba el aire. Su mirada se perdía en el filo del arma que se acercaba peligrosamente a su pecho. Cerró los ojos para no ver su final, y en ese momento sintió que, de manera repentina, la mano que aprisionaba su cuello cedía. Escuchó el sonido del arma al caer al suelo y un gemido

de dolor procedente de su agresor. Abrió los ojos, desconcertada. Lo vio tendido en el suelo, con un cuchillo clavado en la espalda.

La misma suerte corrió el otro hombre que acompañaba a Owen. En esta ocasión, el puñal detuvo su vuelo al hundirse en el pecho de aquel miserable.

El loco contempló la escena, inmóvil. Se giró para ver la fuente de aquel rápido ataque mientras una voz se apoderaba del sótano.

—Una vez más, princesa, creo que no os defraudo —Yari esbozó una sonrisa mientras su mano derecha jugaba con otro de sus cuchillos, haciéndolo pasar entre sus dedos—. Supongo que mi deuda contigo queda saldada, Sándor. Me sentí mal por haberte engañado así que… Espero que esto pueda compensarlo.

—Tú…

—Eres demasiado previsible, Owen —dijo Yari, hablando con su calma habitual—. No había más que ver tus gestos y miradas para comprender que en cualquier momento intentarías atacar a Sándor. Y ahora, que tú y tus hombres habíais acumulado algunas riquezas y ya podías dejar Móstur, has creído que era el momento perfecto para saciar tu sed de venganza. Pobre insensato… Ivarth estaba tan convencido de tu traición que ni siquiera ha esperado el momento de verla consumada para ajusticiar a tus hombres.

—¿Qué habéis hecho? —el loco se puso rojo por la ira.

—Hemos matado a todos los que te estaban esperando ahí fuera. Ahora, tus riquezas son nuestras. Tan solo me queda una vida que arrebatar, pero me temo que no voy a poder hacerlo.

—¿Por qué no? —preguntó Owen, espada en mano—. ¿Acaso temes que sea yo quien acabe contigo?

—Lo cierto es que…

—Le he prohibido matarte —se escuchó la voz de Ivarth, que bajaba lentamente las escaleras—, porque quiero hacerlo yo mismo, Owen.

Ivarth se dejó ver. Portaba una espada en cada mano.

—Y quiero encargarme yo, personalmente, porque no soporto las traiciones. Nunca las he soportado, y en alguna ocasión he tenido que matar, con cierta amargura, a algunos de aquellos en los que puse mi confianza, por haber tratado de entregarme a quienes requerían mi vida. Me causó un gran dolor acabar con ellos, porque seguramente en el fondo no eran unos miserables; habían sucumbido a la tentación de las riquezas. En esta ocasión, tu muerte no me causará precisamente dolor. Aun así, te daré una oportunidad para enfrentarte a mí.

Yari se echó a un lado, situándose junto a Sándor. Owen se acercó a Ivarth, alzando su espada.

—Que así sea, entonces. Crucemos nuestras armas hasta que uno de los dos caiga sin vida.

—¿Sabes una cosa, Owen? —Ivarth dejó caer al suelo una de sus espadas—. Los traidores como tú no merecen ninguna oportunidad.

Antes de que Owen pudiera comprender el sentido de aquellas palabras, Ivarth extrajo un puñal y lo lanzó contra él, directo al corazón. Entre gorgoteos, Owen se desplomó, muerto.

—¿Estáis bien? —Ivarth se acercó a Taenara.

—Lo estamos gracias a ti y a Yari —dijo Sándor, con la respiración aún acelerada por haber contemplado tan próxima la muerte de Salwen. Cuando quiso mirarla, apenas tuvo tiempo antes de sentir el roce de sus labios con los suyos. Nada más importaba en aquel instante para él que aquel prolongado beso y el abrazo que lo siguió.

—Parece que todos vuestros dolores se han ido —dijo Ivarth, dirigiéndose a Sándor—. Ahora que nos hemos deshecho de un problema —el mercenario se puso serio—, debemos ocuparnos del siguiente: el castillo.

CAPÍTULO 40: LA MORADA

Tras la muerte de Yar Bolfren, Grimward se adentró en la biblioteca donde había pasado tantos momentos en compañía de otros clérigos, eruditos dedicados fundamentalmente al estudio de los Textos Sagrados y los libros de historia acerca de Móstur. Fue recordando a muchos de ellos: sus nombres, sus rostros, la mesa que solían ocupar para ejercitar su mente entre libros y pergaminos… Ahora estaban muertos. El propio paso del tiempo se había ido cobrando la vida de los más ancianos. Otros habían sucumbido a la masacre perpetrada en el templo, tiempo atrás, por los mercenarios contratados por el propio Grimward. Se preguntó si realmente alguno de aquellos ancianos zenlores que aún recordaba seguiría con vida. De ser así, terminaría matándolos, pues ellos representaban el pasado de la Orden, su historia y, por tanto, los cimientos que habrían de ser aniquilados para erradicar todo vestigio de los helvatios.

Como si tuviera todo el tiempo del mundo por delante, Grimward se recreó con la visión del interior de la biblioteca. Cuando hubieran completado la conquista de la ciudad, él mismo ordenaría prender una hoguera en la que quemaría la mayor parte de aquellos textos, deleitándose al contemplar los libros y pergaminos consumiéndose en el fuego. Primero acabaría con los helvatios: después, con su memoria. Aquel pensamiento le recordó que aún quedaban clérigos que matar, y entre ellos se encontraba el enviado de Athmer, el único que podía poner fin a su plan para exterminar la Orden.

Al salir de la estancia, se cruzó con algunos de los leryones que continuaban recorriendo los pasillos y habitaciones de la Morada en busca de clérigos a los que dar muerte. En el otro extremo de la galería donde se ubicaba la biblioteca había varios cuerpos tendidos entre charcos de sangre, jóvenes denlores que no habían podido salvar la vida en lo que para los leryones se había convertido en una cacería donde no habrían de distinguir entre jóvenes y ancianos: todo siervo de Athmer debía ser asesinado.

Grimward continuó recorriendo las estancias de aquel primer piso, comprobando cómo la muerte había llegado a cada rincón donde un

helvatio trataba de ocultarse. Las alcobas de los zenlores más ancianos estaban vacías. En varias de ellas, Grimward pudo identificar el cadáver de alguno de los jóvenes novicios que los atendían. También encontró el cuerpo de varios leryones que tal vez hubieran sido emboscados por aquellos capaces de ofrecer mayor resistencia.

Los pasos del presthe lo llevaron hasta un segundo piso en el que había mayor movimiento entre sus aliados. Continuaban escuchándose algunos gritos que terminaban ahogados por las espadas de leryones o nybnios. Aquellas voces eran como una dulce melodía para sus oídos.

—Han visto a varios helvatios escapando por una de las torres —dijo uno de los leryones.

—Dejádmelos a mí —respondió Grimward, acercándose a ellos.

En un primer momento, el oficial estuvo a punto de alzar su arma contra él, pues Grimward aún no se había despojado del hábito con el que se había presentado ante Yar Bolfren, una prenda de la que se había provisto nada más entrar en la Morada, en un último acto de provocación a los clérigos a los que habría de dar muerte en su propio hogar. Nada más reconocer al presthe, el oficial asintió con la cabeza y dio nuevas instrucciones a los suyos para que continuaran revisando cada estancia de aquel nivel en busca de más helvatios a los que matar.

—¡Por aquí! —dijo uno de los leryones, tratando de abrir la puerta que conducía a un claustro en el que los novicios solían pasear a menudo. Grimward dudó si continuar su camino hacia la torre o unirse a quienes pretendían adentrarse en aquel patio construido sobre la segunda planta. Se decidió por dirigirse a la torre, con la certeza de que los leryones que se agolpaban en torno a la puerta se harían cargo de todos aquellos que encontraran al otro lado.

Yar Gregor era uno de los que aguardaban en el interior del patio. En compañía de algunos caballeros y varios clérigos, había logrado alcanzar la entrada al claustro de los novicios; una entrada que habían bloqueado, con la esperanza de retrasar el imparable avance de sus enemigos.

—¡Debemos resistir! —fueron las palabras del caballero, situándose por delante de sus acompañantes en uno de los pasillos del claustro. Las galerías rodeaban un acogedor espacio donde destacaba una pequeña fuente. El sonido del agua que caía desde su caño suponía para los novicios una relajante melodía que los ayudaba en sus momentos de recogimiento interior. Así había sido durante mucho tiempo, hasta la llegada de los leryones.

Yar Gregor estaba seguro de que resultaría más sencillo resistir si presentaban batalla en una de las galerías, en lugar de reunirse en el

interior del patio. Pero había la posibilidad de que los leryones terminaran rodeando el claustro y, por tanto, también a ellos. No había modo de escapar. La puerta que se encontraba al otro extremo de la entrada permanecía cerrada con llave. Debían luchar.

Los golpes resonaban cada vez con más fuerza. Sus ecos se propagaban entre las paredes que delimitaban el atrio y sus arcos superiores.

—No permitamos que esta sea nuestra última batalla, amigos —dijo Yar Gregor a cuantos se encontraban a su lado—. Rogad a Athmer que os dé fuerzas para resistir a cuantos se presenten ante nosotros. Durante años habéis servido con fidelidad al dios de la Luz al mismo tiempo que os habéis estado preparando para empuñar la espada, con el fin de proteger a los nuestros si así fuera necesario. Ese momento está a punto de llegar. Si hoy mismo hemos de presentar nuestras almas ante Athmer, que así sea. Pero si Athmer considera que aún nos quedan años a su servicio, demostremos a esos leryones lo que les ocurre a quienes profanan este sagrado lugar. Alzad vuestras espadas. ¡Por Athmer y nuestros hermanos!

Los caballeros que se encontraban tras él respondieron al unísono, en el preciso instante en que la puerta de entrada se hacía añicos, dando paso a un nutrido grupo de leryones que, nada más contemplar a los helvatios que les salían al frente, frenaron su ímpetu inicial para tomar las debidas precauciones en un enfrentamiento muy distinto a los anteriores. Para aquellos leryones, la cacería había quedado interrumpida. No tenían frente a ellos a desesperados clérigos incapaces de tomar las armas. La imagen de Yar Gregor encabezando a los caballeros helvatios fue suficiente para sembrar la duda entre sus enemigos, cuyo avance resultó lento, indeciso.

Con la espada apuntando a los leryones, Yar Gregor se convenció de que podrían ganar aquel combate, siempre que entre todos aquellos malnacidos no se encontrara Grimward. Temía que el presthe apareciera en cualquier momento, con más guerreros a su lado. Por una parte, deseaba enfrentarse a él, descargar sobre su cuerpo el odio acumulado durante todo aquel tiempo. Tenía demasiadas razones para querer matarlo, una por cada vida que le había obligado a arrebatar en los días en los que Móstur había quedado sometida por la dictadura de los helvatios. Sin embargo, ¿cómo acabar con alguien capaz de burlar a la propia muerte?

Yar Gregor interrumpió sus pensamientos. El presthe no parecía encontrarse entre todos aquellos miserables. Eran muchos. Les superaban en número. Aun así, el caballero creía que cada uno de los hombres que lo acompañaban valía al menos por dos o tres de

aquellos indeseables. De modo que echó una última mirada hacia sus compañeros, y se giró para enfilar a los leryones.

—¡Por Athmer! —gritó una última vez, y echó a correr hacia sus enemigos.

Los caballeros helvatios que se encontraban tras él se contagiaron de su coraje. Algunos de ellos habían llegado a desconfiar de Yar Gregor, tras verlo convertido en el brazo ejecutor de las sentencias de Grimward. En aquel momento, las dudas se desvanecieron y, como si de un solo hombre se tratara, todos ellos alzaron sus espadas y, elevando la voz contra sus oponentes, siguieron a Yar Gregor en su acometida. Las espadas de los helvatios hendieron carne y hueso, y muchos de los leryones que se encontraban en primera línea contemplaron cómo la muerte se abría paso en sus entrañas. Yar Gregor sintió el roce de una hoja que mordía su brazo, pero su determinación era tan firme que continuó avanzando y embistiendo, sin ceder un solo paso, derribando a uno, ensartando a otro. Los leryones que se cruzaban en su camino caían heridos o muertos, pero ninguno parecía capaz de frenar su arrojo en lo que fue todo un ejemplo de coraje para los que le seguían. Los caballeros helvatios se crecieron a medida que veían caer a sus enemigos, y aunque fueron varios los que perdieron la vida en la defensa de su fe y sus hermanos, finalmente lograron acabar con quienes habían tratado de cobrarse sus vidas.

Yar Gregor mató al último leryón que le salió al paso y, viendo concluido el enfrentamiento, se percató de sus propias heridas. Contempló la sangre que manaba de los cortes recibidos y, como si todo el dolor acudiera a él de manera súbita, sintió que su cuerpo flaqueaba y su visión se desvanecía. Uno de los caballeros pudo recogerlo a tiempo y evitar que su cuerpo cayera pesadamente al suelo.

En el otro extremo de la Morada, a punto de ascender a una de las torres, Zen Varion y Darreth permanecían en compañía de varios denlores que habían estado huyendo de la masacre, jóvenes novicios que sujetaban sus armas como si incluso estas les provocaran temor. Se habían visto obligados a cambiar los libros por la espada, las plegarias a Athmer por el lenguaje de la guerra. Sentían verdadero pánico ante la inminente llegada de los leryones.

Con la esperanza de brindar a los denlores una oportunidad de escapar, Darreth se situó al borde de la escalera en la que se bifurcaba la galería que habían recorrido. Los peldaños ascendentes conducían a la torre de los halcones, tan frecuentada por el Gran Maestro; los peldaños descendentes se adentraban en un nuevo nudo de galerías

que conducían a la bodega.

—Por aquí —dijo Darreth a los denlores—. Bajad hasta los sótanos de las bodegas y escondeos allí. Yo los distraeré. Maestro, guiadlos a través de las galerías.

Zen Varion dudó. No parecía dispuesto a separarse de él.

—Me quedaré contigo, Darreth…

—No, es demasiado peligroso. Esos leryones no podrán acabar conmigo. Por favor, acompañad a los denlores y protegedlos.

La mirada suplicante de Darreth terminó por convencer a Zen Varion.

—Cuídate, muchacho. Nos veremos luego.

—Cuidad de ellos —Darreth se aseguró de llevar consigo la espada y esperó a que los leryones se encontraran más cerca para poder captar su atención mientras Zen Varion y los denlores escapaban hacia las bodegas.

Las pisadas de sus enemigos se oían demasiado cerca cuando el enviado de Athmer decidió dar un primer paso. Le escucharían subir las escaleras en dirección a la torre, irían tras él hasta un lugar del que no tendría escapatoria. Un centenar de peldaños le separaban del rincón en el que las aves del Gran Maestro permanecían en sus jaulas. Desde la muerte de Therios, la torre apenas había sido visitada por el denlor encargado de alimentar a los halcones que allí tenían su hogar.

La luz del amanecer apenas le permitía a Darreth distinguir los peldaños. Corría con una de sus manos acariciando la pared, esperando que el nerviosismo que sentía en aquel momento no le hiciera tropezar. Las pequeñas ventanas repartidas por la torre dejaban al descubierto, al otro lado, un cielo que empezaba a abandonar la oscuridad con la llegada del alba.

Los pasos y voces de los leryones cada vez se escuchaban más cerca. Darreth sonrió al percatarse de que su plan se estaba cumpliendo según lo previsto. Completó el acceso al extremo superior de la torre con la esperanza de que Zen Varion y los denlores estuvieran a salvo. Dejó a un lado la estancia en la que se encontraban los halcones y continuó avanzando. Ya en el exterior, recordó el relato de Yar Gregor acerca de la muerte del Gran Maestro. Se había producido allí mismo, en lo alto de la torre. Con la imagen de Therios vagando por su mente, esperó la llegada de los leryones, que no tardaron en surgir.

—¿Adónde pretendías escapar, jovencito? —dijo el que llegó primero, con una amplia sonrisa—. Has llegado al final del camino, al final de tu vida, miserable helvatio.

Y sin esperar a que el resto completara su ascenso a la torre, el

leryón se abalanzó sobre Darreth. Alzó su espada y lo intentó en dos ocasiones. El denlor esquivó las precipitadas acometidas de su rival y, con un rápido movimiento, lo hirió en el hombro. Lejos de amedrentarse, el leryón se enfureció y, llevado por la ira, volvió a errar en su ataque. En esta ocasión, la espada de Darreth fue más certera y terminó hundiéndose en el estómago de su enemigo, que cayó al suelo, retorciéndose de dolor mientras la sangre brotaba a borbotones de su mortal herida.

Llegaron los otros dos leryones que le habían seguido hasta allí. Nada más verlos, Darreth temió que los demás, en el momento de alcanzar las escaleras, se hubieran decidido por ir a los sótanos de las bodegas, donde se encontrarían con Zen Varion y los denlores. Sus temores se disiparon, en parte, al recordar el buen manejo de la espada que tenía su maestro.

—Vas a morir, maldito helvatio.

Las palabras de uno de aquellos extranjeros hicieron volver en sí a Darreth, dejando a un lado cualquier otro pensamiento para centrarse en los enemigos que tenía frente a él. Eran menos corpulentos que el que yacía muerto a sus pies, pero estaban provistos de unas amenazantes hachas que hacían girar con movimientos sinuosos.

Darreth aguardó el momento de hacer que su espada se interpusiera entre él y el hacha del primer leryón en atacar. El choque provocó un estruendo que sorprendió al atacante. Su intento había sido frustrado tras un raudo movimiento del helvatio que, no conformándose con detener aquel golpe, giró su espada hacia un lado, provocando que el hacha saliera despedida lejos de su portador. Sin pensarlo dos veces, Darreth trazó un tajo mortal sobre el pecho del leryón, que apenas tuvo tiempo de sentir el roce de la espada. Lo último que vieron sus ojos fue la sangre que manchaba el filo del arma helvatia.

Darreth dirigió la mirada al último enemigo que quedaba en pie. Este, contemplando el terrible desenlace de sus compañeros, dudó en su ataque. Rápidamente, cogió el hacha caída en el suelo y, con un arma en cada mano, se separó de Darreth lo suficiente como para no ser alcanzado por el brazo que manejaba la espada. Gritó con fuerza y arrojó una de las hachas contra el enviado de Athmer, alcanzándolo en el muslo.

Darreth sintió un punzante dolor y cayó al suelo. El leryón sonrió.

—Levántante y lucha —dijo mientras hacía girar el otro hacha—. Acabemos con esto.

Darreth hizo un esfuerzo y se puso en pie. Ante la atenta mirada de su oponente, dejó al descubierto la herida sufrida por la hoja del

hacha, un corte del que manaba sangre en abundancia. Pasó su mano derecha por el corte y, para sorpresa del leryón, la herida se cerró. A excepción de la mancha provocada por la sangre, no quedó rastro del profundo corte que había sufrido el helvatio.

Fue una imagen que causó un profundo terror en el leryón.

—¿Quién demonios eres? —preguntó, sujetando con fuerza el hacha.

—He sido enviado por Athmer para defender a los helvatios de malnacidos como tú —respondió Darreth, con voz desafiante—. ¿Querías acabar con esto lo antes posible? Bien, te daré esa satisfacción.

Volcando toda su rabia sobre el sorprendido enemigo, Darreth lo envistió con la espada. El leryón, atenazado por la imagen que acababa de contemplar, no pudo reaccionar al ataque del helvatio. La espada lo atravesó y su cuerpo inerte se desplomó sobre el suelo.

Como si hubiera regresado de un sueño, Darreth permaneció unos segundos inmóvil, contemplando los tres cadáveres de los leryones. Más que lástima por ellos, sintió auténtica rabia por la situación desatada en la ciudad de Móstur y aquellas muertes sin sentido, como le parecían todas las que tenían lugar por los interminables enfrentamientos entre los hombres. Dio un paso hacia adelante y sintió el cansancio que se cernía sobre él. Caminó hacia la estancia en la que se encontraban las aves de Therios y abrió sus puertas. Allí estaban los halcones, en sus jaulas. Llevaban tiempo sin elevar el vuelo y miraban a Darreth con la esperanza de ser liberadas.

—Ya es hora de que dejéis este lugar —dijo el denlor, comprendiendo los deseos de unas aves que siempre habían servido con fidelidad a los helvatios—. Habéis pasado demasiado tiempo aquí encerradas.

Darreth fue abriendo las jaulas. Tras acariciar por última vez a cada uno de los halcones, los sacó de su prisión y contempló cómo alzaban el vuelo, alejándose de la Morada para no regresar.

—Eso es, marchaos lejos, donde nadie pueda volver a enjaularos — el helvatio sonrió al ver a las aves, volando unidas en una sola dirección, en busca de una nueva vida. Salió de la estancia y, con el pensamiento puesto en Zen Varion, se dispuso a volver sobre sus pasos para reencontrarse con su amigo.

—Qué curioso.

Aquellas palabras sobresaltaron a Darreth. Frente a él, la imagen de Grimward surgía en el último peldaño de la torre.

—La última vez que estuve aquí, también venía en busca del enviado de Athmer. Creí que era Therios, pero me equivoqué —

contempló la sangre que manchaba el hábito de Darreth—. En esta ocasión, creo que he acertado, ¿verdad, muchacho?

Darreth dio un paso hacia atrás. Había llegado el momento que tanto había temido y deseado al mismo tiempo, pues estaba seguro de que el único modo de salvar la ciudad era acabando con aquel que pretendía consagrarla al culto a su dios.

—Sí, sin duda eres tú —Grimward continuó hablando, acercándose al joven—. Por supuesto que eres tú, el elegido que logró salvar la vida en aquel ataque que yo mismo planeé. Ordené a esos mercenarios que acabaran con todos los helvatios del templo excepto uno, para que se propagara la mentira acerca de los asesinos vestidos con ropas nybnias. Fue el primer paso hacia la destrucción de la Orden, y le han seguido otras actuaciones gracias a las cuales he conseguido debilitaros, hasta llegar al día de hoy, en que la mayoría de los helvatios han sido enviados a Athmer.

—Querías acabar con la Orden incluso antes de que Kariosh se apropiara de la ciudad —Darreth continuó retrocediendo, vigilando de cerca cada movimiento de Grimward.

—Así es. Y he estado a punto de conseguirlo. Fomenté entre los mostures el odio a los helvatios y conseguí que mataran a muchos. Pero parece que Athmer aún tiene cierto poder para hacer que sus siervos sigan multiplicándose. Tal vez acabando con su enviado, logre extirpar de este mundo ese poder.

—Por más que te empeñes, no lograrás acabar con la Orden. Hay numerosos helvatios fuera de Móstur…

—En cuanto la ciudad sea entregada a Lorwurn y su culto se propague al resto de regiones de la comarca, los helvatios serán perseguidos y exterminados, ya sea en Móstur o en cualquier rincón del mundo. Y cuando sus siervos hayan muerto, Athmer será olvidado para siempre y solo Lorwurn será adorado.

Darreth se echó a reír, provocando cierta confusión en Grimward.

—¿Solo Lorwurn será adorado? —dijo el helvatio—. Te olvidas de Daera. ¿Crees que ella permitirá tal cosa?

—Daera no tiene ningún interés en el poder sobre los hombres. Siempre se ha mostrado más cercana a los demás seres de la creación.

—Ella no permitirá que la destrucción de Lorwurn se propague, alcanzando a todos los seres que están a su cargo. No tienes más que mirar a tu alrededor para ver la desolación que tú y Kariosh habéis causado. ¿De verdad crees que Daera permitirá que continúes tu obra? ¿No te parece que ya habrá enviado a alguien para evitar que se lleven a cabo tus designios?

Las palabras de Darreth causaron temor en Grimward. Siempre

había estado seguro de su enfrentamiento final con Athmer. El entrometimiento de Daera no figuraba en sus cavilaciones.

—En estos momentos, mi mayor problema… eres tú. De modo que primero te mataré, y después tomaré una decisión respecto a Daera.

Grimward alzó su espada y se acercó a Darreth. El denlor sujetó la empuñadura de su espada con ambas manos, dispuesto a frenar la embestida del presthe, que no se hizo esperar. Hasta en dos ocasiones logró frenar los mortales mordiscos de su espada. Darreth se vio obligado a retroceder, cediendo terreno ante las continuas embestidas de un oponente que parecía incansable en sus intentos. Cuando se quiso dar cuenta, se encontraba cerca de las almenas.

—Desde aquí cayó Therios, en el preciso instante en que me disponía a acabar con él. Siempre pensé que sería mi mayor adversario, un digno oponente en el momento de enfrentarnos por el dominio de Móstur. Me equivoqué. Durante sus últimos días de vida, Therios se convirtió en alguien demasiado preocupado por los suyos, y eso lo volvió débil. Perdió toda su ambición y quedó convertido en un simple siervo de los helvatios, el muy estúpido. Y todo por redimir el daño que yo causé. Lo derroté sin ni siquiera tener que enfrentarme a él. Sí, creí que él sería el enviado de Athmer y me equivoqué. Me aseguraré de que en esta ocasión he encontrado a quien buscaba.

Grimward arremetió contra Darreth y le hizo un corte a la altura del hombro. La herida no tardó en cerrarse, provocando la sonrisa del presthe.

—Bien. Necesitaba asegurarme.

Darreth quedó confundido. Imaginó que la herida provocada por Grimward no se cerraría.

—¿Confuso? —añadió el presthe—. Sí, deberías seguir sangrando —atacó nuevamente y le provocó otro corte que se cerró en segundos —, pero parece que mi espada no puede matarte.

Darreth se movió ágilmente hacia un lado, pero sus movimientos con la espada resultaban lentos, torpes en comparación con la destreza de Grimward, cuya sonrisa no lo abandonaba.

—Lorwurn es el dios de la guerra. Enfrentarse a él es como tratar de vencer a la propia muerte. No tienes nada que hacer en este combate, a no ser que me hayas tendido una trampa —miró al extremo próximo a la escalera—. ¿No estará Zen Varion escondido por aquí?

—He venido yo solo —dijo Darreth, mientras realizaba otro pobre ataque en el que volvía a cortar el aire.

—Qué lástima. Veo que tu maestro no se ha tomado muchas molestias en enseñarte a combatir de verdad. Tal vez es porque él

tampoco sabe empuñar la espada con la pericia que se requiere en tiempos de guerra. ¿Vuestros queridos caballeros no se han encargado de vuestra instrucción? El conocimiento de los Textos Sagrados no te va a salvar de la muerte, Darreth. Y si no has sangrado con mis anteriores ataques, es porque te he atacado con una espada normal y corriente, no con el arma con el que voy a matarte.

Grimward extrajo una espada corta que guardaba en el interior de su hábito.

—Las heridas que te he provocado con esa espada forjada por los hombres no pueden matarte. En cambio, esta arma ha sido forjada en las tierras de los dioses, por lo que tiene el poder de arrebatar la naturaleza divina que guardas en tu interior. Si no me equivoco, a ti también te fue concedido ese don, pero de poco te va a servir. Lo siento, Darreth, no tengo tiempo que perder, pues la conquista de esta maldita ciudad ya me está llevando más tiempo del que imaginé. Estos malditos mostures parecen incapaces de rendirse, pero cuando vean mi poder, se percatarán de que no hay victoria posible contra los designios de Lorwurn. Adiós, hijo de Athmer.

Nada más hablar, Grimward realizó un rápido movimiento con el brazo que portaba la espada. Dejó escapar su arma contra Darreth, veloz y mortal. El denlor no tuvo tiempo de ver venir aquel ataque hasta que sintió un inmenso dolor en el pecho, donde asomaba la empuñadura de la espada. Cayó al suelo, boca arriba, con una terrible sensación propagándose por todo su cuerpo. Quedó inmóvil, contemplando la imagen del presthe, que se acercaba a él para verlo morir.

—Has pasado demasiado tiempo en la biblioteca de la Morada, muchacho. Los libros no matan —sujetó la empuñadura y tiró con fuerza, extrayendo la espada— pero esto sí.

La sangre brotaba a borbotones del pecho de Darreth, cuya mirada permanecía perdida en el vacío.

—Tras tu muerte, primero caerá Móstur; después lo hará toda la Orden Helvatia, sin importar dónde se encuentren los pocos que puedan hacer frente a su inevitable extinción. Abandona este mundo, Darreth, que tu espíritu regrese a Athmer, lejos de las tierras de los hombres.

Las palabras de Grimward encontraron su respuesta en una última mirada de Darreth. El brillo de sus ojos se apagó para siempre. El denlor exhaló su último aliento y murió.

—Mi obra está a punto de ser completada —Grimward habló en voz alta, entusiasmado por el horizonte que se abría en su camino. Con la muerte de Darreth, ya nada se interpondría en su conquista.

Kariosh sería un último escollo en el camino. Acabaría con él para después lanzarse a la definitiva conquista del reino de los hombres. Solo tenía que esperar el momento propicio.

La alegría de Grimward desapareció pronto, al recordar las palabras de Darreth sobre Daera. ¿Y si estaba en lo cierto? Acarició la espada tras limpiar la sangre que la manchaba, temiendo tener que utilizarla, al menos una última vez.

Athmer había sido expulsado de Móstur, pero la batalla aún no había terminado. Debería seguir extremando las precauciones ante los oscuros augurios del denlor. Al menos, contaba con la posibilidad de que la enviada de la diosa no pudiera reconocerlo, y creyera ver en Kariosh al enviado de Lorwurn. Aquel pensamiento arrancó una sonrisa en Grimward.

«Taenara, la hermana de Kariosh», pensó para sí mismo. ¿Por qué iba a enfrentarse a su hermano, si no era por el destino que este había previsto para Móstur? Convencido de que la princesa estaba ligada a la diosa de la naturaleza, Grimward decidió dirigirse al castillo. Allí permanecería en compañía de Kariosh, que muy pronto atraería la presencia de su hermana, dispuesta a todo para evitar que el rey gobernara Móstur a su antojo.

Grimward miró una última vez el cuerpo sin vida de Darreth, con la sensación de que aún tenía cosas que hacer. La definitiva victoria no estaba tan cerca como había creído. Recogió la espada que no había sido capaz de salvar la vida del helvatio y, tomándola como un preciado botín, la cambió por la que él había empleado en aquel enfrentamiento.

Tras asegurarse de que nadie los seguía, Zen Varion había ayudado a los jóvenes denlores a alcanzar el exterior de la Morada, donde cada uno de ellos tendría que decidir el rumbo a seguir. Sus destinos ya no eran de la incumbencia del zenlor, que tomó la decisión de ir en busca de Darreth. Comenzó por deshacer el camino andado a través de las escaleras, caminando con sigilo y elevando sus plegarias a Athmer para no encontrarse con ninguno de los leryones. Habían transcurrido varias horas desde el ataque a la Morada, por lo que esta se encontraba sumida en la inquietante calma de la muerte y el olvido. No se escuchaban voces, ni ruido alguno que pudiera alertar al zenlor de un posible peligro. El hogar de los helvatios parecía haberse convertido en un lugar abandonado. Zen Varion temió que sus estancias se hubieran transformado en tumbas para quienes habían tratado de frenar a unos leryones que tal vez hubieran completado su misión: acabar con todos aquellos que encontraran a su paso. Muy pocos habrían tenido la suerte de escapar del modo en que lo habían

hecho los denlores que momentos antes se encontraban con él.

El ascenso a la torre fue lento y tortuoso para el zenlor, no por el cansancio que acusaban sus piernas sino por el nerviosismo que se había apoderado de él. Pasó junto a la estancia donde deberían encontrarse los halcones. Las jaulas estaban vacías, no había ningún ave en los alrededores. Incluso ellas habían huido de un escenario tan terrible y peligroso.

—Darreth… —llamó, sin atreverse a elevar demasiado la voz; una voz que se quebró al contemplar al denlor, tendido en el suelo. Corrió hacia él y, cuando se encontró a sus pies, sus ojos fueron desbordados por las lágrimas de un llanto mudo y desesperado. El pálido roce de la muerte envolvía al joven, cuyos ojos aún permanecían abiertos.

—Darreth… No… —Zen Varion se arrodilló junto a él, y derramó las más amargas lágrimas que había dejado escapar en toda su vida. Cerró los ojos de Darreth y luego los suyos mientras hundía el rostro en los cabellos de su discípulo, incapaz de creer lo sucedido.

—Ha regresado a Athmer.

Zen Varion se sobresaltó al escuchar aquellas palabras. Miró por detrás de él y contempló al extraño personaje que él y Darreth habían visto en Mynthos.

—En esta ocasión, ya no puede volver —habló nuevamente Derit, con la mirada perdida en Darreth— pues su espíritu ha dejado este mundo para regresar al que pertenece. No llores por él, Zen Varion, pues de un modo u otro estaba predestinado a dejar atrás el mundo de los hombres y volver junto a Zelsios.

Derit acarició la frente de Darreth con su mano derecha, pronunció unas palabras y, para sorpresa del zenlor, el cuerpo sin vida de su discípulo se fue desvaneciendo hasta desaparecer, quedando únicamente sus ropajes y pertenencias.

—Ha sido Grimward, ¿verdad? —preguntó Zen Varion, quebrado por el dolor.

—Así es. La espada de Grimward arrebató la vida del muchacho. Sabes cuál es su plan, ¿verdad? Ha conseguido llevar a cabo un importante objetivo de su ambicioso proyecto: borrar la influencia de Athmer y aniquilar a la mayoría de los helvatios. Son pocos los clérigos y caballeros que han logrado escapar a su odio…

—¿Dónde está ese malnacido? —Zen Varion estaba fuera de sí— ¿Adónde ha ido?

—Se ha dirigido al castillo, a encontrarse con Kariosh.

—Voy a matarlo… Los mataré a los dos.

—Me temo que la muerte de Grimward no está en tus manos. Hay alguien que sí podría hacerlo.

Cuando Zen Varion estaba a punto de responder, la imagen de Derit desapareció ante sus ojos. Incapaz de contener su ira, Zen Varion decidió hacer caso omiso a aquellas últimas palabras. Mataría a Grimward o moriría en su intento de venganza.

CAPÍTULO 41: UNA CASA ABANDONADA

—Los mostures se preparan para un nuevo ataque —fueron las primeras palabras de Ivarth, nada más encontrarse con Taenara.

—¿Pretenden asaltar el castillo?

—Así es. Están reagrupándose a las afueras del barrio donde se ocultan y pronto marcharán sobre el castillo. Creo que tu hermano se encuentra allí, aunque una gran parte de su ejército está en las inmediaciones de la Plaza del Poder.

—Los mostures, ¿son muchos?

—Suficientes como para tomar el castillo. Las fuerzas de tu hermano son escasas.

—Como las nuestras —dijo la princesa, pensando en lo ocurrido durante su enfrentamiento con los mostures. La muerte de Fergush se había sumado a la de la mayor parte de los nybnios que la habían acompañado; los hombres de Owen, muertos o desaparecidos, al igual que algunos de los piratas de Sándor. Taenara no estaba convencida de poder contar ni tan siquiera con un centenar de guerreros para llevar a cabo cualquier ataque contra los mostures o contra su hermano.

—Nos encontramos en una situación difícil —la princesa repartió la mirada entre Ivarth, Salwen y Sándor. El pirata se recuperaba lentamente de sus heridas y caminaba apoyándose sobre un bastón.

—Así es, princesa —replicó Ivarth—. Mis hombres y yo os ayudaremos en lo que necesitéis. Si queréis un paso seguro a través del castillo para llegar a vuestro hermano, podemos hacernos cargo de los vigilantes apostados en el patio. Mis hombres conocen cada uno de sus turnos de guardia, incluso los nombres de los soldados que recorren cada rincón próximo a la fortaleza donde en este instante se encuentra vuestro hermano.

—¿También está Grimward?

—El comportamiento de ese individuo es más impredecible. Alguno de mis hombres lo ha visto en la Morada, después de que los leryones saquearan el hogar de los helvatios, matando a la mayoría de

ellos. Es posible que los clérigos y caballeros que lograron escapar se hayan refugiado en el barrio nybnio.

—¿Por qué Kariosh no ha atacado ese lugar? ¿Qué tiene de especial?

—Ese barrio fue devastado y ahora solo quedan de él sus ruinas; unas ruinas que ocupan una gran extensión y podrían convertirse en una trampa mortal para quien intentara atacar a los mostures que allí se refugian.

—De modo que tanto los mostures como Kariosh prefieren que la batalla se decida a los pies del castillo —dijo Sándor, que permanecía sentado junto a Salwen, de quien no se había vuelto a separar tras la traición de Owen.

—Exacto —respondió Ivarth—. Lo mejor que podemos hacer en este momento es esperar, ver el desenlace de ese posible último choque entre ambos.

—Debo matar a Kariosh.

Las palabras de Taenara causaron sorpresa en Ivarth.

—Pero ¿cómo vais a adentraros en el castillo? —inquirió Sándor—. Por mucho que los hombres de Ivarth pudieran ayudaros, en breve los mostures se encontrarán a las mismas puertas. Nadie podrá aproximarse a las inmediaciones del castillo sin toparse con ellos.

—En ese caso, tendremos que unirnos a los mostures.

—¿Qué? —Ivarth frunció el ceño—. Eso es una locura, princesa. ¿Cómo pretendéis que nos unamos a nuestros enemigos? Hemos participado en el ataque a los helvatios. ¿De verdad creéis que nos permitirán acompañarlos?

—Creo que no me he expresado correctamente —la princesa esbozó una sonrisa—. Lo que realmente quería decir es que solo yo acudiré para unirme a ellos. No quiero involucraros en una misión que me corresponde únicamente a mí.

—Pero, princesa…

—La muerte de Kariosh es un asunto que solo me concierne a mí —dijo Taenara, interrumpiendo la queja de Salwen.

La princesa se acercó a quien había sido su más fiel amiga y consejera y acarició su rostro en un gesto que dulcificó sus palabras.

—Vine a Móstur con intención de frenar las ambiciones de mi hermano. Desde un primer momento supe que resultaría difícil, casi imposible, convencerlo para que desistiera de su empeño en incorporar las tierras de Móstur a Leryon, imponiendo además el culto a su dios, Lorwurn. Kariosh no cederá, ni siquiera ahora que tiene su ejército mermado y apenas controla una parte de la ciudad. Luchará hasta que muera el último de sus hombres. Y no voy a permitirlo. Por

eso, me dirigiré al barrio donde se encuentran los mostures, para negociar con ellos.

—Pero ¿y si no quieren negociar? —Ivarth no parecía conforme—. No querría que, después de haber afrontado cada una de las dificultades que se nos han presentado, os hicieran daño ahora, en circunstancias que podrían haberse evitado.

—No te preocupes, Ivarth. Nadie va a hacerme daño.

—Iré con vos —dijo Salwen, acercándose a la princesa—. No permitiré que vayáis sola.

—Os acompañaremos, princesa —añadió Sándor.

—Tú apenas puedes caminar —respondió Taenara, con una expresión de ternura en su rostro—. Debes recuperarte, Sándor. En cuanto a ti, Ivarth, si alguno de los mostures te reconoce, identificándote como el líder de una compañía de mercenarios, tal vez desconfíen de mi propuesta, más aún de lo que lo harán si acudo yo sola ante ellos. Salwen vendrá conmigo. Estoy segura de que al menos conseguiremos que los mostures nos escuchen pues, al fin y al cabo, ¿qué peligro puede suponer para ellos nuestra presencia?

Ivarth asintió, convencido. Sin embargo, Sándor tenía dudas.

—No te preocupes —le susurró Taenara—. No permitiré que le pase nada malo a Salwen. Cuidaré de ella.

—No me cabe ninguna duda —respondió Sándor.

—Entonces, no hay más que hablar —Taenara estaba dispuesta a partir de inmediato—. Cuanto más nos retrasemos, es más probable que no lleguemos a tiempo antes de que los mostures carguen contra los soldados del castillo.

Salwen y Taenara abandonaron la vivienda que se había convertido en el refugio donde permanecer a salvo de mostures y leryones. Estaba ubicada en un extremo de la ciudad que había sucumbido ante los primeros ataques de Kariosh y sus soldados, casi en los límites de las murallas y lejos del punto donde se habían concentrado los principales enfrentamientos entre ambos ejércitos.

Taenara caminaba con paso firme, segura de que no encontraría en su camino nadie capaz de herirla. Pensaba que únicamente su hermano, el siervo fiel de Lorwurn, podría dañarla. Pero Kariosh se encontraba en el castillo. Estaría preparando la defensa de la que probablemente sería la última oportunidad de los mostures para recuperar su ciudad. Los ejércitos de Leryon se encontraban al límite, pero afrontarían la última batalla alentados por Kariosh. Tal vez bastara su muerte para que los ocupantes del castillo se rindieran con la única condición de que se les permitiera regresar a sus tierras. Así lo creía Taenara. La muerte de Kariosh supondría el final del

derramamiento de sangre.

La princesa se mostraba alegre por contar, una vez más, con la compañía de Salwen en otra delicada aventura. Desde su marcha de Leryon habían pasado por numerosos momentos de incertidumbre en los que la joven consejera siempre había permanecido a su lado. El amor que Salwen sentía por ella había ido transformándose, de la mera e irresistible atracción física que Taenara era capaz de causar, hasta un amor mucho más trascendental. Salwen amaba a Sándor, que le había manifestado su intención de dejar atrás su mundo para unirse a ella. El Rey Pirata estaba dispuesto a iniciar una nueva vida; no lejos del mar, quizá, pero sí de los peligros que entrañaba la permanencia en sus rutas comerciales y sus islas. Salwen compartía con Sándor ese deseo, y aun así seguía sintiendo por Taenara una auténtica devoción que la impulsaba a no querer separarse de ella hasta que la princesa hubiera culminado la misión que le había llevado hasta Móstur. Salwen ni siquiera estaba convencida de saber el verdadero motivo por el que Taenara estaba dispuesta a matar a su hermano. Había sido testigo de los prodigios obrados por la princesa, sabía que no era un ser humano mortal como los demás. Había sido elegida por la diosa Daera, pero el propósito final que habría de cumplir entre los hombres continuaba siendo un enigma para ella. Taenara no se lo había revelado, y ella no quería entrometerse en los asuntos de los dioses.

—Después de esta última aventura tomaremos rumbos distintos —dijo Taenara—. Tendrás una nueva vida junto a Sándor; una vida lejos de toda la crueldad que has contemplado estando conmigo.

—A vuestro lado también he vivido los mejores momentos de mi vida, y me he sentido libre.

—Lo sé. Y esa libertad pronto será plena, cuando esta terrible batalla llegue a su fin. Alcanzarás la felicidad junto a Sándor.

—¿Qué haréis vos? No me gustaría que nuestra amistad quedara olvidada, después de todo lo que hemos pasado juntas.

—Solo sé lo que he de hacer ahora: liberar al mundo de la maldad de Kariosh. En cuanto a lo que haré después, es una incógnita incluso para mí. No quiero involucrarme en la vida que te espera. Me conoces lo suficiente como para saber que… En fin, no soy como los demás.

—Sé que Daera os ha dotado de grandes poderes, pero también hay en vos unas cualidades que os hacen más… humana, que la mayoría de todas las personas que he conocido. Por eso no me gustaría que nuestros caminos se alejaran hasta el punto de no volver a cruzarse.

—Llegado el momento, mi destino me será revelado. Mientras tanto, he de cumplir con mi sagrado deber. Espero que los mostures, lejos de crearnos problemas, accedan a mi petición.

—Pero nos habrán visto en el ataque llevado a cabo en la Morada.

—Así es. Sin embargo, ninguna de nosotras ha empuñado las armas contra los helvatios o los demás mostures, ¿verdad? Si les digo que soy la hermana de Kariosh y pretendo matarlo para usurpar el trono que injustamente le fue entregado, tal vez los mostures me permitan alinearme entre sus filas y acceder al castillo.

—O quizá no lo crean y os capturen como prisionera.

—Ya hemos sido prisioneras en alguna ocasión, ¿no es cierto? Y el destino es tan caprichoso, que en breve quien fue nuestro carcelero se convertirá en tu esposo.

Las palabras de Taenara arrancaron una sonrisa en Salwen. La joven sintió el impulso de abrazar a la princesa, olvidándose por momentos de que se encontraban demasiado cerca del peligro.

—Ese debe de ser el barrio nybnio —dijo Taenara. Tras dejar atrás algunas callejuelas en las que apenas encontraron rastros de devastación en sus edificios, se encontraban frente a las primeras viviendas que daban forma al barrio de los comerciantes. Muchas de ellas habían sido derruidas; otras habían sufrido algunas transformaciones. Las calles permanecían, en algunos tramos, enterradas bajo fragmentos de roca que las volvían intransitables. El aspecto de aquel extremo de la ciudad resultaba tan sombrío como el de un cementerio.

Taenara se detuvo un instante, temiendo que muy pronto serían capturadas por los mostures. Contempló el lóbrego aspecto del lugar al que se encaminaban y dio un primer paso hacia el peligro.

—Ahora ya solo tenemos que adentrarnos en el barrio, a la espera de que los mostures salgan a nuestro encuentro. No te separes de mí.

Salwen asintió y se situó junto a la princesa, que alzó las manos mientras se adentraba entre los primeros edificios. Caminaba lentamente, con las manos a la vista, dando a entender que ella y Salwen se entregaban voluntariamente a unos mostures que estarían acechando en algún rincón.

—¡Deteneos!

Del interior de una vivienda surgió la imagen de un soldado con el emblema del lobo bordado en el pecho.

—Sois de la Casa Clarke, ¿verdad?

La pregunta de Taenara tomó por sorpresa al soldado.

—Así es. ¿Quiénes sois vosotras?

—Hemos hecho un largo viaje desde Leryon. Mi nombre es Taenara…

—¿Sois la princesa de Leryon? —el soldado desenvainó su espada.

—Así es —Taenara mantenía los brazos en alto y un tono afable en

su voz—. He venido a firmar la paz con los mostures.

—¿Os envía vuestro hermano?

—Mi hermano no sabe que estoy aquí. Por favor, llevadme ante vuestro señor. Al igual que vosotros, yo también quiero derrotar a Kariosh. Fue nombrado rey de manera injusta. Su trono y su corona me pertenecen. Además, él ha empujado a mi pueblo a esta injusta guerra. Debe pagar por ello. Os lo ruego, permitidme presentarme ante quien ostente el mando.

El soldado no estaba muy convencido.

—Antes de continuar andando, entregadme vuestras armas.

Salwen le entregó su cuchillo; Taenara, le entregó las flechas que portaba a la espalda, tratando de evitar despojarse de su arco. El soldado pareció conforme, invitándolas a seguir caminando, siempre por delante de él.

En apenas unos segundos, más soldados de la casa Clarke se acercaron, cercando a las leryonas. Entre ellos se encontraba Herry, el hijo de *Lady* Alys, quien escuchó atentamente las palabras que ya Taenara había pronunciado anteriormente respecto a su origen y propósito.

—Os conduciré hasta *Lady* Alys —sentenció Herry—. Y que ella tome una decisión.

Se dirigieron al lugar en el que se encontraba la Señora de la Casa Clarke, en una de las viviendas mejor custodiadas. *Lady* Alys estaba en su interior, acompañada por Sílax y Shyra. Había tomado un cariño especial a aquella chiquilla que le recordaba a ella en sus años de juventud.

Cuando Herry solicitó audiencia con su madre, esta no dudó en hacer pasar a su hijo y las leryonas. Al igual que había sucedido con sus soldados, quedó impresionada, no solo por la belleza de Taenara, sino por la seguridad que mostraba en cada uno de sus gestos, como si fuera una más de quienes en aquellos momentos preparaban el asalto al castillo.

Las recién llegadas también quedaron sorprendidas al descubrir a la señora encargada de regir los destinos de los mostures en unos momentos trascendentales. Nada más ver a *Lady* Alys, Taenara comprendió que se trataba de una mujer que siempre se había mostrado fuerte ante la contrariedad, firme en el momento de tomar una decisión. Sus arrugas eran, ante todo, el vestigio de años de experiencia en el devenir de los acontecimientos, en los avatares de una vida que para los mostures se había tornado en pesadilla.

La señora de la Casa Clarke fijó su mirada en Taenara, y a continuación en su hijo, esperando que las leryonas fueran

presentadas.

—Ellas son Taenara, la hermana del rey Kariosh, y su consejera. Se han presentado voluntariamente ante nosotros porque quieren negociar un acuerdo…

—Mi nombre es *Lady* Alys —la expresión de la señora no tornó la frialdad mostrada nada más contemplar a ambas jóvenes—. De modo que eres la hermana del rey. ¿Vienes a rendir el castillo en nombre de Kariosh, a cambio de que os dejemos salir con vida de la ciudad?

—No.

—Bien, porque no habrá perdón para Kariosh, ni para cualquiera que se interponga en nuestro paso en el momento en que avancemos hacia el castillo.

—Me parece justo —dijo la princesa.

—En ese caso, ¿qué quieres negociar? No tengo tiempo que perder, jovencita. Ya deberíamos estar a las puertas del castillo, mostrando a vuestro ejército el destino que aguarda a quienes no se rindan a tiempo.

—Queremos unirnos a vuestro ejército, *Lady* Alys —dijo Taenara, sin tan siquiera pestañear—. Quiero matar a Kariosh.

Lady Alys suspiró profundamente. No quería demorar el ataque sobre el castillo, y mucho menos por culpa de aquella inesperada visita que le generaba más incertidumbre que confianza.

—¿Por qué quieres matar a tu hermano, Taenara?

—En primer lugar, porque ha arrastrado a mi pueblo a una guerra que nuestro padre siempre quiso evitar. En segundo lugar, porque yo debería ser quien portara la corona de Leryon. Mi hermano nunca fue un hombre justo, no merece regir los destinos de mi pueblo. Si Kariosh muere, yo me convierto en la reina de Leryon. Y podré cerrar con vos un acuerdo para alcanzar la paz.

—Tal vez podáis devolvernos la paz que vuestro hermano nos ha arrebatado a todos. Sin embargo, no podéis devolvernos las vidas de todos los inocentes que habéis matado. No podéis deshacer todo el daño causado ni restablecer el esplendor de Móstur antes de vuestra llegada. Seamos sinceros, princesa: la balanza nunca podrá equilibrarse.

—Nadie podrá devolveros cuanto habéis perdido, lo sé. Pero tal vez logremos salvar las vidas de los que aún están a vuestro lado, incluyendo a vuestro hijo.

Herry miró con asombro a Taenara. En ningún momento le había dicho que *Lady* Alys era su madre, aunque bien era cierto que entre ambos había cierto parecido, en parte escondido bajo el yelmo que portaba el caballero.

—Veo que eres muy observadora, Taenara. Esta es mi propuesta: antes de atacar el castillo, mi hijo Herry se encargará de que algunos de nuestros hombres os abran el paso hacia el interior. Os daremos un margen de tiempo para llevar a cabo vuestro cometido. Matad a Kariosh y salvaréis las vidas de los demás soldados, pues en atención a ti, como nueva reina de Leryon, les serán perdonadas sus vidas. Si no tenemos noticias vuestras en el plazo establecido, atacaremos el castillo y mataremos a todos los leryones que encontremos a nuestro paso. Eso podría incluiros también a vosotras, pues una vez llegado el momento de derramar la sangre enemiga, no podré detener las espadas de mis hombres. Es todo cuanto os puedo ofrecer, princesa: el perdón a vuestros soldados a cambio de la cabeza de Kariosh. Si de verdad cumplís vuestro cometido y me dais una prueba de la muerte de vuestro hermano, negociaremos la paz. Kariosh nos arrebató las vidas de muchos, incluyendo la de nuestro senescal, cuyo cadáver aún se encuentra a la entrada del castillo, expuesto para burla de los vuestros y amenaza para los míos.

—Me parece una propuesta adecuada.

—Toma en serio mis palabras, jovencita. El tiempo no juega a tu favor, y estoy tan determinada a matar a Kariosh que, si es necesario, acabaré quemando el castillo, con todos los leryones en su interior.

—Me tomo muy en serio vuestra propuesta, mi señora. Mataré a Kariosh y, la próxima vez que me presente ante vos, será con su corona sobre la cabeza.

—Espero que así sea, por tu bien y el de los leryones que aún mancillan nuestra tierra con su presencia. Y ahora, cumplid con vuestra parte del pacto antes de que oscurezca. Cuando se haya puesto el sol, derramaremos toda la sangre leryona que encontremos a nuestro paso.

—Entonces, será mejor que no pierda más tiempo. Nos veremos antes del ocaso. Os lo prometo.

La princesa inclinó la cabeza como muestra de respeto y dirigió la mirada a Herry, esperando que les condujera a los hombres que habrían de guiarlas al interior del castillo.

Lady Alys vio partir a las leryonas, dudando acerca de la veracidad de las palabras pronunciadas por Taenara. Aquella joven era lista, sin duda. ¿Estaría diciendo la verdad, o todo formaría parte de una trampa tendida por el propio Kariosh? Esperaba encontrar una respuesta con la llegada del ocaso.

CAPÍTULO 42: EL CASTILLO

Gorgoth había perdido a la mayoría de sus hombres en el ataque al castillo. Él mismo terminó herido en el brazo por uno de los proyectiles lanzados por los mostures en la emboscada con la que habían sido sorprendidos. Afortunadamente para el capitán, no se trataba del brazo con el que empuñaba el arma, así que en cuestión de poco tiempo ya se encontraba en disposición de servir nuevamente a los intereses de Kariosh. Y lo había hecho, en primer lugar, para espiar a sus enemigos y poder describir ante el rey la situación en la que se encontraban los mostures. Gorgoth había enviado a algunos de sus hombres para que, de manera permanente, vigilaran los movimientos que se llevaban a cabo en el barrio nybnio y sus inmediaciones. Preocupado por el continuo reagrupamiento de todos aquellos que habían logrado salir con vida de la Morada, el capitán acudía ante la llamada de Kariosh, que preparaba la defensa del castillo ante un posible último intento de asedio por parte de sus enemigos.

—¿Me habéis hecho llamar, majestad? —dijo el capitán, nada más entrar en la sala del trono, donde Kariosh se encontraba en compañía de Grimward.

—Así es —respondió el rey—. Tus hombres afirman que los supervivientes del ataque a la Morada se han unido a los caballeros de la Casa Clarke y cuantos se refugian con ellos en el barrio nybnio.

—Así es. El número de enemigos que se oculta allí continúa creciendo. Los mostures se preparan para una ofensiva sobre el castillo.

—Que lo intenten —dijo Grimward, acercándose a Gorgoth—. Será su última y definitiva derrota.

—Hay muy buenos caballeros entre la familia Clarke y sus vasallos —Gorgoth no parecía tan convencido de la victoria como el presthe—. *Lady* Alys sabe muy bien lo que hace. Esa mujer siempre ha sido considerada como la más astuta entre los Ossetios, tal vez porque, a diferencia de los habitantes de Móstur, ella siempre ha visto la comarca con una perspectiva diferente, con un horizonte más amplio. Debéis tener cuidado.

—Ya hemos tenido un primer encuentro con ella —Kariosh torció el gesto al recordar la audiencia con *Lady* Alys—. Me sorprendió su entereza al contemplar el cadáver de lord Belson. Me enfureció que no diera una sola muestra de flaqueza ante mi advertencia, sino más bien lo contrario. Creo que lo único que podemos esperar de ella es, precisamente, un nuevo ataque. Así que estamos reuniendo todas nuestras fuerzas para hacer frente a *Lady* Alys, sus caballeros, y todos aquellos que se atrevan a atacarnos. Por cierto, ¿qué ha sido de mi hermana?

Al escuchar aquella pregunta dirigida directamente al capitán, Grimward agudizó sus sentidos. Temía que la princesa pudiera estar escondida, esperando el momento propicio para traicionarlos a todos. Si en verdad ella era la enviada de Daera, y no parecía dispuesta a permitir que el reinado de Lorwurn se impusiera en la ciudad de Móstur, sin duda estaría, en aquellos momentos, trazando un plan para acabar con cualquier pretensión de Kariosh, asesinándolo.

Gorgoth tardó en responder.

—No hemos vuelto a tener noticias de vuestra hermana desde lo ocurrido en las inmediaciones de la Morada. La carga de los mostures supuso la división de nuestros ejércitos. La mayor parte de los nybnios murió en aquel enfrentamiento y nuestras fuerzas se dispersaron. En medio de aquel caos, perdimos la pista de Taenara y sus consejeros más cercanos.

—Si la veis, avisadme cuanto antes.

—Vuestra hermana se encuentra escondida en algún rincón de la ciudad —aventuró Grimward—, conspirando contra todos nosotros. No dudó en amenazaros, majestad. Luego es de esperar su traición, tarde o temprano.

—Así es. Si hay algo que no pongo en duda acerca de mi hermana es que siempre cumple sus promesas. Sus amenazas no fueron en vano, de modo que debemos estar en alerta, porque es astuta y tenaz, dos características que la hacen temible para quienes puedan llegar a enfrentarse a ella.

—Si hay una batalla en el castillo, aprovechará el caos para llegar a vos.

Las palabras de Grimward causaron mayor temor en el rey, y como si se tratara de un augurio, desde aquel momento Kariosh trataría de mantenerse siempre protegido, temiendo que en cualquier instante su hermana pudiera aparecer para dar cumplimiento a sus amenazas. No se detendría, aunque hubiera perdido a todo su ejército o incluso a quienes parecían sus más fervientes oficiales. Taenara era obstinada. Encontraría el modo de introducirse en el castillo y atacarlo cuando

menos lo esperara.

Mientras todos estos pensamientos cobraban vida en la mente de Kariosh, uno de los exploradores que extremaban la vigilancia sobre los helvatios entró en la sala y susurró unas palabras a Gorgoth. El capitán interrumpió las cavilaciones del rey con una terrible afirmación.

—Vuestra hermana nos ha traicionado, majestad.

—¿Qué? —inquirió Kariosh—. ¿Qué ha hecho?

—Ha sido vista, en compañía de su consejera, entrando en el barrio nybnio. Al parecer, ha estado hablando con *Lady* Alys y permanece en compañía de los mostures, probablemente para unirse a ellos en el ataque al castillo.

—Sabía que nos traicionaría —dijo Grimward—. Tal y como os he advertido, esperará el momento oportuno para aprovechar el desconcierto de la batalla y acercarse a vos.

Los ojos del rey se movían, nerviosos. Se sentía incapaz de tomar una decisión que pudiera evitar aquel presagio.

—Si es preciso, doblaremos la vigilancia del castillo, enviaremos soldados a que se infiltren entre los mostures y rapten a mi hermana. ¡Quiero verla muerta!

Kariosh caminaba de un lado a otro, cada vez más nervioso a medida que crecía la ira en su interior. Estaba fuera de sí, desquiciado no solo por la traición, sino por el modo en que esta se había ido gestando. Había sido él mismo quien, inocentemente, había facilitado a Taenara la posibilidad de obtener un ejército gracias al cobro a los deudores de Leryon. Sabía que su hermana podía llegar a ser muy persuasiva, como así lo había manifestado al traer consigo a nybnios y mercenarios o piratas a su servicio. Y todo ello, para llevar a cabo un plan en contra de los intereses de Leryon.

—Haz correr la voz —el rey se dirigió al capitán, con los ojos inyectados en sangre—. Entregaré una generosa recompensa a quien me traiga a Taenara y a esa consejera suya; preferentemente vivas, pues quiero ser yo mismo quien acabe con ellas. Las ejecutaré en presencia de todos y arrojaré sus cuerpos al río.

Gorgoth asintió y, dándose media vuelta, salió de la sala a toda prisa para dar cumplimiento a las órdenes del rey. Kariosh había puesto precio a la cabeza de su hermana y, aunque no estuviera muy convencido de que Taenara se dejara capturar, al menos lograría que todos los soldados permanecieran atentos ante su posible llegada al castillo.

—Una buena decisión, majestad —dijo Grimward—. Al menos conseguiremos que los soldados presten mayor atención a vuestra

escurridiza hermana.

—¿Nuestros hombres están dispuestos para la batalla?

—Sí, majestad. Gorgoth y sus oficiales se han encargado de reunir a los mejores hombres en el patio de los caballeros. Los demás permanecen dispersos en las inmediaciones del castillo, aguardando órdenes. Han regresado muchos de los que participaron en el ataque a la Morada. El hogar de los helvatios ha sido saqueado. Hemos matado a la gran mayoría de sus clérigos, aunque hubo quienes lograron escapar, en compañía de los caballeros.

—Nuestras fuerzas se encuentran al límite, Grimward. Tal vez, en esta ocasión nuestros enemigos nos superen en número —Kariosh se sentó en el trono—. Me siento agotado, casi sin fuerzas para continuar esta maldita guerra. Y a la preocupación de cómo defender el castillo, ahora se suma la incertidumbre ante la traición de Taenara.

—Comprendo vuestra desolación —Grimward se acercó al monarca—. La batalla contra los mostures se ha complicado más de lo que habríamos esperado, y la llegada de vuestra hermana, lejos de mejorar las cosas, ha sembrado mayor incertidumbre. Pensad que, cuanto mayor sea el riesgo y la dificultad, mayor será también la recompensa. Lorwurn será generoso con vos en el momento de ver cumplida vuestra promesa de entregarle la ciudad.

—Espero que así sea. Mi confianza en Lorwurn es inquebrantable, pero mis energías para la batalla están a punto de agotarse. Casi no me quedan fuerzas para luchar, Grimward. Siento que todo lo que había imaginado para esta ciudad no era más que un sueño que empiezo a ver como inalcanzable, a punto de desvanecerse ante mis ojos.

—Tened fe. Lorwurn compensará cada uno de vuestros esfuerzos por rendir la ciudad a sus pies. Además, en este momento debéis mantener la mente libre de todos estos pensamientos. Debéis concentraros en la defensa de la ciudad y en vuestra protección frente a Taenara.

—Cierto —Kariosh respiró profundamente—. Respecto a lo de mi hermana, ¿cuál es tu opinión? ¿Qué crees que debería hacer?

—Pienso que lo más peligroso sería exponeros en una lucha contra los mostures. Si nos enfrentamos abiertamente a ellos, tal vez podríais ser un blanco fácil para vuestra hermana. Sugiero que, en el momento de la batalla, permanezcáis en vuestros aposentos.

—¿Y abandonar a mis hombres? —la primera reacción del rey parecía ser opuesta a los planes de Grimward.

—Dejad que sea Gorgoth quien lidere la batalla. Pondremos guardias en las principales galerías del castillo, de modo que a vuestra

hermana le resulte imposible acceder a vos.

—Mi hermana es capaz de acabar con todos aquellos que se interpongan en su camino.

—Si aun así consigue alcanzar vuestros aposentos, yo permaneceré escondido para caer sobre ella en cuanto aparezca.

—Aparecerá, no lo dudes. Taenara matará a todos los que se encuentre en el castillo con tal de encontrarme. Pude leerlo en sus ojos en nuestro último encuentro.

—Confiad en mí, majestad. No me separaré de vuestro lado. Sois el rey de Leryon, y cuando alcancemos la victoria sobre los mostures y hayáis ampliado las fronteras del reino, encabezaréis una nueva era en la que Lorwurn será adorado y temido por todos.

Aquellas palabras reconfortaron a Kariosh, que se sintió complacido por la visión que Grimward describía como si ya fuera una realidad. Los presagios del presthe enmascaraban la traición que él mismo estaba a punto de llevar a cabo, pues su verdadera intención no era proteger al rey, sino más bien exponerlo ante la ira de su hermana. Llegado el momento, no habría guardias custodiando el acceso a los aposentos reales. Él permanecería escondido en su interior, con el único fin de ver morir a Kariosh y, a continuación, comprobar si era cierto que Taenara había sido enviada por la diosa Daera. Esperaba que así fuera, pues nada le causaría más placer que acabar con ella, después de haber matado al siervo de Athmer. Quedaría solo él, inmortal ante los hombres, elegido por Lowurn para llevar a cabo su obra, y no importaría si en esta ocasión los leryones fracasaran en su intento. El paso del tiempo es un contratiempo para el hombre; en cambio, para los dioses no es más que una forma de medir la eternidad. Tal vez en esta ocasión no alcanzaran la victoria en Móstur, pero llegaría el día en que todos los pueblos terminaran sometidos a Lorwurn. Para ello, una vida humana no era suficiente, Kariosh debía morir y Grimward tomaría su corona.

—El futuro de Leryon está en tus manos —dijo Kariosh, reconociendo su flaqueza.

—Os prometo que no defraudaré a nuestro pueblo —respondió Grimward, imaginando que muy pronto el pueblo lo aclamaría como su único rey; un rey para la eternidad.

CAPÍTULO 43: EL CASTILLO

—¿Quiénes son y qué hacen aquí? —Ivarth se sobresaltó al ver a los mostures que acompañaban a Taenara y Salwen. Había dejado a Sándor para ir en busca de comida y lo que menos esperaba era aquella visita a la casa en la que permanecían escondidos.

—No te preocupes, Ivarth. Tal y como era mi intención, hemos alcanzado un acuerdo con ellos, aunque tengo que decir que el trato con *Lady* Alys no ha sido lo cordial que me hubiera gustado.

—Eres la hermana de Kariosh, ¿qué esperabas? —replicó el mercenario.

—Cierto. Pero he de reconocer que la señora de la Casa Clarke me ha resultado una mujer demasiado fría. Supongo que, en estos momentos, se necesita a alguien capaz de tomar decisiones con esa entereza, pero me ha resultado algo perturbador.

—Entonces, ¿qué acuerdo has alcanzado con *Lady* Alys? ¿Y quién es, por cierto?

—Ella es quien está al mando de los mostures en estos momentos —respondió Salwen—. Me ha parecido una mujer interesante. Fría, sí… Pero muy comprensiva para la situación por la que atraviesa su pueblo. Otros, en su lugar, quizá nos hubieran tratado mucho peor.

—Princesa, recordad las palabras de *Lady* Alys —dijo uno de los mostures—. No tenemos mucho tiempo.

—¿Qué palabras? —Ivarth parecía impaciente por conocer los detalles de ese acuerdo.

—Si al anochecer Kariosh no está muerto —respondió la princesa —, *Lady* Alys y su ejército atacarán el castillo y acabarán con todos los leryones que encuentren en su camino.

—De modo que, para que esta maldita guerra acabe… ¿solo hay que matar a Kariosh?

—¿Te parece poco? —habló Salwen—. El rey de los leryones no se encontrará precisamente solo, esperando la llegada de Taenara. Estará custodiado por su guardia y no permitirá que nadie se acerque.

—Taenara domina bien el arco —Ivarth parecía optimista con aquel plan—. Tan solo necesita tenerlo a tiro.

—Y por eso mismo, Kariosh no se encontrará a la vista —sentenció Taenara—. Sabe que, si se deja ver demasiado, una de mis flechas podría acabar fácilmente con él, por lo que es posible que se encuentre escondido en algún rincón del castillo. Debo entrar en la fortaleza. Y para ello están aquí los mostures.

—¿Van a matar a los guardias que custodian el castillo? —Ivarth frunció el ceño.

—No exactamente —dijo uno de los mostures, arrojando al suelo la bolsa que tenía cargada a su espalda—. Pero podemos llevarla a un lugar desde el que podrá acceder fácilmente al castillo: las cuadras.

Taenara abrió la bolsa. En su interior había varios uniformes de la guardia personal del rey Kariosh.

—Se las arrebatamos a algunos de los soldados caídos en nuestro anterior enfrentamiento en las inmediaciones del castillo —dijo el mostur—. Estas ropas son las que pudimos conseguir en mejor estado. Servirán para que la princesa pueda pasar desapercibida. Iremos con ella, vestidos de igual modo. El patio y la puerta principal del castillo estarán especialmente vigilados. Pero hay otras puertas más accesibles, como la que se esconde junto a las cuadras. Así que solo tenemos que dirigirnos allí, llevando un caballo para pasar más desapercibidos. Os acompañaremos hasta la puerta y, después, una vez en el interior del castillo, vos misma tendréis que hacer el resto.

—Me parece justo —dijo Taenara, buscando entre los ropajes que había en el interior de la bolsa. Debo ser yo quien se encargue de Kariosh… Solo yo.

—Os acompañaré —dijo Salwen.

Por un momento, la princesa estuvo a punto de impedírselo. Pero lo pensó mejor y accedió a las palabras de su consejera. Sabía que no podría evitar que la siguiera. Además, le resultaría de gran ayuda en el momento de internarse en el castillo.

—No puedo negarme a que vengas conmigo. Si estuviera Sándor aquí, tal vez diría algo…

—Para cuando quiera enterarse, ya habremos encontrado a vuestro hermano.

—Cierto, no tenemos mucho tiempo —Taenara repartió los uniformes que encontró en la bolsa. Le resultó todo un alivio contemplar la capucha de las sobrevestas que estaban a punto de formar su nuevo atuendo. Le habría resultado más difícil pasar desapercibida con sus cabellos al descubierto.

—Puede parecer un plan un tanto estúpido, princesa —dijo el mostur que había llevado la bolsa hasta allí— pero creedme si os digo que, en tiempos de guerra, cuando todas las miradas están puestas en

el enemigo que se acerca, nadie se fija en los rostros de quienes visten su mismo uniforme.

—La verdad es que no era el modo que esperaba de entrar al castillo, pero confiaré en vosotros. Las opciones no eran muchas. Espero, al menos, no ser atacada por alguno de los nuestros que, al vernos con estos uniformes, nos confundan con auténticos leryones…

—No os preocupéis —dijo Ivarth—. Yo os acompañaré hasta que el camino sea seguro.

Abandonaron las viviendas que se habían convertido en su refugio tras el enfrentamiento con los mostures. Resultaba extraño, en aquel momento, caminar junto a dos de ellos.

Ataviada con el uniforme de la guardia personal de Kariosh, Taenara intuyó que no tardaría en verse frente a frente con su hermano. Aquel pensamiento desató en su interior sentimientos encontrados. Sentía que debía matarlo, no solo para acabar con la terrible guerra que había desatado entre mostures y leryones, sino también para prevenir el oscuro reinado de Lorwurn. Aquello trascendía cualquier otro recuerdo de Kariosh que pudiera hacerle digno de clemencia. En su mayor parte, eran imágenes de la niñez compartida por ambos, cuando Kariosh no era muy distinto a los demás chiquillos con los que acostumbraba a llenar de aventuras su día a día por las calles de Leryon. Aquellas reminiscencias de la niñez estuvieron a punto de arrancar alguna lágrima en la princesa.

—¿Os encontráis bien? —preguntó Salwen, siempre atenta a cada uno de sus gestos.

—Sí, aunque lo cierto es que…

—Os comprendo perfectamente. Tenéis una misión que cumplir. Sin embargo, por otro lado, Kariosh nunca ha dejado de ser vuestro hermano.

—Así es —respondió Taenara—. No ha sido el hermano perfecto, pero, al fin y al cabo, tenemos la misma sangre. Me pregunto si, llegado el momento, mis dudas podrían echar a perder todo por lo que hemos estado luchando.

—Desterrad esos pensamientos, princesa. Tomaréis la decisión correcta, como habéis hecho hasta ahora.

Taenara agradeció aquellas palabras. Nunca se había mostrado débil, al menos hasta aquel instante. Respiró profundamente y se sintió mejor. La calma parecía regresar a su ser a medida que su lado más humano tornaba nuevamente en la sombra que debía esconderse tras su divina naturaleza. No era el mejor momento para dejarse llevar de los sentimientos.

Ivarth se despidió de las leryonas, casi desde la distancia, en el

momento de acercarse peligrosamente a las construcciones que se encontraban visibles desde las torres del castillo.

—Bien, mi querida amiga —Taenara tomó a Salwen de la mano—, una vez más me acompañas a una nueva aventura. Espero que, de verdad, este sea el último peligro en que te veas envuelta por mi culpa. Cuando todo esto acabe, podrás regresar con Sándor y disfrutar de la nueva vida que se abre ante ti.

—Os estaré siempre agradecida, no solo por eso, sino por cada uno de los momentos que me habéis permitido vivir a vuestro lado. Siempre lo recordaré, princesa.

—Cuidado, princesa —uno de los mostures se giró hacia ellas—. A medida que nos acerquemos al castillo, mayor será el peligro. Evitaremos la entrada principal y nos dirigiremos directamente a las caballerizas, con la esperanza de que allí no nos aguarde ningún imprevisto.

Cruzaron algunas de las callejuelas próximas al castillo, casi desde donde podían contemplar, no demasiado lejos, la frontera trazada por las primeras viviendas del barrio nybnio. La distancia que separaba a unos ejércitos de otros parecía demasiado estrecha. Taenara se preguntó si *Lady* Alys aguardaría hasta la llegada de la noche para atacar el castillo. Algo en su interior le decía que la señora de la Casa Clarke no esperaría tanto.

Los pasos de los primeros leryones que se cruzarían en su camino la hicieron volver en sí. Afortunadamente, el gélido aire del atardecer jugaba a su favor. Tanto ella como Salwen y sus acompañantes tenían puestas las capuchas que les permitirían pasar desapercibidos entre los nuevos ocupantes del castillo y sus inmediaciones.

Dejaron a un lado la entrada principal a la fortaleza, donde se concentraba un mayor número de soldados, y se aproximaron a su destino. Las caballerizas constituían una edificación sobria desde la cual podía accederse al interior del castillo, a través de unos pasillos escondidos tras sus sólidos muros.

—Si creéis en algún dios, es el momento de encomendarse a él, princesa —susurró el mostur más joven—. La entrada a las caballerizas está menos vigilada que los demás accesos al castillo, pero podríamos cruzarnos con más guardias en el interior. Espero que no os reconozcan, porque, de lo contrario, estamos muertos.

—Esos hombres siempre han servido a mi hermano, y seguramente mi llegada al castillo es lo que menos esperan. Debí haber convencido a *Lady* Alys para que nos echara una mano, simulando un ataque o atrayendo de cualquier otro modo la atención de todos estos guardias.

—Ya es un poco tarde para eso —dijo el otro mostur, con la

mirada puesta en uno de los guardias que se encontraban en la entrada.

—¡Vosotros! —el guardia fijó su mirada en uno de los mostures, provocando el temor entre sus acompañantes—. Venid aquí.

Salwen y Taenara se situaron por detrás de aquel que había sido directamente interpelado por el oficial.

—¿Qué estáis haciendo, fuera del castillo? Grimward ordenó a todos los miembros de la guardia personal del rey permanecer en el interior. Como os vuelva a ver por aquí, ordenaré que os encierren junto a los estúpidos que trataron de desertar la pasada noche y me aseguraré de que sufrís su mismo destino, ¿está claro?

—Sí, está claro —dijo el mostur con la voz entrecortada y tan pálido como si en realidad la amenaza del oficial le hubiera metido el miedo en el cuerpo.

—Malditos vagos —susurró el oficial al hacerlos pasar a las caballerizas.

«Maldito idiota», pensó Taenara, disimulando una sonrisa.

El mostur más veterano se situó en primer lugar.

—Seguidme, y no abráis la boca hasta que no estemos en la propia entrada al castillo —dijo, recuperando el aliento tras el susto recibido.

Caminaron por una estrecha galería interior que les conduciría hasta las caballerizas. A uno y otro lado se abrían los pasillos en torno a los cuales se habían ubicado unos caballos que no resultaban precisamente numerosos. A su paso, se cruzaron con varios mozos de cuadra y otros guardias preocupados por cumplir las órdenes que les habían sido dadas.

Traspasaron el umbral que los llevaría a las primeras galerías del castillo. Taenara sentía que su pulso se aceleraba. Portaba la bolsa que habían llevado consigo los mostures. En su interior se encontraba el arco y su intención era echárselo a la espalda nada más entrar en el castillo y asegurarse de que nadie los veía.

—Nuestros caminos se separan aquí, princesa —dijo el veterano mostur, con la mirada puesta en la puerta que conducía al castillo—. A partir de este momento, deberéis continuar solas. Tomad el pasillo que se abre a la derecha. Alcanzaréis un atrio con varios arcos y puertas que conducen a distintas estancias. Tras uno de los arcos se encuentran unas escaleras ascendentes que os conducirán a otro pasillo próximo a las habitaciones reales y la sala del trono.

—Gracias por vuestra ayuda —respondió Taenara, decidida a no demorar por más tiempo su entrada a la fortaleza.

—Que tengáis suerte —dijo el otro mostur—. Acabad con Kariosh y la guerra llegará a su fin.

La princesa dio un primer paso hacia adelante, convencida de que no resultaría tan sencillo apagar las llamas de la guerra, aunque Kariosh muriera. No estaba segura de que los leryones cesaran en su ambición de conquista ni aun dirigiéndose a ellos con palabras de paz. Probablemente, en el interior del castillo permanecerían atentos a su posible llegada. Kariosh se habría asegurado de incrementar la vigilancia de aquellos laberínticos corredores y sus estancias aledañas.

Con la certeza de encontrarse a alguno de aquellos guardias, abrió la puerta. Ella y Salwen se deslizaron al otro lado y, para su sorpresa, la galería estaba vacía.

—Podría ser una trampa —dijo Salwen, convencida de que los guardias preparaban una emboscada.

—Pronto lo descubriremos —Taenara dio un primer paso, sabiendo que a partir de aquel momento no habría de separarse de su arco. Estaba decidida a matar a Kariosh, y haría lo mismo con todo aquel que tratara de interponerse en su camino.

—He ordenado doblar la vigilancia en los accesos al castillo —dijo Grimward—. Los oficiales son conscientes de que es muy probable que vuestra hermana trate de llegar hasta vos. Acabarán dando con ella.

Las mentiras del presthe iban en aumento. Lejos de incrementar la vigilancia de los accesos al castillo, había concentrado la mayor parte de los guardias en zonas en las que no evitarían que la princesa llegara a Kariosh. A la entrada de los aposentos reales había un mayor número de guardias que pronto serían alejados de allí. Grimward pretendía aislar al rey. Kariosh le había manifestado su inquietud por la inminente llegada de Taenara tras haber negociado con los mostures. Tenía claro que su cabeza sería el precio de la paz que habría pactado con *Lady* Alys, quien nunca le perdonaría lo que había hecho con el cuerpo de lord Belson tras su muerte. El cadáver del senescal aún colgaba en la fachada principal del castillo.

Cuando Grimward se aseguró de que Kariosh permanecería en sus aposentos, se marchó de su lado y dio comienzo a la última fase de su plan para mantenerlo totalmente aislado de su guardia personal. Haría correr el rumor de que el rey estaba a punto de firmar la rendición, algo a lo que no estaban dispuestos los principales oficiales. Algunos de ellos incluso habían sugerido la posibilidad de ir al barrio nybnio y terminar con los últimos mostures que allí pudieran esconderse.

Grimward ya había previsto que, al caer la noche, temiendo un posible ataque del ejército de *Lady* Alys, los guardias permanecieran lejos de los alrededores de la habitación de Kariosh. Probablemente fuera el momento elegido por Taenara para matar a su hermano, tal vez cuando los mostures decidieran atacar el castillo y sembrar la

confusión necesaria para que la princesa pudiera actuar libremente en medio del desconcierto de la batalla. La mente del presthe era un hervidero de traicioneros pensamientos y formas de acabar, primero con el rey, después con sus enemigos, entre los que tal vez estuviera Taenara. Sentía ansiedad por descubrir la verdadera naturaleza de la joven, quien tal vez fuera un último obstáculo para la propagación del culto a Lorwun.

Grimward caminaba en círculo, en el interior de un patio rodeado por columnas, dando forma a crueles elucubraciones acerca de cómo librarse de todos los que se interponían, primero en su ascenso al trono, y después en su dominio sobre Leryon y Móstur. Con cada instante, sus ansias de poder parecían acrecentarse. Su ambición amenazaba con desbordar cualquier límite imaginable.

A punto de poner un pie en el atrio, Grimward descubrió, en la galería, la presencia de dos miembros de la guardia personal de Kariosh. Vio algo extraño en su forma de caminar, en su comportamiento. Observó sin ser visto y siguió con la mirada cada uno de sus gestos. Escuchó una voz, y sus dudas iniciales se disiparon. Se trataba de Taenara y su consejera. Su mente reaccionó con nuevos pensamientos en los que la deslealtad a kariosh cobraba una nueva dimensión. Se sintió tentado de salir al encuentro de Taenara y llevarla él mismo ante Kariosh. Habría sido el modo perfecto de culminar su traición, primero al rey, después a su hermana. Sin embargo, si de algo estaba seguro era de que la princesa sospecharía de él en cuanto sus caminos se cruzaran. Decidió seguirlas, pues parecía que tenían claro que Kariosh no estaba lejos. El atrio estaba silencioso y las pisadas de las leryonas se escuchaban como un prolongado susurro.

Grimward se percató de que Taenara parecía tener claro el camino a seguir. La vio cruzar parte del atrio para perderse al otro lado de un arco, donde los peldaños de una escalera de piedra las conducirían a las principales estancias del castillo. La penumbra pronto se convertiría en oscuridad. Taenara pasaría desapercibida por un rincón de la fortaleza que, a diferencia de lo que creía Kariosh, se encontraba sumido en la calma de la soledad.

Taenara y Salwen se detuvieron junto a la entrada a los aposentos del rey. Fue un momento especialmente dulce para Grimward, pues sus mejores augurios parecían a punto de cumplirse. Imaginó los acontecimientos más inmediatos: portando su arco, Taenara solo tenía que dar unos cuantos pasos para descubrir a su hermano, que nada podría hacer para frenar la flecha que la princesa ya había tomado. Él se escondería tras la puerta, siendo testigo privilegiado de aquel

encuentro y su desenlace. A continuación, podría ver confirmadas sus sospechas.

Con cada paso que daba, Grimward veía más cercano el momento de convertirse en el único siervo inmortal de los dioses, una inconmensurable recompensa: tenía ante sí el don de la eternidad a sus pies. Había dado muerte a Darreth y ahora portaba su espada; pronto mataría a Taenara, apropiándose de su arco. Con las temibles armas de los dioses en su poder, no habría nadie capaz de arrebatarle el cumplimiento de sus más oscuros designios.

El presthe se recreó con cada uno de aquellos pensamientos mientras se aproximaba a la entrada que Taenara y su consejera acababan de franquear.

La princesa se adentró en las estancias del rey. Lo hizo de un modo tan sigiloso, que Kariosh no se percató de su presencia. Estaba sentado a la mesa, escribiendo una última orden que quería trasladar a sus oficiales. Su rostro no era ajeno a la preocupación que lo mantenía sumido en un estado de temor. El posible ataque de los mostures y el regreso de su hermana lo atormentaban a partes iguales. Mantenía la mirada fija en el texto que acababa de redactar, repasando cada línea con una mirada nerviosa, acelerada.

Cuando los ojos de Kariosh se separaron del pergamino, su rostro se tornó en una expresión de espanto, al contemplar a su hermana. Vestía el uniforme de su guardia personal, despojado de la capucha, como si la princesa quisiera que su hermano contemplara bien su rostro antes de morir. Taenara estaba a pocos metros de distancia, apuntándolo con su arco.

—¿Recuerdas lo que te dije? —habló en un tono frío, amenazante.

—Era mi destino —replicó él, tratando de contener el miedo que lo invadía—. Fui llamado a cumplir los designios de Lorwurn, a propagar su culto. Ese es el precio que debo pagar a cambio de obtener Móstur. ¿No te das cuenta? —se puso lentamente en pie, tratando de mantener en todo momento un tono sosegado en sus palabras—. Debo recuperar nuestro pasado más glorioso.

—Nos has conducido a una guerra devastadora —respondió Taenara, sin dejar de apuntar con su arco—. Has arrastrado a parte de nuestro pueblo a una terrible muerte en estas tierras malditas.

—El necesario sacrificio de las vidas de muchos. Pero todo será distinto, cuando Lorwurn se convierta en el dios único…

—¿El dios único? —Taenara elevó el tono de voz—. No voy a permitir que aquí o en cualquier otro lugar de Móstur se adore a Lorwurn.

Kariosh caminó hacia su hermana, con las manos en alto.

—Entonces, ¿vas a matar a tu propio hermano? —dijo, con cierto tono de soberbia en sus palabras y una expresión que desató el lado más cruel de Taenara.

—Si fui capaz de matar a mi propio padre, ¿por qué no habría de hacer lo mismo contigo?

—¿Qué? —Kariosh palideció aún más—. Pero ¿cómo?

—Lo envenené, poco después de la muerte de Trensis. No tardé en arrepentirme, no solo por lo cruel que fui al acabar con la vida de mi propio padre, sino por la consecuencia principal: tu llegada al trono, y la maldición que eso ha supuesto para nuestro pueblo. De modo que he venido a enmendar mi error.

—¿Y pretendes enmendar la muerte de nuestro padre con la mía? —Kariosh continuó acercándose— Taenara…

—No des un solo paso, Kariosh —la princesa amenazó nuevamente, dando un paso hacia atrás y tensando aún más su arco.

—Tu confesión acerca de la muerte de nuestro padre es lo más terrible que he escuchado nunca, hermana. Estoy seguro de que ese peso en tu conciencia te ha estado persiguiendo durante todo este tiempo. Déjame ayudarte.

Kariosh estaba aterrado ante la confesión de la princesa. Semejantes palabras solo podían ser pronunciadas por alguien que no esperara un castigo a su crimen. En ese momento, el rey se dio cuenta de que Taenara no tenía intención de perdonarle la vida y temió que todo acabara en cualquier momento. Trataba de ganar tiempo, buscando desesperadamente el modo de que su hermana dejara de apuntarle.

—Ayúdame a ganar esta guerra —dijo con tono suplicante— y te prometo que después decidiremos juntos el futuro de la ciudad. ¿Quieres el dominio de estas tierras? Te convertiré en reina de Móstur y todos se postrarán ate ti cuando te sientes en el trono. Por favor, Taenara.

—No puedes entregarme lo que no te pertenece.

En el momento en que una primera lágrima se deslizaba por su mejilla, Taenara dejó escapar la flecha que apuntaba a su hermano. El proyectil salió disparado y se clavó en el estómago de Kariosh, que a duras penas logró mantenerse en pie. Roto por el dolor, dio un paso hacia su hermana.

—Por favor… Por favor, Taenara. Te daré cuanto me pidas.

—Adiós, Kariosh —la princesa ya había tomado una segunda flecha—. Regresa con Lorwurn. Vuelve con quien te envió a sembrar estas tierras de dolor y muerte.

—Taenara…

La última súplica de Kariosh se desvaneció cuando una segunda flecha alcanzó su pecho. Con la última mirada fija en su hermana y una mueca de dolor dibujada en su rostro, el rey de Leryon se tambaleó y cayó hacia atrás. Su cuerpo, ya inerte, quedó tendido boca arriba, con los ojos abiertos.

Taenara se acercó lentamente al cadáver de su hermano, cuya sangre se derramaba lentamente sobre el suelo de la habitación.

—Adiós, hermano —susurró mientras le cerraba los ojos. Acarició sus cabellos una última vez, mientras maldecía a Lorwurn por haberse interpuesto en su camino al hacer de Kariosh su más ferviente servidor. Quería maldecirlo por haber destruido su familia, pero no podía. Tal vez Lorwurn le había arrebatado a su hermano, pero no a su padre. Ella era la única responsable de la muerte de Targosh, y en gran medida también la culpable de aquella maldita guerra. Los recuerdos de los días felices en compañía de su familia asaltaron a Taenara, hiriendo su corazón hasta hacerla sentir un fuego recorriendo sus venas. El sentimiento de culpa abrasaba su interior. Respiró profundamente y se puso en pie, alejando su mirada de Kariosh.

—Ya está hecho —dijo, con la voz quebrada, mientras se giraba hacia Salwen, que había contemplado la escena en medio de un estremecedor silencio. Al buscar con la mirada a su consejera, sus ojos tropezaron con alguien que no esperaba encontrar allí.

—No está todo hecho aún, princesa —Grimward mantenía sujeta a Salwen. Con una mano tapaba su boca, mientras que con la otra sostenía un puñal cuyo filo permanecía peligrosamente cerca del cuello de la joven.

—Déjala —dijo Taenara—. Ella no ha tenido nada que ver en esto. Solo yo soy responsable de la muerte de Kariosh. Por favor, déjala marchar. Si hay alguien a quien debes atacar, es a mí.

—En eso, creo que estamos de acuerdo. Pero antes de seguir hablando, lánzame tu arco. No quiero ninguna sorpresa como la que le has dado a tu hermano.

Taenara obedeció, convencida de que, en cuanto Grimward dejara libre a Salwen, podría enfrentarse a él sin ningún temor hasta que el aliado de su hermano comprendiera quién era ella realmente.

En cuanto Grimward tuvo en su poder el arco, empujó a un lado a Salwen, que corrió hacia la princesa.

—Colócate detrás de mí —dijo Taenara, segura de sí ante la amenazante presencia de Grimward, cuyo puñal ahora apuntaba hacia ella.

—Habéis matado a vuestro hermano, Taenara. Es un crimen

imperdonable.

—Tú no lo comprendes —replicó Taenara, hablando con desprecio a quien veía como un miserable lacayo de su hermano que permanecía a su lado en busca de poder y riquezas.

—Tal vez. ¿Qué puede empujar a alguien a matar a su propio hermano?

—Kariosh había dejado de ser mi hermano desde el instante en que Lorwurn se apoderó de su mente y su corazón, convirtiéndolo en su marioneta para llevar a cabo la expansión de su culto.

—Entiendo —Grimward esbozó una sonrisa—. Vuestro hermano se había vuelto un fanático de ese dios…

—No lo entiendes. Era mucho más que un fanático… Había adquirido parte de su poder. Era la reencarnación de Lorwurn.

Con cada palabra pronunciada por Taenara, Grimward se sentía más poderoso. Sus sospechas se habían visto confirmadas, y la naturaleza de la princesa estaba a punto de quedar al descubierto. No obstante, aún necesitaba una última prueba para ver disipadas todas sus dudas.

Grimward fingió cierta comprensión, dejando escapar una expresión de compasión hacia la princesa mientras se acercaba lentamente a ella, a punto de pronunciar palabras de consuelo ante la dramática situación que debía de estar atravesando.

—Lamento que vuestras desavenencias con el rey Kariosh hayan derivado en esto —dirigió la mirada al cuerpo sin vida del rey—. Toda esta guerra resulta tan…

—Irracional —interrumpió Taenara—. Todas estas muertes podrían haberse evitado, si Kariosh no hubiera puesto todo su empeño en entregar esta ciudad a Lorwurn.

—Sí, tal vez la obsesión de vuestro hermano era excesiva.

—Tú lo apoyabas. ¿Aprobabas toda esta masacre?

—Yo solo soy un humilde servidor de Lorwurn, princesa —Viendo a Taenara excesivamente confiada, Grimward se acercó peligrosamente a ella hasta situarse a suficiente distancia como para llevar a cabo su ataque—. Yo solo trato de cumplir su voluntad.

—Entonces, dime: ¿es esta, su voluntad? ¿La masacre de toda una ciudad?

—A menudo, los designios de los dioses son indescifrables. Vos misma lo sois. ¿Cómo se puede comprender el asesinato que acabáis de perpetrar? Vuestro propio hermano…

—Todo ha terminado. Esta guerra ha terminado. Tomaré el mando de los pocos hombres que nos quedan y firmaremos la paz con los mostures. A continuación, dejaremos atrás estas tierras y llevaremos el

cuerpo de mi hermano a Leryon, donde ha de ser enterrado, junto a nuestro padre.

—Vuestro padre… a quién matasteis, también. ¿Acaso él y vuestro hermano merecían la misma suerte? —Grimward hablaba con voz suave, tratando de inspirar en Taenara un remordimiento que mantuviera ocupada su atención. Por detrás de la princesa, Salwen permanecía muda, con la mirada puesta en el presthe.

—Lo de mi padre fue…

—Un grave error, sin duda. Estoy convencido de que no deseabais matarlo, y tal vez tampoco a vuestro hermano. A veces cometemos errores con la esperanza de hacer lo correcto. Al igual que vuestro hermano… —Grimward extrajo un cuchillo del interior de sus vestiduras— vos también debéis morir.

Taenara apenas tuvo tiempo para anticiparse al movimiento de Grimward. Fingiendo torpeza en su ataque, el presthe provocó un profundo corte en la princesa, en el lugar más visible que había imaginado: uno de sus brazos. A continuación, se echó hacia atrás para comprobar el resultado de su ataque.

—¿Qué te proponías? —Taenara esbozó una sonrisa mordaz. Por momentos, sus sentimientos de culpa desaparecieron, dando lugar a otro muy distinto. La princesa acarició su brazo y la herida causada por Grimward fue desapareciendo ante la atónita expresión del presthe.

—¿Quién eres? —dijo Grimward, sin moverse.

—Te dije que mi hermano era la viva reencarnación de Lorwurn, pero yo… Yo sirvo a Daera.

Grimward dejó caer el cuchillo al suelo y se postró ante Taenara.

—Por favor, perdonadme. Tan solo quería vengar la muerte de Kariosh…

—¿Ahora comprendes por qué mi hermano debía morir? —Taenara puso su mano sobre el hombro de Grimward, incitándolo a ponerse en pie. En esta ocasión fue ella la que mostró cierta compasión ante el precipitado ataque del presthe.

—Lo comprendo mejor de lo que creéis… princesa.

Mientras pronunciaba estas palabras, Grimward se puso en pie al tiempo que extraía la espada corta con la que había arrebatado la vida a Darreth. Mirando a Taenara a los ojos, hundió el arma en su vientre.

—Os equivocabais respecto a vuestro hermano —Grimward se separó de la princesa y contempló cómo, en esta ocasión, la sangre manaba de la mortal herida sin que Taenara fuera capaz de evitarlo.

Taenara buscó con la mirada a su consejera.

—Salwen…

—¡Princesa! —exclamó Salwen, sosteniéndola entre sus brazos.

—Vuestro hermano no era más que un fanático siervo de Lorwurn cuya ambición lo empujó a buscar la gloria, tal vez más para él que para el propio dios. Yo soy la reencarnación de Lorwurn, y una vez que tú y Athmer ya únicamente sois meras sombras en la tierra de los hombres, podré llevar a cabo la misión que me fue encomendada, la misma que Kariosh se disponía a realizar. Él era demasiado débil, pero yo ahora soy invencible… Invencible e inmortal.

Mientras Grimward hablaba, Taenara sentía que la vida huía de ella. Salwen hacía lo imposible por evitar que la sangre continuara brotando.

—Salwen… —repitió Taenara, con mortecina voz.

Las nerviosas manos de la joven terminaron abrazando un hermoso rostro que comenzaba a marchitarse, palideciendo mientras los ojos de la princesa se fijaban en los suyos. Taenara exhaló su último aliento y sus ojos perdieron el brillo.

Salwen rompió a llorar, derramando sus lágrimas sobre las mejillas de la princesa. Había confiado ciegamente en ella, con la esperanza de mantenerse viva. En ningún momento había pensado que fuera la vida de Taenara la que corriera peligro. En ese momento, nada más importaba. Ni siquiera Sándor, ni siquiera su propia vida, ahora en manos de Grimward. La princesa había muerto, y con ella también se marchaba toda esperanza.

El presthe contempló la escena en silencio, permitiendo que Salwen besara por última vez las mejillas de Taenara.

—Mátame ya… —imploró Salwen, con sus vidriosos ojos puestos en Grimward—. Mátame y acaba con mi dolor.

—Era ella quien debía morir. Tu amiga era lo único que se interponía entre mí y mi destino. Ahora que ella ha abandonado este mundo para regresar junto a su diosa, guiaré a los leryones hacia la victoria definitiva. Y no importará si esta no llega hoy o mañana. No importará las derrotas que aún tengamos que soportar. Kariosh ha resquebrajado los cimientos de Móstur. Solo es cuestión de tiempo que yo me encargue de derruir aquello que aún se resiste a formar parte del nuevo mundo que ha de ser forjado sobre la sangre derramada.

—Mátame ya… —insistió Salwen.

—¿Matarte? —Grimward se acercó, con la espada en la mano—. No, preciosa. Tengo un encargo para ti. Sal del castillo y dirígete al barrio nybnio para transmitir un mensaje a esa vieja ossetia que cree poder hacerme frente. Si quieres, cuéntale lo que ha ocurrido. Sí, cuéntale que Kariosh ha muerto. Tal vez eso le dé una efímera alegría antes de perder la vida, a mis pies. Dile que Lorwurn reclama las

tierras de Móstur y muy pronto los ossetios sufrirán este mismo destino. Los que sobrevivan, solo tendrán la opción de postrarse ante mí. Los que no lo hagan, morirán del modo más horrible que se pueda imaginar.

Mientras escuchaba estas amenazas, Salwen pensó en lo feliz que se había sentido Taenara al vislumbrar el futuro que le aguardaba a ella en compañía de Sándor. Como si fuera la última voluntad de la princesa, no debía permitir que Grimward se interpusiera en ese futuro. Debía salir de allí con vida, aunque ello supusiera el doloroso abandono del cuerpo de la princesa.

—¿Me has comprendido, jovencita? —dijo Grimward—. No te preocupes por ella. No pertenece a este mundo, por lo que su cuerpo se desvanecerá, y su espíritu regresará junto a la diosa que la envió a Leryon. Tú haz lo que te digo, antes de que decida cambiar de opinión y ni siquiera permita a *Lady* Alys un último consuelo antes de sufrir el peso de mi ira.

Un estruendo en el exterior hizo que el presthe se dirigiera hacia la ventana. En las inmediaciones del patio, las voces se multiplicaban.

—¡Los mostures nos atacan!

—¡Preparaos!

Grimward contempló las luces que se abrían paso en las callejuelas aledañas al castillo.

—Parece que la paciencia de *Lady* Alys se ha agotado antes de lo previsto —dirigió la mirada hacia Salwen, y solo pudo contemplar el momento en que la joven abandonaba la estancia para huir del castillo.

—¡Vuela mientras puedas, pajarillo indefenso! —gritó entre risas.

Sin aparente prisa por incorporarse a una batalla a punto de iniciarse, Grimward paseó su mirada por los cuerpos sin vida de Kariosh y Taenara. El rostro de la princesa no había perdido su hermosura a pesar del tono pálido de su piel que, como el amanecer de una gélida mañana de invierno, cubre todo con su blanquecino manto.

—Parece que al fin has logrado cumplir con la voluntad de Lorwurn.

Grimward se giró al escuchar aquellas palabras. Ante él, la oscura imagen de Derit fue cobrando nitidez en medio de la penumbra reinante en la estancia.

—Sí, ya todo está dispuesto para que estas tierras sean puestas a su disposición. No quedan enemigos con suficiente poder como para evitarlo.

—Eso parece —Derit se agachó junto al cuerpo de Taenara—.

Daera eligió bien a su sierva, dotándola de una increíble hermosura —pasó la mano sobre el rostro de Taenara y, lentamente, todo su cuerpo se desvaneció.

—Sí. Una hermosura acorde con su mente. Pero ni siquiera toda la sabiduría que guardaba en su interior fue capaz de evitar que cometiera un terrible error: ver en su hermano al enviado de Lorwurn. Kariosh se mostró como un fiel aliado y ha servido bien a mis propósitos. Cuando Móstur caiga a mis pies me encargaré de que tenga un funeral acorde con sus méritos. Ordenaré que lo entierren en la cripta real, después de arrojar de ella los cuerpos de todos los mostures allí enterrados. Desterrar los cuerpos de sus reyes será lo primero que haré para borrar la memoria de esta ciudad.

—¿Tan necesario te resulta ultrajar la memoria de los muertos?

—Olvidé por un momento que tú te encargas de quienes han dejado atrás este mundo. Pero solo te ocupas de sus almas, ¿verdad? ¿Qué importa lo que hagamos con el cuerpo? Huesos y polvo, cenizas que vuelven semejantes a quienes, en vida, pudieron ser tan distintos. ¿Qué valor pueden tener?

—No menos que el de unas vidas sometidas a la caprichosa voluntad de un dios, ¿no crees?

Grimward sonrió.

—Lorwurn así lo quiere; y así lo ha determinado. Ni siquiera tú puedes hacer nada para someter la voluntad de los dioses.

—¿De verdad crees realmente conocer su voluntad?

—Soy el enviado de Lorwurn. Claro que conozco sus designios.

—El mundo de Lorwurn no es este mundo.

—¿Y eso qué importa?

—Me refiero a que los dioses habitan un mundo perfecto. Tú has sido enviado a un mundo imperfecto… De modo que, al formar parte de este mundo…

—Yo también soy imperfecto. ¿A eso te refieres?

—Así es…

—Tú y tus infinitos consejos. ¿También te has presentado ante los demás para decirles qué debían hacer o quiénes eran en realidad?

—Me he presentado donde y cuando he creído necesario, sin intervenir demasiado en los asuntos de dioses y hombres.

—Siempre has vivido tan distante de todo, y de todos, que no me resulta extraño que hayas sido incapaz de encontrar hombres que te sirvan con auténtica devoción.

—En cambio, todos ellos acaban en mi reino, al dejar atrás este mundo. No necesito que me adoren y, sin embargo, todos terminan llegando a mí. Supongo que, en cierto modo, te gustaría estar en mi

lugar.

Derit esbozó una sonrisa que por momentos molestó a Grimward casi tanto como sus palabras. Antes de que el presthe pudiera contestar a sus palabras, la imagen del tahúr se desvaneció.

—¡Sí, regresa a tu mundo y no me molestes más! —dijo Grimward, elevando el tono de voz como si Derit aún pudiera escucharle.

El presthe miró una vez más por la ventana y contempló las luces que se cernían sobre el castillo como una candente ola a punto de chocar estrepitosamente contra las rocas.

«Aún queda una última batalla que ganar», se dijo, sin miedo a lo que pudiera encontrar en el camino a su deseado momento de gloria.

CAPÍTULO 44: EL CASTILLO

Grimward abandonó apresuradamente los aposentos, dejando atrás el cuerpo sin vida de Kariosh. La conversación con Derit le había enfurecido lo suficiente como para querer precipitar todos los acontecimientos previstos. La batalla tendría lugar sin precaución alguna por parte de su ejército. Los enviaría a romper el muro de mostures sin tener en cuenta las vidas que tuviera que sacrificar. Incluso si al final perdía la batalla, ya poco le importaba. Móstur terminaría cayendo.

El presthe se cruzó en el camino de Gorgoth, que buscaba desesperadamente al rey.

—¿Dónde está Kariosh? —preguntó el oficial.

—El rey ha muerto, asesinado por su hermana. Esa traidora ha desaparecido, probablemente para unirse a los mostures en su ataque. No hay tiempo que perder, Gorgoth. Sígueme.

Salieron al patio interior de los caballeros, donde se congregaban las fuerzas leryonas. Los soldados hacían preguntas al capitán cuando este pasaba junto a ellos. Gorgoth no respondió nada. Se limitó a caminar junto a Grimward.

—¡Soldados de Leryon! —gritó el presthe, captando la atención de los últimos combatientes—. Nuestro rey ha muerto. Kariosh ha sido asesinado por Taenara, la hermana que siempre ambicionó un trono que no le correspondía, y que no ha dudado en traicionarnos para apoderarse de Móstur. Fue vista en compañía de *Lady* Alys, la arpía que está a punto de caer sobre nosotros. ¿Acaso vamos a consentir que lo haga?

—¡No!

—¡Muerte a *Lady* Alys y sus caballeros!

Los gritos contra los mostures se multiplicaron entre los soldados, envalentonados por las palabras de Grimward.

—¿Vamos a permitir que la hermana del rey quede sin castigo? —gritó nuevamente Grimward, convencido de que los deseos de venganza no tardarían en calar lo suficiente como para empujar a su ejército a la última batalla.

La respuesta fue aún más contundente en esta ocasión, provocando un griterío al que pronto acompañó el estrépito de hachas y espadas contra los escudos que gran parte de los soldados portaba.

Grimward sonrió al contemplar la avidez de sus guerreros. Las fuerzas estaban igualadas, pero el ejército de Móstur no contaba con nadie como él, capaz de sembrar el terror con el poder que le había sido otorgado. No necesitaba cota de malla, pues su propia piel sería una armadura capaz, no solo de resistir cualquier corte que pudieran infligirle las armas enemigas, sino también de sembrar el terror en quienes se creyeran capaces de matarlo. En cuanto obrara los primeros prodigios entre unos y otros, el miedo se convertiría en su más peligrosa arma. Unos huirían; otros caerían de rodillas a sus pies. Todos ellos morirían.

—¿A qué estamos esperando para enfrentarnos a esos bastardos? —Grimward se situó a la cabeza del ejército, cerca de la puerta del castillo que no tardaría en recibir las primeras acometidas de los mostures—. Salgamos al encuentro de nuestros enemigos antes de que se crean capaces de asaltar el castillo. Luchad sin miedo, enfrentaos a ellos sin temor alguno, pues Lorwurn está de nuestro lado. ¡Abrid las puertas del castillo! —gritó a los soldados más próximos.

Al ver que Grimward sería el primero en lanzarse a la batalla, los leryones obedecieron sin dudar. Mientras unos abrían las puertas, Gorgoth contemplaba, con satisfacción, las ansias de batalla que se habían apoderado de su ejército. Saldrían al encuentro de los mostures, alzando sus armas contra ellos en cada rincón próximo a una fortaleza de la que prescindirían como refugio. Lejos de esconderse tras los sólidos muros del castillo, empuñarían las armas contra unos adversarios sorprendidos por aquella inesperada maniobra.

—Hemos dado tiempo más que suficiente a la princesa —*Lady* Alys contemplaba la oscuridad reinante en el cielo como el fin del plazo establecido—. Tal vez haya cambiado de opinión en el último momento o ha sido prendida… o asesinada. En cualquier caso, ha llegado la hora de hacer frente a esos leryones. No demoraremos más el ataque —lanzó una mirada firme a su hijo—. Que los soldados formen en filas y los caballeros se sitúen en los flancos. Envía el ariete y derribad la puerta del castillo. Si Kariosh se encuentra en su interior, arrastradlo hacia aquí, vivo o muerto.

—Permitid que yo me encargue de él —dijo Yar Gregor.

—¿Estáis seguro de que podréis adentraros en el castillo? —*Lady* Alys frunció el ceño—. Según me han dicho, en la Morada luchasteis como nadie, y lo pagasteis con heridas que…

—Heridas que me han permitido llegar hasta aquí con un único fin: matar a Kariosh y a Grimward. Estoy convencido de que, cuando ambos hayan muerto, los demás leryones no tardarán en desistir. Tal vez sean muy pocos los caballeros helvatios que queden con vida tras esta devastadora guerra. Si he morir, primero me gustaría vengar las muertes causadas por esos malnacidos, pues son ellos los responsables de semejante desolación. No han dudado en matar a los más inofensivos de entre los nuestros: jóvenes novicios y ancianos zenlores incapaces de defenderse. Os traeremos sus cabezas si es necesario…

—Cuando derribemos la entrada al castillo —habló *Lady* Alys—, mis soldados se enfrentarán a todos aquellos leryones que se encuentren en su interior. Podréis acceder fácilmente a cualquier rincón de la fortaleza y cumplir vuestro deseo de venganza.

—Deseo ir con vosotros —la voz de Bartheos interrumpió la conversación—. Grimward mató a mi padre.

Yar Gregor asintió. No habría modo de evitar que el hijo de lord Belson fuera con él en busca de venganza.

—Está bien —dijo el caballero—. No te separes de mí. El plan es simple: matar a Kariosh. En cuanto a Grimward… Primero debemos encontrarlo.

—Ese malnacido hará alarde de su condición inmortal —dijo Zen Varion, temiendo que no habría un modo de acabar con él.

—Sí —Yar Gregor acarició la empuñadura de su espada—, pero no por eso sus fuerzas han de ser mayores. No conocemos el modo de matarlo, pero al menos podremos apresarlo y, por qué no, quemarlo vivo. Con un poco de suerte, las llamas lo consumirán.

—Permitidme ir con vosotros —dijo Zen Varion—. Me gustaría ver el final de Grimward.

—Te necesitamos aquí —Yar Gregor puso la mano sobre el hombro de su amigo—, protegiendo a los demás clérigos. Tan pronto como hayamos acabado con Grimward regresaremos junto a vosotros. Sé que te mueven los deseos de venganza por el daño que te ha causado ese miserable, con la muerte de Darreth…

—Nos ha causado daño a todos —respondió Zen Varion, comprensivo con las palabras del caballero—. Y a ti de un modo especial, utilizándote para matar a toda esa gente. No te preocupes, me quedaré aquí con mis hermanos. No pude salvar la vida de Darreth, pero protegeré a estos otros con mi vida si es preciso.

—Nos veremos pronto, amigo.

A un gesto de Yar Gregor, Bartheos lo siguió y ambos se separaron de quienes preparaban el ataque al castillo.

—Tomad posiciones —dijo *Lady* Alys, paseando la mirada entre los

caballeros que la flanqueaban—. A mi orden, iniciaremos el ataque.

La señora de la Casa Clarke alzó el brazo. Frente a todos ellos, las sombras del castillo parecían cada vez más altas, como si la roca, dotada de vida, tratara de defenderse ante el inminente ataque. *Lady* Alys estaba a punto de dar la señal cuando un estrépito interrumpió sus pensamientos.

Para sorpresa de los asaltantes, la puerta del castillo se abrió lentamente, y los primeros leryones no tardaron en poner los pies en el patio, con paso raudo para tomar posiciones.

Los mostures habían prendido hogueras en las inmediaciones del patio que precedía al castillo, por lo que en medio de la noche observaron las sombras que, abandonando la fortaleza, cobraban forma junto a las arcadas convertidas, una vez más, en testigos de un sangriento enfrentamiento, una última contienda.

Grimward encabezaba a los leryones. Situado en mitad de la primera línea de combate, el presthe arengaba a los suyos mientras incitaba a los mostures más cercanos para que lo atacaran. Así fue como dio comienzo la última batalla: las espadas de unos y otros chocaron una vez más y la oscuridad acrecentó el caos generado a las puertas del castillo.

En el flanco derecho de los mostures, *Lady* Alys dio órdenes a sus caballeros para que entraran en combate. El primero en hacerlo fue Herry. Acompañado de sus más allegados, arremetió contra el costado izquierdo de unos leryones incapaces de resistir aquella primera carga. Los caballeros se mostraron audaces en sus ataques, certeros en sus movimientos, coordinados como si de un solo cuerpo se tratara.

Nada más ver al hijo de *Lady* Alys, Grimward abandonó la posición que ocupaba en la contienda para salir a su encuentro. Por el camino abatió a los enemigos que le salieron al paso, hiriendo a unos y matando a otros, con una inquebrantable seguridad en cada uno de sus movimientos. No estaba lejos de Herry cuando sus ojos captaron la presencia de Yar Gregor, que cruzaba el umbral del castillo, acompañado por Bartheos.

Grimward dudó. La cabeza de Herry le parecía un jugoso trofeo con el que presentarse ante *Lady* Alys. En cambio, Yar Gregor representaba quizá el último esfuerzo de la Orden Helvatia por no sucumbir ante Lorwurn. Acabar con la Orden era su máxima prioridad, como lo era matar a cada uno de sus miembros. Se abría ante él la posibilidad de acabar con el helvatio más peligroso de cuantos quedaban con vida. A su lado, los demás no eran más que meros aprendices de caballero, como le parecía el hijo de lord Belson.

Mientras iba tras los helvatios, Grimward urdió su plan del modo

más cruel que pudo imaginar. Acabaría primero con Yar Gregor, recreándose en cada herida que la espada arrebatada a Darreth pudiera causar en el caballero. En cuanto se viera despojado de su valedor, Bartheos trataría de huir como un chiquillo asustado. Disfrutaría dándole caza, como si de un juego se tratara. Después de matar a ambos helvatios, regresaría al patio para completar su misión, si es que los leryones no lo habían hecho ya. Esperaba llegar a tiempo para presentar el cuerpo sin vida de Herry ante su madre, a la que acabaría ejecutando, colgándola junto al cadáver de su hijo como golpe definitivo a la Casa Clarke y a los mostures que aún pudieran resistir.

Alentados por Grimward, los leryones subestimaron las fuerzas de un enemigo aparentemente inferior en número. Lo cierto era que cada uno de los caballeros de *Lady* Alys valía por varios de aquellos soldados que, actuando como marionetas del presthe, se habían lanzado a una última batalla sin contar con la ventaja que podrían otorgarles los muros del castillo.

La plaza volvió a teñirse de sangre, al igual que las calles más próximas a una fortaleza que pronto fue desbordada por los mostures. Herry y los suyos contenían la embestida de los leryones, por delante de *Lady* Alys, situada en la retaguardia. A su lado, Shyra y Sílax observaban vigilantes, atentos a cualquier enemigo que pudiera acercarse demasiado a la señora de la Casa Clarke. Lejos de permanecer callada, *Lady* Alys se dirigía a sus soldados, dando continuas instrucciones. La imagen del cuerpo sin vida de lord Belson continuaba instigando su mente, empujándola a alzar su espada contra cualquier enemigo que pudiera acercarse, si no fuera porque en todo momento se encontró bien protegida. No le faltaba ánimo para entrar en combate; la edad era su único impedimento. Con cada enemigo abatido, Herry buscaba con la mirada a su madre, asegurándose de que ningún leryón se acercaba peligrosamente. En una de aquellas ocasiones, el hijo de *Lady* Alys no fue lo suficientemente precavido. Solo reaccionó cuando sintió la mordedura de una espada enemiga en su muslo derecho. Contemplando lo sucedido, varios soldados lo sujetaron y, arrastrándolo hacia atrás, lo alejaron del combate, a pesar de la insistencia de Herry en permanecer empuñando su espada junto a los suyos.

Zen Varion se adentró en el castillo, en compañía de los clérigos a los que había prometido proteger. Todos ellos deseaban, en igual medida, encontrar a Kariosh y hacerle pagar por las muertes causadas en los templos y la Morada. Se internaron por las galerías principales y fueron directamente a la sala del trono, con pocas esperanzas de

encontrar allí a Kariosh. Nadie lo había visto en el momento en que los leryones salían al encuentro de *Lady* Alys y sus ejércitos. Algunos intuyeron que estaba muerto; otros necesitaban comprobarlo por sí mismos.

La verdadera motivación de Zen Varion no era Kariosh, sino Grimward. Quería presenciar su muerte a manos de Yar Gregor. A pesar de las dificultades que se le presentaban, tenía fe en Athmer, al que rogó para que el presthe y sus ejércitos fueran derrotados. En compañía de los otros clérigos, buscarían a los principales responsables de la batalla para hacerles pagar por sus actos.

Llevados por sus deseos de venganza, los helvatios accedieron al salón del trono, donde se encontraban varios cadáveres en lo que parecía haber sido un igualado enfrentamiento entre leryones y mostures. Caminaron lentamente, buscando la imagen de Kariosh entre aquellos cuerpos sin vida. Accedieron a la escalinata que precedía al trono de Móstur, y desde allí escucharon los pasos de un grupo de leryones que se dirigía a ellos, como si les hubieran tendido una emboscada allí mismo. Atravesaron la entrada y, encabezados por Gorgoth, dieron unos primeros pasos hacia los clérigos. Para ese momento, los siervos de Athmer ya habían perdido el miedo a la muerte. Sus deseos de venganza eran superiores a cualquier temor. Tomaron sus puñales y se dispusieron a hacer frente a la veintena de leryones que se aproximaban a ellos formando dos filas que ocupaban todo el ancho de la estancia.

Situado en el centro de los clérigos, Zen Varion sujetó la empuñadura de su espada con ambas manos.

—Si hoy mismo debemos presentarnos ante Athmer para rendir cuenta de nuestros actos, que así sea.

El zenlor repartió la mirada entre los demás clérigos y encontró muestras de aprobación en unos rostros donde no había lugar para el miedo. Tras haber sufrido la muerte de sus hermanos de fe, se sentían preparados para afrontar el que probablemente sería su último combate. Frente a ellos, Gorgoth sonreía mordaz, relamiéndose los labios por el festín de sangre que se presentaba ante él y sus hombres.

—Dejadme al zenlor. Acabad con el resto —fue su escueta orden, antes de que las filas se rompieran para dar paso al combate.

—Llevo un buen rato buscándote, Gorgoth.

Aquellas palabras, provenientes del otro extremo de la sala, centraron la atención de unos leryones a punto de caer sobre sus víctimas. El capitán fue el primero en reaccionar, frunciendo el ceño al reconocer la silueta que caminaba lentamente hacia ellos.

—Drisz, el kadarí —Gorgoth sonrió de manera desconfiada ante la

inesperada presencia de alguien que, más que combatir, parecía pasearse por la estancia de manera desinteresada—. ¿Qué te trae por aquí? Pensaba que tú y los tuyos ya estaríais lejos. No habéis entrado en combate…

—Lo cierto es que nos comprometimos a acudir a la batalla, siguiendo las órdenes de lord Bastian, para salvar el culo de su hijo. Siempre me ha tocado lavar la ropa sucia de ese noble. Me entiendes, ¿verdad?

—No os he visto luchar en ningún momento…

—Como te he dicho, nuestro compromiso era acudir a Móstur.

Gorgoth caminó hacia Drisz y, como si el tiempo se hubiera detenido para todos cuantos estaban en la sala, no hubo un solo ataque entre leryones y clérigos, cuya única reacción fue escuchar las palabras que intercambiaban Drisz y Gorgoth a la espera de una orden por parte de cualquiera de ellos.

—¿Acaso esperabas venir aquí a… conocer la ciudad?

—Lo que no esperaba era poner mi vida en peligro, no solo por el estúpido de lord Bastian, sino por el infame Kariosh.

—¿Infame? —al escuchar el insulto al rey, Gorgoth levantó su espada, apuntando a Drisz.

—No sé si es la palabra apropiada. Siempre he manejado mejor la espada que el lenguaje. En fin, el miserable Kariosh no ha hecho distinción entre hombres, mujeres y niños. Arrasó la aldea de Skeldon, permitió la muerte de clérigos indefensos y la masacre de los pobres que habitaban en ese lugar que llaman el Refugio. Seguramente haya olvidado otras muchas atrocidades, pero, solo por esas, el rey merece la muerte más horrible que se pueda imaginar.

Cuando Drisz terminó su discurso, tenía frente a él no solo a Gorgoth, sino también a varios soldados que, desviando la atención de los clérigos, amenazaban con caer sobre el kadarí. En lugar de amedrentarse, continuó hablando.

—Cuando vi el daño que Kariosh era capaz de causar con tal de hacerse con el poder sobre estas tierras, decidí que no merecía la pena derramar una gota de sangre por él… o por cualquiera de vosotros. Así que dejé marchar a los míos…

—Eres un traidor, Drisz —Gorgoth escupió sus palabras—. Y un estúpido, al venir aquí.

—No soy ningún estúpido, Gorgoth. Y tampoco soy… —unas precipitadas pisadas interrumpieron sus palabras. En unos segundos, un grupo de mostures se adentraban en la estancia, situándose por detrás de Drisz.

—Bueno, para qué voy a mentirte —dijo Drisz alegremente—. Tal

vez un poco traidor sí que haya sido. Siempre me has caído mal, Gorgoth. Y después de todo lo que ha sucedido, mis sentimientos hacia ti no han ido a mejor, precisamente. Antes pensaba que solo eras un imbécil al fiel servicio de tu querido rey. Ahora me he dado cuenta de que, además, eres un cruel miserable capaz de recrearse con el sufrimiento de los más débiles, como esos helvatios a los que estabais a punto de enfrentaros. Nunca he creído demasiado en los dioses, pero espero que te tengan reservado el más oscuro infierno que puedas imaginar, pues realmente lo mereces.

—Lorwurn no permitirá ese destino para sus siervos.

—En ese caso —Drisz apuntó con su arma a Gorgoth—, creo que te enviaré con Lorwurn, y que él decida dónde debes pasar la eternidad. Encargaos vosotros de los demás —dijo, dirigiéndose a los mostures—, pero dejadme este a mí. Capitán Gorgoth, has disfrutado mucho con la muerte de inocentes víctimas que no podían oponer resistencia. Vamos a ver qué eres capaz de hacer contra una espada de Kadar.

Zen Varion dio un paso hacia atrás, al igual que los clérigos, permitiendo así que leryones y mostures entraran en combate. En las paredes de la sala del trono pronto rechinarían los ecos de las espadas. En esta ocasión, los soldados de Gorgoth estaban en inferioridad numérica. Aun así, trataron de evitar lo inevitable. Lucharon con valor, y una esperanza que resultó vana, pues todos ellos terminaron sucumbiendo ante quienes ansiaban ver aquella estancia libre de cualquier poder venido del este.

Gorgoth era el único leryón con vida que aún permanecía allí, temeroso de no poder escapar, aunque acabara con Drisz. El kadarí se defendía de cada acometida recibida, siempre con una sonrisa en los labios, un gesto que no hacía sino desesperar aún más al capitán.

—Cuando decidí acudir en ayuda de mi estimado amigo Zen Varion, no imaginé que el destino me fuera a deparar este grato encuentro contigo.

—¿Tu amigo Zen Varion? —Gorgoth erró en otro de sus intentos —. ¿Desde cuándo eres amigo de los helvatios?

—Desde que descubrí que Athmer era más inofensivo que Lorwurn, aunque supongo que también habrá entre esos clérigos alguno que merezca la muerte.

—Maldito traidor…

—Lo cierto es que, sin tener yo mismo la fe que otros mostráis por alguna de esas deidades, Zen Varion y su aprendiz me enseñaron valiosas lecciones que he tratado de poner en práctica para estar en paz conmigo mismo.

—Estás loco, Drisz —Gorgoth cortó de nuevo el aire con su espada.

—Tal vez —el kadarí tornó su sonrisa en una severa expresión—. Sin embargo, mi locura es preferible a tu crueldad. Por eso los dioses, o el destino, o la vida misma… me han brindado la oportunidad de salvar a este mundo de alguien como tú.

Gorgoth llevó a cabo su último intento, que apenas logró causar un leve corte en el costado de Drisz mientras este se giraba con rapidez y trazaba su letal movimiento. La espada del kadarí mordió de forma mortal a Gorgoth, hundiéndose en su pecho.

—Que tu dios Lorwurn se apiade de ti —dijo Drisz, empujando con fuerza la empuñadura de su espada hasta que la punta sobresalió por la espalda de Gorgoth haciendo crujir los huesos que encontró a su paso. El capitán cayó al suelo, inerte.

Drisz se acercó a Zen Varion, que lo recibió con un fuerte abrazo.

—Gracias por salvarnos la vida —dijo el helvatio, mientras contemplaba al kadarí mirando a su alrededor.

—Darreth ha muerto —sentenció el zenlor, considerando innecesarias las circunstancias que harían de su respuesta un relato demasiado largo y difícil de creer para Drisz.

—Lo siento. Hubiera sido maravilloso poder despedirme de los dos antes de regresar a mi tierra.

Zen Varion dirigió una mirada de agradecimiento a cuantos que habían acudido en su ayuda.

—Los kadaríes aún gozamos de cierta fama y respeto —dijo Drisz mientras los mostures abandonaban la estancia—. Aunque, mejor dicho, solo accedieron a ayudarme cuando les dije que mi amigo Zen Varion estaba en peligro. Por un momento pensé que no me creerían… Me daría mucha rabia haber muerto de un modo tan estúpido tras sobrevivir a peligros mayores.

—Entonces, ¿te marchas?

—Sí. Mi verdadera misión ha llegado a su fin, ahora que estáis a salvo. La señora de la Casa Clarke dio una orden y algunos de sus caballeros surgieron por todas partes, rodeando a los pocos leryones que quedaban. Algunos lucharon, y murieron. Los demás fueron más listos y se rindieron. Por favor, interceded por ellos, para que no los ejecuten.

Zen Varion dirigió la vista a Gorgoth, que yacía cerca de ellos.

—Creo que con su muerte se lleva consigo la mayor crueldad que ha vivido nuestra ciudad. O tal vez no —Zen Varion se acordó de Grimward y en ese momento su corazón se estremeció—. Tal vez aún queda alguien más cruel por derrotar.

—Espero que no —Drisz sujetó del brazo al zenlor—. Pero tampoco tengo intención de quedarme para comprobarlo. Adiós,

querido amigo. Tal vez algún día nuestros caminos vuelvan a cruzarse, en mejores circunstancias, espero.

—Adiós, Drisz, que Athmer guarde tus pasos… aunque no creas en él.

—Quien sabe. Tal vez uno de estos días me dirija a tu dios con alguna de las plegarias que aprendí de vosotros. La vida nos guarda increíbles sorpresas, amigo.

—En ese caso, lamentaré perderme ese momento —contestó Zen Varion.

Drisz dejó escapar una última carcajada antes de darse la vuelta para echar a correr y abandonar la estancia. Segundos después lo harían Zen Varion y los demás helvatios, con la esperanza de que todo hubiera terminado y Móstur ya estuviera libre de toda amenaza. Mientras Grimward permaneciera con vida, no habría paz posible.

CAPÍTULO 45: EL CASTILLO

Recreándose en crueles augurios, Grimward dejó atrás el desconcierto generado en el patio. Los helvatios se habían adentrado en el castillo, abandonando el escenario donde la batalla se recrudecía. El presthe imaginó que probablemente buscaban a Kariosh, o tal vez estarían buscándolo a él mismo. Aquel pensamiento le arrancó una sonrisa. Quizá Yar Gregor, en sus pensamientos más osados, se creyera capaz de matarlo. Sonrió, imaginando la decepción que sufriría cuando ambos cruzaran las espadas y los intentos del caballero resultaran meras ilusiones.

Los siervos de Athmer caminaban por una de las galerías que se alejaban de las estancias principales, en dirección a la cripta.

«Encontraréis la muerte junto a vuestro querido rey Dunthor», pensó Grimward mientras los seguía a través de las recónditas galerías que los alejaban de la batalla. Le pareció el mejor modo de rubricar la desaparición de los helvatios, junto a la tumba del rey que se vio tentado de acabar con la orden, un deseo que terminaría acarreándole la ejecución por su traición a Athmer.

El presthe los escuchó hablar, aunque aún estaba demasiado lejos como para que pudiera comprender lo que decían. Fue acercándose a ellos hasta que pudo verlos, en la cripta real. Estaban abriendo la tumba del rey.

—Ya es un poco tarde para interpretar los Textos Sagrados, ¿no crees, Gregor?

La voz de Grimward sobresaltó a los helvatios.

—No es el pergamino del texto lo que hemos venido a buscar, sino esto —Yar Gregor alzó la espada de Dunthor, sujetándola con ambas manos mientras se separaba de la tumba del rey, interponiéndose entre Grimward y Bartheos.

—Toda una auténtica reliquia —dijo el presthe, sonriendo—, un símbolo del poder real que vosotros mismos os encargasteis de neutralizar con la ejecución del rey. ¿Acaso crees que esa espada tiene algún poder especial que la haga distinta a las demás? Supongo que es a lo que te ha conducido la desesperación por sentirte incapaz de

detener lo que está por venir. Voy a matarte, Gregor, pero antes te daré la oportunidad de poner en práctica tu último intento. ¿Quieres herirme con esa espada? —ofreció su brazo—. Adelante, inténtalo. Te lo pondré incluso más sencillo.

En un gesto que tomó por sorpresa al caballero, Grimward se abalanzó sobre él. En vez de atacarlo, deslizó su mano sobre el filo de la espada del rey, provocándose un profundo corte del que manó sangre en abundancia.

El presthe dio varios pasos hacia atrás y extendió el brazo, mostrando la palma de su mano. Varias gotas caían aún al suelo cuando, ante la atónita mirada de los helvatios, el corte se cerró sin dejar mayor rastro que el rojizo color de la sangre.

—Como te dije, esa espada no tiene poder alguno. Es una reliquia que guardaré con gusto como un recuerdo más de la caída de Móstur.

Yar Gregor permaneció pensativo, derrotado. Había llevado a cabo su último y más desesperado plan por detener a Grimward, y este lo había frustrado del modo más sencillo.

—¿Alguna otra ocurrencia, antes de morir? —el presthe alzó su espada, sonriente, en lo que para él era como jugar con un niño—. Al menos, hazme frente, Gregor. Muere con dignidad.

El caballero suspiró profundamente. A punto de alzar el brazo con la espada, sintió la mano de Bartheos sobre su hombro.

—Soy yo quien debe enfrentarse a él, en primer lugar —dijo el joven, antes de dirigirse a Grimward—. Tú mataste a mi padre cuando se encontraba indefenso, incapaz de protegerse ante tus flechas.

—Bartheos, pero ¿qué estás…?

—Vamos, Grimward —el muchacho interrumpió las palabras de un Yar Gregor atónito ante la locura que veía en sus ojos—. Ahora tienes ante ti a alguien capaz de hacerte frente con su espada.

—Bien —sonrió Grimward—. Esto va a ser divertido. Pensaba acabar primero con él, pero supongo que, al fin y al cabo, ¿qué importa quién sea el primero, si ambos vais a terminar muertos a mis pies? De acuerdo, muchacho, veamos qué es lo que te ha enseñado tu maestro.

—Bartheos, no —insistió Yar Gregor.

—Ya es tarde, Gregor. Tu discípulo se ha empeñado en vengar la muerte de su padre. Me sorprende su firme voluntad, a pesar de haber contemplado mi poder. Supongo que, en eso, se parece bastante a ti.

Grimward alzó el brazo, haciendo girar su espada con sinuosos movimientos.

—Vamos, Bartheos, acaba conmigo —dio un paso hacia él—. Hazlo por tu padre, y por todos aquellos a los que he matado, incluyendo a

Therios. Justo cuando el Gran Maestro empezaba a enmendar sus errores, me vi en la obligación de matarlo, creyendo ver en él al enviado de Athmer.

Mientras Grimward hablaba, Bartheos trató de alcanzarlo con su espada, pero el presthe esquivó el ataque, sin dejar de reflexionar en voz alta.

—La verdad es que me llevé una gran sorpresa al contemplar que Therios no era muy distinto a cualquiera de vosotros. Un hombre de firme voluntad, por supuesto; pero nada más que eso: un hombre. Me costó caer en la cuenta de que a veces los dioses son caprichosos, y de que Athmer siempre parece haber mostrado predilección por los más débiles y humildes, al menos a los ojos humanos. Sí, descubrí que ese joven discípulo de Zen Varion, Darreth, era su siervo predilecto, su enviado. Así que lo maté con mi espada, el arma forjada por los mismos dioses, capaz de arrebatar cualquier vida.

Grimward se recreó en sus palabras hasta tal punto que, en el siguiente ataque de Bartheos, sintió un ligero corte en la mano al tiempo que su espada caía al suelo.

—Bien, Bartheos, ahora me tienes desarmado —el presthe miró su herida, de la que manó un hilo de sangre. Su sonrisa inicial dio paso a una expresión de turbación, al comprobar que el corte no se cerraba, provocándole un dolor que no había sentido en mucho tiempo. Cuando quiso mirar a Bartheos, ya fue demasiado tarde como para detenerlo. El joven caballero hundió la punta de su espada en el vientre de Grimward, que dejó escapar un grito de dolor antes de caer hacia atrás. De manera desesperada, el presthe trató de contener la sangre que, lentamente, le arrancaba la vida. Su asustada mirada buscó en Bartheos una explicación a tan terrible contrariedad.

—Me encontré con Darreth poco antes de vuestro enfrentamiento en la torre —dijo Bartheos, clavando sus ojos en Grimward—. Me entregó su espada y, como si se tratara de una profecía, me contó todo lo que estaba a punto de suceder.

»A diferencia de Lorwurn, Athmer nunca ha sido un dios guerrero, por lo que Darreth estaba convencido de que, llegado el momento de enfrentarse a ti, no tendría nada que hacer si tú ponías todo tu empeño en matarlo, como así fue. ¿No te pareció demasiado sencillo? Te facilitó la tarea enfrentarte a la espada equivocada. Supongo que, al saber que habías matado a mi padre, Darreth intuyó que tratarías de recrearte en mi dolor, y por ello disfrutarías cruelmente haciéndome creer que tenía alguna posibilidad contra ti. Tu arrogancia se ha convertido en tu peor enemigo. Has hecho cosas terribles en nombre de Athmer, mancillando nuestra Orden con actos

imperdonables.

—Maldito muchacho… —el presthe sintió que apenas podía hablar. La sangre continuaba desbordando sus vestiduras, impregnando el suelo.

—Tu crueldad ha terminado, Grimward —Bartheos se sintió tentado de darle una muerte rápida, atravesando su corazón con la espada—. Sufre el dolor que tú mismo has causado en los demás.

Se separó de su moribunda víctima y, cerrando los ojos, dejó escapar varias lágrimas en recuerdo de su padre. Yar Gregor no se atrevió a interrumpir el momento en el que el joven parecía hablar con lord Belson, diciéndole que su muerte, al fin, había sido vengada. El caballero se acercó a Grimward, que únicamente le dirigió la mirada, sin poder pronunciar una sola palabra. A continuación, los ojos del presthe se fijaron en lo que inicialmente se vio como una sombra.

—Creías que habitarías eternamente el mundo de los hombres —habló Derit nada más hacerse presente junto a la tumba de Dunthor.

Yar Gregor y Bartheos reaccionaron con una mirada al recién llegado, intuyendo que su repentina aparición estaba relacionada con la inminente muerte de Grimward.

—No os preocupéis, helvatios —Derit caminó lentamente hacia Grimward—. Estoy aquí por él. Al igual que los demás, creyó que podría hacer cumplir la voluntad de los dioses, una voluntad que ni siquiera fue capaz de discernir.

Los tres dirigieron la mirada a Grimward, cuya vida había llegado a su fin. El presthe permanecía con los ojos abiertos, como si incitara a Derit a cumplir la misión que lo había llevado hasta allí.

—Entonces ¿cuál es la voluntad de los dioses? —preguntó Yar Gregor.

Derit dejó escapar una carcajada.

—Me temo que esa es una pregunta que deberíais hacer a los propios dioses. No está en manos de los hombres discernir los designios de Athmer, Lorwurn o Daera, por mucho que así lo hayáis creído en algún momento. Al final, todo conduce a llevar a cabo verdaderas atrocidades en nombre de los dioses; atrocidades como las que un día cometió Therios, y como las que ha estado llevando a cabo Grimward.

—¿Qué hacían exactamente aquí y quiénes eran realmente? —inquirió Bartheos.

—Imagino que los dioses solo trataban de poner orden en este mundo imperfecto en el que los humanos los utilizabais como excusa para vuestros crímenes, vuestros sometimientos… vuestras dictaduras.

Cuando se reencarnaron para venir a este mundo imperfecto, su naturaleza divina y perfecta quedó mancillada por los vicios de vuestro mundo. Y este ha sido el resultado: destrucción, muerte… algo muy distinto a lo que ellos querrían traer sobre vosotros. Pero así es la naturaleza del ser humano, y no creo que haya un modo de cambiarla.

—¿Tú también eres uno de ellos?

—No, exactamente. Mi cometido respecto a ellos es conducir sus almas, devolverlas al lugar al que pertenecen —impuso su mano en la frente de Grimward, cuyo cuerpo comenzó a desvanecerse—. Ahora que he completado la misión que se me encomendó, yo también debo regresar al lugar al que pertenezco. No abandonaré vuestro mundo, pues las tierras de los muertos están más cerca de vosotros que las de los dioses, pero ya no volveréis a verme. Actuaré de forma silenciosa, como he venido haciendo siempre.

—Y ahora, ¿qué se supone que deberíamos hacer? —inquirió Bartheos—. Me refiero a, ¿cómo actuar ante los dioses?

—Si los dejáis de lado en vuestras disputas, tal vez logréis que las guerras disminuyan, que no es poco. No deberíais utilizarlos para saciar vuestra sed de poder.

—Habrá quien lo haga, en algún momento —dijo Yar Gregor.

—Lo sé. Está en vuestra naturaleza imperfecta. Y no habrá un modo de evitarlo. Por más que intentéis hacer comprender a otros lo sucedido, no os creerán. Dejad de lado esa preocupación. Ahora que los caballeros de *Lady* Alys han logrado someter a los últimos leryones que se os resistían, las inquietudes deben ser otras. Os daré un consejo: tal vez, en estos momentos de restablecer la paz con nybnios y leryones, Móstur no necesita un rey —guiñó el ojo a Bartheos, con una pícara sonrisa.

La imagen de Derit se desvaneció, dejando a los helvatios a solas. Colocaron nuevamente la losa que cubría la tumba del rey Dunthor y abandonaron la cripta con apresurados pasos.

CAPÍTULO 46: EL CASTILLO

—¿Perseguimos a los que tratan de huir? —inquirió uno de los oficiales.

—No —respondió *Lady* Alys—. Dejad que se vayan. Muchos de ellos probablemente solo estuvieran aquí por miedo a su rey. No son muy distintos a cualquiera de nosotros. Volverán a sus casas, con sus familias, lejos de la pesadilla a la que se han visto abocados. Además, quien tenía que pagar por todo esto ya está muerto.

El oficial inclinó la cabeza y se marchó de la sala del trono, donde la señora de la Casa Clarke caminaba lentamente en compañía de su hijo Herry. A su alrededor, los soldados retiraban los cuerpos sin vida de unos y otros.

El estado de la principal estancia del castillo era un fiel reflejo de todo cuanto había sucedido en Móstur: paredes manchadas de salpicaduras de sangre, estandartes rasgados o quemados y las cristaleras de sus dos ventanales hechas añicos, con sus restos repartidos por el suelo… El trono se mantenía en pie, firme ante la destrucción que lo rodeaba. *Lady* Alys perdía la mirada en los despojos de unas telas en las que apenas podían distinguirse los emblemas de las distintas casas. Recordó a los que habían perdido la vida defendiendo la ciudad, y también a quienes en aquellos momentos esperaban poder restablecerse pronto de sus heridas.

—Kariosh ha muerto —*Lady* Alys se dirigió a su hijo—, pero su cuerpo aún se encuentra en el lugar donde perdió la vida.

—¿Quieres que lo quememos junto con los otros?

—No. Su cadáver debe ser llevado a Leryon, para que puedan enterrarlo en la cripta real, junto a su padre. Allí es donde debe reposar.

Herry miró a su madre, frunciendo el ceño.

—Desde este momento iniciamos una nueva relación con Leryon. No sé quién será el rey que rija sus destinos, pero creo que llevarles el cuerpo de Kariosh es un gesto de buena voluntad, por nuestra parte, para alcanzar la paz que su monarca rompió. Comenzamos una nueva era, hijo mío, y tenemos un deber para con la historia de nuestro

pueblo. Si pretendemos reconstruir Móstur desde las cenizas en las que ha quedado convertida la ciudad, primero debemos asegurarnos de que podremos hacerlo sin temor a una nueva amenaza.

Herry asintió a las palabras de su madre, comprendiendo que tenía muy claras las prioridades para la ciudad.

—Los nybnios siempre han sido buenos comerciantes y entre ellos hay experimentados constructores que podrán ayudarnos a transformar esta ciudad muerta en otra cuyo esplendor sea nuevamente admirado. El barrio nybnio ha sido el centro de la resistencia de nuestro pueblo frente a Kariosh y sus ejércitos. Debemos transformarlo en un lugar especial, que además de volver a ser hogar de comerciantes y mercaderes, sin importar su origen, también sea símbolo de la entereza que nuestro pueblo ha mostrado frente a los enemigos. Debemos recuperar nuestra antigua amistad con el pueblo nybnio, restableciendo los lazos de unión con aquellos que necesitamos ahora más que nunca. Reconstruyamos la ciudad, reconstruyendo primero la paz.

—¿Qué vamos a hacer? —Herry perdió la mirada en el trono.

—Reuniremos a los nobles, así como a los helvatios. Entre todos, habremos de tomar la mejor decisión para el futuro de nuestro pueblo. Cada paso que demos a partir de ahora será crucial para la recuperación de estas tierras. Será una tarea ardua para el nuevo gobernante de Móstur. Permaneceremos aquí por un tiempo, Herry. Nos pondremos en contacto con las más acaudaladas familias de Osset y Targath, así como de otras regiones que vean la oportunidad de contribuir al resurgimiento de Móstur a cambio de tierras o casas que habitar. Pero antes de hacer un llamamiento a quienes viven fuera, debemos ocuparnos de los que tienen aquí su hogar, o al menos lo tenían antes de la llegada de Kariosh. Convoca a los señores de las principales casas, al menos a los que se encuentren en condiciones de venir al castillo. Y busca también a los helvatios, sobre todo al hijo de lord Belson.

—¿Al hijo de lord Belson?

—Así es. Como hijo del senescal, creo que debe estar entre quienes busquemos la mejor solución para el gobierno de la ciudad.

—Está bien…

—Hoy mismo, antes del anochecer, debemos mantener un encuentro que nos permita avanzar en la trascendental decisión que habremos de tomar en los próximos días.

Herry salió de la estancia para hacer cumplir la voluntad de su madre. Por el camino se cruzó con Shyra, a quien sonrió afablemente en el momento en que sus miradas se cruzaron. La muchacha vio en

aquella expresión un sentimiento de gratitud hacia ella, por haber estado en todo momento junto a *Lady* Alys, protegiéndola de cualquier leryón que pudiera tratar de acabar con su vida.

—Mi querida niña —*Lady* Alys salió al encuentro de Shyra y la envolvió en un caluroso abrazo—. Nunca te estaré lo suficientemente agradecida por tu actuación en la batalla. Había oído hablar de tus hazañas en Ryth. En esta ocasión, no han sido los dragones, sino una hueste de leryones quienes amenazaban con hacer caer la ciudad. Tu amigo Sílax y tú os habéis mantenido firmes en el combate, sin temor a nuestro enemigo. Vuestra actuación merece una recompensa, aunque no sé si habrá alguna que se ajuste a tu valor. Si hay algo que pueda hacer por ti, no tienes más que pedírmelo.

—Sílax y yo hemos decidido quedarnos aquí. Queremos contribuir a la reconstrucción de la ciudad y, si hay algún modo de vivir dentro de sus muros…

—Os buscaré un lugar, dentro del castillo, si os parece bien.

—¿Dentro del castillo? —el rostro de Shyra se iluminó con una sonrisa.

—Si os parece bien, claro, aunque tal vez sea una decisión que no esté en mi mano… Por todos los cielos, mis soldados y caballeros han contribuido de manera decisiva a salvar la ciudad. Es lo menos que se me podría permitir.

—Os lo agradezco de todo corazón —respondió Shyra— aunque imagino que ahora habrá otras importantes decisiones que tomar acerca de la ciudad.

—Aquellos que se vieron obligados a huir pronto regresarán y, al igual que nosotros, contribuirán a que la ciudad recupere su esplendor. En lo que en estos momentos concierne a las casas nobles, he convocado un consejo para antes del anochecer… Aquí mismo, en la sala del trono. Espero que avancemos en la búsqueda de alguien digno de sentarse en ese trono.

—En ese caso, espero que toméis la decisión más apropiada.

—En lo único que nos hemos puesto de acuerdo, en todo este tiempo, es el nombramiento de lord Belson como senescal. La necesidad de defender Móstur nos empujó a actuar de un modo coherente a la urgencia de la situación. Su pérdida ha sido una verdadera desgracia. De encontrarse entre nosotros, no me cabe ninguna duda de que su nombramiento como rey habría sido unánime.

El rostro de *Lady* Alys se ensombreció.

—El último recuerdo que guardo de lord Belson es la terrible visión de su cuerpo, colgando de una soga. Lo primero que hicimos,

nada más alcanzar la victoria, fue descolgarlo y darle una sepultura digna, aunque provisional. Será enterrado junto a su familia, en su palacio. En cuanto a los demás —dirigió la mirada al extremo opuesto de la sala, donde varios soldados cargaban con los últimos cadáveres que quedaban en la estancia— sus cuerpos serán quemados en el patio del castillo. Posteriormente, sus cenizas se echarán al río y, arrastradas por la corriente, terminarán en las imponentes aguas del mar, de igual modo que sus almas irán a parar a ese infinito océano que se esconde más allá de este mundo, según dicen los mostures. Yo tengo ciertas dudas de que, tras nuestra muerte haya algo más que oscuridad y olvido.

Shyra desvió la mirada por unos segundos, como si esperara encontrar la figura de Derit en algún rincón de la sala. Imaginó que *Lady* Alys pensaría de modo muy distinto si alguna vez llegara a conocerlo como ella.

—En fin, querida —continuó hablando *Lady* Alys—, disfruta del tiempo que se te ha concedido, pues los días cada vez pasan más rápido cuanto más te acercas a la vejez.

—Debo irme —dijo la muchacha—. Hay tantas cosas por hacer y tanta gente que necesita ayuda… Sílax se encuentra atendiendo a los heridos. En Ryht me salvó la vida, y casi pierde la suya. Sabe lo que se siente cuando se está a punto de morir, así que quiere contribuir a ayudar a quienes más lo necesitan. Iré con él.

—Ambos tenéis un gran corazón, jovencita. En estos momentos necesitamos a muchas personas como vosotros.

Shyra dejó a *Lady* Alys a solas y se marchó a una de las improvisadas enfermerías donde los heridos en la batalla eran atendidos. Allí se encontró con Sílax, incansable en sus esfuerzos junto a los médicos que atendían a cuantos les eran presentados.

Al caer la tarde, *Lady* Alys regresó a la sala del trono, donde había convocado a los principales representantes de las casas nobles, aquellos que habrían de decidir el futuro gobierno de la ciudad. En representación de los helvatios acudiría Zen Varion, quien se había convertido, muy a su pesar, en el principal maestro zenlor. La mayoría de sus hermanos más cercanos habían muerto, y a él se le había encomendado la misión de encauzar el papel que habría de desempeñar la Orden Helvatia en el nuevo periodo que se abría ante los mostures.

Como hijo de lord Belson, Bartheos había sido convocado al consejo. Cruzó la entrada en compañía de Zen Varion. Para entonces, los líderes de las principales familias ya se encontraban allí, sobre los asientos que les había sido dispuestos, a cierta distancia de un trono

que habría de permanecer vacío hasta que se decidiera el futuro de la ciudad.

Al ver que todos los asistentes se encontraban dispuestos a iniciar aquella precipitada reunión, *Lady* Alys tomó la palabra, como responsable de un acto en el que pretendía sentar las bases de una posterior elección.

—Queridos amigos —dijo, juntando las manos y entrelazando los dedos con cierto nerviosismo—. Nunca se me dieron bien los discursos, de modo que seré breve. Móstur y sus habitantes han sufrido las trágicas consecuencias de las ambiciones del rey Kariosh. Lo más urgente, en estos momentos, es reconstruir nuestra ciudad y honrar a quienes dieron su vida por defenderla. Pero también es cierto que debemos mirar más allá de nuestras murallas, para reconstruir la paz con nybnios y leryones. De nada servirá levantar nuevamente la ciudad si no restablecemos las relaciones con quienes podrían volver a atacarnos. Por eso, considero de vital importancia el nombramiento de un líder capaz de guiarnos en este arduo proceso que ahora iniciamos.

—¿Un nuevo senescal? —inquirió lord Nathan—. ¿No os parece un poco precipitado?

—No —respondió lord Kevan, en tono cordial—. *Lady* Alys tiene razón. Lamento de todo corazón la pérdida de tu padre —dijo, mirando fijamente a Bartheos—, pero si queremos que Móstur resurja de sus cenizas, debemos hacerlo de la mano de alguien capaz de unir, en primer lugar, a los mostures.

lord Kevan enmudeció, dando paso a murmullos que se multiplicaron entre los asistentes. *Lady* Alys permanecía en silencio, en medio de todos ellos, esperando alguna opinión más.

—Tal vez estéis en lo cierto —reconoció lord Nathan, mesándose la barba—. Deberíamos nombrar un nuevo senescal lo antes posible, para demostrar a nybnios y leryones que nuestro pueblo es fuerte, que somos capaces de reponernos rápidamente de las adversidades, por muy terribles que estas puedan llegar a ser. Hemos sufrido graves pérdidas —paseó la mirada entre el resto de los nobles—. Algunos de vosotros estáis aquí, ocupando el lugar dejado por vuestro padre. La guerra ha sido devastadora, terminando con las vidas de unos y las esperanzas de otros. De nada servirá mirar atrás si no somos capaces de enmendar los errores del pasado para afrontar el futuro inmediato de nuestra ciudad. Con la muerte del rey Dunthor se desencadenaron los más terribles sucesos que nos han llevado hasta aquí: la injusta expulsión de los nybnios, la dictadura de los helvatios, la guerra con Leryon… No estoy buscando culpables, pues si alguna vez hubo alguno, ya no está entre nosotros. Nombrar un senescal puede ser una

solución temporal, pero creo que deberíamos regresar a los días en los que el trono y la corona iban de la mano.

—¿Os referís a nombrar un rey? —preguntó *Lady* Alys.

—Así es —replicó el noble.

—Lord Belson fue nombrado senescal como medida provisional —dijo el hijo de lord Tyrsen— pero todos estabais dispuestos a convertirlo en el rey de Móstur. Mi padre me dijo en más de una ocasión que, si había alguien que merecía serlo, ese era lord Belson. Siempre mostró templanza en los momentos más difíciles, buscando entre nosotros aquello que nos unía.

—Mi padre decía algo parecido —habló la heredera de lord Óliver —. Pese a las diferencias que pudiera mantener con otras casas nobles, era alguien capaz de unir a quienes tenía a su alrededor. Su gobierno de la ciudad ha sido breve, en unos momentos difíciles en los que ha sabido dirigirse a cada uno de nosotros para hacernos comprender lo que podíamos llegar a ser, todos juntos.

—Así es —Lord Nathan habló nuevamente—. Por ello, creo que la Casa Lorioth debe ser considerada como la legítima portadora de la corona. Bajo sus alas, el águila ha sido capaz de cobijar a todos aquellos que han buscado su ayuda y protección.

Al escuchar aquellas palabras, Bartheos se estremeció. Él era el heredero legítimo y único hijo de lord Belson. En ese momento, todas las miradas se posaban sobre él, entre gestos de aprobación.

—Mis señores, mi señora… —Bartheos se puso en pie, abrumado por las muestras de cariño hacia su padre, cuyo recuerdo estuvo a punto de hacerle sucumbir al reciente dolor de un corazón cuyas heridas aún no habían cicatrizado.

Se hizo el silencio, y todos aguardaron las palabras del helvatio, cuya presencia les pareció tan imponente como la de lord Belson, a pesar de su juventud. Bartheos caminó hacia *Lady* Alys, separándose de los helvatios que lo acompañaban en aquel encuentro. Yar Gregor y Zen Varion, como representantes de los intereses de la Orden, estaban allí presentes. Permanecían mudos, pues a pesar de haber sido convocados por la señora de la Casa Clarke, la sucesión en el gobierno de la ciudad era algo de lo que querían mantenerse al margen, tal y como el Gran Maestro Therios había previsto en el ocaso de sus días.

Mientras perdía la mirada en su más preciado discípulo, Yar Gregor sintió que su mente se inundaba de recuerdos. Lejos quedaban ya los días en los que Bartheos se mostraba como un joven tímido y cauteloso que vivía a la sombra de su padre. La crueldad desatada en Móstur había forjado en el joven un corazón noble y generoso, valiente en el momento de enfrentarse a la injusticia y decidido a la

hora de proteger a los suyos. El caballero se sentía orgulloso de él. Ambos compartían, junto con Zen Varion, un secreto que no muchos serían capaces de comprender: la victoria sobre los leryones se debía a *Lady* Alys y la Casa Clarke, pero Bartheos había salvado Móstur al acabar con Grimward, la mayor amenaza para todos ellos.

El joven hijo de lord Belson, convertido en un auténtico héroe, se dirigía a los nobles con esa sencillez que mostraba en sus gestos y palabras. Repartió la mirada entre quienes esperaban escuchar sus palabras y habló con voluntad firme.

—Cuando decidí formar parte de la Orden Helvatia, como caballero, fueron muchos los que pensaron que esa decisión no me pertenecía, sino que mi padre la había tomado por mí, con la intención de ganar poder entre los siervos de Athmer. La guerra contra Leryon ha servido para que todos conociéramos la verdadera naturaleza de mi padre, la de un hombre que siempre antepuso el bien común a sus intereses particulares; un hombre de firmes convicciones, a pesar de que, como todos nosotros, también cometiera sus errores. Él siempre se preocupó de mi instrucción en compañía de extraordinarios caballeros como Yar Bolfren, hasta que, llegado el momento, consideró que era yo quien debía decidir mi futuro. Siempre he sentido admiración por caballeros como Yar Bolfren y Yar Gregor. Ellos son, en gran medida, los responsables de que un día tomara la decisión de unirme a la Orden Helvatia. Me consagré a Athmer, y durante estos tiempos he tratado de servirle del mejor modo posible, dejando de lado cualquier otra ambición de poder. El deseo último del Gran Maestro Therios fue que la Orden se mantuviera, como antaño, ajena a los poderes que gobiernan los reinos de los hombres. Y así ha de ser. Es el legado que nos ha dejado, la mejor herencia que podríamos recibir —dirigió la mirada hacia Yar Gregor, que asintió con la cabeza a las reflexiones del joven.

—Allí donde se encuentre, estoy seguro de que mi padre se sentirá agradecido por el cariño que continuáis mostrando hacia él, hacia nuestra familia. Yo mismo agradezco, de todo corazón, vuestros sentimientos hacia mí. Sin embargo, es mi deseo continuar mi aprendizaje entre los helvatios, hasta convertirme en alguien como Yar Gregor y Yar Bolfren. Es mi deseo seguir sirviendo a Athmer del modo en que un día así lo decidí.

Bartheos dejó unos segundos de silencio, en los que acudió a su mente un recuerdo que, en ese preciso instante, cobraba sentido para el joven. Se trataba de las palabras que Derit había pronunciado, con una enigmática sonrisa, tras la muerte de Grimward. «Móstur no necesita un rey», habían sido las últimas palabras de aquel extraño

personaje antes de desaparecer ante los helvatios.

Bartheos miró a *Lady* Alys y esbozó una sonrisa.

—No fui yo quien salvó la ciudad de Móstur de la amenaza procedente del este. De no ser por *Lady* Alys, su hijo Herry y los caballeros y vasallos de la Casa Clarke, probablemente en este momento todos estaríamos muertos y la ciudad se encontraría bajo el dominio de los leryones. Si hay una familia que merece permanecer al frente de nuestro pueblo en esta nueva vida que debemos iniciar, esa es la Casa Clarke.

Todos miraron a *Lady* Alys, que sintió un escalofrío recorriendo su cuerpo. De todas las posibles respuestas que podía esperar de aquel joven helvatio, la que nunca habría imaginado era precisamente esa.

—La Casa Clarke —dijo, con voz titubeante— ha permanecido durante años ajena al poder. Mi familia y yo hemos estado demasiado tiempo fuera de Móstur.

—Y sin embargo, habéis acudido a Móstur cuando más se os necesitaba —sentenció Bartheos—. ¿Qué mejor servicio podríais haber prestado a una ciudad que acabáis de salvar?

Lady Alys se quedó muda. Por una vez en sus últimos años, no encontraba una ocurrente respuesta a las palabras de su interlocutor.

—Estoy de acuerdo con Bartheos —habló lord Nathan—. De no ser por la Casa Clarke, lo habríamos perdido todo. Además, he de reconocer que vuestro hijo ha mostrado en la batalla la misma determinación que vos en cada encuentro que hemos tenido. Vuestro sentido común siempre ha sido capaz de derrotarnos cuando por momentos abandonábamos la razón llevados por nuestros egoístas intereses. Vos habéis puesto cordura en los momentos más difíciles y, cuando veíamos todo perdido, el lobo de la Casa Clarke ha aullado con fuerza, acudiendo en nuestro auxilio. No creo que haya mayor muestra de amor a esta ciudad.

lord Kevan se puso en pie, mirando fijamente a *Lady* Alys antes de hablar con determinación.

—Habéis demostrado una inquebrantable voluntad desde vuestra llegada. Sin duda, sois merecedora de regir nuestros destinos, pues a vos debemos nuestras vidas.

Los demás representantes de las casas nobles no dijeron nada, pero sus rostros evidenciaban el acuerdo que parecían a punto de concertar. *Lady* Alys, emocionada por semejantes muestras de gratitud, contuvo las lágrimas de agradecimiento que estaban a punto de desbordar una mirada que se paseó, agradecida, hasta fijarse en los helvatios. Zen Varion decidió tomar la palabra.

—La Orden Helvatia poco tiene que decir en este asunto. Como

bien ha dicho Bartheos, la voluntad de Therios era mantenerla al margen del poder sobre la ciudad. No obstante, lo que sí me gustaría transmitir es nuestra alegría de que *Lady* Alys sea considerada la persona más idónea para ocupar el trono. El Gran Maestro Therios sentía verdadera admiración por ella y, creedme —se dirigió a la señora de la Casa Clarke—, Therios solo mostraba esa clase de sentimientos hacia unos pocos.

—No sé qué decir —*Lady* Alys mostró su rostro más afable—. En realidad, mi intención era que iniciáramos lo antes posible la reconstrucción de la ciudad. No entraba en mis planes hacerlo con una corona sobre la cabeza. No encuentro palabras para agradeceros lo suficiente vuestro cariño y confianza. La Casa Clarke se sentirá orgullosa de defender los intereses de Móstur. Nuestro lobo seguirá velando por la protección y bienestar de los ciudadanos. Sin embargo, he de deciros que únicamente aceptaré la corona con una condición. Puesto que vosotros sois los que habéis tomado esa decisión, formaréis parte del Consejo de la ciudad. A los helvatios no os puedo obligar —dijo, con la mirada puesta en Zen Varion cuando este se disponía a hablar—, por lo que, en vuestro lugar, incluiré a otras dos personas que en medio de la batalla han mostrado su coraje y fidelidad.

El rostro de *Lady* Alys se iluminó al pensar en Shyra, momentos antes de que el Consejo se diera por finalizado con un grito unánime por parte de los asistentes.

—¡Larga vida a la reina!

CAPÍTULO 47: EL CASTILLO

La cripta real era el lugar más lóbrego del castillo. Las corrientes de aire que vagaban por sus galerías resonaban en las paredes como si de incesantes lamentos se tratara, voces lejanas que clamaran, hablando de los ecos de un pasado dejado atrás.

Shyra permanecía en silencio, frente a la tumba del rey Dunthor, a quien únicamente había llegado a conocer a través de relatos de sus últimos días. Le habían dicho que fue un buen rey, un hombre justo que siempre velaba por los intereses de su pueblo, más allá de las necesidades que los nobles y dirigentes más poderosos pudieran manifestarle. Y aun así, había sido ejecutado por traición; una traición que enmascaraba los últimos acontecimientos que habían tenido lugar en Móstur.

—Este lugar siempre me pareció hermoso, lleno de recuerdos de la historia de Móstur.

Las palabras de Derit interrumpieron los pensamientos de Shyra; pensamientos que, una vez más, la habían llevado a las tierras del norte.

—Es un lugar triste y frío.

—Como lo es ahora toda la ciudad. Móstur ha quedado convertida en una gigantesca cripta donde apenas hay espacio para la alegría.

—Alegría, tal vez no —dijo la chica—. Pero al menos, no falta la esperanza, ahora que todo ha terminado.

—Sí, eso parece —Derit se situó junto a la tumba del rey, acariciando la losa que la cubría—. Dunthor me parecía un buen monarca: generoso con su pueblo, de voluntad firme y con una sabiduría casi más propia de los clérigos más eruditos. Quizá fue esto último la causa de su perdición. Anticipó lo que estaba a punto de suceder y trató de evitarlo. El destino fue cruel con él. Los helvatios lo condenaron y él, siempre sumiso más a las leyes de Athmer que a las de los hombres, aceptó la condena para poder mantener a su familia a salvo. Su mujer y su hijo dejaron la ciudad, renunciando a cualquier futuro que los aproximara a la corona de Móstur.

—¿Qué ha sido de ellos?

—El Gran Maestro Therios los alejó de aquí, proporcionándoles una nueva vida. Viven al norte… Aunque no tan al norte como habitan tus pensamientos últimamente. ¿Me equivoco?

—¿Qué?

—No puedo leer la mente de los humanos, Shyra. Pero tu rostro es transparente, capaz de hablar por sí mismo acerca de tus inquietudes. Desearías estar ahora mismo entre las grandiosas criaturas que un día tuviste casi a tus pies.

—No echo de menos ese poder…

—Lo sé —replicó Derit, con una sonrisa—. Nunca me has parecido una persona ambiciosa. Siempre viste a los dragones, no como un arma que emplear contra tus enemigos, sino como un antiguo poder de la naturaleza, bello y terrible a partes iguales.

—Me gustaría poder contemplarlos una última vez.

—No puedo llevarte hasta ellos. Creo que ya he intervenido demasiado en asuntos que no me conciernen.

—Lo entiendo…

—Es hora de que todo vuelva a la calma de los días anteriores a la muerte de Dunthor —Derit dirigió la mirada a la tumba del rey—. La batalla entre los dioses ha terminado. Cuántas vidas perdidas, y otras que tal vez no encuentren el modo de enderezar su existencia, después de tanto dolor y sufrimiento. El lado más humano de los dioses ha tenido terribles consecuencias para todos estos pueblos. Y ahora que sus enviados han abandonado este mundo para volver junto a ellos, es hora de que los humanos retomen el control sobre sus destinos.

—Seguirá habiendo guerras y odios entre los pueblos.

—Es la naturaleza del ser humano, cambiante de forma constante; una naturaleza capaz de empujarlos a realizar hermosas creaciones, para luego arrastrarlos a llevar a cabo las más terribles crueldades que puedan imaginarse. Si todos fueran como tú, no habría lugar para estas últimas.

—Y a pesar de ello, aún queda sufrimiento en mi interior.

—Así es. La vida no es ni mucho menos perfecta, y cada uno tiene sus propias cargas. No elegimos los sufrimientos que nos aguardan en algún momento de nuestra vida, pero sí podemos elegir cómo sobrellevarlos. Y en muchas ocasiones, nuestra elección determina nuestro destino. Hay quienes consideran que somos presa de ese destino, pero lo cierto es que cada decisión, por muy nimia que pueda parecer, va forjándolo, a veces de un modo lento, o precipitado en otras ocasiones, llevándonos por caminos inesperados. Fíjate en el rey Dunthor. ¿Quién iba a pensar que alguien como él pudiera llegar a tener semejante final? Otro, en su lugar, tal vez únicamente hubiera

aprovechado su posición para gozar de los frutos del poder. Él, sin embargo, siempre hizo lo que creyó justo, con todas sus consecuencias.

Como si volviera en sí, Derit apartó la vista de la tumba del rey y la fijó una última vez en Shyra.

—Ahora que hablamos del destino… Creo que me ha llegado la hora de partir de vuestro mundo. Eres la persona con quien más he tratado en estos últimos y más terribles momentos. Ahora debo marcharme, continuar con la labor que se me encomendó. Espero no volver a verte en mucho tiempo, Shyra.

—Supongo que eso sería una buena señal —sonrió la joven. De no ser por la extraña naturaleza de Derit, no habría dudado en extender la mano para estrechársela.

—Adiós, jovencita. Te deseo un próspero futuro, y que cuando nuestros caminos vuelvan a cruzarse, pueda ver en tu rostro el reflejo de una existencia plena junto a tus seres queridos.

—Adiós, Derit.

Con la mirada puesta en Shyra, la imagen del tahúr se fue desvaneciendo hasta que la cripta recuperó su solitaria y sombría apariencia. Del exterior llegó el sonido de unas pisadas que, lentamente, se dirigían a la estancia del rey.

—Gran Maestro… —saludó la joven al recién llegado.

—Aún no —Zen Varion esbozó una sonrisa—. Todavía no he recibido el nombramiento.

—Pero ya los helvatios os tratan como un digno sucesor de Therios. Y lo haréis muy bien, estoy segura.

—Mi deseo es continuar la labor que él emprendió en el ocaso de su mandato. Es el camino correcto que debe recorrer la Orden; el verdadero camino hacia Athmer.

—En ese caso, os deseo que siempre sigáis ese camino, por el bien de los vuestros.

—Eso espero. Es una gran responsabilidad que espero poder ejercer del mejor modo posible.

Shyra asintió, comprendiendo las palabras de Zen Varion y recordando la responsabilidad que había recaído sobre ella, en un momento que habría de quedar guardado en su interior, lejos de los textos que recogerían las crónicas de la ciudad acerca de la guerra con Leryon.

—Me han dicho que *Lady* Alys cuenta contigo en su Consejo.

—Parecéis sorprendido —contestó la chica, siempre con la risa en los labios.

—Más que sorprendido, alegre y satisfecho por tal honor, pues sin

duda lo mereces. La futura reina no es la única que ha oído hablar de ti. Y aunque ya no tengo a nuestros queridos halcones para que me informen sobre los acontecimientos que nos rodean, los helvatios seguimos disponiendo de buenos recursos para estar siempre al tanto de lo que ocurre a nuestro alrededor. Tal vez ahora seamos pocos, pero una pequeña semilla puede dar fruto en abundancia. Lo importante es que ese fruto no termine pudriéndose. Esta guerra nos ha arrebatado las vidas de muchos y buenos amigos, pero también nos ha permitido vislumbrar un nuevo horizonte en nuestra relación con los dioses. Solo espero ser capaz de saber transmitir esas enseñanzas que me han sido reveladas. En las tierras de Mynthos encontré respuestas a preguntas que me he estado haciendo durante mucho tiempo.

—Estoy segura de que sabréis transmitir, no solo esas enseñanzas de las que habláis, sino también muchos de los sucesos que han ocurrido en estos días. Los helvatios siempre han sido fieles guardianes de la tradición y la historia de Móstur. Si en algún momento queréis adentraros en esa aventura y precisáis de cierta ayuda en la reconstrucción de los sucesos más recientes, siempre podréis contar conmigo. Yo también he sido testigo de algunas de esas revelaciones, provenientes de algún amigo que compartimos, un extraño individuo de oscuros ropajes que conoce a los dioses mejor que nosotros.

Y guiñando un ojo al futuro Gran Maestro de la Orden Helvatia, Shyra abandonó la cripta antes de que Zen Varion pudiera reaccionar a aquellas palabras. El clérigo permaneció en silencio junto a la tumba del rey Dunthor, rememorando una última vez el día de su muerte, el comienzo de unos sucesos que habrían de quedar recogidos en las crónicas de la ciudad, para que la memoria de Móstur y su reconstrucción fueran de la mano hacia un futuro lejos de la guerra y la destrucción.

—Entonces, ¿puedo contarte entre uno de los miembros del Consejo?

Shyra se giró nada más escuchar las palabras de *Lady* Alys, que caminaba lentamente por la galería a la que acababa de acceder.

La chica se situó frente a ella, y tras un breve silencio respondió con las palabras que ya había meditado anteriormente.

—Creo que necesito que me deis tiempo…

—Claro, querida —contestó *Lady* Alys, comprensiva—. Es una decisión que puede resultar difícil de tomar, pues es una gran responsabilidad la de ayudar a construir el destino de nuestro pueblo.

—Me refería a que… De buen grado acepto vuestra propuesta,

pero necesitaría disponer de un tiempo antes de embarcarme en la aventura que me ofrecéis. Debo realizar un último viaje al norte.

—¿Al norte? —la señora de la Casa Clarke se sorprendió ante la respuesta—. Por supuesto, tómate los días que precises para llevar a cabo ese viaje. A tu vuelta, tu asiento en el Consejo te estará esperando. Me pareciste diestra en la batalla, pero no te he escogido por tus cualidades a la hora de empuñar las armas. Ante todo, debemos procurar días de paz, y en tus ojos veo algo que me hace pensar que tienes mucho que aportar en el resurgimiento de la ciudad.

—Os ayudaré en lo que pueda, *Lady* Alys —respondió la chica, agradecida por la confianza depositada en ella.

—Bien. Me alegra mucho que aceptes mi propuesta. En tu mirada veo ilusión y esperanza, las bases para sembrar el futuro de nuestra ciudad.

Lady Alys se giró y continuó caminando, pausadamente, poniendo en orden sus pensamientos. Tenía muchas decisiones que tomar, y la mayor parte de ellas tenían que ser consultadas y debatidas. Además, estaba pendiente la ceremonia de su coronación como reina. Demasiados asuntos que tratar, aunque, si algo tenía claro, era que no se abrumaría con la carga que habría de recaer sobre ella. A pesar de la edad, sentía intacta su fortaleza y su ilusión por ayudar a quienes lo habían perdido todo. La reconstrucción de la ciudad llevaría un largo tiempo si de verdad quería establecer unos cimientos firmes y unas bases sólidas en las que apoyar su mandato, sin importar el tiempo que este durara.

Shyra sintió un gran alivio al desvelar sus pensamientos. Había prometido a Sílax que le explicaría detalladamente las experiencias vividas tras haber visto separados sus caminos. Y qué mejor forma de relatar todos aquellos acontecimientos que a través de un viaje al norte del norte, como ella denominaba a la tierra de los dragones. Su deseo era que se demoraran más tiempo en la ida que en la vuelta, pues esperaba obtener de los dragones un último favor antes de separarse de ellos, quizá para siempre.

«Un último vuelo», pensó, con la esperanza de compartir un inolvidable viaje de regreso junto a Sílax, a lomos de una de aquellas fascinantes criaturas. Muy pronto, vería cumplido aquel sueño.

Cuando *Lady* Alys regresó a la sala del Consejo, encontró a los nobles que habrían de ayudarla en la difícil tarea que los aguardaba. Sonrió mientras paseaba la mirada por aquellos rostros repletos de vida e ilusión.

—Me temo que la ceremonia de coronación puede esperar, amigos —dijo nada más verlos—. Hay otros muchos asuntos que tratar. El

trono puede permanecer vacío un tiempo más, pero los habitantes de la ciudad y sus hogares requieren de nuestra atención inmediata. Así que será mejor que nos pongamos manos a la obra.

Estas fueron las palabras que dieron inicio a la reconstrucción de una ciudad devastada por la guerra. Quienes escucharon a *Lady* Alys se contagiaron de esa firme voluntad que irradiaba la señora de la Casa Clarke, la futura reina que habría de ser recordada como la hacedora de un milagro digno de los propios dioses: la recuperación de un pueblo herido por el azote de la guerra, un pueblo que habría de renacer de sus cenizas y recuperar la prosperidad perdida.

Tal y como fue el deseo de la reina de Móstur, el barrio nybnio no solo dejó atrás su fantasmal apariencia, sino que se convirtió en uno de los principales centros de la ciudad y punto de encuentro de comerciantes venidos de todas las regiones. De entre todos los que hicieron posible aquella gran transformación, hubo alguien que destacó como el mayor artífice de la recuperación de la fama de los nybnios. Ivarth y sus mercenarios trabajaron incansablemente para ayudar a recuperar aquel extremo de la ciudad, y como recompensa recibieron un nuevo hogar. Los días de penurias en el interior de las gélidas oquedades en las inmediaciones del Estirio quedaron atrás. Tal y como Taenara había prometido a los mercenarios, en Móstur hallaron merecidas riquezas, aunque estas se produjeron, no gracias al saqueo, sino al esfuerzo por llevar a la ciudad un pedacito de las tierras y costumbres nybnias que otorgarían al líder mercenario el merecido apodo de *Ivarth el constructor*.

Pocos días después del fin de la guerra, un barco se preparaba para zarpar del puerto de Yark. Su destino aún era incierto, pero sus ocupantes sabían que durante aquella travesía que les acercaría a las islas de las Furias no habrían de temer la presencia de pirata alguno. De este modo, Salwen y Sándor iniciaban su aventura juntos; una aventura que los llevaría a recorrer puertos e islas hasta la ciudad de Puertorrey, donde construirían un hogar desde el cual poder amanecer cada día con la deliciosa vista de una playa de pálidas arenas y cristalinas aguas. Salwen no habría de olvidar a Taenara, y en su interior creció la devoción por Daera, a quien la princesa había servido de modo incondicional como su hija predilecta, su enviada. Con cada nuevo día, Salwen agradecía a la diosa la oportunidad de poder seguir cumpliendo el deseo de Taenara: vivir una próspera vida junto al hombre que amaba; un hombre que, habiendo entregado su corazón a Salwen, no habría de olvidarse de la mar, el otro amor de su vida.

NOTA DEL AUTOR

Querido lector,

Quiero darte las gracias por haber escogido este libro, al mismo tiempo que te pido que dejes tus impresiones a través de su valoración en Amazon, tanto si te ha resultado una experiencia agradable o, por el contrario, crees que no ha cumplido tus expectativas.

Como autor, estoy dispuesto a aceptar cualquier crítica que pueda servirme para ir mejorando en esta siempre inacabada experiencia de contar historias y hacerlas llegar lo más lejos posible. Por eso te animo a que, si quieres entrar en detalles, me envíes tus impresiones de esta historia o sus personajes, al siguiente correo:

jesusmg1979@gmail.com

Agradezco el tiempo que te has tomado en leer esta historia, así como el que puedas dedicar a dejar constancia de tus impresiones sobre la misma.

¡Gracias!

Un abrazo,